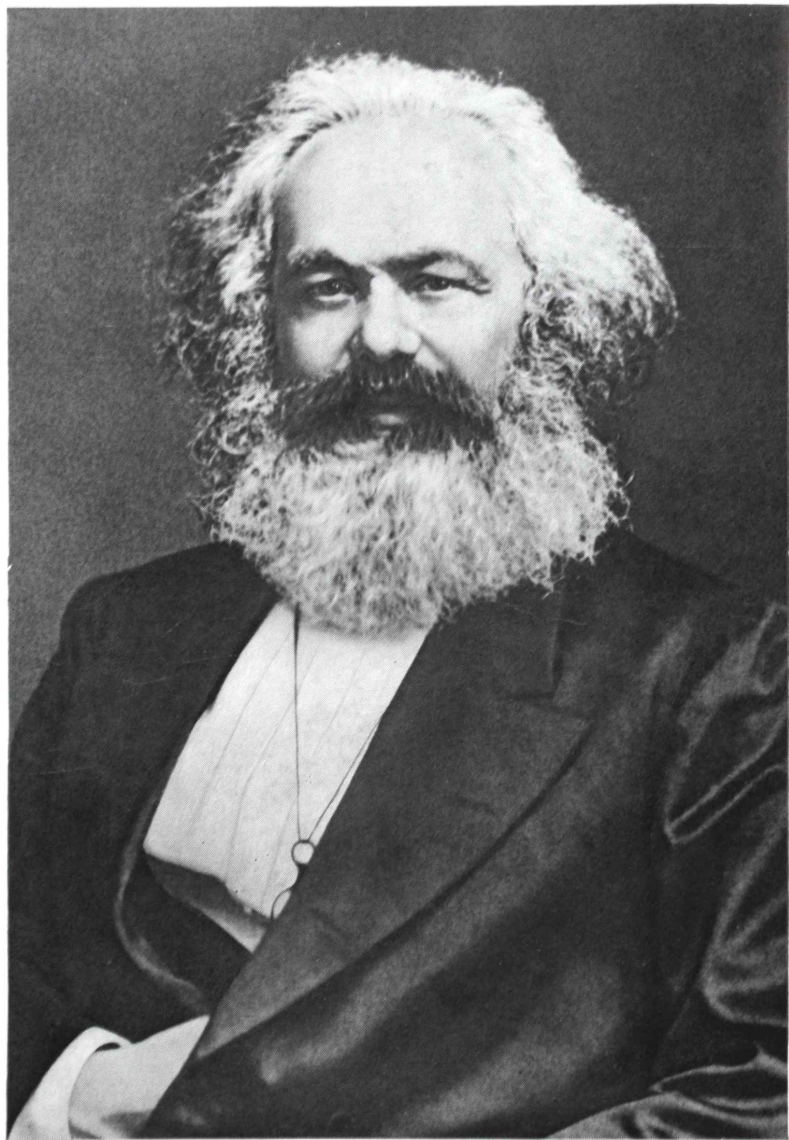


CARLOS
MARX

EL CAPITAL



CARLOS MARX

¡Proletarios de todos los países, uníos!

CARLOS MARX

EL CAPITAL CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

TOMO PRIMERO. LIBRO 1
PROCESO
DE PRODUCCIÓN DEL CAPITAL



EDITORIAL PROGRESO

Traducido del alemán por Cristián Fazio

Карл Маркс
Капитал
том I
На испанском языке

Traducción al español Editorial Progreso, 1990

Impreso en la URSS

M $\frac{0101010000-187}{014(01)-90}$ 102-89

ISBN 5-01-001214-6

DE LA EDITORIAL

La presente edición del primer tomo de *El Capital* es una traducción de la cuarta edición alemana, publicada en 1890 bajo la redacción de Engels.

La edición que presentamos al lector contiene notas de la Editorial, así como índices bibliográfico, de nombres y de materias.

Las notas de la Editorial que figuran al final del tomo están indicadas por cifras en paréntesis cuadrados, a diferencia de las notas del autor, señaladas por cifras sin paréntesis. Un pequeño número de notas de la Editorial figuran al pie de página; se les ha señalado con asteriscos y la inscripción "Ed.". Las notas al pie de página, pertenecientes a Engels, están indicadas por sus iniciales y figuran entre paréntesis de llave.

La traducción de expresiones extranjeras, realizada por la Editorial, figura, como regla, en el texto mismo, entre paréntesis cuadrados. Se exceptúan tan sólo aquellas expresiones que la Editorial consideró imprescindible entregar con sus comentarios. En tal caso, su traducción figura en la nota correspondiente.

Relativamente pocas palabras alemanas de difícil traducción figuran junto a ésta, también en el idioma original (entre paréntesis cuadrados).

2 Ufer Kraft. 16 Aug. 1867
Zukunft 2:-
Minderst von jetzt, Wald der tief ergrünt

Dear Fred,

from the happier happier (49.) Das heißt
früher Wald der Wald - Wald -
Wald, Wald 1 1/4 Wald
Wald. Die Wald Wald Wald Wald
Wald Wald Wald Wald. Das Wald Wald
Dank of all, das Wald Wald Wald Wald. Die
Dine Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald
Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald
Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald Wald
of thanks!

belonged 2 days Wald.

Die 15te mit Wald Wald Wald Wald.

Sahel, wie Wald, Wald Wald!
Dine H. Wark

CARTA DE MARX A ENGELS

2 de la noche, 16 de agosto de 1867

Querido Fred:

Acabo de terminar la corrección del *último* (49°) *pliego* del libro. El apéndice —*sobre las formas del valor*— ocupa, *en tipo pequeño*, un pliego y un cuarto.

El *prólogo* también lo he corregido y lo despaché ayer. Así, este tomo está listo. ¡Solo *a ti* te debo que esto haya sido posible! Sin tu entrega personal, yo no habría podido por nada del mundo realizar este gran trabajo en los tres tomos. ¡Te abrazo, lleno de gratitud!

Te envió dos pliegos en limpio.

Recibí las 15 libras esterlinas, muchas gracias.

¡Saludos, mi querido, fiel amigo!

Tuyo, *C.Marx*

Los pliegos en limpio los necesitaré únicamente *a la publicación de todo el libro*.

A

*mi inolvidable amigo,
el valiente, leal, noble paladin del proletariado*

WILHELM WOLFF

*Nació en Tarnau el 21 de junio de 1809.
Murió en el exilio, en Manchester,
el 9 de mayo de 1864*

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION^[1]

La obra cuyo primer tomo ofrezco al público constituye la continuación de mi escrito, publicado en 1859, *Contribución a la crítica de la economía política*. El largo intervalo entre el principio de esta obra y su continuación se debió a una enfermedad de muchos años que interrumpió mi trabajo una y otra vez.

El contenido de aquel escrito se resume en el primer capítulo de este tomo^[2]. Y esto se hizo no sólo por razones de secuencia e integridad. La exposición se ha perfeccionado. En la medida en que el contenido del estudio lo permitió, muchos puntos que antes sólo se insinuaban han sido ahora desarrollados y, por el contrario, lo desarrollado antes con detalle, aquí sólo se menciona. Es natural que se excluyan por completo las secciones sobre la historia de la teoría del valor y del dinero. Sin embargo, en las notas al primer capítulo el lector del escrito anterior encontrará nuevas fuentes para la historia de aquella teoría.

Lo de que todo comienzo es arduo, vale para cualquier ciencia. Por eso, la comprensión del primer capítulo, y principalmente del apartado que contiene el análisis de la mercadería, presentará la mayor dificultad. Por lo que se refiere al análisis de la sustancia de valor y de su magnitud, lo he hecho lo más popular posible¹. La forma del valor cuya imagen definitiva es la forma de dinero, tiene muy poco contenido y es muy simple. Sin embargo, el espíritu humano trató en vano de penetrarla desde hace más de 2.000 años, no obstante haber concebido, cuando menos aproximadamente, el análisis de formas de mucho mayor contenido y complejidad. ¿Por qué? Porque es más fácil estudiar el cuerpo ya formado que una de sus células. En

¹ Esto me pareció tanto más necesario cuanto que el apartado del escrito de F. Lassalle contra Schulze-Delitzsch, en que declara exponer "la quintaesencia espiritual" de mis elaboraciones sobre esta temática^[3], contiene significativos errores. *En passant*. Todas las formulaciones teóricas más generales de sus obras de economía, por ejemplo, sobre el carácter histórico del capital, sobre el vínculo entre las relaciones y el modo de producción, etc., etc., F. Lassalle las extrae casi literalmente de mis escritos, utilizando incluso la terminología que yo he creado, y ni siquiera menciona la fuente. Esto se debe sin duda a razones de propaganda. Yo no me refiero, por supuesto, a sus explicaciones de detalle y aplicaciones prácticas, con las que no tengo nada que ver.

el análisis de las formas económicas no pueden usarse ni el microscopio, ni los reactivos químicos. Ambos medios deben ser reemplazados por la capacidad de abstracción. La forma de mercancía del producto del trabajo o la forma de valor de la mercancía es en la sociedad burguesa la forma de la célula económica. Al no iniciado le puede parecer que su análisis es simplemente ocuparse de sutilezas. Se trata, en efecto, de sutilezas, pero de sutilezas como las que se presentan en la anatomía microológica.

Aparte de la sección concerniente a la forma de valor, no se podrá afirmar que este libro sea de difícil comprensión. Me refiero, por supuesto, a los lectores que quieren aprender algo nuevo, y por consiguiente quieren también pensar por sí mismos.

El físico observa los procesos de la naturaleza allí donde se manifiestan del modo más claro y se encuentran lo menos deformados por factores perturbadores, o bien realiza, en lo posible, experimentos en condiciones que aseguran la pureza del proceso. Yo estudiaré en este libro el modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio correspondientes. El país clásico de este modo de producción es hasta el día de hoy Inglaterra. Es por eso que este país sirve de principal ilustración para mis elaboraciones teóricas. Pero si el lector alemán se encoje de hombros farisaicamente al saber en qué condición se encuentran los obreros industriales y agrícolas ingleses, o se tranquiliza optimistamente al pensar que las cosas en Alemania distan mucho de estar tan mal, le tendré que indicar: *De te fabula narratur*⁽⁴⁾!

No se trata aquí de un nivel superior o inferior de desarrollo de los antagonismos sociales que surgen de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de las leyes mismas, de las tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad. El país de mayor desarrollo industrial le muestra al de menor desarrollo el cuadro de su propio porvenir.

Pero aparte de esto. Allí donde la producción capitalista ha arraigado definitivamente en nuestro país, por ejemplo, en las verdaderas fábricas, las condiciones son mucho peores a las existentes en Inglaterra, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todas las demás esferas sufrimos —igual que el resto de los países continentales de Europa Occidental— no sólo por el desarrollo de la producción capitalista, sino también por lo insuficiente de ese desarrollo. Junto a las penurias modernas debemos soportar una serie de miserias heredadas, fruto de la subsistencia de modos de producción antiquísimos, ya superados, con sus secuelas de relaciones sociales y políticas obsoletas. Sufrimos no sólo de los vivos, sino también de los muertos. *Le mort saisit le vif!* [El muerto coge al vivo].

En comparación con Inglaterra, las estadísticas sociales de Alemania y de los demás países continentales de Europa Occidental se encuentran en condiciones deplorables. Sin embargo, levantan

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsprocess des Kapitals.

Das Recht der Uebersetzung wird vorbehalten.

Hamburg

Verlag von Otto Meissner.

1867.

New-York: L. W. Schmidt, 24 Barclay-Street.

*Portada de la primera edición
alemana del primer tomo de El Capital*

el velo lo suficiente para visualizar detrás una cabeza de Medusa. Nos aterroría nuestra propia situación, si nuestros gobiernos y parlamentos designaran periódicamente —como en Inglaterra— comisiones para el estudio de la situación económica, si estas comisiones dispusieran, como en Inglaterra, de plenos poderes para descubrir la verdad, si pudiéramos encontrar con este fin hombres tan competentes, imparciales y decididos como son los inspectores fabriles de Inglaterra, sus informantes médicos sobre *public health* (salud pública), sus comisarios de investigación sobre la explotación de mujeres y niños, sobre las condiciones habitacionales y de alimentación, etc. Perseo para cazar monstruos usaba una capa que lo hacía invisible. Nosotros nos tapamos los ojos y los oídos con esta capa para poder ignorar la existencia de las monstruosidades.

No hay que dejarse llevar por las ilusiones. Del mismo modo que la guerra de independencia norteamericana del siglo XVIII fue el toque de rebato para la clase media europea, la guerra civil en Norteamérica, en el siglo XIX, lo es para la clase obrera europea. En Inglaterra el proceso de cambio es ya palpable. Al alcanzar cierto nivel deberá repercutir en el continente, desenvolviéndose allí en formas más brutales o más humanas en correspondencia con el grado de desarrollo de la propia clase obrera. Así, haciendo abstracción de otros motivos más elevados, los intereses más intrínsecos de las actuales clases dominantes las obligan a eliminar todos los obstáculos legales que frenan el desarrollo de la clase obrera. Por esta razón, entre otras, le asigné en este tomo tanto espacio a la exposición de la historia, el contenido y los resultados de la legislación fabril inglesa. Una nación puede y debe aprender de las otras. Aunque una sociedad haya dado con la ley natural que rige su movimiento —y el objetivo final de esta obra consiste en descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna—, no podrá saltar o anular por decreto las fases naturales de su desarrollo. Puede, eso sí, acortar y atenuar los dolores del parto.

Algunas palabras para evitar posibles malentendidos. No presento las figuras del capitalista y del terrateniente, en modo alguno, de color de rosa. Pero aquí tratamos de personas sólo en la medida en que son personificación de categorías económicas, exponentes de determinadas relaciones y intereses de clase. Desde mi punto de vista, que enfoca el desarrollo de las formaciones económicas de la sociedad como un proceso natural e histórico, con menos razón que desde otro cualquiera, se puede hacer responsable a un individuo de relaciones de las que él es producto social, por más que se alce subjetivamente sobre ellas.

En el campo de la economía política, la libre investigación científica no sólo se enfrenta al enemigo que le sale al paso en otros terrenos. La naturaleza particular de la materia que aborda levanta contra ella y lanza a la batalla las pasiones más violentas, mezquinas

y odiosas que anidan en el pecho humano, las furias del interés privado. La Iglesia episcopal de Inglaterra, por ejemplo, perdonará con mucha mayor facilidad el ataque contra 38 de sus 39 artículos de fe a que se le prive de 1/39 de sus ingresos monetarios. Hoy día el ateísmo es de por sí *culpa levis* [pecado venial] en comparación con la crítica de las relaciones de propiedad tradicionales. Sin embargo, se debe reconocer en esto cierto progreso. Me remito, por ejemplo, al Libro Azul^[5] publicado hace unas semanas: *Correspondence with Her Majesty's Missions Abroad, regarding Industrial Questions and Trade Unions*. En este libro los representantes de la Corona inglesa en el extranjero expresan lisa y llanamente que en Alemania, Francia y, en fin, en todos los países cultos de Europa, la modificación de las relaciones existentes entre el capital y el trabajo es igualmente palpable e inevitable como en Inglaterra. Al mismo tiempo, al otro lado del océano Atlántico, el señor Wade, vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, señaló en reuniones públicas que después de la abolición de la esclavitud se colocaba al orden del día la transformación de las relaciones de capital y las de la propiedad de la tierra. Son los signos de la época, los cuales no se pueden esconder bajo mantos de púrpura o sotanas negras. Esto no quiere decir que mañana acontecerán milagros. Muestra cómo, hasta en las mismas clases dominantes, se comienza a presentir que la sociedad actual no es un cristal de roca, sino un organismo capaz de transformarse, y que está sujeto a un proceso de constante cambio.

El tomo segundo de este escrito tratará del proceso de circulación del capital (Libro II) y de las modalidades del proceso visto en su conjunto (Libro III); el tercero y último tomo (Libro IV) expondrá la historia de la teoría.

Toda crítica científica será bienvenida. En cuanto a los prejuicios de la llamada opinión pública, a la que nunca he hecho concesiones, sigo fiel, ahora como antes, al lema del gran florentino.

Segui il tuo corso, e lascia dir le genti^[6]!

Carlos Marx

Londres, 25 de julio de 1867

PALABRAS FINALES A LA SEGUNDA EDICION

En primer término, debo exponerles a los lectores de la primera edición los cambios introducidos en la segunda. Salta a la vista la ordenación más clara del libro. Las notas agregadas se designan siempre como notas a la segunda edición. Por lo que se refiere al texto como tal, he aquí lo principal:

Capítulo I,1: La deducción del valor por medio de las igualdades en que se expresa todo valor de cambio se llevó a cabo con mayor rigurosidad científica; también se expone con mayor plenitud la relación entre la sustancia de valor y la determinación de su magnitud por el tiempo de trabajo socialmente necesario, que en la edición anterior solamente se insinuaba. Capítulo I,3 (*La forma de valor*) ha sido reelaborado completamente, lo que era imprescindible debido a la doble exposición contenida en la primera edición. De paso diré que aquella doble exposición fue motivada por mi amigo el Dr. L.Kugelman de Hannover. En la primavera de 1867, cuando llegaron las primeras pruebas de Hamburgo, me encontraba de visita en su casa, y él me convenció de que hacía falta, para la mayoría de los lectores, una explicación complementaria, más didáctica, sobre la forma de valor. He modificado en gran parte el último apartado del primer capítulo, *El carácter fetichista de la mercancía, etc.* El capítulo III, 1 (*Medida de valores*) lo he revisado cuidadosamente, pues en la primera edición este apartado fue tratado con negligencia, por haber sido la exposición ya hecha en *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, Berlín, 1859. He reelaborado significativamente el capítulo VII, en particular el apartado 2.

Resultaría inútil referirse a cada una de las modificaciones parciales en el texto, por lo general de estilo. Estas modificaciones están diseminadas a lo largo de todo el libro. Sin embargo, encuentro, al revisar la traducción francesa próxima a aparecer en París, que ciertas partes del original alemán requerirían aún de una reelaboración más profunda, y en otras partes, de una corrección de estilo más a fondo o también de un mayor cuidado en la eliminación de algunos errores accidentales. Para todo esto faltó tiempo, pues en medio de otros trabajos urgentes, recibí recién en el otoño de 1871 la noticia de que el libro se había agotado y que la impresión de la segunda edición comenzaría ya en enero de 1872.

La mayor recompensa para mi trabajo es la comprensión que encontró *El Capital* en vastos círculos de la clase obrera alemana. Un hombre que en el terreno económico representa el punto de vista burgués, el señor Mayer, fabricante vienés, señaló acertadamente en un folleto^[7] publicado durante la guerra franco-prusiana que la gran capacidad para la teoría, considerada como patrimonio alemán, desapareció completamente de las llamadas clases cultas de Alemania para revivir, por el contrario, en su clase obrera^[8].

La economía política sigue siendo hasta el presente en Alemania una ciencia extranjera. Ya Gustav von Gülich en su *Exposición histórica sobre el comercio, la industria, etc.*, principalmente en los dos primeros tomos de su obra, publicados en 1830, esclareció en gran medida las causas históricas que frenaban entre nosotros el desarrollo del modo de producción capitalista y, por tanto, también la edificación de la sociedad burguesa moderna. Faltaba así el terreno propicio en que pudiera prosperar la economía política. Esta fue importada de Inglaterra y Francia como producto elaborado; los profesores alemanes siguieron siendo aprendices. La expresión teórica de una realidad extraña se convirtió en sus manos en una colección de dogmas, que ellos interpretaban a tono con el mundo pequeño-burgués que los rodeaba y, por tanto, los interpretaban mal. Trataron de ocultar el sentimiento de impotencia científica, que no lograban reprimir del todo, y la desazón de quien se ve obligado a dictar cátedra en un terreno de hecho desconocido, desplegando la pompa de una gran erudición histórico-literaria o mezclando la economía con materias ajenas, tomadas de las llamadas ciencias de cámara, revoltijo de conocimientos por cuyo purgatorio debe pasar el ilusionado candidato a la burocracia alemana.

Desde 1848, la producción capitalista en Alemania se desarrolló rápidamente y ya franquea hoy su cumbre especulativa. Pero el destino permaneció adverso a nuestros economistas. Cuando habían podido estudiar libremente la economía política, les faltaban las relaciones económicas modernas en la realidad alemana. Al aparecer estas condiciones, surgieron en circunstancias que no permitían ya su estudio imparcial dentro del marco del horizonte burgués. La economía política burguesa, es decir, que ve en el orden capitalista no un peldaño históricamente transitorio de desarrollo, sino, por el contrario, la forma absoluta y última de la producción social, puede continuar siendo ciencia sólo en la medida en que la lucha de clases permanece latente o aflora apenas en manifestaciones aisladas.

Tomemos el ejemplo de Inglaterra. Su economía política clásica corresponde a un período en que la lucha de clases aún no se desarrolla. Su último gran representante, Ricardo, toma por fin conscientemente como punto de partida de sus investigaciones la contradicción de los intereses de la clase, la del salario y de la ganancia, de la ganancia y la renta del suelo, aunque viendo ingenuamente en esta

КАПИТАЛЪ.

КРИТИКА ПОЛИТИЧЕСКОЙ ЭКОНОМІИ.

СОЧИНЕНІЕ

КАРЛА МАРКСА.

ПЕРЕВОДЪ СЪ НѢМЕЦКАГО.

ТОМЪ ПЕРВЫЙ.

КНИГА I. ПРОЦЕССЪ ПРОИЗВОДСТВА КАПИТАЛА.



С.-ПЕТЕРБУРГЪ.

ИЗДАНИЕ Н. П. ПОЛЯКОВА.

1872

Portada de la primera edición rusa del primer tomo de El Capital

contradicción una ley natural de la sociedad. Pero, de esta manera la ciencia burguesa de la economía había llegado a límites para ella insuperables. Todavía en vida de Ricardo, y contra poniéndosele, la crítica enfrentó esta ciencia burguesa en la persona de Sismondi¹.

El período siguiente, 1820-1830, se distingue en Inglaterra por una animación científica en el campo de la economía política. Es el período de la vulgarización y difusión de la teoría ricardiana, así como el de su lucha contra la vieja escuela. Se celebraban brillantes torneos. Al continente europeo todo esto le es poco conocido, pues la polémica está desperdigada en gran medida en artículos de revista, folletos y panfletos. Las condiciones de la época explican el carácter imparcial de esta polémica, aunque ya la teoría ricardiana se esgrime excepcionalmente como arma contra la economía burguesa. De una parte, la industria moderna apenas salía de su infancia, como se demuestra por el hecho de que recién la crisis de 1825 inaugura el ciclo periódico de su vida moderna. De otra parte, la lucha de clases entre el capital y el trabajo continuaba relegada a un segundo plano, desplazada políticamente por el duelo que se libraba entre los gobiernos y feudales, agrupados en torno de la Santa Alianza, y las masas populares, dirigidas por la burguesía; en lo económico, por el pleito que venía sosteniéndose entre el capital industrial y la propiedad de la aristocracia agraria, pleito que en Francia se escondía tras la contradicción entre la propiedad parcelaria y la gran propiedad terrateniente y que en Inglaterra irrumpió abiertamente con las leyes cerealeras. La literatura de economía política inglesa de aquella época recuerda la tempestad que se desató en la ciencia económica francesa después de la muerte del Dr. Quesnay, pero sólo en la medida en que el veranillo de San Martín recuerda la primavera. Con el año 1830 sobreviene la crisis decisiva.

La burguesía había conquistado el poder político en Francia e Inglaterra. Desde entonces, la lucha de clases adquirió, práctica y teóricamente, formas más acentuadas y amenazadoras, lanzando las campanas en duelo por la economía científica burguesa. Ya no se trataba más de si tal o cual teorema era correcto, sino de si era útil o dañino para el capital, cómodo o molesto, contrario o no a las disposiciones policiales. El estudio desinteresado fue sustituido por batallas de escritorzueros a sueldo, y la investigación científica imparcial por la conciencia turbia y las perversas intenciones de la apologetica. Incluso aquellos folletines molestos, que lanzaba al mundo la *Anti-Corn-Law League*⁽⁹⁾, encabezada por los fabricantes Cobden y Bright, presentaban cierto interés, si bien no científico, por lo menos histórico en su polémica contra la aristocracia terrateniente. Pero la legislación librecambista, desde sir Robert Peel, extirpó a la economía vulgar este último aguijón.

¹ Véase mi escrito *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, p. 39.

La revolución continental de 1848 repercutió también en Inglaterra. Hombres que todavía aspiraban a tener cierta importancia científica y a ser algo más que simples sofistas y sicofantes de las clases dominantes, trataron de armonizar la economía política del capital con las exigencias del proletariado, que ya no era posible seguir ignorando. De ahí el vacuo sincretismo, cuyo mejor exponente es John Stuart Mill. Es la declaración en quiebra de la economía "burguesa", expuesta ya con mano maestra por el gran científico y crítico ruso N. Chernishevski en su *Esbozo de la economía política según Mill*.

El modo de producción capitalista maduró, por tanto, en Alemania después de que su carácter antagónico se revelase ruidosamente en luchas históricas en Francia e Inglaterra, y cuando el proletariado alemán poseía ya una conciencia de clase teórica mucho más definida que la burguesía de su país. Tan pronto pareció posible aquí una ciencia burguesa de la economía política, ésta ya se había hecho de nuevo imposible.

En estas condiciones, los portavoces de la economía política burguesa se dividieron en dos campos. Unos, personas listas, ambiciosas y prácticas, se agruparon en torno a la bandera de Bastiat, el más vacuo y, por eso, el más genuino representante de la apologética económica vulgar; otros, orgullosos de la dignidad profesoral de su ciencia, siguieron a J. St. Mill en su intento de conciliar lo inconciliable. Los alemanes continuaron siendo, en la época de la decadencia de la economía política burguesa, lo mismo que habían sido en su período clásico, simples escolares, adoradores e imitadores, pequeños vendedores a domicilio del gran negocio extranjero.

El peculiar desarrollo histórico de la sociedad alemana impedía, pues, toda expresión original de la economía "burguesa", pero no... su crítica. Por cuanto esta crítica representa en general una clase, sólo puede ser aquella clase, cuya misión histórica consiste en transformar el modo de producción capitalista y en abolir definitivamente las clases, es decir, el proletariado.

Al principio, los portavoces doctos e indoctos de la burguesía alemana intentaron ahogar *El Capital* en el silencio, como habían logrado hacer con mis obras anteriores. Pero cuando esta táctica dejó de corresponder a las condiciones, escribieron, bajo el pretexto de criticar mi libro, consejos "para tranquilizar la conciencia burguesa", pero encontraron en la prensa obrera —véanse, por ejemplo, los artículos de Joseph Dietzgen publicados en el *Volksstaat*^[10]— excelentes rivales, a quienes aún no han sido capaces de dar una respuesta¹.

¹ Los grandilocuentes charlatanes de la economía vulgar alemana reprobaron el estilo y el método de exposición de mi escrito. Nadie juzga las deficiencias literarias de *El Capital* con mayor severidad que yo mismo. Sin embargo, quiero citar aquí, para provecho y placer de estos señores y su público, una opinión inglesa y una rusa.

En la primavera de 1872 se publicó en Petersburgo una excelente traducción de *El Capital*. La tirada, de casi 3.000 ejemplares, se halla casi agotada. Ya en 1871, el señor N. Sieber, profesor de economía política en la Universidad de Kíev, en su escrito *Teoria tsennosti i kapitala D. Ricardo* (La teoría del valor y el capital en D. Ricardo) demostró que mi teoría del valor, el dinero y el capital en sus rasgos fundamentales es la continuación necesaria de la doctrina de Smith y Ricardo. Al lector europeo occidental de este sólido libro le sorprende la consecuencia con que el autor se atiene a su punto de vista puramente teórico.

Que el método aplicado en *El Capital* ha sido poco entendido, lo demuestran sus interpretaciones contradictorias.

Así, la *Revue Positiviste*^[11] de París reprocha, por una parte, de tratar los temas económicos en términos metafísicos, de otra parte — ¡adivinen! — de limitarme a desmembrar críticamente la realidad dada, en lugar de presentar recetas (¿comtistas?) para la cocina del futuro. Contra el reproche de metafísica, escribe el profesor Sieber:

“En lo que concierne a la teoría propiamente tal, el método de Marx no es otro que el método deductivo de toda la escuela inglesa, cuyas deficiencias y ventajas son comunes a los mejores economistas teóricos”^[12].

El señor M. Block — *Les Théoriciens du Socialisme en Allemagne. Extrait du “Journal des Économistes”, juillet et août 1872* — descubre que mi método es el analítico y dice entre otras cosas:

“Par cet ouvrage M. Marx se classe parmi les esprits analytiques les plus éminents”*.

Los autores de reseñas en Alemania vociferan, naturalmente, hablando de sofística hegeliana. El *Véstrnik Evropi* (Mensajero Europeo), de Petersburgo, en un artículo que trata exclusivamente del método de *El Capital* (número de mayo de 1872, pp. 427-436)^[13] encuentra que mi método de investigación es rigurosamente realista; en cambio el método de exposición, por desgracia, dialéctico-alemán. Dice:

El *Saturday Review*, indudable adversario de mi punto de vista, dijo al informar de la primera edición alemana: la exposición “confiere un encanto (*charm*) propio incluso a los problemas económicos más áridos”. La *S.-P. Vedomosti* (La Gaceta de San Petersburgo) manifiesta en su número del 20 de abril de 1872, entre otras cosas: “La exposición, exceptuando algunas partes demasiado especializadas, se distingue por su claridad, por su comprensibilidad general y, pese a la altura científica de la materia, por su amenidad poco común. En este sentido, el autor no se parece en absoluto... a la mayoría de los científicos alemanes... que escriben sus libros, por lo común, en un lenguaje tan enrevesado y seco que produce a los simples mortales dolor de cabeza”. Sin embargo, a los lectores de la literatura profesoral liberal nacional-alemana hoy en boga, les duele algo completamente distinto que la cabeza.

* Con esta obra el señor Marx se sitúa entre los más grandes pensadores analíticos. — *Ed.*

"A primera vista, de juzgar por la forma exterior de exposición, Marx es un gran idealista en filosofía, y ello en el sentido alemán, es decir en el mal sentido de la palabra. Pero, de hecho, es infinitamente más realista que todos sus predecesores en el terreno de la crítica económica... no se le puede tildar, en ningún caso, de idealista".

Yo no tengo mejor manera de responder al autor citado que por medio de algunos extractos de su propia crítica, que además pueden interesar a los lectores a quienes no les sea asequible el original ruso.

Después de transcribir una cita de mi introducción a *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, Berlín, 1859, pp. IV-VII^[1], en las que expongo la base materialista de mi método, el autor agrega:

"Marx persigue sólo una finalidad: descubrir la ley de aquellos fenómenos cuya investigación le ocupa. Y lo que le interesa no es sólo la ley que los gobierna, mientras revisten cierta forma y se encuentran en una relación recíproca que se puede observar en un momento dado. Le es importante, además, la ley que rige sus cambios, su desarrollo, es decir, la que determina el tránsito de una forma a otra, de un orden de relaciones a otro. Una vez descubierta esta ley, investiga en detalle los efectos en que ella se manifiesta en la vida social... Por consiguiente, Marx se preocupa de una sola cosa: de demostrar, por medio de una exhaustiva investigación científica, la necesidad de determinado orden de relaciones sociales y de constatar, del modo más impecable posible, los hechos que le sirven de punto de partida y apoyo. Le basta plenamente con probar, luego de demostrar la necesidad del orden actual, la necesidad de otro orden, hacia el que aquél tiene inevitablemente que derivar, independientemente de si se piensa o no al respecto, de si se está consciente o no de ello. Marx concibe el movimiento social como un proceso natural e histórico, regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, conciencia e intención de los hombres, sino que además determinan su voluntad, conciencia e intenciones... Como el elemento consciente desempeña un papel tan subalterno en la historia de la cultura, es comprensible que la crítica, cuyo objeto es la cultura misma, lo que menos puede tener como base es una forma o un resultado de la conciencia. Es decir, de punto de partida le puede servir no una idea, sino exclusivamente un fenómeno exterior. La crítica consistirá en comparar, confrontar y cotejar un hecho no con una idea, sino con otro hecho. A la crítica tan sólo le interesa que ambos hechos sean investigados con la mayor precisión y realmente conformen dos peldaños distintos del desarrollo; además, le es importante que con no menos exactitud sea investigado el orden, la sucesión y el vínculo en que se manifiestan estos peldaños de desarrollo... ¿Pero las leyes generales de la vida económica —se podrán preguntar ciertos lectores...— no son acaso siempre las mismas, ya se apliquen al pasado o al presente? Esto es precisamente lo que Marx niega. Para él no existen tales leyes generales... Según su criterio, por el contrario, cada período histórico posee sus propias leyes... Tan pronto la vida supera un período dado del desarrollo, sale de un estadio para entrar en otro, comienza a ser dirigida por nuevas leyes. En una palabra, la vida económica nos presenta, en este caso, un fenómeno análogo al que observamos en otras clases de fenómenos biológicos... Los viejos economistas no comprendían la naturaleza de las leyes económicas, considerándolas del mismo género que las leyes de la física y la química... El análisis más profundo de los fenómenos demostró que los organismos sociales se distinguen entre sí no menos que los organismos vegetales y animales... Por ser distintos la estructura de estos organismos, sus órganos, las condiciones en que funcionan, etc., un mismo fenómeno se supedita a diferentes leyes. Marx se niega, por ejemplo, a reconocer que la ley de incremento de la población es la misma siempre y en todas partes, en todos los tiempos y lugares. Afirma, por el contrario, que cada peldaño del desarrollo tiene su propia ley de población... Al cambiar el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, se modifican las relaciones y las leyes que las rigen. Planteándose, por

tanto, el fin de estudiar y explicar el orden económico capitalista, Marx se limitó a formular con rigurosidad científica la meta que puede tener el estudio exacto de la vida económica... Su valor científico estriba en el esclarecimiento de aquellas leyes parciales que rigen la génesis, existencia, desarrollo y muerte del organismo social y su sustitución por otro superior. Y el libro de Marx realmente tiene este valor”.

El autor, al exponer con tanta exactitud lo que llama mi método real, y al referirse con tanta benevolencia a mi aplicación personal del mismo, ¿qué hace si no es describir el método dialéctico?

Claro está que el modo de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. Esta debe asimilar en detalle la materia investigada, analizar sus distintas formas de desarrollo y descubrir sus vínculos internos. Recién después de completado este trabajo, puede ser expuesto adecuadamente el movimiento real. Si se ha logrado este objetivo y la vida de la materia es reflejada idealmente, pudiese parecer que estamos ante una construcción *a priori*.

Mi método dialéctico no sólo es fundamentalmente distinto del de Hegel, sino además es directamente su antítesis. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que convierte incluso, bajo el nombre de Idea, en un sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, que conforma tan sólo la expresión exterior en que toma cuerpo. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material trasladado y transfigurado en la cabeza humana.

Hace casi 30 años tuve ocasión de criticar el aspecto mistificador de la dialéctica de Hegel, en una época cuando aún estaba de moda. Pero, precisamente cuando escribía el primer tomo de *El Capital*, los quejumbrosos, petulantes y mediocres epígonos^[15], que hoy dictan cátedra en la Alemania culta, se dieron a tratar a Hegel al modo como el valiente Moses Mendelssohn lo hacía con Spinoza, en los tiempos de Lessing, es decir, como a un “perro muerto”. Por eso, me declaré abiertamente discípulo de aquel gran pensador e incluso llegué a coquetear de vez en cuando con su modo peculiar de expresarse en el capítulo sobre la teoría del valor. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel no impide de modo alguno que fuese el primero en exponer de modo completo y consciente sus formas generales de movimiento. La dialéctica aparece en él puesta de cabeza. Hay que ponerla sobre los pies para descubrir en la envoltura mística la semilla racional.

La dialéctica, en su forma mistificada, llegó a ponerse de moda en Alemania, pues parecía venerar lo existente. En su forma racional es motivo de cólera y horror para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, pues en la comprensión positiva de lo existente lleva implícita, a la par, la comprensión de su negación, de su derrumbe forzoso, enfoca toda forma establecida en el curso de su movimiento, por tanto, también en lo que tiene de precedero,

no se deja dominar por nada, es por esencia crítica y revolucionaria.

Donde con mayor fuerza se le hace patente al burgués el movimiento contradictorio de la sociedad capitalista, es en los altibajos del ciclo periódico recorrido por la industria moderna, cuyo punto culminante es la crisis general. Esta crisis se acerca nuevamente, aunque el ciclo se encuentra aún en sus estadios iniciales, y dado su carácter multifacético y la intensidad de su impacto, hará aprender la dialéctica incluso a los favorecidos del nuevo Sacro Imperio prusiano-alemán.

Carlos Marx

Londres, 24 de enero de 1873

London 18 Mars 1872

Au citoyen Maurice La Châtre.

Cher citoyen,

J'applaudis à votre idée de publier la traduction de "Das Kapital" en livraisons périodiques. Sous cette forme l'ouvrage sera plus accessible à la classe ouvrière et pour moi cette considération l'emporte sur toute autre.

Voilà le beau côté de votre médaille, mais en voici le revers: la méthode d'analyse que j'ai employée et qui n'avait pas encore été appliquée aux sujets économiques, est ad cassum ordonnée la lecture des premiers chapitres, et il est à craindre que le public français toujours impatient de conclure, aude de connaître le rapport des principes généraux avec les questions immédiates qui le passionnent, ne se rebute parcequ'il n'aura pu tout d'abord passer outre.

C'est là un désavantage contre lequel je ne puis rien si ce n'est toutefoix prouvoier et prémonir les lecteurs, sous le sceau de vérité. Il y a pas de route royale pour la science et on la seulement on chance d'arriver à ses sommets lumineux qui ne craignent pas de se fatiguer à gravir ses sentiers escarpés.

Recevez, cher citoyen, l'assurance de mes sentiments dévoués.

Karl Marx.

Carta de Marx a La Châtre,
editor de la traducción francesa del primer tomo de
El Capital, publicada en la edición francesa en calidad de Prólogo

PROLOGO Y NOTA FINAL A LA EDICION FRANCESA

Londres, 18 de marzo de 1872

Al ciudadano Maurice La Châtre

Estimado ciudadano:

Apruebo su idea de editar la traducción de *El Capital* en entregas periódicas. De esta forma, la obra será más asequible a la clase obrera y esta razón es para mí más importante que cualquier otra.

Este es el lado positivo de la medalla; he aquí el reverso: el método de investigación que he utilizado y que no había sido aplicado antes a los problemas económicos, hace la lectura del primer capítulo bastante difícil, y es de temer que el público francés, impaciente siempre por llegar al resultado y ansioso de encontrar el vínculo entre los fundamentos generales y los problemas que le preocupan directamente, tome miedo a la obra, pues no podrá avanzar de inmediato.

Yo no puedo hacer más que señalar este inconveniente desde un comienzo y prevenir al lector que aspira a la verdad. En la ciencia no hay calzadas reales y sólo llegarán a sus cimas luminosas quienes no escatimen esfuerzos para escalar sus senderos escarpados.

Reciba usted, estimado ciudadano, la seguridad de mi devota estimación.

Carlos Marx

Al lector

El señor J. Roy se planteó la tarea de ofrecer al lector una traducción lo más exacta e incluso literal posible; ha cumplido esta misión con toda meticulosidad. Pero precisamente esta meticolosa puntualidad me ha obligado a volver a redactar el texto para hacerlo más asequible al lector. Estos cambios, hechos día a día, por cuanto el libro apareció en fascículos, no los he realizado con el mismo cuidado y deben haber causado cierta desigualdad en el estilo.

Una vez que me había impuesto este trabajo de revisión me decidí a aplicarlo también al texto original en que se basaba (la 2a edición

alemana), simplificando algunas explicaciones, completando otras, agregando nuevo material histórico o estadístico, notas críticas, etc. Cualesquiera sean las deficiencias literarias de esta edición francesa, posee un valor científico propio respecto del original y debería ser tomada en cuenta incluso por los lectores que conozcan el idioma alemán.

Reproduzco a continuación los párrafos de las palabras finales a la segunda edición que se refieren al desarrollo de la economía política en Alemania y al método aplicado en esta obra*.

Carlos Marx

Londres, 28 de abril de 1875

* Véase la presente edición, pp. 16-24 —Ed.

PROLOGO A LA TERCERA EDICION

No le fue posible a Marx preparar esta tercera edición para la impresión. El formidable pensador, ante cuya grandeza se inclinan hoy hasta sus enemigos, murió el 14 de marzo de 1883.

Sobre mí, que perdí con él al mejor y al más constante amigo de los últimos cuarenta años, a quien debo más de lo que puedo expresar en palabras, sobre mí pesa ahora el deber de preparar esta tercera edición y redactar el manuscrito que dejara Marx del segundo tomo. Daré cuenta aquí de cómo he cumplido con la primera parte de este deber.

En un comienzo, Marx se proponía reelaborar gran parte del texto del primer tomo, enfocar mejor ciertos puntos teóricos y agregar algunos otros, completar el material histórico y estadístico con los datos más modernos. Su enfermedad y la intención de preparar la redacción final del segundo tomo le hicieron desistir de este propósito. Su idea final era la de corregir tan sólo lo más indispensable e incluir las adiciones recogidas en la edición francesa que había aparecido anteriormente (*Le Capital*, par Karl Marx. Paris, Lachâtre, 1872-1875).

Entre los papeles, dejados por el autor al morir, encontré un ejemplar en alemán parcialmente corregido por él y lleno de referencias a la edición francesa; ubiqué, además, un ejemplar en francés donde el autor había marcado con exactitud los lugares a utilizar. Estos cambios y adiciones se limitan, con pocas excepciones, a la última parte del libro, a la sección *El proceso de acumulación del capital*. El texto anterior correspondía aquí en mayor grado al borrador inicial, mientras que las otras secciones habían sido reelaboradas más a fondo. El estilo era, por tanto, más vivo y más fluido, pero también más descuidado, salpicado de anglicismos, y en parte confuso; el desarrollo del pensamiento presentaba aquí o allá ciertas lagunas, mientras que algunos aspectos de importancia apenas se insinuaban.

En cuanto al estilo, el propio Marx había revisado cuidadosamente varios apartados, dándome con ello, así como con múltiples indicaciones verbales, la norma por la que debía regirme al descartar expresiones técnicas inglesas y otros anglicismos. Claro está que

Marx hubiese reelaborado las adiciones y sustituido el terso francés por su propio conciso alemán; yo me tuve que resignar a insertarlas del mejor modo posible en el texto original.

Por consiguiente, en esta tercera edición no se ha cambiado ni una palabra sin que yo estuviese seguro de que el autor mismo la hubiera corregido. No podía siquiera venirme a la cabeza el introducir en *El Capital* esa jerga tan en boga en que suelen expresarse los economistas alemanes, el argot en que, por ejemplo, aquel que se apropia del trabajo de otros por dinero recibe el nombre de *Arbeitgeber* (*donador* de trabajo) y el de *Arbeitnehmer* (*tomador* de trabajo), aquel que entrega su trabajo por dinero. También en francés la palabra *travail* se usa comúnmente en el sentido de "ocupación". Pero, con razón, los franceses considerarían demente al economista que nombrase al capitalista *donneur de travail* y al obrero *receveur de travail*.

De igual modo, tampoco me he permitido reducir a sus equivalentes neoalemanes las unidades inglesas de monedas, medidas y pesos, que se encuentran constantemente en el texto. Cuando apareció la primera edición había en Alemania tantos tipos de medidas y pesos como días en el año y, además, dos clases de marcos (*el Reichsmark* existía en aquel entonces sólo en la cabeza de Soetbeer, quien lo inventara a fines de los años treinta), dos clases de florines y por lo menos tres clases de táleros, una de las cuales tenía por unidad el "nuevo dos tercios"^[16]. En las ciencias naturales imperaba el sistema métrico, pero en el mercado mundial prevalecían las medidas y pesos ingleses. En tales condiciones era natural que un libro, que se veía obligado a extraer sus datos documentales casi de manera exclusiva de la realidad industrial de Inglaterra, utilizase las unidades inglesas de medida. Esta razón continúa siendo hoy decisiva, y con mayor propiedad cuando las relaciones correspondientes en el mercado mundial apenas han cambiado, y precisamente en las industrias más importantes —las del hierro y el algodón— rigen casi sin exclusión aún hoy las medidas y pesos ingleses.

Diré, por último, algunas palabras sobre el modo poco comprendido de cómo hace sus citas Marx. Tratándose de datos concretos y descripciones, las citas tomadas, por ejemplo, de los Libros Azules ingleses desempeñan de por sí el papel de simples referencias documentales. La cosa cambia cuando se trata de citar las concepciones teóricas de otros economistas. En este caso la cita debe limitarse a señalar dónde, cuándo y por quién se ha formulado claramente y por primera vez a lo largo de la historia un pensamiento económico dado. Basta sólo que la idea económica tenga importancia para la historia de la ciencia, que sea una expresión teórica más o menos adecuada de la situación económica de su tiempo. Lo de menos es que esta idea tenga validez relativa o absoluta para el autor o pertenezca definitivamente a la historia. Estas citas conforman, por

tanto, simplemente un continuo comentario al texto, extraído de la historia de la ciencia económica, y consignan por fechas y autores los principales adelantos de la teoría económica. Esto era muy necesario para una ciencia, cuyos historiadores hasta hoy se han caracterizado por su ignorancia tendenciosa propia de advenedizos. Ahora es posible comprender porqué Marx, sólo como gran excepción, cita a economistas alemanes, en consonancia con su nota final a la segunda edición.

Confío en que el segundo tomo verá la luz en el curso del año 1884.

Federico Engels

Londres, 7 de noviembre de 1883

PROLOGO A LA EDICION INGLESA

La publicación de una edición inglesa de *El Capital* no necesita justificación. Por el contrario, lo que sí requiere explicación es la razón de porqué esta edición inglesa se postergó por tanto tiempo, pues hace ya algunos años las teorías que representa este libro son constantemente mencionadas, atacadas y defendidas, explicadas y tergiversadas en la prensa periódica y en las publicaciones cotidianas tanto de Inglaterra como de Norteamérica.

Cuando a poco de morir el autor, en el año 1883, quedó clara la real necesidad de una edición inglesa de la obra, el señor Samuel Moore, un antiguo amigo de Marx y del autor de estas líneas y seguramente más familiarizado que nadie con el libro, se declaró dispuesto a hacerse cargo de la traducción que los ejecutores del testamento literario de Marx solicitaban se diese a la publicidad. Llegamos al acuerdo de que yo compararía el manuscrito con el original y haría las proposiciones de corrección que considerase necesarias. Pero, poco a poco, pudimos establecer que sus ocupaciones profesionales le impedían al señor Moore terminar la traducción con la rapidez por todos deseada, en vista de lo cual aceptamos con gusto la proposición del Dr. Aveling de encargarse de parte del trabajo; al mismo tiempo, la señora Aveling, hija menor de Marx, nos propuso comprobar las citas y restablecer el texto original de numerosos pasajes que Marx copiara de autores ingleses y Libros Azules y tradujera al alemán. Esto fue hecho, salvo algunas excepciones inevitables.

He aquí las partes traducidas por el Dr. Aveling: 1) Los capítulos X (*La jornada de trabajo*) y XI (*Tasa y masa de plusvalor*); 2) la sección VI (*El salario*, incluyendo los capítulos XIX al XXII); 3) desde el capítulo XXIV, apartado 4 (*Circunstancias que, etc.*) hasta el final del libro, o sea, la última parte del capítulo XXIV, el capítulo XXV, toda la sección VIII (capítulos XXVI a XXXIII)^[17]; 4) los dos prólogos del autor. El resto del libro lo tradujo el señor Moore. Cada uno de los traductores responde, pues, de su parte del trabajo, yo, por mi parte, cargo con la responsabilidad por el total.

La tercera edición alemana, utilizada completamente como base de nuestro trabajo, fue preparada por mí en 1883 con ayuda de anotaciones dejadas por el autor, en que indicaba las partes de la segunda

edición alemana a cambiar por pasajes, también señalados, del texto francés que viera la luz en 1873¹. Los cambios introducidos de este modo a la segunda edición alemana concuerdan, en general, con las modificaciones que Marx estableciera en una serie de indicaciones por escrito para una traducción inglesa que se planeaba editar hace un decenio en Norteamérica, y abandonada principalmente por falta de un traductor laborioso y apropiado. Este manuscrito nos fue proporcionado por nuestro viejo amigo, el señor F.A. Sorge de Hoboken, N [ew] J [ersey]. En él se señalan algunos otros pasajes que debían ser tomados de la edición francesa; pero, como estas notas son anteriores en algunos años a las últimas indicaciones para la tercera edición, no me consideré autorizado para usarlas, salvo de manera excepcional, y particularmente en los casos en que nos ayudaban a superar dificultades. Del mismo modo, hicimos uso del texto francés en la mayoría de los lugares difíciles, como punto de referencia de lo que el mismo autor estaba dispuesto a sacrificar, allí donde de todos modos era necesario sacrificar algo en la traducción del significado completo del original.

Aún así, persiste una dificultad que no pudimos evitarle al lector: la utilización de determinadas expresiones en un sentido no sólo distinto de su uso idiomático en la vida diaria, sino también de su uso en la economía política tradicional. Pero esto era irremediable. Una nueva concepción de cualquier ciencia implica una revolución en sus términos profesionales. Nos lo demuestra más claramente la química, cuya terminología varía radicalmente casi cada veinte años y donde, con dificultad, encontraremos siquiera una combinación orgánica que no haya cambiado múltiples veces sus nombres. La economía política se contentó, en general, con aceptar las expresiones de la vida comercial e industrial tal cual eran, sin advertir en absoluto que de esta manera se estaba limitando a un reducido círculo de ideas expresadas por dichas palabras. Así, por ejemplo, incluso la economía política clásica, aún estando completamente consciente de que la renta y la ganancia son subdivisiones, fracciones de aquella parte no retribuida del producto que el obrero se ve obligado a entregar a su empresario (el primero en apropiársela, pero no su último ni exclusivo poseedor), nunca sobrepasó los conceptos habituales de ganancia y renta ni estudió jamás en su integridad, como un todo, esta parte impaga del producto (llamada por Marx plusproducto) y, por tanto, nunca llegó a tener una comprensión clara de sus orígenes ni de su naturaleza o de las leyes que regulan la distribución posterior de su valor. De un modo análogo toda industria, dejando de lado la agricultura o la artesanía, se agrupa indiscriminadamente bajo la

¹ *Le Capital*, par Karl Marx. Traduction de M.J. Roy, entièrement révisée par l'auteur. Paris, Lachâtre. Esta traducción contiene, en particular en la última parte del libro, considerables modificaciones y adiciones respecto a la edición alemana.

expresión de manufactura, desapareciendo de este modo la diferencia entre dos grandes e importantes períodos de la historia económica: el de la manufactura propiamente tal, basada en la división del trabajo manual, y el de la industria moderna, basada en la utilización de maquinarias. Por lo demás, es natural que una teoría que considera la producción capitalista moderna como un simple peldaño en la historia económica de la humanidad utilice otras expresiones respecto de las acostumbradas por aquellos escritores que consideran este modo de producción perenne y definitivo.

No es inútil una palabra sobre el método del autor de hacer las citas. En la mayoría de los casos las citas sirven, como es habitual, de referencias para documentar las afirmaciones realizadas en el texto. Pero muchas veces se reproducen pasajes de economistas para señalar cuándo, dónde y quién expresó por vez primera claramente un punto de vista determinado. Esto sucede en los casos en que la opinión citada tiene importancia como expresión más o menos certera de las condiciones de la producción social y del intercambio dominantes en una época, independientemente de si es compartida por Marx o de si posee validez general. Estas citas, por tanto, brindan al texto un continuo comentario extraído de la historia de la ciencia.

Nuestra traducción abarca tan sólo el primer tomo de la obra. Sin embargo, este primer libro constituye en gran medida un todo único y fue considerado durante veinte años una obra independiente. El segundo libro, editado por mí en alemán en 1885, es evidentemente incompleto sin el tercero, que no podrá ser publicado antes de fines de 1887. Cuando el Libro III aparezca en su versión original alemana, será oportuno pensar en la preparación de una edición inglesa de ambos.

A *El Capital* se le llama con frecuencia en el continente "la Biblia de la clase obrera". Nadie que conozca el movimiento obrero negará que las conclusiones a las que se llega en esta obra se convierten cada día más y más en principios básicos del gran movimiento de la clase obrera, no sólo en Alemania y Suiza, sino también en Francia, Holanda y Bélgica, en Norteamérica e incluso en Italia y España; nadie negará que por todas partes la clase obrera reconoce cada vez más que estas conclusiones son la expresión más exacta de su situación y sus aspiraciones. También en Inglaterra las teorías de Marx ejercen precisamente en estos momentos una poderosa influencia sobre el movimiento socialista, que se expande en las filas de la "gente culta" no menos que entre la clase obrera. Pero esto no es todo. Se acerca con rapidez el momento en que el estudio profundo de la situación económica de Inglaterra se impondrá como una necesidad nacional inexorable. La marcha del sistema industrial en Inglaterra, imposible sin una continua y rápida expansión de la producción y, por tanto, de los mercados, se ha

detenido. El librecambio ha agotado sus recursos; el propio Manchester duda de este antiguo evangelio económico suyo¹.

La industria extranjera, en rápido desarrollo, mira cara a cara por todas partes a la producción inglesa, no sólo en mercados con protección arancelaria, sino también en mercados neutrales, e incluso de este lado del Canal. Mientras la fuerza productiva aumenta en progresión geométrica, la expansión de los mercados avanza, en el mejor de los casos, en serie aritmética. El ciclo, cada diez años, estagnación—prosperidad—sobreproducción—crisis, que se repitiera de 1825 a 1867, parece por cierto haber sido superado; pero sólo para hundirnos en el pantano desesperante de una depresión permanente y crónica. El anhelado período de prosperidad no se aproxima; tan pronto creemos atisbar los síntomas previos, éstos se esfuman en el aire. Mientras tanto, la aproximación de cada invierno plantea nuevamente la interrogante: “¿Qué hacer con los desempleados?”. Y pese a que el número de desocupados aumenta año a año, no hay quien pueda responder a esta pregunta; y ya casi podemos calcular el momento en que los desocupados perderán la paciencia y tomarán su destino en sus propias manos. En un momento tal se debería escuchar, evidentemente, la voz de un hombre cuya teoría entera es el resultado de toda una vida de estudio de la historia y de la situación económicas de Inglaterra, estudio que le llevara a la conclusión de que, por lo menos en Europa, Inglaterra era el único país en que la inevitable revolución social podría ser realizada completamente con métodos pacíficos y legales. Por supuesto, nunca olvidó agregar que no esperaba que las clases dominantes de Inglaterra se sometieran a esta revolución pacífica y legal sin una *proslavery rebellion*^[18].

Federico Engels

5 de noviembre de 1886

¹ En la reunión trimestral de la Cámara de Comercio de Manchester, celebrada en la tarde de hoy, tuvo lugar una viva discusión sobre el tema del librecambio. Se propuso una resolución en la que se dice que “Inglaterra ha esperado en vano 40 años que otras naciones sigan su ejemplo librecambista, y la Cámara considera que ha llegado el momento de abandonar esta actitud”. La proposición fue rechazada por la mayoría de un voto, siendo 21 a favor y 22 en contra. (*Evening Standard*, 1° de noviembre de 1886).

PROLOGO A LA CUARTA EDICION

La cuarta edición me exigió una comprobación, en lo posible definitiva, del texto y de las notas. Diré brevemente de cómo cumplí con este requerimiento.

Después de volver a cotejar la edición francesa con las notas manuscritas de Marx he incorporado de aquélla al texto alemán algunas nuevas adiciones. Ellas figuran en la página 80 (p. 88 de la tercera edición), pp. 458-460 (pp. 509-510 de la tercera edición), pp. 547-551 (p. 600 de la tercera edición), pp. 591-593 (p. 644 de la tercera edición) y p. 596 (p. 648 de la tercera edición) en la nota 79*. Igualmente he incorporado al texto, siguiendo el precedente de las ediciones francesa e inglesa, la larga nota sobre los mineros (pp. 509-515 de la tercera edición, pp. 461-467 de la cuarta)**.

Otras modificaciones de menor importancia tienen una simple naturaleza técnica.

Además, he agregado algunas nuevas notas explicativas, sobre todo en aquellos lugares donde me pareció que lo exigían las condiciones históricas cambiadas. Todas estas notas adicionales figuran entre corchetes y van acompañadas de mis iniciales o de la indicación "N. del Ed."***.

La edición inglesa recientemente publicada hizo necesaria una revisión completa de las numerosas citas. Con este fin, la hija menor de Marx, Eleanor, se impuso la tarea de cotejar con los originales diversos pasajes citados, logrando que las citas, la mayoría de fuentes inglesas, no fueran una retraducción del alemán, sino del texto original inglés. De ahí que me fue esencial utilizar este texto como medio de consulta para la cuarta edición. De esta manera advertimos una serie de pequeñas inexactitudes. Falsas referencias a páginas, en parte deslizadas al copiar de los cuadernos, en parte debidas a erratas acumuladas en el transcurso de tres ediciones. La utilización incorrecta de comillas o puntos suspensivos, cosa inevitable al citar con frecuencia cuadernos de apuntes. Aquí o allá una traducción

* En nuestra edición figuran en las páginas 116, 453-454, 536-540, 574-576, 579-580. —Ed.

** En nuestra edición, las páginas 455-460. —Ed.

*** En la presente edición, entre paréntesis de llave y acompañadas por las iniciales F.E.

poco feliz de alguna palabra. Ciertos pasajes citados según los viejos cuadernos de París de 1843-1845, cuando Marx aún no entendía el inglés y leía a los economistas ingleses en traducciones francesas, donde, al hacer una doble traducción, se incurría en ciertos cambios de matices, por ejemplo, en Steuart, Ure, etc., y donde ahora se debía utilizar el texto inglés. Y otras inexactitudes y deficiencias por el estilo. De compararse la cuarta edición con las anteriores, se verá que este fatigoso proceso de corrección no modificó en el libro lo más mínimo que valga la pena mencionar. No pudimos encontrar tan sólo una cita: la de Richard Jones (cuarta edición p. 562, nota 47)*; posiblemente Marx se equivocara al copiar el título del libro¹¹. Todas las demás citas mantienen completamente su fuerza probatoria o la aumentan en su actual forma exacta.

Aquí me veo obligado a volver a una vieja historia.

Conozco sólo un caso en que se dudase de la veracidad de una cita de Marx. Puesto que este caso perduró hasta después de la muerte de Marx no puedo dejarlo simplemente de lado^[20].

La *Concordia* de Berlín, órgano de la Liga de Fabricantes alemanes, publicó el 7 de marzo de 1872 un artículo anónimo titulado: *Cómo cita Carlos Marx*. En el artículo se afirmaba, con gran derroche de indignación moral y expresiones no parlamentarias, que la cita tomada del discurso pronunciado por Gladstone el 16 de abril de 1863 referido al presupuesto, y que figura en el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores de 1864 y se repite en *El Capital*, t. 1, p. 617, cuarta edición; pp. 670-671, tercera edición**, era falsificada. De acuerdo al articulista, la frase: "Este aumento embriagante de la riqueza y el poder... se restringe exclusivamente a las clases poseedoras", no figura en absoluto en el informe taquígráfico (cuasi oficial) del *Hansard*. "Esta frase no la encontramos en ningún lugar del discurso de Gladstone. En el discurso se dice precisamente lo contrario." (Ahora, en negrilla): "**Marx ha inventado, formal y materialmente, esta frase**".

Marx recibió en mayo este número de *Concordia* y respondió al anónimo artículo en el *Volksstaat* del 1 de junio. Como ya no recordaba qué diario le había servido de fuente para la cita, se limitó, en primer término, a copiar idénticos pasajes de dos fuentes inglesas, para citar a continuación la versión del *Times*, según el cual Gladstone dice:

"That is the state of the case as regards the wealth of this country. I must say for one, I should look almost with apprehension and with pain upon this intoxicating augmentation of wealth and power, if it were my belief that it was confined to classes who are in easy circumstances. This takes no cognizance at all of the condition of the labouring population. The augmentation I have described and which is founded,

* En nuestra edición en la p. 549.—Ed.

** En nuestra edición en la p. 598.—Ed.

I think, upon accurate returns, is an augmentation entirely confined to classes of property"¹.

Por tanto, Gladstone dice en la cita que lamentaría si así fuese, pero que es así: el aumento embriagante del poder y la riqueza se restringe exclusivamente a las clases poseedoras. Por lo que se refiere al cuasi oficial *Hansard*, Marx indica más adelante: "El señor Gladstone fue lo suficientemente hábil para suprimir en la edición, arreglada con posterioridad, el pasaje que en boca de un ministro del Tesoro inglés era ciertamente comprometedor. Esta es, por lo demás, una costumbre parlamentaria inglesa bastante usual y no es, en absoluto, una invención del pequeño Lasker^[21] contra Bebel".

El anónimo articulista se irrita cada vez más. Dejando de lado en su respuesta las fuentes de segunda mano —*Concordia* del 4 de julio—, señala con cierto recato que es "costumbre" citar los discursos parlamentarios según el documento taquigráfico; pero, también el reportaje del *Times* (donde figura la frase "inventada") y el de *Hansard* (en que no figura) "concuerdan materialmente en todo"; además, el reportaje del *Times* dice "directamente lo contrario de aquel célebre pasaje del Manifiesto Inaugural". A la vez que el hombre se cuida de no decir que junto a este supuesto "contrario" figura precisamente "aquel célebre pasaje". El anónimo autor nota que no pisa terreno firme y que sólo un nuevo subterfugio puede salvarle. Y así, salpicando su artículo, que como acabamos de demostrar rebosa "mentiras descaradas", con insultos edificantes, como son: "mala fe", "deslealtad", "referencias mendaces", "aquella cita falsa", "mentira descarada", "una cita, completamente falsificada", "esta falsificación", "simplemente infame", etc., considera necesario trasladar el tema en discusión a otro terreno y promete, por eso, "dedicarse en un segundo artículo al sentido que nosotros" (el articulista no "mentiroso") "le otorgamos al contenido de las palabras de Gladstone". ¡Como si su modesta opinión tuviese que ver lo más mínimo con el asunto! Este segundo artículo figura en *Concordia* del 11 de julio.

Marx respondió nuevamente en el *Volksstaat* del 7 de agosto, reproduciendo ahora también el pasaje en cuestión de las versiones de *Morning Star* y *Morning Advertiser* del 17 de abril de 1863. Según ambas referencias, Gladstone dijo que miraría con aprensión el aumento embriagante de la riqueza y el poder si lo considerase restringido a las clases acomodadas (*classes in easy circumstances*).

¹ "Este es el estado de cosas en lo que concierne a la riqueza en este país. Yo por mi parte miraría con aprensión y pena el aumento embriagante de la riqueza y el poder, si lo considerase restringido a clases acomodadas. Aquí no se ha tomado conocimiento de la situación de la población trabajadora. El aumento de la riqueza que he descrito y que se basa, pienso, en datos exactos, es un incremento restringido por completo a las clases poseedoras."

Agregando que, en efecto, este aumento está restringido a las clases poseedoras (*entirely confined to classes of property*). Como se ve, estos reportajes incluyen también literalmente la frase supuestamente “inventada”. Además, Marx constataba, confrontando los textos del *Times* y del *Hansard*, que la frase publicada de manera idéntica a la mañana siguiente en tres referencias periodísticas independientes entre sí como frase realmente pronunciada, faltaba en la versión del *Hansard*, corregida, según conocida “costumbre”, por Gladstone, quien, según palabras de Marx, la “suprimió con posterioridad”. Finalmente Marx declara que no tiene tiempo para proseguir la controversia con el anónimo autor. Por su parte, éste pareció darse también por satisfecho, a lo menos Marx no recibió más números de *Concordia*.

De esta manera, el asunto parecía muerto y sepultado. Ciertamente es que desde entonces dos o tres veces llegaron hasta nosotros, de gente cercana a la Universidad de Cambridge, misteriosos rumores sobre un indecible crimen literario cometido por Marx, en *El Capital*, pero, a pesar de todas las indagaciones, nos fue imposible averiguar algo más exacto. Súbitamente, el 29 de noviembre de 1883, ocho meses después de la muerte de Marx, apareció en el *Times* una carta, fechada en el Trinity College de Cambridge y firmada por Sedley Taylor, en que sin venir a cuento este hombrecillo, ocupado en el más apacible cooperativismo, dio luz no sólo sobre las murmuraciones de Cambridge, sino también sobre el anónimo autor de *Concordia*.

“Y lo más sorprendente —dice el hombrecillo del Trinity College— es que le estuviese reservado al profesor Brentano (a la sazón en Breslau, ahora en Estrasburgo) ...el descubrir la mala fe que inspirase evidentemente la cita que se hizo del discurso de Gladstone en el Manifiesto (Inaugural). El señor Carlos Marx... tratando de defender su cita, tuvo la osadía de afirmar, en las convulsiones de la agonía (*deadly shifts*) provocadas al punto por los ataques magistrales de Brentano, que el señor Gladstone habría arreglado la referencia de su discurso, publicada en el *Times* del 17 de abril de 1863, antes de que apareciese en el *Hansard*, para borrar un pasaje ciertamente comprometedor en boca de un ministro del Tesoro inglés. Y cuando Brentano demostró, por medio de una detallada confrontación de los textos, que las referencias del *Times* y del *Hansard* coinciden en no admitir en lo más mínimo el sentido que aquella cita arteramente descoyuntada trataba de atribuir a las palabras de Gladstone, Marx se batió en retirada, alegando que no disponía de tiempo.”

¡Ahí estaba, pues, la madre del cordero! ¡Y de qué modo tan glorioso se reflejó en la fantasía cooperativista de Cambridge la campaña anónima del señor Brentano en *Concordia*! En ello se yergue y blande su espada^[22] este San Jorge de la Liga de Fabricantes alemanes en un “ataque magistral”, y el dragón infernal, llamado Marx, expira al punto a sus pies en “convulsiones de la agonía”!

Sin embargo, todas estas descripciones de la lucha, dignas de un Ariosto, sirven tan sólo para encubrir los subterfugios de nuestro

San Jorge. Ya no habla más de “invenciones” ni de “falsificaciones”, sino de “citas arteramente descoyuntadas” (*craftily isolated quotations*). Todo el problema quedó desplazado, San Jorge y su escudero de Cambridge saben muy bien por qué lo hacen.

Eleanor Marx publicó su respuesta en la revista mensual *To-Day*, en febrero de 1884, pues el *Times* se negó a insertarla, centrando el debate en el único punto tratado inicialmente: “¿Había “inventado” Marx aquella frase, o no? El señor Sedley Taylor replicó:

En la controversia entre Marx y Bretano

“habría sido —en su opinión— de poca importancia el que cierta frase figurase o no en el discurso del señor Gladstone, comparado con el problema de si la cita había sido realizada con el fin de transmitir o tergiversar el sentido del discurso de Gladstone”.

A continuación reconoce, que el reportaje del *Times* “contiene de hecho una contradicción de palabras”, pero que, sin embargo, el contexto general, interpretado correctamente, o sea, a la manera liberal y gladstoniana, nos indica lo que el señor Gladstone quiso decir (*To-Day*, marzo de 1884). Lo más cómico es que nuestro hombrecillo de Cambridge insiste en citar el discurso *no* por la referencia del *Hansard*, como es “costumbre”, según el anónimo Brentano, sino por la del *Times*, denominada por el mismo Brentano de “inevitablemente defectuosa”. ¡Naturalmente, pues en el “*Hansard*” falta la frase fatal!

A Eleanor Marx no le costó gran trabajo pulverizar esta argumentación en el mismo número de *To-Day*. Una de dos, o el señor Taylor había leído la controversia de 1872, en cuyo caso, “mentía” ahora no sólo al “agregar” sino también al “suprimir”, o no la había leído, entonces estaba obligado a callar. En cualquier caso, era evidente que nunca se atrevió a sostener la acusación de su amigo Brentano, de acuerdo a la cual Marx habría “inventado una frase”. Por el contrario, a Marx no se le acusa ahora de haber inventado, sino de haber suprimido una frase importante. Pero esta misma frase se cita en la página 5 del Manifiesto Inaugural, pocas líneas antes de la “inventada”. Por lo que se refiere a la “contradicción” en el discurso de Gladstone, ¿no es acaso el propio Marx quien habla en *El Capital*, p. 618 (p. 672 en la tercera edición, nota 105*) de las “continuas y clamorosas contradicciones en los discursos gladstonianos entregando los presupuestos en 1863 y 1864”? Sólo que Marx no tiene la osadía a lo Sedley Taylor para diluirlos en una complacencia liberal. El resumen final en la respuesta de E. Marx dice: “Por el contrario, Marx no ha suprimido nada digno de citar ni inventado lo más mínimo. Ha recuperado y salvado del olvido cierta frase

* En nuestra edición en la p. 599.—Ed.

de un discurso de Gladstone, indudablemente pronunciada y que por tal o cual razón no figuraba en la referencia del *Hansard*".

Con esto se dio por satisfecho el señor Sedley Taylor, y el resultado final, después de una intriga profesoral urdida durante dos decenios y en dos grandes países, fue que nadie nunca más se atrevió a poner en duda la escrupulosidad literaria de Marx, y que además, desde entonces, el señor Sedley Taylor no tendrá tanta confianza en los partes literarios de guerra del señor Brentano, como tampoco éste en la infalibilidad pontificia del *Hansard*.

F. Engels

Londres, 25 de junio de 1890

LIBRO 1

PROCESO DE PRODUCCION DE CAPITAL

SECCION PRIMERA

MERCANCIA Y DINERO

CAPITULO I

LA MERCANCIA

1. LOS DOS FACTORES DE LA MERCANCIA: VALOR DE USO Y VALOR (SUSTANCIA DE VALOR, MAGNITUD DE VALOR)

La riqueza de las sociedades en que impera el modo de producción capitalista aparece como una "enorme colección de mercancías"¹, y la mercancía singular, como su forma elemental. Por eso nuestra investigación comienza por el análisis de la mercancía.

La mercancía es, ante todo, un objeto exterior, una cosa que, por medio de sus propiedades, satisface necesidades humanas de alguna clase. La naturaleza de esas necesidades, bien provengan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía, no cambia en nada el asunto². Tampoco se trata aquí de cómo la cosa satisface la necesidad humana, si lo hace directamente, como medio de subsistencia, esto es, como objeto de disfrute, o a través de un rodeo, como medio de producción.

Toda cosa útil —el hierro, el papel, etc.— debe considerarse desde un punto de vista doble, según su calidad y su cantidad. Cada una de esas cosas es un conjunto de muchas cualidades y puede, por tanto, ser útil en diversos aspectos. Descubrir estos diversos aspectos y, por consiguiente, los múltiples modos de usar las cosas constituye un hecho histórico³. Lo mismo ocurre con el descubrimiento de medidas sociales para expresar la cantidad de las cosas útiles. La diversidad de las medidas de mercancías proviene, de una parte, de la diferente naturaleza de los objetos por medir y, de otra parte, de una convención.

La utilidad de una cosa la convierte en valor de uso⁴. Pero, esa

¹ Karl Marx. *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, Berlín, 1859, p. 3.

² "El deseo implica necesidad; es el apetito del espíritu, tan natural en éste como el hambre para el cuerpo... La mayoría (de las cosas) tiene su valor por el hecho de satisfacer las necesidades del espíritu." (Nicholas Barbon. *A Discourse concerning Coining the New Money Lighter. In Answer to Mr. Locke's Considerations etc.* Londres, 1696, pp. 2, 3.)

³ "Las cosas tienen un *intrinsic virtue*" (ésta es, en Barbon, la denominación específica de valor de uso), "que en todas partes es el mismo, como el del imán de atraer hierro." (L.c., p. 6.) La propiedad del imán de atraer hierro sólo fue útil cuando se descubrió, por medio de ella, la polaridad magnética.

⁴ "El *worth* [valor] natural de toda cosa consiste en su aptitud de satisfacer necesidades o de servir a la comodidad de la vida humana." (John Locke. *Some Considerations on the Consequences of the Lowering of Interest*, 1691, en *Works*, Londres, 1777, v. II, p. 28.) En el siglo XVII encontramos con frecuencia en los autores ingleses *worth* por valor de uso y *value* por valor de cambio, en plena correspondencia con el espíritu de un idioma que gusta expresar la cosa inmediata con voces germanas y la cosa reflejada con voces latinas.

utilidad no flota en el aire. Condicionada por las propiedades del cuerpo mercantil, no existe sin el mismo. El cuerpo mercantil mismo —el hierro, el trigo, el diamante, etc.— es, por tanto, un valor de uso o un bien. Este carácter suyo no depende de si la apropiación de sus cualidades útiles cuesta al hombre mucho o poco trabajo. Al considerarse los valores de uso se les supone siempre expresados en una cantidad determinada, por ejemplo una docena de relojes, una vara de lienzo, una tonelada de hierro, etc. Los valores de uso de las mercancías proporcionan material para una disciplina especial: el peritaje mercantil⁵. El valor de uso sólo se realiza en el uso o el consumo. Los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual fuere la forma social de ésta. En la forma de sociedad que pretendemos examinar, los valores de uso son a la vez los portadores materiales del valor de cambio.

El valor de cambio se manifiesta, en primer término, como la relación cuantitativa, la proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra⁶, relación que varía constantemente en el tiempo y el espacio. De ahí que el valor de cambio parezca algo casual o puramente relativo, un valor de cambio inmanente, intrínseco a la mercancía (*valeur intrinsèque*), una *contradictio in adjecto* [contradicción en la definición]⁷. Consideremos el problema más de cerca.

Una determinada mercancía, por ejemplo un *quarter** de trigo, se cambia por x betún, o y seda, o z oro, etc., en suma, por otras mercancías en las más diversas proporciones. Por tanto, el trigo tiene múltiples valores de cambio, en vez de uno. Pero, como x betún, del mismo modo como y seda, o z oro, etc., es el valor de cambio de un *quarter* de trigo, x betún, y seda, z oro, etc., deben ser valores de cambio recíprocamente sustituibles o iguales unos a otros. De ello se desprende, primero: Los diferentes valores de cambio vigentes de una misma mercancía expresan todos algo igual. Segundo: El valor de cambio sólo puede ser, en general, el modo de expresión, la "forma de manifestación" de un contenido distinguible de él.

Tomemos dos mercancías, por ejemplo, trigo e hierro. Sea cual fuere su relación de intercambio, siempre es representable en una igualdad, en la cual una determinada cantidad de trigo se equipara a una cantidad cualquiera de hierro, por ejemplo, 1 *quarter* de

⁵ En la sociedad burguesa impera la *factio juris* [ficción jurídica] de que todo comprador de mercancías posee conocimientos enciclopédicos sobre las mismas.

⁶ "El valor consiste en la relación de cambio que se establece entre una cosa y otra, entre la cantidad de un producto y la cantidad de otro." (Le Trosne. *De l'Intérêt Social*. —*Physiocrates*, ed. Daire. París, 1846, p. 889.)

⁷ "Nada puede tener un valor intrínseco" (N. Barbon, l.c., p. 6), o como dice Butler:

"El valor de una cosa es exactamente tanto cuanto nos habrá de rendir"^[23].

* Medida equivalente a 12,700 kg.

trigo= a quintales de hierro. ¿Qué expresa esta ecuación? Que en dos cosas distintas, en 1 *quarter* de trigo y en a quintales de hierro existe algo común, de la misma magnitud. Ambos objetos son, por tanto, iguales a un tercero que en sí no es ni el uno ni el otro. Cada uno de ellos, en la medida en que es valor de cambio, debe ser, por consiguiente, reducible a un tercero.

Un simple ejemplo geométrico nos ilustrará esto. Para determinar y comparar la superficie de todos los polígonos se los divide en triángulos. El triángulo, a su vez, se reduce a una expresión completamente diferente de su figura visible: la mitad del producto de su base por su altura. Asimismo, han de reducirse los valores de cambio de las mercancías a algo común, del cual representan un más o un menos.

Este algo común no puede ser una propiedad geométrica, física, química u otra cualidad natural de las mercancías. En general, sus propiedades corporales sólo son consideradas en la medida en que hacen útiles a las mercancías, convirtiéndolas, por tanto, en valores de uso. Pero, de otra parte, es precisamente la abstracción de sus valores de uso lo que, por lo visto, caracteriza la relación de intercambio de las mercancías. En su marco, un valor de uso vale exactamente tanto como cualquier otro, siempre que esté en la proporción necesaria. O, como dice el viejo Barbon:

“Una clase de mercancías es tan buena como la otra, si su valor de cambio es igual. No hay diferencia ni distinción entre cosas de igual valor de cambio”⁸.

En cuanto valores de uso, todas las mercancías son, ante todo, de diversa calidad; en cuanto valores de cambio, sólo pueden ser de distinta cantidad, no contienen, pues, ni un átomo de valor de uso.

Ahora bien, si se hace abstracción del valor de uso de los cuerpos mercantiles, sólo les queda una propiedad, la de ser productos del trabajo. Sin embargo, también el producto se ha transformado en nuestras manos. Si nos abstraemos de su valor de uso, prescindimos también de los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso. Ya no es más una mesa, una casa, un hilado o cualquiera otra cosa útil. Todas sus cualidades tangibles se extinguen. Ya no es más el producto del trabajo del ebanista, del albañil, del hiladero o de cualquier otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos, y también desaparecen, por tanto, las diversas formas concretas de estos trabajos; ya no se

⁸ “One sort of wares are as good as another, if the value be equal. There is no difference or distinction in things of equal value... One hundred pounds worth of lead or iron, is of as great a value as one hundred pounds worth of silver and gold”^{*} (N. Barbon, l.c., pp. 53 y 7).

^{*} “...Cien libras esterlinas de plomo o hierro tienen un valor de cambio de la misma magnitud que cien libras esterlinas de plata u oro.”

distinguen más unos de otros, sino que se reducen a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto.

Examinemos ahora el residuo de los productos del trabajo. No ha quedado nada de ellos, salvo la misma objetividad espectral, una simple cristalización de trabajo humano indistinto, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana, sin considerarse la forma en que se empleó la misma. Esas cosas sólo revelan que en su producción se invirtió fuerza de trabajo humana, se acumuló trabajo humano. En cuanto cristales de esta sustancia social común a todos ellos, son valores, valores de las mercancías.

En la propia relación de intercambio de las mercancías, su valor de cambio se nos apareció como algo totalmente independiente de sus valores de uso. Ahora bien, si nos abstraemos realmente del valor de uso de los productos del trabajo, obtendremos su valor, como acaba de ser definido. Ese algo común que se representa en la relación de intercambio o el valor de cambio de la mercancía es, pues, su valor. El desarrollo de la investigación nos hará retornar al valor de cambio como modo de expresión necesario o forma de manifestación del valor, el cual examinaremos, en primer término, independientemente de esta forma.

Un valor de uso o bien sólo tiene valor, porque en él se ha objetivado o materializado trabajo humano abstracto. Ahora, ¿cómo medir la magnitud de su valor? Por la cantidad de "sustancia creadora de valor" contenida en él, es decir, de trabajo. La cantidad misma de trabajo se mide por su tiempo de duración, y el tiempo de trabajo tiene, a la vez, su escala en determinados lapsos, tales como una hora, un día, etc.

Pudiese parecer que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo gastado durante su producción, cuanto más flojo o torpe sea un hombre, tanto más valiosa será su mercancía, pues necesitará más tiempo para su producción. Sin embargo, el trabajo que forma la sustancia de valores es trabajo humano igual, gasto de la misma fuerza de trabajo humana. La fuerza de trabajo total de la sociedad, representada en los valores del mundo de las mercancías, figura aquí como una misma fuerza de trabajo, aunque esté compuesta de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de esas fuerzas de trabajo individuales equivale a toda otra fuerza de trabajo humana, por cuanto posee el carácter de una fuerza de trabajo media social y opera como tal fuerza de trabajo media social, o sea, requiere en la producción de una mercancía únicamente el tiempo de trabajo medio necesario o socialmente necesario. El tiempo de trabajo socialmente necesario es el requerido para producir un valor de uso cualquiera en las condiciones de producción sociales normales y con el grado medio social de destreza e intensidad del trabajo. Después de introducirse el telar de vapor en Inglaterra, por ejemplo, tal vez bastaba la mitad del tiempo de antes

para transformar una cantidad dada de hilado en tejido. El tejedor manual inglés necesitaba para esta transformación, de hecho, el mismo tiempo de trabajo que antes, pero ahora el producto de su hora individual de trabajo representaba sólo media hora de trabajo social, disminuyendo, por ello, a la mitad de su valor anterior.

Por tanto, lo que determina su magnitud de valor es la cantidad de trabajo socialmente necesario o el tiempo de trabajo necesario para la creación de un valor de uso⁹. Cada mercancía es considerada aquí, en general, como ejemplar medio de su clase¹⁰. Las mercancías que contienen cantidades iguales de trabajo o que se pueden producir en el mismo tiempo de trabajo tienen, por tanto, la misma magnitud pequeños mucho trabajo. Jacob duda de que alguna vez se haya pagado como el tiempo de trabajo necesario para la producción de la primera es al tiempo de trabajo necesario para la producción de la segunda. "En cuanto valores, todas las mercancías sólo son determinada medida de tiempo de trabajo cristalizado"¹¹.

La magnitud de valor de una mercancía permanecería, por tanto, constante, si fuera también constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Sin embargo, éste varía con cada cambio en la fuerza productiva del trabajo. Dicha fuerza se determina por múltiples circunstancias; entre otras, por el grado medio de destreza del obrero, el nivel de desarrollo de la ciencia y de su aplicación tecnológica, la combinación social del proceso de producción, el volumen y la efectividad de los medios de producción y las condiciones naturales. La misma cantidad de trabajo se representa en un año favorable, por ejemplo, en 8 *bushels** de trigo, y sólo en 4 en uno desfavorable. La misma cantidad de trabajo proporciona más metal en las minas ricas que en las pobres, etc. Los diamantes rara vez afloran en la corteza de la tierra, y encontrarlos cuesta, por ello, en promedio mucho tiempo de trabajo. En consecuencia, representan en volúmenes pequeños mucho trabajo. Jacob duda de que alguna vez se haya pagado el valor pleno del oro¹². Esto es válido con más razón aún para el diamante. Según Eschwege, en 1823, el rendimiento total en ochenta años de las minas de diamantes brasileñas no había alcanzado

⁹ Nota a la 2ª edición. — "*The value of them (the necessaries of life) when they are exchanged the one for another, is regulated by the quantity of labour necessarily required, and commonly taken in producing them.*" "El valor de los objetos de uso, cuando se cambia los unos por los otros, está determinado por la cantidad de trabajo necesariamente requerido y comúnmente empleado en su producción" (*Some Thoughts on the Interests of Money in general, and particularly in the Public Funds etc.*, Londres, pp. 36, 37). Este notable escrito anónimo del siglo pasado no lleva fecha. Sin embargo, de su contenido se deduce que apareció bajo el reinado de Jorge II, hacia los años 1739 ó 1740.

¹⁰ "Todos los productos de un mismo género forman, en rigor, una sola masa, donde el precio se determina de manera general y sin considerar circunstancias particulares" (Le Trosne, l.c., p. 893).

¹¹ C. Marx, l.c., p. 6.

* Medida equivalente a 36,349 litros.

siquiera el precio del producto medio en las plantaciones brasileñas de azúcar o café de 1 ¹/₂ años, aunque el primero representaba mucho más trabajo, o sea, más valor. En minas más ricas, la misma cantidad de trabajo se representaría en más diamantes, disminuyendo su valor. Si con poco trabajo se lograra transformar carbón en diamantes, su valor podría caer por debajo del de los ladrillos. En general: Cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo tanto menor será el tiempo de trabajo requerido para la producción de un artículo, tanto menor la masa de trabajo cristalizada en él y tanto menor su valor. A la inversa, cuanto menor sea la fuerza productiva del trabajo tanto mayor será el tiempo de trabajo necesario para la producción de un artículo y tanto mayor su valor. Por tanto, la magnitud de valor de una mercancía varía en proporción directa a la cantidad y en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo que se realiza en ella*.

Una cosa puede ser valor de uso, sin ser valor. Así sucede cuando su utilidad para el hombre no es resultado del trabajo. Así acontece con el aire, la tierra virgen, las praderas y bosques naturales, etc. Una cosa puede ser útil y producto del trabajo humano, sin ser mercancía. Quien satisface con su producto su propia necesidad crea, por cierto, un valor de uso, pero no una mercancía. Para producir una mercancía no sólo debe producir un valor de uso, sino un valor de uso para otros, un valor de uso social. {Y no simplemente para otros. El campesino del medioevo producía el trigo del tributo para el señor feudal y el del diezmo para el cura. Pero ni el trigo del tributo ni el del diezmo se convertían en mercancía por haber sido producidos para otros. Para transformarse en mercancía, el producto debe ser transferido a otro, a quien sirve de valor de uso, a través del intercambio^{11a}.} Finalmente, ninguna cosa puede ser valor, sin ser objeto de uso. Si es inútil, también lo es el trabajo contenido en ella, no cuenta como trabajo y no constituye, por tanto, valor.

2. DOBLE CARACTER DEL TRABAJO REPRESENTADO EN LAS MERCANCIAS

Al principio, la mercancía se nos manifestó como algo dual, como valor de uso y valor de cambio. Luego se vio que también el trabajo expresado en el valor no posee los mismos rasgos que tiene como generador de valores de uso. He sido el primero en probar

* En la 1ª edición dice a continuación: Conocemos ahora la *sustancia* del valor. Es el *trabajo*. Conocemos la *medida* de su magnitud. Es el *tiempo de trabajo*. Queda por analizar su *forma*, en la que el valor se convierte en *valor de cambio*. Antes, sin embargo, es necesario desarrollar más detenidamente las determinaciones ya descubiertas.

^{11a} {Nota a la 4ª edición. Introduce las frases entre paréntesis, porque debido a su omisión solía surgir el malentendido de que todo producto consumido por otra persona que no sea el productor sería considerado por Marx como mercancía. —F.E.}

críticamente esta naturaleza dual del trabajo contenido en la mercancía¹². Como este asunto es el punto esencial en torno al cual gira la comprensión de la economía política, debe dilucidarse aquí con más detenimiento.

Tomemos dos mercancías, digamos, una levita y 10 varas de lienzo. Supóngase que la primera tiene dos veces más valor que las últimas, de tal modo que, si 10 varas de lienzo = v , una levita = $2v$.

La levita es un valor de uso que satisface una necesidad específica. Para crearla, se necesita cierto tipo de actividad productiva. Dicha actividad está determinada por su finalidad, modo de operar, objeto, medio y resultado. El trabajo, cuya utilidad se representa así en el valor de uso de su producto o en el hecho de que su producto sea un valor de uso, lo llamaremos brevemente trabajo útil. Considerado desde este punto de vista, el trabajo lo vemos siempre referido a su efecto útil.

De la misma manera que la levita y el lienzo son valores de uso cualitativamente distintos, también son cualitativamente distintos los trabajos a los cuales deben su existencia: el del sastre y el del tejedor. Si aquellas cosas no fuesen valores de uso cualitativamente distintos y, por tanto, productos de trabajos útiles cualitativamente distintos, no podrían, en general, contraponerse como mercancías. La levita no se cambia por otra levita, el mismo valor de uso por uno idéntico.

En la totalidad de los diversos valores de uso o cuerpos de las mercancías se manifiesta un conjunto igualmente variado de trabajos útiles, distinguibles según su género, familia, especie y variedad, una división social del trabajo. División que es condición de existencia de la producción mercantil, aunque ésta no sea, a la inversa, condición de existencia de la división social del trabajo. En la comunidad india antigua el trabajo estaba dividido socialmente, sin que los productos se transformasen en mercancías. O, en un ejemplo más cercano: en toda fábrica el trabajo está dividido sistemáticamente, pero esta división no está mediada por el hecho de que los obreros se intercambien sus productos individuales. Sólo los productos de trabajos privados autónomos e independientes entre sí se contraponen recíprocamente como mercancías.

Se ha visto, pues, que el valor de uso de toda mercancía encierra una determinada actividad productiva —o trabajo útil— orientada a un fin. Los valores de uso no pueden enfrentarse como mercancías si no encierran trabajos útiles cualitativamente distintos. En una sociedad, cuyos productos revisten, en general, la forma de mercancías, esto es, en una sociedad de productores de mercancías, esta diversidad cualitativa de los trabajos útiles, realizados independientemente unos de otros como negocios privados de productores autó-

¹² L.c., pp. 12, 13 y *passim*.

nomos, se desenvuelve constituyendo un sistema de múltiples miembros, una división social del trabajo.

A la levita le es indiferente, por lo demás, que la vista el sastre o su cliente. En ambos casos sirve como valor de uso. Tampoco se altera de por sí la relación entre la levita y el trabajo que la produce al convertirse la actividad del sastre en profesión específica, en eslabón autónomo de la división social del trabajo. Allí donde lo forzó la necesidad de vestirse, el hombre realizó por milenios trabajos destinados a vestirse antes de que se convirtiera en sastre. Pero, la existencia de la levita, del lienzo, de todo elemento de la riqueza material que no esté dado por la naturaleza, se debió siempre a una actividad productiva especial orientada a un fin, que asimila materias particulares de la naturaleza a necesidades particulares del hombre. En cuanto creador de valores de uso, es decir como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, condición de existencia del hombre, independiente de cualquier forma de sociedad, una eterna necesidad natural de mediar el intercambio orgánico que se da entre el hombre y la naturaleza, de mediar, por consiguiente, la vida humana.

Los valores de uso —levita, lienzo, etc., en suma, los cuerpos de las mercancías— son la combinación de dos elementos: materia natural y trabajo. Si descontamos la suma de todos los diversos trabajos útiles que encierran la levita, el lienzo, etc., queda siempre un sustrato material que proviene de la naturaleza, sin participación del hombre. En su producción el ser humano puede proceder únicamente como la naturaleza misma, es decir, sólo puede alterar la forma de las materias¹³. Y aún más: incluso en este trabajo de transformación se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, por consiguiente, la única fuente de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es, como dice William Petty, su padre y la tierra, su madre^[25].

Pasemos ahora de la mercancía en cuanto objeto de uso a la mercancía valor.

Según nuestra premisa, la levita tiene el doble de valor que el lienzo. Pero esta no es más que una diferencia cuantitativa que por el momento no nos interesa. Recordemos que si el valor de una

¹³ "Todos los fenómenos del universo, ya sean productos de la mano del hombre o de las leyes universales de la física, no son, de hecho, creaciones nuevas, sino únicamente una modificación de la materia. Juntar y separar son los únicos elementos que el genio humano encuentra cada vez que analiza la idea de la reproducción; y otro tanto ocurre con la reproducción del valor" (valor de uso, aunque ni el mismo Verri sabe aquí, en su polémica contra los fisiócratas, de qué clase de valor habla) "y de la riqueza, cuando la tierra, el aire, el agua se transforman en grano en los campos, o cuando por la mano del hombre, la glutina de un insecto se transforma en seda o algunas piezas de metal se organizan hasta formar un reloj de repetición" (Pietro Verri. *Meditazioni sulla Economia Politica*, obra publicada por primera vez en 1771 en la edición de los economistas italianos de Custodi, Parte Moderna, t. XV, pp. 21, 22).

levita es dos veces mayor que el de 10 varas de lienzo, 20 varas de lienzo tendrán la misma magnitud de valor de una levita. En cuanto valores, la levita y el lienzo son cosas de igual sustancia, expresiones objetivas de trabajo homogéneo. Pero, el trabajo del sastre y el del tejedor son cualitativamente distintos. Hay, sin embargo, condiciones sociales en que el mismo hombre realiza alternativamente el trabajo del sastre y el del tejedor, y en que estos dos modos diversos de trabajar sólo son, por tanto, modificaciones del trabajo del mismo individuo, y no funciones estables específicas de individuos distintos, de la misma manera que la levita que nuestro sastre hace hoy y los pantalones que hará mañana sólo representan variaciones del mismo trabajo individual. La práctica nos enseña, además, que en nuestra sociedad capitalista, según la cambiante dirección de la demanda de trabajo, una determinada porción de trabajo humano se realiza alternativamente en la forma de trabajo de sastrería o de tejeduría. Desde luego, este cambio de forma del trabajo no transcurre sin fricciones, pero debe realizarse necesariamente. Si se prescinde del carácter determinado de la actividad productiva y, por tanto, del carácter útil del trabajo, de éste queda el ser gasto de fuerza de trabajo humana. El trabajo del sastre y del tejedor, siendo actividades productivas cualitativamente distintas, ambos implican gasto productivo de cerebro, músculo, nervio, mano, etc., humanos, y en este sentido los dos son trabajo humano. Sólo son dos formas distintas de gastar fuerza de trabajo humana. Es cierto que la fuerza de trabajo humana debe estar más o menos desarrollada para ser gastada en tal o cual forma. Pero, el valor de la mercancía representa trabajo humano como tal, gasto de trabajo humano en general. Así como en la sociedad burguesa un general o banquero desempeñan un gran papel y el hombre simple, en cambio, uno muy deslucido¹⁴, otro tanto ocurre aquí con el trabajo humano. Este es gasto de la fuerza de trabajo simple, que posee en promedio todo hombre común, sin desarrollo especial, en su organismo corporal. *El trabajo medio simple* cambia, por cierto, de carácter según los diversos países y las distintas épocas culturales, pero está dado en una sociedad determinada. El trabajo complejo sólo cuenta como trabajo simple *potenciado* o más bien *multiplicado*, de tal modo que una cantidad menor de trabajo complejo equivale a una cantidad mayor de trabajo simple. La experiencia muestra que esta reducción se opera constantemente. Una mercancía puede ser el producto de un trabajo más complejo, pero su *valor* la equipara al producto del trabajo simple y representa, él mismo, sólo una determinada cantidad de trabajo simple¹⁵. Las

¹⁴ Cfr. Hegel. *Philosophie des Rechts*. Berlín, 1840, p. 250, §190.

¹⁵ Debe advertir el lector que no se trata aquí del salario o valor que recibe el obrero por un día de trabajo, sino del valor de las mercancías, en el cual se objetiva su jornada laboral. En esta etapa de la exposición, la categoría del salario, en general, no existe aún.

diversas proporciones en que los distintos tipos de trabajo se reducen a trabajo simple como unidad de medida, se establecen a través de un proceso social que transcurre a espaldas de los productores y aparecen ante éstos, por tanto, como frutos de la tradición. Para simplificar, consideraremos a continuación todo tipo de fuerza de trabajo directamente como fuerza de trabajo simple, sólo ahorrándonos de este modo la molestia de la reducción.

Por tanto, así como en los valores de la levita y el lienzo se hace abstracción de la diferencia entre sus valores de uso, otro tanto acontece en los trabajos que se representan en estos valores, con respecto a la diferencia de sus formas útiles, la actividad del sastre y del tejedor. Así como los valores de uso levita y lienzo son combinaciones de actividades productivas específicas con la tela y el hilado respectivamente, los valores de la levita y el lienzo, en cambio, son simples cristalizaciones idénticas de trabajo; de la misma manera los trabajos contenidos en estos valores no son considerados por su relación productiva con la tela o el hilado, sino únicamente como gasto de fuerza de trabajo humana. Los trabajos del sastre y el tejedor son elementos constitutivos de los valores de uso levita y lienzo precisamente por ser diferentes sus cualidades; en cambio, sólo son sustancia del valor levita y del valor lienzo en cuanto se hace abstracción de sus cualidades particulares y ambos se reducen a la misma cualidad, la del trabajo humano.

Pero la levita y el lienzo no sólo son valores en general, sino valores de una determinada magnitud y, según nuestra suposición, la levita tiene dos veces más valor que 10 varas de lienzo. ¿De dónde proviene esta diferencia en sus magnitudes de valor? Del hecho de que el lienzo contiene sólo la mitad de trabajo que una levita, de tal modo que para la producción de ésta es preciso que la fuerza de trabajo se gaste durante el doble de tiempo que en la producción de aquél.

Por tanto, si con respecto al valor de uso el trabajo contenido en la mercancía se considera sólo cualitativamente, con relación a la magnitud de valor sólo se lo considera en términos cuantitativos, ya después de haber sido reducido a trabajo humano sin otra cualidad que esa. En el primer aspecto interesa el cómo y el qué del trabajo, en el segundo, el cuánto, su duración en el tiempo. Como la magnitud de valor de una mercancía sólo representa la cantidad del trabajo contenido en ella, las mercancías serán siempre, en ciertas proporciones, de igual valor. Si la fuerza productiva de todos los trabajos útiles requeridos para la producción de una levita, supongamos, permanece invariable, la magnitud de valor de las levitas aumentará al crecer su propia cantidad. Si 1 levita representa x días de trabajo, 2 levitas representarán $2x$ días, etc. Pero, supongamos que el trabajo necesario para la producción de una levita crezca al doble o caiga a la mitad. En el primer caso, una levita tendrá tanto valor como antes dos, y en el segundo, dos levitas tendrán sólo el valor que antes

tenía una, aunque en ambos casos la levita preste siempre los mismos servicios y el trabajo útil que contiene sea, antes y después, de la misma calidad. Pero ha variado la cantidad de trabajo gastado en su producción.

Una cantidad mayor de valor de uso constituye, de por sí, una riqueza material mayor: dos levitas representan más que una. Con dos levitas se puede vestir a dos personas, con una solamente a una persona, etc. Sin embargo, a una masa creciente de riqueza material puede corresponder una caída simultánea en su magnitud de valor. Este movimiento opuesto proviene del doble carácter del trabajo. La fuerza productiva es, por supuesto, siempre fuerza productiva del trabajo útil, concreto y, de hecho, sólo determina el grado de eficacia de una actividad productiva específica en un espacio de tiempo dado. El trabajo útil será, por tanto, una fuente de productos más o menos grande en razón directa al aumento o disminución de la fuerza productiva. Por el contrario, un cambio en la fuerza productiva no influye de suyo en el trabajo representado en el valor. Como la fuerza productiva corresponde a la forma concreta y útil del trabajo, no puede, naturalmente, influir en el trabajo al hacerse abstracción de esta forma concreta y útil. Un mismo trabajo proporciona siempre, en consecuencia, en los mismos lapsos, la misma magnitud de valor, por mucho que varíe la fuerza productiva. Pero puede suministrar en el mismo espacio de tiempo diversas cantidades de valores de uso: más, cuando la fuerza productiva aumenta, menos, cuando ésta disminuye. La misma variación de la fuerza productiva que incrementa el rendimiento del trabajo y, por tanto, la masa de valores de uso que éste proporciona, disminuye, pues, la magnitud de valor de esta masa total incrementada, al reducir la suma del tiempo de trabajo necesario para su producción. Y a la inversa.

Todo trabajo es, de una parte, gasto de fuerza de trabajo humana en el sentido fisiológico, y como tal trabajo humano igual o trabajo humano abstracto conforma el valor de las mercancías. Todo trabajo es, de otra parte, gasto de fuerza de trabajo humana en una forma específica, orientada a un fin, y como tal trabajo concreto útil produce valores de uso¹⁶.

¹⁶ Nota a la 2ª edición. Para probar "que en todas las épocas sólo el trabajo es la medida definitiva y real de evaluación y comparación de los valores de todas las mercancías", A. Smith dice: "Cantidades iguales de trabajo deben tener el mismo valor para el obrero en todas las épocas y en todos los lugares. En su estado normal de salud, fuerza y actividad, y poseyendo el nivel medio de destreza, debe renunciar siempre a la misma porción de descanso, libertad y felicidad" (*Wealth of Nations*, I.I, cap. V [pp. 104/105]). De una parte, A. Smith confunde aquí (aunque no siempre) la determinación del valor por la cantidad de trabajo gastado en la producción de la mercancía con la determinación de los valores de las mercancías por el valor del trabajo, y procura, por ello, demostrar que cantidades iguales de trabajo siempre tienen el mismo valor. De otra parte, presiente que el trabajo, por cuanto se representa en el valor de las mercancías, sólo es considerado como gasto de fuerza de trabajo, pero concibe este gasto, a su vez, como un simple sacrificio de descanso, libertad y

3. LA FORMA DE VALOR O VALOR DE CAMBIO

Las mercancías vienen al mundo en la forma de valores de uso o cuerpos mercantiles, como hierro, lienzo, trigo, etc. Esta es su prosaica forma natural. Sin embargo, sólo son mercancías por ser una dualidad, objetos de uso y, a la vez, portadores de valor. Se manifiestan, por tanto, como mercancías o revisten la forma de mercancías únicamente porque poseen una doble forma: la forma natural y la forma de valor.

La objetividad de valor de las mercancías se distingue de la viuda Vivaz en que no se sabe por dónde cogerla^[26]. Precisamente, al contrario de la burda objetividad sensorial de los cuerpos de las mercancías ni un solo átomo de material natural entra en su objetividad de valor. De ahí que por más que se dé vuelta y se manipule una mercancía cualquiera, resultará inaprehensible en cuanto cosa de valor. Sin embargo, si recordamos que las mercancías sólo poseen objetividad de valor en cuanto son expresiones de la misma unidad social, del trabajo humano; que su objetividad en cuanto valor es, por tanto, de naturaleza puramente social, se comprenderá de suyo que dicha objetividad sólo puede manifestarse en la relación social de una mercancía con otra. Partimos, en efecto, del valor de cambio o relación de intercambio de la mercancía para dar con el valor que se esconde en dicha relación. Ahora, debemos retornar a esa forma de manifestación del valor.

Todo hombre sabe, aunque su conocimiento sea sólo ese, que las mercancías poseen una forma común de valor que contrasta, de manera nítida, con las abigarradas formas naturales de sus valores de uso: la forma de dinero. Se trata aquí, empero, de realizar una empresa que la economía burguesa ni siquiera intentó, a saber: mostrar la génesis de esa forma de dinero, o sea, seguir el desarrollo de la expresión de valor, contenida en la relación de valor de la mercancía, desde su imagen más simple y opaca hasta la deslumbrante forma de dinero. Con ello, desaparece, a la vez, el misterio del dinero.

felicidad, y no como una actividad vital normal. Tiene, por cierto, al asalariado moderno ante sus ojos. — Mayor exactitud expresa el anónimo predecesor de A. Smith citado en la nota 9: "Un hombre emplea una semana en producir un objeto de subsistencia... y aquel que le da otro objeto en intercambio no puede estimar mejor cuál es el equivalente apropiado que calculando cuánto le costó en *labour* (trabajo) y tiempo. En efecto, esto no es más que el intercambio del *labour* (trabajo) que gastó un hombre en un determinado lapso en la producción de una cosa por el *labour* (trabajo) que otro empleó en el mismo lapso en producir otra cosa" (*Some Thoughts on the Interest of Money in general etc.*, p. 39).

[A la 4ª edición: El idioma inglés tiene la ventaja de tener dos palabras distintas para designar estos dos aspectos distintos del trabajo. El trabajo que produce valores de uso y está determinado cualitativamente se llama *work*, en oposición a *labour*; el trabajo que genera valor y sólo se mide cuantitativamente se llama *labour*, en oposición a *work*. Véase la nota a la traducción inglesa, p. 14. —F.E.)]

La relación de valor más simple es, evidentemente, la relación de valor existente entre una mercancía y otra mercancía singular distinta, sea cual fuere. La relación de valor entre dos mercancías proporciona, por tanto, la expresión de valor más simple de una mercancía.

A. Forma simple, singular o fortuita de valor

x mercancía $A = y$ mercancía B , o bien: x mercancía A vale y mercancía B . (20 varas de lienzo = 1 levita, o bien: 20 varas de lienzo valen una levita.)

1) Los dos polos de la expresión de valor: forma relativa de valor y forma de equivalente

El secreto de toda forma de valor se esconde en esta forma simple de valor. Es su análisis, por tanto, el que presenta la verdadera dificultad.

Dos mercancías distintas A y B , en nuestro ejemplo el lienzo y la levita, desempeñan aquí, evidentemente, dos papeles distintos. El lienzo expresa su valor en la levita, la levita sirve de material para esta expresión de valor. La primera mercancía desempeña un papel activo, y la segunda, uno pasivo. El valor de la primera mercancía se representa como valor relativo, o reviste la forma relativa de valor. La segunda mercancía funciona como equivalente, o sea, se encuentra en la forma de equivalente.

La forma relativa de valor y la forma de equivalente son momentos inseparables, que se corresponden mutuamente y se condicionan entre sí, pero constituyen a la vez extremos recíprocamente excluyentes y opuestos, es decir, polos de la misma expresión de valor; se reparten siempre entre las diversas mercancías que interrelaciona la expresión de valor. No puedo, por ejemplo, expresar en lienzo el valor del lienzo. 20 varas de lienzo = 20 varas de lienzo no constituye una expresión de valor. La igualdad dice más bien lo inverso: 20 varas de lienzo no son más que 20 varas de lienzo, una determinada cantidad del objeto de uso que es el lienzo. El valor del lienzo puede, por tanto, sólo ser expresado en términos relativos, esto es, en otra mercancía. La forma relativa de valor del lienzo presupone, pues, que alguna otra mercancía se le contraponga en la forma de equivalente. De otra parte, esa otra mercancía, que figura como equivalente, no puede revestir al mismo tiempo la forma relativa de valor. No es ella la que expresa su valor. Sólo proporciona el material a la expresión de valor de otra mercancía.

Por cierto, la expresión 20 varas de lienzo = 1 levita, o 20 varas de lienzo valen 1 levita, implica también la relación inversa: 1 levita = 20 varas de lienzo o 1 levita vale 20 varas de lienzo.

Pero, entonces, para expresar en términos relativos el valor de la levita debo invertir la ecuación y, al hacerlo, el lienzo se transforma en equivalente, en vez de la levita. La misma mercancía no puede, por tanto, aparecer en la misma expresión de valor simultáneamente en ambas formas. Estas más bien se excluyen mutuamente de manera polar.

El que una mercancía se encuentre en la forma relativa de valor o en la forma opuesta de equivalente depende exclusivamente de su posición en ese momento en la expresión de valor, es decir, de si es la mercancía cuyo valor se expresa o en la cual se expresa el valor.

2) Forma relativa de valor

a) Contenido de la forma relativa de valor

Para averiguar cómo se contiene la expresión simple de valor en la relación de valor entre dos mercancías, se debe, en primer término, examinar dicha relación prescindiendo totalmente de su aspecto cuantitativo. Comúnmente se suele proceder a la inversa, viendo en la relación de valor sólo la proporción en que se equiparan determinadas cantidades de dos clases diferentes de mercancías. Se pasa por alto que las magnitudes de las cosas únicamente se vuelven comparables después de ser reducidas a la misma unidad. Sólo en cuanto expresiones de la misma unidad son magnitudes del mismo nombre y, por tanto, conmensurables¹⁷.

Ya sea que 20 varas de lienzo = 1 levita, ó = 20, ó = x levitas, esto es, ya sea que una cantidad dada de lienzo valga muchas o pocas levitas, cada una de esas proporciones implica siempre que el lienzo y la levita, en cuanto magnitudes de valor, son expresiones de la misma unidad, cosas de la misma naturaleza. Lienzo = levita es la base de la igualdad.

Pero las dos mercancías cualitativamente equiparadas no desempeñan el mismo papel. Sólo se expresa el valor del lienzo. ¿Y cómo? Relacionándolo con la levita en calidad de su "equivalente" o como algo "intercambiable" por él. En esta relación, la levita es considerada como forma de existencia del valor, como cosa que es valor, pues sólo como tal es lo mismo que el lienzo. De otra parte, se manifiesta o adquiere una expresión autónoma la propia existencia de valor del lienzo, pues sólo en cuanto valor es referible a la levita como

¹⁷ Los escasos economistas que, como S. Bailey, se han ocupado del análisis de la forma de valor no podían llegar a resultado alguno, primero, porque confunden la forma de valor y el valor mismo; y segundo, porque bajo la burda influencia del burgués práctico desde un comienzo tienen en consideración exclusivamente la determinación cuantitativa. "La disposición sobre la cantidad ... constituye el valor" (*Money and its Vicissitudes*, Londres, 1837, p. 11). El autor: S. Bailey.

equivalente o intercambiable por él. Del mismo modo, el ácido butírico es un cuerpo diferente del formiato de propilo. Sin embargo, ambos se componen de las mismas sustancias químicas: carbono (C), hidrógeno (H) y oxígeno (O), y precisamente en la misma composición porcentual, o sea, $C_4H_8O_2$. Ahora bien, si se equiparara el ácido butírico al formiato de propilo, tendríamos, primero, que en esta relación, el formiato de propilo sólo contaría como forma de existencia de $C_4H_8O_2$, y, segundo, estaría dicho que también el ácido butírico se compone de $C_4H_8O_2$. Al equiparar el formiato de propilo con el ácido butírico se expresaría la sustancia química de los dos, a diferencia de su forma corporal.

Si decimos: en cuanto valores las mercancías son meras cristalizaciones de trabajo humano, nuestro análisis las reduce a su abstracción de valor, pero no les da una forma de valor distinta de su forma natural. Otra cosa ocurre en la relación de valor de una mercancía con otra. Su carácter de valor se pone de relieve por su propia relación con la otra mercancía.

Al igualar, por ejemplo, la levita como cosa de valor al lienzo, se equipara el trabajo contenido en la primera al trabajo contenido en el último. Ahora bien, el trabajo del sastre que hace la levita es, por cierto, un trabajo concreto, distinto del efectuado por el tejedor al producir el lienzo. Pero, la igualación con el trabajo del tejedor reduce el trabajo del sastre, en efecto, a lo que en ambos trabajos es realmente igual, a su carácter común de trabajo humano. Dando este rodeo, pues, sólo se ha dicho que la tejeduría, en cuanto teje valor, no posee rasgos distintos del trabajo de sastrería; es, por, tanto, trabajo humano abstracto. Sólo la expresión de equivalencia de mercancías distintas saca a luz el carácter específico del trabajo en cuanto creador de valor, al reducir los diversos trabajos contenidos en las diversas mercancías, realmente a lo que les es común, a trabajo humano en general^{17a}.

Sin embargo, no basta con expresar el carácter específico del trabajo del cual se compone el valor del lienzo. La fuerza de trabajo humana en estado líquido, o el trabajo humano, crea valor, pero no es valor. Se transforma en valor al cristalizar en su forma objetivada. Para expresar el valor del lienzo en cuanto cristalización de trabajo humano, debe ser expresado en cuanto "objetividad" que como cosa

^{17a} Nota a la 2ª edición. Uno de los primeros economistas que, después de William Petty, penetró la naturaleza del valor, el famoso Franklin, dice: "Como el comercio no es, en general, más que el intercambio de un trabajo por otro, el valor de todas las cosas será medido de la manera más exacta en trabajo" (*The Works of B. Franklin etc.*, ed. by Sparks, Boston, 1836, V, II, p. 267). Franklin no está consciente de que, al estimar "en trabajo" el valor de todas las cosas, se abstrae de la diversidad de los trabajos intercambiados, y los reduce así a trabajo humano igual. No lo sabe, sin embargo lo dice. Habla primero de "un trabajo", luego de "otro trabajo", y finalmente del "trabajo" sin especificar, en cuanto sustancia del valor de todas las cosas.

difiere del lienzo mismo y que a la vez le es común a él y a otra mercancía. El problema ya está resuelto.

En la relación de valor del lienzo, la levita se considera como algo que es cualitativamente igual a él, como cosa de la misma naturaleza, puesto que es un valor. Es considerada aquí, por tanto, como cosa en que se manifiesta el valor o que en su forma natural y tangible representa valor. Ahora bien, la levita, el cuerpo de mercancía levita, es, por cierto, un simple valor de uso. Una levita es tan inadecuada para expresar valor como cualquier pieza de lienzo. Esto prueba únicamente que la levita dentro de la relación de valor con el lienzo significa más que fuera de esta relación, así como ciertas personas importan más si se encuentran dentro de una levita galoneada que fuera de ella.

En la producción de la levita se ha gastado, efectivamente, fuerza de trabajo humana bajo la forma del trabajo del sastre. En consecuencia, se ha acumulado en ella trabajo humano. La levita es, en este sentido, "portadora de valor", aunque esta propiedad suya no se trasluzca ni siquiera a través de la levita más raída. Y en la relación de valor del lienzo, la levita sólo se considera en este aspecto, o sea, como valor corporificado, como cuerpo que es valor. Pese a su apariencia abotonada, el lienzo reconoce en ella una bella alma de valor del mismo origen de la suya. La levita no puede, sin embargo, representar el valor frente al lienzo, si para éste el valor no adquiere, a la vez, la forma de una levita. Del mismo modo, la persona *A* no puede referirse a la persona *B* como a su majestad, sin que su majestad, a la vez, revista para *A* la corporeidad de *B* y, por tanto, cambie de fisonomía, color de pelo y algunos otros rasgos más cada vez que acceda al trono un nuevo padre de la patria.

En la relación de valor en que la levita constituye el equivalente del lienzo, la forma levita funciona, pues, como forma de valor. El valor de la mercancía lienzo se expresa, en consecuencia, en el cuerpo de la mercancía levita, el valor de una mercancía en el valor de uso de otra. En cuanto valor de uso, el lienzo es una cosa sensorialmente distinta de la levita; en cuanto valor, es "algo igual a la levita" y toma, por consiguiente, el mismo aspecto que ésta. Así, el lienzo adquiere una forma de valor distinta de su forma natural. En su igualdad con la levita se manifiesta su esencia de valor, así como la naturaleza ovejuna del cristiano se revela en su identificación con el cordero de Dios.

Como vemos, todo lo que antes nos decía el análisis del valor de la mercancía, nos lo dice ahora el lienzo mismo, no bien entra en contacto con otra mercancía, la levita. Sólo que el lienzo revela sus pensamientos en el único idioma que domina, el idioma de las mercancías. Para decir que su propio valor lo crea el trabajo en su cualidad abstracta de trabajo humano, dice que la levita, por cuanto se considera igual a él, o sea, por cuanto es valor, está constituida

del mismo trabajo que el lienzo. Para decir que su sublime objetividad de valor difiere de su tieso cuerpo de lienzo, dice que el valor tiene aspecto de levita y que, por tanto, él mismo en cuanto cosa que es valor se parece a la levita como un huevo a otro. Obsérvese, de paso, que el lenguaje de las mercancías, además del hebreo, tiene muchos otros dialectos más o menos correctos. El *Wertsein* alemán, por ejemplo, expresa con menor vigor que el verbo romano *valere*, *valer*, *valoir* el hecho de que la igualación de la mercancía *B* a la mercancía *A* es la propia expresión de valor de la mercancía *A*. *Paris vaut bien une messe!* [París bien vale una misa!^[27]]

Por tanto, a través de la relación de valor, la forma natural de la mercancía *B* se convierte en la forma de valor de la mercancía *A*, o el cuerpo de la mercancía *B* llega a ser el espejo de valor de la mercancía *A*¹⁸. Al referirse a la mercancía *B* como cuerpo de valor, como materialización del trabajo humano, la mercancía *A* convierte el valor de uso *B* en el material de su propia expresión de valor. El valor de la mercancía *A*, expresado así en el valor de uso de la mercancía *B*, reviste la forma de valor relativo.

b) Determinación cuantitativa de la forma relativa de valor

Toda mercancía cuyo valor debe ser expresado, es un objeto de uso que se encuentra en una cantidad dada, por ejemplo: 15 fanegas de trigo, 100 libras de café, etc. Esta cantidad de una mercancía contiene determinada cantidad de trabajo humano. La forma de valor, en consecuencia, no sólo ha de expresar valor en general, sino valor cuantitativamente determinado, o sea magnitud de valor. En la relación de valor de la mercancía *A* con la mercancía *B*, del lienzo con la levita, por ello, no sólo se equipara cualitativamente al lienzo la clase de mercancía levita, en cuanto corporización de valor en general, sino a una cantidad determinada de lienzo, por ejemplo, a 20 varas de lienzo, se le iguala una determinada cantidad del cuerpo de valor o equivalente, v.gr., 1 levita.

La igualdad: "20 varas de lienzo = 1 levita", o "20 varas de lienzo valen una levita", presupone que en una levita se contiene exactamente tanta sustancia de valor como en 20 varas de lienzo, por tanto, que las dos cantidades de mercancía cuestan igual trabajo o igual tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo necesario para la producción de 20 varas de lienzo o de una levita, empero, varía

¹⁸ En cierto sentido, con los hombres acontece igual que con las mercancías. Como no viene al mundo con un espejo en la mano ni diciendo, como filósofo fichteano, "yo soy yo", el hombre se refleja ante todo en otro hombre. Sólo a través de la relación con el hombre Pablo como igual suyo, el hombre Pedro se refiere a sí mismo como a un hombre. Pero, con ello, Pablo cuenta para él, enteramente, en su corporeidad paulina, como forma de manifestación del género humano.

con cada cambio en la fuerza productiva del trabajo del tejedor o del sastre. Debemos investigar ahora, más detenidamente, el influjo de tal cambio sobre la expresión relativa de la magnitud de valor.

I. El valor del lienzo varía¹⁹, permaneciendo constante el de la levita. Si se duplica el tiempo de trabajo necesario para la producción del lienzo, debido, tal vez, al creciente agotamiento de los suelos destinados a cultivar lino, se duplica su valor. A cambio de 20 varas de lienzo = 1 levita, tendríamos 20 varas de lienzo = 2 levitas, por cuanto una levita contiene ahora sólo la mitad del tiempo de trabajo de 20 varas de lienzo. Por el contrario, si el tiempo de trabajo necesario para la producción del lienzo se reduce a la mitad, debido, acaso, a un perfeccionamiento de los telares, el valor del lienzo disminuye a la mitad. En consecuencia, ahora, 20 varas de lienzo = $\frac{1}{2}$ levita. Por tanto, el valor relativo de la mercancía *A*, es decir, su valor expresado en la mercancía *B*, aumenta y disminuye en razón directa al valor de la mercancía *A*, si permanece constante el valor de la mercancía *B*.

II. El valor del lienzo permanece constante, mientras varía el de la levita. Si bajo estas circunstancias, el tiempo de trabajo necesario para la producción de la levita se duplica, debido, tal vez, al bajo rendimiento del esquila, ahora, en vez de 20 varas de lienzo = 1 levita, tendremos 20 varas de lienzo = $\frac{1}{2}$ levita. En cambio, si el valor de la levita se reduce a la mitad, tendremos que 20 varas de lienzo serán = 2 levitas. Por tanto, de permanecer invariable el valor de la mercancía *A*, su valor relativo, expresado en la mercancía *B*, disminuirá o aumentará en razón inversa al cambio de valor de *B*.

Si se comparan los diversos casos comprendidos en I y II, resultará que el mismo cambio de magnitud producido en el valor relativo puede provenir de razones completamente opuestas. Así, la ecuación 20 varas de lienzo = 1 levita se transforma 1) en la ecuación 20 varas de lienzo = 2 levitas, o bien porque se duplica el valor del lienzo, o bien porque disminuye a la mitad el valor de las levitas, y 2) en la ecuación 20 varas de lienzo = $\frac{1}{2}$ levita, ya sea porque el valor del lienzo disminuye a la mitad, o porque aumenta al doble el valor de la levita.

III. Las cantidades de trabajo necesarias para la producción del lienzo y la levita pueden variar simultáneamente en la misma dirección y en la misma proporción. En ese caso, permanecerá igual que antes: 20 varas de lienzo = 1 levita, por mucho que varíen sus valores. Se descubre su cambio de valor tan pronto se les compara a una tercera mercancía cuyo valor permaneció constante. Si los valores de todas las mercancías aumentaran o disminuyeran simultá-

¹⁹ El término "valor" se usa aquí, como en algunos pasajes anteriores, para designar el valor cuantitativamente determinado, o sea, la magnitud de valor.

neamente y en la misma proporción, sus valores relativos permanecerían inalterados. Su verdadero cambio de valor sólo se reconocería por la circunstancia de que en el mismo tiempo de trabajo se proporcionaría ahora, en general, una cantidad mayor o menor de mercancías que antes.

IV. Los tiempos necesarios de trabajo para la producción respectiva del lienzo y de la levita y, por tanto, sus valores pueden variar a la vez en la misma dirección, pero en distinto grado, o en sentidos opuestos, etc. La influencia de todas estas combinaciones sobre el valor relativo de una mercancía se deduce, simplemente, de la aplicación de los casos I, II, III.

Las variaciones reales de las magnitudes de valor no se reflejan, pues, de manera completa e inequívoca en sus expresiones relativas o en la magnitud del valor relativo. El valor relativo de una mercancía puede variar, aunque su valor permanezca constante. Su valor relativo puede mantenerse constante, aunque su valor varíe; y, finalmente, en modo alguno es necesario que coincidan las variaciones simultáneas en sus magnitudes de valor y en las expresiones relativas de esas magnitudes²⁰.

3) *La forma de equivalente*

Hemos visto: al expresar una mercancía *A* (el lienzo) su valor en el valor de uso de una mercancía diferente *B* (la levita), le imprime a esta última una forma peculiar de valor, la de equivalente. La mercancía lienzo revela su propio carácter de ser valor por cuanto se le considera igual a la levita, sin que ésta revista una existencia de valor distinta de su forma corpórea. Por consiguiente, el lienzo expresa efectivamente su propia existencia en cuanto valor en el

²⁰ *Nota a la 2ª edición.* La economía vulgar, con la sagacidad que acostumbra, ha explotado esa incongruencia entre las magnitudes de valor y sus expresiones relativas. Por ejemplo: "Reconoced sólo que *A* disminuye porque *B*, con el cual se intercambia, aumenta, aunque, entretanto, no se gasta menos trabajo en *A*, y vuestro principio general del valor se desmorona... Si se reconoce que el valor de *B* disminuye relativamente respecto a *A*, porque el valor de *A* aumenta relativamente respecto a *B*, queda minado el fundamento sobre el cual Ricardo erige su gran postulado de que el valor de una mercancía está siempre determinado por la cantidad de trabajo incorporado a ella; pues, si una variación en los costos de *A* no sólo altera su propio valor en relación a *B*, la mercancía por la cual se intercambia, sino que también el valor de *B* en relación al de *A*, aunque no se ha operado cambio alguno en la cantidad de trabajo requerida para la producción de *B*, entonces no sólo se desmorona la doctrina que asegura que la cantidad de trabajo gastada en un artículo regula su valor, sino también aquella afirmación de que los costos de producción de un artículo regulan su valor" (J. Broadhurst. *Political Economy*, Londres, 1842, pp. 11, 14).

El señor Broadhurst podría decir con el mismo derecho: Examinense las fracciones 10/20, 10/50, 10/100, etc. El número 10 se mantiene inalterado, y sin embargo disminuye constantemente su magnitud relativa, o sea su magnitud con respecto a los denominadores 20, 50, 100. Por tanto, se desmorona el gran principio según el cual la magnitud de un número entero, como 10 por ejemplo, está "regulada" por la cantidad de unidades que contiene.

hecho de que la levita sea directamente intercambiable por él. La forma de equivalente adoptada por una mercancía es, en consecuencia, la forma de su intercambiabilidad directa por otra mercancía.

El hecho de que una clase de mercancías, como las levitas, sirvan de equivalente a otra clase de mercancías, como el lienzo, y las levitas adquieran, por tanto, la propiedad característica de encontrarse bajo la forma de intercambiabilidad directa con el lienzo, en modo alguno significa que esté dada la proporción en que se pueden intercambiar levitas y lienzo. Por cuanto está dada la magnitud de valor del lienzo, dicha proporción depende de la magnitud de valor de las levitas. Ya sea que la levita se exprese como equivalente y el lienzo como valor relativo o, a la inversa, el lienzo como equivalente y la levita como valor relativo, la magnitud de valor de la levita seguirá estando determinada, igual que antes, por el tiempo de trabajo necesario para su producción, o sea, independientemente de su forma de valor. Pero, no bien la clase de mercancías levita ocupe, en la expresión de valor, el lugar del equivalente, su magnitud de valor no adquiere expresión en cuanto tal. En la ecuación de valor, ella figura, más bien, únicamente en cuanto determinada cantidad de una cosa.

Por ejemplo: 40 varas de lienzo "valen"... ¿qué? 2 levitas. Por cuanto en este caso la clase de mercancías levita desempeña el papel de equivalente, el valor de uso levita se considera con respecto al lienzo como cuerpo de valor; es suficiente una determinada cantidad de levitas para expresar una determinada cantidad de valor del lienzo. Por tanto, dos levitas pueden expresar la magnitud de valor de 40 varas de lienzo, pero nunca podrán expresar su propia magnitud de valor, la magnitud de valor de las levitas. La comprensión superficial de este hecho, o sea, que en la igualdad de valor el equivalente posee siempre sólo la forma de una cantidad simple de una cosa, de un valor de uso, indujo a Bailey, como a muchos de sus precursores y continuadores, a ver en la expresión de valor una relación puramente cuantitativa. La forma de equivalente de una mercancía no contiene, por el contrario, ninguna determinación cuantitativa de valor.

La primera peculiaridad que salta a la vista al observar la forma de equivalente es que el valor de uso se convierte en la forma de manifestación de su contrario, el valor.

La forma natural de la mercancía se convierte en forma de valor. Pero, *nota bene*, este *quid pro quo* se opera en una mercancía *B* (levita, trigo, hierro, etc.) sólo dentro de la relación de valor en que se le contrapone otra mercancía *A* cualquiera (lienzo, etc.), sólo dentro de esta relación. Como ninguna mercancía puede referirse a sí misma en cuanto equivalente, o sea, convertir su propia piel natural en expresión de su propio valor, debe referirse a otra mercancía como a su equivalente o convertir la piel natural de otra mercancía en su propia forma de valor.

El ejemplo de una medida que se aplica a los cuerpos de las mercancías en cuanto tales cuerpos, es decir, en cuanto valores de uso nos dará una idea clara sobre el particular. Por ser un cuerpo, un pan de azúcar gravita y tiene por tanto peso, pero no se puede ver ni tocar el peso de ningún pan de azúcar. Tomemos ahora diversos pedacitos de hierro, cuyo peso está determinado de antemano. La forma corpórea del hierro no es en sí forma de manifestación de la pesantez, como no lo es tampoco la del azúcar. Sin embargo, para expresar el pan de azúcar en cuanto pesantez lo insertamos en una relación ponderada con el hierro. En esta relación, el hierro se considera como un cuerpo que no representa nada más que peso. Las cantidades de hierro sirven, por tanto, de medidas de peso del azúcar y representan frente al cuerpo azúcar una simple imagen de la pesantez, una forma de manifestación de ésta. El hierro desempeña ese papel sólo en el marco de esta relación, en la cual se le enfrenta el azúcar o cualquier otro cuerpo cuyo peso debe determinarse. Si ambas cosas no tuviesen peso, no se podría entablar dicha relación y una de ellas no podría servir de expresión del peso de la otra. Si arrojamamos ambas a los platillos de la balanza veremos, en efecto, que en cuanto peso las dos son lo mismo y en determinadas proporciones tienen, por tanto, el mismo peso. Así como el cuerpo hierro en cuanto medida de peso representa sólo pesantez con respecto al azúcar, en nuestra expresión de valor el cuerpo de la levita representa con respecto al lienzo sólo valor.

Sin embargo, hasta aquí llega la analogía. En la expresión de peso del azúcar, el hierro representa una propiedad natural común a ambos cuerpos, su pesantez, mientras que la levita representa en la expresión de valor del lienzo una propiedad sobrenatural de ambas cosas: su valor, algo que es puramente social.

Cuando la forma relativa de valor de una mercancía, por ejemplo, el lienzo, expresa su carácter de ser valor como algo completamente diferente de su cuerpo y de las propiedades de éste, v.gr., como algo igual a la levita, dicha expresión indica que en ella se esconde una relación social. Acontece a la inversa con la forma de equivalente. Esta consiste precisamente en que un cuerpo de mercancía, como la levita, tal cual es, expresa valor y posee, pues, por naturaleza forma de valor. Por cierto, ello es válido sólo dentro de la relación de valor en que la mercancía lienzo se refiere a la mercancía levita como a su equivalente²¹. Pero como las propiedades de una cosa no provienen de su relación con otras cosas, sino más bien sólo se activan en tal relación, la levita pareciera también poseer por naturaleza su forma de equivalente, su propiedad de intercambiabilidad directa, así como posee la cualidad de tener peso o de mantener el calor.

²¹ Con esas determinaciones reflejas ocurre, en general, algo muy particular. Ese hombre, por ejemplo, sólo es rey, porque las otras personas se comportan respecto a él como súbditos. Ellos creen, al revés, que son súbditos porque él es rey.

De ahí el misterio de la forma de equivalente, que sólo hiera la mirada burguesamente embotada del economista político no bien se le enfrente, ya consumada, en el dinero. El trata de borrar, entonces, el carácter místico del oro y de la plata, sustituyéndolos por mercancías menos deslumbrantes, y recita, con regocijo permanentemente renovado, el catálogo de toda la chusma de mercancías que en su tiempo desempeñó el papel de equivalente mercantil. No vislumbra siquiera que la más simple expresión de valor, como 20 varas de lienzo = = 1 levita, ya permite resolver el misterio de la forma de equivalente.

El cuerpo de la mercancía que sirve de equivalente se considera siempre como encarnación de trabajo humano abstracto y en todos los casos es el producto de un trabajo determinado útil, concreto. Este trabajo concreto se convierte, pues, en expresión del trabajo humano abstracto. Si la levita, por ejemplo, se considera como mera realización del trabajo humano abstracto, el trabajo del sastre, que en efecto se realiza en la levita, cuenta como simple forma de realización de este trabajo humano abstracto. En la expresión de valor del lienzo, la utilidad del trabajo del sastre no consiste en que hace ropa, y por tanto también gente, sino en que produce un cuerpo que se ve es valor, o sea, cristalización de trabajo, que no difiere en modo alguno del trabajo objetivado en el valor del lienzo. Para confeccionar tal espejo de valor, el mismo trabajo del sastre no debe reflejar nada más que su propiedad abstracta de ser trabajo humano.

En la forma de trabajo del sastre, así como en la del trabajo del tejedor, se gasta fuerza de trabajo humana. Ambos poseen, por ello, la propiedad universal de ser trabajo humano; y en determinados casos, por ejemplo en la producción de valor, pueden, por consiguiente, sólo ser considerados desde este punto de vista. Nada de esto es misterioso. Pero en la expresión de valor de la mercancía, el asunto se invierte. Por ejemplo, para expresar que en el tejer se crea el valor del lienzo no en su forma concreta de tejer, sino en su propiedad general en cuanto trabajo humano, se le contraponen el trabajo del sastre, el trabajo concreto que produce el equivalente del lienzo, en cuanto forma de realización tangible del trabajo humano abstracto.

Esta es, pues, una segunda peculiaridad de la forma de equivalente: el trabajo concreto se convierte en la forma de manifestación de su contrario, el trabajo humano abstracto.

Ese trabajo concreto, el del sastre, al figurar como simple expresión del trabajo humano indiferenciado, adquiere la forma de igualdad con otro trabajo que la levita encierra y es, por tanto, aunque trabajo privado como todos los demás trabajos que producen mercancías, trabajo en forma directamente social. Precisamente por ello se representa en un producto directamente intercambiable por otra mercancía. Esta es, pues, una tercera peculiaridad de la forma de equivalente: el trabajo privado adopta la forma de su contrario, del trabajo bajo la forma directamente social.

Las dos peculiaridades de la forma de equivalente expuestas en último lugar se vuelven aún más comprensibles si nos remitimos al gran investigador que analizó por primera vez la forma de valor, como tantas otras formas del pensar, de la sociedad y de la naturaleza. Nos referimos a Aristóteles.

Antes que nada, Aristóteles formula claramente que la forma de dinero de la mercancía no es más que la imagen desarrollada de la forma simple de valor, es decir, de la expresión que adopta el valor de una mercancía en otra cualquiera, pues dice:

“5 lechos = 1 casa”

(«χλῖναι πέντε ἀντὶ οὐχίας»)

“no se distingue” de:

“5 lechos = tanto o cuanto dinero”

(«χλῖναι πέντε ἀντὶ ... ὅσου αἱ πέντε χλῖναι»).

Reconoce, luego, que la relación de valor, en la cual se encierra esta expresión de valor, presupone, a su vez, que la casa sea igualada cualitativamente al lecho, y que sin esa igualdad de sus sustancias estas cosas sensorialmente distintas no serían referibles entre sí en cuanto magnitudes conmensurables. “El intercambio”, dice “no puede darse sin la igualdad, la igualdad, empero, sin la conmensurabilidad” («οὐτ' ἰσότηζμῆ ρία ἢ βῶμμετροίλιζ»). Sin embargo, aquí se queda perplejo y abandona el análisis ulterior de la forma de valor. “Pero, es en verdad imposible («τῆ μὲν οὖν ἀληθεῖα ἀδύνατον»), que cosas tan distintas sean conmensurables”, esto es, cualitativamente iguales. Esta equiparación sólo puede ser algo ajeno a la naturaleza real de las cosas, o sea, no más que “un expediente para satisfacer la necesidad práctica”^[28].

El mismo Aristóteles nos dice, pues, a causa de qué fracasa su análisis ulterior, a saber: por carecer del concepto de valor. ¿Qué es lo igual, es decir, la sustancia común, que la casa representa para el lecho en la expresión de valor de éste? Algo así “en verdad no puede existir”, dice Aristóteles. ¿Por qué? La casa representa algo igual para el lecho en la medida en que representa lo que en ambos, el lecho y la casa, es en verdad igual. Y eso es el trabajo humano.

Pero Aristóteles no podía comprender, partiendo de la forma misma de valor, que bajo la forma de valores de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual y, por tanto, como equivalentes, pues, la sociedad griega se fundaba en la esclavitud y tenía, en consecuencia, como base natural la desigualdad de las personas y de sus fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad e igual validez de todos los trabajos por cuanto son trabajo humano en general, sólo podía descifrarse cuando el concepto de igualdad humana poseyese ya la firmeza de un prejuicio popular. Pero, esto sólo es posible en una sociedad en que la forma mercantil es la forma general que adquieren los productos del trabajo y, por tanto, en la cual también la relación entre los hombres, en

cuanto poseedores de mercancías, es la relación social imperante. El genio de Aristóteles brilla precisamente en que descubre en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Sólo la limitación histórica de la sociedad en que vivió le impidió revelar en qué consiste pues, "en verdad", la relación de igualdad.

4) *La forma simple de valor, en su conjunto*

La forma simple de valor de una mercancía está contenida en su relación de valor con una mercancía diferente o en la relación de intercambio con la misma. El valor de la mercancía *A* se expresa cualitativamente en que la mercancía *B* es directamente intercambiable por la mercancía *A*. Cuantitativamente se expresa mediante la intercambiabilidad de una determinada cantidad de la mercancía *B* por una determinada cantidad de mercancía *A*. En otros términos: el valor de una mercancía se expresa de manera autónoma mediante su representación como "valor de cambio". Cuando al comienzo de este capítulo se dijo a la manera en boga: la mercancía es valor de uso y valor de cambio, eso era, en rigor, incorrecto. La mercancía es valor de uso u objeto de uso, y "valor". Se representa como esta dualidad no bien su valor adquiere una forma de manifestación propia, distinta de su forma natural, la del valor de cambio; y nunca reviste esa forma considerada aisladamente, sino siempre sólo en una relación de valor o intercambio con una segunda mercancía diferente. Sin embargo, si esto ya se sabe, aquel modo de decir no hace daño, y sirve para abreviar.

Nuestro análisis ha demostrado que la forma o expresión de valor de la mercancía proviene de la naturaleza del valor mercantil, y no al revés, el valor y la magnitud de valor, de su modo de expresarse en cuanto valor de cambio. Es esta, sin embargo, la ilusión no sólo de los mercantilistas y sus continuadores modernos, como Ferrier, Ganilh, etc.²², sino también de sus antípodas, los modernos, *comis-voyageurs* [agentes viajeros] del librecambio, del tipo de Bastiat y consortes. Los mercantilistas hacen hincapié en el aspecto cualitativo de la expresión de valor y, por tanto, en la forma de equivalente de la mercancía, que toma en el dinero su imagen acabada; los modernos buhoneros del librecambio, que deben deshacerse de su mercancía a cualquier precio, por el contrario, recalcan el aspecto cuantitativo de la forma relativa del valor. Para ellos, por consiguiente, no existe ni el valor ni la magnitud de valor de la mercancía fuera de la expresión que adopta en la relación de intercambio, por tanto, existe sólo en el boletín diario de precios. El escocés

²² Nota a la 2ª edición. F.L.A. Ferrier (*sous-inspecteur des douanes* [subinspector de aduanas]). *Du Gouvernement considéré dans ses rapports avec le commerce*, Paris, 1805; y Charles Ganilh. *Des Systèmes de l'Économie Politique*, 2ª ed., Paris, 1821.

Macleod, en su función de sacarle brillo de la manera más docta posible a las confusas concepciones del Lombard-street⁽²⁹⁾, constituye la lograda síntesis entre los mercantilistas supersticiosos y los ilustrados buhoneros del librecambio.

Al examinar más detenidamente la expresión de valor de la mercancía *A*, contenida en su relación de valor con la mercancía *B*, establecimos que dentro de la misma la forma natural de la mercancía *A* sólo cuenta como imagen del valor de uso, y la forma natural de la mercancía *B* sólo como forma o imagen de valor. La antítesis interna entre valor de uso y valor, oculta en la mercancía, se representa, pues, a través de una antítesis externa, esto es, mediante una relación entre dos mercancías, en la cual una de ellas, cuyo valor debe ser expresado, figura directamente sólo como valor de uso, mientras que la otra, en cambio, en la cual se expresa valor, cuenta directamente sólo como valor de cambio. La forma simple de valor de una mercancía es, por ende, la forma simple de manifestarse la antítesis contenida en ella, entre el valor de uso y el valor.

Bajo todas las condiciones sociales, el producto del trabajo es un objeto de uso, pero sólo una época de desarrollo históricamente determinada —aquella que representa el trabajo gastado en la producción de una cosa útil como su propiedad “objetiva”, es decir, como su valor— transforma el producto del trabajo en mercancía. De ahí se infiere que la forma simple de valor de la mercancía es, a la vez, la forma simple de mercancía adquirida por el producto del trabajo y, en consecuencia, que el desarrollo de la forma de mercancía coincide con el desarrollo de la forma de valor.

Se advierte a primera vista la insuficiencia de la forma simple de valor, de esa forma embrionaria que madura sólo a través de una serie de metamorfosis hasta convertirse en la forma de precio.

La expresión del valor de la mercancía *A* en una mercancía *B* cualquiera sólo distingue dicho valor de su propio valor de uso y, por tanto, sólo incluye esta mercancía *A* en una relación de intercambio con una clase única cualquiera de mercancías distinta, en vez de representar su igualdad cualitativa y su proporcionalidad cuantitativa con todas las demás mercancías. A la forma relativa simple de valor adquirida por una mercancía corresponde la forma singular de equivalente de otra mercancía. Así la levita, en la expresión relativa de valor del lienzo, sólo reviste la forma de equivalente o forma de intercambiabilidad directa con respecto a esa clase singular de mercancías, el lienzo.

Entre tanto, la forma singular de valor pasa por sí sola a una forma más completa. Por medio de la misma, el valor de una mercancía *A* se expresa, por cierto, sólo en una mercancía de otra clase. Pero, es totalmente indiferente cuál sea el género de esa segunda mercancía: levita, hierro, trigo, etc. Por tanto, según se contraponga en una relación de valor con tal o cual clase de mercancías, surgen

diversas expresiones simples de valor de una misma mercancía^{22a}. El número de sus posibles expresiones de valor sólo está limitado por el número de las clases de mercancías distintas a ella. Su expresión singular de valor se transforma, pues, en la serie siempre prolongable de sus diversas expresiones simples de valor.

B. Forma total o desplegada de valor

z mercancía $A = u$ mercancía $B, \acute{o} = v$ mercancía $C, \acute{o} = w$ mercancía $D, \acute{o} = x$ mercancía $E, \acute{o} = \text{etc.}$

(20 varas de lienzo = 1 levita, \acute{o} = 10 libras de té, \acute{o} = 40 libras de café, \acute{o} = 1 *quarter* de trigo, \acute{o} = 2 onzas de oro, \acute{o} = 1/2 tonelada de hierro, \acute{o} = etc.)

1) La forma relativa desplegada de valor

El valor de una mercancía, del lienzo por ejemplo, se expresa ahora en otros elementos innumerables del mundo de las mercancías. Todo otro cuerpo mercantil se convierte en espejo del valor del lienzo²³. Por primera vez este mismo valor se manifiesta realmente como cristalización de trabajo humano indistinto. Pues, el trabajo que lo constituye se representa ahora expresamente como trabajo equivalente a cualquier otro trabajo humano, sea cual fuere la forma natural que adquiera, y ya se objete en levita, trigo, hierro, oro, etc. Mediante su forma de valor, el lienzo ya no se encuentra más en una relación social con sólo una clase singular de mercancías, sino que con todo el mundo mercantil. En cuanto mercancía, el lienzo es ciudadano de ese mundo. A la vez, la serie infinita de sus expresiones implica que el valor de las mercancías es indiferente respecto de la forma particular del valor de uso en que se manifiesta.

En la primera forma, 20 varas de lienzo = 1 levita, puede ser un

^{22a} Nota a la 2ª edición. Por ejemplo, en Homero el valor de una cosa se expresa en una serie de objetos diferentes.

²³ Por ello, cuando el valor del lienzo se representa en levitas, se habla de su valor en levitas, cuando se representa en trigo, de su valor en trigo, etc. Cada una de esas expresiones indica que su valor es el que se manifiesta en los valores de uso levita, trigo, etc. "Denotando el valor de toda mercancía su relación en el intercambio, podemos hablar de él como... valor en trigo, valor en paño, según la mercancía con que se compare; entonces, hay mil tipos diferentes de valor, tantas cuantas mercancías existan, y todos son igualmente reales e igualmente nominales" (*A Critical Dissertation on the Nature, Measures and Causes of Value; chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers. By the Author of Essays on the Formation etc. of Opinions*, Londres, 1825, p. 39). S. Bailey, autor de este escrito anónimo, que en su época tuvo mucha repercusión en Inglaterra, cree haber suprimido toda determinación conceptual del valor al hacer referencia al mosaico de expresiones relativas de un mismo valor mercantil. La irritación con que lo atacó la escuela ricardiana, por ejemplo en la *Westminster Review*, prueba que, por lo demás, y pese a su propia estrechez, encontró puntos débiles de la teoría de Ricardo.

hecho casual el que estas dos mercancías sean intercambiables en una determinada proporción cuantitativa. En cambio, en la segunda forma se trasluce de inmediato el trasfondo determinante y esencialmente distinto de la manifestación casual. El valor del lienzo es de la misma magnitud, ya se represente en levita, café, hierro, etc., en innumerables y diferentes mercancías pertenecientes a los más diversos poseedores. Desaparece la relación casual entre dos poseedores individuales de mercancías. Se vuelve evidente que no es el intercambio el que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino, al revés, ésta sus relaciones de intercambio.

2) La forma particular de equivalente

En la expresión de valor del lienzo toda mercancía —levita, té, trigo, hierro, etc.— funciona como equivalente y, por tanto, como cuerpo de valor. La forma natural determinada de cada una de esas mercancías es, ahora, una forma particular de equivalente, junto a muchas otras. Asimismo, las diversas clases determinadas, concretas, útiles de trabajo, contenidas en los distintos cuerpos mercantiles, cuentan ahora como otras tantas formas particulares de realización o manifestación del trabajo humano como tal.

3) Deficiencias de la forma total o desplegada de valor

Primero, la expresión relativa de valor de la mercancía queda inconclusa, pues su serie de representación no termina nunca. La cadena, en que una ecuación de valor se eslabona a otra, puede prolongarse siempre con cada nueva clase de mercancías que aparece, la cual proporciona material para una nueva expresión de valor. Segundo, constituye un mosaico abigarrado de expresiones de valor divergentes y heterogéneas. Por último, si el valor relativo de cada mercancía se expresa en esta forma desplegada —como efectivamente tiene que ocurrir—, el valor relativo de cada mercancía será una serie infinita de expresiones de valor, distinta de la forma relativa de valor que adquiera cualquier otra mercancía. Las deficiencias de la forma relativa desplegada de valor se reflejan en la forma de equivalente correspondiente. Como la forma natural de cada clase singular de mercancías es aquí una forma particular de equivalente, junto a otras innumerables formas particulares, hay entonces, en general, sólo formas limitadas de equivalente, cada una de las cuales excluye a las otras. Asimismo, la clase determinada, concreta, útil de trabajo, contenida en cada equivalente mercantil particular, no es más que una forma de manifestación particular y, por tanto, incompleta del trabajo humano. Este posee, por cierto, su forma completa o total de manifestación en el conjunto de esas formas particulares de expre-

sarse. Pero, de este modo no posee una forma de manifestación unitaria.

Sin embargo, la forma relativa desplegada de valor se compone sólo de una suma de expresiones de valor relativas simples o ecuaciones de la primera forma, como:

20 varas de lienzo = 1 levita

20 varas de lienzo = 10 libras de té, etc.

Pero, cada una de esas ecuaciones contiene, recíprocamente, la ecuación idéntica:

1 levita = 20 varas de lienzo

10 libras de té = 20 varas de lienzo, etc.

En efecto: Si un hombre intercambia su lienzo por muchas otras mercancías y, por tanto, expresa su valor en una serie de otras mercancías, necesariamente los muchos otros poseedores de mercancías deben intercambiar sus mercancías por lienzo y, con ello, expresar los valores de aquéllas en la misma tercera mercancía, en lienzo. Si invertimos, pues, la serie 20 varas de lienzo = 1 levita, ó = 10 libras de té, ó = etc., esto es, si expresamos la relación inversa contenida de hecho ya en la serie obtendremos:

C. Forma general de valor

1 levita	=	
10 libras de té	=	
40 libras de café	=	
1 quarter de trigo	=	20 varas de lienzo
2 onzas de oro	=	
1/2 tonelada de hierro	=	
x mercancía A	=	
etc. mercancías	=	

1) *Carácter modificado de la forma de valor*

Las mercancías expresan ahora sus valores 1) de manera simple, porque lo hacen en una sola mercancía y 2) unitariamente, por hacerlo en la misma mercancía. Su forma de valor es simple y común a todas y, por tanto, general.

Las formas I y II sólo lograban expresar el valor de una mercancía como algo distinto de su propio valor de uso o su cuerpo en cuanto mercancía.

La primera forma daba lugar a ecuaciones de valor como, por ejemplo, 1 levita = 20 varas de lienzo, 10 libras de té = 1/2 tonelada de hierro, etc. El valor de la levita se expresa como algo igual al lienzo, el valor del té como algo igual al hierro, etc., pero ese algo igual al lienzo y ese algo igual al hierro —esas expresiones de valor de la levita y el té— son tan distintos entre sí como el lienzo y el hierro. Evidentemente, esta forma sólo tiene lugar, en la práctica, en los más

tempranos inicios, cuando los productos del trabajo se transforman en mercancías a través del intercambio fortuito y ocasional.

La segunda forma distingue de una manera más completa que la primera entre el valor de una mercancía y su propio valor de uso, dado que el valor de la levita, por ejemplo, se contrapone a su forma natural en todas las formas posibles: como algo igual al lienzo, al hierro, al té, etc., a todo lo demás, salvo como algo igual a la levita. De otra parte, aquí se excluye directamente toda expresión común de valor de las mercancías, ya que en la expresión del valor de cada mercancía todas las demás aparecen ahora únicamente bajo la forma de equivalentes. La forma desplegada de valor se da en la práctica por primera vez tan pronto como un producto del trabajo, por ejemplo el ganado, se intercambia con otras diversas mercancías, ya no en forma excepcional, sino de manera usual.

La nueva forma adquirida expresa los valores del mundo mercantil en una y la misma clase de mercancías, separada de las demás, por ejemplo en lienzo, y representa así los valores de todas las mercancías mediante su igualdad a éste. En cuanto algo que es igual al lienzo, el valor de cualquier mercancía no sólo se distingue ahora de su propio valor de uso, sino de todo valor de uso, y precisamente por dicha razón se expresa como algo común a ella y a todas las demás mercancías. Únicamente esta forma, por tanto, relaciona realmente las mercancías entre sí o las hace aparecer recíprocamente como valores de cambio.

Las dos formas anteriores expresan el valor de cada mercancía, ya sea en una sola mercancía diferente, ya sea en una serie de muchas mercancías distintas a ella. En ambos casos es, por así decirlo, un asunto privado de la mercancía singular darse una forma de valor, y lo hace sin la participación de las demás mercancías. Estas desempeñan, frente a ella, el papel simple y pasivo de equivalente. La forma general de valor, en cambio, sólo surge como obra común del mundo mercantil. Una mercancía adquiere expresión general de valor sólo porque, simultáneamente, todas las demás mercancías expresan su valor en el mismo equivalente, y cada nueva clase de mercancías que aparezca debe hacer lo mismo. Con ello, sale a luz que la objetividad de valor de las mercancías, por ser la simple "existencia social" de estas cosas, sólo puede expresarse a través de su relación social universal; la forma de valor de las mercancías debe ser, por tanto, una forma socialmente válida.

Bajo la forma de algo igual al lienzo, todas las mercancías aparecen ahora no sólo como cualitativamente iguales, como valores en general, sino a la vez como magnitudes de valor comparables en términos cuantitativos. Por cuanto reflejan sus magnitudes de valor en un mismo material, en lienzo, estas magnitudes de valor se reflejan recíprocamente unas en otras. Por ejemplo, 10 libras de té = 20 varas de lienzo, y 40 libras de café = 20 varas de lienzo. Por tanto, 10 libras

de té = 40 libras de café. O sea, en una libra de café se encierra sólo $1/4$ de la sustancia de valor, de trabajo, que en una libra de té.

La forma relativa general de valor del mundo de las mercancías imprime a la mercancía equivalente excluida de entre ellas, al lienzo, el carácter de equivalente general. Su propia forma natural es la imagen de valor común a ese mundo, y el lienzo es, por ello, directamente intercambiable por todas las demás mercancías. Su forma corpórea se considera como encarnación visible, como crisálida social general de todo trabajo humano. El tejer, el trabajo privado que produce el lienzo, reviste, a su vez, una forma social general, la forma de igualdad con todos los demás trabajos. Las innumerables ecuaciones, de las que se compone la forma general de valor, equiparan uno tras otro el trabajo realizado en el lienzo a todo trabajo contenido en otra mercancía, y convierten, de esta manera, el tejer en forma general de manifestación del trabajo humano en general. Así, el trabajo objetivado en el valor de las mercancías ya no sólo se representa de manera negativa, como trabajo en el cual se hace abstracción de todas las formas concretas y propiedades útiles de los trabajos reales. Su propia naturaleza positiva se pone expresamente de relieve. Es la reducción de todos los trabajos reales a su carácter común de trabajo humano, a gasto de fuerza de trabajo humana.

La forma general de valor, la cual representa los productos del trabajo como simples cristalizaciones de trabajo humano indiferenciado, muestra a través de su propia armazón que es la expresión social del mundo mercantil. De este modo, ella revela que dentro de ese mundo el carácter humano general del trabajo constituye su carácter específicamente social.

2) *Relación de desarrollo entre la forma relativa de valor y la forma de equivalente*

Al grado de desarrollo de la forma relativa de valor corresponde el grado de desarrollo de la forma de equivalente. Pero, es preciso recordarlo, el desarrollo de la forma de equivalente es sólo expresión y resultado del desarrollo de la forma relativa de valor.

La forma relativa simple o singular de valor de una mercancía convierte a otra mercancía en un equivalente singular. La forma desplegada del valor relativo, expresión del valor de una mercancía en todas las demás, les imprime la forma de diversos equivalentes particulares. Por último, una clase particular de mercancías adquiere la forma general de equivalente, porque todas las demás mercancías la transforman en el material de su forma unitaria y general de valor.

Pero en el mismo grado en que se desarrolla la forma de valor en general, se despliega también la antítesis entre sus dos polos, la forma relativa de valor y la forma de equivalente.

Ya la primera forma —20 varas de lienzo = 1 levita— contiene esta antítesis, pero no la establece como algo fijo. Según se lea la ecuación de adelante hacia atrás o de atrás hacia adelante, cada una de las dos mercancías de los extremos, como el lienzo y la levita, se encontrará regularmente ya sea en la forma relativa de valor, ya sea en la forma de equivalente. Aquí aún cuesta trabajo establecer la antítesis polar.

En la forma II, siempre sólo una clase de mercancías puede desplegar totalmente su valor relativo, o sea, únicamente ella misma posee la forma relativa de valor desplegada, porque y en cuanto todas las demás mercancías se encuentran frente a ella en la forma de equivalente. Aquí ya no se puede invertir los términos de la igualdad de valor —como 20 varas de lienzo = 1 levita, ó = 10 libras de té, ó = 1 *quarter* de trigo, etc.— sin alterar su carácter global y transformarla de la forma total de valor en la forma general.

La última forma, la III, proporciona finalmente al mundo mercantil la forma relativa general-social de valor, porque y en cuanto todas las mercancías que a ella pertenecen, salvo una sola excepción, están excluidas de la forma general de equivalente. Una mercancía, el lienzo, adquiere, por tanto, la forma de intercambiabilidad directa con todas las demás, o la forma directamente social, porque y en cuanto todas las demás mercancías no revisten esa forma²⁴.

A la inversa, la mercancía que figura como equivalente general queda excluida de la forma de valor relativa unitaria y, por tanto, general del mundo mercantil. Si el lienzo, es decir, cualquier mercancía que se encuentre en la forma de equivalente general, debiera participar a la vez en la forma relativa general de valor, tendría que servirse a sí misma como equivalente. Obtendríamos entonces: 20 varas de lienzo = 20 varas de lienzo, tautología que no expresa valor ni magnitud de valor. Para expresar el valor relativo del equivalente general debemos, más bien, invertir la forma III. El equivalente

²⁴ De hecho, la forma de intercambiabilidad directa en modo alguno muestra a simple vista que sea una forma mercantil antitética, tan inseparable de la forma de intercambiabilidad no directa como lo es en un imán el polo positivo del negativo. De ahí que es posible imaginarse que se puede imprimir un sello de intercambiabilidad directa en todas las mercancías a la vez, del mismo modo que es posible imaginarse que se pueda convertir a todos los católicos en papa. Para el pequeño burgués, que visualiza en la producción mercantil el *nec plus ultra* de la libertad humana y de la independencia individual, sería, por supuesto, muy deseable que se supriman los abusos ligados a esta forma y, entre ellos, la intercambiabilidad no directa de las mercancías. El ensalzamiento de esta utopía de filisteos constituye el socialismo de Proudhon, quien, como he mostrado en otro lugar^[30], ni siquiera posee el mérito de la originalidad, ya que dicho socialismo había sido desarrollado mucho antes, y bastante mejor, por Gray, Bray y otros. Ello no impide que tal sabiduría perdure entre determinados círculos bajo el nombre de "*science*" [ciencia]. Ninguna otra escuela ha hecho más alardes con la palabra "*science*" que la de Proudhon, pues

"Donde faltan los conceptos,

Siempre se encuentra en el momento preciso una palabra"^[31].

general no posee la forma relativa de valor común a las demás mercancías, sino que su valor se expresa de un modo relativo en la serie infinita de todos los demás cuerpos mercantiles. Así, la forma relativa desplegada de valor, o forma II, aparece ahora como la forma relativa de valor, específica de la mercancía equivalente.

3) *Transición de la forma general de valor a la forma de dinero*

La forma de equivalente general es una forma de valor en general. Puede corresponder, por tanto, a toda mercancía. De otra parte, una mercancía sólo se encuentra en la forma de equivalente general (forma III), porque y en cuanto es excluida por todas las demás mercancías en calidad de equivalente. Y sólo desde el instante en que dicha exclusión se limita definitivamente a una clase específica de mercancías, la forma relativa unitaria de valor del mundo mercantil adquiere firmeza objetiva y validez social general.

Ahora bien, la clase específica de mercancías, con cuya forma natural se fusiona socialmente la forma de equivalente, se convierte en mercancía dinero o funciona como dinero. Llega a ser su función social específica y, por tanto, su monopolio social desempeñar dentro del mundo mercantil el papel de equivalente general. Una mercancía determinada, el oro, ha conquistado históricamente ese lugar privilegiado entre las mercancías que en la forma II figuran como equivalentes particulares del lienzo y en la forma III expresan conjuntamente su valor relativo en éste. Pongamos, pues, en la forma III la mercancía oro en lugar de la mercancía lienzo, y obtendremos:

D. forma de dinero

20 varas de lienzo	==	
1 levita	==	
10 libras de té	==	
40 libras de café	==	2 onzas de oro
1 <i>quarter</i> de trigo	==	
1/2 tonelada de hierro	==	
x mercancía A	==	

En el tránsito de la forma I a la forma II, y de ésta a la forma III se operan cambios sustanciales. Pero la forma IV en nada se distingue de la forma III, salvo que ahora el oro posee, en vez del lienzo, la forma de equivalente general. En la forma IV el oro aparece como lo que era el lienzo en la forma III: equivalente general. El progreso consiste únicamente en que ahora la forma de intercambiabilidad general directa o forma de equivalente general se ha fusionado, por la costumbre social, definitivamente con la forma natural específica de la mercancía oro.

El oro se enfrenta a las demás mercancías sólo como dinero, porque antes ya se les oponía como mercancía. Como todas las demás mercancías funcionaba también como equivalente, bien sea como equivalente singular en actos aislados de intercambio, bien sea como equivalente particular junto a otros equivalentes. Paulatinamente, en círculos más estrechos o más amplios se impuso como equivalente general. Tan pronto como conquistara el monopolio de ese lugar en la expresión de valor del mundo mercantil se convirtió en mercancía dinero, y sólo desde ese instante en que ya se ha convertido en mercancía dinero, la forma IV se distingue de la III, o en otras palabras, la forma general de valor se transforma en la forma de dinero.

La expresión relativa simple de valor de una mercancía, por ejemplo del lienzo, en la mercancía que ya funciona como mercancía dinero, por ejemplo en el oro, es la forma de precio. La "forma de precio" del lienzo es, por tanto:

20 varas de lienzo = 2 onzas de oro

o, si £2 es la denominación monetaria de 2 onzas de oro

20 varas de lienzo = £2.

La dificultad que presenta el concepto de la forma de dinero se reduce a comprender la forma de equivalente general, es decir, la forma general de valor, la forma III. Esta se reduce, a su vez, a la forma II, la forma desplegada de valor, cuyo elemento constitutivo es la forma I: 20 varas de lienzo = 1 levita, o x mercancía $A = y$ mercancía B . La forma mercantil simple es, pues, el germen de la forma de dinero.

4. EL CARACTER FETICHISTA DE LA MERCANCIA Y SU SECRETO

Una mercancía parece ser, a primera vista, una cosa trivial y comprensible de por sí. De su análisis resulta que es un objeto muy complicado, lleno de sutilezas metafísicas y reticencias teológicas. En cuanto valor de uso no hay nada misterioso en ella, ya la consideremos desde el punto de vista de que gracias a sus propiedades satisface necesidades humanas, o de que obtiene dichas propiedades sólo como producto del trabajo humano. Es de claridad meridiana que el hombre con su actividad altera las formas de las materias naturales de una manera que le sean útiles. Se modifica la forma de la madera, por ejemplo, cuando de ella se hace una mesa. No por eso la mesa deja de ser madera, una cosa ordinaria y perceptible por los sentidos. Pero, no bien entra en escena como mercancía, se transforma en cosa sensorialmente suprasensible. Ya no sólo tiene sus pies sobre la tierra, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías y de su cabeza de palo brotan caprichos mucho más

extravagantes que si de propia determinación se lanzara a bailar²⁵.

El carácter místico de la mercancía no proviene, por tanto, de su valor de uso. Tampoco surge del contenido de las determinaciones de valor. Pues, en primer lugar, por muy distintos que sean los trabajos útiles o actividades productivas, es una verdad, desde el punto de vista fisiológico, que son funciones del organismo humano y que cada una de éstas, sean cuales fueren su contenido y su forma, son esencialmente gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensorial, etc., humanos. En segundo lugar, en cuanto a lo que constituye la base para establecer la magnitud de valor, o sea la duración en el tiempo de dicho gasto o la cantidad de trabajo, es incluso posible distinguir sensorialmente esta cantidad de su calidad. En todas las sociedades hubo de interesar al hombre el tiempo de trabajo que cuesta la producción de los medios de subsistencia, aunque no de la misma manera en los diversos peldaños del desarrollo²⁶. Por último, si los hombres trabajan de algún modo los unos para los otros, su trabajo adquiere una forma social.

¿De dónde proviene, pues, el carácter misterioso del producto del trabajo, no bien reviste la forma de mercancía? Evidentemente, de esa misma forma. La igualdad de los trabajos humanos adquiere la forma material de la igual objetividad de los productos del trabajo en cuanto valores; la medida del gasto de fuerza de trabajo humana por su duración adquiere la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo; por último, las relaciones entre los productores, en las cuales se hacen efectivas dichas determinaciones sociales de sus trabajos, adoptan la forma de una relación social entre los productos del trabajo.

Lo misterioso de la forma mercantil consiste, entonces, simplemente, en que ésta refleja ante los hombres los caracteres sociales de su propio trabajo como caracteres materiales de los productos del trabajo, propiedades sociales naturales de dichas cosas; y, por tanto, en que también refleja la relación social de los productores con respecto al trabajo total como una relación social de objetos, existente fuera de ellos. Es por medio de este *quid pro quo* como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensorialmente suprasensibles o sociales. Del mismo modo, la sensación luminosa que una cosa provoca en el nervio óptico no se representa como

²⁵ Recuérdese que China y las mesas se lanzaron a bailar cuando todo el resto del mundo parecía estar quieto... *pour encourager les autres* [para alentar a los demás] ^[37].

²⁶ Nota a la 2ª edición. Entre los germanos antiguos la extensión de un *Morgen* de tierra se calculaba por el trabajo de una jornada y, por ello, se le denominaba *Tagwerk* [trabajo de un día] (también *Tagwanne* [aventar de un día]) (*jurnale* o *jurnalis*, *terra jurnalis*, *jornalis* o *diurnalis*), *Mannwerk* [trabajo de un hombre], *Mannskraft* [fuerza de un hombre], *Mannsmad* [siega de un hombre], *Mannshauet* [tala de un hombre], etc. Véase Georg Ludwig von Maurer. *Einleitung zur Geschichte der Mark-, Hof-, usw. Verfassung*, Munich, 1854, pp. 129 y ss.

excitación subjetiva del mismo nervio óptico, sino como forma material de una cosa situada fuera del ojo. Pero, al ver, se proyecta efectivamente luz desde una cosa, el objeto exterior, sobre otra, el ojo. Es una relación física entre objetos físicos. En cambio, la forma mercantil y la relación de valor de los productos del trabajo, en que dicha forma se representa, no tienen absolutamente nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales que de ella provienen. Sólo es la relación social determinada de los mismos hombres, la que adopta aquí para ellos la forma fantasmagórica de una relación entre cosas. Por eso, para encontrar una analogía debemos buscar amparo en la nebulosa región del mundo religioso. Aquí los productos de la mente humana aparecen como imágenes autónomas dotadas de vida propia, relacionadas entre sí y con los hombres. Algo parecido ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana. Esto es lo que llamo fetichismo, que se adhiere a los productos del trabajo no bien éstos son producidos como mercancías y es, por tanto, inseparable de la producción mercantil.

Este carácter fetichista del mundo de las mercancías proviene, como ya ha mostrado el análisis precedente, del peculiar carácter social del trabajo productor de mercancías.

En general, los objetos de uso se convierten en mercancías porque son productos de trabajos privados efectuados independientemente los unos de los otros. El conjunto de estos trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores sólo entran en contacto social a través del intercambio de los productos de su trabajo, los caracteres específicamente sociales de sus trabajos privados se manifiestan también únicamente dentro de ese intercambio. O sea, los trabajos privados de hecho sólo se ponen en acción, como eslabones del trabajo social total, a través de relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores mismos. De ahí que a estos últimos les parezcan las relaciones sociales de sus trabajos privados como lo que son, es decir, no como relaciones directamente sociales establecidas entre las personas en sus propios trabajos, sino más bien como relaciones cosificadas entre personas y relaciones sociales entre cosas.

Es sólo en su intercambio donde los productos del trabajo adquieren una objetividad de valores socialmente iguales, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa. Esta escisión del producto del trabajo en cosa útil y cosa de valor sólo se efectiviza, en la práctica, cuando el intercambio ha adquirido extensión e importancia suficientes como para que se produzcan cosas útiles para el intercambio y, por tanto, ya sea tomado en consideración su carácter de valor en la producción misma. Desde ese instante, los trabajos privados de los productores revisten efectivamente un doble carácter social. De una parte, en cuanto trabajos útiles determinados, deben satisfacer una determinada necesidad social y acreditarse así como

eslabones del trabajo total, del sistema espontáneo de la división social del trabajo. De otra parte, sólo satisfacen las múltiples necesidades de sus propios productores, en la medida en que todo trabajo privado particular útil es cambiable por toda otra clase de trabajos privados útiles, o sea le es equivalente. La igualdad de trabajos diversos *toto coelo* sólo puede consistir en una abstracción de sus desigualdades reales, en la reducción al carácter común que poseen en cuanto gasto de fuerza de trabajo humana, como trabajo humano abstracto. El cerebro del productor privado refleja ese doble carácter social de sus trabajos privados sólo en las formas que se dan en el movimiento práctico, en el intercambio de productos: el carácter socialmente útil de sus trabajos privados, pues, únicamente lo refleja bajo la forma de que el producto del trabajo debe ser útil, y precisamente útil para otros; el carácter social de la igualdad de los diversos trabajos, bajo la forma del carácter de valor común a esas cosas materialmente distintas, los productos del trabajo.

Por tanto, los hombres no refieren entre sí como valores los productos de su trabajo, porque estas cosas figuren para ellos como simples envolturas materiales de trabajo humano homogéneo. A la inversa. Al igualar entre sí en el intercambio como valores sus productos heterogéneos, equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen²⁷. El valor no lleva, pues, escrito en la frente lo que es. Más bien, el valor convierte todo producto del trabajo en un jeroglífico social. Posteriormente, los hombres tratan de descifrar el sentido del jeroglífico, de descubrir el secreto de su propio producto social, pues el concebir los objetos de uso como valores es su producto social, así como lo es el idioma. El descubrimiento científico posterior de que los productos del trabajo, en cuanto valores, son simples expresiones materiales del trabajo humano gastado en su producción, hace época en la historia del desarrollo de la humanidad, pero de ninguna manera disipa la apariencia objetiva que envuelve a los atributos sociales del trabajo. Lo que sólo es válido para esa forma particular de producción, la producción mercantil —o sea, que el carácter específicamente social de los trabajos privados independientes consista en su igualdad en cuanto trabajo humano y adopte la forma del carácter de valor de los productos del trabajo—, para los cautivos de las relaciones de la producción mercantil parece, antes como después de dicho descubrimiento, tan definitivo como el hecho de que la descomposición del aire en sus elementos, por parte de la ciencia, deja inalterada la forma del aire en cuanto forma de un cuerpo físico.

²⁷ Nota a la 2ª edición. Por eso, cuando Galiani dice: El valor es una relación entre dos personas —“La ricchezza e una ragione tra due persone”—, debiera haber agregado: relación encubierta bajo una envoltura material (Galiani. *Della Moneta*, p. 221, t. III, de la colección de Costodi de los *Scrittori Classici Italiani di Economia Politica, Parte Moderna*, Milán, 1803).

Lo que interesa ante todo en la práctica a quienes intercambian mercancías, es saber cuántos productos ajenos obtendrán por el suyo propio, en qué proporciones, pues, se cambian los productos. No bien esas proporciones hayan madurado alcanzando cierta firmeza habitual, parecen provenir de la naturaleza de los productos del trabajo, de tal modo que, por ejemplo, una tonelada de hierro y dos onzas de oro tienen el mismo valor, así como una libra de oro y una de hierro pesan igual no obstante sus diversas propiedades físicas y químicas. En los hechos, el carácter de valor de los productos del trabajo se afirma sólo en su funcionamiento práctico como magnitudes de valor. Estas varían constantemente, independientes de la voluntad, conocimiento y acción de quienes participan en el intercambio. Su propio movimiento social posee para ellos la forma de un movimiento de cosas, bajo cuyo control se encuentra, en vez de controlarlo. Se necesita una producción mercantil plenamente desarrollada antes que a partir de la experiencia misma surja la comprensión científica de que los trabajos privados —efectuados de modo recíprocamente independiente, pero multilateralmente dependientes los unos de los otros— en cuanto eslabones espontáneos de la división social del trabajo son reducidos de manera continua a su medida socialmente proporcional, porque en las casuales y siempre oscilantes relaciones de intercambio de sus productos el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción se impone violentamente como ley natural reguladora, tal como acontece con la ley de la gravitación cuando a uno se le cae la casa encima²⁸. La determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es, pues, un secreto escondido bajo el movimiento manifiesto de los valores relativos de las mercancías. Su descubrimiento elimina la apariencia de la determinación puramente casual de las magnitudes de valor de los productos del trabajo, pero en modo alguno su forma material.

La reflexión acerca de las formas de la vida humana, y por tanto también su análisis científico, toma generalmente un camino opuesto al desarrollo real. Comienza *post festum* [después de los acontecimientos] y, por ello, de los resultados acabados del proceso de desarrollo. Las formas que imprimen el sello de mercancías a los productos del trabajo y, por tanto, están expuestas a la circulación mercantil, poseen ya la firmeza de formas naturales de la sociedad antes de que los hombres procuren dilucidar no su carácter histórico —pues ya las consideraban más bien como inalterables—, sino su contenido. Así, fue sólo el análisis de los precios de las mercancías lo que condujo a la determinación de la magnitud del valor; sólo la expresión común de las mercancías en dinero lo que llevó a fijar su

²⁸ "¿Qué pensar de una ley que sólo puede imponerse a través de revoluciones periódicas? Es precisamente una ley natural basada en la inconsciencia de los participantes" (Federico Engels. *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, editado por Arnold Ruge y Carlos Marx, París, 1844).

carácter de valor. Pero, es precisamente esta forma acabada del mundo mercantil —la forma de dinero— la que encubre materialmente, en vez de revelarlo, el carácter social de los trabajos privados y, por tanto, las relaciones sociales entre los productores privados. Si digo que la levita, las botas, etc., se refieren al lienzo como la encarnación general del trabajo humano abstracto, salta a la vista la insensatez de esta forma de expresarse. Pero, cuando los productores de la levita, las botas, etc., refieren dichas mercancías al lienzo —o al oro y la plata, lo que en nada altera la cosa— en cuanto equivalente general, la vinculación entre sus trabajos privados y el trabajo total social se presenta para ellos exactamente bajo esa forma insensata.

Precisamente tales formas constituyen las categorías de la economía burguesa. Son formas del pensamiento socialmente válidas, por tanto objetivas, para las relaciones de producción que caracterizan este régimen social de producción históricamente determinado, la producción mercantil. Todo el misticismo del mundo mercantil, toda la magia y brujería que envuelven los productos del trabajo basados en la producción mercantil, desaparecen, pues, de inmediato no bien nos desplazamos a otras formas de producción.

Como la economía política gusta de las robinsonadas²⁹, hagamos aparecer pues antes que nada a Robinsón en su isla. Modesto, como lo es de condición, tiene, sin embargo, que satisfacer diversas necesidades y debe, por tanto, realizar trabajos útiles de distinto tipo: fabricar herramientas, hacer muebles, domesticar llamas, pescar, cazar, etc. Ni qué decir de rezar y cosas parecidas, dado que nuestro Robinsón encuentra en ello placer y considera tales actividades como un descanso. A pesar de la diversidad de sus funciones productivas, sabe que no son más que diversas formas de actuar del mismo Robinsón y, por tanto, sólo diversas modalidades del trabajo humano. La necesidad lo obliga a distribuir exactamente su tiempo entre sus diversas funciones. Que una ocupe más y la otra menos espacio en su actividad global depende de la mayor o menor dificultad que deba superar para alcanzar el efecto útil apetecido. Esto se lo enseña la experiencia, y nuestro Robinsón, que ha salvado del naufragio el reloj, el libro mayor, la tinta y la pluma, pronto comienza, como buen inglés, a llevar la contabilidad de sí mismo. Su inventario contiene una nómina de los objetos de uso que posee, de las diversas operaciones requeridas para su producción y, por último, del tiempo de trabajo promedio que gasta en la producción de una determinada

²⁹ Nota a la 2ª edición. Tampoco Ricardo está exento de robinsonadas. "Desde un comienzo hace que el pescador y el cazador primitivos intercambien pescado y caza como si fuesen poseedores de mercancías, en razón al tiempo de trabajo objetivado en esos valores de cambio. En esta ocasión Ricardo comete un anacronismo de presentar al pescador y al cazador primitivos, evaluando sus instrumentos de trabajo de acuerdo con las tablas de anualidades empleadas en la Bolsa londinense en 1817. Los "paralelógramos del señor Owen"^[33] parecen ser la única forma social que Ricardo conocía fuera de la burguesa" (Karl Marx. *Zur Kritik etc.*, pp. 38, 39).

cantidad de esos diversos productos. Todas las relaciones entre Robinsón y las cosas que constituyen la riqueza creada por él son tan simples y transparentes que incluso hasta el mismo señor M. Writh las podría comprender sin un esfuerzo mental especial. Y, sin embargo, en ellas se contienen todas las determinaciones esenciales del valor.

Trasladémonos, ahora, de la diáfana isla de Robinsón al tenebroso medioevo europeo. En lugar del hombre independiente, encontramos aquí a todos los hombres vinculados por lazos de dependencia: siervos de la gleba y terratenientes, vasallos y señores, seglares y clérigos. La dependencia personal caracteriza tanto las relaciones sociales en que se realiza la producción material como las otras esferas vitales erigidas sobre ella. Pero, precisamente porque las relaciones de dependencia personal constituyen la base social dada, los trabajos y productos no necesitan adoptar una imagen fantástica, distinta de su realidad. Se integran al engranaje social en calidad de servicios y prestaciones en especie. La forma natural del trabajo, su carácter particular, y no su carácter general, como ocurre en la producción mercantil, es aquí su forma directamente social. El trabajo de prestación se mide por el tiempo, igual que el trabajo productor de mercancías, pero cada siervo sabe que es una determinada cantidad de su fuerza de trabajo personal la que gasta en servir a su señor. El diezmo que le entrega al cura es más claro que la bendición del clérigo. Sea cual fuere el juicio que nos merezcan los papeles que aquí representan los hombres al enfrentarse, las relaciones sociales de las personas en sus trabajos se manifiestan, en todo caso, como sus propias relaciones personales sin disfrazarse en relaciones sociales entre las cosas, entre los productos del trabajo.

Para examinar el trabajo colectivo, esto es, directamente socializado, no necesitamos retornar a las formas originarias del mismo, que encontramos en el umbral histórico de todos los pueblos civilizados³⁰. Un ejemplo más cercano brinda la industria patriarcal rural de una familia campesina que para su propio consumo produce trigo, ganado, hilado, lienzo, prendas de vestir, etc. Estas cosas diferentes se contraponen a la familia como diversos productos de su trabajo familiar, pero sin enfrentarse recíprocamente como mercancías. Los

³⁰ Nota a la 2ª edición. "Es un prejuicio ridículo, difundido en nuestra época, el que la forma de la propiedad común espontánea sea específicamente eslava, e incluso exclusivamente rusa. Es la forma primitiva cuya existencia podemos encontrar en los romanos, germanos, celtas, dándose aún todo un muestrario completo, con múltiples pruebas, entre los indios, si bien, en parte, en estado ruinoso. Un estudio más profundo de las formas de propiedad común asiáticas, en especial de las indias, mostraría cómo de las diversas formas de propiedad común espontánea resultan distintas formas de su disolución. Así, por ejemplo, los diferentes tipos originarios de la propiedad privada romana y germana se pueden deducir de las distintas formas de la propiedad común india" (Karl Marx. *Zur Kritik etc.*, p. 10).

diversos trabajos generadores de esos productos —cultivar la tierra, criar ganado, hilar, tejer, confeccionar prendas de vestir, etc.— son, en su forma natural, funciones sociales, dado que constituyen funciones de la familia, y ésta posee su propia división espontánea del trabajo, lo mismo que en la producción mercantil. Las diferencias de sexo y edad, así como las cambiantes condiciones naturales del trabajo que varían en las distintas estaciones del año, regulan la división del trabajo dentro de la familia y el tiempo de trabajo de cada uno de sus miembros. El gasto de las fuerzas de trabajo individuales, medido por su duración en el tiempo, aparece aquí, empero, desde el comienzo, como determinación social de los trabajos mismos, dado que las fuerzas de trabajo individuales sólo operan como órganos de la fuerza de trabajo colectiva de la familia.

Por último, imaginémosnos, para variar, una asociación de hombres libres que trabajan con medios de producción colectivos y gastan de manera consciente sus numerosas fuerzas de trabajo individuales como una fuerza de trabajo social. Todas las determinaciones del trabajo de Robinsón se repiten aquí, sólo que en términos sociales y no individuales. Todos los productos de Robinsón constituían su producto exclusivamente personal y eran, por tanto, directamente objetos de consumo para sí mismo. El producto global de la asociación es un producto social. Una parte de éste sirve nuevamente como medios de producción. Sigue siendo social. Pero otra parte es consumida por los miembros de la asociación como medios de subsistencia. Debe, pues, ser distribuida entre ellos. El tipo de distribución variará con el tipo particular del propio organismo social de producción y el correspondiente nivel histórico de desarrollo de los productores. Sólo para mantener el paralelo con la producción mercantil, supongamos que la participación de cada productor en los medios de subsistencia está determinada por su tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo desempeñaría, por ende, un papel doble. Su distribución social planificada regularía la proporción correcta entre las diversas funciones laborales y las variadas necesidades. De otra parte, el tiempo de trabajo serviría, a la vez, como medida de la participación individual del productor en el trabajo colectivo y, también, por tanto, en la fracción individual consumible del producto colectivo. Las vinculaciones sociales de los hombres con sus trabajos y con los productos de éstos continúan siendo aquí de una clara transparencia, tanto en lo referente a la producción como a la distribución.

Para una sociedad de productores de mercancías, cuya relación social general de producción consiste en comportarse con respecto a sus productos como ante mercancías, o sea, como ante valores, y vincular recíprocamente sus trabajos privados bajo esta forma cosificada como trabajo humano igual, el cristianismo, con su culto al hombre abstracto, en particular en su variante burguesa, el protes-

tantismo, deísmo, etc., es la forma religiosa más adecuada. En los regímenes de producción paleoasiáticos, de la antigüedad, etc., la transformación del producto en mercancía y, por tanto, la existencia del hombre como productor de mercancías desempeña un papel subalterno que, sin embargo, se vuelve tanto más significativo cuanto más han ingresado las entidades comunitarias a su estadio decadente. Los pueblos comerciales propiamente dichos sólo existían en los intermundos del orbe antiguo, como los dioses de Epicuro^[34], o los judíos en los poros de la sociedad polaca. Aquellos antiguos organismos sociales de producción son muchísimo más simples y transparentes que el burgués, pero o bien se basan en la inmadurez del hombre individual, aún no liberado del cordón umbilical de su conexión natural genérica con los demás, o bien en relaciones directas de señorío y vasallaje. Dichos organismos están condicionados por un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo y por relaciones correspondientemente limitadas de los hombres dentro de su proceso material de generación de la vida y, por tanto, entre sí y con la naturaleza. Esta limitación real se refleja de un modo ideal en las antiguas religiones naturales y religiones populares. El reflejo religioso del mundo real sólo puede desaparecer, en general, cuando las condiciones de la vida práctica, cotidiana, representen para los hombres día a día vínculos sensatos y transparentes entre ellos y con la naturaleza. La imagen del proceso de vida social, esto es, del proceso material de producción, sólo se desprenderá de su místico manto nebuloso cuando, como producto de hombres libremente asociados, se encuentre bajo su control consciente y planificado. Sin embargo, para ello se requiere una base material de la sociedad o una serie de condiciones materiales de existencia que, a su vez, son el producto natural de un largo y penoso proceso de desarrollo.

La economía política ha analizado, por cierto, si bien de manera incompleta³¹, el valor y su magnitud y descubierto el contenido oculto en dichas formas. Pero, nunca se planteó siquiera la pregunta de por qué ese contenido adopta aquella forma, de por qué, pues,

³¹ Lo insuficiente en del análisis que realiza Ricardo de la magnitud de valor —y el suyo es el mejor— se verá en el tercer y cuarto libro de este escrito. Pero, en lo que se refiere al valor en general, la economía política clásica nunca distingue expresamente y con plena consciencia entre el trabajo, tal como se representa en el valor, y ese mismo trabajo, tal como lo hace en el valor de uso de su producto. En la práctica hace, naturalmente, esa diferencia, pues en un caso concibe el trabajo en términos cuantitativos y en el otro, en términos cualitativos. Pero no se le ocurre que la mera diferencia cuantitativa de los trabajos supone su unidad o igualdad cualitativa, o sea, su reducción a trabajo humano abstracto. Ricardo, por ejemplo, se declara de acuerdo con Destutt de Tracy, cuando éste dice: "En cuanto es seguro que nuestra única riqueza original son nuestras facultades físicas y morales, el empleo de dichas facultades, una especie de trabajo, es nuestro tesoro original; y es siempre a partir de su empleo como se crean todas aquellas cosas que llamamos riqueza... Es seguro, además, que todas esas cosas sólo representan el trabajo que las ha creado, y si tienen un valor, o incluso dos valores distintos, sólo pueden derivarlo del valor del trabajo del que

el trabajo se representa en el valor y la medida del trabajo conforme a su duración se representa en la magnitud de valor del producto del trabajo³². Fórmulas, que llevan escrito en la frente que pertenecen a una formación social en que el proceso de producción domina al hombre, y éste aún no domina a aquél, su conciencia burguesa las considera una necesidad natural tan evidente como el trabajo productivo mismo. De ahí que trate a las

emanan" (Ricardo. *The Principles of Pol. Econ.*, 3ª ed., Lond., 1821, p. 334). Sólo emanicaremos que Ricardo atribuye a Distutt su propia concepción más profunda. Por cierto, Destutt dice, de una parte, que efectivamente todas las cosas que constituyen riqueza "representan el trabajo que las ha creado", pero, de otra, afirma que sus "dos valores distintos" (valor de uso y valor de cambio) los obtienen "del valor del trabajo". Cae de esta manera en la superficialidad de la economía vulgar, que presupone el valor de una mercancía (en este caso, del trabajo) para determinar luego, por medio de éste, el valor de las demás mercancías. Ricardo lo interpreta en el sentido de que tanto en el valor de uso como en el valor de cambio se representa trabajo (no el valor del trabajo). Pero él mismo distingue tan poco el carácter dual del trabajo, representado de manera doble, que en todo el capítulo *Value and Riches, their Distinctive Properties* [Valor y riqueza, sus propiedades distintivas] debe dar vueltas fatigosamente en torno a las trivialidades de un J. B. Say. De ahí que al final se manifieste completamente perplejo de que Destutt coincida, por una parte, con él acerca del trabajo como fuente del valor y, no obstante, de otra parte, con Say acerca del concepto de valor.

³² Es una de las deficiencias básicas de la economía política clásica que nunca lograra encontrar, a partir del análisis de la mercancía, y en especial del valor de la mercancía, la forma del valor, la forma misma que lo convierte en valor de cambio. Precisamente en el caso de sus mejores representantes, como A. Smith y Ricardo, concibe la forma de valor como algo completamente indiferente o incluso externo a la naturaleza de la mercancía. La causa no sólo reside en que el análisis de la magnitud del valor absorba toda su atención. Obedece a una razón más profunda. La forma de valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del régimen burgués de producción, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con ello, a la vez, considerado históricamente. De ahí que si el régimen burgués de producción se ve como forma natural eterna de la producción social, se pasa por alto necesariamente lo que hay de específico en la forma de valor, o sea, en la forma de mercancía, y posteriormente en la forma de dinero, la forma de capital, etc. Por ello, entre economistas que concuerdan plenamente en medir la magnitud de valor por el tiempo de trabajo se encuentran las concepciones más abigarradas y contradictorias del dinero, es decir, de la imagen consumada del equivalente general. Esto se pone de relieve, por ejemplo, de manera contundente al tratarse el sistema bancario, donde ya no son suficientes las definiciones del dinero en base a lugares comunes. De ahí que, en oposición, surgiera un mercantilismo restaurado (Ganilh, etc.), que ve en el valor sólo la forma social o, más bien, sólo su apariencia insustancial. — Para dejarlo en claro de una vez por todas, digamos que entiendo por economía política clásica toda la economía que, desde W. Petty, examina el vínculo interno de las relaciones de producción burguesas, en oposición a la economía vulgar, que sólo da vueltas en torno al vínculo aparente, procurando dar una explicación plausible de los fenómenos, por así decir, más bastos y masticar una y otra vez para el consumo doméstico de la burguesía el material proporcionado desde hace tiempo por la economía científica; pero, por lo demás, se limita a sistematizar en forma pedante y proclamar como verdades eternas las concepciones más banales y autosuficientes que se forman los miembros de la burguesía de su propio mundo, el mejor de todos.

formas preburguesas del organismo social de producción como los padres de la Iglesia a las religiones precristianas³³.

Hasta qué punto una parte de los economistas se deja confundir por el fetichismo adherido al mundo de las mercancías, o sea, la apariencia objetiva de las determinaciones sociales del trabajo, lo demuestra, entre otras cosas, la tediosa y absurda controversia sobre el papel que desempeñaría la naturaleza en la creación del valor de cambio. Como éste es una determinada manera social de expresar el trabajo empleado en una cosa, no puede contener más materia natural que, digamos, el curso cambiario.

Como la forma de mercancía es la más general y la menos desarrollada de la producción burguesa —razón por la cual sale a escena muy temprano, aunque no del mismo modo dominante y, por tanto, característico del día de hoy—, parece relativamente fácil de penetrar su carácter fetichista. Pero en las formas más concretas desaparece incluso esa apariencia de facilidad. ¿De dónde provienen las ilusiones del sistema monetarista? Este no veía que el oro y la plata, en cuanto dinero, representan una relación social de producción, aunque bajo la forma de cosas naturales con singulares propiedades sociales. Y la economía moderna, que sonríe con desdén desde su cima al sistema monetarista, ¿no se vuelve palpable su fetichismo cuando trata del capital? ¿Cuánto tiempo hace que ha desaparecido la ilusión fisiocrática de que la renta del suelo proviene de la tierra y no de la sociedad?

Sin embargo, para no anticiparnos, bastará aquí con un ejemplo referente a la forma misma de mercancía. Si las mercancías pudiesen hablar, dirían: nuestro valor de uso puede interesar a los hombres. Pero como cosas que somos, no nos incumbe. Lo que sí nos concierne en cuanto cosas es nuestro valor. Nuestra propia relación como cosas mercantiles lo demuestra. Nos vinculamos recíprocamente sólo como valores de cambio. Ahora, escúchese cómo habla el economista desde el alma de las mercancías:

³³ "Los economistas proceden de manera singular. Para ellos hay sólo dos tipos de instituciones: las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales, las de la burguesía, naturales. En esto se parecen a los teólogos que distinguen también dos tipos de religiones. Toda religión que no sea la suya es un invento de los hombres, mientras que la suya propia es una emanación de Dios. Así, hubo historia, pero ya no la hay" (Karl Marx, *Misère de la Philosophie, Réponse a la Philosophie de la Misère de M. Proudhon*, 1847, p. 113). Realmente cómico es el señor Bastiat, quien se imagina que los griegos y romanos antiguos sólo vivían del pillaje. Pero, si se vive varios siglos de la rapiña, tiene que existir siempre algo que robar, o sea, el objeto del robo debe reproducirse constantemente. Parece, por tanto, que también los griegos y romanos tuvieron un proceso de producción, o sea, una economía que constituía la base material de su mundo, precisamente del mismo modo que la economía burguesa es el fundamento del mundo actual. ¿O cree Bastiat que un modo de producción basado en el trabajo de esclavos constituye un sistema fundado en el robo? En tal caso, pisa terreno peligroso. Si un gigante del pensamiento como Aristóteles se equivocaba en su apreciación del trabajo de esclavos, ¿por qué un enano de la economía como Bastiat debía apreciar correctamente el trabajo asalariado? —Aprovecharé esta ocasión para refutar brevemente una objeción que me formuló

"El valor" (valor de cambio) "es una propiedad de las cosas, la riqueza" (el valor de uso), "un atributo de los hombres. El valor, en este sentido, implica necesariamente el intercambio, la riqueza no"³⁴. "La riqueza" (el valor de uso) "es un atributo del hombre, el valor, un atributo de las mercancías. Un hombre o una comunidad son ricos; una perla o un diamante son valiosos... Una perla o un diamante son valiosos en cuanto tales perla o diamante"³⁵.

Hasta el momento, ningún químico ha descubierto en la perla o el diamante valor de cambio. Los descubridores económicos de esa sustancia química, alardeando de su profundidad crítica, consideran, sin embargo, que el valor de uso de las cosas es independiente de sus propiedades materiales y su valor, en cambio, les corresponde en cuanto tales cosas. Lo que los confirma en esta conclusión es la singular circunstancia de que el valor de uso de las cosas se realiza para los hombres, sin intercambio, o sea, en una relación directa entre la cosa y el hombre; su valor, por el contrario, sólo se realiza en el intercambio, esto es, en un proceso social. Quién no se acuerda aquí del bueno de Dogberry, cuando ilustra al sereno Seacoal^[35]: "Ser hombre bien parecido depende de las circunstancias, pero saber leer y escribir es un don de la naturaleza"³⁶.

una publicación alemano-norteamericana al aparecer en 1859 mi escrito *Zur Kritik der Pol. Oekonomie*. Manifestó que mi opinión de que los determinados regímenes de producción y las relaciones de producción correspondientes, en pocas palabras, de que "la estructura económica de la sociedad es la base real sobre la cual se erige una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social", que ese enfoque, para el cual "el modo de producción de la vida material condiciona, en general, el proceso de la vida social, política y espiritual", sería, por cierto, correcto para el mundo de hoy, en el que imperan intereses materiales, pero no para el medioevo, donde imperaba el catolicismo, ni para Atenas o Roma en las que dominaba la política. En primer lugar, es extraño que haya alguien quien quiera suponer que alguna persona ignora esos conocidísimos lugares comunes para referirse a la Edad Media y el mundo antiguo. En todo caso, es evidente que el medioevo no podía vivir del catolicismo ni el mundo antiguo de la política. Es a la inversa, el modo como se ganaban la vida explica por qué en el primer caso desempeña el papel principal el catolicismo y en el segundo, la política. Por lo demás, se necesitan pocos conocimientos de la historia de la república romana, por ejemplo, para saber que la historia de la propiedad de la tierra constituye su historia secreta. De otra parte, ya Don Quijote hubo de pagar el error de imaginar que la caballería andante sería compatible con todas las formas económicas de la sociedad.

³⁴ "Value is a property of things, riches of man. Value, in this sense, necessarily implies exchanges, riches do not." (*Observations on certain verbal disputes in Pol. Econ., particularly relating to Value, and to Demand and Supply*. Lond., 1821, p. 16).

³⁵ "Riches are the attribute of man, value is the attribute of commodities. A man or a community is rich, a pearl or a diamond is valuable... A pearl or a diamond is valuable as a pearl or diamond" (S. Bailey, l.c., p. 165 y ss.)

³⁶ El autor de las *Observations* y S. Bailey acusan a Ricardo de haber convertido el valor de cambio de algo puramente relativo en algo absoluto. A la inversa. Ricardo redujo la relatividad aparente que estas cosas poseen, por ejemplo el diamante y la perla, en cuanto valores de cambio, a la relación real oculta tras la apariencia, a su relatividad en cuanto meras expresiones de trabajo humano. Si los ricardianos responden a Bailey rudamente, pero no de modo convincente, ello se debe sólo porque no encontraron ni en el propio Ricardo explicación alguna acerca del vínculo interno entre el valor y la forma de valor o el valor de cambio.

CAPITULO II

EL PROCESO DE CAMBIO

Las mercancías no pueden acudir solas al mercado ni cambiarse por sí mismas. Debemos, por tanto, dirigir nuestras miradas a sus guardianes, los poseedores de mercancías. Las mercancías son objetos y están, por consiguiente, inermes ante los hombres. Si no quieren someterse, el hombre puede emplear la fuerza o, dicho en otros términos, tomarlas³⁷. Para contactar estos objetos como mercancías, sus guardianes deben relacionarse como personas, cuyas voluntades moran en dichos objetos, de tal modo que uno tan sólo por voluntad de otro se apropia de la mercancía ajena, desprendiéndose de la suya, o sea, cada uno por medio de un acto de voluntad común a ambos. Deben, por tanto, reconocerse mutuamente como propietarios privados. Esta relación jurídica, cuya forma es un contrato, implementado legalmente o no, es una relación de voluntad en la que se refleja el vínculo económico. El contenido de esta relación jurídica o de voluntad lo da la relación económica misma³⁸. Aquí las personas existen las unas para las otras como representantes de mercancías y, por tanto, como poseedores de mercancías. En general, en el desarrollo del estudio nos daremos cuenta de que los papeles económicos representados por los hombres no son más que personificaciones

³⁷ En el siglo XII, tan célebre por su devoción, figuraban con frecuencia entre estas mercancías objetos de gran delicadeza. Así, un poeta francés de aquella época menciona entre las mercancías que se ofrecían en la feria de Landit^[36], junto a telas, zapatos, cueros, aperos agrícolas, pieles, etc., también *femmes folles de leur corps*.*

* "Mujeres de cuerpo ardiente". —Ed.

³⁸ Proudhon erige inicialmente su ideal de justicia, *justice éternelle*, en las relaciones jurídicas correspondientes a la producción mercantil, con lo que, señalemos de paso, brinda a todos los buenos burgueses la muy consoladora prueba de que la forma de producción mercantil es algo tan eterno como la justicia. Después quiere, invirtiendo las cosas, modelar la producción mercantil real y el derecho real que le corresponde según este ideal. ¿Qué pensaríamos de un químico que, en lugar de estudiar las verdaderas leyes del metabolismo y resolver en base a ellas determinados problemas, quisiera modelar este proceso según las "ideas eternas" de la "*naturalité*" y la "*affinité*"? ¿Sabremos acaso algo más sobre el "usurero", si decimos que contradice la "*justice éternelle*" y la "*équité éternelle*", la "*mutualité éternelle*" y otras "*vérités éternelles*", de lo que sabían los padres de la Iglesia, cuando decían que él contradice la "*grâce éternelle*", la "*foi éternelle*", la "*volonté éternelle de Dieu*"?

de las relaciones económicas, en que se enfrentan entre sí como sus exponentes.

Lo que precisamente distingue al poseedor de mercancías de ésta es el hecho de que cualquier otro cuerpo mercantil juega frente a la mercancía el papel de forma de manifestación de su valor. Igualitaria (*leveller*) y cínica de nacimiento, la mercancía está siempre lista a cambiar con cualquier otra, aunque sea más desagradable que Maritornes, no sólo el alma, sino también el cuerpo. Esta indiferencia de las mercancías respecto a lo concreto de otros cuerpos mercantiles se ve complementada por los cinco o más sentidos del poseedor de mercancías. Su mercancía no tiene para él un valor de uso inmediato. De otro modo, no la llevaría al mercado. Ella tiene valor de uso para otros. Para él tiene de inmediato sólo el valor de uso de ser portadora de valor de cambio y, por tanto, medio de cambio³⁹. Por eso quiere enajenarla por otras mercancías, cuyo valor de uso le satisface. Todas las mercancías son para sus poseedores no-valores-de-uso, y son valores de uso para los no-poseedores. Deben, por tanto, cambiar constantemente de manos. Y en ello está su intercambio que las relaciona entre sí y las realiza como valores. Las mercancías tienen, por tanto, que realizarse como valores, antes de poder realizarse como valores de uso.

Por otra parte, tienen que acreditarse como valores de uso antes de poder realizarse como valores. Pues el trabajo gastado en ellas se considera sólo en la medida en que se gasta en forma útil para otros. Únicamente el intercambio de los productos puede mostrar si el trabajo es útil para otros y si su producto satisface, por tanto, necesidades ajenas.

El poseedor de mercancías quiere enajenarlas por otras, cuyo valor de uso satisface sus necesidades. Por tanto, para él el intercambio es un simple proceso individual. Por otro lado, quiere realizar su mercancía como valor, o sea en cualquier otra mercancía de idéntico valor que le plazca, sin importarle si su propia mercancía tiene valor de uso o no para el poseedor de la otra mercancía. De esta manera el intercambio es, para él, un proceso social de carácter general. Pero, el mismo proceso no puede ser para todos los poseedores de mercancías sólo de carácter individual y a la par sólo de carácter social general.

De observarse el problema más detenidamente, se verá que toda mercancía ajena representa para todo poseedor de mercancías la calidad de equivalente particular de su mercancía; ésta, por tanto, es el

³⁹ "Pues el uso de cada bien es doble. —Uno es inherente al objeto como tal, el otro no, como una sandalia que sirve para calzarse y para cambiarla. Ambos son valores de uso de la sandalia, pues igualmente quien cambia la sandalia por aquello de que carece, por ejemplo, comida, utiliza la sandalia como sandalia. Pero no es su modo de uso natural. Pues su razón de ser no es el intercambio" (Aristóteles. *De Rep.*, I.I., cap. 9).

equivalente general de todas las demás mercancías. Pero, como todos los poseedores de mercancías hacen otro tanto, ninguna mercancía es equivalente general y las mercancías no poseen, por consiguiente, una forma relativa general de valor, en la que se equiparen como valores y se comparen como magnitudes de valor. De tal modo, no se enfrentan como mercancías, sino simplemente como productos o valores de uso.

En su desconcierto, nuestros poseedores de mercancías piensan como Fausto: "En el principio era la acción"^[37]. Ellos, por tanto, ya han actuado antes de pensar. Las leyes de la naturaleza mercantil se plasman en el instinto natural de los poseedores de mercancías. Estos relacionan sus mercancías entre sí como valores y, por tanto, como mercancías tan sólo al referirlas, confrontándolas, a alguna otra mercancía que desempeñe el papel de equivalente general. Así nos lo demostró el análisis de la mercancía. Pero sólo un acto social puede convertir en equivalente general a una mercancía determinada. La acción social de todas las otras mercancías destaca, por tanto, una mercancía determinada, en la que aquéllas representan de modo universal sus valores. Así, la forma natural de esta mercancía se convierte en forma de equivalente socialmente válida. El proceso social confiere a la mercancía destacada la función social específica de ser equivalente general. De tal manera se convierte en dinero.

"Illi unum consilium habent et virtutem et potestatem suam bestiae tradunt. Et ne quis possit emere aut vendere, nisi qui habet characterem aut nomen bestiae, aut numerum nominis ejus."* (*Apocalipsis*)^[38].

La cristalización del dinero es un producto necesario del proceso de intercambio, en el que distintos tipos de trabajo son equiparados realmente entre sí y se transforman, por tanto, realmente en mercancías. La expansión y profundización histórica del intercambio acentúa la contradicción latente en la naturaleza de la mercancía entre valor de uso y valor. La necesidad de representar esta contradicción externamente, en el intercambio, lleva a una forma independiente del valor de la mercancía, y esta necesidad no se da calma ni sosiego hasta lograr definitivamente desdoblarse en mercancía y dinero. Por consiguiente, en la misma medida en que los productos del trabajo se convierten en mercancías, se produce la transformación de la mercancía en dinero⁴⁰.

* "Estos tienen un consejo, y darán su potencia y autoridad a la bestia. Y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviere la señal, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre."

⁴⁰ Júzguese cuán listos son aquellos socialistas pequeñoburgueses que buscan eternizar la producción mercantil y al mismo tiempo pretenden abolir la "contradicción entre dinero y mercancía", o sea el dinero mismo, que sólo existe en esta contradicción. Es igual a pretender liquidar al Papa y mantener el catolicismo. Véase más al respecto en mi escrito *Zur Kritik...*, p. 61 y ss.

El intercambio inmediato de productos tiene, de un lado, la forma de la expresión simple de valor y, de otro lado, aún no la tiene. Aquella forma decía: x mercancía $A = y$ mercancía B . La forma del intercambio directo de productos es: x objeto de uso $A = y$ objeto de uso B ⁴¹. En este caso, los objetos A y B antes del cambio no son mercancías, se convierten en tales gracias al mismo. La primera modalidad que permite a un objeto de uso ser un valor de cambio en potencia es su existencia como no-valor-de-uso, es decir, como una cantidad de valor de uso que sobrepasa las necesidades inmediatas de su poseedor. Los objetos son, de por sí, ajenos al hombre y, por tanto, enajenables. Para que esta enajenación sea recíproca, basta con que los hombres se enfrenten tácitamente como propietarios privados de los objetos enajenables y, precisamente por esto, como personas independientes las unas de las otras. Esta relación recíproca no se da entre los miembros de una comunidad natural, ya revista la forma de una familia patriarcal, la de una antigua comunidad índica, la de un Estado inca^[39], etc. El intercambio de mercancías comienza allí donde termina la comunidad, en los puntos de contacto con otras comunidades o con sus miembros. Pero, tan pronto como los objetos se convierten en mercancías en las relaciones externas de la comunidad, igualmente lo hacen, por retroacción, en su vida interna. En un principio, la relación cuantitativa de intercambio es completamente casual. Las mercancías se cambian por obra de un acto de voluntad de sus poseedores, quienes deciden mutuamente enajenarlas. Mientras tanto, la demanda de objetos de uso ajenos se va arraigando paulatinamente. El intercambio, a fuerza de repetirse constantemente, se convierte en un proceso social con carácter regular. Así, con el correr del tiempo, a lo menos una parte de los productos del trabajo es hecha deliberadamente para el intercambio. Desde este instante, se consolida, de un lado, la división entre la utilidad del objeto para el consumo inmediato y su utilidad para el intercambio. Su valor de uso se divorcia de su valor de cambio. De otro lado, la relación cuantitativa en que se cambian, se vuelve dependiente de su propia producción. La costumbre los plasma como magnitudes de valor.

En el intercambio inmediato de productos, cada mercancía es directamente medio de intercambio para su poseedor y un equivalente para su no-poseedor, pero sólo en la medida en que sea para éste un valor de uso. El objeto de cambio, por tanto, no reviste aún una forma de valor independiente de su propio valor de uso o de la necesidad individual de la persona que interviene en el intercambio. La necesidad de esta forma se desarrolló al aumentar el número y la variedad de las mercancías que participan en el proceso de intercambio. El problema surge al mismo tiempo que aparecen los medios para su

⁴¹ Mientras no se cambien dos objetos de uso distintos, sino que se ofrezca como equivalente una masa caótica de cosas por un objeto, como suele ocurrir entre salvajes, el intercambio inmediato de productos se encuentra todavía en su antesala.

solución. Jamás encontraremos relaciones de intercambio en que los poseedores de mercancías cambien y comparen su propio artículo con otros, sin que las distintas mercancías de diferentes poseedores se cambien, en sus relaciones comerciales, por un mismo tipo de mercancías y se comparen como valores. Esta mercancía especial, convertida en equivalente de las otras, reviste directamente, aunque dentro de límites reducidos, la forma de equivalente general o social. Esta forma de equivalente general surge y desaparece con el contacto social momentáneo que la engendró. Recae en tal o cual mercancía de un modo pasajero y fugaz. Con el desarrollo del intercambio mercantil se encarna exclusivamente en determinados tipos de mercancías, o cristaliza en la forma de dinero. En un principio, es casual a qué mercancía se adhiere. Sin embargo, a grandes rasgos, hay dos hechos que son esenciales. La forma de dinero se adhiere a los artículos de cambio de mayor importancia procedentes de fuera, que son, de hecho, formas naturales de manifestación del valor de cambio de los productos locales; o se adhiere a los objetos de uso que forman el elemento principal de la propiedad enajenable de procedencia local, por ejemplo, el ganado. Los pueblos nómadas fueron los primeros en desarrollar la forma de dinero, pues todas sus pertenencias son móviles, por tanto se encuentran en una forma directamente enajenable y, además, porque su modo de vida les proporciona constantes contactos con otras comunidades y les impulsa, por consiguiente, al intercambio de productos. Los hombres han convertido con frecuencia al mismo hombre, bajo la forma de esclavo, en material primitivo de dinero, pero nunca lo hicieron con la tierra. Esta idea podía surgir tan sólo en una sociedad burguesa ya desarrollada. Data del último tercio del siglo XVII y se intentó implementarla por vez primera un siglo más tarde a nivel nacional, durante la revolución burguesa de los franceses.

En la medida en que el intercambio de mercancías rompe sus marcos puramente locales y su valor se expande hasta convertirse en materialización del trabajo humano en general, la forma dinero se encarna en mercancías aptas por naturaleza para la función social de equivalente general, en los metales preciosos.

Que "el oro y la plata no son dinero por obra de la naturaleza, pero el dinero es por naturaleza oro y plata"⁴², lo demuestra la congruencia de las propiedades naturales de los metales y las funciones del dinero⁴³. De momento conocemos sólo una función del dinero, la de servir de forma de manifestación del valor de las mercancías, o de material para la expresión social de la magnitud de valor de las mercancías. Sólo una materia, cuyos diversos ejemplares posean la misma cuali-

⁴² Karl Marx, l.c., p. 135. "Los metales... son por naturaleza dinero." (Galvani. *Della Moneta* en la Colección de Custodi, Parte Moderna. t. III, p. 137).

⁴³ Ver más detalles acerca de esto en mi escrito citado anteriormente, en el capítulo "Los metales preciosos".

dad uniforme, puede ser forma de manifestación adecuada del valor, o materialización del trabajo humano abstracto y, por tanto, igual. Por otra parte, como la diferencia entre las magnitudes de valor es simplemente cuantitativa, la mercancía dinero debe ser diferenciable cuantitativamente, o sea, divisible a voluntad y nuevamente reintegrable a un todo. El oro y la plata poseen estas propiedades por obra de la naturaleza.

El valor de uso de la mercancía dinero se duplica. Junto a su valor de uso particular como mercancía, como el oro, por ejemplo, para empastar muelas, fabricar joyas, etc., adquiere un valor de uso formal que procede de sus funciones sociales específicas.

Por cuanto las demás mercancías sólo son equivalentes particulares del dinero y éste, el equivalente general de todas, aquéllas se comportan respecto al dinero como mercancías particulares frente a la mercancía general⁴⁴.

Hemos visto que la forma de dinero no es más que el reflejo, adherido a una mercancía, de las relaciones entre todas las demás. El hecho de que el dinero sea una mercancía⁴⁵ es, por tanto, un descubrimiento sólo para aquel que inicia el estudio a partir de su forma acabada para, después, proceder a analizarla. El proceso de cambio no le otorga su valor a la mercancía que convierte en dinero, sino su forma específica de valor. La confusión de estos dos conceptos condujo a considerar el valor del oro y la plata como algo imaginario⁴⁶. Como el dinero puede en determinadas funciones ser sustituido por simples signos de sí mismo, surgió el otro error de que no

⁴⁴ "El dinero es la mercancía general" (Verri, l.c., p. 16).

⁴⁵ "La plata y el oro de por sí, a los que podemos llamar con el nombre común de metales preciosos son... mercancías... cuyos valores... suben y bajan... Podemos reconocer que el metal precioso tiene un valor superior, si con una porción de él de menor peso compramos una cantidad mayor de productos o manufacturas del país", etc. ([S. Clement.] *A Discourse of the General Notions of Money. Trade and Exchange, as they stand in relation to each other. By a Merchant.* Londres, 1695, p. 7). "Aun cuando la plata y el oro, acuñados o sin acuñar, se usan como medida de todas las demás cosas, no son, sin embargo, menos mercancía que el vino, el aceite, el tabaco, el paño o la tela" ([J. Child.] *A Discourse concerning Trade, and that in particular of the East-Indies, etc.*, Londres, 1689, p. 2). "La fortuna y riqueza del reino no pueden, en rigor, estar limitadas a dinero, como tampoco pueden el oro y la plata ser excluidos de entre las mercancías" ([Th. Papillon.] *The East-India Trade a most Profitable Trade*, Londres, 1677, p. 4).

⁴⁶ "El oro y la plata tienen valor como metales antes de ser dinero" (Galiani, l.c., p. 72). Locke dice: "El acuerdo común de los hombres le atribuyó a la plata, por sus cualidades que la hacen apta para ser dinero, un valor imaginario" [John Locke. *Some Considerations etc.*, 1691, en *Works*, ed. 1777, v. II, p. 15]. En cambio, Law afirma: "¿Cómo pudieron naciones distintas otorgar a un objeto cualquiera un valor imaginario... o cómo se pudo mantener este valor imaginario?" Pero, cuán poco entendía este autor del asunto: "La plata se cambiaba según el valor de uso que tenía, o sea, según su valor verdadero; al ser elegida como dinero obtuvo un valor adicional (*une valeur additionnelle*)" (Jean Law. *Considérations sur le numéraire et le commerce.* Ed. E. Daire. *Economistes Financiers du XVIII siècle*, pp. 469, 470).

sería más que un signo. Por otra parte, ello envolvía la intuición de que la forma de dinero del objeto es algo externo a él, una simple forma de manifestación de relaciones humanas ocultas tras él. En este sentido, cada mercancía sería un signo, pues como valor sería tan sólo una envoltura material del trabajo humano gastado en ella⁴⁷. Pero al considerar como simples signos los caracteres sociales que revisten las cosas, o los caracteres materiales que asumen las determinaciones sociales del trabajo, basándose en un modo de producción determinado, se los declara al mismo tiempo productos arbitrarios de la reflexión de los hombres. Esta era la manera preferida de explicar las cosas en el siglo XVIII, para despejar, a lo menos provisionalmente, de sus apariencias extrañas las imágenes misteriosas de las relaciones humanas, cuyo proceso de gestación no se podía aún descifrar.

Señalamos anteriormente que la forma de equivalente de una mercancía no incluye la determinación cuantitativa de su magnitud de valor. Saber que el oro es dinero y, por tanto, directamente cambiable por todas las demás mercancías, no quiere decir que sepamos, por ejemplo, cuánto valen 10 libras de oro. Como toda mercancía, el oro sólo puede expresar su propia magnitud de valor de un modo relativo en otras mercancías. Su valor se determina por el tiempo de trabajo requerido para su producción y se expresa en la cantidad de cualquier otra mercancía en la cual se materializa igual tiempo de trabajo⁴⁸.

⁴⁷ "El dinero es su signo" (de las mercancías) (V. de Forbonnais. *Éléments du Commerce*, Nouv. Édit, Leyden, 1766, t. II, p. 143). "Como signo lo atraen las mercancías" (l.c., p. 155). "El dinero es el signo de un objeto y lo representa" (Montesquieu. *Esprit des Lois. Oeuvres*, Londres., 1767, t. II, p. 3). "El dinero no es un simple signo, pues de por sí es riqueza; no representa los valores, es su equivalente" (Le Trosne, l.c., p. 910). "De observarse el concepto de valor, veremos que el objeto mismo es tan sólo un signo y no es válido como tal, sino como el valor que es" (Hegel, l.c., p. 100). Mucho antes de los economistas, fueron los juristas quienes difundieron la idea del dinero como simple signo y la del valor imaginario de los metales preciosos, con lo cual prestaban un servicio de sicofante al poder regio, cuya práctica de falsificación monetaria defendieron durante toda la edad media, apoyándose en las tradiciones del imperio romano y en el concepto de dinero, contenido en las *Pandectas*^[49]. "Nadie puede ni debe dudar —dice su aprovechado discípulo, Philippe de Valois, en un decreto de 1346— que sólo a Nos y a Nuestra Real Majestad incumbe... el negocio de la moneda, la fabricación, composición, existencias y demás disposiciones respecto de las monedas, poniéndolas en circulación del modo y al precio que a Nos plazca y mejor parezca." Era un dogma del derecho romano que el emperador decretara el valor del dinero. Estaba expresamente prohibido considerar el dinero como mercancía. "Mas a nadie le está permitido comprar dinero, pues ha sido creado para el uso común y no debe convertirse en mercancía." Buen análisis sobre esto es el de G.F. Pagnini: *Saggio sopra il giusto pregio delle cose*, 1751, en Custodi, Parte Moderna, t. II. Precisamente en la segunda parte del escrito Pagnini polemiza con los señores juristas.

⁴⁸ "Si alguien puede transportar a Londres desde las entrañas de la tierra en el Perú una onza de plata en el mismo tiempo que necesita para la producción de un *bushel* de trigo, cada una de estas dos cosas será el precio natural de la otra; si él puede ahora explotar nuevas minas más ricas y obtener con los mismos gastos, en lugar de una, dos onzas de plata, el trigo costará lo mismo con un precio de 10 chelines el *bushel*, que antes con un precio de 5 chelines, *caeteris paribus* [permaneciendo todo lo demás constante]" (William Petty. *A Treatise of Taxes and Contributions*, Londres, 1667, p. 31).

Esta determinación de su magnitud relativa de valor tiene lugar en su fuente de producción, en el intercambio directo. Tan pronto entra en circulación como dinero, el oro tiene ya un valor dado. Si bien, en los últimos decenios del siglo XVII, el análisis del dinero había establecido que éste es una mercancía, se estaba, sin embargo, sólo en el comienzo. La dificultad no reside en comprender que el dinero es mercancía, sino en saber cómo, por qué, por medio de qué la mercancía es dinero⁴⁹.

Hemos visto cómo ya en la más simple expresión de valor, x mercancía $A = y$ mercancía B , el objeto en que se representa la magnitud de valor de otro objeto parece revestir su forma de equivalente, independientemente de esta relación, como una propiedad social de su naturaleza. Hemos seguido el desarrollo de esta falsa apariencia. Ella se consolida tan pronto la forma de equivalente general se identifica con la forma natural de un tipo de mercancías particular, o cristaliza en la forma de dinero. Se crea la impresión de que una mercancía se transforma en dinero no porque todas las demás mercancías representan sus valores en ella, sino que, al revés, pareciera que éstas representan sus valores en ella, por ser dinero. El movimiento que sirve de vínculo desaparece en su propio resultado, sin dejar ninguna huella. Las mercancías encuentran, sin su participación, su propia forma de valor ya acabada, como un cuerpo mercantil exterior que existe junto a ellas. Estos objetos, el oro y la plata, tal como salen de las entrañas de la tierra son al mismo tiempo la encarnación de todo el trabajo humano. De allí la magia del dinero. El mero comportamiento atomizado de los hombres en su proceso social de producción y, por tanto, la imagen cosificada que revisten sus propias relaciones de producción, independientes de su control y de su acción individual consciente, se manifiestan inicialmente en el hecho de que los productos del trabajo adquieren de modo universal la forma de mercancía. El misterio del fetichismo del dinero es, por tanto, el enigma del fetichismo mercantil, que se ha hecho visible y deslumbrante.

⁴⁹ El señor profesor Roscher nos adoctrina: "Las falsas definiciones del dinero pueden dividirse en dos grupos principales: en las que lo consideran más y las que lo consideran menos que una mercancía". Después despliega un abigarrado catálogo de escritos sobre la naturaleza del dinero, donde no se divisa ni el más remoto indicio de la historia real de la teoría, para terminar con moraleja: "No debemos, por lo demás, negar que la mayoría de los modernos economistas no prestan suficiente atención a las peculiaridades que distinguen el dinero del resto de las mercancías" (o sea, ¿el dinero es más o menos que las mercancías?). "...Por tanto, la reacción semi-mercantilista de Ganiih, etc., no carece del todo de fundamentos" (Wilhelm Roscher. *Die Grundlagen der Nationalökonomie*, 3ª edición, 1858, pp. 207-210). ¡Más — menos — insuficiente — por tanto — no del todo! ¡Qué manera de establecer los conceptos! ¡Y a estas habladurías eclécticas doctorales el señor Roscher las bautiza modestamente de "método anatómico-fisiológico" de la economía política! Sin embargo, le debemos un descubrimiento, a saber: el dinero "es una mercancía agradable".

CAPITULO III

EL DINERO O LA CIRCULACION DE MERCANCIAS

1. MEDIDA DE LOS VALORES

Para simplificar, en esta obra parto siempre del supuesto de que la mercancía dinero es el oro.

La primera función del oro consiste en brindar al mundo de las mercancías el material para su expresión de valor o en representar los valores de las mercancías como magnitudes del mismo nombre, iguales cualitativamente y comparables cuantitativamente. De este modo, el oro, la mercancía equivalente específica, funciona como medida general de los valores y, ante todo, sólo por medio de esta función se convierte en dinero.

No es el dinero el que hace que las mercancías sean conmensurables. Por el contrario, al ser todas las mercancías, como valores, trabajo humano objetivado, por tanto de por sí conmensurables, pueden medir conjuntamente sus valores en una mercancía específica y convertirla así en su medida común de valor, o sea en dinero. El dinero, como medida de valor, es la forma de manifestación necesaria de la medida de valor inmanente de las mercancías: el tiempo de trabajo⁵⁰.

La expresión de valor de una mercancía en oro — x mercancía $A = y$ mercancía dinero— es su forma de dinero, o su precio. Ahora, una ecuación aislada, como, por ejemplo, 1 tonelada de hierro = 2 onzas de oro, es suficiente para representar el valor del hierro en

⁵⁰ La pregunta de por qué el dinero no representa directamente el tiempo de trabajo, de tal modo que, por ejemplo, un billete de banco represente x horas de trabajo, equivale sencillamente a la interrogante de por qué en la producción mercantil los productos del trabajo deben presentarse como mercancías, pues implican su desdoblamiento en mercancía y mercancía dinero; o a la interrogante, de por qué no puede tratarse el trabajo privado como trabajo directamente social, o sea, como su contrario. He tenido ya en otra ocasión la oportunidad de exponer con detalle el utopismo superficial de la idea del "dinero-trabajo", dentro del régimen de la producción mercantil (l.c., pp. 61 y ss). Aquí añadiremos que, por ejemplo, los bonos de trabajo de Owen tienen tan poco de "dinero" como una entrada al teatro. Owen parte del supuesto del trabajo directamente socializado, forma de producción diametralmente opuesta a la producción mercantil. El certificado de trabajo sólo constata la cuota individual del productor en el trabajo colectivo y su derecho individual a la parte del producto colectivo destinado al consumo. Pero a Owen no se le ocurre tomar por base la producción mercantil ni tratar de esquivar sus condiciones necesarias recurriendo a manejos monetarios.

términos socialmente aceptables. La ecuación ya no necesita alinearse con las ecuaciones de valor de las demás mercancías, pues la mercancía equivalente, el oro, posee ahora el carácter de dinero. La forma relativa general de valor de las mercancías toma ahora, por tanto, nuevamente la imagen de su forma de valor primitiva, simple o singular. Por otra parte, la expresión relativa de valor desplegada o la serie infinita de expresiones relativas de valor se convierte en la forma relativa de valor específica de la mercancía dinero. Pero, ahora dicha serie está ya dada socialmente en los precios de las mercancías. No hay más que leer al revés las cotizaciones de un boletín de precios y encontraremos la magnitud de valor del dinero representada en las más diversas mercancías. El dinero, por el contrario, no tiene precio. Para que él participe en esta forma relativa de valor unitaria de las demás mercancías, debería referirse a sí mismo como a su propio equivalente.

El precio o la forma de dinero de las mercancías es, como en general su forma de valor, una forma distinta de su corporeidad real y tangible, o sea es una forma puramente ideal o imaginaria. El valor del hierro, del lienzo, del trigo, etc., existe, si bien invisible, en estas cosas; y se representa en su igualdad con el oro, en una relación con este metal que, por así decirlo, se alberga sólo en sus cabezas. Por eso, el guardián de mercancías debe prestarles su lengua o colgarles un cartoncito proclamando sus precios al mundo exterior⁵¹. Como la expresión de los valores de las mercancías en oro es ideal, en esta operación basta con utilizar oro imaginario o ideal. Cada poseedor de mercancías sabe que está lejos de dorarlas al darle al valor de ellas la forma de precio, o la forma imaginaria de oro; sabe también que no necesita ni una pizca de oro real para evaluar en oro millones de valores mercantiles. Por tanto, el dinero desempeña su función de medida de valor como simple dinero imaginario o ideal. Este hecho ha dado pie a las más extravagantes teorías⁵². Aunque la función

⁵¹ El salvaje o semisalvaje usa su lengua de otro modo. El capitán Parry señala, por ejemplo, hablando de los habitantes de las costas occidentales de la bahía de Baffin: "En este caso" (en el intercambio de productos) "...le pasan" (al objeto que les ofrecen) "la lengua dos veces, considerando, al parecer, de esta manera el negocio concluido satisfactoriamente"^[4]. De igual modo, es costumbre entre los esquimales orientales lamer cada vez como aceptación el artículo que reciben en cambio. En tal caso, si en el norte se considera la lengua como órgano de apropiación, no es sorprendente que en el sur se considere la panza como órgano de la propiedad acumulada, ni que el café calcule la riqueza de un hombre por su gordura. Los cafres son personas que saben lo que hacen, pues mientras el informe oficial británico de salud de 1864 denunciaba la falta de sustancias grasas en una gran parte de la clase obrera, un tal Dr. Harvey, que sin duda no es precisamente el descubridor de la circulación sanguínea, construía el mismo año su felicidad por medio de recetas milagrosas con que prometía curar a la burguesía y a la aristocracia del exceso de grasa.

⁵² Véase Karl Marx. *Zur Kritik...* (Teorías sobre la unidad de medida del dinero, p. 53 y ss).

de medida de valor la desempeña sólo el dinero imaginario, el precio depende completamente del material dinero real. El valor, o sea, la cantidad de trabajo humano contenido, por ejemplo, en una tonelada de hierro, se expresa en una cantidad imaginaria de la mercancía dinero, la cual contiene igual porción de trabajo. El valor de la tonelada de hierro adquirirá expresiones de precio distintas, según se desempeñen el oro, la plata o el cobre como medidas de valor, o dicho de otra manera, será representado en cantidades completamente diferentes de oro, plata o cobre.

Por consiguiente, de funcionar dos mercancías diferentes paralelamente, por ejemplo el oro y la plata, como medida de valor, todas las mercancías tendrán dos expresiones de precio distintas, una en oro y otra en plata, que coexistirán sin alteración mientras la relación de valor entre ambas se mantenga constante, por ejemplo, igual a 1:15. Pero cada cambio en esta relación de valor alterará la relación entre los precios de las mercancías en oro y en plata demostrando palpablemente que la duplicación de la medida de valor contradice su propia función⁵³.

Las mercancías con precio determinado se presentan todas en la forma: *a* mercancía $A=x$ oro, *b* mercancía $B=z$ oro, *c* mercancía $C=y$ oro, etc., en las que *a*, *b*, *c* representan determinadas cantidades de las mercancías *A*, *B*, *C*; *x*, *y*, *z* son cantidades definidas de oro.

⁵³ Nota a la 2ª edición. "Allí donde el oro y la plata coexisten legalmente como dinero, o sea, como medida de valores, se ha intentado siempre en vano considerarlos como una misma materia. Si se supone que el mismo tiempo de trabajo se materializa invariablemente en la misma proporción de plata y oro, es como si se diera por supuesto que la plata y el oro son la misma materia, y que una cantidad determinada del metal menos valioso, la plata, constituye una fracción fija de una determinada cantidad de oro. Desde el reinado de Eduardo III hasta la época de Jorge II, la historia del sistema monetario inglés transcurrió en una continua sucesión de perturbaciones, causadas por la colisión entre la definición legal que fijaba la relación de valor entre el oro y la plata y sus oscilaciones de valor reales. Unas veces se sobrevaluaba el oro, otras veces, la plata. El metal tasado más bajo se retiraba de la circulación, se fundía y exportaba. Esto obligaba a modificar legalmente la relación de valor de ambos metales, pero el nuevo valor nominal, al igual que ocurría antes, pronto chocaba con la relación real de valor. — En nuestros días, la débil y transitoria caída en el valor del oro respecto a la plata, producida por la demanda de esta última en India y China, ha causado a gran escala los mismos fenómenos en Francia: la exportación de la plata y su desplazamiento de la circulación por el oro. En los años 1855, 1856, 1857, en Francia el excedente en la importación de oro sobre su exportación alcanzó a £41.580.000, mientras la exportación de plata arrojó un saldo de £34.704.000 por sobre su importación. De hecho, en los países en que ambos metales son medidas legales de valor y, por tanto, los dos tienen curso forzoso, pudiendo cada cual pagar en oro o en plata, el metal cuyo valor está en alza lleva consigo un agio y mide, como cualquier otra mercancía, su precio en el metal sobrevaluado, mientras sólo este último funciona como medida de valor. En este campo, toda la experiencia histórica se reduce simplemente a que allí donde dos mercancías desempeñan la función de medida de valor, de hecho sólo una ocupa tal lugar" (Karl Marx, l.c., pp. 52, 53).

Los valores de las mercancías se han transformado, por tanto, en cantidades imaginarias de distinta magnitud de oro, o sea, a pesar de la abigarrada variedad de los cuerpos mercantiles, en magnitudes de igual nombre, en magnitudes de oro. Estas cantidades distintas de oro se comparan y se miden entre sí, y aparece la necesidad técnica de referirlas a una cantidad fija de oro como a su unidad de medida. Esta unidad de medida, dividiéndose en partes alicuotas, se desarrolla hasta convertirse en patrón (escala de medidas). El oro, la plata y el cobre, antes de convertirse en dinero, poseen ya sus patrones de medida en sus pesos metálicos, de tal modo que, por ejemplo, una libra funciona como unidad de medida y se fracciona, por un lado, en onzas, etc., y, por otro, se suma en quintales, etc.⁵⁴. En toda circulación metálica, son los nombres preexistentes del patrón-peso, por tanto, los que sirven de base a los nombres de origen del patrón-dinero o patrón de los precios.

Al considerarse como medida de valores y como patrón de precios, el dinero desempeña dos funciones completamente distintas. Es medida de valor en su condición de encarnación social del trabajo humano; es patrón de precios como peso fijo de metal. Como medida de valor sirve para convertir en precios, en cantidades imaginarias de oro, los valores de las más diversas mercancías; como patrón de precios mide estas cantidades de oro. En la medida de valor se miden las mercancías como valores; en cambio, el patrón de precios mide cantidades de oro en una porción de oro, no el valor de una cantidad de oro en el peso de otra. Para definir el patrón de precios se debe fijar como unidad de medida un peso determinado de oro. Aquí, como en todas las demás determinaciones de medida de magnitudes de nombre igual, la estabilidad de la correlación de medidas es decisiva. El patrón de precios cumplirá, por eso, tanto mejor su función cuanto menos varíe la cantidad de oro que sirve de unidad de medida. El oro sólo puede desempeñarse como medida de valor por ser él mismo un producto del trabajo y, por tanto, ser en potencia un valor variable⁵⁵.

Es evidente, de inmediato, que un cambio en el valor del oro no perjudica en lo más mínimo su función de patrón de precios. Por

⁵⁴ Nota a la 2ª edición. La particularidad de que en Inglaterra una onza de oro, como unidad del patrón-dinero, no se divida en partes alicuotas, se explica del modo siguiente: "En sus orígenes, nuestro sistema monetario se basaba exclusivamente en la utilización de la plata; por tanto, una onza de plata puede dividirse siempre en cierto número adecuado de piezas de dinero; en cambio, como el oro se incorporó en una época posterior al sistema monetario basado exclusivamente en plata, una onza de oro no puede ser acuñada en un número adecuado de piezas de moneda fraccionarias" (Maclaren. *History of the Currency*, Londres, 1858, p. 16).

⁵⁵ Nota a la 2ª edición. En escritores ingleses, la confusión es indecible en torno a la medida de valor (*measure of value*) y el patrón de los precios (*standard of value*). Sus funciones y, por tanto, sus nombres se confunden constantemente.

mucho que varíe el valor del oro, distintas cantidades de oro siempre se relacionarán entre sí en igual proporción. Aunque el valor del oro disminuyese en 1.000, 12 onzas de oro poseerían igual que antes 12 veces más valor que una onza; y en los precios interesa sólo la proporción en que se encuentran distintas cantidades de oro. Por otra parte, como una onza de oro, con la caída o alza de su valor, no cambia en absoluto de peso, tampoco cambia el peso de sus partes alícuotas y, de este modo, el oro presta siempre el mismo servicio como patrón fijo de los precios, cualesquiera sean las variaciones de su valor.

Las oscilaciones en el valor del oro no impiden tampoco su funcionamiento como medida de valor. Esas oscilaciones afectan al mismo tiempo a todas las mercancías y, por tanto, *caeteris paribus*, dejan inalterados sus valores recíprocos relativos, aunque todos ellos se expresen en precios oro mayores o menores a los de antes.

Para evaluar las mercancías en oro, lo mismo que para representar el valor de una mercancía en el valor de uso de cualquier otra, se supone siempre que en un momento dado la producción de una determinada cantidad de oro cuesta una cantidad definida de trabajo. Con respecto al movimiento de los precios de las mercancías en general, rigen las leyes de la expresión relativa simple de valor que exponíamos más arriba.

El incremento general de los precios de las mercancías sólo es posible permaneciendo constante el valor del dinero, si aumentan sus valores; o, si los valores de las mercancías no varían, sólo cuando disminuye el valor del dinero. Y viceversa. La disminución general de los precios sólo es posible, de mantenerse el valor del dinero, cuando caen los valores de las mercancías; o, si permanecen invariables los valores de éstas, cuando sube el valor del dinero. De ello no se desprende en absoluto que el incremento del valor del dinero condicione una disminución proporcional en los precios de las mercancías y que el descenso del valor del dinero determine un alza proporcional de estos precios. Ello es válido únicamente para mercancías cuyo valor no varía. Aquellas mercancías, cuyo valor, por ejemplo, sube en la misma proporción y al mismo tiempo que el valor del dinero, conservan los mismos precios. Si su valor aumenta más lentamente o más rápido que el valor del dinero, el descenso o el alza de sus precios se determinará por la diferencia entre las oscilaciones de su valor y las del dinero, etc.

Volvamos ahora al análisis de la forma de precio.

Los nombres en dinero de los pesos de metal se alejan cada vez más de sus nombres primitivos de peso por distintas razones, entre las cuales desde el punto de vista histórico son determinantes: 1) La introducción de dinero extranjero en pueblos menos desarrollados; así, por ejemplo, en Roma antigua las monedas de plata y oro circulaban inicialmente como mercancías extranjeras. Los nombres de

este dinero ajeno se distinguen de los nombres de peso en el interior del país. 2) Al desarrollarse la riqueza, el metal menos precioso es desplazado, en la función de medida de valor, por otro más precioso: el cobre por la plata, la plata por el oro, aunque este orden contradiga^[42] toda la cronología poética⁵⁶. La libra, por ejemplo, era el nombre en dinero de una libra real de plata. Pero, cuando el oro desplaza a la plata como medida de valor, el mismo nombre se adhiere, puede ser, a 1/15 libra de oro, en correspondencia con la relación de valor entre éste y la plata. Ahora, la libra, como nombre en dinero y como nombre corriente de peso del oro, son conceptos diferentes⁵⁷. 3) La falsificación monetaria, realizada durante siglos por los príncipes, que dejó del peso primitivo de las monedas, de hecho, sólo el nombre⁵⁸.

Estos procesos históricos convierten en costumbre popular la separación del nombre en dinero de los pesos de metal y sus nombres corrientes de peso. Como el patrón-dinero es, por un lado, algo puramente convencional, pero, por otro, requiere de validez general, se le regula, al fin y al cabo, legalmente. Una fracción determinada de peso del metal precioso, por ejemplo, una onza de oro, se divide en forma oficial en partes alícuotas, a las que se bautiza con nombres legales: libra, tálero, etc. Estas partes alícuotas, que se consideran como unidades reales de medida del dinero, se subdividen en otras partes alícuotas, bautizadas también con nombres legales: chelín, penique, etc.⁵⁹. Determinados pesos de metal siguen siendo, como antes, patrón del dinero metálico. Lo que cambia es la división y la denominación.

Los precios, o las cantidades de oro en que se transforman idealmente los valores de las mercancías, se expresan ahora en nombres en dinero, o en nombres de cálculo legalmente válidos del patrón oro. En lugar de decir: el *quarter* de trigo equivale a una onza de oro, en Inglaterra se diría que vale 3 libras esterlinas, 17 chelines y $10\frac{1}{2}$ peniques. De este modo, las mercancías se comunican lo que valen en sus nombres monetarios, y el dinero funciona como dinero de

⁵⁶ Este orden no es, por lo demás, de validez histórica general.

⁵⁷ Nota a la 2ª edición. La libra inglesa representa menos de un tercio de su peso primitivo: la libra escocesa antes de la unión^[43] representaba tan sólo 1/36, la libra francesa 1/74, el maravedí español menos de 1/1000, el reis portugués una proporción aún menor.

⁵⁸ Nota a la 2ª edición. "Las monedas, cuyo nombre hoy sólo es ideal, son las más antiguas en todas las naciones; todas ellas fueron alguna vez reales y, precisamente por serlo, se las tomaba como base de cálculo" (Galiani. *Della Moneta*, l.c., p. 153).

⁵⁹ Nota a la 2ª edición. El señor David Urquhart observa, en sus *Familiar Words*, lo monstruoso (1) que es el que una libra (libra esterlina), la unidad del patrón-dinero inglés, corresponda aproximadamente a un cuarto de onza de oro: "Esto es falsificar una medida, y no fijar un patrón" (p. 105). Urquhart encuentra en este "ilegítimo título" del peso del oro, como siempre, la mano falsificadora de la civilización.

cálculo siempre que se trate de designar un objeto como valor y, por tanto, en su forma de dinero⁶⁰.

El nombre de un objeto es completamente ajeno a su naturaleza. Nada sé de un hombre, si sólo sé que se llama Jacobo. De igual modo, en los nombres del dinero: "libra", "tálero", "franco", "ducado", desaparecen todas las huellas de la relación de valor. La confusión que produce el sentido misterioso de estos signos cabalísticos es tanto mayor, dado que los nombres del dinero expresan el valor de las mercancías y, a la par, las partes alícuotas de un peso en metal, del patrón-dinero⁶¹. Por otra parte, es necesario que el valor, a diferencia de los abigarrados cuerpos del mundo de las mercancías, se desarrolle hasta alcanzar esta forma irracionalmente material, pero al mismo tiempo puramente social⁶².

El precio es el nombre en dinero del trabajo objetivado en la mercancía. Decir que existe una equivalencia de la mercancía y de la cantidad de dinero, cuyo nombre es su precio, representa, por consiguiente, una tautología⁶³, pues, en general, la expresión relativa de valor de una mercancía es siempre expresión de equivalencia de dos mercancías. Pero de que el precio, como exponente de la magnitud de valor de la mercancía, es el exponente de su relación de cambio con el dinero no se puede concluir lo contrario: que el exponente de su relación de cambio con el dinero sea necesariamente

⁶⁰ Nota a la 2ª edición. "Preguntado Anacarsis, para qué necesitaban los griegos el dinero, dijo: 'para calcular'". (Athenaeus. *Deipnosophistarum*, libro IV, 49, t. 2, [p. 120], ed. Schweighäuser, 1802).

⁶¹ Nota a la 2ª edición. "Porque el oro, en cuanto patrón de precios, se presenta con los mismos nombres de cálculo que los precios de las mercancías —es decir, por ejemplo, una onza de oro se expresa, al igual que el valor de una tonelada de hierro, en 3 libras esterlinas, 17 chelines y 10½ peniques—, se ha dado a estos nombres de cálculo suyos la denominación de precios monetarios del oro. De aquí surgió la curiosa idea de que el oro (o la plata) se tasara en su propio metal y adquiriese del Estado, a diferencia de todas las demás mercancías, un precio fijo. Se confundía la asignación de nombres de cálculo a determinados pesos de oro con la instauración del valor para estos pesos" (Karl Marx, l.c., p. 52).

⁶² Véase *Teorías sobre la unidad de medida del dinero*, en *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, p. 53 y ss. En su *Quantulumcunque concerning Money. To the Lord Marquis of Halifax, 1682*, Petty trató de un modo tan completo las fantasías sobre el aumento o la disminución del "precio monetario" —consistente en aplicar, por decisión del Estado, los nombres en dinero legales de fracciones de peso de oro y plata fijados legalmente a fracciones de peso mayores o menores y en consecuencia en amonedar, por ejemplo, un cuarto de onza de oro en 40 chelines en lugar de 20—, en la medida en que estas fantasías no causaban torpes operaciones financieras contra acreedores públicos y privados, sino eran "curas milagrosas" económicas, que ya sus sucesores más directos, sir Dudley North y John Locke, para no mencionar siquiera a los posteriores, no podían hacer otra cosa que vulgarizarlo. "Si la riqueza de una nación —dice Petty, entre otras cosas— pudiese decuplicarse mediante un edicto, habría que sorprenderse de por qué nuestros gobiernos no han dictado aún tales decretos" (l.c., p. 36).

⁶³ "O deberemos reconocer que un millón en dinero vale más que el mismo valor en mercancías" (Le Trosne, l.c., p. 919), es decir "que un valor vale más que otro igual".

el de su magnitud de valor. Supongamos que se representa en 1 *quarter* de trigo y en 2 libras esterlinas (1/2 onza de oro, aproximadamente) igual magnitud de trabajo socialmente necesario. Las dos libras esterlinas son la expresión en dinero de la magnitud de valor de 1 *quarter* de trigo, o sea su precio. Pero, si las condiciones permiten cotizar el trigo a 3 libras esterlinas, u obligan a fijar su precio en 1 libra, las expresiones de valor del trigo 3 y 1 libras son muy grande una y muy pequeña la otra, pero constituyen, sin embargo, precios de éste, pues son, en primer lugar, su forma de valor, dinero y, en segundo lugar, exponentes de su relación de cambio por dinero. De mantenerse constantes las condiciones de producción, o las fuerzas productivas del trabajo, para reproducir un *quarter* de trigo se gastará la misma cantidad de tiempo de trabajo social que antes. Esta circunstancia no depende de la voluntad del productor de trigo ni de la de los restantes poseedores de mercancías. La magnitud de valor de una mercancía expresa, por tanto, una relación necesaria, inmanente a su proceso de creación, con el tiempo de trabajo social. Al convertirse la magnitud de valor en precio, esta relación necesaria se manifiesta como una proporción de intercambio de una mercancía por la mercancía dinero, existente fuera de ella. Pero, en esta relación puede expresarse tanto la magnitud de valor de la mercancía como el más o el menos en que puede ser enajenada bajo determinadas circunstancias. Así, en la forma de precio reside la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud de valor o, dicho de otra manera, la desviación del precio respecto del valor. Y ello no representa un defecto de esta forma, sino, por el contrario, la convierte en la forma adecuada de un modo de producción en que la regla sólo puede imponerse, entre toda carencia de normas, como una ley ciega de promedios.

La forma de precio, sin embargo, no sólo permite la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre la magnitud de valor y el precio, o sea, entre la magnitud de valor y su propia expresión en dinero, sino que puede además esconder una contradicción cualitativa, de tal modo que el precio deje absolutamente de ser expresión de valor, aunque el dinero sólo sea forma de valor de las mercancías. Cosas que de suyo no son mercancías, por ejemplo, la consciencia, el honor, etc., pueden cotizarse en dinero por sus poseedores y adquirir así, por medio de su precio, la forma de mercancía. Una cosa puede, por tanto, tener formalmente un precio, sin tener valor. Aquí la expresión de precio se convierte en algo imaginario, como ciertas magnitudes matemáticas. Por otra parte, la forma imaginaria de precio también puede encerrar una relación real de valor o una relación derivada de ella, como ocurre, por ejemplo, con el precio de la tierra no cultivada, que no tiene valor, pues en ella no se ha objetivado trabajo humano.

Como toda forma relativa de valor, el precio expresa el valor

de una mercancía, por ejemplo, el de una tonelada de hierro, de tal modo que una determinada cantidad del equivalente, v. gr. una onza de oro, es directamente cambiable por hierro, pero en ningún caso al revés, o sea, que el hierro por su parte sea directamente cambiable por oro. Así, para ejercer en la práctica como valor de cambio, la mercancía debe despojarse de su corporeidad natural, convertirse de oro puramente imaginario en oro real, aunque esta transustanciación le sepa "más amarga" que al "concepto" hegeliano el tránsito de la necesidad a la libertad, o a una langosta la rotura de su caparazón, o a San Jerónimo, el padre de la Iglesia, desembarazarse del viejo Adán⁶⁴. Junto a su imagen real, por ejemplo la de hierro, la mercancía puede revestir en el precio la imagen ideal de valor o la forma imaginaria de oro, pero no puede ser al mismo tiempo hierro real y oro real. Para que la mercancía tenga precio basta con equipararla a oro imaginario. Se le sustituye por oro para que preste a su poseedor el servicio de equivalente general. De enfrentarse el poseedor de hierro, por ejemplo, al poseedor de una mercancía mundana y decirle que el precio del hierro es la forma de dinero, el segundo le respondería como lo hizo en el paraíso San Pedro con Dante, cuando éste le recitó la fórmula de la fe^[45]:

"Assai bene è trascorsa
D'esta moneta già la lega e'l peso,
Ma dimmi se tu l'hai nella tua borsa"*.

La forma de precio implica la enajenabilidad de las mercancías a cambio de dinero y la necesidad de esta enajenación. Por otra parte, el oro sólo funciona como medida ideal de valores porque circula en el proceso de cambio como mercancía dinero. Tras la medida ideal de valores se esconde, por tanto, el dinero contante y sonante.

2. MEDIO DE CIRCULACION

a) La metamorfosis de las mercancías

Hemos visto que el proceso de cambio de las mercancías encierra relaciones contradictorias y excluyentes entre sí. El desarrollo de la mercancía no suprime estas contradicciones, pero crea las formas de su movimiento. Este es, en general, el método como se resuelven

⁶⁴ Si en su juventud San Jerónimo hubo de reñir grandes batallas con la carne corporal, como lo demuestran sus luchas en el desierto con imágenes de hermosas mujeres, en la vejez hubo de batallar con la carne del espíritu. "Me veía en la imaginación —dice— frente al Juez Universal." "¿Quién eres?", preguntó una voz. "Soy un cristiano." "¡Mientes! —exclamó el Juez Supremo con voz de trueno—. ¡No eres más que un ciceroniano!"^[45]

* Están muy bien medidos la ley y el peso de esta moneda, mas dime, ¿la tienes en tu bolsa?

las contradicciones reales. Es, por ejemplo, una contradicción que un cuerpo sea atraído constantemente por otro y, a la par, sea repelido por él. La elipse es una de las formas de movimiento en que se realiza y resuelve esta contradicción.

En la medida en que el proceso de intercambio traspasa mercancías de manos, en las que son no-valores-de-uso, a otras, en las que son valores de uso, se trata de un proceso de intercambio orgánico de la sociedad. El producto de un modo útil de trabajar sustituye al de otro. Una vez que ha llegado al lugar donde funciona como valor de uso, la mercancía cae en la órbita del consumo, saliendo de la órbita del intercambio. Por el momento, nos interesa sólo esta última. Debemos, pues, investigar todo el proceso desde el punto de vista de la forma, es decir, exclusivamente el cambio de forma o la metamorfosis de las mercancías, como eslabón intermedio en el metabolismo de la sociedad.

La comprensión, en gran medida deficiente, de este cambio de forma se debe —aparte de la confusión existente sobre el mismo concepto de valor— a la circunstancia de que cada cambio de forma de una mercancía se realiza en el intercambio de dos mercancías, de una mercancía común y corriente y de la mercancía dinero. Si se fija la atención sólo en este aspecto material, en el intercambio de mercancía por oro, no se advierte precisamente lo que se debe ver, o sea, lo que sucede con la forma. No se advierte que el oro, considerado como simple mercancía, no es dinero y que las otras mercancías se refieren ellas mismas en sus precios al oro como a su propia imagen en dinero.

En un principio, las mercancías ingresan al proceso de intercambio sin dorar y sin azucarar, tal como vienen al mundo. El proceso de intercambio produce un desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero, contradicción externa en que las mercancías representan su contradicción inmanente de valor de uso y valor. En esta contradicción las mercancías, como valores de uso, se enfrentan al dinero, valor de cambio. Por otra parte, ambos polos de la contradicción son mercancías, o sea, unidad de valor de uso y valor. Pero esta unidad en la variedad se presenta en cada polo de un modo inverso, exponiendo, al mismo tiempo, por este medio la interrelación de ambos. La mercancía es un valor de uso real, su existencia como valor se manifiesta de un modo ideal en el precio, que la refiere, como a su imagen real de valor, al oro, situado en el polo opuesto. A su vez, el material oro sólo se considera materialización de valor, dinero. De un modo real es, por eso, valor de cambio. Su valor de uso se manifiesta de manera ideal tan sólo en la serie de expresiones relativas de valor, en las que se refiere a las mercancías opuestas como al conjunto de sus imágenes de uso reales. Estas formas contradictorias de las mercancías son las formas reales de movimiento de su proceso de intercambio.

Acompañemos ahora a un poseedor cualquiera de mercancías, por ejemplo, a nuestro viejo conocido, el tejedor de lienzo, a la escena del proceso de intercambio, al mercado de mercancías. Su mercancía, 20 varas de lienzo, tiene un precio determinado. Este precio es de 2 libras esterlinas. Nuestro conocido cambia, pues, su mercancía por 2 libras esterlinas y, como hombre de arraigadas convicciones, vuelve a cambiar estas 2 libras esterlinas por una Biblia familiar del mismo precio. El lienzo, que era para él sólo una mercancía, portadora de valor, es enajenado por oro, por su imagen de valor, y esta imagen es nuevamente enajenada por otra mercancía, por la Biblia, que entrará a la casa del tejedor como objeto de uso y satisfará allí sus necesidades de devoción. El proceso de cambio de la mercancía se realiza, por tanto, mediante dos metamorfosis contrapuestas y mutuamente complementarias: transformación de la mercancía en dinero y su retransformación de dinero en mercancía⁶⁵. Los momentos de la metamorfosis de la mercancía son, a la par, actos de su poseedor: venta, cambio de la mercancía por dinero; compra, cambio del dinero por mercancía, y la unidad de ambos: vender para comprar.

El vendedor del lienzo, al enfocar el resultado final del trato, notará que en lugar del lienzo posee una Biblia, en vez de su mercancía primitiva, otra de igual valor, pero de distinta utilidad. Del mismo modo se apropia de los demás medios de vida y producción que requiere. Desde su punto de vista, todo el proceso no hace más que mediar el intercambio de su producto de trabajo por otro ajeno, mediar el intercambio de productos.

Por tanto, el intercambio de mercancías se realiza a través del siguiente cambio de formas:

Mercancía — Dinero — Mercancía
 $M - D - M$

Por su contenido material, este movimiento es $M-M$, cambio de mercancía por mercancía, metabolismo de trabajo social, en cuyo resultado se extingue el propio proceso.

$M - D$. Primera metamorfosis de la mercancía, o venta. El tránsito del valor de la mercancía, al dejar su cuerpo mercantil para tomar cuerpo en el oro, es, como he dicho en otro lugar^[46], el salto mortal de la mercancía. Si no resulta, no es la misma mercancía la burlada, sino su poseedor. La división social del trabajo hace que el trabajo del poseedor de mercancías sea tan unilateral como multifacéticas sus necesidades. Por eso, su producto le sirve exclusivamente como valor de cambio. Pero este producto sólo adquiere la

⁶⁵ "Pero del...fuego sale todo, dice Heráclito, y de todo sale fuego, como del oro salen bienes y de los bienes oro" (F. Lassalle. *Die Philosophie Herakleitos des Dunkeln*, Berlín, 1858, t. I., p. 222). En una nota a este pasaje, p. 224, n. 3, Lassalle define incorrectamente el dinero como un simple signo de valor.

forma socialmente válida de equivalente general en el dinero, y el dinero se encuentra en bolsillos ajenos. Si quiere obtenerlo, la mercancía tiene que ser, ante todo, un valor de uso para el poseedor de dinero y, por consiguiente, el trabajo gastado en ella tiene que ser un trabajo invertido en forma socialmente útil, es decir, debe constituir un eslabón de la división social del trabajo. Pero la división del trabajo es un organismo de producción desarrollado espontáneamente, cuyos hilos se han tejido y siguen tejiéndose a espaldas de los productores de mercancías. Puede acontecer que la mercancía sea producto de un nuevo trabajo, que pretende satisfacer una necesidad naciente o crearla por cuenta propia. Una actividad laboral particular, que aún ayer era una función entre muchas otras del mismo productor de mercancías, se desliga, tal vez hoy, de aquel vínculo, se independiza, y por esta razón lanza al mercado como mercancía autónoma su producto parcial. Las condiciones pueden estar o no maduras para este proceso de división. Basta con que el producto satisfaga hoy una necesidad social. Puede ser que mañana sea desplazado total o parcialmente por un tipo de producto análogo. Y aun si el trabajo, como el de nuestro tejedor, es un eslabón patentado de la división social del trabajo, con ello no se garantiza, ni mucho menos, el valor de uso de sus 20 varas de lienzo. Cuando la necesidad social de lienzo, que como todo tiene su límite, se ve saciada por tejedores competidores de nuestro amigo, su producto sobraré, será superfluo y, por tanto, inútil. A caballo regalado no se le miran los dientes, pero nuestro tejedor no acude al mercado para hacer regalos. Sin embargo, supongamos que el valor de uso de su producto se acredita como tal y que la mercancía atrae, por tanto, dinero. Cabe preguntar: ¿Cuánto? En cualquier caso, la respuesta va implícita en el precio de la mercancía, en el exponente de su magnitud de valor. Nos abstraemos de simples errores subjetivos de cálculo del poseedor de mercancías, los cuales son de inmediato corregidos objetivamente en el mercado. El poseedor de mercancía debe haber gastado en su producto sólo el promedio socialmente necesario de tiempo de trabajo. El precio de la mercancía es, por tanto, sólo el nombre en dinero de la cantidad de trabajo social materializado en ella. Pero comienzan a cambiar, sin pedirle permiso y a espaldas de nuestro tejedor, las viejas y consagradas condiciones de producción de la rama textil. Lo que era ayer, sin duda, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una vara de lienzo, deja de serlo hoy, como rápidamente se lo demuestra a nuestro amigo el poseedor del dinero, señalándole las listas de precios de distintos competidores suyos. Para su desgracia, hay muchos tejedores en el mundo. Pero, supongamos finalmente que cada pieza de lienzo presente en el mercado contiene sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario. A pesar de ello, la suma total de estas piezas puede contener tiempo de trabajo gastado superfluo. Si el estómago del mercado no puede absorber la cantidad

total de lienzo al precio normal de dos chelines la vara, ello demuestra que en la forma de trabajo textil se ha invertido una cantidad excesiva del tiempo total de trabajo social. El efecto será el mismo que si cada tejedor hubiese invertido en su producto individual más tiempo de trabajo del socialmente necesario. Los que juntos la hacen, juntos la pagan. El lienzo que viene al mercado se considera como un solo artículo comercial y cada pieza, como parte alícuota suya. De hecho, el valor de cada vara individual de lienzo no es más que la materialización de la misma cantidad socialmente determinada de trabajo humano homogéneo*.

Como se ve, la mercancía ama al dinero, pero "*the course of true love never does run smooth*"^[47]. La estructura cuantitativa del organismo social de producción, que presenta sus *membra disjecta* [miembros dispersos]^[48] en el sistema de la división del trabajo, no es menos espontánea y fortuita que la estructura cualitativa. Nuestros poseedores de mercancías advierten, por tanto, que la misma división del trabajo que los convierte en productores privados independientes, hace que el proceso social de producción y sus relaciones en este proceso sean también independientes de ellos mismos; advierten que la independencia entre las personas se ve complementada por un sistema de multifacética dependencia a través de las cosas.

La división del trabajo transforma el producto del trabajo en mercancía y hace, de esta forma, necesaria su conversión en dinero. Al mismo tiempo, hace que esta transustanciación resulte algo casual. Pero aquí hemos de observar el fenómeno en toda su pureza, por tanto, debemos presuponer su curso normal. Por lo demás, cuando el proceso en general se efectúa, es decir, cuando la mercancía se vende, siempre tiene lugar el cambio de forma, a pesar de que en casos anormales la sustancia —la magnitud de valor— podría verse reducida o incrementada.

El oro sustituye la mercancía de un poseedor de mercancías, la mercancía reemplaza el oro del otro. El fenómeno tangible consiste en el cambio de manos o de lugares del oro y de la mercancía, de las 20 varas de lienzo y de las 2 libras esterlinas, o sea, consiste en su intercambio. Pero, ¿a cambio de qué se da la mercancía? A cambio de su propia imagen general de valor. ¿Y el oro? Por una imagen particular de su valor de uso. ¿Por qué el oro se enfrenta, como dinero, al lienzo? Porque su precio de 2 libras esterlinas, o sea, su nombre en dinero, ya lo refiere al oro como dinero. La mercancía

* En carta de fecha 28 de noviembre de 1878 a N.F. Danielson, traductor ruso de *El Capital*, Marx modificó esta última frase como sigue: "De hecho, el valor de cada vara individual de lienzo no es más que la materialización de una parte de la suma de trabajo social invertido en la masa total de lienzo". La misma corrección figura en el ejemplar de la segunda edición alemana del I tomo de *El Capital* personal de Marx, pero no de su puño y letra. —Ed.

se desprende de su forma mercantil primitiva al enajenarse, es decir, en el instante en que su valor de uso atrae realmente al oro, presente en su precio como algo imaginario. Por tanto, la realización del precio, o de la forma de valor puramente ideal de la mercancía, es al mismo tiempo la realización inversa del valor de uso puramente ideal del dinero; la transformación de la mercancía en dinero es a la par la transformación del dinero en mercancía. Este proceso único es doble: desde el polo del poseedor de mercancías es una venta, desde el polo contrario, del poseedor de dinero, es una compra. Es decir, la venta es compra, $M - D$ es al mismo tiempo $D - M$ ⁶⁶.

Hasta el momento no conocemos otra relación económica entre los hombres que la de poseedores de mercancías: relación en que se apropian de productos del trabajo ajeno sólo al desprenderse de los suyos propios. A un poseedor de mercancías puede, por tanto, enfrentársele otro únicamente como poseedor de dinero, o bien porque su producto de trabajo reviste por naturaleza la forma de dinero, o sea, porque es material dinero, oro, etc., o bien porque su propia mercancía ha cambiado ya de piel, desprendiéndose de su forma de uso primitiva. Para funcionar como dinero el oro debe ingresar, naturalmente, por algún punto al mercado de mercancías. Este punto es el de sus fuentes de producción, donde se cambia, como producto directo del trabajo, por otros productos del trabajo del mismo valor. Pero, desde este instante, el oro representa constantemente los precios realizados de las mercancías⁶⁷. Si dejamos de lado el intercambio por mercancías en las fuentes de su producción, el oro es en manos de cualquier poseedor de mercancías la imagen exterior de su mercancía enajenada, producto de la venta, o de la primera metamorfosis de la mercancía, $M - D$ ⁶⁸. El oro se convirtió en dinero ideal o medida de valor porque todas las mercancías medían en él sus valores y lo transformaron así en la antítesis imaginaria de su forma útil, en su imagen de valor. Se convierte en dinero real, porque todas las mercancías, al enajenarse, hacen de él su imagen de uso real desnaturalizada o transfigurada y, por tanto, su imagen real de valor. En su imagen de valor, la mercancía borra toda huella de su valor de uso primitivo y del trabajo útil particular a que debe su propio origen, para revestir la materialización social uniforme del trabajo humano indiferenciado. Al dinero no se le descubre, por eso, de qué tipo era la mercancía que se ha transformado en él. En su forma de valor una mercancía se ve exactamente igual a otra. El dinero

⁶⁶ "Toda venta es compra" (Dr. Quesnay. *Dialogues sur le Commerce et les Travaux des Artisans*, en *Physiocrates*, ed. Daire, París, 1846, p. 170), o como Quesnay dice en sus *Maximes Générales*: "Vender es comprar"^[19].

⁶⁷ "El precio de una mercancía sólo puede pagarse con el precio de otra mercancía" (Mercier de la Rivière. *L'Ordre Naturel et Essentiel des Sociétés Politiques*, en *Physiocrates*, ed. Daire, 2ª parte, p. 554).

⁶⁸ "Para disponer de este dinero es necesario haber vendido" (l.c., p. 543).

puede representar, por tanto, una basura, aunque la basura no es dinero. Supongamos que las dos monedas de oro por las que nuestro tejedor enajena su mercancía, son la imagen transformada de un *quarter* de trigo. La venta del lienzo, $M - D$, es, a la par, su compra, $D - M$. Pero concebido como venta del lienzo, este proceso inicia un movimiento que termina en su contrario, con la compra de la Biblia; concebido como compra del lienzo, finaliza un movimiento que había comenzado en su contrario, en la venta del trigo. $M - D$ (lienzo — dinero), primera fase de $M - D - M$ (lienzo — dinero — Biblia), es al mismo tiempo $D - M$ (dinero — lienzo), la última fase de otro movimiento $M - D - M$ (trigo — dinero — lienzo). La primera metamorfosis de una mercancía, su conversión de la forma mercantil en dinero, es siempre, a la par, la segunda metamorfosis opuesta de otra mercancía, su reconversión de la forma dinero en mercancía⁶⁹.

$D - M$. Segunda metamorfosis, o metamorfosis final de la mercancía: compra. El dinero, como constituye la forma exterior de todas las demás mercancías o el producto de su enajenación general, es la mercancía absolutamente enajenable. El dinero lee al revés todos los precios y de este modo se refleja en todos los cuerpos mercantiles como en el material sumiso de su propia transformación en mercancía. Al mismo tiempo, los precios, es decir las miradas amorosas que le lanzan las mercancías, muestran el límite de su capacidad de transformación, dada en su propia cantidad. Por cuanto la mercancía desaparece al convertirse en dinero, a éste no se le ve cómo ha llegado a manos de su poseedor o qué es lo que se ha transformado en dinero. *Non olet*⁷⁰, cualquiera sea su origen. Si de una parte representa mercancías vendidas, de otra representa mercancías comprables⁷⁰.

$D - M$, es decir la compra, es al mismo tiempo venta, $M - D$; por tanto, la última metamorfosis de una mercancía es, a la par, la primera metamorfosis de otra. Para nuestro tejedor, el círculo de vida de su mercancía finaliza en la Biblia, en la cual reconvirtió las 2 libras esterlinas. Pero, el vendedor de la Biblia transforma las dos libras esterlinas, obtenidas del tejedor, en aguardiente. $D - M$, la fase final de $M - D - M$ (lienzo — dinero — Biblia), es, al mismo tiempo, $M - D$, fase inicial de $M - D - M$ (Biblia — dinero — aguardiente). Por cuanto el productor de mercancías sólo suministra un producto, suele venderlo en grandes cantidades; en cambio, sus múltiples necesidades le obligan a fraccionar constantemente el precio realizado, o sea la suma de dinero obtenida, en numerosas compras.

⁶⁹ Una excepción, como advertíamos, la constituye el productor de oro o de plata, que cambia su producto sin haberlo comprado previamente.

⁷⁰ "Si el dinero representa en nuestras manos los objetos que podemos desear comprar, representa también aquellos que hemos vendido por este dinero" (Mercier de la Rivière, l.c., p. 586).

Una venta desemboca, por tanto, en muchas compras de diversas mercancías. La metamorfosis final de una mercancía constituye, de este modo, la suma de metamorfosis iniciales de otras mercancías.

Ahora bien, si observamos la metamorfosis global de una mercancía, por ejemplo del lienzo, notaremos, en primer término, que está compuesta de dos movimientos contrarios y mutuamente complementarios: $M - D$ y $D - M$. Estas dos mutaciones opuestas de la mercancía se operan en dos procesos sociales contrarios por parte de su poseedor y se reflejan en los dos papeles económicos antitéticos representados por éste. En cuanto agente de venta, el poseedor de mercancías es vendedor; en cuanto agente de compra, es comprador. Pero, como en cada mutación de la mercancía se dan al mismo tiempo, aunque sea en polos opuestos, sus dos formas, la de mercancía y la de dinero, un poseedor de mercancías, como vendedor, se enfrenta a otro, como comprador, y en su calidad de comprador a otro como vendedor. Así como la mercancía atraviesa sucesivamente ambas metamorfosis opuestas, de mercancía se convierte en dinero y de éste en mercancía, su poseedor desempeña sucesivamente los papeles de vendedor y comprador. En el marco de la circulación mercantil estos papeles, por tanto, no son fijos, sino que cambian constantemente de personas.

La metamorfosis total de una mercancía presupone, en su forma más simple, cuatro extremos y tres *personae dramatis* [personajes en acción]. En primer lugar, la mercancía se enfrenta con el dinero como su imagen de valor, la cual posee realidad material y tangible en el "más allá", en el bolsillo ajeno. El poseedor de mercancías, de este modo, se enfrenta a un poseedor de dinero. Pero, tan pronto la mercancía se transforma en dinero, éste pasa a ser su forma de equivalente llamada a desaparecer, forma cuyo contenido o valor de uso existe en el "más acá", en otros cuerpos mercantiles. El dinero, punto final de la primera transformación de las mercancías, es, a la vez, el punto inicial de la segunda. Así, el vendedor del primer acto se convierte en el segundo acto en comprador, al enfrentarse con un tercer poseedor de mercancías que actúa como vendedor⁷¹.

Las dos fases opuestas de la metamorfosis mercantil conforman un ciclo de rotación: forma de mercancía, abandono de esta forma y retorno a ella. Ciertamente es que la mercancía está definida aquí contradictoriamente. En el punto de partida es un no-valor-de-uso para su poseedor, en el punto final es valor de uso para quien la posee. E igual el dinero, que aparece inicialmente siendo la firme cristalización de valor en que se convierte la mercancía, para diluirse después en su simple forma de equivalente.

Las dos metamorfosis que constituyen el ciclo de una mercancía

⁷¹ "Por consiguiente, hay cuatro términos y tres contratantes, uno de los cuales actúa dos veces" (Le Trosne, l.c., p. 909).

conforman, a la par, las metamorfosis parciales inversas de otras dos mercancías. La misma mercancía (el lienzo) inicia la serie de sus propias metamorfosis y cierra la metamorfosis total de otra mercancía (del trigo). Con su primera transformación, la venta, desempeña en persona estos dos papeles. En cambio, como crisálida de oro, recorre el camino de todos los cuerpos mercantiles, cierra al mismo tiempo la primera metamorfosis de una tercera mercancía. El ciclo que recorre la serie de metamorfosis de toda mercancía, enlaza firmemente con los ciclos de otras mercancías. El proceso total constituye la circulación de mercancías.

La circulación de mercancías se distingue no sólo formalmente, sino de un modo sustancial del intercambio directo de productos. Para comprenderlo basta con echar una mirada retrospectiva al proceso. El tejedor cambia por cierto su lienzo por la Biblia, su mercancía por una ajena. Pero este fenómeno es efectivo solamente para él. El agente de la Biblia, que prefiere el calor al frío, no pensaba en cambiar su Biblia por el lienzo, del mismo modo que el tejedor no sabe que el trigo se ha cambiado por su lienzo. La mercancía de *B* sustituye a la mercancía de *A*, pero *A* y *B* no intercambian mutuamente sus mercancías. Pudiese ocurrir realmente que *A* y *B* compren mercancías el uno al otro, pero esta relación particular no obedece de modo alguno a las relaciones generales de la circulación de mercancías. Por una parte, vemos cómo el intercambio de mercancías rompe las barreras individuales y locales del intercambio directo de productos, y desarrolla el metabolismo del trabajo humano. Por otra parte, se da todo un enjambre, incontrolable para las personas actuantes, de concatenaciones naturales de carácter social. El tejedor puede vender su lienzo sólo porque el campesino ya vendió su trigo; el amigo de la bebida vende su Biblia, porque el tejedor ya vendió el lienzo; el destilador vende su aguardiente, porque el otro ya vendió el elixir de la vida eterna, etc.

Por esta razón, el proceso de circulación no finaliza, como el intercambio directo de productos, en el cambio de lugar o de mano de los valores de uso. El dinero no desaparece al ser eliminado finalmente de la serie de metamorfosis de una mercancía. Siempre ocupa un espacio de circulación dejado vacante por éstas. Por ejemplo, en la metamorfosis total del lienzo —lienzo — dinero — Biblia—, primero sale de la circulación el lienzo, ocupando su lugar el dinero, después sale de la circulación la Biblia, volviendo el dinero a ocupar su sitio. La sustitución de una mercancía por otra deja al mismo tiempo en una tercera mano la mercancía dinero⁷². La circulación exuda constantemente dinero.

⁷² Nota a la 2ª edición. A pesar de ser éste un fenómeno palpable, el economista político, en particular el librecambista vulgaris, lo pasa comúnmente por alto.

Nada más absurdo que el dogma de que la circulación de mercancías presupone un equilibrio necesario de las compras y las ventas, ya que cada venta es al mismo tiempo compra y viceversa. Si con ello se quiere decir que el número de ventas efectuadas es igual al número de compras, se formula una vacua tautología. Se pretende demostrar que el vendedor trae al mercado a sus propios compradores. Venta y compra forman un acto idéntico como interrelación de dos personas que actúan como polos opuestos: el poseedor de mercancías y el poseedor de dinero. Trátase de dos actos opuestos como acción de una misma persona. La identidad de venta y compra supone, por tanto, la esterilidad de la mercancía que, lanzada a la retorta alquimista de la circulación, no regresa convertida en dinero, vendida por su poseedor, o sea comprada por el del dinero. Aquella identidad supone además que el proceso, si es exitoso, constituye un momento de reposo, un lapso en la vida de la mercancía que puede durar más o menos tiempo. Como la primera metamorfosis es, al mismo tiempo, venta y compra, este proceso parcial constituye un proceso independiente. El comprador obtiene la mercancía, el vendedor, el dinero, es decir, una mercancía que mantiene su forma apta para la circulación por mucho que tarde en volver al mercado. Nadie puede vender si no hay otro que compre. Pero nadie está obligado a comprar en seguida de haber vendido. La circulación derriba las barreras temporales, locales e individuales del intercambio de productos precisamente al desdoblar esa identidad inmediata de la enajenación del propio producto del trabajo y la apropiación de uno ajeno, sustituyéndola por la contradicción entre venta y compra. Al decir que los procesos que se enfrentan, independientes los unos de los otros, conforman una unidad interna, decimos también que esta unidad se mueve con contradicciones externas. De desarrollarse hasta cierto punto la independencia externa de los elementos que internamente no son autónomos, por cuanto se complementan recíprocamente, la unidad se abrirá paso violentamente por medio de una crisis. La contradicción inmanente de la mercancía, de valor de uso y valor, de trabajo privado que debe presentarse a la par como trabajo directamente social, de trabajo concreto particular que al mismo tiempo es sólo válido como trabajo general abstracto, de personificación de las cosas y cosificación de las personas, esta contradicción inmanente encuentra sus formas desarrolladas de movimiento en las antítesis de la metamorfosis mercantil. Estas formas entrañan, por tanto, la posibilidad —pero nada más que una posibilidad— de crisis. Para que esta posibilidad se convierta en realidad, se requiere todo un conjunto de relaciones que no se dan todavía en la órbita de la circulación simple de mercancías⁷³.

⁷³ Cfr. en *Zur Kritik...*, pp. 74-76, mis observaciones sobre James Mill. Dos puntos son característicos a este respecto del método apologético de la economía. El primero consiste en identificar la circulación de mercancías y el

Como mediador de la circulación mercantil, el dinero adquiere la función de medio de circulación.

b) El curso del dinero

El cambio de formas en que se opera el metabolismo de productos del trabajo, $M - D - M$, presupone que el mismo valor constituye, como mercancía, el punto de inicio del proceso y retorna, como mercancía, al mismo punto. Este movimiento de las mercancías es, por tanto, un ciclo. Por otra parte, esta misma forma excluye la rotación cíclica del dinero. El resultado es que el dinero siempre se aleja de su punto de partida y no retorna a él. Mientras el vendedor retenga en sus manos la imagen transformada de su mercancía, el dinero, la mercancía se encuentra en el estadio de la primera metamorfosis, o sea, ha recorrido tan sólo la primera mitad de su proceso de circulación. Si el proceso de vender para comprar ha terminado, el dinero se aleja de nuevo de las manos de su poseedor primitivo. Claro está que cuando el tejedor, después de comprar la Biblia, venda nuevamente lienzo, el dinero retornará también a sus manos. Pero no vuelve por obra de la circulación de las primeras 20 varas de lienzo, que lo hizo precisamente pasar de las manos del tejedor a las del vendedor de la Biblia. El dinero retorna tan sólo gracias a la renovación o repetición del mismo proceso de circulación respecto a una nueva mercancía, que finaliza ahora, como antes, con el mismo resultado. La forma de movimiento que la circulación de mercancías imprime directamente al dinero es, por tanto, un constante alejamiento de su punto de partida, su tránsito de manos de un poseedor de mercancías a las de otro, o sea su curso (*currency, cours de la monnaie*).

El curso del dinero acusa la repetición constante y monótona del mismo proceso. La mercancía está siempre al lado del vendedor, el dinero acompaña siempre al comprador, como medio de compra. Cumple sus funciones de tal al realizar el precio de la mercancía. Y al hacerlo, traspasa la mercancía de manos del vendedor a las del comprador, alejándose al mismo tiempo de las manos del comprador a las del vendedor, para repetir el mismo proceso con otra mercancía.

intercambio directo de productos, haciendo abstracción de sus diferencias. El segundo en intentar borrar, negándolas, las contradicciones del proceso capitalista de producción, reduciendo las relaciones de sus agentes de producción a los simples vínculos que surgen de la circulación mercantil. Pero, la producción y la circulación mercantiles son fenómenos que se dan en distintos modos de producción, aunque en diferentes proporciones y con diverso alcance. Por el mero hecho de conocer las categorías abstractas de la circulación mercantil, comunes a todos ellos, no sabremos nada sobre la diferencia específica de esos modos de producción ni podremos, por tanto, enjuiciarlos. No hay ninguna otra ciencia en que impere tanta jactancia de las vulgaridades más repetidas como en la economía política. Por ejemplo, J.B. Say se atreve a enjuiciar las crisis simplemente porque sabe que la mercancía es un producto.

Está velado el que esta forma de movimiento unilateral del dinero brote de la doble forma de movimiento de la mercancía. La propia naturaleza de la circulación mercantil provoca la apariencia contraria. La primera metamorfosis de la mercancía se presenta no sólo como movimiento del dinero, sino como de ella misma; por el contrario, su segunda metamorfosis sólo se revela como movimiento del dinero. En la primera mitad de su proceso de circulación, la mercancía y el dinero cambian de lugar. A la par con ello, la mercancía, como objeto de uso, sale de la circulación e ingresa a la esfera del consumo⁷⁴. Su lugar lo ocupa su figura de valor o larva de dinero. La segunda mitad de su proceso de circulación ya no la recorre en su propia piel natural, sino con la piel del oro. La continuidad del movimiento recae completamente sobre el dinero, y el mismo movimiento que para la mercancía se compone de dos procesos opuestos, constituye, como movimiento propio del dinero, el mismo proceso: su cambio de puesto con otra mercancía siempre renovada. El resultado de la circulación mercantil, sustitución de una mercancía por otra, se manifiesta por esta razón no a través de su propio cambio de forma, sino a través de la función del dinero como medio de circulación, que hace circular las mercancías, de por sí inmóviles, y las traspassa de manos en que son no-valores-de-uso a manos en que constituyen valores de uso, constantemente en dirección opuesta a su propio curso. El dinero desplaza continuamente a las mercancías de la órbita de la circulación, ocupando siempre sus puestos en ésta y alejándose de su propio punto de partida. Por consiguiente, aunque el movimiento del dinero es sólo expresión de la circulación mercantil, parece como si aconteciese lo contrario: como si la circulación mercantil fuese resultado del movimiento del dinero⁷⁵.

Por otra parte, la función de medio de circulación le es inherente al dinero por ser el valor que se independiza de las mercancías. Por tanto, su movimiento como medio de circulación es, en realidad, tan sólo el movimiento de formas de las mercancías. Por tal razón, este movimiento debe reflejarse de modo tangible en el curso del dinero. Así, el lienzo, por ejemplo, transforma en primer lugar su forma mercantil en forma de dinero. Luego, el punto final de su primera metamorfosis $M - D$, la forma de dinero, se convierte en el inicio de su última metamorfosis, $D - M$, la reconversión en Biblia. Pero cada uno de estos dos cambios de forma se opera mediante el intercambio entre mercancía y dinero, cambiando sus lugares respectivos. Las mismas piezas de dinero llegan a manos del vendedor como forma enajenada de la mercancía y se alejan como forma absoluta-

⁷⁴ Aun de venderse la mercancía una y otra vez, fenómeno que todavía nosotros omitimos, con su última y definitiva venta sale de la órbita de la circulación para ingresar a la del consumo y servir como medio de vida o medio de producción.

⁷⁵ "[El dinero] no posee más movimiento que el que le imprimen los productos" (Le Trosne, l.c., p. 885).

mente enajenable de ésta. Cambian dos veces de lugar. La primera metamorfosis del lienzo traslada esas piezas de dinero al bolsillo del tejedor; la segunda, nuevamente las extrae. Los dos cambios opuestos de forma de la misma mercancía se reflejan, por tanto, en el doble cambio de sitio, en sentido opuesto, del dinero.

Por el contrario, si se efectúan sólo metamorfosis unilaterales de mercancías, simples ventas o compras, como se quiera, el mismo dinero cambia sólo una vez de lugar. Su segundo cambio de sitio lo expresa siempre la segunda metamorfosis de la mercancía, abandonando nuevamente la forma de dinero. En la repetición constante del cambio de sitio de la misma pieza de dinero se refleja no sólo la serie de metamorfosis de una mercancía aislada, sino la concatenación de las innumerables metamorfosis del mundo mercantil en general. Por lo demás, es comprensible de por sí que todo lo dicho es válido exclusivamente para la forma de la circulación mercantil simple aquí analizada.

Cada mercancía, al dar su primer paso en la circulación, al efectuar su primer cambio de forma, abandona la esfera de la circulación, a la que ingresan constantemente nuevas mercancías. El dinero, por el contrario, como medio de circulación, habita siempre en la esfera de la circulación y se mueve sin cesar en ella. Surge, por tanto, la pregunta de cuánto dinero absorbe constantemente esta esfera.

En un país se operan todos los días simultánea y, por eso, también paralelamente en el espacio innumerables metamorfosis unilaterales de mercancías o, dicho en otras palabras, simples ventas de un lado y simples compras por el otro. Las mercancías se equiparan ya en sus precios a determinadas cantidades imaginarias de dinero. Ahora bien, como la forma directa de circulación que estamos analizando contrae siempre de un modo corpóreo la mercancía y el dinero, situando a aquélla en el polo de la venta y a éste en el polo contrario de la compra, la masa de medios de circulación requerida para el proceso circulatorio del mundo mercantil estará determinada por la suma de los precios. De hecho, el dinero representa realmente sólo la suma de oro expresada ya idealmente en la suma de los precios de las mercancías. Ambas sumas coinciden, esto se comprende de suyo. Sin embargo, sabemos que de no variar los valores de las mercancías, sus precios cambian en correspondencia al valor del oro (del material dinero), suben en igual proporción cuando éste baja, y caen proporcionalmente cuando sube. Al aumentar o disminuir la suma de los precios, tiene que proporcionalmente aumentar o disminuir la masa del dinero en circulación. La alteración en la masa de medios de circulación surge en este caso, obviamente, del propio dinero, pero no en su función de medio de circulación, sino en la de medida de valor. Primero los precios de las mercancías varían en relación inversa al valor del dinero, y luego cambia la masa de medios de circu-

lación en relación directa a la alteración de los precios de las mercancías. Ocurriría exactamente el mismo fenómeno si, por ejemplo, no disminuyese el valor del oro, sino que éste fuese sustituido por la plata como medida de valor, o si no aumentase el valor de la plata, sino que ésta fuese sustituida por el oro en tal condición. En el primer caso, tendría que circular más plata que antes oro, en el segundo, menos oro que antes plata. En ambos casos habría cambiado el valor del material dinero, o sea, de la mercancía que funciona como medida de valor y por tanto la expresión de precio de los valores de las mercancías y con ella la masa de dinero en circulación requerida para la realización de estos precios. Como vemos, en la órbita de la circulación de mercancías hay un resquicio por el que penetra el oro (o la plata, es decir, el material dinero) como mercancía de un determinado valor. Este valor va implícito en la función del dinero como medida de valor y, por tanto, en la determinación de los precios. Ahora bien, si disminuye el valor de la propia medida de valor, ello se manifiesta, en primer término, en la variación de los precios de las mercancías que se cambian directamente por metales preciosos, como mercancías, en sus fuentes de producción. Pero, sobre todo en los estadios menos desarrollados de la sociedad burguesa, una gran parte de las demás mercancías se tasarán, por un tiempo aún largo, en el valor anticuado, ya ilusorio, de la medida de valor. Sin embargo, una mercancía contagia a otra por medio de su relación de valor, y los precios en oro y plata de las mercancías se nivelan paulatinamente en las proporciones determinadas por sus valores, hasta que finalmente los valores de todas las mercancías se cotizan en correspondencia con el nuevo valor del metal dinero. Este proceso de nivelación va acompañado por el incremento continuo de los metales preciosos, que fluyen al mercado para suplir las mercancías directamente cambiadas por ellos. Por tanto, en la misma medida en que se generaliza la determinación rectificadora de los precios de las mercancías, o en que sus valores se miden de acuerdo al nuevo valor del metal depreciado y que hasta cierto punto continúa disminuyendo, se forma su masa adicional necesaria para realizar estos precios. La apreciación unilateral de los hechos, que siguieron al descubrimiento de nuevas fuentes de oro y plata, condujo en el siglo XVII y principalmente en el XVIII a la conclusión errada de que los precios de las mercancías habrían aumentado al existir más oro y plata como medios de circulación. En adelante, consideraremos el valor del oro como algo fijo, lo que efectivamente ocurre en el instante de calcularse los precios.

Partiendo, pues, de esta premisa, la masa de los medios de circulación está determinada por la suma de los precios de las mercancías que han de ser realizados. Si consideramos, además, que el precio de cada tipo de mercancías es algo dado de antemano, la suma de los precios de las mercancías dependerá, evidentemente, de la masa de

mercancías que se encuentre en circulación. No se requiere de grandes esfuerzos mentales para comprender que si un *quarter* de trigo cuesta £2, 100 *quarters* costarán £200, 200 *quarters*, £400, etc.; es decir que al aumentar la masa de trigo, crecerá también la masa de dinero que ocupa el puesto del cereal al ser vendido.

Suponiendo que la masa de mercancías sea constante, la masa de dinero en circulación aumentará o disminuirá con las fluctuaciones de los precios de las mercancías. Esta masa sube y baja porque la suma de los precios de las mercancías aumenta o disminuye conforme a los cambios de precio. Para ello no es necesario, ni mucho menos, que los precios de todas las mercancías aumenten o disminuyan al mismo tiempo. El incremento o disminución de los precios de un número determinado de artículos importantes es suficiente para que suba o baje la suma de los precios de todas las mercancías en circulación a realizarse, o sea también es suficiente para poner en circulación más o menos dinero. El efecto sobre la masa de medios de circulación es el mismo si la modificación en los precios de las mercancías refleja un cambio de valor real o constituye simples fluctuaciones de los precios de mercado.

Tomemos un número determinado de ventas, o metamorfosis parciales, desvinculadas unas de otras, simultáneas y, por tanto, paralelas en el espacio, por ejemplo, de un *quarter* de trigo, 20 varas de lienzo, 1 Biblia, 4 galones de aguardiente. Suponiendo que el precio de cada artículo sea de £2 y, por tanto, la suma de precios a realizar de £8, deberá ponerse en circulación una masa de dinero de £8. Por el contrario, si las mismas mercancías constituyen eslabones de la serie de metamorfosis que ya conocemos: 1 *quarter* de trigo — £2 — 20 varas de lienzo — £2 — 1 Biblia — £2 — 4 galones de aguardiente — £2, bastarán £2 para hacer circular las distintas mercancías una tras otra al realizarse sus precios consecutivamente y, por tanto, la suma de precios de £8, hasta hacer alto por fin en las manos del destilador. Para cumplir con este fin las libras esterlinas darán cuatro vueltas. Este cambio repetido de sitio de las mismas piezas de dinero representa el doble cambio de forma de las mercancías, su movimiento a través de dos fases contrapuestas de circulación y la concatenación de las metamorfosis de diversas mercancías⁷⁶. Las fases opuestas y mutuamente complementarias que atraviesa este proceso no pueden discurrir paralelamente en el espacio, sino deben sucederse las unas a las otras en el tiempo. La medida de su duración la constituyen, por tanto, fracciones de tiempo; o sea, el número de rotaciones de las mismas piezas de dinero en un lapso de tiempo dado indica la velocidad del curso del dinero. Supongamos

⁷⁶ "Los productos son los que ponen en movimiento" (al dinero) "y lo hacen circular... Su cantidad (es decir la de dinero) es complementada por la velocidad de su movimiento. De ser necesario, se desliza de una mano a otra sin detenerse ni un instante" (Le Trosne, l.c., pp. 915, 916).

que, por ejemplo, el proceso de circulación de aquellas cuatro mercancías dure un día. En este caso, la suma de precios a realizar representará £8, el número de rotaciones de las mismas piezas de dinero en un día será de cuatro y la masa de dinero en circulación de £2, o en un lapso determinado de proceso de circulación:

$$\frac{\text{suma de los precios de las mercancías}}{\text{número de rotaciones de las piezas de dinero de igual denominación}} = \text{masa}$$

de dinero que funciona como medio de circulación. Esta ley rige con carácter general. El proceso de circulación de un país durante un período de tiempo determinado abarca, de una parte, muchas ventas (respectivamente, compras) o metamorfosis parciales desperdigadas, simultáneas y paralelas en el espacio, en que las mismas piezas de dinero cambian sólo una vez de lugar o realizan únicamente una rotación, o, de otra parte, muchas series de metamorfosis, con más o menos eslabones, unas que discurren paralelamente en el espacio y otras que se entrelazan, en que las mismas piezas de dinero realizan rotaciones más o menos numerosas. El número total de rotaciones de todas las piezas de dinero de igual denominación, que se encuentran en circulación, arroja el número medio de rotaciones de cada pieza de dinero o la velocidad promedio del curso del dinero. La masa de dinero lanzada al comienzo, por ejemplo, del proceso diario de circulación está determinada, naturalmente, por la suma de los precios de las mercancías que circulen al mismo tiempo y paralelamente en el espacio. Pero, dentro de este proceso, una pieza de dinero es solidaria, por así decir, de las demás. Si una acelera su velocidad de rotación, retarda la velocidad de otra, pudiendo la última verse alejada de la órbita de la circulación, ya que ésta es capaz de absorber tan sólo aquella masa de oro que, multiplicada por el número medio de rotaciones de su elemento singular, equivale a la suma de precios a realizar. Por tanto, incrementándose el número de rotaciones de las piezas de dinero, disminuye su masa en circulación. Descendiendo el número de sus rotaciones, aumenta su masa. Por cuanto la masa de dinero que puede funcionar como medio de circulación a una velocidad media determinada es algo dado, se debe lanzar a la circulación, por ejemplo, una cantidad determinada de billetes de 1 libra para sacar de ella una cantidad equivalente de "soberanos", manipulación que todos los bancos conocen perfectamente.

De la misma manera que en el curso del dinero en general se manifiesta tan sólo el proceso de circulación de las mercancías, o sea, su movimiento cíclico por medio de metamorfosis opuestas, en la velocidad del curso del dinero se expresa la velocidad de su cambio de forma, el continuo enlazamiento de las series de metamorfosis, la celeridad del intercambio orgánico, la rapidez en la desaparición de las mercancías de la órbita de la circulación y también su rápida sustitución por otras nuevas. En la velocidad de circulación del dinero

se manifiesta, por consiguiente, la unidad fluida de fases opuestas y mutuamente complementarias, la transformación de la forma de uso en forma de valor y la reversión de la forma de valor en forma de uso, o la unidad de los procesos de venta y de compra. Por el contrario, al hacerse más lento el curso del dinero, se manifiesta la separación y disociación en polos opuestos de estos procesos, el estancamiento del cambio de forma y, por tanto, del intercambio orgánico. De dónde proviene esta paralización no se nota, por supuesto, en la circulación. Ella muestra tan sólo el fenómeno. La interpretación vulgar, que ve al desacelerarse el curso del dinero que éste aparece y desaparece con menor frecuencia en los distintos puntos de la periferia circulatoria, tiende a explicar este fenómeno por la escasez de medios de circulación⁷⁷.

La cantidad total de dinero que actúa como medio de circulación en cada lapso de tiempo está determinada, por tanto, de una parte, por la suma de los precios del mundo de las mercancías en circulación y, de otra parte, por el flujo más lento o más rápido de sus procesos de circulación opuestos, flujo del que depende qué parte de aquella suma de precios podrá ser realizada por las mismas piezas de dinero. Pero la suma de los precios de las mercancías depende tanto de la masa de cada tipo de ellas como de sus precios. Los tres factores —la variación de los precios, la masa de mercancías en circulación y,

⁷⁷ "Como el dinero... representa la medida general de las compras y ventas, todo aquel que quiere vender algo y no encuentra comprador tiende a pensar de inmediato que la causa de que sus mercancías no encuentren salida reside en la escasez de dinero en el país o comarca; por eso, se oye clamar contra la escasez de dinero; pero esto es un gran error... ¿Qué necesita la gente que clama por dinero? ...El granjero se queja... Piensa que si hubiese más dinero en el país podría vender sus productos a buen precio... Es decir, que lo que falta, evidentemente, no es dinero, sino un precio favorable para su trigo y su ganado, que desea vender, pero no puede... ¿Por qué no consigue obtener un precio adecuado?... Por una de varias razones: 1) porque en el país hay demasiado trigo y ganado, de tal modo que la mayoría de los que acuden al mercado necesitan vender lo mismo que él, pero hay pocos compradores; 2) porque se paraliza la venta habitual por medio de exportaciones... 3) porque se restringe el consumo, por ejemplo, cuando la gente por su pobreza no puede gastar tanto como antes en sostener su casa. Por eso, no es únicamente el aumento del dinero lo que ayudaría al granjero a vender sus productos, sino la eliminación de una de estas tres causas, que realmente deprimen el mercado... El comerciante y el tendero necesitan también dinero, o sea, necesitan dar salida a los bienes con que comercian porque los mercados se estancan... A una nación nunca le va mejor que cuando las riquezas pasan rápidamente de mano en mano" (Sir Dudley North. *Discourses upon Trade*, Londres, 1691, pp. 11-15 *passim*). Todos los infundios de Herrenschwand se reducen a que las contradicciones provenientes de la naturaleza de las mercancías y que se manifiestan, por tanto, en su circulación, pueden ser superadas por obra del incremento de los medios de circulación. De la ilusión popular que atribuye el estancamiento del proceso de producción y de circulación a la escasez de medios circulatorios no se desprende, ni mucho menos, la conclusión contraria de que la escasez real de medios de circulación causada, v.gr., por los manejos oficiales de *regulation of currency* [regulación del curso del dinero] no provoque a su vez paralizaciones.

finalmente, la velocidad de rotación del dinero— pueden modificarse en distintas direcciones y diversas proporciones; por eso, la suma de los precios a realizar, y por consiguiente la masa de medios de circulación que ella condiciona, pueden experimentar numerosas combinaciones. Apuntaremos tan sólo las más importantes en la historia de los precios de las mercancías.

Permaneciendo invariables los precios de las mercancías, la masa de los medios de circulación puede aumentar al crecer la masa de mercancías circulantes o al disminuir la velocidad de rotación del dinero, o por ambas cosas a la vez. Por el contrario, puede disminuir, al reducirse la masa mercantil o al aumentar la velocidad de circulación.

En condiciones de un aumento general en los precios de las mercancías, la masa de medios de circulación puede permanecer invariable, si la masa de mercancías circulantes disminuye en la misma proporción en que aumenta su precio, o si la velocidad de circulación del dinero aumenta con la misma rapidez que los precios, mientras la masa de mercancías en circulación se mantiene constante. La masa de medios de circulación puede disminuir al decrecer la masa de mercancías, o al aumentar la velocidad de circulación más rápido que el incremento de los precios.

Cuando los precios de las mercancías experimentan una caída general, la masa de medios de circulación puede seguir invariable, si la masa de mercancías aumenta en la misma proporción en que disminuye su precio, o si la velocidad de circulación del dinero disminuye en igual medida que los precios. Puede, en cambio, aumentar, si la masa de mercancías crece o la velocidad de circulación desciende más rápido de lo que disminuyen los precios.

Las variaciones de los distintos factores pueden compensarse mutuamente, de tal modo que, a pesar de sus constantes alteraciones, la suma total de los precios de las mercancías a realizar se mantenga constante y, por consiguiente, permanezca invariable la masa de dinero en circulación. Por eso, sobre todo cuando se observan períodos un poco más largos, se descubre que el nivel medio de la masa de dinero en circulación en cada país es mucho más constante y —salvo fuertes perturbaciones que brotan de las crisis de producción y comercio o, con bastante menor frecuencia, de un cambio en el mismo valor del dinero— mucho menos oscilante con respecto de este promedio de lo que pudiese parecer a primera vista.

La ley, según la cual la cantidad de medios de circulación está determinada por la suma de los precios de las mercancías en circulación y la velocidad media de rotación del dinero⁷⁸, puede expresarse

⁷⁸ "Hay una determinada medida y proporción del dinero necesario para mantener en marcha el comercio de una nación, pues una cantidad mayor o menor perjudicaría al comercio. Del mismo modo que en un pequeño negocio al por menor se requiere una cantidad determinada de *farthings** para cambiar las

* Moneda inglesa antigua equivalente a $\frac{1}{4}$ de penique —Ed.

también diciendo que, dada la suma de los valores de las mercancías y la velocidad media de sus metamorfosis, la cantidad de dinero, o de material dinero, en circulación depende de su propio valor. La ilusión de que, al revés, los precios de las mercancías se determinan por la masa de medios de circulación y ésta, a su vez, por la masa del material dinero existente en un país⁷⁹, radica —tratándose de sus primitivos representantes— en la absurda hipótesis de que las mercancías fluyen al proceso de circulación sin precio y el dinero sin valor, y que luego

monedas de plata y efectuar los pagos que no pueden realizarse con monedas de plata de menor valor ... y así como la proporción numérica de *farthings* requerida para el comercio depende de la cantidad de compradores, la frecuencia de sus compras y sobre todo del valor de las monedas de plata más pequeñas, la proporción del dinero amonedado (en oro y plata) necesario para nuestro comercio está determinada por la frecuencia de las transacciones y la magnitud de los pagos" (William Petty. *A Treatise of Taxes and Contributions*, Londres, 1667, p. 17). La teoría de Hume fue defendida contra J. Steuart y otros por A. Young en su *Political Arithmetic*, Londres, 1774, donde se le dedica un capítulo especial: *Prices depend on quantity of money* [Los precios dependen de la cantidad de dinero], p. 112 y ss. Yo señalo en *Zur Kritik...*, p. 149: "El problema sobre la cantidad de monedas en circulación (Adam Smith) lo descartó tácitamente al concebir el dinero, muy equivocadamente, como simple mercancía". Ello es válido tan sólo en la medida en que A. Smith trata el dinero *ex officio*. En ciertos lugares, por ejemplo, en la crítica de los sistemas anteriores de la economía política, dice correctamente: "La cantidad de dinero amonedado se regula en cada país por el valor de las mercancías, a cuya circulación sirve de mediador... El valor de los bienes comprados y vendidos durante un año en un país requiere de una cantidad determinada de dinero para hacerlos circular y distribuirlos entre sus verdaderos consumidores, pero no podría encontrar empleo para más dinero. El canal de la circulación atrae necesariamente una suma suficiente para llenarlo, pero no admite nunca una mayor" (*Wealth of Nations*, [Vol. III], libro IV, cap. I [pp. 87, 89]). De un modo semejante, A. Smith inicia su obra *ex officio* con una apoteosis de la división del trabajo. Posteriormente, en el último libro sobre las fuentes de la renta pública, reproduce de pasada la acusación de A. Ferguson, su maestro, contra la división del trabajo.

⁷⁹ "Los precios de las cosas aumentarán, necesariamente, en cada país en la medida en que se incrementa entre la gente la cantidad de oro y plata; por tanto, de disminuir el oro y la plata en un país, descenderán también los precios de todas las mercancías en correspondencia con tal disminución del dinero" (Jacob Vanderlint. *Money answers all Things*, Londres, 1734, p. 5). Después de una comparación más detenida entre Vanderlint y los *Essays* de Hume, no me cabe la menor duda de que éste conocía y utilizó el escrito, por lo demás importante, de aquél. La idea de que la masa de medios de circulación determina los precios la encontramos también en Barbon y en autores mucho más antiguos. "El comercio libre no puede —dice Vanderlint— ocasionar inconvenientes, sino, por el contrario, muy grandes beneficios, pues, si provoca la disminución del dinero en efectivo de la nación, que es lo que pretenden prevenir las prohibiciones, los países a los que vaya a parar ese dinero verán con seguridad aumentar los precios de las cosas en la medida en que entre ellos aumente el dinero en efectivo. Y...nuestros productos manufacturados y todas las otras mercancías abaratarán pronto en tal proporción que inclinarán de nuevo la balanza comercial a nuestro favor, y eso hará que el dinero fluya de vuelta" (l.c., pp. 43, 44).

allí una parte alícuota de la masa de mercancías se cambia por una parte alícuota de la montaña de metal⁸⁰.

c) La moneda. El signo de valor

De la función del dinero como medio de circulación surge su imagen de moneda. La fracción imaginaria de peso del oro representada en los precios o denominaciones en dinero de las mercancías debe enfrentarse a éstas en la circulación como piezas de oro de un mismo nombre, o sea como una moneda. La acuñación de monedas es, del mismo modo que la fijación del patrón de los precios, incumbencia del Estado. En los distintos uniformes nacionales que visten el oro y la plata como monedas y de los que se despojan en el mercado mundial, se manifiesta el divorcio entre las órbitas internas o nacionales de la circulación mercantil y la órbita general del mercado mundial.

⁸⁰ Es evidente de por sí que cada tipo de mercancías forma, por medio de su precio, un elemento de la suma de precios de todas las mercancías en circulación. Pero es completamente incomprensible cómo han de cambiarse una masa de valores de uso, entre sí inconmensurables, por la masa de oro y plata existente en un país. Y si se pretende reducir imaginariamente el mundo mercantil a una sola mercancía total, de la que cada mercancía constituye sólo una parte alícuota, tendríamos el hermoso ejemplo matemático siguiente: mercancía total = x quintales de oro, mercancía A = parte alícuota de la mercancía total = la misma parte alícuota de x quintales de oro. Esto es lo que reconoce francamente Montesquieu: "Si se compara la masa de oro y plata existente en el mundo con la suma de mercancías disponibles, se puede, sin duda, comparar cada producto o mercancía con una cantidad determinada de dinero. De suponerse, por un momento, que en el mundo sólo hay un producto, o una sola mercancía, o que se compra sólo una mercancía y que ésta es divisible como el dinero: una determinada parte de esta mercancía corresponderá entonces a una parte de la masa de dinero; la mitad del conjunto de mercancías a la mitad de la masa total de dinero, etc... La determinación de los precios de las mercancías depende siempre, en el fondo, de la proporción existente entre la cantidad total de mercancías y la cantidad total de signos de dinero" (Montesquieu, l.c., t. III, pp. 12, 13). Sobre el desarrollo de esta teoría por Ricardo, su discípulo James Mill, Lord Overstone, etc. véase *Zur Kritik...*, pp. 140-146 y pp. 150 y ss. El señor J. St. Mill se las arregló, con la lógica ecléctica que le es habitual, para abrazar el punto de vista de su padre, J. Mill, y al mismo tiempo, el opuesto. Si se compara el texto de su compendio *Principles of Pol. Econ.* con su prólogo (a la primera edición), en que se proclama a sí mismo como el Adam Smith de los tiempos presentes, no se sabe qué admirar más, si la simpleza del hombre o la del público que le acoge, bajo su palabra, como a un nuevo Adam Smith, con el que guarda poco más o poco menos la misma relación que el general Williams Kars de Kars con el duque de Wellington. Todas las investigaciones originales del señor J. St. Mill en el campo de la economía política, no muy extensas ni muy sustanciosas, desfilan en columna en su obrilla *Some Unsettled Questions of Political Economy* publicada en 1844. Locke expresa directamente el vínculo entre la carencia de valor del oro y la plata y la determinación de su valor por la cantidad. "Como los hombres se han puesto de acuerdo en atribuirle al oro y la plata un valor imaginario...el valor intrínseco que divisamos en estos metales no es más que su cantidad" (*Some Considerations etc.*, 1691, en *Works*, ed. 1777, vol. II, p. 15).

La moneda de oro y el oro en barras se distinguen, por tanto, de suyo sólo por la figura, y el oro puede pasar constantemente de una forma a otra⁸¹. El camino que sigue el oro desde la Casa de Moneda es el mismo que lo llevará al horno de fusión. En efecto, en la circulación se desgastan las monedas de oro, unas más y otras menos. Se inicia un proceso de disociación entre la sustancia y el título del oro, entre el contenido real y el nominal. Monedas de oro de un mismo nombre representan valores distintos, pues poseen pesos diferentes. El oro, como medio de circulación, difiere del oro como patrón de precios y deja de ser, por ello, equivalente real de las mercancías cuyos precios realiza. La historia de estos embrollos forma la historia monetaria de la Edad Media y de los tiempos modernos, hasta el siglo XVIII. La tendencia espontánea del proceso de circulación a convertir la existencia de oro de la moneda en apariencia de oro, es decir, a convertir la moneda en un símbolo de su contenido metálico oficial, es reconocida por las leyes más modernas sobre el grado de pérdida de metal que incapacita a una moneda de oro para circular, o, lo que es lo mismo, la desmonetiza.

El curso del dinero, al disociar el contenido real del nominal de la moneda, su existencia metálica de su existencia funcional, lleva ya implícita la posibilidad de sustituir el dinero metálico, en su función monetaria, por contraseñas hechas de otro material, o por símbolos. Los obstáculos técnicos con que tropieza la acuñación de fracciones pequeñísimas de oro o de plata, y el hecho de que primitivamente sirviesen de medida de valor metales de categoría inferior a la de los preciosos —plata en lugar de oro y cobre en vez de la plata— y circularasen, por tanto, como dinero hasta el momento en que el metal precioso los destronase, explican históricamente el papel de contraseñas de plata y cobre, como sustitutos de las monedas de oro. Estas contraseñas sustituyen al oro en aquellos sectores de la circulación mercantil en que la moneda circula con mayor rapidez y se desgasta, por tanto, más pronto; es decir, allí donde las compras y las ventas se suceden en las más pequeñas proporciones incesantemente. Para

⁸¹ Está completamente fuera de mis planes, naturalmente, estudiar detalles tales como el derecho de acuñación y otros aspectos semejantes. Sin embargo, no estará de más contraponer a ese romántico sicofante de Adam Müller que admira la "magnífica generosidad" con que "el gobierno inglés acuña moneda gratis"^[51] la siguiente opinión de sir Dudley North: "La plata y el oro tienen, como las demás mercancías, sus altos y sus bajos. Cuando llega de España una remesa de estos metales... se lleva al Tower, donde se acuña. Poco después surge la demanda de barras para la exportación. Pero, cuando no hay barras, si se da el caso de que todas se han acuñado, ¿qué se hace? Las monedas se funden nuevamente; esto no implica una pérdida para el propietario del metal, pues acuñar no le cuesta nada. Pero la nación es perjudicada teniendo que pagar por trenzar la paja que después se come el burro. Si los comerciantes" (el propio North era uno de los más importantes durante el reinado de Carlos II) "tuviesen que pagar por la acuñación, no mandarían sin pensarlo su plata al Tower, y el dinero acuñado tendría entonces siempre un valor mayor que la plata sin acuñar" (North, l.c., p. 18).

impedir que estos satélites suplanten al oro, la ley determina las proporciones ínfimas, en que se les debe aceptar en pago en lugar del oro. Los peculiares sectores donde circulan estos diversos tipos de moneda, naturalmente, se entrecruzan. Las monedas de cambio aparecen junto al oro en el pago de fracciones menores de las monedas de oro; el oro entra constantemente en la circulación al por menor, aunque se vea expulsado también constantemente de ella al canjearse por monedas de cambio⁸².

La ley determina a voluntad el contenido metálico de las piezas de plata o cobre. En la circulación, estas contraseñas se desgastan aún más rápido que las monedas de oro. Por tanto, su función monetaria es, de hecho, completamente independiente de su peso, o sea, de su valor. La existencia monetaria del oro se divorcia definitivamente de su sustancia de valor. Pueden funcionar, por tanto, en su lugar en calidad de monedas objetos relativamente carentes de valor, como pedazos de papel. En las piezas metálicas de dinero, el carácter puramente simbólico aparece, en cierta medida, aún oculto. En el papel moneda se hace visible. Como se ve, *ce n'est que le premier pas qui coûte**.

Aquí nos referimos tan sólo al papel moneda emitido por el Estado con curso forzoso. Este brota directamente de la circulación metálica. El dinero de crédito, por el contrario, se halla regido por relaciones que desconocemos por completo desde el punto de vista de la circulación mercantil simple. Señalaremos, sin embargo, de paso que así como el papel moneda propiamente tal surge de la función del dinero como medio de circulación, el dinero de crédito tiene sus raíces naturales en la función del dinero como medio de pago⁸³.

⁸² "Si la plata no excede de lo requerido para pagos menores, no podrá juntarse en cantidades suficientes para pagos de consideración... El uso del oro en los pagos mayores implica también su empleo en el comercio minorista: quienes tienen monedas de oro las utilizan en compras al por menor, recibiendo junto a la mercancía adquirida el vuelto en plata; de este modo, sale de las manos del comerciante minorista y se lanza nuevamente a la circulación el exceso de plata, que de otro modo le estorbaría. Pero, de existir tanta plata que los pagos menores puedan realizarse sin recurrir al oro, el comerciante detallista obtendrá plata por las compras al por menor, la que se acumulará necesariamente en sus manos" (David Buchanan. *Inquiry into the Taxation and Commercial Policy of Great Britain*. Edimburgo, 1844, pp. 248, 249).

* No es más que el primer paso el que cuesta.—Ed.

⁸³ Al mandarín de finanzas Wan mao-in se le ocurrió someter al Hijo del Cielo a un proyecto cuya finalidad encubierta consistía en convertir los asignados del Imperio chino en billetes de banco convertibles. En el informe del Comité de asignados de abril de 1854, se le llama al orden. El informe no dice si, además, recibió la obligada tanda de azotes. "El Comité ha examinado atentamente —dice al finalizar el informe— su proyecto y considera que todo en él tiende a beneficiar a los comerciantes, sin representar ventajas para la Corona" (*Arbeiten der Kaiserlich Russischen Gesandtschaft zu Peking über China*. Aus dem Russischen von Dr. K. Abel und F. A. Mecklenburg. Erster Band, Berlin, 1858, p. 54). Acerca de la constante desmetalización de las monedas de oro por su circulación, dice un *governor* [gobernador] del Bank of England, actuando como testigo ante el

El Estado lanza desde fuera al proceso de circulación billetes que llevan estampados sus nombres en dinero, por ejemplo, 1 libra esterlina, 5 libras esterlinas, etc. En la medida en que estos billetes circulan realmente en lugar de sumas de oro de igual denominación, su movimiento refleja tan sólo las leyes del curso del dinero. Una ley específica sobre la circulación de billetes puede surgir exclusivamente de su proporción representativa respecto al oro. Y esta ley simplemente dice que la emisión de papel moneda debe limitarse a la cantidad de oro (o plata) representado simbólicamente que debería circular en realidad. Ahora bien, la cantidad de oro que puede absorber la esfera de la circulación oscila continuamente en torno a un cierto nivel medio. Sin embargo, la masa de medios circulantes en un país determinado no cae nunca por debajo de un cierto mínimo que establece la experiencia. El hecho de que esta masa mínima cambie constantemente en lo que a sus elementos se refiere, o sea, el hecho de que esté compuesta siempre de piezas de oro que cambian incesantemente, no afecta para nada, como es natural, a su volumen ni a su giro constante en la esfera de la circulación. Por eso, puede ser sustituida mediante símbolos de papel. En cambio, si hoy se llenan con papel moneda todos los canales de circulación, hasta agotar su capacidad de absorción, podría ocurrir que mañana se desborden debido a fluctuaciones en la circulación de mercancías, y el papel moneda rebase los cauces. Toda medida se pierde. Pero, si el papel moneda sobrepasa su medida, es decir, la cantidad de monedas de oro de idéntica denominación que realmente pueden circular, representará ahora en el mundo mercantil, abstrayéndonos del peligro de descrédito general, nada más que la cantidad de oro que puede en general expresar, o sea, una cantidad determinada por las leyes inmanentes del mundo mercantil. Por ejemplo, de representar la masa de billetes 2 onzas de oro, en vez de £ 1 se convertirá de hecho en el nombre en dinero de, digamos, $1/8$ onza, en lugar de $1/4$. El efecto es el mismo que si se hubiese cambiado el oro en su función de medida de precios. Por tanto, los mismos valores que antes se expresaban en el precio equivalente a 1 libra esterlina, se expresan ahora en el precio de 2 libras esterlinas.

El papel moneda es un signo de oro, o un signo de dinero. Su relación con los valores de las mercancías consiste tan sólo en que éstos se expresan idealmente en la misma cantidad de oro que representa como símbolo y perceptiblemente el papel moneda. El papel moneda es únicamente signo de valor en la medida en que representa

House of Lords' Committee [Comité de la Cámara de los Lores] (de leyes bancarias): "Todos los años hay una cantidad reciente de soberanos" (no en el sentido político: "soberano" es el nombre de la libra esterlina) "que pierde en peso. La cantidad que pasa un año considerándose completa en peso, pierde por el desgaste al otro año lo suficiente como para que la balanza se incline en contra suya" (*H.o. Lords' Committee*, 1848, No 429).

una cantidad de oro que, como todas las demás cantidades de mercancías, es también una magnitud de valor⁸⁴.

Surge finalmente la pregunta de por qué el oro puede ser sustituido por meros signos de sí mismo, carentes de valor. Pero, como hemos visto, es sólo sustituible en la medida en que se aísla o autonomiza en su función de moneda o de medio de circulación. Ahora bien, la autonomización de esta función no ocurre con respecto a cada moneda de oro, aunque se manifieste en la circulación de piezas de oro desgastadas. Estas piezas son simples monedas o medios de circulación sólo mientras circulen efectivamente. Pero lo que no es válido para una moneda de oro aislada, sí lo es para la masa mínima de oro sustituible por papel moneda. Esta masa se encuentra constantemente en la órbita de la circulación, funciona ininterrumpidamente como medio de circulación y existe, por tanto, exclusivamente como agente de esta función. De esta manera, su movimiento representa tan sólo la continua mutación recíproca de los procesos opuestos de la metamorfosis mercantil, $M - D - M$, en los que la mercancía se enfrenta a su imagen de valor, para desaparecer nuevamente de inmediato. La representación autónoma del valor de cambio de la mercancía es, en este proceso, tan sólo un instante fugaz. Inmediatamente es sustituida por otra mercancía. Por eso, basta con la simple existencia simbólica del dinero en un proceso que lo hace cambiar constantemente de manos. Su existencia funcional absorbe, por así decirlo, su existencia material. Como fugaz reflejo objetivado de los precios de las mercancías, funciona solamente como signo de sí mismo y puede, por tanto, ser sustituido por un signo⁸⁵. Por cierto, el signo del dinero necesita tener su propia validez social objetiva y

⁸⁴ Nota a la 2ª edición. Hasta qué punto tergiversan las diversas funciones del dinero incluso los mejores autores, nos lo muestra, por ejemplo, el siguiente pasaje de Fullarton: "Por lo que se refiere a nuestras transacciones internas, todas las funciones del dinero que corrientemente desempeñan monedas de oro y plata pueden realizarse, con la misma eficacia, por medio de una circulación de billetes incanjeables, que no poseen otro valor salvo aquel artificial y basado en la convención que les asigna la ley; este es un hecho que, pienso, no puede ser negado. Un valor de este tipo podría ser utilizado en todas las funciones de un valor interno, y haría incluso inútil la existencia de un patrón de valor mientras la magnitud de su emisión se mantenga en los marcos correspondientes" (Fullarton. *Regulation of Currencies*, 2ª ed., Londres, 1845, p. 21). Es decir, puesto que la mercancía dinero puede ser sustituida en la circulación por simples signos de valor, les superflua como medida de valor y patrón de precios!

⁸⁵ Del hecho de que el oro y la plata, considerados como monedas, o sea, en su función exclusiva de medio de circulación, se conviertan en signos de sí mismos, deduce Nicholas Barbon el derecho de los gobiernos *to raise money* [a elevar el valor del dinero], es decir, el derecho a darle, por ejemplo, a una cantidad de plata menor, denominada *silbergroschen*, el nombre de una cantidad mayor, por ejemplo, tálero, y pagarle así a los acreedores *silbergroschen* en lugar de táleros. "El dinero se desgasta y se vuelve más liviano al pasar frecuentemente de una mano a otra... Es la denominación y el curso del dinero lo que la gente toma en consideración en el comercio, y no la cantidad de plata... Es la autoridad estatal la que convierte el metal en dinero" (N. Barbon, l.c., pp. 29, 30, 25).

el símbolo de papel la obtiene por medio del curso forzoso. Este curso forzoso estatal es válido únicamente en los marcos de una órbita de circulación situada dentro de las fronteras de una comunidad, o circulación interna, y sólo aquí el dinero se disuelve en su función de medio de circulación o de moneda y puede obtener, por tanto, en el papel moneda un modo de existencia externamente independiente de su sustancia metálica y simplemente funcional.

3. DINERO

La mercancía que funciona como medida de valor y, por tanto, personalmente o por medio de sustitutos, también como medio de circulación es dinero. El oro (o la plata) es, por eso, dinero. Funciona como dinero, por una parte, allí donde aparece en su corporeidad áurea (o de plata), es decir, como mercancía dinero, y no simplemente de un modo ideal como medida de valor, ni en su calidad sustituible, como medio de circulación; de otra parte, allí donde su función lo fija —ya sea la ejecute en persona o a través de sustitutos— frente a todas las demás mercancías, consideradas simples valores de uso, como imagen exclusiva de valor, o como existencia única adecuada del valor de cambio.

a) Atesoramiento

El constante movimiento cíclico de las dos metamorfosis opuestas de la mercancía, o la fluida sucesión de ventas y compras, se manifiesta en el curso ininterrumpido del dinero, o en su función de *perpetuum mobile* de la circulación. El dinero se inmoviliza, o sea, se convierte, como dice Boisguillebert^[52], de *meuble* en *immeuble*, de moneda en dinero, tan pronto como es interrumpida la serie de metamorfosis, tan pronto como la venta no se complementa con la compra posterior.

La necesidad y la pasión de retener el producto de la primera metamorfosis, la imagen transmutada de la mercancía, o sea, su crisálida oro, se desarrolla con el propio crecimiento inicial de la circulación de mercancías⁸⁶. Una mercancía no se vende para comprar otra, sino para sustituir la forma mercancía por la forma dinero. De simple intermediario del intercambio orgánico, este cambio de forma se convierte en finalidad en sí. A la imagen enajenada de la mercancía se le impide funcionar como su imagen absolutamente enajenable, o sea, como simple forma de dinero llamada a desaparecer. De esta manera, el dinero se petrifica, convirtiéndose en tesoro, y el vendedor de mercancías, en atesorador.

⁸⁶ "La riqueza en dinero no es más... que la riqueza en productos que han sido transformados en dinero" (Mercier de la Rivière, l.c., p. 573). "Un valor en la forma de productos sólo ha cambiado de forma" (ibid., p. 486).

Precisamente en los comienzos de la circulación de mercancías, sólo el sobrante de los valores de uso se transformaba en dinero. Así, el oro y la plata se convertían, por sí mismos, en expresiones sociales de la abundancia o de la riqueza. Esta forma ingenua de atesoramiento se eterniza en aquellos pueblos en que al modo de producción tradicional y dirigido al autoconsumo corresponde un círculo de necesidades muy definido. Tal acontece, por ejemplo, entre los asiáticos, en particular en la India. Vanderlint, pensando que los precios de las mercancías se determinan por la masa de oro y de plata existente en un país, se pregunta: ¿por qué son tan baratas las mercancías indias? La respuesta: porque los indios entierran el dinero. De 1602 a 1734 enterraron £ 150 millones de plata, que habían sido enviadas inicialmente de América a Europa⁸⁷. De 1856 a 1866, o sea, en diez años, Inglaterra exportó a la India y a China (el metal exportado a China en gran parte también va a parar a la India) £ 120 millones de plata, que anteriormente habían sido cambiadas por oro australiano.

En una producción mercantil más desarrollada, cada productor de mercancías debe asegurarse el *nervus rerum*, la "prenda social"⁸⁸. Sus necesidades se renuevan ininterrumpidamente y lo llaman constantemente a comprar mercancías ajenas, mientras que la producción o venta de sus propias mercancías requieren tiempo y dependen de casualidades. Para comprar sin vender, tiene previamente que haber vendido sin comprar. Esta operación, realizada a escala general, pareciera contradecirse consigo misma. Sin embargo, en sus fuentes de producción los metales preciosos se cambian directamente por otras mercancías. Aquí tiene lugar una venta (por parte del poseedor de mercancías) sin compra (en lo que se refiere al poseedor del oro y la plata)⁸⁹. Ulteriores ventas, no seguidas de compras, no hacen más que contribuir a la posterior distribución de los metales preciosos entre todos los poseedores de mercancías. De este modo, surgen en todos los puntos de la circulación tesoros de oro y plata en diversos volúmenes. Con la posibilidad de retener la mercancía como valor de cambio, o el valor de cambio como mercancía, se despierta la codicia del oro. Al extenderse la circulación de mercancías, aumenta el poder del dinero, forma siempre disponible y absolutamente social de la riqueza.

"¡Cosa maravillosa es el oro! Quien tiene oro es dueño y señor de cuanto apetece. Con oro, hasta se hacen entrar las almas en el paraíso" (Colón. *Carta escrita desde Jamaica*, 1503).

⁸⁷ "Con esta medida mantienen tan bajos los precios de sus bienes y productos fabricados" (Vanderlint, l.c., pp. 95, 96).

⁸⁸ "El dinero es una prenda" (John Bellers. *Essays about the Poor, Manufactures, Trade, Plantations and Immorality*, Londres, 1699, p. 13).

⁸⁹ La compra en el sentido categórico de la palabra presupone ya oro y plata, como imagen transformada de la mercancía, o sea, como producto de una venta.

Como al dinero no se le ve lo que en él se ha transformado, todo se convierte en dinero, sea o no mercancía. Todo se vuelve vendible y comprable. La circulación se convierte en una gran retorta social a la que se lanza todo, para que salga de ella cristalizado en dinero. Ante esta alquimia no resisten siquiera los huesos santos ni otras *res sacrosanctae, extra commercium hominum* [objetos santos fuera del comercio humano] mucho menos toscas⁹⁰. Como en el dinero desaparecen todas las diferencias cualitativas de las mercancías, éste, por su parte, actúa como nivelador radical, borrando todas las diferencias⁹¹. Pero, de suyo, el dinero es mercancía, un objeto exterior que puede convertirse en propiedad privada de cualquiera. De esta manera, el poder social se convierte en poder privado de un particular. Por eso, la sociedad antigua lo denunció como la moneda en que se cambia todo su orden económico y moral⁹². La sociedad moderna que ya en su infancia saca a Plutón por los pelos de las entrañas de la tierra⁹³, saluda en el áureo Grial la refulgente encarnación de su más genuino principio de vida.

⁹⁰ Enrique III, rey cristianísimo de Francia, despojó a los conventos, etc., de sus reliquias para convertirlas en plata. Y sabido es el papel que desempeñó en la historia de Grecia el robo del templo de Delfos por los focenses. En la antigüedad los templos servían de vivienda al dios de las mercancías. Estos eran "bancos sagrados". Los fenicios, pueblo comercial *par excellence*, consideraban el dinero como imagen enajenada de todos los objetos. Era, pues, lógico que las doncellas que en las fiestas de la diosa del amor se entregaban a los forasteros, ofrendasen a ésta las monedas recibidas en pago.

⁹¹ ¡Oro! ¡Oro precioso, rojo, fascinante!

Con él, se torna blanco el negro y hermoso el feo,
Bueno el malo, joven el viejo, valiente el cobarde,
noble el ruin.

...¡Oh, dioses! ¿Por qué es esto? ¿Por qué es esto, oh, dioses?

Qué aparta del altar al sacerdote

Y retira la almohada al convaleciente;

Sí, este esclavo rojo ata y desata

Vínculos consagrados; bendice al maldito;

Hace amable la lepra; honra al ladrón

Y le da rango, pleitesía e influencia

En el consejo de los senadores; conquista pretendientes

A la viuda vieja y encorvada;

...¡Oh, maldido metal,

Vil ramera de los hombres!"

(Shakespeare. *Timón de Atenas*).

⁹² "Pues nada de cuanto impera en el mundo

Es tan funesto como el oro, que derriba

Y arruina a las ciudades y a los hombres,

Y envilece los corazones virtuosos,

Lanzándolos a los caminos del mal y del vicio;

El oro enseña al hombre la astucia y la perfidia

Y le hace volver, insolente, la espalda a los dioses."

(Sófocles. *Antígona*)

⁹³ "La avaricia cree sacar al propio Plutón de las entrañas de la tierra" (Athenaeus. *Deipnosophistarum*).

La mercancía como valor de uso satisface una determinada necesidad y constituye un elemento particular de la riqueza material. Pero, el valor de la mercancía mide el grado de su fuerza de atracción sobre todos los elementos de la riqueza material, y mide, por tanto, la riqueza social de su poseedor. Para el simple y bárbaro poseedor de mercancías, incluso para el campesino de Europa Occidental, el valor es inseparable de su forma y, en consecuencia, el aumento del oro y la plata atesorados es para él incremento del valor. Claro está que el valor del dinero cambia al cambiar su propio valor, o el de las mercancías. Pero esto no impide, por una parte, que 200 onzas de oro contengan como antes más valor que 100, 300 onzas más que 200, etc., ni, por otra, impide que la forma metálica natural de este objeto siga siendo la forma de equivalente general de todas las mercancías, la encarnación directamente social de todo trabajo humano. La ambición de atesoramiento es infinita por naturaleza. Cualitativamente, o por su forma, el dinero no conoce fronteras; es decir, tiene carácter de representante general de la riqueza material, pues es directamente transformable en cualquier mercancía. Pero, a la par, cada suma real de dinero está cuantitativamente limitada, es tan sólo, en consecuencia, medio de compra dentro de límites concretos. Esta contradicción, entre las fronteras cuantitativas del dinero y su carácter cualitativamente ilimitado, empuja constantemente al atesorador al trabajo de Sísifo de la acumulación. Le ocurre como al conquistador del mundo que con cada nuevo país sólo conquista una nueva frontera.

Para retener el oro como dinero y, por tanto, como elemento de atesoramiento, se le debe impedir circular o disolverse como medio de compra en artículos de disfrute. El atesorador sacrifica al fetiche del oro los placeres de la carne. Abraza el evangelio de la abstinencia. Por otra parte, puede extraer de la circulación sólo el dinero que incorpora a ella como mercancías. Cuanto más produce, tanto más puede vender. La laboriosidad, el ahorro y la avaricia son sus virtudes cardinales; el vender mucho y comprar poco es el resumen de su economía política⁹⁴.

Junto a la forma directa del tesoro, se desarrolla su forma estética, la posesión de mercancías de oro y plata. Esta aumenta paralelamente a la riqueza de la sociedad burguesa. "*Soyons riches ou paraissions riches*" [Seamos ricos o parezcamos ricos] (Diderot) ^[53]. De este modo va formándose, de una parte, un mercado cada vez mayor para el oro y la plata, independientemente de sus funciones como dinero y, de otra parte, una fuente latente de suministro de dinero, que fluye precisamente en los períodos sociales agitados.

⁹⁴ "Aumentar en lo posible el número de vendedores de cada mercancía, disminuir en todo lo posible el número de compradores: tales son los puntos angulares en torno a los cuales giran todas las medidas de la economía política" (Verri, l.c., pp. 52, 53).

El atesoramiento desempeña distintas funciones en la economía de la circulación metálica. La primera se desprende de las condiciones de circulación de las monedas de oro y plata. Hemos visto como, con las constantes oscilaciones de la circulación de mercancías en volumen, precio y velocidad, crece y disminuye sin cesar la masa de dinero en circulación. Esta debe ser, por tanto, capaz de contraerse y expandirse. Tan pronto es necesario atraer al dinero como moneda, como repeler a la moneda como dinero. Para que la masa de dinero realmente circulante corresponda al grado de saturación de la órbita de la circulación, es necesario que la cantidad de oro o plata existente en un país sea mayor a la absorbida en la función monetaria. Esta condición se cumple en la forma de tesoro del dinero. Los depósitos de atesoramiento sirven al mismo tiempo de canales de desagüe y de suministro del dinero en circulación, que gracias a ello nunca desborda sus canales circulatorios⁹⁵.

b) Medio de pago

En la forma directa de la circulación de mercancías que hemos analizado hasta el momento, la misma magnitud de valor está presente dos veces: la mercancía en un polo, el dinero en el opuesto. Los poseedores de mercancías entraban en contacto, por tanto, sólo como representantes de equivalentes recíprocos disponibles. Junto al progreso de la circulación de mercancías se desarrollan, sin embargo, relaciones por medio de las cuales se separan cronológicamente la enajenación de la mercancía de la realización de su precio. De estas relaciones será suficiente con que señalemos aquí las más simples. Un tipo de mercancía requiere más tiempo para su producción que otro. La producción de ciertas mercancías está ligada a diferentes épocas del año. Una mercancía nace en su mercado, la otra debe trasladarse a mercados lejanos. Por tanto, un poseedor de mercancías

⁹⁵ "Cada nación para comerciar requiere de cierta cantidad de *specific money* [dinero metálico] que oscila y es a veces mayor y otras veces menor en dependencia de lo que exigen las circunstancias... Estos flujos y reflujos del dinero se regulan por sí mismos, sin ayuda alguna de los políticos... Cuando un cubo sube, el otro baja: cuando el dinero escasea, se amonedan las barras; cuando escasean las barras, se funden las monedas" (Sir D. North, l.c., [Postscript] p. 3). John Stuart Mill, que fue durante muchos años funcionario de la Compañía de las Indias Orientales^[64], confirma que en la India los adornos de plata siguen conservando sus funciones directas de tesoro. "Cuando sube la tasa de interés, los adornos de plata se amonedan, tan pronto el interés baja, se funden y vuelven a su forma primitiva" (testimonio de J.S. Mill en *Reports on Bankacts*, 1857, № 2084, 2101). Según un documento parlamentario, fechado en 1864, sobre importaciones y exportaciones de oro y plata en la India^[65], las importaciones de oro y plata superaron en 1863 las exportaciones en £ 19.367.764. En los 8 años anteriores a 1864, el excedente de la importación sobre la exportación de ambos metales preciosos alcanzó la suma de £ 109.652.917. En el transcurso de este siglo, en la India se han acuñado más de £ 200.000.000.

puede aparecer como vendedor antes de que otro aparezca como comprador. En condiciones de constante repetición de iguales transacciones entre las mismas personas, las condiciones de venta de las mercancías se regulan por sus condiciones de producción. Otras veces, se vende la utilización de ciertos tipos de mercancías, por ejemplo de una casa, durante un determinado tiempo. Sólo después de que transcurra el tiempo establecido, el comprador habrá adquirido realmente el valor de uso de la mercancía. Por tanto, la compra se efectúa antes de pagarla. Un poseedor de mercancías vende mercancías existentes, mientras que el otro compra como simple representante del dinero, o como representante de un dinero futuro. El vendedor se convierte en acreedor, el comprador en deudor. Como en este caso la metamorfosis de la mercancía, o el desarrollo de su forma de valor cambia, el dinero también asume una función diferente. Se convierte en medio de pago⁹⁶.

El carácter de acreedor o de deudor brota aquí de la circulación simple de mercancías. Su cambio de forma imprime al vendedor y al comprador este nuevo cuño. Por eso, en primer término, son los mismos papeles recíprocos y efímeros de los agentes de la circulación que antes actuaban como vendedor y comprador. Sin embargo, la contradicción presenta ahora, de suyo, un carácter menos armonioso y es susceptible de una mayor cristalización⁹⁷. Pero, los mismos caracteres pueden también aparecer independientemente de la circulación de mercancías. Así, por ejemplo, la lucha de clases en el mundo antiguo se desarrolla principalmente bajo la forma de enfrentamiento entre acreedores y deudores, acabando en Roma con la decadencia del deudor plebeyo, que es remplazado por el esclavo. En la Edad Media, esta lucha desemboca en la decadencia del deudor feudal, que perdía su poder político al perder su base económica. Sin embargo, en estos casos la forma de dinero —la relación entre acreedores y deudores reviste aquí una relación de dinero— refleja tan sólo el antagonismo de condiciones económicas de vida más profundas.

Retornemos a la órbita de la circulación de mercancías. Los equivalentes, mercancía y dinero, ya no aparecen al mismo tiempo en ambos polos del proceso de venta. El dinero funciona ahora, en primer lugar, como medida de valor en la determinación del precio de la mercancía vendida. Su precio establecido por contrato mide

⁹⁶ Lutero distingue el dinero como medio de compra y como medio de pago. "Me haces un daño doble: aquí no puedo pagar y allí no puedo comprar" (Martín Lutero. *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen*, Wittenberg, 1540).

⁹⁷ Acerca de las relaciones de acreedores y deudores que imperaban entre los comerciantes ingleses a comienzos del siglo XVIII: "En Inglaterra, entre los comerciantes reina tal espíritu de crueldad como no podrá encontrarse en ninguna otra sociedad humana ni en ningún otro país del mundo" (*An Essay on Credit and the Bankrupt Act*. Londres, 1707, p. 2).

la obligación del comprador, es decir, la suma de dinero que éste debe abonar en el plazo señalado. Funciona, en segundo lugar, como medio ideal de compra. Aunque sólo existe la promesa de dinero del comprador, hace que la mercancía cambie de manos. Sólo al vencer el plazo, el medio de pago entra realmente en circulación, o sea, pasa de manos del comprador a las del vendedor. El medio de circulación se convierte en tesoro, pues el proceso de circulación se interrumpe en la primera fase, o, lo que es lo mismo, porque la imagen transformada de la mercancía fue sustraída a la circulación. El medio de pago entra en circulación, pero ya después de que saliera de ella la mercancía. El dinero ya no es más el agente mediador del proceso. Lo finaliza autónomamente, como existencia absoluta del valor de cambio o como mercancía general. El vendedor convierte su mercancía en dinero para satisfacer por medio de ésta una necesidad; el atesorador, para preservar la mercancía en forma de dinero; el comprador endeudado, para poder pagar. Si no paga, tiene lugar la venta forzosa de sus bienes. Como se ve, la imagen de valor de la mercancía, el dinero, por una necesidad social que brota automáticamente de las relaciones del proceso de circulación, se convierte ahora en finalidad propia de la venta.

El comprador vuelve a convertir su dinero en mercancía antes de convertir ésta en dinero; o sea, realiza la segunda metamorfosis de la mercancía antes que la primera. La mercancía del vendedor circula, pero realiza su precio sólo en un título jurídico de carácter privado, que le permite reclamar el dinero. Se convierte en valor de uso antes de convertirse en dinero. La realización de su primera metamorfosis tendrá lugar sólo posteriormente⁹⁸.

En cada período determinado de tiempo del proceso de circulación, las obligaciones a cancelar representan la suma de los precios de las mercancías cuya venta las ha provocado. La masa de dinero requerida para la realización de esta suma de precios depende, en primer término, de la velocidad de circulación de los medios de pago. Ella está condicionada por dos circunstancias: la concatenación de las relaciones entre acreedores y deudores, de tal modo que *A* recibe el dinero de su deudor *B* y paga con él a su acreedor *C*, etc., y el lapso que media entre los diferentes plazos de pago. Esta cadena progresiva de pagos o primeras metamorfosis posteriores se distingue sustancial-

⁹⁸ Nota a la 2ª edición. De la siguiente cita, extraída de mi escrito de 1859, se comprenderá por qué en el texto no tomo en consideración la forma opuesta: "Por el contrario, en el proceso *D—M* el dinero puede enajenarse como medio de compra real y el precio de la mercancía realizarse antes de que se realice el valor de uso del dinero o se enajene la mercancía. Esto ocurre, por ejemplo, en forma diaria con los pagos por adelantado. O en la forma en que el gobierno inglés compra el opio a los *ryots* [campesinos] indios. Sin embargo, el dinero sólo funciona así en la forma ya conocida de medio de compra... Naturalmente, el capital se adelanta también en la forma de dinero... Pero este punto de vista no cae dentro de los horizontes de la circulación simple" (*Zur Kritik...*, pp. 119, 120).

mente del entrelazamiento de las series de metamorfosis que estudiábamos anteriormente. En el curso de los medios de circulación no sólo se expresa el vínculo entre vendedor y comprador. Esta interdependencia brota en el curso del dinero y gracias a él. En cambio, el movimiento de los medios de pago expresa un vínculo social ya existente con anterioridad.

La simultaneidad y el paralelismo de las ventas limitan la compensación de la masa monetaria por la velocidad de su circulación. Y por el contrario, lo que hacen es servir de un nuevo resorte a la economía de los medios de pago. Al concentrarse los pagos en un mismo lugar se desarrollan espontáneamente instituciones y métodos especiales de compensación. Así, por ejemplo, los *virements* [traspaso de deudas] en el Lyon de la Edad Media. Los créditos de *A* contra *B*, de *B* contra *C*, de *C* contra *A*, etc., necesitan tan sólo confrontarse para suprimirse recíprocamente hasta cierto grado, como magnitudes positivas y negativas. Persiste sólo la necesidad de cancelar un saldo final. Cuanto mayor sea la concentración de los pagos tanto menor será, en términos relativos, el saldo, o sea, la masa de los medios de pago en circulación.

La función del dinero como medio de pago envuelve una contradicción directa. En la medida en que los pagos se compensan, funciona sólo idealmente como dinero de cálculo o medida de valor. En la medida en que se realizan pagos efectivos, el dinero no actúa como medio de circulación, como forma mediadora y efímera del cambio de materia, sino como la encarnación individual del trabajo social, como la existencia autónoma del valor de cambio, como la mercancía absoluta. Esta contradicción estalla en el momento de las crisis comerciales y de producción, que se denomina crisis de dinero⁹⁹. Este fenómeno se da solamente allí donde la cadena progresiva de los pagos cobra pleno desarrollo, generándose también un sistema artificial de compensación. Cuando este mecanismo sufre perturbaciones generales, cualquiera sea su origen, el dinero se transforma súbita y directamente de la forma puramente ideal del dinero de cálculo en dinero en efectivo. Ya no es sustituible por mercancías profanas. El valor de uso de la mercancía pierde toda validez, y su valor desaparece ante su propia forma de valor. En tiempos muy recientes, el burgués, embriagado de prosperidad declaraba con suficiencia presuntuosa que el dinero era una vana ilusión. No había más dinero que la mercancía. El grito que ahora resuena en todo el mercado mundial es: únicamente el dinero es mercancía. Así como el ciervo

⁹⁹ La crisis de dinero, definida en el texto como fase particular de cada crisis general de producción y de comercio, no debe confundirse, indudablemente, con la modalidad especial de crisis denominada también crisis de dinero, pero que puede producirse de un modo independiente, influyendo sólo de rechazo sobre la industria y el comercio. Estas son crisis cuyo centro de gravedad reside en el capital dinero y cuya órbita inmediata la constituyen, por tanto, los bancos, la bolsa, las finanzas. {Nota de Marx a la 3ª edición.}

brama por agua fresca, grita su alma por dinero, la única riqueza¹⁰⁰. En la crisis, la contraposición entre la mercancía y su imagen de valor, el dinero, se exalta a términos de contradicción absoluta. La forma de manifestación del dinero es en este momento, por tanto, indiferente. El hambre de dinero permanece igual, ya se tenga que pagar en oro o dinero de crédito, por ejemplo en billetes de banco¹⁰¹.

Si observamos, ahora, la suma total de dinero en circulación durante un lapso determinado, vemos que, suponiendo una velocidad de rotación de los medios de circulación y de pago dada, es igual a la suma de los precios de las mercancías a realizar más la suma de los pagos vencidos, menos los pagos que se compensan unos con otros y, finalmente, menos el número de rotaciones que la misma pieza de dinero describe funcionando alternativamente como medio de circulación y como medio de pago. Por ejemplo, el campesino vende su trigo en 2 libras esterlinas, que sirven en consecuencia de medio de circulación. Paga con ellas el lienzo que le suministrara el tejedor el día que vence el plazo. Las mismas 2 libras esterlinas funcionan ahora como medio de pago. El tejedor compra al contado una Biblia, las 2 libras esterlinas funcionan nuevamente como medio de circulación, etc. Dados los precios, la velocidad de rotación del dinero y la economía de los pagos, ya no coinciden la masa de dinero en curso y la masa de mercancías en circulación durante un período de tiempo determinado, por ejemplo un día. Circula dinero que representa mercancías sustraídas hace tiempo de la circulación. Circulan mercancías cuyo equivalente en dinero no aparecerá sino en el futuro. Por otra parte, los pagos contraídos cada día y aquellos que vencen ese mismo día son magnitudes completamente inconmesurables¹⁰².

¹⁰⁰ "Esta súbita transformación del sistema de crédito en sistema monetario añade al pánico práctico el terror teórico; y los agentes de la circulación tiemblan ante el misterio impenetrable de sus propias relaciones" (Karl Marx, l.c., p. 126). "Los pobres no tienen trabajo, porque los ricos no tienen dinero para emplearlos, aunque poseen las mismas tierras y la misma mano de obra de antes para producir medios de subsistencia y vestimenta; y son éstos, y no el dinero, los que constituyen la riqueza real de una nación" (John Bellers. *Proposals for Raising a College of Industry*, Londres, 1696, pp. 3, 4).

¹⁰¹ Véase cómo aprovechan estos momentos los *amis du commerce* [amigos del comercio]: "En cierta ocasión" (1839) "un viejo banquero avaro" (de la City) "levantó la tapa del escritorio de su despacho particular, detrás del cual estaba sentado, y extendiendo ante un amigo paquetes de billetes de banco, le dijo con satisfacción interior que eran 600.000 libras esterlinas, retenidas para que el dinero escasease, y que serían lanzadas a la circulación después de las 3 de aquel mismo día" ([H. Roy.] *The Theory of the Exchanges. The Bank Charter Act of 1844*, Londres, 1864, p. 81). *The Observer*, órgano semioficial, señala el 24 de abril de 1864: "Circulan ciertos rumores muy curiosos sobre los medios utilizados con el fin de producir escasez de billetes de banco... Aunque parezca dudoso se hayan implementado tales argucias, la noticia está tan difundida que realmente no se puede dejar de mencionar".

¹⁰² "El volumen de las ventas o contratos celebrados en el transcurso de un día determinado, no influye sobre la cantidad de dinero que circula ese día,

El dinero de crédito brota directamente de la función del dinero como medio de pago: los certificados de deudas representativos de las mercancías vendidas, al circular traspasan, a la vez, los requerimientos de deuda. Por otra parte, en la medida en que se expande el sistema crediticio, se extiende la función del dinero como medio de pago. Como tal, el dinero adquiere formas propias de existencia, morando en la órbita de las grandes transacciones comerciales, mientras que las monedas de oro y plata quedan relegadas generalmente a la órbita del comercio minorista¹⁰³.

Al alcanzar la producción mercantil un cierto nivel y extensión, la función del dinero como medio de pago sobrepasa la órbita de la circulación de mercancías. Se convierte en la mercancía general de los contratos¹⁰⁴. Las rentas, los impuestos, etc., se transforman de

mas en la mayoría de los casos ese importe se disuelve en numerosas letras de cambio libradas sobre la masa de dinero que podrá estar en circulación en días posteriores, más o menos alejados... Las letras de cambio hoy autorizadas o los créditos hoy abiertos no tienen que revestir necesariamente semejanza alguna en cuanto a número, importe o tiempo de circulación con aquellos que serán concedidos o asumidos para mañana o el día siguiente; lejos de ello, muchas de las letras y créditos de hoy coinciden al vencer con multitud de obligaciones cuyo origen corresponde a una serie de fechas anteriores, completamente indeterminadas. Letras de 12, 6, 3 ó 1 mes coinciden con frecuencia y hacen crecer excesivamente las obligaciones que vencen un día determinado..." (*The Currency Theory Reviewed; in a Letter to the Scottish People. By a Banker in England, Edimburgo, 1845, pp. 29, 30 passim*).

¹⁰³ Como ejemplo de cuán poco dinero real participa en las verdaderas operaciones comerciales, reproduciremos el esquema de una de las más importantes casas de comercio de Londres (Morrison, Dillon & Co.) acerca de sus ingresos y pagos en dinero durante un año. Sus transacciones en el año 1856, que abarcan muchos millones de libras esterlinas, han sido reducidas a la escala de un millón.

INGRESOS	libras esterlinas	EGRESOS	libras esterlinas
Letras de banqueros y comerciantes pagaderas a la fecha de vencimiento	533.596	Letras pagaderas a la fecha de vencimiento	302.674
Cheques de banqueros, etc., pagaderos a la vista	357.715	Cheques sobre banqueros de Londres	663.672
Billetes de bancos provinciales	9.627	Billetes del Banco de Inglaterra	22.743
Billetes del Banco de Inglaterra	68.554	Oro	9.427
Oro	28.089	Plata y cobre	1.484
Plata y cobre	1.486		
Post Office Orders*	933		
Total	1.000.000	Total	1.000.000

(Report from the Select Committee on the Bankacts. July 1858, p. LXXI).

* Giros postales.—Ed.

¹⁰⁴ "El carácter del tráfico comercial ha variado hasta tal punto que en vez de cambiar bienes por bienes, o sea en lugar de suministrar y recibir, ahora no

entregas en especie en pagos en dinero. Hasta qué punto esta transformación es condicionada por el carácter general del proceso de producción, lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que fracasase dos veces el intento del Imperio Romano de cobrar todos los tributos en dinero. La indecible miseria de la población rural francesa bajo Luis XIV, denunciada con tanta elocuencia por Boisguillebert, el mariscal Vauban, etc., no se debía tan sólo a la cuantía de los impuestos, sino también a la conmutación de los impuestos en especie en contribuciones en dinero¹⁰⁵. De otra parte, si en Asia la forma natural de la renta del suelo, a la vez el elemento principal del impuesto estatal, se basa en relaciones de producción que se reproducen con la invariabilidad de las condiciones naturales, esta forma de pago mantiene retroactivamente la antigua forma de producción. Esto constituye uno de los secretos de la autoconservación del Imperio de Turquía. Y si en el Japón el comercio exterior impuesto por Europa provoca la conmutación de la renta en especie por renta en dinero, será a costa de su ejemplar agricultura. Sus estrechas condiciones económicas de existencia se disolverán.

En cada país se establecen determinados plazos generales de pago. En parte, estos plazos, prescindiendo de otros ciclos de la reproducción, se basan en las condiciones naturales de la producción, vinculadas al cambio de las estaciones. Estos plazos regulan también pagos que no brotan directamente de la circulación mercantil, tales como los impuestos, las rentas, etc. La masa de dinero que se requiere en determinados días del año para atender estos pagos, repartidos en toda la superficie de la sociedad, causa perturbaciones periódicas, aunque completamente superficiales, en la economía de los medios de pago¹⁰⁶.

hay más que ventas y pagos, y todos los negocios... se presentan como meros negocios de dinero" ([D. Defoe] *An Essay upon Public Credit*, 3ª ed., Londres, 1710, p. 8).

¹⁰⁵ "El dinero se ha convertido en el verdugo de todas las cosas." El arte financiero "es el alambique en que se evapora una masa aterradora de bienes y productos para obtener ese fatal extracto". "El dinero le declara la guerra a toda la humanidad" (Boisguillebert. *Dissertation sur la Nature des Richesses, de l'Argent et des Tributs*, ed. Daire, *Économistes financiers*, París, 1843, t. I, pp. 413, 419, 417, 418).

¹⁰⁶ "El lunes de Pentecostés de 1824" —relata el señor Graig a la comisión investigadora del Parlamento de 1826—, en Edimburgo había tal demanda de billetes de banco que a las once ya no teníamos ni un sólo billete en nuestro poder. Mandamos a los distintos bancos a pedir billetes prestados, pero no pudimos obtenerlos, y muchas transacciones hubieron de celebrarse por medio de *slips of paper* [pedazos de papel]. Sin embargo, a las tres de la tarde, todos los billetes habían vuelto a los bancos que los suministraron. Sólo habían cambiado de manos." Aunque la circulación media real de billetes de banco en Escocia apenas alcanza los 3 millones de libras esterlinas, en determinadas fechas de pago en el año se ponen en movimiento todos los billetes concentrados en manos de los banqueros, aproximadamente unos 7 millones de libras esterlinas. En estas circunstancias, los billetes desempeñan una sola función específica, y tan

De la ley sobre la velocidad de circulación de los medios de pago se desprende que, en todos los pagos periódicos, cualquiera sea su origen, la masa de los medios de pago requerida se encuentra en proporción directa a la duración de los plazos de pago¹⁰⁷.

Es desarrollo del dinero como medio de pago exige la acumulación de dinero para la fecha de vencimiento de las sumas adeudadas. Mientras que el atesoramiento, como forma autónoma de enriquecimiento, desaparece con el desarrollo de la sociedad burguesa, aumenta, por el contrario, bajo la forma de fondo de reserva de los medios de pago.

c) Dinero mundial

Al salir de la órbita interna de la circulación, el dinero se despoja de las formas locales adquiridas de patrón de precios, moneda, moneda de cambio y signo de valor, y retorna a la forma originaria de los metales preciosos, en barras. En el comercio mundial, las mercancías despliegan su valor de un modo universal. Por tanto, su imagen autónoma de valor se les enfrenta también como dinero mundial. En el mercado mundial, solamente, el dinero funciona a plenitud como la mercancía cuya forma natural es, al mismo tiempo, forma directamente social de realización del trabajo humano en abstracto. Su modo de existir se ajusta completamente a su concepto.

En la órbita interna de la circulación, únicamente una mercancía puede servir de medida de valor y, por tanto, de dinero. En el mercado mundial reina una doble medida de valor: el oro y la plata¹⁰⁸.

pronto la hayan desempeñado, vuelven a los respectivos bancos de donde salieron (John Fullarton. *Regulation of Currencies*, 2ª ed., Londres, 1845, p. 86, nota). Para poder comprender esto conviene advertir que en Escocia, en los tiempos del escrito de Fullarton, los bancos no emitían cheques, sino billetes a cuenta de los depósitos.

¹⁰⁷ A la pregunta de "si, suponiendo que fuera necesario realizar transacciones por 40 millones en un año, bastarían los mismos 6 millones [de oro] para todas las rotaciones que requeriría entonces el comercio", Petty contesta, con su acostumbrada maestría: "Respondo que sí: para la suma de 40 millones bastaría con 40/52 de un millón, si las rotaciones tienen lugar en plazos breves, es decir de una semana, como ocurre entre los artesanos pobres y los obreros, que cada sábado reciben y pagan [el dinero]; pero de ser los plazos trimestrales, como comúnmente pagamos la renta y los impuestos, se necesitarán 10 millones. De tal modo, suponiendo que los pagos se efectúen en general en plazos diferentes, entre 1 y 13 semanas, debemos sumar 10 millones a 40/52, la mitad de cuya suma alcanzará casi los 5 1/2 millones, y esta cantidad sería suficiente" (William Petty. *Political Anatomy of Ireland*, 1672. Londres, 1691, pp. 13, 14) [56].

¹⁰⁸ De ahí, la necesidad de aquellas legislaciones que prescriben a los bancos nacionales atesorar tan sólo el metal precioso empleado como dinero en el interior del país. Son conocidos los "gratos obstáculos" que de este modo se crea a sí mismo, por ejemplo, el Banco de Inglaterra. Acerca de las grandes épocas históricas del cambio relativo de valor del oro y la plata, véase Karl Marx, l.c., p. 136

El dinero mundial funciona como medio general de pago, como medio general de compra y como materialización social absoluta de la riqueza en general (*universal wealth*). Lo predominante es su función de medio de pago para nivelar los saldos internacionales. De aquí la consigna del sistema de los mercantilistas: *ibalanza comercial*¹⁰⁹ El oro y la plata funcionan principalmente como

y ss. *Agregado a la 2ª edición*: Sir Robert Peel trató de superar estas dificultades al permitirle al Banco de Inglaterra, con su ley bancaria de 1844, emitir billetes sobre las barras de plata, pero siempre y cuando las reservas en plata no fuesen mayores a la cuarta parte de las reservas en oro. Para ello, se calcula el valor de la plata atendiendo a su cotización (en oro) en el mercado de Londres. *(A la 4ª edición*. Nos encontramos nuevamente en una época de significativos cambios relativos en el valor del oro y de la plata. Hace unos 25 años, la relación de valor entre el oro y la plata era de 15,5:1, ahora es, aproximadamente, de 22:1, y la plata sigue bajando en relación con el oro. Esto es resultado principalmente de una revolución en el régimen de producción de ambos metales. Antes, el oro se obtenía casi exclusivamente por el lavado de capas auríferas de aluvión, producto de la corrosión atmosférica de rocas auríferas. En la actualidad, este método ya no basta y ha sido relegado a un segundo plano por un procedimiento que antes se empleaba sólo secundariamente, aunque fuese conocidísimo de los antiguos (Diodoro, III, 12-14): el procedimiento consiste en la explotación directa de los filones auríferos del cuarzo. Por otra parte, no sólo se descubrieron riquísimos yacimientos de plata en la parte occidental de las Montañas Rocosas de Norteamérica, sino que los ferrocarriles permitieron explorar estas minas y las mexicanas e hicieron posible el suministro de máquinas modernas y combustible y, de este modo, la extracción de plata a gran escala y con costos más bajos. Además, hay una gran diferencia en el modo cómo se presentan ambos metales en las entrañas de la tierra. El oro se presenta la mayoría de las veces en estado puro, pero diseminado en el cuarzo y en cantidades pequeñísimas; por eso, toda la roca debe ser pulverizada y lavada para obtener el oro, o extraerlo por medio del mercurio. Por cada millón de gramos de cuarzo se encuentra generalmente apenas de 1 a 3 gramos de oro, raramente de 30 a 60 gramos. La plata, en cambio, escasamente se presenta en estado puro, pero aparece compacta en filones separables de la roca con relativa facilidad, que contienen de 40 a 90% de plata; o bien se contiene, en cantidades más pequeñas, en menas de cobre, plomo, etc., que de por sí valen la pena explotar. De esto ya se desprende que mientras el trabajo de producción del oro aumenta, el de la plata disminuye significativamente, lo cual por consiguiente explica lógicamente la baja en el precio de la plata. Esta baja de valor de la plata se expresaría en una reducción del precio aún mayor, si no se mantuviese alto por medios artificiales. Pero los tesoros de plata en América han sido explorados sólo en pequeña medida y hay, por tanto, razones para pensar que el valor de este metal tenderá a caer aún durante un largo tiempo. A esto se debe añadir la disminución relativa en la demanda de plata para confeccionar artículos de consumo y de lujo, su sustitución por mercancías plateadas, por el aluminio, etc. Por todo lo dicho puede medirse el utopismo de la idea bimetalista de que un curso forzoso internacional pueda restaurar otra vez la plata en su antigua relación de valor de 1:15,5. Lejos de ello, en el mercado mundial la plata tenderá a perder más y más su calidad de dinero. —F.E.)

¹⁰⁹ Los adversarios del sistema de los mercantilistas, que considera como finalidad del comercio mundial la obtención del saldo positivo de la balanza comercial en oro y plata, desconocían en absoluto, a su vez, la función del dinero mundial. Al analizar la doctrina de Ricardo, tuve la oportunidad de exponer detenidamente de qué modo la falsa comprensión de las leyes que regulan la masa de los medios de circulación se refleja en la falsa comprensión del movimiento inter-

medio internacional de compras tan pronto como es alterado súbitamente el equilibrio tradicional del intercambio orgánico entre distintas naciones. Por último, se presentan como materialización social absoluta de la riqueza allí donde no se trata de compras ni de pagos, sino de trasladar la riqueza de un país a otro, sin que ello pueda hacerse bajo la forma de mercancías, bien por la coyuntura del mercado mundial o porque lo excluya la finalidad que se persigue¹¹⁰.

Todo país requiere de un fondo de reserva, tanto para la circulación interna como para la circulación del mercado mundial. Las funciones de atesoramiento brotan en parte de la función del dinero como medio de circulación y pago interno y, en parte, de la función como dinero mundial^{110a}. En esta última función se necesita siempre mercancía dinero efectiva, oro y plata en su corporeidad material, razón por la cual James Steuart caracteriza el oro y la plata, a diferencia de sus meros sustitutos locales, expresamente como *money of the world* [dinero mundial].

El movimiento de la corriente de oro y plata es doble. De una parte, fluye de sus fuentes por todo el mercado mundial, donde se

nacional de los metales preciosos (l.c., p. 150 y ss.). Su falso dogma: "Una balanza comercial desfavorable sólo puede producirse por un exceso de medios de circulación... La exportación de monedas se debe a su baratura, y no es la consecuencia sino la causa de una balanza comercial desfavorable"^[57], la encontramos ya en Barbon: "La balanza comercial, suponiendo que tal cosa exista, no es la causa de que el dinero salga de un país. Esto se debe, por el contrario, a las diferencias en el valor de los metales preciosos en cada país" (N. Barbon, l.c., p. 59). MacCulloch, en *The Literature of Political Economy: a classified catalogue*, Londres, 1845, elogia a Barbon por esta anticipación de Ricardo, pero evita cautamente mencionar las formas simplistas manifestadas todavía en Barbon de las absurdas premisas del "currency principle"^[58]. La falta de sentido crítico y hasta de honradez de este catálogo culmina en las secciones dedicadas a la historia de la teoría del dinero, en las que MacCulloch menea el rabo como sicofante de Lord Overstone (ex banquero Loyd), a quien llama *facile princeps argentariorum* [príncipe reconocido de los banqueros].

¹¹⁰ Por ejemplo, tratándose de subsidios, empréstitos emitidos para una guerra o para ayudar a reanudar los pagos al contado de los bancos, etc., puede requerirse la aportación de valores precisamente en la forma de dinero.

^{110a} Nota a la 2ª edición: "En efecto, no podría desear pruebas más convincentes de que el mecanismo de atesoramiento en países con circulación metálica está en condiciones de desempeñar cualquier función necesaria relacionada con el saldo de las obligaciones internacionales, aun sin un apoyo perceptible de parte de la circulación general, que la facilidad con que Francia, cuando apenas comenzaba a reponerse del golpe de una devastadora invasión del enemigo, en un plazo de 27 meses, pagó a las potencias aliadas la indemnización de guerra de cerca de 20 millones, haciendo efectiva parte considerable de esta suma en metálico, sin una notable reducción o perturbación de la circulación interna de dinero, o de alarmantes oscilaciones de su paridad cambiaría" (Fullarton, l.c., p. 141). [Nota a la 4ª edición. Un ejemplo aún más elocuente lo tenemos en la facilidad con que la misma Francia abonara en 1871-1873, en treinta meses, una indemnización de guerra más de diez veces mayor, haciéndolo también en una parte considerable en dinero metálico. —F.E.]

apoderan de esta corriente en diversas proporciones las distintas órbitas nacionales de circulación para incorporarla a sus canales internos, sustituir las monedas de oro y de plata desgastadas, obtener material para las mercancías de lujo y cristalizarla en tesoros¹¹¹. Este primer movimiento se efectúa mediante el intercambio directo de los trabajos nacionales realizados en las mercancías y el trabajo de los países productores de oro y plata, objetivado en metales preciosos. De otra parte, el oro y la plata circulan constantemente de un lado por otro entre las diversas órbitas circulatorias nacionales, movimiento que sigue las constantes oscilaciones en el curso del cambio¹¹².

Los países de producción burguesa desarrollada limitan los tesoros concentrados en las arcas de los bancos al mínimo exigido por sus funciones específicas¹¹³. Fuera de ciertas excepciones, el atesoramiento excesivo en depósitos por sobre el nivel promedio es síntoma del estancamiento de la circulación mercantil o del curso interrumpido de las metamorfosis de las mercancías¹¹⁴.

¹¹¹ "El dinero se distribuye entre las naciones con arreglo a sus necesidades... al ser atraído siempre por los productos" (Le Trosne, l.c., p. 916). "Las minas, que suministran constantemente oro y plata, son lo suficientemente ricas como para brindarle a cada nación la cantidad requerida" (J. Vanderlint, l.c., p. 40).

¹¹² "El curso del cambio sube y baja cada semana, y en determinadas épocas del año aumenta en contra de una nación, ascendiendo en otras épocas a igual altura en favor suyo" (N. Barbon, l.c., p. 39).

¹¹³ Estas diversas funciones pueden entrar entre sí en peligroso conflicto tan pronto aparezca la función de fondo de conversión de los billetes de banco.

¹¹⁴ "El dinero que excede lo absolutamente necesario para el comercio interno es capital muerto y no trae ganancias al país a no ser que se exporte o importe" (John Bellers. *Essays, etc.*, p. 13). "Pero, ¿qué hacer si tenemos demasiado dinero amonedado? Podemos fundir el de más quilates y convertirlo en preciosos cubiertos, vasijas y ajuar doméstico de oro y plata; o enviarlo como mercancía allí donde es apetecido y deseado; o prestarlo a interés allí donde éste es alto" (W. Petty. *Quantulumcunque, etc.*, p. 39). "El dinero es sólo la grasa del organismo estatal; por tanto, demasiado dinero hace disminuir su agilidad, en la misma medida en que su carencia lo hace enfermar... Del mismo modo que la grasa es el lubricante en el movimiento de los músculos y, al faltar las sustancias nutritivas, alimenta, llena los vacíos perjudiciales y embellece el cuerpo, el dinero facilita los movimientos del Estado, en caso de mala cosecha en el país, alimenta con productos importados, paga las deudas... y lo embellece todo; por cierto —concluye irónicamente el autor—, embellece principalmente a los individuos que lo poseen en abundancia" (W. Petty. *Political Anatomy of Ireland*, pp. 14, 15)^[59].

SECCION SEGUNDA

LA TRANSFORMACION DEL DINERO EN CAPITAL

CAPITULO IV

TRANSFORMACION DEL DINERO EN CAPITAL

I. LA FORMULA GENERAL DEL CAPITAL

La circulación mercantil es el punto de partida del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, es decir, el comercio, constituyen las premisas históricas de su surgimiento. El comercio y el mercado mundial inauguran, en el siglo XVI, la biografía moderna del capital.

Si nos abstraemos del contenido material de la circulación mercantil, del intercambio de distintos valores de uso, y observamos únicamente las formas económicas que produce este proceso, encontraremos el dinero como su resultado final. Este producto final de la circulación de mercancías es la primera forma de manifestación del capital.

Históricamente, el capital empieza enfrentándose por todas partes a la propiedad de la tierra bajo la forma de dinero, como patrimonio-dinero, capital comercial y capital usurario¹. Sin embargo, no se necesita remontarse a la historia de la génesis del capital para reconocer en el dinero su primera forma de manifestación. Esta historia ocurre diariamente ante nuestros ojos. Todo capital nuevo aparece inicialmente en escena, es decir, en el mercado —ya sea el mercado de mercancías, el de trabajo o el de dinero— siempre como dinero, el cual, a través de determinados procesos, debe transformarse en capital.

El dinero como dinero y el dinero como capital se distinguen, en un comienzo, solamente por sus diversas formas de circulación.

La forma directa de la circulación de mercancías es $M - D - M$, o sea, transformación de la mercancía en dinero y reconversión de éste en mercancía, vender para comprar. Pero, junto a esta forma encontramos otra, específicamente distinta de ella, la forma $D - M - D$, es decir, transformación del dinero en mercancía y reconversión de ésta en dinero, comprar para vender. El dinero que describe en su movimiento esta última forma circulatoria, se convierte en capital, llega a ser capital y lo es ya por su destino.

¹ Dos proverbios franceses reflejan claramente la contradicción entre el poder de la propiedad de la tierra, basado en relaciones personales de vasallaje y señorío, y el poder impersonal del dinero: "*Nulle terre sans seigneur*" [No hay tierra sin señor]. "*L'argent n'a pas de maître*" [El dinero no tiene dueño].

Observemos más de cerca la circulación $D - M - D$. Este ciclo recorre, al igual que la circulación simple de mercancías, dos fases opuestas. En la primera, $D - M$, o compra, el dinero se transforma en mercancía. En la segunda, $M - D$, o venta, la mercancía se convierte de nuevo en dinero. La unidad de ambas fases constituye el movimiento total, en el que se cambia dinero por mercancía y esta mercancía nuevamente por dinero; se compra una mercancía para venderla o, dejando de lado las diferencias formales de compra y venta, se adquieren mercancías con dinero, y dinero con mercancías². El resultado, en que se extingue todo este proceso, es el cambio de dinero por dinero, $D - D$. Si compro 2.000 libras de algodón por £100, y las vendo nuevamente en £110, he cambiado, en resumen, £100 por £110, o sea dinero por dinero.

Ahora bien, es evidente, que el proceso de circulación $D - M - D$ sería absurdo y carecería de contenido, si se diese este rodeo para cambiar valores iguales en dinero, por ejemplo, £100 por £100. Incomparablemente más fácil y seguro es el método del atesorador, que retiene sus £100 en vez de lanzarlas al peligro de la circulación. Por otra parte, aunque el comerciante venda a £110 el algodón adquirido por £100, o se vea obligado a venderlo por £100, e incluso por £50, lo cierto es que, cualesquiera sean las circunstancias, su dinero describe un movimiento peculiar y original, completamente diferente al que describe en la circulación simple de mercancías, v.gr., en manos de un campesino que vende trigo para comprar con el dinero obtenido prendas de vestir. Por tanto, lo primero a caracterizar son las diferencias de forma existentes entre los ciclos $D - M - D$ y $M - D - M$. Con ello, se establecerá, al mismo tiempo, la diferencia de contenido que se esconde tras esta distinción formal.

Veamos, ante todo, qué es común a ambas formas.

Ambos ciclos se dividen en las mismas dos fases opuestas, $M - D$, venta, y $D - M$, compra. En cada una de estas fases se contraponen los mismos dos elementos materiales, mercancías y dinero, y dos personas caracterizadas con las mismas máscaras económicas, un comprador y un vendedor. Ambos ciclos representan la unidad de las mismas fases opuestas, y esta unidad se realiza, cada vez, por la actuación de tres contratantes, de los cuales uno únicamente vende, otro sólo compra, y el tercero compra y vende alternativamente.

La sucesión inversa de las mismas fases opuestas de circulación distingue, sin embargo, desde un comienzo ambos ciclos, $M - D - M$ y $D - M - D$. La circulación mercantil simple comienza con la venta y finaliza con la compra; la circulación del dinero como capital

² "Con dinero se compran mercancías, y con mercancías dinero" (Mercier de la Rivière. *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, p. 543).

comienza con la compra y finaliza con la venta. En el primer caso, la mercancía constituye el punto de partida y la meta final del movimiento; en el segundo, este papel lo desempeña el dinero. En la primera forma, el dinero es el agente mediador del proceso en su conjunto, en la otra, en cambio, lo es la mercancía.

En la circulación $M - D - M$, el dinero se transforma finalmente en una mercancía, utilizada como valor de uso. Por tanto, el dinero se gasta definitivamente. En la forma inversa, $D - M - D$, el comprador desembolsa dinero para recibirlo posteriormente como vendedor. Al comprar lanza dinero a la circulación, para extraerlo luego con la venta de la misma mercancía. Sólo se desprende del dinero con la intención premeditada de apoderarse nuevamente de él. Por tanto, no hace más que adelantarlo³.

En la forma $M - D - M$, la misma pieza de dinero cambia dos veces de lugar. El vendedor la recibe de manos del comprador y se la entrega a otro vendedor. El proceso total, que comienza con la obtención de dinero por la mercancía, finaliza con la entrega de dinero por la mercancía. Al revés de lo que ocurre en la forma $D - M - D$. Aquí, no es la misma pieza de dinero, sino la misma mercancía la que cambia dos veces de sitio. El comprador la recibe de manos del vendedor y la pone en manos de otro comprador. En nuestro caso, el doble cambio de lugar de la misma mercancía hace efectivo el reflujó del dinero a su punto de partida, tal como en la circulación simple de mercancías el doble cambio de lugar de la misma pieza de dinero hace que pase definitivamente de una mano a otra.

El retorno del dinero a su punto de partida no depende del hecho de si la mercancía se vende más caro de lo que se compró. Esta circunstancia sólo atañe a la magnitud de la suma de dinero que refluye. El fenómeno del retorno tiene lugar tan pronto como la mercancía comprada se vende nuevamente, o sea, apenas recorre completamente el ciclo $D - M - D$. Entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple dinero se da, por tanto, una diferencia perceptible a través de los sentidos.

El ciclo $M - D - M$ se recorre en su totalidad tan pronto la venta de una mercancía aporta dinero que es absorbido en la compra de otra mercancía. Si, a pesar de ello, el dinero vuelve a su lugar de partida, es porque todo ese proceso se renueva o repite. Si vendo un *quarter* de trigo por 3 libras esterlinas y compro con este dinero un traje, lo gasto definitivamente. Ya no tengo nada que ver con dichas tres libras esterlinas. Ellas pertenecen ahora al tendero. Pero, si vendo un segundo *quarter* de trigo, el dinero refluye nuevamente

³ "Cuando se compra un objeto para volver a venderlo, la suma utilizada se denomina dinero adelantado; cuando no se compra para venderlo, se dice que es dinero gastado" (James Steuart. *Works, etc.*, edited by General Sir James Steuart, his son, Londres, 1805, v. 1, p. 274).

a mí, pero no como resultado de la primera transacción, sino por efecto de su repetición. Este dinero se aleja una vez más de mí apenas finalice la segunda transacción y vuelva a comprar. En la circulación $M - D - M$, el gasto del dinero no tiene nada que ver con su reflujo. Por el contrario, en $D - M - D$ el reflujo del dinero está condicionado por el carácter de su gasto. Sin este reflujo, la operación fracasa o se interrumpe el proceso, quedando trunco, pues falta su segunda fase, la venta que complementa y finaliza la compra.

El ciclo $M - D - M$ comienza con una mercancía y se cierra por otra, que sale de la circulación y entra en la órbita del consumo. Su finalidad es, por tanto, el consumo, la satisfacción de necesidades, o dicho en otros términos, el valor de uso. En cambio, el ciclo $D - M - D$ arranca del dinero y regresa finalmente a él. Su motivo propulsor y su finalidad determinante es, por tanto, el propio valor de cambio.

En la circulación mercantil simple ambos extremos tienen la misma forma económica. Ambos son mercancías. Además, son mercancías de igual magnitud de valor. Pero, son valores de uso cualitativamente distintos, por ejemplo, trigo y traje. El intercambio de productos, el cambio de diferentes materias en que toma cuerpo el trabajo social, constituye el contenido del movimiento. No así en la circulación $D - M - D$. A primera vista, ésta parece carente de contenido, pues es tautológica. Ambos polos poseen la misma forma económica. Los dos son dinero, por tanto, no son valores de uso cualitativamente distintos, pues el dinero es precisamente la imagen transformada de las mercancías en la que desaparecen sus particulares valores de uso. Cambiar primero £100 por algodón, y después nuevamente el mismo algodón por £100, o sea, cambiar dinero por dinero dando un rodeo, una cantidad por otra igual, pareciese ser una operación tan inútil como absurda⁴. En general, una suma de

⁴ "No se cambia dinero por dinero", exclama Mercier de la Rivière dirigiéndose a los mercantilistas (l.c., p. 486). En una obra que trata *ex professo* del "comercio" y de la "especulación", leemos: "Todo comercio se compone del intercambio de objetos de distinto tipo; y la ventaja" (¿para el comerciante?) "surge precisamente de esta diversidad. Cambiar una libra de pan por una libra de pan no tendría ventaja alguna... de aquí el ventajoso contraste que media entre el comercio y el juego, el cual sólo consiste en cambiar dinero por dinero" (Th. Corbet. *An Inquiry into the Causes and Modes of the Wealth of Individuals; or the Principles of Trade and Speculation explained*, Londres, 1841, p. 5). Aunque Corbet no ve que $D - D$, es decir el cambio de dinero por dinero, es la forma característica de la circulación no sólo del capital comercial, sino de todo capital, reconoce, al menos, que esta forma de un tipo de comercio, la especulación, es común también al juego; pero, luego viene MacCulloch y descubre que comprar para vender es especular, y desaparece, por tanto, la diferencia entre la especulación y el comercio. "Cada transacción por medio de la cual un individuo compra un producto para venderlo nuevamente es, de hecho, especulación" (MacCulloch. *A Dictionary, Practical etc. of Commerce*, Londres, 1847, p. 1009). Pinto, el Pindaro de la Bolsa de Amsterdam, es mucho más ingenuo: "El comercio es un juego" (frase tomada de Locke), "y nada se le puede ganar al que nada tiene. Si

dinero puede distinguirse de otra sólo por su magnitud. El proceso $D - M - D$ no debe, por ello, su contenido a ninguna diferencia cualitativa entre sus polos, pues ambos son dinero, sino a su diferencia cuantitativa. Finalmente, se extrae de la circulación más dinero del lanzado en un comienzo. El algodón comprado por £100 se vende, v.gr., por £100 + 10, o sea, por £110. La forma completa de este proceso es, por tanto, $D - M - D'$, donde $D' = D + \Delta D$, es decir, es igual a la suma de dinero adelantada inicialmente más un incremento. Este incremento o excedente por encima del valor original lo llamo plusvalor* (*surplus value*). Por tanto, el valor adelantado inicialmente no sólo se mantiene en la circulación, sino en ella cambia su magnitud de valor, se añade un plusvalor, se valoriza. Y este movimiento es el que lo convierte en capital.

Es, indudablemente, también posible que en $M - D - M$, los dos extremos M y M , por ejemplo, el trigo y el traje, sean magnitudes de valor cuantitativamente distintas. El campesino puede vender su trigo por sobre el valor, o comprar el traje por debajo del suyo. Puede, también, ser engañado por el tendero. Sin embargo, en esta forma de circulación, tales diferencias de valor son puramente casuales. Esta forma no pierde sentido o importancia, como ocurre en el proceso $D - M - D$, si ambos extremos, el trigo y el traje, son equivalentes. La igualdad de sus valores es aquí precisamente condición del desarrollo normal del proceso.

La repetición o renovación del acto de vender para comprar encuentra, como el propio proceso, su medida y su sentido en una meta final que se encuentra fuera de éste, en el consumo, en la satisfacción de determinadas necesidades. En cambio, cuando se compra para vender, el comienzo y el fin del proceso es el mismo, el dinero, el valor de cambio, y ya por ello el movimiento es infinito. Claro está que D se convirtió en $D + \Delta D$, las 100 libras esterlinas en £100 + £10. Pero, desde un punto de vista puramente cualitativo, £110 son lo mismo que £100, a saber, dinero. En términos cuantitativos, £110, son, como las £100, una suma limitada de valor. Si las £110 se gastasen como dinero, faltarían a su papel. Dejarían de ser capital. Sustraídas de la circulación, se petrificarían como tesoro, y no crecerían ni un *farthing*, aun cuando permaneciesen en tal estado hasta al día del Juicio Final. Por tanto, si se trata de valorizar el valor, a igual necesidad responde valorizar £110 que £100, pues ambas cantidades son expresiones limitadas del valor de cambio y tienen, por ende, igual vocación de acercarse

alguien ganase durante largo tiempo todó de todos, tendría que devolver de buena voluntad la mayor parte de la ganancia, para poder recomenzar el juego" (Pinto. *Traité de la Circulation et du Crédit*, Amsterdam, 1771, p. 231).

* Empleamos el término "plusvalor" por ser el utilizado exactamente en Marx y no el de "plusvalía", que se ha empleado en numerosas traducciones y tiene ya un uso muy extendido en el mismo sentido. — *Ed.*

a la riqueza, incrementando su magnitud. Cierto es que el valor originalmente adelantado de £100 se distingue durante un instante del plusvalor de £10 que se le agrega en la circulación, pero esta diferencia se esfuma rápidamente. Al finalizar el proceso, no encontramos por un lado el valor original de £100 y por otro el plusvalor de £10. Lo que surge del proceso es un valor de £110, que se presenta como un todo, para comenzar el proceso de valorización en la misma forma que las primitivas 100 libras esterlinas. Al terminar el proceso, el dinero aparece nuevamente como su punto inicial⁵. El final de cada ciclo aislado, en que se realiza la operación de comprar para vender, constituye, por tanto, de suyo, el comienzo de un ciclo nuevo. La circulación simple de mercancías —el vender para comprar— sirve de medio para una finalidad que se encuentra fuera de la circulación: la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación del dinero como capital es, en cambio, una finalidad en sí, pues la valorización del valor se da sólo dentro de este movimiento constantemente renovado. El movimiento del capital, en consecuencia, no tiene límites⁶.

Como portador consciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. Su persona o, mejor dicho, su bolsillo constituye el punto de partida y de retorno del dinero. El contenido objetivo de esta circulación —la valorización del valor— es su finalidad subjetiva, y sólo actúa como capitalista, o como capital personificado, dotado de voluntad y consciencia, en la medida en que la creciente apropiación de riqueza abstracta constituye el único motivo propulsor de todas sus operaciones. No se debe nunca, por eso, considerar el valor de uso como finalidad inmediata del

⁵ "El capital se divide... en capital primitivo y ganancia o incremento del capital... no obstante, la misma práctica transforma inmediatamente esta ganancia en capital y la pone en movimiento junto a éste" (F. Engels. *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, editados por Arnold Ruge y Carlos Marx, París, 1844, p. 99).

⁶ Aristóteles contraponen la crematística a la economía. Y arranca de ésta. En cuanto arte de lucro, la economía se limita a procurar los bienes necesarios para la vida y útiles para la casa o para el Estado. "La verdadera riqueza (o ἀληθινὸς πλοῦτος) se compone de estos valores de uso, pues, la cantidad de propiedades de este tipo, suficientes para vivir bien, no es ilimitada. Pero hay un segundo arte de lucro, al que suele darse, acertadamente, el nombre de crematística, según la cual pareciera que no hay límites para la riqueza y la posesión. El comercio de mercancías" («ἡχαπηλιχίη» significa literalmente comercio detallista, y Aristóteles toma esta forma porque en ella prevalece el valor de uso), "no pertenece de suyo a la crematística, pues aquí el intercambio sólo atañe lo necesario para las partes que en él intervienen (el vendedor y el comprador)". Por eso, continúa Aristóteles desarrollando su idea, la forma primitiva del comercio de mercancías fue el trueque, pero al desarrollarse surgió necesariamente el dinero. Con la invención del dinero, el trueque tenía que convertirse necesariamente en χαπηλιχίη, comercio de mercancías, y éste, en contradicción con su tendencia original, se transformó en crematística, en el arte de hacer dinero. A su vez, la crematística se distingue de la economía en que "para ella la fuente de la riqueza es la circulación (ποιητικὴ χρημάτων... δια χρημάτων μεταβολῆς). Y toda ella parece girar

capitalista⁷. Tampoco la ganancia aislada, sino el movimiento incesante de la ganancia⁸. Este afán absoluto de enriquecimiento, esta carrera desenfadada tras el valor⁹ es común al capitalista y al acaudalador; pero, mientras éste es sólo un capitalista loco, aquél es un acaudalador racional. La multiplicación incesante del valor, deseada por el acaudalador tratando de salvar su dinero de la circulación¹⁰, el capitalista la obtiene, con más inteligencia, al lanzarlo una y otra vez a dicho proceso^{10a}.

Las formas independientes, las formas de dinero, que reviste el valor de las mercancías en la circulación simple, no hacen más que servir de mediadoras del intercambio de mercancías, desapareciendo en el resultado final del movimiento. En cambio, en la circulación $D - M - D$, ambos, la mercancía y el dinero, funcionan tan sólo como distintos modos de existencia del propio valor: el dinero como su modalidad general, la mercancía como su modo particular o, por así decirlo, transfigurado¹¹. El valor pasa constantemente de una forma a otra, sin perderse en estos movimientos, convirtiéndose de esta manera en un sujeto automático. De precisarse las formas de

en torno al dinero, pues éste es el comienzo y el fin de tal tipo de cambio (τὸ γὰρ νόμισμα στοιχεῖον καὶ πέρασ τῆς ἀλλαγῆς ἐστίν). Por tanto, la riqueza, a la que aspira la crematística, no tiene límites. La crematística no tiene límites en sus aspiraciones, como tampoco lo tiene todo arte cuya finalidad se considere no como medio, sino como fin último, pues busca cada vez acercarse más y más a él; en cambio, las artes que persiguen medios para un fin no son ilimitadas, pues el fin mismo les pone fronteras; así, la crematística carece de limitaciones en sus fines, que consisten en el enriquecimiento absoluto. La economía, no la crematística, tiene fronteras... la primera persigue un fin distinto del dinero, la segunda, la multiplicación de éste... La confusión de ambas formas, que se transforman la una en la otra, ha dado pie para que algunos consideren como meta final de la economía la conservación y multiplicación al infinito del dinero" (Aristóteles. *De Rep.* ed. Bekker, libro I, caps. 8 y 9 *passim*).

⁷ "Las mercancías" (en el sentido de valores de uso) "no son la meta final del capitalista comercial... su meta final es el dinero" (Th. Chalmers. *On Political Econ.*, etc., 2ª ed., Glasgow, 1832, pp. 165, 166).

⁸ "El comerciante no aprecia casi la ganancia obtenida, siempre mira al futuro" (A. Genovesi. *Lezioni di Economia Civile* (1765), edición de los *Economistas Italianos* de Custodi, Parte Moderna, t. VIII, p. 139).

⁹ "La pasión insaciable de ganancia, la *auri sacra fames*, es lo que impulsa siempre al capitalista" (MacCulloch. *The Principles of Polit. Econ.*, Londres, 1830, p. 179). Este punto de vista no le impide a MacCulloch y consortes, naturalmente, en su perplejidad teórica, v.gr., al tratar de la sobreproducción, convertir al mismo capitalista en un buen ciudadano únicamente interesado en el valor de uso, que tiene hambre canina de botas, sombreros, huevos, percal y otras clases de valores de uso altamente familiares.

¹⁰ «Σωζειν» [salvar] es uno de los términos característicos de los griegos para expresar el acaudalamiento. De igual modo, en inglés "to save" significa "salvar" y "ahorrar".

^{10a} "Lo que las cosas no poseen de infinito en su progreso, lo tienen en su rotación" (Galiani, [l.c.], p. 156).

^{11a} "No es la materia, sino el valor de ella, lo que constituye el capital" (J.B. Say. *Traité d'Écon. Polit.*, 3ª ed., París, 1817, t. II, p. 429).

manifestación particulares que el valor que se valoriza reviste alternativamente en el ciclo de su vida, obtendremos las definiciones: capital es dinero; capital es mercancía¹². Aquí, de hecho, el valor se convierte en sujeto de un proceso en el que, cambiando constantemente las formas de dinero y mercancía, varía su propia magnitud; como plusvalor, se repele de sí mismo en cuanto valor originario y se valoriza a sí mismo. Pues, el movimiento en que se añade plusvalor es su propio movimiento, su valorización, por tanto, su autovvalorización. Ha obtenido la cualidad oculta de engendrar valor por ser valor. Lanza al mundo crías vivas, o al menos pone huevos de oro.

Como sujeto activo de este proceso, en el que tan pronto reviste como abandona la forma de dinero y de mercancía, pero manteniéndose íntegro e incrementándose en este cambio, el valor necesita, antes que nada, una forma independiente en que se constate su identidad consigo mismo. Y esta forma la obtiene sólo en el dinero. Por ello, el dinero constituye el punto de partida y el punto final de cada proceso de valorización. Comenzó siendo 100 libras esterlinas, para ser ahora 110, etc. Pero el dinero sólo funciona aquí como una de las formas del valor, pues posee dos. Sin revestir la forma de mercancía, el dinero no se transforma en capital. Por tanto, el dinero aquí no se presenta polémicamente contra la mercancía, como en el atesoramiento. El capitalista sabe que todas las mercancías, por despreciables que parezcan o por mal que huelan, son, por su fe y su verdad, dinero, judíos interiormente circuncidados y además medios mágicos para extraer del dinero más dinero.

Si en la circulación simple, el valor de las mercancías reviste frente a su valor de uso, en el mejor de los casos, la forma autónoma de dinero, aquí súbitamente se presenta como una sustancia en proceso, con movimientos propios, para la cual la mercancía y el dinero no son más que simples formas. Aún hay más. En vez de representar relaciones entre mercancías, el valor se presenta ahora en una relación privada consigo mismo, por decirlo así. Como valor originario, se distingue de sí mismo en cuanto plusvalor, como el Dios Padre se distingue del Dios Hijo, aunque ambos tengan igual edad y constituyan, de hecho, una sola persona, pues las £100 adelantadas únicamente por medio del plusvalor de £10 se convierten en capital, y tan pronto ello ocurre, tan pronto es engendrado el Hijo y, a través de él el Padre, nuevamente desaparece su diferencia y ambos son una cosa, £110.

Por tanto, el valor se convierte en valor en proceso, en dinero en proceso y, como tal, en capital. Sale de la órbita de la circulación e ingresa a ella nuevamente, se mantiene íntegro y se multiplica allí,

¹² "Los medios de circulación [currency] (!) utilizados con fines productivos son capital" (Macleod. *The Theory and Practice of Banking*, Londres, 1855, v. I, cap. I, p. 55). "El capital es mercancías" (James Mill. *Elements of Pol. Econ.*, Londres, 1821, p. 74).

regresa incrementado e inicia una y otra vez el mismo ciclo¹³. $D - D'$, dinero que engendra dinero —*money wich begets money*—, tal es en boca de sus primeros intérpretes, los mercantilistas, la descripción del capital.

Comprar para vender o, dicho más exactamente, comprar para vender más caro, $D - M - D'$, parece sólo ser la forma peculiar de un tipo de capital, del capital comercial. Pero, el capital industrial es también dinero que se transforma en mercancías y que, mediante la venta de ellas, se convierte nuevamente en más dinero. Los actos que pueden transcurrir entre la compra y la venta, fuera de la órbita de la circulación, no cambian en nada esta forma del movimiento. Finalmente, en el capital dado a interés, la circulación $D - M - D'$ se presenta en su resultado, bajo una forma abreviada, sin fase intermedia, en estilo lapidario, por decirlo así, como $D - D'$, o sea, dinero igual a más dinero, como valor mayor a sí mismo.

Por tanto, $D - M - D'$ es, en efecto, la fórmula general del capital, tal como se presenta directamente en la órbita de la circulación.

2. CONTRADICCIONES DE LA FORMULA GENERAL

La forma de circulación, en que el dinero sale de la crisálida convertido en capital, contradice a todas las leyes expuestas anteriormente acerca de la naturaleza de la mercancía, del valor, del dinero y de la propia circulación. Lo que distingue a esta forma de la circulación simple de mercancías es la sucesión inversa de los dos procesos opuestos, la venta y la compra. ¿Cómo se explica que esta diferencia puramente formal haya cambiado como por encanto la naturaleza de este proceso?

Y aún más. Esta inversión sólo existe para una de las tres partes negociantes, que comercian entre sí. Como capitalista compro la mercancía a A y la revendo a B ; mientras que como simple poseedor de mercancías vendo una mercancía a B y después compro otra a A . Para los contratantes A y B la diferencia señalada no existe. Ellos únicamente actúan como comprador y vendedor de mercancías. Yo cada vez me enfrento a ellos como simple poseedor de dinero o de mercancías, como comprador o vendedor, y en ambas secuencias me contrapongo a uno sólo como comprador y a otro como simple vendedor, al primero sólo como dinero, al último únicamente como mercancía, no me enfrento a ninguno de ellos como capital o capitalista; es decir, como representante de algo superior al dinero o a la mercancía, o capaz de producir efectos distintos a los del dinero o de la mercancía. En mi caso, la compra a A y la venta a B constituyen una secuencia. El vínculo de ambos actos existe sólo para mí. A no

¹³ "Capital... valor que se multiplica permanentemente." (Sismondi. *Nouveaux Principes d'Écon. Polit.*, t. I, p. 89).

se preocupa en lo más mínimo de mi transacción con *B*, y a *B* no le interesa la transacción que realizo con *A*. Y si intentase demostrarles la ventaja que me supone invertir la sucesión, ellos demostrarían que me equivoque en cuanto a este orden y que la transacción total no comenzó con una compra y terminó con una venta, sino que al revés, empezó con la venta y finalizó con la compra. En efecto, mi primer acto, la compra, fue una venta, desde el punto de vista de *A*, y mi segundo acto, la venta, constituyó, desde el punto de vista de *B*, una compra. No satisfechos con esto, *A* y *B* sostendrán que toda esta secuencia era completamente superflua, como juegos malabares. Bastaría con que *A* vendiese su mercancía directamente a *B*, y éste la comprara directamente al primero. Con esto, toda la transacción se reduciría a un acto unilateral de la circulación mercantil común y corriente; desde el punto de vista de *A*, a una simple venta y desde el de *B*, una mera compra. Por tanto, al invertir el orden no hemos salido de los marcos de la órbita de la circulación mercantil simple; no tenemos, pues, más que estudiar si, por su naturaleza, esa circulación permite la valorización de los valores que la integran y, por tanto, la creación de plusvalor.

Enfoquemos el proceso de circulación en forma de un simple intercambio de mercancías. Esto ocurre siempre que ambos poseedores se compran mutuamente mercancías y saldan en el día de su vencimiento la diferencia de sus respectivos créditos. En este caso, el dinero funciona como dinero de cálculo, cuya misión es expresar en precios los valores de las mercancías, pero no se les enfrenta materialmente. Por cuánto se trata de valores de uso, es obvio que ambos contratantes pueden ganar en su intercambio. Ambos se desprenden de mercancías que como valores de uso les son inútiles y obtienen otras cuyo uso precisan. Y esta utilidad puede no ser la única. *A*, que vende vino y compra trigo, tal vez produce más vino de lo que pudiese producir en el mismo tiempo de trabajo el agricultor *B*, y éste produce más trigo, de lo que pudiese obtener en el mismo tiempo el productor de vino *A*. *A* obtiene, por tanto, más trigo y *B* más vino en el intercambio de valores iguales que si cada uno de ellos hubiese de producir vino y trigo para sí mismos sin intercambiarlos. Respecto a los valores de uso se puede afirmar, por eso, que "el intercambio es una transacción en que ambas partes ganan"¹⁴. Otra cosa ocurre con el valor de cambio.

"Un hombre que posee mucho vino, pero que no tiene trigo, comercia con un hombre que posee mucho trigo, pero que no tiene vino, y entre ellos se cambia trigo por valor de 50 por un valor de 50 en vino. Este intercambio no implica un aumento del valor de cambio ni para uno ni para el otro; pues, antes del cambio, ya cada uno poseía un valor igual al que se proporciona por medio de esta operación."¹⁵

¹⁴ "El intercambio es una transacción admirable, en la cual ambas partes ganan siempre (!)" (Destutt de Tracy. *Traité de la Volonté et de ses Effets*, Paris, 1826, p. 68). El mismo libro apareció también bajo el título de la *Traité d'Éc. Pol.*

¹⁵ Mercier de la Rivière, l.c., p. 544.

No cambia en nada el asunto, si el dinero se interpone como medio de circulación entre las mercancías y los actos de compra y venta se escinden palpablemente¹⁶. El valor de las mercancías se representa en sus precios antes de que ingresen a la circulación; es, por tanto, premisa y no resultado de ésta¹⁷.

Haciendo abstracción, o sea prescindiendo de circunstancias que no se desprenden de las leyes inmanentes de la circulación simple de mercancías, en ésta, salvo la sustitución de un valor de uso por otro, no ocurre nada más que una metamorfosis, un simple cambio de forma de la mercancía. En manos del poseedor de mercancías permanece el mismo valor, es decir, la misma cantidad de trabajo social objetivado, primero en la imagen de su mercancía, después en la imagen del dinero en que se transforma y, por último, en la imagen de la mercancía en que el dinero vuelve a invertirse. Pero este cambio de forma no implica una variación en la magnitud de valor. El cambio que experimenta en este proceso el propio valor de la mercancía se limita a un cambio de su forma de dinero. Esta existe inicialmente como precio de la mercancía puesta en venta, luego como suma de dinero, ya expresada con anterioridad en el precio y, finalmente, como el precio de una mercancía equivalente. De por sí, este cambio de forma no implica variación de la magnitud de valor, al igual que acontece con el cambio de un billete de cinco libras por soberanos, medio soberanos y chelines. Por tanto, en la medida en que la circulación de la mercancía sólo condiciona un cambio de forma de su valor, supone, si el proceso transcurre en toda su pureza, el intercambio de equivalentes. La propia economía vulgar, con no sospechar siquiera lo que es el valor, tan pronto desea a su modo observar el proceso en toda su pureza, parte del supuesto de que la demanda y la oferta se equilibran, es decir, cesa por completo su efecto. Por ello, si con relación a los valores de uso, ambos participantes en el cambio pueden ganar, es imposible que con respecto al valor de cambio ganen los dos. Aquí rige otra norma: "Donde hay igualdad, no hay lucro"¹⁸. Las mercancías pueden, por cierto, venderse a precios diferentes de sus valores, pero tal desviación se presenta como transgresión de la ley del intercambio de mercancías¹⁹. En su forma pura, es un intercambio de equivalentes, por

¹⁶ "El que uno de ambos valores sea dinero o que los dos sean simples mercancías es, de suyo, lo más indiferente del mundo" (Mercier de la Rivière, l.c., p. 543).

¹⁷ "No son los contratantes quienes deciden acerca del valor, éste es anterior al contrato" (Le Trosne, l.c., p. 906).

¹⁸ "Dove è eguaglià, non è lucro" (Galvani, *Della Moneta*, en Custodi, Parte Moderna, t. IV, p. 244).

¹⁹ "El intercambio deviene desventajoso para uno de los participantes, si alguna circunstancia exterior disminuye o aumenta el precio: entonces se quiebra la igualdad; pero, esto acontece por obra de la circunstancia mencionada y no del intercambio" (Le Trosne, l.c., p. 904).

tanto, no constituye un medio de enriquecerse obteniendo más valor²⁰.

Es, por eso, que detrás de los intentos de representar la circulación de mercancías como la fuente de plusvalor se esconde, la mayoría de las veces, un *quid pro quo*, una confusión entre valor de uso y valor de cambio. Tal acontece, v.gr., en Condillac:

"Es falso que en el intercambio de mercancías se cambie un valor por otro igual. Todo lo contrario. Cada uno de los dos contratantes entrega siempre un valor menor a cambio de uno mayor... En efecto, si se cambiasen siempre valores iguales, ninguno de los contratantes podría obtener ganancia. Pero, ambos ganan o debieran ganar. ¿Por qué? El valor de los objetos consiste sólo en su relación con nuestras necesidades. Lo que para uno es más, es para el otro menos y viceversa... No es dable suponer que ofrezcamos en venta objetos que son imprescindibles para nuestro consumo... Queremos desprendernos de una cosa para nosotros inútil y obtener a cambio algo necesario; queremos dar menos por más... Es natural pensar que el cambio se da entre valores iguales, puesto que cada uno de los objetos canjeados es igual en valor a la misma cantidad de dinero... Pero, es necesario tomar en consideración otro aspecto; surge la pregunta: ¿acaso no cambiamos un excedente por algo necesario?"²¹

Como se ve, Condillac no sólo confunde el valor de uso y el valor de cambio, sino que le atribuye, de un modo realmente infantil, a una sociedad de producción de mercancías desarrollada un estado de cosas en que el productor crea él mismo sus medios de subsistencia y lanza a la circulación únicamente el excedente sobre sus propias necesidades, lo superfluo²². Sin embargo, el argumento de Condillac lo repiten con frecuencia los economistas modernos, sobre todo cuando se trata de representar como productora de plusvalor la forma desarrollada del intercambio de mercancías, el comercio.

"El comercio —dice, por ejemplo, un autor— añade valor a los productos, pues éstos tienen más valor en manos del consumidor que en las del productor, y se le debe, por tanto, considerar estrictamente (*strictly*) como acto de producción."²³

Pero, las mercancías no se pagan dos veces, una por su valor de uso y otra por su valor. Y si bien el valor de uso de la mercancía es más útil al comprador que al vendedor, su forma dinero es más

²⁰ "El intercambio es, por su naturaleza, un contrato de igualdad, celebrado entre dos valores iguales. No es, por tanto, un medio de enriquecerse, pues se da tanto como se recibe" (Le Trosne, l.c., pp. 903, 904).

²¹ Condillac. *Le Commerce et le Gouvernement* (1776), ed. Daire et Molinari, en *Mélanges d'Économie Politique*, París, 1847, pp. 267, 290-291.

²² Por eso, Le Trosne responde muy acertadamente a su amigo Condillac: "En una sociedad desarrollada no hay, en general, nada superfluo". Mofándose al mismo tiempo de él con esta observación: "Si ambas partes que intervienen en el cambio obtienen, por igual, más por menos, obtendrán los dos lo mismo". Dado que Condillac no posee la más mínima idea sobre la naturaleza del valor de cambio, es el fiador más apropiado que podía encontrar el Prof. Wilhelm Roscher para apoyar en él sus conceptos infantiles. Véase *Die Grundlagen der National-ökonomie*, 3ª ed., 1858.

²³ S.P. Newman. *Elements of Polit. Econ.*, Andover and New York, 1835, p. 175.

útil al vendedor que al comprador. De no ser así, ¿acaso la vendería? Y se podría decir del mismo modo que el comprador realiza, estrictamente (*strictly*), un "acto de producción" al convertir en dinero, por ejemplo, las medias que le vende el comerciante.

De cambiarse mercancías o mercancías y dinero de igual valor de cambio, o sea equivalentes, es indudable que nadie saca de la circulación más valor del que metió en ella. En este caso no se crea plusvalor. En su forma pura, el proceso de circulación de mercancías requiere del cambio de equivalentes. Sin embargo, en la realidad las cosas no transcurren en toda su pureza. Supongamos, pues, el intercambio de no-equivalentes.

En cualquier caso, en el mercado se enfrenta un poseedor de mercancías y otro, y el poder que estas personas se ejercen mutuamente no es más que el de sus respectivas mercancías. La diversidad material de las mercancías es el motivo material del intercambio y hace que los poseedores de mercancías dependan mutuamente los unos de los otros, pues ninguno de estos poseedores tiene en sus manos el objeto que necesita, y cada uno posee el que requieren los demás. Fuera de esta diversidad material de sus valores de uso persiste sólo una diferencia entre las mercancías, la existente entre su forma natural y su forma transfigurada, es decir entre la mercancía y el dinero. De este modo, los poseedores de mercancías se distinguen únicamente como vendedores, poseedores de mercancías y compradores, poseedores de dinero.

Supongamos ahora que, por cierto inexplicable privilegio, al vendedor le sea dado vender su mercancía por sobre su valor, a 110, cuando cuesta 100, o sea con un recargo nominal en el precio del 10%. El vendedor se embolsará, por tanto, un plusvalor de 10. Pero, después de ser vendedor, se convierte en comprador. Ahora, un tercer poseedor de mercancías se le enfrenta como vendedor y disfruta, a su vez, del privilegio de vender su mercancía un 10% más cara. Nuestro hombre ha ganado 10 como vendedor, para perderlos como comprador²⁴. En los hechos, todo el asunto se reduce a que los poseedores de mercancías se las venden entre sí con un 10% de recargo, lo que es lo mismo que si se las vendiesen a su valor. Tal incremento nominal de los precios, con carácter general, produce el mismo efecto que si los valores de las mercancías se tasasen, por ejemplo, en plata, en lugar de hacerlo en oro. Las denominaciones en dinero, es decir, los precios de las mercancías, aumentarían, pero sus relaciones de valor permanecerían invariables.

Supongamos, por el contrario, que es el comprador quien tiene el privilegio de adquirir las mercancías por debajo de su valor.

²⁴ "Incrementando el valor nominal de los productos... los vendedores no serán más ricos... pues todo lo que ganan como vendedores lo pierden en su calidad de compradores" ([J. Gray.] *The Essential Principles of the Wealth of Nations, etc.*, Londres, 1797, p. 66).

Ni siquiera es necesario recordar que el comprador se convertirá posteriormente en vendedor. Mas precisamente él ya fue vendedor antes de ser comprador. Ya perdió un 10% como vendedor antes de ganar 10% como comprador²⁵. No ha cambiado nada.

La creación del plusvalor y, por tanto, la transformación del dinero en capital no se puede explicar por el hecho de que los vendedores realicen las mercancías por sobre su valor, como tampoco por el hecho de que los compradores las adquieran por debajo de éste²⁶.

El problema no se simplifica, en modo alguno, si introducimos de contrabando relaciones ajenas, diciendo, por ejemplo, con el coronel Torrens:

"La demanda efectiva consiste en la capacidad e inclinación (I) del consumidor a dar por las mercancías cierta porción de ingredientes del capital, mayor de lo que cuesta su producción, sea esto por medio del intercambio directo o indirecto"²⁷.

En la circulación, los productores y los consumidores sólo se enfrentan como vendedores y compradores. Afirmar que el plusvalor del productor brota del hecho de que el consumidor paga la mercancía por sobre su valor, equivale a enmascarar la sencilla frase de que el poseedor de mercancías tiene, como vendedor, el privilegio de vender más caro. El vendedor produce la mercancía o representa a su productor, pero el comprador ha producido, no en menor medida, su mercancía materializada en el dinero, o representa a su productor. De esta manera, el productor se enfrenta al productor. La distinción entre ambos consiste en que uno compra y el otro vende. No avanzaremos ni un solo paso si admitimos que el poseedor de mercancías vende, bajo el nombre de productor, la mercancía por sobre su valor y, con el nombre de consumidor, la paga más caro²⁸.

Por eso, los consecuentes representantes de la ilusión de que el plusvalor surge de un recargo nominal sobre los precios, o sea, del privilegio que permite al vendedor realizar las mercancías por sobre su valor, presuponen la existencia de una clase que compra sin vender, es decir, que únicamente consume, sin producir. La existencia de tal clase es aún inexplicable desde el punto de vista en

²⁵ "Si se tiene que vender por 18 libras una cantidad de un determinado artículo que cuesta 24 libras, se empleará la misma suma en comprar por 18 libras lo que antes por 24" (Le Trosne, l.c., p. 879).

²⁶ "Ningún vendedor puede, por eso, comúnmente elevar el precio de sus mercancías, sin tener de igual modo que pagar más caro las mercancías de los otros vendedores; y, por la misma razón, ningún consumidor puede, normalmente, comprar más barato sin tener que bajar igualmente los precios de las mercancías que vende" (Mercier de la Rivière, l.c., p. 555).

²⁷ R. Torrens. *An Essay on the Production of Wealth*, Londres, 1821, p. 349.

²⁸ "La idea de que los consumidores son quienes pagan las ganancias es, evidentemente, muy absurda. ¿Quiénes son los consumidores?" (G. Ramsay. *An Essay on the Distribution of Wealth*, Edimburgo, 1836, p. 183).

que nos hemos colocado hasta el momento, el de la circulación simple. Pero, adelantémosnos un poco. El dinero, con que esa clase compraría continuamente, debiera afluir a ella de manos de los poseedores de mercancías, sin intercambio, gratis, en base a ciertos títulos de derecho o de fuerza. Vender a esta clase las mercancías por sobre su valor equivale sencillamente a recuperar, por medio del engaño, parte del dinero que se le entregó gratis²⁹. Así, por ejemplo, las ciudades del Asia Menor pagaban anualmente a la Roma Antigua un tributo en dinero. Y con este dinero Roma les compraba sus mercancías, pagándoles por sobre su valor. Los habitantes del Asia Menor engañaban a los romanos, arrancando de los conquistadores, por medio del comercio, una parte del tributo. Pero, sin embargo, los engañados seguían siendo los vendedores. Sus mercancías eran pagadas siempre con su propio dinero. No es este un método de enriquecimiento o de creación de plusvalor.

Permanezcamos, por tanto, dentro de los marcos del intercambio de mercancías, donde el vendedor es comprador y éste, a su vez, vendedor. Nuestra perplejidad proviene, tal vez, de que enfocamos a las personas sólo como categorías personificadas, no individualmente.

Puede ocurrir que el poseedor de mercancías *A* sea tan astuto que engañe a sus colegas *B* y *C* y que éstos, pese a toda su buena voluntad, no sean capaces de tomarse la revancha. *A* vende a *B* vino por un valor de £ 40 y adquiere a cambio trigo por un valor de £ 50. De esta manera, *A* convierte sus £ 40 en 50, sacando más dinero del invertido y transformando su mercancía en capital. Observemos la operación más detenidamente. Antes del cambio, teníamos en manos de *A* £ 40 en vino y en manos de *B*, £ 50 de trigo, o sea, un valor total de £ 90. Después del cambio, tenemos el mismo valor total de £ 90. El valor en circulación no se ha incrementado ni en un átomo, ha variado su distribución entre *A* y *B*. Lo que de un lado se manifiesta como plusvalor, es del otro menosvalor; lo que de una parte representa un más, representa de la otra un menos. El mismo resultado se habría dado si *A* hubiese robado a *B* las 10 libras esterlinas, sin esconderse tras la forma del cambio. La suma de los valores circulantes no puede, indudablemente, ser incrementada por ningún cambio efectuado en su distribución, del mismo modo que la masa de metales preciosos en un país no aumenta al vender un judío un *farthing* de la época de la reina Ana por una guinea. La clase capi-

²⁹ "Si un hombre no encuentra demanda, ¿qué le aconseja el señor Malthus?, ¿pagar a otra persona para que le compre sus mercancías?", pregunta un ricardiano indignado a Malthus, quien, al igual que su discípulo, el cura Chalmers, glorifica económicamente a la clase de simples compradores o consumidores. Véase: *An Inquiry into those Principles, respecting the Nature of Demand and the Necessity of Consumption, lately advocated by Mr. Malthus, etc.* Londres, 1821, p. 55.

talista de un país no puede enriquecerse en su totalidad a costa propia³⁰.

No hay más vuelta que darle, el resultado es siempre el mismo. Si se cambian equivalentes, no surge plusvalor, y si se cambian no-equivalentes, tampoco se genera plusvalor³¹. La circulación o el cambio de mercancías no crea valor³².

De aquí se desprende por qué en nuestro análisis de la forma principal del capital, de la forma en que determina la organización económica de la sociedad moderna, hemos dejado de lado, por el momento, sus imágenes populares y antediluvianas, por así decirlo: el capital comercial y el capital usurario.

En el capital comercial propiamente tal, la forma $D - M - D'$, comprar para vender más caro, se manifiesta con la mayor pureza. Por otra parte, todo su movimiento transcurre dentro de la órbita de la circulación. Pero, como de la propia circulación es imposible explicar la transformación de dinero en capital y la creación de plusvalor, el capital comercial se representa como una imposibilidad, tan pronto se cambian equivalentes³³; su existencia es, por tanto, sólo deducible del doble engaño de los productores de mercancías que las compran y las venden por parte del comerciante parasitariamente interpuesto entre unos y otros. En este sentido, dice Franklin: "La guerra es un robo; el comercio, un engaño"³⁴. Para que la valorización del capital comercial no se explique del mero engaño de los productores de mercancías, se requiere una larga serie de eslabones intermedios que por el momento faltan completamente, puesto

³⁰ Destutt de Tracy era de opinión contraria, a pesar de ser —o acaso por serlo— *membre de l'Institut*^[60]. Los capitalistas industriales, dice, obtienen sus ganancias porque "venden todo más caro de lo que les ha costado producirlo. ¿Y a quién lo venden? En primer lugar, lo venden a ellos mismos" (l.c., p. 239).

³¹ "El cambio de dos valores iguales no incrementa ni disminuye la masa de los valores existentes en la sociedad. El cambio de los valores desiguales... tampoco altera en nada la suma de los valores sociales, aunque añada a la fortuna de una persona lo que le resta a la fortuna de otra" (J.B. Say, l.c., t. II, pp. 443, 444). Say toma esta frase de los fisiócratas casi al pie de la letra, naturalmente sin preocuparse de sus consecuencias. El modo en que este autor explotaba los escritos de dicha escuela, en su tiempo olvidados, para aumentar sus propios "valores", nos lo muestra el ejemplo siguiente. La "famosísima" frase de monsieur Say: "Los productos sólo se pueden comprar con productos" (l.c., t. II, p. 441), dice en el original fisiocrático: "Las producciones no se pagan sino con producciones" (Le Trosne, l.c., p. 899).

³² "El cambio no le confiere a los productos ningún valor" (F. Wayland. *The Elements of Pol. Econ.*, Boston, 1843, p. 168).

³³ "Bajo el imperio de equivalentes invariables, no habría comercio posible" (G. Opdyke. *A Treatise on Polit. Economy*, N.Y., 1851, pp. 66 a 69). "La diferencia entre el valor real y el valor de cambio se basa en un hecho, a saber: el valor de un objeto es distinto del llamado equivalente que por él se entrega en el comercio; es decir, el equivalente no es tal equivalente" (F. Engels, l.c., pp. 95, 96):

³⁴ Benjamin Franklin, *Works*, vol. II, ed. Sparks, en *Positions to be examined, concerning National Wealth*, p. 376.

que nuestras únicas premisas provienen de la circulación mercantil y de sus aspectos simples.

Lo dicho sobre el capital comercial es aplicable, con mayor razón, al capital usurario. En el capital comercial, los extremos —el dinero lanzado al mercado y el dinero incrementado que se extrae de éste— están por lo menos enlazados por la compra y la venta, mediante el movimiento de circulación. En el capital usurario, la forma $D - M - D'$ está reducida a sus extremos inmediatos $D - D'$, dinero que se cambia por más dinero, fórmula que contradice a la naturaleza del dinero y que, por tanto, es inexplicable desde el punto de vista del intercambio de mercancías. Por ello, dice Aristóteles:

“La crematística es doble, una pertenece al comercio y la otra a la economía, esta última necesaria y laudable, la primera basada en la circulación y con razón reprobada (pues no descansa en la naturaleza, sino en el mutuo engaño), la usura es odiada por todos con razón, ya que el propio dinero es aquí fuente de lucro y no se emplea para lo que se inventó. El dinero se creó para el cambio de mercancías, pero el interés hace del dinero más dinero. De allí también su nombre (“τοχός”: “interés” y “criatura”). Pues las criaturas semejan siempre al creador. Y el interés es dinero de dinero, de tal modo que de todas las ramas de lucro, ésta es la más contraria a la naturaleza”³⁵.

En el curso de nuestro análisis nos encontraremos con que el capital a interés, lo mismo que el capital comercial, son formas derivadas, y a la par veremos por qué históricamente estas formas aparecen antes de la principal forma moderna del capital.

Hemos mostrado que el plusvalor no puede surgir de la circulación, que para eso, por tanto, tiene que ocurrir a sus espaldas algo invisible en ella misma³⁶. Pero, ¿puede surgir el plusvalor en algún lugar fuera de la circulación? La circulación es la suma de todas las relaciones de cambio que se establecen entre los poseedores de mercancías. Fuera de ella, el poseedor de mercancías se relaciona únicamente con su propia mercancía. Por lo que se refiere a su valor, la relación se limita a que la mercancía contiene una cantidad de trabajo medida según determinadas leyes sociales. Esta cantidad de trabajo se expresa en la magnitud de valor de la mercancía y, por cuanto la magnitud de valor se presenta en dinero de cálculo, en un precio, v. gr., de 10 libras esterlinas. Pero su trabajo no se presenta en el valor de la mercancía y en un excedente sobre su propio valor, no se presenta en un precio de 10 y a la par en uno de 11, no se presenta en un valor superior a sí mismo. El poseedor de mercancías puede, con su trabajo, crear valores, pero no valores que se valorizan. El puede aumentar el valor de una mercancía, agregando al valor existente nuevo valor por medio de un nuevo trabajo, por ejemplo, convirtiendo el cuero en botas. La misma materia tiene ahora más

³⁵ Aristóteles. *De Republica*, 1.5, cap. 10, [p. 17].

³⁶ “Bajo las condiciones usuales del mercado, la ganancia no nace del cambio. Si no existiese ya de antemano, no podría existir tampoco después de esta transacción” (Ramsay, l.c., p. 184).

valor, porque contiene una cantidad mayor de trabajo. Las botas tienen, por tanto, más valor que el cuero, pero el valor del cuero sigue siendo el que era. No se ha valorizado, no ha añadido plusvalor durante la fabricación de las botas. Es imposible, por tanto, que el productor de mercancías fuera de la órbita de circulación, sin entrar en contacto con otros poseedores de mercancías, valorece valor y transforme dinero o mercancía en capital.

En consecuencia, el capital no puede surgir de la circulación ni tampoco brotar fuera de ella. Tiene que surgir en ella y fuera de ella, al mismo tiempo.

Hemos obtenido, pues, un doble resultado.

La transformación del dinero en capital ha de exponerse en base de las leyes inmanentes a la circulación de mercancías, de tal modo que el cambio de equivalentes sea el punto de partida³⁷. Nuestro poseedor de dinero que, por el momento, no es más que una larva de capitalista, debe comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor y, sin embargo, extraer al final del proceso más valor del que invirtió. Su metamorfosis en mariposa debe transcurrir en la órbita de la circulación y fuera de ella. Tales son las condiciones del problema. *¡Hic Rhodus, hic salta!*^[61]

3. COMPRA Y VENTA DE LA FUERZA DE TRABAJO

El cambio en el valor del dinero, llamado a transformarse en capital, no puede darse en este mismo dinero, pues como medio de compra y de pago sólo realiza los precios de las mercancías que compra o paga, mientras que, manteniéndose invariable en su forma

³⁷ Después de la explicación anterior, el lector entenderá que esto sólo quiere decir: la creación de capital debe ser posible también cuando el precio de la mercancía sea igual a su valor. No puede ser explicada por la desviación entre los precios y los valores de las mercancías. Si los precios difieren realmente de los valores, en primer lugar, se deben reducir éstos, o sea, abstraerse de esta circunstancia como casual, para tener ante sí en toda su pureza el fenómeno de la creación del capital en base del intercambio de mercancías, sin dejarse extraviar en su observación por circunstancias secundarias y ajenas al propio transcurso del proceso. Sabemos, por lo demás, que esta reducción no es, en ningún caso, un simple procedimiento científico. Las oscilaciones constantes de los precios de mercado, sus alzas y bajas, se compensan y eliminan mutuamente, reduciéndose por sí mismas al precio medio, como a su regla interna. Esta es la que guía, por ejemplo, al comerciante o al industrial en toda empresa de cierta duración. Ellos saben, por tanto, que de observarse como un todo un período de cierta duración, las mercancías no se venden ni por debajo ni sobre su valor, sino a su precio medio. Es decir, si a ellos en general les interesase pensar desinteresadamente, tendrían que plantearse el problema de la creación del capital de la siguiente manera: ¿Cómo puede surgir el capital al regularse los precios por su precio medio, es decir, en última instancia, por el valor de las mercancías? Digo "en última instancia", porque los precios medios no coinciden directamente con las magnitudes de valor de las mercancías, como entienden A. Smith, Ricardo, etc.

genuina, cristaliza en una magnitud permanente de valor³⁸. Tampoco surge este cambio del segundo acto de circulación, de la reventa de la mercancía, pues este acto no hace más que transformar nuevamente la mercancía de su forma natural en forma de dinero. La transformación debe, por tanto, operarse con la mercancía comprada en el primer acto, $D - M$, pero no con su valor, pues se cambian equivalentes y la mercancía se paga por su valor. O sea, la transformación sólo puede surgir de su valor de uso como tal, es decir, de su consumo. Para extraer valor del consumo de una mercancía, nuestro poseedor de dinero debe ser tan afortunado que, dentro de la órbita de circulación, en el mercado, descubra una mercancía cuyo valor de uso posea la peregrina cualidad de ser fuente de valor, cuyo consumo real sea por sí mismo objetivación de trabajo y, por tanto, creación de valor. Y, en realidad, el poseedor de dinero encuentra esta mercancía específica en el mercado: la capacidad de trabajo o la fuerza de trabajo.

Entendemos por fuerza o capacidad de trabajo el conjunto de condiciones físicas o espirituales que existen en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en movimiento cada vez que produce valores de uso de cualquier tipo.

Sin embargo, para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado, como una mercancía, la fuerza de trabajo tienen que concurrir diversas condiciones. El cambio de mercancías no implica de suyo ninguna otra relación de dependencia que las que surgen de su propia naturaleza. De acuerdo a esta premisa, la fuerza de trabajo puede únicamente aparecer en el mercado como una mercancía siempre y cuando su poseedor, la persona a quien pertenece, la ofrezca como tal o la venda. Para que su poseedor la venda como mercancía, tiene que poder disponer de ella, o sea, debe ser libre propietario de su capacidad de trabajo, de su persona³⁹. El poseedor de la fuerza de trabajo y el poseedor del dinero se encuentran en el mercado y entran de igual a igual en relación recíproca, como poseedores de mercancías, con la sola distinción de que uno es comprador, el otro vendedor; ambos son, por tanto, personas jurídicamente iguales. La proiongación de esta relación implica que el propietario de la fuerza de trabajo sólo la venda por un tiempo determinado, pues si la vende de una vez y para siempre, se vende a sí mismo, se convierte de libre en esclavo, de poseedor de una mercancía en mercancía. El dueño de la fuerza de trabajo, como persona, tiene que referirse constantemente a su fuerza de trabajo como a algo de su

³⁸ "Bajo la forma de dinero... el capital no produce ganancia" (Ricardo. *Princ. of Pol. Econ.*, p. 267).

³⁹ En las enciclopedias reales de la Antigüedad clásica puede leerse el absurdo de que en el mundo antiguo estaba completamente desarrollado el capital, "sólo que faltaban el obrero libre y el sistema crediticio". También el señor Mommsen incurre, en su *Historia Romana*, en un *quid pro quo* tras otro.

propiedad y, por tanto, como a su propia mercancía, y ello lo logra únicamente poniéndola a disposición del comprador y cediéndosela para su consumo sólo pasajeramente, por un plazo determinado, sin renunciar, por tanto, a su propiedad al enajenarla⁴⁰.

La segunda condición esencial a darse para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado la fuerza de trabajo como mercancía, es que su poseedor, no pudiendo vender mercancías en que se materialice su trabajo, debe, por el contrario, ofrecer como mercancía su propia fuerza de trabajo, identificada con su corporeidad viva.

Para que alguien venda mercancías distintas de su fuerza de trabajo, debe poseer, naturalmente, medios de producción, por ejemplo, materias primas, instrumentos de trabajo, etc. No puede hacer botas sin cuero. Además, necesita medios de subsistencia. Nadie, por muy optimista que sea, puede vivir de productos por venir, ni por tanto de valores de uso cuya producción aún no ha terminado, y desde el primer día en que pisa sobre la tierra, el hombre tiene que consumir diariamente antes de producir y mientras produce. Si los productos se crean como mercancías, tienen que ser vendidos, después de su elaboración, y sólo pueden satisfacer las necesidades de los productores después de la venta. Al tiempo de producción se agrega el tiempo requerido para la venta.

Para convertir el dinero en capital, el poseedor de dinero debe encontrar en el mercado, entre las mercancías, al obrero libre; libre en un doble sentido, pues, de una parte, como persona libre debe disponer de su fuerza de trabajo como de una mercancía y, de otra parte, no debe tener otras mercancías para vender; ha de hallarse exento y desprovisto, libre de todos los objetos requeridos para realizar su fuerza de trabajo.

Al poseedor de dinero, que encuentra un mercado de trabajo como

⁴⁰ Por eso, diversas legislaciones fijan un tiempo máximo de duración de los contratos laborales. En los pueblos en los que existe el trabajo libre, todos los códigos reglamentan las condiciones de rescisión del contrato. En algunos países, principalmente en México (y, antes de la guerra civil norteamericana, también en los territorios desmembrados de México, y de hecho en las provincias del Danubio antes de las transformaciones de Cuza^[62]), la esclavitud se disfraza bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos que deben pagarse en trabajo y se traspasan de generación a generación, no sólo el trabajador individual, sino también su familia, se convierten, de hecho, en propiedad de otras personas y de sus familias. Juárez abolió el peonaje. Pero el titulado emperador Maximiliano nuevamente lo reestableció mediante un decreto, denunciado acertadamente en la Cámara de Representantes en Washington como decreto que restablecía la esclavitud en México. "Yo puedo enajenar mis particulares capacidades corporales y espirituales y posibilidades de actividad a otro... para un uso limitado en el tiempo, porque, así limitadas, ellas adquieren una relación exterior respecto de mi totalidad y generalidad. Enajenando todo mi tiempo, concretado por el trabajo, y la totalidad de mi actividad productiva, convertiría en propiedad de otro lo sustancial de ella, mi actividad y realidad general, mi personalidad" (Hegel. *Philosophie des Rechts*, Berlín, 1840, p. 104, § 67).

sección especial del mercado de mercancías, no le interesa saber por qué este obrero libre se le enfrenta en la órbita de la circulación. Por el momento, a nosotros tampoco nos interesa este problema. Nos atenemos teóricamente a los hechos, tal como lo hace prácticamente el poseedor de dinero. Pero, hay algo indiscutible. La naturaleza no produce a un lado poseedores de dinero o de mercancías, y al otro simples poseedores de sus propias fuerzas de trabajo. Esta relación no es histórica natural ni social, común a todos los períodos de la historia. Es, indudablemente, el resultado del desarrollo histórico precedente, el producto de numerosas transformaciones económicas, de la ruina de toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social.

Las categorías económicas que analizamos anteriormente llevan también la huella de la historia. En la existencia del producto como mercancía se encubren determinadas condiciones históricas. Para convertirse en mercancía, el producto no puede ser creado como medio directo de subsistencia del propio productor. Si hubiésemos investigado, además, bajo qué condiciones todos o la mayoría de los productos revisten la forma de mercancías, habríamos descubierto que esto sólo ocurre en base de un modo de producción muy específico, el capitalista. Sin embargo, tal investigación es ajena al análisis de la mercancía. La producción y la circulación de mercancías pueden tener lugar aunque la gran mayoría de los productos esté destinada directamente al autoconsumo, sin convertirse, por tanto, en mercancía, aun cuando el proceso de producción social esté lejos de ser dominado en toda su extensión y profundidad por el valor de cambio. La aparición del producto como mercancía requiere de una división del trabajo dentro de la sociedad tan desarrollada que en ella se consuma el divorcio entre el valor de uso y el valor de cambio, que sólo comienza con el trueque directo. Pero, tal peldaño del desarrollo es común, desde el punto de vista histórico, a las más distintas formaciones económicas de la sociedad.

Si observamos el dinero, veremos que éste presupone un cierto nivel de intercambio de mercancías. Las formas particulares del dinero —simple equivalente de mercancías o medio de circulación, medio de pago, tesoro y dinero mundial— apuntan, según la diversa extensión y el predominio relativo de tal o cual función, a fases muy diferentes del proceso de producción social. Sin embargo, como indica la experiencia, para la creación de todas estas formas es suficiente una circulación de mercancías relativamente poco desarrollada. No acontece igual con el capital. Sus condiciones históricas de existencia no están dadas, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de subsistencia encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta sola condición histórica entraña toda una historia universal. Por eso, el

capital anuncia, desde un comienzo, una época en el proceso de la producción social⁴¹.

Observemos ahora más detenidamente esta peculiar mercancía, la fuerza de trabajo. Ella posee, como todas las demás mercancías, un valor⁴². ¿Cómo se determina?

El valor de la fuerza de trabajo, igual que el de cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para la producción y, por tanto, reproducción de este artículo específico. Por cuanto es valor, la fuerza de trabajo representa sólo una cantidad determinada del trabajo medio social objetivado en ella. La fuerza de trabajo únicamente existe como aptitud del ser viviente. La producción de aquélla presupone, por tanto, la existencia de éste. Si se parte del supuesto de la existencia del individuo, la producción de la fuerza de trabajo consiste en su propia reproducción o conservación. Para mantenerse, el ser viviente necesita una cierta suma de medios de subsistencia. El tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se reduce, por eso, al tiempo de trabajo necesario para la producción de estos medios de subsistencia, o sea, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para la subsistencia de su poseedor. Sin embargo, la fuerza de trabajo se realiza únicamente mediante su exteriorización y sólo se ejercita en el trabajo. En el proceso de su realización, en el trabajo se gasta una cantidad determinada de músculos, de nervios, de cerebro humano, etc., que es necesario reponer. Un gasto mayor demanda una reposición también mayor⁴³. Si el propietario de la fuerza de trabajo laboró hoy, debe poder repetir mañana el mismo proceso en las mismas condiciones de fuerza y salud. La suma de medios de subsistencia tiene que ser suficiente para mantener al individuo trabajador en sus condiciones normales de vida. Las propias necesidades naturales como, por ejemplo, los alimentos, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc., varían según las condiciones climáticas y demás particularidades naturales de cada país. De otra parte, el volumen de las llamadas necesidades vitales, así como el modo de satisfacerlas, son de por sí un producto histórico y dependen, por ello, en gran medida, del nivel cultural del país y esencialmente, entre otras

⁴¹ Lo que caracteriza, por tanto, la época capitalista es que la fuerza de trabajo adquiere para el propio obrero la forma de una mercancía que le pertenece y su trabajo, por eso, la forma de trabajo asalariado. Sólo desde este instante se generaliza la forma mercantil de los productos del trabajo.

⁴² "El valor de un hombre es, como el de todas las demás cosas, igual a su precio, o lo que es lo mismo, tanto cuanto se paga por el uso de su fuerza" (Th. Hobbes. *Leviathan*, en *Works*, ed. Molesworth, Londres, 1839-1844, v. III, p. 76).

⁴³ Por eso, el *villicus* de la Roma antigua, como especie de capataz responsable de los esclavos agrícolas, recibía, "por cuanto tenía un trabajo más liviano, una ración menor que éstos" (Th. Mommsen. *Röm. Geschichte*, 1856, p. 810).

cosas, de las condiciones y, por tanto, de las costumbres y aspiraciones con que se había formado la clase de los obreros libres⁴⁴. A diferencia de las otras mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, por tanto, un elemento histórico y moral. Sin embargo, para un país y una época determinada, está dada la suma promedio de medios de subsistencia necesarios.

El propietario de la fuerza de trabajo es un ser mortal. Por ello, para que su presencia en el mercado sea continua, como lo requiere la permanente transformación de dinero en capital, el vendedor de la fuerza de trabajo debe perpetuarse, "como se perpetúa todo individuo viviente, por la procreación"⁴⁵. La fuerza de trabajo retirada del mercado por muertes y desgaste, debe reponerse por otra constantemente, a lo menos en igual número. La suma de los medios de subsistencia requeridos para la producción incluye también los medios de subsistencia de los sustitutos, es decir, de los hijos del obrero, de modo tal que esta raza especial de poseedores de mercancías se eternice en el mercado⁴⁶.

Para modificar la naturaleza humana en general, de tal modo que adquiera habilidad y destreza en una determinada rama y se convierta en fuerza de trabajo desarrollada y específica, requiere de una determinada formación o educación que, a su vez, exige una suma mayor o menor de equivalentes mercantiles. Los gastos de formación de la fuerza de trabajo varían según su carácter más o menos calificado. Estos costos de aprendizaje, extremadamente pequeños para la fuerza de trabajo común y corriente, entran en la suma de los valores invertidos en su producción.

El valor de la fuerza de trabajo se reduce al valor de una determinada suma de medios de subsistencia. Cambia, por tanto, al modificarse el valor de éstos, es decir, depende de la magnitud del tiempo de trabajo requerido para su producción.

Una parte de los medios de subsistencia, por ejemplo los alimentos, el combustible, etc., se consume diariamente y tiene que reponerse día tras día. Otros medios de subsistencia, tales como los vestidos, los muebles etc., duran más tiempo y deben ser repuestos de tarde en tarde. Mercancías de un tipo deben comprarse o pagarse diariamente, otras semanalmente, trimestralmente, etc. Pero, cualquiera que sea el modo como estos gastos se distribuyen, por ejemplo, durante el año, lo cierto es que deben ser cubiertos día tras día con

⁴⁴ Cfr: *Over-Population and its Remedy*, Londres, 1846, de W. Th. Thornton.

⁴⁵ Petty.

⁴⁶ "Su precio natural" (del trabajo)... "consiste en la cantidad de medios de subsistencia y objetos de disfrute, necesarios según el clima y las costumbres del país para asegurarle el sustento al obrero y permitirle criar una familia que garantice la oferta indiminuible de trabajo en el mercado" (R. Torrens. *An Essay on the external Corn Trade*, Londres, 1815, p. 62). La palabra "trabajo" se utiliza aquí incorrectamente como sinónimo de "fuerza de trabajo".

los ingresos medios. Si la masa de mercancías requerida diariamente para la producción de la fuerza de trabajo fuese = A , la demandada semanalmente = B , la exigida trimestralmente = C , etc., el promedio diario de estas mercancías sería = $\frac{365A+52B+4C+\text{etc.}}{365}$.

De suponerse que en esta masa de mercancías, indispensables para atender las necesidades de un día medio, se contengan 6 horas de trabajo social, en la fuerza de trabajo se objetivizará diariamente medio día de trabajo social medio; o sea, se requerirá medio día de trabajo para la producción diaria de la fuerza de trabajo. Esta cantidad de trabajo requerida para su producción diaria constituye el valor de un día de la fuerza de trabajo, o el valor de la fuerza de trabajo reproducida día tras día. Si se representa medio día de trabajo social promedio por una masa de oro de tres chelines, o un tálero, entonces un tálero es el precio que corresponde al valor diario de la fuerza de trabajo. De ofrecer el poseedor de la fuerza de trabajo su mercancía a un tálero por día, su precio de venta es igual a su valor y, según nuestra premisa, el poseedor de dinero que pretende convertir sus táleros en capital paga este valor.

El límite último o mínimo del valor de la fuerza de trabajo está dado por el valor de aquella masa de mercancías cuyo diario aprovisionamiento es indispensable para que el portador de la fuerza de trabajo, el hombre, pueda renovar su proceso de vida; es decir, por el valor de los medios de vida físicamente indispensables. Si el precio de la fuerza de trabajo cae a este mínimo, desciende por debajo de su valor, pues su portador en estas condiciones sólo podrá conservarse y desarrollarse de manera insuficiente. El valor de toda mercancía se determina por el tiempo de trabajo requerido para suministrarla en condiciones normales de calidad.

Es de un sentimentalismo extraordinariamente barato tachar de grosera esta determinación del valor de la fuerza de trabajo, que emana de la naturaleza de los hechos, y lamentar con Rossi:

“Concebir la capacidad de trabajo (*puissance de travail*), abstrayéndose de los medios de subsistencia del obrero durante el proceso de producción, equivale a concebir una quimera (*être de raison*). Quien dice trabajo, quien dice capacidad de trabajo, dice al mismo tiempo obrero y medios de subsistencia, obrero y salario”⁴⁷.

No. Quien dice capacidad de trabajo no dice trabajo, como tampoco quien dice capacidad de digestión dice digestión. Para digerir se necesita, es claro, algo más que un buen estómago. Quien dice capacidad de trabajo, no se abstrae de los medios de vida necesarios para su subsistencia. Lejos de ello, el valor de éstos se representa en el valor de aquélla. Si no logra venderla, no le sirve de nada al obrero; por el contrario, percibe como una cruel necesidad natural el que su capacidad de trabajo exija una determinada cantidad

⁴⁷ Rossi. *Cours d'Écon. Polit.*, Bruselas, 1843, pp. 370, 371.

de medios de vida para su producción y siga exigiéndolos constantemente para su reproducción. Y descubre con Sismondi, que "la capacidad de trabajo... no es nada si no se la vende"⁴⁸.

La naturaleza peculiar de esta mercancía específica, la fuerza de trabajo, implica que al cerrarse el contrato entre comprador y vendedor, su valor de uso no habrá pasado realmente aún a manos del comprador. Su valor, como el de cualquier otra mercancía, estaba determinado antes de entrar a la circulación, pues ya se había gastado una cantidad definida de trabajo social en la producción de la fuerza de trabajo; pero, su valor de uso se realiza sólo con el empleo posterior de ésta. La enajenación de la fuerza de trabajo y su utilización real, es decir, su existencia como valor de uso, se divorcian, por tanto, en el tiempo. Y, tratándose de mercancías⁴⁹ en que la enajenación formal del valor de uso mediante la venta y su entrega real al comprador no coinciden en el tiempo, el dinero del comprador funciona la mayoría de las veces como medio de pago. En todos los países en que impera el modo capitalista de producción, la fuerza de trabajo sólo se paga después de que haya funcionado durante el plazo señalado en el contrato de compra, v.gr., al finalizar cada semana. Por tanto, en todas partes el obrero adelanta al capitalista el valor de uso de su fuerza de trabajo, permite que el comprador la consuma antes de recibir el obrero su precio y éste abre, por tanto, crédito al capitalista en todas partes. Y que esto no es ninguna fantasía no lo demuestra sólo la posible pérdida del salario devengado al quebrar el capitalista⁵⁰; sino además una serie de efectos de mayor duración⁵¹. Sin embargo, el que el dinero funcione como medio de

⁴⁸ Sismondi. *Nouv. Princ., etc.*, t. I, p. 113.

⁴⁹ "Todo trabajo se paga después de realizado" (*An Inquiry into those Principles, respecting the Nature of Demand etc.*, p. 104). "El crédito comercial tenía que aparecer desde el momento en que el obrero, el primer artesano de la producción, estuviese en condición, en base de sus ahorros, de esperar el salario por su trabajo hasta el final de una semana, una quincena, un mes, un trimestre, etc." (Ch. Ganih. *Des Systèmes d'Écon. Polit.*, 2ª ed., París, 1821, t. II, p. 150).

⁵⁰ "El obrero presta su laboriosidad", pero, agrega astutamente Storch, "no corre más riesgo", salvo "perder su salario... el obrero no trasfiere nada material" (Storch. *Cours d'Écon. Polit.*, Petersburgo, 1815, t. II, pp. 36, 37).

⁵¹ Un ejemplo. En Londres existen dos clases de panaderos; los *full priced*, que venden el pan por todo su valor, y los *undersellers*, que lo venden por debajo de éste. Esta última categoría constituye más de las 3/4 partes del número total de panaderos (p. XXXII en *Report* del comisario de gobierno H. S. Tremenheere sobre las *Grievances complained of by the journeymen bakers etc.*, Londres, 1862). Estos *undersellers* venden, casi todos, un pan adulterado con mezcla de alumbre, jabón, potasa, cal, piedra molida de Derbyshire y otros ingredientes igualmente agradables, nutritivos y sanos. (Véase el Libro Azul citado más arriba, así como el informe del *Committee of 1855 on the Adulteration of Bread* y la obra del Dr. Hassall *Adulterations Detected*, 2ª edición, Londres, 1861.) Sir John Gordon declaró ante el Comité de 1855 que "por obra de estas adulteraciones, el pobre que vive de dos libras diarias de pan no recibe ahora, realmente, ni siquiera la cuarta parte de las materias nutritivas, sin hablar de los efectos dañinos sobre su salud". Tremenheere indica como causa de que "una gran parte de la clase obrera", no obstante

compra o de pago no cambia en nada la naturaleza del intercambio de mercancías. El precio de la fuerza de trabajo se fija contractualmente, aunque se realice con posterioridad, como acontece con el precio del alquiler de una casa. La fuerza de trabajo queda vendida, aunque no se pague hasta más tarde. Para la comprensión pura de esta relación es, sin embargo, útil suponer, por el momento, que el poseedor de la fuerza de trabajo al venderla recibe de inmediato el precio estipulado contractualmente.

Ahora conocemos el modo cómo se determina el valor que el poseedor de dinero paga al propietario de esta peculiar mercancía, la fuerza de trabajo. El valor de uso que recibe el primero en el cambio no se revela más que en el uso real, en el proceso de consumo de la fuerza de trabajo. El poseedor del dinero compra en el mercado todos los objetos requeridos para este proceso, materias primas por ejemplo, y las paga a su precio total. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo es simultáneamente proceso de producción de mercancías y de plusvalor. El consumo de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, se realiza fuera del mercado, o sea, al margen de la órbita de circulación. Dejemos, por eso, esta ruidosa esfera, situada en la superficie y a la vista de todos, para seguir a los poseedores de dinero y de la fuerza de trabajo al taller oculto de la producción, en cuya puerta leemos: "*No admittance except on business*" [Prohibida la entrada salvo por negocios].

conocer bien las adulteraciones, acepte, sin embargo, comprar alumbre, piedra molida, etc., el hecho de que "no tiene más remedio que tomar el pan que su panadero o *chandler's shop* [almacén] quiera darles" (l.c., p. XLVIII). Como no cobran hasta finalizar la semana, pueden sólo pagar en ese momento el pan consumido por su familia. Y Tremenhære agrega, aportando declaraciones de testigos: "Es notorio que el pan compuesto de tales mezclas, se ha preparado expresamente para este tipo de clientes" (*It is notorious that bread composed of those mixtures, is made expressly for sale in this manner*). "En muchos distritos agrícolas de Inglaterra" (y más todavía en Escocia) "el salario se paga cada catorce días e incluso mensualmente. Con estos plazos tan largos, el obrero agrícola tiene que comprar sus mercancías a crédito... Está obligado a pagar precios más altos y se ve prácticamente amarrado al tendero que le fia. Así, por ejemplo, en Horningham (Wilts) donde los salarios se pagan mensualmente, la harina le cuesta 2 chelines y 4 peniques por stone, en vez de 1 chelín y 10 peniques como le cuesta en otros lugares" (*Sixth Report on Public Health by The Medical Officer of the Privy Council, etc., 1864, p. 264*). "Los estampadores manuales de percal de Paisley y Kilmarnock" (occidente de Escocia) "consiguieron en 1853, mediante una huelga, la reducción del plazo de pago de un mes a catorce días" (*Reports of the Inspectors of Factories for 31st October 1853, p. 34*). Como un astuto desarrollo del crédito que el obrero abre al capitalista se puede considerar el método seguido por muchos dueños de minas de carbón en Inglaterra de pagarle a fin de mes, adelantándole entretanto ciertas sumas, frecuentemente en mercancías, que el obrero debe pagar por sobre su precio de mercado (*trucksystem*). "Es una práctica usual de los señores del carbón pagar una vez al mes y darles a sus obreros al final de cada semana un adelanto. Dicho adelanto se entrega en el almacén" (es decir, en el *tommy-shop* o tienda perteneciente al mismo dueño); "el adelanto se recibe a un lado del almacén y se devuelve en el otro" (*Children's Employment Commission, 3rd Report, Londres, 1864, p. 38, No. 192*).

Aquí se revelará cómo el capital no sólo produce, sino también cómo se produce él mismo. Y se nos descubrirá definitivamente el secreto de la creación de excedente.

La órbita de la circulación o del intercambio de mercancías, en cuyo marco se desenvuelve la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, un verdadero edén de los derechos innatos del hombre. Dentro de sus límites imperan exclusivamente la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham. ¡La libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo de la fuerza de trabajo, se someten sólo a su propia voluntad. Contratan como hombres libres e iguales jurídicamente. El contrato es el resultado final en que sus voluntades cobran una expresión jurídica común. ¡La igualdad! Pues compradores y vendedores se refieren recíprocamente sólo como poseedores de mercancías, cambiando equivalente por equivalente. ¡La propiedad! Pues cada uno dispone únicamente de lo que es suyo. ¡Y Bentham! Pues cada uno se preocupa únicamente de sí mismo. El único poder que los une y los pone en relación es el de su propia utilidad, de su provecho particular, de su interés privado. Y precisamente porque cada uno actúa para sí y ninguno vela por los demás, todos ellos, a consecuencia de una armonía preestablecida de las cosas o bajo el auspicio de una providencia muy ingeniosa, realizan sólo la obra de su provecho mutuo, de su utilidad general e interés común.

Al abandonar esta órbita de la circulación simple o del intercambio de mercancías, de donde extrae el librecambista vulgaris los puntos de vista, los conceptos y los criterios de evaluación de la sociedad del capital y del trabajo asalariado, parece como si se transformara en algo la fisonomía de nuestros *dramatis personae*. El antiguo poseedor de dinero marcha adelante como capitalista, el poseedor de la fuerza de trabajo le sigue como su obrero; aquél, sonriéndose significativamente y con aire diligente, éste, abatido, de mala gana, como quien llevó al mercado su propia piel y lo único que puede esperar es... que se la curtan.

SECCION TERCERA

LA PRODUCCION DE PLUSVALOR ABSOLUTO

CAPITULO V

PROCESO DE TRABAJO Y PROCESO DE VALORIZACION

1. PROCESO DE TRABAJO

El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo. El comprador de la fuerza de trabajo la consume haciendo trabajar a su vendedor. Este último se convierte así *actu* [de hecho] en fuerza de trabajo en acción, en obrero, que antes sólo era en potencia. Para representar su trabajo en mercancías, en primer término, tiene que materializarlo en valores de uso, en objetos que sirven para satisfacer necesidades de cualquier tipo. O sea, lo que el capitalista hace fabricar al obrero es un valor de uso particular, un artículo determinado. La producción de valores de uso o bienes no cambia su naturaleza general al realizarse para el capitalista y bajo su control. El proceso de trabajo debe, por tanto, ser analizado, en un comienzo, independientemente de cualquier forma social determinada.

El trabajo es, en primer término, un proceso entre el hombre y la naturaleza, proceso en que el hombre realiza, regula y controla, mediante su propia acción, su intercambio orgánico con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural como una potencia de la naturaleza. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para apropiarse de la materia natural en una forma útil para su propia vida. Al actuar por medio de este movimiento sobre la naturaleza exterior y transformarla, modifica a la par su propia naturaleza. Desarrolla las potencialidades que dormitan en él y somete el juego de sus fuerzas a su propio dominio. No se trata aquí de las primeras formas, de tipo animal e instintivas, del trabajo. El estadio en que el trabajo humano aún no se había despojado de su primera forma instintiva queda atrás como fondo primitivo del estadio en que el obrero aparece en el mercado como vendedor de su propia fuerza de trabajo. Presuponemos el trabajo en una forma exclusivamente propia del hombre. Una araña realiza operaciones que se semejan a las del tejedor y una abeja podría avergonzarse, al construir sus panales, a ciertos maestros de la construcción. Pero lo que distingue desde un comienzo al peor maestro de obras de la mejor abeja es que, antes de construir un panal de cera, lo hace en su cabeza. Al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar lo ya estaba presente en la imaginación del trabajador, o sea, existía

idealmente. El hombre no se limita a cambiar la forma de lo natural, sino que realiza, al mismo tiempo, en lo natural su finalidad consciente, que determina como ley el modo de actuar y a la que tiene que supeditar su voluntad. Y esta supeditación no constituye un acto aislado. Durante todo el tiempo de trabajo no sólo se requiere del esfuerzo de los órganos que operan, sino también de la voluntad racional que se exterioriza en la atención, y tanto más cuanto menos atractivo para el obrero sea el trabajo por su propio contenido y modo de ejecución, cuanto menos disfrute, por tanto, del trabajo, como juego de sus propias fuerzas corporales y espirituales.

Los factores elementales del proceso de trabajo son: la actividad orientada a un fin, o sea, el propio trabajo, su objeto y sus medios.

La tierra (incluye también desde el punto de vista económico el agua), que tal y como en tiempos primitivos surte al hombre de provisiones y de medios de subsistencia acabados¹, está dada, sin participación alguna del hombre, como objeto general del trabajo humano. Todas aquellas cosas que el trabajo no hace más que desprender de sus vínculos directos con la tierra, son objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre. Tal ocurre con los peces que se pescan, separándolos de su elemento vital, el agua; con la madera derribada en las selvas vírgenes; con el mineral arrancado de las entrañas de la tierra. Por el contrario, si el objeto de trabajo, por así decirlo, ha sido ya filtrado por un trabajo anterior, lo llamamos materia prima. Es el caso, por ejemplo, del mineral ya extraído que ahora se lava. Toda materia prima es objeto de trabajo, pero no cada objeto de trabajo es materia prima. El objeto de trabajo es materia prima sólo por cuanto ha experimentado por medio del trabajo una cierta transformación.

El medio de trabajo es una cosa o un conjunto de cosas que el trabajador interpone entre sí y el objeto de trabajo y que le sirven como conductor de su actividad sobre este objeto. El hombre utiliza las propiedades mecánicas, físicas, químicas de los objetos para aplicarlos, de acuerdo a su finalidad, como fuerza que actúa sobre otras cosas². El objeto del cual el trabajador se apodera directamente —prescindiendo de la recolección de medios de subsistencia aptos para ser consumidos, de frutos, por ejemplo, en cuyo caso sus propios órganos vitales sólo funcionan como medios de trabajo— no es el

¹ "Los productos espontáneos de la tierra, escasos y completamente independientes del hombre, aparecen como concesiones de la naturaleza, del mismo modo que a un joven se le entrega una pequeña suma de dinero para que entre por la senda del trabajo y del enriquecimiento" (James Steuart. *Principles of Polit. Econ.*, Dublín, 1770, v. 1, p. 116).

² "La razón es tan astuta como poderosa. La astucia consiste, en general, en la actividad mediadora que, al hacer actuar los objetos de acuerdo a su propia naturaleza los unos sobre los otros y elaborarse recíprocamente, sin inmiscuirse directamente en este proceso, no hace más que conseguir su propio fin" (Hegel. *Encyclopädie, Erster Theil, Die Logik*, Berlín, 1840, p. 382).

objeto sobre que trabaja, sino el medio de trabajo. De este modo, lo natural se convierte en órgano de la actividad del obrero, en órgano que agrega a sus propios órganos corporales, prolongando, a pesar de la Biblia, su figura natural. Así como la tierra es su despensa primitiva, es también su primitivo arsenal de medios de trabajo. Le suministra, por ejemplo, la piedra que lanza, con la que frota, percute, corta, etc. La tierra misma es un medio de trabajo, que presupone, sin embargo, para servir como tal en la agricultura, una serie de otros medios de trabajo y un desarrollo relativamente alto de la fuerza de trabajo³. En general, tan pronto el proceso de trabajo alcanza cierto desarrollo, requiere ya de medios de trabajo más elaborados. En las cavernas humanas más antiguas encontramos instrumentos y armas de piedra. En los comienzos de la historia del hombre, los animales domésticos, es decir, criados, transformados por el trabajo mismo, junto a la piedra y a la madera talladas, a los huesos y a las conchas elaboradas, desempeñan un papel primordial como medios de trabajo⁴. La utilización y la creación de medios de trabajo si bien en germen son propias a ciertos tipos de animales, caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano y, por ello, Franklin define al hombre como "*a toolmaking animal*", un animal que fabrica instrumentos. La misma importancia que reviste la estructura de los residuos de huesos para el estudio de la organización de especies animales extinguidas, la tienen los restos de medios de trabajo para evaluar las antiguas formaciones económicas de la sociedad. Lo que distingue a las épocas económicas no es lo que se hace, sino cómo, con qué medios de trabajo se hace⁵. Los medios de trabajo no sólo son el exponente del desarrollo de la fuerza de trabajo humana, sino también el exponente de las relaciones sociales en que se produce. Entre los mismos medios de trabajo, los instrumentos mecánicos, cuyo conjunto puede denominarse sistema óseo y muscular de la producción, presentan rasgos característicos mucho más determinantes de una época social de producción que aquellos medios que funcionan únicamente como recipientes de los objetos de trabajo y que podemos denominar globalmente, de un modo genérico, como sistema vascular de la producción, por ejemplo, los tubos, los barriles, los canastos, los jarros, etc. Este segundo sistema

³ En su escrito, por lo demás lamentable, *Théorie de l'Écon. Polit.*, París, 1815, Ganilh enumera acertadamente, replicando a los fisiócratas, la larga lista de procesos laborales que constituyen las premisas de la agricultura como tal.

⁴ En las *Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses* (1766), Turgot expone muy bien la importancia de los animales domésticos en los orígenes de la cultura.

⁵ De todas las mercancías, los artículos de lujo propiamente dichos son los que tienen menor importancia para la comparación tecnológica de diversas épocas de producción.

desempeña un papel importante sólo en la industria química^{5a}.

En un sentido más amplio, el proceso de trabajo incluye entre sus medios, además de las cosas que sirven de transmisores de la acción del trabajo sobre su objeto y que, por tanto, funcionan de un modo u otro como conductores de esta actividad, todas las condiciones materiales que en general se necesitan para que el proceso tenga lugar. Son condiciones que no participan directamente en el proceso, pero sin las cuales éste es imposible o se realizaría de un modo incompleto. El medio de trabajo más general de este tipo es, de nuevo, la propia tierra, pues ella brinda al trabajador el *locus standi* [lugar en que está parado] y a su proceso, el campo de acción (*field of employment*). Otros medios de trabajo de este género, pero ya mediados por el trabajo, son, por ejemplo, los edificios en que se trabaja, los canales, las calles, etc.

Por tanto, la acción del hombre en el proceso laboral produce, valiéndose del medio de trabajo, una transformación del objeto del trabajo con arreglo al fin propuesto de antemano. El proceso se extingue en el producto. Este es un valor de uso, una materia de la naturaleza adaptada a las necesidades humanas mediante un cambio de forma. El trabajo se fundió con su objeto, se objetivó, y el objeto fue elaborado. Lo que aparecía del lado del obrero bajo la forma de actividad [*Unruhe*], aparece ahora del lado del producto como quietud [*ruhende Eigenschaft*], bajo la forma del ser. El hombre ha tejido y su resultado es un tejido.

De observarse todo el proceso desde el punto de vista de su resultado, del producto, el medio de trabajo y el objeto del trabajo aparecen ambos como medios de producción⁶, y el propio trabajo como trabajo productivo⁷.

Cuando un valor de uso egresa como producto del proceso de trabajo, ingresan a él como medios de producción otros valores de uso, productos de procesos de trabajo anteriores. El mismo valor de uso que es producto de un trabajo, constituye el medio de producción de otro trabajo. Los productos no son, por tanto, meros resultados, sino, a la par, condición del proceso de trabajo.

Excepción hecha de la industria extractiva, la cual encuentra

^{5a} Nota a la 2ª edición. Aunque la historiografía conoce hasta el momento muy poco sobre el desarrollo de la producción material, o sea, sobre la base de toda la vida social y, por tanto, sobre la historia real, por lo menos ha dividido la prehistoria en base de investigaciones de las ciencias naturales y no de las llamadas investigaciones históricas, según los materiales de los instrumentos y armas, en edad de piedra, de bronce y de hierro.

⁶ Parece paradójico denominar medio de producción para la pesca, por ejemplo, al pez aún no pescado. Pero hasta el momento no se ha inventado aún el arte de pescar en aguas en que no hay peces.

⁷ Esta definición del trabajo productivo, tal como se desprende desde el punto de vista del proceso simple de trabajo, no es en ningún modo suficiente para el proceso capitalista de producción.

su objeto de trabajo en la naturaleza, por ejemplo, la minería, la caza, la pesca, etc. (la agricultura sólo en la medida en que se rotura por primera vez tierras vírgenes), todas las ramas industriales manipulan objetos que tienen el carácter de materias primas, es decir, objetos de trabajo ya filtrados por un trabajo anterior, objetos que son ya, a su vez, productos del trabajo. Tal ocurre, por ejemplo, con la simiente, en la agricultura. Los animales y las plantas, que solemos considerar como productos de la naturaleza, no sólo son, quizás, productos del trabajo del año anterior, sino que son, en su forma actual, el fruto de una transformación efectuada a través de muchas generaciones, bajo el control humano y por medio del trabajo del hombre. En lo que se refiere a los medios de trabajo en particular, la inmensa mayoría de éstos muestra, a la mirada más superficial, las huellas de un trabajo anterior.

La materia prima puede constituir la sustancia principal de un producto o participar como simple materia auxiliar en su fabricación. La materia auxiliar es consumida por el medio de trabajo, por ejemplo, el carbón por la máquina de vapor, el aceite por la rueda, el heno por el caballo de tiro; o es incorporada a la materia prima para producir en ésta una transformación de carácter material, como ocurre con el cloro que se incorpora al lienzo crudo, con el carbón que se mezcla al hierro, con la tintura que se da a la lana; o sirve para ayudar a la ejecución del trabajo mismo, que es lo que acontece, por ejemplo, con los materiales empleados para alumbrar y calentar los locales en que se trabaja. En la verdadera industria química, la diferencia entre materia auxiliar y materia principal desaparece, pues ninguna de las materias primas utilizadas reaparece como sustancia del producto⁸.

Como cada objeto posee múltiples propiedades y es, por tanto, susceptible de diversas aplicaciones útiles, el mismo producto puede constituir la materia prima para distintos procesos de trabajo. El trigo, por ejemplo, es materia prima para el molinero, para el fabricante de almidón, para el destilador de aguardiente, para el ganadero, etc. Además, como simiente, se convierte en materia prima de su propia producción. Del mismo modo, el carbón es producto de la minería y, a la par, es medio de producción en la misma rama.

Un mismo producto puede servir de medio de trabajo y de materia prima en el mismo proceso de producción. Tal cosa ocurre, por ejemplo, en la ganadería; el ganado, o sea, la materia prima que se elabora, es, al mismo tiempo, un medio para la preparación de abonos.

⁸ Storch distingue la materia prima en sentido estricto como *matière*, de las materias auxiliares, *matériaux*^[63]. Cherbuliez da a las materias auxiliares la denominación de *matières instrumentales*^[64].

Un producto que existe en una forma apta para el consumo, puede convertirse de nuevo en materia prima para la elaboración de otro producto, como ocurre con la uva para la fabricación de vino. O puede suceder que el trabajo arroje su producto bajo formas únicamente aptas para ser utilizadas como materias primas. A estas materias primas se les da el nombre de artículos a medio fabricar, aunque mejor sería llamarles artículos intermedios, como son, por ejemplo, el algodón, el hilado, la hebra, etc. Aunque la materia prima originaria sea un producto, puede acontecer que deba recorrer toda una gradación de distintos procesos, en los que bajo una forma diferente funciona sucesivamente como materia prima, hasta llegar al proceso de trabajo final, del que sale convertida en medio de subsistencia o en medio de trabajo terminado.

Como se ve, el hecho de que un valor de uso aparezca como materia prima, medio de trabajo o producto, depende exclusivamente de la función específica que desempeñe en el proceso de trabajo, del lugar que en él ocupe; y al cambiar este lugar, cambia su uso.

Por tanto, al ingresar como medios de producción en nuevos procesos de trabajo, los productos pierden el carácter de tales. Ahora, sólo funcionan como factores materiales del trabajo vivo. Para el tejedor, el huso no es más que el medio con que teje y el lino sólo el objeto que trabaja. Cierto es que no se puede tejer sin materias primas y sin husos. La existencia de estos productos es, por consiguiente, condición para comenzar a tejer. Pero, en este proceso, es absolutamente indiferente que el huso y el lino sean productos de un trabajo anterior, del mismo modo que en el proceso de nutrición es indiferente que el pan sea producto de trabajos anteriores realizados por el campesino, el molinero y el panadero, etc. Por el contrario, si los medios de producción revelan, en el proceso de trabajo, su condición de productos del trabajo anterior, esto sólo ocurre cuando presentan defectos. Cuando un cuchillo no corta, el hilado se rompe a cada paso, etc., recordamos al productor de cuchillos *A* y al hiladero *B*. En el producto bien elaborado se borran las huellas del trabajo anterior, al que debe sus cualidades útiles.

Una máquina que no funciona en el proceso de trabajo es inútil. Además, cae bajo la fuerza destructora del intercambio orgánico de la naturaleza. El hierro se oxida, la madera se pudre. El hilado que no se teje o no se devana, es algodón echado a perder. El trabajo vivo tiene que apoderarse de estos objetos, resucitarlos de entre los muertos, transformarlos de valores de uso potenciales en valores de uso reales y activos. Lamidos por el fuego del trabajo, transformados por éste en cuerpos suyos, animados a cumplir en el proceso las funciones correspondientes a su concepto y su destino, estos objetos son consumidos, pero con un fin determinado, como elementos creadores de nuevos valores de uso, de nuevos productos

aptos para servir en el consumo individual de medios de subsistencia o entrar como medios de producción a un nuevo proceso de trabajo.

Por eso, si los productos existentes no son únicamente resultado, sino también condición de existencia del proceso de trabajo, su incorporación a este proceso, o sea, su contacto con el trabajo vivo, es, por otro lado, el único medio de conservar y realizar como valores de uso estos productos del trabajo anterior.

El trabajo consume sus elementos materiales, su objeto y sus medios, los devora y es, por tanto, proceso de consumo. Este consumo productivo se distingue del consumo individual en que este último absorbe los productos como medios de subsistencia del ser viviente, mientras que aquél los devora como medios de subsistencia del trabajo, de la fuerza de trabajo del individuo puesta en acción. El producto del consumo individual es, por ello, el propio consumidor, el resultado del consumo productivo es un producto distinto del consumidor.

En la medida en que sus medios y su objeto ya son productos, el trabajo absorbe productos para crear productos, o utiliza productos como medios de producción de otros nuevos. Pero, como en un principio el proceso de trabajo se entablaba solamente entre el hombre y la tierra, que existía al margen de él, hoy todavía le sirven medios de producción que le brinda la naturaleza y que no son una combinación de materia natural y trabajo humano.

El proceso de trabajo, tal como lo hemos expuesto en sus momentos más simples y abstractos, es una actividad específica orientada a producir valores de uso, adecuar lo natural a las necesidades humanas, es la condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, la condición natural eterna de la vida humana y es, por tanto, independiente de cualquier forma de esta vida y, más bien, común a todas sus formas sociales por igual. No tuvimos, en consecuencia, necesidad de representar al trabajador en relación con otros trabajadores. Nos bastaba con presentar, de una parte, el hombre y su trabajo, y de otra, la naturaleza y sus materias. Del mismo modo que el sabor del trigo no nos dice quién lo cultivó, este proceso no nos revela tampoco bajo qué condiciones transcurre, no nos descubre si se ha desarrollado bajo el látigo brutal del capataz de esclavos o bajo la mirada recelosa del capitalista, si ha sido Cincinato quien lo ejecutó labrando su par de *jugera* [yugadas], o el salvaje que derriba una bestia de una pedrada⁹.

⁹ Seguramente es por esta razón, lógica en extremo, que el coronel Torrens ve en la piedra del salvaje... el origen del capital. "En la primera piedra que lanza el salvaje contra la bestia que persigue, en el primer palo que empuña para derribar el fruto que no alcanza con sus manos, vemos la apropiación de un artículo con el fin de adquirir otro y descubrimos, de este modo, el origen del capital" (R. Torrens. *An Essay on the Production of Wealth etc.*, pp. 70, 71). De aquel primer palo [Stock, en alemán] se explica, seguramente, que stock en inglés sea sinónimo de capital.

Retornemos a nuestro capitalista *in spe* [en ciernes]. Lo habíamos dejado después que él comprara en el mercado todos los factores necesarios para un proceso de trabajo: los elementos materiales, o sea, los medios de producción, y el factor humano, es decir, la fuerza de trabajo. Con la mirada astuta del conocedor ha elegido los medios de producción y las fuerzas de trabajo apropiados para su negocio específico: hilandería, fabricación de zapatos, etc. Nuestro capitalista se pone, pues, a consumir la mercancía comprada, la fuerza de trabajo; es decir, hace que su portador, el obrero, consuma mediante su trabajo los medios de producción. Por supuesto, la naturaleza general del proceso de trabajo no cambia porque el obrero lo ejecute para el capitalista en lugar de hacerlo para sí. Tampoco cambia, desde un comienzo, por la intervención del capitalista, el modo concreto de hacer botas o de hilar. El capitalista inicialmente toma la fuerza de trabajo tal como la encuentra en el mercado y, por tanto, también su trabajo tal como se desarrolló en un período en que aún no había capitalistas. Tan sólo posteriormente el propio modo de producción se transforma por medio de la sumisión del trabajo al capital, y debe estudiarse, por ello, en el momento oportuno.

El proceso de trabajo, por cuanto transcurre como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista, muestra, pues, dos fenómenos peculiares.

El obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien pertenece su trabajo. El capitalista cuida que el trabajo se realice como es debido y que los medios de producción se empleen racionalmente, o sea, sin desperdicio de materias primas y sin que los instrumentos de trabajo se malgasten, es decir, que únicamente se desgasten en la medida en que lo exige su uso en el trabajo.

Pero, en segundo lugar: el producto es propiedad del capitalista y no del productor directo, del obrero. El capitalista paga, por ejemplo, el valor de un día de la fuerza de trabajo. Su uso le pertenece por todo el día, como el de cualquier otra mercancía, por ejemplo un caballo, que alquilase durante un día. Al comprador de la mercancía le pertenece su uso, y el poseedor de la fuerza de trabajo entrega, de hecho, sólo el valor de uso que ha vendido al entregarle su trabajo. Desde el momento en que ingresó al taller del capitalista, el valor de uso de su fuerza de trabajo, o sea, su uso, el trabajo, pertenece a éste. Al comprar la fuerza de trabajo, el capitalista incorpora el trabajo mismo, como fermento vivo, a los elementos muertos de creación del producto, que también le pertenecen. Desde su punto de vista, el proceso de trabajo no es más que el consumo de la mercancía fuerza de trabajo que compró, pero que, sin embargo, sólo la puede consumir agregándole los medios de producción. El proceso de trabajo es un proceso entre objetos comprados por el capitalista, entre objetos que le pertenecen.

Por tanto, el producto de este proceso le pertenece con el mismo derecho que el producto del proceso de fermentación en su bodega¹⁰.

2. PROCESO DE VALORIZACION

El producto —propiedad del capitalista— es un valor de uso: hilado, botas, etc. Pero, aunque las botas, por ejemplo, constituyan en cierta medida la base del progreso social y nuestro capitalista sea un decidido partidario del progreso, no fabrica botas simplemente por fabricarlas. El valor de uso no es en general en la producción mercantil el objeto *qu'on aime pour lui-même* [que se ama de por sí]. Los valores de uso se producen en ella pura y simplemente porque son el sustrato material, los portadores del valor de cambio. Y nuestro capitalista persigue dos objetivos. En primer lugar, producir un valor de uso que tenga un valor de cambio, un artículo destinado a la venta, una mercancía. En segundo lugar, producir una mercancía cuyo valor sea mayor que la suma de los valores de las mercancías requeridas para su producción, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, por los que adelantó en el mercado de mercancías su dinerito. No sólo quiere producir un valor de uso, sino una mercancía; no sólo valor de uso, sino valor; y no sólo valor, sino también plusvalor.

Por cuanto se trata de la producción de mercancías, nos hemos limitado hasta aquí, de hecho, a estudiar sólo un aspecto del proceso. Como la mercancía es unidad de valor de uso y valor, su proceso de producción tiene que ser unidad de un proceso de trabajo y de un proceso de creación de valor.

Observemos ahora el proceso de producción también como proceso de creación de valor.

Sabemos que el valor de cada mercancía está determinado por la cantidad de trabajo materializado en su valor de uso, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Este

¹⁰ "Los productos se apropian antes de ser convertidos en capital; esta transformación no los sustrae de aquella apropiación" (Cherbuliez. *Richesse ou Pauvreté*, édit. París, 1841, p. 54). "El proletario, al vender su trabajo por cierta cantidad de aprovisionamiento (*approvisionnement*), renuncia íntegramente a toda participación en el producto. La apropiación del producto es la misma que antes; no cambia de ningún modo por el convenio aludido. El producto pertenece exclusivamente al capitalista que suministra las materias primas y el *approvisionnement*. Es esta una consecuencia rigurosa de la ley de la apropiación, cuyo principio fundamental era, a la inversa, el derecho exclusivo de propiedad de cada obrero sobre su producto" (James Mill. *Elements of Pol. Econ. etc.*, Londres, 1821, p. 58). "Cuando los obreros trabajan por un salario, el capitalista no es sólo propietario del capital" (el autor se refiere a los medios de producción), "sino también del trabajo (*of the labour also*). Si en el concepto de capital se incluye, como suele hacerse, lo que se paga por salario, es absurdo hablar del trabajo como algo distinto del capital. La palabra capital en este sentido incluye ambas cosas: el capital y el trabajo" (*ibid.*, p. 70, 71).

criterio es válido también para el producto que obtiene nuestro capitalista como resultado del proceso de trabajo. En primer lugar, hemos, pues, de calcular el trabajo objetivado en este producto.

Supongamos, por ejemplo, que se trate de hilado.

Para fabricar el hilado, se necesita, en primer término, la materia prima, v.gr., 10 libras de algodón. El valor del algodón no hace falta investigarlo, pues el capitalista lo compra en el mercado por su valor, por ejemplo, en 10 chelines. En el precio del algodón se contiene ya, como trabajo social general, el trabajo requerido para su producción. Supongamos, además, que en la transformación del algodón se haya desgastado la masa de husos que representa para nosotros todos los demás medios de trabajo utilizados, por un valor de 2 chelines. Si una masa de oro de 12 chelines es el producto de 24 horas de trabajo, o sea, de dos jornadas de trabajo, tendremos, por consiguiente, que en el hilado se han objetivado dos días de trabajo.

La circunstancia de que el algodón haya cambiado su forma y de que la masa de husos desgastada haya desaparecido por completo, no debe confundirnos. Según la ley general del valor, 10 libras de hilado equivalen a 10 libras de algodón y a 1/4 de huso, siempre y cuando el valor de 40 libras de hilado sea igual al valor de 40 libras de algodón más el valor de un huso completo, es decir, si se requiere el mismo tiempo de trabajo para producir ambos términos de esta ecuación. En este caso, el mismo tiempo de trabajo se representa, de una parte, en el valor de uso hilado y, de otra, en los valores de uso algodón y huso. Al valor le es, por tanto, indiferente aparecer encarnado en el hilado, en el huso o el algodón. El hecho de que el huso y el algodón, en vez de yacer inmóviles, uno junto al otro, establezcan en el proceso de hilado un vínculo que transforma sus formas de uso, convirtiéndolos en hilado, no afecta para nada a su valor; es como si se cambiasen en un simple trueque por un equivalente en hilado.

El tiempo de trabajo requerido para la producción del algodón es parte del tiempo de trabajo necesario para producir el hilado, al que sirve de materia prima, y se contiene, por consiguiente, en éste. Otro tanto acontece con el tiempo de trabajo requerido para la producción de la masa de husos, sin cuyo desgaste o consumo no puede hilarse el algodón¹¹.

Al determinar el valor del hilado, o sea, el tiempo de trabajo requerido para su elaboración, podemos considerar como distintas fases consecutivas del mismo proceso de trabajo los diversos procesos de trabajo particulares, separados en el tiempo y en el espacio, que es necesario recorrer para producir el algodón y la masa de husos

¹¹ "No sólo el trabajo directamente aplicado a las mercancías influye en su valor, sino también el que se invierte en herramientas, instrumentos y edificios que se emplean en este trabajo" (Ricardo, l.c., p. 16).

desgastada y hacer finalmente hilado del algodón y los husos. Todo el trabajo contenido en el hilado es trabajo pretérito. El hecho de que el tiempo de trabajo necesario para la producción de sus elementos constituyentes haya transcurrido antes, esté en pluscuamperfecto, y, por el contrario, el trabajo aplicado directamente al proceso final, el hilar, esté más cerca del presente, en pretérito perfecto, es una circunstancia completamente indiferente. De necesitarse una masa de trabajo determinada, por ejemplo, de 30 jornadas de trabajo para construir una casa, no cambia para nada la cantidad total de tiempo de trabajo materializado en ella, si el trigésimo día se incorpora 29 días más tarde a la producción que el primero. Y, de igual modo, el tiempo de trabajo contenido en la materia prima y en los medios de trabajo puede considerarse como si se hubiese gastado sólo en un estadio anterior del proceso de hilado, antes del trabajo agregado en la fase final bajo esta forma.

En consecuencia, los valores de los medios de producción, del algodón y de los husos, expresados en el precio de 12 chelines, constituyen partes integrantes del valor del hilado, o sea, del valor del producto.

Mas para ello deben cumplirse dos condiciones. La primera es que el algodón y los husos sirvan realmente para la producción de un valor de uso. En nuestro caso, para la fabricación de hilado. Al valor le es indiferente en qué valor de uso se sustente, pero se debe sustentar en algún valor de uso. La segunda condición es que únicamente se haya empleado el tiempo de trabajo necesario bajo las condiciones sociales de producción imperantes. Así, de requerirse sólo una libra de algodón para producir una libra de hilado, no deberá gastarse más de una libra de algodón en la creación de una libra de hilado. Lo mismo ocurre con los husos. Si al capitalista se le ocurriese, por un acto de fantasía, emplear husos de oro en lugar de husos de acero, en el valor del hilado se contaría, sin embargo, sólo el trabajo socialmente necesario, es decir, el tiempo de trabajo requerido para la producción de husos de acero.

Ya sabemos qué parte constituyen en el valor del hilado los medios de producción, es decir, el algodón y los husos. Equivalen a 12 chelines o a la materialización de dos días de trabajo. Ahora, trátase de saber cuál es la fracción de valor que el hiladero mismo añade con su trabajo al algodón.

Este trabajo hemos de enfocarlo desde un punto de vista completamente diferente a aquel en que nos situamos para analizar el proceso de trabajo. En dicho caso tomamos en consideración la actividad específica de convertir algodón en hilado. Cuanto más adecuado a ese fin sea el trabajo tanto mejor será el hilado, suponiendo invariables todas las demás circunstancias. El trabajo del hiladero se distinguía específicamente de todos los otros trabajos productivos, y la diversidad se revelaba subjetiva y objetivamente en la finalidad

particular del hiladero, en su modo particular de actuar, en la naturaleza específica de sus medios de producción y en el valor de uso especial de su producto. El algodón y los husos sirven de medios de existencia del trabajo de hilandería, pero con su ayuda no pueden hacerse cañones estriados. En cambio, por cuanto el trabajo del hiladero crea valor, o sea, es fuente de valor, no se distingue en nada del trabajo del perforador de cañones o, lo que es más cercano a nuestro ejemplo, de los trabajos realizados en los medios de producción del hilado por el plantador de algodón y por el fabricante de husos. Sólo por obra de esta identidad plantar algodón, fabricar husos e hilar pueden constituir simples partes cuantitativamente distintas del mismo valor total, o sea del valor del hilado. Aquí ya no se trata más de la calidad, de la naturaleza y el contenido del trabajo, sino únicamente de su cantidad. Y ésta se calcula fácilmente. Partimos del supuesto de que el trabajo de hilar es trabajo simple, trabajo social promedio. Más tarde veremos que el supuesto contrario no cambia en nada el problema.

Durante el proceso de trabajo, éste se convierte constantemente de la forma de inquietud en la del ser, de la forma de movimiento en la de objetividad. Al finalizar una hora, el movimiento del hiladero se representa en cierta cantidad de hilado; o sea, una cantidad determinada de trabajo, una hora laboral, se ha objetivado en el algodón. Decimos hora de trabajo, o sea, gasto de la fuerza vital del hiladero durante una hora, pues en este caso el trabajo del hiladero se considera únicamente como gasto de fuerza de trabajo, y no como trabajo específico de hilar.

Ahora bien, es de una importancia decisiva el que mientras dure el proceso, o sea, la transformación del algodón en hilado, se emplee sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario. Si en condiciones normales, es decir, en condiciones sociales medias de producción, durante una hora de trabajo a libras de algodón se transforman en b libras de hilado, sólo es considerada jornada de trabajo de 12 horas aquella que transforme $12 \times a$ libras de algodón en $12 \times b$ libras de hilado. Pues, sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como fuente creadora de valor.

Al igual que el trabajo, las materias primas y el producto aparecen aquí enfocados por una luz completamente diferente que cuando los veíamos en el proceso de trabajo como tal. Ahora, la materia prima vale sólo en cuanto absorbe una determinada cantidad de trabajo. Mediante esta absorción, la materia prima se convierte, de hecho, en hilado, pues la fuerza de trabajo se invierte y se le incorpora en forma de trabajo del hiladero. Pero el producto, el hilado, no es más que el índice del trabajo absorbido por el algodón. Si en una hora se hilan $1\frac{2}{3}$ libras de algodón o se transforman en $1\frac{2}{3}$ libras de hilado, entonces 10 libras de hilado equivaldrán a 6 horas de trabajo absorbido. Determinadas cantidades de producto,

fijadas por la experiencia, reflejan aquí únicamente determinadas cantidades de trabajo, determinada masa de tiempo de trabajo cristalizado. Son, simplemente, la materialización de una hora, de dos horas, de un día de trabajo social.

El hecho de que el trabajo sea precisamente trabajo de hilandería, su materia prima algodón y su producto hilado, es aquí tan indiferente como el que el objeto de trabajo mismo sea ya un producto, es decir, materia prima. Si el obrero, en lugar de la hilandería, estuviese ocupado en una mina de carbón, se lo brindaría la naturaleza. Sin embargo, una cantidad determinada de carbón arrancada de su capa, por ejemplo un quintal, representaría una determinada cantidad de trabajo absorbido.

En la venta de la fuerza de trabajo partíamos del supuesto de que su valor de un día era de 3 chelines, en los que se encarnaban 6 horas de trabajo, y, por tanto, se requería esta cantidad de trabajo para producir la suma media de artículos diarios de subsistencia del obrero. Ahora bien, si durante una hora de trabajo nuestro hiladero transforma $1\frac{2}{3}$ libras de algodón en $1\frac{2}{3}$ libras de hilado¹², en 6 horas convertirá 10 libras de algodón en 10 libras de hilado. Mientras dura el proceso de hilado, el algodón absorbe, por tanto, 6 horas de trabajo. Este tiempo de trabajo se representa por una cantidad de oro de 3 chelines. Por consiguiente, el hiladero incorpora al algodón un valor de 3 chelines.

Observemos, ahora, el valor total del producto, es decir, de las diez libras de hilado. En ellas se materializan $2\frac{1}{2}$ días de trabajo, 2 días encarnados en el algodón y la masa de husos consumida y medio día absorbido durante el proceso de trabajo del hiladero. Igual tiempo de trabajo representa una masa de oro de 15 chelines. Por tanto, el precio adecuado al valor de las 10 libras de hilado es de 15 chelines, y el de una libra, 1 chelín y 6 peniques.

Nuestro capitalista se queda perplejo. El valor del producto es igual al valor del capital adelantado. El valor adelantado no se ha valorizado, no ha creado plusvalor, por tanto el dinero no se ha transformado en capital. El precio de las 10 libras de hilado es de 15 chelines, los mismos 15 chelines que el capitalista hubo de invertir en el mercado de mercancías para adquirir los elementos creadores del producto o, lo que es lo mismo, los factores del proceso de trabajo: 10 chelines en el algodón, 2 chelines en la masa de husos desgastada y 3 chelines en la fuerza de trabajo. De nada sirve que el valor del hilado se haya incrementado, pues es sólo la suma de los valores antes distribuidos entre el algodón, los husos y la fuerza de trabajo, y de la simple suma de valores existentes jamás puede

¹² Estas cifras son solamente imaginarias.

... Todos estos valores están concentrados en un objeto, pero se lo cubren en la suma de dinero de 15 millones antes de distribuirse en las tres mercancías compradas.

De una vez cubren los 15 millones. El valor de una libra de plata es de 10 libras y 6 peniques, y por 10 libras de plata se compran 100 libras de plata. Que pagar en el mercado 15 millones. ...

... En vez de pagar un valor en cantidad pagar una cantidad en dinero con la intención de tener una suma. ... El valor de la plata es de 10 libras y 6 peniques. ...

... En el momento en que se compra una mercancía se la convierte en dinero. ... El valor de la plata es de 10 libras y 6 peniques. ...

... En el momento en que se compra una mercancía se la convierte en dinero. ... El valor de la plata es de 10 libras y 6 peniques. ...

en el vacío? ¿Quién sino él, el capitalista, le dio la materia con la cual y en la cual el obrero materializa su trabajo? Y como la gran mayoría de la sociedad está compuesta de estos descamisados, ¿acaso no le presta a la sociedad un servicio inapreciable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, y no se lo presta también al obrero, a quien, además, le suministra los medios de vida? ¿No ha de cobrar este servicio? Pero, ¿es que el obrero no le presta, a su vez, el servicio de transformar el algodón y los husos en hilado? Por lo demás, aquí no se trata de servicios¹⁵. Servicio no es más que el efecto útil de un valor de uso, ya sea de la mercancía o del trabajo¹⁶. Pero aquí lo que tenemos es el valor de cambio. El capitalista pagó al obrero un valor de 3 chelines. El obrero le devolvió un equivalente exacto en el valor de 3 chelines añadidos al algodón. Valor por valor. Nuestro amigo deja de pronto su soberbia de capitalista para adoptar la modesta pose de su propio obrero. ¿Es que él no trabaja? ¿Acaso no realiza la labor de vigilancia y dirección del hiladero? ¿Y este trabajo suyo no crea valor? Su propio *overlooker* [capataz] y su *manager* se encojen de hombros. Mientras tanto, nuestro capitalista ha recuperado ya con una sonrisa jovial su fisonomía acostumbrada. Se ha estado burlando de nosotros con toda esta letanía. Todo esto no vale ni un céntimo. Deja todos estos vanos subterfugios y otras argucias por el estilo a los profesores de economía política, que para eso cobran. El es un hombre práctico que, si bien no siempre piensa lo que dice fuera del negocio, siempre sabe lo que en éste hace.

Observemos todo esto más de cerca. El valor diario de la fuerza de trabajo ascendía a 3 chelines, porque en ella se ha materializado media jornada laboral; es decir, porque los medios de vida necesarios para producir la fuerza de trabajo diariamente cuestan media jornada de trabajo. Pero el trabajo pretérito, encerrado en la fuerza de trabajo, y el trabajo vivo que ésta puede desarrollar, sus costos diarios de manutención y su rendimiento diario, son dos magnitudes

¹⁵ "Deja que se vanaglorien, se adornen y se pongan afeites... Quien toma más o toma algo mejor (de lo que da), comete usura, y no hace servicio, sino daño a su prójimo a quien hurta y roba. No todo lo que llaman servicio y beneficio es servir y beneficiar al prójimo. Pues una adúltera y un adúltero se prestan entre sí grandes servicios y complacencias. Y el caballero que ayuda al incendiario y al asesino a robar en las carreteras y atentar contra personas y propiedades le presta también un gran servicio caballeresco. Los papistas hacen a los nuestros gran servicio, al no ahogarlos, quemarlos o asesinarlos a todos, o dejarlos podrirse en las prisiones, dejando con vida a algunos y arrojándolos de su tierra o despojándolos de lo que poseen. Y el propio demonio hace a sus servidores un grande, inmenso servicio... En suma, el mundo está lleno de grandes, de magníficos, de diarios servicios y beneficios" (Martin Luther. *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen etc.*, Wittenberg, 1540 [pp. 8-9]).

¹⁶ Acerca de esto, señalo en *Zur Kritik der Politischen Oekonomie* entre otras cosas, p. 14: "Se comprende qué 'servicio' presta la categoría 'servicio' (*service*) a cierta clase de economistas, como J. B. Say y F. Bastiat".

brotar un plusvalor¹³. Todos estos valores están concentrados ahora en un objeto, pero ya lo estaban en la suma de dinero de 15 chelines antes de desperdigarse en las tres mercancías compradas.

De suyo, este resultado no es extraño. El valor de una libra de hilado es de un chelín y 6 peniques, y por 10 libras de hilado nuestro capitalista tendría que pagar en el mercado 15 chelines. Tanto da que compre su casa particular ya lista en el mercado o que la mande edificar: ninguna de estas operaciones aumentará el dinero invertido en adquirir la casa.

Tal vez el capitalista versado en economía vulgar diga que adelantó su dinero con la intención de hacer más dinero. Pero, el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones, y él también podría tener la intención de hacer dinero sin producir¹⁴. El capitalista amenaza. No volverán a engañarle. En el futuro comprará las mercancías ya listas en el mercado, en lugar de fabricarlas. Pero, si todos sus hermanos capitalistas hacen lo mismo, ¿cómo habría de encontrar mercancías en el mercado? No puede comer dinero. El capitalista catequiza. Se debería considerar su abstinencia. Podría haber derrochado los 15 chelines. En vez de hacerlo, los consumió productivamente, convirtiéndolos en hilado. Gracias a ello, posee hilado y no tiene remordimientos de conciencia. En todo caso debe verse en el papel de atesorador, que ya nos mostró lo que daba de sí el ascetismo. Además, al que nada tiene, el rey le hace libre. Y por grandes que sean los méritos de su abstinencia, no hay nada con que premiársela, toda vez que el valor del producto que brota del proceso es sólo igual a la suma de los valores de mercancías que a él lanzó. Debiera contentarse, pues, con que la virtud encuentra en sí misma su recompensa. Pero, lejos de ello, insiste y apremia. El hilado no le sirve de nada. Lo ha producido para la venta. Así, pues, o lo vende, o, más simple, produce en el futuro sólo objetos para su propio uso, receta que ya le ha prescrito su médico de cabecera MacCulloch como remedio eficaz contra la epidemia de la sobreproducción. El capitalista se encabrita tercamente. ¿Acaso el obrero puede crear productos de trabajo, producir mercancías, con sus brazos inermes,

¹³ Esta es la tesis fundamental en que se basa la doctrina fisiocrática de la improductividad de todos los trabajos no agrícolas, que es incontrovertible para los... economistas de profesión. "Este procedimiento que consiste en imputar a un sólo objeto el valor de varios otros" (por ejemplo, al lino el valor de los objetos consumidos por el tejedor), "o sea, acumulando diversos valores en capas sobre uno solo, hace que éste crezca en la misma proporción... La palabra 'suma' expresa muy bien la manera cómo se forma el precio del artículo manufacturado; éste no es más que la totalización de varios valores consumidos y sumados; sin embargo, sumar no es multiplicar" (Mercier de la Rivière, l.c., p. 599).

¹⁴ Así, v.gr., en 1844-1847 él retiró una parte de su capital del negocio productivo para especular con acciones ferroviarias. Y, durante la guerra civil norteamericana, cerró su fábrica y lanzó a los obreros fabriles a la calle para dedicarse a jugar en la Bolsa algodонера de Liverpool.

en el vacío? ¿Quién sino él, el capitalista, le dio la materia con la cual y en la cual el obrero materializa su trabajo? Y como la gran mayoría de la sociedad está compuesta de estos descamisados, ¿acaso no le presta a la sociedad un servicio inapreciable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, y no se lo presta también al obrero, a quien, además, le suministra los medios de vida? ¿No ha de cobrar este servicio? Pero, ¿es que el obrero no le presta, a su vez, el servicio de transformar el algodón y los husos en hilado? Por lo demás, aquí no se trata de servicios¹⁵. Servicio no es más que el efecto útil de un valor de uso, ya sea de la mercancía o del trabajo¹⁶. Pero aquí lo que tenemos es el valor de cambio. El capitalista pagó al obrero un valor de 3 chelines. El obrero le devolvió un equivalente exacto en el valor de 3 chelines añadidos al algodón. Valor por valor. Nuestro amigo deja de pronto su soberbia de capitalista para adoptar la modesta pose de su propio obrero. ¿Es que él no trabaja? ¿Acaso no realiza la labor de vigilancia y dirección del hiladero? ¿Y este trabajo suyo no crea valor? Su propio *overlooker* [capataz] y su *manager* se encojen de hombros. Mientras tanto, nuestro capitalista ha recuperado ya con una sonrisa jovial su fisonomía acostumbrada. Se ha estado burlando de nosotros con toda esta letanía. Todo esto no vale ni un céntimo. Deja todos estos vanos subterfugios y otras argucias por el estilo a los profesores de economía política, que para eso cobran. El es un hombre práctico que, si bien no siempre piensa lo que dice fuera del negocio, siempre sabe lo que en éste hace.

Observemos todo esto más de cerca. El valor diario de la fuerza de trabajo ascendía a 3 chelines, porque en ella se ha materializado media jornada laboral; es decir, porque los medios de vida necesarios para producir la fuerza de trabajo diariamente cuestan media jornada de trabajo. Pero el trabajo pretérito, encerrado en la fuerza de trabajo, y el trabajo vivo que ésta puede desarrollar, sus costos diarios de manutención y su rendimiento diario, son dos magnitudes

¹⁵ "Deja que se vanaglorien, se adornen y se pongan afeites... Quien toma más o toma algo mejor (de lo que da), comete usura, y no hace servicio, sino daño a su prójimo a quien hurta y roba. No todo lo que llaman servicio y beneficio es servir y beneficiar al prójimo. Pues una adúltera y un adúltero se prestan entre sí grandes servicios y complacencias. Y el caballero que ayuda al incendiario y al asesino a robar en las carreteras y atentar contra personas y propiedades le presta también un gran servicio caballeresco. Los papistas hacen a los nuestros gran servicio, al no ahogarlos, quemarlos o asesinarlos a todos, o dejarlos podrirse en las prisiones, dejando con vida a algunos y arrojándolos de su tierra o despojándolos de lo que poseen. Y el propio demonio hace a sus servidores un grande, inmenso servicio... En suma, el mundo está lleno de grandes, de magníficos, de diarios servicios y beneficios" (Martin Luther. *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen etc.*, Wittenberg, 1540 [pp. 8-9]).

¹⁶ Acerca de esto, señalo en *Zur Kritik der Politischen Oekonomie* entre otras cosas, p. 14: "Se comprende qué 'servicio' presta la categoría 'servicio' (*service*) a cierta clase de economistas, como J. B. Say y F. Bastiat".

completamente diferentes. La primera determina su valor de cambio, la otra constituye su valor de uso. El hecho de que sea necesario medio día de trabajo para mantener al obrero con vida las 24 horas no le impide, ni mucho menos, trabajar la jornada entera. El valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son, por tanto, dos magnitudes diferentes. El capitalista, al comprar la fuerza de trabajo, tuvo presente esta diferencia de valor. Su carácter útil —hacer hilado o botas— era tan sólo una *conditio sine qua non*, pues se debe gastar trabajo en forma útil para crear valor. Pero el factor decisivo lo constituye el valor de uso específico de esta mercancía que le permite ser fuente de valor y de un valor mayor que el que ella misma tiene. Este es el servicio específico que de ella espera el capitalista. Y, al hacerlo, actúa en correspondencia a las leyes eternas del intercambio mercantil. En efecto, el vendedor de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso. No puede obtener el primero sin desprenderse del segundo. El valor de uso de la fuerza de trabajo, el trabajo mismo, no pertenece a su vendedor, como deja de pertenecerle al acéitero el aceite vendido. El poseedor de dinero paga el valor de un día de la fuerza de trabajo: le pertenece, por tanto, su uso durante un día, el trabajo de una jornada. La circunstancia de que la manutención diaria de la fuerza de trabajo cueste sólo media jornada laboral, aunque pueda actuar, o sea trabajar, durante todo el día; es decir, el hecho de que el valor creado por su uso durante una jornada sea dos veces mayor que su valor diario, es una suerte especial para el comprador, pero no supone, en ningún caso, un atropello que se cometa contra el vendedor.

El capitalista había previsto este caso que lo hace reír^[65]. Por eso, el obrero encuentra en el taller los medios de producción necesarios no sólo para un proceso de trabajo de seis horas, sino para uno de doce. Si 10 libras de algodón absorben 6 horas de trabajo y se transforman en 10 libras de hilado, 20 libras de algodón absorberán 12 horas de trabajo y se convertirán en 20 libras de hilado. Examinemos el producto de este proceso de trabajo prolongado. Ahora, en las 20 libras de hilado se han objetivado 5 días de trabajo: 4 en el algodón y en la masa de husos consumida y 1 absorbido por el algodón durante el proceso de hilar. La expresión en oro de 5 jornadas de trabajo es de 30 chelines, o sea, de una libra esterlina y diez chelines. Este es, por tanto, el precio de las 20 libras de hilado. La libra de hilado cuesta como antes 1 chelín y 6 peniques. Pero, la suma del valor de las mercancías que alimentan el proceso era de 27 chelines. El valor del hilado representa 30 chelines. En consecuencia, el valor del producto creció en 1/9 por sobre el valor adelantado para su producción. De este modo, 27 chelines se transforman en 30. Arrojan un plusvalor de 3 chelines.

Por fin, el truco dio resultado. El dinero se ha convertido en capital.

Todas las condiciones del problema se han resuelto sin infringir en lo más mínimo las leyes del intercambio de mercancías. Se ha cambiado un equivalente por otro. El capitalista pagó, como comprador, cada mercancía por su valor: el algodón, la masa de husos, la fuerza de trabajo. Luego, hizo lo que hace todo comprador de mercancías. Consumió su valor de uso. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo, que es a la vez proceso de producción de la mercancía, arrojó un producto de 20 libras de hilado con un valor de 30 chelines. Ahora, el capitalista regresa al mercado a vender su mercancía, no obstante haber comprado otras anteriormente. Vende la libra de hilado a un chelín y seis peniques, ni un céntimo por encima o por debajo de su valor. Y, sin embargo, extrae de la circulación tres chelines más de lo que invirtió en ella al comenzar. Todo este proceso de transformación de su dinero en capital transcurre y no transcurre en la órbita de la circulación. Se opera por medio de la circulación, pues está condicionado por la compra de la fuerza de trabajo en el mercado de mercancías. No se opera en la circulación, pues en ésta sólo prepara el proceso de valorización, el cual se lleva a cabo en la órbita de la producción. Y así, todo marcha "*pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles*"^[65].

Al transformar el dinero en mercancías, que sirven de materias para la creación de un nuevo producto o de factores del proceso de trabajo, al incorporar a su objetividad muerta fuerza de trabajo viva, el capitalista convierte el valor, el trabajo pretérito, objetivado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, en un monstruo animado que se lanza a "trabajar" "cual si tuviera dentro del cuerpo el amor"^[67].

Ahora bien, si comparamos el proceso de creación de valor y el proceso de valorización, este último no es más que un proceso de creación de valor prolongado a partir de un determinado punto. Si este proceso llega únicamente hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo pagada por el capitalista se sustituye por un nuevo equivalente, se trata de un simple proceso de creación de valor. Si el proceso de creación de valor se prolonga más allá de este punto, entonces se convierte en un proceso de valorización.

Si comparamos, además, el proceso de creación de valor y el proceso de trabajo, observaremos que este último consiste en un trabajo útil que produce valores de uso. Aquí, el movimiento se enfoca desde un punto de vista cualitativo, atendiendo su modo particular de operar, según su fin y su contenido. El mismo proceso laboral se presenta en el proceso de creación de valor, sólo en su aspecto cuantitativo. Trátase en este caso únicamente del tiempo que requiere el trabajo para la operación, o sea la duración del proceso en que se gasta útilmente la fuerza de trabajo. Las mercancías utilizadas en el proceso de trabajo no son ya factores materiales

funcionalmente determinados de la fuerza de trabajo, que opera con arreglo al fin asignado. Son únicamente cantidades concretas de trabajo materializado. El trabajo sólo cuenta por su duración en el tiempo, ya se encierre en los medios de producción o se añada por la fuerza de trabajo. Representa tantas horas, tantos días, etc.

Ahora bien, el trabajo cuenta solamente en la medida en que el tiempo gastado en la producción del valor de uso sea socialmente necesario. Esto abarca una serie de aspectos diferentes. La fuerza de trabajo tiene que actuar en condiciones normales. Si la máquina de hilar es el medio de trabajo socialmente imperante en la rama del hilado, no se puede poner al obrero a trabajar en una rueca. Tampoco se le puede suministrar desechos que se rompan a cada rato, en lugar de algodón de calidad normal. En ambos casos gastaría más tiempo de trabajo del socialmente necesario para la producción de una libra de hilado, sin que este tiempo adicional creara valor o dinero. Sin embargo, el carácter normal de los factores materiales del trabajo no depende del obrero, sino del capitalista. Otra condición más reside en el carácter normal de la propia fuerza de trabajo. Debe poseer el promedio imperante de destreza, aptitud y rapidez en el ramo que se le emplea. Pero, nuestro capitalista compró en el mercado fuerza de trabajo de calidad normal. Esta fuerza debe utilizarse con el grado medio habitual de esfuerzo y con el grado de intensidad socialmente acostumbrado. De ello cuida el capitalista, poniendo la misma preocupación con que vigila que no se pierda tiempo sin trabajar. Ha comprado la fuerza de trabajo por un plazo determinado. Y está interesado en obtener lo suyo. No quiere que se le robe. Finalmente —y para ello el capitalista tiene su propio *code pénal*— no pueden consumirse inútilmente las materias primas y los medios de trabajo, pues las materias y medios de trabajo desperdiciados representan un gasto superfluo de trabajo materializado y, por tanto, no cuentan ni entran en el producto del proceso de creación de valor¹⁷.

¹⁷ Este es uno de los factores que encarecen la producción basada en la esclavitud. Aquí, según la acertada expresión de los antiguos, el obrero sólo se distingue de los animales y de las herramientas muertas en que es un *instrumentus vocale*, mientras que el segundo es un *instrumentum semivocale* y el tercero un *instrumentum mutum*. Por su parte, el obrero hace sentir a los animales y a los instrumentos de trabajo que no es su semejante, sino un hombre. Toma conciencia de que se distingue de ellos al maltratarlos y destruirlos *con amore*. Por ello, en este modo de producción impera el principio económico de emplear tan sólo los instrumentos de trabajo más toscos, pesados y difíciles de destruir por razón de su irremediable tosquedad. Por eso, en los estados esclavistas que baña el golfo de México, incluso hasta el comienzo de la guerra civil, se usaban arados de viejo tipo chino, que hozaban la tierra como los cerdos o los topos, pero sin ahondar en ella ni voltearla. Cfr. J. E. Cairnes. *The Slave Power*, Londres, 1862, pp. 46 y ss. Olmsted en su *Sea Board Slave States* [pp. 46, 47] relata, entre otras cosas: "Aquí, me han mostrado herramientas con las que en nuestro país ninguna persona sensata cargaría al obrero al que paga un salario. A mi juicio, su peso extraordinario y su tosquedad deben hacer el trabajo por lo menos un 10% más pesado que si se realizase con las empleadas comúnmente entre nosotros. Sin embargo,

Como vemos, la diferencia entre el trabajo considerado como fuente de valor de uso y el mismo trabajo en cuanto creador de valor, diferencia advertida anteriormente al analizar la mercancía, se presenta ahora como distinción de los diversos aspectos del proceso de producción.

Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías; como unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías.

Ya decíamos más arriba que, para el proceso de valorización, es completamente indiferente el que el trabajo, del cual se apropia el capitalista, sea trabajo simple, trabajo social medio, o trabajo complejo, es decir, trabajo de mayor peso específico. El trabajo considerado como trabajo más elevado, más complejo, en comparación con el trabajo social medio, es la exteriorización de una fuerza de trabajo que representa mayores costos de formación, cuya producción cuesta más tiempo de trabajo y que tiene, por tanto, un valor superior al de la fuerza de trabajo simple. Si el valor de esta fuerza es mayor, se traduce también en un trabajo más elevado y se materializa, por tanto, en igual lapso, en valores relativamente mayores. Sin embargo, cualquiera sea la diferencia de grado entre el trabajo de hilar y el trabajo de joyería, la porción de trabajo mediante la cual el joyero repone el valor de su propia fuerza de trabajo no se distingue cualitativamente, de modo alguno, de la porción adicional de trabajo con la que crea plusvalor. Igual que antes, el plusvalor surge en este caso de un excedente cuantitativo de trabajo, prolongando la duración del mismo proceso de trabajo, que en un ejemplo es proceso de producción de hilado y en el otro, proceso de producción de joyas¹⁸.

me aseguraron que, dado el modo negligente y torpe como las usan los esclavos, sería imposible confiarles con buenos resultados herramientas más livianas o delicadas. Aquellas herramientas que nosotros confiamos constantemente a nuestros obreros con buenas ganancias para nosotros, no durarían ni un día en los campos de cereales de Virginia, aunque la tierra es más liviana y menos pedregosa que la nuestra. Igualmente, a mi pregunta de por qué en todas las granjas se sustituyen los caballos por mulos, se me dio como razón primera y decisiva la de que los caballos no aguantan el trato que suelen recibir continuamente de los negros. Los caballos se baldan e inutilizan al poco tiempo por los malos tratos, mientras que los mulos aguantan sin gran deterioro corporal los golpes o la falta de uno o dos piensos. Además, no se resfrían ni enferman por la negligencia o el exceso de trabajo. No tengo más que asomarme a la ventana de la pieza donde escribo para ver, casi en todo momento, semejante trato del ganado que sería suficiente para que cualquier *farmer* del norte echase a la calle al arriero”.

¹⁸ La diferencia entre el trabajo superior y el trabajo simple, “*skilled*” (calificado) y “*unskilled labour*” (trabajo no calificado), descansa, en parte, en simples ilusiones o, por lo menos, en diferencias que hace tiempo dejaron de ser reales y que sólo perduran en el convencionalismo tradicional; en parte, descansa en la situación desesperada de ciertos sectores de la clase obrera, que les impide en mayor medida que

De otra parte, en cada proceso de creación de valor, el trabajo superior debe reducirse constantemente a trabajo social medio, v.gr., un día de trabajo superior a x días de trabajo simple¹⁹. Por tanto, al suponer que el obrero empleado por el capital realiza un simple trabajo social medio, nos ahorramos una operación superflua y simplificamos el análisis.

a otros hacer valer su fuerza de trabajo. En ello desempeñan un papel muy grande circunstancias casuales, existiendo clases de trabajo que cambian constantemente de categoría. Por ejemplo, allí donde la sustancia física de la clase obrera está debilitada y relativamente agotada, como ocurre en todos los países de producción capitalista desarrollada, los trabajos de carácter brutal, que requieren de una gran fuerza muscular, ocupan, en general, un lugar mucho más elevado en comparación con trabajos considerablemente más finos, los cuales descienden al peldaño del trabajo simple. Así, por ejemplo, el trabajo de un *bricklayer* (albañil) ocupa en Inglaterra un lugar mucho más elevado que el de un tejedor de damasco. De otra parte, el trabajo de un *fustian cutter* (esquilador), aun exigiendo gran esfuerzo físico y siendo, además, muy malsano, figura como trabajo "simple". Por lo demás, no debe pensarse que el llamado "*skilled labour*" ocupa un volumen cuantitativamente significativo en el trabajo de la nación. Laing calcula que en Inglaterra (y Gales) más de 11 millones viven del trabajo simple. Si descontamos un millón de aristócratas y millón y medio de mendigos, vagabundos, criminales, prostitutas, etc., tendremos que de una población de 18 millones que existía al publicarse su obra, quedan 4.650.000 para la clase media, incluyendo pequeños rentistas, empleados, escritores, artistas, maestros, etc. Para obtener estos $4\frac{2}{3}$ millones, el autor incluye entre la parte trabajadora de la clase media, además de los banqueros, etc., a todos los "obreros fabriles" mejor pagados! Entre los "obreros potenciados" figuran incluso los *bricklayers*. Después de todas estas operaciones, le quedan los 11 millones citados (S. Laing. *National Distress etc.*, Londres, 1844, [pp. 49-52 *passim*]). "La gran masa del pueblo la constituye la gran clase que no puede dar más que un trabajo corriente a cambio de los alimentos" (James Mill en el artículo *Colony*, *Supplement to the "Encyclopaedia Britannica"*, 1831).

¹⁹ "Siempre que se hace referencia al trabajo como medida de valor, se alude necesariamente a un trabajo de determinada clase... y es fácil de averiguar la proporción en que con él se encuentran los otros trabajos" ([J. Cazenove.] *Outlines of Polit. Economy*. Londres, 1832, pp. 22, 23).

CAPITULO VI

CAPITAL CONSTANTE Y CAPITAL VARIABLE

Los distintos factores del proceso de trabajo participan de modo diverso en la creación del valor del producto.

El obrero añade al objeto de trabajo un nuevo valor, al agregarle cierta cantidad de trabajo cualesquiera sean el contenido específico, la finalidad y el carácter técnico de su labor. De otra parte, encontramos nuevamente, como partes integrantes en el valor del producto, los valores de los medios de producción consumidos, v.gr., los valores del algodón y los husos reaparecen en el valor del hilado. Es decir, el valor de los medios de producción se conserva debido a su traspaso al producto. Esta transferencia tiene lugar durante la conversión de los medios de producción en producto, en el proceso de trabajo. Se opera por medio del trabajo. Pero, ¿cómo?

El obrero no efectúa un trabajo doble al mismo tiempo, de una parte, para añadir valor al algodón por medio de su trabajo y, de otra parte, para conservar su antiguo valor o, lo que es lo mismo, para transferir al producto, al hilado, el valor del algodón que elabora y de los husos con que trabaja. Lo que hace es conservar el antiguo valor al agregar valor nuevo. Pero, como la incorporación de nuevo valor al objeto de trabajo y la conservación de los valores anteriores en el producto son dos resultados completamente diferentes que el obrero rinde en el mismo tiempo, aunque trabaja sólo una vez en el mismo lapso, es evidente que este doble resultado puede explicarse únicamente por el doble carácter del trabajo mismo. Simultáneamente, el trabajo, por efecto de una propiedad, crea valor y, por efecto de otra, conserva o transfiere valor.

Ahora bien, ¿cómo incorpora cada obrero tiempo de trabajo y, por tanto, valor? Siempre únicamente bajo la forma de su peculiar modalidad laboral productiva. El hilandero sólo incorpora tiempo de trabajo al hilar, el tejedor al tejer, el herrero al forjar. Pero, por medio de la forma específica en que los obreros incorporan trabajo como tal y, por tanto, nuevo valor, o sea, a través del hilar, el tejer, el forjar, los medios de producción —el algodón y los husos, el hilado y el telar, el hierro y el yunque— se convierten en elementos integrantes de un producto, de un nuevo valor de uso²⁰. La vieja

²⁰ "El trabajo brinda... una nueva creación a cambio de la extinguida" (*An Essay on the Polit. Econ. of Nations*, Londres, 1821, p. 13).

forma de su valor de uso desaparece, pero es sólo para reaparecer en una nueva forma de valor de uso. Al observar el proceso de creación de valor, advertíamos que en la medida en que un valor de uso se empleaba con el fin de producir un nuevo valor de uso, el tiempo de trabajo necesario para la producción del valor de uso utilizado constituía una parte del tiempo de trabajo requerido para la fabricación del nuevo valor de uso, y era, por tanto, tiempo de trabajo transferido de los medios de producción desgastados al nuevo producto. Es por ello que el obrero no conserva los valores de los medios de producción desgastados, o sea, no los transfiere como partes integrantes del valor al producto, incorporándoles trabajo en general, sino por el carácter útil particular, por la forma productiva específica del trabajo que incorpora. El trabajo como actividad productiva racional específica —hilar, tejer, forjar— hace resucitar mediante su simple contacto a los medios de producción, les infunde vida como factores del proceso de trabajo y se une a ellos para formar los productos.

Si el trabajo productivo específico del obrero no fuese hilar, no transformaría algodón en hilado y, por tanto, tampoco transferiría a éste los valores del algodón y de los husos. Si el obrero cambiase de oficio y se convirtiese en carpintero, incorporaría valor a su material como antes con cada día de trabajo. Añade, pues, valor con su trabajo, pero no por ser trabajo de hilar o de carpintería, sino por tratarse de trabajo abstracto, social en general, y agrega una cierta magnitud de valor no porque su trabajo tenga un contenido útil particular, sino porque dura un tiempo determinado. Por tanto, en su calidad abstracta, general, considerado como gasto de trabajo humano, el trabajo del hilandero incorpora un nuevo valor a los valores del algodón y de los husos, y en su calidad concreta, particular, útil, como proceso de hilar, transfiere el valor de estos medios de producción al producto y conserva, así, en éste su valor. De aquí se desprende el doble carácter del resultado del trabajo obtenido durante el mismo tiempo.

Por medio de la simple incorporación cuantitativa de trabajo se añade nuevo valor, a través de la calidad del trabajo agregado se conservan en el producto los viejos valores de los medios de producción. Este doble efecto del mismo trabajo, proveniente de su doble carácter, se revela de un modo palpable en distintos fenómenos.

Supongamos que un invento cualquiera permite al hilandero hilar en 6 horas la misma cantidad de algodón que antes en 36. Su trabajo, como actividad productiva útil específica, sextuplica su fuerza. Su producto es seis veces mayor: 36 libras de hilado en vez de 6. Pero, estas 36 libras de hilado absorben ahora tanto tiempo de trabajo como antes absorbían sólo seis. Se les incorpora seis veces menos trabajo nuevo que con el método anterior y por lo tanto sólo se les añade $1/6$ parte del valor original. Por otra parte, en el

producto, en las 36 libras de hilado, ahora hay algodón por un valor seis veces mayor. En las seis horas de trabajo del hilandero se conserva y se transfiere al hilado un valor de la materia prima seis veces mayor, aunque a la misma materia prima se le incorpora un valor nuevo seis veces menor. Esto demuestra que la cualidad del trabajo de conservar valores durante el mismo proceso indivisible es sustancialmente distinta de su propiedad de crear valor. Cuanto más tiempo de trabajo necesario se absorbe durante la operación de hilado por la misma cantidad de algodón, tanto mayor es el nuevo valor que se agrega al algodón; pero, cuanto más libras de algodón se hilan durante el mismo tiempo de trabajo, tanto mayor es el valor antiguo conservado en el producto.

Supongamos, por el contrario, que la productividad del trabajo del hilandero permanece invariable, y éste necesita tanto tiempo como antes para transformar una libra de algodón en hilado. Pero varía el valor de cambio del propio algodón, el precio de una libra sube o baja seis veces. En ambos casos el hilandero continúa incorporando igual tiempo de trabajo a la misma cantidad de algodón, o sea igual valor, y produce, durante el mismo tiempo, igual cantidad de hilado. Sin embargo, el valor que transfiere del algodón al producto es, una vez, seis veces mayor y, la otra, seis veces menor que antes. Lo mismo acontece al subir o bajar de valor los medios de trabajo, mientras sigan prestando el mismo servicio en el proceso laboral.

Si las condiciones técnicas del proceso de hilar permanecen inalteradas y no se opera ningún cambio en el valor de los medios de producción, el obrero gastará, como antes, durante el mismo tiempo de trabajo iguales cantidades de materias primas y maquinaria por un valor igual. En este caso, el valor que conserve en el producto estará en razón directa al nuevo valor que incorpore. En dos semanas añadirá el doble de trabajo que en una y, por tanto, dos veces más valor; consumirá, al mismo tiempo, el doble de materia por el doble de valor y desgastará el doble de maquinaria por un valor dos veces mayor y conservará, por ello, en el producto de dos semanas el doble de valor que en el producto de una. Bajo condiciones de producción constantes, el obrero conservará tanto más valor cuanto más valor agregue, pero no conservará más valor porque incorpore más, sino porque lo hace bajo condiciones invariables e independientes de su propio trabajo.

Cierto es que, en un sentido relativo, puede decirse que los obreros conservan los valores anteriores siempre en la misma proporción en que incorporan nuevo valor. Si el algodón sube de un chelín a dos, o cae a seis peniques, el obrero conserva siempre en el producto de una hora la mitad del valor del algodón contenido en el producto de dos horas, por mucho que este valor cambie. Y lo mismo si varía la productividad de su trabajo, aumentando o disminuyendo, hilará,

v.gr. en una hora de trabajo, más o menos algodón que antes y conservará, en consecuencia, en el producto de una hora más o menos valor del algodón. No obstante, en dos horas de trabajo conservará más valor que en una.

El valor, si prescindimos de su representación puramente simbólica en el signo de valor, existe sólo en un valor de uso, en un objeto. (El hombre mismo, enfocado como simple existencia de fuerza de trabajo, es un objeto de la naturaleza, una cosa, aunque viva y autoconsciente, y el trabajo es la exteriorización material de aquella fuerza.) Por tanto, si se pierde el valor de uso, se pierde el valor. Los medios de producción no pierden su valor al perder el valor de uso, pues en el proceso de trabajo sólo pierden la imagen primitiva de su valor de uso para recuperar en el producto la imagen de uno nuevo. Aunque para el valor es importantísimo existir en un valor de uso, como demuestra la metamorfosis de la mercancía, le es indiferente de cuál se trate. De ello se desprende que en el proceso de trabajo se transfiere valor de los medios de producción al producto únicamente en la medida en que el medio de producción pierde, al mismo tiempo que su valor de uso, también su valor de cambio. Sólo entrega al producto el valor que pierde como medio de producción. Los factores materiales del proceso de trabajo se comportan, a este respecto, de modo diferente.

El carbón que se quema en la máquina desaparece sin dejar rastro, al igual que el aceite con que se engrasan los ejes de la rueda, etc. Las pinturas y otras materias auxiliares también desaparecen, pero se manifiestan en las cualidades del producto. Las materias primas constituyen la sustancia del producto, pero cambiando de forma. Las materias primas y las materias auxiliares pierden, por tanto, la imagen independiente con que entran, como valores de uso, al proceso de trabajo. Otra cosa ocurre con los medios de trabajo propiamente tales. Un instrumento, una máquina, un edificio fabril, un recipiente, etc., sólo prestan servicios en el proceso de trabajo en la medida en que conservan su imagen primitiva e ingresan al proceso de trabajo cada día en la misma forma en que lo hicieron el día anterior. Conservan su imagen independiente frente al producto lo mismo en vida, durante el proceso de trabajo, que después de muertos. Los cadáveres de las máquinas, instrumentos, edificios fabriles, etc., siguen existiendo siempre separados de los productos que ayudaron a crear. Ahora bien, si observamos todo el período durante el cual presta servicios uno de estos medios de trabajo, desde el día de su ingreso al taller hasta el día de su destierro como chatarra, veremos que durante este período el trabajo ha consumido completamente su valor de uso y, por ello, su valor de cambio ha sido transferido totalmente al producto. Si, por ejemplo, una máquina de hilar tiene diez años de vida, su valor total pasará al producto de diez años durante un proceso de trabajo de una

década. El período de vida de un medio de trabajo abarca, por tanto, un número mayor o menor de procesos de trabajo, repetidos constantemente con su participación. Al medio de trabajo le ocurre como al hombre. Todo hombre muere veinticuatro horas diariamente. Sin embargo, no se le nota a ningún hombre cuántos días exactamente le ha restado la muerte. No obstante, esto no impide a las compañías de seguros de vida sacar del promedio de vida humana conclusiones bastante exactas y, lo que es más, bastante provechosas. Otro tanto acontece con el medio de trabajo. La experiencia enseña cuánto tiempo vive, por lo común, un medio de trabajo determinado, por ejemplo una máquina de cierto tipo. Supongamos que su valor de uso dura en el proceso de trabajo sólo seis días. Cada día perderá entonces, por término medio, $1/6$ de su valor de uso y entregará al producto diario, por tanto, $1/6$ de su valor. De este modo se calcula el desgaste de todos los medios de trabajo, o sea, por ejemplo, el valor de uso que pierden diariamente y la correspondiente entrega diaria de valor al producto.

Esto demuestra palmariamente que un medio de producción nunca transfiere más valor al producto del que pierde en el proceso de trabajo al destruirse su valor de uso. Si no tuviese valor alguno que perder, es decir, si no fuese producto del trabajo humano, no podría transferir al producto valor. Contribuiría a crear un valor de uso, sin servir de creador de valor de cambio. Tal es el caso de todos los medios de producción que brinda la naturaleza sin participación del hombre, como son la tierra, el viento, el agua, el hierro en el yacimiento, la madera de la selva virgen, etc.

Otro interesante fenómeno se nos presenta aquí. Supongamos que una máquina valga, por ejemplo, mil libras esterlinas y se desgaste en mil días. En tal caso, se transfiere diariamente a su producto de un día un milésimo del valor. Al mismo tiempo, aunque con fuerzas vitales cada vez menores, la máquina sigue funcionando íntegramente en el proceso de trabajo. Tenemos, pues, que un factor del proceso de trabajo, un medio de producción, participa como un todo en el proceso de trabajo y sólo en parte en el proceso de valorización. La diferencia entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización se refleja aquí en sus factores materiales, por cuanto el mismo medio de producción cuenta como un todo en el proceso de producción, en su calidad de elemento del proceso de trabajo, y sólo cuenta fragmentariamente en su calidad de elemento de creación de valor²¹.

²¹ Aquí no nos referimos a las reparaciones de los medios de trabajo, máquinas, edificios, etc. Una máquina en reparación no funciona como medio de trabajo, sino como material de trabajo. No se trabaja con ella, sino que se trabaja en ella para restaurar su valor de uso. Para nuestros fines, estos trabajos de reparación pueden considerarse incluidos en el trabajo requerido para la producción de los medios de trabajo. En el texto nos referimos al desgaste que ningún médico puede curar y que acerca paulatinamente la muerte, a "ese tipo de desgaste que no puede restaurarse

De otra parte, un medio de producción puede, por el contrario, intervenir íntegramente en el proceso de valorización y sólo fragmentariamente en el proceso de trabajo. Supongamos que al hilar el algodón, de 115 libras se pierden 15 que no dan hilo, sino únicamente *devil's dust* [polvillo de algodón]. Sin embargo, si este desperdicio de 15 libras es normal, inseparable de la elaboración del algodón en condiciones medias, el valor de las 15 libras de algodón, que no constituyen un elemento del hilado, entra en su valor, del mismo modo que el de las cien libras que conforman su sustancia. Para fabricar cien libras de hilado debe convertirse en polvo el valor de uso de 15 libras de algodón. La pérdida de este algodón es condición de la producción del hilado. Precisamente por eso transfiere su valor a éste. Ello es válido para todos los excrementos del proceso de trabajo, a lo menos en la medida en que no constituyen nuevos medios de producción y, por tanto, nuevos valores de uso independientes. Así, por ejemplo, en las grandes fábricas de maquinaria de Manchester se ven montañas de chatarra, desechadas como virutas por unas cuantas máquinas ciclópeas que se transportan por la tarde, en grandes carros, de la fábrica a la fundición, para volver al día siguiente de la fundición a la fábrica convertidas en hierro macizo.

Los medios de producción sólo transfieren valor a la nueva forma del producto en la medida en que, durante el proceso de trabajo, pierden valor bajo la forma de su viejo valor de uso. El máximo de pérdida de valor que pueden experimentar en el proceso de trabajo está limitado, evidentemente, por la magnitud primitiva de valor con que ingresaron al proceso, o sea, por el tiempo de trabajo requerido para su propia producción. Por tanto, los medios de producción no pueden incorporar al producto más valor del que poseen, independientemente del proceso de trabajo en que funcionan. Por útil que sea un material de trabajo, una máquina, un medio de producción, si ha costado 150 libras esterlinas, digamos 500 días de trabajo, no agregará

de tiempo en tiempo y que finalmente pone, por ejemplo, a un cuchillo en tal estado que el cuchillero dice que ya no vale la pena sacarle filo". Hemos visto en el texto que, por ejemplo, una máquina participa íntegramente en cada proceso singular de trabajo, pero sólo de manera fragmentaria en el proceso de valorización que transcurre simultáneamente. Júzguese por esto la siguiente confusión de conceptos: "Ricardo habla de la cantidad de trabajo invertida por un constructor de maquinaria en la fabricación de una máquina de hacer medias", como de un trabajo contenido, por ejemplo, en el valor de un par de medias. "Sin embargo, todo el trabajo que produce ese par de medias... incluye el trabajo completo del constructor de maquinaria y no sólo una parte de aquél, pues, si una máquina hace muchos pares, ni un solo par puede fabricarse de faltar aunque sea una parte de la máquina" (*Observations on Certain Verbal Disputes in Pol. Econ., particularly relating to Value, and to Demand and Supply*, Londres, 1821, p. 54). El autor, un *wisecrack* [sabihondo] increíblemente jactancioso, sólo tiene razón al incurrir en esta confusión y, por tanto, al plantear esta polémica, en el sentido de que ni Ricardo, ni ningún otro economista antes o después de él distingue con precisión ambos aspectos del trabajo y, por ello, mucho menos analiza su diversa función en la creación de valor.

nunca más de 150 libras esterlinas al producto total que contribuye a crear. Su valor no está determinado por el proceso de trabajo al que entra como medio de producción, sino por el proceso de trabajo del que sale como producto. En el proceso de trabajo sólo sirve como valor de uso, como objeto dotado de ciertas propiedades útiles, y no traspasaría al producto valor si no poseyese valor antes de ingresar al proceso²².

Mientras que el proceso de trabajo transforma los medios de producción en elementos creadores de un nuevo producto, ocurre con sus valores una especie de transmigración de las almas. Estos se trasladan del cuerpo consumido al cuerpo recién creado. Pero esta transmigración de las almas se opera en cierto modo a espaldas del trabajo real. El obrero no puede incorporar nuevo trabajo, o sea, crear un nuevo valor, sin conservar los viejos valores, pues debe añadir el trabajo siempre bajo una forma útil determinada, y no lo puede hacer bajo una forma útil sin convertir ciertos productos en medios de producción de otros nuevos, transfiriendo así a ellos su valor. Es, por tanto, un don natural de la fuerza de trabajo puesta en acción, del trabajo vivo, el conservar valor incorporando valor; es un don natural que al obrero nada le cuesta y al capitalista le rinde mucho, a saber, la conservación del valor del capital existente^{22a}. Mientras el negocio marcha bien, el capitalista

²² Júzguese, pues, la necesidad de ese trivial de J. B. Say que pretende deducir el plusvalor (interés, ganancia, renta) de los *services productifs* [servicios productivos] que por medio de sus valores de uso brindan en el proceso de trabajo los medios de producción: la tierra, los instrumentos, el cuero, etc. El señor Wilhelm Roscher, atento siempre a registrar las hábiles ocurrencias apologeticas, exclama: "J. B. Say, en su *Traité*, t. 1, cap. 4, señala muy acertadamente que el valor producido por un molino de aceite, después de deducir todos los gastos, es, sin embargo, algo nuevo, sustancialmente distinto del trabajo gastado en crear el propio molino de aceite" (l.c., p. 82, nota). ¡Muy acertadamente! El "aceite" producido por el molino de aceite es algo completamente distinto del trabajo que cuesta la construcción del molino. El señor Roscher entiende por "valor" cosas como el "aceite", pues el "aceite" tiene valor, y "la naturaleza" nos brinda aceite mineral, aunque no "mucho" relativamente, consideración en la que descansa, seguramente, su otro pensamiento de que la naturaleza "casi no nos brinda valores de cambio" [l.c., p. 79]. A la naturaleza de Roscher le pasa con el valor de cambio lo que a aquella joven tonta con el niño que "era tan pequeño". Este mismo "sabio" (*savant sérieux*) señala a propósito del problema anterior: "La escuela de Ricardo suele también englobar el capital bajo el concepto de trabajo, como 'trabajo ahorrado'. Esto es desacertado (!), ya que (!) el poseedor de capital (!) hace indudablemente (!) algo más (!) que simplemente (!) producir (!) y (!) conservar el mismo (¿qué mismo?), a saber (!): abstenerse de su propio disfrute, a cambio de lo cual exige, v.gr. (!!), el interés" (l.c., p. 82). ¡Cuán "acertado" es este "método anatómico-fisiológico" de economía política que deduce el "valor" ni más ni menos que de los "deseos"!

^{22a} "De todos los instrumentos de que se vale el agricultor, el trabajo del hombre es... aquel del que no puede prescindir para reponer su capital. Los otros dos — el ganado de trabajo y... los carros, arados, palas, etc.— no son nada sin una cierta cantidad del primero" (Edmund Burke. *Thoughts and Details on Scarcity, originally presented to the Rt. Hon. W. Pitt in the Month of November 1795*, edit. Londres, 1800, p. 10).

está demasiado ocupado en hacer ganancias para notar este regalo del trabajo. Sólo las violentas interrupciones del proceso de trabajo, las crisis, se lo hacen notar palpablemente²³.

En general, lo que se consume de los medios de producción es su valor de uso, y por medio de este consumo el trabajo crea productos. Su valor, de hecho, no se consume²⁴, no puede ser, por tanto, reproducido. El valor se conserva, pero no porque en el proceso de trabajo se realice una operación con él mismo, sino porque el valor de uso, en que existía primitivamente, si bien desaparece, lo hace únicamente en otro valor de uso. Por ello, el valor de los medios de producción reaparece en el valor del producto, pero, en rigor, no se reproduce. Lo que se produce es un nuevo valor de uso, en el que reaparece el antiguo valor de cambio²⁵.

Otra cosa acontece con el factor subjetivo del proceso de trabajo, con la fuerza de trabajo en acción. Mientras que el trabajo, mediante su forma adecuada a una determinada finalidad, transfiere el valor de los medios de producción al producto, conservándolo, cada momento de su dinámica crea valor adicional, nuevo valor. Supongamos

²³ En el *Times* del 26 de noviembre de 1862, un fabricante cuya hilandería ocupa 800 obreros y consume semanalmente un promedio de 150 balas de algodón de la India Oriental o más de 130 balas de algodón americano, llora en público lo que le cuesta anualmente tener parada su fábrica. Cifra estos gastos en 6.000 libras esterlinas. Entre ellos se encuentran muchos rubros que aquí no nos interesan, como son la renta del suelo, los impuestos, las primas de seguros, los sueldos de los obreros contratados anualmente, los del *manager*, del contable, del ingeniero, etc. Además, agrega 150 libras esterlinas de carbón para calentar la fábrica de tiempo en tiempo y hacer funcionar la máquina de vapor, y los jornales pagados a los obreros que mantienen la maquinaria en "buen estado", trabajando ocasionalmente. Finalmente, incluye 1.200 libras por concepto de deterioro de la maquinaria, pues "el tiempo y el principio natural de la decadencia no suspenden sus efectos por el hecho de que la máquina de vapor deje de girar". Y apunta expresamente que si esta suma de 1.200 libras esterlinas es tan reducida, se debe a que la maquinaria se encuentra ya en un estado de desgaste significativo.

²⁴ "Consumo productivo: allí, donde el consumo de una mercancía es parte del proceso de producción... En este caso no se da consumo alguno de valor" (S. Ph. Newman, l. c., p. 296).

²⁵ En un compendio norteamericano, del que tal vez se habrán hecho 20 ediciones, leemos: "No interesa saber bajo qué forma reaparece el capital". Y, después de una elocuente enumeración de todos los ingredientes posibles de la producción, cuyo valor reaparece en el producto, dice finalmente: "Las diversas clases de alimento, vestimenta y vivienda necesarias para la existencia y comodidad del hombre, también son transformadas. Son consumidas de tiempo en tiempo, y su valor reaparece en el nuevo vigor infundido al cuerpo y la mente del hombre, constituyendo un nuevo capital que vuelve a aplicarse en el proceso de producción" (F. Wayland, l.c., pp. 31, 32). Prescindiendo de todas las demás maravillas, no es el precio del pan, por ejemplo, el que reaparece en la fuerza renovada, sino sus sustancias formadoras de sangre. Lo que reaparece, por el contrario, como valor de la fuerza, no son los medios de vida, sino su valor. Los mismos medios de vida, aun si cuestan únicamente la mitad, producen exactamente la misma cantidad de músculos, huesos, etc., en suma, la misma fuerza, pero no una fuerza del mismo valor. Este trueque de "valor" por "fuerza" y toda esta farisaica vaguedad esconden el intento, inútil por supuesto, de deducir el plusvalor de la simple reaparición del valor adelantado.

que el proceso de producción se interrumpe en el momento en que el obrero produce un equivalente del valor de su propia fuerza de trabajo, en que incorpora, v.gr., después de seis horas de trabajo, un valor de tres chelines. Este valor constituye el excedente del valor del producto sobre sus partes integrantes que se deben al valor de los medios de producción. Es el único valor original surgido en los marcos de este proceso, la única parte de valor del producto creada por el proceso mismo. Claro está que este valor sólo repone el dinero adelantado por el capitalista al comprar la fuerza de trabajo y que el obrero gasta en medios de vida. Con respecto a los tres chelines invertidos, el nuevo valor de tres chelines se manifiesta únicamente como una simple reproducción. Pero es reproducido realmente, y no sólo en apariencia, como ocurre con el valor de los medios de producción. La sustitución de un valor por otro se produce, en este caso, mediante una creación de nuevo valor.

Ya sabemos, sin embargo, que el proceso de trabajo se remonta sobre el punto en que reproduce e incorpora al objeto de trabajo el simple equivalente del valor de la fuerza de trabajo. En lugar de las 6 horas que bastan para esto, el proceso dura, por ejemplo, 12 horas. La acción de la fuerza de trabajo no sólo reproduce su propio valor, sino que produce un valor adicional. Este plusvalor constituye el excedente del valor del producto sobre el valor de los factores consumidos, es decir, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

Al exponer los distintos papeles que desempeñan los diversos factores del proceso de trabajo en la creación del valor del producto, hemos caracterizado, de hecho, las funciones de las diversas partes integrantes del capital en su propio proceso de valorización. El excedente del valor total del producto sobre la suma de los valores de sus elementos constituyentes es el excedente del capital valorizado sobre el valor-capital adelantado originariamente. Los medios de producción, de una parte, y la fuerza de trabajo, de la otra, no son más que distintas formas de existencia que reviste el valor-capital originario al desprenderse de su forma de dinero y convertirse en los factores del proceso de trabajo.

Como vemos, la parte del capital que se transforma en medios de producción, es decir, en materias primas, materias auxiliares y medios de trabajo, no cambia de magnitud de valor en el proceso de producción. Por ello, la denomino parte constante del capital o, más conciso, capital constante.

Por el contrario, la parte del capital que se invierte en fuerza de trabajo cambia de valor en el proceso de producción. Reproduce su propio equivalente y, además, crea un excedente, el plusvalor, que también puede variar, siendo más grande o más pequeño. Esta parte del capital se convierte continuamente de magnitud constante en variable. Por eso, le doy el nombre de parte variable del capital o, más brevemente, capital variable. Las mismas partes integrantes

del capital, que se distinguen desde el punto de vista del proceso de trabajo como factores objetivos y subjetivos, medios de producción y fuerza de trabajo, se diferencian desde el punto de vista del proceso de valorización como capital constante y capital variable.

El concepto de capital constante no excluye, ni mucho menos, una revolución en el valor de sus partes integrantes. Supongamos que la libra de algodón cuesta hoy seis peniques y que sube mañana, a consecuencia de la mala cosecha, a un chelín. El algodón antiguo, que aún sigue elaborándose, fue adquirido por un valor de seis peniques, pero agrega ahora al producto un valor de un chelín. Y el algodón hilado, que tal vez ya circula como hilado en el mercado, incorpora también al producto el doble de su valor primitivo. Vemos, sin embargo, que estos cambios de valor son independientes de la valorización del algodón en el mismo proceso de hilado. Si el algodón antiguo no hubiese entrado aún al proceso de trabajo, podría ser revendido ahora a un chelín, en lugar de los seis peniques. Más aún, mientras menor es la parte del proceso de trabajo por la que ha pasado el algodón más seguro es este resultado. Por eso, es una ley del agio especular, ante revoluciones en los precios, con la materia prima en su forma menos elaborada, o sea, con el hilado mejor que con las telas, y con el algodón mejor que con el hilado. El cambio en el valor surge en este caso en el proceso que produce algodón, y no en el proceso en que éste funciona como medio de producción y, por tanto, como capital constante. Ciertamente es que el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo que contiene, pero, a su vez, esta cantidad está determinada socialmente. De cambiar el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción —y la misma cantidad de algodón representa, por ejemplo, con malas cosechas una cantidad mayor de trabajo que con buenas cosechas—, esta variación repercute sobre la vieja mercancía, considerada siempre como único ejemplar de su género²⁶ y cuyo valor se mide constantemente por el trabajo socialmente necesario, o sea, por el trabajo necesario en las condiciones sociales del momento.

Tal como ocurre con las materias primas, también puede variar el valor de los medios de trabajo, de la maquinaria, etc., que ya funcionan en el proceso de producción, cambiando también, por ende, la porción de valor que transfieren al producto. Si, por ejemplo, gracias a un nuevo invento, se reproduce con menos gastos de trabajo maquinaria del mismo tipo, se depreciará en mayor o menor grado la máquina antigua y transferirá, por tanto, al producto un valor relativamente menor. Pero, también en este caso, el cambio de valor surge fuera del proceso de producción en que la máquina

²⁶ "Todos los productos de un mismo género no forman, en propiedad, más que una masa, cuyo precio se determina en general y sin considerar circunstancias particulares" (Le Trosne, l.c., p. 893).

funciona como medio de producción. En este proceso, la máquina nunca transferirá más valor del que posee independientemente de él.

Igual que un cambio en el valor de los medios de producción no modifica su carácter de capital constante —aunque sí repercute ya después de incorporados al proceso de trabajo—, un cambio en la proporción existente entre capital constante y capital variable no modifica su diferencia funcional. Las condiciones técnicas del proceso de trabajo pueden transformarse de tal modo que, por ejemplo, donde antes diez obreros, manejando diez instrumentos de escaso valor, elaboraban una masa relativamente pequeña de materias primas, ahora un solo obrero, dotado de una máquina cara, elabora cien veces más material. En tal caso, el capital constante, es decir, la masa de valor de los medios de producción utilizados, aumenta extraordinariamente, y la parte variable del capital, invertida en fuerza de trabajo, disminuye también de manera extraordinaria. Sin embargo, este cambio sólo modifica la relación de magnitudes entre el capital constante y el variable, o sea, la proporción en que el capital global se desdobra en una parte variable y otra constante, pero sin modificar su diferencia funcional.

CAPITULO VII

LA TASA DE PLUSVALOR

1. EL GRADO DE EXPLOTACION DE LA FUERZA DE TRABAJO

El plusvalor creado en el proceso de producción por el capital adelantado C , o la valorización del valor-capital adelantado C se presenta, en un comienzo, como excedente del valor del producto sobre la suma del valor de los elementos de producción.

El capital C se desdobra en dos partes: una suma de dinero c , que se invierte en medios de producción, y otra suma de dinero v , que se invierte en fuerza de trabajo; c representa la porción de valor convertida en capital constante, v , la parte transformada en capital variable. Por tanto, inicialmente, $C=c+v$, v.gr., el capital adelantado de $£500 = £410 + £90$. Al finalizar el proceso de producción tenemos una mercancía cuyo valor es $= c + v + p$, donde p es el plusvalor, por ejemplo,

$$£410 \overset{\curvearrowright}{\quad} + £90 + £90.$$

El capital originario C se ha transformado en C' , pasando de $£500$ a $£590$. La diferencia entre ambos es $= p$, al plusvalor de $£90$. Como el valor de los elementos de producción es igual al valor del capital adelantado, es una tautología afirmar que el excedente del valor del producto sobre el valor de los elementos de producción es igual a la valorización del capital adelantado o al plusvalor producido.

Sin embargo, esta tautología debe ser definida más detenidamente. Lo que se compara con el valor del producto es el valor de los elementos de producción consumidos en su creación. Ahora bien, hemos visto que la parte del capital constante empleado, compuesta de medios de trabajo, sólo entrega un fragmento de su valor al producto, mientras que otra fracción permanece bajo su forma anterior de existencia. Por cuanto esta última no desempeña ningún papel en la creación del valor, nos abstraeremos de ella. Nuestros cálculos no variarían en lo más mínimo si la tomásemos en consideración. Supongamos que $c = £410$ se compone de materias primas por un valor de $£312$, materias auxiliares por $£44$ y de maquinaria que se desgasta en el proceso por $£54$, siendo el valor de la maquinaria empleada realmente de $£1.054$. Sólo incluimos en nuestros cálculos,

como valor adelantado para crear el valor del producto, £54 que la maquinaria pierde al funcionar y transfiere, por ello, al producto. Si incluyésemos, además, las £1.000 que permanecen como máquina de vapor, etc., en su forma de existencia antigua, tendríamos que considerarla en ambas columnas, en la del valor adelantado y en la del valor del producto^{26a}, y obtendríamos respectivamente £1.500 y £1.590. La diferencia o plusvalor sería, como antes, de £90. Si del contexto no se deriva otra cosa, por capital constante adelantado para la producción de valor comprendemos siempre sólo el valor de los medios de producción consumidos en la producción.

Sentado esto, retornemos a la fórmula $C = c + v$ que se transforma en $C' = c + v + p$ y convierte, por ello, a C en C' . Sabemos que el valor del capital constante en el producto no hace más que reaparecer. Es decir, el valor creado realmente en el proceso como algo nuevo se distingue del valor del producto que obtenemos del proceso y no es, como parece a primera vista, $c + v + p$, o £410 + £90 + £90, sino $v + p$, o £90 + £90, no £590, sino £180. Si c , el capital constante, fuese = 0, en otras palabras, si existiesen ramas industriales en que el capitalista no debiese emplear medios de producción producidos ni materias primas, ni materiales auxiliares, ni instrumentos de trabajo, sino únicamente materias brindadas por la naturaleza y fuerza de trabajo, no habría ninguna fracción constante de valor que traspasar al producto. Desaparecería ese elemento del valor del producto, representado en nuestro ejemplo por £410, pero el nuevo valor producido de £180, que incluye £90 de plusvalor, permanecería de la misma magnitud que si c representara la máxima suma de valor. Tendríamos que $C = \widehat{0} + v = v$ y C' , el capital valorizado, = $v + p$; $C' - C$, como antes, = p . En cambio, si $p = 0$, en otras palabras, si la fuerza de trabajo cuyo valor se adelanta en el capital variable produjese simplemente un equivalente, entonces $C = c + v$, y C' (el valor del producto) = $\widehat{c} + v + 0$, por tanto, $C = C'$. El capital adelantado no se habría valorizado.

Sabemos ya, en realidad, que el plusvalor es un simple resultado del cambio de valor que ocurre con v , la parte del capital convertida en fuerza de trabajo; y, por tanto, que $v + p = v + \Delta v$ (v más un incremento de v). Pero, el cambio real de valor y la relación en que ese valor varía aparecen velados por el hecho de que, como resultado del aumento de su fracción variable, se incrementa también el capital total adelantado. Era igual a 500 y se convierte en 590. El análisis puro del proceso exige, por tanto, hacer completa abstracción de aquella parte del valor del producto en que sólo

^{26a} "Si calculamos el valor del capital fijo invertido como parte del capital adelantado, tendremos que calcular, a fin de año, el valor remanente de este capital como parte de la utilidad anual" (Malthus. *Princ. of Pol. Econ.*, 2ª ed., Londres, 1836, p. 269).

reaparece el valor-capital constante, considerar el capital constante $c = O$ y utilizar así una ley de las matemáticas que opera con magnitudes variables y constantes de tal modo que las magnitudes constantes sólo se relacionen a las variables por medio de adiciones o sustracciones.

Otra dificultad surge de la forma primitiva que reviste el capital variable. Así, en nuestro ejemplo anterior, $C' = £ 410$ de capital constante $+£90$ de capital variable $+£90$ de plusvalor. Pero $£ 90$ son una magnitud determinada, por ello, constante, y parece absurdo tratarla como magnitud variable. Sin embargo, las $£ 90$ o $£ 90$ de capital variable son aquí, en realidad, sólo un símbolo del proceso que recorre este valor. La parte del capital adelantada en la compra de fuerza de trabajo es una cantidad determinada de trabajo objetivado y es, por tanto, una magnitud constante, como el valor de la fuerza de trabajo adquirida. Pero, en el proceso de producción el lugar de las $£ 90$ adelantadas lo ocupa la fuerza de trabajo en acción; el lugar del trabajo muerto, trabajo vivo; el lugar de una magnitud fija, una fluida; el lugar de una magnitud constante, una variable. El resultado consiste en la reproducción de v más un incremento de v . Desde el punto de vista de la producción capitalista, todo este desarrollo no es más que el automovimiento del valor originariamente constante, transformado luego en fuerza de trabajo. A él se le atribuye el proceso y su resultado. Y si la fórmula $£ 90$ de capital variable o valor que se valoriza parece contradictoria, ella no hace más que expresar una contradicción immanente a la producción capitalista.

A primera vista parece extraño que equiparemos a cero el capital constante. Sin embargo, en la vida cotidiana esta operación se da a cada paso. Si se quiere calcular, por ejemplo, la ganancia de Inglaterra en la industria del algodón, lo primero que se hace es descontar el precio pagado a los Estados Unidos, la India, Egipto, etc., por el algodón; es decir, se iguala a 0 el valor-capital que reaparece en el valor del producto.

Cierto es que tiene gran importancia económica no sólo la relación del plusvalor con la parte del capital de la cual brota directamente y cuya variación de valor representa, sino también con el capital total adelantado. Por eso tratamos detenidamente esta relación en el libro tercero. Para valorizar una parte del capital transformándola en fuerza de trabajo, otra parte del capital debe convertirse en medios de producción. Para que funcione el capital variable, tiene que adelantarse capital constante en las proporciones correspondientes, según el determinado carácter técnico del proceso de trabajo. Sin embargo, la circunstancia de que para el proceso químico se necesiten retortas y otros recipientes no impide que en el análisis se haga abstracción de éstos. En la medida en que se estudia en sí, es decir, en toda su pureza, la creación de valor y su variación, los medios de producción —imágenes materiales del capital constante—

brindan únicamente la materia en que se debe fijar la fuerza líquida creadora de valor. La naturaleza de esta materia es, por tanto, indiferente, ya sea algodón o hierro. Así mismo es indiferente su valor. Se requiere tan sólo que exista en una masa suficiente para poder absorber la cantidad de trabajo a gastarse durante el proceso de producción. Determinada esta masa, su valor puede subir o bajar, o ella puede carecer de valor, como la tierra y el mar, pero estas circunstancias no atañen al proceso de creación y variación del valor²⁷.

Así pues, presuponemos, en un comienzo, la parte constante del capital igual a cero. El capital adelantado se reduce, por ello, de $c + v$ a v , y el valor del producto de $c + v + p$ al valor producido $v + p$. Establecido éste = £ 180, en el que se representa el trabajo desplegado durante todo el proceso de producción, tenemos que restar el valor del capital variable = £ 90, para obtener el plusvalor = £ 90. La cantidad £ 90 = p expresa aquí la magnitud absoluta del plusvalor producido. Pero su magnitud relativa, o sea, la proporción en que el capital variable se ha valorizado, está determinada, evidentemente, por la relación entre el plusvalor y el capital variable, expresándose en $\frac{p}{v}$. En el ejemplo anterior, por tanto, en $90/90 = 100\%$. A esta valorización relativa del capital variable, o magnitud relativa del plusvalor es lo que yo llamo tasa de plusvalor²⁸.

Hemos visto que durante una parte del proceso de trabajo el obrero sólo produce el valor de su fuerza de trabajo, es decir, el valor de sus medios de subsistencia necesarios. Por cuanto actúa en condiciones basadas en la división social del trabajo, no produce directamente sus medios de subsistencia, sino que en la forma de una mercancía particular, por ejemplo hilado, produce un valor igual al valor de sus medios de subsistencia o al dinero con que los compra. La parte de su jornada de trabajo, invertida de esta manera, es mayor o menor en correspondencia al valor promedio de sus medios de subsistencia diarios, o sea, de acuerdo al tiempo promedio de trabajo requerido diariamente para su producción. Si el valor de sus medios de subsistencia diarios representa en promedio seis horas objetivadas de trabajo, el obrero debe, en término medio, trabajar seis horas al día para producirlos. Si no trabajase para el capitalista sino para sí mismo, independientemente, tendría que, de permanecer todas

²⁷ Nota a la 2ª edición. De suyo se comprende que, como decía Lucrecio, "nil posse creari de nihilo". Nada puede crearse de la nada^[68]. La "creación de valor" es transformar fuerza de trabajo en trabajo. A su vez, la fuerza de trabajo es, ante todo, materia natural transformada en organismo humano.

²⁸ Del mismo modo que los ingleses dicen *rate of profits* [tasa de ganancia], *rate of interest* [tasa de interés], etc. En el libro III se verá que la tasa de ganancia es fácil de comprender conociendo las leyes del plusvalor. Siguiendo el camino inverso, no se entiende *ni l'un, ni l'autre* [ni lo uno, ni lo otro].

las demás circunstancias constantes, trabajar en promedio, como antes, la misma parte alícuota de la jornada para producir el valor de su fuerza de trabajo y obtener así los medios de vida necesarios para su subsistencia personal y constante reproducción. Pero, como en aquella parte de la jornada laboral en que produce el valor diario de la fuerza de trabajo, digamos 3 chelines, no hace más que crear un equivalente de su valor, cancelado ya por el capitalista^{28a}, o sea, sólo repone con el valor recién creado el valor del capital variable adelantado, esta producción de valor aparece como simple reproducción. Por eso, la parte de la jornada laboral en que tiene lugar esta reproducción la denomino tiempo de trabajo necesario, y el trabajo gastado durante su transcurso, trabajo necesario²⁹. Necesario para el obrero, pues es independiente de la forma social de su trabajo. Necesario para el capital y su mundo, pues se basan en la existencia permanente del obrero.

El segundo período del proceso de trabajo —aquel en que el obrero rebasa los límites del trabajo necesario— sin duda le cuesta trabajo, gasto de fuerza de trabajo, pero no crea valor para él. En este período crea plusvalor, que le sonríe al capitalista con todo el encanto de algo surgido de la nada. Llamo a esta parte de la jornada laboral tiempo excedente y el trabajo que se gasta en ella plustrabajo (*surplus labour*). Del mismo modo que para comprender el valor en general es decisivo entenderlo como simple materialización del tiempo de trabajo, como mero trabajo objetivado, para el conocimiento del plusvalor es decisivo concebirlo como materialización del tiempo de plustrabajo, como mero plustrabajo objetivado. Sólo la forma en que se exprime este plustrabajo del productor directo, del obrero, distingue las formaciones económicas de la sociedad, v.gr., la sociedad esclavista de la basada en el trabajo asalariado³⁰.

^{28a} {Nota a la 3ª edición. El autor emplea aquí la terminología económica corriente. Recuérdese que en la página 137 [p. 168 de este tomo] se demostró que en realidad no es el capitalista quien "adelanta" dinero al obrero, sino éste adelanta su fuerza de trabajo al capitalista. —F.E.]

²⁹ Hasta el momento, en este escrito hemos empleado la expresión "tiempo de trabajo necesario" en el sentido de tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía en general. De aquí en adelante la usaremos también para indicar el tiempo de trabajo necesario para la producción de esta específica mercancía que es la fuerza de trabajo. La utilización de los mismos *termini technici* [términos técnicos] en sentidos diferentes es deplorable, pero ninguna ciencia puede evitarlo. Compárese, v.gr., las matemáticas superiores con las elementales.

³⁰ Con una genialidad realmente gottschediana^[69] el señor Wilhelm Tucídides Roscher^[70] descubre que si la creación de plusvalor, o plusproducto, y la consiguiente acumulación se debe hoy en día al "ahorro" del capitalista —quien por ello "exige, v.gr., sus intereses"—, "en los peldaños más bajos de la cultura... los más débiles son obligados a ahorrar por los más fuertes" (l.c., pp. 82, 78). ¿Ahorrar trabajo o productos excedentes que no existen? No es sólo ignorancia real, sino también miedo apologetico a analizar concienzudamente el valor y el plusvalor y a obtener resultados capciosos e indeseables desde el punto de vista policiaco, lo que lleva a un Roscher y consortes a convertir las razones más o menos

Como el valor del capital variable es = al valor de la fuerza de trabajo comprada con él, y como el valor de esta fuerza de trabajo determina la parte necesaria de la jornada laboral, estando, a su vez, el plusvalor determinado por la parte excedente de esta jornada, se desprende que el plusvalor es al capital variable como el plustrabajo lo es al trabajo necesario, o que la tasa de plusvalor $\frac{p}{v} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$. Ambas proporciones representan la misma relación, aunque en distinta forma: la primera, en forma de trabajo objetivado, la segunda, en forma de trabajo líquido.

La tasa de plusvalor es, por ello, la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, o sea, del obrero por el capitalista^{30a}.

Según nuestra suposición el valor del producto era £410^c + £90^v + £90^p y el capital adelantado = £500. Como el plusvalor es = 90 y el capital adelantado es = 500, si se procede por la vía acostumbrada de cálculo, obtendríamos que la tasa de plusvalor (a la que se confunde con la tasa de ganancia) es = 18%, porcentaje que por su pequeñez emocionaría al señor Carey y a otros predicadores de la armonía. En realidad, la tasa de plusvalor no es = $\frac{p}{c}$ ó $\frac{p}{c+v}$, sino = $\frac{p}{v}$; por tanto no es $\frac{90}{500}$, sino $\frac{90}{90} = 100\%$, más del quintuplo del grado aparente de explotación. Aunque no conocemos en este ejemplo la magnitud absoluta de la jornada laboral ni el período del proceso de trabajo (días, semanas, etc.), ni tampoco, finalmente, el número de obreros que pone en movimiento simultáneamente el capital variable de £90, la tasa de plusvalor $\frac{p}{v}$ nos muestra con exactitud, mediante su convertibilidad en $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$, la relación que media entre ambas partes integrantes de la jornada de trabajo. Esta relación es de 100%. O sea, el obrero trabaja la mitad de la jornada para sí y la otra mitad para el capitalista.

El método para calcular la tasa de plusvalor es, concisamente expuesto, el siguiente: se toma el valor total del producto y se supone igual a cero el valor del capital constante, que sólo se limita a reaparecer en aquél. La suma restante de valor es el único valor creado en

plausibles, que da el capitalista para apoderarse del plusvalor, en la razón de ser del mismo.

^{30a} Nota a la 2ª edición. Aunque expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo, la tasa de plusvalor no es expresión de la magnitud absoluta de la explotación. Por ejemplo, si el trabajo necesario es = 5 horas y el plustrabajo = 5 horas, el grado de explotación será = 100%. La magnitud de la explotación se mide aquí en 5 horas. Pero, si el trabajo necesario es = 6 horas y el trabajo excedente = 6 horas, el grado de explotación permanecerá invariable igual a 100%, mientras que la magnitud de explotación se incrementa en un 20%, de 5 a 6 horas.

el proceso de producción de la mercancía. Si el plusvalor está establecido, lo restamos a este nuevo valor producido para obtener el capital variable. Haciéndose a la inversa, si está determinado este último y buscamos el plusvalor. Encontrados ambos factores, queda sólo realizar la operación final: calcular la proporción entre el plusvalor y el capital variable, $\frac{P}{v}$.

A pesar de lo sencillo de este método, creemos conveniente ejercitar al lector con algunos ejemplos en la comprensión de los principios —desacostumbrados para él— que sirven de base a este método.

Veamos primeramente el ejemplo de una hilandería de 10 mil husos mecánicos que produce hilado No 32 de algodón norteamericano, fabricando una libra de hilado semanal por huso. El desperdicio es del 6%. Por tanto, se transformarán semanalmente 10.600 libras de algodón en 10.000 libras de hilado y 600 libras de desperdicio. En abril de 1871, este algodón se cotizaba a $7\frac{3}{4}$ peniques la libra, o sea, cerca de £342 por las 10.600 libras. Los diez mil husos, incluyendo la maquinaria prehiladora y la maquina de vapor, valen una libra esterlina por huso; o sea, £ 10.000. Su desgaste anual se cifra en un 10% = £1.000 ó £20 a la semana. El alquiler del edificio fabril asciende a £ 300, o sea £ 6 por semana. El carbón (4 libras por hora y caballo de fuerza, para 100 caballos de fuerza (indicados) y 60 horas a la semana, incluyendo la calefacción del edificio), 11 toneladas por semana, a 8 chelines y 6 peniques la tonelada, hace en cifras redondas £ $4\frac{1}{2}$ a la semana; gas, £ 1 semanal, aceite, £ $4\frac{1}{2}$ a la semana; en suma, el total de materiales auxiliares: £ 10 por semana. La fracción constante de valor asciende, por tanto, a £ 378 a la semana. El salario asciende a £ 52 semanales. El precio del hilado es de $12\frac{1}{4}$ peniques por libra, o sea, 10.000 libras de hilado = £ 510; el plusvalor es, por tanto, $510 - 430 = £ 80$. Supongamos la fracción constante de valor de £ 378 = 0, por cuanto no participa en la creación semanal de valor. El nuevo valor producido es entonces de $£132 = £52 + £80$ por semana. La tasa de plusvalor = $\frac{80}{52} = 153\frac{11}{13}\%$. Con una jornada laboral promedio de 10 horas, este resultado equivale a $3\frac{31}{33}$ horas de trabajo necesario y $6\frac{2}{33}$ horas de plustrabajo³¹.

Jacob presenta para el año 1815, suponiendo un precio del *quarter* de trigo de 80 chelines y un rendimiento medio de 22 *bushels*

³¹ Nota a la 2ª edición. El ejemplo de una hilandería del año 1860 colocado en la primera edición, contenía algunos errores de hecho. Los datos absolutamente exactos que se recogen en el texto me fueron proporcionados por un fabricante de Manchester.

Adviértase que en Inglaterra los caballos de fuerza antiguos se calculaban por el diámetro del cilindro, mientras que los nuevos se calculan según la fuerza real que muestra el indicador.

por acre —de modo que cada acre rinde £ 11—, el siguiente cálculo, que si bien es sumamente defectuoso por hallarse compensadas ya en él diversas partidas, sirve para nuestros fines⁷¹¹.

Producción de valor por acre			
Simientes (trigo)	£1 y 9 ch.	Diezmos, impuestos	£1 y 1 ch.
Abonos	£2 y 10 ch.	Renta	£1 y 8 ch.
Salario	£3 y 10 ch.	Ganancia del granjero e intereses	£1 y 2 ch.
Total		£3 y 11 ch.	
Total		£7 y 9 ch.	
		£3 y 11 ch.	

El plusvalor, siempre partiendo de la premisa de que el precio del producto es = a su valor, se distribuye entre diversos rubros: ganancia, intereses, diezmos, etc. Estos rubros no nos interesan. Sumándolos, obtenemos un plusvalor de £ 3 y 11 chelines. Las £ 3 y 19 chelines de las simientes y abonos las ciframos, como capital constante, en cero. Queda un capital variable adelantado de £ 3 y 10 chelines, en cuyo lugar se ha producido un nuevo valor de £3 y 10 chelines + £3 y 11 chelines. Por tanto, $\frac{p}{v} = \frac{£3 \text{ y } 11 \text{ chelines}}{£3 \text{ y } 10 \text{ chelines}}$, asciende a más del 100%. El obrero emplea más de la mitad de su jornada de trabajo para producir un plusvalor que distintas personas se reparten luego entre sí con diversos pretextos^{31a}.

2. REPRESENTACION DEL VALOR DEL PRODUCTO EN PARTES PROPORCIONALES DE ESTE

Retornemos al ejemplo que nos mostrara de qué modo el capitalista convierte su dinero en capital. El trabajo necesario de su hilandero era de seis horas, su plustrabajo de otras seis, el grado de explotación de la fuerza de trabajo alcanzaba, por consiguiente, al 100%.

El producto de la jornada de 12 horas son 20 libras de hilado con un valor de 30 chelines. No menos de 8/10 de este valor de hilado (24 chelines) está formado por el valor de los medios de producción consumidos (20 libras de algodón por 20 chelines, husos, etc., por 4 chelines), valor que sólo se limita a reaparecer, o sea, es el capital constante. Los 2/10 restantes constituyen el valor nuevo de 6 chelines, creado durante el proceso de hilar, de los cuales la mitad repone el valor diario adelantado de la fuerza de trabajo, o sea, el capital variable, y la otra mitad conforma un plusvalor de 3 chelines. El valor total de las 20 libras de hilado está compuesto del modo siguiente:

^{31a} Los cálculos dados sirven sólo de ilustración. Pues se parte de la premisa de que los precios = los valores. En el Libro III veremos que esta equiparación no se produce, incluso en el caso de los precios medios, de un modo tan simple.

valor del hilado de 30 ch. $\equiv 24^c$ ch. + 3^v ch. + 3^p ch.

Como este valor global se representa en un producto total de 20 libras de hilado, también los diversos elementos del valor tienen que ser representables en partes proporcionales del producto.

Si el valor del hilado de 30 chelines se contiene en 20 libras de hilado, entonces $8/10$ de este valor, o sea, su fracción constante de 24 chelines, se contiene en $8/10$ del producto, es decir, en 16 libras de hilado. De éstas, $13\frac{1}{3}$ representan el valor de la materia prima, el algodón hilado, cifrado en 20 chelines, y $2\frac{2}{3}$ libras, el valor de los materiales auxiliares y medios de trabajo consumidos, husos, etc., por un valor de 4 chelines.

Por tanto, $13\frac{1}{3}$ libras de hilado representan el algodón elaborado en el producto total de 20 libras de hilado, la materia prima del producto total, pero nada más. En ellas ciertamente se contienen tan sólo $13\frac{1}{3}$ libras de algodón por un valor de $13\frac{1}{3}$ chelines, pero su valor adicional de $6\frac{2}{3}$ chelines constituye un equivalente por el algodón elaborado en las otras $6\frac{2}{3}$ libras de hilado. Es como si de estas últimas hubiesen sacado el algodón y todo el algodón del producto global se hubiese concentrado en $13\frac{1}{3}$ libras de hilado. Estas no contienen, en cambio, ni un átomo del valor de los materiales auxiliares y medios de trabajo gastados, ni tampoco del nuevo valor creado en el proceso de hilar.

Del mismo modo, las otras $2\frac{2}{3}$ libras de hilado que contienen el resto del capital constante ($\equiv 4$ chelines) no representan más que el valor de los materiales auxiliares y medios de trabajo gastados en la creación del producto total de 20 libras de hilado.

Aunque $8/10$ del producto, o sea, 16 libras de hilado, consideradas físicamente, como valor de uso, como hilado, son obra del trabajo de hilar, como las demás fracciones del producto, en este contexto no contienen, ningún trabajo de hilar, trabajo absorbido durante el proceso de hilado. Es como si se hubiesen transformado en hilado sin que nadie las hilase, como si su imagen de hilado no fuese más que un puro engaño. En efecto, cuando el capitalista las vende por 24 chelines y compra con ellos sus medios de producción, se demuestra que las 16 libras de hilado no son más que... algodón, husos, carbón, etc., disfrazados.

Por el contrario, los $2/10$ restantes del producto, o sea 4 libras de hilado, no representan más que un nuevo valor de 6 chelines, producido en el proceso de hilar de 12 horas. Lo que se contenía en ellas de materias primas y medios de trabajo consumidos ya había sido sustraído e incluido en las primeras 16 libras de hilado. El trabajo de hilar materializado en las 20 libras de hilado se concentra en $2/10$ del producto. Es como si el hilandero produjese 4 libras de hilado de aire, o las crease con algodón y husos existentes por obra de la naturaleza, sin participación del trabajo humano, que no añaden valor al producto.

De las 4 libras de hilado en que se contiene todo el valor producido en el proceso diario de hilar, una mitad representa tan sólo el valor que repone la fuerza de trabajo consumida, o sea, el capital variable de 3 chelines, y las otras 2 libras de hilado representan únicamente el plusvalor de 3 chelines.

Como las 12 horas de trabajo del hiladero se objetivan en 6 chelines, en el hilado cuyo valor es de 30 chelines se materializan 60 horas de trabajo. Estas se contienen en 20 libras de hilado, de las cuales $8/10$ ó 16 libras son la materialización de 48 horas de trabajo anteriores al proceso de hilar, a saber, la materialización del trabajo objetivado en los medios de producción del hilado; en cambio, $2/10$ ó 4 libras constituyen la materialización de las 12 horas de trabajo gastadas en el proceso mismo de hilar.

Vimos antes que el valor del hilado es igual a la suma del nuevo valor creado en la producción más los valores ya preexistentes en sus medios de producción. Ahora, se ha mostrado cómo son representables las mismas partes constituyentes del valor del producto, funcional o conceptualmente diferentes, en partes proporcionales del producto.

Esta descomposición del producto —del resultado del proceso de producción— en una cantidad de producto que sólo representa el trabajo contenido en los medios de producción, o parte constante del capital, en otra cantidad que representa sólo el trabajo necesario añadido en el proceso de producción, o fracción variable del capital, y en una última que no representa más que el plustrabajo agregado en el mismo proceso, o plusvalor, es algo tan simple como importante, según nos lo mostrará su utilización posterior en complejos y aún no resueltos problemas.

Acabamos de analizar el producto total como resultado final de un día de trabajo de 12 horas. Pero, podemos también seguirlo en su proceso de gestación y, aun así, representar las fracciones del producto como partes funcionalmente distintas.

El hiladero produce 20 libras de hilado en 12 horas, por tanto $1^{2/3}$ en una hora y $13^{1/3}$ libras en ocho horas, o sea, una fracción de producto del valor total del algodón elaborado durante el día de trabajo completo. Del mismo modo, el producto parcial de la hora y 36 minutos siguientes es $= 2^{2/3}$ libras de hilado y representa, por tanto, el valor de los medios de trabajo consumidos durante las doce horas de trabajo. En la hora y 12 minutos posteriores, el hiladero produce 2 libras de hilado $= 3$ chelines, un valor en producto igual a todo el nuevo valor que crea en las 6 horas de trabajo necesario. Finalmente, durante los últimos $6/5$ de hora produce también 2 libras de hilado, cuyo valor equivale al plusvalor creado durante su plustrabajo de media jornada. Este modo de calcular le sirve para su uso doméstico al fabricante inglés, quien dirá, por ejemplo, que en las primeras ocho horas ó $2/3$ de la jornada de trabajo sólo

recupera su algodón, etc. Vemos que la fórmula es correcta y de hecho no es más que la primera fórmula trasladada del espacio, en el cual las partes del producto se encuentran acabadas, las unas junto a las otras, al tiempo en que éstas se suceden unas tras otras. Pero esta fórmula puede verse acompañada de nociones muy bárbaras, precisamente en cabezas que están tanto interesadas prácticamente en el proceso de valorización, como en tergiversarlo teóricamente. Así, por ejemplo, alguien se puede figurar que nuestro hilandero produce o repone en las primeras ocho horas de su jornada laboral el valor del algodón, en la hora y 36 minutos siguientes, el valor de los medios de trabajo consumidos, en la hora y 12 minutos posteriores, el valor del salario, y que sólo la famosísima "última hora" se la dedica al fabricante, a la producción de plusvalor. De tal modo, al hilandero se le atribuye el doble milagro de producir el algodón, los husos, la máquina de vapor, el carbón, el aceite, etc., en el mismo momento en que hila con ellos, y convertir una jornada de trabajo de determinado grado de intensidad en cinco días iguales. Pues, en nuestro caso, la producción de las materias primas y de los medios de trabajo exige $24/6 = 4$ días de trabajo de 12 horas, y su conversión en hilado, otra jornada de trabajo igual. El siguiente ejemplo, célebre en la historia, nos revela de qué modo cree la codicia en tal milagro y cómo nunca falta el sicofante doctrinal que lo demuestre.

3. LA "ULTIMA HORA" DE SENIOR

Una bella mañana del año 1836, Nassau W. Senior, famoso por sus conocimientos económicos y su brillante estilo, y quien era en cierto sentido el Clauren de los economistas ingleses, fue llamado de Oxford a Manchester para aprender allí economía política, en vez de enseñarla en la primera. Los fabricantes lo eligieron para luchar contra la recién decretada *Factory Act*^[72] [ley fabril] y la agitación por la jornada de diez horas, aún más ambiciosa. Con su habitual agudeza práctica, habían constatado que el señor profesor "*wanted a good deal of finishing*" [requería de un buen afinamiento]. Por eso le trajeron a Manchester. El señor profesor, a su vez, enriqueció estilísticamente la lección aprendida de los fabricantes en Manchester en el panfleto *Letters on the Factory Act, as it affects the cotton manufacture*, Londres, 1837. Aquí podemos leer, entre otras cosas, el siguiente edificante párrafo:

"Bajo la ley actual, ninguna fábrica que emplee menores de 18 años puede funcionar más de $11\frac{1}{2}$ horas al día, es decir, 12 horas durante los primeros 5 días de la semana y 9 horas el sábado. El análisis (1) siguiente muestra que en dicha fábrica toda la ganancia neta se obtiene en la última hora. Un fabricante desembolsa £100 mil: 80 mil en edificios fabriles y maquinaria y 20 mil en materias primas y salarios. Suponiendo que el capital rote una vez al año y la ganancia bruta ascienda al 15%, el volumen anual de producción se representará en mercancías por un valor de £115 mil. Cada una de las 23 medias horas de trabajo produce diariamente 5/115

ó $1/23$ de esas £115 mil. De las $23/23$, que constituyen el total de las £115 mil (*constituting the whole 115.000 Pfd.St.*), $20/23$, o sea, £100 mil de las £115 mil, tan sólo reponen el capital; $1/23$, o £5 mil de las £15 mil de ganancia bruta, reponen el desgaste de la fábrica y la maquinaria. Los restantes $2/23$, o sea, las últimas dos medias horas de cada jornada, producen la ganancia neta del 10%. Por eso si, permaneciendo los precios constantes, la fábrica pudiese funcionar 13 horas en vez de $11\frac{1}{2}$, sería posible, con un desembolso adicional de capital circulante cercano a las £ 2.600, más que duplicar la ganancia neta. Por otra parte, de reducirse en una hora la jornada diaria de trabajo, desaparecería la ganancia neta, y de reducirse en $1\frac{1}{2}$ hora, desaparecería también la ganancia bruta³².

¡Y a esto llama “análisis” el señor profesor! Si creyó en las quejas de los fabricantes de que los obreros desperdician la mejor parte del día en la producción, y por tanto en la reproducción o reposición del valor de los edificios, de las máquinas, del algodón, del carbón, etc., todo análisis era superfluo. Le bastaba con contestar: Señores, si obligáis a trabajar 10 horas en lugar de $11\frac{1}{2}$, permaneciendo inalteradas todas las demás circunstancias, el consumo diario de algodón, maquinaria, etc., disminuirá en $1\frac{1}{2}$ hora. Ganaréis tanto cuanto perdéis. En el futuro vuestros obreros gustarán $1\frac{1}{2}$ horas menos para la reproducción o reposición del valor del capital adelantado. Y si en vez de creer en las palabras de los fabricantes considerase necesario, como perito, realizar un análisis, lo primero que debería hacer ante un problema como éste, que gira exclusivamente en torno de la relación entre la ganancia neta y la duración de la jornada

³² Senior, *l.c.*, pp. 12, 13. No entramos a examinar detalles curiosos indiferentes para nuestro objeto, como por ejemplo la afirmación de que los fabricantes calculan entre las ganancias brutas o netas, sucias o limpias, la reposición de la maquinaria desgastada, etc., o sea, la reposición de una parte integrante del capital. No nos interesa tampoco la exactitud o la falsedad de las cifras. Que dichas cifras no tienen más valor que el llamado “análisis” lo demostró Leonard Horner en *A Letter to Mr. Senior etc.*, Londres, 1837. Leonard Horner, uno de los *Factory Inquiry Commissioners* [Miembro de la Comisión para el Estudio de la situación en las Fábricas] de 1833 e inspector fabril — en realidad, censor de fábricas — hasta 1859, ha conquistado méritos inmortales al servicio de la clase obrera inglesa. Luchó toda su vida no sólo contra los fabricantes enfurecidos, sino también contra los ministros, para quienes era mucho más importante contar los “votos” de los fabricantes en la Cámara de los Comunes que las horas de trabajo de la “mano de obra” en la fábrica.

Adición a la nota 32. La exposición de Senior es confusa, aun si prescindimos de la falsedad de su contenido. Lo que en realidad quería decir es lo siguiente: el fabricante emplea al obrero diariamente $11\frac{1}{2}$ ó $23/2$ horas. Como cada jornada de trabajo, el año laboral está compuesto por $11\frac{1}{2}$ ó $23/2$ horas (multiplicadas por la cantidad de días de trabajo durante el año). Bajo esta premisa, las $23/2$ horas de trabajo producen el producto anual de £115 mil; media hora de trabajo produce $1/23 \times £115.000$; $20/2$ horas de trabajo producen $20/23 \times £115.000 = £100.000$, es decir, sólo reponen el capital adelantado. Nos quedan $3/2$ horas de trabajo, que producen $3/23 \times £115.000 = £15.000$, o sea, la ganancia bruta. De estas $3/2$ horas de trabajo, media hora produce $1/23 \times £115.000 = £5.000$, es decir, produce sólo el equivalente para la reposición del desgaste de la fábrica y de la maquinaria. Las últimas dos medias horas, o sea, la última hora de trabajo, produce $2/23 \times £115.000 = £10.000$, es decir, la ganancia neta. En el texto, Senior convierte los últimos $2/23$ del producto en fracciones de la jornada de trabajo misma.

laboral, sería pedirle a los señores fabricantes que no mezclasen abigarradamente la maquinaria y los edificios fabriles, las materias primas y el trabajo, sino que, por lo menos, separasen, de una parte, el capital constante, contenido en los edificios fabriles, la maquinaria, las materias primas, etc., y, de otra, el capital adelantado en salario. Si en tal caso obtuviese, según el cálculo de los fabricantes, que el obrero reproduce o repone en $2/2$ horas de trabajo, o sea en una hora, el salario, el análisis debería proseguir como sigue.

Según vuestros datos, el obrero produce en la penúltima hora su salario y en la última vuestro plusvalor o ganancia neta. Por cuanto produce en iguales espacios de tiempo idénticos valores, el producto de la penúltima hora tiene el mismo valor que el producto de la última. Además, produce valor sólo al gastar trabajo, y la cantidad de éste se mide por el tiempo de trabajo del obrero. Según vuestros datos, el tiempo de trabajo es de $11\frac{1}{2}$ horas diarias. Una parte de esas $11\frac{1}{2}$ horas las invierte en la producción o reposición de su salario, la otra, en producir vuestra ganancia neta. El obrero no hace nada más durante su jornada de trabajo. Pero como, según indican los datos, su salario y el plusvalor que produce son valores de igual magnitud, es evidente que crea su salario en $5\frac{3}{4}$ horas y vuestra ganancia neta en otras $5\frac{3}{4}$ horas. Además, como el valor del hilado producido en dos horas es igual a la suma de valor de su salario y de vuestra ganancia neta, ese valor del hilado debe medirse por $11\frac{1}{2}$ horas de trabajo, el producto de la penúltima hora por $5\frac{3}{4}$ horas de trabajo y el de la última por otras tantas. Nos acercamos ahora a un punto delicado. ¡Atención! La penúltima hora de trabajo es una hora común y corriente, como la primera. *Ni plus, ni moins* [ni más, ni menos]. ¿Cómo puede, entonces, el hilandero producir en una hora de trabajo un valor en hilado que representa $5\frac{3}{4}$ horas de trabajo? Efectivamente, no realiza tal milagro. Lo que produce en una hora en valores de uso es una determinada cantidad de hilado. El valor de dicho hilado se mide por $5\frac{3}{4}$ horas de trabajo, de las cuales $4\frac{3}{4}$ se contienen, sin su participación, en los medios de producción consumidos por hora, en el algodón, la maquinaria, etc., y $4/4$, o sea, una hora, es lo que él mismo añade. Por cuanto su salario se produce en $5\frac{3}{4}$ horas y el producto, en hilado, de una hora de hilar contiene también $5\frac{3}{4}$ horas de trabajo, no es por brujería, ni mucho menos, que el nuevo valor producido durante sus $5\frac{3}{4}$ horas de trabajo de hilado sea igual al valor del producto de una hora laboral. Pero estáis equivocados de medio a medio, si creéis que el obrero pierde aunque sea un átomo de tiempo de su jornada de trabajo en la reproducción o la "reposición" de los valores del algodón, la maquinaria, etc. Por el hecho de que su trabajo convierta en hilado el algodón y los husos, gracias a que el obrero hila, el valor del algodón y los husos se transfiere de por sí al hilado. Ello se debe a la calidad de su trabajo, no a su cantidad.

Cierto es que en una hora transferirá al hilado más valor del algodón, etc., que en media hora, pero tan sólo porque en una hora elabora más algodón que en media. Comprenderéis, pues, que vuestra afirmación de que el obrero produce en la penúltima hora el valor de su salario y en la última la ganancia neta, no quiere decir más que en el hilado producido en dos horas de la jornada laboral, ya sean las primeras o las últimas, se encarnan $11\frac{1}{2}$ horas de trabajo, o sea, exactamente tantas horas, cuantas tiene la jornada laboral. El aserto de que en las primeras $5\frac{3}{4}$ horas produce su salario y en las últimas $5\frac{3}{4}$ vuestra ganancia neta, sólo quiere decir que vosotros pagáis las primeras $5\frac{3}{4}$ horas, quedando impagas las últimas $5\frac{3}{4}$ horas. Hablo de pagar el trabajo, y no la fuerza de trabajo, para expresarme en vuestra jerga. Ahora, comparad, señores, la relación entre el tiempo de trabajo que pagáis y el que no pagáis, y veréis que es una proporción de media jornada a media jornada, o sea, del 100%, un bonito porcentaje desde luego. Y no cabe ninguna duda de que si obligáis a vuestros obreros a trabajar 13 horas, en vez de $11\frac{1}{2}$, y lo que para vosotros no es, por cierto, ilógico, las $1\frac{1}{2}$ horas adicionales las sumáis simplemente al plustrabajo, de $5\frac{3}{4}$ horas éste se incrementará a $7\frac{1}{4}$ horas, y la tasa de plusvalor, por tanto, aumentará del 100% al $126\frac{2}{23}\%$. En cambio, seríais demasiado osados, si creyeseis que por añadir $1\frac{1}{2}$ horas, esta tasa aumentaría del 100 al 200% y más, es decir, que “se duplicaría holgadamente”. Por otra parte —el corazón humano es algo maravilloso, sobre todo si el hombre lo lleva en la bolsa—, pecaríais de excesivo pesimismo, si temieseis que con la reducción de la jornada laboral de $11\frac{1}{2}$ a 10 horas, se perdería toda vuestra ganancia neta. Nada de eso. Suponiendo todas las demás circunstancias inalteradas, el plustrabajo caerá de $5\frac{3}{4}$ a $4\frac{3}{4}$ horas, lo que todavía arroja un plusvalor bastante aceptable del $82\frac{14}{23}\%$. En el fondo, aquella fatal “última hora” en torno de la que habéis fabulado más que los quiliastas^[73] en torno al fin del mundo, es “*all bosh*” [pura palabrería]. Su pérdida no os costará la “ganancia neta”, ni su “pureza del alma” a los niños de ambos sexos explotados por vosotros^{32a}.

^{32a} Si Senior demuestra que de la “última hora de trabajo” dependen la ganancia neta de los fabricantes, la existencia de la industria del algodón inglesa y la grandeza de Inglaterra en el mercado mundial, a su vez, el Dr. Andrew Ure^[74] prueba que los niños y jóvenes menores de 18 años que no permanecen las 12 horas completas en la cálida y pura atmósfera moral de la fábrica, siendo lanzados “una hora” antes al repelente y frívolo mundo exterior, peligran en la salvación de sus almas, presas de la ociosidad y el vicio. Desde 1848, los inspectores fabriles no dejan de burlarse de los fabricantes, en sus *Reports* semestrales, acerca de la “última hora”, “la hora fatal”. Así, por ejemplo, el señor Howell dice en su informe fabril del 31 de mayo de 1855: “Si este ingenioso cálculo” (citando a Senior) “fuese correcto, no habría en el Reino Unido, desde 1850, una sola fábrica algodonera que no trabajase a pérdidas” (*Reports of the Insp. of Fact, for the half year ending 30th April 1855*, pp. 19, 20). Al discutirse en el Parlamento, en el año 1848, la ley de las diez horas, los fabricantes de las hilanderías rurales de lino, dispersas entre los condados de

Cuando un día llegue realmente vuestra "última horita", pensad en el profesor de Oxford. Ahora bien: quisiera disfrutar en un mundo mejor más ampliamente de vuestra estimada compañía... ¡Adiós!³³... El 15 de abril de 1848, James Wilson, uno de los prin-

Dorset y Somerset, obligaron a algunos obreros regulares a firmar una contrapetición, en la que se decía entre otras cosas: "Vuestros peticionarios, padres de familia, creemos que una hora más de ocio no conduciría a otro resultado que a la desmoralización de nuestros hijos, pues la ociosidad es el origen de todos los vicios". A propósito de esto, el informe fabril del 31 de octubre de 1848 señala: "La atmósfera en las hilanderías de lino, donde trabajan los hijos de estos tiernos y virtuosos padres, está tan cargada de partículas de polvo y pelusas de la materia prima que es extremadamente desagradable permanecer en ellas aunque sea sólo diez minutos, pues es imposible hacerlo sin tener que soportar las más penosas sensaciones, ya que los ojos, los oídos, las narices y la boca se llenan de partículas de polvo, sin que haya manera de defenderse. El propio trabajo exige, por la velocidad febril de la maquinaria, un derroche ininterrumpido de pericia y movimientos controlados por una atención constante, y parece algo duro que los padres puedan llamar 'haraganes' a sus hijos que, descontado el tiempo invertido en comer, están encadenados diez horas enteras a tal actividad y en dicha atmósfera... Estos niños trabajan más que los braceros en los pueblos vecinos... Hay que estigmatizar como la más pura falsedad y la hipocresía más desvergonzada esas imputaciones crueles de 'ociosidad y vicio' ... Aquella parte del público que hace unos doce años quedó perpleja ante el aplomo con que se proclamaba oficialmente y con toda seriedad, bajo los auspicios de una alta autoridad, que toda la 'ganancia neta' del fabricante provenía de 'la última hora' de trabajo y que, por tanto, la reducción de la jornada laboral en una hora eliminaría la ganancia neta; esa parte del público, decimos, no dará crédito a sus ojos cuando se dé cuenta que desde ese entonces el original descubrimiento sobre las virtudes de 'la última hora' ha sido mejorado en tal medida que incluye no sólo la 'ganancia' sino también la 'moral'; de tal modo, que si se reduce a diez horas completas el trabajo infantil, se esfuma, junto a la ganancia neta de los fabricantes, la moral de los niños, ya que ambas dependen de esta fatal última hora" (*Repts. of Insp. of Fact. for 31st October 1848*, p. 101). Este mismo informe fabril ofrece, además, pruebas de la "moral" y la "virtud" de estos señores fabricantes, de los amaños, ardides, señuelos, amenazas, falsificaciones, etc., a los que recurrieron para que algunos obreros, totalmente irresponsables, firmasen tales peticiones, para presentarlas ante el Parlamento como demanda de toda una rama industrial o de condados enteros. Es altamente característico y demostrativo del estado actual de la llamada "ciencia" económica el hecho de que ni Senior mismo —quien, dicho sea en su honor, abogaría más tarde decididamente por la legislación fabril— ni sus oponentes iniciales y sucesivos acertasen a resolver las falsas conclusiones del "descubrimiento original". Estos últimos sólo apelaban a la experiencia práctica. El *why* [por qué] y el *wherefore* [para qué] permaneció en el misterio.

³³ Sin embargo, el señor profesor algo ganó con su excursión a Manchester. En las *Letters on the Factory Act*, todo el ingreso neto, la "ganancia", el "interés", e incluso "*something more*" [algo más], dependen de una hora no remunerada de trabajo del obrero! Un año antes, en sus *Outlines of Political Economy*, obra compuesta para el placer de los estudiantes de Oxford y de los filisteos instruidos, refutando la definición ricardiana del valor por el tiempo de trabajo, había "descubierto" que la ganancia proviene del trabajo del capitalista y de su ascetismo, de su "abstinencia", el interés. Aunque la patraña era vieja, la palabra "abstinencia" era nueva. El señor Roscher la germanizó correctamente por "*Enthaltung*". Sus compatriotas, menos versados en latín, los Wirt, los Schulz y demás Michels, le dieron cierto aire monacal, traduciéndola por "*Entsagung*" [abnegación].

cipales mandarines económicos, volvía a lanzar en el *London Economist*, polemizando con la ley de las diez horas, el trompetazo de la "última hora", descubierta por Senior en 1836.

4. EL PLUSPRODUCTO

Llamamos plusproducto (*surplus produce, produit net*) la parte del producto (1/10 de 20 libras de hilado, o 2 libras de hilado, en el ejemplo de sub. 2), en que se representa el plusvalor. Y así como la tasa de plusvalor se determina no por su relación con la suma total, sino con la fracción variable del capital, la magnitud del plusproducto se mide no por su relación con el resto del producto total, sino con la fracción del producto en que se representa el trabajo necesario. Del mismo modo que la producción de plusvalor es el objetivo determinante de la producción capitalista, el nivel de la riqueza no se mide por la magnitud absoluta del producto, sino por la magnitud relativa del plusproducto³⁴.

La suma del trabajo necesario y del plustrabajo, de los lapsos en que el obrero produce el valor de reposición de su fuerza de trabajo y el plusvalor, respectivamente, constituye la magnitud absoluta de su tiempo laboral, la jornada de trabajo (*working day*).

³⁴ "Para un individuo con un capital de £20 mil, cuyas ganancias suman £2 mil al año, sería completamente indiferente que su capital emplee 100 ó 1.000 obreros y que las mercancías producidas se vendan por £10 mil o £20 mil, siempre y cuando sus ganancias no caigan por debajo de las £2.000. ¿Acaso no es igual el interés real de una nación? Suponiendo que su ingreso real neto, sus rentas o ganancias permanezcan invariables, carece de importancia que la nación esté compuesta de 10 ó 12 millones de habitantes" (Ricardo, l.c., p. 416). Arthur Young, ese fanático del plusproducto, escritor charlatanesco y carente de sentido crítico, cuya fama se encuentra en relación inversa a sus méritos, escribía mucho antes de Ricardo, entre otras cosas: "¿Qué utilidad tendría en un reino moderno una provincia cuyas tierras se trabajasen a la manera de la Roma antigua, por pequeños campesinos independientes, por muy bien que se cultivasen? No tendría ningún sentido, fuera del de procrear hombres (*the mere purpose of breeding men*), que de suyo no constituye finalidad alguna (*is a most useless purpose*)" (Arthur Young, *Political Arithmetic etc.*, Londres, 1774, p. 47).

Adición a la nota 34. Es sorprendente "la marcada inclinación... a representar la riqueza neta como beneficiosa para la clase trabajadora... pues es evidente que no lo es por el hecho de ser neta" (Th. Hopkins. *On Rent of Land etc.*, Londres, 1828, p. 126).

CAPITULO VIII

LA JORNADA DE TRABAJO

1. LOS LIMITES DE LA JORNADA LABORAL

Partíamos del supuesto de que la fuerza de trabajo se compra y se vende por su valor. Este, como el de cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción. Por tanto, si la producción de los medios de vida exige, día tras día, seis horas, el obrero tiene que trabajar en promedio seis horas para producir diariamente su fuerza de trabajo o reproducir el valor obtenido de su venta. La fracción necesaria de su jornada de trabajo asciende, entonces, a seis horas y es, por consiguiente, de permanecer las demás circunstancias invariables, una magnitud determinada. Pero, con ello, no está dado aún el día de trabajo mismo.

Supongamos que la línea a b representa la duración o longitud del tiempo de trabajo necesario, digamos seis horas. Alargando el trabajo más allá de ab en 1, 3 ó 6 horas, obtendremos las tres líneas siguientes:

$$\begin{array}{ll} a \text{ } b \text{ } c, & a \text{ } b \text{ } c, \\ \text{Jornada de trabajo I} & \text{Jornada de trabajo II} \\ & a \text{ } b \text{ } c, \\ & \text{Jornada de trabajo III} \end{array}$$

que representan tres jornadas laborales diferentes, de 7, 9 y 12 horas. La línea de prolongación bc representa la duración del plustrabajo. Por cuanto el día de trabajo es $= ab + bc$, o sea ac , varía con la magnitud variable bc . Como ab está dada, la relación de bc a ab siempre puede medirse. En la jornada de trabajo I, la proporción es de $1/6$, en la jornada de trabajo II, $3/6$ y en la jornada de trabajo III, $6/6$ de ab . Como, además, la proporción $\frac{\text{tiempo de plustrabajo}}{\text{tiempo de trabajo necesario}}$ determina la tasa de plusvalor, para obtener esta tasa no hay más que establecer aquella proporción. En las tres distintas jornadas de trabajo, la tasa de plusvalor asciende a $16^{2/3}$, 50 y 100%, respectivamente. Por el contrario, ésta por sí sola no nos daría jamás la duración del día de trabajo. Si fuese, v.gr., del 100%, la jornada laboral podría durar 8, 10, 12 horas, etc. Esta tasa sólo indicaría que ambas fracciones constitutivas del día de trabajo —el trabajo necesario y el plustrabajo— son iguales, pero no nos daría la magnitud de cada una de ellas.

La jornada de trabajo no es, por tanto, una magnitud constante, sino variable. Cierto es que una de sus partes está determinada por el tiempo de trabajo necesario para la reproducción constante del propio obrero, pero su magnitud total cambia al variar la longitud o duración del plustrabajo. La jornada de trabajo es, por consiguiente, determinable, pero en sí y para sí indeterminada³⁵.

Pero, aun no siendo una magnitud fija sino fluida, la jornada laboral puede, de otra parte, sólo variar dentro de ciertos límites. Sin embargo, su límite mínimo es indeterminable. Cierto es que, suponiendo la línea de prolongación *bc*, o sea el plustrabajo, = 0, obtenemos un límite mínimo, a saber: aquella parte de la jornada que el obrero debe necesariamente trabajar para subsistir. Pero en base al modo de producción capitalista, el trabajo necesario no puede constituir sino sólo una fracción de la jornada laboral, es decir, el día de trabajo no puede reducirse nunca a su mínimo. En cambio, la jornada de trabajo tiene un límite máximo. No es prolongable más allá de un determinado punto. Dicho límite máximo está fijado de un doble modo. De una parte, por los límites físicos de la fuerza de trabajo. Durante el día natural de 24 horas, el hombre puede gastar únicamente una cantidad determinada de fuerza vital. De igual manera, un caballo puede trabajar, en promedio, sólo ocho horas diarias. Durante una parte del día la fuerza de trabajo debe descansar, dormir, mientras que durante otra parte del mismo, el hombre debe satisfacer otras necesidades físicas: alimentarse, asearse, vestirse, etc. Además de esta frontera puramente física, la prolongación de la jornada laboral choca con límites morales. El obrero necesita tiempo para satisfacer necesidades espirituales y sociales, cuyo volumen y número se determinan por el nivel general de cultura. La variación de la jornada de trabajo oscila, pues, dentro de límites físicos y sociales. Pero, estos marcos son de naturaleza muy elástica, ofreciendo un gran campo de maniobra. Es por esta razón que encontramos jornadas laborales de 8, 10, 12, 14, 16, 18 horas, o sea, de las más diversas duraciones.

El capitalista ha comprado la fuerza de trabajo a su valor diario. Le pertenece su valor de uso durante un día de trabajo. Por tanto, ha adquirido el derecho de hacer trabajar al obrero a su servicio durante una jornada. Pero, ¿qué es una jornada de trabajo³⁶? En cualquier caso, menos de un día natural. ¿Y cuánto menos? El capita-

³⁵ "Una jornada de trabajo es una magnitud indeterminada, puede ser larga o corta" (*An Essay on Trade and Commerce, containing Observations on Taxes etc.*, Londres, 1770, p. 73).

³⁶ Esta pregunta es mucho más importante que la famosa interrogante de sir Robert Peel ante la Cámara de Comercio de Birmingham: "What is a Pound?" [¿Qué es una libra?], pregunta que sólo podía plantearse, porque Peel estaba tan a oscuras acerca de la naturaleza del dinero como los "little shilling men"^[75] de Birmingham.

lista tiene su propia opinión sobre esta *última Thule**, la frontera necesaria de la jornada laboral. Como capitalista es sólo capital personificado. Su alma es el alma del capital. Pero, el capital tiene únicamente una finalidad vital: valorizarse, crear plusvalor, absorber con su parte constante los medios de producción, la mayor masa posible de plustrabajo³⁷. El capital es trabajo muerto que, como un vampiro, revive únicamente chupando trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa. El tiempo, durante el cual trabaja el obrero, es el tiempo durante el cual el capitalista consume la fuerza de trabajo adquirida³⁸. Si el obrero consume para sí el tiempo a su disposición, roba al capitalista³⁹.

El capitalista se acoge, pues, a la ley de intercambio mercantil. Trata, como cualquier otro comprador, de obtener el mayor provecho posible del valor de uso de su mercancía. Pero, súbitamente, se alza la voz del obrero que en el estrépito y agitación [*Sturm und Drang*] del proceso de producción había enmudecido:

La mercancía que te he vendido se diferencia de la restante chusma mercantil en que su uso genera valor, y valor mayor de lo que ella misma cuesta. Por eso la compraste. Pero, lo que de tu parte aparece como valorización de capital es, de la mía, gasto adicional de fuerza de trabajo. En el mercado, tú y yo conocemos sólo una ley, la del intercambio mercantil. Y el consumo de la mercancía no pertenece al vendedor que la enajena, sino al comprador que la adquiere. Te pertenece, pues, el uso de mi fuerza diaria de trabajo. Pero, por intermedio de su precio diario de venta debo reproducirla y, por consiguiente, poder venderla nuevamente. Prescindiendo del desgaste natural por la edad, etc., mañana he de estar en condiciones de trabajar en el mismo estado normal de fuerza, salud y diligencia que hoy. Me predicas constantemente el evangelio del "ahorro" y la "abstinencia". Pues bien, voy a administrar mi única riqueza, la fuerza de trabajo, como dueño juicioso y ahorrativo de la misma, absteniéndome de todo loco derroche. Me limitaré a realizar, a transformar en movimiento, en acción, sólo aquella cantidad de trabajo que es compatible con su duración normal y

* Esta expresión se utiliza en el sentido de límite extremo. (Thule: isla situada, según las nociones de los antiguos, en el extremo norte de Europa.)—Ed.

³⁷ "Es tarea del capitalista obtener del capital desembolsado la mayor suma posible de trabajo" ("*D'obtenir du capital dépensé la plus forte somme de travail possible*") (J. G. Courcelle-Seneuil. *Traité théorique et pratique des entreprises industrielles*, 2^o ed., París, 1857, p. 62).

³⁸ "La pérdida de una hora de trabajo diaria representa un gran daño a un Estado comercial." "El consumo de bienes de lujo por los trabajadores pobres del reino es muy grande, en particular, entre la chusma de las manufacturas; pero con ello disipan también su tiempo, gasto que es el más funesto de todos los consumos" (*An Essay on Trade and Commerce etc.*, pp. 47 y 153).

³⁹ "Si el asalariado libre descansa un momento, la economía sórdida, que lo sigue con ojos inquietos, afirma que le roba" (N. Linguet. *Théorie des Lois Civiles etc.*, Londres, 1767, t. II, p. 466).

desarrollo saludable. Alargando la jornada laboral sin medida, puedes en un día absorber una cantidad de mi fuerza de trabajo mayor de la que yo puedo reponer en tres días. Lo que tú ganas así en trabajo, lo pierdo yo en sustancia laboral. La utilización de mi fuerza de trabajo y su expoliación, son cosas bien distintas. Si el período medio que puede vivir un obrero trabajando racionalmente es de 30 años, el valor de fuerza de trabajo que me pagas diariamente

es $\frac{1}{365 \times 30}$, ó 1/10.950 de su valor total. Pero si la consumes en diez años, me pagas diariamente 1/10.950 de su valor total en lugar de 1/3.650, o sea, sólo un tercio de su valor diario, y me robas diariamente, por tanto, 2/3 del valor de mi mercancía. Me pagas la fuerza de trabajo de un día y consumes la de tres. Esto contradice nuestro contrato y la ley del intercambio de mercancías. Exijo, por consiguiente, una jornada de trabajo de duración normal, y lo hago sin apelar a tu corazón, pues en materia de dinero los sentimientos sobran. Podrás ser un ciudadano ejemplar, miembro tal vez de la Sociedad Protectora de Animales y tener, además, fama de santo, pero el objeto que representas frente a mí no encierra corazón alguno en su pecho. Lo que parece palpar en él son los latidos de mi propio corazón. Exijo la jornada normal de trabajo, porque demando el valor de mi mercancía, como todo otro vendedor⁴⁰.

Como se ve, abstrayéndonos de marcos sumamente elásticos, de la naturaleza del intercambio de mercancías no se desprende ningún límite de la jornada laboral y, por tanto, ninguna barrera del plustrabajo. El capitalista se acoje a su derecho como comprador tratando de prolongar lo más posible la jornada de trabajo y convertir, de ser factible, una jornada en dos. De otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida implica un límite para su consumo por el comprador, y el obrero se acoje a su derecho de vendedor al querer restringir a cierta duración normal la jornada laboral. Tiene lugar, por tanto, una antinomia, derecho contra derecho, ambos igualmente refrendados por la ley del intercambio de mercancías. Entre dos derechos iguales decide la fuerza. Y en la historia de la producción capitalista se presenta la reglamentación de la jornada laboral como una lucha por los límites de ésta, una lucha entre el capitalista global, es decir la clase de los capitalistas, y el obrero global, o sea, la clase obrera.

⁴⁰ Durante la gran *strike* [huelga] de los *London builders* [trabajadores de la construcción de Londres] en 1860-1861, por la reducción de la jornada laboral a nueve horas, su comité hizo pública una declaración que coincide de medio a medio con la de nuestro obrero. La declaración se refiere, no sin cierta ironía, a que el "más ávido de ganancia de los *buildings masters* [empresarios de la construcción] —un tal sir M. Peto— tiene 'fama de santo' ". (Este mismo Peto tuvo después de 1867 un fin la lo ...Strousberg!)

2. AVIDEZ DE PLUSTRABAJO. FABRICANTE Y BOYARDO

El capital no inventó el plustrabajo. Dondequiera que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador, libre o no, tiene que añadir una cantidad de tiempo excedente al tiempo de trabajo necesario para su subsistencia con el fin de producir los medios de vida para el propietario de los medios de producción⁴¹, ya sea éste un *χαλὸς χ'ἀγαθὸς* [aristócrata] ateniense, un teócrata etrusco, un *civis romanus* [ciudadano romano], un barón normando, un esclavista norteamericano, un boyardo de Valaquia, un terrateniente o un capitalista modernos⁴². Sin embargo, es evidente que si en una formación económica de la sociedad no predomina el valor de cambio, sino el valor de uso del producto, el plustrabajo está limitado por un círculo de necesidades menor o mayor, pero no surge del carácter mismo de la producción una necesidad ilimitada de plustrabajo. Por eso, en la Antigüedad, el trabajo excedente se revela de un modo espantoso precisamente allí donde se trata de obtener el valor de cambio en su imagen específica de dinero, en la producción de oro y plata. La forma oficial del trabajo excedente la constituyeron en este caso los trabajos forzados hasta la muerte. Basta con leer a Diodoro de Sicilia⁴³. Sin embargo, en el mundo antiguo esas son excepciones. Pero, tan pronto como los pueblos, cuya producción se desenvuelve aún en las formas inferiores del trabajo de esclavos, de prestación, etc., son integrados al mercado mundial en el que impera el modo de producción capitalista, que convierte la venta de sus productos en el extranjero en el interés dominante, los tormentos bárbaros de la esclavitud, la servidumbre, etc., se ven acrecentados por los tormentos civilizados del sobretrabajo. Por eso, el trabajo de los negros en los estados meridionales de la Unión norteamericana conservó cierto moderado carácter patriarcal mientras la producción estuvo orientada principalmente al autoconsumo directo. Pero, en la medida en que la exportación de algodón se convirtió en interés vital de aquellos Estados, el trabajo excesivo se transformó en factor de un

⁴¹ "Quienes trabajan... alimentan, en realidad, tanto a los pensionistas, llamados ricos, como a sí mismos" (Edmund Burke, l.c., pp. 2,3).

⁴² En su *Römische Geschichte*, Niebuhr señala muy ingenuamente: "No puede negarse que obras como las etruscas, que aun en ruínas despiertan el asombro, presuponen en Estados pequeños (!) la existencia de señores y esclavos [*Knechte*]". Sismondi, mucho más profundo, manifestó que los "encajes de Bruselas" presuponian patrones y asalariados.

⁴³ "No se puede mirar a estos desdichados" (en las minas de oro situadas entre Egipto, Etiopía y Arabia), "que ni siquiera pueden mantener limpios sus cuerpos o cubrir sus desnudeces, sin lamentar su suerte deplorable. Pues allí no hay miramientos ni piedad para con los enfermos, los inválidos, los ancianos y la debilidad femenina. Todos deben continuar su trabajo, azotados por el látigo, hasta que la muerte pone fin a sus tormentos y miserias" (Diodorus Siculus. *Historische Bibliothek*, libro 3, cap. 13, [p. 260]).

sistema fríamente calculado, llegando incluso a darse casos de consumirse la vida del negro en siete años de trabajo. Ya no se trataba más de arrancarle cierta masa de productos útiles. Ahora, todo giraba en torno de la producción de plusvalor. Otro tanto aconteció con el trabajo de prestación, v.gr., en los principados del Danubio.

La comparación de la avidez de plustrabajo en dichos principados con la existente en las fábricas inglesas presenta un interés especial, pues en la prestación personal el plustrabajo posee una forma autónoma tangible.

Supongamos que la jornada laboral contiene 6 horas de trabajo necesario y 6 horas de plustrabajo. En tal caso, el obrero libre entregará semanalmente al capitalista 6×6 ó 36 horas de plustrabajo. Es lo mismo que si trabajase 3 días a la semana para sí mismo y 3 días gratis para el capitalista. Sólo que esto no se ve. El plustrabajo y el trabajo necesario se confunden en un todo. Por eso, la misma relación puede ser expresada, por ejemplo, del modo siguiente: el obrero trabaja en cada minuto 30 segundos para sí mismo y 30 segundos para el capitalista, etc. Otra cosa acontece con la prestación personal. El trabajo necesario que realiza, por ejemplo, el campesino valaco para su propia subsistencia está separado en el espacio de su plustrabajo para el boyardo. Realiza el primero en su propia tierra, el segundo en la hacienda del señor. Las dos partes del tiempo de trabajo coexisten, por tanto, independientemente, una junto a la otra. Bajo la forma de prestación en trabajo, el plustrabajo está separado claramente del trabajo necesario. Esta forma diferente de manifestación no cambia, evidentemente, nada en la relación cuantitativa entre plustrabajo y trabajo necesario. Tres días de plustrabajo a la semana siguen siendo tres días de trabajo en que no se crea equivalente para el propio trabajador, ya se llame prestación en trabajo o trabajo asalariado. Sin embargo, entre los capitalistas la avidez de plustrabajo se manifiesta como afán de prolongación desmedida de la jornada laboral; entre los boyardos, de un modo más simple, en la caza directa de días de prestación⁴⁴.

En los principados del Danubio, las prestaciones en trabajo estaban ligadas a rentas en especie y demás atributos de la servidumbre de la gleba; aquellas prestaciones constituían, sin embargo, el tributo principal pagado a la clase dominante. Donde ocurría esto, raramente las prestaciones en trabajo surgían de la servidumbre de la gleba; por el contrario, era normal que la servidumbre brotase de estas prestaciones^{44a}. Tal fue el caso en las provincias rumanas. Su régimen

⁴⁴ Lo que sigue, hace referencia al estado de cosas en las provincias rumanas antes de las transformaciones^[76] realizadas después de la guerra de Crimea.

^{44a} [Nota a la tercera edición. Esto es válido también para Alemania, y en especial para la parte de Prusia al este del Elba. En el siglo XV, el campesino alemán estaba sometido casi en todas partes a prestaciones en especie y en trabajo, pero era, a lo menos de hecho, un hombre libre. A los colonos alemanes en Brandeburgo, Pomerania, Silesia y Prusia Oriental se les reconocía incluso jurídicamente como hombres

de producción originario estaba basado en la propiedad comunitaria, pero no al modo eslavo, ni mucho menos al modo hindú. Una parte de la tierra era elaborada autónomamente por los miembros de la comunidad, como propiedad privada libre; la otra parte —el *ager publicus*— se trabajaba colectivamente. Los productos de este trabajo colectivo servían, en parte, de fondo de reserva en caso de malas cosechas y otras eventualidades, en parte, de erario público para cubrir los gastos de la guerra, de la religión y otros gastos comunales. Con el correr del tiempo, dignatarios militares y eclesiásticos usurparon la propiedad comunitaria y sus prestaciones. El trabajo de los campesinos libres en sus tierras comunitarias se convirtió en trabajo de prestación para los usurpadores de ellas. Simultáneamente, fueron desarrollándose relaciones de servidumbre, aunque sólo de hecho, no jurídicamente, hasta que Rusia, la redentora universal, con el pretexto de abolir la sujeción personal, elevara esas relaciones a ley. El código de trabajo de prestación, proclamado por el general ruso Kiselev en 1831, fue dictado, desde luego, por los propios boyardos. Rusia conquistó así, de un solo golpe, a los magnates de los principados del Danubio y los aplausos de los cretinos liberales de toda Europa.

Según el *Règlement organique*^[77], como se titula aquel código del trabajo de prestación, cada campesino de Valaquia está obligado a entregar al llamado propietario de tierra, además de toda una serie de detallados tributos en especie, lo siguiente: primero, 12 jornadas de trabajo de carácter general; segundo, un día de trabajo en el campo; tercero, un día de saca de leña. *Summa summarum* [en total], 14 días al año. Sin embargo, con gran perspicacia en materia de economía política, la jornada de trabajo no se interpreta en su sentido ordinario, sino como la jornada necesaria para producir un producto diario medio; pero este producto está fijado de un modo tan astuto que ni un ciclope podría rendirlo en 24 horas. Es el propio *Règlement* el que explica, en descaradas palabras de auténtica ironía rusa, que por 12 jornadas de trabajo se debe entender un producto manual de 36 días, por una jornada laboral en el campo, tres días y por un día de recolección de leña, también el triple. Total: 42 días de prestación. A esto debe agregarse la llamada *jobagie*, o sea, prestaciones adeudadas al señor para atender necesidades extraordinarias de la producción. De acuerdo al censo de población, cada pueblo debe proporcionar anualmente un contingente determinado

libres. La victoria de la nobleza en la Guerra Campesina puso fin a este estado de cosas. No sólo los campesinos derrotados del sur de Alemania fueron convertidos nuevamente en siervos de la gleba. Ya desde mediados del siglo XVI, los campesinos libres de Prusia Oriental, Brandeburgo, Pomerania y Silesia, y muy pronto también los de Schleswig-Holstein, fueron reducidos a esta condición. (Maurer. *Fronhöfe*, IV Bd; Meitzen. *Der Boden des Pr. Staates*; Hanssen. *Leibeigenschaft in Schleswig-Holstein*.)—F. E.]

para la *jobagie*. Se calcula este trabajo adicional de prestación a razón de 14 jornadas para cada campesino de Valaquia. De manera que el trabajo de prestación prescrito suma 56 jornadas laborales al año. Pero en Valaquia el año agrícola se calcula, por razón del mal clima, tan sólo en 210 días, de los cuales 40 son domingos y días festivos y 30, por término medio, no se puede trabajar por mal tiempo; total, 70 días. Quedan 140 jornadas de trabajo. La proporción entre el trabajo de prestación y el trabajo necesario, $\frac{56}{84}$ ó $66\frac{2}{3}\%$, expresa una tasa mucho menor de plusvalor de la que regula la labor del obrero agrícola o fabril inglés. Pero este es el trabajo de prestación jurídicamente establecido. El *Règlement organique*, animado por un espíritu más "liberal" que el de la legislación fabril inglesa, brinda todo tipo de facilidades para su transgresión. Después de convertir 12 jornadas en 56, determina el trabajo nominal de cada uno de estos días de prestación de tal modo que siempre queda una cantidad de trabajo para los días siguientes. Así, por ejemplo, en una jornada debe escardarse una extensión de tierra que exige, v.gr., en las plantaciones de maíz, el doble de tiempo. En ciertos trabajos agrícolas, la labor de un día, determinada jurídicamente, puede interpretarse de tal modo que la jornada comience en mayo y termine en octubre. En Moldavia, las disposiciones son aún más severas.

"Los doce días de prestación del *Règlement organique* —exclamaba un boyardo ebrio de victoria— ¡vienen a ser 365 días al año!"⁴⁵

Si el *Règlement organique* de los principados del Danubio es una expresión positiva de la avidez de plustrabajo, sancionada en cada uno de sus artículos, las *Factory Acts* [leyes fabriles] inglesas son expresiones negativas del mismo fenómeno. Estas leyes ponen un freno a la avidez del capital de absorber desmedidamente la fuerza de trabajo, limitando violentamente la jornada laboral por parte del Estado, y precisamente por un Estado en el que dominan los capitalistas y los terratenientes. Prescindiendo del creciente movimiento obrero, cada día más poderoso y amenazante, la limitación de la jornada fabril estuvo dictada por la misma necesidad que obliga a arrojar guano en los campos ingleses. La misma codicia ciega que en un caso agota la tierra, en el otro ataca las raíces de la fuerza vital de la nación. De ello son síntomas elocuentes en este caso las epidemias periódicas, como lo es en Alemania y Francia el descenso en la estatura de los soldados⁴⁶.

⁴⁵ Consúltese, para más detalle, la obra de É. Regnault. *Histoire politique et sociale des Principautés Danubiennes*, París, 1855, [pp. 304 y ss.].

⁴⁶ En general, dentro de ciertos parámetros, el rebasar el tamaño medio de su especie evidencia el desarrollo de los seres orgánicos. La estatura de los hombres disminuye si su prosperidad es perturbada debido a causas físicas o sociales. En todos

La *Factory Act* de 1850, actualmente vigente (1867), autoriza una jornada de 10 horas como promedio diario a la semana: 12 horas en los primeros 5 días de la semana, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, de las cuales se descuentan por ley media hora para el desayuno y una hora para el almuerzo, quedando pues $10\frac{1}{2}$ horas de trabajo; y 8 horas los sábados, de seis de la mañana a dos de la tarde, descontándose media hora para el desayuno. Quedan 60 horas: $10\frac{1}{2}$ para los primeros cinco días de la semana, $7\frac{1}{2}$ para el último día⁴⁷. Se han nombrado inspectores fabriles, que dependen directamente del Ministerio del Interior y cuyos informes los publica semestralmente el Parlamento, encargados de velar por el cumplimiento de la ley. Ellos brindan, por tanto, una estadística continua y oficial sobre la avidez de plustrabajo de los capitalistas.

Escuchemos algunos momentos a los inspectores fabriles⁴⁸.

"El fabricante tramposo inicia el trabajo un cuarto de hora (a veces más, a veces menos) antes de las seis de la mañana y lo cierra un cuarto de hora (a veces más, a veces menos) después de las seis de la tarde. Recorta a la media hora, conce-

los países europeos, en que el reclutamiento militar es obligatorio, ha disminuido, desde su implantación, la talla media de los hombres y, en general, su aptitud para el servicio militar. Antes de la revolución (1789), la estatura mínima para el soldado de infantería en Francia era de 165 centímetros; en 1818 (según la ley del 10 de marzo) de 157, y después de la ley del 21 de marzo de 1832, de 156 centímetros; en Francia, por término medio, más de la mitad de los reclutas se eximen del servicio por insuficiencia de talla y defectos físicos. En Sajonia, la talla militar era, en 1780, de 178 centímetros, ahora es de 155. En Prusia es de 157. Según datos publicados por el Dr. Meyer en el *Bayerische Zeitung* del 9 de mayo de 1862, calculando un promedio de nueve años, se observa en Prusia que de 1.000 reclutas 716 son declarados ineptos para el servicio: 317 debido a la estatura reducida y 399 por defectos físicos... En 1858, Berlín no pudo integrar su contingente de reclutas, pues faltaban 156 hombres" (J. V. Liebig, *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie*, 1862, 7ª ed., tomo I, pp. 117, 118).

⁴⁷ En el transcurso de este capítulo será expuesta la historia de la ley fabril de 1850.

⁴⁸ Haré sólo algunas referencias dispersas al período que va desde los orígenes de la gran industria en Inglaterra hasta 1845, remitiendo al lector a la obra de Federico Engels *Die Lage der Arbeitenden Klasse in England*, Leipzig, 1845; los *Factory Reports, Reports on Mines, etc.*, que aparecen desde 1845, nos muestran con qué profundidad comprendió Engels el espíritu del modo de producción capitalista; y vemos los detalles, dignos de asombro, con que describe el estado de cosas, si hacemos la comparación más superficial de su obra con los informes oficiales de la *Children's Employment Commission* (1863-1867), publicados 18 ó 20 años después. Dichos informes tratan precisamente de industrias en las que la legislación fabril no se había implantado hasta 1862 y en las que en parte ello no ha acontecido hasta hoy. Es decir, en estas ramas las condiciones que describiera Engels no han sufrido grandes cambios impuestos desde fuera. Mis ejemplos los he tomado principalmente del período librecambista posterior a 1848, de aquellos tiempos paradisíacos de que cuentan tantos milagros a los alemanes esos buhoneros del librecambio tan locuaces como huérfanos de ciencia.

Por lo demás, si Inglaterra figura aquí en el primer plano es porque representa la producción capitalista clásica y porque es el único país que posee una estadística oficial y continua de los temas tratados.

dida nominalmente para el desayuno, 5 minutos al comienzo y otros 5 al final, y 10 minutos al principio y otros tantos al final de la hora nominalmente otorgada para el almuerzo. Los sábados finaliza el trabajo un cuarto de hora (a veces más, a veces menos) después de las dos de la tarde. Así, gana:

Antes de las seis de la mañana	15 minutos	} Total en 5 días: 300 minutos
Después de las seis de la tarde	15 minutos	
En el desayuno	10 minutos	
En el almuerzo	20 minutos	
	60 minutos	

Los sábados

Antes de las seis de la mañana	15 minutos	} Total se- manal: 340 minutos
En el desayuno	10 minutos	
Después de las dos de la tarde	15 minutos	
	40 minutos	

O sea, 5 horas y 40 minutos a la semana que, multiplicados por 50 semanas de trabajo al año (restando dos semanas por feriados e interrupciones ocasionales), equivalen a 27 días laborales.⁴⁹

"Si la jornada de trabajo se alarga diariamente cinco minutos sobre su duración normal, se obtiene al año $2\frac{1}{2}$ días de producción."⁵⁰ "Una hora adicional al día, obtenida gracias a una fracción de tiempo por aquí y otra más allá, hace de los doce meses del año trece."⁵¹

Las crisis, que interrumpen la producción y permiten trabajar sólo algunos días a la semana, a "tiempo reducido", no modifican en nada, por supuesto, el afán de alargar la jornada laboral. Cuanto menos negocios se realicen tanto mayor debe ser la ganancia obtenida de los negocios efectuados. Cuanto menos tiempo se puede trabajar tanto más tiempo de plustrabajo ha de rendirse. Esto es, por ejemplo, lo que relatan los inspectores fabriles sobre el período de la crisis de 1857-1858:

"Puede parecer contradictorio que se den casos de trabajo abrumador en momentos en que el comercio marcha tan mal, pero precisamente su mal estado es lo que incita a hombres sin escrúpulos a transgredir la ley; de este modo, ellos obtienen ganancias extras..." "A la par que en mi distrito —dice Leonard Horner— 122 fábricas han sido abandonadas definitivamente, 143 se encuentran paradas y todas las demás trabajan a medias, perdura el trabajo excesivo por sobre los límites establecidos en la ley."⁵² "A pesar —dice el señor Howell— de que en la mayoría de las fábricas el mal estado de los negocios sólo permite trabajar la mitad del tiempo, sigo recibiendo quejas de que a los obreros se les escamotea (*snatched*) media hora o $\frac{3}{4}$ de hora del tiempo garantizado legalmente cada día para sus comidas y descansos."⁵³

⁴⁹ *Suggestions etc. by Mr. L. Horner, Inspector of Factories, en Factories Regulation Acts. Ordered by the House of Commons to be printed 9 Aug. 1859, pp. 4, 5.*

⁵⁰ *Reports of the Insp. of Fact. for the half year, Oct. 1856, p. 35.*

⁵¹ *Reports etc. 30th April 1858, p. 9.*

⁵² *Reports etc., l.c., p. 10.*

⁵³ *Reports etc., l.c., p. 25.*

El mismo fenómeno se repitió, a menor escala, durante la espantosa crisis del algodón de 1861 a 1865⁵⁴.

"A veces, cuando sorprendemos a obreros trabajando durante las horas de comida o en horas prohibidas, se nos alega que ellos no quieren abandonar de ninguna manera los talleres a la hora establecida y que es necesario apelar a la fuerza para que cesen su labor" (limpieza de las máquinas, etc.), "sobre todo los sábados en la tarde. Pero, si la mano de obra permanece en la fábrica después de detenerse las máquinas... ello ocurre porque entre las seis de la mañana y las seis de la tarde, durante las horas de trabajo legal, no se les da tiempo para realizar tales tareas."⁵⁵

"Para muchos fabricantes la ganancia que puede obtenerse del trabajo extra, por sobre los límites legales, parece ser una tentación irresistible. Especulan con la probabilidad de no ser descubiertos y calculan que, si esto ocurre, el pequeño monto de las multas y las miserables costas judiciales les aseguran siempre un saldo de ganancia."⁵⁶ "Allí donde el tiempo adicional se consigue mediante la multiplicación de pequeños hurtos (*a multiplication of small thefts*) en el curso del día, los inspectores tropiezan con dificultades insuperables para probarlo."⁵⁷

Estos "pequeños hurtos" del capital, al tiempo de comida y al descanso de los obreros, los inspectores fabriles los denominan también *petty pilferings of minutes*, raterías de minutos⁵⁸, *snatching a few minutes*, escamoteo de minutos⁵⁹ o, como los llaman los obreros

⁵⁴ *Reports etc. for the half year ending 30th April 1861*. Véase el apéndice Nº 2; *Reports etc. 31st Oct. 1862*, pp. 7, 52, 53. Las transgresiones se hacen más frecuentes en el segundo semestre de 1863, véase *Reports etc. ending 31st Oct. 1863*, p. 7.

⁵⁵ *Reports etc. 31st Oct. 1860*, p. 23. El siguiente caso curioso nos muestra con qué fanatismo se oponen, según declaraciones de los fabricantes ante la justicia, sus obreros fabriles a cualquier interrupción del trabajo. A comienzos de junio de 1836 llegaron a manos de los magistrados de Dewsbury (Yorkshire) denuncias de que los propietarios de ocho grandes fábricas en las cercanías de Batley habían transgredido la ley fabril. A una parte de estos señores se les culpaba de haber hecho trabajar a 5 muchachos entre los 12 y los 15 años desde las seis de la mañana del viernes hasta las cuatro de la tarde del sábado siguiente sin permitirles descanso alguno, salvo lo necesario para comer y una hora de sueño a medianoche. ¡Y estos muchachos hubieron de realizar este trabajo de 30 horas, sin descanso, en la "shoddy-hole" [cueva de lana], como llaman al infierno en que se desgarran los trapos de lana y en el que hasta los obreros adultos, hundidos en un mar de polvo, desperdicios, etc., se ven obligados a taparse la boca con pañuelos para proteger sus pulmones! Pues bien, los señores acusados, en lugar de prestar juramento, aseguraron —en su condición de cuáqueros eran hombres tan escrupulosamente religiosos que no podían declarar bajo juramento— que misericordiosamente habrían permitido a aquellos pobres niños cuatro horas de sueño sin lograr que estos testarudos se fuesen a dormir. Los señores cuáqueros fueron condenados a una multa de £20. Dryden presentaba a estos cuáqueros al decir:

"Un zorro henchido de fingida santidad,
que mentía como el diablo, pero se espantaba ante
un juramento,
que, con cara de beato, miraba píamente, de reojo,
y no osaba pecar sin antes rezar sus oraciones"^[78].

⁵⁶ *Rep. etc. 31st Oct. 1856*, p. 34.

⁵⁷ L.c., p. 35.

⁵⁸ L.c., p. 48.

⁵⁹ L.c.

en su lenguaje técnico, *nibbling and cribbling at meal times* [robar por pizcas y migajas el tiempo a las horas de las comidas]⁶⁰.

Como vemos, en esta atmósfera, la creación de plusvalor por el plustrabajo no es ningún secreto.

"Si usted me permitiese —me dijo un fabricante muy respetable— hacer trabajar a mis obreros 10 minutos extra al día, me metería en el bolsillo £ 1.000 al año."⁶¹ "Los átomos de tiempo son los elementos de la ganancia."⁶²

En este sentido, nada es más característico que la denominación de los obreros que trabajan a tiempo completo de "*full times*" y la de los niños, menores de 13 años, que sólo pueden trabajar seis horas, de "*half times*"⁶³. Aquí, el obrero ya no es más que tiempo de trabajo personificado. Todas las diferencias individuales se disuelven en las de "tiempos completos" y "medios tiempos".

3. RAMAS INDUSTRIALES INGLESAS SIN LIMITES LEGALES A LA EXPLOTACION

Hasta el momento hemos considerado el afán por prolongar la jornada laboral, el hambre insaciable de plustrabajo, en un terreno en que los abusos desmedidos —no superados, como dice un economista burgués de Inglaterra, por la crueldad de los españoles contra los indios americanos⁶⁴— obligaron por fin a poner al capital las cadenas de la regulación legal. Volvamos ahora la vista a ciertas ramas industriales en las que la explotación de la fuerza de trabajo se halla aún, o se hallaba hasta hace poco, libre de toda traba.

"El señor Broughton, un *County Magistrate* [juez de condado] en su calidad de presidente de una asamblea celebrada en el ayuntamiento de Nottingham el 14 de enero de 1860, declaró que en la población urbana ocupada en la fabricación de encajes impera un grado de sufrimiento y miseria desconocido en el resto del mundo civilizado... A las 2, a las 3, a las 4 de la mañana, se saca a la fuerza de sus sucias camas a niños de 9 a 10 años y se les obliga a trabajar por un mísero sustento hasta las 10, las 11 o las 12 de la noche, mientras sus miembros se agotan, sus cuerpos se secan, los rasgos de sus caras se embotan y todo su ser adquiere un pétreo torpor que, con sólo contemplarlo, hace temblar. No nos sorprende que el señor Mallett y otros fabricantes interviniesen para protestar contra cualquier discusión... El sistema,

⁶⁰ L.c.

⁶¹ L.c., p. 48.

⁶² "Moments are the elements of profit" (*Rep. of the Insp. etc. 30th April 1860*, p. 56).

⁶³ La expresión ha adquirido derecho oficial de ciudadanía tanto en la fábrica como en los informes fabriles.

⁶⁴ "La codicia de los fabricantes es tal que su crueldad en la caza de ganancia fue difícilmente superada por la que los españoles practicaron en la conquista de América en la búsqueda del oro" (John Wade. *History of the Middle and Working Classes*, 3ª ed. Londres, 1835, p. 114). La parte teórica de este libro, una especie de bosquejo de la economía política, contiene algunas cosas originales para su época, v.gr., acerca de las crisis comerciales. La parte histórica adolece de plagios desvergonzados del libro de sir M. Eden. *The State of the Poor*, Londres, 1797.

tal como lo describe el reverendo Montagu Valpy, es un sistema de esclavitud desenfadada en todos los sentidos: social, físico, moral e intelectual... ¿Qué pensar de una ciudad que celebra una asamblea pública para pedir que la jornada diaria de trabajo de los hombres sea limitada a 18 horas?... Clamamos contra los plantadores de Virginia y Carolina. Pero, ¿acaso sus mercados de negros, aun con todos los horrores del látigo y el tráfico de carne humana, son más abominables que esta lenta inmolación de hombres para producir velos y cuellos de camisa en provecho del capitalista?⁶⁵

La alfarería (*pottery*) de Staffordshire ha sido objeto de tres investigaciones parlamentarias durante los últimos 22 años. Se registran sus resultados en el informe de 1841 del señor Scriven presentado a los *Children's Employment Commissioners*, en el informe de 1860 del Dr. Greenhow, publicado por orden del inspector médico del *Privy Council*⁷⁹¹ (*Public Health, 3rd Report, I, 102-113*) y, finalmente, en el informe de 1863 del señor Longe que figura en el *First Report of the Children's Employment Commission*, del 13 de junio de 1863. Para nuestro objeto bastará con tomar de los informes de 1860 y 1863 algunos testimonios de los propios niños explotados. De la situación de los niños se podrá deducir conclusiones acerca de los adultos, en particular de las muchachas y mujeres, y ello precisamente en una rama industrial al lado de la cual las hilanderías de algodón y actividades semejantes parecen ser muy agradables y sanas.⁶⁶

Wilhelm Wood, de nueve años, "tenía 7 años y 10 meses cuando comenzó a trabajar". Desde un principio se dedicó a "*ran moulds*" (a transportar al secadero las piezas acabadas y devolver los moldes vacíos). Todos los días entra a las seis de la mañana y sale del trabajo cerca de las nueve de la noche. "Yo trabajo hasta las nueve de la noche todos los días a la semana. Así lo hice, por ejemplo, las últimas 7 u 8 semanas." Por tanto, 115 horas de trabajo para un niño de 7 años! J. Murray, de doce años, declara:

"*I run moulds and turn jigger* (giro la rueda)". "Entro a las seis de la mañana, a veces a las cuatro. Ayer trabajé toda la noche, hasta las seis de esta mañana. Desde la noche anterior no me meto a la cama. Otros 8 ó 9 muchachos trabajaron conmigo toda la noche. Todos, menos uno, han vuelto esta mañana. A la semana recibo 3 chelines y 6 peniques. Cuando trabajo toda la noche no me pagan más. En la última semana trabajé dos noches enteras." Fernyhough, un niño de 10 años: "No siempre dispongo de una hora completa para almorzar: con frecuencia me dan sólo media hora; todos los jueves, viernes y sábados"⁶⁷.

El Dr. Greenhow declara que la duración de vida en los distritos alfareros de Stoke-upon-Trent y Wolstanton es extraordinariamente corta. Aunque en el distrito de Stoke sólo trabajan en alfarería el 36,6% de la población masculina mayor de 20 años y en el

⁶⁵ *Daily Telegraph*, Londres, 17 de enero de 1860.

⁶⁶ Véase Engels. *Lage etc.*, pp. 249-251.

⁶⁷ *Children's Employment Commission, First Report etc. 1863*, apéndice, pp. 16, 19, 18.

de Wolstanton el 30,4%, más de la mitad de los hombres de esta categoría de edad que mueren de tuberculosis en el primero de los distritos mencionados y cerca de 2/5 en el segundo son alfareros. El Dr. Boothroyd, médico de Hanley, testifica:

"Cada nueva generación de alfareros es menor de estatura y más débil que la anterior".

Y lo mismo declara otro médico, el señor McBean:

"Desde que comencé, hace 25 años, a ejercer entre los alfareros, la notoria degeneración de ellos se manifiesta progresivamente en la pérdida de talla y peso".

Estas declaraciones han sido extraídas del informe presentado por el Dr. Greenhow en 1860⁶⁸.

A continuación, algunos datos del informe de los miembros de la Comisión de 1863. El Dr. J. T. Arledge, médico jefe del hospital de North Staffordshire, testifica:

"Como clase, los alfareros, tanto hombres como mujeres, representan una población decadente, física y moralmente. Por regla general, son de baja talla, mal constituidos y frecuentemente estrechos de pecho. Envejecen prematuramente y su vida es de corta duración; flemáticos y anémicos, su débil constitución se revela en tenaces ataques de dispepsia, trastornos del hígado y los riñones, así como reumatismo. Pero, ante todo, sufren de enfermedades del pecho: neumonía, tuberculosis, bronquitis y asma. Esta última enfermedad se presenta de manera peculiar entre ellos, y se la conoce bajo el nombre de asma del alfarero o tisis de los alfareros. La escrofulosis de las amígdalas, de los huesos u otras partes del cuerpo, es una enfermedad de la que padece más de las 2/3 partes de los alfareros. Si la degeneración (*degenerescence*) de la población de estos distritos no es mucho mayor todavía, se debe a que sus integrantes se reclutan en las regiones rurales del contorno y a los matrimonios que contraen con personas de razas más sanas".

El señor Charles Parsons, hasta hace poco *House Surgeon* [médico interno] del mismo hospital, escribe, en carta dirigida al miembro de la Comisión Longe, entre otras cosas:

"Sólo puedo hablar según mi observación personal y no en base a datos estadísticos, pero no puedo dejar de decir que mi indignación estallaba cada vez que veía a esos pobres niños cuya salud se sacrifica para saciar la codicia de sus padres y de sus patrones".

El señor Parsons enumera las causas de las enfermedades de los alfareros y culmina la enumeración en las "*long hours*: [largas horas de trabajo]. El informe de la comisión confía en que

"una manufactura que ocupa un lugar tan destacado a los ojos del mundo, no seguirá llevando por mucho tiempo la mácula de que sus grandes éxitos vayan acompañados de la degeneración física, de toda suerte de sufrimientos corporales y de la muerte prematura de la población trabajadora, con cuyo trabajo y pericia se han alcanzado resultados tan magníficos"⁶⁹.

⁶⁸ *Public Health, 3rd Report etc.*, pp. 103, 105.

⁶⁹ *Children's Employ. Commission, 1863*, pp. 22, 24 y XI.

Lo dicho de la alfarería en Inglaterra es también válido para Escocia⁷⁰.

La manufactura de fósforos data de 1833, cuando se inventara la aplicación de fósforo al palillo mismo. Desde 1845 se desarrolló rápidamente en Inglaterra, extendiéndose de los sectores más densamente poblados de Londres a Manchester, Birmingham, Liverpool, Bristol, Norwich, Newcastle, Glasgow; y con ella el trismo, enfermedad que un médico vienés descubrió ya en 1845 como característica de los trabajadores de la industria del fósforo. La mitad de los obreros son niños que no han alcanzado los 13 años y jóvenes de menos de 18. Esta manufactura tiene tanta fama de insalubre y repugnante que sólo la parte más desamparada de la clase obrera, las viudas medio muertas de hambre, etc., le suministran niños "andrajosos, hambrientos, abandonados y sin educar"⁷¹. Entre los testigos interrogados por el miembro de la Comisión White (1863), 270 eran menores de 18 años, 40 no tenían 10 años, 10 tenían sólo 8 y 5 sólo 6 años de edad. Jornadas de trabajo de 12, 14 y 15 horas; trabajo nocturno; comidas irregulares, la mayoría de las veces en los mismos locales de trabajo, contaminados por el fósforo. En estas manufacturas, Dante encontraría sobrepasadas sus más crueles fantasías del infierno.

En la fábrica de papel de empapelar, las clases más burdas se estampan a máquina, las más finas a mano (*block printing*). Los meses de auge del negocio se extienden entre comienzos de octubre y fines de abril. Durante este período, suele trabajarse casi sin interrupciones de seis de la mañana a diez de la noche y aun hasta más tarde.

J. Leach testimonia: "El invierno pasado" (1862) "de 19 muchachas empleadas faltaron 6 a causa de las enfermedades adquiridas por exceso de trabajo. Para mantenerlas despiertas debía gritarles". W. Duffy: "Con frecuencia los niños no podían mantener los ojos abiertos, de cansancio; en realidad, nosotros mismos lo hacíamos con dificultad". J. Lightbourne: "Tengo 13 años... El invierno pasado trabajábamos hasta las 9 de la noche y el anterior, hasta las 10. El último invierno gritaba casi todas las tardes de dolor por las llagas en los pies". G. Aspden: "Cuando mi chico tenía 7 años, solía llevarle a hombros sobre la nieve de ida y vuelta, y él trabajaba 116 horas... Muchas veces me arrodillaba a darle de comer junto a la máquina, pues no podía abandonarla ni detenerla". Smith, socio y gerente de una fábrica de Manchester: "Nosotros" (se refiere a la mano de obra que trabaja para "nosotros") "trabajamos sin interrupción para las comidas, de tal modo que la jornada de 10¹/₂ horas finaliza a las 4¹/₂ de la tarde y todo lo demás es trabajo extraordinario"⁷². (Sería interesante

⁷⁰ L.c., p. XLVII.

⁷¹ L.c., p. LIV.

⁷² Esto no debe tomarse en el sentido de nuestro tiempo de plustrabajo. Estos caballeros consideran el trabajo de 10¹/₂ horas como jornada normal, que incluye por tanto el plustrabajo normal. Después comienza el "tiempo extraordinario", remunerado un poco mejor. Más adelante tendremos ocasión de ver que la utilización de la fuerza de trabajo durante la llamada jornada normal se retribuye por debajo de su valor, de tal modo que el "tiempo extraordinario" no es más que una simple artimaña del capitalista para extraer más "plustrabajo", lo cual por lo demás no cambia si la fuerza de trabajo empleada durante la "jornada normal" se paga en realidad íntegramente.

saber si realmente este señor Smith no hace pausa para comer durante las 10¹/₂ horas.) "Nosotros" (el mismo señor Smith) "raramente terminamos el trabajo antes de las seis de la tarde" (se refiere al consumo de "nuestras" máquinas de fuerza de trabajo), "de tal modo que nosotros" (*iterum Crispinus*⁸⁰) "rendimos, de hecho, trabajo extraordinario durante todo el año... Los niños y adultos" (152 niños y jóvenes menores de 18 años y 140 adultos) "han trabajado en promedio durante los últimos 18 meses cuando menos 7 jornadas laborales y 5 horas a la semana, o 78¹/₂ horas semanales. En las 6 semanas que terminan el 2 de mayo de este año" (1863), "el promedio fue superior: 18 jornadas, o sea, 84 horas semanales!"

Pero, este mismo señor Smith, tan aficionado al *pluralis majestatis**, agrega sonriendo: "el trabajo a máquina es liviano". Los fabricantes que emplean el *block printing* dicen: "El trabajo manual es más saludable que el trabajo a máquina". En general, los señores fabricantes se declaran indignados con la proposición de "parar las máquinas, a lo menos, durante las horas de comida".

"Una ley —dice el señor Ottley, gerente de una fábrica de papel de empapelar en Borough (Londres)— que permitiese trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche nos(!) parecería muy bien, pero la jornada de la *Factory Act*, que dura desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, no nos(!) sirve... Durante el almuerzo nuestra máquina se detiene" (¡qué generosidad!). "La detención no origina ninguna pérdida significativa de papel ni de color." "Pero", agrega con un gesto de simpatía, "entiendo que no causan satisfacción las pérdidas que de ello se desprenden."

El informe de la Comisión considera ingenuamente que el temor de algunas "empresas importantes" a perder tiempo, es decir, tiempo de apropiación de trabajo ajeno y, por tanto, "a perder ganancia" no es "razón suficiente" para "hacer perder" su almuerzo a niños menores de 13 y a jóvenes de menos de 18 años que trabajan durante 12 a 16 horas, o para hacérselo ingerir del mismo modo que se le suministra carbón y agua a la máquina de vapor, jabón a la lana, aceite a la rueda, etc., durante el proceso de producción mismo, como si fuera una simple materia auxiliar de los medios de trabajo⁷³.

En Inglaterra no hay ninguna rama industrial (prescindiendo del pan elaborado mecánicamente que comienza a abrirse paso) en que impere un régimen de producción tan arcaico, e incluso tan precristiano —para apreciarlo basta con consultar a los poetas del Imperio Romano— como el de la panificación. Pero, como indicamos anteriormente, al capital le es indiferente en un comienzo el carácter técnico del proceso laboral de que se apodera. En un primer momento, lo toma tal como lo encuentra.

La inverosímil adulteración del pan, extendida sobre todo en Londres, la pusieron al descubierto por primera vez el Comité "sobre adulteración de los alimentos" de la Cámara de los Comunes

* Manera común de referirse a sí mismo en plural de los individuos coronados. — *Ed.*

⁷³ L.c., apéndice, pp. 123, 124, 125, 140 y LXIV.

(1855-1856) y el escrito del Dr. Hassall *Adulteration detected*⁷⁴. Consecuencia de estas revelaciones fue la ley del 6 de agosto de 1860: *For preventing the adulteration of articles of food and drink* [Para prevenir la adulteración de los comestibles y bebidas], ley ineficaz, pues adopta, como es natural, la mayor delicadeza ante todo librecambista que se propone *to turn an honest penny* [ganar un penique honesto] mediante la compra y venta de mercancías adulteradas⁷⁵. El propio Comité formuló, más o menos ingenuamente, su convencimiento de que el librecambio equivale en esencia a comercio con materias adulteradas o "sofisticadas", como dicen los ingleses ingeniosamente. En efecto, esa clase de "sofística" sabe mejor que Protágoras hacer de lo blanco negro y de lo negro blanco, y aventaja a los eleáticos^[81] en demostrar *ad oculos* [a ojos vistas] lo ilusorio de todo lo real⁷⁶.

En todo caso, el Comité concentró la atención del público en su "pan de cada día" y con ello en la panificación. Al mismo tiempo, en reuniones públicas y peticiones al Parlamento resonó la demanda de los oficiales panaderos londinenses quejándose del exceso de trabajo, etc. El clamor se hizo tan insistente que se nombró comisario real de investigación a H. S. Tremeneer, miembro de la ya mencionada Comisión de 1863. Su informe⁷⁷ con declaraciones de testigos conmovió al público, removiendo no su corazón sino su estómago. El buen inglés, versado en la Biblia, sabía muy bien que el hombre, si por gracia divina no es capitalista, terrateniente o usufructuario de una sinecura, nació para ganarse el pan con el sudor de su frente; pero, no sabía que estaba obligado a comer diariamente con su pan cierta cantidad de sudor humano mezclado con pus, telarañas, cucarachas muertas y levadura alemana podrida, amén de alumbre,

⁷⁴ El alumbre, molido finamente o mezclado con sal, es un artículo corriente en el comercio; se le conoce por el sugestivo nombre de *baker's stuff* [material de panadero].

⁷⁵ Como se sabe, el hollín es una forma muy concentrada de carbono y constituye un abono que los deshollinadores capitalistas venden a los granjeros ingleses. Pues bien, en 1862, el *juryman* [jurado británico] hubo de decidir en un proceso, si el hollín mezclado, sin el conocimiento del comprador, con un 90% de polvo y arena podía considerarse hollín "verdadero" en sentido "comercial" u hollín "falso" en el sentido "jurídico". Los "*amis du commerce*" dictaminaron que se trataba de hollín comercial "verdadero" y desestimaron la demanda, obligando, además, al granjero querellante a pagar las costas del proceso.

⁷⁶ El químico francés Chevallier, en un artículo sobre las "*sophistications*" de las mercancías, calcula, para muchos de los 600 o más artículos a los que pasa revista, 10, 20 ó 30 métodos diferentes de adulterarlos. Agrega que no conoce todos los métodos ni menciona todos los que conoce. Para el azúcar anota 6 falsificaciones distintas, 9 en el aceite de oliva, 10 en la mantequilla, 12 en la sal, 19 en la leche, 20 en el pan, 23 en el aguardiente, 24 en la harina, 28 en el chocolate, 30 en el vino, 32 en el café, etc. Ni siquiera el buen Dios se escapa de este destino. Véase Rouard de Card. *De la falsification des substances sacramentelles*, París, 1856.

⁷⁷ *Report etc. relative to the Grievances complained of by the Journeymen Bakers etc.*, Londres, 1862, y *Second Report etc.*, Londres, 1863.

arena u otros agradables ingredientes minerales. Por eso, sin tomar en consideración a su Santidad el *Freetrade* [librecambio], la rama de panadería, hasta entonces "libre", fue sometida al control de inspectores estatales (al final de la legislatura de 1863), y por la misma ley parlamentaria se prohibió a los oficiales panaderos de menos de 18 años trabajar desde las 9 de la noche hasta las 5 de la mañana. Esta última cláusula es más elocuente que varios volúmenes en lo que respecta al trabajo excedente en esta rama industrial tan patriarcal.

"El trabajo de un oficial panadero londinense comienza generalmente a las 11 de la noche. A esa hora prepara la masa, proceso muy agotador que dura de media hora a tres cuartos de hora, según el volumen de la masa y su finura. Luego, se acuesta sobre la tabla de amasar, que sirve al mismo tiempo de tapa de la artesa en que se prepara la masa, y duerme un par de horas, con un saco de harina como almohada y otro sobre el cuerpo. Después comienza un trabajo veloz e ininterrumpido de 5 horas, consistente en amasar, pesar, modelar la masa, ponerla en el horno y sacarla del horno, etc. La temperatura en una panadería oscila entre los 75 y 90 grados [Fahrenheit, 24 a 32°C] y en las panaderías pequeñas es más bien mayor que menor. Cuando se termina la faena de hacer el pan, los panecillos, etc., empieza la del reparto; una parte significativa de los jornaleros, después de realizar el duro trabajo nocturno descrito, se dedica a repartir el pan de casa en casa, portándolo en canastos o llevándolo en carritos, y, entre medio, laboran también en la panadería. Según la época del año y el volumen de trabajo, la jornada finaliza entre la una y las seis de la tarde, mientras otra parte de los jornaleros permanece ocupada en la panadería hasta mucho más tarde."⁷⁸ "Durante la temporada londinense, los oficiales panaderos del West End empleados en las panaderías de 'precio completo', comienzan a trabajar regularmente a las once de la noche y están ocupados en las faenas de panadería, salvo una o dos pequeñas interrupciones, hasta las ocho de la mañana siguiente. Luego, se les emplea durante 4, 5, 6 e incluso 7 horas en el reparto del pan o en la elaboración de bizcocho en la misma panadería. Después de terminar el trabajo pueden destinar al sueño 6 horas y con frecuencia sólo 5 ó 4 horas. Los viernes el trabajo comienza siempre antes, por ejemplo a las diez de la noche, y dura sin interrupción, bien en la preparación o en el reparto del pan, hasta las ocho de la noche del sábado, y muchas veces hasta las cuatro o cinco de la madrugada del domingo. En las panaderías de lujo, que venden el pan a 'precio completo', el domingo debe realizarse también un trabajo preparatorio para el día siguiente, que dura de 4 a 5 horas... Los oficiales panaderos de los *underselling masters* (que venden el pan por debajo de su precio completo) —y éstos constituyen, como decíamos más arriba, más de las tres cuartas partes de los panaderos londinenses— tienen jornadas de trabajo aún más largas, pero su labor se restringe casi por completo a la panadería, pues sus patrones, fuera del suministro a pequeñas tiendas, sólo venden en su mismo negocio. Al final de la semana... es decir los jueves, el trabajo en estos locales comienza a las diez de la noche y dura con breves interrupciones hasta bien entrada la noche del domingo."⁷⁹

Incluso el criterio burgués entiende, en lo que se refiere a los *underselling masters*, que "el trabajo no retribuido de los oficiales (*the unpaid labour of the men*) constituye la base de su competencia"⁸⁰. Y el *full priced baker* [panadero que vende a precio completo]

⁷⁸ *First Report etc.*, l.c., pp. VI/VII.

⁷⁹ L.c., p. LXXI.

⁸⁰ George Read. *The History of Baking*, Londres, 1848, p. 16.

denuncia a sus *underselling* competidores ante la comisión investigadora como ladrones de trabajo ajeno y adulteradores.

"Ellos sólo prosperan mediante el engaño al público y arrancando a sus oficiales 18 horas de trabajo por un salario de 12 horas."⁸¹

La adulteración del pan y la formación de una clase de panaderos que vende el pan por debajo de su precio completo son fenómenos que vienen desarrollándose en Inglaterra desde comienzos del siglo XVIII, tan pronto esta industria perdiera su carácter gremial y detrás del panadero nominal apareciera el capitalista en la figura del molinero o del comerciante de harina⁸². Así se creaban las bases de la producción capitalista, de la prolongación desmedida de la jornada laboral y del trabajo nocturno, aunque este último no echara raíces seriamente en Londres hasta 1824⁸³.

Se comprenderá, por lo expuesto, que el informe de la Comisión incluye a los oficiales panaderos entre los obreros de corta vida que, después de escapar exitosamente de la mortandad infantil común a todos los sectores de la clase obrera, raramente llegan a los 42 años. No obstante, la industria del pan dispone siempre de candidatos. Las fuentes de suministro de estas "fuerzas de trabajo" en Londres las constituyen Escocia, los distritos agrícolas del oeste de Inglaterra y... Alemania.

En los años de 1859 a 1860, los oficiales panaderos de Irlanda organizaron, por su cuenta, grandes mítines de protesta contra el trabajo nocturno y dominical. El público con fogosidad irlandesa tomó partido por ellos, como aconteció, por ejemplo, en el mitin efectuado en Dublín en mayo de 1860. Este movimiento impuso, de hecho, el trabajo exclusivamente diurno en Wexford, Kilkenny, Clonmel, Waterford, etc.

"En Limerick, donde, como es sabido, los sufrimientos de los asalariados sobrepasan toda medida, el movimiento fracasó ante la oposición de los maestros panaderos, y en particular de los panaderos-molineros. El ejemplo de Limerick provocó retrocesos en Ennis y Tipperary. En Cork, donde la indignación pública se manifestara en las formas más vivas, los patrones aplastaron el movimiento haciendo uso de su poder y lanzando a los oficiales a la calle. En Dublín, los patrones ofrecieron la más decidida resistencia al movimiento y, persiguiendo a los oficiales que encabe-

⁸¹ *Report (First) etc. Evidence. Declaración del full priced baker Cheesman*, p. 108.

⁸² George Read, l.c. A fines del siglo XVII y comienzos del XVIII se denunciaban todavía oficialmente como "*public nuisances*" [infractores del orden público] los *factors* (intermediarios) que se infiltraban en todo tipo de industria. Así, por ejemplo, el *Grand Jury*^[82] elevó a la Cámara de los Comunes, con ocasión de la asamblea trimestral de jueces de paz del condado de Somerset, una *presentation* [denuncia] en la cual se dice, entre otras cosas: "Estos agentes de Blackwell Hall son un mal público y causan daño al comercio de paños, debiendo ser perseguidos como elementos perniciosos" (*The Case of our English Wool etc.*, Londres, 1865, pp. 6, 7).

⁸³ *First Report etc.*, p. VIII.

zaban la agitación, hicieron desistir al resto y aceptar el trabajo nocturno y dominical.⁸⁴

La Comisión respectiva del gobierno inglés, que en Irlanda está armado hasta los dientes, exhorta pañideramente a los inexorables maestros panaderos de Dublín, Limerick, Cork, etc.:

“El Comité considera que las horas de trabajo están limitadas por leyes naturales que no pueden transgredirse impunemente. Los maestros, al obligar a sus obreros, por medio de amenazas de despido, a violentar sus convicciones religiosas, a desobedecer las leyes del país y a ignorar la opinión pública” (todo esto último se refiere al trabajo dominical) “envenenan las relaciones entre el capital y el trabajo y dan un ejemplo peligroso para la religión, la moral y el orden público... El Comité estima que prolongar la jornada de trabajo por sobre las doce horas es una usurpación de la vida doméstica y privada del obrero, conduciendo a resultados morales funestos al entrometerse en la vida hogareña de los hombres y en el cumplimiento de sus obligaciones familiares como hijos, hermanos, esposos y padres. El trabajo superior a las doce horas tiende a minar la salud del obrero, conduce al envejecimiento y la muerte prematuros, por consiguiente, causa la desdicha de las familias obreras a las que se priva (*are deprived*) de la preocupación y apoyo del jefe de familia, precisamente cuando más lo necesitan”⁸⁵.

Dejemos ahora Irlanda. Al otro lado del canal, en Escocia, el obrero agrícola, el hombre del arado, denuncia su jornada laboral de 13 a 14 horas realizada bajo el clima más severo, con 4 horas de trabajo extra los domingos (¡y eso en el país en que se santifican los domingos!)⁸⁶, al tiempo que comparecen ante un *Grand Jury* londinense tres obreros ferroviarios, el conductor de un tren de pasajeros, el maquinista y un guardabarrera. Una gran catástrofe ferroviaria mandó al otro mundo a cientos de pasajeros. La negligencia de los obreros del ferrocarril es la causa de la catástrofe. Unánimemente declaran ante el jurado que hace unos 10 a 12 años su horario de trabajo duraba sólo ocho horas al día. Durante los últimos 5 ó 6 años se les ha aumentado la jornada hasta 14, 18 y 20 horas y en épocas de gran afluencia de pasajeros, por ejemplo en el período de excursiones, la jornada dura de 40 a 50 horas ininterrumpidas. Ellos son seres humanos y no cíclopes. En un cierto momento su fuerza de trabajo falla. El entumecimiento se apodera de sus miembros.

⁸⁴ *Report of Committee on the Baking Trade in Ireland for 1861.*

⁸⁵ L.C.

⁸⁶ Asamblea pública de los obreros agrícolas en Lasswade, cerca de Glasgow, celebrada el 5 de enero de 1866 (véase *Workman's Advocate* del 13 de enero de 1866). La creación, desde fines de 1865, de un sindicato entre los obreros agrícolas, en primer término en Escocia, constituye un acontecimiento histórico. En uno de los más oprimidos distritos agrícolas de Inglaterra, en Buckinghamshire, los jornaleros realizaron en marzo de 1867 una gran huelga exigiendo que se les elevara el salario semanal de 9-10 chelines a 12 chelines. (De lo expuesto se ve que el movimiento del proletariado agrícola inglés, completamente aplastado después de la represión de sus violentas manifestaciones a partir de 1830, y en particular desde la implantación de la nueva ley de beneficencia, se reanuda en los años sesenta, inaugurando finalmente una nueva época en 1872. Volveré en el tomo II sobre este punto y los Libros Azules publicados desde 1867, dedicados a la situación de los obreros rurales ingleses. *Nota adicional a la 3ª edición.*)

El cerebro deja de pensar y sus ojos de ver. El muy *respectable British Jurymán* [respetado Jurado británico] les respondió con un veredicto en que se les remite a una instancia superior bajo la acusación de "*manslaughter*" (homicidio involuntario), expresando en un benévolo anexo su piadoso deseo de que los señores magnates capitalistas del ferrocarril mostrasen en adelante mayor generosidad en la compra de la cantidad necesaria de "fuerzas de trabajo" y fuesen más "abstinentes", "abnegados" o "ahorrativos" al explotar la fuerza de trabajo adquirida⁸⁷.

De la abigarrada multitud de obreros de todas las profesiones, edades y sexos, que se agolpan ante nosotros con más ahinco del que demostraron ante Ulises las almas de los victimados y a los que se les nota a primera vista, sin que lleven bajo el brazo los Libros Azules, el exceso de trabajo, escogeremos otras dos figuras, cuyo sorprendente contraste demuestra que ante el capital todas las personas son iguales: una modista y un herrero.

En las últimas semanas de junio de 1863, los distintos diarios de Londres publicaban una noticia con el título "sensacional" de *Death from simple Overwork* [Muerte por simple exceso de trabajo]. Se trataba del fallecimiento de la modista Mary Anne Walkley, de veinte años, ocupada en un taller de modas muy respetado, proveedor de la corte, que explotaba una dama con el idílico nombre de Elise. La vieja historia, relatada muchas veces, era descubierta de nuevo⁸⁸: estas muchachas trabajaban en promedio 16¹/₂ horas, y durante la temporada hasta 30 horas seguidas, estimulándose su "fuerza de trabajo" cuando desfallecía mediante el consumo ocasional de jerez, oporto o café. La temporada estaba precisamente en lo más álgido. Había que confeccionar en un abrir y cerrar de ojos los vestidos de

⁸⁷ *Reynolds' Newspaper*, del 21 de enero de 1866. Semana tras semana, este semanario publica bajo *sensational headings*: "*Fearful and fatal accidents*", "*Appalling tragedies*", etc., una lista completa de nuevas catástrofes ferroviarias. A ello responde un obrero de la línea North Stafford: "Todo el mundo conoce cuáles son las consecuencias si la atención del maquinista y el fogonero decae un instante. Pero, ¿caso puede ser de otro modo, si el trabajo se prolonga sin medida, con el tiempo más malo, sin interrupciones ni descanso? Tomad como ejemplo el siguiente caso que ocurre diariamente. El lunes último, un fogonero comenzó su faena muy temprano por la mañana. La terminó 14 horas y 50 minutos más tarde. Antes de que alcanzase a tomar su té, se le llamó de nuevo al trabajo. Tuvo que laborar ininterrumpidamente 29 horas y 15 minutos. El resto de su actividad semanal transcurrió del modo siguiente: miércoles, 15 horas; jueves, 15 horas y 35 minutos; viernes, 14¹/₂ horas; sábado, 14 horas y 10 minutos; total de la semana, 88 horas y 30 minutos. Imagínense su asombro al recibir salario por sólo seis días de trabajo. Como era nuevo, preguntó a cuánto equivalía un día de trabajo. Respuesta: a 13 horas, o sea a 78 horas a la semana. Preguntó: ¿qué pasa con el pago de las restantes 10 horas y 30 minutos? Después de una larga discusión obtuvo una indemnización de 10 peniques" (i.e., número del 4 de febrero de 1866).

* Títulos sensacionales: *Terribles y fatales accidentes, Tragedias espantosas*. — Ed.

⁸⁸ Cfr. F. Engels, i.c., pp. 253, 254.

gala a lucir por damas nobles en el baile de homenaje a la recién importada princesa de Gales. Mary Anne Walkley había trabajado sin interrupción $26\frac{1}{2}$ horas, junto a otras 60 muchachas, de a 30 en una pieza que contendría apenas $\frac{1}{3}$ de las pulgadas cúbicas de aire requeridas, mientras que de noche se repartían de a dos por cama en uno de esos agujeros asfixiantes, donde con tabiques de tablas se había improvisado un dormitorio⁸⁹. Y éste era uno de los mejores talleres de modas de Londres. Mary Anne Walkley cayó enferma un viernes y murió el domingo, sin haber terminado antes, para gran asombro de la señora Elise, la última pieza. El médico, señor Keys, llamado cuando ya era demasiado tarde al lecho mortuorio, testificó ante el *Coroner's Jury* [comisión forense] con secas palabras:

"Mary Anne Walkley murió a causa de largas horas de trabajo en un taller abarrotado de obreras y por dormir en un local demasiado estrecho y mal ventilado".

Pero, queriendo impartir al médico una lección de buenos modales, el *Coroner's Jury* dictaminó:

"La difunta falleció de apoplejía, pero debe temerse que su muerte fue acelerada por el hecho de trabajar en un taller abarrotado, etc."

Nuestros "esclavos blancos" —exclamó el *Morning Star*, órgano de los librecambistas Cobden y Bright—"se matan trabajando, agonizan y mueren sin pena ni gloria"⁹⁰.

⁸⁹ El Dr. Letheby, médico del *Board of Health* [Ministerio de Salud Pública], señaló en aquellos tiempos: "En una alcoba, el mínimo de aire para un adulto debe ser de 300 pies cúbicos y en una sala de estar, de 500". El Dr. Richardson, médico jefe en un hospital londinense, indicó: "Las costureras de todo tipo, modistas, sastres o simples costureras, padecen de tres males: trabajo excesivo, falta de aire y escasez de alimentos o mala digestión. En general, esta clase de trabajo bajo toda circunstancia es más apropiada para las mujeres que para los hombres. Pero, la desgracia de esta industria es que está monopolizada, precisamente en la metrópoli, por unos 26 capitalistas que, valiéndose de los medios de presión generados por el capital (*that spring from capital*), obtienen economía del trabajo (*force economy out of labour*; el autor quiere decir que ahorran gastos derrochando fuerza de trabajo). Su poder se deja sentir entre toda esta clase de trabajadoras. Si una modista consigue formarse un pequeño círculo de clientes, la competencia la obliga a matarse trabajando en casa para conservarlo, y debe cargar sobre los hombros de sus ayudantes el mismo trabajo excesivo. Si fracasa o si no logra establecerse por su cuenta, se dirige a un establecimiento donde, aunque el trabajo no es menor, encuentra un salario seguro. De tal modo, se convierte en una verdadera esclava, lanzada de un lado para otro por el oleaje de la sociedad: unas veces condenada a morir de hambre, o poco menos, en su cuartucho; otras, a trabajar 15, 16 e incluso 18 horas de las 24 del día en una atmósfera casi inaguantable y con una comida que, aun si es buena, es indigerible por falta de aire puro. La tisis, que es una enfermedad causada por el aire viciado, se nutre de estas víctimas" (Dr. Richardson. *Work and Overwork* en *Social Science Review*, 18 de julio de 1863).

⁹⁰ *Morning Star*, 23 de junio de 1863. El *Times* aprovechó el caso en defensa de los esclavistas norteamericanos contra Bright y compañía. "Muchos entre nosotros —dijo— opinan que mientras obliguemos a nuestras muchachas a matarse trabajando, amenazándolas con el azote del hambre, en lugar del chasquido del látigo, no tenemos derecho a atacar a sangre y fuego a familias que han nacido esclavistas y que por lo

“Matarse trabajando es la orden del día, no sólo en los talleres de las modistas, sino en miles de lugares, en todos los sitios donde florecen los negocios... Tomemos como ejemplo al herrero. Si se puede creer a los poetas, no hay hombre más jovial ni más alegre que el herrero. Se levanta temprano y arranca chispas al hierro antes de que salga el sol. Come, bebe y duerme como ningún otro hombre. Considerando solamente el aspecto físico, la situación del herrero sería, en efecto, una de las mejores si trabajase moderadamente. Pero, sigámoslo a la ciudad y veamos el peso del trabajo que agobia a este hombre fuerte y el lugar que ocupa esta profesión en las listas de mortalidad en nuestro país. En Marylebone” (uno de los mayores barrios de Londres) “los herreros mueren en la proporción de 31 por mil al año, o sea, once puntos por sobre el promedio de mortalidad de los hombres adultos en Inglaterra. Esta ocupación, un arte casi instintivo de la humanidad, de suyo irreprochable, se convierte por el simple exceso de trabajo en destructora del hombre. Este puede dar tantos martillazos diarios, caminar tantos pasos, respirar tantas veces, realizar tantas tareas y vivir así en promedio 50 años. Se le obliga a descargar tantos martillazos más, a andar tantos pasos más, a respirar tantas veces más y, en total, a aumentar su gasto de fuerzas vitales diarias en una cuarta parte. Hace el esfuerzo, y el resultado es que realizando una cuarta parte más de tareas por un período limitado, fallece a los 37 años en vez de vivir hasta los 50.”⁹¹

4. TRABAJO DIURNO Y NOCTURNO. EL SISTEMA DE RELEVOS

El capital constante, los medios de producción, considerados desde el punto de vista del proceso de valorización, sólo se usan con la finalidad de absorber trabajo y, con cada gota de trabajo, cierta cantidad proporcional de plustrabajo. Si no lo hacen, su mera existencia constituye una pérdida negativa para el capitalista, pues durante el tiempo que permanecen inactivos representan un adelanto inútil de capital; esta pérdida se vuelve positiva tan pronto como la interrupción del proceso exige gastos adicionales para reanudar el trabajo. La prolongación de la jornada laboral por sobre los límites del día natural, hasta bien entrada la noche, tiene únicamente efectos paliativos, saciando sólo en parte la sed vampiresca de sangre de trabajo vivo. Por eso, es una ambición inmanente de la producción capitalista apropiarse de trabajo durante las 24 horas del día. Pero, como es físicamente imposible absorber la misma fuerza de trabajo

menos alimentan bien a sus esclavos y los hacen trabajar moderadamente” (*Times*, 2 de julio de 1863). De igual modo, el *Standard* [15 de agosto de 1863], periódico tory, censura al reverendo Newman Hall: “Excomulga a los esclavistas, pero reza junto a esos hombres emprendedores que hacen trabajar 16 horas diarias por un misero jornal a los cocheros y conductores de ómnibus de Londres, etc.” Finalmente, habló el oráculo, el señor Thomas Carlyle, sobre quien hube de escribir ya en 1850^[83]: “Al genio se lo ha llevado el diablo, pero ha quedado el culto”. En una breve parábola reduce el único acontecimiento grandioso de la historia contemporánea, la guerra civil norteamericana, a que Pedro del Norte quiere destrozarle el cráneo a Pablo del Sur, porque el primero “alquila” a sus trabajadores “diariamente” y el último lo hace “de por vida” (*Macmillan's Magazine. Ilias Americana in nuce*. Cuaderno de agosto de 1863). De este modo, por fin, reventó la pompa de jabón de las simpatías tory por el asalariado urbano —lpero en ningún caso por el agrícola—. La médula de esta simpatía se llama esclavitud.

⁹¹ Dr. Richardson, l.c.

día y noche, se hace necesario, para salvar los obstáculos físicos, alternar las fuerzas de trabajo consumidas de día y de noche. Esta alternancia permite diversos métodos, v.gr., que una parte del personal obrero realice durante una semana faenas diurnas, y durante la otra, nocturnas. Como se sabe, el sistema de relevos y régimen de turnos imperó en los tiempos juveniles y plétóricos de la industria algodonera inglesa, etc. Y en la actualidad florece también en las hilanderías de algodón de la región de Moscú. Como sistema, este proceso de producción de 24 horas impera hoy todavía en muchas ramas industriales aún "libres" de Gran Bretaña, por ejemplo, en los altos hornos, forjas, talleres de laminación y otras manufacturas de metales de Inglaterra, Gales y Escocia. El proceso laboral abarca aquí, fuera de las 24 horas de los seis días de trabajo, también en gran parte las 24 horas del domingo. El personal obrero está compuesto de hombres y mujeres, adultos y niños de ambos sexos. La edad de los niños y jóvenes oscila entre los 8 (en algunos casos los 6) y los 18 años⁹². En algunas ramas, muchachas y mujeres trabajan también de noche junto al personal masculino⁹³.

Dejando de lado las consecuencias dañinas generales del trabajo nocturno⁹⁴, la duración ininterrumpida del proceso de producción a lo largo de 24 horas brinda una magnífica oportunidad para transgredir los límites de la jornada nominal de trabajo. Así, por ejemplo, en las industrias recién mencionadas, que exigen un gran esfuerzo, la jornada de trabajo oficial de cada obrero es, por lo regular, de doce horas, diurnas o nocturnas. Pero el exceso de trabajo

⁹² *Children's Employment Commission. Third Report*, Londres, 1864, p. IV, V, VI.

⁹³ "En Staffordshire, así como en Gales del Sur, muchachas y mujeres trabajan en las minas de carbón y en las faenas del coque no sólo de día, sino también de noche. En informes presentados al Parlamento se ha aludido con frecuencia a esta práctica, vinculándola a grandes y manifiestos males. Estas mujeres, mezcladas en el trabajo con los hombres de los que apenas se distinguen por la ropa, tiznadas de suciedad y humo, están expuestas a la depravación de su carácter, pues pierden la estimación de sí mismas, como consecuencia inevitable de su ocupación tan poco femenina" (l.c., 194, p. XXVI. Cfr. *Fourth Report* (1865) 61, p. XIII). Otro tanto ocurre en las fábricas de vidrio.

⁹⁴ "Parece natural —señala un fabricante de acero que emplea niños en el trabajo nocturno— que los muchachos que trabajan por la noche no puedan durante el día dormir y obtener el descanso requerido y vaguen de un lado para otro" (l.c., *Fourth Report*, 63, p. XIII). Un médico dice acerca de la importancia de la luz solar para la conservación y desarrollo del cuerpo: "La luz influye también directamente sobre los tejidos del cuerpo, dándoles dureza y elasticidad. Los músculos de los animales, cuando se les priva de la cantidad normal de luz, se vuelven esponjosos y pierden su elasticidad; la facultad nerviosa pierde su tensión por falta de estímulos y se atrofia todo lo que está en crecimiento... En el caso de los niños, es esencial para su salud recibir constantemente la luz en cantidad abundante durante el día y los rayos directos del sol, durante una parte de éste. La luz ayuda a transformar las comidas en sangre sana y plástica y endurece las fibras una vez formadas. Actúa, además, como estimulante sobre los órganos de la vista, provocando así una mayor actividad en las diversas funciones cerebrales". El señor W. Strange, médico jefe del *General Hospital*

por sobre este límite es, en muchos casos, para decirlo con las palabras del informe oficial inglés, algo "realmente espantoso" (*truly fearful*)⁹⁵.

"No hay mente humana —continúa el informe— capaz de concebir la masa de trabajo ejecutado, según declaraciones testimoniales, por niños de 9 a 12 años... sin llegar irremediamente a la conclusión de que no debe seguir tolerándose tales abusos de poder por parte de los padres y de los patronos."⁹⁶

"La práctica de hacer trabajar a los muchachos por turnos día y noche conduce, tanto en los momentos de mayor presión como en las épocas normales, a una vergonzosa prolongación de la jornada laboral. Estas prolongaciones en muchos casos no sólo son crueles, sino incluso increíblemente largas para niños. Sucede, por supuesto, que por una u otra razón falta algún muchacho del relevo. Entonces, su lugar lo ocupan uno o varios muchachos de los que trabajaron en el turno saliente. El sistema está tan difundido que habiéndole preguntado al gerente de un taller de laminado cómo se cubrían los puestos de los muchachos ausentes, me contestó: 'Estoy seguro de que usted lo sabe tan bien como yo', y no tuvo el menor reparo en admitir el hecho."⁹⁷

"En un taller de laminado, donde el día nominal de trabajo dura desde las seis de la mañana hasta las 5^{1/2} de la tarde, un muchacho trabajaba cuatro noches cada semana, por lo menos, hasta las 8^{1/2} de la noche del día siguiente... Y esto durante seis meses." "Otro, a la edad de nueve años, trabajaba a veces tres turnos consecutivos de 12 horas, y a los diez años, dos días y dos noches seguidos." "Un tercero, ahora de diez años, trabajó desde las seis de la mañana hasta las 12 de la noche tres días seguidos y los otros hasta las nueve de la noche." "El cuarto, que cuenta actualmente 13 años, trabajaba durante toda una semana desde las seis de la tarde hasta el mediodía siguiente, llegando a veces a hacer tres turnos seguidos, v.gr., desde el lunes en la mañana hasta el martes de noche." "El quinto, ahora de 12 años, trabajó en una fundición de Stavely desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche durante 14 días, y no puede seguir haciéndolo." George Allinsworth, de nueve años: "Vine aquí el viernes pasado. Al día siguiente entrábamos a las tres de la mañana. Por eso, me quedé toda la noche. Vivo a cinco millas. Dormí en el suelo, tendido sobre un delantal de cuero y cubierto con una pequeña chaqueta. Los otros dos días estuve aquí a las seis de la mañana. ¡Sí, éste es un lugar donde hace mucho calor! Antes de venir para acá trabajé también durante un año en un alto horno. Era una fábrica muy grande situada en el campo. También allí comenzaba los sábados a las tres de la madrugada, pero al menos podía ir a casa a dormir, porque me quedaba cerca. Los otros días entraba a las seis de la mañana y salía a las seis o siete de la tarde", etc.⁹⁸

de Worcester, de cuya obra sobre la "salud"^[84] (1864) tomamos el pasaje anterior, escribe en carta dirigida a uno de los miembros de la comisión investigadora, el señor White: "En Lancashire, he tenido oportunidad de observar las consecuencias del trabajo nocturno sobre los niños, y no tengo dudas al decir, en oposición a lo que ciertos patronos suelen afirmar, que la salud de estos niños pronto sale quebrantada" (*Children's Employment Commission. Fourth Report, 284, p. 55*). El hecho de que estos temas sean objeto de serias controversias demuestra mejor que nada cómo influye la producción capitalista sobre las "funciones cerebrales" de los capitalistas y sus *retainers* [vasallos].

⁹⁵ L.c., 57, p. XII.

⁹⁶ L.c., (4th Rep., 1865), 58, p. XII.

⁹⁷ L.c.

⁹⁸ L.c., p. XIII. El nivel educacional de esta "fuerza de trabajo" no podía ser otro que el que se desprende de los siguientes diálogos mantenidos con uno de los miembros de la comisión investigadora. Jeremiah Haynes, de 12 años: "...cuatro por cuatro son ocho, pero cuatro cuatros (4 fours) son 16... Un rey es el que tiene todo el dinero y el oro (*A king is him that has all the money and gold*). Tenemos

Veamos ahora cómo concibe el capital mismo este sistema de 24 horas. Cubre, por supuesto, con un manto de silencio los excesos del sistema, sus abusos en la "cruel e inverosímil" prolongación de la jornada de trabajo. Habla del sistema sólo en su estado "normal".

Los señores Naylor y Vickers, fabricantes de acero, que emplean a más de 600 ó 700 personas, entre las cuales sólo un 10% son menor de 18 años y de éstas, a su vez, únicamente 20 trabajan por la noche, se expresan del siguiente modo:

"Los muchachos no sufren en absoluto por el calor. La temperatura es probablemente de 86° a 90° [Fahrenheit, 30°-32°C] ...En los talleres de forja y en los de laminación, los obreros trabajan relevándose día y noche, pero, en cambio, todas las demás faenas son diurnas, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. En la forja se trabaja de doce a doce. Algunos obreros trabajan siempre

un rey, dicen que es una reina, la llaman princesa Alexandra. Dicen que se casó con el hijo de la reina. Una princesa es un hombre". Wm. Turner, de 12 años: "No vivo en Inglaterra. Creo que hay un país llamado así, pero no sabía antes nada de él". John Morris, de 14 años: "Oí decir que Dios hizo el mundo y que se ahogó toda la gente, menos uno. Oí decir que era un pajarillo". William Smith, de 15 años: "Dios hizo al hombre, el hombre a la mujer". Edward Taylor, de 15 años: "No sé nada de Londres". Henry Matthewman, de 17 años: "A veces voy a la iglesia... Predican sobre un tal Jesucristo, pero no conozco ningún otro nombre y tampoco puedo decir nada sobre él. No fue asesinado, sino que murió como las otras personas. En cierto modo no era como los otros, porque, en cierto modo, era religioso, y los otros no lo son (*He was not the same as other people in some ways, because he was religious in some ways, and others isn't*)" (l.c., 74, p. XV). "El diablo es una buena persona. No sé dónde vive. Cristo era un mal tipo" (*The devil is a good person. I don't know where he lives. Christ was a wicked man*). "Esta muchachita (10 años) delecta a Dog [perro] por God [Dios] y no sabe el nombre de la reina" (*Ch. Empl. Comm. V Rep.*, 1866, p. 55, No 278). El mismo sistema mencionado de las manufacturas de metal impera en las fábricas de vidrio y de papel. En las fábricas de papel, donde éste se hace con máquinas, el trabajo nocturno es corriente para todos los procesos, salvo en la clasificación de trapos. En algunos casos, el trabajo nocturno, mediante el sistema de relevos, se prolonga ininterrumpidamente durante toda la semana; por lo general, desde la noche del domingo hasta las doce de la noche del sábado siguiente. El equipo diurno trabaja semanalmente cinco jornadas de 12 horas y una de 18, y el nocturno cinco noches de 12 horas y una de 6. En otros casos, cada equipo trabaja 24 horas, uno tras otro, relevándose. Un turno trabaja 6 horas el lunes y 18 el sábado, para completar las 24. Otras veces se introduce un sistema intermedio en el cual todos los obreros, ocupados en máquinas papeleras, trabajan cada día de 15 a 16 horas. Este sistema, indica el miembro de la comisión investigadora Lord, parece reunir todos los males de los relevos de 12 y de 24 horas. Bajo este sistema de trabajo nocturno laboran niños menores de 13 años, jóvenes de menos de 18 y mujeres. A veces, en el sistema de 12 horas debían trabajar un turno doble de 24 horas al faltar el relevo. Las declaraciones de los testigos demuestran que los muchachos y la niñas frecuentemente trabajan horas extras, prolongándose la jornada muchas veces hasta 24 e incluso hasta 36 horas de trabajo ininterrumpido. En el proceso "continuo e inmutable" de las fábricas de vidrio, se encuentra a niñas de 12 años que trabajan durante el mes completo 14 horas diarias, "sin ningún descanso o interrupción regular, fuera de dos, o como máximo, tres medias horas para las comidas". En algunas fábricas, en las que se ha abandonado completamente el trabajo nocturno regular, se trabaja una cantidad espantosa de horas extraordinarias y "eso ocurre frecuentemente en los procesos más sucios, calurosos y monótonos" (*Children's Employment Commission. Report IV*, 1865, pp. XXXVIII y XXXIX).

de noche, sin alternar el trabajo diurno y el nocturno... No nos parece que entre el trabajo diurno y el nocturno medie diferencia alguna en cuanto a la salud" (¿de los señores Naylor y Vickers?), "y seguramente la gente duerme mejor si las horas de descanso son siempre las mismas que cuando varían... Unos veinte muchachos menores de 18 años trabajan en el equipo nocturno... No podríamos arreglarnos bien (*not well do*) sin el trabajo nocturno de menores de 18 años. Nuestra objeción es... el aumento de los costos. No es fácil conseguir obreros expertos y jefes de departamentos, pero los muchachos abundan en la proporción que se quiera... Por supuesto, tomando en consideración la escasa proporción de jóvenes que ocupamos, la limitación del trabajo nocturno tendría, para nosotros, poca importancia e interés"⁹⁹.

El señor J. Ellis de la firma de los señores John Brown et Co., fábricas de hierro y acero, que emplean 3.000 hombres y jóvenes y que aplican precisamente en una parte de los trabajos más pesados de la producción del hierro y del acero el sistema de "turnos de día y de noche", declara que en los talleres de acero en que se realizan los trabajos pesados, por cada dos hombres hay uno o dos muchachos. En su empresa hay 500 jóvenes menores de 18 años, y de éstos cerca de un tercio, o sea 170, no tienen trece años. Refiriéndose a la proyectada reforma legal, el señor Ellis opina:

"No creo que sea muy objetable (*very objectionable*) prohibir a las personas menores de 18 años trabajar más de 12 de las 24 horas. Pero me parece que no se puede trazar una línea estableciendo prescindir en los trabajos nocturnos de jóvenes de más de 12 años. Aceptaríamos incluso mejor una ley que prohibiese en absoluto emplear muchachos menores de trece, e incluso menores de quince años, que la prohibición de ocupar de noche a los muchachos que ya tenemos. Los jóvenes que laboran en las faenas diurnas, deben trabajar también, alternativamente, de noche, pues los hombres no pueden realizar ininterrumpidamente labores nocturnas, eso arruinaría su salud. Por el contrario, consideramos que el trabajo nocturno no daña si se realiza en semanas alternadas". (Los señores Naylor y Vickers consideraban, sin embargo, en pleno acuerdo con los intereses de su empresa, que los posibles daños en la salud eran consecuencia no del trabajo nocturno constante, sino de su variación periódica.) "Las personas que realizan alternativamente trabajo nocturno disfrutan, a nuestro parecer, de tanta salud como las que trabajan sólo de día... Nuestras objeciones ante la prohibición del trabajo nocturno a muchachos menores de 18 se fundarían en el aumento de los gastos, pero ésta es la única razón." (¡Qué cínico candor!) "Creemos, que este incremento de los costos sería mayor de lo que podría soportar el negocio (*the trade*), guardando la debida consideración a su eficaz desarrollo (*As the trade with due regard to etc. could fairly bear!*)". (¡Qué pastosa fraseología!) "El trabajo escasea aquí y podría ser insuficiente bajo tal regulación" (es decir, Ellis, Brown et Co. podrían verse en el apuro de tener que pagar en su totalidad el valor de la fuerza de trabajo)¹⁰⁰.

Los "Talleres Cyclops de Hierro y Acero", de los señores Cammell et Co., trabajan también en gran escala al igual que las empresas de la mencionada firma John Brown et Co. El director gerente entregó su testimonio por escrito al comisario de gobierno White, pero después juzgó conveniente hacer desaparecer el manuscrito que le había sido devuelto para revisarlo. Sin embargo, el señor White tiene buena

⁹⁹ *Fourth Report etc.*, 1865, 79, p. XVI.

¹⁰⁰ L.c., 80, pp. XVI, XVII.

memoria. Recuerda exactamente que para estos señores cíclopes la prohibición del trabajo nocturno de niños y jóvenes sería "algo imposible; equivaldría a paralizar sus fábricas", y eso en circunstancias cuando su negocio cuenta únicamente con un poco más del 6% de jóvenes menores de 18 años y con sólo 1% de menores de 13¹⁰¹!

Acerca del mismo tema declara el señor E. F. Sanderson de la casa Sanderson, Bros et Co., talleres de acero, forja y laminación en Attercliffe:

"Grandes dificultades acarrearía la prohibición de dar trabajo nocturno a los jóvenes de menos de 18 años y la principal de ellas sería la multiplicación de los costos provocada por la sustitución del trabajo de los muchachos por el de hombres. No puedo decir a cuánto ascendería ese recargo, pero probablemente no sería lo suficientemente grande como para permitirles a los fabricantes subir los precios del acero, y, por consiguiente, tendrían que cargar con esas pérdidas, pues los hombres" (¡qué gente más testaruda!) "se negarían, por supuesto, a hacerse cargo de ellas." El señor Sanderson no sabe cuánto paga a los niños, pero "tal vez sean unos 4 a 5 chelines a la semana por cabeza... El trabajo de los muchachos es de tal naturaleza que, en general" (*generally*, por supuesto, no siempre "en particular"), "la fuerza de éstos es enteramente suficiente y, por eso, no habría ninguna ganancia de la mayor fuerza de los hombres para compensar las pérdidas, salvo algunos pocos casos en que el metal es muy pesado. Los hombres, a su vez, no estarían satisfechos si se les quitasen los muchachos de que disponen, pues los hombres son menos obedientes. Además, los muchachos deben aprender desde temprana edad el oficio. Al dejarles abierta sólo la posibilidad del trabajo diurno no se conseguiría este objetivo".

¿Y por qué no? ¿Por qué los jóvenes no pueden aprender de día su oficio? ¿Cuáles son tus razones?

"Como los hombres trabajan turnándose las semanas, unas veces de día, otras de noche, estarían separados de sus muchachos la mitad del tiempo y perderían la mitad de la ganancia que extraen de ellos. El adiestramiento que los obreros dan a sus aprendices es considerado parte del salario de los muchachos, y permite a los hombres obtener más barato el trabajo de los jóvenes. Cada hombre perdería la mitad de su ganancia."

En otras palabras, los señores Sanderson tendrían que pagar de su propio bolsillo una parte del salario de los hombres adultos en vez de hacerlo a costa del trabajo nocturno de los jóvenes. En tal caso, las ganancias de los señores Sanderson caerían un poco, y ésta es la buena razón sandersoniana de por qué los jóvenes no pueden aprender su oficio de día¹⁰². Además, este trabajo nocturno regular recaería por completo sobre los hombres, que por el momento se turnan con los muchachos, y no lo resistirían. En pocas palabras, las dificultades serían tan grandes que probablemente conducirían a la completa supresión del trabajo nocturno. "En lo que respecta a la produc-

¹⁰¹ L.c., 82, p. XVII.

¹⁰² "En nuestros tiempos, tan reflexivos y razonadores, no llegará muy lejos quien no sepa dar buenas razones para todo, por muy negativo o errado que ello sea. Todo el mal que se ha hecho en el mundo, se ha hecho con buenas razones" (Hegel, l.c., p. 249).

ción de acero — dice E. F. Sanderson—, no habría la menor diferencia, iperol!...” Pero los señores Sanderson tienen otras cosas que hacer, fuera de producir acero. La producción de acero es sólo un pretexto para la producción de plusvalor. Los hornos de fundición, los talleres de laminado, etc., los edificios, la maquinaria, el hierro, el carbón, etc., tienen otras cosas que hacer, fuera de convertirse en acero. Existen para absorber plustrabajo y, por supuesto, absorben más en 24 que en 12 horas. En efecto, por gracia de Dios y de la ley, estos medios brindan a los Sanderson derechos sobre el tiempo de trabajo de cierto número de brazos durante las 24 horas completas y pierden su carácter de capital, convirtiéndose, por tanto, para los Sanderson en una pérdida neta, tan pronto se interrumpe su función de absorber trabajo.

“Pero, entonces, las pérdidas afectarían a la costosísima maquinaria que estaría parada durante la mitad del tiempo, y para producir una masa de artículos como la que entregamos con el sistema actual, nos veríamos obligados a duplicar los locales y las máquinas, lo que doblaría los gastos.”

Pero, ¿por qué precisamente estos Sanderson exigen privilegios que no debieran tener los demás capitalistas, a los que sólo les estaría permitido hacer trabajar a sus obreros durante el día y cuyos locales, maquinarias, materias primas estarían, por tanto, “parados” de noche?

“Es verdad — responde E. F. Sanderson, en nombre de todos los Sanderson — que estas pérdidas ocasionadas por la maquinaria ociosa afectan a todas las manufacturas en las que sólo se trabaja de día. Pero, en nuestro caso, el uso de los hornos de fundición provocaría pérdidas adicionales. Manteniéndolos encendidos, se desperdicia combustible” (en vez de desperdiciar, como ahora, la sustancia vital de los obreros), “y si no se mantienen encendidos, se originarían pérdidas de tiempo en volver a habilitarlos y en que alcancen la temperatura necesaria” (mientras que la pérdida de tiempo para dormir, incluso en niños de ocho años, representa una ganancia de tiempo de trabajo para el clan de los Sanderson), “y los hornos mismos se resentirían por los cambios de temperatura” (mientras que estos mismos hornos no sufren por la alternancia del trabajo diurno y nocturno)¹⁰³.

¹⁰³ *Children's Employment Commission. Fourth Report, 1865, 85, p. XVII.* Respondiendo a semejantes tiernos razonamientos de los señores fabricantes de vidrio, según los cuales es imposible dar “comidas regulares” a los niños, porque de hacerlo se producirían “simples pérdidas” o “se desperdiciaría” cierta cantidad de calor irradiado por los hornos, señala el miembro de la comisión investigadora White, sin dejarse conmovir en absoluto, a diferencia de los Ure, Senior, etc. y de sus mezquinos imitadores alemanes, como Roscher, etc., por la “abstinencia”, “abnegación” y el “ahorro” de los capitalistas en el gasto de su dinero y su “largueza” a lo Timur-Tamerlán en cuanto a vidas humanas: “En caso de que se aseguren comidas regulares, podría desperdiciarse una cantidad de calor que exceda los límites actuales, pero, incluso tasada en valor-dinero, esa pérdida no es nada comparada con el desperdicio de fuerza vital (*the waste of animal power*) imperante hoy en todo el reino, al no tener los niños en crecimiento, ocupados en las fábricas de vidrio, el tiempo suficiente para ingerir tranquilamente sus comidas y poder digerirlas” (l.c., p. XLV). ¡Y esto ocurre en el “año del progreso” de 1865! Aparte del gasto de fuerzas al alzar y transportar objetos, en las fábricas de botellas y de *flintglas*, estos niños tienen

5. LA LUCHA POR LA JORNADA NORMAL DE TRABAJO. LEYES COERCITIVAS PARA LA PROLONGACION DEL DIA DE TRABAJO, DE MEDIADOS DEL SIGLO XIV A FINES DEL SIGLO XVII

“¿Qué es una jornada de trabajo?” ¿Durante cuánto tiempo el capital puede consumir la fuerza de trabajo cuyo valor diario paga? ¿Hasta qué punto puede prolongarse el día laboral por sobre el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la propia fuerza de trabajo? El capital como hemos visto responde a estas preguntas del modo siguiente: la jornada de trabajo dura diariamente las 24 horas completas, descontándose las pocas horas de descanso, sin las cuales la fuerza de trabajo no podría en absoluto reanudar sus servicios. De un comienzo se comprende que durante toda su vida el obrero no es más que fuerza de trabajo; y, por tanto, todo su tiempo disponible es, por obra de la naturaleza y del derecho, tiempo de trabajo, o sea, pertenece a la autovalorización del capital. El tiempo necesario para la educación, el desarrollo espiritual, el cumplimiento de funciones sociales, la convivencia humana, el libre juego de las fuerzas vitales físicas y espirituales, e incluso para santificar el domingo —aun en la tierra donde santifican este día¹⁰⁴—: Ison

que recorrer durante la ejecución continua de sus labores de 15 a 20 millas (inglesas) en 6 horas. ¡Y la jornada dura frecuentemente de 14 a 15 horas! En muchas de estas fábricas de vidrio impera, como en las hilanderías de Moscú, el sistema de turnos cada seis horas. “Durante el tiempo de trabajo en la semana, seis horas es el período ininterrumpido máximo de descanso, y de esas horas hay que descontar el tiempo para ir a la fábrica y volver de ella, lavarse, vestirse, comer, todo lo cual implica tiempo. De este modo, en los hechos sólo queda un tiempo mínimo de descanso. No hay un momento para jugar y respirar aire fresco, salvo a costa del sueño, tan indispensable para niños que realizan un trabajo tan pesado en una atmósfera tan caldeada... Incluso ese corto tiempo de sueño se ve interrumpido, porque de noche el niño debe despertarse solo, y de día se desvela por el ruido exterior.” El señor White cita el caso de un muchacho que trabajó 36 horas seguidas y el de unos niños de 12 años que lo hicieron hasta las dos de la noche y después durmieron en la fábrica hasta las cinco de la mañana (tres horas!) reanudando entonces su actividad. “La cantidad de trabajo —dicen los redactores del informe general, Tremenheere y Tufnell— que realizan los niños, las muchachas y las mujeres en el transcurso de su turno (*spell of labour*), diurno o nocturno, es fabulosa” (i.e., pp. XLIII y XLIV). Mientras tanto, el “abnegado” capitalista vidriero vuelve tal vez tambaleándose del club a su casa en la noche, mareado por el oporto y tarareando como idiota la canción: “*Britons never, never shall be slaves!*” [¡Los británicos nunca jamás serán esclavos!]¹⁸⁵

¹⁰⁴ En Inglaterra, por ejemplo, todavía hay en el campo, de vez en cuando, obreros condenados a la cárcel por profanar el domingo al trabajar en el huertecito de su casa. Pero, el mismo obrero es multado por ruptura de contrato si el domingo falta a la fábrica de metales, de papel o de vidrio, permaneciendo en su casa, aunque sea por motivos religiosos. El ortodoxo Parlamento hace oídos sordos a la profanación del domingo, cuando se comete en el “proceso de valorización” del capital. En un memorial (agosto de 1863), en que los jornaleros londinenses de las pescaderías y puestos de venta de aves exigen la abolición del trabajo dominical, se señala que en los primeros seis días de la semana la jornada en promedio dura 15 horas y los

puras sandeces! En su ciego y desmedido impulso, en su hambre desenfrenada de plusstrabajo, el capital no sólo derriba las barreras morales, sino también los impedimentos meramente físicos del día de trabajo. El capital usurpa el tiempo que el cuerpo necesita para crecer, desarrollarse y mantenerse sano. Roba el tiempo requerido para asimilar el aire libre y la luz del sol. Burla el tiempo destinado a las comidas y, en lo posible, lo incorpora al propio proceso de producción, de modo tal que al obrero se le suministran comidas como a un simple medio de producción, como se le echa carbón a la caldera y grasa o aceite a la máquina. Reduce el sueño saludable —que concentra, renueva y refresca la fuerza vital— a la cantidad de horas de estupor indispensables para reanimar un organismo totalmente agotado. En vez de ser la conservación normal de la fuerza de trabajo el indicador que señale el límite de la jornada laboral, acontece lo contrario: es el máximo gasto diario posible de la fuerza de trabajo el que determina, por muy dolorosamente violento y penoso que resulte, el tiempo de descanso del obrero. El capital no pregunta por la duración de la vida de la fuerza de trabajo. Lo que le interesa es, única y exclusivamente, el máximo de trabajo que pueda proporcionar durante una jornada laboral. Alcanza dicha meta abreviando la vida de la fuerza de trabajo, del modo como un agricultor codicioso obtiene un rendimiento superior de la tierra aniquilando su fertilidad.

Por tanto, la producción capitalista, que en esencia es producción de plusvalor, absorción de plusstrabajo, al alargar la jornada laboral no sólo causa el debilitamiento de la fuerza de trabajo, despojándola de sus condiciones normales de desarrollo y de actividad física y moral. Produce, además, el agotamiento y la muerte prematuros de la fuerza de trabajo misma¹⁰⁵. Prolonga el tiempo de producción del obrero durante cierto lapso, a costa de reducir la duración de su vida.

Ahora bien, el valor de la fuerza de trabajo incluye el valor de las mercancías requeridas para la reproducción del obrero o para la procreación de la clase obrera. Por eso, si la prolongación antinatural de la jornada de trabajo, a que forzosamente aspira el capital en su desmedido afán de autovalorización, abrevia la vida del obrero individual y reduce, por tanto, la duración de su fuerza de trabajo, se hace imprescindible reponer con mayor rapidez las fuerzas desgastadas, o

domingos de 8 a 10 horas. Al mismo tiempo, de este memorial se desprende que precisamente el antojadizo sibaritismo de los beatos aristócratas del Exeter Hall^[86] alienta el "trabajo dominical". Estos "santos" tan celosos *in cute curanda* [en darse buena vida], revelan su cristianismo en la resignación con que soportan el trabajo excesivo, las privaciones y el hambre de otras personas. *Obsequium ventris istis* (para los obreros) *perniciosius est* [el sibaritismo es más pernicioso para ellos (los obreros)].

¹⁰⁵ "En nuestros informes anteriores reprodujimos las afirmaciones de diversos fabricantes experimentados, a cuyo juicio las horas extra... encierran indiscutiblemente el peligro de agotar prematuramente la fuerza de trabajo de los hombres" (l.c., 64, p. XIII).

sea, incrementar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, del mismo modo que aumenta la fracción a reproducir cada día del valor de una máquina cuanto más rápido sea su desgaste. En consecuencia pareciera que el propio interés del capital le indica atenerse a una jornada de trabajo normal.

El esclavista compra a su trabajador, como compra su caballo. Al perder un esclavo pierde un capital que ha de reponer mediante una nueva inversión en el mercado de esclavos.

Pero, "los arrozales de Georgia y los pantanos del Mississippi pueden ser fatales en su acción destructora sobre la constitución humana; esta destrucción de vidas humanas no es tan grande, sin embargo, que no pueda compensarse con los rebosantes criaderos de Virginia y Kentucky. Las razones económicas que podrían ofrecer ciertas garantías de trato humano hacia los esclavos, por cuanto los intereses del señor se identifican con la conservación de éstos, se transforman, por el contrario, al implantarse el comercio de esclavos, en razón para su explotación extrema, pues tan pronto su sitio puede ser ocupado mediante la importación de negros de criaderos ajenos, la duración de su vida, mientras sobreviva, se vuelve menos importante que su productividad. Por eso, en los países importadores de esclavos, es una máxima de la empresa esclavista la de que la mayor economía consiste en extraer del ganado humano (*human cattle*) el mayor rendimiento posible en el menor tiempo. Precisamente en los países de cultivos tropicales, donde las ganancias anuales equivalen frecuentemente al capital total de las plantaciones, la vida de los negros se sacrifica en la forma más despiadada. Es la agricultura de las Indias Occidentales, cuna durante siglos de riquezas fabulosas, la que ha devorado millones de hombres de la raza africana. Y es hoy en Cuba, cuyos plantadores son verdaderos príncipes y cuyas rentas suman millones, donde no sólo vemos que la clase de esclavos está sometida a las más burdas comidas y a los trabajos más agotadores e incesantes, sino que, además, buena parte de ella es destruida todos los años por la tortura lenta del exceso de trabajo y la falta de sueño y de descanso"¹⁰⁶.

Mutato nomine de te fabula narratur!^[187] Léase, en vez de comercio de esclavos, mercado de trabajo; en lugar de Kentucky y Virginia, Irlanda y los distritos agrícolas de Inglaterra, Escocia y Gales; en vez de Africa, Alemania. Veíamos anteriormente los estragos causados por el sobretrabajo entre los panaderos de Londres, y, sin embargo, el mercado londinense de trabajo está siempre repleto de alemanes y otros extranjeros, candidatos a morir en las panaderías. La alfarería es, como señalábamos, una de las ramas industriales con el más bajo promedio de vida. ¿Es que existe escasez de alfareros? Josiah Wedgwood, inventor de la alfarería moderna y obrero común por su origen, declaraba en 1785 ante la Cámara de los Comunes que toda esta manufactura ocupaba unas 15 a 20 mil personas¹⁰⁷. En el año 1861, la población consagrada a esta industria, sólo en los centros urbanos de Gran Bretaña, sumaba 101.302 personas.

"La industria algodonera cuenta 90 años... Durante tres generaciones de la raza inglesa ha devorado nueve generaciones de obreros del algodón."¹⁰⁸

¹⁰⁶ Cairnes, l.c., pp. 110, 111.

¹⁰⁷ John Ward. *History of the Borough of Stoke-upon-Trent* etc., Londres, 1843, p. 42.

¹⁰⁸ Discurso de Ferrand en la *House of Commons* del 27 de abril de 1863.

Cierto es que en aisladas épocas de auge febril, el mercado mostró críticos vacíos en la oferta. Así ocurrió, por ejemplo, en 1834. Pues bien, los señores fabricantes propusieron a los *Poor Law Commissioners* [miembros de la comisión para la ley de beneficencia] enviar al norte a la "sobrepoblación" de los distritos agrícolas, asegurando que "los fabricantes la absorberían y consumirían"¹⁰⁹. Estas fueron sus propias palabras.

"Se enviaron agentes a Manchester con el acuerdo de los *Poor Law Commissioners*. Se confeccionaron y se les entregaron listas de obreros agrícolas. Los fabricantes acudieron a las oficinas y, después de elegir lo que más les convenía, les despacharon las familias desde el sur de Inglaterra. Estos paquetes humanos se facturaron, etiquetados como fardos de mercancías, por canales y en carros; algunos seguían a pie y muchos rondaban, perdidos y semihambrientos, por los distritos manufactureros. Este sistema se convirtió en una verdadera rama comercial. La Cámara de los Comunes difícilmente lo creerá. Este comercio regular, este tráfico de carne humana, siguió su curso, esa gente era comprada y vendida por los agentes de Manchester a los fabricantes de la ciudad con la misma regularidad con que se venden los negros a los plantadores de algodón en los Estados del Sur... En 1860, la industria algodoneira alcanzó su cenit... Volvían a faltar brazos. Los fabricantes nuevamente se dirigieron a los agentes de carne humana... Y éstos rastrollaron las dunas de Dorset, las colinas de Devon y las llanuras de Wilts, pero la sobrepoblación ya había sido consumida."

El *Bury Guardian* clamaba que después de concertarse el tratado de comercio anglo-francés, podrían absorberse diez mil brazos adicionales y que pronto se necesitarían 30 ó 40 mil más. Después de que, en 1860, los agentes y subagentes del tráfico de carne humana barriaran casi sin resultados los distritos agrícolas,

"una delegación de fabricantes se dirigió al señor Villiers, presidente del *Poor Law Board* [Magistrado de Beneficencia], solicitándole se les permitiese sacar nuevamente a niños pobres y a huérfanos de los *workhouses* [hospicios]"¹¹⁰.

¹⁰⁹ "That the manufacturers would absorb it and use it up. Those were the very words used by the cotton manufacturers" (l.c.).

¹¹⁰ L.c. Villiers, pese a su buena voluntad, se vio "legalmente" obligado a denegar la pretensión de los fabricantes. Sin embargo, estos señores alcanzaron su objetivo gracias a la buena disposición de las administraciones locales de la beneficencia. El señor A. Redgrave, inspector fabril, asegura que esta vez el sistema, según el cual los huérfanos e hijos de pobres eran considerados "legalmente" como *apprentices* (aprendices), "no llevaba aparejado los viejos abusos" (acerca de los abusos, cfr. Engels, l.c.), aunque es cierto que en un caso hubo abuso del sistema en relación a muchachas y mujeres jóvenes traídas desde los distritos agrícolas de Escocia a Lancashire y Cheshire. El "sistema" consiste en que el fabricante suscribe un contrato, por un cierto período, con las autoridades de las casas de beneficencia. Se compromete a alimentar, vestir y alojar a los niños y a darles una determinada cantidad de dinero. Suena algo extraña la siguiente observación del señor Redgrave, sobre todo si se tiene en consideración que 1860 fue algo único, incluso entre los años de más prosperidad de la industria inglesa del algodón, y que, además, los salarios eran altos, porque la extraordinaria demanda de trabajo chocó con la despoblación de Irlanda, con la inédita emigración de los distritos agrícolas de Inglaterra y Escocia hacia Australia y América y con la disminución positiva de la población en algunos distritos agrícolas ingleses como resultado, en parte, del quebrantamiento de la vitalidad

En general, la experiencia indica al capitalista que hay una sobrepoblación constante, es decir, una sobrepoblación en relación a las necesidades del momento de valorización del capital, aunque su corriente se forme por generaciones humanas raquíticas, de corta vida, que desplazan rápidamente unas a otras, a las que, por así decirlo, se arranca antes que maduren¹¹. Es cierto que la experiencia, por otra parte, muestra al observador inteligente con qué rapidez y profundidad ataca la producción capitalista, la cual, históricamente hablando, apenas data de ayer, las raíces vitales de la energía popular; cómo la degeneración de la población industrial sólo se aminora por la constante absorción de elementos vitales naturales del campo y cómo incluso los obreros rurales, a pesar del aire libre y del *principle of natural selection* [principio de selección natural], que reina entre ellos de un modo omnipotente, dejando desarrollarse tan sólo a los individuos más fuertes, comienzan ya a languidecer¹². El capital, que tiene tan "buenas razones" para negar los sufrimientos de la generación obrera que lo rodea, no se siente limitado en sus movimientos prácticos ante la perspectiva de que en el futuro la humanidad se pudra

de los campesinos y, en parte, del anterior agotamiento de la población disponible debido a los traficantes en carne humana. Y a pesar de todo, el señor Redgrave dice: "Este tipo de trabajo" (el de los niños de las casas de beneficencia) "sólo se busca, sin embargo, cuando no se puede encontrar ningún otro, pues es un trabajo caro (*high priced labour*). El salario usual de un muchacho de trece años es aproximadamente de 4 chelines a la semana, pero alojar, vestir, alimentar, asistir médicamente y vigilar a 50 ó 100 de estos muchachos, dándoles además una pequeña suma de dinero, no se hace con 4 chelines semanales por cabeza" (*Rep. of the Insp. of Factories for 30th April 1860*, p. 27). El señor Redgrave olvida decir cómo el obrero puede brindar por 4 chelines todo esto a su hijo, si no lo logra el fabricante para 50 ó 100 muchachos que aloja, alimenta y vigila juntos. Para evitar que del texto se extraigan falsas conclusiones, debo señalar que la industria algodonera inglesa, desde que fuese sometida a la *Factory Act* de 1850 con su regulación del tiempo de trabajo, etc., se la debe considerar como industria modelo de Inglaterra. El obrero inglés del algodón se encuentra en todos los aspectos por encima de su compañero de infortunio en el continente. "El obrero fabril prusiano trabaja cuando menos diez horas más por semana que su rival inglés, y si está ocupado en su casa con su propio telar, desaparece incluso este límite indicador de sus horas de trabajo adicionales" (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1855*, p. 103). El ya citado inspector fabril Redgrave viajó, después de la exposición industrial de 1851, al continente, especialmente a Francia y Prusia, para examinar las condiciones de las fábricas en aquellos países. Del obrero fabril prusiano dijo estas palabras: "Percibe un salario suficiente para adquirir una comida modesta y las pocas comodidades a las que está acostumbrado y con las que se contenta... Vive peor y trabaja más duro que su rival inglés" (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1853*, p. 85).

¹¹¹⁴ Los obreros que trabajan en exceso mueren con extraña rapidez; pero las vacantes que dejan los que perecen se llenan de inmediato, y el cambio frecuente de personajes no provoca cambios en la escena." *England and America*, Londres, 1833, t. 1, p. 55 (por E. G. Wakefield).

¹² Véase *Public Health. Sixth Report of the Medical Officer of the Privy Council. 1863*. Publicado en Londres en 1864. Este informe trata principalmente de los obreros agrícolas. "Se ha presentado el condado de Sutherland como una comarca muy mejorada, pero una nueva investigación ha descubierto que en distritos otrora tan famosos por sus hombres bienformados y sus valientes soldados, los habi-

ni ante la despoblación que a la postre nadie podrá detener; todo eso le preocupa tan poco como la posible caída de la tierra sobre el sol. Todos quienes especulan con acciones saben que la tormenta estallará algún día, pero cada uno confía en que lo hará sobre la cabeza del vecino, después de que él haya recogido y puesto a buen recaudo la lluvia de oro. *Après moi le déluge!*¹¹³, tal es la consigna de todo capitalista y de toda nación capitalista. Por eso, al capital le tienen sin cuidado la salud y la duración de la vida del obrero, a menos que la sociedad lo oblique a tenerlas presente¹¹³. A las quejas sobre la mutilación física y espiritual, sobre la muerte prematura y la tortura del trabajo excesivo, el capital responde: ¿Cómo puede mortificarnos ese tormento, si multiplica nuestro placer (la ganancia)? Además, en general, ello no depende de la buena o mala voluntad de cada capitalista. La libre competencia impone al capitalista aislado las leyes inmanentes de la producción capitalista como leyes coercitivas externas¹¹⁴.

tantes han degenerado en una raza magra y raquítica. En los lugares más salubres, en las vertientes de las colinas que miran al mar, las caras de sus hijos son tan flacas y pálidas como sólo puede haberlas en la podrida atmósfera de un callejón londinense" (Thornton, l.c., pp. 74, 75). En realidad, se parecen a los 30 mil *gallant Highlanders* [bizarros montañeses] que Glasgow cobija en sus *wynds* y *closes* [callejones y patios], junto con prostitutas y ladrones.

¹¹³ "Aunque la salud de la población es un elemento tan importante del capital nacional, tendremos que reconocer, lamentablemente, que los capitalistas no se sienten mayormente inclinados a conservar y apreciar este tesoro en todo lo que vale... La consideración por la salud de los obreros les fue impuesta a los fabricantes por la fuerza" (*Times*, 5 de noviembre de 1861). "Los hombres del West Riding se convirtieron en los pañeros de la humanidad... La salud de la población obrera fue sacrificada, y la raza hubiese degenerado en un par de generaciones de no haber sobrevenido una reacción. Las horas de trabajo infantil fueron limitadas, etc." (*Twenty-second Report of the Registrar General*, Londres, 1861).

¹¹⁴ Así, nos encontramos, por ejemplo, con que a comienzos de 1863, 26 empresas poseedoras de extensas alfarerías en Staffordshire, entre ellas también la de J. Wedgwood e Hijos, piden en un memorial "la intervención autoritaria del Estado". La "competencia con otros capitalistas" no les permite limitar "voluntariamente" el tiempo de trabajo de los niños, etc. "Por tanto, aunque deploramos los abusos mencionados más arriba, sería imposible impedirlos mediante algún tipo de acuerdo entre los fabricantes... Tomando en consideración todos estos aspectos, llegamos a la conclusión de que es indispensable dictar una ley coercitiva" (*Children's Employment Comm., 1st Rep.*, 1863, p. 322).

Adición a la nota 114. Un ejemplo mucho más sorprendente nos lo ofrece un recientísimo pasado. Los altos precios del algodón, en una época de febril auge de los negocios, incitaron a los propietarios de las fábricas textiles en Blackburn a reducir de mutuo acuerdo el tiempo de trabajo en sus fábricas durante un cierto plazo. Este lapso expiraba, aproximadamente, a fines de noviembre (de 1871). Entretanto, los fabricantes más ricos que combinan la hilandería con la tejeduría, aprovecharon el descenso de la producción causado por ese acuerdo para expandir sus negocios y obtener así grandes ganancias a costa de los pequeños empresarios. Estos, ante la dificultad, se dirigieron... a los obreros fabriles llamándolos a desarrollar una campaña intensa de agitación en pro de la jornada de 9 horas, y les prometieron ayudarles con dinero para este fin!

El establecimiento de una jornada de trabajo normal es el resultado de una lucha de muchos siglos entre el capitalista y el obrero. La historia de esta lucha nos muestra dos tendencias contrapuestas. Compárese, v. gr., la legislación fabril inglesa de nuestro tiempo con los estatutos laborales ingleses vigentes desde el siglo XIV hasta más allá de la mitad del XVIII¹¹⁵. Mientras que las modernas leyes fabriles reducen drásticamente el día de trabajo, aquellos estatutos tratan de prolongarlo coercitivamente. Cierta es que las pretensiones del capital en su estado embrionario, de gestación, o sea, cuando aún no puede asegurar por medio de la simple fuerza de las relaciones económicas su derecho a absorber una cantidad suficiente de plustrabajo y recurrir, además, a la ayuda del poder estatal, resultan muy modestas, si se las compara con las concesiones que se ve obligado a hacer, rezonando y a regañadientes, en su edad adulta. Pasaron siglos antes de que el obrero "libre", al desarrollarse el régimen capitalista de producción, se prestara, voluntariamente, es decir, se viera socialmente obligado a vender, por el precio de sus medios de subsistencia usuales, todo el tiempo de su vida activa, incluso su misma capacidad de trabajo; se viera obligado a vender su primogenitura por un plato de lentejas^[89]. Por eso es lógico que la prolongación de la jornada laboral, que el capital procura imponer por la fuerza del Estado a los obreros mayores de edad desde mediados del siglo XIV hasta fines del siglo XVII, coincida aproximadamente con el límite del tiempo de trabajo que el Estado establece en la segunda mitad del siglo XIX en algunas partes a la transformación de la sangre de los niños en capital. Lo que hoy se proclama, por ejemplo, en el estado de Massachusetts, hasta hace poco el estado más libre de la República norteamericana, como barrera legal al trabajo de niños menores de doce años, era en Inglaterra aún a mediados del siglo XVII el día de trabajo normal de vigorosos artesanos, robustos braceros y herreros gigantes¹¹⁶.

¹¹⁵ Estos estatutos laborales, que encontramos también en Francia, los Países Bajos, etc., fueron derogados formalmente en Inglaterra recién en 1813, mucho después de que fueran descartados por las relaciones de producción.

¹¹⁶ "Ningún niño menor de doce años puede trabajar en una fábrica más de 10 horas al día" (*General Statutes of Massachusetts*, cap. 60, § 3). (Las ordenanzas fueron decretadas desde 1836 hasta 1858.) "Se considerará como jornada de trabajo legal la actividad realizada en el transcurso de 10 horas diarias en todas las fábricas de la industria del algodón, la lana, la seda, el papel, el vidrio y el lino o en empresas elaboradoras de hierro u otros metales. Además, se establece que ningún menor de edad, que trabaje en una fábrica, podrá en lo sucesivo ser retenido u obligado a trabajar más de 10 horas diarias o 60 semanales, y que en adelante ningún menor de diez años podrá ser empleado como obrero en una fábrica dentro del territorio de este estado" (*State of New Jersey. An act to limit the hours of labour etc.*, §§ 1 y 2. Ley del 18 de marzo de 1851). "Ningún menor de edad entre los doce y quince años podrá trabajar en una empresa fabril más de 11 horas diarias ni antes de las 5 de la mañana o después de las 7¹/₂ de la tarde" (*Revised Statutes of the State of Rhode Island etc.*, cap. 139, § 23, 1 de julio de 1857).

El primer *Statute of Labourers* (23^o año del reinado de Eduardo III, 1349) encontró su pretexto inmediato (no su causa, pues este tipo de legislación se mantiene por siglos aun después de desaparecer el pretexto) en la gran peste^[90] que diezmo la población, haciendo —como dice un escritor tory— “de hecho insoportable la dificultad de poner a trabajar a los obreros por precios razonables” (es decir, por precios que dejasen a sus patronos una cantidad razonable de plustrabajo)¹¹⁷. Por ello, se dictaron leyes coercitivas estableciendo salarios razonables, así como los límites de la jornada de trabajo. Este último punto, que es aquí el único que nos interesa, se repite en el Estatuto de 1496 (promulgado bajo Enrique VII). En aquel entonces, aunque esta norma jamás llegase a ponerse en práctica, la jornada de trabajo de todos los artesanos (*artificers*) y mozos de labranza debía durar, desde marzo hasta septiembre, de cinco de la mañana a siete u ocho de la tarde, fijándose, sin embargo, del siguiente modo los horarios de comida: una hora para el desayuno, hora y media para el almuerzo y media hora para la merienda, o sea, el doble de lo establecido en la ley fabril vigente en la actualidad¹¹⁸. En invierno se debía trabajar desde las cinco de la mañana hasta que oscureciese, manteniéndose las mismas horas de comida. Un Estatuto, dictado en 1562 por Isabel y válido para todos los obreros “contratados a jornal, por días o por semanas”, no toca la duración de la jornada laboral, pero trata de limitar los intervalos a dos horas y media en verano y a dos horas en invierno. El almuerzo debía durar sólo una hora, y la “siesta de media hora” únicamente era permitida entre mediados de mayo y mediados de agosto. Por cada hora de ausencia debía descontarse del salario un penique. Sin embargo, en la práctica, la situación de los obreros era mucho más favorable que en el código legal. El padre de la economía política y en cierta medida inventor de la estadística, William Petty, sostuvo en un escrito que publicara en el último tercio del siglo XVII:

¹¹⁷ [J. B. Byes.] *Sophisms of Free Trade*, 7^a ed., Londres, 1850, p. 205. Por lo demás, el mismo tory reconoce: “Las leyes parlamentarias que regulan los salarios contra los obreros y a favor de los patronos, perduraron durante el largo período de 464 años. La población creció. Y estas leyes se volvieron superfluas y gravosas” (l.c., p. 206).

¹¹⁸ J. Wade señala con razón, refiriéndose a esta disposición: “Del Estatuto de 1496 se desprende que la alimentación se consideraba equivalente al tercio del ingreso de un artesano y a la mitad del ingreso de un obrero agrícola, y esto nos muestra un nivel superior de independencia entre los obreros que el que existe en la actualidad, pues la alimentación de los obreros agrícolas y manufactureros constituye ahora una proporción mucho mayor de sus salarios” (J. Wade, l.c., pp. 24, 25 y 577). La opinión de que ello tal vez se deba a la diferencia en la relación de precios entre los alimentos y las prendas de vestir, ahora y en aquel entonces, es refutada al echar la mirada más superficial a *Chronicon Preciosum etc.* Por el obispo Fleetwood, 1^o ed., Londres, 1707; 2^a ed., Londres, 1745.

“Los obreros” (*labouring men*, en rigor, en aquellos tiempos los mozos de labranza) “trabajan 10 horas diarias y comen 20 veces a la semana; los días de trabajo, tres veces y los domingos, dos; de donde se ve claramente que si quisiesen ayunar los viernes de noche y almorzar en una hora y media, mientras que ahora lo hacen en dos, desde las once hasta la una, es decir, si trabajasen 1/20 más y consumiesen 1/20 menos, se podría reunir la décima parte del impuesto arriba indicado”¹¹⁹.

¿No tenía razón el Dr. Andrew Ure cuando clamaba que la ley de doce horas, dictada en 1833, era un retroceso a los tiempos del oscurantismo? Es cierto que las normas contenidas en los estatutos y mencionadas por Petty son válidas también para los *apprentices* [aprendices]. Pero, la siguiente queja permite juzgar sobre la situación en que se encontraba el trabajo infantil todavía a fines del siglo XVII:

“Aquí, en Inglaterra, nuestros jóvenes no hacen absolutamente nada hasta el momento en que entran de aprendices y entonces, por supuesto, necesitan un tiempo largo —siete años— para formarse como perfectos artesanos”.

En cambio, se ensalza el ejemplo de Alemania, donde los niños se educan desde la cuna aunque sea “un poco, en el trabajo”¹²⁰.

En Inglaterra, aún durante la mayor parte del siglo XVIII, hasta

¹¹⁹ W. Petty. *Political Anatomy of Ireland, 1672*, ed. 1691, p. 10^[91].

¹²⁰ *A Discourse of the Necessity of Encouraging Mechanic Industry*, Londres, 1690, p. 13. Macaulay, que ha falsificado la historia inglesa en interés de los whigs y de la burguesía, expresa: “La práctica de poner a trabajar a los niños prematuramente imperaba en el siglo XVII en un grado casi inverosímil para el estado de la industria en aquellos tiempos... En Norwich, capital de la industria de la lana, un niño de seis años se consideraba apto para el trabajo. Diversos escritores de aquella época, entre ellos incluso algunos considerados como extremadamente bienintencionados, mencionan con ‘*exultation*’ [exultación] el hecho de que en dicha ciudad tan sólo los niños y las muchachas creaban una riqueza que superaba lo necesario para su propia subsistencia en 12 mil libras esterlinas al año. Cuanto más ahondamos en nuestros estudios de la historia del pasado, más razones encontramos para rechazar la opinión de aquellos que consideran nuestra época fructífera en nuevos males sociales... Lo nuevo es la inteligencia que descubre los males y la humanidad que los cura” (*History of England*, v. 1, p. 417). Macaulay podría haber continuado informándonos de que en el siglo XVII los *amis du commerce* [amigos del comercio], “extremadamente bienintencionados”, relataban con *exultation* cómo en una casa de beneficencia de Holanda trabajaba un niño de cuatro años, y que este ejemplo de *vertu mise en pratique* [virtud aplicada] figura como modelo en todos los escritos de humanistas a lo Macaulay hasta los tiempos de A. Smith. Es cierto que con el surgimiento de la manufactura, a diferencia de lo que ocurría bajo el artesanado, se presentaron síntomas de explotación infantil, fenómeno que se había dado desde antiguo en cierto grado entre los campesinos, y tanto más desarrollado cuanto más duro era el yugo que pesaba sobre el labrador. La tendencia del capital es inconfundible, pero los hechos mismos se manifestaban aún aisladamente como el nacimiento de niños con dos cabezas. Por eso, los clarividentes *amis du commerce* los calificaron con *exultation*, como algo particularmente curioso y digno de admiración, recomendándolos para los contemporáneos y la posteridad de ser imitados. El mismo sicofante y retórico escocés dice: “Hoy sólo se oye hablar de retroceso y sólo vemos progreso”. ¡Qué ojos y, sobre todo, qué oídos los suyos!

la época de la gran industria, el capital no había conseguido apoderarse, mediante el pago del valor semanal de la fuerza de trabajo, de toda la semana del obrero, constituyendo, sin embargo, una excepción los obreros agrícolas. El hecho de que pudiesen vivir la semana completa con el salario de cuatro días no les parecía a los obreros razón suficiente para trabajar también los otros dos días para el capitalista. Una parte de los economistas ingleses al servicio de los capitalistas denunció desesperadamente esta testarudez; la otra parte defendía a los obreros. Escuchemos, por ejemplo, la polémica entre Postlethwayt, cuyo diccionario comercial gozaba entonces de la misma fama que hoy disfrutaban escritos análogos de MacCulloch y MacGregor, y el autor del *Essay on Trade and Commerce* citado anteriormente¹²¹.

Postlethwayt dice, entre otras cosas:

"No puedo concluir estas pocas observaciones sin aludir a ese tópico trivial que está en boca de muchos, según el cual si el obrero (*industrious poor*) puede obtener en cinco días lo suficiente para vivir, no querrá trabajar los seis días completos. De allí deducen la necesidad de encarecer, mediante impuestos o utilizando otros recursos, incluso los artículos de primera necesidad, para obligar a los artesanos y obreros manufactureros a trabajar ininterrumpidamente durante seis días a la semana. Permitáseme discrepar de la opinión de esos grandes políticos que rompen lanzas por la esclavitud perpetua de la población obrera (*the perpetual slavery of the working people*) de este reino; olvidan el proverbio de que *all work and no play* [solo trabajo y nada de juego] embotece. ¿No se ufanan los ingleses del ingenio y la destreza de sus artesanos y obreros manufactureros, que hasta ahora han dado fama y crédito en el mundo entero a las mercancías británicas? ¿A qué circunstancias se debe esto? A nada más, probablemente, que al modo como nuestro pueblo obrero sabe distraerse a su manera. Si se les obligase a trabajar durante todo el año seis días completos a la semana, repitiendo constantemente la misma labor, ¿no embotaría eso su ingeniosidad, convirtiéndolos en hombres necios y holgazanes, en vez de hombres vivaces y hábiles? ¿Y no perderían por obra de esa esclavitud eterna nuestros obreros su fama, en vez de conservarla?... ¿Qué clase de destreza y maestría podríamos esperar de esas bestias maltratadas (*hard driven animals*)?... Muchos de ellos realizan en cuatro días tanto trabajo como un francés en cinco o seis. Pero, si los ingleses han de ejecutar trabajos forzados a perpetuidad, se debe temer que degeneren (*degenerate*) incluso por debajo de los franceses. Si nuestro pueblo tiene fama de valiente en la guerra, ¿acaso no decimos que ello se debe, de una parte, al magnífico rosbif y al pudín inglés con que se alimenta, y de otra parte, en no menor medida, a nuestro constitucional espíritu de libertad? ¿Y por qué el ingenio, la energía y la habilidad mayor de nuestros artesanos y obreros manufactureros no habrían de

¹²¹ Entre los acusadores de los obreros, el más furioso es el anónimo autor, mencionado en el texto, del *Essay on Trade and Commerce: containing Observations on Taxes etc.*, Londres, 1770. Aún antes, en su escrito *Considerations on Taxes*, Londres, 1765, ya se manifestaba como tal. En la misma línea se ubica Polonio Arthur Young, el inefable charlatán estadístico. Entre los defensores de los obreros tenemos, en primer lugar, a Jacob Vanderlint en *Money Answers all Things*, Londres, 1734; al reverendo Nathaniel Forster, doctor en teología, en *An Enquiry into the Causes of the Present High Price of Provisions*, Londres, 1767; al Dr. Price y sobre todo a Postlethwayt, tanto en un suplemento a su *Universal Dictionary of Trade and Commerce* como en *Great Britain's Commercial Interest explained and improved*, 2ª ed., Londres, 1759. Los mismos hechos son constatados por muchos otros escritores de la época, entre ellos Josiah Tucker.

dimanar de la libertad con que se distraen a su modo? Confío en que nunca perderán esos privilegios ni la buena vida de la que provienen tanto su laboriosidad como su bravura"¹²².

A esto responde el autor del *Essay on Trade and Commerce*:

"Si se considera como una institución divina la de santificar el séptimo día de la semana, ello implica que los otros días de la semana pertenecen al trabajo" (quiere decir, como se verá enseguida, al capital), "y no puede denominarse de cruel la compulsión al cumplimiento de ese precepto divino... Que la humanidad se inclina, en general, naturalmente a la comodidad y a la pereza, es una fatal experiencia que observamos en el comportamiento de nuestra plebe manufacturera, que no trabaja, término medio, más de cuatro días a la semana, salvo en caso de que se encarezcan los medios de vida... Supongamos que un *bushel* de trigo represente todos los medios de vida del obrero, que cueste cinco chelines y que el obrero gane diariamente un chelín por su trabajo. Entonces necesitará trabajar sólo cinco días a la semana y únicamente cuatro, si el trigo se cotizase a cuatro chelines... Pero, como en este reino los salarios están mucho más altos, comparados con los precios de los medios de vida, el obrero manufacturero que trabaje cuatro días dispone de un excedente en dinero con el cual vive en el ocio durante el resto de la semana... Confío haber dicho lo suficiente para dejar en claro que un trabajo moderado durante seis días a la semana no es ninguna esclavitud. Nuestros obreros agrícolas así lo hacen y son, según todas las apariencias, los más felices entre los obreros (*labouring poor*)¹²³, y los holandeses también lo hacen en las manufacturas, siendo, al parecer, un pueblo muy feliz. Los franceses hacen otro tanto cuando no interfieren los numerosos días feriados...¹²⁴ Pero, a nuestra plebe se le ha metido en la cabeza la idea fija de que como ingleses les corresponde, por derecho innato, el privilegio de ser más libres y más independientes que" (el pueblo obrero) "en cualquier otro país de Europa. Pues bien, esta idea, en la medida en que influya en la bravura de nuestros soldados, puede ser de cierta utilidad; pero cuanto menos la compartan los obreros manufactureros tanto mejor será para ellos mismos y el Estado. Los obreros nunca debieran considerarse independientes de sus superiores (*independent of their superiors*)... Es extraordinariamente peligroso incitar a la chusma en un Estado comercial como el nuestro, donde siete octavos de la población total son personas con poca o ninguna propiedad...¹²⁵ El remedio no será completo hasta que nuestros pobres ocupados en la industria se conformen con trabajar seis días por la misma suma de dinero que ganan ahora en cuatro"¹²⁶.

Con este fin, y para "extirpar la holgazanería, el libertinaje y los delirios románticos de libertad", así como "para disminuir el impuesto de beneficencia, fomentar el espíritu industrial y reducir el precio del trabajo en las manufacturas", nuestro fiel Eckart del

¹²² Postlethwayt, l.c., *First Preliminary Discourse*, p. 14.

¹²³ *Essay etc.* El mismo autor nos cuenta en la p. 96 en qué consistía, ya en 1770, "la felicidad" de los obreros agrícolas ingleses. "Sus fuerzas de trabajo (*their working powers*) se encuentran siempre en la máxima tensión (*on the stretch*); no pueden vivir peor de lo que viven (*they cannot live cheaper than they do*) ni trabajar más duro (*nor work harder*)".

¹²⁴ El protestantismo desempeña un papel importante en la génesis del capital, aunque sólo sea por el hecho de haber transformado en días de trabajo casi todas las festividades tradicionales.

¹²⁵ *Essay etc.*, pp. 41, 15, 96, 97, 55, 56, 57.

¹²⁶ L.c., p. 69. Jacob Vanderlint declaraba ya en 1734 que el secreto de las quejas de los capitalistas contra la holgazanería de la población obrera consistía simplemente en exigir seis días de trabajo en vez de cuatro por el mismo salario.

capital propone el probado medio de encerrar a obreros que requieran de la beneficencia pública, o dicho en una palabra, a los pobres, en una "casa de trabajo ideal" (*an ideal workhouse*). "Esta casa deberá convertirse en una casa de terror (*house of terror*)"¹²⁷. En esta 'casa de terror', en este 'ideal de *workhouse*' deberá trabajarse 14 horas diarias, incluyendo eso sí el tiempo necesario para las comidas, de tal modo que queden 12 horas de trabajo neto."¹²⁸

¡Doce horas de trabajo en la *workhouse* ideal, en la casa de terror de 1770! Sesenta y tres años más tarde, en 1833, cuando el Parlamento inglés rebajó en cuatro ramas industriales la jornada de trabajo a 12 horas completas, para los niños de 13 a 18 años, parecía haber llegado la hora del Juicio Final para la industria inglesa. En 1852, cuando Luis Bonaparte intentó ganar terreno entre la burguesía, atentando contra el día de trabajo legal, el pueblo obrero francés gritó como un solo hombre: "La ley que reduce la jornada de trabajo a 12 horas es el único bien que nos queda de la legislación de la república"¹²⁹. En Zurich, el trabajo de los niños mayores de 10 años se limitó a 12 horas; en Argovia, en 1862, se redujo de 12¹/₂ a 12 horas la jornada de los niños de 13 a 16 años; en Austria, en 1860, ocurre otro tanto para los niños entre 14 a 16 años¹³⁰. ¡Qué "progreso desde 1770!", exclamaría, "con exultación", Macaulay.

La "casa de terror" para los pobres, con la que el alma del capital soñara todavía en 1770, se alzó pocos años después como

¹²⁷ *An Essay etc.*, pp. 242, 243: "Such ideal workhouse must be made a 'House of Terror' y no un asilo para pobres, donde éstos reciban comida en abundancia, ropa de vestir abrigada y decente y trabajen sólo un poco".

¹²⁸ "In this ideal workhouse the poor shall work 14 hours in a day, allowing proper time for meal, in such manner that there shall remain 12 hours of neat labour" (l.c., p. 260). "Los franceses —dice el autor— se ríen de nuestras entusiastas ideas acerca de la libertad" (l.c., p. 78).

¹²⁹ "Se oponían a un trabajo de más de 12 horas diarias, sobre todo porque la ley que fijaba esa jornada era el único bien que les quedaba de la legislación de la república" (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Octob. 1855*, p. 80). La ley francesa del 5 de septiembre de 1850 sobre la jornada de 12 horas, versión aburguesada del decreto emitido por el gobierno provisional el 2 de marzo de 1848, era aplicable a todos los talleres sin distinción. Antes de esa ley, la jornada laboral en Francia era ilimitada. En las fábricas duraba 14, 15 y más horas. Véase *Des classes ouvrières en France, pendant l'année 1848*. Por Sr. Blanqui. Al señor Blanqui, al economista, no al revolucionario, el gobierno le había encargado realizar una encuesta acerca de la situación de los obreros.

¹³⁰ Bélgica se acredita también como Estado burgués modelo en lo referente a la regulación de la jornada laboral. Lord Howard de Walden, embajador plenipotenciario inglés en Bruselas, informa al *Foreign Office* [Ministerio de Relaciones Exteriores] con fecha 12 de mayo de 1862: "El ministro Rogier me manifestó que el trabajo infantil no se restringe en modo alguno por ley general o regulaciones locales; que el gobierno debatió durante los últimos tres años, en cada sesión, la idea de someter a las Cámaras una ley sobre esta materia, pero que siempre tropezó con un obstáculo insuperable en el temor celoso de establecer una ley en contradicción con el principio de la plena libertad de trabajo" (1).

gigantesca “casa de trabajo” para los obreros manufactureros mismos. Se llamó fábrica. Y esta vez, el ideal palideció ante la realidad...

**6. LA LUCHA POR LA JORNADA NORMAL DE TRABAJO.
RESTRICCION POR LEYES COERCITIVAS DEL DIA DE TRABAJO.
LEGISLACION FABRIL INGLESA DE 1833 A 1864**

Después de que el capital necesitara varios siglos para prolongar la jornada de trabajo hasta sus límites normales máximos, rebasándolos luego hasta llegar a las fronteras de la jornada natural de doce horas¹³¹, con el nacimiento de la gran industria en el último tercio del siglo XVIII se desató un movimiento arrollador, desenfrenado y violento como una avalancha. Todas las limitaciones impuestas por las costumbres y la naturaleza, la edad y el sexo, el día y la noche, saltaron en pedazos. Hasta los conceptos del día y de la noche, tan rústicamente simples en los viejos Estatutos, se desvanecieron y confundieron en tal medida que un juez inglés, todavía en 1860, hubo de manifestar una agudeza realmente talmúdica para declarar, “en calidad de fallo”, qué era el día y qué era la noche¹³². El capital celebraba sus orgías.

Tan pronto la clase obrera, aturdida por el estrépito de la producción, volvió un poco en sí, comenzó su resistencia, en primer lugar en el país natal de la gran industria, en Inglaterra. Sin embargo, las concesiones arrancadas por los obreros durante tres decenios fueron puramente nominales. De 1802 a 1833, el Parlamento promulgó 5 leyes laborales, pero fue lo suficientemente astuto de no votar ni un sólo céntimo para su ejecución forzosa, ni para el personal burocrático necesario, etc.¹³³ Las leyes quedaron en letra

¹³¹ “Es, sin duda alguna, muy deplorable que cierta clase de personas tenga que deslomarse trabajando durante 12 horas diarias. Si a eso añadimos el tiempo de las comidas y el requerido para ir y volver del taller, tendremos en los hechos 14 de las 24 horas del día... Dejando de lado el tema de la salud, espero que nadie se negará a reconocer que, desde el punto de vista moral, esta absorción completa del tiempo de la clase trabajadora, sin interrupción, desde la temprana edad de 13 años, y en las ramas industriales ‘libres’ desde antes aún, es extraordinariamente nociva y constituye un mal terrible... En interés de la moral pública, para formar una población laboriosa y dar a la gran masa del pueblo un razonable goce de la vida, debe insistirse en que en todas las ramas de la industria se reserve una parte del día de trabajo para el descanso y el recreo” (Leonard Horner en *Reports of Insp. of Fact. 31st Dec. 1841*).

¹³² Véase *Judgement of Mr. F. H. Otway, Belfast, Hilary Sessions, County Antrim 1860*.

¹³³ Es muy característico del régimen de Luis Felipe, del *roi bourgeois* [rey burgués], que nunca fuera aplicada la única ley fabril promulgada durante su reinado, la ley del 22 de marzo de 1841. Esta ley sólo atañe al trabajo infantil. Fija 8 horas para los niños entre 8 y 12 años, 12 horas para los muchachos de 12 a 16, etc., autoriza

muerta. "El hecho es que antes de la ley de 1833 se obligaba a los niños y jóvenes a trabajar (*were worked*) toda la noche, todo el día, o durante ambos *ad libitum* [arbitrariamente]." ¹³⁴

La jornada normal de trabajo en la industria moderna data recién de la ley fabril de 1833, vigente en las fábricas de algodón, lana, lino y seda. ¡Nada caracteriza mejor el espíritu del capital que la historia de la legislación fabril inglesa desde 1833 hasta 1864!

La ley de 1833 declara que la jornada usual en las fábricas debe comenzar a las cinco y media de la mañana y terminar a las ocho y media de la noche, y dentro de estos marcos, o sea, durante un período de 15 horas, se considera legal emplear a cualquier hora del día a los jóvenes (es decir, a personas entre 13 y 18 años), siempre que un mismo joven no trabaje más de 12 horas diarias, con excepción de ciertos casos especialmente previstos. La sección sexta de la ley determina "que en el transcurso del día a cada una de estas personas de jornada de trabajo restringida, se le concederá a lo menos hora y media para las comidas". Se prohibía, con la excepción que mencionaremos posteriormente, el empleo de niños menores de 9 años, y se restringía a 8 horas diarias el trabajo de niños entre los 9 y 13 años. Se prohibía el trabajo nocturno, es decir, según la ley, el trabajo entre las ocho y media de la noche y las cinco y media de la mañana, para todas las personas entre los 9 y 18 años.

Los legisladores estaban tan lejos de querer atentar contra la libertad del capital de absorber fuerza de trabajo adulta o contra lo que ellos llamaban "libertad del trabajo", que tramaron un sistema especial para prevenir las horribles consecuencias de la ley fabril.

"El gran defecto del sistema fabril, tal como se ha establecido en la actualidad —dice el primer informe del consejo central de la comisión del 25 de junio de 1833—, consiste en que crea la necesidad de extender el trabajo infantil hasta el límite máximo del día de trabajo de los adultos. El único remedio para evitar este mal, sin restringir el trabajo de los adultos, pues ello provocaría un mal mayor del que se quiere corregir, parece ser el plan de implantar dos turnos de niños." ^[92]

De ahí que este "plan", con el nombre de "sistema de relevos" (*System of Relays*: *relay* significa en inglés, al igual que en francés, el cambio de los caballos en las distintas postas) fue puesto en práctica, engancho desde las cinco y media de la mañana hasta la una y media de la tarde un turno de niños entre los 9 y 13 años, y desde la una y media hasta las ocho y media de la tarde un segundo turno, etc.

muchas excepciones permitiendo incluso el trabajo nocturno de niños de ocho años. En un país, donde cada ratón es administrado policíacamente, la fiscalización e imposición de la ley se dejaba a la buena voluntad de los "*amis du commerce*". Recién en 1853 se nombra en un solo departamento, en el *département du Nord*, un inspector de gobierno retribuido. No menos característico del desarrollo general de la sociedad francesa es el hecho de que la ley de Luis Felipe fuese la única en este ámbito en medio de toda una maraña de leyes promulgadas por la máquina legislativa francesa hasta la revolución de 1848.

¹³⁴ *Rep. of Insp. of Fact. 30th April 1860, p. 50.*

En recompensa a los señores fabricantes por haber ignorado, con la máxima insolencia, todas las leyes sobre el trabajo infantil promulgadas en los últimos 22 años, se les había dorado ahora nuevamente la píldora. El Parlamento dispuso que no trabajasen más de ocho horas después del 1 de marzo de 1834 los niños menores de 11 años, después del 1 de marzo de 1835, los menores de 12 años y después del 1 de marzo de 1836, los menores de 13. Este "liberalismo" tan indulgente con el "capital" era tanto más laudable cuanto que en sus informes testimoniales ante la Cámara de los Comunes el Dr. Farre, sir A. Carlisle, sir B. Brodie, sir C. Bell, Mr. Guthrie, etc., es decir, los más eminentes *physicians* [médicos] y *surgeons* [cirujanos] de Londres, habían declarado que había *periculum in mora!*¹³⁵. El Dr. Farre se expresó en términos aún más crudos:

"La legislación es asimismo necesaria para prevenir la muerte en todas las formas en que pueda ser ocasionada prematuramente, y es, sin duda éste" (el modo fabril), "el modo más cruel de provocarla"¹³⁵.

El mismo Parlamento "reformado" que, con su delicadeza para con los señores fabricantes, seguía reteniendo por años a niños menores de 13 en el infierno del trabajo fabril durante 72 horas semanales, prohibía, en cambio, desde un comienzo, a los plantadores — en la Ley de Emancipación, que otorgaba la libertad con cuantagotas — que hicieran trabajar a ningún esclavo negro por más de 45 horas semanales.

Pero el capital, no satisfecho, ni mucho menos, comenzó una estrepitosa campaña de agitación que duró varios años. La campaña principalmente giraba en torno a la edad de las categorías que, bajo el nombre de niños, no debían trabajar más de 8 horas y eran sometidas a una cierta escolaridad obligatoria. Según la antropología capitalista, la edad infantil terminaba a los 10, a lo sumo a los 11 años. Mientras más se acercaba la fecha de aplicación íntegra de la ley fabril, o sea, cuanto más se aproximaba al fatídico año 1836, tanto mayor era el furor de la chusma de los fabricantes. Y, en efecto, consiguieron amedrentar al gobierno en tal medida que éste propuso en 1835 rebajar el límite de la edad infantil de 13 a 12 años. Entre tanto, crecía amenazante la *pressure from without* [presión desde fuera]. A la Cámara de los Comunes le faltó valor y se negó a lanzar a niños de 13 años por más de ocho horas diarias entre las ruedas juggernautianas del capital¹³⁵; la ley de 1833 entró en pleno vigor, permaneciendo inalterada hasta junio de 1844.

Durante el decenio en que esta ley reguló, primero parcialmente y luego por completo, el trabajo en las fábricas, los informes oficiales

¹³⁵ "Legislation is equally necessary for the prevention of death, in any form in which it can be prematurely inflicted, and certainly this must be viewed as a most cruel mode of inflicting it"¹³⁴.

de los inspectores fabriles venían repletos de quejas acerca de la imposibilidad de su aplicación. Como la ley de 1833 dejaba a los señores del capital en libertad — en cualquier momento del período de quince horas, desde las cinco y media de la mañana hasta las ocho y media de la noche — de comenzar, interrumpir o finalizar la jornada de doce u ocho horas de cada “persona joven” y de cada “niño”, y les permitía, además, asignar a diversas personas distintas horas de comida, estos caballeros no tardaron en inventar un nuevo “sistema de relevos”, en el cual ya los caballos de trabajo no se cambiaban en determinadas postas, sino que se les enganchaba una y otra vez en cualquiera de ellas. No nos detendremos más en las delicias de este sistema, pues volveremos sobre él más adelante. Pero, a primera vista ya queda claro que este sistema anuló la ley fabril, no sólo en su espíritu sino también en su letra. Con este complicado sistema de contabilidad para cada “joven” y cada “niño”, ¿cómo podían los inspectores fabriles obligar a los fabricantes a respetar el tiempo de trabajo y las horas de comida determinadas legalmente? En gran parte de las fábricas pronto florecieron impunemente los brutales abusos de antaño. En un encuentro con el ministro del Interior (1844), los inspectores fabriles demostraron que, bajo el nuevo sistema de relevos, era imposible ejercer ningún control¹³⁶. Pero, entre tanto, las condiciones habían cambiado significativamente. Desde 1838, sobre todo, los obreros fabriles habían hecho de la ley de las diez horas su consigna económica a la par que hacían de la Carta¹⁹⁶¹ su consigna política. Tanto es así que una parte de los fabricantes, que había organizado sus empresas fabriles en correspondencia con la ley de 1833, abrumaba al Parlamento con memoriales acerca de la “competencia” inhumana de sus “falsos hermanos”, a quienes su mayor descaro o circunstancias locales más propicias permitían infringir la ley. Además, por mucho que el fabricante aislado quisiese dar rienda suelta a su vieja codicia, los ideólogos y dirigentes políticos de la clase de los fabricantes ordenaron un cambio de actitud y de lenguaje frente a los obreros. Habían abierto la campaña por la abolición de las leyes cerealeras, y requerían de la ayuda de los obreros para vencer! De ahí que prometieran no sólo doblarles la hogaza de pan¹⁹⁷¹, sino también hacer aprobar la ley de las diez horas al amparo del reino milenarista del *Free Trade* [librecambio]¹³⁷. Por tanto, menos aún podían oponerse a una medida que debía únicamente poner en vigencia la ley de 1833. Los tories, amenazados en lo más sagrado de sus intereses, la renta del suelo, prorrumpieron finalmente, con filantrópica indignación, en exclamaciones contra las “prácticas infames”¹³⁸ de sus enemigos.

¹³⁶ *Rep. of Insp. of Fact. 31st October 1849*, p. 6.

¹³⁷ *Rep. of Insp. of Fact. 31st October 1848*, p. 98.

¹³⁸ Por lo demás, Leonard Horner emplea oficialmente la expresión “*nefarious practices*” (*Reports of Insp. of Fact. 31st October 1859*, p. 7).

Así surgió la ley fabril adicional del 7 de junio de 1844, que entró en vigor el 10 de septiembre del mismo año. La ley incluye una nueva categoría de obreros protegidos: las mujeres mayores de 18 años. Se las equiparó a los jóvenes para todos los efectos, limitándose su trabajo a 12 horas, prohibiéndoseles el trabajo nocturno, etc. La legislación se veía, por primera vez, forzada a controlar directa y oficialmente también el trabajo de adultos. En el informe fabril de 1844-1845 se dice con ironía:

"No ha llegado a nuestro conocimiento ni un sólo caso en que mujeres adultas se hayan quejado de esta intromisión en sus derechos"¹³⁹.

El trabajo de los niños menores de 13 años se redujo a seis horas y media diarias y, bajo ciertas condiciones, a siete horas¹⁴⁰.

Para acabar con los abusos del falso "sistema de relevos", la ley estableció, entre otras, las siguientes especificaciones de importancia:

"La jornada laboral de los niños y jóvenes se contará a partir del momento en que cualquier niño o joven comience a trabajar en la fábrica por la mañana".

De tal modo, que si *A*, por ejemplo, empieza el trabajo a las ocho de la mañana y *B* a las diez, la jornada de *B* deberá terminar a la misma hora que la de *A*. El comienzo del día laboral se marcará por un reloj público, v. gr., el reloj de la estación ferroviaria más próxima, según el cual deberá ajustarse la campana de la fábrica. El fabricante tendrá que fijar en el establecimiento un cartel, impreso en caracteres grandes, donde se indiquen el comienzo, el fin y las pausas de la jornada de trabajo. Los niños que empiezan su trabajo antes del mediodía no podrán ser empleados nuevamente después de la una de la tarde. Por tanto, el turno de la tarde deberá estar compuesto por niños diferentes al de la mañana. La hora y media para el almuerzo tendrá que ser concedida al mismo tiempo a todos los obreros protegidos, una hora, por lo menos, antes de las tres de la tarde. Los niños y jóvenes no podrán trabajar más de 5 horas antes de la una de la tarde, sin concedérseles, a lo menos, media hora de descanso para comer. Los niños, jóvenes y mujeres no deberán permanecer durante las comidas en ninguna dependencia de la fábrica en que se desarrolle algún tipo de proceso laboral, etc.

Como hemos visto, estas minuciosas especificaciones que ajustan a campanadas, de un modo militarmente uniforme, los períodos, límites y pausas del trabajo, no eran, ni mucho menos, producto de cavilaciones parlamentarias. Se desarrollaron paso a paso a partir de las relaciones existentes, como leyes naturales del régimen de producción moderno. Su formulación, sanción oficial y proclamación estatal fueron resultado de largas luchas de clases. Una de sus

¹³⁹ *Rep. etc. for 30th Sept. 1844*, p. 15.

¹⁴⁰ La ley permite emplear niños durante diez horas siempre que no trabajen días seguidos, sino un día sí y otro no. En general, esta cláusula no fue utilizada.

consecuencias más inmediatas fue que la práctica sometiese a las mismas restricciones también la jornada de trabajo de los obreros varones adultos en las fábricas, por cuanto en la mayoría de los procesos de producción era imprescindible la cooperación de los niños, jóvenes y mujeres. De ahí que durante el período de 1844 a 1847 la jornada de trabajo de doce horas rigiese de manera general y uniforme en todas las ramas industriales sometidas a la legislación fabril.

Sin embargo, los fabricantes no permitieron este "progreso" sin un "retroceso" compensatorio. A instancias suyas, la Cámara de los Comunes redujo de 9 a 8 años la edad mínima de los niños empleados, con el fin de asegurar al capital "el suministro adicional de niños para las fábricas" a que tenía derecho ante Dios y ante la ley¹⁴¹.

Los años 1846-1847 hacen época en la historia económica de Inglaterra. ¡Se revocan las leyes cerealeras, se eliminan los aranceles a la importación del algodón y otras materias primas, se declara el librecambio como estrella orientadora de la legislación! Dicho en pocas palabras, comenzaba el reino milenario. De otra parte, en los mismos años, el movimiento cartista y la agitación por la ley de las diez horas alcanzaban su cima. Los obreros encontraban aliados en los tories, deseosos de venganza. Pese a la resistencia fanática del desleal ejército librecambista, con Bright y Cobden a la cabeza, el Parlamento aprobó la ley de las diez horas, aspirada por tanto tiempo.

La nueva ley fabril del 8 de junio de 1847 decretaba que el 1° de julio del mismo año entraría en vigencia una reducción previa de la jornada de trabajo a 11 horas para las "personas jóvenes" (de 13 a 18 años) y de todas las obreras, y el 1° de mayo de 1848, la reducción definitiva a 10 horas. En lo demás, la ley no hacía más que modificar y adicionar las leyes de 1833 y 1844.

El capital inició una campaña preliminar para impedir la aplicación íntegra de la ley el 1° de mayo de 1848. Los mismos obreros, supuestamente alleccionados por la experiencia, deberían ayudar a destruir su propia obra. El momento estaba hábilmente elegido.

"Debemos recordar que la espantosa crisis de 1846-1847 causó grandes daños a los obreros fabriles, pues muchas fábricas trabajaban sólo parte de la jornada y otras estaban completamente paralizadas. De ahí que un número significativo de obreros se encontrase en una situación estrechísima, muchos estaban endeudados. Se podía, por tanto, suponer con cierta seguridad que preferirían una jornada más larga para reponer las pérdidas sufridas, tal vez para cancelar las deudas o sacar los muebles de la casa de empeños, reponer los trastos vendidos o adquirir nuevas prendas de vestir para sí y sus familias."¹⁴²

¹⁴¹ "Como una reducción en su tiempo de trabajo llevaría a colocar a un gran número" (de niños), "se pensó que el suministro adicional de niños de 8 a 9 años cubriría esta mayor demanda" (l.c., p. 13).

¹⁴² *Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1848*, p. 16.

Los señores fabricantes trataron de acentuar los efectos naturales de estas circunstancias mediante una rebaja general de salarios del 10%. Ello ocurría, por decirlo así, en consagración de la nueva era librecambista. Luego siguió una nueva disminución del $8\frac{1}{3}\%$ tan pronto se redujo la jornada laboral a 11 horas, y del doble al limitarse definitivamente la jornada a 10 horas. Por tanto, donde lo permitió la situación, se impuso una rebaja salarial a lo menos del 25%¹⁴³. Bajo condiciones preparadas de un modo tan favorable se inició entre los obreros una campaña por la revocación de la ley de 1847. No se despreció ni un solo método de engaño, seducción y amenaza, pero todo resultó vano. Respecto a la media docena de peticiones en las que los obreros se quejaban de la "opresión causada por la ley", los mismos peticionarios declararon, al interrogárseles oralmente, que sus firmas les habían sido arrancadas por la fuerza. "Eran oprimidos, pero no precisamente por la ley fabril."¹⁴⁴ Pero, como los fabricantes no lograron hacer hablar a los obreros en el sentido deseado, gritaron más fuerte, en la prensa y el Parlamento, en nombre de los trabajadores. Denunciaron a los inspectores fabriles como a un cierto género de comisarios de la Convención¹⁹⁸¹ que en aras de sus quimeras de redención universal sacrificaban cruelmente a los infelices obreros. Pero, también esta maniobra fracasó. El inspector fabril Leonard Horner interrogó personalmente, o a través de sus subinspectores, a numerosos testigos en las fábricas de Lancashire. Cerca del 70% de los obreros consultados se declaró a favor de la jornada de 10 horas, una proporción mucho menor abogó por la de 11 y una minoría completamente insignificante se pronunció por la jornada antigua de 12 horas¹⁴⁵.

Otra maniobra "amistosa" consistía en hacer trabajar a los obreros varones adultos de 12 a 15 horas y presentar después este hecho como la mejor expresión de los verdaderos deseos del proletariado. Sin embargo, el "despiadado" inspector fabril Leonard Horner se encontraba de nuevo en el lugar de los hechos. La mayoría de los que trabajaban horas adicionales declaró que

"preferían, con gusto, trabajar 10 horas por un salario menor, pero que no tenían ninguna posibilidad de elegir; había tantos desocupados entre ellos y tantos

¹⁴³ "Me encontré con que a personas cuya remuneración era de 10 chelines semanales se les descontaba un chelín a cuenta de la rebaja general de salarios del 10% y otro chelín y seis peniques por la reducción de las horas de trabajo; en suma: 2 chelines y 6 peniques, y a pesar de ello, la mayoría se mantenía fiel a la ley de las diez horas" (l.c.).

¹⁴⁴ "Al firmar la petición, dije en seguida que estaba haciendo algo malo. —Entonces, ¿por qué la firmó?— Porque de negarme me habrían lanzado a la calle. —El peticionario se sentía realmente 'oprimido', pero no precisamente por la ley fabril" (l.c., p. 102).

¹⁴⁵ L.c., p. 17. En el distrito del señor Horner se interrogó a 10.270 obreros varones adultos, en 181 fábricas. Sus declaraciones figuran en el apéndice del informe fabril correspondiente al semestre que finaliza en octubre de 1848. Estos testimonios ofrecen también en otros aspectos un material valioso.

hilanderos se veían obligados a trabajar de simples *piecers* [obreros a destajo] que si se negaban a realizar una jornada más larga, otros ocuparían de inmediato sus puestos, de manera que el dilema para ellos era: o trabajar una jornada más larga o quedarse en la calle¹⁴⁶.

La campaña preliminar del capital había fracasado, y el 1º de mayo de 1848 entró en vigor la ley de las diez horas. Pero, entretanto, el fracaso del partido cartista, cuyos dirigentes fueran encarcelados y su organización destruida, minó la confianza de la clase obrera inglesa en sí misma. Poco después, la insurrección parisiense de junio y su sangriento desenlace unieron, tanto en Europa continental como en Inglaterra, a todas las fracciones de las clases dominantes —terratenientes y capitalistas, tenderos y lobos especuladores de la Bolsa, proteccionistas y partidarios del libre comercio, gobierno y oposición, sacerdotes y librepensadores, jóvenes prostitutas y viejas monjas— bajo el grito común de salvar la propiedad, la religión, la familia y la sociedad. La clase obrera en todas partes era anatematizada, perseguida y sometida a la *loi des suspects*¹⁹¹. Los señores fabricantes no necesitaban, por consiguiente, andarse con miramientos. Se rebelaron abiertamente no sólo contra la ley de las diez horas, sino contra toda la legislación que, desde 1833, había intentado refrenar la “libre” explotación de la fuerza de trabajo. Fue una *proslavery rebellion*¹¹⁰⁰¹ en miniatura, desplegada durante más de dos años con cinismo desvergonzado y energía terrorista, tanto más baratos por cuanto el capitalista rebelado no arriesgaba más que el pellejo de sus obreros.

Para comprender lo que sigue, se debe recordar que las tres leyes fabriles —1833, 1844 y 1847— seguían en vigor, en la medida en que ninguna de ellas modificara a la anterior; de que estas leyes no restringían la jornada de trabajo de los obreros varones mayores de 18 años y de que desde 1833 el período de quince horas, desde las cinco y media de la mañana hasta las ocho y media de la noche, seguía siendo el “día” legal, en cuyos marcos y bajo las condiciones prescritas había de efectuarse el trabajo de 12 horas primero, y de 10 horas después, de jóvenes y mujeres.

Los fabricantes empezaron a despedir aquí y allá una parte, a veces la mitad, de los jóvenes y obreras empleados por ellos, y restituyeron, a cambio, entre los obreros varones adultos el trabajo nocturno casi desaparecido. ¡La ley de las diez horas, clamaban, no les dejaba otra alternativa¹⁴⁷!

El segundo paso tuvo relación con las pausas legales para las comidas. Oigamos a los inspectores fabriles:

¹⁴⁶ L.c. Véanse las declaraciones números 69, 70, 71, 72, 92, 93, recogidas por el propio Leonard Horner, y las recogidas por el subinspector A., los números 51, 52, 58, 59, 62, 70 del *Apéndice*. Hay incluso un fabricante que dice toda la verdad tal cual es. Véase Nº 14, que sigue después de la Nº 265, l.c.

¹⁴⁷ *Reports etc. for 31st October 1848*, pp. 133, 134.

“Desde la restricción de la jornada a 10 horas de trabajo, los fabricantes afirman, aunque en la práctica no hayan llevado sus intenciones hasta las últimas consecuencias, que de trabajarse, v.gr., desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde, cumplen suficientemente con la ley si conceden para comer una hora, antes de las nueve de la mañana, y media hora después de las siete de la tarde, es decir, si conceden para comidas una hora y media. En algunos casos, permiten media hora o una hora entera para el almuerzo, pero insisten al mismo tiempo en que no están obligados, ni mucho menos, a incluir ninguna parte de la hora y media en el curso de la jornada laboral de 10 horas”¹⁴⁸.

Los señores fabricantes afirmaban, pues, que las disposiciones concienzudamente precisas de la ley de 1844 acerca de las horas de comida, sólo darían a los obreros permiso para comer y beber antes de entrar y después de salir de la fábrica, o sea, en sus casas! ¿Y por qué los obreros no habrían de almorzar antes de las nueve de la mañana? Sin embargo, los juristas de la Corona fallaron que las horas de comida fijadas por la ley

“han de concederse en pausas durante la jornada real de trabajo, y que es ilegal hacer trabajar sin interrupción durante diez horas, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde”¹⁴⁹.

Después de estas benévolas demostraciones, el capital preludió su revuelta dando un paso que se ajustaba a la letra de la ley de 1844 y que era, por ende, legal.

La ley de 1844 prohibía que niños de 8 a 13 años, ocupados antes de las 12 del día, fuesen empleados nuevamente después de la 1 de la tarde. ¡Pero no regulaba de ninguna manera el trabajo de 6 1/2 horas de los niños, cuyo tiempo de labor comenzaba al mediodía o más tarde! De ahí que los niños de ocho años pudiesen ser empleados, de comenzar su trabajo al mediodía, de 12 a 1, una hora; de 2 a 4 de la tarde, dos horas; y de 5 a 8 y media de la noche, 3 1/2 horas; ien suma las 6 1/2 legales! O todavía mejor. Para adaptar el trabajo de ellos al de los obreros varones adultos hasta las ocho y media de la noche, los fabricantes se limitaban a no darles ocupación antes de las dos de la tarde, i y entonces podían mantenerlos en la fábrica ininterrumpidamente hasta las ocho y media!

“Y ahora se reconoce de manera expresa que últimamente, a causa de las ansias de los fabricantes por hacer funcionar sus máquinas más de 10 horas, se ha introducido en Inglaterra la práctica de hacer trabajar a niños entre los ocho y los trece años de ambos sexos, una vez que hayan salido de la fábrica todos los jóvenes y mujeres, a solas con los hombres adultos hasta las ocho y media de la noche.”¹⁵⁰

Obreros e inspectores fabriles protestaban aduciendo razones higiénicas y morales. Pero el capital contestaba:

¹⁴⁸ *Reports etc. for 30th April 1848*, p. 47.

¹⁴⁹ *Reports etc. for 31st October 1848*, p. 130.

¹⁵⁰ *Reports etc.*, l.c., p. 142.

"¡De mis actos respondo yo! Reclamo mi derecho,
La multa y la prenda de mi pagaré"^[101].

De hecho, según datos estadísticos presentados a la Cámara de los Comunes el 26 de julio de 1850, el 15 de ese mes, 3.742 niños estaban sometidos en 257 fábricas a esta "práctica", a pesar de todas las protestas¹⁵¹. Pero, ¡esto no era aún suficiente! El ojo de lince del capital descubrió que la ley de 1844 no permitía que durante la mañana se realizase un trabajo de cinco horas sin por lo menos una pausa de 30 minutos para descansar; en cambio, no prescribía nada parecido para el trabajo vespertino. Exigió y obtuvo, por tanto, la satisfacción no sólo de que los niños obreros de ocho años se mataran trabajando incesantemente desde las dos de la tarde hasta las ocho y media de la noche, ¡sino también la de tenerlos hambrientos!

"Sí, de su corazón,
que así reza en el pagaré."¹⁵² [102]

Este aferrarse, propio de Shylock, a la letra de la ley de 1844, en la parte que regula el trabajo infantil, sólo prologaba la revuelta abierta contra dicha legislación en lo que se refiere a la regulación del trabajo de "jóvenes y mujeres". Recuérdese que la supresión del "falso sistema de relevos" constituía el objeto y el contenido fundamental de aquella ley. Los fabricantes iniciaron la revuelta con la simple declaración de que las secciones de la ley de 1844 que prohibían emplear a voluntad a jóvenes y mujeres en lapsos breves, elegidos arbitrariamente, de la jornada fabril de quince horas, habían sido

"relativamente inofensivas (*comparatively harmless*), mientras el tiempo de trabajo estuvo restringido a 12 horas. Bajo la ley de las diez horas, eran una injusticia (*hardship*) insoportable"¹⁵³.

Notificaron con la mayor serenidad a los inspectores que no cumplirían con la letra de la ley y que introducirían nuevamente, por su propia cuenta, el viejo sistema¹⁵⁴. Lo harían en interés de los propios obreros, malaconsejados,

¹⁵¹ *Reports etc. for 31st October 1850*, pp. 5, 6.

¹⁵² La naturaleza del capital es la misma tanto en sus formas rudimentarias como en las desarrolladas. En el código, que la influencia de los esclavistas impuso al territorio de Nuevo México poco antes de que estallara la guerra civil norteamericana, se dice: el obrero, dado que el capitalista ha comprado su fuerza "es su dinero (del capitalista)" (*The labourer is his (the capitalist's) money*). La misma concepción era usual entre los patricios romanos. El dinero prestado por ellos al deudor plebeyo se convertía, a través de los medios de vida de éste, en carne y sangre del deudor. Esta "carne y sangre" era, entonces, "su dinero". ¡De ahí la ley shylockiana de las Diez Tablas!^[103] La hipótesis de Linguet^[104] según la cual los acreedores patricios organizaban de cuando en cuando, del otro lado del Tiber, festines con la carne cocida de sus deudores, permanece tan poco fundamentada como la hipótesis de Daumer acerca de la eucaristía cristiana^[105].

¹⁵³ *Reports etc. for 31st October 1848*, p. 133.

¹⁵⁴ Entre otros, actuó así el filántropo Ashworth en una carta cuaquerescamente repugnante dirigida a Leonard Horner (*Rep. etc. Apr. 1849*, p. 4).

"para poderles pagar salarios más altos". "Este era el único plan posible para mantener, bajo la ley de las diez horas, la supremacía industrial de Gran Bretaña."¹⁵⁵ "Quizás sea un poco difícil descubrir las irregularidades bajo el sistema de relevos, pero, ¿qué importa eso? (*what of that?*) ¿Deben acaso tratarse como asuntos secundarios los grandes intereses fabriles de este país, con el fin de ahorrarles a los inspectores y subinspectores algunas molestias (*some little trouble?*)"¹⁵⁶

Todas estas artimañas no ayudaron, naturalmente, nada. Los inspectores fabriles procedieron judicialmente. Sin embargo, pronto cayó tal cúmulo de demandas de los fabricantes sobre el ministro del Interior, sir George Grey, que éste, en una circular de fecha 5 de agosto de 1848, recomendó a los inspectores que

"en general, no procedieran contra los infractores de la letra de la ley, mientras no quedase de manifiesto que se abusa del sistema de relevos para hacer trabajar a jóvenes y a mujeres por sobre las diez horas".

Basándose en esto, el inspector fabril J. Stuart autorizó en toda Escocia, durante el período de quince horas de la jornada fabril, el llamado sistema de turnos, que pronto floreció allí de la misma manera que antes. Los inspectores fabriles ingleses declararon, en cambio, que el ministro carecía de poderes dictatoriales para suspender el funcionamiento de las leyes y continuaron procediendo judicialmente contra los *proslavery rebels*.

¿Cuál era el sentido de llevar a los fabricantes ante los tribunales, si éstos, los *county magistrates*¹⁵⁷, los declaraban libres? En estos tribunales, los señores fabricantes se juzgaban a sí mismos. Un ejemplo. Un tal Eskrigge, hilandero de algodón de la firma Kershaw, Leese et Co., presentó al inspector fabril de su distrito el esquema de un sistema de relevos en su fábrica. La decisión fue negativa, y el fabricante adoptó al comienzo una actitud pasiva. Pocos meses después, un individuo de nombre Robinson, también hilandero de algodón —que si no era el Viernes*, en todo caso pariente de Eskrigge— comparecía ante los *Borough Justices* [jueces de paz urbanos] de Stockport, acusado de implantar un plan de relevos idéntico al inventado por Eskrigge. El tribunal estaba compuesto por cuatro jueces, de los cuales tres eran hilanderos de algodón, y a su cabeza se encontraba el mismo e infaltable Eskrigge. Este absolvió a Robinson y declaró que lo legal para Robinson lo era también para Eskrigge. Apoyándose en su propio fallo, de fuerza legal, introdujo de inmediato el sistema en

¹⁵⁵ *Reports etc. for 31st Oct. 1848*, p. 138.

¹⁵⁶ *L.c.*, p. 140.

¹⁵⁷ Estos *county magistrates*, los *great unpaid* [grandes impagos], como los llama W. Cobbett, son una especie de jueces de paz no retribuidos, designados entre los honorables de los condados. Constituyen, de hecho, los tribunales patrimoniales de las clases dominantes.

* El criado de Robinson Crusoe. — *Ed.*

su fábrica¹⁵⁸. Evidentemente la composición de estos tribunales era de por sí una infracción abierta de la ley¹⁵⁹.

"Este género de farsas judiciales", exclamaba el inspector Howell, "exigen urgente remedio... O se ajusta la ley a estos fallos o se hace que la administre un tribunal menos falible, que ajuste sus decisiones a la ley... en todos los casos de esta índole. ¡Cuánto deseamos que haya jueces retribuidos!"¹⁶⁰

Los juristas de la Corona declararon que era absurda la interpretación hecha de la ley de 1848 por los fabricantes, pero los redentores de la sociedad no se inmutaron lo más mínimo.

"Después que yo intentara —informa Leonard Horner— imponer la ley por medio de 10 acusaciones en siete distritos judiciales diferentes, y sólo en un caso fuera apoyado por los magistrados... consideré que era inútil toda futura acción judicial por transgresión de la ley. El apartado de la ley redactado para instaurar la uniformidad en las horas de trabajo... ya no existe en Lancashire. Tampoco dispongo, ni disponen mis subinspectores, de medio alguno para asegurarnos de que en las fábricas donde impera el llamado sistema de relevos los jóvenes y mujeres no estén ocupados por más de diez horas... A fines de abril de 1849, ya funcionaban con ese método, en mi distrito, 114 fábricas y últimamente su número aumenta con rapidez. En general, funcionan actualmente 13 1/2 horas, desde las 6 de la mañana hasta las 7 y media de la noche, en algunos casos 15 horas, desde las 5 y media de la mañana hasta las 8 y media de la noche."¹⁶¹

En diciembre de 1848, Leonard Horner contaba ya con una lista de 65 fabricantes y 29 capataces de fábrica que declaraban unánimemente que bajo este sistema de relevos ningún método de vigilancia podría impedir la más extensa difusión del sobretrabajo¹⁶². A veces los niños y jóvenes eran trasladados (*shifted*) del taller de hilado al de tejido, etc., en otras ocasiones de una fábrica a otra, durante las quince horas¹⁶³. ¡Cómo controlar un sistema

"que abusa de la palabra relevo para barajar la mano de obra, como si fueran naipes, en una infinita variedad y desplazar en el curso del día las horas de trabajo y descanso de los distintos individuos de tal modo que nunca el mismo grupo completo de obreros trabaje en el mismo lugar y al mismo tiempo"¹⁶⁴

Pero, prescindiendo por completo del verdadero sobretrabajo, ese llamado sistema de relevos era un engendro de la fantasía del ca-

¹⁵⁸ *Reports etc. for 30th April 1849*, pp. 21, 22. Compárense ejemplos análogos, l.c., pp. 4, 5.

¹⁵⁹ Por ley del primer y segundo año del reinado de Guillermo IV, cap. 29, p. 10, conocido como *Sir John Hobhouse's Factory Act*, se prohíbe que cualquier propietario de una hilandería o tejeduría de algodón —o los padres, hijos o hermanos de esos propietarios— desempeñe funciones de juez de paz en causas que atañen a la *Factory Act*.

¹⁶⁰ *Reports etc. for 30th April 1849*, [p. 22].

¹⁶¹ l.c., p. 5.

¹⁶² *Report etc. for 31st Oct. 1849*, p. 6.

¹⁶³ *Rep. etc. for 30th April 1849*, p. 21.

¹⁶⁴ *Rep. etc. for 31st Oct. 1848*, p. 95.

pital, no superado nunca por Fourier en sus bosquejos humorísticos de las *courtes séances*¹⁶⁵, sólo que la atracción del trabajo se había transformado en la atracción del capital. Obsérvense, por ejemplo, aquellos esquemas, creados por los fabricantes y elogiados por la prensa bienintencionada como demostración de lo que "puede lograr un grado razonable de cuidado y método" (*what a reasonable degree of care and method can accomplish*). El personal obrero era distribuido en ocasiones, en 12 a 15 categorías, cuyos componentes eran cambiados, por su parte, constantemente. Durante el período de quince horas de la jornada fabril, el capital atraía al obrero ya sea por 30 minutos, sea por una hora, rechazándolo después para atraerlo a la fábrica de nuevo y rechazarlo una vez más, haciéndolo correr de aquí para allá en retazos dispersos de tiempo, sin perder nunca el control sobre él hasta cumplir el lapso de diez horas de trabajo. Como si estuviesen en un espectáculo, las mismas personas debían aparecer alternativamente en las distintas escenas de los diversos actos. Pero, así como el actor está vinculado al escenario durante el transcurso completo del drama, los obreros pertenecían a la fábrica durante las quince horas, sin contar el tiempo requerido para ir y volver de ella. Las horas de descanso se transformaban así en horas de ociosidad forzosa, empujando al obrero joven a la taberna y a la obrera joven, al prostíbulo. Ante cada nueva ocurrencia tramada por el capitalista para mantener funcionando sus máquinas de 12 a 15 horas sin aumentar el personal obrero, el trabajador tenía que tragar su comida en este residuo de tiempo, o en otro. En la época de la agitación por las diez horas, los fabricantes clamaban que la chusma obrera presentaba sus peticiones con la esperanza de recibir un salario de doce horas por una jornada de diez. Ahora habían dado vuelta a la medalla. ¡Pagaban un salario de diez horas por disponer de la fuerza de trabajo 12 a 15 horas¹⁶⁵! ¡Esta era la madre del cordero, era la edición patronal de la ley de las diez horas! Eran estos los mismos librecambistas llenos de unción y desbordantes de amor al prójimo, que a lo largo de diez años, durante la agitación contra las leyes cerealeras, habían demostrado a los obreros, calculando incluso los chelines y los peniques, que con la libre importación del trigo y con los medios de la industria inglesa diez horas de trabajo bastarían plenamente para enriquecer a los capitalistas¹⁶⁶.

Finalmente, la revuelta del capital, que ya duraba dos años, fue culminada con el fallo de uno de los cuatro tribunales superiores de Inglaterra, la *Court of Exchequer*, la cual, en un caso presentado ante ella, dictaminó el 8 de febrero de 1850 que si bien era cierto que

¹⁶⁵ Véase *Reports etc. for 30th April 1849*, p. 6, y la extensa explicación del *shifting system* [sistema de traslados] de los inspectores fabriles Howell y Saunders en *Reports etc. for 31st. Oct. 1848*. Véase también la petición presentada a la reina por el clero de Ashton y alrededores, en la primavera de 1849, contra el *shift system*.

¹⁶⁶ Cfr., v.gr., *The Factory Question and the Ten Hours Bill*, de R. H. Greg, 1837.

los fabricantes actuaban contra el sentido de la ley de 1844, la misma ley contenía varias disposiciones que la hacían absurda. "Con este fallo se derogaba la ley de las diez horas."¹⁶⁷ Un sinnúmero de fabricantes que hasta ese momento se habían abstenido de aplicar el sistema de relevos a jóvenes y a mujeres trabajadoras, se aferraron a él con ambas manos¹⁶⁸.

Sin embargo, esta victoria aparentemente definitiva del capital provocó una reacción inmediata. Hasta ese instante, los obreros habían ofrecido una resistencia pasiva, aunque irreductible y renovada diariamente. Ahora, protestaron vigorosamente en manifestaciones amenazadoras en Lancashire y Yorkshire. ¡La supuesta ley de las diez horas, pues, no era más que un embuste, un engaño parlamentario, y nunca ha existido! Los inspectores fabriles advertían con insistencia al gobierno, señalándole que el antagonismo de clase había alcanzado una tensión increíble. Hubo incluso no pocos fabricantes que murmuraban:

"Como producto de los fallos contradictorios de los tribunales impera un estado de cosas completamente anormal y anárquico. Una ley rige en Yorkshire, otra en Lancashire; una ley tiene vigor en una parroquia de Lancashire, otra en la cercanía inmediata de ella. El fabricante en las grandes ciudades puede eludir la ley, pero en las zonas rurales no encontrará personal requerido para el sistema de relevos y todavía menos obreros para trasladarlos de una fábrica a otra, etc."

La igualdad en la explotación de la fuerza de trabajo es el primer derecho humano del capital.

En estas condiciones, se llegó a un compromiso entre fabricantes y obreros sellado por el Parlamento en una nueva ley fabril adicional, de fecha 5 de agosto de 1850. La jornada laboral de los "jóvenes y mujeres" se aumentaba en los primeros cinco días de la semana de 10 a 10 $\frac{1}{2}$ horas, disminuyéndose el sábado a 7 $\frac{1}{2}$ horas. El trabajo debía efectuarse entre las seis de la mañana y las seis de la tarde¹⁶⁹, con intervalos de hora y media para las comidas a concederse simultáneamente y de acuerdo a las disposiciones de 1844. De este modo, se ponía fin, de una vez por todas, al sistema de relevos¹⁷⁰. En cuanto al trabajo infantil, seguía rigiendo la ley de 1844.

Una parte de los fabricantes se aseguró en esta ocasión, como en el pasado, determinados derechos señoriales sobre los niños pro-

¹⁶⁷ F. Engels. *Die englische Zehnstundenbill*, en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, editada por mí, cuaderno de abril de 1850, p. 13. El mismo tribunal "superior" descubrió también, durante la guerra civil norteamericana, una ambigüedad verbal que convertía la ley contra el equipamiento de buques piratas precisamente en su contrario.

¹⁶⁸ *Rep. etc. for 30th April 1850.*

¹⁶⁹ En invierno, podía realizarse entre las siete de la mañana y las siete de la tarde.

¹⁷⁰ "La ley actual" (1850) "fue un compromiso, por el cual los obreros renunciaron al beneficio de la ley de las diez horas a cambio de la ventaja de comenzar y finalizar el trabajo de manera uniforme en el caso de las personas afectas a limitaciones" (*Reports etc. for 30th April 1852*, p. 14).

letarios. Se trataba de los fabricantes de seda. En 1833 habían reclamado amenazadoramente "que si se les quitaba la libertad de hacer trabajar a niños de cualquier edad 10 horas al día, sus fábricas quedarían paralizadas" (*if the liberty of working children of any age for 10 hours a day was taken away, it would stop their works*). Alegaban que les sería imposible comprar el número necesario de niños mayores de 13 años. Obtuvieron el privilegio deseado. El pretexto resultó ser, según una investigación posterior, un mero engaño¹⁷¹, lo que, sin embargo, no impidió a los fabricantes por espacio de un decenio exprimir durante 10 horas diarias seda de la sangre de niños pequeños a los cuales debía subirse en sillas para realizar su trabajo¹⁷². Es cierto que la ley de 1844 les "robaba" la "libertad" de hacer trabajar más de 6 1/2 horas a los niños menores de 11 años; pero, a cambio, les garantizaba el privilegio de explotar durante 10 horas diarias a niños entre los 11 y los 13 años, revocando la enseñanza escolar obligatoria vigente para otros niños proletarios. El pretexto esta vez era:

"La delicadeza de la tela requiere de una ligereza en el tacto que sólo puede adquirirse ingresando a la fábrica a temprana edad"¹⁷³.

Y por tener dedos delicados los niños eran sacrificados al igual que el ganado bovino en el sur de Rusia para aprovechar el cuero y el sebo. Por fin, en 1850, el privilegio concedido en 1844 fue limitado a los talleres de torcido y devanado de seda, pero en ellos, para compensar las pérdidas del capital despojado de su "libertad", se incrementaba el tiempo de trabajo de los niños entre 11 y 13 años de 10 a 10 1/2 horas. Se pretextó: "El trabajo en las fábricas de seda es más fácil que en las restantes fábricas y en ningún caso tan dañino para la salud"¹⁷⁴. Una investigación médica oficial demostró posteriormente que, al revés,

"la mortalidad media en los distritos sederos era excesivamente alta, y entre la parte femenina de la población incluso superior que en los distritos algodoneros de Lancashire"¹⁷⁵.

¹⁷¹ *Reports etc. for 30th Sept. 1844*, p. 13.

¹⁷² L.c.

¹⁷³ "The delicate texture of the fabric in which they were employed requiring a lightness of touch, only to be acquired by the early introduction to these factories" (*Rep. etc. for 31st Oct. 1846*, p. 20).

¹⁷⁴ *Reports etc. for 31st Oct. 1861*, p. 26.

¹⁷⁵ L.c., p. 27. En general, el estado físico de la población obrera sometida a la legislación fabril ha mejorado mucho. Todos los testimonios médicos coinciden en ello, y mis propias observaciones, realizadas en distintos períodos, me han convencido de lo mismo. Sin embargo, e incluso si nos abstraemos de la monstruosa tasa de mortalidad infantil en los primeros años de vida, los informes oficiales del Dr. Greenhow muestran el desfavorable estado de salud en los distritos fabriles en comparación con los "distritos agrícolas de salubridad normal". Para demostrarlo reproducimos la siguiente tabla de su informe de 1861:

A pesar de las protestas de los inspectores fabriles, repetidas en cada semestre, los abusos perduran hasta el momento¹⁷⁶.

La ley de 1850 sólo en lo referente a "personas jóvenes y mujeres" convirtió el período de quince horas que iba desde las cinco y media de la mañana hasta las ocho y media de la noche, en otro de doce, entre las seis de la mañana y las seis de la tarde. Es decir, no lo hizo en el caso de los niños, que continuaron entretanto empleados media hora antes y 2 1/2 horas después de dicho lapso, aunque la duración total de su trabajo no podía superar las 6 1/2 horas. Durante la discusión de la ley, los inspectores fabriles presentaron al Parlamento estadísticas dando a conocer los infames abusos cometidos aprovechando esta anomalía. Pero no sirvió de nada. En el trasfondo, acechaba el anhelo de incrementar nuevamente a quince horas, en los años de prosperidad, la jornada de los obreros adultos aprovechando a los niños. La experiencia de los tres años posteriores demostró que tales esfuerzos fracasarían debido a la oposición de los obreros varones adultos¹⁷⁷. En consecuencia, en 1853, la ley de 1850 fue finalmente complementada con la prohibición de "emplear a niños por la mañana antes y por la tarde después de los jóvenes y mujeres". Desde entonces, la ley fabril de 1850 regula en las ramas industriales incluidas en ella, con escasas excepciones, el día de trabajo de todos los obreros¹⁷⁸.

Porcentaje de hombres adultos ocupados en las manufacturas	Tasa de mortalidad a causa de afecciones pulmonares por cada 100 mil hombres	Nombre del distrito	Tasa de mortalidad a causa de afecciones pulmonares por cada 100 mil mujeres	Porcentaje de mujeres adultas ocupadas en las manufacturas	Tipo de ocupación de las mujeres
14,9	598	Wigan	644	18,0	algodón
42,6	708	Blackburn	734	34,9	—"
37,3	547	Halifax	564	20,4	lana
41,9	611	Bradford	603	30,0	—"
31,0	691	Macclesfield	804	26,0	seda
14,9	588	Leek	705	17,2	—"
36,6	721	Stoke-upon-Trent	665	19,3	cerámica
30,4	726	Woolstanton	727	13,9	—"
—	305	Ocho distritos agrícolas salubres	340	—	—

¹⁷⁶ Se sabe el desgano con que los "librecambistas" ingleses negaron a la manufactura de la seda los aranceles protectores. Ahora, la carencia de protección de los niños fabriles ingleses ocupa, pues, el lugar de la protección contra las importaciones francesas.

¹⁷⁷ *Reports etc. for 30th April 1853*, p. 31.

¹⁷⁸ En los años de auge de la industria inglesa del algodón —1859 y 1860— algunos fabricantes, utilizando como carnada mayores salarios en el tiempo extra, intentaron atraer a los hilanderos varones adultos, etc., a apoyar la extensión de la jornada laboral. Los hilanderos manuales y los *self-actor minders* pusieron fin al experimento mediante un memorándum entregado a sus empleadores en el que se expresa, entre otras cosas: "Hablando sinceramente, la vida es para nosotros una

Desde la promulgación de la primera ley fabril había transcurrido medio siglo¹⁷⁹.

La legislación se salió de su esfera primitiva por primera vez mediante el *Printworks' Act* (ley sobre las fábricas de estampados de percal) de 1845. La molestia con que el capital permitió esta nueva "extravagancia" se desprende de cada línea de la ley. Limita a 16 horas la jornada de los niños entre 8 y 13 años y de las mujeres, entre las seis de la mañana y las 10 de la noche, sin fijar pausas legales para las comidas. La ley permite explotar a los obreros varones mayores de 13 años día y noche sin limitaciones¹⁸⁰. Esta ley es un aborto parlamentario¹⁸¹.

Sin embargo, el principio se impuso al vencer en las grandes ramas de la industria, que constituyen la expresión propiamente tal del régimen de producción moderno. Su notable desarrollo entre 1853 y 1860, registrado al mismo tiempo del renacimiento físico y moral de los obreros fabriles, fue visible hasta para los más cortos de vista. Los mismos fabricantes, a quienes se había arrancado paso a paso, en una guerra civil de medio siglo, las restricciones legales y las reglas de la jornada laboral, señalaban jactándose el contraste entre sus industrias y las ramas de explotación aún "libre"¹⁸². Los fariseos de la "economía política" proclamaron como un nuevo logro característico de su "ciencia" la comprensión de la necesidad de una jornada laboral regulada legalmente¹⁸³. Se comprenderá fácilmente que luego que los magnates fabriles se sometieran a lo inevitable y se conformasen con ello, la fuerza de resistencia del capital fue debilitándose, mientras que iba aumentando el empuje de la clase obrera conforme se multiplicaba el número de sus aliados en las capas sociales

carga, y por cuanto estamos encadenados a la fábrica casi dos días más a la semana" (20 horas) "que los restantes obreros, nos sentimos como ilotas en este país y nos reprobamos el contribuir a eternizar un sistema que nos daña a nosotros y a nuestros descendientes, física y moralmente... Advertimos, pues, respetuosamente que desde el inicio de año no trabajaremos ni un minuto más de las 60 horas semanales, de seis de la mañana a seis de la tarde, descontando las pausas legales de 1 1/2 horas" (*Reports etc. for 30th April 1860*, p. 30).

¹⁷⁹ Sobre los medios que brinda la redacción de esta ley para su transgresión, véase el *Parliamentary Return "Factories Regulation Acts"* (6 de agosto de 1859) y en su texto las *Suggestions for Amending the Factory Acts to enable the Inspectors to prevent illegal working, now become very prevalent*, de Leonard Horner.

¹⁸⁰ "En mi distrito durante el último semestre" (1857) "los niños de ocho y más años han sido martirizados, de hecho, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche" (*Reports etc. for 31st October 1857*, p. 39).

¹⁸¹ "La ley sobre las fábricas de estampados de percal es un desacierto indiscutido, tanto en lo que respecta a sus medidas educacionales como en lo relativo a la protección del trabajo" (*Reports etc. for 31st Oct. 1862*, p. 52).

¹⁸² Así, v.gr., E. Potter en carta al *Times* del 24 de marzo de 1863. El *Times* le recuerda la revuelta de los fabricantes contra la ley de las diez horas.

¹⁸³ Así, entre otros, el señor W. Newmarch, colaborador y editor de la *History of Prices* de Tooke. ¿Constituye acaso un progreso científico hacer cobardes concesiones a la opinión pública?

no interesadas directamente en el asunto. De ahí, el progreso, relativamente rápido, producido desde 1860.

En 1860, la ley fabril de 1850 se extendió a las tintorerías y talleres de blanqueo¹⁸⁴; en 1861 ocurrió otro tanto con las fábricas de encajes y empresas de medias. Como resultado del primer informe de la Comisión de Empleo Infantil (1863), corrieron la misma suerte las manufacturas de todas las cerámicas (no sólo de alfarería), de fósforos, pistones, cartuchos, papel de empapelado, de corte de gamuza (*fustian cutting*) y numerosos procesos resumidos en la expresión de *finishing* (último apresto). En el año 1863 fueron sometidas a leyes especiales las "blanquerías al aire libre"¹⁸⁵ y las panaderías; la pri-

¹⁸⁴ La ley sobre los talleres de blanqueo y tintorerías, promulgada en 1860, determinó que la jornada laboral fuese reducida desde el 1 de agosto de 1861 temporalmente a 12 horas y a partir del 1 de agosto de 1862, definitivamente a 10 horas, es decir, a 10 ¹/₂ horas los días de semana y a 7 ¹/₂ horas los sábados. Pero, cuando llegó el maléfico año 1862, se repitió la vieja farsa. Los señores fabricantes elevaron una petición al Parlamento demandando que se permitiese durante un año más el empleo de jóvenes y mujeres por doce horas... "Dado el estado actual del negocio" (era la época de hambre de algodón), "sería una gran ventaja para los obreros si se les permitiese trabajar 12 horas diarias y obtener el mayor salario posible... Ya se había logrado presentar en la Cámara de los Comunes un proyecto de ley al respecto. Pero, la iniciativa fracasó debido a la agitación de los obreros en las blanquerías de Escocia" (*Reports etc. for 31st Oct. 1862*, pp. 14, 15). Así, vencido por los mismos obreros, en cuyo nombre presumía hablar, el capital descubrió, en ese momento, con ayuda de lentes jurídicos, que la ley de 1860, como todas las leyes parlamentarias en "defensa del trabajo", estaba redactada en términos confusos, ofreciendo un pretexto para excluir de sus efectos a los *calenderers* [aprensadores] y *finishers* [aprestadores]. La judicatura inglesa, siempre fiel vasallo del capital, sancionó este juego casuístico en el tribunal de *Common Pleas* [derecho civil]. "Ello ha provocado gran descontento entre los obreros y es muy lamentable que la clara intención de la legislación sea frustrada con el pretexto de una definición verbal deficiente" (l.c., p. 18).

¹⁸⁵ Los "blanqueadores al aire libre" se habían excluido de la ley de 1860 sobre "talleres de blanqueo" con la falacia de que no explotaban a mujeres en la noche. El engaño fue descubierto por los inspectores fabriles; al mismo tiempo, las peticiones de los obreros sacaban al Parlamento de sus creencias idílicas acerca de las "blanquerías al aire libre", en "frescos y fragantes prados". En estas blanquerías se utilizan cámaras de secado a una temperatura de 90 hasta 100° Fahrenheit [32 a 38°C], en las cuales trabajan principalmente muchachas. *Cooling* (enfriamiento) es el término técnico para expresar las ocasionales salidas al aire libre desde la cámara de secado. "Quince muchachas en la cámara de secado. Un calor de 80 a 90° [27 a 32°C] para el lienzo, de 100° [38°C] y más para las *cambrics* [batistas]. Doce muchachas planchan y pliegan (las *cambrics*, etc.) en una pequeña pieza cerrada de diez pies de largo por diez de ancho, con una estufa bien cerrada en el centro. Las muchachas se agrupan alrededor de la estufa que irradiaba un calor terrible y seca rápidamente las *cambrics* para el planchado. Las horas de trabajo de esta 'mano de obra' no tiene límites. Si hay necesidad, trabajan muchos días seguidos hasta las nueve o doce de la noche" (*Reports etc. for 31st Oct. 1862*, p. 56). Un médico testimonia: "No se conceden horas especiales para refrescarse, pero, si la temperatura sube demasiado o las manos de las obreras se llenan de sudor, se les permite salir unos cuantos minutos... Mi experiencia en el tratamiento de las enfermedades que sufren estas obreras me obliga a constatar que el estado de su salud está muy por debajo del de las hilanderas de algodón" (y el capital las había presentado, en sus peticiones al Parlamento, como rebosantes de salud, a la manera de Rubens). "Sus enfermedades más comunes

mera de ellas prohibía, entre otras cosas, el trabajo nocturno de los niños, jóvenes y mujeres (desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana), y la segunda, el empleo de aprendices de panaderos menores de 18 años entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana. Volveremos más adelante a proposiciones posteriores de la mencionada Comisión que, excepción hecha de la agricultura, las minas y el transporte, amenazaba con despojar a todas las principales ramas industriales inglesas de su "libertad"^{185a}.

7. LA LUCHA POR LA JORNADA NORMAL DE TRABAJO. REPERCUSION DE LA LEGISLACION FABRIL INGLESA EN OTROS PAISES

El lector recordará que la producción de plusvalor, o sea, la extracción de plus-trabajo, constituye el contenido específico y la finalidad de la producción capitalista, dejando de lado la transformación del régimen de producción mismo, emanada de la subordinación del trabajo al capital. Recordará que desde el punto de vista desarrollado en nuestra exposición hasta el momento, sólo el obrero independiente y, por tanto, legalmente mayor de edad contrata, como vendedor de su mercancía, con el capitalista. Entonces, si en nuestro esbozo histórico desempeñan un papel primordial, de una parte, la industria moderna y, de otra, el trabajo de menores de edad tanto en sentido físico como legal, la primera era considerada como una esfera particular y el segundo, únicamente como un ejemplo peculiar convincente de la succión de trabajo. No obstante, sin anticiparnos a la exposición posterior, del simple vínculo de los sucesos históricos se desprende:

Primero: en las ramas revolucionadas en primer término por el agua, el vapor y la maquinaria, en esas primeras creaciones del régimen de producción moderno, en las hilanderías y tejedurías de algo-

son: tisis, bronquitis, afecciones uterinas, histerismo en sus formas más espantosas y reumatismo. Todas estas dolencias provienen, a mi parecer, directa o indirectamente, del aire demasiado caldeado en las piezas donde trabajan y de la falta de ropa confortable para protegerse al ir a casa, en los meses invernales, de la fría y húmeda atmósfera" (l.c., pp. 56, 57). Los inspectores fabriles señalan con relación a la ley adicional de 1863, impuesta dificultosamente a los joviales propietarios de "blanquerías al aire libre": "Esta ley no sólo falla al no otorgar a los obreros la protección que pareciera brindar... Está formulada de tal manera que la protección recién tiene lugar al momento de descubrirse niños y mujeres trabajando después de las ocho de la noche, y aun así, el método de pruebas está articulado en tales términos que es casi imposible imponer un castigo" (l.c., p. 52). "Como ley destinada a fines humanitarios y educacionales, es un fracaso. Dificilmente puede considerarse humanitario permitir, lo que equivale a compeler, a mujeres y niños a trabajar 14 horas diarias, con o sin comidas, de acuerdo al caso, e incluso aún más horas, sin límites de edad, sin diferencias de sexo y sin tomar en consideración las costumbres sociales de las familias en el lugar en que se encuentran situadas las blanquerías" (*Reports etc. for 30th April 1863*, p. 40).

^{185a} (Nota a la 2a edición.) Desde 1866, cuando escribí lo que figura en el texto, ha sobrevenido una nueva reacción.

dón, lana, lino, seda, se satisface por primera vez la aspiración del capital por prolongar desmedida y brutalmente la jornada de trabajo. El régimen material de producción modificado y las relaciones sociales de los productores, alteradas en correspondencia¹⁸⁶, causan primero excesos desmedidos y provocan luego, en contrapeso, el control social que limita, regula y uniforma legalmente la jornada laboral y sus pausas. Este control aparece, por tanto, en la primera mitad del siglo XIX, como simple legislación excepcional¹⁸⁷. Apenas conquistara el espacio originario del nuevo régimen de producción, resultó que, entretanto, no sólo muchas otras ramas de producción habían ingresado al régimen fabril propiamente tal, sino que manufacturas con modos de producción más o menos caducos, tales como la alfarería, vidriería, etc., oficios de antigua tradición, como la panificación, e incluso, finalmente, el disperso trabajo llamado casero, como la producción de clavos, etc.¹⁸⁸, hacía mucho que habían sido sometidos a la explotación capitalista, del mismo modo que la fábrica. La legislación fue obligada, por ello, a desprenderse paulatinamente de su carácter excepcional o, allí donde procede casuísticamente al modo romano, como en Inglaterra, declarar a voluntad fábrica (*factory*) toda aquella casa en que se trabajase¹⁸⁹.

Segundo: la historia de la regulación del día de trabajo en algunas ramas de la producción, y en otras, la lucha por esta regulación, que aún prosigue, demuestran palmariamente que, en cierto peldaño de madurez de la producción capitalista, el obrero aislado, el trabajador como vendedor "libre" de su fuerza de trabajo, es sometido sin resistencia. El establecimiento de una jornada laboral normal es, por tanto, producto de una larga y más o menos oculta guerra civil entre la clase capitalista y la clase obrera. Como la lucha se inicia en el ámbito de la industria moderna, comienza en la patria de ésta, en Inglaterra¹⁹⁰. Los obreros fabriles ingleses fueron los luchadores de van-

¹⁸⁶ "El comportamiento de cada una de estas clases" (de los capitalistas y los obreros) "era el resultado de la situación relativa en que se encontraban puestas" (*Reports etc. for 31st Oct. 1848*, p. 113).

¹⁸⁷ "Los empleos sujetos a limitaciones estaban ligados a la producción de textiles con ayuda del vapor o la fuerza hidráulica. Un empleo para ser sujeto a inspección debía cumplir con dos condiciones, a saber: el uso del vapor o la fuerza hidráulica y la elaboración de ciertas fibras especificadas" (*Reports etc. for 31st Oct. 1864*, p. 8).

¹⁸⁸ Acerca de la situación en esta llamada industria casera véase el material, sumamente abundante, contenido en los últimos informes de la *Children's Employment Commission*.

¹⁸⁹ "Las leyes del último período de sesiones" (1864) "...abarcan una diversidad de ocupaciones en que las costumbres difieren en mucho, y el uso de la fuerza mecánica para poner en movimiento la maquinaria no es, como antes, uno de los elementos necesarios para constituir una fábrica en el sentido legal" (*Reports etc. for 31st Oct. 1864*, p. 8).

¹⁹⁰ Bélgica, el paraíso del liberalismo continental, no muestra ninguna huella de este movimiento. Incluso en sus minas de carbón y de metal, obreros de ambos sexos y de cualquier edad son consumidos en plena "libertad" por cualquier lapso y dura-

guardia no sólo de la clase obrera inglesa, sino de la clase obrera moderna en general, así como sus teóricos fueron también los primeros en lanzar desafiadoramente el guante a la teoría del capital¹⁹¹. Por ello, el filósofo fabril Ure denuncia, como oprobio indeleble de la clase obrera inglesa, el haber inscrito en su bandera: "la esclavitud de las leyes fabriles", al contrario del capital, que luchaba con hombría por "la libertad absoluta del trabajo"¹⁹².

Francia cojeaba lentamente detrás de Inglaterra. Necesitó la Revolución de Febrero para dar vida a la ley de las doce horas¹⁹³. Mucho más deficiente que su original inglés. Sin embargo, el método revolucionario francés cuenta con ventajas intrínsecas. De un golpe dicta los mismos límites de la jornada laboral a todos los talleres y fábricas, sin distinción, mientras que la legislación inglesa retrocede desganadamente ante la presión de las circunstancias, ya sea en este o aquel punto, y facilita las condiciones para generar nuevos embrollos jurídicos¹⁹⁴. De otra parte, la ley francesa proclama como un

ción del trabajo. De cada mil personas ocupadas en las minas, 733 son hombres, 88 mujeres, 135 muchachos y 44 niñas menores de 16 años; en los altos hornos, etc., de cada mil ocupados 668 son hombres, 149 mujeres, 98 muchachos y 85 niñas menores de 16 años. Además, añádase los bajos salarios por la enorme explotación de fuerzas de trabajo maduras e inmaduras, con un promedio diario de 2 chelines y 8 peniques para los hombres, 1 chelín y 8 peniques para las mujeres, y 1 chelín y 2 1/2 peniques para los jóvenes. Por eso es que Bélgica casi ha duplicado en 1863 la cantidad y el valor de sus exportaciones de carbón, metal, etc., si se compara con 1850.

¹⁹¹ Cuando Robert Owen, poco después del primer decenio de este siglo, no sólo defendiera teóricamente la necesidad de limitar el día laboral, sino que introdujese realmente la jornada de diez horas en su fábrica de New Lanark, su medida fue calificada entre risas de utopía comunista, al igual que sucedió con su "vinculación del trabajo productivo y la educación de los niños", y con las empresas cooperativas de los obreros a los que infundiera vida. Hoy en día, la primera utopía es ley fabril, la segunda figura como frase oficial en todas las *Factory Acts* y la tercera sirve incluso para encubrir mentiras reaccionarias.

¹⁹² Ure. *Philosophie des Manufactures* (trad. francesa), París, 1836, t. II, pp. 39, 40, 67, 77, etc.

¹⁹³ En la *Compte Rendu* [Memoria] del Congreso Internacional de Estadística en París, de 1855, se dice, entre otras cosas: "La ley francesa que restringe a doce horas la duración del trabajo diario en fábricas y talleres, no lo limita a determinadas horas fijas" (espacios de tiempo) "al prescribir sólo para los niños el período entre las cinco de la mañana y las nueve de la noche. De ahí que una parte de los fabricantes haga uso del derecho, que le otorga este fatídico silencio, para hacer trabajar a los obreros sin interrupción día tras día, con excepción tal vez del domingo. Emplean con este fin dos turnos distintos de obreros, ninguno de los cuales permanece más de doce horas en los talleres, pero el trabajo en el establecimiento dura día y noche. La ley es respetada, pero, ¿lo es también la humanidad?" Además del "impacto destructor del trabajo nocturno sobre el organismo humano", se destaca "la influencia funesta de la asociación nocturna de ambos sexos en un mismo taller turbiamente alumbrado".

¹⁹⁴ "Por ejemplo, en mi distrito, el mismo fabricante es, en el mismo edificio fabril, blanqueador y tintorero, supeditado a la ley de blanquearías y tintorerías; estampador, sometido a *Printworks' Act*; y *finisher*, subordinado a la ley fabril..." (*Report of Mr. Baker in Reports etc. for 31st Oct. 1861*, p. 20). Después de enumerar las diversas disposiciones de estas leyes y las complicaciones que de ellas se des-

principio lo que en Inglaterra se ha alcanzado sólo en nombre de los niños, menores de edad y mujeres y que ahora recién se exige como derecho general¹⁹⁵.

En los Estados Unidos de Norteamérica, todo movimiento obrero autónomo permaneció paralizado mientras la esclavitud desfiguraba parte de la república. El trabajo de piel blanca no puede emanciparse allí donde es estigmatizado el de piel negra. Pero, de la muerte de la esclavitud nació de inmediato una vida nueva, rejuvenecida. El primer fruto de la guerra civil fue la agitación por las ocho horas, que avanzó a grandes pasos, con las botas de siete leguas de la locomotora, desde el océano Atlántico al Pacífico, desde Nueva Inglaterra a California. El Congreso General de Obreros, reunido en Baltimore¹¹⁰⁷¹ (agosto de 1866) declara:

"La primera gran necesidad en la actualidad, requerida para liberar al trabajo de la esclavitud capitalista en este país, consiste en la promulgación de una ley que fije en las 8 horas la jornada normal de trabajo en todos los Estados de la Unión norteamericana. Estamos decididos a ejercer todo nuestro poder hasta alcanzar este glorioso resultado"¹⁹⁶.

Al mismo tiempo (a comienzos de septiembre de 1866), el Congreso Obrero Internacional en Ginebra decidió, a proposición del Consejo General londinense, el siguiente acuerdo: "Declaramos que la limitación del día laboral es una condición previa, sin la cual fracasarán todas las demás aspiraciones a la emancipación... Proponemos las 8 horas de trabajo como límite legal de la jornada laboral"¹¹⁰⁸¹.

Así, el movimiento obrero, desarrollándose instintivamente a ambos lados del océano a partir de las mismas relaciones de producción, ratificó la sentencia del inspector fabril inglés R. J. Saunders:

"Nunca serán realizables nuevos pasos hacia la reforma de la sociedad, con alguna esperanza de éxito, si no se restringe de antemano la jornada laboral y no se obliga a cumplir estrictamente sus límites prescritos"¹⁹⁷.

prenden, el señor Baker señala: "Vemos qué difícil es asegurar el cumplimiento de estas tres leyes parlamentarias, si el propietario de la fábrica desea transgredir la ley" [l.c., p. 21]. Pero, lo que de este modo se asegura a los señores juristas son los pleitos.

¹⁹⁵ Es así que los inspectores fabriles se atreven, por fin, a decir: "Estas objeciones" (del capital contra las restricciones legales del tiempo de trabajo) "deben sucumbir ante el gran principio de los derechos del trabajo... Hay un momento en que cesa el derecho del empresario sobre el trabajo de su obrero, y en que el tiempo de éste se convierte en el suyo propio, incluso si aún no está exhausto" (*Reports etc. for 31st Oct. 1862*, p. 54).

¹⁹⁶ "Nosotros, obreros de Dunkirk, declaramos que la duración del tiempo de trabajo, requerida en el sistema actual, es demasiado larga y no deja al obrero tiempo para el descanso y el desarrollo, más bien lo reduce a un estado de servidumbre que es poco mejor que la esclavitud (*a condition of servitude but little better than slavery*). Por eso, hemos decidido que 8 horas son suficientes para un día de trabajo y deben ser reconocidas legalmente como tales; llamaremos a la prensa en nuestro apoyo, a esa poderosa palanca... y consideraremos a todos los que denieguen esta ayuda como enemigos de la reforma laboral y de los derechos obreros" (*Resoluciones de los obreros de Dunkirk*, estado de Nueva York, 1866).

¹⁹⁷ *Reports etc. for 31st Oct. 1848*, p. 112.

Debemos reconocer que nuestro obrero es diferente al salir del proceso de producción de como era al momento de ingresar. En el mercado se enfrentaba a otros propietarios de mercancías como poseedor de la mercancía "fuerza de trabajo"; poseedor de mercancías contra poseedor de mercancías. El contrato, por medio del cual vendía su fuerza de trabajo al capitalista, mostraba, negro sobre blanco, por así decirlo, que disponía libremente de sí mismo. Después de cerrado el trato, se descubre que no era "un agente libre", que el tiempo de que disponía libremente para vender su fuerza de trabajo es el tiempo por el cual está obligado a venderla¹⁹⁸, que en los hechos su vampiro no lo suelta "mientras quede por explotar un músculo, un nervio, una gota de sangre"¹⁹⁹. Para "defenderse" de la culebra de sus tormentos^[109], los obreros deben confederar sus cabezas e imponer por la fuerza, como clase, una ley estatal, un impedimento social omnipotente, que les haga imposible venderse a sí mismos y a su género, a través de contratos voluntarios con el capital, para la muerte y la esclavitud²⁰⁰. El lugar del pomposo catálogo de los "derechos humanos inalienables" lo ocupa ahora la modesta *Magna Charta*^[110] de una jornada laboral legalmente limitada que "por fin aclara cuándo finaliza el tiempo que el obrero vende y cuándo comienza el tiempo que le pertenece a él mismo"²⁰¹. *Quantum mutatus ab illo!*^[111].

¹⁹⁸ "Estos procedimientos" (las maniobras del capital, v.gr., en 1848-1850) "han entregado, además, la prueba incontrovertible de la falacia encerrada en la afirmación adelantada tantas veces de que los obreros no necesitarían protección, sino que deberían ser considerados como agentes libres de disponer de la única propiedad que poseen, el trabajo de sus manos y el sudor de sus frentes" (*Reports etc. for 30th April 1850*, p. 45). "El trabajo libre, si así puede denominarse, requiere, incluso en un país libre, de la mano fuerte de la ley para defenderse" (*Reports etc. for 31st Oct. 1864*, p. 34). "Permitir, lo que equivale a compeler... a trabajar 14 horas diarias con o sin comidas, etc." (*Reports etc. for 30th April 1863*, p. 40).

¹⁹⁹ Friedrich Engels. *Die englische Zehnstundenbill*, l.c., p. 5.

²⁰⁰ La ley de las diez horas en las ramas industriales sometidas a su protección "ha salvado a los obreros de una completa degeneración y defendido su salud física" (*Reports etc. for 31st Oct. 1859*, p. 47). "El capital" (en las fábricas) "no puede mantener la maquinaria en movimiento por sobre un período de tiempo limitado, sin dañar la salud ni la moral de los obreros empleados; y éstos no están en condición de defenderse a sí mismos" (l.c., p. 8).

²⁰¹ "Una ventaja aún mayor significa el hecho de que por fin se distinga con claridad entre el tiempo que pertenece al propio obrero y el que pertenece a su empresario. Ahora, el obrero sabe cuándo termina el tiempo vendido y comienza el suyo propio, estando así en condiciones de disponer de antemano de sus propios minutos para sus propios fines" (l.c., p. 52). "Al hacerlos" (a los obreros) "dueños de su propio tiempo, las leyes fabriles les infunden una energía moral que les conduce a la eventual toma del poder político" (l.c., p. 47). Con contenida ironía y expresiones muy cuidadosas, los inspectores fabriles indican que la actual ley de las diez horas libera, en cierta medida, también a los capitalistas de su natural brutalidad, en cuanto simple encarnación del capital, y les brinda tiempo para su propia "educación". Antes, el "empresario no tenía tiempo para nada más que no fuese el dinero, el obrero, para nada más que no fuese el trabajo" (l.c., p. 48).

CAPITULO IX

TASA Y MASA DE PLUSVALOR

En este capítulo, igual que antes, se presupone que el valor de la fuerza de trabajo, o sea, la fracción del día de trabajo necesaria para la reproducción o conservación de la fuerza de trabajo, es una magnitud dada, constante.

Hecha esta suposición, junto a la tasa se fija paralelamente la masa de plusvalor que un obrero individual proporciona al capitalista en un lapso definido. Si el trabajo necesario asciende diariamente, v.gr., a 6 horas, expresadas en una cantidad de oro equivalente a 3 chelines = 1 tálero, entonces el tálero es el valor diario de una fuerza de trabajo, es decir, el valor-capital adelantado en la compra de una fuerza de trabajo. Si, de otra parte, la tasa de plusvalor es de 100%, entonces este capital variable de un tálero produce una masa de plusvalor de un tálero, a sea, el obrero brinda al día una masa de plusvalor de 6 horas.

Pero, el capital variable es la expresión en dinero para el valor total de las fuerzas de trabajo, que el capital emplea al mismo tiempo. Por tanto, su valor es igual al valor promedio de una fuerza de trabajo multiplicado por el número de fuerzas de trabajo empleadas. Dado el valor de la fuerza de trabajo, la magnitud del capital variable se encuentra, pues, en relación directa al número de obreros ocupados conjuntamente. Si el valor diario de una fuerza de trabajo es = 1 tálero, entonces ha de adelantarse un capital de 100 táleros para explotar diariamente 100 fuerzas de trabajo, y de n táleros para explotar n fuerzas de trabajo.

De igual modo, si un capital variable de un tálero, el valor diario de una fuerza de trabajo, produce un plusvalor diario de un tálero, entonces un capital variable de 100 táleros produce un plusvalor diario de 100, y uno de n táleros un plusvalor diario de $1 \text{ tálero} \times n$. La masa de plusvalor producido es, por ende, igual al plusvalor que brinda la jornada laboral de un solo obrero multiplicado por el número de obreros empleados. Pero, como además la masa de plusvalor producida por un solo obrero, de estar dado el valor de la fuerza de trabajo, se encuentra definida por la tasa de plusvalor, se desprende esta primera ley: la masa de plusvalor producido es igual a la magnitud del capital variable adelantado, multiplicada por la tasa de plus-

valor, es decir, está determinada por la relación compuesta entre el número de obreros explotados al mismo tiempo por un mismo capitalista y el grado de explotación de una sola fuerza de trabajo*.

Sea P la masa de plusvalor, p , el plusvalor que brinda un solo obrero diariamente en promedio, v , el capital variable adelantado cada día en la compra de una sola fuerza de trabajo, V , la suma total del capital variable, k , el valor de una fuerza de trabajo media, $\frac{a'}{a}$ ($\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$), su grado de explotación y n el número de obreros empleados, entonces tenemos:

$$P = \begin{cases} \frac{p}{v} \times V \\ k \times \frac{a'}{a} \times n \end{cases}$$

Presuponemos siempre no sólo que el valor de una fuerza de trabajo media es constante, sino además que los obreros empleados por el capitalista están reducidos a obreros medios. Hay excepciones cuando el plusvalor producido no crece en proporción al número de obreros explotados, pero en tal caso tampoco permanece constante el valor de la fuerza de trabajo.

En la producción de una masa determinada de plusvalor, la disminución de un factor puede, por tanto, sustituirse por un incremento en otro. Si se reduce el capital variable y, a la par, se eleva en la misma proporción la tasa de plusvalor, entonces la masa de plusvalor producido permanece inalterada. De tener el capitalista que adelantar, en las condiciones señaladas, 100 táleros para explotar diariamente a 100 obreros y de ascender la tasa de plusvalor a 50%, este capital variable de 100 táleros suministrará un plusvalor de 50 táleros, o sea, de 100×3 horas de trabajo. Si se duplica la tasa de plusvalor o se prolonga la jornada laboral de 6 a 12 horas, en vez de 6 a 9 horas, el capital variable de 50 táleros, o sea reducido a la mitad, arrojará, asimismo, un plusvalor de 50 táleros, o sea, de 50×6 horas de trabajo. La disminución del capital variable es, pues, compensable por un incremento proporcional en el grado de explotación de la fuerza de trabajo; es decir, la reducción del número de obreros utilizados se puede compensar por una prolongación proporcional de la jornada laboral. Dentro de ciertos marcos, la oferta de trabajo que explota el capital se vuelve, por tanto, independiente de

* En la edición francesa autorizada por el autor, la segunda parte de esta frase se reproduce como sigue: "o sea, es igual al valor de una fuerza de trabajo multiplicado por el grado de su explotación y multiplicado por el número de las fuerzas de trabajo explotadas al mismo tiempo". — Ed.

la oferta de obreros²⁰². Por el contrario, una disminución en la tasa de plusvalor no altera la masa del plusvalor producido, si aumenta proporcionalmente la magnitud del capital variable o el número de obreros empleados.

Sin embargo, la sustitución del número de obreros o de la magnitud del capital variable por una tasa incrementada de plusvalor o por la prolongación de la jornada de trabajo, tiene fronteras insalvables. Cualquiera sea el valor de la fuerza de trabajo, ya ascienda a 2 ó a 10 horas el tiempo de trabajo necesario para la subsistencia del obrero, el valor total que un obrero puede producir día tras día es siempre menor que el valor en que se materializan 24 horas de trabajo, menor que 12 chelines ó 4 táleros, si esta es la expresión en dinero de 24 horas de trabajo objetivadas. De acuerdo a nuestras suposiciones anteriores, según las cuales se requieren 6 horas de trabajo diarias para reproducir la fuerza de trabajo o reponer el valor-capital adelantado en su compra, un capital variable de 500 táleros que emplea 500 obreros con una tasa de plusvalor del 100%, o sea, en jornadas de 12 horas, produce al día un plusvalor de 500 táleros, o sea, de 6×500 horas de trabajo. Un capital de 100 táleros que emplea diariamente 100 obreros con una tasa de plusvalor de 200%, o con una jornada de 18 horas, produce únicamente una masa de plusvalor de 200 táleros, o sea, de 12×100 horas de trabajo. Y su producto total de valor, equivalente al capital variable adelantado más el plusvalor, no puede alcanzar nunca diariamente la suma de 400 táleros, o sea, de 24×100 horas de trabajo. El límite absoluto del día de trabajo medio, que por naturaleza es siempre menor de 24 horas, constituye una frontera absoluta para compensar el capital variable disminuido por una tasa de plusvalor incrementada; es decir, para reponer el número inferior de obreros explotados aumentando el grado de explotación de la fuerza de trabajo. Esta segunda ley, de una claridad meridiana, es importante para explicar muchos fenómenos que surgen de la tendencia del capital, a analizar más adelante, de reducir lo más posible el número de obreros empleados, o sea, su fracción variable transformada en fuerza de trabajo, en contradicción con su otra tendencia, la de producir la mayor masa posible de plusvalor. Por el contrario, de aumentar la masa de las fuerzas de trabajo ocupadas, o sea, la magnitud del capital variable, pero no proporcionalmente a la disminución de la tasa de plusvalor, decrece la masa del plusvalor producido.

Una tercera ley se desprende de la determinación de la masa de plusvalor producido por dos factores, la tasa de plusvalor y la magnitud del capital variable adelantado. Dados la tasa de plusvalor, o el

²⁰² Esta ley elemental parece ser desconocida de los señores economistas vulgares, quienes, al contrario de Arquímedes, pretenden —en la determinación del precio del trabajo en el mercado a través de la demanda y la oferta— haber encontrado el punto no para mover el mundo, sino para detenerlo.

grado de explotación de la fuerza de trabajo, y el valor de ésta, o sea la magnitud del tiempo de trabajo necesario, es natural que mientras mayor sea el capital variable, mayor será la masa de valor y el plusvalor producidos. Si está dado el límite de la jornada laboral, así como el límite de su fracción necesaria, entonces la masa de valor y plusvalor a producir por un solo capitalista depende, como es natural, exclusivamente de la masa de trabajo que pone en movimiento. Pero ésta depende, bajo los supuestos realizados, de la masa de fuerza de trabajo o del número de obreros que explota el capitalista, y este número está determinado, a su vez, por la magnitud del capital variable adelantado. Dados la tasa de plusvalor y el valor de la fuerza de trabajo, las masas de plusvalor producido se encuentran en relación directa con los capitales variables adelantados. Sin embargo, ya sabemos que el capitalista divide su capital en dos partes. Una parte la invierte en medios de producción. Es la fracción constante de su capital. La otra parte la transforma en fuerza de trabajo viva. Esta fracción constituye su capital variable. En el mismo régimen de producción difiere en distintas ramas de la industria la división del capital en partes variables y constantes. Dentro de una misma rama de producción, dicha proporción varía al modificarse las condiciones técnicas y la combinación social del proceso de producción. Pero, cualquiera sea la proporción en que se descomponga un capital determinado en su fracción constante y en la variable, encontrándose la última en razón con la primera de $1 : 2$, $1 : 10$, $1 : x$, ello no afecta la ley recién formulada, pues, según el análisis anterior, si bien el valor del capital constante reaparece en el valor del producto, no forma parte del producto de valor recién creado. Para emplear a mil hilanderos se necesita más materias primas, husos, etc. que para emplear a cien. Aunque el valor de estos medios de producción adicionales pueda subir, descender o permanecer invariable, ser alto o bajo, no ejercerá impacto alguno sobre el proceso de valorización de las fuerzas de trabajo que los ponen en movimiento. La ley constatada más arriba toma, entonces, la siguiente forma: las masas de valor y plusvalor producidas por distintos capitales se encuentran, dado el valor de la fuerza de trabajo y un grado constante de su explotación, en proporción directa con las magnitudes de las fracciones variables de esos capitales, esto es, de sus componentes transformados en fuerza de trabajo viva.

Esta ley contradice, evidentemente, toda la experiencia basada en las apariencias. Todos saben que un hilandero de algodón, considerando los porcentajes del capital total empleado, utiliza proporcionalmente mucho capital constante y poco capital variable, pero no por eso obtiene una ganancia o un plusvalor menor que un panadero, el cual pone en movimiento, en comparación, mucho capital variable y poco capital constante. Para resolver esta contradicción aparente se requieren muchos pasos intermedios, así como se requiere

de ellos para comprender desde el punto de vista del algebra elemental que $\frac{0}{0}$ puede representar una magnitud real. Aunque la economía clásica nunca ha formulado esta ley, se atiene a ella instintivamente, porque es una consecuencia necesaria de la ley del valor en general. Busca salvarla mediante abstracciones violentas de las contradicciones aparentes. Veremos posteriormente²⁰³ de qué modo tropezó la escuela ricardiana en esta piedra del escándalo. La economía vulgar, que "realmente no ha aprendido nada"¹¹², insiste, aquí como en todas partes, en la apariencia negando la ley del fenómeno. Cree, al contrario de Spinoza, que "la ignorancia es una razón suficiente"¹¹³.

El trabajo, puesto en movimiento día tras día por el capital total de una sociedad, puede considerarse como una sola jornada de trabajo. Si, por ejemplo, el número de obreros es de un millón y la jornada laboral media de un obrero asciende a 10 horas, el día de trabajo de la sociedad alcanzará a 10 millones de horas. Dada la duración de esta jornada laboral, ya se fijen sus límites físicos o sociales, la masa de plusvalor sólo puede aumentar mediante el incremento del número de obreros, es decir, de la población obrera. El aumento de la población constituye en este caso el límite matemático para la producción de plusvalor por el capital total social. Y viceversa. Dada la magnitud de la población, dicha frontera está dada por la posible prolongación de la jornada laboral²⁰⁴. En el capítulo siguiente veremos que esta ley es válida tan sólo para la forma de plusvalor tratada hasta el momento.

De la exposición realizada de la producción de plusvalor se desprende que no es convertible en capital cualquier suma de dinero o valor; para esta transformación ha de presuponerse, en manos del poseedor aislado de dinero o mercancías, un mínimo determinado de dinero o de valor de cambio. El mínimo de capital variable es el precio de costo de una sola fuerza de trabajo, que se emplea durante todo el año, día tras día, en la obtención de plusvalor. Si este obrero poseyera sus propios medios de producción y se contentase viviendo como obrero, le sería suficiente el tiempo de trabajo necesario para reproducir sus medios de subsistencia, digamos 8 horas diarias. Necesitaría, entonces, medios de producción sólo para 8 horas de trabajo. En cambio, el capitalista, que lo hace efectuar fuera de esas 8 horas un plustrabajo de 4 horas, requiere de una suma de dinero adicional para suministrarle los medios de producción complementarios. Sin

²⁰³ Más antecedentes al respecto en el Libro IV.

²⁰⁴ "El trabajo de una sociedad, es decir, su tiempo económico, es una magnitud determinada, digamos, diez horas diarias de un millón de personas, o sea, diez millones de horas... El capital tiene límites para su crecimiento. En cada período este límite lo proporciona la duración real del tiempo económico gastado" (*An Essay on the Political Economy of Nations*, Londres, 1821, pp. 47, 49).

embargo, bajo nuestros supuestos, debería emplear dos obreros para vivir del plusvalor apropiado diariamente, como obrero, o sea, para satisfacer sus necesidades elementales. La finalidad de la producción, en tal caso, sería la simple manutención, y no el incremento de la riqueza, que se concibe como razón de ser de la producción capitalista. Para vivir dos veces mejor que un obrero común y corriente y reconvertir en capital la mitad del plusvalor, deberá incrementar ocho veces el número de obreros y el mínimo de capital adelantado. Sin duda que él mismo puede, a la par con sus obreros, tomar parte directamente en el proceso de producción, pero entonces estará en un punto intermedio entre capitalista y obrero, será un "pequeño patrón". Cierta grado de desarrollo de la producción capitalista obliga a que el capitalista emplee todo el tiempo en que funciona como tal, o sea como capital personificado, en la apropiación y, por tanto, en el control del trabajo ajeno, y en la venta de los productos de este trabajo²⁰⁵. Los gremios de la Edad Media trataron de impedir a la fuerza la transformación del maestro artesano en capitalista, limitándole el número de obreros que podía emplear cada uno de ellos a un máximo muy reducido. El poseedor de dinero o mercancías sólo se transforma, por cierto, en capitalista cuando la suma mínima adelantada para la producción sobrepasa con creces el máximo del medioevo. En este caso, como en las ciencias naturales, se confirma la validez de la ley descubierta por Hegel en su *Lógica* de que cambios simplemente cuantitativos se transforman al sobrepasar un cierto punto en diferencias cualitativas^{205a}.

²⁰⁵ "El granjero no debe apoyarse en su propio trabajo; y si lo hace, afirmo que de ello saldrá perdiendo. Su actividad debería consistir en vigilar la marcha de los trabajos; su trillador debe ser vigilado, de lo contrario perderá los salarios cancelados en trigo no trillado; lo mismo sus guadañeros, segadores, etc.; debe constantemente vigilar sus cercos, cuidar de que no haya negligencias, que serían inevitables estando fijo en un sitio" (J. Arbuthnot). *An Inquiry into the Connection between the present Price of Provisions, and the Size of Farms etc.* By a Farmer, Londres, 1773, p. 12). Este escrito es muy interesante. Permite estudiar la génesis del *capitalist farmer* [granjero capitalista] o *merchant farmer* [granjero comerciante], como es llamado expresamente, y prestar atención a su autoglorificación frente al *small farmer* [pequeño granjero], preocupado fundamentalmente por su propia subsistencia. "La clase capitalista es liberada, en un comienzo parcialmente y por fin totalmente, del trabajo manual" (*Textbook of Lectures on the Polit. Economy of Nations*. By the Rev. Richard Jones, Hertford, 1852, Lecture III, p. 39).

^{205a} La teoría molecular aplicada a la química moderna, que Laurent y Gerhardt desarrollaron por primera vez científicamente, no descansa en ninguna otra ley. [Adición a la 3ª edición. — Señalaremos, como explicación de esta nota bastante oscura para el lector no versado en química que el autor habla aquí de las llamadas "series homólogas" de hidrocarburos, llamadas así por primera vez por C. Gerhardt en 1843, cada una de las cuales posee una fórmula algebraica propia de su composición. Así, v.gr., la serie de las parafinas: C_nH_{2n+2} ; la de los alcoholes normales: $C_nH_{2n+2}O$; la de los ácidos grasos normales: $C_nH_{2n}O_2$ y muchos otros. En los ejemplos anteriores, mediante la simple adición cuantitativa de CH_2 a la fórmula molecular, se constituye cada vez un cuerpo cualitativamente distinto. Acerca de la participación de Laurent y Gerhardt en la constatación de este importante hecho, sobrevaluada

La suma mínima de valor de que debe disponer un poseedor de dinero o de mercancías para convertirse en capitalista varía en los distintos peldaños de desarrollo de la producción capitalista y es diferente —en una etapa de desarrollo determinada— en las distintas esferas de la producción, según sus características técnicas concretas. Algunas esferas de la producción requieren ya en los inicios de la producción capitalista un mínimo de capital que aún no se encuentra en manos de individuos aislados. Ello conduce, de una parte, a la entrega de subsidios estatales a particulares, como sucedió en Francia en la época de Colbert y en ciertos Estados alemanes hasta en nuestra época; y de otra parte, la creación de sociedades beneficiadas con el monopolio legal para actuar en determinadas ramas industriales y del comercio²⁰⁶, sociedades precursoras de las modernas sociedades anónimas.

No nos detendremos a detallar los cambios que tuvo en el curso del proceso de producción la relación entre el capitalista y el obrero, ni tampoco a analizar las demás determinaciones del capital mismo. Destacaremos sólo unos pocos puntos esenciales.

Dentro del proceso de producción, el capital se transforma en mando sobre el trabajo, o sea, sobre la fuerza de trabajo en acción, es decir, sobre el propio obrero. El capital personificado, el capitalista, vigila que el obrero realice su trabajo ordenadamente y con el grado de intensidad correspondiente.

De otra parte, el capital se desarrolló en una relación de coacción, obligando a la clase obrera a realizar más trabajo del que prescribe el estrecho círculo de sus propias necesidades vitales. Y como productor de laboriosidad ajena, como succionador de plustrabajo y explotador de fuerza de trabajo, el capital sobrepasa en energía, intensidad y eficacia a todos los sistemas de producción anteriores, basados en el trabajo forzado directo.

El capital subordina, en un principio, al trabajo en las condiciones técnicas en que lo encuentra históricamente. No modifica, pues, de inmediato el régimen de producción. La producción de plusvalor en la forma tratada hasta el momento, por medio de la simple prolongación de la jornada laboral, apareció, por tanto, independiente de toda variación en el régimen de producción propiamente tal. No era menos eficaz en la antigua panadería que en las modernas hilanderías de algodón.

Si observamos el proceso de producción desde el punto de vista del proceso de trabajo, el obrero se sitúa en relación con los medios

por Marx, cfr. Kopp. *Entwicklung der Chemie*, Munich, 1873, pp. 709 y 716, y Schorlemmer. *Rise and Progress of Organic Chemistry*, Londres, 1879, p. 54. —F.E.]

²⁰⁶ "Sociedad Monopolia" denomina Martín Lutero a tales instituciones.

de producción no como al capital, sino como simple medio y material de su actividad productiva, orientada a un fin determinado. Por ejemplo, en una curtiembre trata los cueros como simples objetos de trabajo. No es al capitalista para quien le curte los cueros. Otra cosa acontece tan pronto enfocamos el proceso de producción desde el ángulo del proceso de valorización. Los medios de producción se transforman de inmediato en medios de succión de trabajo ajeno. Ya no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino éstos lo emplean a él. En vez de ser consumidos por el obrero, como elementos materiales de su actividad productiva, lo consumen a él, como fermento de su propio proceso vital, y el proceso vital del capital sólo consiste en su movimiento como valor que se autovaloriza. Los hornos de fundición y los edificios industriales que no se encuentran en acción en la noche y no extraen trabajo vivo constituyen “meras pérdidas” (*mere loss*) para el capitalista. Por eso, los hornos de fundición y los edificios fabriles representan una “pretensión de trabajo nocturno” de las fuerzas de trabajo. La simple transformación del dinero en factores materiales del proceso de producción, en medios de producción, convierte a estos últimos en título de derecho y en título de imposición sobre el trabajo y plustrabajo ajeno. Un ejemplo más nos muestra, finalmente, cómo en la conciencia de los capitalistas se refleja esta inversión, innata y caracterizadora de la producción capitalista, e incluso este trastocamiento de la relación entre trabajo muerto y vivo, entre el valor y la fuerza creadora de valor. Durante la revuelta de los fabricantes de 1848-1850 en Inglaterra, “el jefe de las hilanderías de lino y lana de Paisley, una de las firmas más antiguas y respetadas de Escocia Occidental, Carlile, Sons and Co., que existe desde 1752 y es dirigida generación tras generación por la misma familia”, este *gentleman*, inteligente en extremo, escribió en el *Glasgow Daily Mail* del 25 de abril de 1849 una carta²⁰⁷ titulada: *El sistema de relevos*, donde figura, entre otros, el siguiente pasaje grotescamente ingenio:

“Observemos, pues, los males provenientes de una reducción del tiempo de trabajo de 12 a 10 horas... Estos se ‘cifran’ en el más serio deterioro de las perspectivas y la propiedad del fabricante. Si él trabajaba” (es decir, su “mano de obra”) “12 horas, y es limitado a 10, entonces cada 12 máquinas o husos de su establecimiento se reducen a 10 (*then every 12 machines or spindles, in his establishment, shrink to 10*), y si quisiese vender su fábrica, serían evaluados sólo como 10, de tal modo que en todo el país se perdería una sexta parte del valor de cada fábrica”²⁰⁸.

²⁰⁷ *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1849*, p. 59.

²⁰⁸ L.c., p. 60. El inspector fabril Stuart, escocés él y, al contrario de los inspectores fabriles ingleses, plenamente imbuido por el modo de pensar capitalista, señala expresamente que esta carta incorporada a su informe “es la notificación más útil realizada por fabricante alguno que emplee el sistema de relevos, con el propósito particular de superar los prejuicios y reparos contra ese sistema”.

En este inveterado cerebro capitalista de Escocia Occidental, el valor de los medios de producción, husos, etc., se confunde en tal medida con su calidad de capital para valorizarse a sí mismo o tragar a diario gratuitamente una determinada cantidad de trabajo ajeno que el jefe de la casa Carlile and Co. se imagina, de hecho, que al vender su fábrica no sólo se le paga el valor de los husos, sino además su valorización; no sólo el trabajo incorporado en ellos y que se requiere para producir husos del mismo tipo, sino también el plustrabajo que le ayudan a extraer de los buenos escoceses occidentales de Paisley; y precisamente, por eso, supone que con la reducción de la jornada laboral en dos horas el precio de doce máquinas hiladoras disminuirá al de diez.

LA PRODUCCION DE PLUSVALOR RELATIVO

CAPITULO X

CONCEPTO DE PLUSVALOR RELATIVO

Hasta aquí considerábamos la parte de la jornada laboral que sólo produce un equivalente del valor de la fuerza de trabajo, pagado por el capital, como una magnitud constante, lo que acontece realmente, bajo condiciones de producción dadas, en un determinado peldaño del desarrollo económico de la sociedad. Más allá de este tiempo de trabajo necesario el obrero podía trabajar 2, 3, 4, 6, etc., horas. De la magnitud de esa prolongación dependían la tasa de plusvalor y la duración del día de trabajo. Si el tiempo de trabajo necesario era constante, la jornada total era, pues, por el contrario, variable. Supongamos, ahora, un día de trabajo cuya magnitud y división en trabajo necesario y plustrabajo estén dadas. Represente, v.gr., la línea ac , a ————— b ————— c , una jornada laboral de doce horas; el tramo ab , 10 horas de trabajo necesario; el tramo bc , 2 horas de plustrabajo. Pues bien, ¿cómo puede incrementarse la producción de plusvalor, es decir, el plustrabajo, sin ninguna otra prolongación o independientemente de cualquier otra prolongación de ac ?

A pesar de estar determinados los límites de la jornada laboral ac , la línea bc pareciera ser prolongable, no mediante el alejamiento de su punto terminal c , que es a la vez el punto final de la jornada de trabajo ac , sino, corriendo su punto inicial b en dirección contraria, hacia a . Sea b' ————— b en a ————— b' ————— b ————— c igual a la mitad de bc , o sea, a una hora de trabajo. Pues bien, si en la jornada laboral de 12 horas ac se desplaza el punto b hacia b' , bc se alarga a $b'c$, el plustrabajo se incrementa en la mitad, de 2 a 3 horas, aunque la jornada total dure como antes 12 horas. La expansión del plustrabajo de bc a $b'c$, de 2 a 3 horas, es, evidentemente, imposible sin la paralela contracción del tiempo de trabajo necesario de ab a ab' , de 10 a 9 horas. La prolongación del plustrabajo implica la reducción del trabajo necesario, o sea, una parte de la jornada laboral que el obrero había gastado hasta ahora, de hecho, en sí mismo se convierte en tiempo de trabajo invertido para el capitalista. Lo que cambia no es la duración de la jornada laboral, sino su división en trabajo necesario y plustrabajo.

De otra parte, la magnitud del plustrabajo está determinada, evidentemente, por una duración dada del día de trabajo y un determi-

nado valor de la fuerza de trabajo. El valor de la fuerza de trabajo, es decir, el tiempo de trabajo requerido para su producción, determina el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de su valor. Si una hora de trabajo se representa por una cantidad de oro de medio chelín ó 6 peniques, y el valor diario de la fuerza de trabajo asciende a 5 chelines, el obrero tendría que trabajar 10 horas al día para reponer el valor diario de su fuerza de trabajo pagado por el capital, o sea, para producir el equivalente del valor de sus medios de subsistencia imprescindibles para un día. En el valor de estos medios de subsistencia está dado el valor de su fuerza de trabajo¹ y en el valor de la fuerza de trabajo está dada la magnitud de su tiempo de trabajo necesario. Pero la magnitud del plus-trabajo se obtiene descontando de la jornada laboral total el tiempo de trabajo necesario. Restadas diez horas de doce quedan dos, y no se visualiza fácilmente cómo el plus-trabajo puede ser incrementado, en las condiciones señaladas, por sobre las dos horas. Es cierto que el capitalista puede pagar al obrero en vez de los 5 chelines sólo 4 chelines y 6 peniques, e incluso menos. Para reproducir este valor de 4 chelines y 6 peniques bastaría con 9 horas de trabajo de la jornada laboral de 12 horas, restando, por tanto, en vez de 2, tres horas de plus-trabajo e incrementándose el plusvalor mismo de 1 chelín a 1 chelín y 6 peniques. Sin embargo, este resultado sólo se alcanzaría mediante la reducción del salario del obrero por debajo del valor de su fuerza de trabajo. Con los 4 chelines y 6 peniques que produce en 9 horas dispone de 1/10 menos de medios de subsistencia que antes, y en estas condiciones puede sólo lograr una reproducción deficiente de su fuerza de trabajo. El plus-trabajo se prolongaría de esta manera únicamente transgrediendo sus límites normales, sus dominios se expandirían mediante una usurpación del terreno reservado al tiempo de trabajo necesario. A pesar del importante papel que desempeña este método en el movimiento real del salario, lo excluimos momentáneamente al suponer que las mercancías, por tanto también la fuerza de trabajo, se venden y se compran en su pleno valor. Partiendo de este supuesto, el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo o para la reproducción de su valor no puede disminuir porque el salario del obrero

¹ El valor del salario medio diario está determinado por lo que necesita el obrero "para vivir, trabajar y perpetuarse" (William Petty. *Political Anatomy of Ireland*, 1672, p. 64). "El precio del trabajo está siempre determinado por el precio de los medios de subsistencia imprescindibles." El obrero no recibe el salario que le corresponde "siempre que... éste no alcance para alimentar, conforme a su baja posición social y a su condición de obrero, a una familia tan numerosa como suelen tener muchos de ellos" (J. Vanderlint, l.c., p. 15). "El simple obrero que no posee más que sus brazos y su laboriosidad nada tiene a menos que logre vender a otros su trabajo... En todo género de trabajo debe llegarse, y en los hechos así ocurre, a una situación en que el salario del obrero se reduzca a lo que le es necesario para procurarse su subsistencia" (Turgot. *Réflexions etc.*, en *Oeuvres*, ed. Daire, t. I, p. 10). "El precio de los medios de subsistencia necesarios es, de hecho, el costo de la producción del trabajo" (Malthus. *Inquiry into etc. Rent*, Londres, 1815, p. 48, nota.)

caiga por debajo del valor de su fuerza de trabajo, sino que será necesario que decrezca este mismo valor. Dada la duración de la jornada laboral, la prolongación del plustrabajo debe lograrse reduciendo el tiempo de trabajo necesario y no, al revés, la reducción del tiempo de trabajo necesario prolongando el plustrabajo. En nuestro ejemplo, para que el tiempo de trabajo necesario disminuya en $1/10$, de 10 a 9 horas, y se incrementa, como consecuencia de ello, el plustrabajo de 2 a 3 horas, el valor de la fuerza de trabajo debe decrecer realmente en $1/10$.

Tal reducción del valor de la fuerza de trabajo en $1/10$ presupone, de su parte, que la misma masa de medios de vida, que antes era producida en 10 horas, ahora se produzca en 9. Esto es, empero, imposible sin elevar la fuerza productiva del trabajo. Un zapatero puede confeccionar, con determinados medios, por ejemplo, un par de botas en una jornada de 12 horas. Para poder hacer en el mismo lapso dos pares de botas, debe duplicarse la fuerza productiva de su trabajo, resultado que no conseguirá sin un cambio en sus medios o en su método de trabajo, o en ambos simultáneamente. Debe operarse, por tanto, una revolución en las condiciones de producción de su trabajo, esto es, en su régimen de producción y, por ende, en el mismo proceso de trabajo. Por incremento en la fuerza productiva del trabajo entendemos aquí, en general, una variación en el proceso laboral, por medio de la cual se reduce el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía, adquiriendo, pues, una cantidad menor de trabajo la fuerza para producir una cantidad mayor de valores de uso². Por tanto, mientras en la forma tratada hasta el momento la producción de plusvalor suponía el régimen de producción como algo dado, para la producción de plusvalor mediante la transformación de trabajo necesario en plustrabajo no basta, de ninguna manera, que el capital se apodere del proceso de trabajo en su forma histórica tradicional, o tal como lo encuentre, prolongando sólo su duración. Debe revolucionar las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo, o sea, el régimen de producción mismo, para elevar la fuerza productiva del trabajo y reducir, mediante este incremento de la fuerza productiva del trabajo, el valor de la fuerza de trabajo, disminuyendo de este modo la fracción del tiempo de trabajo necesaria para la reproducción de este valor.

El plusvalor producido mediante la prolongación de la jornada laboral lo llamo plusvalor absoluto; en cambio, el plusvalor que se origina de la reducción del tiempo de trabajo necesario y la correspondiente variación en la proporción de las magnitudes de ambas

² "Cuando se perfeccionan las artes, esto no es otra cosa que el descubrimiento de nuevas vías que permiten confeccionar una manufactura con menos gente o (lo que es lo mismo) en menos tiempo que antes" (Galiani, l.c., pp. 158, 159). "La economía en los costos de producción no puede ser otra cosa que la economía en la cantidad de trabajo empleado para producir" (Sismondi. *Études etc.*, t. I, p. 22).

fracciones del día de trabajo, lo denomino plusvalor relativo.

Para reducir el valor de la fuerza de trabajo, el incremento de la fuerza productiva debe alcanzar a ramas industriales cuyos productos determinen aquel valor y que conformen, por tanto, el círculo de los medios de subsistencia usuales, o los puedan sustituir. Pero, el valor de una mercancía no está determinado sólo por la cantidad de trabajo que le confiere su forma definitiva, sino también por la masa de trabajo contenida en sus medios de producción. Así, por ejemplo, el valor de una bota no depende únicamente del trabajo del zapatero, sino también del valor del cuero, cerote, hilo, etc. Por tanto, el incremento de la fuerza productiva y el correspondiente abaratamiento de las mercancías en las industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los medios y materiales de trabajo para la producción de las subsistencias necesarias también reducen el valor de la fuerza de trabajo. En cambio, la mayor fuerza productiva en las ramas de producción que no brindan medios de subsistencia necesarios ni medios de producción para su fabricación, no causa efecto sobre el valor de la fuerza de trabajo.

La mercancía abarata reduce, por supuesto, el valor de la fuerza de trabajo sólo *pro tanto*, es decir, sólo en la proporción en que ella participe en su reproducción. Las camisas, por ejemplo, constituyen un medio de subsistencia imprescindible, pero sólo uno entre muchos. Su abaratamiento reduce únicamente el gasto que el obrero hace en camisas. La suma total de los medios de subsistencia necesarios está formada, sin embargo, por diversas mercancías, productos de muchas industrias diversas; y el valor de cada una de estas mercancías es siempre una fracción alícuota del valor de la fuerza de trabajo. Este valor decrece al disminuir el tiempo de trabajo necesario para su reproducción, y la reducción total de éste equivale a la suma de las disminuciones en todas aquellas diversas ramas de la industria. En nuestro análisis consideraremos este resultado global como si fuese el resultado directo y el objetivo directo en cada caso aislado. Si un capitalista, por ejemplo, abarata las camisas incrementando la fuerza productiva del trabajo, no es necesario, de modo alguno, que su objetivo sea disminuir *pro tanto* el valor de la fuerza de trabajo y, por consiguiente, el tiempo de trabajo necesario; pero, a fin de cuentas sólo contribuyendo a este resultado coadyuva a elevar la tasa general de plusvalor³. Es necesario distinguir entre las tendencias generales y necesarias del capital y sus formas de manifestación.

No hemos de considerar ahora el modo en que las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento exterior de los capitales, cómo se imponen en cuanto leyes imperati-

³ "Si el fabricante mediante el perfeccionamiento de la maquinaria duplica sus productos... sólo gana finalmente en la medida en que eso le posibilita vestir a los obreros más barato... recayendo así sobre el obrero una fracción menor del producto total" (Ramsay, l.c., pp. 168, 169).

vas de la competencia y llegan, por tanto, a la conciencia del capitalista individual en cuanto motivos impulsores; pero desde ya puede asegurarse lo siguiente: el análisis científico de la competencia sólo es posible cuando se ha comprendido la naturaleza interna del capital, así como el movimiento aparente de los cuerpos celestes únicamente es comprensible para quien conoce su movimiento real, no perceptible sensorialmente. Sin embargo, para comprender la producción del plusvalor relativo, partiendo de los resultados ya obtenidos, se ha de señalar lo que sigue.

Si una hora de trabajo se representa por una cantidad de oro de 6 peniques ó $1/2$ chelín, en una jornada de doce horas se producirá un valor de 6 chelines. Supóngase que con una fuerza productiva dada se confeccionan 12 piezas de mercancías en las doce horas de trabajo. Sea el valor de los medios de producción, materias primas, etc. consumidos en cada pieza = 6 peniques. En estas condiciones, cada mercancía producida cuesta un chelín, a saber: 6 peniques por el valor de los medios de producción empleados y 6 peniques por el nuevo valor agregado en su elaboración. Pues bien, supongamos que un capitalista logra duplicar la fuerza productiva del trabajo y producir, por tanto, en la jornada laboral de 12 horas 24 piezas de mercancías en lugar de 12. Si el valor de los medios de producción permanece inalterado, el valor de cada mercancía disminuye a 9 peniques, a saber: 6 peniques por el valor de los medios de producción y 3 peniques por el nuevo valor añadido en el trabajo. A pesar de duplicarse la fuerza productiva, la jornada laboral crea, como antes, sólo un nuevo valor de 6 chelines, el cual se reparte ahora, en cambio, en el doble de productos. A cada producto le corresponde, por tanto, sólo $1/24$ en vez de $1/12$ del valor total, 3 peniques en vez de 6; o, lo que es lo mismo, a los medios de producción se les añade, al transformarse en producto, tan sólo media hora de trabajo por cada pieza, en lugar de una hora como antes. El valor individual de esta mercancía estará, ahora, por debajo de su valor social, es decir, costará menos tiempo de trabajo que la gran masa de los artículos similares producidos en las condiciones sociales medias. Cada pieza de esta mercancía cuesta, término medio, 1 chelín, o representa 2 horas de trabajo social; en el régimen de producción alterado, cuesta únicamente 9 peniques o contiene sólo $1\frac{1}{2}$ hora de trabajo. Pero el valor real de una mercancía no es su valor individual, sino su valor social; es decir, no se mide por el tiempo de trabajo que efectivamente cuesta al productor en cada caso singular, sino por el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción. Por tanto, si el capitalista que emplea el nuevo método vende su mercancía por el valor social de un chelín, la venderá 3 peniques por encima de su valor individual, realizando de este modo un plusvalor extra de 3 peniques. Pero, de otra parte, la jornada laboral de doce horas se representa, ahora, para él en 24 piezas de mercancías en vez de las 12 anteriores. Para vender, pues, el producto de un

día de trabajo necesitará duplicar las ventas o contar con un mercado dos veces mayor. Si las demás condiciones se mantienen invariables, sus mercancías conquistarán un mercado mayor sólo contrayendo sus precios. El fabricante las venderá, en estas circunstancias, sobre su valor individual, pero por debajo de su valor social, digamos, por ejemplo, a 10 peniques la pieza. Así, de todos modos, arrancará de cada pieza un plusvalor extra de 1 penique. Este incremento del plusvalor para el capitalista tiene lugar pertenezca o no su mercancía al círculo de los medios de subsistencia necesarios y, por tanto, forme parte determinante o no del valor general de la fuerza de trabajo. Abstrayéndonos, por tanto, de esta última circunstancia, cada capitalista tiene motivos para abaratar su mercancía acrecentando la fuerza productiva del trabajo.

Sin embargo, también en este caso la producción incrementada de plusvalor surge de la reducción del tiempo de trabajo necesario y de la prolongación correspondiente del plustrabajo^{3a}. Supongamos que el tiempo de trabajo necesario aumente a 10 horas o el valor diario de la fuerza de trabajo a 5 chelines, el plustrabajo a 2 horas y, por tanto, el plusvalor producido en un día a 1 chelín. Pero nuestro capitalista produce ahora 24 piezas que vende a 10 peniques la unidad o, en total, por 20 chelines. Como el valor de los medios de producción equivale a 12 chelines, se requieren $14\frac{2}{5}$ piezas de mercancía para reponer el capital constante adelantado. La jornada laboral de doce horas se representa en las $9\frac{3}{5}$ piezas restantes. Como el precio de la fuerza de trabajo = 5 chelines, el tiempo de trabajo necesario se representa en un producto de 6 piezas y en $3\frac{3}{5}$ piezas, el plustrabajo. La proporción entre el trabajo necesario y el plustrabajo, que bajo las condiciones sociales medias era de 5 : 1, es ahora tan sólo de 5 : 3. El mismo resultado se obtiene del modo siguiente. El valor del producto de la jornada laboral de doce horas es de 20 chelines. De éstos, 12 chelines pertenecen al valor de los medios de producción que sólo reaparecen en el valor del producto. Restan, pues, 8 chelines como expresión dineraria del valor en que se representa la jornada laboral. Esta expresión en dinero es mayor que la expresión dineraria del trabajo social medio del mismo género, del cual 12 horas sólo se representan en 6 chelines. El trabajo de la fuerza productiva excepcional opera como trabajo potenciado, o crea en lapsos iguales valores más grandes que el trabajo social medio de la misma naturaleza. Nuestro capitalista paga, sin embargo, como antes, los mismos 5

^{3a} "La ganancia de un hombre no depende de su mando sobre el producto del trabajo de otros, sino de su mando sobre el trabajo mismo. Si puede vender sus mercancías a un precio mayor, mientras los salarios de sus obreros permanezcan inalterados, saldrá evidentemente beneficiado... Una menor proporción de lo que produce es suficiente para poner en movimiento ese trabajo, y, en consecuencia, una parte mayor la retiene para sí" (J. Cazenove. *Outlines of Polit. Econ.*, Londres, 1832, pp. 49, 50).

chelines por el valor diario de la fuerza de trabajo. El obrero requiere ahora, por tanto, en vez de 10 horas sólo $7\frac{1}{2}$ para reproducir este valor. Su plustrabajo crece, pues, en $2\frac{1}{2}$ horas, y el plusvalor por él producido de 1 a 3 chelines. El capitalista, que emplea el modo de producción perfeccionado, anexa al plustrabajo, por tanto, una fracción mayor de la jornada laboral que los demás capitalistas en la misma industria. Hace individualmente lo mismo que el capital hace en gran escala en la producción del plusvalor relativo. Pero, de otra parte, este plusvalor extra desaparece tan pronto como el nuevo modo de producción se generaliza y deja de existir, con ello, la diferencia entre el valor individual de las mercancías producidas más barato y su valor social. La misma ley de la determinación del valor por el tiempo de trabajo que para el capitalista dotado de un nuevo método se manifiesta en que debe vender su mercancía por debajo de su valor social, empuja a sus competidores, como ley coercitiva de la competencia, a introducir el nuevo modo de producción⁴. En último término, la tasa general de plusvalor es afectada únicamente por el proceso en su conjunto si el incremento de la fuerza productiva del trabajo abarca ramas de la producción, o sea, abarata mercancías que entran en el círculo de los medios de subsistencia necesarios y constituyen, en consecuencia, elementos del valor de la fuerza de trabajo.

El valor de las mercancías está en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo. Lo mismo acontece con el valor de la fuerza de trabajo, por cuanto éste se encuentra determinado por valores mercantiles. Por el contrario, el plusvalor relativo está en razón directa a la fuerza productiva del trabajo. Aumenta con su aumento y cae con su caída. Un día de trabajo social medio de 12 horas, presuponiendo constante el valor del dinero, produce siempre el mismo valor de 6 chelines, cualquiera sea la forma en que se distribuya esta suma de valor entre el equivalente del valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor. Pero, si a causa de la fuerza productiva incrementada cae el valor de los medios de subsistencia diarios y, por tanto, el valor de un día de la fuerza de trabajo de 5 a 3 chelines, entonces el plusvalor crece de 1 chelín a 3 chelines. Para reproducir antes el valor de la fuerza de trabajo se necesitaban 10 horas de trabajo, ahora sólo se requieren 6. Han quedado disponibles cuatro horas de trabajo y se las puede incorporar al dominio del plustrabajo. En consecuencia, es un impulso immanente y una tendencia constante del capital au-

⁴ "Si un vecino puede vender barato, produciendo mucho con poco trabajo, debo aspirar a vender tan barato como él. De tal manera, todo arte, procedimiento o máquina, que permiten realizar el trabajo con menos brazos, y en consecuencia más barato, producen en los demás una especie de necesidad o emulación ya sea en el uso del mismo arte, procedimiento o máquina, o en la invención de algo parecido, para que todos se encuentren al mismo nivel y nadie esté en condiciones de vender más barato que su vecino" (*The Advantages of the East-India Trade to England*, Londres, 1720, p. 67).

mentar la fuerza productiva del trabajo para abaratar las mercancías y, de este modo, al obrero mismo⁵.

Al capitalista le es de suyo indiferente el valor absoluto de la mercancía que produce. Únicamente le interesa el plusvalor que encierra y que se realiza en la venta. Esta realización del plusvalor implica ya de por sí la reposición del valor adelantado. Pero, como el plusvalor relativo aumenta en razón directa al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, mientras que el valor de las mercancías cae en razón inversa a este mismo desarrollo, y siendo, entonces, el mismo e idéntico proceso el que abarata las mercancías e incrementa el plusvalor contenido en ellas, se resuelve el enigma de por qué el capitalista, a quien le preocupa únicamente la producción de valor de cambio, siempre aspira a reducir el valor de cambio de sus mercancías, contradicción con la que uno de los fundadores de la economía política, Quesnay, torturara a sus enemigos, sin conseguir de éstos la respuesta.

"Reconocéis—dice Quesnay—que mientras más se ahorra en los costos o en los trabajos dispendiosos de la fabricación de los productos industriales sin perjuicios para la producción, tanto más beneficioso resulta este ahorro, pues reduce el precio del producto. Y, sin embargo, creéis que la producción de la riqueza, resultante del trabajo de los industriales, consiste en aumentar el valor de cambio de sus productos."⁶

Por tanto, en la producción capitalista la economía del trabajo, mediante el desarrollo de su fuerza productiva⁷, no persigue de modo

⁵ "Cualquiera sea la proporción en que disminuyan los gastos de un trabajador, en esa misma proporción se reducirá también su salario, siempre que al mismo tiempo se supriman las limitaciones a la industria" (*Considerations concerning taking off the Bounty on Corn exported etc.*, Londres, 1753, p. 7). "El interés de la industria requiere que el trigo y todas las demás provisiones sean lo más baratas posible; pues cualquier cosa que las encarezca produce el mismo efecto también en el trabajo... En todos los países en que la industria no está sujeta a restricciones, el precio de las subsistencias debe afectar el precio del trabajo. Este siempre disminuirá cuando se abaraten los medios de subsistencia" (l.c., p. 3). "Los salarios se reducen en la misma proporción en que aumentan las fuerzas de producción. La maquinaria realmente abarata los medios de subsistencia necesarios, pero abarata también al obrero" (*A Prize Essay of the comparative Merits of Competition and Cooperation*, Londres, 1834, p. 27).

⁶ "Ils conviennent que plus on peut, sans préjudice, épargner de frais ou de travaux dispendieux dans la fabrication des ouvrages des artisans, plus cette épargne est profitable par la diminution des prix de ces ouvrages. Cependant ils croient que la production de richesse qui résulte des travaux des artisans consiste dans l'augmentation de la valeur vénale de leurs ouvrages" (Quesnay. *Dialogues sur le Commerce et sur les Travaux des Artisans*, pp. 188, 189).

⁷ "Esos especuladores que tanto economizan en el trabajo de los obreros que debieran pagar" (J.N. Bidaut. *Du Monopole qui s'établit dans les arts industriels et le commerce*, París, 1828, p. 13). "El empleador hará siempre todo lo posible por economizar tiempo y trabajo" (Dugald Stewart. *Works*, ed. por Sir W. Hamilton, v. VIII, Edimburgo 1855, *Lectures on Polit. Econ.*, p. 318). "Ellos" (los capitalistas) "están interesados en que la fuerza productiva de los obreros que emplean sea lo más grande posible. En incrementarla está centrada casi exclusivamente su atención" (R. Jones, l.c., Lecture III).

alguno el fin de reducir la jornada laboral. Sólo busca reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción de una determinada cantidad de mercancías. El hecho de que el obrero, al incrementar la fuerza productiva de su trabajo, produzca en una hora, por ejemplo, 10 veces más mercancías que antes, o sea, necesite por cada pieza de mercancía, por ende, 10 veces menos tiempo de trabajo, no impide, ni mucho menos, que lo hagan trabajar, como hasta ese momento, 12 horas y producir, en las 12 horas, 1.200 piezas en vez de las 120 anteriores. Incluso, puede suceder que su jornada laboral sea alargada, de modo tal que produzca en 14 horas, ahora, 1.400 piezas, etc. De ahí que en economistas de la calaña de un MacCulloch, un Ure, un Senior y *tutti quanti* [todos los demás] se pueda leer en una página que el obrero debe agradecer al capitalista por el desarrollo de las fuerzas productivas, pues reducen de este modo el tiempo de trabajo necesario, y en la siguiente, que le debe demostrar este agradecimiento trabajando en el futuro quince horas, en vez de diez. El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, en los marcos de la producción capitalista, persigue el objetivo de reducir la fracción de la jornada laboral que el obrero debe trabajar para sí mismo, con el fin de alargar la otra parte de la jornada, durante la cual debe trabajar gratis para el capitalista. En los métodos particulares de producción del plusvalor relativo, a cuyo estudio pasamos a continuación, mostraremos en qué medida este resultado es también alcanzable sin necesidad de abaratar las mercancías.

CAPITULO XI

COOPERACION

Como vimos, la producción capitalista sólo comienza, en rigor, allí donde el mismo capital individual emplea simultáneamente un número mayor de obreros, o sea, cuando el proceso de trabajo amplía su volumen y suministra productos en una escala cuantitativa superior. El operar de un número mayor de obreros, a un mismo tiempo, en el mismo espacio (o, si se quiere, en el mismo campo de trabajo), en la producción del mismo género de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista, constituye histórica y conceptualmente el punto de partida de la producción capitalista. En lo referente al propio régimen de producción, la manufactura, por ejemplo, apenas se distingue en sus comienzos de la industria gremial del artesanado por el mayor número de obreros ocupados simultáneamente por el mismo capital. El taller del maestro artesano no ha hecho más que ampliarse.

En un principio, por tanto, la diferencia es puramente cuantitativa. Vimos que la masa del plusvalor producido por un capital dado equivale al plusvalor que brinda cada obrero multiplicado por el número de obreros ocupados al mismo tiempo. De por sí, este número en nada cambia la tasa de plusvalor o el grado de explotación de la fuerza de trabajo; y en lo concerniente a la producción de valor mercantil en general, toda variación cualitativa en el proceso de trabajo parece ser indiferente. Esto se deriva de la naturaleza del valor. Si una jornada laboral de doce horas se objetiva en 6 chelines, entonces 1.200 jornadas laborales similares se objetivarán en 6 chelines \times 1.200. En un caso se incorporan al producto 12 \times 1.200 horas de trabajo, en el otro, sólo 12. En la producción de valor los muchos equivalen a la suma de varios individuos aislados. Por tanto, para la producción de valor es igual si los 1.200 obreros producen aisladamente o unidos bajo el mando de un mismo capital.

Sin embargo, dentro de ciertos límites se opera una modificación. El trabajo objetivado en el valor es trabajo de calidad social media, o sea, es la exteriorización de una fuerza media de trabajo. Pero, las magnitudes medias siempre existen como promedio de muchas y diferentes magnitudes individuales del mismo tipo. En cada rama industrial, el obrero individual Pedro o Pablo se

diferencia, más o menos, del obrero medio. Estas diferencias individuales, denominadas en las matemáticas "error", se compensan y desaparecen no bien se agrupe un número relativamente grande de obreros. El famoso sofista y sicofante Edmund Burke cree deducir de su experiencia de arrendatario que ya "en un pelotón tan reducido" como son 5 braceros desaparece toda diferencia individual en el trabajo; es decir que los primeros cinco braceros ingleses en edad adulta, al ser agrupados simultáneamente, realizan tanto trabajo como cualesquiera otros cinco braceros ingleses⁸. Sea como fuere, está claro que el día de trabajo total de un número relativamente grande de obreros ocupados simultáneamente, dividido por el número de obreros, es de por sí una jornada de trabajo social medio. Sea la jornada laboral de un solo obrero, v.gr., de doce horas. Entonces, la jornada laboral de 12 obreros ocupados simultáneamente será una jornada laboral total de 144 horas, y aunque el trabajo de un obrero cualquiera se desvíe más o menos del trabajo social medio y pueda necesitar, por consiguiente, un poco más o un poco menos de tiempo para la misma operación, la jornada laboral de cada uno tendrá la calidad social media, constituyendo un doceavo de la jornada laboral total de 144 horas. Pero, para el capitalista que ocupa una docena de obreros, la jornada laboral existe en cuanto jornada laboral del conjunto de los doce obreros. La jornada laboral de cada uno existe como parte alicuota de la jornada laboral total, completamente al margen de que los doce obreros trabajen en equipo o que el vínculo entre sus trabajos consista únicamente en que se realizan para el mismo capitalista. Por el contrario, si estos doce obreros son empleados de dos en dos por pequeños patrones, será una casualidad el que cada uno de los patrones produzca la misma masa de valor y, por tanto, realice la tasa general de plusvalor. Tendrían lugar desviaciones individuales. Si un obrero gastase significativamente más tiempo en la producción de una mercancía de lo socialmente requerido, si el tiempo de trabajo individualmente necesario para él divergiese considerablemente del tiempo socialmente necesario o medio, su trabajo no se consideraría como trabajo medio ni su fuerza de trabajo como fuerza de trabajo media. No se vendería en absoluto o sólo lo haría por debajo del valor medio de la fuerza de trabajo. Se presupone, por tanto, un determinado mínimo de

⁸ "Es incuestionable que existe una gran diferencia entre el valor del trabajo de un hombre y el de otro en cuanto a fuerza, habilidad y aplicación. Pero, basándome en mis escrupulosas observaciones, estoy completamente seguro de que cinco hombres cualesquiera brindarán en conjunto una cantidad de trabajo igual que otros cinco hombres, siempre y cuando tengan la edad mencionada; es decir, entre aquellos cinco hombres habrá uno que posee todas las cualidades de un buen obrero, otro de uno malo, y los tres restantes serán trabajadores medianos, oscilando entre el primero y el segundo. De este modo, en un grupo tan pequeño, como es uno de cinco hombres, usted encontrará el conjunto completo de lo que pueden rendir cinco personas" (E. Burke. l.c., pp. 15, 16). Cfr. Quételet acerca del individuo medio^[14].

destreza en el trabajo; y más adelante veremos que la producción capitalista encuentra la manera de medirlo. Sin embargo, el mínimo difiere del promedio, aunque, de otra parte, deba pagarse el valor medio de la fuerza de trabajo. En consecuencia, de los seis pequeños patrones, uno obtendría más y el otro menos de la tasa media de plusvalor. Las desigualdades se compensarían para la sociedad, pero no para cada uno de los patrones. En general, para el productor individual la ley de la valorización se realiza, por consiguiente, de manera íntegra sólo si produce como capitalista, empleando al mismo tiempo a muchos obreros, o sea, si pone en movimiento, desde el comienzo, trabajo social medio⁹.

En un régimen de trabajo constante, el empleo simultáneo de un número relativamente grande de obreros provoca también una revolución en las condiciones materiales del proceso de trabajo. Edificios en los que trabajan muchas personas, bodegas para las materias primas, etc., recipientes, instrumentos, aparatos, etc., que emplean muchos obreros simultánea o alternativamente; en breve, una parte de los medios de producción se consume ahora de conjunto en el proceso de trabajo. De una parte, el valor de cambio de las mercancías —también, pues, de los medios de producción— no aumenta porque aumente la explotación de su valor de uso. De otra parte, crece la escala de los medios de producción empleados en común. El taller en que trabajen 20 tejedores con sus 20 telares ha de ser más grande que la pieza de un tejedor independiente con sus dos oficiales. Pero, levantar un taller de 20 personas cuesta menos trabajo que construir 10 talleres para dos personas cada uno; de manera que el valor de los medios de producción colectivos y concentrados en masa no aumenta, en general, proporcionalmente a su volumen y efecto útil. Los medios de producción empleados conjuntamente transfieren a la unidad producida una fracción menor de valor, de una parte, porque el valor total que entregan se distribuye simultáneamente entre una masa mayor de productos y, de otra parte, porque participan en el proceso de producción con un valor absoluto ciertamente mayor en comparación con los medios de producción aislados, pero relativamente menor, si consideramos su ámbito de operación. De este modo, disminuye la fracción de valor que corresponde al capital constante y, por tanto, en proporción a su magnitud, decrece también el valor total de la mercancía. El efecto es el mismo que si los medios de producción de la mercancía se produjesen más baratos. La economía en la utilización de los medios de producción sólo surge de su consumo conjunto en el proceso de

⁹ El señor profesor Roscher cree haber descubierto que una costurera empleada por la señora profesora durante dos días rinde más trabajo que dos costureras empleadas en un mismo día por la señora profesora^[115]. El señor profesor no debiera realizar sus observaciones sobre el proceso capitalista de producción en la pieza de los niños y en condiciones en que falta el personaje principal, el capitalista.

trabajo de muchos. Adquieren este carácter de condiciones de trabajo social o condiciones sociales del trabajo, a diferencia de los medios de producción dispersos y relativamente costosos de trabajadores o de pequeños patrones independientes y aislados, incluso cuando esos muchos sólo trabajan espacialmente juntos y no en equipo. Una parte de los medios de trabajo adquiere este carácter social antes de que lo revista el mismo proceso de trabajo.

La economía de los medios de producción ha de examinarse, en general, desde un doble punto de vista. En primer lugar, en cuanto abarata las mercancías, reduciendo el valor de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, en cuanto altera la relación entre el plusvalor y el capital total adelantado, es decir, la suma del valor de sus fracciones constante y variable. Este último punto será dilucidado sólo en la primera sección del Libro III de esta obra, momento para el cual relegamos también, por razones de ilación, algunos aspectos que pertenecen a lo aquí tratado. El curso del análisis nos obliga a dividir la materia, lo cual corresponde, a la vez, al espíritu de la producción capitalista. Dado que las condiciones de trabajo se enfrentan al obrero como algo independiente de él, parece ser como si su economía fuese también una operación particular que no le atañe para nada y se encuentra separada, por tanto, de los métodos dirigidos a elevar su productividad personal.

La forma de trabajo de muchos que acogidos a un plan actúan, simultánea y conjuntamente, en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos, pero vinculados entre sí, se llama cooperación¹⁰.

Así como la fuerza de ataque de un escuadrón de caballería o la fuerza de resistencia de un regimiento de infantería son sustancialmente distintas de la suma de las fuerzas de ataque y resistencia que desarrolla aisladamente cada soldado, la suma mecánica de la fuerza de los obreros aislados se distingue de la fuerza social potenciada que se desarrolla cuando muchos brazos actúan de conjunto y al mismo tiempo en la misma operación indivisible, v.gr., cuando se trata de levantar un peso, hacer girar una manivela o quitar un obstáculo del camino¹¹. El efecto del trabajo combinado, en este caso, no podría lograrlo en absoluto el trabajo aislado o bien lo alcanzaría en lapsos mucho más prolongados, o sólo en una escala ínfima. Aquí no se trata sólo del incremento de la fuerza productiva individual por

¹⁰ "Concours de forces" (Destutt de Tracy, l.c., p. 80).

¹¹ "Hay muchas operaciones tan simples que no permiten una división en partes, pero que no pueden ser realizadas sin la cooperación de muchos pares de brazos. Por ejemplo, cargar un tronco grande en un carro... En pocas palabras, todos los trabajos que no pueden hacerse a menos que un gran número de pares de brazos se ayuden recíprocamente en la misma acción indivisa y a un mismo tiempo" (E.G. Wakefield. *A View of the Art of Colonization*, Londres, 1849, p. 168).

medio de la cooperación, sino de crear una fuerza productiva que debe ser, de por sí, una fuerza de masas^{11a}.

Además de la nueva fuerza potenciada que surge de la fusión de muchas fuerzas en una fuerza global, el simple contacto social provoca en la mayoría de los trabajos productivos un afán de competencia y una excitación especial del espíritu animal (*animal spirits*), que eleva las capacidades de rendimiento individual de cada obrero de tal modo que una docena de personas, aunadas en una jornada laboral simultánea de 144 horas, rinden un producto total mucho mayor que doce obreros aislados cada uno de los cuales trabajara 12 horas, o que un obrero que trabajase 12 días consecutivos¹². Esto obedece a que el hombre es por naturaleza, si no un animal político¹³, como cree Aristóteles, por lo menos un animal social.

Aunque muchos obreros realicen simultánea y conjuntamente una operación igual o similar, puede acontecer que el trabajo individual de un obrero cualquiera, considerado como fracción del trabajo total, represente diversas fases del proceso laboral que el objeto de trabajo recorrerá con más rapidez gracias a la cooperación. Por ejemplo, cuando los albañiles forman una cadena para subir los ladrillos desde el suelo hasta lo alto de un andamio, cada uno hace lo mismo, pero, sin embargo, sus trabajos singulares constituyen partes continuas de una operación total, fases particulares que cada ladrillo debe recorrer en el proceso de trabajo y por medio de las cuales las 24 manos, digamos, del obrero total lo trasladan más de prisa que las dos manos de un obrero individual, que debiese subir y bajar del andamio cada vez¹⁴. El objeto de trabajo recorre el mismo

^{11a} "Mientras que un hombre no puede levantar un peso de una tonelada y 10 deben esforzarse para hacerlo, cien hombres lo pueden hacer utilizando incluso la fuerza de un dedo de cada uno de ellos" (J. Bellers. *Proposals for raising a college of Industry*, Londres, 1696, p. 21).

^{12a} "Existe también" (si un granjero emplea el mismo número de obreros en 300 acres, en vez de emplearlos 10 granjeros en 30 acres cada uno) "una ventaja en la proporción de los peones que no es tan fácil de comprender para quienes no sean hombres prácticos; se dirá, desde luego, que 1 es a 4 como 3 es a 12, pero esto no se confirma en la práctica, ya que en la época de cosecha y en muchas otras faenas que requieren la misma prisa, el unirse muchas fuerzas de trabajo conduce a que éste se ejecute mejor y con mayor rapidez. Por ejemplo, en la cosecha, 2 carreteros, 2 cargadores, 2 lanzadores, 2 rastrilladores y el resto en las parvas o en el granero, rendirán en conjunto el doble de trabajo que el mismo número de obreros, pero dividido en diferentes grupos y diversas granjas" ([J. Arbuthnot]. *An Inquiry into the Connection between the present Price of Provisions and the Size of Farms*. By a Farmer, Londres, 1773, pp. 7, 8).

¹³ La definición de Aristóteles dice, en rigor, que el hombre es por naturaleza un ciudadano. Esta definición es tan característica de la antigüedad clásica como lo es de la yanquidad la definición de Franklin de que el hombre es por naturaleza productor de herramientas.

¹⁴ Debemos señalar, además, que esta división parcial del trabajo puede darse también cuando los obreros están ocupados en una misma operación. Los albañiles, por ejemplo, cuando pasan de mano en mano los ladrillos hasta un andamio más

camino en menos tiempo. Igualmente se combina el trabajo al comen-zarse, por ejemplo, una construcción desde distintos lados simultá-neamente, aunque los obreros que cooperan efectúen el mismo tra-bajo o uno similar. La jornada laboral combinada de 144 horas que aborda el objeto sobre el que se trabaja por varios lados, dado que el obrero combinado u obrero total tiene ojos y manos por delante y por detrás y posee en cierto sentido el don de la ubicuidad, mueve el producto total con mayor rapidez de lo que avanzaría en jornadas laborales de doce horas de obreros más o menos separados, obliga-dos a acometer su obra en forma más unilateral. En el mismo lapso se concretan diversas partes locales del producto.

Subrayamos que los obreros, que en un número importante se complementan mutuamente, hacen lo mismo o cosas similares, pues esta forma de trabajo conjunto, que es la más simple, desem-peña también un gran papel en la forma más desarrollada de la cooperación. Si el proceso de trabajo es complicado, la simple existen-cia de una masa de obreros que trabajan de conjunto permite distribuir las diversas operaciones entre brazos distintos, por tanto, llevarlas a cabo simultáneamente, reduciendo así el tiempo de tra-bajo necesario para la fabricación del producto total¹⁵.

En muchas ramas de la producción se registran momentos crí-ticos, es decir, épocas determinadas por la misma naturaleza del proceso de trabajo en que deben alcanzarse determinados resultados laborales. Si, por ejemplo, debe esquilarse un rebaño de ovejas o segar-se y recogerse cierta cantidad de trigo, la cantidad y calidad del pro-ducto depende de que las operaciones comiencen y terminen en un momento definido. El lapso de duración del proceso de trabajo está delimitado aquí por anticipado, al igual que, digamos, en la pesca de arenques. El obrero aislado sólo puede hacer de un día una jornada de trabajo, supongamos, de 12 horas, pero la cooperación de 100 hombres, por ejemplo, convierte el día de trabajo de 12 horas en uno de 1.200 horas. La brevedad del lapso de trabajo es com-pensada por la magnitud de la masa de éste lanzada en el momento decisivo al campo de producción. En estos casos, el efecto a lograr en el momento preciso depende del uso simultáneo de muchos días de trabajo combinados, y el volumen del efecto útil depende del número de obreros, el cual, sin embargo, será siempre menor al número

elevado, realizan todos el mismo trabajo y, sin embargo, existe entre ellos una especie de división del trabajo, consistente en que cada uno hace avanzar el ladrillo un espacio determinado y así todos juntos lo trasladan al lugar indicado con mayor prontitud que si cada uno de ellos portara el ladrillo por separado al andamio más alto" (F. Skarbek, *Théorie des Richesses Sociales*, 2^a ed., París, 1839, t. I, pp. 97, 98).

¹⁵ En la realización de un trabajo complicado, las diversas operaciones deben ejecutarse simultáneamente. Uno hace una cosa, mientras otro hace la otra, y todos contribuyen a un resultado que un solo hombre no podría haber obtenido. Uno rema, mientras otro maneja el timón y un tercero lanza las redes o harponea al pez, así la pesca tiene un éxito, imposible sin esa cooperación" (Destutt de Tracy, l.c., p. 78).

de obreros que separados alcanzarían el mismo resultado en el mismo espacio de tiempo¹⁶. La falta de este tipo de cooperación conduce a que se pierdan grandes masas de trigo en el oeste de los Estados Unidos y significativas masas de algodón en aquellas partes de la India Oriental donde el dominio inglés destruyera la antigua comunidad¹⁷.

De una parte, la cooperación permite extender el radio de acción del trabajo, resultando indispensable en ciertos procesos de trabajo incluso por la simple interconexión espacial del objeto de trabajo, como, por ejemplo, en el drenaje del terreno, construcción de diques, obras de regadío, canales, calles, tendido de líneas férreas, etc. De otra parte, en correspondencia con la escala de producción, hace posible reducir el territorio de la zona en que ella se desarrolla. Esta limitación del ámbito espacial del trabajo, que ocurre al mismo tiempo que se expande su campo de acción, permitiendo economizar toda una serie de gastos generales (*faux frais*), es consecuencia de la aglomeración de los obreros, de la aproximación de diversos procesos de trabajo y de la concentración de los medios de producción¹⁸.

Comparada con una suma igual de jornadas laborales de individuos aislados, la jornada laboral combinada produce masas mayores de valores de uso y reduce, por tanto, el tiempo de trabajo necesario para obtener un efecto útil determinado. Y si en un caso dado esta mayor fuerza productiva proviene del hecho de que se eleva la potencia mecánica del trabajo, o se extiende su radio de acción, o se reduce el campo de producción territorial en relación a la escala de producción, o se pone en movimiento en el momento crítico mucho trabajo en poco tiempo, o se estimula el afán de competencia del individuo y se ponen en tensión sus energías vitales, o se imprime a operaciones similares de muchos obreros el sello de la continuidad

¹⁶ "Su ejecución" (la de los trabajos agrícolas) "en el momento crítico tiene una eficacia aún más grande" ([J. Arbuthnot]. *An Inquiry into the Connection between the present Price etc.*, p. 7). "En la agricultura, el factor más importante es el factor tiempo" (Liebig. *Über Theorie und Praxis in der Landwirtschaft*, 1856, p. 23).

¹⁷ "Otro mal, que difícilmente se espera encontrar en un país que exporta más trabajo que ningún otro en el mundo, exceptuando tal vez a China e Inglaterra, consiste en la imposibilidad de procurarse un número suficiente de brazos para la cosecha. A consecuencia de ello, grandes cantidades de algodón no son cosechadas, mientras otra parte se recoge de la tierra cuando ya ha caído y, por supuesto, se ha desteñido y en parte podrido; de tal modo que, a causa de la falta de obreros en la época precisa, el plantador está obligado a conformarse con la pérdida de una gran parte de aquella cosecha de algodón que Inglaterra tanto espera" (*Bengal Hurkaru. Bi-Monthly Overland Summary of News*, 22nd July 1861).

¹⁸ "Con el progreso de la agricultura, todo el capital y todo el trabajo que antes se dispersaba en 500 acres y, tal vez, aún en más, se concentra ahora en la labranza más intensiva de 100 acres." Y aunque, "en relación con la magnitud de capital y trabajo empleado el espacio esté más concentrado, constituye un ámbito de producción ampliado, en comparación con la esfera de producción antes ocupada o explotada por un sólo productor independiente" (R. Jones. *An essay on the Distribution of Wealth, On Rent*, Londres, 1831, p. 191).

y de la variedad, o se ejecutan distintas operaciones al mismo tiempo, o se economizan los medios de producción mediante su utilización colectiva, o se imprime al trabajo individual el carácter de trabajo social medio: bajo todas estas condiciones la fuerza productiva específica de la jornada laboral combinada es la fuerza productiva social del trabajo o la fuerza productiva del trabajo social. Ella surge de la cooperación misma. Al actuar conjuntamente con otros conforme a un plan, el obrero se desprende de sus límites individuales y desarrolla su capacidad genérica¹⁹.

Si los obreros, en general, no pueden actuar juntos directamente sin trabajar juntos, siendo, por tanto, su aglomeración en un cierto espacio condición necesaria de ello, los obreros asalariados no pueden cooperar sin que los emplee a un mismo tiempo el mismo capital, el mismo capitalista, o sea, sin que éste compre simultáneamente su fuerza de trabajo. El valor total de estas fuerzas de trabajo, o sea, la suma de salarios de los obreros por un día, una semana, etc., debe, pues, estar reunido en el bolsillo del capitalista antes de unirse en el proceso de producción las fuerzas de trabajo mismas. Pagar los salarios a 300 obreros de una vez, aunque sea por un solo día, implica un desembolso mayor de capital que pagar a menos obreros semana tras semana, durante todo el año. El número de los obreros que cooperan, o, dicho de otra manera, la escala de la cooperación, depende, por consiguiente, en primer término de la magnitud del capital que un capitalista pueda desembolsar en la compra de fuerza de trabajo, es decir, del volumen en que cada capitalista disponga de los medios de subsistencia de muchos obreros.

Y lo mismo que acontece con el capital variable, ocurre con el capital constante. Un capitalista que emplea 300 obreros desembolsa en materias primas, por ejemplo, una suma 30 veces mayor que cada uno de los 30 capitalistas que empleen 10 obreros cada uno. El volumen de valor y la masa material de los medios de trabajo utilizados conjuntamente no crecen, por cierto, en el mismo grado que el número de obreros empleados, pero aumentan, eso sí, considerablemente. La concentración de masas mayores de medios de producción en manos de capitalistas individuales es, pues, condición material para la cooperación de los obreros asalariados, y el volumen de esta cooperación o la escala de la producción depende del volumen de esta concentración.

En un principio, cierta cantidad mínima de capital individual fue necesaria para que el número de obreros explotados simultáneamente y, por tanto, la masa de plusvalor producido fuese suficiente para liberar al empleador mismo del trabajo manual, convertir

¹⁹ "La fuerza de un solo hombre es mínima, mas la asociación de estas fuerzas mínimas conforma una fuerza total mayor que la simple suma de las mismas, de tal modo que la simple unión de las fuerzas puede disminuir el tiempo y aumentar el espacio de su acción" (G.R. Carli. *Nota a P. Verri*, l.c., t. XV, p. 196).

al pequeño patrón en capitalista y establecer así, formalmente, la relación capitalista. Ahora, dicha cantidad mínima aparece como condición material para la transformación de muchos procesos de trabajo individuales, dispersos e independientes entre sí en un proceso de trabajo social combinado.

Asimismo, en los inicios, el mando del capital sobre el trabajo aparecía como una consecuencia formal del hecho de que el obrero en vez de trabajar para sí lo hiciese para el capitalista y, por ende, bajo sus órdenes. Con la cooperación de muchos obreros asalariados, el mando del capital se transforma en un requerimiento obligatorio para la ejecución del proceso de trabajo mismo, en una condición real de la producción. La orden del capitalista en el campo de la producción resulta en la actualidad tan imprescindible como la orden del general en el campo de batalla.

Todo trabajo directamente social o colectivo, efectuado en escala bastante grande, necesita en mayor o menor grado de una dirección que procure un vínculo armónico entre las actividades individuales y ejecute las funciones generales que nacen de los movimientos del cuerpo productivo global, a diferencia de los que efectúan sus órganos autónomos. Un solista de violín se dirige él mismo, pero una orquesta necesita a un director. Esta función de dirección, vigilancia y mediación se convierte en función del capital no bien el trabajo subordinado a él deviene cooperativo. Como función específica del capital, la función de dirección adquiere características específicas.

En primer lugar, constituye el motivo impulsor y la finalidad determinante del proceso de producción capitalista conseguir la mayor autovalorización posible del capital²⁰, esto es, la más alta producción posible de plusvalor, o sea, lograr la máxima explotación posible de la fuerza de trabajo. Al aumentar la masa de obreros empleados simultáneamente, crece su resistencia y, con ello, necesariamente la presión del capital para superarla. La dirección ejercida por el capitalista no es sólo una función especial derivada de la naturaleza del proceso social del trabajo y perteneciente a él, es, al mismo tiempo, función de explotación del proceso social del trabajo y, en consecuencia, está condicionada por el antagonismo inevitable entre el explotador y la materia prima de su explotación. Al incrementarse el volumen de los medios de producción contrapuestos al obrero asalariado como propiedad ajena, crece la necesidad de controlar su utilización apropiada²¹. Además, la cooperación

²⁰ "Las ganancias... son el único fin del comercio" (J. Vanderlint, l.c., p. 11).

²¹ Una hoja filistea inglesa, el *Spectator* del 26 de mayo de 1866, informa que, después de establecerse una especie de asociación entre el capitalista y sus obreros en la *Wirework company of Manchester* [compañía para la producción de alambres de Manchester], "el primer resultado fue conseguir la súbita reducción del desperdicio de materiales, pues los obreros no veían la razón para desperdiciar su propiedad más que la del capitalista, y el derroche de materiales es, tal vez, junto a las deudas atrasadas, la mayor fuente de pérdidas en las fábricas". La misma hoja descubre

entre obreros asalariados es un mero efecto del capital que los emplea simultáneamente. El vínculo de sus funciones y su unidad como cuerpo productivo global se encuentran fuera de ellos, en el capital que los reúne y los mantiene cohesionados. La interconexión de sus trabajos se enfrenta a ellos, por tanto, desde un ángulo ideal, como el plan, y en la práctica, como la autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad extraña que somete su actividad a objetivos propios.

Por consiguiente, si, en cuanto a su contenido, la dirección capitalista tiene un doble carácter, a causa de la dualidad del propio proceso de producción a dirigir —de una parte, proceso social de trabajo para fabricar un producto, de otra, proceso de valorización del capital—, en cuanto a su forma, la dirección capitalista es despótica. Con el desarrollo de la cooperación en gran escala, este despotismo va presentando sus formas peculiares. Así como el capitalista fue liberado, en un comienzo, del trabajo manual, no bien su capital alcanzó aquella magnitud mínima que hace posible la producción capitalista propiamente tal, ahora entrega la función misma del control directo y constante sobre los trabajadores aislados y los grupos de obreros a una categoría particular de trabajadores asalariados. Al igual que un ejército requiere mando militar, una masa obrera que actúa de conjunto bajo el mando del mismo capital necesita altos oficiales (dirigentes, *managers*) y suboficiales industriales (*capataces, foremen, overlookers, contre-mâtres*) que durante el proceso de trabajo mandan en nombre del capital. El trabajo de supervisión se afianza como su función exclusiva. Al comparar los regímenes de producción de los campesinos independientes o de los artesanos autónomos con la economía de plantación basada en la esclavitud, el economista político incluye este trabajo de supervisión entre los *faux frais* de la producción^{21a}. Pero, al examinar el régimen capitalista de producción identifica, por el contrario, la función de dirección, en cuanto proviene de la naturaleza del proceso colectivo de trabajo, con la misma función en cuanto está deter-

como el defecto principal de los *Rochdale cooperative experiments*^[116] el hecho de que "they showed that associations of workmen could manage shops, mills, and almost all forms of industry with success, and they immensely improved the condition of the men, but then they did not leave a clear place for masters". ("Ellos demostraron que las asociaciones obreras pueden administrar con éxito negocios, fábricas y casi todas las formas de industria y mejoraron inmensamente la situación de los trabajadores, pero, ¡no dejaron lugar visible para los capitalistas!" Quelle horreur! [¡Qué horror!])

^{21a} El profesor Cairnes, después de representar la "*superintendence of labour*" [supervisión del trabajo] como uno de los rasgos principales de la producción esclavista en los estados norteamericanos del Sur, prosigue: "Por cuanto el propietario campesino", (del Norte) "retiene para sí el producto completo de su suelo*, no necesita estímulos especiales para esforzarse. La supervisión se vuelve en este caso completamente innecesaria" (Cairnes, l.c., pp. 48, 49).

* En Cairnes: el producto de su trabajo. —Ed.

minada por el carácter capitalista y, por tanto, antagónico de este proceso²². El capitalista no es capitalista por ser directivo industrial, sino al revés, se convierte en comandante industrial porque es capitalista. El mando superior de la industria pasa a ser un atributo del capital, como en la época feudal era atributo de la propiedad agrícola el mando superior en la guerra y en los tribunales^{22a}.

El obrero es propietario de su fuerza de trabajo mientras negocia, como vendedor de la misma, con el capitalista; y sólo puede vender lo que posee, su fuerza de trabajo individual, singular. Esta relación no es alterada en modo alguno porque el capitalista compre 100 fuerzas de trabajo en vez de una o firme contratos con 100 obreros independientes entre sí en lugar de hacerlo con uno solo. Puede emplear los 100 obreros sin someterlos a la cooperación. Por tanto, el capitalista paga el valor de las 100 fuerzas de trabajo independientes, pero no la fuerza de trabajo combinada de los cien obreros. Como personas independientes, los obreros son hombres aislados que entran en relación con el mismo capital, pero no entre sí. Su cooperación sólo comienza en el proceso de trabajo, es decir, cuando ya han dejado de pertenecer a sí mismos. Al ingresar a este proceso, ya están incorporados al capital. En cuanto obreros que cooperan a un fin, en cuanto miembros de un organismo trabajador, no son más que un modo particular de existencia del capital. La fuerza productiva desarrollada por el obrero como obrero social es, en consecuencia, fuerza productiva del capital. Esta fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente no bien los obreros son sometidos a determinadas condiciones, que es precisamente lo que hace el capital. Como la fuerza productiva social del trabajo no le cuesta nada al capital y como, de otra parte, el obrero no la desarrolla antes de que su trabajo mismo pertenezca al capital, ella parece a simple vista una fuerza productiva que el capital posee por naturaleza, su fuerza productiva immanente.

La eficacia de la cooperación simple resalta de manera colosal en las obras gigantescas de los antiguos asiáticos, egipcios y etruscos, etc.

"En tiempos pasados ocurría que esos Estados asiáticos, después de cubrir sus gastos civiles y militares, se encontraban en posesión de un excedente de medios de subsistencia, que podían gastar en obras de pompa. Su mando sobre las manos y los brazos de casi toda la población no agrícola y el poder exclusivo del monarca o del sacerdocio sobre aquel remanente les brindaban los medios necesarios para erigir esos monumentos imponentes con los que inundaron

²² Sir James Steuart, escritor en general destacado por su perspicacia para distinguir las diferencias sociales que caracterizan los diversos modos de producción, señala: "¿Por qué las grandes empresas manufactureras liquidan la pequeña industria, si no es porque se aproximan a la simplicidad del trabajo de los esclavos?" (*Princ. of Pol. Econ.*, Londres, 1767, v. I, pp. 167, 168).

^{22a} Auguste Comte y su escuela podrían, por tanto, haber intentado demostrar la necesidad eterna del señor feudal, del mismo modo que lo han hecho en el caso del señor capitalista.

el país... Para mover estatuas colosales y enormes masas, cuyo transporte causa asombro, se empleaba casi exclusivamente, y con prodigalidad, trabajo humano. El número de obreros y la concentración de sus esfuerzos resultaban suficientes. Así vemos aparecer desde las profundidades del océano, convirtiéndose en islas y tierra firme, grandes arrecifes de corales, aunque cada depositario (*depository*) individual sea un ser minúsculo, débil y despreciable. Los trabajadores no agrícolas de las monarquías asiáticas, salvo sus esfuerzos corporales individuales, poco tenían que aportar a aquellas obras, pero su número constituía su fuerza, y el poder de dirección sobre esas masas dio origen a dichas obras gigantes. La concentración, en una o en pocas manos, de los ingresos de que viven los obreros es lo que hizo posible tales empresas.²³

Este poder de los reyes asiáticos y egipcios o de los teócratas etruscos, etc., pasó en la sociedad moderna a los capitalistas, ya actúen como capitalista aislado o —en el caso de las sociedades anónimas— como capitalista combinado.

La cooperación en el proceso laboral, como la encontramos de manera predominante en los inicios de la civilización, en los pueblos de cazadores^{23a} o, digamos, en la agricultura de las comunidades indias, se basa, de una parte, en la propiedad común sobre las condiciones de producción y, de otra, en el hecho de que el individuo aislado se ha liberado en tan bajo grado del cordón umbilical que lo liga a la tribu o a la comunidad, como la abeja de la colmena. Ambos aspectos la distinguen de la cooperación capitalista. La utilización esporádica de la cooperación en gran escala en el mundo antiguo, el medioevo y en las colonias modernas descansa en relaciones directas de señorío y servidumbre, que es la mayoría de las veces un régimen de esclavitud. Por el contrario, la forma capitalista presupone desde un comienzo la existencia del obrero libre asalariado que vende su fuerza de trabajo al capital. Sin embargo, históricamente se desarrolla en oposición a la economía campesina y a la artesanía autónoma, posea ésta o no la forma de gremio²⁴. La cooperación capitalista no aparece frente a ellas como una forma histórica particular de la cooperación, sino que ésta reviste una forma histórica peculiar del proceso capitalista de producción, una forma específica de él.

Así como la fuerza productiva social desarrollada por la cooperación aparece como fuerza productiva del capital, la cooperación

²³ R. Jones. *Text-book of Lectures etc.*, pp. 77, 78. Las colecciones asirias, egipcias, etc., en los museos de Londres y otras capitales europeas, nos convierten en testigos oculares de dichos procesos cooperativos de trabajo.

^{23a} Quizás, no esté equivocado Linguet, en su *Théorie des Lois Civiles*, cuando afirma que la caza fue la primera forma de la cooperación y la caza de hombres (la guerra), una de las primeras formas de la caza.

²⁴ La pequeña economía campesina y la artesanía autónoma que, en parte, forman la base del régimen feudal de producción y después de su disolución coexisten, en parte, con la industria capitalista, constituyen a la vez la base económica de la comunidad clásica en sus mejores tiempos, después de disolverse la comunidad oriental primitiva y antes de que el régimen esclavista se apoderase seriamente de la producción.

misma se manifiesta también como una forma específica del proceso capitalista de producción, en contraposición al proceso de producción de los obreros aislados y autónomos o de los maestros artesanos. Es el primer cambio que experimenta el proceso real de trabajo por su sumisión [*Subsumtion*] al capital. Este cambio se opera espontáneamente. Su condición, el empleo simultáneo de un número relativamente grande de obreros asalariados en el mismo proceso de trabajo, constituye el punto de partida de la producción capitalista. Este momento coincide con el propio nacimiento del capital. Por tanto, si la producción capitalista, de una parte, se representa como necesidad histórica de la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, de otra, esta forma social del proceso de trabajo aparece como un método empleado por el capital para, mediante el incremento de su fuerza productiva, explotarlo con mayores ganancias.

En su expresión simple hasta aquí examinada, la cooperación coincide con la producción a gran escala, pero no constituye una forma fija característica de una época particular en el desarrollo del modo capitalista de producción. A lo sumo, aparece como tal, aproximadamente, en los comienzos aún artesanales de la manufactura²⁵ y en esa clase de agricultura en gran escala que corresponde al período manufacturero y que sólo se distingue, en esencia, de la economía campesina por la masa de obreros empleados conjuntamente y el volumen de medios de producción concentrados. La cooperación simple es todavía la forma dominante en las ramas de la producción en las que el capital opera a gran escala, sin que en ellas desempeñen un papel significativo la división del trabajo ni la maquinaria.

La cooperación sigue siendo la forma básica del régimen de producción capitalista, aunque su expresión simple aparezca como forma particular, junto a otras formas más desarrolladas.

²⁵ "¿No es acaso la unión de la habilidad, la laboriosidad y la emulación de muchos, reunidos en el mismo trabajo, el camino para hacerlo avanzar? ¿Y es que Inglaterra acaso habría podido alcanzar de otro modo tal grado de perfección en sus manufacturas de lana?" (Berkeley. *The Querist*, Londres, 1750, p. 56, § 521).

CAPITULO XII

DIVISION DEL TRABAJO Y MANUFACTURA

I. DOBLE ORIGEN DE LA MANUFACTURA

La cooperación basada en la división del trabajo asume su figura clásica en la manufactura. Como forma característica del proceso de producción capitalista, predomina durante el período manufacturero propiamente tal, que dura, en líneas generales, desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII.

La manufactura surge de dos maneras.

La primera consiste en reunir en un taller, bajo el mando del mismo capitalista, a obreros de diversos oficios independientes, por cuyas manos debe pasar un producto hasta su terminación, v.gr., una carroza era el producto global de los trabajos realizados por un gran número de artesanos autónomos: carreteros, talabarteros, tapiceros, cerrajeros, latoneros, torneros, pasamaneros, vidrieros, pintores, barnizadores, doradores, etc. La manufactura de carrozas reúne en un taller a todos estos distintos artesanos, donde trabajan simultánea y conjuntamente. No se puede, por cierto, dorar una carroza antes de construirla. Pero si se fabrican muchas carrozas al mismo tiempo, una parte de éstas puede ser constantemente dorada, mientras otra recorre una fase anterior del proceso de producción. Hasta aquí nos movemos siempre en el terreno de la cooperación simple, que encuentra listo su material humano y los objetos que requiere. Sin embargo, muy pronto se opera un cambio sustancial. El tapicero, el cerrajero, el latonero, etc., ocupados exclusivamente en la fabricación de carrozas, además del hábito van perdiendo poco a poco la capacidad para ejecutar su antiguo oficio en toda su amplitud. De otra parte, su actividad unilateralizada reviste ahora la forma más adecuada para un campo de acción restringido. Originariamente, la manufactura de carrozas apareció como combinación de oficios independientes. Poco a poco, se convierte en una división de la producción en sus diversas operaciones particulares, cada una de las cuales cristaliza en función exclusiva de un obrero y cuya totalidad es realizada por la asociación de estos obreros parciales. Así, mediante la combinación de diversos

oficios bajo el mando del mismo capital, surgieron la manufactura del paño y toda una serie de otras manufacturas²⁶.

Pero la manufactura también puede surgir de manera inversa. El mismo capital reúne simultáneamente en un mismo taller a muchos artesanos que desempeñan oficios iguales o similares, que hacen, por ejemplo, papel, tipos de imprenta, o agujas. Es una cooperación en su forma más simple. Cada uno de estos artesanos (tal vez con uno o dos oficiales) produce la mercancía completa y, por tanto, ejecuta sucesivamente las diversas operaciones requeridas para su elaboración. Dicho artesano continúa trabajando a su antigua manera. Sin embargo, condiciones externas pronto inducen a emplear de otro modo la concentración de los obreros en el mismo espacio y la simultaneidad de sus trabajos. Por ejemplo, débese suministrar en un plazo dado una cantidad mayor de mercancías terminadas. Para conseguirlo, se reparte el trabajo. En vez de hacer que el mismo artesano realice sucesivamente las diversas operaciones, éstas se desglosan, se aíslan, se yuxtaponen en el espacio, cada una de ellas se asigna a un operario diferente y todas juntas son efectuadas al mismo tiempo por los cooperadores. Esta división casual se repite, expone sus ventajas peculiares y poco a poco se osifica en una división sistemática del trabajo. De un producto individual del artesano independiente, que lo hace todo, la mercancía se transforma en producto social de una asociación de artesanos, cada uno de los cuales ejecuta constantemente sólo una operación parcial distinta. Las mismas operaciones que en Alemania se ensamblan como actividades consecutivas del productor gremial de papel, en la manufactura papelera holandesa se vuelven autónomas, convirtiéndose en operaciones parciales, ejecutadas paralelamente por muchos obreros que cooperan entre sí. El productor gremial de agujas de Nuremberg constituye el elemento básico de la manufactura inglesa de agujas. Pero mientras que aquel artesano de Nuremberg realizaba, quizás, una serie de 20 operaciones consecutivas, aquí

²⁶ Para brindar un ejemplo más moderno de este tipo de formación de la manufactura, hacemos la siguiente cita. La hilandería y tejeduría de seda de Lyon y Nimes "es completamente patriarcal; emplea muchas mujeres y niños, mas sin agotarlos ni aniquilar su salud; los deja continuar viviendo en sus bellos valles del Drôme, del Var, del Isère y de Vaucluse, dedicados a criar los gusanos de seda y devanar sus capullos; esta industria nunca se convertirá en una verdadera fábrica. Si observamos la cosa de cerca... el principio de la división del trabajo reviste aquí un carácter especial. Hay, por cierto, devanadoras, torcedores, tintoreros, encoladores y tejedores; pero no están reunidos en un mismo establecimiento ni dependen de un mismo patrón; todos ellos son independientes" (A. Blanqui, *Cours d'Econ. Industrielle, Recueilli par A. Blaise*, Paris, 1838-1839, p. 79). Desde que Blanqui escribiese estas líneas, muchos de aquellos distintos obreros independientes han sido agrupados en fábricas. [Agregado a la 4ª edición. — Y desde que Marx escribiese lo precedente, el telar mecánico se ha establecido en estas fábricas, desplazando con rapidez al telar manual. La industria de la seda en Krefeld también puede contarnos mucho al respecto. — F.E.]

concurrer simultáneamente 20 obreros, cada uno de los cuales efectúa sólo una de las 20 operaciones, las cuales fundándose en la experiencia a su vez han sido subdivididas, aisladas y autonomizadas en funciones exclusivas de tales o cuales operarios.

El modo en que surge la manufactura, su formación a partir del artesanado es, pues, dual. De una parte, proviene de la combinación de diversos oficios artesanales independientes, desautonomizados y unilateralizados a tal punto que sólo constituyen operaciones parciales mutuamente complementarias en el proceso de producción de una misma mercancía. De otra parte, la manufactura proviene de la cooperación de artesanos de un mismo oficio, descomponiendo este oficio individual en diversas operaciones particulares, aislándolas e independizándolas a tal punto que cada una de ellas se convierte en función exclusiva de un obrero determinado. Por consiguiente, de una parte la manufactura introduce la división del trabajo en un proceso de producción o la desarrolla aún más, y de otra, combina oficios artesanales antes separados. Pero, cualquiera sea su peculiar punto de partida, su forma final es la misma: un mecanismo de producción cuyos órganos son hombres.

Para comprender acertadamente el significado de la división del trabajo en la manufactura, es esencial recordar los siguientes puntos: en primer término, el análisis del proceso de producción en sus fases específicas coincide aquí por completo con la disgregación de una actividad artesanal en diversas operaciones parciales. Sea compleja o simple, cada operación sigue siendo artesanal y, por tanto, dependiente de la fuerza, habilidad, rapidez y seguridad de tal o cual obrero en el manejo de su instrumento. El trabajo artesanal continúa siendo la base de todo. Esta reducida base técnica excluye un análisis realmente científico del proceso de producción, por cuanto cada proceso parcial que ejecute el productor debe ser realizable como trabajo artesanal parcial. Precisamente porque la habilidad artesanal perdura en este caso como base del proceso de producción, a cada obrero se le asigna una función parcial, y su fuerza de trabajo se convierte en órgano perpetuo de esta función. Finalmente, esta división del trabajo es un tipo particular de cooperación, algunas de cuyas ventajas surgen de la esencia general de la cooperación, y no de esta forma particular de realizarla.

2. EL OBRERO PARCIAL Y SU INSTRUMENTO

Si profundizamos en las particularidades, queda claro desde el comienzo que un obrero, reducido a ejecutar de por vida una misma operación simple, convierte todo su cuerpo en un órgano unilateral y automático de dicha operación y, por tanto, necesita para ejecutarla menos tiempo que el artesano obligado a realizar alternativamente toda una serie de operaciones. El obrero global combinado,

que constituye el mecanismo vivo de la manufactura, es una suma de tales obreros parciales unilateralizados. En comparación con el trabajo artesanal autónomo, se produce más en menos tiempo, es decir, se incrementa la fuerza productiva del trabajo²⁷. Asimismo, una vez autonomizado en función exclusiva de una persona, el método de trabajo parcial se perfecciona. La repetición constante del mismo quehacer limitado y la concentración de la atención en él enseñan, al acumularse experiencia, a alcanzar el efecto útil deseado con el menor gasto de fuerza. Y como en la misma manufactura conviven y cooperan simultáneamente diferentes generaciones de obreros, los secretos técnicos adquiridos pronto se afianzan, acumulan y traspasan²⁸.

La manufactura produce, en efecto, el virtuosismo del obrero detallista, al reproducir en el interior del taller y llevar sistemáticamente a sus límites extremos la separación espontánea de oficios que encuentra ya dada en la sociedad. De otra parte, al transformar el trabajo parcial en oficio vitalicio de un hombre, la manufactura continúa la tendencia de las sociedades anteriores a hacer hereditarios los oficios, a petrificarlos en castas u osificarlos en gremios, cuando se dan determinadas condiciones históricas que engendran una variabilidad del individuo contraria al régimen de castas. Las castas y los gremios provienen de la misma ley natural que regula la separación de las plantas y animales en especies y subespecies, con la diferencia única de que, en cierto grado de desarrollo, el carácter hereditario de las castas o la exclusividad de los gremios son decretados como ley social²⁹.

"La muselina de Dacca nunca ha sido superada en finura, ni los calicós y otros productos de Coromandel en brillo y duración de los colores. Y, sin embargo, se producen sin capital, sin maquinaria ni división del trabajo, sin ninguno de los medios que tantas ventajas proporcionan a la fabricación en Europa. El tejedor es un individuo aislado que produce su tejido por encargo de un

²⁷ "Cuanto más se distribuya y asigne a distintos obreros parciales un trabajo de gran variedad, tanto mejor y con más rapidez se efectuará, con menos pérdidas de tiempo y trabajo" (*The Advantages of the East-India Trade*, Londres, 1720, p. 71).

²⁸ "El trabajo fácil es habilidad transmitida" (Th. Hodgskin. *Popular Political Economy*, Londres, p. 48).

²⁹ "También las artes prosperaron... en Egipto hasta un alto grado de perfección. Pues, sólo en este país los artesanos de ningún modo pueden intervenir en los negocios de otras clases de ciudadanos, sino simplemente deben limitarse a ejecutar el oficio que según la ley le corresponde por herencia a su tribu... En otros pueblos encontramos que los artesanos dispersan su atención entre distintos objetos... Tan pronto se dedican a la agricultura como se aventuran en negocios comerciales, o se ocupan a la vez de dos o tres artes. En los Estados libres, por lo común, frecuentan las asambleas populares... En Egipto, por el contrario, todo artesano que se entrometa en asuntos estatales o desempeñe a la vez más de un arte, incurre en severas penas. De esta manera, nada puede perturbar su laboriosidad profesional... Además, contando con muchas reglas heredadas de sus antepasados, piensa celosamente en cómo descubrir nuevas ventajas" (Diodorus Siculus. *Historische Bibliothek*, libro I, cap. 74, [pp. 117-118]).

cliente trabajando en un telar de la construcción más simple, compuesto a veces sólo de algunas varas de madera unidas burdamente. No posee siquiera un aparato para tender la urdimbre, lo cual le obliga a mantener el telar extendido a todo lo largo, volviéndose así tan informe y vasto que no encuentra espacio en la choza del productor, debiendo éste, por consiguiente, ejecutar su trabajo al aire libre donde es constantemente interrumpido por cualquier cambio atmosférico.³⁰

Esta virtuosidad la deben los hindúes, como las arañas, a la habilidad especial acumulada de generación en generación y transmitida de padres a hijos. Y ello a pesar de que estos tejedores hindúes realizan un trabajo muy complicado en comparación con la mayoría de los obreros manufactureros.

Un artesano, que en la producción de un objeto ejecuta sucesivamente distintos procesos parciales, debe cambiar constantemente de lugar y de herramientas. El paso de una operación a otra interrumpe el curso de su trabajo y crea, por decirlo así, poros en su jornada laboral. Estos poros se reducen si el artesano realiza continuamente una misma operación durante todo el día, o desaparecen en la medida en que disminuye el cambio de una operación por otra. Aquí, la productividad incrementada se debe bien al creciente gasto de la fuerza de trabajo en un lapso dado, o sea, a la creciente intensidad del trabajo, o bien a una disminución en el consumo improductivo de fuerza de trabajo. Precisamente el gasto excesivo de fuerzas que exige toda transición del descanso al movimiento se compensa por una mayor duración de la velocidad normal, una vez adquirida ésta. De otra parte, la continuidad de un trabajo uniforme debilita la atención y las energías de los seres vivos que encuentran en el cambio de actividad su recreación y estímulo.

La productividad del trabajo no depende sólo del virtuosismo del obrero, sino también de la perfección de sus instrumentos. En diversos procesos de trabajo se utilizan herramientas de una misma especie, cortantes, perforantes, punzantes, de percusión, etc., y en muchas oportunidades el mismo instrumento sirve para distintas operaciones en el mismo proceso de trabajo. Sin embargo, tan pronto se separan entre sí las diversas operaciones de un proceso de trabajo y cada operación parcial adquiere la forma lo más adecuada y exclusiva posible en manos del obrero parcial, se hacen necesarios cambios en las herramientas empleadas anteriormente para diferentes objetivos. La orientación de su cambio de forma resulta de la experiencia acerca de las dificultades particulares que presenta la forma no modificada. La diferenciación de las herramientas de trabajo, por medio de la cual instrumentos de la misma especie adquieren peculiares formas fijas para cada utilización particular, y su especialización, por medio de la cual cada uno de tales instrumentos especiales sólo adquiere

³⁰ *Historical and descriptive Account of Brit. India etc.* By Hugh Murray, James Wilson etc. Edimburgo, 1832, v. II, pp. 449, 450. El telar indio es de lizos altos, es decir, la urdimbre se estira verticalmente.

toda su eficacia en manos de un obrero parcial determinado, caracterizan a la manufactura. Solamente en la ciudad de Birmingham se producen unas 500 variedades de martillos, cada uno de los cuales no sólo sirve para un proceso de producción específico, sino que con frecuencia varios martillos se usan únicamente en determinadas operaciones dentro de un mismo proceso. El período manufacturero simplifica, perfecciona y diversifica las herramientas de trabajo, adaptándolas a las funciones específicas exclusivas del obrero parcial³¹. Dicho período crea de esta manera, a la vez, una de las condiciones materiales de la maquinaria, que constituye una combinación de herramientas simples.

El obrero detallista y su instrumento forman los elementos simples de la manufactura. Examinémosla ahora como un todo.

3. LAS DOS FORMAS BASICAS DE LA MANUFACTURA: MANUFACTURA HETEROGENEA Y MANUFACTURA ORGANICA

La estructura de la manufactura presenta dos formas básicas que constituyen, a pesar de enlazamientos fortuitos, dos especies esencialmente distintas y desempeñan, sobre todo en la transformación posterior de la manufactura en gran industria maquinizada, un papel completamente diferente. Este doble carácter proviene de la naturaleza del propio producto. A veces, el objeto se forma mediante el simple ensamblamiento mecánico de productos parciales autónomos, otras veces, su figura acabada es consecuencia de una serie de procesos y manipulaciones vinculados entre sí.

Una locomotora, por ejemplo, está compuesta por más de 5.000 piezas autónomas. Sin embargo, la locomotora no puede considerarse un ejemplo de la primera especie de manufacturas propiamente dichas, pues es una creación de la gran industria. Pero bien puede considerarse como tal el reloj, con el cual William Petty ilustró también la división manufacturera del trabajo. De obra individual de un artesano de Nuremberg, el reloj se convierte en producto social de un sinnúmero de obreros parciales, los cuales fabrican piezas en bruto, muelles, esferas, espirales, agujeros en que van engastadas las piedras, palancas de rubíes, agujas, cajas, tornillos, y realizan el dorado; trabajos con muchas subdivisiones, como por ejemplo la de fabricar las ruedas (separándose, a su vez, entre las ruedas de latón y las de acero), los piñones, el mecanismo de

³¹ Darwin, en su trascendental obra *Del origen de las especies*, al referirse a los órganos naturales de las plantas y animales, señala: "Mientras un mismo órgano ejecute trabajos diferentes, puede encontrarse, tal vez, una razón para su mutabilidad en el hecho de que la naturaleza conserva o suprime cada pequeña desviación de forma con menos cuidado que si el mismo órgano estuviese destinado únicamente para un solo fin peculiar. Así, los cuchillos destinados a cortar diversos objetos pueden todos ser más o menos de una misma forma, mientras que un instrumento destinado a un solo uso posee una forma diferente para cualquier otra aplicación".

agujas, el *acheveur de pignon* (fija las ruedas en los piñones, pule las facetas, etc.), el que confecciona la espiga, el *planteur de finisage* (coloca diversas ruedas y piñones en el mecanismo), el *finisseur de barillet* (termina de dentar las ruedas, da a los agujeros el ancho adecuado, ajusta la posición y el registro), el que hace los escapes; y en los escapes de cilindro, a su vez, los que fabrican los cilindros, la rueda catalina, el péndulo, la raqueta (mecanismo retroactivo por el que se regula el reloj), el *planteur d'échappement* (en rigor, el fabricante de los escapes); luego, el *repasseur de barillet* (da el último toque a la caja en que va la cuerda y a la posición), los que pulen el acero, las ruedas y los tornillos, el dibujante de los números, el que hace la esfera (aplica el esmalte sobre el cobre), el *fabricant de pendants* (sólo hace la argolla de la caja), el *finesseur de charnière* (fija el perno de latón en el centro de la caja, etc.), el *faiseur de secret* (coloca los resortes que hacen saltar la tapa de la caja), el *graveur* [grabador], el *ciseleur* [cincelador], el *polisseur de boîte* [pulimentador de la caja], etc., etc., y finalmente, el *repasseur* que arma todo el reloj y lo pone en funcionamiento. Tan sólo unas pocas piezas del reloj pasan por diferentes manos sucesivamente, y todos estos *membra disjecta* [miembros dispersos]^[117] llegan a las manos que finalmente los unen para constituir un mecanismo único. Esta relación externa entre el producto acabado y sus diversos elementos hace en este caso, como en el de productos similares, que la combinación de los obreros parciales en el mismo taller sea fortuita. Los trabajos parciales pueden ejecutarse, a su vez, como oficios artesanales independientes entre sí, como acontece en los cantones de Vaud y Neuchâtel, mientras que en Ginebra, por ejemplo, existen grandes manufacturas de relojes, es decir, tiene lugar la cooperación directa de los obreros parciales bajo el mando de un capital. También en este último caso es raro que la esfera, los muelles y la caja se fabriquen en la misma manufactura. En esta rama la producción manufacturera combinada sólo es rentable cuando se dan condiciones excepcionales, pues la competencia entre los obreros que trabajan a domicilio es mas fuerte, el fraccionamiento de la producción en una masa de procesos heterogéneos permite emplear de manera reducida los medios de trabajo colectivos, y el capitalista ahorra, al darse la fabricación dispersa, los gastos en edificios fabriles, etc.³² Sin embargo, la situación de estos obreros especializados, que trabajan

³² En 1854, Ginebra produjo 80.000 relojes, ni siquiera la quinta parte de la producción del cantón de Neuchâtel. Chaux-de-Fonds, que puede considerarse como una gran manufactura de relojes, suministra anualmente por sí sola el doble que Ginebra. Entre 1850 y 1861, Ginebra fabricó 720.000 relojes. Véase *Report from Geneva on the Watch Trade en Reports by H.M.'s Secretaries of Embassy and Legation on the Manufactures, Commerce etc.*, No 6, 1863. La falta de vinculación entre los procesos en que se descomponen la producción de objetos meramente ensamblados, dificulta de por sí la transformación de tales manufacturas en empresas

a domicilio, pero para un capitalista (fabricante, *établisser*), es también completamente distinta de la situación de los artesanos independientes que trabajan para sus propios clientes³³.

El segundo tipo de manufactura, su forma consumada, fabrica productos que recorren fases de desarrollo interrelacionadas, una secuencia de procesos escalonados, como sucede, v.gr., con el alambre en la manufactura de agujas de coser, que pasa por las manos de 72 e incluso 92 obreros parciales especializados.

En la medida en que tal manufactura combina trabajos artesanales originariamente dispersos, disminuye la separación espacial de las distintas fases de fabricación del producto. El tiempo de su paso de una etapa a otra se reduce, como asimismo el trabajo requerido en esta operación³⁴. En comparación con el trabajo artesanal, de este modo se gana en fuerza productiva, y este incremento proviene, por cierto, del carácter cooperativo general de la manufactura. De otra parte, su principio peculiar de división del trabajo provoca un aislamiento de las diferentes fases de la producción, que como otros tantos trabajos parciales de índole artesanal son recíprocamente independientes. El establecimiento y la conservación de vínculos entre funciones aisladas hace necesario el constante traslado del producto de una mano a otra, y de un proceso a otro. Desde el punto de vista de la gran industria ello aparece como una limitación característica, costosa e inmanente al principio de la manufactura³⁵.

Si observamos una determinada cantidad de materias primas, por ejemplo, trapos en la manufactura de papel o alambre en la de agujas, veremos que recorre en manos de los diferentes obreros parciales toda una secuencia de fases de producción hasta llegar a su forma acabada. Por el contrario, de considerarse el taller como un solo mecanismo global, la materia prima se presenta simultáneamente y de una vez en todas sus fases de producción. El obrero global, compuesto por numerosos obreros parciales, tira del alambre, con una parte de sus manos, mientras numerosas manos armadas de

maquinizadas de la gran industria; en el caso del reloj se suman, además, otros dos obstáculos: la pequeñez y delicadeza de sus elementos y su carácter de lujo, con la consiguiente diversidad, de tal modo que, por ejemplo, en las mejores casas de Londres se produce apenas durante todo el año una docena de relojes parecidos. La fábrica de relojes de Vacheron & Constantin, donde se emplea con éxito la maquinaria, brinda a lo sumo 3 ó 4 variedades distintas en cuanto a tamaño y forma.

³³ En la producción de relojes, ejemplo clásico de la manufactura heterogénea, puede estudiarse con gran precisión la diferenciación y especialización de los instrumentos de trabajo anteriormente mencionadas, las cuales provienen de la desintegración de la actividad artesanal.

³⁴ "Si los hombres trabajan estrechamente agrupados, el transporte habrá de ser necesariamente menor" (*The Advantages of the East-India Trade*, p. 106).

³⁵ "En la manufactura, el aislamiento de las diferentes fases como consecuencia del empleo de trabajo manual, incrementa inmensamente los costos de producción, generándose las pérdidas principalmente del simple paso de un proceso a otro" (*The Industry of Nations*, Londres, 1855, parte II. p. 200).

instrumentos lo estiran, lo cortan, aguzan, etc. De una sucesión en el tiempo, los diversos procesos escalonados se transforman en una coordinación simultánea en el espacio. De ahí, la entrega de más mercancías terminadas en el mismo tiempo³⁶. Esta simultaneidad surge, por cierto, de la forma cooperativa general del proceso global, pero la manufactura no sólo encuentra las condiciones de la cooperación ya dadas, sino que, en parte, las crea desintegrando la actividad artesanal. De otra parte, logra esta organización social del proceso de trabajo únicamente porque engrilla siempre al mismo obrero a la realización del mismo detalle.

Por cuanto el producto parcial de cada obrero parcial es, a la vez, sólo un peldaño particular en el desarrollo del mismo artículo, un obrero o un grupo de obreros entrega a otros su materia prima. El resultado del trabajo de un obrero constituye el punto de partida para el trabajo de otro. Un obrero, pues, aquí da ocupación directamente a otro. El tiempo de trabajo necesario para alcanzar el efecto útil perseguido en cada proceso parcial se fija de acuerdo a la experiencia, y el mecanismo global de la manufactura se basa en la premisa de que en un determinado tiempo de trabajo se logra un determinado resultado. Sólo de acuerdo a esta suposición pueden fluir ininterrumpida, simultánea y paralelamente en el espacio los diversos procesos de trabajo que se complementan. Desde luego, ésta dependencia directa de los trabajos y, por tanto, de los obreros entre sí obliga a cada uno de ellos a gastar en su función sólo el tiempo necesario, estableciéndose así una continuidad, uniformidad, regularidad, orden³⁷ y sobre todo una intensidad del trabajo completamente diferentes de las existentes en el oficio artesanal e incluso en la cooperación simple. El que en la fabricación de una mercancía sólo se emplee el tiempo de trabajo socialmente necesario, aparece en la producción mercantil, en general, como una norma exterior impuesta por la competencia, pues, expresado superficialmente, cada productor aislado debe vender su mercancía al precio de mercado. En la manufactura, el suministro de una cantidad dada de productos en un tiempo determinado se convierte, en cambio, en ley técnica del mismo proceso de producción³⁸.

³⁶ La división del trabajo "genera también una economía de tiempo, al separar el trabajo en diferentes ramas, haciendo que todas ellas puedan ser ejecutadas a un mismo momento... Mediante la realización simultánea de todos los procesos diferentes, que un individuo debiera ejecutar por separado, se consigue, v.gr., producir una multitud de agujas completamente acabadas en el mismo lapso en que una persona apenas lograría cortar o aguzar una sola" (Dugald Stewart, l.c., p. 319).

³⁷ "Cuanto mayor es la variedad de los obreros especializados en cada manufactura... tanto mayores son el orden y la regularidad de cada trabajo; éste debe necesariamente efectuarse en menos tiempo, su volumen tiene que reducirse" (*The Advantages etc.*, p. 68).

³⁸ Sin embargo, en muchas ramas, la producción manufacturera alcanza dicho resultado de manera incompleta, pues no logra controlar con seguridad las condiciones químicas y físicas generales del proceso de producción.

Sin embargo, diversas operaciones requieren de tiempos desiguales y brindan, por tanto, en intervalos iguales cantidades diferentes de productos parciales. Por consiguiente, si el mismo obrero debe ejecutar constantemente, día tras día, sólo la misma operación, deben emplearse para operaciones diferentes proporciones distintas de obreros; v.gr., en una manufactura de tipos de imprenta, en la cual en una hora el fundidor funde 2.000 tipos, el desmoldeador desmoldea 4.000 y el pulimentador pule 8.000, la proporción debe ser de 4 fundidores y 2 desmoldeadores por cada pulimentador. Aquí reaparece el principio de la cooperación en su forma más simple: ocupación simultánea de muchos obreros en operaciones similares, pero ahora como expresión de una relación orgánica. La división manufacturera del trabajo no sólo simplifica y diversifica, pues, los órganos cualitativamente diferentes del obrero global social, sino que crea, además, una relación matemática fija entre los volúmenes cuantitativos de estos órganos, es decir, referente a las cantidades relativas de obreros o a las magnitudes relativas de los grupos de obreros en cada función particular. Este régimen desarrolla, simultáneamente con la división cualitativa, la regla cuantitativa y la proporcionalidad del proceso de trabajo social.

Si para una determinada escala de producción la experiencia fija el número proporcional más adecuado de los diversos grupos de obreros parciales, dicha escala sólo puede extenderse utilizando un múltiplo de cada grupo particular de obreros³⁹. Es necesario añadir que existen determinados trabajos que el mismo individuo puede efectuar tan bien en pequeña como en gran escala; por ejemplo, el trabajo de supervisión, de transporte de los productos parciales de una fase de la producción a otra, etc. Por consiguiente, la autonomización de estas funciones o su asignación a obreros especiales se vuelve ventajosa únicamente al incrementarse el número de obreros empleados, pero este aumento debe abarcar de inmediato proporcionalmente a todos los grupos de obreros.

Cada grupo individual —cierto número de obreros que cumplen la misma función parcial— está compuesto de elementos homogéneos y constituye un órgano especial del mecanismo global. Sin embargo, en algunas manufacturas, el grupo mismo es un cuerpo articulado de trabajo, y el mecanismo global está formado por la repetición o multiplicación de estos organismos productivos elementales. Tomemos, por ejemplo, la manufactura de botellas de

³⁹ "Si la experiencia, según la naturaleza particular de los productos de cada manufactura, enseña tanto el modo más ventajoso de dividir la fabricación en operaciones parciales como el número de obreros necesarios para cada una de ellas, todos los establecimientos que no emplean un múltiplo exacto de aquella cifra producirán con mayores costos... Esta es una de las razones de la colosal expansión de los establecimientos industriales" (Ch. Babbage. *On the Economy of Machinery*, Londres, 1832, cap. XXI, pp. 172, 173).

vidrio. Ella se divide en tres fases esencialmente distintas. En primer lugar, la fase preparatoria: preparar la composición del vidrio, mezclar la arena, cal, etc., y fundir esta composición hasta convertirla en una masa líquida de vidrio⁴⁰. En la primera fase se ocupan distintos obreros parciales; otro tanto ocurre en la fase final: retirar las botellas de los hornos de secado, clasificarlas, embalarlas, etc. Entre ambas fases se encuentra la producción del vidrio propiamente tal o elaboración de la masa líquida de vidrio. En la boca misma del horno de vidrio trabaja un grupo, llamado en Inglaterra "hole" [agujero], compuesto por un *bottle maker* o *finisher* [el que hace o termina las botellas], un *blower* [soplador], un *gatherer* [recolector], un *putter up* o *whetter off* [estibador o amolador] y un *taker in* [acomodador]. Estos cinco obreros parciales son otros tantos órganos específicos de un cuerpo laboral único que sólo puede operar como tal unidad, o sea mediante la cooperación directa de los cinco. Si falta uno de los cinco miembros, el organismo queda, entonces, paralizado. El mismo horno de vidrio tiene distintas bocas —en Inglaterra, por ejemplo, de 4 a 6—, cada una de las cuales encierra un crisol de cerámica con vidrio líquido, ocupando cada uno, a su vez, un grupo propio de cinco obreros, constituido en la forma indicada. En este caso, la estructura de cada grupo aislado se basa directamente en la división del trabajo, mientras que el vínculo entre los distintos grupos similares es el de la cooperación simple que, mediante el consumo colectivo, emplea uno de los medios de producción, aquí el horno de vidrio, de manera más económica. Cada uno de estos hornos de vidrio, con sus 4 a 6 grupos, conforma un taller de vidrio, y una manufactura de vidrio abarca varios talleres con los mecanismos y obreros requeridos para las fases preparatoria y final de la producción.

La manufactura, por último, siendo muchas veces producto de la combinación de diversos trabajos artesanales, puede transformarse en la combinación de distintas manufacturas. Las mayores fundiciones de vidrio inglesas, por ejemplo, fabrican ellas mismas sus propios crisoles de cerámica, pues de su calidad depende sustancialmente la buena o mala calidad del producto. Aquí, la manufactura de un medio de producción se une con la manufactura del producto. Y viceversa, la manufactura del producto puede unirse con otras, a las cuales sirve como materia prima o con cuyos productos se combina posteriormente. Así, encontramos, por ejemplo, manufacturas de *flintglass* combinadas con el esmerilado del vidrio y la fundición de latón, esta última destinada al montaje metálico de diversos artículos de vidrio. Las diversas manufacturas combinadas conforman departamentos, más o menos separados en el espacio, de una manu-

⁴⁰ En Inglaterra, el horno de fundición está separado del horno en que se elabora el vidrio; mientras que en Bélgica, por ejemplo, un mismo horno sirve para ambos procesos.

factura global y a la vez constituyen procesos de producción recíprocamente autónomos, cada uno con su propia división del trabajo. A pesar de las ventajas que presenta la manufactura combinada, ésta no adquiere jamás sobre sus propias bases una unidad técnica real que se logra sólo con su transformación en empresa maquinizada.

El período manufacturero, que no tarda en proclamar como principio consciente la reducción del tiempo de trabajo necesario para la producción de las mercancías⁴¹, impone también el uso esporádico de máquinas, en particular, para ciertos procesos primarios simples a ejecutar masivamente y con gran gasto de fuerzas. Así, por ejemplo, en la manufactura del papel pronto se utilizaron molinos de papel para desmenuzar los trapos, y en la metalurgia, el llamado molino para triturar el mineral⁴². El Imperio Romano nos ha legado con el molino hidráulico la forma más elemental de toda máquina⁴³. El período artesanal nos legó los grandes inventos de la brújula, la pólvora, la impresión de libros y el reloj automático. A grandes rasgos, empero, la maquinaria desempeña todavía en esa época aquel papel secundario que Adam Smith le asigna a la par de la división del trabajo⁴⁴. Fue muy importante el empleo esporádico de la maquinaria en el siglo XVII, pues proporcionó a los grandes matemáticos de aquel tiempo puntos de referencia prácticos y estímulos para la creación de la mecánica moderna.

La maquinaria específica del período manufacturero sigue siendo el obrero global, formado por la combinación de muchos obreros parciales. Las diversas operaciones que ejecuta alternativamente el productor de una mercancía, entrelazándose en la totalidad de su proceso de trabajo, le plantean exigencias diferentes. En unas debe desplegar más fuerza, en otras mayor agilidad, en las terceras, una mayor concentración mental, etc., cualidades que un mismo

⁴¹ Puede verse al respecto, entre otros, los trabajos de W. Petty, John Bellers, Andrew Yarranton, *The Advantages of the East-India Trade*, y J. Vanderlint.

⁴² Aún a fines del siglo XVI, en Francia se empleaban morteros y cribas para triturar y lavar el mineral.

⁴³ Toda la historia del desarrollo de la maquinaria puede seguirse en la historia de los molinos cereaeros. En inglés la fábrica se sigue denominando *mill* [molino]. En los escritos tecnológicos alemanes del primer decenio del siglo XIX, encontramos aún la expresión "molino" no sólo aplicada a la maquinaria accionada por las fuerzas naturales, sino incluso a todas las manufacturas que emplean aparatos mecánicos.

⁴⁴ Como se verá en el Libro IV de este escrito, A. Smith no formuló ni una sola idea nueva acerca de la división del trabajo. Pero, lo que le caracteriza como economista político en que se resume todo el período manufacturero es el hincapié que hace en dicha división. El papel secundario que A. Smith asigna a la maquinaria provocó, en los comienzos de la gran industria, la polémica entablada por Lauderdale, y en una época posterior, la de Ure. A. Smith confunde, además, la diferenciación de los instrumentos, en la cual los obreros parciales de la manufactura intervinieron muy activamente, con la invención de la maquinaria. Aquí ya no tienen que ver los obreros manufactureros, sino los científicos, los artesanos e, incluso, los campesinos (Brindley), etc.

individuo no posee en el mismo grado. Después de dividirse, autonomizarse y aislarse las diversas operaciones, los obreros se reparten, clasifican y agrupan de acuerdo a sus cualidades predominantes. Si sus características naturales constituyen el fundamento sobre el cual se erige la división del trabajo, la manufactura, una vez implantada, desarrolla fuerzas de trabajo que por naturaleza sólo sirven para funciones especiales y unilaterales. Ahora el obrero global posee todas las cualidades productivas en el mismo alto grado de virtuosidad y las gasta, a la vez, del modo más económico, al emplear todos sus órganos, individualizados en obreros especiales o en grupos de obreros, exclusivamente para sus funciones específicas⁴⁵. La unilateralidad e incluso la imperfección del obrero parcial se transforman en su perfección en cuanto miembro del obrero global⁴⁶. El hábito adquirido al desempeñar una función unilateral transforma al obrero en órgano actuante de manera natural y segura, mientras que la interconexión del mecanismo global lo obliga a operar con la regularidad de una pieza de máquina⁴⁷.

Como las diversas funciones del obrero global son más simples o más complejas, más elementales o más desarrolladas, sus órganos, las fuerzas de trabajo individuales, requieren grados muy distintos de adiestramiento y poseen, por consiguiente, valores muy diferentes. Por tanto, la manufactura desarrolla una jerarquía de fuerzas de trabajo a la que corresponde una escala de salarios. Si, de una parte, al obrero individual se le asigna una función unilateral y es anexo a ella de por vida, de otra parte, las diversas operaciones se adaptan, asimismo, a aquella jerarquía de habilidades naturales y adquiridas⁴⁸.

⁴⁵ "Al dividir el trabajo en varias operaciones distintas, cada una de las cuales requiere diversos grados de habilidad y fuerza, el patrón manufacturero puede procurarse la cantidad de fuerza y habilidad correspondientes precisamente a cada operación. Por el contrario, si un obrero hubiese de realizar todo el trabajo, un mismo individuo debería poseer habilidad suficiente para las operaciones más delicadas y la fuerza suficiente para las más pesadas" (Ch. Babbage, l.c., c. XIX).

⁴⁶ V.gr., el desarrollo muscular unilateral, las deformaciones óseas, etc.

⁴⁷ Muy correctamente responde el señor Wm. Marshall, gerente general de una manufactura de vidrio, a la pregunta del miembro de la comisión investigadora de cómo se mantiene en su fábrica la laboriosidad entre los jóvenes empleados: "Ellos no pueden desatender en absoluto su trabajo; si ya han comenzado a trabajar, deben continuar; son lo mismo que piezas de una máquina" (*Child. Empl. Comm., Fourth Report*, 1865, p. 247).

⁴⁸ El Dr. Ure, en su apoteosis de la gran industria, pone de relieve los caracteres peculiares de la manufactura con mayor agudeza que los economistas anteriores, que carecían de su interés polémico por el tema, e incluso que muchos de sus contemporáneos, como Babbage por ejemplo, el cual lo supera, indudablemente, como matemático y mecánico, pero, sin embargo, sólo concibe la gran industria desde el punto de vista de la manufactura. Ure señala: "La apropiación del obrero a una operación especial constituye la esencia de la división del trabajo". De otra parte, denomina esta división de "adecuación de los trabajos a las diversas aptitudes individuales" y caracteriza, por último, el sistema manufacturero como "un sistema de gradaciones según el rango de habilidades" y "una división del trabajo según los diversos grados de destreza", etc. (Ure. *Philos. of Manuf.*, pp. 19-23 *pássim*).

Todo proceso de producción presupone, sin embargo, ciertas manipulaciones simples que cada hombre común y corriente puede realizar. Estas son separadas ahora de su conexión inestable con los momentos de actividad más sustanciales y se osifican en funciones exclusivas.

En consecuencia, la manufactura genera en cada oficio del cual se apodera una clase de trabajadores que la industria artesanal excluye por completo, los llamados obreros no calificados. Así como desvuelve la especialización totalmente unilateralizada hasta el virtuosismo a costa de la capacidad laboral global, comienza a convertir en especialidad la falta de toda formación. Junto a la gradación jerárquica aparece la simple división de los obreros en calificados y no calificados. Para los últimos no hay costos de aprendizaje; para los primeros disminuyen en comparación con los artesanos, al simplificarse sus funciones. En ambos casos, disminuye el valor de la fuerza de trabajo⁴⁹. La excepción se produce en la medida en que la desintegración del proceso de trabajo genera nuevas funciones complejas, que no existían en absoluto o con la misma extensión en la industria artesanal. La desvalorización relativa de la fuerza de trabajo, provocada por la supresión o mengua de los costos de aprendizaje, implica directamente una mayor valorización del capital, pues todo lo que reduce el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo expande los dominios del plustrabajo.

4. DIVISION DEL TRABAJO DENTRO DE LA MANUFACTURA Y DIVISION DEL TRABAJO DENTRO DE LA SOCIEDAD

Hemos observado, en primer término, el origen de la manufactura, luego, sus elementos simples, el obrero parcial y su herramienta, y por último, su mecanismo global. Ahora, tocaremos brevemente la relación existente entre la división manufacturera del trabajo y la división social del mismo, que constituye la base general de toda producción mercantil.

Si se tiene presente sólo el trabajo mismo, puede denominarse división del trabajo en general a la escisión de la producción social en sus grandes géneros, tales como la agricultura, la industria, etc.; división del trabajo en particular, el desglosamiento de estos géneros de la producción en especies y subespecies; y división del trabajo en singular, la división efectuada en los marcos del taller⁵⁰.

La división del trabajo dentro de la sociedad y la correspondiente adscripción de los individuos a esferas especiales de ocupación se desarrolla, al igual que la división del trabajo dentro de la manufac-

⁴⁹ "Todo artesano al que... se le ponga a perfeccionarse a través de la práctica en una operación parcial, se convierte... en un obrero más barato" (Ure, l.c., p. 19).

⁵⁰ "La división del trabajo va desde la separación de las diversas profesiones hasta la división en que varios obreros se distribuyen en la fabricación de un mismo producto como acontece en la manufactura" (Storch, *Cours d'Écon. Pol.*, París,

tura, desde puntos de partida contrapuestos. Dentro de la familia^{50a}, y más adelante en la tribu, surge una división espontánea del trabajo en función de las diferencias de edad y sexo, o sea, sobre bases puramente fisiológicas, que, junto con la expansión de la entidad comunitaria, el incremento de la población y, en particular, el conflicto entre las diversas tribus y la subyugación de unas por otras, amplía su campo de acción. De otra parte, como he señalado antes*, el intercambio de productos aparece en aquellos puntos en que entran en contacto diversas familias, tribus, comunidades, pues en los comienzos de la civilización no son personas privadas las que se enfrentan de manera autónoma, sino las familias, las tribus, etc. Diversas comunidades encuentran en su entorno natural distintos medios de producción y diversos medios de subsistencia. Difieren, por consiguiente, su modo de producción, su modo de vida y sus productos. Esta diversidad espontánea es la que provoca, al contactar las comunidades entre sí, el intercambio mutuo de productos y, por tanto, la paulatina transformación de ellos en mercancías. El intercambio no genera las diferencias entre las órbitas de producción, sino que interrelaciona estas distintas órbitas y las convierte así en ramas, más o menos dependientes unas de las otras, de la producción social global. Aquí, la división social del trabajo surge del intercambio entre órbitas de producción originariamente distintas, pero recíprocamente independientes. Allí donde la división fisiológica del trabajo constituye el punto de partida, los órganos particulares de un todo conexo se desligan entre sí, se desmembran —proporcionando el impulso principal a este proceso de disociación el intercambio de mercancías con otras entidades comunitarias— y se autonomizan a tal punto que el intercambio de los productos como mercancías sirve de enlace entre los distintos trabajos. En el primer caso, se vuelve dependiente lo que antes era autónomo, en el segundo, se independiza lo antaño dependiente.

El fundamento de toda división del trabajo desarrollada y mediada por el intercambio mercantil lo constituye el divorcio entre

t. I, p. 173). "En los pueblos que han alcanzado un cierto grado de civilización nos encontramos con tres géneros de división del trabajo: la primera, que llamamos general, atañe a la distinción de los productores en agricultores, manufactureros y comerciantes, y corresponde a las tres principales ramas de la producción nacional; la segunda, que se podría llamar especial, es el desglosamiento de cada género de actividad en especies...; la tercera, que podríamos calificar de división de las operaciones o del trabajo propiamente tal, es la que se establece en la mayoría de las manufacturas y talleres" (Skarbek, l.c., pp. 84, 85).

^{50a} [Nota a la 3ª edición. — Estudios posteriores profundos del estado primitivo del hombre llevaron al autor a la conclusión de que, originariamente, no fue la familia la que se transformó en tribu, sino al revés, la tribu constituyó la forma espontánea primaria de las asociaciones humanas fundadas en el parentesco sanguíneo, de tal modo que de la naciente disolución de los lazos tribales se desarrollaron, posteriormente, las múltiples formas de la familia. — F.E.]

* Véase el presente tomo, p. 92. —Ed.

la ciudad y el campo⁵¹. Se puede decir que toda la historia económica de la sociedad se resume en el movimiento de esta contradicción, en la que aquí, sin embargo, no nos detendremos más.

Así como para la división del trabajo dentro de la manufactura constituye su condición material la existencia de un cierto número de obreros ocupados simultáneamente, para la división del trabajo dentro de la sociedad la constituye la magnitud de la población y su densidad, que en este caso ocupa el lugar de la aglomeración en un mismo taller⁵². Sin embargo, esta densidad es algo relativo. Un país con población relativamente exigua y medios de comunicación desarrollados posee una densidad de población mayor que un país más poblado pero con medios de comunicación subdesarrollados. Por ejemplo, en este sentido los estados septentrionales de la Unión norteamericana están más densamente poblados que la India⁵³.

Como la producción y la circulación mercantil constituyen la condición general del régimen capitalista de producción, la división manufacturera del trabajo exige que la división del trabajo dentro de la sociedad haya alcanzado cierto grado de madurez. Al revés, la división del trabajo en la manufactura desarrolla y multiplica, inversamente, dicha división social del trabajo. Al diferenciarse los instrumentos de trabajo, se diferencian más y más las industrias que los producen⁵⁴. Si el régimen manufacturero se apropia de una industria que hasta ese momento, relacionada con otras como actividad principal o secundaria, era explotada por un mismo productor, de inmediato se opera su separación y autonomización. Y si se expande a un peldaño especial de la producción de una mercancía, sus distintas etapas de producción se transforman en diversas industrias autónomas. Ya habíamos indicado que allí donde el producto representa una unidad mecánica, compuesta de productos parciales, los trabajos

⁵¹ Sir James Steuart es quien mejor ha tratado este punto. Cuán poco conocida es hoy en día su obra, publicada 10 años antes de la *Wealth of Nations*, se puede apreciar, entre otras cosas, en que los admiradores de Malthus no saben ni siquiera que en la primera edición de su escrito sobre la *Population*, prescindiendo de la parte puramente declamatoria, plagia casi exclusivamente a Steuart y, junto a él, a los curas Wallace y Townsend.

⁵² "Hay una cierta densidad de población que resulta conveniente tanto para el trato social como para la combinación de las fuerzas, por cuyo medio se incrementa el producto del trabajo" (James Mill, l.c., p. 50). "Cuando aumenta el número de obreros, crece la fuerza productiva de la sociedad en la misma proporción de este crecimiento multiplicado por la eficacia de la división del trabajo" (Th. Hodgskin, l.c., p. 120).

⁵³ A causa de la gran demanda algodonera, en algunos distritos de la India Oriental, además muy poblados, se expandió desde 1861 la producción de algodón a expensas de la producción de arroz. Esto provocó hambrunas locales, pues por la falta de medios de comunicación y, por tanto, a causa de la conexión física defectuosa, la reducción de arroz no pudo compensarse mediante su suministro desde otros distritos.

⁵⁴ Así, en Holanda ya en el siglo XVII, la fabricación de lanzaderas de telar constituía una rama particular de la industria.

parciales pueden nuevamente autonomizarse como trabajos artesanales independientes. Para efectuar con mayor perfección la división del trabajo dentro de una manufactura, la misma rama de la producción se divide en manufacturas diferentes, algunas de ellas completamente nuevas, según la diversidad de sus materias primas o las diversas formas que ellas puedan adquirir. Así, por ejemplo, ya en la primera mitad del siglo XVIII, sólo en Francia se tejían más de 100 tipos distintos de sedas, y en Avignon, v.gr., era ley que “cada aprendiz se dedicase siempre solamente a un tipo de fabricación, sin poder aprender simultáneamente la elaboración de diversas clases de productos”. La división territorial del trabajo, la asignación de ramas particulares de producción a distritos particulares de un país, adquiere un nuevo impulso con la producción manufacturera, que explota todas las particularidades⁵⁵. La expansión del mercado mundial y el sistema colonial, que figuran entre las condiciones generales de existencia del período manufacturero, proporcionan copioso material para la división del trabajo dentro de la sociedad. No es este el lugar para dilucidar más detenidamente cómo esa división del trabajo abarca, además de la esfera económica, todos los demás dominios de la sociedad y crea en todas partes las bases para el desarrollo del profesionalismo, las especialidades, y esa parcelación del hombre, que ya hizo exclamar a A. Ferguson, el maestro de A. Smith: “Constituimos una nación de ilotas, no hay entre nosotros hombres libres”⁵⁶.

Sin embargo, a pesar de las numerosas analogías y vínculos existentes entre la división del trabajo dentro de la sociedad y la división del trabajo dentro de un taller, ambas no sólo son gradual, sino sustancialmente distintas. La analogía parece ser más convincente e indudable allí donde un vínculo interno enlaza diversas ramas de la industria. El ganadero, por ejemplo, produce cueros, el curtidor los transforma en cuero curtido, el zapatero convierte a éste en botas. En este caso, cada uno fabrica un producto intermedio, y la figura acabada final es el producto combinado de sus trabajos particulares. Añádanse a lo dicho las múltiples ramas de trabajo que proporcionan medios de producción al ganadero, al curtidor y al zapatero. Cabe imaginar, como Adam Smith, que esta división social del trabajo sólo se distingue de la manufacturera subjetivamente, o sea, rige únicamente para el observador, que de una mirada ve aquí englobados en el espacio los diversos trabajos parciales, mientras que allí su dispersión

⁵⁵ “¿Acaso la manufactura lanera inglesa no está dividida en diversas partes o ramas, asignadas a lugares específicos, que son los únicos o los principales donde se explota; como los lienzos finos en Somersetshire, los lienzos bastos en Yorkshire, de doble ancho en Exeter, las sedas en Sudbury, el crespón en Norwich, los tejidos de lana con algodón o lino en Kendal, las frazadas en Whitney, etc.?” (Berkeley. *The Querist*, 1750, § 520).

⁵⁶ A. Ferguson. *History of Civil Society*, Edimburgo, 1767, parte IV, sección II, p. 285.

sobre vastas extensiones, y el gran número de los que trabajan en cada rama particular velan esta interconexión⁵⁷. Pero, ¿qué es lo que crea el vínculo entre los trabajos independientes del ganadero, el curtidor y el zapatero? La existencia de sus respectivos productos como mercancías. ¿Qué caracteriza, por el contrario, la división manufacturera del trabajo? El hecho de que el obrero parcial no produce mercancías⁵⁸. Sólo el producto colectivo de los obreros parciales se transforma en mercancía^{58a}. La división del trabajo dentro de la sociedad está mediada por la venta y compra de los productos de diversas ramas del trabajo; la conexión de los trabajos parciales en la manufactura, por la venta de diversas fuerzas de trabajo a un mismo capitalista que las emplea como fuerzas de trabajo combinadas. La división manufacturera del trabajo presupone la concentración de los medios de producción en manos de un capitalista; la división social del trabajo, el fraccionamiento de los medios de producción entre muchos productores mercantiles independientes

⁵⁷ En las manufacturas propiamente tales, dice A. Smith, la división del trabajo parece mayor, porque "los obreros empleados en cada una de las ramas de trabajo son reunidos, frecuentemente, en un mismo taller y puestos a la vista del observador. Por el contrario, en aquellas grandes manufacturas (!) destinadas a satisfacer las necesidades esenciales de las grandes masas de la población, en que cada rama de trabajo emplea un número tan grande de obreros que es imposible reunirlos a todos en el mismo taller... la división del trabajo no es, desde luego, tan obvia" (A. Smith. *Wealth of Nations*, libro I, c. 1.). El famoso pasaje en el mismo capítulo, que comienza con las palabras: "Obsérvese las comodidades de que disfrutaban los artesanos o jornaleros más modestos en un país civilizado y floreciente", etc., describiendo luego el sinnúmero de industrias diversas que deben cooperar para satisfacer las necesidades de un obrero común y corriente, es una copia prácticamente literal de las notas de B. de Mandeville a su *Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits* (primera edición sin las notas, 1705; con las notas, 1714).

⁵⁸ "Ya no hay nada que podamos considerar como retribución natural por el trabajo individual. Cada obrero sólo produce una parte de un todo, y como cada parte no posee valor o utilidad de por sí, el obrero nada puede tomar y decir: Este es mi producto, lo dejaré para mí" (*Labour defended against the claims of capital*, Londres, 1825, p. 25). El autor de este excelente escrito es Th. Hodgskin, citado anteriormente.

^{58a} Nota a la 2ª edición. Esta diferencia entre división social y manufacturera del trabajo fue comprobada en la práctica por los yanquis. Uno de los nuevos impuestos ideados en Washington durante la guerra civil fue el gravamen del 6% sobre "todos los productos industriales". Pregunta: ¿Qué es un producto industrial? Respuesta del legislador: un objeto es producido, "cuando está hecho" (*when it is made*), y está hecho cuando se encuentra listo para la venta. Ahora, un ejemplo entre muchos. Antes las manufacturas en Nueva York y Filadelfia "hacían" paraguas con todos sus accesorios. Pero, como el paraguas es un *mixtum compositum* de piezas completamente heterogéneas, éstas poco a poco se convirtieron en productos de ramas individuales independientes entre sí y ubicadas en diferentes lugares. Estos productos parciales se incorporaban, pues, como mercancías autónomas a la manufactura de paraguas, que no hacía más que combinarlos en un todo. Los yanquis bautizaron tales artículos como *assembled articles* (artículos ensamblados), nombre que merecían literalmente por estar sujetos a una combinación de impuestos. Así, los paraguas "reunían", primero, un gravamen del 6% sobre el precio de cada pieza y, luego, nuevamente, otro 6% sobre su precio total.

entre sí. Al tiempo que en la manufactura la ley férrea del número proporcional o la proporcionalidad somete determinadas masas obreras a determinadas funciones específicas, la casualidad y la arbitrariedad realizan su complejo juego en la distribución de los productores mercantiles y de sus medios de producción entre las distintas ramas sociales del trabajo. Los diversos ámbitos de producción procuran, por cierto, mantenerse en constante equilibrio, dado que, de una parte, cada productor de mercancías tiene que producir un valor de uso, o sea, satisfacer una necesidad social especial, siendo, sin embargo, las dimensiones de estas necesidades cuantitativamente distintas y estando encadenadas por un lazo interno las distintas masas de necesidades en un sistema de origen espontáneo; de otra parte, dado que la ley del valor de las mercancías determina cuánto puede gastar la sociedad de su tiempo total de trabajo disponible en la producción de cada tipo particular de mercancías. Pero esta tendencia constante al equilibrio de los diversos ámbitos de producción opera únicamente como reacción ante la constante transgresión de dicho equilibrio. La regla establecida *a priori* y planificadamente en la división del trabajo dentro del taller actúa sólo *a posteriori* en la división del trabajo dentro de la sociedad, como necesidad natural interna, muda, perceptible únicamente en los cambios barométricos de los precios del mercado y que se sobrepone a la desordenada arbitrariedad de los productores de mercancías. La división manufacturera del trabajo implica la autoridad incondicional del capitalista sobre hombres que constituyen simples miembros de un mecanismo global de su propiedad; la división social del trabajo enfrenta a productores independientes de mercancías que reconocen como única autoridad la competencia, la coacción que ejerce en ellos la presión de sus intereses recíprocos, del mismo modo que en el reino animal el *bellum omnium contra omnes*¹¹⁸¹ preserva, en mayor o menor medida, las condiciones de existencia de todas las especies. La misma conciencia burguesa, que celebra la división manufacturera del trabajo, la aneja vitalicia del obrero a una operación limitada y la subordinación incondicional del obrero parcial al capital como una organización del trabajo que incrementa su fuerza productiva, denuncia, a la vez, con la misma energía todo control y regulación social consciente del proceso de producción como atentado a los inviolables derechos de propiedad, libertad y "genialidad" autoterminada del capitalista individual. Es muy característico que los entusiasmados apologistas del sistema fabril no sepan decir nada más condenable contra cualquier organización general del trabajo social que, de realizarse ella, convertiría a toda la sociedad en una fábrica.

Si la anarquía de la división social del trabajo y el despotismo de la división manufacturera del mismo se condicionan mutuamente en la sociedad del modo de producción capitalista, por el contrario, las formas sociales anteriores —en que la particularización de las

industrias se desarrolla en sus inicios de manera espontánea, cristaliza luego y, por fin, se afirma legalmente— presentan, de una parte, el cuadro de una organización planificada y autoritaria del trabajo social, mientras que, de otra parte, excluyen por completo la división del trabajo dentro del taller o sólo la desarrollan en una escala ínfima esporádica y fortuitamente⁵⁹.

Por ejemplo, esas antiquísimas y pequeñas comunidades indias, que en parte aún existen, descansan en la propiedad colectiva de la tierra, en el vínculo directo entre la agricultura y el artesanado, y en una firme división del trabajo, que sirve de plan y de modelo en la formación de nuevas comunidades. Ellas constituyen conjuntos de producción autosuficientes, cuyo territorio productivo varía de 100 acres hasta unos miles. La masa principal de productos se crea para el consumo directo de la comunidad, no como mercancías, y la producción misma es, por tanto, independiente de la división del trabajo generada en el conjunto de la sociedad india por el intercambio mercantil. Sólo los productos excedentes se convierten en mercancías en parte únicamente cuando llegan a poder del Estado, que percibe desde tiempos inmemoriales una cantidad determinada como renta en especies. En diversas regiones de India existen formas comunitarias diferentes. En la forma más simple, la comunidad cultiva colectivamente la tierra y distribuye los productos entre sus miembros, mientras que como ocupación doméstica secundaria cada familia hila, teje, etc. Junto a esta masa ocupada de una manera similar, encontramos al "vecino principal", simultáneamente juez, policía y recaudador de impuestos; el contable, que lleva las cuentas de los cultivos, registrando y asentando en el catastro todo lo relativo a los mismos; un tercer funcionario dedicado a perseguir a los delincuentes y amparar a los forasteros, acompañándolos de un lugar a otro; el guardafronteras, que vigila los límites entre la comunidad y las comunidades vecinas; el inspector de aguas, que distribuye para fines agrícolas el agua de los depósitos colectivos; el brahmán, que desempeña las funciones del culto religioso; el maestro, que enseña a los niños de la comunidad a leer y escribir en la arena; el brahmán del calendario, que en su función de astrólogo anuncia e indica los momentos propicios para la siembra y la cosecha, así como las horas favorables y desfavorables para todos los restantes trabajos agrícolas; un herrero y un carpintero, que fabrican y reparan los aperos agrícolas; el alfarero, que proporciona todas las vasijas de la comunidad; el barbero; el lavandero, que limpia la ropa; el platero y, a veces, el poeta, el cual en algunas comunidades reemplaza al platero y en otras

⁵⁹ "Se puede formular como regla general: cuanto menos se da la autoridad de la división del trabajo dentro de la sociedad, tanto más se desarrolla la división del trabajo dentro del taller y tanto más se somete allí a la autoridad de un individuo. De ahí que la autoridad en el taller y la existente en la sociedad se encuentren, con respecto a la división del trabajo, en relación inversa" (Karl Marx, l.c., pp. 130, 131).

al maestro de escuela. Esta docena de personas vive a expensas de toda la comunidad. Si la población crece, se establece en tierras baldías una nueva comunidad, organizada de acuerdo al modelo de la antigua. El mecanismo comunitario muestra una división planificada del trabajo, pero su división manufacturera es imposible, dado que el mercado para el herrero, el carpintero, etc., permanece invariable y, a lo sumo, conforme a las diferencias de tamaño de las aldeas, habrán en lugar de un herrero, un alfarero, etc., dos o tres⁶⁰. La ley reguladora de la división del trabajo comunitario opera aquí con la autoridad inobjetable de una ley natural, mientras que cada artesano particular, como el herrero, etc., realiza de manera tradicional, pero independientemente y sin reconocer ninguna autoridad en su taller, todas las operaciones correspondientes a su oficio. El simple organismo productivo de estas comunidades autosuficientes, que se reproducen siempre en la misma forma y que de ser destruidas casualmente se reconstruyen en el mismo lugar, con idéntico nombre⁶¹, brinda la clave para descifrar el misterio de la inmutabilidad de las sociedades asiáticas, en sorprendente contraste con la constante disolución y nueva formación de Estados asiáticos y los incesantes cambios de dinastías. Las tormentas en la región nebulosa de la política no afectan la estructura de los elementos económicos básicos de la sociedad.

Como señalábamos anteriormente, las leyes gremiales impedían planificadamente, mediante la restricción severísima del número de oficiales que podía emplear cada maestro de gremio, su transformación en capitalista. Asimismo, sólo podía emplear oficiales exclusivamente en el oficio en que él mismo era maestro. El gremio rechazaba decididamente todo ataque del capital comercial, única forma libre de capital que se le enfrentaba. El comerciante podía comprar cualquier mercancía, pero no el trabajo como mercancía. Únicamente se le toleraba como colocador de los productos artesanales. Si razones externas provocaban una progresiva división del trabajo, los gremios existentes se dividían en subespecies, o nuevos gremios se establecían junto a los antiguos, pero sin que se combinaran en un mismo taller oficios artesanales diferentes. La organización gremial excluía, por consiguiente, la división manufacturera del

⁶⁰ Teniente coronel Mark Wilks. *Historical Sketches of the South of India*, Londres, 1810 a 1817, v. I, pp. 118-120. Una buena recopilación de las diversas formas de la comunidad india se encuentra en: George Campbell. *Modern India*, Londres, 1852.

⁶¹ "Bajo esta sencilla forma... los habitantes del país viven desde tiempos inmemoriales. Las delimitaciones de las aldeas raramente han sido alteradas; y pese a que repetidamente la guerra, el hambre y las epidemias han afectado e incluso desolado las aldeas, han perdurado por generaciones los mismos nombres, los mismos límites, idénticos intereses y hasta las mismas familias. A los habitantes no les preocupa el derrumbamiento ni la división de los reinos; mientras la aldea permanezca íntegra, les es indiferente a qué poder es transferida, o a qué soberano entregada; su economía interna se mantiene inmutable" (Th. Stamford Raffles, ex teniente gobernador de Java. *The History of Java*, Londres, 1817, v. I, p. 285).

trabajo, por más que su especialización, aislamiento y desarrollo pertenezcan a las condiciones materiales de existencia del período manufacturero. En líneas generales, los obreros y sus medios de producción seguían unidos como el caracol a su concha, faltando de esta manera el primer fundamento de la manufactura: la autonomización de los medios de producción en cuanto capital frente a los obreros.

Mientras que la división del trabajo dentro del conjunto de la sociedad, se encuentre o no mediada por el intercambio mercantil, es propia de las más diversas formaciones económicas de la sociedad, la división manufacturera del trabajo constituye una creación específica del régimen de producción capitalista.

5. EL CARACTER CAPITALISTA DE LA MANUFACTURA

Un número relativamente grande de obreros bajo el mando del mismo capitalista constituye el punto de partida natural tanto de la cooperación en general como de la manufactura. Y viceversa, la división manufacturera del trabajo convierte en necesidad técnica el aumento del número de obreros empleados. La división existente del trabajo prescribe al capitalista individual el número mínimo de obreros a emplear. De otra parte, las ventajas de una división ulterior están condicionadas por el consiguiente incremento del número de obreros, realizable sólo en forma de aumento proporcional y simultáneo de sus diferentes grupos. Con el componente variable debe crecer también el componente constante del capital, y junto al volumen de las condiciones de producción colectivas, tales como construcciones, hornos, etc., también, en particular, deben incrementarse —y con más rapidez que el número de obreros— las materias primas. Su masa, consumida en un lapso determinado por una cantidad dada de trabajo, aumenta en la misma proporción en que crece la fuerza productiva del trabajo a causa de su división. Un progresivo aumento del mínimo de capital en manos del capitalista individual, o sea, la progresiva transformación de los medios de subsistencia y de producción sociales en capital es, por tanto, también una ley que se desprende del carácter técnico de la manufactura⁶².

⁶² "No basta con que el capital necesario para la subdivisión de los trabajos artesanales" (debiera decir, los medios de subsistencia y producción necesarios para tal fin) "se encuentre en la sociedad; es preciso, además, que esté acumulado en manos de los empresarios en masas suficientemente considerables para posibilitarles operar en gran escala... Cuanto más aumenta la división tanto más considerable es el capital requerido en instrumentos, materias primas, etc., para la ocupación constante del mismo número de obreros" (Storch. *Cours d'Écon. Polit.*, edición parisiense, t. I, pp. 250, 251). "La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables la una de la otra como en el plano político la concentración del poder público y la división de los intereses privados" (Karl Marx, l.c., p. 134).

Como en la cooperación simple, el cuerpo de trabajo que funciona en la manufactura es una forma de existencia del capital. El mecanismo social de producción compuesto de muchos obreros parciales individuales pertenece al capitalista. La fuerza productiva que surge de la combinación de los trabajos aparece, por ello, como fuerza productiva del capital. La manufactura propiamente tal no sólo somete al obrero, antes independiente, al mando y a la disciplina del capital, sino que crea, además, una estructura jerárquica entre los mismos obreros. Mientras que la cooperación simple, a grandes rasgos, no altera el régimen de trabajo del individuo, la manufactura lo revoluciona desde sus cimientos atacando la fuerza de trabajo individual en sus mismas raíces. Mutila al obrero, lo transforma en una anomalía al fomentar su habilidad parcial —como una planta en invernadero—, reprimiendo en él un mundo de impulsos y aptitudes productivos, tal como en los Estados del Plata se sacrificaba un animal entero para arrebatarle el cuero o el sebo. No sólo se distribuyen los trabajos parciales particulares entre distintos individuos, sino que el individuo mismo es dividido, transformado en mecanismo automático orientado a un trabajo parcial⁶³, haciéndose así realidad la absurda fábula de Menenio Agripa¹¹⁹¹, quien representa al hombre como una simple parte de su propio cuerpo⁶⁴. Si el obrero vendía originariamente su fuerza de trabajo al capital porque no disponía de los medios materiales para la producción de una mercancía, ahora, su fuerza de trabajo individual no cumple con su cometido si no se la vende al capitalista. Funciona tan sólo en un contexto que existe después de su venta, en el taller del capitalista. Incapacitado por su constitución natural de realizar algo en forma independiente, el obrero manufacturero desarrolla su actividad productiva únicamente como elemento accesorio del taller del capitalista⁶⁵. Así como el pueblo elegido llevaba escrito en la frente que es propiedad de Jehová, la división del trabajo imprime al obrero un sello marcándolo como propiedad del capital.

Los conocimientos, la inteligencia y la voluntad que desarrollan, aunque más no sea que en dimensión reducida, el campesino o el artesano independiente —al igual que el salvaje que ejerce todo el arte guerrero como astucia personal— son requeridos ahora sólo para el taller en su conjunto. Si las potencias espirituales de la producción expanden su escala de un lado, ello acontece debido a que

⁶³ Dugald Stewart llama a los obreros de las manufacturas "autómatas vivientes... empleados en trabajos parciales" (l.c., p. 318).

⁶⁴ En los corales cada individuo constituye, de hecho, el estómago del grupo entero. Pero, le provee de alimentos, en vez de quitárselos como el patricio romano.

⁶⁵ "El obrero que domine un oficio artesanal completo puede trabajar en cualquier parte y encontrar la manera de subsistir; el otro" (el obrero manufacturero) "no es más que un accesorio que, separado de sus compañeros, carece de capacidad e independencia, estando forzado a aceptar la ley que se juzgue acertada imponerle" (Storch, l.c., edición de Petersburgo, 1815, t. I, p. 204).

desaparecen en muchos otros. Lo que pierden los obreros parciales se concentra, en oposición a ellos, en el capital⁶⁶. Es un producto de la división manufacturera del trabajo el que las potencias espirituales del proceso de producción se les contrapongan como propiedad ajena y poder imperante sobre ellos. Este proceso de escisión comienza en la cooperación simple, en donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social de trabajo. Se desarrolla en la manufactura, mutilando al trabajador y convirtiéndolo en un obrero parcial. Y culmina en la gran industria, separando del trabajo a la ciencia, como potencia de producción autónoma, y haciéndola servir al capital⁶⁷.

En la manufactura, el enriquecimiento del obrero global, y por tanto del capital, en fuerza productiva social está unido al empobrecimiento del obrero en fuerzas productivas individuales.

“La ignorancia es la madre de la industria, como lo es de la superstición. La reflexión y la capacidad de imaginación están sujetas a error; pero la costumbre de mover el pie o la mano no depende de la una ni de la otra. Por eso, las manufacturas prosperan en mayor medida allí donde más se prescinde del espíritu, de tal manera que el taller puede ser considerado como una máquina cuyas piezas son los hombres.”⁶⁸

Por ello, a mediados del siglo XVIII, algunas manufacturas empleaban de preferencia para efectuar ciertas operaciones simples, que sin embargo constituían secretos de la fábrica, a obreros medio idiotas⁶⁹.

“El espíritu de la gran mayoría de los hombres —dice A. Smith— se desarrolla necesariamente en función de sus labores cotidianas. Un hombre que dedica toda su vida a la ejecución de unas cuantas operaciones simples... no tiene oportunidad para entrenar su mente... En general, se vuelve tan estúpido e ignorante como sólo es posible llegar a serlo una criatura humana.”

Después de describir el embrutecimiento del obrero parcial, prosigue Smith:

“La uniformidad de su vida estacionaria daña también, naturalmente, la valentía de su espíritu... Destruye incluso la energía de su cuerpo y lo incapacita para emplear su fuerza con brío y tenacidad fuera de la ocupación limitada para la que se lo ha adiestrado. Su habilidad en la labor particular que realiza parece, en consecuencia, adquirida a expensas de sus aptitudes intelectuales, sociales y marciales. Pero, en toda sociedad industrializada y civilizada es esta la condición en la que debe caer

⁶⁶ A. Ferguson, *Lc.*, p. 281: “Uno pudo haber ganado lo que perdió otro”.

⁶⁷ “El hombre de ciencia y el obrero productivo están entre sí muy separados, y la ciencia, en vez de incrementar en manos del obrero sus propias fuerzas productivas, se le contrapone casi en todas partes... El conocimiento se convierte en un instrumento capaz de ser separado y enfrentado al obrero” (W. Thompson. *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth*, Londres, 1824, p. 274).

⁶⁸ A. Ferguson, *Lc.*, p. 280.

⁶⁹ J.D. Tuckett. *A History of the Past and Present State of the Labouring Population*, Londres, 1846, v. I, p. 148.

necesariamente el trabajador pobre (*the labouring poor*), es decir, la gran masa del pueblo⁷⁰.

Para impedir la degeneración completa de las masas populares, como consecuencia de la división del trabajo, A. Smith aconsejaba instruir al pueblo por cuenta del Estado, aunque en prudentes dosis homeopáticas. Su traductor y comentarista francés, G. Garnier, quien bajo el Primer Imperio se convirtió, como era natural, en senador, polemiza consecuentemente contra dicha propuesta. La instrucción popular contradice, según él, las leyes primordiales de la división del trabajo; implantándola "se proscibiría todo nuestro sistema social".

"Como cualquier otra división del trabajo —dice— la división existente entre el trabajo manual y el trabajo intelectual⁷¹ se vuelve más evidente y decidida a medida que la sociedad" (Garnier emplea correctamente esta expresión para designar el capital, la propiedad de la tierra y su Estado) "se hace más rica. Ella, como toda otra división del trabajo, es efecto de adelantos pretéritos y causa de progresos futuros... ¿Puede entonces el gobierno actuar contra esta división del trabajo y frenar su curso natural? ¿Puede gastar parte del ingreso estatal en el intento de confundir y mezclar dos clases de trabajo que tienden a dividirse y separarse?"⁷²

Cierta atrofia espiritual y corporal es inseparable, incluso, de la división del trabajo en la sociedad como un todo. Pero, como el período manufacturero lleva mucho más allá esta separación social entre las ramas del trabajo, atacando, de otra parte, con la división que le es peculiar, al individuo en sus raíces vitales, proporciona también, por primera vez, el material y el impulso necesarios para la patología industrial⁷³.

⁷⁰ A. Smith. *Wealth of Nations*, libro V, cap. I, art. II. A. Smith, como discípulo de A. Ferguson, quien había expuesto las consecuencias nocivas de la división del trabajo, veía claramente este punto. En el comienzo de su libro, donde celebra *ex profeso* la división del trabajo, sólo de paso la menciona como fuente de desigualdades sociales. Recién en el 5º libro, acerca del ingreso estatal, reproduce a Ferguson. En *Misère de la Philosophie* he dicho lo pertinente sobre la relación histórica entre Ferguson, A. Smith, Lemontey y Say en cuanto a su crítica de la división del trabajo, y presenté también allí, por primera vez, la división manufacturera del trabajo como forma específica del régimen capitalista de producción (l.c., p. 122 y ss.).

⁷¹ Ya Ferguson decía, l.c., p. 281: "El pensar mismo puede, en esta era de división del trabajo, convertirse en un oficio peculiar".

⁷² G. Garnier, tomo V de su traducción, pp. 4-5.

⁷³ Ramazzini, profesor de medicina práctica en Padua, publicó en 1700 su obra *De morbis artificum*, traducida en 1777 al francés y reeditada en 1841 en la *Encyclopédie des Sciences Médicales. 7me Div. Auteurs Classiques*. El período de la gran industria naturalmente ha incrementado mucho su catálogo de enfermedades de los obreros. Véase, entre otras publicaciones, *Hygiène physique et morale de l'ouvrier dans les grandes villes en général, et dans la ville de Lyon en particulier*. Par le Dr. A.L. Fonteret, París, 1858, y R.H. Rohatzsch. *Die Krankheiten, welche verschiedenen Ständen, Altern und Geschlechtern eigenthümlich sind*, 6 tomos, Ulm, 1840. En 1854, la *Society of Arts*^[120] nombró una comisión investigadora de la patología industrial. La lista de los documentos reunidos por esta comisión se encuentra en el catálogo del *Twickenham Economic Museum*. Muy importantes son los *Reports on Public Health* oficiales. Véase también Eduard Reich, M.D. *Ueber die Entartung des Menschen*, Erlangen, 1868.

"Subdividir a un hombre es ejecutarlo, si merece la sentencia, o asesinarlo en caso contrario. La subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo."⁷⁴

La cooperación basada en la división del trabajo, o sea, la manufactura, es en sus comienzos una formación espontánea. No bien alcanza cierta consistencia y divulgación, se convierte en una forma consciente, planificada y sistemática del régimen capitalista de producción. La historia de la manufactura propiamente tal muestra cómo la división del trabajo que le es peculiar adquiere en un comienzo formas adecuadas empíricamente, en cierto modo a espaldas de los actores; pero, al igual que los gremios artesanales, aspira luego a retener la forma tradicional una vez descubierta y la conserva en determinados casos durante siglos. Si esta forma cambia, salvo en aspectos secundarios, siempre será sólo a causa de una revolución en los instrumentos de trabajo. La manufactura moderna —no me refiero aquí a la gran industria basada en la maquinaria— o bien, como acontece por ejemplo en la manufactura de vestimenta, encuentra ya listos en las grandes ciudades en que surge los *dissecta membra poetae*⁽¹²²⁾ y sólo debe recolectarlos superando su dispersión; o bien el principio de la división es de una evidencia palmaria y, simplemente, las diversas operaciones de la producción artesanal (v. gr., en la encuadernación de libros) se asignan a obreros particulares de manera exclusiva. En tales casos, no cuesta ni siquiera una semana de experiencia descubrir la proporción de brazos necesarios para cada función⁷⁵.

La división manufacturera del trabajo genera, a través del análisis de la actividad artesanal, de la especificación de los instrumentos de trabajo, de la formación de los obreros parciales y de su agrupación y combinación en un mecanismo global, la estructura cualitativa y la proporcionalidad cuantitativa del proceso de producción social, o sea una determinada organización del trabajo social, y desarrolla con ello, simultáneamente, una nueva fuerza productiva social del trabajo. Como forma específicamente capitalista del proceso de producción social —y sobre las bases preexistentes no podía desarrollarse de otra forma que no fuese la capitalista—, la manufactura no es más que un método específico de producir plusvalor relativo

⁷⁴ "To subdivide a man is to execute him, if he deserves the sentence, to assassinate him, if he does not... the subdivision of labour is the assassination of a people" (D. Urquhart. *Familiar Words*, Londres, 1855, p. 119). Hegel tenía opiniones sumamente heréticas sobre la división del trabajo. "Por hombres cultos debe entenderse, en primer lugar, aquellos que pueden hacer todo lo que hacen los demás", dice en su *Filosofía del Derecho*⁽¹²¹⁾.

⁷⁵ La ingenua creencia en el genio inventivo que, *a priori*, desplegaría el capitalista individual en la división del trabajo sólo se encuentra aún entre los profesores alemanes, como sucede por ejemplo en el caso del señor Roscher que dedica en recompensa "diversos salarios" al capitalista, de cuya cabeza jupiterina surge acabada la división del trabajo. La mayor o menor utilización de la división del trabajo depende del tamaño de la bolsa, no de la grandeza del genio.

o de incrementar a expensas del obrero la autovalorización del capital, es decir, lo que se llama riqueza social, *wealth of nations*, etc. Dicha división no sólo desarrolla la fuerza productiva social del trabajo para el capitalista, en vez de hacerlo para el obrero, sino que lo hace mediante la mutilación del obrero individual. Produce nuevas condiciones para la dominación del capital sobre el trabajo. Por tanto, si bien, de una parte, aparece como progreso histórico y momento necesario de desarrollo en el proceso económico de formación de la sociedad, de la otra, se manifiesta como un medio de civilizada y refinada explotación.

La economía política, que como ciencia especial surgió recién en el período manufacturero, concibe la división social del trabajo en general sólo desde el punto de vista de la división manufacturera del mismo⁷⁶, es decir, como medio de producir más mercancías con la misma cantidad de trabajo, por consiguiente, abaratándolas y acelerando la acumulación del capital. En rotundo contraste a este énfasis en la cantidad y en el valor de cambio, los escritores de la antigüedad clásica se concentraban exclusivamente en la calidad y en el valor de uso⁷⁷. A causa de la escisión de las ramas de la producción social, las mercancías se fabrican mejor, los diversos impulsos y talentos de los hombres eligen los campos de acción más apropiados⁷⁸, y sin restricción en ninguna parte puede alcanzarse nada significativo⁷⁹.

⁷⁶ En el carácter capitalista de la división manufacturera del trabajo se fijan con más atención que A. Smith escritores anteriores, como Petty o el anónimo autor de las *Advantages of the East-India Trade*, etc.

⁷⁷ Una excepción entre los escritores modernos la constituyen algunos autores del siglo XVIII, como Beccaria y James Harris, quienes en cuanto a la división del trabajo casi se dedican a repetir a los antiguos. Así, Beccaria señala: "La propia experiencia permite a cada uno comprobar que, aplicando la mano y el ingenio al mismo género de operaciones y de productos, se obtiene un resultado con más facilidad, más abundante y mejor que si cada uno hiciera todo lo necesario para sí... De tal manera, los hombres se dividen en varias clases y condiciones, para la utilidad común y privada" (Cesare Beccaria, *Elementi di Econ. Publica*, ed. Custodi, Parte Moderna, t. XI, p. 28). James Harris, más tarde *Earl of Malmesbury* [conde de Malmesbury], famoso por sus *Diaries* escritos en su época de embajador en Petersburgo, dice en una nota a su *Dialogue concerning Happiness*, Londres, 1741^[123], publicado luego nuevamente en *Three Treatises etc.*, 3ª ed., Londres, 1772: "Toda la argumentación utilizada para demostrar el carácter natural de la sociedad" (esto es, mediante "división de las ocupaciones") "está tomada del segundo libro de la *República* de Platón".

⁷⁸ Así, en la *Odisea*, XIV, 228: "Pues otro hombre goza también de trabajos distintos", y Arquíloco, en Sexto Empírico: "Cada uno recrea sus sentidos en otro trabajo"^[124].

⁷⁹ «Πολλ' ἤπίοτατο ἔγα, χαχψζ δ' ἤπίοτατο πάντα» [«El sabía muchos oficios, pero todos los sabía mal.»] —El ateniense, en cuanto productor de mercancías, se consideraba superior al espartano, pues éste podía disponer en la guerra de hombres, pero no de dinero, como Tucídides se lo hace decir a Periclo en el discurso en que éste incita a los atenienses a la guerra del Peloponeso: "Aquellos que producen para su propio consumo están más dispuestos a hacer la guerra con sus cuerpos que con dinero" (Tucídides, libro I, c 141). No obstante, continuó siendo su ideal, también en la producción material la *αὐτάρχεια* [autarquía], que se contraponen a la división

Es decir, tanto el producto como el productor mejoran mediante la división del trabajo. Si ocasionalmente además se menciona el aumento de la masa de productos, se hace sólo en relación con la mayor abundancia de valores de uso. No se dedica una sola sílaba al valor de cambio, al abaratamiento de las mercancías. Este punto de vista referente al valor de uso es el imperante tanto en Platón⁸⁰, quien considera la división del trabajo como fundamento de la separación social de los estamentos, como en Jenofonte⁸¹, el cual con su característico instinto burgués se acerca ya a la división del trabajo dentro del taller. La República de Platón^[126], en la medida

del trabajo, "pues con ésta hay bienestar, y con aquélla también hay independencia". Debe tenerse en cuenta, a este respecto, que ni siquiera en la época de la caída de los Treinta Tiranos^[125] llegaban a cinco mil los atenienses carentes de tierra.

⁸⁰ Para Platón, la división del trabajo dentro de la entidad comunitaria deriva de la diversidad de las necesidades y la unilateralidad de las aptitudes de los individuos. Uno de sus puntos de vista principales es que el trabajador debe adaptarse a la obra y no ésta al obrero, lo que es inevitable cuando ejerce simultáneamente artes distintas, sea una u otra como trabajo secundario. "Pues el trabajo no debe esperar a que tenga tiempo libre el que lo hace, sino el obrero tiene que ajustarse al trabajo, y no de manera despreocupada. —Esto es necesario—. De ello se desprende, por tanto, que se producirá más de todo, y mejor y más fácilmente, cuando uno realiza únicamente una cosa, de acuerdo a sus aptitudes naturales y en el momento preciso, libre de otras actividades" (*De Republica*, I, 2^a ed., Baiter, Orelli, etc.). Algo similar se encuentra en Tucídides, l.c., p. 142: "La navegación es un arte tanto como cualquier otro, y no se lo puede practicar ocasionalmente, como labor accesoria, sino más bien al revés, ninguna otra actividad puede realizarse como labor accesoria junto a ella". Si el trabajo, dice Platón, debe esperar al obrero, con frecuencia se pierde el momento crítico de la producción y se estropea el producto («ἐργον χαιρῶν διόλλυται»). La misma idea platónica la encontramos nuevamente en la protesta de los propietarios de blanquerías en Inglaterra contra la cláusula de la ley fabril que establece una hora determinada de comida para todos los obreros. Sus industrias no podrían ajustarse a los obreros, pues "ninguna de las diversas operaciones de calentar, lavar, blanquear, satinar, calandrar y teñir, puede interrumpirse en un momento dado sin riesgo de daño... Imponer la misma hora de comida para todos los obreros puede, eventualmente, poner en peligro mercancías valiosas al no finalizarse el proceso de trabajo". *Le platonisme ou va-t-il se nicher!* [¡En todas partes anida el platonismo!]

⁸¹ Jenofonte relata que no sólo era honroso alimentarse en la mesa del rey persa, sino que las comidas servidas allí eran mucho más sabrosas que las demás. "Y esto no es sorprendente, pues así como las demás artes se perfeccionan especialmente en las grandes ciudades, los manjares reales se preparan de un modo muy peculiar. En las ciudades pequeñas el mismo hombre hace armaduras de cama, puertas, arados, mesas; construye con frecuencia, por añadidura, casas y está satisfecho si de este modo encuentra clientela suficiente para ganarse la vida. Es completamente imposible que un hombre realizando tantas cosas diferentes lo haga todo bien. Pero, en las grandes ciudades, donde cada uno encuentra muchos compradores, basta con un oficio para alimentarse. Suele incluso ser suficiente para ello no un oficio completo, sino que uno haga zapatos de hombre, el otro de mujer. En ocasiones, uno vive de coser zapatos, el otro de cortarlos; uno sólo corta las piezas para los vestidos, el otro se limita a coserlos. Es lógico que el ejecutor del trabajo más simple lo realice de una manera más perfecta. Lo mismo acontece con el arte culinario" (Jenofonte. *Cyropaedia*, libro VIII, c. 2). Aquí se trata exclusivamente de la calidad del valor de uso que se desea alcanzar, aunque Jenofonte conocía ya la dependencia de la escala de división del trabajo en relación al volumen del mercado.

en que en ella la división del trabajo se despliega como el principio configurador del Estado, no es más que la idealización ateniense del sistema de castas egipcio, del mismo modo que Egipto se considera por algunos de sus contemporáneos, v.gr. Isócrates⁸², como país industrial modelo, reteniendo incluso esta importancia para los griegos de la época del Imperio Romano⁸³.

Durante el período manufacturero propiamente dicho, es decir, el período en que la manufactura era la forma imperante del régimen capitalista de producción, la plena ejecución de sus propias tendencias tropieza con variados obstáculos. Aunque, como hemos visto, la manufactura, además de crear una estructura jerárquica de los obreros, establece una división simple entre obreros calificados y no calificados, el número de estos últimos permanece muy limitado a causa de la influencia preponderante de los primeros. Aunque ajusta las operaciones particulares a los distintos grados de madurez, fuerza y desarrollo de sus órganos vivos de trabajo y, por tanto, estimula la explotación productiva de mujeres y niños, esta tendencia fracasa básicamente ante las costumbres y la resistencia de los obreros varones. Aunque la disociación de la actividad artesanal reduce los costos de formación y, por eso, el valor de los obreros, para los trabajos de detalle más difíciles sigue siendo necesario un largo período de aprendizaje, que los obreros defienden celosamente incluso allí donde resulta ya excesivo. En Inglaterra encontramos, por ejemplo, las *laws of apprenticeship* [leyes de aprendizaje] con sus siete años de estudio en pleno vigor hasta fines del período manufacturero; sólo la gran industria las dejó de lado. Por cuanto la habilidad manual continúa siendo la base de la manufactura y el mecanismo global que funciona en ella no posee un esqueleto objetivo e independiente de los obreros mismos, el capital lucha constantemente contra la insubordinación de los obreros.

“La debilidad de la naturaleza humana es tan grande —exclama nuestro amigo Ure— que el obrero más calificado resulta más obstinado y difícil de manejar, ocasionando con sus actitudes caprichosas graves perjuicios al mecanismo global.”⁸⁴

Por eso, la queja acerca de la falta de disciplina de los obreros recorre todo el período manufacturero⁸⁵. Y si no tuviésemos los

⁸² Busiris “los dividió a todos en castas particulares... ordenó que siempre las mismas personas realizaran las mismas actividades, pues sabía que quienes cambian de ocupaciones no profundizan en ninguna; por el contrario, los que permanecen en las mismas ocupaciones terminan llevándolas a la perfección. Encontramos, en realidad, que, en cuanto a artes e industrias, superaron a sus rivales más de lo que el maestro aventaja al chapucero; y en cuanto a las instituciones que mantienen el dominio real y otras leyes estatales, son tan excelentes que los famosos filósofos que hablan de ello alaban la Constitución de Egipto por sobre las demás” (Isócrates. *Busiris*, cap. 8).

⁸³ Cfr. Diodoro de Sicilia.

⁸⁴ Ure, l.c., p. 20.

⁸⁵ Lo señalado en el texto vale más en Inglaterra que en Francia, y más en Francia que en Holanda.

testimonios de los escritores de aquellos tiempos, hablarían por bibliotecas enteras los simples hechos de que desde el siglo XVI hasta la época de la gran industria el capital fracasa en apoderarse de todo el tiempo de trabajo disponible del obrero manufacturero, de que la manufactura es de corta vida y con la inmigración y emigración de los obreros abandona un país para establecerse en otro. “Debe establecerse el orden de uno u otro modo”, exclama en 1770 el autor del *Essay on Trade and Commerce*, citado repetidas veces. “Orden” —resuena 66 años más tarde de boca del Dr. Andrew Ure—, “orden” es lo que faltaba en la manufactura basada “en el dogma escolástico de la división del trabajo”, y “Arkwright creó el orden”.

Al mismo tiempo, la manufactura no podía ni abarcar en toda su extensión la producción social, ni transformarla a profundidad. Culminaba, como obra de arte económica, la amplia base del artesanado urbano y de la industria doméstica rural. En cierto grado de desarrollo, su propia reducida base técnica entró en contradicción con las necesidades de la producción, creadas por ella misma.

Una de sus obras más acabadas fue el taller para la producción de los propios instrumentos de trabajo e, incluso, de complicados aparatos mecánicos que ya se empleaban.

“Un tal taller —dice Ure— desplegaba a la vista la división del trabajo en sus variadas gradaciones. El taladro, el torno, el cincel tenían cada uno sus propios obreros, jerárquicamente ordenados según su grado de habilidad.”^[127]

Este producto de la división manufacturera del trabajo producía, a su vez, máquinas. Ellas ponen fin a la actividad artesanal como principio regulador de la producción social. De esta manera, de una parte, se elimina la razón técnica de la anexión vitalicia del obrero a una función parcial. Y, de otra parte, caen las barreras que ese mismo principio aún oponía al dominio del capital.

CAPITULO XIII

MAQUINARIA Y GRAN INDUSTRIA

1. DESARROLLO DE LA MAQUINARIA

John Stuart Mill en sus *Principios de economía política*, dice: "Es cuestionable que todos los inventos mecánicos hechos hasta el momento hayan aliviado la faena cotidiana de algún ser humano"⁸⁶.

Sin embargo, no es este en absoluto el objetivo de la maquinaria empleada a la manera capitalista. Al igual que todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, debe abaratar las mercancías y reducir la parte de la jornada laboral que el obrero emplea para sí mismo, a fin de alargar la otra parte de su jornada que entrega gratis al capitalista. Es un medio para la producción de plusvalor.

En la manufactura, la revolución del modo de producción toma como punto inicial la fuerza de trabajo; en la gran industria, el medio de trabajo. Por tanto, hemos de investigar en un comienzo por qué el medio de trabajo se convierte de herramienta en máquina o en qué se diferencia ésta del instrumento artesanal. Trataremos aquí sólo de los grandes rasgos característicos generales, pues igual que en la historia de la tierra las épocas no están separadas por límites abstractos, rígidos, tampoco lo están las épocas de la historia de la sociedad.

Matemáticos y mecánicos —con el apoyo ocasional de economistas ingleses— manifiestan que el instrumento es una máquina simple, y la máquina, un instrumento compuesto. No perciben entre uno y otra diferencia sustancial alguna y dan el nombre de máquina incluso a las potencias mecánicas simples, como la palanca, el plano inclinado, el tornillo, la cuña, etc.⁸⁷ En efecto, toda máquina se compone de estas potencias simples, por mucho que se disfracen y combinen. Sin embargo, desde el punto de vista económico la explicación no es válida, pues prescinde del elemento histórico. De otra parte, se pretende establecer la diferencia entre la herramienta y la máquina afirmando que en la primera el hombre constituye la fuerza

⁸⁶ "It is questionable, if all the mechanical inventions yet made have lightened the day's toil of any human being." Mill debiera haber dicho, "of any human being not fed by other people's labour"*, pues la maquinaria ha incrementado, sin duda, el número de holgazanes distinguidos.

* "de algún ser humano no alimentado por el trabajo de otros". —Ed.

⁸⁷ Véase, por ejemplo, *Course of Mathematics* de Hutton.

motriz, y en la última lo es una fuerza natural distinta de la humana, como un animal, el agua, el viento, etc.⁸⁸ Según esto, un arado tirado por bueyes, instrumento utilizado en las más diversas épocas de la producción, sería una máquina; el *circular loom* [telar circular] de Claussen, que movido por la mano de un solo obrero hace 96.000 puntos al minuto, sería una simple herramienta. Es más, el mismo *loom* sería un instrumento si es puesto en movimiento por la mano, y una máquina si lo es por acción del vapor. Como el empleo de la fuerza animal es uno de los más antiguos inventos de la humanidad, la producción maquinizada precedería, de hecho, a la artesanal. Cuando John Wyatt anunció en 1735 su máquina de hilar, y con ella la revolución industrial del siglo XVIII, no mencionó ni una sola palabra en el sentido de que en vez del hombre la pondría en movimiento un burro, y sin embargo éste realizó tal papel. Una máquina "para hilar sin los dedos", decía el programa de Wyatt⁸⁹.

Toda maquinaria desarrollada se compone de tres partes sustancialmente diferentes: la máquina motriz, el mecanismo de transmisión y, por último, la máquina-herramienta o máquina de trabajo. La máquina motriz opera como fuerza impulsora de todo el mecanismo. Genera su propia fuerza motriz, como es el caso de la máquina de vapor, la máquina calórica^[128], la electromagnética, etc.; o recibe el impulso de una fuerza natural exterior a ella, como, por ejemplo, el salto de agua en el caso de la rueda hidráulica, el viento, en el de las as-

⁸⁸ "Desde este punto de vista, en efecto, es posible trazar también un límite preciso entre herramienta y máquina: palas, martillos, cinceles, etc., mecanismos de palanca y tornillos, cuya fuerza motriz, por artificiosos que sean en lo demás, es el hombre... todo esto entra en el concepto de herramienta. Mientras que el arado, con la fuerza animal que lo pone en movimiento, los molinos de viento, etc., han de incluirse entre las máquinas" (Wilhelm Schulz. *Die Bewegung der Produktion*, Zürich, 1843, p. 38). Escrito muy loable en varios sentidos.

⁸⁹ Con anterioridad a él, y probablemente por primera vez en Italia, se empleaban máquinas para torcer el hilo, aunque eran muy imperfectas. Una historia crítica de la tecnología probaría, en general, en qué poca medida cualquier invento en el siglo XVIII pertenece a un solo individuo. Hasta hoy no hay tal obra. Darwin despertó el interés por la historia de la tecnología natural, es decir, por la formación de los órganos vegetales y animales como instrumentos de producción para la vida de las plantas y los animales. ¿No merece la misma atención la historia concerniente a la formación de los órganos productivos del hombre social, de la base material de toda organización particular de la sociedad? Y, ¿no sería más fácil de escribir?, pues, como dice Vico, la historia humana se distingue de la historia natural en que la primera la hemos hecho nosotros y la otra no. La tecnología revela el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, el proceso de producción directo de su vida, por tanto también sus relaciones sociales de existencia y las nociones espirituales que brotan de ellas. Incluso toda historia de la religión que se abstraiga de esta base material será acrítica. En efecto, es mucho más fácil encontrar por medio del análisis la esencia terrenal de las brumosas creaciones de la religión que, a la inversa, desarrollar a partir de las relaciones reales de la vida sus formas divinizadas. Este último es el único método materialista y, por ende, científico. Los defectos del materialismo abstracto de las ciencias naturales, que excluye el proceso histórico, se descubren ya en las concepciones más abstractas e ideológicas de sus portavoces, tan pronto se aventuran a alejarse de su especialidad.

pas del molino, etc. El mecanismo de transmisión, compuesto de volantes, ejes motores, ruedas dentadas, excéntricos, vástagos, cables, correas, piñones y dispositivos de los más diversos tipos, regula el movimiento, altera cuando es necesario su forma —v.gr., convirtiéndolo de un movimiento perpendicular en uno circular—, lo distribuye y transfiere a la máquina-herramienta. Ambas partes del mecanismo sólo existen para trasmitir el movimiento a la máquina-herramienta, por medio del cual ésta se apodera del objeto de trabajo y lo transforma de acuerdo a un fin. Esta parte del mecanismo, la máquina-herramienta, de donde se genera la revolución industrial en el siglo XVIII, constituye nuevamente el punto de arranque cada vez que la producción artesanal o manufacturera deviene producción maquinizada.

Si examinamos ahora más detenidamente la máquina-herramienta o máquina de trabajo propiamente tal, veremos cómo en general reaparecen, aunque con frecuencia en forma muy modificada, los aparatos e instrumentos con que trabajan el artesano y el obrero manufacturero, pero ya no como instrumentos del hombre sino de un mecanismo o instrumentos mecánicos. O bien, la máquina entera no es más que una versión mecánica, más o menos modificada, del viejo instrumento artesanal, como acontece con el telar mecánico⁹⁰, o bien los órganos activos instalados en la armazón de la máquina de trabajo son viejos conocidos nuestros, como los husos en la máquina de hilar, las agujas en el telar de hacer medias, las hojas de sierra en la aserradora mecánica, los cuchillos en la máquina de picar, etc. La diferencia entre estos instrumentos y el cuerpo propiamente tal de la máquina de trabajo se remonta a su nacimiento. A saber, aún hoy son producidos en gran parte de manera artesanal o manufacturera, y sólo después se fijan al cuerpo de la máquina de trabajo, fabricado con maquinaria⁹¹. La máquina-herramienta es, por tanto, un mecanismo que, después de recibir el movimiento correspondiente, ejecuta con sus herramientas las mismas operaciones que antes realizaba el obrero con instrumentos similares. No cambia en nada la esencia del asunto el que la fuerza motriz provenga del hombre o de una máquina. Después de traspasar a un mecanismo la herramienta propiamente dicha, antes empleada por el hombre, una máquina ocupa el lugar de la simple herramienta. La diferencia salta a la vista

⁹⁰ Específicamente en la forma primitiva del telar mecánico reconocemos a primera vista el telar antiguo. En su forma moderna aparece sustancialmente alterado.

⁹¹ Sólo desde 1850, poco más o menos, en Inglaterra empieza a fabricarse con maquinaria una parte constantemente creciente de herramientas pertenecientes a las máquinas de trabajo, aunque no lo hacen los mismos fabricantes que producen dichas máquinas. Entre las máquinas utilizadas en la fabricación de tales herramientas mecánicas figuran, por ejemplo, la *automatic bobbin-making engine* [máquina automática para hacer bobinas], *card setting engine* [máquina de colocar cardas], las máquinas de hacer lizos, la forjadora de husos para las *mules* [hiladoras mecánicas alternativas] y los *throstles* [telares continuos automáticos].

aunque el hombre siga siendo el primer motor. El número de herramientas de trabajo con que un hombre puede operar simultáneamente está limitado por el número de sus instrumentos naturales de producción, por sus propios órganos corporales. En Alemania, inicialmente, se trató de obtener que un obrero utilizara dos ruecas, o sea, hacerlo trabajar al mismo tiempo con ambas manos y pies. Esto resultó demasiado fatigoso. Luego se inventó una rueca con dos husos, pero los virtuosos hilanderos que podían hilar simultáneamente dos hebras eran tan raros como los hombres con dos cabezas. Por el contrario, la *Jenny*¹²⁹¹ hila, desde un comienzo, con 12 a 18 husos; el telar para confeccionar medias teje con varios millares de agujas a la vez, etc. El número de herramientas con que opera simultáneamente la misma máquina-herramienta se libera, de primera partida, de las barreras orgánicas impuestas a la herramienta manual del obrero.

En muchas herramientas manuales, la diferencia entre el hombre como simple fuerza motriz y como obrero que ejecuta la operación propiamente dicha posee una existencia sensorialmente perceptible. Por ejemplo, en la rueca el pie funciona sólo como fuerza motriz, mientras que la mano trabaja con los husos, tira y tuerce, ejecutando la operación de hilar propiamente tal. La revolución industrial se apodera en primer término, precisamente, de esta última parte de la herramienta artesanal, dejándole al hombre, en un principio, junto al nuevo trabajo de vigilar la máquina con sus ojos y corregir sus errores con la mano, el papel puramente mecánico de fuerza motriz. En cambio, aquellas herramientas sobre las que el hombre actúa desde un comienzo en la simple calidad de fuerza motriz — como, por ejemplo, al hacer girar la manivela de un molino⁹², al bombear, al abrir y cerrar los brazos de un fuelle, al machacar en un mortero, etc. — provocan, por primera vez, el empleo de los animales, del agua, del viento⁹³ como fuerzas motrices. Dichas herramientas se transforman en máquinas, en parte, durante el período manufacturero, y esporádicamente ya mucho antes, pero no revolucionan el régimen de producción. El hecho de que ya son máquinas en su forma artesanal se revela en el período de la gran industria. Las bombas, por ejemplo, con que los holandeses desecaron el lago de Harlem en 1836-1837,

⁹² Moisés el Egipcio dice: "No pondrás bozal al buey cuando trillare"^[130]. En cambio, los filántropos cristiano-germánicos fijaban un gran disco de madera en el cuello del siervo, al cual usaban como fuerza motriz en la molienda, para que no se echase harina a la boca.

⁹³ De una parte, la inexistencia de caídas naturales de agua, de otra, la lucha contra el exceso de agua en otras formas obligó a los holandeses a emplear el viento como fuerza motriz. El molino de viento lo obtuvieron de Alemania, donde este invento provocó una intensa lucha entre la nobleza, el clero y el emperador para aclarar a quién de los tres "pertenece" el viento. El aire esclaviza, se decía en Alemania, mientras hacía libre a Holanda. No esclavizó al holandés, sino lo hizo propietario de su tierra. En 1836, todavía en Holanda se empleaban 12.000 molinos de viento de 6.000 caballos de fuerza para impedir que las dos terceras partes del país volvieran a convertirse en marismas.

estaban construidas según el principio de las bombas comunes, sólo que movían sus émbolos máquinas ciclópeas de vapor, en vez de hacerlo brazos humanos. En Inglaterra, aún hoy, el fuelle usual y muy imperfecto del herrero se transforma a veces en una bomba mecánica de aire mediante la simple conexión de su brazo a una máquina de vapor. La propia máquina de vapor, tal como fue inventada a fines del siglo XVII, durante el período manufacturero, y tal como siguió existiendo hasta los años ochenta del siglo XVIII⁹⁴, no provocó ninguna revolución industrial. Más bien sucedió a la inversa: fue la creación de la máquina-herramienta la que hizo necesaria la máquina de vapor revolucionada. Tan pronto el hombre, en vez de operar con la herramienta sobre el objeto de trabajo se limita a actuar como fuerza motriz sobre una máquina-herramienta, se convierte en un hecho casual que la fuerza motriz revista músculos humanos, y pueden ocupar su lugar el viento, el agua, el vapor, etc. Esto no excluye, por supuesto, que tal cambio produzca una transformación técnica, frecuentemente de envergadura, en el mecanismo construido originariamente sólo para la fuerza motriz humana. Hoy en día, todas las máquinas que aún deben abrirse paso, como las máquinas de coser, las panificadoras, etc., si no excluyen desde un comienzo, por el fin al que se destinan, su uso a pequeña escala, son construidas simultáneamente para la fuerza motriz humana y la fuerza puramente mecánica.

La máquina, de la cual arranca la revolución industrial, sustituye al obrero, que maneja una sola herramienta, por un mecanismo que opera a la vez con una masa de ellas, iguales o similares, y que se pone en movimiento por una fuerza motriz única, cualquiera sea su forma⁹⁵. Aquí tenemos la máquina, pero sólo como simple elemento de la producción maquinizada.

Al ampliarse el tamaño de la máquina de trabajo y el número de sus herramientas que operan simultáneamente, se hace necesario un mecanismo motor más voluminoso, y éste, para superar su propia resistencia, requiere de una fuerza motriz más poderosa que la humana, aparte de que el hombre es una herramienta muy imperfecta en cuanto a la producción de un movimiento uniforme y continuo. Suponiéndose que el hombre opere sólo como fuerza motriz simple, o sea que el lugar de su herramienta esté ocupado por una máquina-herramienta, las fuerzas naturales pueden entonces sustituirlo, también, como fuerza motriz. De todas las grandes fuerzas motrices, heredadas del período manufacturero, la peor era la equina, de una parte, porque el caballo tiene su propia cabeza y, de otra, por su cos-

⁹⁴ Ciertamente, fue muy perfeccionada por Watt en su primera máquina de vapor, denominada de efecto simple, pero incluso bajo esta forma siguió siendo únicamente una simple máquina para elevar agua.

⁹⁵ "La unión de todos estos instrumentos simples, puestos en movimiento por un solo motor, constituye una máquina" (Babbage. *l.c.*, [p. 136]).

to y la limitada escala en que puede emplearse en las fábricas⁹⁶. No obstante, el caballo se empleaba con frecuencia en los inicios de la gran industria, como lo atestigua, además del clamor de los agrónomos de la época, el que hasta el día de hoy se haya heredado expresar la fuerza mecánica en caballos de fuerza. El viento era demasiado inestable e incontrolable, y el empleo de la fuerza hidráulica fue, por lo demás, ya durante el periodo manufacturero preponderante en Inglaterra, lugar de nacimiento de la gran industria. En el siglo XVII se había intentado poner en movimiento, con una sola rueda hidráulica, dos muelas correderas y, por tanto, dos juegos de ruedas de molino. Sin embargo, las grandes dimensiones del mecanismo de transmisión entraron en conflicto con la fuerza hidráulica, que se volvió insuficiente, siendo ésta una de las circunstancias que impulsó investigaciones más precisas de las leyes de la fricción. Asimismo, la acción poco proporcionada de la fuerza motriz en los molinos, puestos en movimiento al empujar y tirar palancas, condujo a la teoría y a la práctica de la rueda volante⁹⁷, que jugaría después un papel tan importante en la gran industria. De esta manera, el periodo manufacturero desarrolló los primeros elementos científicos y técnicos de la gran industria. La fábrica de hilado equipada con los *throstles* [telares continuos] de Arkwright, desde un comienzo fue accionada por agua. Pero, el uso de la fuerza hidráulica como fuerza motriz dominante estaba ligado a inconvenientes serios. No podía incrementarse libremente ni solucionarse su carencia, a veces escaseaba, y era, ante todo, de naturaleza únicamente local⁹⁸. Sólo con la segunda má-

⁹⁶ En diciembre de 1859, John C. Morton dio lectura en la *Society of Arts* a una ponencia sobre las "fuerzas empleadas en la agricultura". En dicha ponencia se dice, entre otras cosas: "Todo mejoramiento que conduzca a la uniformidad del suelo, hace la máquina de vapor más utilizable para la producción de fuerza puramente mecánica... La fuerza del caballo se requiere allí donde los cercos irregulares y otros obstáculos impiden la acción uniforme. Estos obstáculos desaparecen cada día más. En las operaciones que demandan un mayor ejercicio de la voluntad y una menor fuerza real sólo es aplicable la fuerza dirigida minuto tras minuto por el espíritu humano, o sea, la fuerza del hombre". El señor Morton reduce, luego, la fuerza de vapor, la equina y la humana a la unidad de medida utilizada para la máquina de vapor, esto es, la fuerza necesaria para elevar 33.000 libras en un minuto a un pie de altura, y calcula que los costos de un caballo de fuerza de vapor son de 3 peniques cuando se trata de la máquina de vapor y de 5 1/2 peniques por hora en el caso del caballo. Además, el caballo sólo puede utilizarse, para mantenerlo en buen estado de salud, durante 8 horas diarias. Con la fuerza de vapor pueden ahorrarse durante todo un año, a lo menos, 3 de cada 7 caballos en tierras labradas, a un costo no mayor que el de los caballos desplazados durante los 3 ó 4 meses en que son realmente usados. En las faenas agrícolas en que puede emplearse la fuerza de vapor, por último, ésta mejora en comparación con la fuerza equina la calidad del producto. Para ejecutar el trabajo de una máquina de vapor habría que emplear 66 obreros a un costo total de 15 chelines la hora, y para realizar el trabajo de los caballos se requerirían 32 hombres a un costo total de 8 chelines por hora.

⁹⁷ Faulhaber, 1625; De Caus, 1688.

⁹⁸ El moderno invento de las turbinas liberó la explotación industrial de la fuerza hidráulica de muchas de sus restricciones precedentes.

quina de vapor de Watt, denominada de efecto doble, se ideó el primer motor que produce su propia fuerza motriz mediante el consumo de carbón y agua y cuya potencia se encuentra bajo el completo control humano; a la vez que es móvil y medio de locomoción, urbano y no rural, como la fuerza hidráulica; que permite concentrar la producción en las ciudades, en lugar de dispersarla por el campo, como la rueda hidráulica⁹⁹; universal en su aplicación tecnológica; relativamente poco condicionado, en cuanto a su ubicación geográfica, por circunstancias locales. El gran genio de Watt se revela en la especificación de la patente que sacó en abril de 1784 y en la cual su máquina de vapor no se describe como un invento para fines particulares, sino como agente general de la gran industria. Indica en el texto aplicaciones de las cuales no pocas, como por ejemplo el martillo de vapor, fueron introducidas únicamente pasado más de medio siglo. Sin embargo, dudaba de la posibilidad de aplicar la máquina de vapor en la navegación. Sus sucesores, Boulton y Watt, presentaron en 1851, en la Exposición Industrial de Londres, la más colosal máquina de vapor para *ocean steamers* [vapores oceánicos].

Sólo después que las herramientas se transformaron de herramientas del organismo humano en herramientas de un aparato mecánico, de la máquina-herramienta, adquiere, pues, también la máquina motriz una forma independiente, completamente emancipada de los límites propios de la fuerza humana. Con ello, la máquina-herramienta aislada, tal como la hemos analizado hasta el momento, se reduce a un simple elemento de la producción maquinizada. Ahora, una máquina motriz podía hacer funcionar simultáneamente muchas máquinas-herramientas. Al aumentar el número de máquinas-herramientas accionadas a un mismo tiempo crece la máquina motriz y se agranda el mecanismo de transmisión, convirtiéndose en un aparato voluminoso.

Ahora bien, se debe distinguir entre la cooperación de muchas máquinas similares y el sistema de máquinas.

En el primer caso, todo el trabajo lo efectúa una misma máquina. Esta realiza las distintas operaciones que efectuaba consecutivamente el artesano con su herramienta, por ejemplo el tejedor con su telar, o efectuaban varios artesanos con diversas herramientas, ya sea

⁹⁹ "En los albores de la manufactura textil, la localización de la factoría dependía de la existencia de un curso de agua que contase con una caída suficiente como para hacer girar una rueda hidráulica; y aunque la construcción de los molinos hidráulicos fue el comienzo del quiebre del sistema doméstico de manufactura, su ubicación necesaria a orillas de un río y con frecuencia a distancia considerable los unos de los otros, formaban parte, más bien, de un sistema rural que de uno urbano; y sólo con la introducción de la fuerza de vapor, como sustituto de la hidráulica, las fábricas fueron agrupadas en ciudades y localidades donde se encontraba en cantidades suficientes el carbón y el agua, requeridos para la producción de vapor. La máquina de vapor es la madre de las ciudades industriales" (A. Redgrave en *Reports of the Insp. of Fact.* 30th April 1860, p. 36).

independientemente o como miembros de una manufactura¹⁰⁰. Por ejemplo, en la moderna manufactura de sobres para carta, un obrero doblaba el papel con la plegadora, otro lo engomaba, un tercero daba vuelta a la solapa en que se imprime la marca, otro estampaba dicha marca, etc., y con cada una de estas operaciones parciales cambiaba de manos cada sobre. Una sola máquina de hacer sobres ejecuta todas estas operaciones de un golpe y fabrica 3.000 y más sobres en una hora. Una máquina norteamericana para la fabricación de bolsas de papel, presentada en la Exposición Industrial de Londres en 1862, corta el papel, lo engoma, lo dobla, y produce 300 unidades en un minuto. El proceso global, dividido y realizado sucesivamente en la manufactura, es efectuado aquí por una máquina de trabajo, que opera mediante la combinación de diversas herramientas. Ahora bien, aunque una tal máquina de trabajo no sea más que el renacimiento mecánico de una complicada herramienta artesanal, o la combinación de diversos instrumentos simples, particularizados a modo de la manufactura, en la fábrica, es decir, en el taller basado en la producción maquinizada, reaparece siempre la cooperación simple y, en primer término, por cierto (nos abstraemos aquí del obrero), como conglomeración espacial de máquinas de trabajo similares que operan simultáneamente y de conjunto. Así, por ejemplo, una fábrica de tejidos está constituida por el funcionamiento paralelo de muchos telares mecánicos, y una fábrica de ropa por el de muchas máquinas de coser en el mismo local de trabajo. Pero, se da aquí una cierta unidad técnica, puesto que muchas máquinas de trabajo similares reciben su impulso, simultánea y proporcionadamente, del latido del primer motor común, y lo reciben por medio del mecanismo de transmisión que, en parte, les es también común, pues lo unen a cada una de las máquinas-herramientas sólo ramificaciones particulares que se derivan de él. Así como muchas herramientas constituyen los órganos de una máquina de trabajo, muchas máquinas de trabajo no conforman ahora más que órganos similares del mismo mecanismo motor.

Un sistema de máquinas propiamente dicho ocupa el lugar de la máquina individual autónoma sólo allí donde el objeto de trabajo recorre una serie continua de diversos procesos escalonados, ejecutados por una cadena de máquinas-herramientas distintas, pero que se complementan mutuamente. Reaparece aquí la cooperación basada

¹⁰⁰ Desde el punto de vista de la división manufacturera, el tejer no era un trabajo artesanal simple, sino más bien complejo, y de este modo el telar mecánico es una máquina que realiza operaciones muy diferentes. En general, es una noción falsa que la maquinaria moderna se haya apoderado originariamente de operaciones ya simplificadas por la división manufacturera del trabajo. Durante el período manufacturero, el hilar y el tejer fueron separados en nuevas categorías y sus herramientas diversificadas y mejoradas, pero el proceso mismo de trabajo, no dividido en forma alguna, continuó siendo artesanal. No es el trabajo, sino el medio de trabajo el que da origen a la máquina.

en la división del trabajo, propia de la manufactura, pero ahora como combinación de máquinas parciales de trabajo. Las herramientas específicas, por ejemplo, de los distintos obreros parciales en la manufactura de lana —del batidor, el cardador, el tundidor, el hilandero, etc.— se transforman ahora en herramientas de máquinas especiales de trabajo, cada una de las cuales constituye un órgano particular destinado a una función especial en el sistema del mecanismo combinado de herramientas. En rasgos generales, la manufactura misma proporciona al sistema de máquinas, en las ramas donde se introduce inicialmente, la base natural espontánea de la división y, por tanto, de la organización del proceso de producción¹⁰¹. No obstante, de inmediato aparece una diferencia esencial. En la manufactura, los obreros deben ejecutar, aislados o en grupos, cada proceso parcial especial con sus herramientas manuales. Si bien el obrero se adapta al proceso, también éste se ha debido adecuar previamente al obrero. En la producción maquinizada queda suprimido este principio subjetivo de la división del trabajo. El proceso global, considerado en sí y para sí, deviene aquí objetivo, se lo analiza en sus fases constitutivas, y el problema de cómo ejecutar cada proceso parcial y vincular los distintos procesos parciales se soluciona mediante la aplicación técnica de la mecánica, de la química, etc.¹⁰², debiéndose, por supuesto, perfeccionar como siempre la concepción teórica por la experiencia práctica acumulada en gran escala. Cada máquina parcial proporciona su materia prima a la que sigue a continuación, y como todas operan simultáneamente, el producto se encuentra constantemente tanto en los diversos peldaños de su proceso de creación como en el paso de una fase de producción a otra. Del mismo modo que en la manufactura la cooperación directa de los obreros

¹⁰¹ Antes de la época de la gran industria, la manufactura lanera era la predominante en Inglaterra. Por eso, durante la primera mitad del siglo XVIII tuvo lugar en ella la mayor parte de los experimentos. El algodón, cuya elaboración mecánica requiere una preparación menos trabajosa, fue favorecido por las experiencias hechas con la lana de oveja, y a la inversa, luego, la industria lanera mecánica se desarrolló sobre la base de la hilandería y tejeduría mecánicas de algodón. Elementos aislados de la manufactura lanera han sido incorporados al sistema fabril sólo en los últimos decenios, como por ejemplo el cardado. "La aplicación de fuerza mecánica al proceso de cardar lana... que se ha extendido desde la introducción de la 'máquina cardadora', especialmente la de Lister... tuvo, sin duda, como efecto el lanzar a la calle a un número muy considerable de obreros. Antes, la lana se cardaba a mano, y frecuentemente en la choza del cardador. Ahora, se carda, por lo común, en la fábrica, y la labor manual está desplazada, salvo algunos tipos determinados de trabajo en que aún se prefiere la lana peinada a mano. Muchos de los cardadores manuales encontraron empleo en las fábricas, pero el producto del trabajo del cardador manual es tan pequeño en proporción con el de la máquina que un número muy grande de estos obreros quedaron desocupados" (*Rep. of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1856*, p. 16).

¹⁰² "El principio del sistema fabril consiste, pues, en sustituir... la división o gradación del trabajo entre artesanos por la división del proceso de trabajo en sus partes integrantes esenciales" (Ure, l.c., p. 20).

parciales establecía determinadas proporciones entre los grupos específicos de obreros, en el sistema estructurado en base a máquinas la alternancia constante de máquinas parciales establece una cierta relación entre su número, su tamaño y su velocidad. La máquina de trabajo combinada, que ahora es un sistema formado de diversas máquinas de trabajo y grupos de las mismas, es tanto más perfecta cuanto más continuo sea el proceso global, esto es, cuanto menos se interrumpa el paso de la materia prima de su primera fase a la última y, por consiguiente, cuanto más completa sea la sustitución de la mano humana por el mecanismo en su avance de una fase de producción a otra. Si en la manufactura el aislamiento de los procesos particulares es un principio implantado por la división del trabajo misma, en la fábrica desarrollada impera, en cambio, la continuidad de esos procesos particulares.

Un sistema de maquinaria, ya se base en la simple cooperación de máquinas de trabajo similares, como acontece en la tejeduría, o en la combinación de máquinas diversas, como ocurre en la hilandería, constituye en sí y para sí un gran autómatas tan pronto como lo ponga en movimiento un primer motor que mueve a sí mismo. Puede suceder, sin embargo, que el sistema sea accionado, por ejemplo, por una máquina de vapor, pero que determinadas máquinas-herramientas aisladas necesiten del obrero para ciertos movimientos —como el movimiento requerido, antes de introducirse la *selfacting mule* [hiladora alternativa automática], para correr el carro de la *mule*, y que aún lo sigue siendo en la hilandería fina—, o que partes de la máquina deban ser manipuladas por el obrero tal como si fuesen herramientas, para que realicen su labor, como era el caso en la construcción de maquinaria antes de transformarse el *slide-rest* [soporte de corredera] en *selfactor* [mecanismo automático]. Tan pronto la máquina de trabajo ejecuta sin el concurso humano todos los movimientos necesarios para la elaboración de la materia prima, y sólo precisa de alguna asistencia ulterior del hombre, tenemos un sistema automático de maquinaria, sistema susceptible, no obstante, de perfeccionamiento constante en los detalles. Son inventos muy nuevos el aparato que hace parar automáticamente la máquina de hilar apenas se rompe una hebra y el *selfacting stop* [freno automático], que detiene el telar perfeccionado de vapor no bien el hilo de la trama se sale de la canilla de la lanzadera. La fábrica moderna de papel puede considerarse como ejemplo tanto de la continuidad de la producción como de la implementación del principio automático. En general, en la producción de papel se puede estudiar detallada y provechosamente la diferencia existente entre distintos regímenes de producción, basados en medios de producción diferentes, al igual que el vínculo de las relaciones sociales de producción con esos regímenes, pues la vieja producción alemana de papel nos brinda un ejemplo de producción artesanal; Holanda en el siglo XVII y Francia en el XVIII,

el de la manufactura propiamente tal y la Inglaterra moderna, el de la fabricación automática en esta rama; además, en China y la India subsisten todavía dos formas asiáticas primitivas de la misma industria.

Como sistema estructurado de máquinas de trabajo, que sólo reciben su movimiento por el mecanismo de transmisión de un automática central, la producción maquinizada adquiere su imagen más desarrollada. El lugar de la máquina aislada lo ocupa aquí un monstruo mecánico, cuyo cuerpo llena edificios fabriles enteros y cuya fuerza demoníaca, en un comienzo oculta tras el movimiento medurado, casi solemne de sus miembros gigantescos, rompe en un baile locamente febril y vertiginoso de sus múltiples órganos de trabajo.

Las *mules*, las máquinas de vapor, etc., existían antes de que aparecieran obreros cuya función exclusiva era construir máquinas de vapor, *mules*, etc.; del mismo modo que el hombre se vestía antes de que aparecieran los sastres. Los inventos de Vaucanson, Arkwright, Watt, etc., pudieron ser llevados a la práctica solamente porque estos inventores encontraron una considerable cantidad de hábiles obreros mecánicos, puestos a su disposición por el período manufacturero. Una parte de estos obreros se componía de artesanos independientes de diversas profesiones, otra parte estaba reunida en las manufacturas, donde imperaba con especial rigor la división del trabajo, como se señaló anteriormente. Con el aumento de los inventos y la creciente demanda por las nuevas máquinas fue desarrollándose, de una parte, la diferenciación de la fabricación de máquinas en distintas ramas autónomas y, de otra, la división del trabajo dentro de las manufacturas constructoras de máquinas. Vemos, por tanto, en la manufactura la base técnica directa de la gran industria. Aquella producía la maquinaria con que ésta suprimía, en los ámbitos de producción que abarcó primeramente, la producción artesanal y manufacturera. La producción maquinizada surgió, por tanto, espontáneamente sobre una base material inadecuada. En cierto grado del desarrollo, debió revolucionar la base, que había encontrado primero ya lista y que luego se fue perfeccionando dentro de su vieja forma, para procurarse una nueva base en correspondencia con su propio modo de producción. Así como la máquina individual se mantuvo enana mientras su fuerza motriz fue exclusivamente la humana, y como el sistema de máquinas no podía desarrollarse libremente antes de que la máquina de vapor ocupara el lugar de las fuerzas motrices ya preexistentes —la fuerza animal, el viento e incluso el agua—, la gran industria también estuvo trabada en su desarrollo mientras su medio de producción típico, la máquina misma, debía su existencia a la fuerza y a la habilidad personal, dependiendo en consecuencia del desarrollo muscular, de la agudeza de la vista y del virtuosismo de la mano con que el obrero parcial en la manufactura y el artesano fuera de ella manejaban su minúsculo instrumento. Abstrayéndonos del encarecimiento de la máquina como resultado de este origen —cir-

cunstancia que el capital domina como motivo consciente—, la expansión de la industria ya maquinizada y la penetración de la maquinaria en nuevas ramas productivas seguían estando condicionadas exclusivamente por el crecimiento de una categoría de obreros, la cual a causa de la naturaleza semiartística de su trabajo no podía incrementarse a saltos, sino paulatinamente. Pero, en un cierto peldaño del desarrollo, la gran industria entró en contradicción también en el plano técnico con su base artesanal y manufacturera. El aumento en el tamaño de las máquinas motrices, del mecanismo de transmisión y de las máquinas-herramientas; mayor complicación, variedad y regularidad más estricta de sus partes constitutivas, en la medida en que la máquina-herramienta se alejaba del modelo artesanal, que originariamente dominaba su construcción, y obtenía una imagen libre, determinada únicamente por su función mecánica¹⁰³; el desarrollo del sistema automático y el empleo cada vez más inevitable de materiales difíciles de elaborar, por ejemplo del hierro en lugar de la madera: la solución de todas estas tareas, surgidas espontáneamente, chocaba siempre con las limitaciones individuales que hasta el personal obrero combinado supera en la manufactura sólo en cierto grado, pero no en su esencia. La manufactura no podía suministrar máquinas como la moderna prensa para imprentas, el telar moderno de vapor y la moderna máquina de cardar.

La revolución del régimen de producción en un ámbito industrial provoca su transformación en los demás. Esto es válido, en primer término, para aquellas ramas industriales que si bien se encuentran aisladas, a causa de la división social del trabajo, de tal modo que cada una de ellas produce una mercancía autónoma, no obstante, se enlazan como fases de un proceso global. Así, por ejemplo, la hilandería maquinizada hizo necesaria la tejeduría maquinizada, y ambas provocaron la revolución mecánico-química en el blanqueado, en el estampado de lino y en la tintorería. Así, de otra parte, la revolución en la hilandería de algodón provocó el invento de la *gin* [desmotadora], máquina para separar de la semilla la fibra del algodón, con lo que por primera vez se hizo posible la producción de algodón en la gran escala actualmente requerida¹⁰⁴. Pero sólo la revolución en

¹⁰³ En su forma originaria, el telar mecánico estaba compuesto principalmente de madera; el telar perfeccionado, el moderno, de hierro. Hasta qué punto la forma antigua de un medio de producción domina en una primera fase su nueva forma lo muestra, entre otras cosas, la comparación más superficial del telar de vapor moderno con el antiguo, de la moderna máquina soplante, empleada en las fundiciones de hierro, con la primera y desválida adaptación mecánica del fuelle común y —comparación tal vez más convincente que todas las demás— de la locomotora moderna y la primitiva con dos patas que levantaba alternativamente como si fuera un caballo. Sólo al desarrollarse la mecánica y acumularse experiencia práctica, la forma se determina completamente por el principio mecánico emancipándose, en consecuencia, de la forma corporal heredada de la herramienta transformada en máquina.

¹⁰⁴ La *cotton gin* del yanqui Eli Whitney hasta no hace mucho había sufrido menos cambios sustanciales que cualquier otra máquina del siglo XVIII. Sólo en el

el régimen de producción de la industria y la agricultura hizo necesaria también una revolución en las condiciones generales del proceso social de producción, es decir, en los medios de comunicación y de transporte. Como los medios de comunicación y de transporte de una sociedad cuyo *pivot* [pivote], para servirme de una expresión de Fourier, era la pequeña agricultura con su industria doméstica subsidiaria y la producción artesanal urbana no podían satisfacer, ni mucho menos, las necesidades de producción del período manufacturero con su ampliada división social del trabajo, su concentración de medios de trabajo y de obreros y sus mercados coloniales —motivo por el cual fueron realmente revolucionados—, de igual modo, los medios de transporte y comunicación heredados del período manufacturero se convirtieron pronto en trabas insoportables para la gran industria, con su febril velocidad de producción, su escala masiva, su constante lanzamiento de masas de capital y obreros de una esfera de producción a otra y sus nuevos vínculos en el mercado mundial. Abstrayéndonos de la construcción de barcos a vela, completamente revolucionada, el sistema de vapores fluviales, ferrocarriles, vapores oceánicos y telégrafos fue adaptando paulatinamente las comunicaciones y el transporte al modo de producción de la gran industria. Pero, las formidables masas de hierro que ahora había que fraguar, soldar, cortar, perforar y modelar exigían, de su parte, máquinas ciclópeas en cuya creación fracasó el régimen manufacturero.

La gran industria debió, pues, apoderarse de su medio de producción característico, es decir, de la máquina misma, y producir máquinas por medio de máquinas. De este modo, creó una base técnica adecuada y se paró sobre sus propios pies. Con la creciente producción maquinizada, en los primeros decenios del siglo XIX, la maquinaria, en efecto, se apoderó paulatinamente de la fabricación de máquinas-herramientas. Sin embargo, sólo en los últimos decenios la formidable construcción de ferrocarriles y la navegación transoceánica provocaron la aparición de máquinas ciclópeas, empleadas en la construcción de los primeros motores.

La condición esencial de producción para impulsar la fabricación de máquinas por medio de máquinas era contar con una máquina motriz capaz de generar cualquier potencia y que, a la vez, fuese completamente controlable. Esa máquina existía ya: era la máquina de vapor. Pero, al mismo tiempo, se trataba de producir mecánicamente las formas geométricas exactas necesarias para cada una de las piezas de la máquina: líneas rectas, planos, círculos, cilindros, conos y esferas. Henry Mandslay resolvió este problema, en el primer decenio del siglo XIX, al inventar el *slide-rest* [soporte de corredera], que pronto fue hecho automático y transferido en forma modificada

último decenio (previo a 1867) otro norteamericano, el señor Emery, de Albany (Nueva York), logró, con un perfeccionamiento tan simple como eficaz, que la máquina de Whitney se volviera anticuada.

del torno, para el cual había sido destinado en un principio, a otras máquinas de construcción. Este dispositivo mecánico no sustituye ninguna herramienta específica, sino que reemplaza la propia mano humana, que da al material determinadas formas al poner, ajustar y dirigir el filo de la herramienta de cortar, etc., hacia o sobre el material de trabajo, por ejemplo, el hierro. Así, se lograba producir las formas geométricas de las diversas piezas de la máquina

"con un grado de facilidad, exactitud y rapidez que no podía brindarle la experiencia acumulada en la mano del obrero más calificado"¹⁰⁵.

Si observamos la parte de las máquinas empleadas en la construcción de la maquinaria, que constituye la máquina-herramienta propiamente tal, constatamos que reaparece la herramienta artesanal, pero de proporciones ciclópeas. La sección operante de la máquina de perforar, por ejemplo, es un formidable taladro, accionado por una máquina de vapor, sin el cual no podrían, a su vez, producirse los cilindros de las grandes máquinas de vapor y de las prensas hidráulicas. El torno mecánico es una reedición ciclópea del torno corriente de pie, la cepilladora es un carpintero de hierro que labora en el metal con las mismas herramientas que el carpintero usa en la madera; el mecanismo que en los astilleros de Londres corta las chapas es una navaja gigante; las hojas de la cizalla mecánica que corta el hierro como el sastre el paño son unas tijeras monstruosas; y el martinete de vapor opera con una cabeza de martillo corriente, pero de tal peso que no lo podría manipular ni el mismo Tor¹⁰⁶. Uno de estos martinetes de vapor, que son un invento de Nasmyth, pesa más de 6 toneladas y se precipita con una caída perpendicular de 7 pies sobre un yunque de 36 toneladas de peso. Pulveriza, como si estuviere jugando, un bloque de granito y es capaz, con la misma facilidad, de meter un clavo en madera blanda con una serie de suaves golpes¹⁰⁷.

En cuanto máquina, el medio de trabajo cobra un modo material de existencia que determina la sustitución de la fuerza humana por fuerzas naturales y la rutina basada en la experiencia por la aplicación consciente de las ciencias naturales. En la manufactura, la estructura

¹⁰⁵ *The Industry of Nations*, Londres, 1855, parte II, p. 239. El mismo pasaje dice: "Este apéndice del torno puede parecer simple y exteriormente sin importancia, sin embargo, no es, creemos, demasiado aberrante afirmar que su influencia en perfeccionar y extender el uso de la maquinaria ha sido tan grande como la alcanzada por los perfeccionamientos de Watt en la propia máquina de vapor. Su introducción hizo posible de inmediato perfeccionar y abaratar toda maquinaria, estimulando otros inventos y mejoras".

¹⁰⁶ Una de estas máquinas, empleadas en Londres para forjar *paddle-wheel shafts* [árboles para ruedas de paletas] lleva el nombre de "Tor". Forja un eje de 16¹/₂ toneladas de peso con la misma facilidad que el herrero una herradura.

¹⁰⁷ Las máquinas que trabajan en madera y que pueden emplearse también a pequeña escala son la mayoría de las veces de invención norteamericana.

del proceso social de trabajo es puramente subjetiva, es resultado de la combinación de obreros parciales; en el sistema de máquinas, la gran industria posee un organismo de producción completamente objetivo, que el obrero encuentra como condición de producción material dada. En la cooperación simple, e incluso en la que ya se ha vuelto especializada a raíz de la división del trabajo, el desplazamiento del trabajador individual por el obrero socializado sigue siendo algo más o menos casual. La maquinaria, salvo algunas excepciones a mencionar posteriormente, sólo funciona en manos del trabajo directamente socializado o colectivo. El carácter cooperativo del proceso de trabajo se convierte ahora, por consiguiente, en una necesidad técnica, dictada por la misma naturaleza del medio de trabajo.

2. TRANSFERENCIA DEL VALOR DE LA MAQUINARIA AL PRODUCTO

Hemos visto que las fuerzas productivas surgidas de la cooperación y división del trabajo no le cuestan nada al capital. Son fuerzas naturales del trabajo social. Tampoco cuestan nada las fuerzas naturales, como el vapor, el agua, etc., empleadas en procesos productivos. Pero, así como el hombre necesita pulmones para respirar, necesita también una "hechura de mano humana" para consumir productivamente las fuerzas naturales. La rueda hidráulica se requiere para explotar la fuerza motriz del agua; para explotar la elasticidad del vapor se precisa de la máquina de vapor. Con la ciencia acontece como con las fuerzas naturales. Una vez descubiertas, la ley sobre la desviación de la aguja magnética en el campo de acción de una corriente eléctrica o la ley acerca de la magnetización del hierro en torno del cual circula una corriente eléctrica no cuestan un centavo¹⁰⁸. Pero para explotar estas leyes en telégrafos, etc., se necesita un aparato muy caro y complejo. La máquina, como hemos visto, no desplaza a la herramienta. De instrumento minúsculo del organismo humano se expande en volumen y número, convirtiéndose en herramienta de un mecanismo creado por el hombre. En vez de hacer trabajar al obrero con una herramienta manual, el capitalista ahora lo hace rendir con una máquina que maneja ella misma sus herramientas. Por tanto, si basta sólo una mirada para percibir que la gran industria incrementa extraordinariamente la productividad del trabajo, mediante la incorporación de colosales fuerzas naturales y de las ciencias naturales en el proceso de producción, no queda

¹⁰⁸ La ciencia no le cuesta absolutamente "nada" al capitalista, lo que no le impide, ni mucho menos, explotarla. La ciencia "ajena" se incorpora al capital, al igual que el trabajo ajeno. Pero la apropiación "capitalista" y la apropiación "personal", ya sea de la ciencia o de la riqueza material, son cosas totalmente diferentes. El propio Dr. Ure lamentaba el burdo desconocimiento de la mecánica por parte de sus queridos fabricantes explotadores de máquinas, y Liebig ha podido contarnos mucho acerca de la espeluznante ignorancia en química de los fabricantes ingleses de esta industria.

tan claro que esa fuerza productiva acrecentada no se obtenga, en el otro polo, debido a un gasto mayor de trabajo. La maquinaria, como cualquier otra parte integrante del capital constante, no crea valor, pero transfiere su propio valor al producto en cuya fabricación participa. En la medida en que posee valor y, por tanto, lo transfiere al producto, la maquinaria es una fracción del valor de éste. En vez de abaratarlo, lo hace más caro en proporción a su propio valor. Es evidente que la máquina y la maquinaria desarrollada sistemáticamente, como medio de trabajo típico de la gran industria, contienen incomparablemente más valor que los medios de trabajo propios de la producción artesanal o manufacturera.

Es preciso señalar, ahora, en primer término, que la maquinaria siempre se integra totalmente al proceso de trabajo y sólo parcialmente al proceso de valorización. Nunca añade más valor del que pierde, en promedio, por su desgaste. Por eso, se da una gran diferencia entre el valor de la máquina y la fracción de valor transferida periódicamente por ésta al producto. Hay una gran diferencia entre la máquina como elemento creador de valor y como elemento creador de producto. Cuanto mayor sea el período durante el cual la misma maquinaria funciona reiteradamente en el mismo proceso de trabajo, tanto mayor será la diferencia señalada. Es cierto que, como hemos visto, cada medio de trabajo o herramienta de producción propiamente tal siempre participa íntegramente en el proceso de trabajo y sólo parcialmente, en relación a su desgaste diario medio, en el proceso de valorización. Sin embargo, esta diferencia entre utilización y desgaste es mucho mayor en el caso de la maquinaria que en el de la herramienta, porque la primera, construida de un material más duradero, vive un tiempo mayor; porque su uso, regulado con rigurosas leyes científicas, posibilita una economía superior en el gasto de sus partes constituyentes y medios de consumo; y, por último, porque su campo de producción es incomparablemente mayor que el de la herramienta. Si descontamos de ambas, de la maquinaria y de la herramienta, sus costos medios diarios, o sea la fracción de valor que añaden al producto por su desgaste medio diario y el consumo de materiales auxiliares, como aceite, carbon, etc., resulta que operan gratis, igual que las fuerzas naturales disponibles sin intervención del trabajo humano. Cuanto mayor sea la esfera de acción productiva de la maquinaria en comparación con la herramienta, tanto mayor será el valor de sus servicios gratuitos, comparándolos con los de la herramienta. Sólo con el advenimiento de la gran industria el hombre aprende a hacer que opere en gran escala y gratuitamente, igual que una fuerza natural, el producto de su trabajo pretérito, ya objetivado¹⁰⁹.

¹⁰⁹ Ricardo destaca tanto a veces este efecto de las máquinas, por lo demás tan poco desarrollado por él como la diferencia general entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización, que ocasionalmente olvida la fracción de valor que las máquinas transfieren al producto, confundiénolas totalmente con las fuerzas natu-

Al estudiar la cooperación y la manufactura, concluimos en que ciertas condiciones generales de producción, como los edificios, etc., son economizados debido al consumo colectivo, en comparación con las dispersas condiciones de producción de los obreros aislados, encareciendo, por tanto, el producto en menor medida. En el caso de la maquinaria, no sólo se consume el cuerpo de una máquina de trabajo por sus muchas herramientas, sino que varias máquinas de trabajo consumen de conjunto la misma máquina motriz y una parte del mecanismo de transmisión.

Dada la diferencia entre el valor de la maquinaria y la fracción de valor transferida a su producto diario, el grado en que esta fracción encarece el producto depende, en primer término, del volumen del producto, en cierto sentido, de su superficie. El señor Baynes, de Blackburn, en una conferencia publicada en 1857, calculó que

"cada caballo de fuerza mecánica real^{109a} pone en movimiento 450 husos de *selfacting mules* y sus accesorios, o 200 husos de *throstles*, o 15 telares para 40 *inch cloth* [paño de 40 pulgadas] con sus mecanismos para urdir, aprestar, etc"^[131].

Los costos diarios de un caballo de fuerza de vapor y el desgaste de la maquinaria que pone en movimiento se reparten, en el primer caso, entre el producto diario de 450 husos de *mule*, en el segundo, entre el de 200 husos de *throstles*, y en el tercero, entre el de 15 telares

rales. Así, por ejemplo: "Adam Smith nunca menosprecia los servicios que nos prestan los agentes naturales y la maquinaria, pero distingue con justeza la naturaleza del valor que éstas agregan a las mercancías... Como realizan su trabajo gratuitamente, la asistencia que nos dispensan no añade nada al valor de cambio" (Ricardo, l.c., pp. 336, 337). La observación de Ricardo es, por supuesto, correcta con respecto a J. B. Say, quien supone, en su desvarío, que las máquinas prestan el "servicio" de crear un valor que constituye parte de la "ganancia".

^{109a} {Nota a la 3ª edición. — Un "caballo de fuerza" equivale a la fuerza de 33.000 libras-pie por minuto, es decir, a la fuerza requerida para elevar en un minuto 33.000 libras a un pie (inglés) de altura, o una libra a 33.000 pies. A ello corresponde el caballo de fuerza aludido en el texto. En la lengua usual de los negocios y ocasionalmente también en citas en este libro, se distingue entre caballos de fuerza "nominales" y "comerciales" o "indicados" de una misma máquina. Los caballos de fuerza antiguos o nominales se calculaban exclusivamente por la carrera del émbolo y el diámetro del cilindro, sin tomar en cuenta la presión del vapor y la velocidad del émbolo. Es decir, en los hechos es como si se dijera: esta máquina de vapor tiene, por ejemplo, 50 caballos de fuerza si es impulsada por la misma baja presión del vapor y la misma reducida velocidad del émbolo de los tiempos de Boulton y Watt. Pero, desde entonces, estos últimos factores crecieron enormemente. Hoy, para medir la fuerza mecánica proporcionada realmente por una máquina se inventó el indicador que muestra la presión del vapor. La velocidad del émbolo es fácil de establecer. De manera que la medida de los caballos de fuerza "indicados" o "comerciales" de una máquina es una fórmula matemática que toma en consideración simultáneamente el diámetro del cilindro, la altura de caída del émbolo, su velocidad y la presión del vapor, mostrando con ello cuántas veces la máquina desarrolla realmente una fuerza de 33.000 libras-pie por minuto. Un caballo de fuerza nominal puede en realidad rendir, por tanto, tres, cuatro e incluso cinco caballos de fuerza indicados o reales. Lo dicho sirva como explicación de diversas citas ulteriores. —F.E.]

mecánicos, de tal modo que por este conducto se transfiere a cada onza de hilado y a cada vara de tela sólo una diminuta fracción de valor. Lo mismo acontece en el ejemplo presentado anteriormente con el martinete de vapor. Como su diario desgaste, consumo de carbón, etc., se reparten entre las imponentes masas de hierro que machaca cada día, sólo se agrega a cada quintal de hierro una reducida fracción de valor, que sería muy grande si el ciclópeo instrumento hubiese de martillar pequeños clavos.

Dado el campo de acción de la máquina de trabajo, o sea, el número de sus herramientas, o, cuando se trata de fuerza, su volumen, la masa de productos dependerá de la velocidad con que ésta opere, o sea, v.gr., de la velocidad con que gire el huso o del número de golpes que dé el martillo en un minuto. Algunos de esos martillos colosales dan 70 golpes por minuto; y la máquina forjadora patentada por Ryder, que emplea, para forjar husos, martillos de vapor de dimensiones menores, 700 golpes.

Dada la proporción en que la maquinaria transfiere valor al producto, la magnitud de esta fracción de valor depende de su propia magnitud de valor¹¹⁰. Cuanto menos trabajo contiene, tanto menos valor agrega al producto. Cuanto menos valor transfiere, será tanto más productiva y su servicio se acercará al que proporcionan las fuerzas naturales. La producción de maquinarias por medio de maquinarias reduce su valor en proporción a su extensión y eficacia.

Un análisis comparativo entre los precios de las mercancías producidas de manera artesanal o mediante la manufactura y los precios de las mismas mercancías en cuanto productos de las máquinas proporciona, en general, el resultado de que en el producto de las máquinas la fracción de valor proveniente del trabajo crece relativamente, pero disminuye en términos absolutos. Es decir, su magnitud absoluta disminuye, pero aumenta su magnitud en relación con el valor global del producto, v.gr., de una libra de hilado¹¹¹.

¹¹⁰ El lector imbuido de concepciones capitalistas echará de menos aquí, por supuesto, el "interés" que la máquina agrega al producto, proporcionalmente a su valor en cuanto capital. Sin embargo, es fácil comprender que la máquina, por cuanto no produce nuevo valor al igual que cualquier otra parte constituyente del capital constante, no puede tampoco proporcionarlo bajo el nombre de "interés". Está claro además, que aquí, donde se trata de la producción de plusvalor, no puede presuponerse *a priori* ninguna parte del mismo bajo el nombre de "interés". El método capitalista de cálculo, que *prima facie* parece absurdo y contradictorio con respecto a las leyes de la creación de valor, encuentra su explicación en el Libro III de este escrito.

¹¹¹ Esta fracción de valor proporcionada por la máquina disminuye, absoluta y relativamente, allí donde desplaza a los caballos y, en general, a los animales de labor, empleados sólo como fuerza motriz, no como máquinas que originan un intercambio orgánico. De paso obsérvese que con su definición de los animales como simples máquinas Descartes da pruebas de ver con los ojos del período manufacturero, a diferencia de la Edad Media cuando se consideraba al animal como auxiliar del hombre, como luego lo concebiría nuevamente el señor von Haller en su *Restauration der Staatswissenschaften*. El hecho de que Descartes, lo mismo que Bacon, concebía la modificación de la forma de producción y la dominación práctica de la

Está claro que si la producción de una máquina cuesta tanto trabajo como el que ahorra su utilización, se opera un simple desplazamiento del trabajo, o sea, no disminuye la suma total de trabajo requerido para la producción de una mercancía ni aumenta la fuerza productiva del trabajo. Sin embargo, la diferencia entre el trabajo que cuesta y el trabajo que ahorra una máquina, o sea, el grado de su productividad, no depende, evidentemente, de la diferencia existente entre su propio valor y el de la herramienta que reemplaza. La diferencia perdura mientras los costos de trabajo de la máquina y, por tanto, la fracción de valor que ésta proporciona al producto permanecen menores al valor que el obrero hubiera añadido al objeto de trabajo con su herramienta. La productividad de la máquina se mide, pues, por el grado en que reemplaza la fuerza de trabajo humana. Según el señor Baynes, corresponden $2\frac{1}{2}$ obreros¹¹² para 450 husos de mule con su maquinaria anexa, accionados por un caballo de fuerza de vapor, y $2\frac{1}{2}$ obreros hilan con cada *selfacting mule spindle* [huso de hiladora alternativa automática] en una jornada laboral de diez horas 13 onzas de hilado (hebra de número medio), a sea $365\frac{5}{8}$ libras semanales. Al transformarse en hilado, aproximadamente 366 libras de algodón (para simplificar nos abstraemos de los desechos) sólo absorben, por tanto, 150 horas de trabajo o 15 jornadas laborales de diez horas, mientras que con la rueca, si el hiladero manual rinde 13 onzas de hilado en 60 horas, la misma cantidad de algodón absorbería 2.700 jornadas de diez horas, es decir 27.000 horas de trabajo¹¹³. Donde el antiguo método del

naturaleza por el hombre como resultado de los cambios en el método de pensar, lo demuestra su *Discours de la Méthode*, donde dice, entre otras cosas: "Es posible" (mediante el método introducido por él en la filosofía) "obtener conocimientos muy útiles para la vida y, en lugar de aquella filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, encontrar una filosofía práctica, por medio de la cual, conociendo las fuerzas y la acción del fuego, del agua, del aire, de los astros y de todos los otros cuerpos que nos rodean —conociéndolos tan bien como los diversos oficios de nuestros artesanos— las podríamos emplear del mismo modo para todos los usos, en los cuales esas fuerzas son apropiadas, convirtiéndonos así en maestros y propietarios de la naturaleza, ...contribuyendo al perfeccionamiento de la vida humana". En la introducción a los *Discourses upon Trade* (1691) de sir Dudley North se dice que el método de Descartes, aplicado a la economía política, ha comenzado a liberarla de viejos cuentos y concepciones supersticiosas acerca del dinero, el comercio, etc. Por regla general, sin embargo, los economistas ingleses de las épocas anteriores se adhieren a Bacon y Hobbes en filosofía, mientras que Locke luego fue el "filósofo" $\chi\alpha\tau'\epsilon\lambda\lambda\epsilon\chi\eta\nu$ [por excelencia] de la economía política para Inglaterra, Francia e Italia.

¹¹² Según un informe anual de la Cámara de Comercio de Essen (oct. 1863), en 1862, la fábrica de acero Krupp produjo 13 millones de libras de acero colado, empleando para ello 161 hornos de fundición, de reverbero y de cemento, 32 máquinas de vapor (en 1800 este era el número total de máquinas de vapor empleadas en Manchester) y 14 martinets de vapor, que en conjunto representan 1.236 caballos de fuerza, 49 fraguas, 203 máquinas-herramientas y cerca de 2.400 obreros. Aquí no hay siquiera 2 obreros por caballo de fuerza.

¹¹³ Babbage calcula que en Java el trabajo de hilar agrega casi exclusivamente el 117% del valor del algodón. En ese mismo tiempo (1832), en Inglaterra, el valor

blockprinting o estampado del calicó a mano es desplazado por el estampado a máquina, una sola máquina stampa con la ayuda de un hombre o de un joven tanto calicó de cuatro colores por hora como antes 200 hombres¹¹⁴. Antes de que Eli Whitney inventara en 1793 la *cottongin*, el separar de las semillas una libra de algodón costaba una jornada laboral, por término medio. A causa de su invento, una negra podía desmotar 100 libras de algodón diarias, y desde entonces la efectividad de la *gin* ha crecido significativamente. Una libra de fibras de algodón, producida antes a 50 centavos, se vendía posteriormente —con mayor ganancia, esto es, con una mayor incorporación de trabajo impago— a 10 centavos. En la India, para separar la fibra de la semilla se emplea un instrumento semimecánico, la *churka*, gracias a la cual un hombre y una mujer limpian diariamente 28 libras. Con la *churka* inventada hace algunos años por el Dr. Forbes, un hombre y un joven limpian diariamente 250 libras; allí donde se emplean bueyes, vapor o agua como fuerzas motrices se requieren sólo unos pocos jóvenes y muchachas como *feeders* [cargadores manuales de material para la máquina]. Dieciséis de estas máquinas, impulsadas por bueyes, ejecutan en un día el trabajo que antes realizaban en una jornada media 750 personas¹¹⁵.

Como señalábamos más arriba*, la máquina de vapor realiza, en el caso del arado de vapor, en una hora, por 3 peniques o 1/4 de chelín, tanto trabajo como 66 personas a un costo de 15 chelines por hora. Vuelvo sobre este ejemplo para rebatir una falsa concepción. Los 15 chelines no son, de ninguna manera, la expresión del trabajo añadido durante una hora por las 66 personas. Si la relación entre el plusvalor y el trabajo necesario era de 100%, los 66 obreros producían por hora un valor de 30 chelines, aunque sólo 33 horas se representen en un equivalente de ellos mismos, es decir en el salario de 15 chelines. Suponiéndose, por tanto, que una máquina cuesta lo mismo que el salario anual de 150 obreros desplazados por ella, o sea £ 3.000, de modo alguno esas £ 3.000 serán la expresión en dinero del trabajo proporcionado por los 150 obreros e incorporado al objeto de trabajo, sino sólo de aquella parte de su trabajo anual que para ellos mismos se representa en el salario. Por el contrario, el valor en dinero de la máquina, igual a £ 3.000, expresa todo el trabajo gastado en su producción, independientemente de la proporción en que éste constituya salario para el obrero y plusvalor para el capitalista. Si la máquina costase igual que el trabajo reemplazado, el trabajo

global que la maquinaria y el trabajo agregaban al algodón, en el proceso de hilado fino, sumaba cerca del 33% del valor de la materia prima (*On the Economy of Machinery*, pp. 165, 166).

¹¹⁴ En el estampado a máquina, además, se economiza tintura.

¹¹⁵ Cfr. *Paper read by Dr. Watson, Reporter on Products to the Government of India, before the Society of Arts*, 17 de abril de 1860.

* Véase el presente tomo p. 348. —Ed.

materializado en ella sería siempre mucho menor que el trabajo vivo sustituido¹¹⁶.

Considerada exclusivamente como medio de abaratar el producto, el límite del uso de la maquinaria está dado por el hecho de que su propia producción cueste menos trabajo del reemplazado con su utilización. Para el capital, sin embargo, este límite se expresa en términos más estrechos. Como no paga el trabajo empleado, sino el valor de la fuerza de trabajo empleada, en su caso el uso de las máquinas se restringe a la diferencia entre el valor de las máquinas y el valor de la fuerza de trabajo sustituida. Como la división de la jornada laboral en trabajo necesario y plus-trabajo es distinta en cada país, y es diferente según las épocas en el mismo país, o en la misma época pero en distintas ramas de la producción; como, además, el salario real del obrero a veces cae por debajo del valor de su fuerza de trabajo y en otras ocasiones sube por encima de él, la diferencia entre el precio de la maquinaria y el de la fuerza de trabajo a sustituir puede variar considerablemente, aun cuando la diferencia entre la cantidad de trabajo necesario para la producción de la máquina y la cantidad total de trabajo reemplazado continúe siendo la misma^{116a}. Pero, es únicamente la primera de esas diferencias la que determina el costo de producción de la mercancía para el propio capitalista e influye en él mediante las leyes coactivas de la competencia. Hoy, por ello, en Inglaterra se inventan máquinas que sólo se emplean en Norteamérica, así como en el siglo XVI y XVII Alemania inventaba máquinas que usaban únicamente en Holanda, y como algunos inventos franceses del siglo XVIII eran explotados exclusivamente en Inglaterra. En países de desarrollo más antiguo, la misma máquina, al ser empleada en ciertas ramas de actividad, produce en otras tal superabundancia de trabajo (*redundancy of labour*, dice Ricardo), que en éstas la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo dificulta el uso de maquinaria y lo hace superfluo y a menudo imposible, desde el punto de vista del capital, cuya ganancia proviene, por lo demás, no de la disminución del trabajo ocupado, sino del trabajo pagado. En algunas ramas de la manufactura inglesa de la lana, durante los últimos años ha disminuido ostensiblemente el trabajo infantil, llegando a ser ocasionalmente desplazado. ¿Por qué? La ley fabril determinó dos turnos de niños, de los cuales uno trabajaba 6 horas y el otro sólo 4, o cada uno 5 horas. Pero los padres no querían vender a los *half-times* [obreros a media jornada] más barato de lo que antes vendían a los *full-times* [a tiempo com-

¹¹⁶ "Estos agentes mudos" (las máquinas) "son siempre el producto de mucho menos trabajo del que desplazan, incluso si tienen el mismo valor en dinero" (Ricardo, l.c., p. 40).

^{116a} Nota a la 2ª edición. En la sociedad comunista la maquinaria tendría, en consecuencia, un campo de acción completamente diferente del que tiene en la sociedad burguesa.

pleto]. De ahí el reemplazo de los *half-times* por maquinaria¹¹⁷. Antes de la prohibición del trabajo de mujeres y niños (menores de 10 años) en las minas, el capital —en completa concordancia con el código moral, y en particular con su Libro Mayor— encontró el método de emplear, en las minas de carbón y en otras a mujeres y jóvenes desnudas, frecuentemente atadas con hombres, y sólo después de la prohibición recurrió a la maquinaria. Los yanquis han inventado máquinas de picar piedras. Los ingleses no las emplean, pues al “miserable” (*wretch* es en la economía política inglesa una hábil expresión para denominar al obrero agrícola) que ejecuta ese trabajo se le paga una parte tan reducida del mismo que la maquinaria encarecería la producción para el capitalista¹¹⁸. En Inglaterra, aún hoy se emplean ocasionalmente mujeres en lugar de caballos para tirar, etc., de los botes en los canales¹¹⁹, porque el trabajo necesario para la producción de caballos y máquinas constituye una cantidad matemáticamente dada, en cambio, el requerido para mantener a las mujeres de la población excedente se encuentra por debajo de todo cálculo. No encontraremos, por consiguiente, en ningún otro lugar como en Inglaterra, el país de las máquinas, tan desvergonzado derroche de fuerza humana para ocupaciones miserables.

3. EFECTOS INMEDIATOS QUE LA PRODUCCION MAQUINIZADA EJERCE SOBRE EL OBRERO

El punto de partida de la gran industria lo constituye, como hemos mostrado, la revolución producida en el medio de trabajo, y el medio de trabajo revolucionado adquiere su imagen más desarrollada en el sistema estructurado de máquinas de la fábrica. Antes de ver cómo se incorpora material humano a este organismo objetivo, examinaremos algunas repercusiones generales de dicha revolución en el obrero mismo.

¹¹⁷ “Los empleadores no retendrían innecesariamente dos turnos de niños menores de 13 años... En efecto, un grupo de fabricantes, los de hilo de lana, emplean hoy raramente niños menores de 13 años, esto es, que trabajan media jornada. Han introducido máquinas perfeccionadas y máquinas nuevas de diversos tipos, las cuales hicieron superfluo el empleo de niños” (es decir, menores de 13 años). “Para ilustrar esta disminución del número de niños mencionaré un proceso en que a la máquina existente se le agregó un aparato llamado máquina torcedora, con el cual el trabajo de seis o cuatro *half-times*, según las peculiaridades de cada máquina, puede realizarse por una persona joven” (mayor de 13 años)... “El sistema de media jornada” estimuló “la invención de la máquina torcedora” (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1858*, pp. 42, 43).

¹¹⁸ “La máquina... con frecuencia no puede ser empleada hasta que el trabajo” (quiere decir el salario) “no aumente” (Ricardo, *l.c.*, p. 479).

¹¹⁹ Cfr. *Report of the Social Science Congress at Edinburgh, October 1863*.

a) Apropriación de fuerzas de trabajo adicionales por el capital.
Trabajo femenino e infantil

En la medida en que hace superflua la fuerza muscular, la maquinaria se convierte en un medio de emplear obreros sin fuerza muscular o de desarrollo corporal inmaduro, pero con mayor flexibilidad de los miembros. ¡El trabajo femenino e infantil fue, por tanto, la primera consigna en el uso capitalista de la maquinaria! Este poderoso reemplazante de trabajo y obreros se transformó, de inmediato, en un medio para aumentar el número de asalariados, alistando a todos los miembros de la familia obrera, sin distinción de sexo y edad, bajo el mando directo del capital. El trabajo forzado en beneficio del capital no sólo usurpó el lugar del juego infantil, sino también el del trabajo libre en el círculo doméstico, efectuado dentro de un marco ético, para la familia misma¹²⁰.

El valor de la fuerza de trabajo estaba determinado no sólo por el tiempo de trabajo necesario para mantener al obrero adulto individual, sino también por el requerido para la subsistencia de la familia obrera. La maquinaria, al lanzar a todos los miembros de la familia proletaria al mercado de trabajo, reparte el valor de la fuerza de trabajo del hombre entre toda su familia. Desvaloriza, pues, su fuerza de trabajo. La compra familiar, por ejemplo, parcelada en cuatro fuerzas de trabajo, tal vez cueste más de lo que antes se precisaba para adquirir la fuerza de trabajo del jefe de familia, pero, en cambio, cuatro jornadas laborales ocupan el lugar de una, y el precio de ellas cae en proporción al excedente de plustrabajo que rinden cuatro obreros en vez de uno. Para que viva una familia son cuatro personas las que no sólo deben suministrarle al capital trabajo, sino plustrabajo. Así, la maquinaria amplía desde un comienzo, además del material humano de explotación —el campo de explotación más propio del capital¹²¹—, el grado de explotación.

¹²⁰ El gobierno inglés envió al Dr. Edward Smith, durante la crisis algodonera que acompañó la guerra civil norteamericana, a Lancashire, Cheshire, etc., para presentar un informe acerca del estado sanitario de los obreros algodoneros. El Dr. Smith informó, entre otras cosas: desde el punto de vista higiénico, la crisis, además de relegar a los obreros de la atmósfera fabril, presenta varias otras ventajas. Las mujeres obreras encontraban ahora el tiempo libre necesario para darles el pecho a sus niños, en vez de envenenarlos con *Godfrey's Cordial* (un opiáceo). Disponían de tiempo para aprender a cocinar. Lamentablemente, este arte culinario lo alcanzaban en un momento en que no tenían nada que comer. Vemos, claramente, cómo el capital ha usurpado a favor de su autovalorización el trabajo familiar requerido para el consumo. Asimismo, la crisis fue utilizada en algunas escuelas para enseñar a coser a las hijas de los obreros. ¡Una revolución en Norteamérica y una crisis mundial fueron necesarias para que las muchachas obreras que hilan para el mundo entero aprendiesen a coser!

¹²¹ "El número de obreros ha aumentado considerablemente, porque se sustituye cada vez más el trabajo masculino por el femenino y, sobre todo, el de adultos por el infantil. Tres muchachas de 13 años, con salarios de 6 a 8 chelines a la semana, han desplazado a un hombre de edad madura cuyo salario fluctuaba entre 18 y 45

Asimismo, la maquinaria revoluciona radicalmente la expresión formal de la relación capitalista, el contrato entre el obrero y el capitalista. Sobre la base del intercambio mercantil, la primera condición era que capitalista y obrero se enfrentaran como personas libres, como poseedores independientes de mercancías, el uno en cuanto poseedor de dinero y medios de producción, el otro en cuanto poseedor de fuerza de trabajo. Pero ahora el capital compra personas que son total o parcialmente menores de edad. Antes el obrero vendía su propia fuerza de trabajo, de la que disponía como persona formalmente libre. Ahora vende a su mujer e hijos. Se convierte en tratante de esclavos¹²². La demanda de trabajo infantil es frecuentemente similar, incluso en la forma, a la demanda de esclavos negros, tal como solía aparecer en los anuncios de los diarios norteamericanos.

"Me llamó la atención —dice por ejemplo un inspector fabril inglés— un anuncio en el periódico local de una de las más importantes ciudades manufactureras de mi distrito, cuyo texto entrego a continuación: Se necesita de 12 a 20 muchachos que puedan pasar por niños de 13 años. Salario: 4 chelines a la semana. Dirigirse etc."¹²³

La frase "que puedan pasar por niños de 13 años" se refiere a que, según la *Factory Act*, los niños menores de esa edad sólo podían trabajar 6 horas. Un médico habilitado oficialmente (*certifying*

chelines" (Th. de Quincey. *The Logic of Politic. Econ.*, Londres, 1844, nota a la p. 147). Como ciertas funciones familiares no pueden ser suprimidas completamente, v. gr., atender y amamantar a los niños, etc., las madres de familia confiscadas por el capital deben contratar a quienes las reemplacen en mayor o menor medida. Los trabajos que requiere el consumo familiar, como coser, remendar, etc., deben sustituirse por la compra de mercancías terminadas. A un menor gasto de trabajo doméstico corresponde, por tanto, un mayor gasto de dinero. Por consiguiente, crecen los costos de producción de la familia obrera y neutralizan el aumento en el ingreso. Añádase que se vuelven imposibles el ahorro y el uso adecuado de los medios de subsistencia, consumirlos y prepararlos. Existe un copioso material de estos hechos, silenciados por la economía política oficial, en los *Reports* de los inspectores fabriles de la *Children's Employment Commission* y, en particular, en los *Reports on Public Health*.

¹²² En contraste con el hecho fundamental de que la limitación del trabajo femenino e infantil en las fábricas inglesas fue una conquista arrancada al capital por los obreros varones adultos, aun en los más recientes informes de la *Children's Employment Commission* encontramos entre los padres obreros rasgos realmente indignantes y propios de tratantes de esclavos respecto al comercio de niños. El fariseo capitalista, sin embargo, como se puede ver de los mismos *Reports*, denuncia esa bestialidad creada, eternizada y explotada por él mismo, a la que en otros casos bautiza como "libertad de trabajo". "Se ha recurrido al trabajo infantil... incluso para que ganen su propio pan diario. Sin fuerza para soportar un trabajo tan desproporcionado ni instrucción que pudiera guiar su vida futura, han sido empujados a una situación física y moralmente corrompida. El historiador judío observó, con respecto a la destrucción de Jerusalén por Tito, que no tenía nada de extraño que la ciudad fuera destruida y arrasada, cuando una madre inhumana sacrificó a su propio retoño para saciar los impulsos de un hambre apremiante" (*Public Economy Concentrated*, Carlisle, 1833, p. 66).

¹²³ A. Redgrave en *Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1858*, pp. 40, 41.

surgeon) debía certificar la edad. El fabricante reclamaba, pues, niños que aparentasen tener 13 años. La brusca reducción, a veces, del número de niños menores de 13 años empleados por el capital —hecho sorprendente en las estadísticas inglesas de los últimos 20 años— era en gran parte, según declaraciones de los propios inspectores fabriles, obra de *certifying surgeons*, que adulteraban la edad de los niños obediendo al afán explotador de los capitalistas y a las necesidades de regateo de los padres. En el tristemente célebre distrito londinense de Bethnal Green, todos los lunes y martes por la mañana se efectúa un mercado público en que niños de ambos sexos, desde los 9 años, se ofrecen en alquiler a las manufacturas de seda de la capital. “Las condiciones usuales son 1 chelín y 8 peniques semanales (que pertenecen a los padres) y 2 peniques para mí, además del té.” Los contratos sólo rigen una semana. Las escenas que se desarrollan y el lenguaje utilizado en este mercado son realmente indignantes¹²⁴. Ocurre en Inglaterra, aun hoy, que mujeres “retiran niños del *workhouse* [hospicio] y los alquilan a cualquier comprador por 2 chelines y 6 peniques semanales”¹²⁵. A pesar de la legislación, actualmente en Gran Bretaña por lo menos 2.000 niños son vendidos por sus propios padres en calidad de máquinas vivas de limpiar chimeneas (aunque existen máquinas para reemplazarlos)¹²⁶. La revolución operada con la maquinaria en la relación jurídica entre comprador y vendedor de la fuerza de trabajo, de modo que la transacción entera pierde la apariencia de un contrato entre personas libres, brindó posteriormente al Parlamento inglés el pretexto legal para la injerencia estatal en el sistema fabril. Cada vez que la ley fabril restringe a 6 horas el trabajo infantil en las ramas industriales aún no reglamentadas, vuelve a levantarse el clamor de los fabricantes a que una parte de los padres retirará a sus niños de la industria regulada por ley para venderlos en aquellas en que impera todavía la “libertad del trabajo”, eso es, donde niños menores de 13 años son obligados a trabajar como adultos y donde, por tanto, se los vende a precios más altos. Pero como el capital es por naturaleza un *leveller* [nivelador], es decir, exige en todas las esferas de la producción, como uno de sus derechos humanos innatos, la igualdad de las condiciones de explotación del trabajo, la restricción legal del trabajo infantil en una rama industrial se convierte en causa de su limitación en las otras.

Ya antes habíamos aludido al deterioro físico tanto de los niños y jóvenes como de las mujeres obreras, a quienes la maquinaria somete a la explotación del capital, en primer término, directamente en las fábricas que surgen sobre su base y, luego, indirectamente en

¹²⁴ *Children's Employment Commission, V Report*, Londres, 1866, p. 81, №31 [A la 4ª ed. —La industria sedera de Bethnal Green casi eliminada en la actualidad. —F.E.]

¹²⁵ *Child. Employ. Comm., III Report*, Londres, 1864, p. 53, № 15.

¹²⁶ *L.c.*, *V Report*, p. XXII, № 137.

todas las demás ramas industriales. Por ello, aquí nos detendremos en un punto: en la enorme mortalidad de niños de obreros en sus primeros años de vida. Hay en Inglaterra 16 distritos del registro civil en que el promedio anual de defunciones por cada 100.000 niños nacidos vivos y menores de un año es sólo de 9.085 (en un distrito, sólo 7.047), en 24 distritos supera los 10.000, pero es menor a 11.000; en 39 distritos, más de 11.000, pero menos de 12.000; en 48 distritos, sobre los 12.000, pero sin llegar a los 13.000; en 22 distritos, más de 20.000, en 25 supera los 21.000, en 17, los 22.000, en 11, es mayor de 23.000; en Hoo, Wolverhampton, Ashton-under-Lyne y Preston supera los 24.000, en Nottingham, Stockport y Bradford, los 25.000, en Wisbeach, 26.001 y en Manchester, 26.125¹²⁷. Como demostró una investigación médica oficial en 1861, las altas tasas de mortalidad primordialmente se deben, prescindiendo de circunstancias locales, al trabajo de las madres fuera de casa y al consiguiente descuido y maltrato de los niños, a la alimentación inadecuada y deficiente, al uso de opiáceos, etc., a lo que se suma el antinatural desapego de las madres respecto a sus hijos y, como consecuencia de ello, la privación alimentaria y los envenenamientos intencionales¹²⁸. En aquellos distritos agrícolas “donde existe un mínimo de ocupación femenina, la tasa de mortalidad es en cambio la más baja”¹²⁹. La comisión investigadora de 1861, sin embargo, dio el inesperado resultado de que en algunos distritos exclusivamente agrícolas sobre las costas del Mar del Norte, la tasa de mortalidad entre los niños menores de un año alcanzaba casi la de los más desacreditados distritos fabriles. Se le encargó, por eso, al Dr. Julian Hunter que estudiara el fenómeno en el lugar de los hechos. Su informe está incorporado en el *VI Report on Public Health*¹³⁰. Hasta entonces se suponía que eran la malaria y otras enfermedades peculiares de regiones bajas y pantanosas las que diezaban a los niños. La investigación arrojó precisamente el resultado contrario, o sea

“que la misma causa que erradicó la malaria, esto es, la transformación del suelo pantanoso durante el invierno y de mezquinos pastizales durante el verano en fértil tierra triguera, provocaba la extraordinaria tasa de mortalidad entre los lactantes”¹³¹.

Los 70 médicos prácticos interrogados por el Dr. Hunter en dichos distritos fueron “sorprendentemente unánimes” en ese punto. Con

¹²⁷ *Sixth Report on Public Health*, Londres, 1864, p. 34.

¹²⁸ La investigación de 1861 “...mostró además que mientras bajo las condiciones descritas niños pequeños perecen a causa del descuido y el maltrato, resultado del trabajo de sus madres, éstas pierden, en medida espantosa, la preocupación natural por sus retoños; usualmente su muerte no les preocupa mucho y a veces... incluso recurren a medidas directas para acercarla” (l.c.).

¹²⁹ L.c., p. 454.

¹³⁰ L.c., pp. 454-462. *Reports by Dr. Henry Julian Hunter on the excessive mortality of infants in some rural districts of England.*

¹³¹ L.c., p. 35 y pp. 455, 456.

la revolución en la agricultura se había introducido, en efecto, el sistema industrial.

“Un hombre, denominado ‘contratista’ y que alquila las cuadrillas en conjunto, pone a disposición del arrendatario, por una suma determinada, a mujeres casadas que trabajan en cuadrillas con muchachas y jóvenes. Esas cuadrillas suelen alejarse muchas millas de sus pueblos, se las encuentra en las mañanas y en las tardes por los caminos, las mujeres vestidas de polleras cortas y con los correspondientes abrigos y botas, y a veces de pantalones, de aspecto aparentemente muy fuertes y saludables, pero corrompidas por el usual libertinaje e indiferentes ante las funestas consecuencias que su preferencia por este modo de vida activo e independiente depara a sus retoños que languidecen en las casas.”¹³²

Todos los fenómenos típicos de los distritos fabriles se reproducen aquí, dándose en grado aún mayor el infanticidio encubierto y el suministro de opiáceos a los niños¹³³.

“Mi conocimiento de los males que provoca —dice el Dr. Simon, funcionario médico del *Privy Council*¹³²¹ y redactor jefe de los informes acerca de la *Public Health*— debe disculpar la profunda aversión con que contemplo toda ocupación industrial, en gran escala, de mujeres adultas.”¹³⁴ “En efecto —exclama el inspector fabril R. Baker en un informe oficial— será una dicha para los distritos manufactureros de Inglaterra si se prohíbe a toda mujer casada que tenga familia trabajar en cualquier fábrica.”¹³⁵

La degradación moral que deviene de la explotación capitalista del trabajo femenino e infantil ha sido descrita tan exhaustivamente por F. Engels en su *Lage der arbeitenden Klasse Englands* y por otros autores que me limitaré aquí a mencionarla. La desolación intelectual, empero, producida artificialmente por la conversión de hombres inmaduros en simples máquinas de fabricar plusvalor, que debe distinguirse de aquella ignorancia natural que deja la conciencia limpia sin dañar su capacidad de desarrollarse, su propia fertilidad natural, obligó por último incluso al Parlamento inglés a decretar la instrucción elemental en todas las industrias sometidas a la ley fabril, condición legal del uso “productivo” de niños menores de 14 años. El espíritu de la producción capitalista brilló luminosamente en la negligente redacción de las llamadas cláusulas educacionales de las leyes fabriles; en la carencia de un mecanismo administrativo, debido a lo cual esa educación obligatoria en su mayor parte se volvía nuevamente ilusoria; en la oposición de los fabricantes incluso contra

¹³² L.c., p. 456.

¹³³ Lo mismo que en los distritos fabriles ingleses, se extiende también diariamente en los distritos agrícolas el consumo de opio entre los obreros y obreras adultos. “El gran objetivo de algunos emprendedores comerciantes al por mayor es... incentivar la venta de opiáceos. Los farmacéuticos los consideran como el artículo más solicitado” (l.c., p. 459). Lactantes a quienes se suministra opiáceos “se contraen convirtiéndose en pequeños viejecitos, o se arrugan como monitos” (l.c., p. 460). Véase cómo India y China se vengan de Inglaterra.

¹³⁴ L.c., p. 37.

¹³⁵ *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, p. 59. Este inspector fabril antes fue médico.

esta ley educacional y en sus triquiñuelas y subterfugios para eludirla.

"Sólo los legisladores deben ser censurados por haber promulgado una ley falaz (*delusive law*) que, bajo la apariencia de preocuparse por la educación de los niños, no contiene ninguna disposición que permita asegurar el objetivo propuesto. No establece nada, salvo que los niños deben durante una cantidad determinada de horas ser encerrados diariamente" (3 horas) "entre las cuatro paredes de un lugar llamado escuela y que el empleador de los niños debe recibir semanalmente un certificado, que confirme el hecho, de una persona que en calidad de maestro o maestra de escuela lo acredite."¹³⁶

Antes de promulgarse la ley fabril revisada de 1844, no eran raros los certificados de asistencia escolar firmados por maestros o maestras de escuela con una cruz, dado que éstos no sabían ni siquiera escribir.

"Al visitar una de las escuelas que extiende tales certificados, quedé tan perplejo ante la ignorancia del maestro que le dije: 'Disculpe, señor, ¿sabe usted leer?' Su respuesta fue: 'Y bueno, un poco (*summat*)'. Para justificarse, agregó: 'En todo caso, sé más que mis alumnos'."

Durante los debates de la ley de 1844, los inspectores fabriles denunciaron el estado ignominioso de los lugares llamados escuelas, cuyos certificados debían considerar de plena validez legal. Todo lo que consiguieron fue que desde 1844

"los números en el certificado escolar fueran llenados de puño y letra por el maestro, quien además debía firmar con su nombre y apellido"¹³⁷.

Sir John Kincaid, inspector fabril de Escocia, relata experiencias oficiales similares.

"La primera escuela que visitamos la dirigía una tal Mrs. Ann Killin. Ante mi petición de que deletreara su nombre, cometió desde un principio el error de comenzar con la letra C, pero corrigiéndose de inmediato dijo que su nombre comenzaba con K. Al revisar su firma en los registros de certificados escolares noté, sin embargo, que lo escribía de distintas maneras, mientras que su escritura no dejaba dudas acerca de su incapacidad para dar clases. Además, ella misma reconoció que no sabía llevar el registro... En una segunda escuela me encontré en una sala de clases de 15 pies de largo por 10 de ancho y conté en ese cuarto a 75 niños que murmuraban algo ininteligible."¹³⁸ "Sin embargo, no se trata sólo de esos lugares miserables en que los niños obtienen certificados escolares sin recibir clases, pues en muchas escuelas, donde el maestro es competente, sus esfuerzos fracasan casi por completo ante la desconcertante aglomeración de niños de todas las edades, comenzando desde los tres años. Sus ingresos, miserables en el mejor de los casos, dependen por entero de la cantidad de peniques que obtiene por reunir el mayor número posible de niños que se puede meter en una pieza. Añádase el parco mobiliario escolar, la carencia de libros y de otros materiales didácticos y el efecto deprimente que ejerce sobre los pobres niños la atmósfera viciada y fétida. He estado en muchas escuelas de este tipo viendo filas enteras de niños que no hacían nada y eso se certifica como

¹³⁶ Leonard Horner en *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1857*, p. 17.

¹³⁷ Id., *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1855*, pp. 18, 19.

¹³⁸ Sir John Kincaid en *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1858*, pp. 31, 32.

asistencia escolar, y tales niños figuran en la estadística oficial como educados (*educated*).¹³⁹

En Escocia, los fabricantes procuran excluir de sus empresas a los niños sujetos a la escolaridad.

"Esto basta para demostrar el repudio de los fabricantes contra las cláusulas educacionales."¹⁴⁰

Ello se manifiesta de manera grotesca y espantosa en las fábricas de estampar calicó, etc., reguladas por una ley fabril propia. Según las disposiciones de la ley,

"cada niño debe, antes de ser empleado en una de esas fábricas, asistir a la escuela por lo menos durante 30 días y no menos de 150 horas durante los últimos 6 meses que preceden al primer día de labor. Mientras dure su trabajo en la fábrica de estampar tiene que asistir a la escuela, igualmente, por un lapso de 30 días y 150 horas cada 6 meses... La asistencia a la escuela debe realizarse entre las 8 de la mañana y las 6 de la tarde. Ninguna asistencia menor de 2¹/₂ o mayor de 5 horas debe considerarse como fracción de dichas 150 horas. En condiciones normales, los niños asisten a la escuela 30 días por la mañana y la tarde durante 5 horas diarias, y al cabo de los 30 días, cuando se alcanza la cantidad legal de 150 horas, cuando, para decirlo con sus palabras, han dado todo el libro, regresan a la fábrica donde permanecen nuevamente 6 meses hasta que se requiera un nuevo plazo de asistencia a la escuela, y entonces permanecen en ella hasta terminar de nuevo el manual... Muchos jóvenes, que asisten a la escuela durante las 150 horas prescritas, al volver a los seis meses de trabajo en la fábrica de estampado, están como cuando empezaron... Por supuesto, han perdido todo lo que habían ganado con su asistencia a la escuela la vez anterior. En otras fábricas de estampar calicó, la asistencia a la escuela depende completamente de las necesidades productivas de la fábrica. El número de horas requerido se cumple en el transcurso de cada período de seis meses mediante la asistencia de 3 a 5 horas esparcidas, a menudo, en los 6 meses. Por ejemplo, un día se asiste a la escuela de 8 a 11 de la mañana, otro día, de 1 a 4 de la tarde, y, después que el niño permanece durante una serie de días ausente, reaparece súbitamente de 3 a 6 de la tarde; luego concurre tal vez 3 ó 4 días seguidos o una semana, para desaparecer después de nuevo durante 3 semanas o un mes entero y regresar algunos días aislados por unas escasas horas, cuando su empleador ocasionalmente no lo necesite; y de esta manera el niño es zarandeado (*buffeted*), por así decirlo, de la escuela a la fábrica y de la fábrica a la escuela, hasta contar la suma de las 150 horas"¹⁴¹.

Mediante la incorporación preponderante de niños y mujeres al personal laboral combinado, la maquinaria quiebra, por fin, la

¹³⁹ Leonard Horner en *Reports etc. for 30th April 1857*, pp. 17, 18.

¹⁴⁰ Sir J. Kincaid en *Rep. Insp. Fact. 31st Oct. 1856*, p. 66.

¹⁴¹ A. Redgrave en *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1857*, pp. 41-43. En las ramas industriales inglesas donde desde hace un largo tiempo rige la ley fabril propiamente dicha (y no el *Print Work's Act* recién mencionado en el texto), los obstáculos a las cláusulas educacionales han sido superados, en cierta medida, durante los últimos años. En las industrias no sometidas a la ley fabril dominan aún las concepciones del fabricante de vidrio J. Geddes, que instruyó sobre la materia al miembro de la comisión investigadora White: "Hasta donde puedo apreciar, el mayor grado de educación que recibe una parte de la clase obrera durante los últimos años es perjudicial. Es peligroso, ya que hace a los obreros demasiado independientes" (*Children's Empl. Commission, IV Report, Londres, 1865, p. 253*).

resistencia que el obrero varón ofrecía aún al despotismo del capital¹⁴².

b) Prolongación de la jornada laboral

Si bien la maquinaria es el medio más poderoso de incrementar la productividad del trabajo, esto es, de reducir el tiempo de trabajo necesario para producir una mercancía, en las industrias de las cuales se apodera directamente se convierte, en cuanto portadora del capital, en primer término, en el medio más poderoso de prolongar la jornada laboral por encima de todo límite natural. Crea, de una parte, nuevas condiciones que permiten al capital dar rienda suelta a esa tendencia constante suya y, de otra parte, nuevos motivos que acicatean su hambre insaciable de trabajo ajeno.

En primer lugar, en la maquinaria se independiza con respecto al obrero el movimiento y la acción del medio de trabajo. Este se convierte de por sí en un *perpetuum mobile* industrial que produciría ininterrumpidamente si no chocase con ciertos límites naturales en sus ayudantes humanos: debilidad corporal y obstinación. Como capital que es, el autómatas posee en el capitalista conciencia y voluntad, está animado, por tanto, del afán de reducir a su nivel de resistencia mínima los límites naturales del ser humano, elásticos, pero opuestos a él¹⁴³. Dicha resistencia se halla, además, reducida por la aparente facilidad del trabajo en la máquina y el hecho de que el elemento femenino e infantil es más flexible y dócil¹⁴⁴. La productividad de la maquinaria se encuentra, como hemos visto, en razón inversa a la magnitud de la fracción de valor transferida al

¹⁴² "El señor E., fabricante, me informó que en sus telares mecánicos empleaba exclusivamente mujeres, dando preferencia a las casadas, y en particular a aquellas que en su casa tienen familia dependiente de su sustento; son mucho más atentas y dóciles que las solteras, y están obligadas a los máximos esfuerzos para conseguir los medios de subsistencia necesarios. Así, las virtudes, esas virtudes propias del carácter femenino, se invierten en su perjuicio; así, todo lo moral y tierno de su naturaleza se vuelve instrumento para esclavizarlas y atormentarlas" (*Ten Hours' Factory Bill. The Speech of Lord Ashley, 15th March, Londres, 1844, p. 20*).

¹⁴³ "Desde la introducción general de maquinaria costosa, la naturaleza humana ha sido forzada a rendir mucho más allá de su fuerza media" (Robert Owen. *Observations on the effects of the manufacturing system*, 2ª ed., Londres, 1817, [p. 16]).

¹⁴⁴ Los ingleses, que gustan considerar como fundamento de un objeto su primera forma empírica de manifestarse, suelen presentar como causa de las largas jornadas en las fábricas el gran robo de niños, en asilos y orfanatos, que a la manera de Herodes, cometió el capital en los comienzos del sistema fabril y mediante el cual se adueña de un material carente por completo de voluntad propia. Así lo hace, por ejemplo, Fielden, fabricante inglés: "Resulta evidente que el prolongado tiempo de trabajo fue provocado por la circunstancia de que un abultado número de niños desvalidos fue proporcionado desde diversas partes del país, de modo que los señores fabricantes no dependían de los obreros y, una vez que establecieron la costumbre de un tiempo de trabajo largo gracias al miserable material humano que de este modo se habían procurado, la pudieron imponer a sus vecinos con la mayor facilidad"

producto. Cuanto más prolongado sea el período en que funciona, tanto mayor será la masa de productos en que se reparte el valor que añade y tanto menor la fracción de valor que agrega a una sola mercancía. Pero, el período de vida activa de la maquinaria está determinado, evidentemente, por la extensión de la jornada laboral o duración del proceso cotidiano de trabajo multiplicado por el número de días en que se repite.

En ningún caso el desgaste de las máquinas corresponde de modo matemáticamente exacto a su tiempo de utilización. E incluso si lo presupusiéramos, una máquina que funciona diariamente durante 16 horas a lo largo de $7\frac{1}{2}$ años abarca un período de producción igual y proporciona igual valor al producto total que la misma máquina si funciona sólo 8 horas al día en el transcurso de 15 años. Pero, en el primer caso, el valor de la máquina se reproduciría dos veces más rápido que en el último, y el capitalista habría engullido con su ayuda en $7\frac{1}{2}$ años tanto plustrabajo como en el otro caso en 15.

El desgaste material de la maquinaria es de dos tipos. El primero proviene de su uso, tal como se desgastan las piezas de dinero por la circulación; el otro, de no ser usada, al igual que se oxida en la vaina una espada inactiva. En este caso es consumida por los elementos. El desgaste del primer género se encuentra, en mayor o menor grado, en razón directa a su uso, el último, en cierta medida, en razón inversa al uso¹⁴⁵.

Pero, junto al desgaste material, la máquina está sujeta a un desgaste moral, por así decirlo. Pierde valor de cambio en la medida en que pueden ser reproducidas máquinas del mismo modelo más baratas, o si aparecen, compitiendo con ella, máquinas mejores¹⁴⁶. En ambos casos su valor, por joven y vital que aún sea, no se determina más por el tiempo de trabajo realmente objetivado en ella, sino por el necesario para su propia reproducción o para la reproducción de las máquinas perfeccionadas. Está, por consiguiente, desvalorizada en mayor o menor grado. Cuanto más breve sea el período en que se reproduce su valor total, tanto menor será

(J. Fielden. *The Curse of the Factory System*, Londres, 1836, p. 11). En relación al trabajo femenino, el inspector fabril Saunders afirma en el informe fabril de 1844: "Entre las obreras hay mujeres que están ocupadas muchas semanas seguidas, con excepción de unos pocos días, desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche, con menos de 2 horas para las comidas, de modo que, durante 5 días a la semana, les restan de las 24 horas sólo 6 para ir y volver de la casa y descansar en la cama".

¹⁴⁵ "Ocasional... daño a las delicadas partes móviles del mecanismo metálico su inacción" (Ure, l.c., p. 281).

¹⁴⁶ El ya mencionado "hilandero de Manchester" (*Times* del 26 de noviembre de 1862) enumera entre los costos de la maquinaria: "Este" (o sea, el "descuento por deterioro de la maquinaria") "tiene también como fin cubrir la pérdida que se origina continuamente debido al desplazamiento de las máquinas, antes de estar desgastadas, por otras de una construcción nueva y mejor".

el peligro de desgaste moral, y cuanto más larga sea la jornada laboral, tanto más corto es dicho período. Tras la introducción de la maquinaria en cualquier rama de la producción, se suceden, uno tras otro, nuevos métodos que abaratan su reproducción¹⁴⁷ y la perfeccionan no sólo en partes o aparatos aislados, sino en su construcción completa. Por tanto, en su primer período de vida, este motivo particular de alargar la jornada laboral opera del modo más persistente¹⁴⁸.

Bajo condiciones invariables en los demás aspectos y con una jornada laboral fija, la explotación de una doble cantidad de obreros requiere tanto la duplicación de la fracción constante del capital desembolsada en maquinaria y edificios, como la destinada a materias primas, materiales auxiliares, etc. Al prolongarse la jornada laboral, se expande la escala de la producción, mientras que la fracción de capital desembolsada en maquinaria y edificios permanece invariable¹⁴⁹. Por tanto, no sólo crece el plusvalor, sino que disminuyen los gastos de su producción. Esto ocurre, por cierto, en mayor o menor medida siempre que se prolonga la jornada laboral, pero aquí tiene una importancia mayor, pues la fracción de capital transformada en medio de trabajo tiene en general un peso más grande¹⁵⁰. El desarrollo de la producción maquinizada ata, pues, una fracción siempre creciente de capital en una forma en que, de una parte, es constantemente valorizable y, de otra, pierde valor de uso y valor de cambio no bien se interrumpe su contacto con el trabajo vivo.

"Cuando un labrador —instruía el señor Ashworth, magnate inglés del algodón, al profesor Nassau W. Senior— abandona su pala, inutiliza por ese período un

¹⁴⁷ "Se estima, en total, que construir una sola máquina según un nuevo modelo cuesta cinco veces más que la reconstrucción de la misma máquina según dicho modelo" (Babbage, l.c., pp. 211, 212).

¹⁴⁸ "Desde hace algunos años se operaron tan significativos y numerosos perfeccionamientos en la fabricación de tules que una máquina bien conservada, cuyo costo originario era de £ 1.200, se vendía años más tarde a £ 60... Los perfeccionamientos se sucedían con tal rapidez que las máquinas quedaban sin terminar en manos de sus constructores, pues inventos más afortunados las habían convertido en anticuadas. Por consiguiente, en este período de turbulenta actividad, los fabricantes de tules pronto extendieron el tiempo de trabajo de las 8 horas primitivas a 24, doblando el personal" (l.c., p. 233).

¹⁴⁹ "Es evidente que con los flujos y reflujos del mercado y la expansión y contracción alternativas de la demanda, se repetirán constantemente las ocasiones en que el fabricante podrá emplear capital circulante adicional sin invertir más capital fijo... toda vez que pueda elaborar cantidades adicionales de materias primas sin incurrir en nuevos gastos en edificios y maquinaria" (R. Torrens. *On Wages and Combination*, Londres, 1834, p. 64).

¹⁵⁰ La circunstancia mencionada sólo ha sido aludida en el texto para hacerlo más completo, pues sólo en el Libro III examino la tasa de la ganancia, es decir, la relación entre el plusvalor y el capital global adelantado.

capital de 18 peniques. Cuando uno de nuestros hombres" (es decir, uno de los obreros fabriles) "se retira de la fábrica, inutiliza un capital que costó £100.000."¹⁵¹

¡Imagínese usted! "Inutilizar", aunque sea por un instante, un capital que costó £100.000! ¡Es, en efecto, inaudito que alguno de nuestros hombres abandone en general la fábrica! La creciente dimensión de la maquinaria, como reconoce Senior, instruido por Ashworth, hace "deseable" una prolongación constante de la jornada laboral¹⁵².

La máquina produce plusvalor relativo no sólo al desvalorizar directamente la fuerza de trabajo y abaratarla indirectamente bajando los costos de las mercancías que entran en su reproducción, sino también al transformar, en el caso de su primera aplicación esporádica, el trabajo empleado por el propietario de las máquinas en trabajo potenciado, al elevar el valor social del producto de la máquina por sobre su valor individual y darle la posibilidad al capitalista de reponer con una fracción menor del valor del producto diario el valor cotidiano de la fuerza de trabajo. Durante ese período de transición, en que la producción maquinizada sigue siendo una especie de monopolio, las ganancias son, por consiguiente, extraordinarias, y el capitalista trata de explotar al máximo este "tiempo primero del amor juvenil"⁽¹³³⁾ prolongando en lo posible la jornada laboral. La magnitud de la ganancia acicatea el hambre de más ganancia.

Al generalizarse el uso de la maquinaria en un mismo ramo de la producción, el valor social del producto de la máquina disminuye a su valor individual y entra en vigor la ley de que el plusvalor no surge de las fuerzas de trabajo que el capitalista ha sustituido por la máquina, sino, por el contrario, proviene de las fuerzas de trabajo que emplea junto a ésta. El plusvalor deriva únicamente de la parte variable del capital, y hemos visto que su masa está determinada por dos factores: la tasa de plusvalor y el número de obreros

¹⁵¹ "When a labourer", says Mr. Ashworth, "lays down his spade, he renders useless, for that period, a capital worth 18 d. When one of our people leaves the mill, he renders useless a capital that has cost 100.000 pounds" (Senior. *Letters on the Factory Act*, Londres, 1837, p. 14).

* En Senior: £100.—Ed.

¹⁵² "La mayor proporción de capital fijo respecto al capital circulante... hace deseable una larga jornada de trabajo." Con el creciente empleo de la maquinaria, etc., "aumentan los motivos para prolongar el tiempo de trabajo, por cuanto este es el único medio de hacer rentable una proporción mayor de capital fijo" (pp. 11 a 14). "En toda fábrica hay diversos gastos que permanecen constantes, aunque ella funcione más o menos tiempo; por ejemplo, el alquiler por los edificios, los impuestos locales y generales, el seguro contra incendios, los salarios de diversos obreros permanentes, y el deterioro de la maquinaria, junto a otras varias cargas, cuyo peso en la ganancia disminuye en la misma proporción en que aumenta el volumen de la producción" (*Reports of the Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, p. 19).

ocupados simultáneamente. Dada la duración de la jornada laboral, la tasa de plusvalor depende de la proporción en que dicha jornada se divide en trabajo necesario y plustrabajo. El número de obreros ocupados simultáneamente depende, por su parte, de la relación entre la fracción variable de capital y la constante. Es evidente que la producción maquinizada —por mucho que expanda el plustrabajo a costa del trabajo necesario mediante el incremento de la fuerza productiva del trabajo— sólo logra este resultado disminuyendo el número de obreros empleados por un capital determinado. Dicha producción convierte una parte antes variable del capital, es decir, una parte que se convertía en fuerza de trabajo viva, en maquinaria, o sea, en capital constante que no produce plusvalor. Es imposible, por ejemplo, extraer de dos obreros tanto plusvalor como de 24. Si cada uno de los 24 obreros proporciona una hora de plustrabajo en 12 horas, en conjunto proporcionarán 24 horas de plustrabajo, mientras que el trabajo total de los dos obreros sólo asciende a 24 horas. Por tanto, en el empleo de la maquinaria para la producción de plusvalor reside una contradicción inmanente dado que de los dos factores del plusvalor, proporcionados por un capital de magnitud determinada, un factor, la tasa de plusvalor, sólo se incrementa mediante la reducción del otro, el número de obreros. Esta contradicción inmanente se vuelve ostensible no bien, al generalizarse el uso de la maquinaria en una rama industrial, el valor de la mercancía producida a máquina se convierte en valor social regulador de todas las mercancías de la misma especie, y es esta contradicción la que impulsa nuevamente al capital, sin que tome conciencia de ello¹⁵³, a una prolongación extrema de la jornada laboral para compensar la caída en el número relativo de obreros explotados con el aumento no sólo del plustrabajo relativo sino también del absoluto.

Por tanto, si bien el empleo capitalista de la maquinaria, de un lado, crea nuevos y poderosos motivos para la prolongación desmedida de la jornada laboral —revolucionando tanto el régimen de trabajo como el carácter del cuerpo social de trabajo de un modo que quebranta la resistencia a esta tendencia—, de otro lado, al proporcionarle al capital capas de la clase obrera antes inaccesibles y dejar sin empleo a los obreros desplazados por la máquina, produce una población obrera excedente¹⁵⁴, que debe someterse a la ley dictada por el capital. De ahí el curioso fenómeno en la historia de la industria moderna, caracterizado por que la máquina hace

¹⁵³ En las primeras secciones del Libro III veremos por qué esta contradicción inmanente no llega a la conciencia del capitalista individual y, por tanto, tampoco a la de la economía política imbuida de sus concepciones.

¹⁵⁴ Uno de los grandes méritos de Ricardo es haber concebido la maquinaria no sólo como un medio de producción de mercancías, sino también de *redundant population* [población excedente].

saltar todos los límites morales y naturales de la jornada laboral. De ahí la paradoja económica de que el medio más poderoso de reducir el tiempo de trabajo se transforma en el instrumento más infalible para convertir la vida del obrero y su familia en tiempo de trabajo disponible para la valorización del capital.

“Si toda herramienta —soñaba Aristóteles, el más grande pensador de la Antigüedad— pudiera realizar el trabajo que le corresponde por orden verbal o presuponiéndolo tal como se movían por sí mismas las creaciones prodigiosas de Dédalo, o como el trípode de Hefestos iniciaba por propio impulso el trabajo sagrado; si de este modo tejiesen por sí mismas las lanzaderas, no necesitaría ya el maestro de ayudantes ni el señor de esclavos.”¹⁵⁵

Y Antípatro, poeta griego de la época de Cicerón, saludó la invención del molino hidráulico para moler el grano, forma elemental de toda la maquinaria productiva, como liberador de las esclavas y restaurador de la edad de oro¹⁵⁶! “¡Los paganos, ah, los paganos!” No comprendían nada de economía política ni de cristianismo, como descubriera el sagaz Bastiat y, con anterioridad, el aún más inteligente MacCulloch. No entendían, entre otras cosas, que la máquina es el modo más probado de alargar la jornada laboral. Disculpaban, tal vez, la esclavitud de unos como medio para el íntegro desarrollo humano de otros. Pero, carecían del órgano específicamente cristiano para predicar la esclavitud de las masas con el fin de convertir a unos cuantos rudos o semieducados advenedizos en “*eminent spinners*” [hilanderos eminentes], en “*extensive sausage makers*” [grandes fabricantes de salchichas] e “*influential shoe black dealers*” [influyentes comerciantes de betún].

c) Intensificación del trabajo

Como hemos visto, la prolongación desmedida de la jornada laboral, provocada por la maquinaria en manos del capital, conduce posteriormente a una reacción de la sociedad amenazada en sus raíces vitales y, con ello, a una jornada laboral normal limitada

¹⁵⁵ F. Biese. *Die Philosophie des Aristoteles*, t. 2, Berlín, 1842, p. 408.

¹⁵⁶ Doy aquí la traducción de Stolberg de ese verso, pues caracteriza plenamente, como las citas anteriores acerca de la división del trabajo, la contradicción entre las concepciones antiguas y las modernas.

“¡Dejad reposar la mano que muele, oh molineras, y dormid plácidamente!
¡Qué en vano os anuncie el gallo la mañana!
Deméter ha encomendado a las ninfas el trabajo de las jóvenes,
y ahora brincan ligeras sobre las ruedas
para que los estremecidos ejes den vueltas con sus rayos
y hagan rotar el peso de la piedra giratoria.
Dejadnos vivir la vida de los padres, y alegrarnos,
liberados del trabajo, de los frutos que la diosa nos concede.”

(*Gedichte aus dem Griechischen übersetzt von Christian Graf zu Stolberg, Hamburgo, 1782*).

legalmente. Sobre la base de esta última adquiere importancia decisiva un fenómeno con que ya nos hemos topado antes, a saber, la intensificación del trabajo. En el análisis del plusvalor absoluto considerábamos, básicamente, la magnitud extensiva del trabajo, dando por supuesto el grado de su intensidad. Ahora, hemos de investigar la transformación de la magnitud extensiva en intensiva o de grado.

Resulta evidente que con el progreso de la maquinaria y la acumulación de experiencia por parte de una clase de obreros mecánicos aumenta espontáneamente la velocidad y con ella la intensidad del trabajo. Así, en Inglaterra, durante medio siglo la prolongación de la jornada laboral va acompañada de la creciente intensidad del trabajo fabril. Sin embargo, es entendible que en una labor en que no se trata de paroxismos transitorios, sino de una uniformidad regular, repetida día a día, debe llegar un momento crítico en que la dilatación de la jornada laboral y la intensidad del trabajo se excluyen recíprocamente, de tal modo que la prolongación del día de trabajo es compatible sólo con una menor intensidad del trabajo y, viceversa, un grado de intensidad más elevado puede conciliarse únicamente con la reducción de la jornada laboral. No bien la indignación de la clase obrera, paulatinamente creciente, obligó al Estado a reducir por la fuerza el tiempo de trabajo y dictar antes que nada a la fábrica propiamente tal una jornada laboral normal, desde ese instante, pues, en que de una vez por todas se cerraba el camino a la producción incrementada de plusvalor mediante la prolongación de la jornada laboral, el capital se lanzó con todo su poder y plena conciencia a producir plusvalor relativo acelerando el desarrollo del sistema de máquinas. Al mismo tiempo, se opera un cambio en el carácter del plusvalor relativo. En general, el método de producción de plusvalor relativo consiste en que, al aumentar la fuerza productiva del trabajo, se le posibilita al obrero producir más con el mismo gasto de trabajo y en el mismo lapso. El mismo tiempo de trabajo proporciona, como antes, el mismo valor al producto global, aunque este valor de cambio inalterado se presente ahora en más valores de uso y, por tanto, disminuya el valor de cada mercancía. Otra cosa ocurre, sin embargo, cuando se produce la reducción violenta de la jornada laboral, que da un enorme impulso al desarrollo de la fuerza productiva y a la economía de las condiciones de producción, obligando a la vez al obrero a gastar más trabajo en el mismo lapso, a elevar la tensión de la fuerza de trabajo, a llenar más densamente los poros del tiempo de trabajo, es decir, a condensar el trabajo hasta un grado que sólo es alcanzable en los marcos de la jornada laboral reducida. Esta masa mayor de trabajo, comprimida en un período de tiempo dado, cuenta, ahora, como lo que es, como una cantidad mayor de trabajo. Junto a la medida del tiempo de trabajo como "magnitud extensiva", aparece

ahora la medida de su grado de densidad¹⁵⁷. La hora más intensiva de la jornada laboral de diez horas contiene ahora tanto o más trabajo, es decir, fuerza de trabajo gastada, que la hora más porosa de la jornada laboral de doce horas. Su producto tiene, por consiguiente, tanto o más valor que el de $1\frac{1}{5}$ horas más porosas. Abstrayéndonos de la elevación del plusvalor relativo debido a la fuerza productiva incrementada del trabajo, $3\frac{1}{3}$ horas de plustrabajo contra $6\frac{2}{3}$ horas de trabajo necesario proporcionan ahora, por ejemplo, al capitalista la misma masa de valor que antes 4 horas de plustrabajo contra 8 horas de trabajo necesario.

Pues bien, cabe la pregunta: ¿cómo se intensifica el trabajo?

La primera consecuencia que se desprende de la jornada laboral reducida se basa en la ley evidente de que la capacidad de operar de la fuerza de trabajo se encuentra en razón inversa a su tiempo de acción. Por eso es que, dentro de ciertos límites, se gana en grado de aplicación de la fuerza de trabajo lo que se pierde en duración. El capital por medio del método de pago se preocupa de que el obrero ponga en movimiento realmente más fuerza de trabajo¹⁵⁸. En manufacturas como la alfarería, por ejemplo, en la cual la maquinaria no desempeña ningún papel o cumple un papel insignificante, la introducción de la ley fabril ha demostrado palmarmente que con sólo reducir la jornada laboral se elevan sorprendentemente la regularidad, la uniformidad, el orden, la continuidad y la energía del trabajo¹⁵⁹. Este efecto parecía, sin embargo, dudoso en la fábrica propiamente dicha, pues la dependencia del obrero respecto al movimiento continuo y uniforme de la máquina había establecido desde hace mucho la disciplina más rígida. Por eso, cuando en 1844 se negociaba la disminución de la jornada laboral por debajo de las 12 horas, los fabricantes declararon, casi al unísono, que

"sus capataces cuidaban, en los diversos talleres, de que su mano de obra no perdiese el tiempo"; que "el grado de vigilancia y atención de parte de los obreros (*the extent of vigilance and attention on the part of the workmen*) es difícilmente elevable", y que suponiendo constantes todas las demás condiciones, tales como la velocidad de la maquinaria, etc., "sería, por consiguiente, un disparate, en fábricas bien administradas, esperar de la atención concentrada, etc., del obrero algún resultado significativo"¹⁶⁰.

¹⁵⁷ Tienen lugar, por supuesto, diferencias generales en la intensidad de los trabajos en diversas ramas de la producción. Estas se compensan en parte, como ya mostró A. Smith, por circunstancias secundarias propias de cada tipo de trabajo. Pero, también aquí estas diferencias influyen sobre el tiempo de trabajo como medida de valor sólo por cuanto las magnitudes intensivas y extensivas se representan como expresiones contrapuestas y recíprocamente excluyentes de la misma cantidad de trabajo.

¹⁵⁸ Particularmente, a través del pago a destajo, que se analiza en la sexta sección.

¹⁵⁹ Véase *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1865*.

¹⁶⁰ *Reports of Insp. of Fact. for 1844 and the quarter ending 30th April 1845*, pp. 20, 21.

Esta afirmación fue refutada por distintos experimentos. El señor R. Gardner estableció desde el 20 de abril de 1844 en sus dos grandes fábricas en Preston una jornada laboral de 11 horas en vez de 12 horas. Pasado aproximadamente un año, resultó que

"se había obtenido la misma cantidad de producto con costos iguales y que todos los obreros habían ganado en 11 horas tanto salario como antes en 12"¹⁶¹.

Dejo de lado los experimentos realizados en los talleres de hilado y cardado, pues estaban ligados a un aumento en la velocidad de la maquinaria (de un 2%). En el departamento de tejeduría, en cambio, donde además se tejían tipos muy distintos de artículos ligeros de fantasía, adornados con figuras, no hubo cambio alguno en las condiciones objetivas de producción. El resultado fue:

"Del 6 de enero al 20 de abril de 1844, con una jornada laboral de doce horas, el salario medio semanal de cada obrero sumó 10 chelines y 1¹/₂ penique; del 20 de abril al 29 de junio de 1844, con una jornada laboral de once horas, el salario medio semanal ascendió a 10 chelines y 3¹/₂ peniques"¹⁶².

Aquí se producía en 11 horas más de lo que antes en 12 exclusivamente a causa de un trabajo más sostenido y regular de los obreros y de la economía de su tiempo. Mientras que ellos recibían el mismo salario y obtenían una hora más de tiempo libre, el capitalista obtenía una masa de productos igual y ahorra el gasto de una hora en carbón, gas, etc. Con similar éxito se efectuaron experimentos parecidos en las fábricas de los señores Horrocks y Jacson¹⁶³.

No bien la reducción de la jornada laboral, que crea ante todo la condición subjetiva para la condensación del trabajo, o sea, la capacidad del obrero de desplegar más fuerza en un lapso dado, se transforma en legalmente obligatoria, la máquina se convierte en manos del capital en un medio objetivo y empleado sistemáticamente de obtener más trabajo en un mismo lapso. Esto ocurre de dos modos: incrementando la velocidad y el número de máquinas que debe vigilar el obrero, o sea, extendiendo su campo de trabajo. La construcción perfeccionada de la maquinaria es necesaria, en parte, para ejercer mayor presión sobre el obrero y, en parte, acompaña de por sí la intensificación del trabajo, pues la limitación de la jornada laboral obliga al capitalista a mantener la más estricta economía en los costos de producción. El perfeccionamiento de la

¹⁶¹ L.c., p. 19. Como el pago a destajo siguió siendo el mismo, el nivel del salario semanal dependía de la cantidad del producto.

¹⁶² L.c., p. 20.

¹⁶³ L.c., p. 21. El elemento moral desempeñó un papel significativo en los experimentos mencionados. "Nosotros —declararon los obreros al inspector fabril— trabajamos con más dedicación, pensamos constantemente en la recompensa de irnos antes por la tarde, y un ánimo más alegre penetra toda la fábrica, desde el ayudante más joven hasta el obrero más antiguo, y podemos ayudarnos mucho en el trabajo los unos a los otros" (L.c.).

máquina de vapor elevó el número de las pistonadas que daba por minuto y permitió, al mismo tiempo, impulsar con el mismo motor un mecanismo más grande mediante un mayor ahorro de fuerza y un consumo constante e incluso decreciente de carbón. El perfeccionamiento en el mecanismo de transmisión disminuye la fricción y, lo que distingue de manera tan evidente la maquinaria moderna de la antigua, reduce a un mínimo cada vez menor el diámetro y el peso de los ejes grandes y pequeños. Por último, los mejoramientos de la maquinaria de trabajo disminuyen su volumen aumentando su velocidad y eficacia, como acontece con el telar moderno de vapor; o aumentan, además de la armazón de la máquina, el volumen y el número de las herramientas que pone en acción, como ocurre con la máquina de hilar; o aumentan la movilidad de las herramientas mediante casi imperceptibles modificaciones de detalle, como las que incrementaron, a mediados de los años cincuenta, en 1/5 la velocidad de los husos en la *selfacting mule*.

La reducción de la jornada laboral a 12 horas data en Inglaterra de 1832. Ya en 1836 declaraba un fabricante inglés:

"Comparado con lo que ocurría antes, el trabajo efectuado en las fábricas ha aumentado notoriamente a causa de que la velocidad significativamente incrementada de las máquinas exige del obrero mayor atención y actividad"¹⁶⁴.

En el año 1844, lord Ashley, actualmente conde de Shaftesbury, presentó en la Cámara de los Comunes la siguiente relación, fundamentada documentalmente:

"El trabajo de los obreros fabriles es, ahora, tres veces mayor que al introducirse tales operaciones. La maquinaria ha realizado, sin duda, un trabajo que sustituye los tendones y músculos de millones de personas, pero también ha aumentado prodigiosamente (*prodigiously*) el trabajo de los hombres sometidos a su espantoso movimiento... El trabajo de seguir el vaivén de un par de máquinas de hilar durante 12 horas para producir el hilado Nº 40 implicaba, en 1815, recorrer una distancia de 8 millas. En 1832, la distancia a recorrer siguiendo un par de esas máquinas para hilar el mismo número durante las 12 horas era de 20 millas y con frecuencia aún mayor. En 1825, el hiladero en el transcurso de las 12 horas debía realizar 820 operaciones de descarga en cada máquina de hilar, lo que daba una suma total de 1.640. En 1832, durante su jornada laboral de 12 horas, tenía que hacer 2.200 operaciones de descarga en cada máquina, en total 4.400; en 1844, 2.400 en cada máquina, total 4.800; y en ciertos casos la cantidad de trabajo (*amount of labour*) exigida es aún mayor... Tengo en mis manos otro documento de 1842 en el que se prueba que el trabajo aumenta progresivamente y no sólo porque ha de recorrerse una distancia mayor, sino porque se incrementa la cantidad de mercancías producidas mientras que disminuye proporcionalmente la mano de obra; y todavía más, porque ahora suele hilarse un algodón de peor calidad, que exige más trabajo... En el taller de cardado se opera también un gran aumento del trabajo. Una persona ejecuta ahora el trabajo que antes se repartía entre dos... En la tejeduría, donde está ocupado un gran número de personas, en su mayoría mujeres, el trabajo aumentó en los últimos años en un 10% completo, debido a la mayor velocidad de las máquinas. En 1838, el número de *hanks* [madejas] hiladas a la semana era de 18.000; en 1843, se elevó a 21.000. En 1819, el número de *picks* [lanzadas] en el telar de vapor era de 60 por minuto, en 1842 ascendía a 140, lo que indica un gran incremento del trabajo"¹⁶⁵.

¹⁶⁴ John Fielden, l.c., p. 32.

¹⁶⁵ Lord Ashley, l.c., pp. 6-9 *passim*.

Ante esta notable intensidad alcanzada por el trabajo ya en 1844, bajo el dominio de la ley de las doce horas, parecía fundada la formulación de los fabricantes ingleses en el sentido de que todo futuro progreso en esta dirección sería imposible y que por tanto toda disminución adicional del tiempo de trabajo equivaldría a la reducción de la producción. La aparente validez de su razonamiento lo demuestra notoriamente la declaración siguiente, efectuada en ese mismo tiempo por el infatigable censor de los fabricantes, el inspector fabril Leonard Horner:

"Como la cantidad producida es regulada principalmente por la velocidad de la maquinaria, es de interés para el fabricante hacerla funcionar con el máximo grado de velocidad, pero compatibilizándolo con las siguientes condiciones: preservar la maquinaria de un deterioro demasiado acelerado, mantener la calidad del artículo fabricado y la capacidad del obrero de seguir el movimiento sin un esfuerzo mayor del que puede lograr de manera continua. Suele suceder que el fabricante, en su apuro, acelera demasiado las máquinas. Las roturas y el trabajo mal realizado sobrepasan, entonces, las ventajas de la mayor velocidad, y el capitalista se ve obligado a moderar el ritmo de la maquinaria. Como un fabricante activo y razonable encuentra finalmente el máximo alcanzable, concluí que es imposible producir en 11 horas tanto como en 12. Además, suponía que el obrero pagado a destajo se esfuerza al máximo, mientras pueda mantener continuamente el mismo ritmo de trabajo"¹⁶⁶.

Horner llegó, por tanto, a la conclusión, a pesar de los experimentos de Gardner, etc., de que una ulterior disminución en la jornada laboral por debajo de las 12 horas reduciría la cantidad del producto¹⁶⁷. El mismo cita 10 años después su razonamiento de 1845 como prueba de lo poco que en aquel entonces comprendía la elasticidad de la maquinaria y de la fuerza de trabajo humana, llevadas ambas proporcionalmente al máximo grado de tensión por la reducción forzosa de la jornada laboral.

Examinemos ahora el período posterior a 1847, desde la introducción de la ley de las diez horas en las fábricas inglesas de algodón, lana, seda y lino.

"La velocidad de los husos aumentó en los *throstles* en 500 y en las *mules* en 1.000 revoluciones por minuto, es decir, la velocidad del *throstle*, que en 1839 era de 4.500 revoluciones por minuto, asciende ahora" (1862) "a 5.000, y en la *mule*, donde sumaba 5.000, es ahora de 6.000 revoluciones por minuto; esto es un aumento adicional de velocidad, en el primer caso, de 1/10, y en el segundo, de 1/6*."¹⁶⁸

James Nasmyth, famoso ingeniero civil de Patricroft, cerca de Manchester, analizó en 1852, en carta a Leonard Horner, los mejoramientos realizados en la máquina de vapor de 1848 a 1852. Después de señalar que los caballos de fuerza de vapor calculados aún hoy por las estadísticas fabriles oficiales¹⁶⁹ según su rendimiento de

¹⁶⁶ *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1845*, p. 20.

¹⁶⁷ L.c., p. 22.

* En las 1^a-4^a ediciones: 1/5. —Ed.

¹⁶⁸ *Reports of Insp. of Fact for 31st Oct. 1862*, p. 62.

¹⁶⁹ Esto ha cambiado con el *Parliamentary Return* de 1862. Aquí los caballos de fuerza de vapor reales de las modernas máquinas de vapor y ruedas hidráulicas

1828 son sólo nominales y pueden servir únicamente como índice de la fuerza real, dice, entre otras cosas:

“No cabe duda que la maquinaria de vapor del mismo peso, y con frecuencia máquinas idénticas a las que solamente se les han efectuado los perfeccionamientos modernos, ejecutan, por término medio, un 50% más de trabajo que antes; y en muchos casos las mismas e idénticas máquinas de vapor, que en los días de la velocidad limitada a 220 pies por minuto rendían 50 caballos de fuerza, hoy, con un consumo inferior de carbón, desarrollan más de 100... La moderna máquina de vapor, con los mismos caballos de fuerza nominales, funciona con mayor potencia que antes debido a perfeccionamientos en su construcción, menor volumen, cambios en la disposición de la caldera, etc... Por tanto, aunque en proporción a los caballos de fuerza nominales se ocupa el mismo número de obreros que antes, se emplean menos personas en relación a la máquina de trabajo¹⁷⁰.”

En 1850, las fábricas del Reino Unido utilizaban 134.217 caballos de fuerza nominales para mover 25.638.716 husos y 301.445 telares. En 1856, el número de los husos y de los telares ascendió, respectivamente, a 33.503.580 y 369.205. De mantenerse la proporción de husos y telares por caballos de fuerza existente en 1850, en 1856 se habría necesitado 175.000 caballos de fuerza. Pero, según datos oficiales, se emplearon sólo 161.435, o sea, 10.000 caballos de fuerza menos de lo calculado sobre la base de 1850¹⁷¹.

“Los hechos establecidos por el último *Return* de 1856” (estadística oficial) “son que el sistema fabril se expande con vertiginosa rapidez; que el número de obreros ha disminuido con respecto a la maquinaria; que la máquina de vapor, mediante la economía de fuerza y otros métodos, pone en movimiento un peso mecánico mayor y que se obtiene una cantidad acrecentada de productos a causa de los perfeccionamientos de las máquinas-herramientas, la alteración de los métodos fabriles, la mayor velocidad de la máquina y otras muchas razones.”¹⁷² “Las grandes mejoras introducidas en máquinas de todo tipo incrementaron mucho su fuerza productiva. Sin duda alguna, la reducción de la jornada laboral sirvió... de aguijón para conseguir dichos perfeccionamientos. Estos, así como los esfuerzos más intensos del obrero, tuvieron como efecto el que por lo menos se produjera tanto con la jornada laboral reducida” (en dos horas o 1/6) “como antes durante la jornada más larga.”¹⁷³

De qué modo aumentó el enriquecimiento de los fabricantes con la explotación más intensa de la fuerza de trabajo, lo demuestra el solo hecho de que el crecimiento medio de las fábricas algodone-ras inglesas y de otras alcanzó entre 1838 y 1850 el 32% anual, y en cambio de 1850 a 1856, el 86%.

ocupan el lugar de los nominales (véase nota 109a, p. 352*). Tampoco se mezclan los husos de torcer con los de hilar propiamente dichos (como en los *Returns* de 1839, 1850 y 1856); además, en las fábricas de lana se añade el número de las *gigs* [máquinas cardadoras]; se introduce la división entre las fábricas de yute y las de cáñamo, de una parte, y las fábricas de lino, de la otra; finalmente, por primera vez se incluye en el informe las fábricas de medias.

* Véase el presente tomo, p. 359. —Ed.

¹⁷⁰ *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1856*, pp. 14, 20.

¹⁷¹ L.c., pp. 14, 15.

¹⁷² L.c., p. 20.

¹⁷³ *Reports etc. for 31st Oct. 1858*, p. 10. Cfr. *Reports etc. for 30th April 1860*, pp. 30 y ss.

Por grande que fuera el progreso de la industria inglesa en los 8 años transcurridos entre 1848 y 1856, esto es bajo el régimen de la jornada laboral de diez horas, este avance fue superado ampliamente en el período siguiente de seis años, de 1856 a 1862. En las fábricas de seda, por ejemplo, había en 1856 1.093.799 husos; en 1862, 1.388.544; en 1856 había 9.260 telares y en 1862, 10.709. Por el contrario, en 1856 el número de obreros era de 56.137 y en 1862, de 52.429. Esto implica un incremento del 26,9% en el número de husos y del 15,6% de los telares, con una disminución simultánea del número de obreros en un 7%. En 1850, las fábricas de *worsted* [estambre] empleaban 875.830 husos, en 1856, 1.324.549 (aumento del 51,2%) y en 1862, 1.289.172 (disminución del 2,7%). Pero si se restan los husos de torcer que figuran en los datos de 1856, pero no en los de 1862, el número de los husos permaneció relativamente estable desde 1856. Por el contrario, desde 1856 en muchos casos la velocidad de los husos y los telares se había duplicado. El número de telares de vapor en las fábricas de *worsted* en 1850 sumaba 32.617, en 1856, 38.956 y en 1862, 43.048. Estos telares daban en 1850 ocupación a 79.737 personas, a 87.794 en 1856 y a 86.063 en 1862, pero en 1850, del total de obreros, 9.956 eran niños menores de 14 años, 11.228 en 1856 y 13.178 en 1862. A pesar del gran incremento en el número de telares, en 1862 había disminuido, en comparación con 1856, el número total de obreros ocupados y aumentado el de los niños explotados¹⁷⁴.

El 27 de abril de 1863, el parlamentario Ferrand declaró en la Cámara de los Comunes:

"Los delegados obreros de 16 distritos de Lancashire y Cheshire, en cuyo nombre hablo, me han informado que debido al perfeccionamiento de la maquinaria el trabajo en las fábricas crece constantemente. Antes, una persona con sus ayudantes atendía dos telares, ahora, en cambio, atiende tres sin ayudantes, y es corriente que una persona atienda cuatro telares, etc. Doce horas de trabajo se comprimen ahora, como se desprende de los hechos aludidos, en menos de diez horas laborales. Es por ello evidente la enorme proporción en que han aumentado los esfuerzos de los obreros fabriles durante los últimos años"¹⁷⁵.

De ahí que, aunque los inspectores fabriles elogien incansablemente y con pleno derecho los favorables resultados de las leyes fabriles de 1844 y 1850, reconocen, sin embargo, que la reducción

¹⁷⁴ *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, pp. 100, 103, 129, 130.

¹⁷⁵ Con el telar moderno de vapor un tejedor fabrica actualmente durante 60 horas a la semana y en dos telares 26 piezas de un cierto tipo de tela de un largo y ancho determinado, mientras que con el antiguo sólo podía fabricar 4. Los costos de tejeduría de una de esas piezas habían disminuido ya a comienzos de los años 1850 de 2 chelines y 9 peniques a 5½ peniques.

Agregado a la 2ª edición. "Hace 30 años" (1841) "a un hilador de algodón con tres ayudantes se le exigía únicamente que vigilase un par de *mules* con 300 a 324 husos. Ahora" (fines de 1871) "con 5 ayudantes tiene que atender 2.200 husos produciendo, a lo menos, siete veces más hilado que en 1841" (Alexander Redgrave, inspector fabril, en *Journal of the Soc. of Arts*, 5 de enero de 1872).

de la jornada laboral ha provocado ya una intensidad del trabajo que destruye la salud del obrero, es decir la fuerza de trabajo misma.

"En la mayoría de las fábricas de algodón, *worsted* y seda, el agotador estado de agitación, necesario para trabajar en maquinarias cuyo movimiento se ha acelerado tan extraordinariamente en los últimos años, parece ser una de las causas de ese exceso de mortalidad por enfermedades pulmonares, hecho señalado por el Dr. Greenhow en su último y admirable informe."¹⁷⁶

No cabe la menor duda que la tendencia del capital —tan pronto la ley le cierra de una vez para siempre el camino de alargar la jornada laboral— a resarcirse incrementando sistemáticamente la intensidad del trabajo y a convertir todo perfeccionamiento de la maquinaria en medio de una mayor succión de la fuerza de trabajo, conducirá a un punto de viraje en que se vuelve inevitable una nueva disminución de las horas de trabajo¹⁷⁷. De otra parte, el avance impetuoso de la industria inglesa desde 1848 hasta la actualidad, es decir, durante el período de la jornada laboral de diez horas, aventaja mucho más la época que transcurre entre 1833 y 1847, esto es, el período de la jornada laboral de doce horas, que esta última al medio siglo que corre desde la introducción del sistema fabril, o sea, el período de la jornada laboral ilimitada¹⁷⁸.

¹⁷⁶ *Reports of Inspec. of Fact. for 31st Oct. 1861*, pp. 25, 26.

¹⁷⁷ Entre los obreros fabriles de Lancashire ha comenzado ahora (1867) la agitación por las ocho horas.

¹⁷⁸ Los pocos datos que siguen muestran el progreso en las *factories* [fábricas] propiamente dichas del Reino Unido desde 1848.

	Cantidad exportada			
	1848	1851	1860	1865
<i>Fábricas de algodón hilado de algodón</i> (libras)...	135.831.162	143.966.106	197.343.655	103.751.455
hilo de coser (libras).....	—	4.392.176	6.297.554	4.648.611
tejido de algodón (yardas).....	1.091.373.930	1.543.161.789	2.776.218.427	2.015.237.851
<i>Fábricas de lino y cáñamo hilado</i> (libras).....	11.722.182	18.841.326	31.210.612	36.777.334
tejido (yardas).....	88.901.519	129.106.753	143.996.773	247.012.329
<i>Fábricas de seda lizo, twist, hilado</i> (libras)...	466.825*	462.513	897.402	812.589

* 1846. —Ed.

4. LA FABRICA

Al comienzo de este capítulo examinamos el cuerpo de la fábrica, la estructura del sistema de máquinas. Después vimos cómo la maquinaria incrementa el material humano sometido a la explotación del capital a través de la apropiación del trabajo femenino e infantil, cómo confisca todo el tiempo vital del obrero alargando

	1848	1851	1860	1865
tejido (yardas)...	—	1.181.455**	1.307.293**	2.869.837
<i>Fábricas de lana</i>				
hilado de lana y estambre (libras).....	—	14.670.880	27.533.968	31.669.267
tejido (yardas)..	—	151.231.153	190.371.537	278.837.418

** Libras.—Ed.

	Valor exportado (en libras esterlinas)			
	1848	1851	1860	1865
<i>Fábricas de algodón</i>				
hilado de algodón.....	5.927.831	6.634.026	9.870.875	10.351.049
tejido de algodón.....	16.753.369	23.454.810	42.141.505	46.903.796
<i>Fábricas de lino y cáñamo</i>				
hilado.....	493.449	951.426	1.801.272	2.505.497
tejido.....	2.802.789	4.107.396	4.804.803	9.155.358
<i>Fábricas de seda</i>				
lizo, twist, hilado.....	77.789	196.380	826.107	768.064
tejido.....	—	1.130.398	1.587.303	1.409.221
<i>Fábricas de lana</i>				
hilado de lana y estambre....	776.975	1.484.544	3.843.450	5.424.047
tejido.....	5.733.828	8.377.183	12.156.998	20.102.259

(Véase los Libros Azules: *Statistical Abstract for the U. King.*, núms. 8 y 13, Londres, 1861 y 1866).

En Lancashire, las fábricas aumentaron entre 1839 y 1850 sólo en un 4%, entre 1850 y 1856, en un 19%, y entre 1856 y 1862, en un 33%, mientras que en ambos periodos de once años el número de personas ocupadas aumentaba en términos absolutos, pero disminuía en términos relativos. Cfr. *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, p. 63. En Lancashire predominan las fábricas de algodón. Pero el espacio proporcional que ellas ocupan, en general, en la fabricación de hilado y telas queda en evidencia con el hecho de que les corresponde un 45,2% de todas las fábricas similares en Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda, un 83,3% de todos los husos, un 81,4% de los telares de vapor, un 72,6% de todos los caballos de fuerza de vapor y un 58,2% del número total de personas ocupadas (l.c., pp. 62, 63).

desmedidamente la jornada laboral y cómo su progreso, que permite proporcionar en lapsos siempre menores un producto que crece enormemente, sirve, por último, como medio sistemático para movilizar en cada momento más trabajo o explotar cada vez más intensamente la fuerza de trabajo. Consideremos ahora a la fábrica como un todo, y precisamente en su imagen más desarrollada.

El Dr. Ure, el Píndaro de la fábrica automática, la describe, de una parte, como

“cooperación de diversas clases de obreros, adultos y jóvenes, que vigilan con habilidad y aplicación un sistema de maquinaria productiva puesta en acción, ininterrumpidamente, por una fuerza central (el primer motor)”

y, de otra parte, como

“un autómatas enorme compuesto de innumerables órganos mecánicos dotados de autoconciencia que operan de común acuerdo y sin interrupción para producir un mismo objeto, de tal modo que todos esos órganos están sometidos a una fuerza motriz que se mueve por sí misma”.

Estas dos descripciones en modo alguno son idénticas. En una, el obrero global combinado, o cuerpo social de trabajo, aparece como sujeto activo, y el autómatas mecánico como objeto; en la otra, el autómatas mismo es el sujeto, y los obreros no son más que órganos conscientes agregados a los órganos inconscientes del mismo y subordinados con ellos a la fuerza motriz central. La primera descripción es válida para toda aplicación posible de la maquinaria en gran escala; la otra caracteriza su aplicación capitalista y, por tanto, el moderno sistema fabril. Ure gusta, por eso, de representar la máquina central, de la cual proviene el movimiento, no sólo como autómatas, sino también como autócrata.

“En esos grandes talleres, la benéfica fuerza del vapor reúne en torno suyo a miríadas de súbditos.”¹⁷⁹

Con la herramienta de trabajo, del obrero a la máquina se trasfiere también el virtuosismo en el manejo de aquélla. La capacidad de rendimiento de la herramienta se emancipa de los límites personales propios de la fuerza de trabajo humana. Con ello, se suprime la base técnica en que descansa la división del trabajo en la manufactura. En la fábrica automática, el lugar de la jerarquía de los obreros especializados, que caracteriza a la manufactura, lo ocupa, pues, la tendencia a la igualdad o a la nivelación de los trabajos que deben desempeñar los ayudantes de la maquinaria¹⁸⁰, en lugar de las diferencias creadas artificialmente entre obreros parciales aparecen, de manera predominante, las diferencias naturales de edad y sexo.

¹⁷⁹ Ure, l.c., p. 18.

¹⁸⁰ L. c., p. 20, Cfr. Carlos Marx. *Misère, etc.*, pp. 140, 141.

La división del trabajo en la fábrica automática reaparece en primer lugar en forma de la distribución de los obreros entre las máquinas especializadas y de la división de la masa de obreros —que, sin embargo, no constituyen grupos articulados— entre los diversos departamentos de la fábrica, donde trabajan en máquinas-herramientas similares, puestas en fila unas junto a las otras, o sea, donde sólo tiene lugar entre ellos una cooperación simple. El grupo estructurado de la manufactura es sustituido por el vínculo entre el obrero principal y unos pocos ayudantes. La distinción esencial es la que se establece entre los obreros realmente ocupados en las máquinas-herramientas (a los que se suman algunos obreros que atienden o alimentan la máquina motriz), y los simples peones (casi exclusivamente niños) de estos obreros mecánicos. Entre los peones se cuentan más o menos todos los *feeders* (que simplemente suministran a la máquina el material de trabajo). Junto a esas clases principales aparece un personal, numéricamente insignificante, ocupado en el control de toda la maquinaria y de su constante reparación: ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Esta es una clase superior de obreros —en parte, con formación científica, en parte, son simples artesanos— que es ubicada fuera del ámbito de los obreros fabriles y que sólo está agregada a ellos¹⁸¹. Esta división del trabajo es meramente técnica.

Todo trabajo con máquinas requiere adiestrar al obrero desde niño, para que éste aprenda a ajustar su propio movimiento al movimiento uniformemente continuo del autómeta. En la medida en que la maquinaria global constituye un sistema de máquinas múltiples que actúan simultánea y combinadamente, la cooperación basada en ella también exige distribuir a los diversos grupos de obreros entre las distintas máquinas. Pero la producción maquinizada suprime la necesidad de consolidar esa división, como en la manufactura, mediante la anexión constante del mismo obrero a la misma función¹⁸². Como el movimiento total de la fábrica no parte del obrero, sino de la máquina, pueden operarse constantemente

¹⁸¹ Es característico de la intención al fraude estadístico de la legislación fabril inglesa —que también se podría demostrar en detalle— el que excluya expresamente de su campo de acción a los obreros recién mencionados en el texto, sin reconocerlos como obreros fabriles; mientras que, de otra parte, los *Returns* publicados por el Parlamento incluyen de manera explícita en la categoría de obreros fabriles no sólo a los ingenieros, mecánicos, etc., sino también a los directores de fábrica, viajantes, mensajeros, vigilantes de los depósitos, enfardadores, etc., en una palabra, a todo el mundo, salvo al propietario de la fábrica.

¹⁸² Ure reconoce este hecho. El dice que, “en caso de necesidad”, los obreros “pueden ser trasladados, según decisión del director, de una máquina a otra”, y exclama triunfante: “Tal cambio se encuentra en contradicción abierta con la vieja rutina que divide el trabajo y asigna a un obrero la tarea de moldear la cabeza de un alfiler, al otro, la de afilar su punta”. Ure debiera más bien preguntarse por qué esa “vieja rutina” se suprime en la fábrica automática “sólo en caso de necesidad”^[134].

cambios de personal, sin interrumpirse el proceso laboral. La prueba más contundente de esto nos la brinda el sistema de relevos, establecido durante la revuelta de los fabricantes ingleses entre 1848 y 1850^[135]. Finalmente, la velocidad con que el obrero joven aprende a trabajar con máquinas suprime también la necesidad de adiestrar una clase particular de obreros exclusivamente mecánicos¹⁸³. Los servicios de los simples peones son sustituibles en las fábricas, en parte, por máquinas¹⁸⁴, en parte, debido a su completa simplicidad, permiten un rápido y constante cambio de personas ocupadas en estas faenas.

Aunque ahora, desde el punto de vista técnico, la maquinaria arroja por la borda el viejo sistema de la división del trabajo, en un comienzo este sistema vegeta por la fuerza de la costumbre en la fábrica, como tradición de la manufactura, siendo luego sistemáticamente reproducido y reforzado por el capital, en cuanto medio de explotación de la fuerza de trabajo, en una forma aún más repugnante. La especialización vitalicia de manejar una herramienta parcial deviene en especialización vitalicia de atender una máquina parcial. Se emplea abusivamente la maquinaria con el fin de convertir al obrero, incluso desde niño, en parte de una máquina parcial¹⁸⁵. No sólo se reducen así significativamente los costos necesarios para su propia reproducción, sino que además se consume su desamparada dependencia de la fábrica en su conjunto, o sea del capi-

¹⁸³ Cuando hay carencia de hombres, como, por ejemplo, durante la guerra civil norteamericana, el burgués emplea al obrero fabril excepcionalmente en los trabajos más rudos, como la construcción de calles, etc. Los *ateliers nationaux* [talleres nacionales] ingleses del año 1862 y siguientes, destinados para los obreros algodoneros desocupados, se distinguen de los franceses del año 1848 en que en éstos el obrero realizaba trabajos improductivos a costa del Estado, y en aquéllos efectuaba trabajos urbanos productivos en provecho de la burguesía, cobrando además más barato que los obreros regulares y haciéndoles de este modo competencia. "La apariencia física de los obreros del algodón ha mejorado incuestionablemente. Lo atribuyo... en lo que a los hombres se refiere, al trabajo al aire libre, en obras públicas." (Aquí se trata de los obreros fabriles de Preston, ocupados en el *Preston Moor* [pantano de Preston].) (*Rep. of Insp. of Fact. Oct. 1863*, p. 59.)

¹⁸⁴ Un ejemplo: los diversos aparatos mecánicos introducidos en las fábricas laneras desde la ley de 1844 para sustituir el trabajo infantil. Cuando los hijos de los propios señores fabricantes tengan que pasar por "la escuela" como peones de la fábrica, este ámbito casi inexplorado de la mecánica experimentará rápidamente un auge notable. "Las *selfacting mules* son tal vez la maquinaria más peligrosa de todas. La mayoría de los accidentes ocurren con niños pequeños, y precisamente a causa de que éstos reptan por debajo de las *mules* para barrer el suelo, mientras dichas máquinas están en movimiento. Diversos "*minders*" [trabajador de la máquina de hilar] "fueron perseguidos legalmente" (por parte de los inspectores fabriles) "y multados por este delito, pero sin ningún provecho general. Si los fabricantes de máquinas inventaran una barredora automática, cuyo uso evitara a estos niños la necesidad de arrastrarse debajo de la maquinaria, sería un aporte feliz a nuestras medidas de protección" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1866*, p. 63).

¹⁸⁵ Apréciase, pues, la fabulosa idea de Proudhon de "construir" la maquinaria no como síntesis de medios de trabajo, sino como síntesis de trabajos parciales al servicio de los obreros mismos.

talista. Aquí, como en todas partes, ha de distinguirse entre la mayor productividad debida al desarrollo del proceso social de producción y la mayor productividad que resulta de su explotación capitalista.

En la manufactura y el artesanado, el obrero se sirve de la herramienta; en la industria, sirve a la máquina. En el primer caso, de él proviene el movimiento del medio de trabajo; en cambio, debe seguirlo en el segundo. En la manufactura, los obreros son miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica existe un mecanismo inanimado, independientemente de ellos, al que son integrados como apéndices vivos.

"La triste rutina de un tormento laboral interminable, en que el mismo proceso mecánico se repite una y otra vez, se asimila al trabajo de Sisifo: el peso del trabajo, como la roca, cae siempre de nuevo sobre el agotado obrero."¹⁸⁶

El trabajo maquinizado agrede intensamente el sistema nervioso, reprime el juego variado de los músculos y confisca toda actividad, corporal e intelectual, libre del obrero¹⁸⁷. Incluso el hecho de que el trabajo sea más fácil se convierte en medio de tortura, pues la máquina no libera al obrero del trabajo, sino a éste de su contenido. A toda producción capitalista, en cuanto no es sólo proceso de trabajo sino al mismo tiempo proceso de valorización del capital, le es común que no sea el obrero quien emplee las condiciones de trabajo, sino, al revés, éstas al obrero. Pero, sólo con la maquinaria esta inversión adquiere un carácter real, técnicamente palpable. Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero durante el mismo proceso de trabajo como capital, como trabajo inanimado que domina la fuerza de trabajo viva y la absorbe. El divorcio entre las potencias intelectuales del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las primeras en poderes del capital sobre el obrero, concluye su desarrollo, como indicábamos antes, en la gran industria erigida sobre la base de la maquinaria. La habilidad detallista del obrero mecánico individual, privado de contenido, desaparece como un minúsculo objeto secundario ante la ciencia, ante las enormes fuerzas naturales y el trabajo social de masas encarnado en el sistema de máquinas y que conforman con este sistema el poder del "patrón" (*master*). En caso de conflictos, ese patrón, en cuya mente se fusionan inseparablemente la maquinaria y su monopolio de ésta, grita despectivo a su "mano de obra":

¹⁸⁶ F. Engels. *Die Lage etc.*, p. 217. Incluso un cultor completamente ordinario y optimista del librecambio, el señor Molinari, señala: "Un hombre se desgasta más rápido supervisando durante quince horas al día el movimiento uniforme de un mecanismo que ejercitando, durante el mismo lapso, su fuerza física. Este trabajo de vigilancia, que tal vez pudiera servir de gimnasia útil para el intelecto, si no fuese tan prolongado, destruye a la larga, por su exceso, el intelecto y el cuerpo" (G. de Molinari. *Études Économiques*, París, 1846, [p. 49]).

¹⁸⁷ F. Engels, l.c., p. 216.

"Los obreros fabriles debieran guardar en su memoria que su trabajo es, en realidad, una especie muy baja de trabajo calificado y que no existe trabajo más fácil de aprender ni, de acuerdo a su calidad, mejor remunerado, o que pueda lograrse con un breve entrenamiento de los menos expertos con tanta rapidez y en tal abundancia. La maquinaria del patrón desempeña, en efecto, un papel mucho más importante en el negocio de la producción que el trabajo y la calificación de los obreros, que les proporciona una educación de seis meses y puede ser aprendida por cualquier peón agrícola"¹⁸⁸.

La subordinación técnica del obrero al funcionamiento uniforme del medio de trabajo y la composición peculiar del cuerpo laboral, constituido de individuos de ambos sexos y las más diversas edades, establecen una disciplina de cuartel que configura un régimen fabril acabado, desarrollando definitivamente el trabajo de control ya antes mencionado, y, con ello, a la vez, la división de los obreros en manuales y capataces, en soldados rasos y suboficiales industriales.

"En la fábrica automática, la principal dificultad consiste en asegurar la disciplina necesaria para obligar a los hombres a renunciar a hábitos irregulares en el trabajo e identificarlos con la regularidad invariable de los grandes autómatas. Pero, inventar un código disciplinario en correspondencia a las necesidades y a la velocidad del sistema automático y aplicarlo exitosamente era una empresa digna de Hércules; ésta es la noble obra de Arkwright! Incluso actualmente, cuando el sistema está organizado en su totalidad, es casi imposible encontrar entre los obreros que han pasado la edad de la pubertad a ayudantes útiles para el sistema automático."¹⁸⁹

El código fabril en el que el capital formula en términos de derecho privado y conforme a su capricho la autocracia que ejerce sobre sus obreros —sin la división de poderes, tan entrañable para la burguesía, y sin el sistema representativo, aún más apetecido por ella— no es sino la caricatura capitalista de la regulación social del proceso de trabajo, que se vuelve imprescindible con la cooperación en gran escala y el empleo de medios de trabajo colectivos, en particular de la maquinaria. El látigo del capataz de esclavos es reemplazado por el libro de castigos del contraamaestre. Todas las sanciones devienen, naturalmente, en multas en dinero y en descuentos salariales, y la sagacidad legislativa de los Licurgos fabriles hace que la trasgresión de sus leyes les sea, tal vez,

¹⁸⁸ "The factory operatives should keep in wholesome remembrance the fact that theirs is really a low species of skilled labour, and that there is none which is more easily acquired or of its quality more amply remunerated, or which, by a short training of the least expert can be more quickly as well as abundantly acquired... The master's machinery really plays a far more important part in the business of production that the labour and the skill of the operative, which six month education can teach, and a common labourer can learn" (*The Master Spinner's and Manufacturers' Defence Fund. Report of the Committee*, Manchester, 1854, p. 17). Posteriormente se verá que el "master" canta otra canción no bien se vea amenazado de perder sus autómatas vivos.

¹⁸⁹ Ure, l.c., p. 15. Quien conozca la biografía de Arkwright nunca calificará de "noble" a ese barbero genial. De todos los grandes inventores del siglo XVIII era indudablemente el mayor ladrón de inventos ajenos y el tipo más vil.

aún más rentable que su acatamiento¹⁹⁰.

¹⁹⁰ "La esclavitud, con que la burguesía tiene encadenado al proletariado, en ninguna parte se expresa de un modo tan nítido como en el sistema fabril. Aquí termina toda libertad, de derecho y de hecho. El obrero debe presentarse a la fábrica a las 5 y media de la mañana; si llega un par de minutos más tarde, es multado; si se atrasa en 10 minutos no se le permite entrar hasta finalizado el desayuno y pierde entonces un cuarto del salario diario. Debe comer, beber y dormir según órdenes... La despótica campana lo saca de la cama y lo arranca del desayuno y del almuerzo. ¿Y qué ocurre en la fábrica misma? Allí, el fabricante es el legislador absoluto. Dicta regulaciones fabriles a su arbitrio; modifica y hace agregados a su código según su gusto; y aunque incorpore las cosas más absurdas, los tribunales dicen al obrero: como habéis acordado ese contrato de plena voluntad, ahora tenéis que cumplirlo... Esos obreros están condenados a vivir desde los nueve años hasta su muerte bajo la férula intelectual y corporal" (F. Engels, l.c., pp. 217 y ss.). Deseo ilustrar con dos ejemplos lo que "dicen los tribunales". El primer caso ocurrió en Sheffield, a fines de 1866. Un obrero había firmado contrato por dos años en una fábrica metalúrgica. A causa de una discusión con el empresario dejó la fábrica y declaró que bajo ninguna condición volvería a trabajar para él. Fue demandado por romper el contrato y condenado a dos meses de cárcel. (Si el fabricante no cumple el contrato se lo puede acusar sólo *civiliter* [por lo civil] y no se arriesga más que a una multa.) Transcurridos los dos meses de cárcel, el mismo fabricante lo llama a regresar a la fábrica de acuerdo al antiguo contrato. El obrero contesta: no. La ruptura del contrato ya la ha pagado. El fabricante vuelve a demandarlo y el tribunal lo condena nuevamente, aunque uno de los jueces, Mr. Shee, denuncia públicamente como una monstruosidad jurídica esta decisión, según la cual un hombre puede ser condenado periódicamente, una y otra vez, durante toda su vida, por el mismo delito o crimen. El fallo no fue dictado por el *Great Unpaid**, los Dogberries de provincia, sino por uno de los más altos tribunales de Londres. (A la 4ª edición. Ahora, esta práctica está suprimida. En Inglaterra, con algunas excepciones —v.gr., las fábricas públicas de gas—, el obrero al romper el contrato se iguala al empleador, y sólo puede ser demandado por lo civil. —F.E.) El segundo caso acontece en Wiltshire a fines de noviembre de 1863. Aproximadamente unas 30 tejedoras de telares de vapor, empleadas por un tal Harrupp, fabricante de paños en Leower's Mill, Westbury Leigh, se declararon en huelga porque este Harrupp tenía la agradable costumbre de descontarles del salario por atrasarse en la mañana a razón de 6 peniques por 2 minutos, 1 chelín por 3 minutos y 1 chelín y 6 peniques por 10 minutos. Estas cantidades sumadas hacían 9 chelines por hora o 4 libras esterlinas y 10 chelines al día, mientras su salario medio nunca superaba durante el año los 10 a 12 chelines semanales. Además, Harrupp le encargó a un muchacho que tocara una trompeta anunciando el comienzo de la jornada fabril, lo que hacía, a veces, antes de las 6 de la mañana, y si las obreras no estaban en sus sitios cuando terminaba de tocar la señal, se cerraban los portones y se multaba a las que quedaban afuera; y como no había en el edificio ningún reloj, las desdichadas trabajadoras se encontraban en poder del joven sereno, inspirado por Harrupp. Las obreras que participaban en la huelga, madres de familia y muchachas, declararon que volverían al trabajo si el sereno era sustituido por un reloj y se fijaba una tarifa de multas más racional. Harrupp demandó a 19 mujeres y muchachas por romper el contrato. Fueron condenadas cada una a 6 peniques de multa y a sufragar costas por 2 chelines y 6 peniques ante la ruidosa indignación del auditorio. Harrupp salió del tribunal acompañado por una multitud que lo abucheaba. Una de las operaciones preferidas de los fabricantes es la de castigar a los obreros con descuentos del salario por las deficiencias del material que se les suministra. Este método provocó en 1866 una *strike* [huelga] general en los distritos alfareros ingleses. Los informes de la *Child. Employm. Commiss.* (1863-1866) presentaban casos en que el obrero, en vez de recibir salario por su trabajo, debido al reglamento de multas se convertía por añadidura en deudor de su ilustre "master". La última

* Véase el presente tomo, p. 269. —Ed.

Nos limitamos a mencionar las condiciones materiales bajo las que se efectúa el trabajo fabril. Todos los órganos de los sentidos son agredidos en igual medida por la elevación artificial de la temperatura, la atmósfera saturada de desechos de materias primas, el ruido ensordecedor, etc., sin hablar del peligro mortal que supone tener que trabajar entre la maquinaria densamente apiñada, que produce sus boletines industriales de bajas con la misma periodicidad de las estaciones del año^{190a}. La economía de medios sociales de producción, que sólo madura en el invernadero del sistema fabril, se convierte en manos del capital, a la vez, en robo sistemático en perjuicio de las condiciones de vida del obrero durante el trabajo: de espacio, aire, luz y de medios personales de protección contra

crisis algodonera dio igualmente demostraciones edificantes de la sagacidad de los autócratas fabriles en cuanto a descuentos de salario. "Yo mismo, dice el inspector fabril R. Barker, hube de sustanciar una demanda judicial en contra de un fabricante algodonero que, en estos tiempos difíciles y penosos, descontaba a algunos obreros jóvenes que empleaba (mayores de 13 años) 10 peniques por el certificado médico de edad, que a él le costaba sólo 6 y por el cual la ley sólo permite un descuento de 3 peniques y el uso no reconoce ningún descuento... Otro fabricante, para lograr el mismo efecto sin entrar en contradicción con la ley, gravaba a cada uno de los pobres niños que trabajaban para él con un descuento de un chelín como pago por el aprendizaje del arte y el oficio de hilar, no bien el certificado médico los declaraba aptos para esta ocupación. Existen, pues, corrientes ocultas que hay que conocer si se desea comprender fenómenos como las *strikes* [huelgas] en tiempos como los actuales" (se trata de la *strike* en la fábrica de Darven, en junio de 1863, declarada por los tejedores mecánicos). (*Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1863*, pp. 50, 51.) (Los informes fabriles siempre van más allá de su fecha oficial.)

^{190a} Las leyes de protección contra la maquinaria peligrosa han provocado efectos benéficos. "Pero... ahora hay nuevas fuentes de accidentes que no existían hace 20 años, a saber: la velocidad acrecentada de las máquinas. Las ruedas, los ejes, husos y telares son impulsados actualmente con fuerza incrementada, que sigue creciendo; los dedos deben atrapar la hebra rota con mayor rapidez y seguridad, pues si andan con vacilaciones o se descuidan, serán atrapados... Un gran número de accidentes se deben al afán del obrero de ejecutar su trabajo con rapidez. Debe recordarse que para los fabricantes es de la mayor importancia mantener su maquinaria en movimiento ininterrumpido, es decir, producir sin pausas hilado y telas. Cualquier paro, aunque sea por un minuto, no es sólo pérdida de fuerza motriz, sino también de producción. Los capataces incitan a los obreros a mantener la maquinaria en movimiento ya que están interesados en la cantidad del producto, asunto no menos importante para los obreros pagados por peso o pieza. Por tanto, aunque en la mayoría de las fábricas esté prohibido limpiar la maquinaria en movimiento, dicha práctica es común y corriente, ocasionando 906 accidentes en los últimos 6 meses... Aunque el trabajo de limpieza se ejecuta día a día, sin embargo, la mayoría de las veces se fija el sábado para una limpieza más escrupulosa, haciéndose casi siempre con la maquinaria en marcha... Es una operación no pagada, por ello, los obreros tratan de finalizarla lo antes posible. Ello explica que los viernes y, sobre todo, los sábados el número de accidentes es mucho mayor que en otros días de la semana. Los viernes, el exceso asciende aproximadamente a un 12% sobre el número medio de accidentes de los 4 primeros días de la semana, los sábados el exceso es del 25% sobre el promedio de los 5 días anteriores. Ahora bien, si se incluye en el cálculo el hecho de que la jornada laboral los sábados es de sólo 7 1/2 horas y los demás días de la semana de 10 1/2 horas, el exceso será más de un 65%" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1866*, Londres, 1867, pp. 9, 15, 16, 17).

las circunstancias del proceso de producción peligrosas para la vida o insalubres, sin hablar de instalaciones para la comodidad del obrero¹⁹¹. ¿No tenía razón Fourier cuando llamaba a las fábricas "prisiones mitigadas"¹⁹² [1361]?

5. LUCHA ENTRE EL OBRERO Y LA MAQUINA

La lucha entre el capitalista y el obrero asalariado comienza con la relación capitalista misma. Sus convulsiones se prolongan durante todo el período manufacturero¹⁹³. Pero, es sólo después de introducirse la maquinaria que el obrero lucha contra el medio de trabajo mismo, contra el modo de existencia material del capital. Se rebela contra esa forma específica de los medios de producción en cuanto base material del régimen de producción capitalista.

Casi toda Europa presenció, durante el siglo XVII, revueltas obreras contra la llamada *Bandmühle* [máquina de cintas] (denominada también *Schnurmühle* [máquina de cordones] o *Mühlenstuhl* [telar mecánico]), una máquina para tejer cintas y galones¹⁹⁴.

¹⁹¹ En la primera sección del Libro III aportaré información acerca de una cruzada de los fabricantes ingleses, realizada en los últimos tiempos, contra las cláusulas de la ley fabril que defienden los miembros de la "mano de obra" que trabaja en maquinarias mortalmente peligrosas. Por el momento bastará con una cita de un informe oficial del inspector fabril Leonard Horner: "He oído a fabricantes hablar, con inexcusable frivolidad, de algunos accidentes; por ejemplo, según ellos, la pérdida de un dedo sería una menudencia. La vida y las expectativas futuras de un obrero dependen tanto de sus dedos, que tal pérdida es para ellos un acontecimiento extremadamente serio. Cuando oigo hablar con tanta desconsideración, suelo preguntar: supongamos que Ud. necesite un obrero adicional, y se presenten dos, ambos en todo otro sentido igualmente aptos, pero uno sin el pulgar o el índice, ¿a quién elige usted? Nunca dudaron ni un instante en decidirse por el obrero con todos los dedos... Estos señores fabricantes tienen falsos prejuicios contra lo que llaman legislación pseudofilantrópica" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1855*, [pp. 6/7]). Estos señores son "gente inteligente" y no en vano se han entusiasmado con la rebelión de los esclavistas.

¹⁹² En las fábricas sometidas a la legislación fabril por un tiempo más largo, con su restricción coactiva del tiempo de trabajo y sus demás regulaciones, han desaparecido algunos abusos de antes. El mismo perfeccionamiento de la maquinaria requiere, al alcanzar un cierto punto, una "construcción perfeccionada del edificio fabril", lo que beneficia a los obreros (Cfr. *Reports etc. for 31st Oct. 1863*, p. 109).

¹⁹³ Véase, entre otros: John Houghton. *Husbandry and Trade improved*, Londres, 1727; *The Advantages of the East-India Trade*, 1720; John Bellers, l.c. "Los patronos y los obreros se encuentran, lamentablemente, en una guerra perpetua entre sí. El objetivo invariable de los primeros consiste en que el trabajo se obtenga lo más barato posible, y no vacilarán en emplear cualquier artificio con este fin, mientras que los últimos aprovechan toda ocasión favorable para obligar a sus patronos a cumplir con demandas más altas. *An Inquiry into the Causes of the Present High Prices of Provisions*, 1767, pp. 61, 62. (El autor, el reverendo Nathaniel Forster, está completamente de parte de los obreros.)

¹⁹⁴ La *Bandmühle* fue inventada en Alemania. El clérigo italiano Lancellotti relata, en un escrito publicado en Venecia en 1636: "Anton Müller de Danzig vio en esta ciudad, hace unos 50 años" (L. escribía en 1629), "una máquina muy ingeniosa que produce de 4 a 6 tejidos a la vez; pero, como el ayuntamiento temía que esta

A fines del primer tercio del siglo XVII, un aserradero movido por viento, instalado por un holandés en las cercanías de Londres, sucumbió ante los excesos de la plebe. Aún a comienzos del siglo XVIII las aserradoras hidráulicas sobrevivían difícilmente ante la resistencia del pueblo, apoyado por el Parlamento. Cuando Everet construyó, en 1758, la primera máquina de tundir accionada por agua, 100.000 personas que habían quedado sin trabajo la quemaron. 50.000 obreros, que hasta ese momento vivían de cardar la lana, hicieron una petición ante el Parlamento contra las *scribbling mills* y la máquina cardadora de Arkwright. La destrucción masiva de máquinas en los distritos manufactureros de Inglaterra, durante los primeros 15 años del siglo XIX, bajo el nombre de movimiento ludista, precisamente a causa de la explotación del telar a vapor, brindó al Gobierno antijacobino de un Sidmouth, un Castlereagh, etc., el pretexto para adoptar las medidas más reaccionarias y violentas. Se necesitó tiempo y experiencia para que los obreros aprendiesen a distinguir la maquinaria de su uso capitalista y, por tanto, a traspasar sus ataques del medio mismo de producción material a su forma social de explotación¹⁹⁵.

Las luchas salariales en la manufactura presuponen la existencia de ésta y en modo alguno están dirigidas en su contra. Combaten la formación de manufacturas los maestros de gremio y las ciudades privilegiadas, no los obreros asalariados. Por eso, en escritores del período manufacturero se concibe la división del trabajo, de manera predominante, como un medio de sustituir a obreros virtuales, pero no de desplazar a obreros reales. Esta diferencia es

invención convirtiéndose a una masa de obreros en mendigos, la prohibió y mandó a estrangular o ahogar en secreto al inventor"^[137]. En Leyden, la misma máquina fue usada por primera vez en 1629. Las revueltas de los galoneros, primeramente, obligaron al ayuntamiento a prohibirla; diversas ordenanzas de los Estados Generales, en 1623, 1639, etc., pretendían restringir su empleo; por fin, fue autorizada, bajo ciertas condiciones, por la ordenanza del 15 de diciembre de 1661. "En esta ciudad", dice Boxhorn (*Inst. Pol.*, 1663), refiriéndose a la introducción de la *Bandmühle* en Leyden, "fue inventada hace alrededor de veinte años una máquina para tejer, con la cual una sola persona podía hacer más tejidos y con mayor facilidad que muchos individuos en el mismo lapso. Esto provocó disturbios y quejas entre los tejedores, hasta que el ayuntamiento prohibió el uso de esta máquina." La misma máquina fue prohibida en Colonia en 1676, mientras que su introducción en Inglaterra provocó tumultos entre los obreros. Un edicto imperial, del 19 de febrero de 1685, impidió su utilización en toda Alemania. En Hamburgo fue quemada públicamente por orden del ayuntamiento. Carlos VI renovó el 9 de febrero de 1719 el edicto de 1685, y el Elector de Sajonia autorizó su uso público sólo en 1765. Esta máquina, que tanto ruido causó en el mundo, fue de hecho la predecesora de las máquinas de hilar y de tejer, o sea, de la revolución industrial del siglo XVIII. Dicha máquina permitía a un joven, completamente inexperto en tejer, simplemente tirando y empujando de una palanca poner en movimiento un telar entero con todos sus accesorios, que en su forma perfeccionada rendía de 40 a 50 piezas de una vez.

¹⁹⁵ En manufacturas anticuadas aún hoy, a veces, se repite la forma burda de indignación obrera contra la maquinaria. Así aconteció, por ejemplo, en 1865 entre los pulidores de lima en Sheffield.

evidente. Si se dice, por ejemplo, que en Inglaterra se necesitarían 100 millones de personas para hilar con anticuadas ruecas el algodón que ahora hilan 500.000 obreros con máquinas, esto no quiere decir, naturalmente, que la maquinaria haya ocupado el lugar de estos millones, que nunca han existido. Sólo quiere decir que se requerirían muchos millones de obreros para sustituir la maquinaria de hilar. Si se dice, por el contrario, que en Inglaterra el telar de vapor lanzó a la calle a 800.000 tejedores, no se trata entonces de maquinaria existente que debería ser sustituida por un determinado número de obreros, sino de una cantidad existente de ellos que ha sido realmente sustituida o desplazada por la maquinaria. Durante el período manufacturero, la artesanía, aunque disgregada, seguía siendo la base de la producción. Los nuevos mercados coloniales no podían ser saturados por el relativamente bajo número de obreros, legados por la Edad Media, y la manufactura propiamente dicha abría, al mismo tiempo, nuevos campos de producción para la población rural expulsada de la tierra con la disolución del feudalismo. Por tanto, en aquel entonces se destaca más el lado positivo de la división del trabajo y de la cooperación en los talleres, esto es, el hecho de hacer más productivos a los obreros ocupados¹⁹⁶. Aplicadas a la agricultura, la cooperación y combinación de los medios de trabajo en manos de unos pocos suscitaron grandes, súbitas y violentas revoluciones del régimen de producción y, por tanto, de las condiciones de vida y de los medios de ocupación de la población rural, ocurriendo esto en numerosos países mucho antes del período de la gran industria. Pero, en un comienzo, esta lucha es más común entre los grandes y los pequeños propietarios agrícolas que entre el capital y el trabajo asalariado; de otra parte, cuando los obreros son desplazados por los medios de trabajo, ovejas, caballos, etc., los actos directos de violencia constituyen aquí, en primera instancia, la premisa para la revolución industrial. Primero, se expulsa de la tierra a los obreros, y luego aparecen las ovejas. Sólo el robo de tierras en grandes extensiones,

¹⁹⁶ Sir James Steuart también concibe, completamente en este sentido, el efecto de la maquinaria. "Por eso, considero las máquinas como un medio de aumentar (virtualmente) el número de personas industriosas, sin que uno esté obligado a alimentarlas... ¿En qué difiere el efecto producido por una máquina del que ejercen aquellos nuevos habitantes?" (Trad. francesa, t. I, libro I, cap. XIX.) Mucho más ingenuo es Petty, quien dice que la máquina sustituye a la "poligamia". Este punto de vista, a lo sumo, es aplicable a algunas regiones de los Estados Unidos. Por el contrario: "Raramente la máquina puede ser usada con éxito para reducir el trabajo de un individuo; se perdería más tiempo en su construcción del que puede ahorrarse aplicándola. Es realmente útil cuando actúa sobre grandes masas, cuando una sola máquina puede asistir al trabajo de miles. Por consiguiente, es más abundante en los países más poblados, donde hay más hombres desocupados... Su uso no proviene de la carencia de obreros, sino de la facilidad con que se les puede emplear en el trabajo en masa" (Piercy Ravenstone. *Thoughts on the Funding System and its Effects*, Londres, 1824, p. 45).

como en el caso de Inglaterra, prepara el terreno para la aplicación de la agricultura en gran escala^{196a}. Por eso, en sus comienzos, esta transformación de la agricultura se parece más a una revolución política.

Como máquina, el medio de trabajo se convierte de inmediato en competidor del obrero mismo¹⁹⁷. La autovalorización del capital por medio de la máquina se encuentra en razón directa al número de obreros cuyas condiciones de existencia destruye. Todo el sistema de producción capitalista se basa en el hecho de que el obrero vende su fuerza de trabajo como mercancía. La división del trabajo unilateraliza dicha fuerza de trabajo, convirtiéndola en esa habilidad, completamente particularizada, de manipular una herramienta parcial. No bien el manejo de la herramienta recae sobre la máquina, se extingue junto con el valor de uso el valor de cambio de la fuerza de trabajo. El obrero se vuelve invendible, como el papel moneda retirado de la circulación. Aquella parte de la clase obrera que la maquinaria transforma en población superflua, es decir, que ya no es directamente necesaria para la autovalorización del capital, perece, por un lado, en la lucha desigual de la vieja producción artesanal y manufacturera contra la industria maquinizada y, por el otro, inunda toda rama industrial de fácil acceso, satura el mercado de trabajo y deprime, por tanto, el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Para los obreros pauperizados debería servir de gran consuelo el que sus sufrimientos son sólo temporales ("*a temporary inconvenience*") y que la maquinaria se apodera muy paulatinamente de todo un campo de producción, por lo cual se reduce el volumen y la intensidad de su efecto destructor. Un consuelo vale tanto como el otro. Allí donde la maquinaria se apodera paulatinamente de todo un campo de producción, provoca miseria crónica en las capas obreras que compiten con ella. Allí donde el paso es rápido, opera masiva y agudamente. La historia mundial no ofrece otro espectáculo más espantoso que la destrucción paulatina de los tejedores manuales de algodón de Inglaterra realizada durante decenios, y finalmente sellada en 1838. Muchos de ellos murieron de hambre, muchos vegetaron largo tiempo con sus familias a razón de $2\frac{1}{2}$ peniques diarios¹⁹⁸. La maquinaria algodona

^{196a} [A la 4ª edición. Esto es válido también para Alemania. Allí donde la agricultura existe en gran escala, o sea, ante todo en el este, es gracias solamente a la "*Bauernlegen*" [expulsión de los campesinos de la tierra], efectuada desde el siglo XVI, y en particular desde 1648. —F.E.]

¹⁹⁷ "La maquinaria y el trabajo están en constante competencia." (Ricardo, I.c., p. 479.)

¹⁹⁸ La competencia entre la tejeduría manual y la maquinizada se prolongó en Inglaterra, antes de adoptarse la ley de beneficencia de 1834, debido a que los salarios que habían caído profundamente por debajo del mínimo eran complementados con ayudas de las parroquias. "El reverendo Mr. Turner era en 1827 párroco en Wilmslow, Cheshire, un distrito industrial. Las preguntas del Comité de Emigración y las respuestas de Mr. Turner revelan cómo se mantiene la competencia entre el trabajo

inglesa provocó, por el contrario, un impacto agudo en las Indias Orientales, cuyo gobernador general constataba en 1834/35: "La miseria difícilmente encuentre un paralelo en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India".

Por cierto, como estos tejedores pasaban a la eternidad, la máquina les deparaba sólo "inconvenientes temporales". Por lo demás, el efecto "temporal" de la máquina es permanente, pues se apodera constantemente de nuevos campos de producción. La imagen independizada y enajenada que el régimen capitalista de producción imprime en general a las condiciones de trabajo y al producto del mismo frente al obrero, se desarrolla, pues, con la maquinaria hasta convertirse en una contradicción completa¹⁹⁹. De ahí que con la aparición de ésta tengan lugar las primeras revueltas brutales de los obreros contra el medio de trabajo.

El medio de trabajo mata al obrero. Esta contradicción directa aparece, ciertamente, de la manera más palpable dondequiera que la maquinaria recién introducida compita con la producción artesanal o manufacturera, heredada del pasado. Pero, en la propia gran industria, el constante perfeccionamiento de la maquinaria y el desarrollo del sistema automático operan de modo análogo.

"El objetivo constante de la maquinaria perfeccionada consiste en reducir el trabajo manual o completar un eslabón en la cadena de la producción fabril, sustituyendo los aparatos humanos por aparatos de hierro."²⁰⁰ "El empleo de la

manual y la maquinaria. Pregunta: "¿No ha desplazado el empleo del telar mecánico el uso del telar manual?" Respuesta: "Indudablemente, y lo habría desplazado mucho más de lo que ya ha hecho, si los tejedores manuales no estuvieran en condición de someterse a una reducción de los salarios". Pregunta: "Pero, ¿al someterse, el tejedor manual ha aceptado un salario insuficiente para vivir y busca el apoyo de la parroquia para completar los medios de subsistencia?" Respuesta: "Sí, de hecho, la competencia entre el telar manual y el telar mecánico se mantiene gracias al socorro de la beneficencia". Así, pues, el pauperismo degradante o la emigración son los beneficios que de la introducción de la maquinaria reciben los trabajadores; de artesanos respetables y en cierto sentido independientes se les redujo a sumisos miserables, que viven del humillante pan de la caridad. ¡Y a esto llaman un inconveniente temporal!" (*A Prize Essay on the Comparative Merits of Competition and Co-operation*, Londres, 1834, p. 29).

¹⁹⁹ "La misma causa que puede incrementar el ingreso del país" (o, como explica Ricardo en el mismo pasaje, *the revenues of landlords and capitalists* [los ingresos de los terratenientes y capitalistas] cuya *wealth* [riqueza], considerada desde el ángulo económico, es en general *wealth of the nation* [riqueza de la nación]), puede simultáneamente convertir a la población en superflua y deteriorar la situación del obrero" (Ricardo, l.c., p. 469). "El objetivo constante y la tendencia de todo perfeccionamiento en la maquinaria consiste, de hecho, en deshacerse por entero del trabajo del hombre o en disminuir su precio, sustituyendo el trabajo de varones adultos por el de mujeres y niños, o el de obreros calificados por el de obreros en bruto" (Ure, [l.c., p. 23]).

²⁰⁰ *Reports of Insp. of Fact. 31st Oct. 1858*, p. 43.

fuerza de vapor o hidráulica a la maquinaria, hasta entonces movida a mano, es un suceso de todos los días... Las pequeñas mejoras en la maquinaria, que buscan economizar fuerza motriz, mejorar el producto, incrementar la producción en el mismo lapso o desplazar a un niño, una mujer o un hombre, son constantes y, aunque parezcan no tener gran trascendencia, conducen, sin embargo, a resultados importantes.²⁰¹ "En todas las ocasiones cuando una operación exige mucha habilidad y una mano segura, se la sustrae lo más rápido posible de entre las manos del obrero, demasiado hábil y usualmente inclinado a irregularidades de todo tipo, para confiársela a un mecanismo especial, tan bien regulado que hasta un niño puede vigilarlo."²⁰² "En el sistema automático, el talento del obrero es desplazado progresivamente."²⁰³ "El perfeccionamiento de la maquinaria no sólo permite disminuir el número de los obreros adultos necesarios para alcanzar un determinado resultado, sino que sustituye una clase de individuos por otra, una más calificada por otra menos calificada, a adultos por niños, hombres por mujeres. Todos estos cambios causan fluctuaciones constantes en la tasa de salario."²⁰⁴ "La máquina lanza ininterrumpidamente a adultos de la fábrica."²⁰⁵

La extraordinaria elasticidad del sistema maquinizado, a causa de la experiencia práctica acumulada, el volumen ya existente de medios mecánicos y el constante progreso de la técnica, nos mostró su avance impetuoso bajo la presión de una jornada laboral reducida. Pero en 1860, año en que la industria inglesa del algodón alcanzara el cenit, ¿quién hubiera podido sospechar los perfeccionamientos galopantes de la maquinaria y el correspondiente desplazamiento del trabajo manual, provocados por los tres años siguientes, bajo el aguijón de la guerra civil norteamericana? Aquí bastará con un par de ejemplos extraídos de los datos oficiales presentados por los inspectores fabriles ingleses. Un fabricante de Manchester declara:

"En vez de 75 máquinas cardadoras, necesitamos ahora sólo 12, que rinden la misma cantidad con una calidad tan buena como la anterior, e incluso mejor... El ahorro en salario asciende a £10 semanales, y el desperdicio de algodón disminuyó en un 10%".

En Manchester, en una fábrica de hilados finos se ha suprimido "mediante el movimiento más rápido de la maquinaria y la introducción de diversos procesos *self-acting* [automáticos] en un departamento 1/4, y en otro la mitad del

²⁰¹ *Reports etc. 31st Oct. 1856*, p. 15.

²⁰² *Ure, l.c.*, p. 19. "La gran ventaja de la maquinaria empleada en la fabricación de ladrillos consiste en hacer al patrón completamente independiente de los obreros calificados" (*Child. Empl. Comm., V Report*, Londres, 1866, p. 130, № 46).

Agregado a la 2ª edición. El señor A. Sturrock, superintendente del departamento de máquinas del *Great Northern Railway*, nos dice con respecto a la construcción de máquinas (locomotoras, etc.): "Los costosos (*expensive*) obreros ingleses son empleados cada vez menos. La producción aumenta por el uso de instrumentos perfeccionados, y estos instrumentos son atendidos, a su vez, por un tipo inferior de trabajo (*a low class of labour*)... Antes, el trabajo calificado producía necesariamente todas las piezas de la máquina de vapor. Las mismas piezas son producidas ahora con un trabajo de menor calificación, pero con buenos instrumentos... Entiendo por instrumentos las máquinas empleadas en la construcción de máquinas" (*Royal Commission on Railways. Minutes of Evidence*, № 17862 y 17863, Londres, 1867).

²⁰³ *Ure, l.c.*, p. 20.

²⁰⁴ *L.c.*, p. 321.

²⁰⁵ *L.c.*, p. 23.

personal laboral, mientras la máquina peinadora, al ocupar el lugar de la segunda máquina de cardar, redujo significativamente el número de brazos empleados anteriormente en el taller de cardado".

Otra fábrica de hilado calcula en un 10% sus ahorros globales de "brazos". Los señores Gilmore, propietarios de una hilandería en Manchester, declaran:

"En nuestro *blowing department* [departamento de soplado] calculamos que el ahorro en mano de obra y salario, debido a la incorporación de una nueva maquinaria, alcanza un tercio... en el *jack frame* y el *drawing-frame room* [talleres de máquinas de devanar y estirar] tenemos aproximadamente 1/3 menos de gastos y brazos; en el taller de hilar, cerca de 1/3 menos en gastos. Pero esto no es todo; cuando nuestro hilado pasa a los tejedores, es de mejor calidad debido al uso de la nueva maquinaria, de modo que producen más y mejores tejidos que con el hilado fabricado en las viejas máquinas"²⁰⁶.

El inspector fabril A. Redgrave señala al respecto:

"La reducción de la cantidad de obreros se desarrolla rápidamente, al tiempo que la producción se incrementa; en las fábricas de lana ha comenzado últimamente, y este proceso continúa, una nueva disminución del personal obrero; hace pocos días me decía un maestro, domiciliado en Rochdale, que la gran merma en la asistencia a las escuelas de niñas no sólo se debe a la presión de la crisis, sino también a los cambios producidos en la maquinaria de las fábricas laneras que provocaron una reducción promedia de 70 obreros de media jornada"²⁰⁷.

El siguiente cuadro muestra el resultado global de los perfeccionamientos mecánicos introducidos en la industria inglesa del algodón, a raíz de la guerra civil norteamericana^[138]:

	Número de fábricas		
	1856	1861	1868
Inglaterra y Gales	2.046	2.715	2.405
Escocia	152	163	131
Irlanda	12	9	13
Reino Unido	2.210	2.887	2.549

²⁰⁶ *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1863*, pp. 108 y ss.

²⁰⁷ L.c., p. 109. El rápido perfeccionamiento de la maquinaria durante la crisis algodonera permitió a los fabricantes ingleses, inmediatamente después de finalizada la guerra civil norteamericana, volver a saturar en un instante el mercado mundial. Ya durante los últimos 6 meses de 1866, los tejidos eran casi invendibles. Comenzó por ello la consignación de mercancías a China y la India, lo cual hizo la *glut* [saturación], por supuesto, aún más intensa. A comienzos de 1867, los fabricantes recurrieron a su medio usual para salir del problema: redujeron los salarios en un 5%. Los obreros se opusieron y declararon —con plena razón teórica— que el único remedio sería trabajar menos tiempo, 4 días por semana. Después de larga resistencia, los autodesignados capitanes de la industria debieron acoger esta medida, en algunos lugares con la reducción de salarios del 5% y en otros sin ella.

Número de telares de vapor

	1856	1861	1868
Inglaterra y Gales	275.590	368.125	344.719
Escocia	21.624	30.110	31.864
Irlanda	1.633	1.757	2.746
Reino Unido	298.847	399.992	379.329

Número de husos

Inglaterra y Gales	25.818.576	28.352.125	30.478.228
Escocia	2.041.129	1.915.398	1.397.546
Irlanda	150.512	119.944	124.240
Reino Unido	28.010.217	30.387.467	32.000.014

Número de personas ocupadas

Inglaterra y Gales	341.170	407.598	357.052
Escocia	34.698	41.237	39.809
Irlanda	3.345	2.734	4.203
Reino Unido	379.213	451.569	401.064

De 1861 a 1868 desaparecieron, pues, 338 fábricas de algodón; esto es, una maquinaria más productiva y de mejor calidad se concentró en poder de un número menor de capitalistas. El número de los telares de vapor decreció en 20.663, pero se incrementó a la vez su producto, de tal modo que un telar perfeccionado rendía más que uno viejo. Por último, el número de husos creció en 1.612.547, disminuyendo el número de obreros ocupados en 50.505. Por consiguiente, la miseria "temporal", con que la crisis algodonera agobiaba a los obreros, se acentuó y consolidó con el veloz y continuo progreso de la maquinaria.

La máquina opera, sin embargo, no sólo como competidor omnipotente, siempre presto a convertir al obrero en "superfluo". El capital proclama y maneja abierta y tendenciosamente a la maquinaria como potencia enemiga del obrero. Se convierte en el arma más poderosa para aplastar las periódicas revueltas obreras, las *strikes* [huelgas], etc., enfiladas contra la autocracia del capital²⁰⁸. Según Gaskell, la máquina de vapor fue desde un comienzo un antagonista de la "fuerza humana", lo que permitió al capitalista aplastar las crecientes preten-

²⁰⁸ "La relación entre *masters* [patrones] y obreros en las industrias de soplar *flintglass* y vidrio de botellas es de *strike* [huelga] crónica." De ahí, el auge de la manufactura de vidrio prensado, en la cual las operaciones principales son efectuadas por máquinas. Una firma de Newcastle, que antes producía anualmente 350.000 libras de *flintglass* soplado, produce ahora 3.000.500 libras de vidrio prensado (*Child. Empl. Comm. IV Rep.*, 1865, pp. 262, 263).

siones de los obreros, quienes amenazaban con llevar a la crisis al naciente sistema fabril²⁰⁹. Se podría escribir toda una historia de los inventos realizados desde 1830, creados como simples medios de guerra del capital contra los motines obreros. Recordemos, antes que nada, la *selfacting mule* [máquina de hilar automática], que inauguró una nueva época del sistema automático²¹⁰.

Nasmyth, el inventor del martinete de vapor, en su declaración ante la *Trades Union Commission* relata como sigue los perfeccionamientos de la maquinaria que introdujo a causa de la multitudinaria y prolongada *strike* de los obreros mecánicos en 1851.

"El rasgo dominante de nuestros modernos perfeccionamientos mecánicos es la introducción de máquinas-herramientas automáticas. Lo que debe realizar ahora un obrero mecánico, y lo que cualquier joven puede efectuar, no es precisamente trabajar, sino vigilar el bello trabajo de la máquina. Toda esa clase de obreros que antes dependía exclusivamente de su habilidad, actualmente ha sido removida. Antes yo empleaba cuatro jóvenes por un mecánico. Gracias a estas nuevas combinaciones mecánicas he reducido el número de varones adultos de 1.500 a 750. El resultado fue un incremento significativo de mis ganancias."^[139]

Ure dice de una máquina para estampar colores en calicó:

"Por último, los capitalistas procuraron liberarse de esta esclavitud inaguantable" (o sea, de las —en su opinión— molestas condiciones de contrato de los obreros) "recurriendo a los auxilios de la ciencia, y pronto vieron reintegrados sus derechos legítimos: los derechos de la cabeza sobre las otras partes del cuerpo".

Refiriéndose a un invento para carmenar urdimbres, cuyo motivo directo fue una *strike*, sostiene:

"La horda de los descontentos que, atrincherada tras las viejas líneas de la división del trabajo, se creía invencible se vio atacada por los flancos, con sus medios de defensa destruidos por la moderna táctica mecánica. Debieron rendirse a discreción".

Con respecto al invento de la *selfacting mule* señala:

"Estaba llamada a restablecer el orden entre las clases industriales... Este invento confirma la doctrina que ya hemos desarrollado de que el capital, al poner la ciencia a su servicio, obliga constantemente a ser dócil a la mano de obra rebelde"²¹¹.

Aunque el escrito de Ure apareció en 1835, o sea, en la época de un sistema fabril relativamente poco desarrollado, sigue siendo la expresión clásica del espíritu fabril no sólo por su franco cinismo, sino también por la ingenuidad con que revela las absurdas contradicciones del cerebro capitalista. Después de desarrollar, por ejemplo, la "doctrina" de que el capital, con ayuda de la ciencia que puso

²⁰⁹ Gaskell. *The Manufacturing Population of England*, Londres, 1833, pp. 11, 12.

²¹⁰ El señor Fairbairn encontró una aplicación mecánica muy importante en la construcción de máquinas como consecuencia de *strikes* en su propia fábrica de máquinas.

²¹¹ Ure, l.c., pp. 367-370.

a sueldo, "obliga constantemente a la mano de obra rebelde a ser dócil", se indigna porque

"de cierto lado se culpe a la ciencia físico-mecánica de prestarse al despotismo de los ricos capitalistas y servir de medio de represión de las clases pobres".

Después de predicar ampliamente cuán ventajoso es para los obreros el rápido desarrollo de la maquinaria, les advierte que con su oposición, *strikes*, etc., aceleran el desarrollo de la maquinaria.

"Tales revueltas", dice, "muestran la miopía humana en su carácter más despreciable, el de un hombre que se convierte en su propio verdugo."

Pocas páginas antes, por el contrario, decía:

"Sin las colisiones e interrupciones violentas, causadas por las falsas concepciones de los obreros, el sistema fabril se hubiera desarrollado mucho más rápido y de forma más provechosa para todas las partes interesadas".

Luego, exclama nuevamente:

"Por suerte para la población de los distritos fabriles de Gran Bretaña, los perfeccionamientos de la mecánica se realizan sólo paulatinamente". "Sin razón", dice, "se culpa a las máquinas de reducir el salario de los adultos al desplazar una parte de los mismos, con lo cual su número supera el requerimiento de trabajo. Pero las máquinas aumentan la demanda de trabajo infantil y elevan, con ello, su tasa salarial."

Este mismo dispensador de consuelos defiende, de otra parte, el bajo nivel de los salarios infantiles, pues a consecuencia de ello "los padres se abstienen de enviar demasiado temprano a sus niños a las fábricas". Todo su libro es una apología de la jornada laboral ilimitada; y cuando la legislación prohíbe explotar a los niños de 13 años por más de 12 horas al día, su alma liberal padece los más oscuros tiempos del medioevo. Esto no le impide invitar a los obreros a una acción de gracias a la Providencia, la cual por medio de la maquinaria "les ha procurado el ocio necesario para poder pensar en sus intereses inmortales"²¹².

6. LA TEORIA DE LA COMPENSACION RESPECTO A LOS OBREROS DESPLAZADOS POR LA MAQUINARIA

Toda una serie de economistas burgueses, como James Mill, MacCulloch, Torrens, Senior, J. St. Mill, etc., afirman que la maquinaria que desplaza trabajo libera siempre, simultánea y necesariamente, un capital adecuado para emplear a los mismos e idénticos obreros²¹³.

Supóngase que un capitalista emplee, por ejemplo, a 100 obreros en una manufactura de papel de empapelar, a razón de £30 anuales

²¹² Ure, l.c., pp. 368, 7, 370, 280, 321, 281, 475.

²¹³ En un comienzo, Ricardo compartía esta concepción, pero luego se retractó expresamente de ella con la imparcialidad científica y veracidad que le eran características. Véase l.c., cap. XXXI, *On Machinery*.

cada hombre. El capital variable desembolsado al año es, pues, de £3.000. Estimemos que despide a 50 obreros y ocupa los 50 restantes con una máquina que le cuesta £1.500. Para simplificar, abstraigámonos de edificios, carbón, etc. Consideremos, además, que la materia prima consumida anualmente cuesta, como antes, £3.000²¹⁴. ¿Se "libera" con esta metamorfosis algún capital? En el sistema industrial antiguo, la suma total desembolsada de £6.000 se componía de una mitad de capital constante y de otra de capital variable. Ahora, se compone de £4.500 (£3.000 de materias primas y £1.500 por la maquinaria) de capital constante y de £1.500 de capital variable. En vez de la mitad, la fracción variable del capital, o fracción transformada en fuerza de trabajo viva, constituye tan sólo 1/4 del capital global. En lugar de liberarse, aquí se ata el capital en una forma en que deja de cambiarse por fuerza de trabajo, es decir, se transforma de capital variable en capital constante. El capital de £6.000 ahora ya no puede, si las demás condiciones permanecen invariables, emplear más de 50 obreros. Con cada perfeccionamiento de la maquinaria emplea menos obreros. Si la nueva maquinaria introducida costara menos de la suma de fuerza de trabajo y herramientas que desplaza, o sea, por ejemplo, sólo £1.000 en vez de 1.500, un capital variable de £1.000 se transformaría en capital constante, o se ataría, dejando libre uno de £500. Este último, suponiendo se mantenga constante el salario anual, constituiría un fondo de ocupación para aproximadamente 16 obreros —cuando los despedidos son 50— y en verdad para mucho menos de 16 obreros, pues para convertirse en capital las £500, una parte debe transformarse en capital constante, o sea, también sólo una parte puede cambiarse por fuerza de trabajo.

Sin embargo, suponiendo incluso que la fabricación de la nueva maquinaria ocupe un número mayor de mecánicos, ¿sería ésta una compensación por los productores de papel lanzados a la calle? En el mejor de los casos, la fabricación de esas máquinas ocupa menos obreros de los que desplaza su aplicación. La suma de £1.500, que representaba exclusivamente el salario de los productores de papel despedidos, representa ahora bajo la figura de la maquinaria lo siguiente: 1) el valor de los medios de producción requeridos para fabricarla, 2) el salario de los mecánicos que la producen, 3) el plusvalor que le toca a su "patrón". Además, una vez construida, la máquina no necesita ser renovada hasta su muerte. Por eso, para ocupar constantemente el número adicional de mecánicos, un fabricante de papel de empapelar tras otro debe remplazar a sus obreros por máquinas.

De hecho, aquellos apologistas no se refieren siquiera a este

²¹⁴ Nota bene. Doy esta ilustración estrictamente a la manera de los economistas mencionados.

tipo de liberación de capital. Se refieren a los medios de subsistencia de los obreros liberados. No puede negarse que en el caso anterior, por ejemplo, la maquinaria no sólo libera a 50 obreros, convirtiéndolos en "disponibles", sino que suprime simultáneamente su conexión con los medios de subsistencia por un valor de £1.500, "liberando" así esos medios. El hecho simple, y en ningún caso nuevo, de que la maquinaria libera al obrero de medios de subsistencia, se expresa pues, en términos económicos, como si la maquinaria liberara medios de subsistencia para el obrero o los transformara en capital para su empleo. Como se ve, todo depende del modo de expresarse. *Nominibus mollire licet mala*^[140].

Según esta teoría, los medios de subsistencia por un valor de £1.500 eran un capital valorizado por medio del trabajo de los 50 obreros papeleros despedidos. Este capital pierde, en consecuencia, su ocupación, no bien los 50 estén despedidos, y no reposa ni descansa hasta encontrar una nueva "aplicación", en la cual los cincuenta obreros mencionados puedan de nuevo consumirlo productivamente. Tarde o temprano, por tanto, el capital y el obrero deben reencontrarse, y entonces se opera la compensación. Los sufrimientos de los obreros desplazados por la maquinaria son, pues, tan pasajeros como las riquezas de este mundo.

Los medios de subsistencia por un importe de £1.500 nunca se enfrentaron a los obreros despedidos como capital. Lo que se les contraponía en esa calidad eran las £1.500, transformadas ahora en maquinaria. Considerándose más de cerca, estas £1.500 no representan más que una parte del papel de empapelar producido anualmente por los 50 obreros despedidos, que éstos obtenían de su patrón como salario en forma de dinero en vez de recibirlo *in natura* [en especie]. Con el papel transformado en £1.500 compraban medios de subsistencia por la misma suma. Por eso, las £1.500 no existían para ellos como capital, sino como mercancías; y ellos mismos no existían para estas mercancías como obreros asalariados, sino como compradores. La circunstancia de que la maquinaria los haya "liberado" de los medios de compra, los transforma de compradores en no compradores. De ahí una menor demanda de aquellas mercancías. *Voilà tout* [eso es todo]. Si esta demanda reducida no se compensa de otra parte con una demanda mayor, disminuye el precio de mercado de la mercancía. Si esta circunstancia se prolonga y adquiere una mayor extensión, se opera el desplazamiento de los obreros ocupados en la producción de aquellas mercancías. Una parte del capital, que antes producía medios de subsistencia imprescindibles, se reproduce ahora en otra forma. Durante la caída de los precios de mercado y al desplazarse el capital, también son "liberados" de una parte de su salario los obreros ocupados en la producción de los medios de subsistencia necesarios. Por eso, en lugar de demostrar que la maquinaria, al liberar de los medios de subsistencia a los obreros, trans-

forma a aquéllos simultáneamente en capital para emplear a estos últimos, el señor apologista con la probada ley de la oferta y la demanda muestra, por el contrario, que la maquinaria no sólo lanza a obreros a la calle en la rama de producción en la que se introduce, sino también en aquellas donde no se introduce.

Los hechos reales, tergiversados por el optimismo económico, son los siguientes: Los obreros desplazados por la maquinaria son lanzados del taller al mercado de trabajo, donde acrecientan la fuerza de trabajo ya disponible para la explotación capitalista. En la sección séptima se mostrará que este efecto de la maquinaria, que se nos presenta aquí como una compensación para la clase obrera, por el contrario, es para el obrero un feroz azote. Baste aquí con expresar lo siguiente: los obreros expulsados de una rama industrial pueden, por cierto, buscar ocupación en alguna otra rama. Si la encuentran y de esa manera se restablece el vínculo entre ellos y los medios de subsistencia liberados junto a ellos, esto ocurrirá gracias a un capital nuevo, adicional, que busca aplicación, pero en ningún caso por medio del capital que ya funcionaba antes y que ahora está transformado en maquinaria. E incluso así, ¡qué pocas expectativas tienen! Mutilados por la división del trabajo, estos pobres diablos valen tan poco fuera de su ámbito laboral que sólo encuentran acceso a unas pocas ramas de trabajo inferiores, y por tanto siempre saturadas y mal retribuidas²¹⁵. Todavía más, cada rama industrial atrae anualmente una nueva corriente humana que le brinda el contingente para la reposición regular y el crecimiento. No bien la maquinaria libera una parte de los obreros que trabajaban hasta entonces en una determinada rama industrial, el equipo sustitutivo también se distribuye de nuevo y es absorbido por otras ramas de trabajo, mientras que las víctimas originales, en su mayor parte, degeneran y sucumben en el tiempo de transición.

Es un hecho indudable que la maquinaria en sí no es responsable de la "liberación" de los obreros de los medios de subsistencia. Abarata y aumenta el producto en la rama de que se apropia y, en un comienzo, deja inalterada la masa de medios de subsistencia producida en las otras ramas industriales. Después, como antes de su introducción, la sociedad posee la misma cantidad o más medios de subsistencia para los obreros desplazados, abstrayéndonos por completo de la enorme fracción del producto anual dilapidada por los no obreros.

²¹⁵ Un ricardiano señala al respecto, ante las sandeces de J. B. Say: "Con una división del trabajo desarrollada, la habilidad de los obreros sólo es aplicable en la rama particular en que la adquirió; ellos mismos son una especie de máquina. Por eso, no sirve en absoluto repetir como un loro que las cosas poseen la tendencia de encontrar su nivel. Debemos mirar en torno nuestro y reconocer que no pueden encontrar durante mucho tiempo su nivel y que, cuando lo encuentran, el nivel es inferior que al comienzo del proceso" (*An Inquiry into those Principles respecting the Nature of Demand etc.*, Londres, 1821, p. 72).

¡Y éste es el punto de la apologética económica! Las contradicciones y los antagonismos inseparables del empleo capitalista de la maquinaria ¡no existen!, porque no surgen de la maquinaria misma, sino de su aplicación capitalista. Por tanto, como la maquinaria en sí reduce el tiempo de trabajo, mientras que empleada de manera capitalista lo prolonga; como en sí facilita el trabajo, mientras que empleada de manera capitalista incrementa su intensidad; como en sí es una victoria del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, mientras que empleada de modo capitalista somete al hombre a dicha fuerza; como en sí aumenta la riqueza del productor, mientras que empleada de manera capitalista lo empobrece, etc., el economista burgués declara simplemente que el considerar la maquinaria en sí demuestra con claridad que todas estas palpables contradicciones son mera apariencia de la realidad común, pero que en sí no existen en absoluto ni, por tanto, en la teoría. Se ahorra de este modo todos los dolores de cabeza y le achaca a su enemigo, además, la necesidad de no combatir al uso capitalista de la maquinaria, sino la propia máquina.

El economista burgués no niega, en ningún caso, que de ello surjan también algunos inconvenientes temporales; pero, ¡dónde existe una medalla sin su reverso! Toda otra utilización de la maquinaria que no sea la capitalista es para él imposible. La explotación del obrero por la máquina le resulta idéntica a la explotación de la máquina por el obrero. Por eso quien revele lo que sucede en realidad con la utilización capitalista de la maquinaria, lese no desea en absoluto su uso y es enemigo del progreso social²¹⁶! Exactamente igual a como razona el famoso degollador Bill Sikes: "Señores del jurado: Es cierto que ese viajante de comercio ha sido degollado. Pero este hecho no es culpa mía, sino del cuchillo. ¿Debemos a causa de tales inconvenientes temporales prohibir el uso del cuchillo? ¡Reflexionad en ello! ¿Dónde estarían la agricultura y la artesanía sin el cuchillo? ¿Acaso no es tan curativo en la cirugía como sabio en la anatomía? Además, ¿no es un ayudante servicial en algún festín? Suprimid el cuchillo y nos lanzaréis de vuelta a la barbarie más profunda"^{216a}.

Aun que desplace necesariamente obreros en las ramas de trabajo

²¹⁶ Un virtuoso de este cretinismo presumido es, entre otros, MacCulloch. "Si es ventajoso" —dice afectando la ingenuidad de un niño de ocho años— "desarrollar cada vez más la habilidad del obrero de modo que sea capaz de producir una cantidad constantemente creciente de mercancías con la misma cantidad de trabajo, o con menos, también debe ser ventajoso que se sirva de la ayuda de la maquinaria que lo apoye lo más efectivamente en alcanzar ese resultado" (MacCulloch. *Princ. of Pol. Econ.*, Londres, 1830, p. 182).

^{216a} "El inventor de la máquina de hilar ha arruinado a la India, lo que, sin embargo, poco nos importa" (A. Thiers. *De la Propriété*, París, 1848, [p. 275].) El señor Thiers confunde aquí la máquina de hilar con el telar mecánico, "lo que, sin embargo, poco nos importa".

en que se introduce, la maquinaria puede provocar, sin embargo, un incremento de la ocupación en otras ramas. Pero este efecto no tiene nada en común con la llamada teoría de la compensación. Como todo producto de la máquina, una vara de tejido hecha a máquina, por ejemplo, es más barata que el producto manual idéntico desplazado, se desprende de ello esta ley absoluta: Si la cantidad total del artículo producido a máquina permanece igual a la cantidad total del artículo producido de modo artesanal o manufacturero que sustituye, disminuye la suma total de trabajo aplicado. El incremento de trabajo requerido, digamos, para la producción del medio de trabajo mismo, de la maquinaria, el carbón, etc., debe ser menor que la reducción de trabajo causada por el uso de la maquinaria. De otra manera, el producto de la maquinaria costará tanto o más que el producto manual. Pero, en vez de permanecer igual, en realidad la masa total del artículo producido a máquina por un número menor de trabajadores crece, superando sensiblemente la masa total del artículo artesanal desplazado. Supongamos que 400.000 varas de tejido a máquina son producidas por menos obreros que 100.000 varas de tejido manual. En el producto cuadruplicado se ha invertido cuatro veces más materia prima. La producción de ésta debe, por tanto, cuadruplicarse. Por lo que se refiere a los medios de trabajo consumidos, como edificios, carbón, máquinas, etc., los límites dentro de los cuales puede aumentar el tiempo de trabajo adicional necesario para su producción varía con la diferencia entre la masa del producto mecánico y la masa del producto manual fabricado por el mismo número de obreros.

Con la expansión de la producción maquinizada en una rama industrial, se incrementa, en consecuencia, la producción en las otras ramas que le suministran sus medios de producción. La medida en que crezca, por ello, la masa de obreros ocupados depende, dadas la duración de la jornada laboral y la intensidad del trabajo, de la composición de los capitales empleados, esto es, de la relación entre sus fracciones constante y variable. Esta proporción, a su vez, varía mucho según el grado en que la maquinaria ya se haya apropiado o se apropie de esas industrias. El número de hombres condenados a trabajar en las minas de carbón y de metales aumentó extraordinariamente con el progreso del sistema maquinizado inglés, aunque en los últimos decenios ese crecimiento se desaceleró debido al uso de nueva maquinaria en las minas²¹⁷. Una nueva especie de obreros surge a la vida con la máquina: sus productores. Sabemos ya que la

²¹⁷ Según el censo de 1861 (vol. II. Londres, 1863), el número de obreros ocupados en las minas de carbón de Inglaterra y Gales ascendía a 246.613, de los cuales 73.546 eran menores de 20 años y 173.067, mayores. Al primer grupo correspondían 835 niños entre 5 y 10 años, 30.701, entre 10 y 15, y 42.010, entre 15 y 19 años. El número de ocupados en minas de hierro, plomo, estaño y otros metales era de 319.222.

industria maquinizada se apodera de esta rama de producción en una escala cada vez más masiva²¹⁸. En lo que se refiere a la materia prima²¹⁹, no cabe duda, por ejemplo, que el espectacular avance de la hilandería de algodón fomentó, como en un invernadero, el cultivo de algodón en los Estados Unidos, y con ello no sólo la trata de esclavos africanos, sino que también simultáneamente hizo de la cría de esclavos el principal negocio de los llamados estados esclavistas limítrofes. Durante el primer censo de esclavos, realizado en Estados Unidos en 1790, su número alcanzaba a 697.000; en cambio, en 1861, ya era aproximadamente 4 millones. De otra parte, no es menos cierto que el florecimiento de la fábrica lanera mecánica provocó, junto a la transformación progresiva de las tierras de labranza en pastizales para ovejas, la expulsión masiva y la conversión en "excedentes" de los obreros agrícolas. En Irlanda se opera incluso en este instante el proceso de reducir aún más la población —disminuida desde 1845 ya casi a la mitad— exactamente a la medida que corresponda a las necesidades de sus terratenientes y de los señores fabricantes de lana de Inglaterra.

Si la maquinaria se apodera de etapas previas o intermedias que un objeto de trabajo debe recorrer para llegar a su forma consumada, con el material de trabajo se incrementa la demanda de trabajo en las industrias artesanales o manufactureras, a las que ingresa el producto fabricado a máquina. La hilandería maquinizada, por ejemplo, suministraba un hilado tan barato y en tal abundancia que el tejedor manual podía trabajar, en un comienzo, a tiempo completo sin incrementar sus gastos. Así crecieron sus ingresos²²⁰. De ahí, la afluencia de gente a la tejeduría de algodón hasta que finalmente los 800.000 tejedores de algodón, cuya aparición se debía, por ejemplo en Inglaterra, a la *jenny*, al *throstle* y a la *mule*, fueron aplastados por el telar de vapor. Del mismo modo, con la abundancia de las telas de vestir, producidas a máquina, crece el número de sastres, modistas, costureras, etc., hasta que aparece la máquina de coser.

En correspondencia con la creciente masa de materias primas,

²¹⁸ En Inglaterra y Gales, en 1861, en la producción de maquinaria estaban ocupadas 60.807 personas, incluidos los fabricantes y sus comisionados, etc., así como todos los agentes y comerciantes en esta materia. Se excluyen, por el contrario, los productores de máquinas más pequeñas, como máquinas de coser, etc., así como los productores de herramientas para las máquinas de trabajo, como husos, etc. El número total de ingenieros civiles alcanzaba a 3.329.

²¹⁹ Como el hierro es una de las materias primas principales, observemos aquí que en 1861 había en Inglaterra y Gales 125.771 fundidores de hierro, de los cuales 123.430 eran varones y 2.341 mujeres. De los primeros, 30.810 eran menores de 20 años y 92.620, mayores.

²²⁰ "Una familia de cuatro personas adultas" (tejedores de algodón) "con dos niños en calidad de *winders* [devanadores] ganaba a fines del siglo pasado y comienzos del presente £4 semanales, con una jornada laboral de 10 horas. Si el trabajo era muy urgente, podían ganar más... Antes de eso, siempre sufrían del suministro insuficiente de hilado" (Gaskell, l.c., pp. 34, 35).

productos intermedios, herramientas de trabajo, etc., que brinda con un número relativamente reducido de obreros la producción maquinizada, la elaboración de dichas materias primas y productos intermedios se divide en innumerables subespecies y crece, por tanto, la variedad de las ramas de la producción social. La producción maquinizada lleva la división social del trabajo incomparablemente más allá que la manufactura, dado que incrementa en un grado incomparablemente mayor la fuerza productiva de las industrias de que se apodera.

El resultado inmediato de la maquinaria consiste en aumentar el plusvalor y, al mismo tiempo, la masa de productos en que éste se representa; o sea aumenta, junto con la sustancia que consumen la clase capitalista y sus dependientes, estas capas sociales. Su creciente riqueza y el constante descenso en términos relativos del número de obreros requeridos para la producción de los medios de subsistencia de primera necesidad crean, a la par de nuevas necesidades suntuarias, los medios de satisfacerlas. Una parte mayor del producto social se transforma en plusproducto, y una parte mayor de éste es reproducida y consumida en formas refinadas y variadas. En otras palabras: crece la producción de lujo²²¹. El refinamiento y la diversificación de los productos proviene además de los nuevos vínculos creados por la gran industria en el mercado mundial. No sólo se intercambian más medios de disfrute extranjeros por productos nacionales, sino que también una masa mayor de materias primas, ingredientes, productos intermedios, etc., del exterior ingresan como medios de producción a la industria nacional. A la par del incremento de estas relaciones en el mercado mundial, se acrecienta la demanda de trabajo en la industria del transporte, la cual se divide, a su vez, en numerosas subespecies nuevas²²².

El incremento de los medios de producción y de subsistencia, con una disminución relativa del número de obreros, conduce a la expansión del trabajo en ramas industriales cuyos productos —canales, dársenas, puentes, túneles, etc.— sólo dan frutos en un futuro lejano. Se forman o bien directamente sobre la base de la maquinaria, o bien de la revolución industrial que ella provoca, ramas de la producción completamente nuevas y, por tanto, nuevos campos de trabajo. Su volumen en la producción total es, incluso en los países más desarrollados, en modo alguno significativo. El número de obreros empleados en estas ramas aumenta en razón directa a la medida en que se reproduce la necesidad de trabajo manual más burdo. Pueden

²²¹ F. Engels en *Die Lage, etc.* muestra el estado lamentable en que se encuentra precisamente una gran parte de esos obreros productores de artículos de lujo. Nuevas y numerosas pruebas al respecto figuran en los informes de la *Child. Empl. Commission*.

²²² En 1861, había en Inglaterra y Gales 94.665 personas ocupadas en la marina mercante.

considerarse actualmente como industrias principales de este tipo las fábricas de gas, el telégrafo, la fotografía, la navegación a vapor y el ferrocarril. El censo de 1861 (para Inglaterra y Gales) indicó que en la industria del gas (fábricas de gas, producción de aparatos mecánicos, agentes de las compañías, etc.) trabajan 15.211 personas, en el telégrafo, 2.399, en la fotografía, 2.366, en los servicios de navegación a vapor, 3.570 y en los ferrocarriles, 70.599, de los cuales 28.000 son obreros "no calificados", ocupados más o menos permanentemente en trabajos de terraplén, y además todo el personal administrativo y comercial. En suma, el número total de ocupados en estas cinco industrias es de 94.145.

Por último, la fuerza productiva, elevada extraordinariamente en las esferas de la gran industria y acompañada de una explotación mayor en intensidad y extensión de la fuerza de trabajo en todas las demás esferas de la producción, permite emplear improproductivamente una parte siempre mayor de la clase obrera y reproducir cada vez en un número mayor a los antiguos esclavos domésticos bajo el nombre de "clase sirviente", como criados, doncellas, lacayos, etc. Según el censo de 1861, la población total de Inglaterra y Gales era de 20.066.224 personas, de las cuales 9.776.259 eran varones y 10.289.965 mujeres. Si se resta de esta cifra a todos aquellos que son o muy viejos o demasiado jóvenes para el trabajo, todas las mujeres, jóvenes y niños "improductivos", luego, los estratos "ideológicos" como el gobierno, el clero, los juristas, los militares, etc., además de todos aquellos cuya actividad exclusiva consiste en el consumo del trabajo ajeno bajo la forma de renta del suelo, intereses, etc., y, finalmente, a los indigentes, vagabundos, delincuentes, etc., nos quedan aproximadamente 8 millones de personas de ambos sexos y las más distintas edades, incluyendo a todos los capitalistas que desempeñan de algún modo funciones en la producción, el comercio, las finanzas, etc. Entre estos 8 millones se contabilizan:

Obreros agrícolas (incluyendo los pastores, así como los peones y las criadas que viven en las casas de los arrendatarios)	1.098.261	personas
Personas ocupadas en las fábricas de algodón, lana, estambre, lino, cáñamo, seda y yute y en la producción mecánica de medias y la fabricación de encajes	642.607 ²²³	—"
Personas ocupadas en minas de carbón y metales	565.835	—"
Personas ocupadas en la totalidad de las plantas metalúrgicas (altos hornos, talleres de		

²²³ De las cuales sólo 177.596 son varones mayores de 13 años.

laminado, etc.) y en las manufacturas metálicas de todo tipo	396.998 ²²⁴	—”—
Clase sirviente	1.208.648 ²²⁵	—”—

Si sumamos a todos los ocupados en las fábricas textiles el personal de las minas de carbón y de metales, obtendremos 1.208.442 personas; y si sumamos a los primeros el personal de todas las fábricas y manufacturas metálicas, tendremos un total de 1.039.605; ambas cifras son inferiores al número de los esclavos domésticos modernos. ¡Qué importante resultado de la explotación capitalista de la maquinaria!

7. REPULSION Y ATRACCION DE OBREROS CON EL DESARROLLO DE LA PRODUCCION MAQUINIZADA. CRISIS DE LA INDUSTRIA ALGODONERA

Todos los expositores de la economía política, que se encuentran en pleno goce de sus facultades mentales, reconocen que la introducción de la maquinaria provoca efectos similares a una peste entre los obreros de las tradicionales empresas artesanales y de las manufacturas, con las cuales en un principio compete. Casi todos lamentan la esclavitud del obrero fabril. ¿Y cuál es el gran triunfo que todos ellos sacan de la manga? ¡Que la maquinaria, tras los horrores de su período de introducción y desarrollo, en última instancia aumenta, en vez de disminuir, el número de esclavos del trabajo! Sí la economía política se regocija con el abominable teorema —horrible para todo “filántropo” que cree en la eterna necesidad natural del régimen capitalista de producción— de que incluso la fábrica basada en la producción maquinizada, después de un determinado período de crecimiento, tras un “período de transición” más o menos largo, isomete a un trabajo torturante a más obreros de los que lanzó, originariamente, a la calle²²⁶!

²²⁴ Entre ellas, 30.501 son mujeres.

²²⁵ De ella, 137.447 son varones. De los 1.208.648 se excluye todo el personal que no trabaja en casas privadas.

Agregado a la 2ª edición. De 1861 a 1870, el número de criados domésticos varones casi se ha duplicado. Creció a 267.671. En 1847 había 2.694 guardas de venado (en los cotos de caza aristocráticos); en 1869, en cambio, su número era de 4.921. Las jóvenes que prestan servicios en las casas de los pequeños burgueses londinenses son llamadas en idioma popular *little slaveys*, pequeñas esclavas.

²²⁶ Ganilh concibe, por el contrario, como resultado final de la producción maquinizada la disminución absoluta del número de esclavos del trabajo, a cuya costa vive y desarrolla su conocida “*perfectibilité perfectible*” un número mayor de *gens honnêtes* [gente honesta]. Por poco que comprenda el movimiento de la producción, al menos presiente que la maquinaria es una institución funesta si su introducción convierte a obreros ocupados en indigentes, mientras su desarrollo crea más esclavos del trabajo que los que ha matado. El cretinismo de su punto de vista sólo se puede expresar con sus propias palabras: “Las clases condenadas a producir y a consumir disminuyen, y las clases que dirigen el trabajo, que alivian, consuelan e ilustran a toda la población se multiplican... y se apropian de todos los

Por cierto, ya se había mostrado en algunos ejemplos, v.g., en los de las fábricas inglesas de estambre y seda, que la expansión extraordinaria de las ramas fabriles en un cierto grado de desarrollo puede estar ligada no sólo a la reducción relativa, sino también absoluta del número de obreros ocupados*. En el año 1860, al efectuarse por orden del Parlamento un censo especial de todas las fábricas del Reino Unido, la sección de los distritos fabriles de Lancashire, Cheshire y Yorkshire, asignada al inspector R. Baker, contaba 652 fábricas; de éstas, 570 disponían de 85.622 telares de vapor, 6.819.146 husos (excepto los husos de torcer), 27.439 caballos de fuerza en las máquinas de vapor, 1.390 en las ruedas hidráulicas y 94.119 personas ocupadas. En 1865, en cambio, las mismas fábricas poseían 95.163 telares, 7.025.031 husos, 28.925 caballos de fuerza en las máquinas de vapor, 1.445 en las ruedas hidráulicas y 88.913 personas ocupadas. De 1860 a 1865, por lo tanto, en dichas fábricas hubo un incremento de 11% en los telares, de 3% en los husos, de 5% en los caballos de fuerza, mientras que el número de personas ocupadas disminuía simultáneamente en un 5,5%²²⁷. Entre 1852 y 1862 se operó un significativo incremento de la fabricación inglesa de lana, mientras que el número de obreros ocupados permaneció casi estacionario.

“Esto muestra en qué gran medida la maquinaria introducida últimamente había desplazado el trabajo de períodos anteriores.”²²⁸

En ciertos casos empíricos, el incremento de los obreros fabriles suele ser sólo aparente, es decir, no se debe a la expansión de la fábrica ya basada en la producción maquinizada, sino a la paulatina

beneficios resultantes de la disminución de los costos del trabajo, de la abundancia de las mercancías y de los bajos precios de los artículos de consumo. Avanzando en esta dirección, la especie humana se eleva a las más altas concepciones del genio, penetra en las profundidades misteriosas de la religión, establece los principios saludables de la moral” (consistente en “apropiarse de todos los beneficios, etc.”), “las leyes tutelares de la libertad” (la libertad para “las clases condenadas a producir”?), “y del poder, de la obediencia y la justicia, del deber y la humanidad”. Esta algarabía se encuentra en *Des Systèmes d'Économie Politique etc.* Por Ch. Ganiilh, 2a ed., París, 1821, t. I, p. 224, cfr. ib. p. 212.

* Véase el presente tomo p. 384. —Ed.

²²⁷ *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, pp. 58 y ss. Al mismo tiempo, en 110 fábricas nuevas con 11.625 telares de vapor, 628.576 husos y 2.695 caballos de fuerza de vapor e hidráulica se establecían las bases materiales para la ocupación de un número creciente de obreros (l.c.).

²²⁸ *Reports etc. for 31st Oct. 1862*, p. 79.

Agregado a la 2ª edición. A fines de diciembre de 1871, el inspector fabril A. Redgrave sostuvo en una conferencia dictada en Bradford, en la *New Mechanics' Institution*: “Lo que me sorprende desde hace algún tiempo, es la nueva apariencia de las fábricas laneras. Antes, estaban saturadas de mujeres y niños; ahora, parece como si la maquinaria ejecutara todo el trabajo. A una pregunta mía, un fabricante me dio la siguiente explicación: Bajo el antiguo sistema yo empleaba a 63 personas; después de introducir la maquinaria perfeccionada reduje mi mano de obra a 33, y últimamente, a causa de nuevos e importantes cambios, estuve en condiciones de reducirla de 33 a 13 personas”.

anexión de ramas secundarias. Por ejemplo, el aumento, entre 1838 y 1858, de los telares mecánicos y de los obreros fabriles empleados por éstos en la industria algodonera (británica) se debió simplemente a la expansión de esta rama de la producción; en las demás fábricas, por el contrario, al novedoso uso de la fuerza de vapor en los telares de alfombras, cintas, lienzos, etc., accionados antes por la fuerza muscular humana²²⁹. El aumento de estos obreros fabriles era, por tanto, únicamente expresión de la reducción en el número total de obreros ocupados. Por último, aquí se hace completa abstracción de que en todas partes, salvo en las fábricas metalúrgicas, los obreros jóvenes (menores de 18 años), las mujeres y los niños constituyen el elemento ampliamente preponderante del personal fabril.

Se entenderá, sin embargo, que a pesar de la masa obrera desplazada realmente y de hecho sustituida por la producción maquinizada, a causa del crecimiento de dicha producción —expresado en un mayor número de fábricas del mismo tipo o en las acrecidas dimensiones de las fábricas ya existentes—, los obreros fabriles pueden, en último término, ser más numerosos que los manufactureros y los artesanos desplazados por ellos. Supóngase que en el viejo modo de producción el capital de £500 empleado en una semana esté compuesto, por ejemplo, de una parte constante de $\frac{2}{5}$ y de una parte variable, de $\frac{3}{5}$, es decir, que £200 se han desembolsado en medios de producción, y £300, en fuerza de trabajo, digamos a razón de una libra esterlina por obrero. Con la producción maquinizada, la composición del capital total varía. Se desglosa ahora, por ejemplo, en una parte constante de $\frac{4}{5}$ y una variable de $\frac{1}{5}$, o sea, sólo se desembolsan £100 en fuerza de trabajo. Por consiguiente, son despedidos dos tercios de los obreros empleados anteriormente. Si la producción fabril se amplía y el capital total crece de £500 a £1.500, permaneciendo constantes las demás condiciones de producción, ahora se emplearán 300 obreros, tantos como antes de la revolución industrial. Si el capital invertido crece aún más, a £2.000, se emplearán 400 obreros, o sea, $\frac{1}{3}$ más de los ocupados con el viejo modo de producción. En términos absolutos, el número de obreros empleados ha crecido en cien; en términos relativos, esto es, en proporción al capital global adelantado, ha caído en 800, pues en el viejo modo de producción el capital de £2.000 habría ocupado 1.200 obreros en vez de 400. La disminución relativa del número de obreros es compatible, pues, con su aumento absoluto. Anteriormente se suponía que con el crecimiento del capital total su composición permanece constante, puesto que no se alteran las condiciones de producción. Pero se sabe ya que con cada progreso de la maquinaria crece la fracción constante del capital, compuesta de máquinas, materias primas, etc., mientras que disminuye la fracción

²²⁹ *Reports etc. for 31st Oct. 1856*, p. 16.

variable, desembolsada en fuerza de trabajo; y se sabe, además, que en ningún otro modo de producción el perfeccionamiento es tan constante y, por tanto, tan variable la composición del capital global. Esta variación continua es, sin embargo, interrumpida constantemente por lapsos de reposo y por una simple expansión cuantitativa sobre una base técnica dada. Con ello, crece el número de obreros ocupados. De ese modo, por ejemplo, el número de todos los obreros en las fábricas de algodón, lana, estambre, lino y seda del Reino Unido en 1835 sumaba sólo 354.684, mientras que en 1861 sólo la cantidad de tejedores en telares de vapor (de ambos sexos y las más diversas edades, desde los ocho años) alcanzaba a 230.654. Este crecimiento no es tan grande, por cierto, si se considera que en 1838 los tejedores manuales de algodón en Gran Bretaña, más sus familiares empleados por ellos mismos, ascendían todavía a 800.000²³⁰, y si prescindimos de los tejedores desplazados en Asia y en el continente europeo.

En las pocas observaciones que debemos aún hacer sobre este punto mencionaremos, en parte, desde un aspecto puramente práctico, relaciones a las que no nos ha conducido todavía nuestra propia exposición teórica.

Mientras la producción maquinizada se expande en una rama industrial a costa de la artesanía o la manufactura tradicionales, sus éxitos son tan seguros como serían los de un ejército armado con fusiles de percutor al enfrentarse contra un ejército de arqueros. Ese período inicial, en que la maquinaria recién conquista su ámbito de acción, es de una importancia decisiva a causa de las ganancias extraordinarias que ayuda a producir. Estas no sólo constituyen de por sí una fuente de acumulación acelerada, sino que atraen a la esfera de producción favorecida gran parte del capital social adicional que constantemente está creándose y que pugna por hallar un nuevo campo de aplicación. Las ventajas particulares del período inicial de turbulencia se repiten siempre en las ramas de la producción donde la maquinaria es introducida por primera vez. Pero, no bien el sistema fabril alcanza cierta amplitud de existencia y determinado grado de madurez; no bien su propia base técnica, la maquinaria, es a su vez producida por máquinas; no bien se revoluciona la extracción de carbón e hierro, así como la metalurgia y el transporte, en suma, no bien se crean las condiciones generales de producción correspondientes a la gran industria, este modo de producción adquiere una

²³⁰ "Los sufrimientos de los tejedores manuales" (de algodón y de materias mezcladas con este producto) "fueron objeto de investigación por una comisión real y, pese a que se reconoció y lamentó su miseria, el mejoramiento (!) de su situación quedó en manos de la casualidad y del correr del tiempo. Cabe esperar que hoy estos sufrimientos casi (*nearly*) se han extinguido" (120 años más tarde!), "a lo cual ha contribuido, probablemente, la gran expansión actual de los telares de vapor" (*Rep. Insp. Fact.*, 31st Oct. 1856, p. 15).

elasticidad, una súbita capacidad de expansión a saltos que sólo encuentra límites en las materias primas y el mercado de ventas. La maquinaria, de una parte, promueve el incremento directo de las materias primas, así por ejemplo la *cotton gin* aumentó la producción de algodón²³¹. De otra parte, la baratura de los productos de las máquinas y la revolución en los sistemas de transporte y comunicación son armas para la conquista de mercados extranjeros. Al arruinar su producción artesanal, la industria maquinizada los convierte por fuerza en campos productores de su materia prima. Así, por ejemplo, las Indias Orientales fueron obligadas a producir algodón, lana, cáñamo, yute, añil, etc., para Gran Bretaña²³². La constante transformación de los obreros en los países de la gran industria en "superfluos" promueve el éxodo acelerado y la colonización de países extranjeros, transformándose éstos en semilleros de materias primas para la madre patria, como Australia, por ejemplo, se convirtió en centro de producción de lana²³³. Se establece una nueva división internacional del trabajo, en correspondencia con los principales centros de producción maquinizada, división que transforma a una parte del globo terrestre en campo de producción preferentemente agrícola para la otra parte, convertida en campo de producción preferentemente industrial. Esta revolución va acompañada de transformaciones en la agricultura, que aquí aún no pueden ser expuestas con mayor detenimiento²³⁴.

²³¹ En el Libro III serán mencionados otros métodos mediante los cuales la maquinaria influye sobre la producción de materias primas.

²³² Exportación de algodón de las Indias Orientales a Gran Bretaña (en libras):
1846: 34.540.143; 1860: 204.141.168; 1865: 445.947.600.

Exportación de lana de las Indias Orientales a Gran Bretaña:

1846: 4.570.581; 1860: 20.214.173; 1865: 20.679.111.

²³³ Exportación de lana del Cabo de Buena Esperanza a Gran Bretaña (en libras):
1846: 2.958.457; 1860: 16.574.345; 1865: 29.920.623.

Exportación lanera de Australia a Gran Bretaña:

1846: 21.789.346; 1860: 59.166.616; 1865: 109.734.261.

²³⁴ El desarrollo económico de Estados Unidos es en sí producto de la gran industria europea, y más exactamente inglesa. En su forma actual (1866) ese país debe ser considerado todavía como colonia de Europa. [A la 4ª edición. Desde entonces Estados Unidos se ha convertido en el segundo país industrial del mundo, sin haber perdido completamente por ello su carácter colonial.—F. E.]

Exportación algodonera de Estados Unidos a Gran Bretaña
(en libras):

1846:	401.949.393	1852:	765.630.544
1859:	961.707.264	1860:	1.115.890.608

Exportación cerealera, etc., de Estados Unidos a Gran Bretaña, 1850 y 1862, en quintales ingleses*:

Trigo	1850: 16.202.312	1862:	41.033.503
Cebada	1850: 3.669.653	1862:	6.624.800
Avena	1850: 3.174.801	1862:	4.426.994

* Un quintal inglés equivale a 50,802 kg. —Ed.

Por moción del señor Gladstone, la Cámara de los Comunes dispuso el 18 de febrero de 1867 publicar la estadística de todo el cereal, en forma de granos o harina de todo tipo, exportado e importado por el Reino Unido entre 1831 y 1866. Doy a continuación la síntesis de los resultados. La harina está reducida a *quarters* de cereal^[141] (véase el cuadro en la pág. 419).

La enorme capacidad del sistema fabril de expandirse a saltos y su dependencia respecto del mercado mundial provocan necesariamente una producción de ritmo febril y la consiguiente saturación de los mercados, que al contraerse paralizan la industria. La vida industrial se transforma en una secuencia de periodos de actividad media, prosperidad, sobreproducción, crisis y estagnación. Con estos cambios periódicos del ciclo industrial se vuelven normales la inseguridad e inestabilidad que la producción maquinizada impone a la ocupación del obrero y, de este modo, a su situación vital. Excepto en los tiempos de prosperidad, entre los capitalistas se entabla una lucha cruel por su participación individual en el mercado. Esta participación se encuentra en relación directa a la baratura del producto. Además de la rivalidad creada de este modo en el uso de la maquinaria perfeccionada, sustitutiva de fuerza de trabajo, y en la aplicación de nuevos métodos de producción, se llega siempre a un punto en que se aspira a abaratar la mercancía mediante la reducción violenta del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo²³⁵.

Centeno	1850:	388.749	1862:	7.108
Harina de trigo	1850:	3.819.440	1862:	7.207.113
Alforfón	1850:	1.054	1862:	19.571
Maíz	1850:	5.473.161	1862:	11.694.818
<i>Bere</i> o <i>bigg</i> (variedad de cebada)	1850:	2.039	1862:	7.675
Arvejas	1850:	811.620	1862:	1.024.722
Frijoles	1850:	1.822.972	1862:	2.037.137
Importación total	1850:	35.365.801	1862:	74.083.441

²³⁵ En un llamamiento a las *Trade Societies of England*, en julio de 1866, de los obreros lanzados a la calle mediante un *lock-out* de los fabricantes de calzado de Leicester, se dice entre otras cosas: "Hace casi 20 años, la fabricación de calzado en Leicester se vio revolucionada por la introducción del claveteado en vez del cosido. En aquel entonces se podía ganar buenos salarios. Pronto esta nueva modalidad se expandió considerablemente. Una gran competencia se entabló entre las diversas firmas por brindar el artículo del mejor gusto. Poco después, sin embargo, surgió una especie peor de competencia, a saber, la de vender en el mercado por debajo del precio (*undersell*). Las nocivas consecuencias pronto se manifestaron en la reducción de los salarios, y tan impetuosa y rápida fue la caída del precio del trabajo que en la actualidad muchas firmas pagan sólo la mitad del salario primitivo. Y, sin embargo, aunque los salarios disminuyen cada vez más, las ganancias parecen crecer con cada variación en las tarifas laborales". Los fabricantes se aprovechan incluso de los periodos desfavorables de la industria para hacer ganancias extraordinarias mediante

El aumento del número de obreros fabriles está limitado, pues, por un crecimiento proporcional mucho mayor del capital total invertido en las fábricas. Este proceso, no obstante, sólo tiene lugar en los períodos de flujo y reflujo del ciclo industrial. Es, además, interrumpido constantemente por el progreso técnico que o bien reemplaza virtualmente a los obreros, o bien los desplaza de hecho. Este cambio cualitativo en la producción maquinizada aleja permanentemente a obreros de la fábrica o cierra sus puertas a la nueva corriente de reclutas, mientras que la simple expansión cuantitativa de las fábricas absorbe, junto con los despedidos, a contingentes frescos. Los obreros son, de este modo, continuamente repelidos y atraídos, lanzados de un lado a otro, y todo esto en medio del cambio constante de sexo, edad y habilidad de los obreros contratados.

La suerte del obrero fabril quedará ilustrada de la mejor manera si echamos una rápida mirada a las vicisitudes de la industria inglesa del algodón.

De 1770 a 1815, la industria algodonera tuvo 5 años de depresión o estancamiento. En el transcurso de ese primer período de 45 años, los fabricantes ingleses poseían el monopolio de la maquinaria y del mercado mundial. De 1815 a 1821, depresión; 1822 y 1823, prosperidad; 1824, se derogan las leyes de coalición^[142], gran expansión general de las fábricas; 1825, crisis; 1826, gran miseria y revueltas de los obreros del algodón; 1827, lento mejoramiento; 1828, gran aumento de los telares de vapor y de la exportación; 1829, la exportación, en particular a la India, sobrepasa la de todos los años anteriores; 1830, saturación de los mercados, situación calamitosa; de 1831 a 1833, depresión continua, el comercio con Asia Oriental (India y China) deja de ser monopolio de la Compañía de las Indias Orientales. 1834, gran aumento de fábricas y maquinaria, escasez de mano de obra. La nueva ley de beneficencia propicia la migración de los obreros agrícolas hacia los distritos fabriles. Barrido de niños en los condados rurales. Trata de esclavos blancos. 1835, gran prosperidad. Simultáneamente, mueren de hambre los tejedores manuales de algodón. 1836, gran prosperidad. 1837 y 1838, depresión

una reducción salarial excesiva, es decir, por medio del robo directo de los medios de subsistencia imprescindibles del obrero. Un ejemplo. Se trata de la crisis en las tejedurías de seda en Coventry: "De antecedentes obtenidos tanto de fabricantes como de obreros se desprende, indudablemente, que los salarios fueron reducidos en una proporción superior a lo requerido por la competencia de productores extranjeros u otras circunstancias. La mayoría de los tejedores trabaja con una reducción salarial del 30 al 40%. Una pieza de cinta por la que hace cinco años el obrero obtenía 6 ó 7 chelines, ahora sólo le proporciona 3 chelines y 3 peniques o 3 chelines y 6 peniques. Por otro trabajo, antes pagado a 4 chelines y hasta 4 chelines y 3 peniques, recibe ahora sólo 2 chelines o 2 chelines y 3 peniques. La reducción salarial es superior a la necesaria para incentivar la demanda. En efecto, en muchos tipos de cintas la reducción del salario ni siquiera es acompañada de una disminución en el precio del artículo" (Informe del comisario F. D. Longe en *Child Emp. Comm., V Rep. 1866*, p. 114, No 1).

Periodos quinquenales y 1866

	1831-1835	1836-1840	1841-1845	1846-1850	1851-1855	1856-1860	1861-1865	1866
Promedio anual Importaciones, en <i>quarters</i>	1.096.373	2.389.729	2.843.865	8.776.552	8.345.237	10,913.612	15.009.871	16.457.340
Promedio anual Exportaciones, en <i>quarters</i>	225.263	251.770	139.056	155.461	307.491	341.150	302.754	216.218
Excedente de las importaciones sobre exportaciones	871.110	2.137.959	2.704.809	8.621.091	8.037.746	10.572.462	14.707.117	16.241.122
Población								
Promedio anual en cada periodo	24.621.107	25.929.507	27.262.569	27.797.598	27.572.923	28.391.544	29.381.760	29.935.404
Cantidad promedio de cereal, etc., en <i>quarters</i> , consumida anualmente por individuo, con igual distribución entre la población, por sobre la producción nacional	0,036	0,082	0,099	0,310	0,291	0,372	0,501	0,543

y crisis. 1839, reactivación. 1840, gran depresión, sublevaciones, intervención del ejército. 1841 y 1842, enormes sufrimientos de los obreros fabriles. 1842, los fabricantes expulsan a los obreros de las fábricas para forzar la revocación de las leyes cerealeras. Los obreros fluyen por miles a Yorkshire, donde los rechaza el ejército, sus dirigentes son llevados a los tribunales en Lancaster. 1843, gran miseria. 1844, reactivación. 1845, gran prosperidad. 1846, primero se registra un auge prolongado, luego síntomas de reacción. Revocación de las leyes cerealeras. 1847, crisis. Reducción general de los salarios en un 10% y más, para conmemorar la *big loaf* [gran hogaza de pan] ¹⁴³¹. 1848, depresión constante. Manchester bajo protección militar. 1849, reactivación. 1850, prosperidad. 1851, caída de los precios mercantiles, bajos salarios, *strikes* [huelgas] frecuentes. 1852, comienza una mejoría. Continúan las *strikes*, los fabricantes amenazan con importar obreros extranjeros. 1853, exportación creciente. *Strike* de ocho meses y gran miseria en Preston. 1854, prosperidad, saturación de los mercados. 1855, fluyen informaciones sobre quiebras en Estados Unidos, Canadá y los mercados de Asia Oriental. 1856, gran prosperidad. 1857, crisis. 1858, mejoría. 1859, gran prosperidad, aumento del número de fábricas. 1860, cenit de la industria algodonera inglesa. Los mercados indios, australianos y de otros países están tan saturados que aún en 1863 apenas habían absorbido toda la pacotilla. Convenio comercial con Francia. Enorme crecimiento de las fábricas y de la maquinaria. 1861, el auge se prolonga un cierto tiempo, luego se opera una reacción, guerra civil norteamericana, escasez de algodón. De 1862 a 1863, quiebra completa.

La historia de la escasez de algodón es demasiado característica como para no detenernos por unos instantes en ella. De los datos acerca de la situación en el mercado mundial en 1860 y 1861 se comprenderá que la carencia de algodón le vino muy bien a los fabricantes y, en parte, les resultó hasta ventajosa, lo que fue reconocido en los informes de la Cámara de Comercio de Manchester, proclamado en el Parlamento por Palmerston y Derby y confirmado por los hechos²³⁶. Por cierto, entre las 2.887 fábricas algodoneras del Reino Unido había en el año 1861 muchas pequeñas. Según informe del inspector fabril A. Redgrave, cuyo distrito administrativo incluía 2.109 de las 2.887 fábricas, 392, o sea el 19%, empleaban menos de 10 caballos de fuerza; 345, o sea el 16%, de 10 a menos de 20; 1.372, en cambio, 20 y más caballos de fuerza²³⁷. La mayoría de las fábricas pequeñas eran tejedurías fundadas desde 1858, durante el período de prosperidad, principalmente por especuladores, de los cuales uno suministraba el hilado, otro la maquinaria, un tercero

²³⁶ Cfr. *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1862*, p. 30

²³⁷ L.c., p. 19.

el edificio, quedando la fábrica bajo la dirección de antiguos *over-lookers* [capataces] o de otras personas sin recursos. Estos pequeños fabricantes la mayoría de las veces quebraban. La misma suerte les habría deparado la crisis comercial, cuyo inicio fue impedido por la escasez de algodón. Aunque constituían 1/3 del número de empresarios, sus fábricas absorbían una proporción incomparablemente menor del capital invertido en la industria algodonera. Por lo que se refiere a la profundidad de la paralización, según evaluaciones fidedignas, en octubre de 1862 un 60,3% de los husos y un 58% de los telares estaban parados. Esto corresponde a toda la rama industrial y, por supuesto, variaba mucho en los distintos distritos. Sólo muy pocas fábricas trabajaban a tiempo completo (60 horas por semana); las demás lo hacían con interrupciones. Incluso para los pocos obreros ocupados a tiempo completo y con el pago a destajo acostumbrado, el salario semanal se redujo necesariamente al reemplazarse el algodón de mejor calidad por uno peor, el *Sea Island* por el egipcio (en las hilanderías de hilado fino), el norteamericano y egipcio por *surat* (de las Indias Orientales) y el algodón puro por mezclas de desperdicios de algodón con *surat*. La fibra más corta del algodón *surat*, su estado de suciedad, la menor firmeza de los hilos, el reemplazo de la harina por todo tipo de ingredientes más pesados en el carmenado de los lizos, etc., reducían la velocidad de la maquinaria o el número de telares que podía vigilar un tejedor, aumentaban el trabajo de corrección de los errores de la máquina y, al limitarse la masa de productos, restringían el pago a destajo. Al emplear *surat* y en condiciones de plena ocupación, las pérdidas de los obreros ascendían al 20%, 30% o más. La mayoría de los fabricantes redujo la tasa del pago a destajo en 5, 7¹/₂ y 10%. Se comprenderá, pues, cual sería la situación de los obreros ocupados sólo 3, 3¹/₂ ó 4 días a la semana o sólo 6 horas al día. En 1863, después de haberse producido una mejoría relativa, el salario semanal de los tejedores, hilanderos, etc., era de 3 chelines y 4 peniques, 3 chelines y 10 peniques, 4 chelines y 6 peniques, 5 chelines y 1 penique, etc.²³⁸. Incluso en estas condiciones penosas, la inventiva de los fabricantes no permanecía tranquila en materia de descuentos salariales. Estos se imponían en parte como multas por los defectos del producto debidos a la mala calidad del algodón, a la maquinaria inadecuada, etc. Allí donde el fabricante era propietario de las *cottages* [chozas] de los obreros, cobraba directamente el alquiler descontándolo del salario nominal. El inspector fabril Redgrave nos habla de *selfacting minders* (que vigilan un par de *selfacting mules*), los cuales

“al finalizar catorce días de trabajo completo ganaban 8 chelines y 11 peniques, descontándose de esta suma el alquiler, del cual el fabricante devolvía la mitad como

²³⁸ *Reports of Fact. for 31st Oct. 1863*, pp. 41-45, 51.

regalo, de tal modo que los *minders* llevaban a su casa 6 chelines y 11 peniques. A fines del año 1862, el salario semanal de los tejedores era de 2 chelines y 6 peniques para arriba²³⁹.

Aun cuando los obreros trabajaban tiempo reducido, de los salarios se les descontaba a menudo el alquiler²⁴⁰. ¡No es sorprendente en esas condiciones que en algunas partes de Lancashire estallara una especie de peste del hambre! Pero lo más característico de todo esto era que la revolucionarización del proceso de producción se efectuaba a costa del obrero. Eran verdaderos *experimenta in corpore vili* [experimentos en cuerpos viles], como los realizados por el anatomista en las ranas.

"Aunque he consignado" —dice el inspector fabril Redgrave— "los ingresos efectivos de los obreros en muchas fábricas, de ello no se debe concluir que obtienen la misma suma semana tras semana. Los obreros están expuestos a las mayores fluctuaciones debido al constante experimentar (*experimentalizing*) de los fabricantes... Sus ingresos suben o bajan de acuerdo a la calidad de la mezcla de algodón; a veces se acercan en un 15% a sus ingresos anteriores, y a la semana siguiente o subsiguiente caen en un 50 ó 60%."²⁴¹

Estos experimentos no sólo se efectuaban a costa de los medios de subsistencia de los obreros. Estos tenían que pagarlos con sus cinco sentidos.

"Los obreros ocupados en limpiar el algodón me informaron que el hedor inaguantable les provoca náuseas... En los talleres de mezcla, *scribbling* [carmenado] y cardado, el polvo y la suciedad, que se desprenden, irritan todos los orificios de la cabeza, producen tos y dificultan la respiración... Como las fibras son muy cortas, en el apresto se les agrega una gran cantidad de materias y, en particular, todo tipo de sustitutos en reemplazo de la harina que antes se usaba. De ahí las náuseas y la dispepsia de los tejedores. La bronquitis impera a causa del polvo, igual que la faringitis y también una enfermedad de la piel como resultado de la irritación provocada, a su vez, por la suciedad que contiene el *surat*."

De otra parte, los sustitutos de la harina, al incrementar el peso del hilado, eran para los señores fabricantes una verdadera bolsa de Fortunato. Hacían que "15 libras de materias primas pesaran una vez tejidas 20"²⁴². En el informe de los inspectores fabriles del 30 de abril de 1864 puede leerse:

"La industria emplea actualmente estas fuentes auxiliares de recursos en una medida realmente indecente. De buena fuente sé que 8 libras de tejido están compuestas de $5\frac{1}{4}$ libras de algodón y $2\frac{3}{4}$ libras de apresto. Otro tejido de $5\frac{1}{4}$ libras contenía 2 libras de apresto. En este caso eran *shirtings* [telas de hacer camisas] ordinarias de exportación. En otros géneros, a veces se agrega un 50% de apresto, de tal modo que los fabricantes pueden jactarse, y realmente lo hacen de que se enriquecen vendiendo tejidos por menos dinero del que cuesta el hilado contenido nominalmente en ellos"²⁴³.

²³⁹ *Reports etc. 31st Oct. 1863*, pp. 41, 42.

²⁴⁰ *L.c.*, p. 57.

²⁴¹ *L.c.*, pp. 50, 51.

²⁴² *L.c.*, pp. 62, 63.

²⁴³ *Reports etc. 30th April 1864*, p. 27.

Pero los obreros no sólo debían sufrir bajo los experimentos de los empresarios en las fábricas y de las municipalidades fuera de ellas, no sólo de la reducción de salarios y la desocupación, de la miseria y las limosnas, de los panegíricos de los lores y los miembros de la Cámara de los Comunes.

"Mujeres desdichadas, desocupadas a causa de la crisis algodonera, se convirtieron en la escoria de la sociedad y siguen siéndolo... El número de prostitutas jóvenes ha aumentado como nunca en los últimos 25 años."²⁴⁴

Así pues, en los primeros 45 años de la industria algodonera inglesa, de 1770 a 1815, nos encontramos con sólo 5 años de crisis y estagnación, pero era un período en que esta industria poseía el monopolio mundial. El segundo período, de 48 años, desde 1815 a 1863, sólo con 20 años de reactivación y prosperidad contra 28 de depresión y estancamiento. Desde 1815 a 1830 se inicia la competencia con Europa continental y Estados Unidos. A partir de 1833 se logra la expansión de los mercados asiáticos mediante la "destrucción de la raza humana"^[144]. Desde la revocación de las leyes cerealeras, en 1846, y hasta 1863, a ocho años de actividad media y prosperidad corresponden 9 de depresión y estancamiento. En la nota que incluimos al pie de la página puede evaluarse la situación de los algodoneros varones adultos, aun en tiempos de prosperidad²⁴⁵.

²⁴⁴ De una carta del *Chief Constable* [Jefe de policía] de Bolton, Harris, en *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, pp. 61, 62.

²⁴⁵ En un llamamiento de los obreros del algodón, en la primavera de 1863, a crear una sociedad de emigración, se dice entre otras cosas: "Pocos negarán que en la actualidad es absolutamente necesaria una gran emigración de obreros fabriles. Pero los hechos siguientes muestran que se requiere una constante corriente emigratoria y que sin ella es imposible mantener nuestra situación en tiempos normales: En 1814, el valor oficial" (que sólo es un índice de la cantidad) "de los productos de algodón exportados era de £17.665.378, su verdadero valor de mercado fue de £20.070.824. En 1858, el valor oficial de los artículos de algodón exportados era de £182.221.681, su valor real de mercado sólo de £43.001.322; de modo que la decuplicación de la cantidad produjo poco más que la duplicación del equivalente. Este resultado, tan dañino para el país en general y los obreros fabriles en particular, fue consecuencia de diversas causas que actuaron de conjunto. Una de las más destacadas es el constante exceso de trabajo, indispensable en esta rama industrial, la cual requiere, so pena de hundimiento, la continua expansión del mercado. Nuestras fábricas algodoneras pueden verse paralizadas por la estagnación periódica del comercio que es, bajo el sistema actual, tan inevitable como la muerte. Pero no por ello se detiene la inventiva del hombre. Aunque en los últimos 25 años han dejado este país, calculando por lo bajo, seis millones de personas, incluso en los tiempos de mayor prosperidad un gran porcentaje de hombres adultos no encuentra, sin embargo, ocupación en las fábricas bajo ninguna condición, y ello debido al constante desplazamiento del trabajo con el fin de abaratar el producto" (*Reports of Insp. of Fact., 30th April 1863*, pp. 51, 52). En un capítulo posterior se verá de qué modo los señores fabricantes trataron de impedir por todos los medios, recurriendo incluso a la ayuda del Estado, la emigración de los obreros fabriles durante la catástrofe algodonera.

8. REVOLUCION OPERADA POR LA GRAN INDUSTRIA EN LA MANUFACTURA, LA ARTESANIA Y EL TRABAJO DOMICILIARIO

a) Supresión de la cooperación basada en la artesanía y la división del trabajo

Hemos visto cómo la maquinaria suprime la cooperación basada en la artesanía, y la manufactura fundada en la división del trabajo artesanal. Un ejemplo del primer caso es la máquina segadora, que reemplaza la cooperación de los segadores. La máquina para fabricar agujas es un ejemplo contundente del segundo caso. Según Adam Smith, en su época diez hombres producían diariamente, gracias a la división del trabajo, más de 48.000 agujas. Actualmente, en cambio, una sola máquina fabrica 145.000 agujas en una jornada de 11 horas. Una mujer o una joven vigilan en promedio 4 de estas máquinas y producen, por consiguiente, gracias a la maquinaria, 600.000 agujas de coser diarias y, por semana, más de 3.000.000²⁴⁶. En la medida en que una sola máquina de trabajo ocupe el lugar de la cooperación o de la manufactura, puede convertirse nuevamente en base de la producción artesanal. Sin embargo, esta reproducción del régimen artesanal sobre la base de la maquinaria no es más que la transición a la producción fabril, tránsito que tiene lugar, por regla general, no bien la fuerza motriz mecánica, el vapor o el agua rempazan los músculos humanos en el movimiento de la máquina. Esporádica y sólo temporalmente, la pequeña producción puede asociarse a la fuerza motriz mecánica, alquilando el vapor, como ocurre en algunas manufacturas de Birmingham, o utilizando pequeñas máquinas calóricas^[145], como en ciertas ramas de la tejeduría, etc²⁴⁷. En las sederías de Coventry se desarrolló de manera espontánea el experimento de las *cottage-factories*. En el centro de un cuadrado, formado por filas de *cottages* [chozas], se erigía una llamada *engine-house*, donde se encontraba una máquina de vapor, unida por árboles a los telares en las *cottages*. En todos los casos el vapor era alquilado, por ejemplo, a 2¹/₂ chelines por telar. Este alquiler del vapor debía ser cancelado semanalmente, funcionasen o no los telares. Cada *cottage* contenía de 2 a 6 telares, pertenecientes a los obreros, comprados a crédito o alquilados. La lucha entre la *cottage-factory* y la fábrica propiamente tal duró 12 años. Terminó con la ruina definitiva de 300 *cottage-factories*²⁴⁸. Allí donde la naturaleza del proceso no requería desde un comienzo la producción en gran escala, las industrias recién formadas en los últimos decenios —por

²⁴⁶ Child. *Empl. Comm.*, III Report, 1864, p. 108, No 447.

²⁴⁷ En Estados Unidos es usual tal reproducción del régimen artesanal sobre la base de la maquinaria. Precisamente por esta razón, la concentración que acompaña la inevitable transición a la producción fabril, marchará allí con botas de siete leguas, en comparación con lo que acontece en Europa, e incluso en Inglaterra.

²⁴⁸ Cfr. *Reports of Insp. of Fact.* 31st Oct. 1865, p. 64.

ejemplo, la fabricación de sobres postales, resortes de acero, etc.—recorrieron, por regla general, primero la etapa de producción artesanal y luego la de la producción manufacturera, como breves fases transitorias hacia la producción fabril. Esta metamorfosis resulta más difícil allí donde la producción manufacturera del artículo no implica una secuencia de procesos de desarrollo, sino una multitud de procesos dispares. Fue este, por ejemplo, el gran obstáculo en la producción de resortes de acero. Sin embargo, hace ya casi quince años se inventó un autómatas que ejecuta de un golpe seis procesos dispares. En 1820, la producción artesanal suministró las primeras 12 docenas de resortes de acero a £7 y 4 chelines, en 1830, la manufactura las vendía a 8 chelines, y la fábrica las suministra hoy al comercio mayorista al precio de 2 a 6 peniques²⁴⁹.

b) Repercusión del sistema fabril sobre la manufactura y el trabajo domiciliario

Con el desarrollo del sistema fabril y la revolución en la agricultura, que acompaña este desarrollo, no sólo se extiende la escala de la producción en todas las otras ramas industriales, sino que también se altera su carácter. En todas partes se vuelve determinante el principio de la producción maquinizada de analizar el proceso de producción y sus fases constitutivas y resolver los problemas planteados mediante la aplicación de la química, la mecánica, etc., en breve, de las ciencias naturales. La maquinaria pues, se abre paso en la manufactura, empleándose bien sea en un proceso parcial o en otro. Se disuelve con ello su firme estructura cristalizada, que procede de la vieja división del trabajo, y deja su lugar a cambios continuos. Además, se revoluciona radicalmente la composición del obrero global o del personal combinado de trabajo. Al contrario del período manufacturero, el plan de la división del trabajo se basa ahora, donde sea posible, en el uso del trabajo femenino, de niños de todas las edades, de obreros no calificados; en pocas palabras, del *cheap labour*, o trabajo barato, como lo caracterizan los ingleses. Esto no sólo es válido para toda la producción combinada en gran escala, utilice o no maquinaria, sino también para la llamada industria domiciliaria, no importa si se efectúa en los domicilios privados de los obreros o en pequeños talleres. Esta llamada industria domiciliaria moderna no tiene nada en común, salvo el nombre, con la industria domiciliaria antigua que suponía un artesanado urbano indepen-

²⁴⁹ El señor Gillot estableció en Birmingham la primera manufactura de resortes de acero en gran escala. Dicha empresa producía ya en 1851 más de 180 millones de resortes y consumía más de 120 toneladas anuales de chapas de acero. Birmingham, que en el Reino Unido monopoliza esta industria, produce ahora anualmente miles de millones de resortes de acero. Según el censo de 1861, el número de personas ocupadas era de 1.428, entre ellas, 1.268 obreras de 5 años de edad y más.

diente, una economía campesina autónoma y más que nada una casa de propiedad de la familia obrera. Ahora se ha transformado en el departamento exterior de la fábrica, de la manufactura o de la tienda de mercancías. Además de los obreros fabriles y manufactureros y de los artesanos, a los que el capital concentra en grandes masas y dirige directamente, éste mueve por medio de hilos invisibles a otro ejército, el de los obreros domiciliarios, esparcidos por las grandes ciudades y el campo. Un ejemplo: la fábrica de camisas de los señores Tillie, en Londonderry, Irlanda, emplea a 1.000 obreros fabriles y a 9.000 obreros domiciliarios repartidos en el campo²⁵⁰.

La explotación de la fuerza de trabajo más barata e inmadura se vuelve más descarada en la manufactura moderna que en la fábrica propiamente tal, pues la base técnica de ésta, así como el reemplazo de la fuerza muscular por las máquinas y la facilidad del trabajo, no son comunes en aquélla, sometiéndose además, de la manera más inescrupulosa, los cuerpos de mujeres o aun de niños a la influencia de sustancias tóxicas, etc. La explotación es todavía más descarada en la llamada industria domiciliaria que en la manufactura, porque con la dispersión disminuye la capacidad de resistencia de los obreros; porque toda una serie de parásitos rapaces se interpone entre el patrón propiamente tal y el obrero; porque el trabajo domiciliario lucha en todas partes en las mismas ramas industriales con la producción maquinizada o, a lo menos, manufacturera; porque la pobreza priva al obrero de las condiciones de trabajo más indispensables, de espacio, luz, ventilación, etc.; porque aumenta la irregularidad de la ocupación y, finalmente, porque en esos últimos asilos de los "excedentes" creados por la gran industria y la agricultura, la competencia entre los obreros alcanza necesariamente su punto máximo. La economía de los medios de producción que la industria maquinizada hace efectiva por primera vez sistemáticamente y que acompaña desde un comienzo el despilfarro más despiadado de la fuerza de trabajo y el robo de las condiciones normales de la función laboral, muestra hoy tanto más su aspecto antagónico y homicida cuanto menos desarrolladas estén en una rama industrial la fuerza productiva social del trabajo y la base técnica del proceso laboral combinado.

c) La manufactura moderna

Ilustraré ahora con algunos ejemplos las afirmaciones enunciadas anteriormente. El lector, de hecho, conoce ya muchos ejemplos que aparecen en el capítulo sobre la jornada laboral. Las manufacturas de metales en Birmingham y sus alrededores emplean, para trabajos en gran parte muy pesados, 30.000 niños y jóvenes, además de

²⁵⁰ *Child. Empl. Comm., II Rep., 1864*, p. LXVIII, № 415.

10.000 mujeres. Se les puede encontrar aquí en las fundiciones de cobre, en fábricas de botones, en talleres de vidriado, galvanización y barnizado, todos ellos insalubres²⁵¹. Debido al trabajo excesivo de adultos y menores de edad, diversas imprentas londinenses de libros y periódicos han recibido el famoso nombre de "matadero"^{251a}. Los mismos excesos tienen lugar en los talleres de encuadernación, siendo sus víctimas, en particular, mujeres, muchachas y niños. Trabajo pesado para menores de edad y adolescentes en las cordelerías, trabajo nocturno en las salinas, en las manufacturas de velas y otras manufacturas químicas; empleo homicida de jóvenes para hacer andar los telares en las sederías no accionadas mecánicamente²⁵². Uno de los trabajos más infames, sucios y peor pagados, en el que se emplea de preferencia a muchachas y mujeres, es la clasificación de trapos. Se sabe que Gran Bretaña, además de sus propias e innumerables existencias de trapos, constituye el imperio mundial del comercio traperero. Fluyen a ella desde Japón, los Estados más alejados de América del Sur y de las islas Canarias. Sin embargo, las principales fuentes de importación son Alemania, Francia, Rusia, Italia, Egipto, Turquía, Bélgica y Holanda. Los trapos son usados como abono, en la fabricación de relleno (de acolchados); de *shoddy* (lana artificial) y como materia prima del papel. Las clasificadoras de trapos sirven de vehículos difusores de la viruela y otras enfermedades, cuyas primeras víctimas son ellas mismas²⁵³. De ejemplo clásico de sobretrabajo, de labor pesada e inadecuada y del consiguiente embrutecimiento de los obreros, consumidos desde la infancia en esta esfera, puede servir, junto a la producción minera y carbonífera, la fabricación de ladrillos y tejas, en la cual en Inglaterra sólo se emplea esporádicamente la máquina inventada hace poco (1866). Entre mayo y septiembre, el trabajo se prolonga desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche, y allí donde el secado se realiza al aire libre el horario suele durar de las 4 de la mañana a las 9 de la noche. La jornada laboral que se prolonga de las 5 de la mañana a las 7 de la noche se considera como una jornada "reducida", "moderada". Niños de ambos sexos son empleados desde los 6 e incluso desde los 4 años. Trabajan la misma cantidad de horas, y con frecuencia más que los adultos. El trabajo es pesado y el calor veraniego aumenta aún más el agotamiento. En una fábrica de ladrillos, en Mosley, por ejemplo, una muchacha de 24 años hacía 2.000 ladrillos al día, asistida por dos niñas menores de edad en calidad de ayudantes

²⁵¹ IY hasta niños en los talleres de pulir limas en Sheffield!

^{251a} *Child. Empl. Comm., V Rep., 1866*, p. 3, № 24; p. 6, №№ 55, 56; p. 7, №№ 59, 60.

²⁵² L.c., pp. 114, 115, №№ 6-7. El miembro de la comisión investigadora señala acertadamente que si en otras partes la máquina reemplaza al hombre, aquí es el joven quien sustituye literalmente a la máquina.

²⁵³ Véase el informe sobre el comercio de trapos y abundante documentación en *Public Health, VIII Report*, Londres, 1866. Apéndice, pp. 196-208.

que le traían el barro y apilaban los ladrillos. Estas chicas transportaban diariamente 10 toneladas por las resbaladizas laderas del foso de 30 pies de profundidad de donde extraían el barro, llevándolas a un lugar situado a 210 pies de distancia.

"Es imposible para un niño pasar por el purgatorio de la producción de ladrillos sin sufrir una gran degradación moral... El lenguaje grosero que deben escuchar desde la más temprana edad, las costumbres obscenas, indecentes y descaradas entre las que crecen, sumidos en la ignorancia y el embrutecimiento, los convierten para el resto de su vida en personas desafortunadas, corrompidas y libertinas... Una fuente terrible de desmoralización es el tipo de vivienda. Cada *moulder* (moldeador)" (en propiedad, el obrero calificado y jefe de un grupo de trabajadores) "brinda a su cuadrilla de 7 personas casa y comida en su cabaña o *cottage*. Pertenezcan o no a su familia, los hombres, jóvenes y muchachas duermen en la cabaña. Esta consiste usualmente de dos y sólo excepcionalmente de tres piezas, todas en el primer piso, con poca ventilación. Los cuerpos están tan agotados por el duro trabajo de todo el día que en modo alguno se respetan ni mínimamente las reglas de higiene, limpieza o decencia. Muchas de estas cabañas son modelos de desorden, suciedad y polvo... El mayor mal del sistema de emplear a muchachas en esta clase de trabajos consiste en que, por regla general, las encadena desde la niñez y por toda su vida a la chusma más depravada. Se convierten en muchachos groseros y deslenguados (*rough, foul-mouthed boys*), antes de que la naturaleza les enseñe que son mujeres. Vestidas con unos pocos trapos sucios, con las piernas descubiertas más allá de las rodillas y el pelo y la cara sucios con barro, aprenden a tratar con desprecio cualquier sentimiento de moral y de pudor. Durante las horas de comida se tienden en el suelo o miran cómo los muchachos se bañan en un canal vecino. Y cuando por fin terminan su arduo trabajo diario, se ponen vestidos mejores y acompañan a los hombres a las cervecerías."

Es natural que en toda esta categoría de obreros impere desde la niñez el mayor apego a la bebida.

"Lo más grave es que los ladrilleros desesperan de sí mismos. ¡Usted —le decía uno de los mejores de entre ellos al capellán de Southallfield— podría tratar de educar y mejorar a un ladrillero del mismo modo que al diablo, sir!" ("*You might as well try to raise and improve the devil as a brickie, Sir!*")²⁵⁴

Acerca de cómo los capitalistas economizan las condiciones de trabajo en la manufactura moderna (por la cual comprendemos aquí todos los talleres que producen en gran escala, salvo las fábricas propiamente tales) se encuentra un riquísimo material oficial en los *Public Health Reports* IV (1861) y VI (1864). La descripción de los *workshops* (talleres), en particular los de los impresores y sastres londinenses, supera las más espeluznantes fantasías de nuestros novelistas. El efecto sobre el estado de salud del obrero es evidente. El Dr. Simon, el funcionario médico de mayor rango del *Privy Council*^[146] y editor oficial de los *Public Health Reports*, señala, entre otras cosas:

"En mi cuarto informe" (1861) "muestro cómo para el obrero es prácticamente imposible insistir en lo que es su primer derecho de salud, el derecho de que, sea cual sea el trabajo para el que los reúne su patrón, dicha labor permanezca libre,

²⁵⁴ *Child. Empl. Comm., V Report*, 1866, pp. XVI-XVIII, No. No 86-97 pp. 130-133, No. No 39-71. Véase también *ibid., III Report*, 1864, pp. 48, 56.

en la medida en que de éste dependa, de toda circunstancia que pueda afectar la salud. Mostré que siendo el obrero prácticamente incapaz de procurarse él mismo esta justicia sanitaria, no puede conseguir un apoyo efectivo entre los funcionarios designados por la policía sanitaria. La vida de miríadas de obreros y obreras es, ahora, inútilmente torturada y reducida por el interminable sufrimiento físico que les produce su mera ocupación²⁵⁵.

El Dr. Simon presenta la siguiente lista de mortalidad, para ejemplificar el efecto de los locales laborales sobre el estado de la salud:

Número de personas de todas las edades empleadas en las respectivas industrias	Industrias comparadas en cuanto al estado de salud	Tasa de mortalidad por 100.000 hombres en las respectivas industrias (por edades)		
		25 a 35 años	35 a 45 años	45 a 55 años
958.265	Agricultura en Inglaterra y Gales	743	805	1.145
22.301 varones	sastres londinenses impresores londinenses	958	1.262	2.093
12.377 mujeres				
13.803				

d) La industria domiciliaria moderna

Me referiré ahora al llamado trabajo domiciliario. Para formarse una idea acerca de este ámbito de explotación del capital, erigido en el patio trasero de la gran industria, y de sus monstruosidades, obsérvese, por ejemplo, la situación, en apariencias completamente idílica, de la producción de clavos, efectuada en algunos pueblos alejados de Inglaterra²⁵⁷. Baste aquí con algunos ejemplos de ramas, como la fabricación de encajes y el trenzado de la paja, no maquinizadas en absoluto o que compiten con la producción maquinizada o manufacturera.

De las 150.000 personas ocupadas en la producción inglesa de

²⁵⁵ *Public Health, VI Rep.*, Londres, 1864, pp. 29. 31.

²⁵⁶ L.c., p. 30. El Dr. Simon señala que la mortalidad de los sastres e impresores londinenses entre los 25 y 35 años es, en los hechos, mucho mayor, pues los patrones londinenses dan empleo a un gran número de jóvenes del campo, menores de 30 años, en calidad de "aprendices" e "improvers" (que deben perfeccionarse en su oficio). Dichos jóvenes figuran en el censo como habitantes de Londres, aumentando el número en base al cual se calcula la tasa de mortalidad en la ciudad, pero sin contribuir proporcionalmente al número de casos de defunción. La mayor parte de ellos regresa al campo, particularmente en casos de enfermedades graves (l.c.).

²⁵⁷ Se trata aquí de clavos hechos a martillo, a diferencia de los tajados a máquina, Véase *Child. Empl. Comm., III Report*, pp. XI, XIX, Nº Nº 125-130; p. 52, Nº 11; pp. 113-114, Nº 487; p. 137, Nº 674.

encajes, aproximadamente 10.000 están sometidas a las disposiciones de la ley fabril de 1861. La enorme mayoría de las restantes 140.000 personas son mujeres, jóvenes y niños de ambos sexos, aunque el masculino está representado débilmente. El estado de salud de este "barato" material de explotación se desprende de la siguiente exposición del Dr. Trueman, médico del *General Dispensary* [Policlínico General] de Nottingham. De cada 686 pacientes, productoras de encajes, la mayoría entre los 17 y los 24 años, sufrían de tuberculosis:

1852: 1 de cada 45	1857: 1 de cada 13
1853: 1 de cada 28	1858: 1 de cada 15
1854: 1 de cada 17	1859: 1 de cada 9
1855: 1 de cada 18	1860: 1 de cada 8
1856: 1 de cada 15	1861: 1 de cada 8 ²⁵⁸

Esta progresión en la tasa de tuberculosis deberá satisfacer a los más optimistas partidarios del progreso y a los más mentirosos buhoneros del librecambio en Alemania.

La ley fabril de 1861 regula la producción de encajes propiamente dicha en la medida en que ésta se realice con maquinaria, lo cual es la regla en Inglaterra. Las ramas que consideramos aquí brevemente —sin incluir, por cierto, a los obreros que están concentrados en manufacturas, casas comerciales, etc., sino sólo a los llamados obreros domiciliarios— se dividen en dos: 1) el *finishing* (último arreglo de los encajes fabricados a máquina, categoría que incluye a su vez numerosas divisiones); 2) la confección de encajes de bolillos.

El *lace finishing* se efectúa como trabajo domiciliario en las llamadas *mistresses houses* o por mujeres, solas o con sus niños, en sus casas privadas. Las mujeres que regentan las *mistresses houses* son también pobres. El taller forma parte de sus viviendas. Estas mujeres reciben encargos de fabricantes, propietarios de tiendas de mercancías, etc., y emplean a mujeres, muchachas y niños pequeños, según las dimensiones del local y la demanda fluctuante del negocio. El número de las obreras empleadas varía de 20 a 40 en algunos locales y de 10 a 20 en otros. La edad mínima promedio a que comienzan a trabajar los niños es de 6 años, sin embargo algunos tienen menos de 5. La jornada usual dura desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche, con hora y media para las comidas, las cuales son ingeridas irregularmente y con frecuencia en los mismos cuchitriles hediondos donde se trabaja. Si el negocio marcha bien, el trabajo dura a menudo desde las 8 de la mañana (a veces desde las 6) hasta las 10, 11 ó 12 de la noche. En los cuarteles ingleses, el espacio prescrito por soldado es de 500 a 600 pies cúbicos, en los hospitales militares, de 1.200. En esas covachas laborales, la proporción es de 67 a 100 pies cúbicos por persona. Al mismo tiempo, el alumbrado de gas consume el oxígeno

²⁵⁸ *Child Empl. Comm., II Report*, p. XXII, № 166.

no del aire. Para mantener limpios los encajes, los niños frecuentemente deben sacarse los zapatos, también en invierno, aunque el piso sea de baldosas o de ladrillos.

"No es raro encontrar en Nottingham de 15 a 20 niños hacinados en un cuarto, tal vez no más de 12 por 12 pies, ocupados durante 15 de las 24 horas en una labor agotadora de por sí, debido a su carácter aburrido y monótono, y ejecutada además en condiciones insalubres en extremo... Incluso los niños más pequeños trabajan con una atención y una velocidad sorprendentes, sin darles casi nunca a sus dedos un descanso o un movimiento más lento. Si se les dirige una pregunta, no levantan los ojos por temor a perder un instante."

La "vara" sirve a las *mistresses* como estímulo al que se recurre a medida que sea necesario prolongar el tiempo de trabajo.

"Los niños se cansan paulatinamente y se vuelven tan inquietos como los pájaros, cuando se acerca el término del largo tiempo en que están amarrados a una ocupación monótona, nociva para la vista, agotadora por la posición invariable del cuerpo. Es un verdadero trabajo de esclavos" ("*Their work is like slavery*")²⁵⁹.

Allí donde las mujeres trabajan con sus propios hijos en su casa, es decir, en un sentido moderno, en una pieza alquilada, usualmente en un desván, la situación es, si cabe, aún peor. Este tipo de trabajo se reparte en 80 millas alrededor de Nottingham. Cuando el niño empleado en una gran tienda se retira a las 9 ó 10 de la noche, se le suele entregar un paquete con puntillas para terminarlas en casa. El fariseo capitalista, representado por uno de sus siervos asalariados, se lo entrega con unción, diciéndole: "esto es para tu madre", pero sabe muy bien que el pobre niño deberá sentarse a ayudar²⁶⁰.

La industria de los encajes de bolillos está establecida principalmente en dos distritos agrícolas ingleses: en el distrito de encajes de Honiton, que abarca de 20 a 30 millas a lo largo de la costa meridional de Devonshire, incluyendo unos pocos lugares de North-Devon, y un segundo distrito que ocupa la mayor parte de los condados de Buckingham, Bedford, Northampton y las regiones vecinas de Oxfordshire y Huntingdonshire. Las *cottages* de los jornaleros agrícolas sirven, por lo común, de talleres de trabajo. Algunos señores manufactureros emplean más de 3.000 obreros a domicilio exclusivamente de sexo femenino, principalmente niñas y jóvenes. Se repite la situación descrita a propósito del *lace finishing*, sólo que el lugar de las *mistresses houses* lo ocupan las llamadas *lace schools* [escuelas de encaje], regentadas por mujeres pobres en sus casas. Desde los cinco años de edad —y a veces desde antes— hasta los doce o quince trabajan las niñas en estas escuelas; durante el primer año las más pequeñas trabajan de 4 a 8 horas, luego, desde las 6 de la mañana hasta las 8 y las 10 de la noche.

"Las piezas son, en general, salas comunes de pequeñas *cottages*, con la chimenea tapada para evitar corrientes de aire, y quienes las ocupan sólo cuentan

²⁵⁹ *Child. Empl. Comm., II Report. 1864*, pp. XIX, XX, XXI.

²⁶⁰ *L.c.*, pp. XXI, XXII.

para calentarse, a veces también en invierno, con su propio calor animal. En otros casos, estas llamadas salas de clase son sólo cuartos similares a pequeñas despensas, sin calefacción... El hacinamiento en estas covachas y la consiguiente pestilencia del aire suelen ser extremos. A esto se agrega el efecto nocivo de las alcantarillas, letrinas, sustancias en descomposición y otras inmundicias habituales en los accesos a las *cottages* pequeñas."

En lo que respecta al espacio:

"En una escuela de encajes había 18 muchachas y la maestra, 33 pies cúbicos por persona; en otra, donde se sentía un hedor inaguantable, trabajaban 18 personas, $24\frac{1}{2}$ pies cúbicos per cápita. En esta industria se encuentra a niñas de $2\frac{1}{2}$ años²⁶¹.

Donde termina la producción de encajes, en los condados rurales de Buckingham y Bedford, comienza el trenzado de paja. Este se extiende en una gran parte de Hertfordshire y las regiones occidentales y septentrionales de Essex. En 1861, estaban ocupadas en la industria de trenzar y hacer sombreros de paja 48.043 personas, de ellas, 3.815 eran varones de todas las edades; de las demás, de sexo femenino, 14.913 eran menores de 20 años y cerca de 7.000 eran niñas. El lugar de las escuelas de encaje lo ocupan aquí las *straw plait schools* [escuelas de trenzar paja]. Los niños comienzan su instrucción en trenzar paja a los cuatro años de edad, a veces incluso entre los tres y los cuatro. Por supuesto, no obtienen ninguna educación. Los mismos niños llaman a las escuelas básicas *natural schools* [escuelas naturales], a diferencia de estas instituciones vampirescas, donde simplemente se los mantiene trabajando hasta que cumplan la tarea que les encargan sus madres medio hambrientas, a menudo 30 yardas al día. Estas madres los obligan luego a trabajar en la casa hasta las 10, 11 ó 12 de la noche. La paja les corta los dedos y la boca, en la cual la humedecen constantemente. Según la opinión general de los funcionarios médicos de Londres, resumida por el Dr. Ballard, el espacio mínimo requerido por persona en un dormitorio o pieza de trabajo es de 300 pies cúbicos. Pero, en las escuelas de trenzar paja, el espacio se reparte de una manera aún más ahorrrativa que en las escuelas de encaje: $12\frac{2}{3}$, 17, $18\frac{1}{2}$ y menos de 22 pies cúbicos por persona.

"Los guarismos más pequeños de éstos" —dice el miembro de la comisión investigadora White— "representan menos de la mitad del espacio que necesitaría un niño embalado en una caja que midiera tres pies en todos los sentidos."

Así disfrutan de la vida estos niños hasta los 12 ó los 14 años. Los padres, miserables y degradados, sólo piensan en extraer lo más posible de sus niños. Los hijos cuando crecen no dan, por supuesto, ni un céntimo por sus padres, y los dejan.

"No es sorprendente que la ignorancia y el vicio cundan en una población educada de esta manera... Su moralidad se encuentra en el peldaño más bajo... Un

²⁶¹ L.c., pp. XXIX, XXX.

gran número de mujeres tiene niños ilegítimos y algunas a una edad tan temprana que pasan incluso a las personas más versadas en estadísticas criminales.²⁶²

Y la patria de estas familias ejemplares es, como dice el conde Montalembert —seguramente un personaje muy competente en cristianismo—, el país modelo de la Europa cristiana!

El salario, en general miserable en las ramas industriales que acabamos de tratar (el salario máximo que en forma excepcional perciben los niños en las escuelas de trenzar paja es de 3 chelines), es disminuido aún más por debajo de su monto nominal mediante el *truck-system* [pagos con bonos], preponderante de manera especial en los distritos que producen encajes²⁶³.

e) Transición de la manufactura moderna y del trabajo domiciliario a la gran industria. Aceleramiento de esta revolución al aplicarse las leyes fabriles a estos modos de producción

El abaratamiento de la fuerza de trabajo por el simple empleo abusivo de la fuerza de trabajo femenina e infantil, por el despojo de todas las condiciones normales de trabajo y de vida y la mera brutalidad del sobretrabajo y el trabajo nocturno choca finalmente con ciertas restricciones naturales insuperables; otro tanto acontece con el abaratamiento de las mercancías y la explotación capitalista en general, fundados sobre estas bases. No bien se haya alcanzado, por fin, este punto —y ello toma bastante tiempo—, llega la hora de introducir la maquinaria y de transformar —ahora con rapidez— el trabajo domiciliario disperso (o de la manufactura) en producción fabril.

El ejemplo más colosal de este movimiento nos lo brinda la producción de *wearing apparel* [prendas de vestir]. Según la clasificación de la *Children's Employment Commission*, esta industria abarca a los fabricantes de sombreros de paja y sombreros de mujer, de gorros, a los costureros, *milliners* y *dressmakers*²⁶⁴, camiseros y costureras, fabricantes de corsé, de guantes, zapateros, además de muchas otras ramas menores, como la fabricación de corbatas, cuellos, etc. El personal femenino ocupado en Inglaterra y Gales en estas industrias era, en 1861, de 586.298 personas, siendo a lo menos 115.242 menores de 20 años y 16.560 no cumplían los 15. El número de estas obreras era en el Reino Unido (1861) de 750.334. El número de obreros varones ocupados en Inglaterra y Gales en

²⁶² L.c., pp. XL, XLI.

²⁶³ *Child. Empl. Comm., 1 Rep.*, 1863, p. 185.

²⁶⁴ En rigor, la *millinery* se refiere sólo al adorno de la cabeza, pero comprende también la producción de mantos y mantillas de mujer; las *dressmakers* son lo mismo que nuestras modistas.

labores de sombrereros, zapateros, guanteros y sastres llegaba a 437.969, de los cuales 14.964 eran menores de 15 años, 89.285 tenían entre 15 y 20, 333.117 eran mayores de 20 años. En estos datos faltan muchas ramas menores que pertenecen a esta categoría. Pero, si tomamos los números tal cual están, obtendremos sólo para Inglaterra y Gales, según el censo de 1861, una suma de 1.024.267 personas, o sea, aproximadamente tantas como las que absorben la agricultura y la ganadería. Uno comienza a comprender para qué la maquinaria ayuda a producir masas tan enormes de productos y a "liberar" masas tan grandes de obreros.

La producción de *wearing apparel* se realiza por manufacturas que, en su interior, no hicieron más que reproducir la división del trabajo, cuyos *membra disjecta* [miembros dispersos] ¹¹⁴⁷¹ encontraron ya acabados; está a cargo de pequeños maestros artesanos que ya no producen como antes para consumidores individuales, sino que lo hacen para manufacturas y tiendas de mercancías, de modo que, con frecuencia, ciudades y regiones rurales enteras se especializan en ramas como, por ejemplo, la zapatería; finalmente, el mayor volumen es producido por los llamados obreros domiciliarios, que constituyen el departamento exterior de las manufacturas, tiendas de mercancías e incluso de los pequeños patrones ²⁶⁵. La gran industria proporciona masas de materiales de trabajo, materias primas y productos semifabricados, etc., la masa de trabajo humano barato (*tail-lable à merci et misericorde* [explotable a merced]) se compone de personas "liberadas" por la gran industria y la agricultura. Las manufacturas de este ámbito deben su origen, principalmente, a la necesidad de los capitalistas de tener constantemente a mano un ejército en estado de alerta ante cualquier movimiento de la demanda ²⁶⁶. Estas manufacturas, sin embargo, permitían que a su lado subsistiesen, como su amplia base, la dispersa producción artesanal y domiciliaria. La gran producción de plusvalor en estas ramas y el paralelo abaratamiento progresivo de sus artículos se debió y se debe, ante todo, al mínimo de salario, suficiente tan sólo para vegetar de manera miserable y acompañado del máximo humanamente posible de tiempo de trabajo. Fue precisamente la baratura del sudor y de la sangre humana, convertidos en mercancías, lo que expandió y expande diariamente el mercado, y para Inglaterra particularmente el mercado colonial, donde por lo demás predominan las costumbres y los gustos ingleses. Finalmente, se llegó

²⁶⁵ En Inglaterra, la *millinery* y la *dressmaking* se efectúan principalmente en talleres del empleador, en parte, por obreras contratadas que viven ahí mismo y, en parte, por jornaleras que viven fuera.

²⁶⁶ El miembro de la comisión investigadora White visitó una manufactura de uniformes militares que empleaba de 1.000 a 1.200 personas, casi todas mujeres, una manufactura de calzado de 1.300 personas, de las cuales casi la mitad eran niños y jóvenes, etc. (*Child. Empl. Comm., II Rep., p. XLVII, № 319*).

a un punto crítico. La base del método antiguo, la simple explotación brutal del obrero, acompañada en mayor o menor grado de una división del trabajo desarrollada sistemáticamente, ya no era suficiente para habérselas con un mercado en expansión y con la competencia capitalista que aumentaba aún más rápido. Había sonado la hora de la maquinaria. La máquina decididamente revolucionaria, la que abarcó por parejo a todas las innumerables ramas de esta esfera de producción —modistería, sastrería, zapatería, costurería, fabricación de sombreros, etc.—, es la máquina de coser.

Su efecto inmediato sobre los obreros es, aproximadamente, el de toda maquinaria que, en el período de la gran industria, conquista nuevas ramas de la producción. Se deja de utilizar a los niños más pequeños. El salario de los obreros mecánicos sube en relación al de los obreros domiciliarios, muchos de los cuales pertenecen a "los más pobres entre los pobres" (*the poorest of the poor*). Cae el salario de los artesanos, que se encontraban en mejor situación, pues la máquina les hace competencia. Los nuevos obreros mecánicos son exclusivamente muchachas y mujeres jóvenes. Con ayuda de la fuerza mecánica destruyen el monopolio masculino en la labor más pesada y expulsan de los trabajos más livianos a masas de mujeres de edad y a niños pequeños. La competencia omnipotente destruye y los obreros manuales más débiles. Durante el último decenio, el aumento espantoso de muertes por inanición (*death from starvation*) en Londres discurre paralelamente a la expansión de la costura maquinizada²⁶⁷. Las nuevas obreras que trabajan en las máquinas de coser, poniéndolas en movimiento con la mano y el pie, o sólo con la mano, sentadas o paradas según el peso, el volumen y la especialidad de la máquina, despliegan una gran fuerza de trabajo. Su ocupación afecta la salud debido a la duración del proceso, aunque sea la mayoría de las veces menor que con el sistema antiguo. Allí donde la máquina de coser —como en la fabricación de calzado, corsés, sombreros, etc.— se interna en talleres estrechos y de gran hacinamiento, multiplica los efectos dañinos para la salud.

"La impresión" —dice el miembro de la comisión investigadora Lord— "que uno tiene al entrar en estos talleres de techo bajo, donde trabajan juntos 30 ó 40 obreros mecánicos, es insoportable... El calor, debido en parte a los hornos de gas con que se calientan las planchas, es horrible... Incluso si en tales locales rigen las llamadas jornadas de trabajo moderadas, esto es, de 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde, comúnmente, se desmayan cada día 3 ó 4 personas."²⁶⁸

La revolución en el modo social de producción, producto imprescindible de la transformación verificada en el medio de pro-

²⁶⁷ Un ejemplo. El 26 de febrero de 1864, el informe semanal de defunciones del *Registrar General*^[148] contiene 5 casos de muerte por inanición. El mismo día, el *Times* informa de un nuevo caso. ¡Seis víctimas fatales del hambre en una semana!

²⁶⁸ *Child. Empl. Comm., II Rep.*, 1864, p. LXVII, No. 406-409; p. 84, No. 124; p. LXXIII, No. 441; p. 68, No. 6; p. 84, No. 126; p. 78, No. 85; p. 76, No. 69; p. LXXII, No. 438.

ducción, se realiza a través de un caos abigarrado de formas de transición. Estas varían según el grado en que las máquinas de coser se apoderan de tal o cual rama industrial y según la duración de este proceso, de acuerdo a la situación preexistente del obrero, la preponderancia de la producción maquinizada, artesanal o domiciliaria, el alquiler de los locales laborales²⁶⁹, etc. En la modistería, por ejemplo, donde el trabajo ya estaba en su mayor parte organizado —fundamentalmente a través de la cooperación simple—, la máquina de coser constituye, en un comienzo, tan sólo un nuevo factor de la producción manufacturera. En la sastrería, camisería, zapatería, etc., se cruzan todas las formas. Aquí observamos la producción fabril propiamente dicha. Allí, los intermediarios obtienen del capitalista *en chef* [en jefe] las materias primas y agrupan en “buhardillas” o “desvanes” y en torno de las máquinas de coser de 10 a 50 asalariados y aún más. Por último, como ocurre con toda maquinaria que no forma un sistema estructurado y es aplicable en escalas ínfimas, los artesanos y obreros domiciliarios con ayuda de su propia familia o de unos pocos obreros ajenos emplean máquinas de coser que les pertenecen a ellos mismos²⁷⁰. En la práctica, predomina ahora en Inglaterra un sistema en que el capitalista concentra en sus talleres un número mayor de máquinas, distribuyendo, luego, el producto de ellas, para su elaboración ulterior, entre el ejército de obreros domiciliarios²⁷¹. El abigarramiento de las formas de transición no logra ocultar, sin embargo, la tendencia a su transformación en producción fabril propiamente dicha. Esta tendencia es alimentada por el carácter de la propia máquina de coser, cuya variada aplicabilidad induce a unir ramas industriales, antes separadas, en el mismo edificio y bajo el mando del mismo capital; por la circunstancia de que las labores preparatorias de costura y algunas otras operaciones se efectúan de la manera más adecuada en el sitio donde se encuentra la máquina; finalmente, por la inevitable expropiación de los artesanos y obreros a domicilio que producen con sus propias máquinas. En parte, esta fatalidad ya se ha concretado. La masa de capital en continua expansión²⁷², invertida en máquinas de coser, estimula la producción y provoca estancamientos en el mercado, que sirven de señal a los obreros domiciliarios para vender sus máquinas. La sobreproducción de

²⁶⁹ “El alquiler de los locales laborales parece ser, en último término, el factor que define, y particularmente en la capital, la conservación por tanto tiempo del viejo sistema de dar trabajo a pequeños empresarios y a sus familias, y que se retorne a él antes que nada” (l.c., p. 83, № 123). La afirmación final se refiere exclusivamente a la producción de calzado.

²⁷⁰ Esto no tiene lugar en la fabricación de guantes, etc., donde la situación del obrero apenas se distingue de la de los indigentes.

²⁷¹ l.c., p. 83, № 122.

²⁷² Sólo en la fábrica de botas y zapatos de Leicester que produce para la venta al por mayor ya en 1864 se empleaban 800 máquinas de coser.

tales máquinas obliga a sus productores, ávidos de encontrarles salida, a alquilarlas por un pago semanal, creando con ello una competencia mortal para los pequeños propietarios de máquinas²⁷³. Los cambios en la construcción de máquinas y su abaratamiento deprecian con la misma constancia los viejos modelos que resultan rentables únicamente en manos de grandes capitalistas, que los compran en masa a precios irrisorios. Por último, aquí, como en todos los procesos similares de transformación, la sustitución del hombre por la máquina de vapor es decisiva. La utilización de la fuerza de vapor choca, en un comienzo, con obstáculos puramente técnicos, como la vibración de las máquinas, las dificultades en dominar su velocidad, el rápido deterioro de las máquinas más ligeras, etc., dificultades todas que la experiencia pronto enseña a superar²⁷⁴. Si, de una parte, la concentración de muchas máquinas de trabajo en grandes manufacturas impulsa el empleo de la fuerza de vapor, de otra, la competencia del vapor con los músculos humanos acelera la concentración de obreros y máquinas de trabajo en grandes fábricas. Por eso, Inglaterra experimenta actualmente tanto en el vasto ámbito de la producción de *wearing apparel* como en la mayoría de las demás industrias la transformación de la manufactura, de la artesanía y del trabajo domiciliario en producción fabril, después que todas esas formas, completamente alteradas, desintegradas y deformadas bajo la influencia de la gran industria, reprodujeran e incluso superaran desde hace tiempo todas las atrocidades del sistema fabril, sin haber recogido los momentos positivos de su desarrollo²⁷⁵.

Esta revolución industrial, que se realiza espontáneamente, es acelerada de manera artificial por la expansión de las leyes fabriles a todas las ramas industriales en las cuales trabajan mujeres, jóvenes y niños. La regulación coercitiva de la jornada laboral —su duración, pausas, inicio y fin—, del sistema de relevos infantiles, la exclusión de todos los niños menores de cierta edad, etc., hacen necesario, de una parte, multiplicar la maquinaria²⁷⁶ y sustituir los músculos

²⁷³ L.c., p. 84, № 124.

²⁷⁴ Así acontece, por ejemplo, en el depósito de uniformes del ejército de Pimlico, Londres, en la fábrica de camisas de Tillie y Hendersen en Londonderry, en la fábrica de vestidos de la firma Tait en Limerick, que emplea 1.200 "brazos".

²⁷⁵ "Tendencia hacia el sistema fabril" (l.c., p. LXVII). "Toda la industria se encuentra en este momento en un estado de transición y atraviesa por cambios similares a los efectuados en la industria de encajes, la tejeduría, etc." (l.c., № 405). "Una revolución completa" (l.c., p. XLVI, № 318). En los tiempos de la *Child. Empl. Comm.* de 1840, la producción de medias era aún manual. Desde 1846 se introdujeron diversos tipos de máquinas, accionadas actualmente a vapor. El número total de las personas de ambos sexos y de todas las edades a partir de los 3 años, empleadas en Inglaterra en esta industria, era en 1862 de casi 120.000. De ellas, según el *Parliamentary Return* del 11 de febrero de 1862^[149], sólo 4.063 se encontraban bajo las disposiciones de la ley fabril.

²⁷⁶ Así, por ejemplo, referente a la alfarería, la firma Cochran de la *Britannia Pottery*, Glasgow, informa: "Para mantener nuestro nivel de producción, en la actual-

por el vapor como fuerza motriz²⁷⁷. De otra parte, para ganar en espacio lo que se pierde en tiempo, se amplían los medios de producción empleados colectivamente —los hornos, edificios, etc.—, o sea, en pocas palabras, tiene lugar una mayor concentración de los medios de producción y, en consecuencia, una mayor conglomeración de obreros. La objeción principal que repite fervorosamente toda manufactura amenazada por la ley fabril es, de hecho, la necesidad de un mayor desembolso de capital para que el negocio continúe en el volumen anterior. Pero en lo que se refiere a las formas intermedias entre la manufactura y el trabajo domiciliario, e incluso a éste último, pierden terreno con la restricción de la jornada laboral y del trabajo infantil. La explotación ilimitada de fuerza de trabajo barata constituye el único fundamento de su capacidad de competir.

Condición esencial de la producción fabril, en particular tras su sometimiento a la regulación de la jornada laboral, es que exista una seguridad normal en el resultado, es decir, en la producción de una determinada cantidad de mercancía o del efecto útil perseguido en un lapso dado. Las pausas legales de la jornada laboral regulada presuponen, además, que el trabajo se detenga súbita y periódicamente sin que ello dañe al producto que se encuentra en proceso de producción. Esta seguridad del resultado y esa capacidad de interrumpir el trabajo son, por supuesto, más fáciles de alcanzar en las industrias puramente mecánicas que en aquellas donde desempeñan cierto papel los procesos químicos y físicos, como por ejemplo en la alfarería, el blanqueado, la tintorería, la panificación y en la mayoría de las manufacturas metalúrgicas. Al acostumbrarse a la rutina de la jornada laboral ilimitada, del trabajo nocturno y de la libre devastación de la vida humana, todo obstáculo de procedencia natural pronto es considerado como "límite natural" eterno de la producción. Ningún veneno extermina las plagas con tanta seguridad como la ley fabril a tales "límites naturales". Nadie gritó con más fuerza sobre "imposibilidades" que los señores de la alfarería. En 1864 se les impuso la ley fabril, y apenas 16 meses después todas las imposibilidades habían desaparecido.

"El método perfeccionado consistente en preparar la pasta de alfarería (*slip*) por presión en vez de hacerlo por evaporación, la nueva construcción de los hornos para el secado de las piezas no cocidas, etc.", promovidos por la ley fabril, "son sucesos de gran importancia en el arte alfarero y marcan un progreso con el cual

lidad empleamos extensivamente máquinas manejadas por obreros no calificados y cada día nos convencemos más de que podemos producir una cantidad mayor que utilizando el viejo método" (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, p. 13). "El efecto de la ley fabril consiste en estimular la introducción ulterior de maquinaria" (l.c., pp. 13, 14).

²⁷⁷ Así, tras la introducción de la ley fabril en la alfarería, hubo gran aumento de los *power jiggers* [tornos mecánicos] en vez de los *handmoved jiggers* [tornos manuales].

el siglo precedente no puede rivalizar... Se ha reducido considerablemente la temperatura de los hornos, con una disminución notable en el consumo de carbón y un efecto más rápido sobre la mercancía.²⁷⁸

A pesar de todas las profecías, no creció el precio de costo de los artículos de cerámica, pero sí aumentó la masa de productos a tal nivel que la exportación de 12 meses, de diciembre de 1864 a diciembre de 1865, arrojó un excedente de £138.628 sobre el promedio de los tres años anteriores. En la fabricación de fósforos se consideraba ley natural que los jóvenes, incluso al tragar su almuerzo, empaparan los palillos en una composición de fósforo caliente, cuyas emanaciones venenosas les daban en la cara. Con la necesidad de economizar tiempo, la ley fabril (de 1864) obligó a introducir una *dipping machine* [máquina de remojar], gracias a la cual aquellas emanaciones no pueden alcanzar a los obreros²⁷⁹. Así, por ejemplo, se afirma ahora en las ramas de la manufactura de encajes, aún no sometidas a la ley fabril, que las comidas no podrían ser regulares debido a los distintos lapsos que necesitan para secarse los distintos materiales para hacer puntillas, lapsos que varían entre 3 minutos y una hora y más. A esta afirmación responden los miembros de la *Children's Employment Commission*:

"Las circunstancias son las mismas que en la impresión de papeles de empapelar. Algunos de los principales fabricantes en esta rama afirmaban enérgicamente que la naturaleza de los materiales empleados y la diversidad de los procesos que recorren no permitirían, sin grandes pérdidas, detener súbitamente el trabajo a las horas de comida... La cláusula 6 de la 6ª sección de la *Factory Acts Extension Act*" [ley de extensión de la ley fabril] (1864) "les concedió un plazo de dieciocho meses desde la fecha de la promulgación de la ley, a cuyo término deberían someterse a las pausas de descanso especificadas por la ley fabril"²⁸⁰.

Apenas producida la sanción parlamentaria de la ley, cuando los señores fabricantes descubrieron que

"no han tenido lugar los inconvenientes que esperábamos de la introducción de la ley fabril. No consideramos que la producción esté afectada en modo alguno. De hecho, producimos más en el mismo tiempo"²⁸¹.

Vemos que el Parlamento inglés, al que nadie tachará de genial, llegó empíricamente a la conclusión que una ley coercitiva podía simplemente suprimir por decreto todos los llamados obstáculos naturales de la producción que se oponen a la limitación y regulación de la jornada laboral. Por eso, al introducirse la ley fabril en una rama industrial, se fija un plazo de 6 a 18 meses, dentro del cual es tarea del fabricante terminar con los obstáculos técnicos.

²⁷⁸ *Rep. Insp. Fact., 31st Oct. 1865*, pp. 96 y 127.

²⁷⁹ La introducción de estas y otras máquinas en una fábrica de fósforos hizo que en un departamento se sustituyera a 230 jóvenes por 32 adolescentes de ambos sexos, de 14 a los 17 años. La aplicación de la fuerza de vapor llevó más lejos, en 1865, este ahorro de obreros.

²⁸⁰ *Child. Empl. Comm., II Rep.*, 1864, p. IX, № 50.

²⁸¹ *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, p. 22.

La sentencia de Mirabeau: "*Impossible? No me dites jamais ce bête de mot!*" ["¿Imposible? ¡No me digan jamás esa palabra necia!"] es particularmente válida para la tecnología moderna. Pero, si la ley fabril hace madurar de este modo, como en un invernadero, los elementos materiales necesarios para la transformación de la producción manufacturera en fabril, simultáneamente acelera, mediante la necesidad de mayores desembolsos de capital, la ruina de los empresarios más pequeños y la concentración del capital²⁸².

Abstrayéndonos de los obstáculos puramente técnicos y superables asimismo por medios técnicos, la regulación de la jornada laboral choca con costumbres irregulares del propio obrero, en particular allí donde predomina el pago a destajo y donde el tiempo perdido durante parte del día o de la semana puede compensarse con el sobretrabajo ulterior o el trabajo nocturno, método que embrutece al obrero adulto y arruina a sus compañeros jóvenes y a los de sexo femenino²⁸³. Aunque esta irregularidad en el gasto de la fuerza de trabajo es una burda reacción espontánea contra el hastío, producto de un ajetreo monótono, proviene también, sin embargo, en un grado incomparablemente mayor de la misma anarquía de la producción que, a su vez, presupone una explotación desenfrenada de la fuerza de trabajo por el capital. Junto a las vicisitudes generales del ciclo industrial y las fluctuaciones particulares del mercado, en cada rama de la producción entra en escena también lo que se llama temporada, ya sea en base a la periodicidad de las épocas favorables para la navegación o la moda, y el carácter repentino de grandes pedidos a ejecutar en el más breve plazo. Estos pedidos se vuelven más habituales al extenderse el ferrocarril y el telégrafo.

"La extensión del sistema ferroviario por todo el país" —dice por ejemplo un fabricante londinense— "ha estimulado la costumbre de colocar pedidos de corto plazo. Compradores de Glasgow, Manchester y Edimburgo viajan ahora una vez cada 14 días para efectuar compras al por mayor en las casas comerciales de la City, a las cuales nosotros suministramos las mercancías. Ellos colocan pedidos que

²⁸² "En muchas antiguas manufacturas, los perfeccionamientos necesarios... no pueden ser introducidos sin desembolsos de capital que superan los recursos de muchos propietarios actuales... Una desorganización pasajera acompaña necesariamente la introducción de las leyes fabriles. La magnitud de esta desorganización se encuentra en razón directa a la magnitud de los abusos que se procura superar" (l.c., pp. 96, 97).

²⁸³ En los altos hornos, por ejemplo, "el tiempo de trabajo se incrementa, en general, notoriamente hacia el fin de semana, a consecuencia del hábito de los obreros a descansar los lunes y, ocasionalmente, durante todo o parte del martes" (*Child. Empl. Comm., III Rep.*, p. VI). "Los pequeños maestros artesanos cumplen, en general, jornadas laborales muy irregulares. Pierden 2 ó 3 días, y luego trabajan toda la noche para recuperar las pérdidas... Emplean a sus propios niños, si los tienen" (l.c., p. VII). "La falta de regularidad al comenzar el trabajo es incentivada por la posibilidad y la práctica de recuperar las pérdidas mediante el sobretrabajo" (l.c., p. XVIII). "En Birmingham se pierden enormes cantidades de tiempo... al holgazanear parte del tiempo y trabajar como esclavos el resto" (l.c., p. XI).

deben ser ejecutados inmediatamente, en vez de comprar la existencia en bodega como era antes costumbre. En años anteriores, estábamos en condiciones de trabajar, durante los períodos de calma, para la próxima temporada, pero ahora nadie puede predecir cuál será la demanda."²⁸⁴

En las fábricas y manufacturas aún no sometidas a la ley fabril, durante la llamada temporada impera el exceso de trabajo más terrible, que sobreviene también debido a los pedidos repentinos. En el departamento externo de la fábrica, la manufactura y el comercio, en el ámbito del trabajo domiciliario, ya de por sí irregular en extremo y por entero dependiente, en cuanto a las materias y a los pedidos, del estado de ánimo del capitalista —no limitado aquí por consideraciones respecto de la valorización de edificios, máquinas, etc., y que no arriesga nada salvo la piel de los propios obreros—, se cría sistemáticamente un ejército industrial de reserva, siempre disponible, diezmado durante una parte del año por trabajos forzados inhumanos y corrompido durante la otra parte por la carencia de ocupación.

"Los patrones" —dice la *Children's Employment Commision*— "aprovechan la acostumbrada irregularidad del trabajo domiciliario para imponerlo hasta las 11, las 12 de la noche o las 2 de la mañana, de hecho, como reza la frase en boga, a toda hora en épocas cuando se requiere trabajo extra", y esto en locales, "donde el hedor es suficiente para tumbarlo a uno (*the stench is enough to knock you down*). Tal vez llegaréis hasta la puerta y la abriréis, pero sentiréis escalofríos de pensar en seguir adelante."²⁸⁵ "Son gente rara nuestros patrones" —dice uno de los testigos interrogados, un zapatero— "creen que a un joven no le hace daño cuando durante medio día se mata trabajando y durante la otra mitad se le obliga a poco menos que holgazanear."²⁸⁶

Capitalistas interesados afirmaban y afirman que estos "hábitos del negocio" ("*usages which have grown with the growth of trade*"), al igual que los obstáculos técnicos de la producción, constituyen "límites naturales"; este era un clamor favorito de los lores algodoneros en los tiempos en que la ley fabril los amenazaba por primera vez. Aunque su industria se basa en mayor medida que cualquiera otra en el mercado mundial, y por tanto en la navegación, la experiencia les dio un mentís. Desde entonces, los inspectores fabriles ingleses tratan todo presunto "obstáculo industrial" como una simple patraña²⁸⁷. Las detenidas y escrupulosas investigaciones de la *Children's*

²⁸⁴ *Child. Empl. Comm., IV Rep.*, p. XXXII. "Se sostiene que la expansión del sistema ferroviario ha contribuido grandemente a la costumbre de colocar pedidos repentinos, y para los obreros ha significado el consiguiente ajetreo, la negligencia con respecto a las horas de comida y las horas extras" (l.c., p. XXXI).

²⁸⁵ *Child. Empl. Comm., IV Rep.*, p. XXXV, №№ 235 y 237.

²⁸⁶ l.c., p. 127, № 56.

²⁸⁷ "En cuanto a las pérdidas registradas en el comercio por no cumplir a tiempo los pedidos de embarque, recuerdo que éste era el argumento preferido de los señores fabricantes en 1832 y 1833. Nada de lo que pueda aducirse ahora en este sentido podrá tener tanto peso como tenía entonces, cuando el vapor no había reducido aún a la mitad todas las distancias y establecido nuevas normas de tránsito. Ese argumento fracasó entonces, cuando se puso a prueba, y fracasaría seguramente de nuevo de hacerse otra vez el intento" (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1862*, pp. 54, 55).

Employment Commission demuestran, en efecto, que en algunas industrias la regulación de la jornada laboral sólo distribuiría de manera más uniforme en el transcurso del año la masa de trabajo ya empleada²⁸⁸, que esta regulación sería el primer freno racional aplicado a los desmesurados caprichos de la moda, homicidas, vacuos y de por sí inadecuados para el sistema de la gran industria²⁸⁹; que el desarrollo de la navegación oceánica y de los medios de comunicación en general ha suprimido la base técnica propiamente dicha del trabajo de temporada²⁹⁰; que todas las demás circunstancias, presuntamente incontrolables, son superadas levantando nuevos edificios, añadiendo maquinaria, incrementando el número de los obreros ocupados simultáneamente²⁹¹ y debido a la repercusión de todos estos cambios en el sistema de comercio al por mayor²⁹². Sin embargo, el capital consiente tales cambios radicales, como lo ha declarado repetidas veces por boca de sus representantes, "sólo bajo la presión de una decisión parlamentaria de validez general"²⁹³, que regule por la fuerza de la ley la jornada laboral.

²⁸⁸ *Child. Empl. Comm., III Rep.*, p. XVIII, № 118.

²⁸⁹ John Bellers señalaba ya en 1699: "La incertidumbre de las modas incrementa el número de los indigentes. Contiene en sí dos grandes inconvenientes: 1) los oficiales pasan miseria en el invierno por falta de trabajo, pues los merceros y los maestros tejedores no se atreven —antes de comenzar la primavera y saber lo que estará de moda— a desembolsar sus capitales en la ocupación de oficiales; 2) en la primavera los oficiales no dan abasto, de manera que los maestros tejedores deben tomar a muchos aprendices para poder abastecer el comercio del reino en un trimestre o un semestre, lo que arranca al labrador del arado, vacía de jornaleros el campo, satura en sumo grado las ciudades de pordioseros y mendigos, matando en invierno de hambre a los que se avergüenzan de pedir limosnas" (*Essays about the Poor, Manufactures, etc.*, p. 9).

²⁹⁰ *Child. Empl. Comm., V Rep.*, p. 171, № 34.

²⁹¹ Así, por ejemplo, se dice en los testimonios de los exportadores de Bradford: "Bajo estas circunstancias, resulta a todas luces inútil que en las tiendas los jóvenes estén ocupados por más tiempo que desde las 8 de la mañana hasta las 7 ó 7 1/2 de la tarde. No es más que una cuestión de desembolsos extras y brazos adicionales. No se necesitaría que los jóvenes trabajasen hasta tan tarde en la noche, si algunos patrones no estuvieran tan sedientos de ganancias; una máquina extra cuesta sólo £16 ó 17... Todas las dificultades provienen de la insuficiencia de instalaciones y la falta de espacio" (L.c., p. 171, №№ 35, 36 y 38).

²⁹² L.c., [p. 81, № 32]. Un fabricante londinense, que por lo demás considera la regulación forzosa de la jornada laboral como medio de defensa de los obreros contra los fabricantes y de los fabricantes mismos contra el comercio mayorista, declara: "En nuestro negocio, la presión proviene de los exportadores, los cuales, por ejemplo, desean despachar mercancías en un velero para estar en una determinada temporada en el lugar preciso y embolsarse además la diferencia de fletes entre el velero y el vapor, o de dos vapores elegir el primero para aparecer en el mercado exterior antes que sus competidores".

²⁹³ "Esto podría obviarse a costa de ampliar la producción bajo la presión de una ley general del Parlamento", dice un fabricante (L.c., p. X, № 38).

**9. LEGISLACION FABRIL
(CLAUSULAS SANITARIAS Y EDUCACIONALES).
SU GENERALIZACION EN INGLATERRA**

La legislación fabril, la primera reacción consciente y planificada de la sociedad sobre la forma espontánea de su proceso de producción, es, como vimos, un producto tan imprescindible de la gran industria como lo son el hilado de algodón, las *selfactors* [máquinas automáticas] y el telégrafo eléctrico. Antes de referirnos a su generalización en Inglaterra, mencionaremos brevemente algunas cláusulas de la ley fabril inglesa que no se relacionan con el número de horas de la jornada laboral.

Dajando de lado su redacción, que facilita al capitalista obviarlas, las cláusulas de salud son extremadamente pobres y, de hecho, se limitan a prescripciones referentes al blanqueo de las paredes y algunas otras medidas de limpieza, ventilación o de protección frente a la maquinaria peligrosa. En el Libro III retornaremos a la lucha frenética librada por los fabricantes contra la cláusula que les imponía desembolsos mínimos en la protección de los miembros de su "mano de obra". Aquí se prueba de nuevo brillantemente el dogma del libre cambio, de que en una sociedad de intereses antagónicos cada uno procura el bienestar común persiguiendo sus propios fines. Baste un ejemplo. Como es conocido, durante los últimos veinte años ha crecido mucho en Irlanda la industria del lino, y con ella las *scutching mills* [fábricas para aplastar y agramar el lino]. En 1864, había allí 1.800 *mills* de ese tipo. Periódicamente, en el otoño y el invierno, se arranca de los trabajos agrícolas principalmente a jóvenes y mujeres, hijos, hijas y esposas de los pequeños arrendatarios vecinos —gente que desconoce por completo la maquinaria— para que alimenten con lino los rodillos de las *scutching mills*. Los accidentes, por su número e intensidad no tienen parangón en la historia de la maquinaria. En una sola *scutching mill* de Kildinan (cerca de Cork), entre 1852 y 1856 hubo seis casos de muerte y 60 de mutilaciones graves, todos ellos pudieron prevenirse con algunas instalaciones muy simples, al precio de unos pocos chelines. El Dr. White, *certifying surgeon* de las fábricas de Downpatrick, manifiesta en un informe oficial de fecha 16 de diciembre de 1865:

"Los accidentes en las *scutching mills* son de la naturaleza más terrible. En muchos casos se arranca una cuarta parte del cuerpo. La muerte o un futuro miserable de ineptitud y sufrimientos son las consecuencias habituales de las heridas. El aumento de las fábricas incrementará en este país, desde luego, estos escalofrantes resultados. Estoy convencido de que una supervisión estatal apropiada de las *scutching mills* puede prevenir grandes sacrificios de cuerpos y vidas"²⁹⁴.

¿Qué podría caracterizar mejor al régimen capitalista de producción que la necesidad de imponerle por ley coercitiva del Estado los más simples preceptos de limpieza y salubridad?

²⁹⁴ L.c., p. XV, № 72 y ss.

"La ley fabril de 1864 hizo blanquear y limpiar más de 200 talleres de alfarería, después de una abstinencia de veinte años o de siempre en cualquiera de estas operaciones" (ies esta la abstinencia del capital!), "en lugares donde están ocupados 27.878 obreros, que hasta el momento respiraban, durante el agotador trabajo diurno y a menudo nocturno, una atmósfera mofética preñada de enfermedades y muertes, en una ocupación que es relativamente inofensiva en los demás aspectos. La ley hizo mejorar considerablemente la ventilación."²⁹⁵

Al mismo tiempo, esta parte de la ley fabril muestra de manera contundente cómo el modo de producción capitalista, de acuerdo a su esencia, a partir de un cierto punto excluye todo perfeccionamiento racional. Hemos señalado repetidas veces que los médicos ingleses declaran unánimemente que 500 pies cúbicos de aire por persona constituye el mínimo apenas suficiente para el caso de un trabajo continuo. ¡Pues bien! Si la ley fabril acelera indirectamente, a través de todas sus medidas coercitivas, la transformación de pequeños talleres en fábricas, entrometiéndose, por tanto, indirectamente en el derecho de propiedad de los pequeños capitalistas y asegurando el monopolio de los grandes capitalistas, la imposición legal del volumen de aire imprescindible para cada obrero en los talleres le expropiaría directamente, de un solo golpe, a miles de pequeños capitalistas! Atacaría las raíces del régimen capitalista de producción, es decir, la autovalorización del capital, por grande o pequeño que sea, a través de la compra y el consumo "libre" de la fuerza de trabajo. Por eso que ante estos 500 pies cúbicos de aire a la ley fabril se le corta la respiración. Los funcionarios de salubridad, las comisiones investigadoras industriales, los inspectores fabriles, repiten una y otra vez la necesidad de los 500 pies cúbicos y la imposibilidad de imponérselos al capital. De este modo, declaran en los hechos que la tuberculosis y otras enfermedades pulmonares de los trabajadores constituyen una condición vital del capital²⁹⁶.

Aunque las cláusulas educacionales de la ley fabril en su conjunto son mezquinas, proclaman la instrucción básica como condición obligatoria del trabajo²⁹⁷. Su éxito demostró, por primera vez, la

²⁹⁵ *Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, p. 127.

²⁹⁶ Se ha establecido empíricamente que un individuo sano consume, por término medio, 25 pulgadas cúbicas de aire en cada respiración de mediana intensidad y que efectúa aproximadamente 20 respiraciones por minuto. El consumo de aire de un individuo en 24 horas sería entonces de aproximadamente 720.000 pulgadas cúbicas o 416 pies cúbicos. Pero, como se sabe, el aire ya respirado no puede servir para el mismo proceso antes de ser purificado en los grandes talleres de la naturaleza. Según los experimentos de Valentin y Brunner, al parecer, un hombre sano espira alrededor de 1.300 pulgadas cúbicas de anhídrido carbónico por hora, lo que nos daría cerca de 8 onzas de carbón sólido expelido durante las 24 horas por los pulmones. "Cada hombre debiera disponer a lo menos de 800 pies cúbicos" (Huxley).

²⁹⁷ Según la ley fabril inglesa, los padres no pueden enviar a niños menores de 14 años a fábricas "controladas", sin asegurarse que simultáneamente se les imparta la instrucción básica. El fabricante es responsable del cumplimiento de la ley. "La educación fabril es obligatoria y está contemplada entre las condiciones de trabajo" (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, p. 111).

posibilidad de combinar la instrucción y la gimnasia²⁹⁸ con el trabajo manual, y por consiguiente también el trabajo manual con la instrucción y la gimnasia. Los inspectores fabriles pronto descubrieron, al recibir declaraciones testimoniales de los maestros de escuela, que los niños de las fábricas, aunque disfrutaban sólo de la mitad de las clases de los alumnos regulares que asistían a la escuela durante todo el día, aprendían lo mismo y con frecuencia aún más.

"La razón es simple. Aquellos que permanecen sólo medio día en la escuela están siempre despejados y casi siempre aptos y deseosos de recibir clases. El sistema de alternar el trabajo con las clases convierte cada una de las dos actividades en descanso y reposo de la otra y las hace, por consiguiente, mucho más adecuadas para el niño que la prolongación ininterrumpida de una de las dos. Un adolescente que desde temprano se encuentra en la escuela, particularmente con un tiempo caluroso, puede difícilmente emular con otro que viene despierto y despejado de su trabajo."²⁹⁹

Más antecedentes sobre el tema se encuentra en el discurso pronunciado por Senior en el Congreso Sociológico de Edimburgo, en 1863. Entre otras cosas, el expositor muestra aquí cómo la unilateral, improductiva y extensa jornada escolar, a la que están sometidos los niños de los grados medios y superiores, aumenta sin ningún provecho el trabajo del maestro, "mientras que malgasta no sólo inútilmente, sino de manera absolutamente nociva el tiempo, la salud y la energía de los niños"³⁰⁰. Del sistema fabril, como puede constatarse en detalle en las obras de Robert Owen, surgió el brote de la educación del futuro, la cual combinará para todos los niños, a partir de una cierta edad, el trabajo productivo con la instrucción

²⁹⁸ Acerca de los ventajosos éxitos de la combinación de la gimnasia (y para los jóvenes también de los ejercicios marciales) con la instrucción obligatoria de los niños de las fábricas y alumnos pobres, véase el discurso de N. W. Senior en el 7º Congreso anual de la *National Association for the Promotion of Social Science en Report of Proceedings etc.*, Londres, 1863, pp. 63, 64, así como el informe de los inspectores fabriles de fecha 31 de Oct. 1865, pp. 118, 119, 120, 126 y ss.

²⁹⁹ *Reports of Insp. of Fact., l.c.*, pp. 118, 119. Un ingenuo fabricante de sedas declara a los investigadores de la *Children's Employment Commission*: "Estoy completamente convencido que se ha descubierto el verdadero secreto de cómo producir obreros hábiles; combinar desde la misma niñez el trabajo con la instrucción. Desde luego, el trabajo no debe ser demasiado fatigoso ni repugnante, ni insalubre. Yo desearía que mis propios hijos alternaran el trabajo y el juego con la escuela" (*Child. Empl. Comm., V Report*, p. 82, № 36).

³⁰⁰ Senior, l.c., p. 66. De qué modo la gran industria, en un grado determinado de su desarrollo, al provocar la transformación radical del régimen material de producción y las relaciones sociales de producción, revoluciona también las cabezas, nos lo muestra de manera convincente la comparación entre el discurso de N. W. Senior en 1863 y su filípica contra la ley fabril de 1833, o la confrontación de las ideas del mencionado congreso con el hecho de que en ciertas zonas rurales de Inglaterra a los padres pobres les está prohibido educar a sus hijos, so pena de morir de inanición. Así, por ejemplo, el señor Snell informa que es una práctica usual en Somersetshire el que si un pobre pide un subsidio a la parroquia, está obligado a retirar a sus niños de la escuela. Así, por ejemplo, el señor Wollaston, párroco de Feltham, describe casos en que se negó todo apoyo a ciertas familias, "porque enviaban a sus niños a la escuela!"

y la gimnasia, no sólo como método de incrementar la producción social, sino como el único método para producir hombres desarrollados en todos los aspectos.

Hemos visto que la gran industria suprime técnicamente la división manufacturera del trabajo con su anexión vitalicia de todo el hombre a una operación de detalle, mientras que la forma capitalista de la gran industria reproduce esa división del trabajo de una manera aún más espantosa: en la fábrica propiamente tal, al convertir al obrero en un accesorio autoconsciente de una máquina parcial; en todos los demás lugares, en parte, mediante el uso esporádico de las máquinas y del trabajo maquinizado³⁰¹, en parte, aprovechando el trabajo femenino, infantil y no calificado como nuevo fundamento de la división del trabajo. La contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la esencia de la gran industria se hace presente violentamente. Se manifiesta, entre otras cosas, en el hecho terrible de que una gran parte de los niños ocupados en las fábricas y manufacturas modernas, encadenados firmemente desde la más tierna edad a las manipulaciones más simples, sean explotados durante años sin aprender ningún oficio que más tarde los haga útiles en la misma manufactura o fábrica. En las imprentas inglesas, por ejemplo, antes, conforme al sistema de la antigua manufactura y de la artesanía, los aprendices pasaban de trabajos más fáciles a más complejos. Recibían un curso de aprendizaje hasta convertirse en impresores consumados. Saber leer y escribir era para todos una exigencia del oficio. Todo esto cambió con la máquina impresora. Esta emplea dos tipos de obreros: un obrero adulto, que es el supervisor de la máquina, y jóvenes, la mayoría de las veces de 11 a 17 años, cuya tarea consiste exclusivamente en introducir en la máquina los pliegos de papel y retirar de ésta los pliegos impresos. Esta labor la realizan, particularmente en Londres, 14, 15 ó 16 horas ininterrumpidas durante varios días a la semana, y a menudo a lo largo de 36 horas seguidas, con sólo dos horas de descanso para comer y dormir³⁰²! Gran parte de ellos no sabe leer y son, por regla general, criaturas completamente abandonadas y anormales.

³⁰¹ Allí donde las máquinas artesanales, accionadas por la fuerza humana, compiten directa o indirectamente con maquinaria desarrollada, que por tanto presupone una fuerza motriz mecánica, se opera una gran transformación en lo que respecta al obrero que pone en movimiento la máquina. Originariamente, la máquina de vapor sustituyó a dicho obrero; ahora es este quien debe sustituir a aquélla. La tensión y el desgaste de su fuerza de trabajo se vuelven, pues, monstruosas, especialmente para los menores de edad, condenados a esta tortura! Así, Longe, miembro de la comisión investigadora, encontró en Coventry y sus alrededores a adolescentes de 10 a 15 años empleados en hacer girar los telares de cintas, para no mencionar a niños aún menores que debían girar telares de dimensiones más pequeñas. "Es un trabajo extraordinariamente fatigoso. El niño es un simple sustituto de la fuerza de vapor" (*Child. Empl. Comm., V Rep. 1866*, p. 114, Nº 6). Acerca de las consecuencias homicidas de "este sistema de esclavitud", como lo denomina el informe oficial, véase l.c. pp. ss.

³⁰² L.c., p. 3, Nº 24.

"Para capacitarlos en cumplir su trabajo no se necesita ningún tipo de educación intelectual; tienen pocas ocasiones de adquirir habilidad, y aún menos para razonar; su salario, aunque en cierto sentido alto tratándose de jóvenes, no aumenta en proporción a su propio crecimiento, y la gran mayoría de ellos no tiene perspectiva alguna de obtener el puesto de supervisor de la máquina, mejor remunerado y de mayor responsabilidad, dado que por cada máquina hay un supervisor y, usualmente, cuatro adolescentes."³⁰³

Apenas se vuelven demasiado crecidos para ese trabajo infantil, o sea, a lo sumo al cumplir los 17 años se les despiden de la imprenta. Se convierten en reclutas del crimen. Algunos intentos de conseguirles otro empleo fracasaron ante su ignorancia, su rudeza y su degeneración corporal y mental.

Lo que es valioso para la división manufacturera del trabajo dentro del taller, también lo es para la división del trabajo en la sociedad. Mientras la artesanía y la manufactura constituyan la base general de la producción social, es una etapa necesaria del desarrollo la sumisión del productor a una rama exclusiva de producción, la ruptura de la diversidad originaria de sus ocupaciones³⁰⁴. Sobre ese fundamento cada rama particular de la producción encuentra, empíricamente, la forma técnica que le corresponde, la perfecciona lentamente y, tan pronto se ha alcanzado un cierto grado de madurez, la cristaliza rápidamente. Lo único que provoca cambios aquí y allá, salvo los nuevos materiales de trabajo que proporciona el comercio, es la modificación paulatina del instrumento de trabajo. Una vez adquirida, como resultado de la práctica, la forma adecuada, el instrumento se osifica, como lo demuestra su tránsito, a menudo milenario, de las manos de una generación a las de otra. Es característico que hasta entrado el siglo XVIII los oficios se llamasen *mysteries* (*mystères*) [misterios]³⁰⁵, en cuyos secretos sólo podía penetrar la persona iniciada por práctica y por profesión. La gran industria rasgó el velo que ocultaba al hombre su propio proceso social de producción y que convertía las diversas ramas de producción, espontáneamente particulari-

³⁰³ L.c., p. 7, Ne 60.

³⁰⁴ Según el *Statistical Account*, en algunas regiones de los Highlands de Escocia... muchos pastores de ovejas y *cotters* [arrendatarios pobres], con sus mujeres y sus niños, calzaban zapatos hechos por ellos mismos de cueros que habían curtido y vestían ropas que no habían tocado otras manos que no fueran las suyas, y cuyos materiales habían esquilado de las ovejas o conseguido de los campos de lino que cultivaban. En la fabricación de sus ropas no se usaba casi ningún artículo comprado, con excepción de la lezna, la aguja, el dedal y poquísimas partes del artefacto de hierro empleado para tejer. Las tinturas eran obtenidas por las mismas mujeres de árboles, arbustos y hierbas, etc." (Dugald Stewart. *Works*, ed. Hamilton, vol. VIII, pp. 327-328).

³⁰⁵ En el famoso *Livre des Métiers*, de Etienne Boileau, se prescribe, entre otras cosas, que el oficial, al ser incorporado entre los maestros, debe prestar juramento de "querer fraternalmente a sus hermanos, apoyarlos a cada uno en su *métier*, no delatar voluntariamente los secretos del oficio e incluso, en interés de la colectividad, no llamar la atención del comprador sobre los defectos en el producto de otros con el fin de recomendar su propia mercancía".

zadas, en enigmas recíprocos, incluso para el iniciado en cada rama. El principio de la gran industria de disolver, en sí y para sí, todo proceso de producción en sus elementos constitutivos, y en un comienzo sin consideración alguna de la mano humana, creó la ciencia moderna de la tecnología. Las figuras abigarradas, aparentemente inconexas y osificadas, del proceso social de producción se disolvían, cada vez según el objetivo perseguido, en aplicaciones conscientemente planificadas y particularizadas de manera sistemática de la ciencia natural. La tecnología descubrió, asimismo, las pocas formas básicas del movimiento, bajo las cuales se opera necesariamente, pese a la diversidad de las herramientas empleadas, todo el quehacer productivo del cuerpo humano, al igual que la mecánica, pese al carácter complicadísimo de la maquinaria, no puede eclipsar la repetición constante de las potencias mecánicas simples. La industria moderna no concibe ni trata nunca como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Su base técnica es, por tanto, revolucionaria, mientras que en todos los regímenes de producción anteriores era esencialmente conservadora³⁰⁶. La industria moderna, por medio de la maquinaria, los procesos químicos y otros métodos, revoluciona constantemente, junto con la base técnica de la producción, las funciones del obrero y las combinaciones sociales del proceso de trabajo. Con ello revoluciona permanentemente, además, la división del trabajo en el interior de la sociedad y lanza incesantemente masas de capital y de obreros de una rama de la producción a otra. La naturaleza de la gran industria provoca, por eso, el cambio de trabajo, la fluidez de la función, la movilidad universal del obrero. De otra parte, reproduce en su forma capitalista la vieja división del trabajo con sus particularidades osificadas. Hemos visto cómo esta contradicción absoluta suprime toda estabilidad, firmeza y seguridad en la situación vital del obrero, a quien amenaza constantemente con arrancarle de las manos, junto con el medio de trabajo, el medio de subsistencia³⁰⁷, con hacer superflua su función parcial y con ésta a él mismo; vimos cómo esta contradicción se desfoga en el sacrificio ininterrumpido

³⁰⁶ "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas durante siglos y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas quedan rotas, las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas" (F. Engels, K. Marx. *Manifest der Kommunistischen Partei*, Londres, 1848, p. 5).

³⁰⁷ "Me quitáis la vida, si me quitáis los medios con los cuales vivo" (Shakespeare) [150].

de la clase obrera, en el despilfarro extremo de las fuerzas de trabajo y las devastaciones de la anarquía social. Es este el lado negativo. Pero, si ahora el cambio de trabajo sólo se impone como ley natural avasalladora y con los efectos ciegameamente destructivos de una ley natural que en todas partes choca con obstáculos³⁰⁸, la gran industria, a través de sus catástrofes, convierte en cuestión de vida o muerte la necesidad de reconocer como ley social general de la producción el cambio de los trabajos y, por tanto, la mayor multilateralidad posible de los obreros, obligando simultáneamente a que las circunstancias se adapten a la realización normal de dicha ley. Convierte en cuestión de vida o muerte el sustituir la monstruosidad de mantener disponible, en reserva, una población obrera miserable para atender a las cambiantes necesidades de explotación que experimenta el capital, por la disponibilidad absoluta del hombre para cumplir cambiantes exigencias del trabajo; la sustitución del individuo parcial, del mero portador de una función social de detalle, por el individuo completamente desarrollado, para el cual las diversas funciones sociales constituyen modos alternativos de realizarse. Un momento de este proceso revolucionario, que se desarrolla espontáneamente sobre la base de la gran industria, lo conforman las escuelas politécnicas y agronómicas; otro, las *écoles d'enseignement professionnel* [escuelas de educación profesional] en que los hijos de los obreros reciben cierta instrucción en tecnología y en el manejo práctico de las distintas herramientas de producción. Si la legislación fabril, como primera y magra concesión temporal arrancada al capital, sólo se limita a unir la instrucción primaria con el trabajo fabril, no cabe duda alguna que la inevitable conquista del poder político por la clase obrera también ganará el lugar correspondiente para la instrucción tecnológica, tanto teórica como práctica, en las escuelas obreras. Es indudable, asimismo, que la forma capitalista de producción y las correspondientes relaciones económicas entre los obreros se encuentran en contradicción diametral con tales fermentos revolucionarios y con su objetivo, la supresión de la vieja división del trabajo. El desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción es, sin embargo, el único camino histórico que conduce a su disolución y al establecimiento de una forma nueva. *Ne sutor ultra crepidam!*^[151], ese *nec plus ultra* de la sabiduría artesanal se convirtió en treme-

³⁰⁸ Un obrero francés escribía a su regreso de San Francisco: "Nunca hubiera creído que sería capaz de ejercer todos los oficios que he desempeñado en California. Estaba seguro de que no servía casi para nada más que la impresión de libros... Encontrándome en medio de ese mundo de aventureros, que cambian con más facilidad de oficio que de camisa, de verdad yo hice como los demás. Como el trabajar en minas no resultó ser suficientemente remunerado, lo dejé y me mudé a la ciudad, donde trabajé sucesivamente de tipógrafo, techador, fundidor de plomo, etc. A causa de haber tenido esta experiencia de servir para todos los trabajos, me sentí menos molusco y más ser humano" (A. Corbon. *De l'enseignement professionnel*, 2ª ed., p. 50).

bunda necedad desde el momento en que el relojero Watt hubo inventado la máquina de vapor, el barbero Arkwright, el telar continuo y el obrero de joyería Fulton, el barco de vapor³⁰⁹.

En cuanto la legislación fabril regula el trabajo en fábricas, manufacturas, etc., ese hecho aparece, en primer término, como intromisión en los derechos de explotación del capital. Por el contrario, toda regulación del llamado trabajo domiciliario³¹⁰ se presenta de inmediato como usurpación directa de la *patria potestas*, esto es —interpretándolo modernamente—, de la autoridad paterna, paso ante el cual el delicado Parlamento inglés retrocedió largo tiempo fingiendo horror. La fuerza de los hechos finalmente obligó a reconocer que la gran industria disuelve, junto con las bases económicas de la institución familiar tradicional y el trabajo familiar correspondiente a ésta, incluso las antiguas relaciones familiares. Era necesario proclamar el derecho de los hijos.

"Lamentablemente" —dícese en el informe final de la *Children's Employment Commission*, fechado en 1866—, "de la totalidad de las declaraciones testimoniales se deduce que los niños de ambos sexos no necesitan contra ninguna persona tanta protección como contra sus padres." El sistema de la explotación desmedida del trabajo infantil, en general, y del trabajo domiciliario, en particular, "se conserva porque los padres ejercen, sin freno ni control, un poder despótico y funesto sobre sus jóvenes y tiernos vástagos... Los padres no deben poseer el poder absoluto de convertir a sus niños en simples máquinas, con el objeto de extraer de ellos tal o cual monto de salario a la semana... Los niños y jóvenes tienen derecho a la protección de la legislación contra los abusos de poder de sus padres, que quiebran prematuramente su fuerza física y los hacen degradar en la escala moral e intelectual"³¹¹.

Sin embargo, no es el abuso de la autoridad paterna lo que creó la explotación directa o indirecta de fuerzas de trabajo inmaduras por parte del capital, sino, al revés, es el modo capitalista de explotación el que convirtió a la autoridad paterna, al suprimir su correspondiente base económica, en un abuso. Por terrible y asquerosa

³⁰⁹ John Bellers, verdadero fenómeno en la historia de la economía política, comprendió ya a fines del siglo XVII, con plena claridad, la necesidad de abolir el sistema actual de educación y división del trabajo, que engendran hipertrofia y atrofia en ambos extremos de la sociedad, aunque en sentido opuesto. Dice muy bien, entre otras cosas: "Un aprendizaje ocioso no es mucho mejor que aprender a holgazanear... El trabajo corporal es una institución primitiva de Dios... El trabajo es tan necesario para la salud corporal como lo es el comer para subsistir, pues las penas que un individuo se ahorra en la ociosidad las encontrará en las enfermedades... El trabajo echa aceite en la lámpara de la vida y el pensamiento la enciende... Una ocupación puerilmente necia" (palabras proféticas contra los Basedow y sus chapuceros seguidores modernos) "deja sumida en la estupidez la mente de los niños" (*Proposals for raising a College of Industry of all useful Trades and Husbandry*, Londres, 1696, pp. 12, 14, 16, 18).

³¹⁰ Esto se opera, por lo demás, también en gran medida en los talleres más pequeños, como vimos en el caso de la manufactura de encajes y el trenzado de paja y como podría mostrarse más detalladamente en el ejemplo de las manufacturas metálicas de Sheffield, Birmingham, etc.

³¹¹ *Child. Empl. Comm., V Rep.*, p. XXV, № 162 y *II Rep.*, p. XXXVIII, №№ 285, 289; pp. XXV, XXVI, № 191.

que aparezca ahora la disolución de la institución familiar tradicional dentro del sistema capitalista, no por ello la gran industria, con el papel decisivo que atribuye a las mujeres, los jóvenes y los niños de ambos sexos en el proceso socialmente organizado de la producción fuera del ámbito de la entidad doméstica, deja de establecer la nueva base económica en que se apoyará una forma superior de la familia y de las relaciones entre los sexos. Es igualmente absurdo, desde luego, considerar como absoluta la forma cristiano-germánica de la familia, o la imperante en la Roma Antigua, la de los antiguos griegos, o la oriental, todas las cuales, por lo demás, constituyen entre sí una secuencia histórica de desarrollo. Asimismo, es evidente que la composición del personal obrero combinado, formado por individuos de ambos sexos y de las más diversas edades —aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista, en la cual el obrero existe para el proceso de producción y no el proceso de producción para el obrero, sea una fuente pestífera de perdición y esclavitud— bajo las condiciones adecuadas deberá transformarse, a la inversa, en fuente de desarrollo humano³¹².

La necesidad de generalizar la ley fabril, convirtiéndola de una ley exclusiva para hilanderías y tejedurías —primeras formas de la producción maquinizada— en válida para toda la producción social, proviene, como vimos, del curso histórico de desarrollo seguido por la gran industria, en cuyo trasfondo se modifica completamente la forma tradicional de la manufactura, la artesanía y el trabajo domiciliario: la manufactura se transforma continuamente en fábrica, la artesanía en manufactura y, por último, los ámbitos del trabajo artesanal y domiciliario se transfiguran, en términos relativos, en un plazo sorprendentemente breve, en antros abyectos donde los más monstruosos excesos de la explotación capitalista campean libremente. Dos circunstancias son, al fin y al cabo, las decisivas: la primera, la experiencia constantemente repetida de que el capital, no bien cae bajo la fiscalización estatal en algunos puntos aislados de la periferia social, se desquita tanto más desmesuradamente³¹³ en los otros puntos; la segunda, el clamor de los capitalistas mismos por la igualdad en las condiciones de competencia, esto es, por límites iguales en la explotación del trabajo³¹⁴. Escuchemos, al respecto, dos gritos salidos del corazón. Los señores W. Cooksley (fabricantes de clavos, cadenas, etc. en Bristol) introdujeron de propia voluntad en su empresa la legislación fabril.

Como el sistema antiguo e irregular perdura en las fábricas vecinas, los señores Cooksley están expuestos a la injusticia de que sus obreros jóvenes sean tentados (*enticed*) a seguir trabajando en algún otro lado después de las 6 de la

³¹² "El trabajo fabril puede ser tan puro y reconfortante como el trabajo domiciliario, e incluso aún más" (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1865*, p. 129).

³¹³ L.c., pp. 27, 32.

³¹⁴ Numerosa documentación al respecto existe en los *Rep. of Insp. of Fact.*

tarde. "Esto es —dicen naturalmente— una injusticia contra nosotros y una pérdida, pues agota una parte de la fuerza de los jóvenes, cuyo beneficio nos corresponde por completo."³¹⁵

El señor J. Simpson (*Paper-Box and Bag maker* [fabricante de cajas y bolsas de papel], Londres) declaró ante los miembros de la *Children's Employment Commission* que

"estaría dispuesto a firmar cualquier petición a favor de introducir las leyes fabriles. Sea como fuere, después de cerrar su taller, nunca tiene un descanso tranquilo por la noche (*he always felt restless at night*), al pensar que otros hacen trabajar hasta más tarde a sus obreros y le quitan los encargos ante sus propias narices"³¹⁶. "Sería una injusticia contra los empleadores más grandes" —dice a modo de resumen la *Child. Empl. Comm.*— "someter sus fábricas a la regulación, mientras en su propia rama la pequeña empresa no esté sujeta a ninguna limitación legal en el tiempo de trabajo. A la injusticia de condiciones desiguales de competencia con respecto a las horas de trabajo, si se excluyen los talleres menores de la regulación, añádase otra desventaja para los fabricantes más grandes: la oferta del trabajo de jóvenes y mujeres se desviaría hacia los talleres no afectados por la ley. Finalmente, esto daría un impulso al incremento de los talleres más pequeños que, casi sin excepción, son los menos favorables para la salud, la comodidad, la educación y el mejoramiento general en la situación del pueblo."³¹⁷

En su informe final, la *Children's Employment Commission* propone extender la ley fabril a más de 1.400.000 niños, jóvenes y mujeres, de los cuales cerca de la mitad son explotados en la pequeña producción y el trabajo domiciliario³¹⁸.

"Si el Parlamento" —dice el informe— "aceptara nuestra proposición en toda su amplitud, es indudable que tal legislación ejercería la influencia más benéfica no sólo sobre los jóvenes y los débiles, de los que se ocupa en primer término, sino también sobre la masa aún mayor de obreros adultos, los que entran directamente" (las mujeres) "e indirectamente" (los hombres) "en su campo de influencia. La legislación impondría para ellos un horario de trabajo regular y moderado; economizaría esas reservas

³¹⁵ *Child. Empl. Comm., V. Rep.*, p. X, № 35.

³¹⁶ L.c., p. IX, № 28.

³¹⁷ L. c., p. XXV. №№ 165-167. Acerca de las ventajas de la gran producción en comparación con la empresa minúscula cfr. *Child. Empl. Comm., III Rep.*, p. 13, № 144; p. 25, № 121; p. 26, № 125; p. 27, № 140, etc.

³¹⁸ Las ramas industriales que la comisión propone reglamentar son: manufactura de encajes, confección de medias, trenzado de paja, manufactura de *wearing apparel* [prendas de vestir] con sus múltiples secciones, producción de flores artificiales, fabricación de zapatos, sombreros y guantes, sastrería, todas las fábricas metalúrgicas —desde los altos hornos hasta las fábricas de agujas, etc.—, fabricación de papel, manufactura del vidrio, manufactura del tabaco, fábricas de *India rubber* [caucho], fabricación de lizos (para las tejedurías), tejido manual de alfombras, manufactura de paraguas y sombrillas, fabricación de husos y lanzaderas, impresión de libros, encuadernación, producción de artículos de escritorio (*stationery*, en la que están incluidas la confección de cajas de cartón, tarjetas, tinturas para papel, etc.), cordelería, manufactura de adornos de azabache, fabricación de ladrillos, manufactura de tejido manual de sedas, tejeduría de *coventry* [cintas de seda], fábricas de sal, velas y cemento, refinerías de azúcar, elaboración de bizcochos, trabajos en madera y otros trabajos varios.

de fuerza física, de las que depende su propio bienestar y el del país; protegería a la nueva generación de los esfuerzos excesivos a temprana edad, que minan su constitución y conducen a su decadencia prematura; finalmente, ofrecería a lo menos hasta los 13 años la oportunidad de recibir instrucción primaria y con ello poner fin a la increíble ignorancia tan fielmente descrita en los informes de la comisión y que sólo puede suscitar la mayor pena y un profundo sentimiento de humillación nacional.³¹⁹

En el discurso de la Corona del 5 de febrero de 1867, el ministerio *tory* anunció que había formulado en *bills* [proyectos de ley] las proposiciones^{319a} hechas por la comisión industrial investigadora. Para eso había necesitado veinte años adicionales de *experimentum in corpore vili* [experimento en un cuerpo vivo]. Ya en 1840 se había designado una comisión parlamentaria para investigar el trabajo infantil. Su informe de 1842, según palabras de N. W. Senior, revelaba

“el más terrible cuadro de codicia, egoísmo y crueldad de parte de los capitalistas y los padres, y de miseria, degradación y destrucción de los niños y jóvenes, que jamás se haya presentado a los ojos de la humanidad... Tal vez se creerá que el informe describe los horrores de una época pasada. Lamentablemente, los informes indican que estos horrores perduran, y con mayor intensidad que nunca. Un folleto, publicado hace dos años por Hardwicke, declara que los abusos denunciados en 1842 se conservan hasta el día de hoy” (1863) “en plena flor... A este informe” (de 1842) “no se prestó ninguna atención durante veinte años, mientras se permitió a aquellos niños que se habían vuelto adultos sin la menor noción de lo que se llama moral, sin formación escolar, religión y amor familiar, convertirse en los padres de la generación actual”³²⁰.

Entretanto, la situación social había cambiado. El Parlamento no se atrevió a rechazar nuevamente las propuestas de la comisión de 1863, como lo hizo en su tiempo con las de la comisión de 1842. Por esto, ya en 1864, cuando la comisión sólo había publicado una parte de sus informes, la industria de artículos de greda (incluyendo la alfarería), la fabricación de papel pintado, fósforos, cartuchos y pistones para escopeta, así como el tundido de terciopelo fueron sometidos a las leyes vigentes en la industria textil. En el discurso de la Corona del 5 de febrero de 1867, el gabinete *tory* de ese entonces anunció nuevos *bills*, fundándose en las proposiciones finales de la comisión, que en 1866 había finalizado su labor.

³¹⁹ L.c., p. XXV, № 169.

^{319a} La *Factory Acts Extension Act* [ley de extensión de las leyes fabriles] fue aprobada el 12 de agosto de 1867. Esta ley regula todas las fundiciones, herrerías y manufacturas metalúrgicas, incluyendo las fábricas de máquinas; además de las manufacturas de vidrio, papel, gutapercha, caucho y tabaco, las imprentas y los talleres de encuadernación; por último, todos los talleres en que se ocupan más de 50 personas. — La *Hours of Labour Regulation Act* [ley de regulación de las horas de trabajo], aprobada el 17 de agosto de 1867, reglamenta los talleres más pequeños y el llamado trabajo domiciliario. — Retornaré a estas leyes, a la nueva *Mining Act* [ley de minas] de 1872, etc., en el tomo II.

³²⁰ Senior. *Social Science Congress*, pp. 55-58.

La Factory Acts Extension Act, el 15 de agosto de 1867, y la *Workshops' Regulation Act*, el 21 de agosto, obtuvieron la confirmación real; la primera ley regula las empresas grandes, la segunda, las pequeñas.

La *Factory Acts Extension Act* reglamenta los altos hornos, las fábricas de hierro y de cobre, las fundiciones, las fábricas de máquinas, los talleres metalúrgicos, las fábricas de gutapercha, papel, vidrio, tabaco; además de las imprentas y los talleres de encuadernación y, en general, todas las empresas industriales de este tipo donde se empleen simultáneamente 50 o más personas durante a lo menos 100 días al año.

Para dar una noción de la extensión del ámbito abarcado por esta ley, insertamos algunas de las definiciones establecidas en ella:

"Se entiende" (en esta ley) "por *trabajo artesanal* cualquier trabajo manual ejecutado como profesión o con fines de ganancia, continua u ocasionalmente, en la fabricación, transformación, decoración, reparación o finalización de algún artículo, o de una parte del mismo para su venta."

"Se entiende por *taller* cualquier local o lugar, techado o al aire libre, en el que efectúen algún 'trabajo artesanal' un niño, un joven o una mujer, y con respecto a los cuales la persona que emplea a dicho niño, joven o mujer tenga el derecho de acceso y control."

"Se entiende por *estar empleado* ejercer un 'trabajo artesanal', remunerado o no, bajo la dirección de un patrón o uno de los padres, tal como más abajo se especifica."

"Se entiende por *padres* al padre, la madre, al tutor u otra persona que desempeña la tutela o potestad sobre cualquier... niño o joven obrero."

La cláusula séptima, que sanciona a quienes empleen a niños, jóvenes y mujeres contra las disposiciones fijadas en esta ley, establece multas en dinero no sólo para los propietarios del taller, ya sea éste uno de los padres o no, sino también para

"los padres u otras personas que ejerzan la tutela sobre el niño, el joven o la mujer, o extraigan de su trabajo provecho directo".

La *Factory Acts Extension Act*, que afecta a los grandes establecimientos, es un paso atrás con respecto a la ley fabril, a causa de un cúmulo de infames excepciones y cobardes compromisos con los capitalistas.

La *Workshops' Regulation Act*, deplorable en todos sus detalles, fue letra muerta en manos de los funcionarios urbanos y locales encargados de su aplicación. Cuando el Parlamento, en 1871, les retirara esta facultad, para transferírsela a los inspectores fabriles, aumentando así de golpe su campo de control en más de 100.000 talleres, y además 300 ladrillerías, al personal de inspectores le añadieron generosamente tan sólo 8 inspectores, aunque su número ya antes era demasiado pequeño³²¹.

³²¹ El personal de la inspección fabril estaba compuesto de 2 inspectores, 2 inspectores auxiliares y 41 subinspectores. Otros ocho subinspectores fueron designados

Lo que salta a la vista, pues, en esta legislación inglesa de 1867 es, de una parte, la necesidad impuesta al Parlamento de las clases dominantes de tomar, en principio, medidas tan extraordinarias y extensas contra los abusos de la explotación capitalista; de otra parte, la deficiencia, aversión y *mala fides* [mala fe] con que este Parlamento dio vida posteriormente en forma real a estas medidas.

La comisión investigadora de 1862 propuso, asimismo, una nueva reglamentación para la industria minera, industria que se distingue de todas las demás por el hecho de que en ella van de la mano los intereses de los terratenientes y de los capitalistas industriales. La contradicción entre los intereses de unos y otros había favorecido la legislación fabril; la ausencia de dicha contradicción es suficiente para explicar la obstrucción y las triquiñuelas que caracterizan la legislación minera.

La comisión investigadora de 1840 había hecho revelaciones tan horrorosas e indignantes, y provocado tal escándalo ante los ojos de toda Europa que el Parlamento se vio obligado a tranquilizar su conciencia mediante la *Mining Act* [ley de minas] de 1842, en la cual se limitó a prohibir el trabajo subterráneo de mujeres y niños menores de diez años.

Vino luego, en 1860, la *Mine's Inspection Act* [ley de inspección de minas], según la cual las minas serían inspeccionadas por funcionarios públicos, designados especialmente para este fin, y no debía emplearse a niños entre 10 y 12 años, a menos que poseyesen un certificado escolar o asistiesen por un cierto número de horas a la escuela. Esta ley quedó en letra muerta a causa del número ridículamente pequeño de inspectores designados, la insignificancia extrema de sus facultades y otras causas que se inferirán con más detalle del curso de la exposición.

Uno de los últimos Libros Azules^[152] sobre minas es el *Report from the Select Committee on Mines, together with... Evidence, 23 July 1866*. Es obra de una comisión designada —entre sus miembros— por la Cámara de los Comunes y autorizada para citar e interrogar a testigos; es un grueso volumen en folio, en el cual el *Report* mismo ocupa sólo cinco líneas del siguiente contenido: la comisión no tiene nada que decir y debe interrogar aún a más testigos.

El modo de interrogar a los testigos recuerda los *cross examinations* [interrogatorios cruzados] ante los tribunales ingleses, en los que el abogado trata, haciéndole al testigo preguntas impertinentes, desconcertantes y embrollantes, de sacarlo de sus casillas y meterle las palabras en la boca. Los abogados son aquí los mismos examinadores parlamentarios, entre los que figuran propietarios y explo-

en 1871. Los costos totales en 1871/1872, derivados de la aplicación de las leyes fabriles en Inglaterra, Escocia e Irlanda, ascendieron sólo a £25.347, incluyendo las costas judiciales de procesos contra trasgresiones de la ley.

tadores de minas; los testigos son obreros mineros, la mayoría de las minas de carbón. Toda la farsa caracteriza demasiado bien el espíritu del capital como para no presentar algunos extractos. Para hacer más comprensibles los resultados de la investigación, los entregaré por rubros. Adviértase que en los *Blue Books* [Libros Azules] ingleses, la pregunta y la respuesta, que es obligatoria, están enumeradas y que los testigos, cuyas declaraciones se citan aquí, son obreros de las minas de carbón.

1. Ocupación de los jóvenes desde los 10 años en las minas. La jornada, incluyendo el camino inevitable de ir a la mina y volver, dura, por regla, de 14 a 15 horas, y en casos excepcionales más, desde las 3, 4 ó 5 de la mañana hasta las 4 ó 5 de la tarde (NºNº 6, 452, 83). Los obreros adultos trabajan en dos turnos, o sea 8 horas, pero con el fin de ahorrar costos no hay relevo para los jóvenes (NºNº 80, 203, 204). A los niños de menor edad se los emplea principalmente en abrir y cerrar las puertas de ventilación en las diversas secciones de la mina, a los mayores, en trabajos más pesados: transportar carbón, etc. (NºNº 122, 739, 740). El prolongado horario de trabajo bajo tierra dura hasta los 18 ó 22 años, edad cuando se produce el paso al verdadero trabajo de minas (Nº 161). Los niños y los jóvenes son explotados de manera más dura hoy en día que en cualquier período anterior (NºNº 1663-1667). Los obreros mineros exigen casi unánimemente que una ley parlamentaria prohíba el trabajo en las minas a los menores de 14 años. Precisamente aquí hace su pregunta Hussey Vivian (explotador de minas):

“¿No depende esta exigencia de la mayor o menor pobreza de los padres?” —Y Mr. Bruce: “¿No sería excesivamente duro, cuando el padre está muerto o mutilado, etc., quitar a la familia esta fuente de recursos? Y, sin embargo, debe haber una ley general. ¿Queréis vosotros prohibir en todos los casos la ocupación subterránea de los niños menores de 14 años?” Respuesta: “En todos los casos” (NºNº 107-110.) Vivian: “Si se prohíbe el trabajo en las minas hasta los 14 años, ¿no mandarán los padres a sus niños a la fábrica, etc.?” —Por regla general, no.” (Nº 174.) Un obrero: “Abrir y cerrar las puertas parece un trabajo fácil. Pero es una ocupación muy penosa. Sin hablar de las constantes corrientes de aire, el muchacho se encuentra preso igual que en un calabozo oscuro”. El burgués Vivian: “¿Podría el muchacho leer si tuviera luz, mientras está de turno en la puerta?” —“En primer lugar, debería comprarse las velas. Pero, además, no se le permitiría. El está ahí para atender a su trabajo, debe cumplir un deber. Nunca he visto a un muchacho leer en la mina” (NºNº 139, 141-160).

2. Educación. Los obreros mineros exigen una ley que establezca la instrucción obligatoria de los niños, como en las fábricas. Califican de puramente ilusoria la cláusula de la ley de 1860 que exige certificados de educación para poder dar empleo a adolescentes de 10 a 12 años. El meticuloso procedimiento que siguen en su interrogatorio los jueces capitalistas de instrucción se vuelve aquí realmente cómico.

(Nº 115.) "¿La ley es más necesaria contra los empleadores o contra los padres? —Contra ambos." (Nº 116.) "¿Más contra unos que otros? —¿Cómo podría responder a eso?" (Nº 137.) "¿Muestran algún deseo los empleadores de adecuar las horas de trabajo a las clases en la escuela? —Nunca." (Nº 211.) "¿Perfeccionan los obreros mineros posteriormente su educación? —En general, la empeoran; adquieren malas costumbres, se dedican al trago y al juego y a cosas parecidas, naufragando definitivamente." (Nº 454.) "¿Por qué no mandar a los niños a las escuelas vespertinas? —En la mayoría de los distritos carboníferos no hay tales escuelas. Pero lo más importante consiste en que los niños después del exceso de trabajo están tan agotados que se les cierran los ojos de cansancio." "Pero entonces —resume el burgués— ¿vosotros estáis contra la educación? —En absoluto, pero, etc." (Nº 443.) "¿No están obligados los propietarios de minas, etc., por la ley de 1860, a exigir certificados escolares, cuando emplean niños de 10 a 12 años? —Por la ley, sí, pero los patrones no lo hacen." (Nº 444.) "Según vuestro parecer, ¿no se cumple esta cláusula en todas partes? —No se cumple en absoluto." (Nº 717.) "¿Se interesan mucho los obreros de las minas por el problema de la educación? —En su gran mayoría." (Nº 718.) "¿Están preocupados de la aplicación de la ley? —En su gran mayoría." (Nº 720.) "¿Por qué, entonces, no imponen su aplicación? —Más de un obrero intenta que no se acepten adolescentes sin certificado escolar, pero entonces se convierte en un hombre marcado (*a marked man*)." (Nº 721.) "Marcado, ¿por quién? —Por su empleador." (Nº 722.) "¿Vosotros creéis, acaso, que los empleadores perseguirán a un hombre por obedecer la ley? —Creo que lo harían." (Nº 723.) "¿Por qué los obreros no se niegan a emplear a tales muchachos? —No se les da la posibilidad de elección." (Nº 1634.) "¿Exigís vosotros la intervención del Parlamento? —Si ha de suceder algo que tenga efecto en la educación de los niños de los obreros de minas, debe efectuarse obligatoriamente por ley parlamentaria." (Nº 1636.) "¿Esto debería ser válido para todos los niños de Gran Bretaña o sólo para los de los obreros mineros? —Yo estoy aquí para hablar en nombre de los obreros de minas." (Nº 1638.) "¿Por qué diferenciar de los demás a los niños mineros? —Porque constituyen una excepción a la regla." (Nº 1639.) "¿En qué sentido? —En el sentido físico." (Nº 1640.) "¿Por qué la educación habría de tener más valor para ellos que para los niños de otras clases? —Yo no digo que tenga más valor para ellos; pero, a causa de su sobretabajo en las minas, tienen menos posibilidades de recibir educación en escuelas diurnas y dominicales." (Nº 1644.) "¿Es verdad que resulta imposible tratar en términos absolutos temas de este tipo?" (Nº 1646.) "¿Hay suficientes escuelas en los distritos? —No." (Nº 1647.) "Si el Estado exigiera que todos los niños fuesen enviados a la escuela, ¿de dónde, pues, sacar escuelas para todos ellos? —Yo creo que tan pronto lo requieran las circunstancias, surgirán por sí mismas las escuelas." "La gran mayoría, no sólo de niños, sino de mineros adultos no sabe escribir ni leer." (Nºs 705, 726.)

3. Trabajo femenino. Desde 1842 ya no se emplean más obreras en trabajos subterráneos, pero sí en la superficie, en cargar carbón, etc., arrastrar las cubas hasta los canales o hasta los vagones del ferrocarril, clasificar el carbón, etc. Su utilización ha aumentado mucho en los últimos 3 ó 4 años. (Nº 1727.) En su mayoría son esposas, hijas o viudas de obreros mineros, y sus edades van de los 12 a los 50 ó 60 años. (Nºs 647, 1779, 1781.)

(Nº 648.) "¿Qué piensan los mineros de la ocupación de mujeres en las faenas mineras? —La condenan, en general." (Nº 649.) "¿Por qué? —Consideran esa actividad humillante para el sexo... Usan una especie de ropa de hombre. En muchos casos se deja de lado todo pudor. Algunas mujeres fuman. El trabajo es tan sucio como el que se ejecuta al interior de las minas mismas. Entre ellas hay muchas mujeres casadas, que no pueden cumplir con sus obligaciones domésticas."

(N.º 651 y ss., 701.) (N.º 709.) "¿Pueden encontrar las viudas un trabajo tan provechoso (de 8 a 10 chelines semanales) en alguna otra parte? —Nada puedo decir al respecto." (N.º 710.) "Y, no obstante," (icorazones de piedra), "¿estáis decididos a privarlas de dichos medios de subsistencia? —Sin lugar a dudas." (N.º 1715.) "¿De dónde proviene tal decisión? —Los mineros le tenemos demasiado respeto al bello sexo como para verlo condenado a trabajar en las minas de carbón... Este trabajo es, en su mayor parte, muy pesado. Muchas de esas muchachas levantan 10 toneladas al día." (N.º 1732.) "¿Creéis que las obreras ocupadas en las minas son más inmorales que las empleadas en las fábricas? —El porcentaje de inmoralidad es mayor que entre las muchachas fabriles." (N.º 1733.) "Pero, ¿tampoco estáis conformes con el nivel de moralidad en las fábricas? —No." (N.º 1734.) "¿Queréis, entonces, prohibir también el trabajo femenino en las fábricas? —No, no quiero." (N.º 1735.) "¿Por qué no? —Es una ocupación más honrosa y adecuada para el sexo femenino." (N.º 1736.) "Sin embargo, ¿opináis que es dañino para su moral? —No, es mucho menos dañino que el trabajo en la mina. Además, hablo no sólo de razones morales, sino también de causas físicas y sociales. La degradación moral de las muchachas es deplorable y extrema. Cuando se convierten en mujeres de los mineros, los hombres sufren profundamente por dicha degradación, y eso los impulsa fuera de sus casas y se dedican a beber." (N.º 1737.) "Pero, ¿no sería esto válido también para las mujeres empleadas en las fábricas siderúrgicas? —Yo no estoy en condiciones de hablar de otras ramas industriales." (N.º 1740.) "Pero, ¿qué diferencia hay, pues, entre las mujeres empleadas en las fábricas siderúrgicas y las que trabajan en las minas? —No me he ocupado de este aspecto." (N.º 1741.) "¿Podéis descubrir alguna diferencia entre una clase y la otra? —No he pensado en eso, pero conozco por visitas efectuadas de casa en casa el ignominioso estado de cosas en nuestro distrito." (N.º 1750.) "¿No sentiríais un gran placer en abolir el empleo femenino en todas las partes donde sea degradante? —Sí... los mejores sentimientos de los niños deben provenir de la educación materna." (N.º 1751.) "¿Se refiere esto al trabajo agrícola de las mujeres? —Esta actividad dura sólo dos temporadas, en las minas ellas trabajan las cuatro temporadas, a veces de día y de noche, caladas hasta los huesos, lo que debilita su constitución y quiebra su salud." (N.º 1753.) "¿No habéis estudiado en términos generales el problema?" (se refiere al empleo femenino) —"Yo he mirado a mi alrededor y lo que puedo deciros únicamente es que en ninguna parte he encontrado algo semejante al empleo femenino en las minas del carbón." (N.º 1793, 1794, 1808.) "Es un trabajo para hombres, y para hombres fuertes. La parte mejor de los obreros de minas, que intenta elevarse y humanizarse, en lugar de encontrar algún apoyo en sus mujeres, se ven empujados por éstas hacia abajo."

Después que los burgueses siguieron realizando preguntas una tras otra, por fin se descubrió el secreto de su "compasión" por las viudas, las familias pobres, etc.:

"El propietario de la mina designa a ciertos *gentlemen* en calidad de supervisores, y la política de éstos consiste, para cosechar aplausos del empresario, en la máxima economía, y las muchachas ocupadas reciben de 1 chelín y 1 chelín 6 peniques diarios allí donde un hombre debiera obtener 2 chelines y 6 peniques." (N.º 1816.).

4. Jurados de autopsias.

(N.º 360). "En cuanto a las *coroner's inquests* [investigaciones del jurado de autopsias] en su distrito, ¿están satisfechos los obreros con el procedimiento judicial cuando ocurren accidentes? — No, no lo están." (N.º 361, 375.) "¿Por qué no? — Ante todo, porque los miembros del jurado no saben nada de minas. Los obreros no son nunca convocados a participar, salvo como testigos. En general, se designa a los tenderos de la vecindad, que se encuentran bajo la influencia de los propietarios de minas, sus clientes, y que ni siquiera comprenden las expresiones técnicas utilizadas por los testigos. Exigimos que los mineros conformen parte del jurado. Habitualmente,

el fallo se encuentra en contradicción con las declaraciones de los testigos." (Nº 378.) "Pero, ¿el jurado no debe acaso ser imparcial? — Sí." (Nº 379.) "¿Los obreros lo serían? — No veo ningún motivo por el cual no debieran serlo. Tienen conocimientos de los hechos." (Nº 380.) "Pero, ¿no tenderían a dictar fallos injustamente duros, en interés de los obreros? — No, creo que no."

5. Medidas y pesos falsos, etc. Los obreros exigen salarios semanales, en vez de recibirlos cada catorce días; que la medición se realice según el peso, y no en función de la capacidad de las cubas; que se los proteja contra el uso de pesos falsos, etc.

(Nº 1071.) "Si las cubas se aumentan fraudulentamente, ¿puede un hombre retirarse de la mina dando un preaviso con 14 días de anticipación? — Pero si va a otro sitio, se encuentra con lo mismo." (Nº 1072.) "¿Pero puede irse del lugar donde se comete la injusticia? — La injusticia se comete en todas partes." (Nº 1073.) "Pero, ¿puede el obrero dejar cada vez su puesto, dando un preaviso de 14 días? — Sí."
¡Y con esto se dan por satisfechos!

6. Inspección de minas. Los obreros no sólo sufren accidentes debido a gases explosivos.

(NºNº 234 y ss.) "Hemos de quejarnos en la misma medida de la ventilación en las minas de carbón, tan mala que la gente apenas puede respirar, como consecuencia de ello se vuelven ineptos para todo tipo de ocupación. Así, por ejemplo, precisamente ahora, en la sección de la mina en que trabajo, la pestilencia del aire ha lanzado a mucha gente por semanas a la cama, enfermos. Las galerías principales, la mayoría de las veces, se ventilan bastante bien, pero no así los lugares donde precisamente trabajamos. Si un hombre presenta al inspector una queja contra la mala ventilación, es despedido y se convierte en un hombre 'marcado', por lo cual no encontrará ocupación en ninguna otra parte. La *Mining Inspecting Act* [ley de inspección de minas] de 1860 es un simple pedazo de papel. Los inspectores — y su número es demasiado pequeño — hacen, tal vez, una visita formal cada 7 años. Nuestro inspector es un hombre de 70 años, completamente inepto, que tiene a su cargo más de 130 minas de carbón. Necesitamos a más inspectores, y además subinspectores." (Nº 280.) "Entonces, ¿debe el gobierno mantener un ejército de inspectores que pueda hacer todo lo que vosotros exigis, sin disponer de información de los mismos obreros? — Eso es imposible, pero deben acudir a las minas mismas a recibir la información." (Nº 285.) "¿No creéis que el efecto sería el de traspasar la responsabilidad (!) por la ventilación, etc., del propietario de la mina a los funcionarios del gobierno? — En ningún caso; la tarea de los inspectores debe ser la de imponer el cumplimiento de las leyes ya existentes." (Nº 294.) "¿Cuándo habláis de subinspectores, os referís a gente con menos ingresos y de categoría inferior a la de los inspectores actuales? — Yo no deseo en modo alguno que sean inferiores, si podéis conseguir a personas mejores." (Nº 294.) "¿Queréis más inspectores o una clase inferior de personas que los inspectores? — Necesitamos gente que recorra directamente las minas y no tenga miedo por su propio pellejo." (Nº 297.) "¿Si se cumple vuestro deseo que se designen inspectores de clase inferior, su falta de calificación no resultaría peligrosa, etc.? — No, es asunto del gobierno designar a personas adecuadas."

Finalmente, este tipo de interrogatorio resultó demasiado absurdo hasta para el propio presidente de la comisión investigadora.

"Lo que queréis" —interrumpe la conversación— "es gente práctica, que mire a su alrededor e informe luego al inspector, que entonces podrá aplicar sus conocimientos más elevados." (Nº 531.) "¿No provocaría demasiados costos la ventilación de todas esas minas viejas? — Sí, los costos podrán crecer, pero se protegerían vidas humanas."

(Nº 581.) Un minero protesta contra la sección decimoséptima de la ley de 1860:

"Actualmente, si el inspector de minas encuentra una parte de éstas en mal estado, que hace imposible las faenas, debe informarle al propietario de la mina y al ministro del Interior. Después de esto, al propietario se le conceden 20 días para recapacitar; al cabo de los 20 días, puede negarse a realizar cualquier cambio. Pero si se niega, debe escribirle al ministro del Interior y proponerle 5 ingenieros de minas, entre los cuales el ministro debe elegir los árbitros. Sostenemos que en este caso el propietario de minas virtualmente nombra a su propio juez".

(Nº 586.) El interrogador burgués, propietario de minas:

"Este es un reparo puramente especulativo." (Nº 588.) "¿Tenéis una mala opinión de la honradez de los ingenieros de minas? — Esa afirmación es muy injusta y poco equitativa." (Nº 589.) "¿No poseen acaso los ingenieros de minas una especie de carácter público que coloca sus decisiones por encima de la parcialidad que vosotros teméis? — Me niego a responder preguntas sobre el carácter personal de estas personas. Estoy seguro de que en muchos casos actúan de manera muy parcial y estimo que allí donde están en juego vidas humanas se les debiera privar de ese poder."

El mismo burgués tiene el descaro de preguntar:

"¿No creéis que los propietarios de minas también sufren pérdidas con las explosiones?"

Por último, (Nº 1042):

"¿No pueden los mismos obreros defender sus propios intereses, sin pedir la ayuda del gobierno? — No".

En 1865 había en Inglaterra 3.217 minas de carbón y...12 inspectores. Un propietario de minas en Yorkshire (*Times*, 26 de enero de 1867) calcula que, descontando sus ocupaciones meramente burocráticas que les absorben todo su tiempo, cada mina sólo podría ser visitada una vez cada 10 años. No es de extrañar entonces que en los últimos años (en particular, en 1866 y 1867) las catástrofes hayan aumentado progresivamente en número y magnitud (a veces haciendo víctimas 200 a 300 obreros). ¡Estas son las bellezas de la "libre" producción capitalista!

En todo caso, la ley de 1872, por muy deficiente que sea, es la primera en reglamentar las horas de trabajo de los niños ocupados en minas y responsabiliza, en cierta medida, por los llamados accidentes a los explotadores y propietarios de minas.

La comisión real de 1867, encargada de investigar el empleo infantil, así como el de jóvenes y mujeres en la agricultura, ha publicado algunos informes muy importantes. Se han realizado diversos intentos de aplicar a la agricultura los principios de la legislación fabril, en forma modificada, pero hasta el momento todos estos esfuerzos han fracasado totalmente. Sin embargo, aquí tengo que destacar la existencia de una tendencia irresistible a la aplicación en forma general de estos principios.

Si la generalización de la legislación fabril como medio protector

de la clase obrera en términos físicos y espirituales se ha vuelto inevitable, por otro lado, generaliza y acelera, como señalábamos anteriormente, la transformación de procesos de trabajo dispersos, realizados a escala minúscula, en procesos de trabajo combinados a gran escala, en escala social. O sea, generaliza y acelera la concentración del capital y el dominio exclusivo del régimen fabril. Esta legislación destruye todas las formas caducas y transitorias, detrás de las cuales aún se oculta, en parte, el dominio del capital, y las sustituye por su dominio directo, abierto. Con ello, generaliza también la lucha directa contra esta dominación. Mientras que en los talleres individuales impone la uniformidad, la regularidad, el orden y la economía, simultáneamente multiplica —por el enorme impulso que imprimen a la técnica la restricción y regulación de la jornada laboral— la anarquía y las catástrofes en la producción capitalista en su conjunto, así como la intensidad del trabajo y la competencia de la maquinaria con el obrero. Al terminar con las esferas de la pequeña industria y del trabajo domiciliario, destruye también los últimos refugios de los “superfluos” y, con ello, la válvula de seguridad, existente hasta el momento, de todo el mecanismo social. La legislación hace madurar, junto a las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción, las contradicciones y los antagonismos de la forma capitalista de este proceso y, por tanto, simultáneamente, los elementos constitutivos de una nueva sociedad y los factores revolucionadores de la vieja³²².

³²² Robert Owen, el padre de las fábricas y tiendas cooperativas —quien, sin embargo, como señalábamos más arriba, no compartía en modo alguno las ilusiones de sus seguidores acerca del alcance de estos elementos aislados de transformación—, en sus experimentos no sólo partía del sistema fabril, sino que lo consideraba teóricamente como el punto inicial de la revolución social. El señor Vissering, profesor de economía política en la Universidad de Leyden, pareciera haber adivinado algo similar, cuando en su *Handboek van Praktische Staatshuishoudkunde*, 1860-1862, que presenta en la forma más adecuada las necesidades de la economía vulgar, predica en favor de la producción artesanal y contra la gran industria.

[A la 4ª edición. El nuevo embrollo jurídico (p. 264*), provocado por la legislación inglesa mediante leyes recíprocamente contradictorias como las *Factory Act*, *Factory Acts Extension Act* y *Workshops Act*, se volvió finalmente intolerable, debido a lo cual se llevó a cabo con la *Factory and Workshop's Act* [ley de fábricas y talleres] de 1878 una codificación de toda la legislación correspondiente a esta materia. No se puede exponer aquí, desde luego, una crítica detallada de este código industrial vigente en Inglaterra en la actualidad. Por eso, basten los siguientes apuntes. La ley abarca:—1) Fábricas textiles. Aquí todo permanece aproximadamente como antes: el tiempo de trabajo permitido para los niños mayores de 10 años es de 5½ horas diarias, o de 6 horas si el sábado es libre; a jóvenes y mujeres, 10 horas los primeros 5 días de la semana y máximo 6½ horas los sábados.—2) Fábricas no textiles. Aquí las disposiciones se acercan más que antes a las establecidas para el punto 1, pero persisten aún algunas excepciones favorables para el capitalista, que se amplían en algunos casos, además, por permisos especiales del ministro del Interior.—3) *Workshops* [talleres] definidos aproximadamente como en la ley anterior; siempre que en ellos trabajen niños, obreros jóvenes y mujeres, se les asimila a las fábricas no textiles, pero

* Véase el presente tomo, p. 280. —Ed.

10. GRAN INDUSTRIA Y AGRICULTURA

La revolución que provoca la gran industria en la agricultura y las relaciones sociales de sus agentes de producción sólo podrá ser expuesta más tarde. Aquí bastará con que señalemos breve y anticipadamente algunos resultados. Si bien el uso de la maquinaria en la agricultura está exento, en su mayor parte, de las desventajas físicas que le ocasiona al obrero fabril³²³, opera de manera más intensa y sin resistencia en la creación de obreros "superfluos", como se verá en detalle más adelante. En los condados de Cambridge y Suffolk, por ejemplo, durante los últimos 20 años el área de tierras cultivadas se ha expandido considerablemente, mientras que la población rural en el mismo período ha disminuido no sólo en forma relativa, sino también en términos absolutos. En los Estados Unidos de Norteamérica, las máquinas agrícolas, por ahora, sustituyen sólo a obreros potenciales, es decir, le permiten al productor cultivar una superficie mayor, pero sin expulsar realmente a los obreros ocupados. En Inglaterra y Gales, en 1861, el número de personas ocupadas en la fabricación de máquinas agrícolas era de 1.034, mientras que el número de obreros agrícolas que atendían las máquinas de vapor y de trabajo alcanzaba a 1.205.

Es el ámbito de la agricultura donde la gran industria opera del modo más revolucionario, dadó que destruye el bastión de la vieja sociedad, el "campesino", rempazándolo por el obrero asalariado. De este modo las necesidades de transformación social y las contradicciones sociales en el campo se igualan con las de la ciudad. Las formas de producción más rutinarias e irracionales son rempazadas por la aplicación consciente y tecnológica de la ciencia. El régimen

de nuevo con algunas excepciones en ciertos detalles. — 4) *Workshops* en los que no trabajan niños u obreros jóvenes, sino únicamente personas de ambos sexos mayores de 18 años; para esta categoría rigen disposiciones aún más tolerantes. — 5) *Domestic workshops* [talleres domiciliarios], en los cuales sólo trabajan miembros de la familia en su casa; disposiciones aún más elásticas y la restricción de que el inspector, sin autorización expresa ministerial o judicial, sólo puede visitar aquellos locales que no se usan al mismo tiempo como habitaciones; y, finalmente, libertad completa para el trenzado de paja, la fabricación de encajes y guantes en el círculo familiar. A pesar de todas sus deficiencias, esta ley es, sin embargo, junto a la ley federal fabril de Suiza del 23 de marzo de 1877, la mejor disposición sobre la materia. Una comparación de la misma con la ley federal suiza mencionada presenta particular interés, pues pone de manifiesto tanto las ventajas como las deficiencias de ambos métodos legislativos: el método inglés, "histórico", que interviene de caso en caso, y el método continental, erigido sobre las tradiciones de la revolución francesa, más generalizador. Lamentablemente, el código inglés es, en su mayor parte, letra muerta en su aplicación a los *workshops*, a causa del insuficiente personal de inspección. — F.E.]

³²³ Una exposición detallada de la maquinaria empleada en la agricultura inglesa puede encontrarse en *Die landwirtschaftlichen Geräthe und Maschinen Englands*, del Dr. W. Hamm, 2ª edición, 1856. En su ensayo del desarrollo de la agricultura inglesa, el señor Hamm sigue demasiado acriticamente al señor Leonce de Lavergne. [A la 4ª edición. Esta obra se ha vuelto ahora anticuada, naturalmente. — F.E.]

capitalista de producción termina rompiendo el lazo familiar originario entre la agricultura y la manufactura, el cual envolvía la figura infantilmente subdesarrollada de ambas. Sin embargo, simultáneamente, dicho régimen crea las premisas materiales de una nueva síntesis, más elevada, la unión de la agricultura y la industria sobre la base de sus formas de desarrollo posterior opuesto. Con la preponderancia cada vez mayor de la población urbana, amontonada en grandes centros, la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza motriz histórica de la sociedad y, de otra, perturba el intercambio orgánico entre el ser humano y la tierra, es decir, el retorno al suelo de los componentes consumidos por el hombre bajo la forma de provisiones y vestimenta, altera la condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo. Con ello, destruye la salud física de los obreros urbanos y la vida espiritual de los obreros rurales³²⁴. Pero, al tiempo que destruye las condiciones de dicho intercambio orgánico, surgidas de un modo puramente espontáneo, la producción capitalista impone su restablecimiento sistemático como ley reguladora de la producción social y en una forma adecuada al pleno desarrollo humano. En la agricultura, como en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción se manifiesta simultáneamente como martirologio de los productores; el medio de trabajo, como medio de subyugación, explotación y empobrecimiento del obrero; la combinación social de los procesos laborales, como opresión organizada de su vitalidad, libertad y autonomía individuales. La dispersión de los obreros rurales en grandes superficies quebranta, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia, mientras que la concentración eleva la de los obreros urbanos. En la agricultura moderna, como en la industria urbana, la fuerza productiva incrementada y el mayor rendimiento del trabajo se consiguen devastando y agotando la propia fuerza de trabajo. Todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un adelanto en el arte de despojar al obrero, sino simultáneamente en el de agotar el suelo; todo progreso en el incremento de su fertilidad por un lapso determinado es, a la par, un avance en la ruina de las fuentes durables de esta fertilidad. Tanto más rápido es este proceso de destrucción³²⁵,

³²⁴ "Ustedes dividen al pueblo en dos campos hostiles, el de los campesinos torpes y el de los enanos afeminados. ¡Oh, cielo, una nación dividida en intereses agrícolas y comerciales se dice sana y, aún más, se considera ilustrada y civilizada no sólo a despecho de esa división monstruosa e innatural, sino precisamente como consecuencia de ella!" (David Urquhart, l.c., p. 119). Este pasaje muestra tanto la fuerza como la debilidad de un tipo de crítica que puede juzgar y condenar el presente, pero no comprenderlo.

³²⁵ Cfr. Liebig. *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie*, 7ª edición, 1862 y, en particular, la "Introducción a las leyes naturales de la agricultura", en el primer tomo. La exposición del lado negativo de la agricultura moderna, desde un punto de vista científico, es uno de los méritos inmortales de Liebig. También sus *aperçus* [ideas] sobre la historia de la agricultura, aunque no estén exentas de errores graves, contienen momentos lúcidos. Es de lamentar que se aventure al azar en

cuanto más un país —como Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo— tenga por fundamento de su desarrollo a la gran industria. La producción capitalista por tanto sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso de producción social minando simultáneamente las fuentes de toda riqueza: la tierra y el obrero.

expresiones del siguiente tipo: "Una pulverización excesiva y el laboreo frecuente intensifican el intercambio de aire dentro de los elementos porosos de la tierra, y aumenta y se renueva la superficie de los elementos expuestos a la acción del aire; pero, es fácil comprender que los mayores rendimientos de la tierra no pueden ser proporcionales al trabajo empleado en el campo, sino que se incrementan en una proporción menor". "Esta ley" —agrega Liebig— "fue formulada inicialmente por J. St. Mill en sus *Princ. of Pol. Econ.*, vol. I, p. 17, del siguiente modo: 'El hecho de que el rendimiento del suelo crezca, *caeteris paribus* [si las demás circunstancias permanecen constantes], en una proporción decreciente, en comparación con el aumento del número de obreros empleados' (el señor Mill repite incluso la ley escolar ricardiana en una fórmula falsa, pues como en Inglaterra *the decrease of the labourers employed*, la disminución de los obreros empleados, iba al mismo paso que el progreso de la agricultura, la ley descubierta para Inglaterra y en Inglaterra no encontraría aplicación a lo menos en Inglaterra), 'es la ley general de la agricultura'; lo cual es bastante curioso, pues Mill desconocía la causa de ello" (Liebig, l.c., vol. I, p. 143 y nota). A pesar de la interpretación errónea de la palabra "trabajo", por lo que Liebig entiende algo distinto de lo que comprende la economía política, es "bastante curioso" que convierta al señor J. St. Mill en el primer promulgador de una teoría que James Anderson expuso, por primera vez, en la época de A. Smith y que repitió en distintos escritos hasta el comienzo del siglo XIX; teoría que en 1815 se anexó Malthus, en general un maestro del plagio (toda su teoría de la población es un plagio desvergonzado); que West desarrolló al mismo tiempo e independientemente de Anderson; que Ricardo vinculó en 1817 con la teoría general del valor y que ha dado desde entonces la vuelta al mundo bajo el nombre de Ricardo; que James Mill (el padre de J. St. Mill) vulgarizó en 1820 y que, finalmente, entre otros, es repetida por el señor J. St. Mill, ya convertida en lugar común de un dogma escolar. Es innegable que J. St. Mill debe su, en todo caso, "curiosa" autoridad casi únicamente a malentendidos similares.

SECCION QUINTA

LA PRODUCCION DE PLUSVALOR ABSOLUTO Y RELATIVO

CAPITULO XIV

PLUSVALOR ABSOLUTO Y RELATIVO

En un comienzo consideramos el proceso de trabajo (véase el capítulo V) de manera abstracta, independientemente de sus formas históricas, como un proceso entre el hombre y la naturaleza. Allí se decía: "De observarse todo el proceso de trabajo desde el punto de vista de su resultado, el medio de trabajo y el objeto del trabajo aparecen ambos como medios de producción, y el propio trabajo como trabajo productivo". Y en la nota 7 se añadía: "Esta definición del trabajo productivo, tal como se desprende desde el punto de vista del proceso simple de trabajo, no es en ningún modo suficiente para el proceso capitalista de producción". Esto ha de desarrollarse a continuación.

En la medida en que el proceso de trabajo es un proceso netamente individual, el mismo obrero reúne todas las funciones que luego se separan. En la apropiación individual de objetos naturales para atender sus necesidades vitales se controla a sí mismo. Luego, será controlado. El hombre aislado no puede operar sobre la naturaleza sin accionar sus propios músculos bajo el control de su propio cerebro. Así como en el sistema natural la cabeza y la mano se corresponden, el proceso de trabajo une el trabajo cerebral y el manual. Posteriormente se divorcian hasta llegar a una contradicción radical. El producto se transforma, en general, de un fruto directo del productor individual en producto social, colectivo de un obrero global, de un personal obrero combinado, cuyos miembros se encuentran más cerca o más lejos de manejar el objeto de trabajo. Con el carácter cooperativo del proceso de trabajo mismo se desarrolla, por consiguiente y necesariamente, el concepto del trabajo productivo y de su portador, el obrero productivo. Para trabajar productivamente ya no es necesario hacerlo manualmente; basta con ser órgano del obrero global, ejecutar alguna de sus subfunciones. La definición primitiva del trabajo productivo formulada más arriba, deducida de la naturaleza misma de la producción material, sigue siendo válida para el obrero global, concebido como un todo. Pero ya no es aplicable a cada uno de sus miembros, tomados por separado.

Pero, de otra parte, el concepto de trabajo productivo se estrecha. La producción capitalista no sólo es producción de mercancías, es

esencialmente producción de plusvalor. El obrero no produce para sí, sino para el capital. Por eso, no basta ya que produzca en general. Debe producir plusvalor. Sólo es productivo el obrero que crea plusvalor para el capitalista o sirve a la autovalorización del capital. Si se nos permite elegir un ejemplo fuera del ámbito de la producción material, indicaremos que un maestro de escuela es un obrero productivo, pues no sólo cultiva las cabezas de los niños, sino que además se consume trabajando para enriquecer al empresario. El hecho de que este último haya invertido su capital en una fábrica de aprendizaje, en vez de hacerlo en una de salchichas, no cambia en nada la relación. El concepto de obrero productivo no incluye, por ello, en modo alguno sólo una relación entre acción y efecto útil, entre obrero y producto del trabajo, sino también una relación de producción específicamente social, surgida históricamente, que convierte al obrero en medio directo de valorización del capital. Por eso, no es una dicha ser obrero productivo, sino una desventura. En el Libro IV de este escrito, al tratar de la historia de la teoría, se verá más detalladamente que la economía política clásica ha destacado siempre la producción de plusvalor como el rasgo decisivo del obrero productivo. Al modificarse su comprensión de la naturaleza del plusvalor, cambia, por tanto, su definición del obrero productivo. Así, los fisiócratas declaraban que era productivo sólo el trabajo agrícola, porque sólo él proporcionaría plusvalor. Pero, para los fisiócratas, el plusvalor existe exclusivamente bajo la forma de la renta del suelo.

El alargamiento de la jornada laboral por sobre el punto en que el obrero sólo hubiera producido un equivalente del valor de su fuerza de trabajo y la apropiación de este plustrabajo por el capital constituyen la producción de plusvalor absoluto. Es la base general del sistema capitalista y el punto de partida para la producción de plusvalor relativo. En este caso, la jornada laboral se divide desde un comienzo en dos partes: trabajo necesario y plustrabajo. Para alargar el plustrabajo, el trabajo necesario se reduce mediante métodos que permiten producir en menos tiempo el equivalente del salario. La producción de plusvalor absoluto sólo gira en torno de la duración de la jornada laboral; la producción de plusvalor relativo revoluciona a fondo los procesos técnicos del trabajo y los agrupamientos sociales.

La producción de plusvalor relativo presupone, por tanto, un régimen de producción específicamente capitalista, que surge espontáneamente y se forma, con sus métodos, medios y condiciones, sólo sobre la base de la sumisión formal del trabajo al capital. El lugar de la sumisión formal del trabajo al capital lo ocupa la sumisión real.

Bastará con hacer una simple referencia a las formas intermedias [*Zwitterformen*], en las que el plustrabajo no es extraído del pro-

ductor por coacción directa ni tampoco se ha establecido todavía su subordinación formal al capital. Este aún no se ha apoderado directamente del proceso de trabajo. Junto a los productores autónomos, que efectúan labores artesanales o agrícolas bajo un régimen de producción tradicional, primitivo, aparece el usurero o comerciante, el capital usurario o comercial, que los succiona parasitariamente. El predominio de esta forma de explotación en una sociedad excluye el modo de producción capitalista, aunque puede constituir, de otra parte, como en el medioevo tardío, el tránsito al mismo. Por último, como nos muestra el ejemplo del moderno trabajo domiciliario, ciertas formas intermedias se reproducen parcialmente, aunque con una fisonomía completamente cambiada, sobre el terreno de la gran industria.

Si para la producción de plusvalor absoluto bastaba la simple sujeción formal del trabajo al capital, por ejemplo, que los artesanos, que trabajaban antes para sí mismos o, también, como aprendices de un maestro de gremio, aparezcan ahora únicamente como asalariados bajo el control directo del capitalista, se mostró, de otra parte, cómo los métodos de producción de plusvalor relativo son, a la vez, métodos para la producción de plusvalor absoluto. Además, el alargamiento desmesurado de la jornada laboral se presentó como el producto más característico de la gran industria. En general, el régimen de producción específicamente capitalista deja de ser un simple medio para la producción de plusvalor relativo, tan pronto se apropia de toda una rama de la producción y, más aún, cuando se ha apoderado de todas las ramas de producción decisivas. Ahora, se convierte en la forma general, socialmente imperante, del proceso de producción. Como método particular para la producción de plusvalor relativo, dicho régimen sigue operando únicamente, primero, en tanto se apodera de industrias hasta ese instante subordinadas al capital sólo formalmente, o sea, en su propagación; segundo, en tanto las industrias que ya le pertenecen son revolucionadas de continuo, mediante cambios en los métodos de producción.

Desde cierto punto de vista, la diferencia entre el plusvalor absoluto y el relativo parece ser, en general, ilusoria. El plusvalor relativo es absoluto, pues presupone un alargamiento absoluto de la jornada laboral por sobre el tiempo de trabajo necesario para la existencia del obrero mismo. El plusvalor absoluto es relativo, pues presupone un desarrollo de la productividad del trabajo que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada laboral. Pero, si se mira el movimiento del plusvalor, esta apariencia de identidad se esfuma. No bien el régimen de producción capitalista se ha establecido, convirtiéndose en el modo de producción general, la diferencia entre el plusvalor absoluto y el plusvalor relativo se hace perceptible tan pronto se trate de incrementar, en general, la tasa de plusvalor. Si se supone que la fuerza de trabajo se paga a

su valor, nos encontraremos ante la siguiente alternativa: Dados la fuerza productiva del trabajo y su grado normal de intensidad, la tasa de plusvalor sólo es elevable mediante el alargamiento absoluto de la jornada laboral; de otra parte, dados los límites de la jornada laboral, la tasa de plusvalor es únicamente elevable por la variación relativa de las magnitudes de sus elementos constituyentes, el trabajo necesario y el plustrabajo, lo que a su vez —para evitar que el salario descienda por debajo del valor de la fuerza de trabajo— presupone un cambio en la productividad o intensidad del trabajo.

Si el obrero necesita todo su tiempo para producir los medios de subsistencia imprescindibles para mantenerse a sí mismo y a su familia, no le queda tiempo alguno para trabajar gratuitamente para otras personas. Sin que se haya logrado un cierto grado de productividad del trabajo no hay tal tiempo disponible para el obrero, sin este tiempo excedente no hay plustrabajo y, por tanto, no hay capitalistas, pero tampoco esclavistas ni barones feudales, en una palabra, no habrá una clase de grandes propietarios¹.

De este modo, puede hablarse de una base natural del plusvalor, pero sólo en el sentido amplio de que en la naturaleza no existe ningún obstáculo absoluto que impida a una persona liberarse del trabajo necesario para su propia existencia y cargar con él a otra persona, como por ejemplo no hay obstáculos naturales absolutos que impidan a una persona emplear como alimento la carne de otra^{1a}. En modo alguno se debe vincular, como ha ocurrido en ciertos casos, nociones místicas a esta productividad espontánea del trabajo. Sólo cuando los hombres se elevaron, por su trabajo, de su primitivo estado animal, o sea, cuando su trabajo mismo ya está en cierto grado socializado, se establecen relaciones para que el plustrabajo de uno se convierta en condición de existencia del otro. En los inicios de la civilización, las fuerzas productivas del trabajo eran insignificantes, pero también lo eran las necesidades, que se desarrollan con los medios utilizados para su satisfacción y en base a éstos. En aquellos comienzos, además, la proporción de los sectores sociales que vivían del trabajo ajeno era mínima frente a la masa de productores directos. Con el progreso de la fuerza productiva social del trabajo, esta proporción crece tanto en términos absolutos como relativos². Por lo demás, la relación capitalista surge sobre un terreno económico que es el producto de un largo proceso de desarro-

¹ "La propia existencia de los maestros-capitalistas como una clase particular depende de la productividad de la industria" (Ramsay, l.c., p. 206). "Si el trabajo de cada hombre sólo fuera suficiente para producir su propia comida, no podría haber propiedad alguna" (Ravenstone, l.c., p. 14).

^{1a} Según un cálculo realizado recientemente, sólo en las regiones de la Tierra ya estudiadas viven, a lo menos, cuatro millones de canibales.

² "Entre los indios salvajes de América, casi todo pertenece a los trabajadores. 99 partes de cada cien han de considerarse a cuenta del trabajo. En Inglaterra, tal vez el obrero no tiene siquiera 2/3" (*The Advantages of the East-India Trade etc.*, pp. 72, 73).

llo. La productividad alcanzada por el trabajo, en la cual se basa dicha relación, no es un don de la naturaleza, sino de una historia que abarca miles de siglos.

Abstrayéndonos de la imagen más o menos desarrollada de la producción social, la productividad del trabajo sigue ligada a condiciones naturales. Todas ellas son reducibles a la naturaleza del hombre mismo —como raza, etc.— y a la naturaleza que lo rodea. Las condiciones naturales externas se dividen, en términos económicos, en dos grandes clases: riqueza natural en medios de subsistencia, o sea, fertilidad del suelo, aguas abundantes en peces, etc., y riqueza natural en medios de trabajo, como caídas de agua activas, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc. En los inicios de la civilización, el primer tipo de riqueza natural es el decisivo; en un peldaño superior del desarrollo, lo es el segundo. Compárese, por ejemplo, Inglaterra con la India o, en el mundo antiguo, Atenas y Corinto con los países de las costas del mar Negro.

Cuanto menor sea el número de necesidades naturales a satisfacer de manera imprescindible y mayor la fertilidad natural de la tierra y la benevolencia del clima, tanto menor será el tiempo de trabajo necesario para la manutención y reproducción del productor. Tanto mayor, por consiguiente, puede ser el excedente de su trabajo para otros, con respecto al trabajo para sí mismo. Así, ya Diodoro señalaba respecto a los antiguos egipcios:

“Es completamente increíble cuán pocos esfuerzos y costos les demanda la educación de sus niños. Les hacen las comidas más simples; también les dan de comer la parte inferior del papiro, cuando la pueden tostar al fuego, y raíces y tallos de plantas de pantano, en parte crudas, en parte cocidas y fritas. La mayoría de los niños andan sin zapatos y desnudos, pues el clima es muy benigno. Por eso, un niño no les cuesta a sus padres, hasta que llega a adulto, más de veinte dracmas. Así se explica, principalmente, que en Egipto la población sea tan numerosa y que pudieran realizarse tantas obras gigantescas”³.

Sin embargo, las grandes obras arquitectónicas del viejo Egipto se deben menos al volumen de su población, que a la gran proporción en que ésta se encontraba disponible. Del mismo modo que el obrero individual proporciona tanto más plustrabajo cuanto menor es su tiempo de trabajo necesario; así, también, cuanto menor sea la proporción de la población obrera requerida para la producción de los medios de subsistencia necesarios, tanto mayor será su fracción disponible para otros fines.

Presupuesta ya la producción capitalista, bajo circunstancias constantes en los demás aspectos y con una duración de la jornada laboral dada, la magnitud del plustrabajo variará con las condiciones naturales del trabajo y, en particular, con la fertilidad del suelo. Pero, en ningún caso se deduce de ello lo contrario, que el suelo

³ Diodoro, l.c., libro I, cap. 80, [p. 126].

más fértil sea el más apropiado para el crecimiento del régimen capitalista de producción. Este supone el dominio del hombre sobre la naturaleza. Una naturaleza demasiado pródiga "lleva de la mano al hombre, como a un niño en andadores"⁴(153). No convierte el desarrollo del hombre mismo en necesidad natural⁴. No es el clima tropical, con su exuberante vegetación, la madre del capital, sino la zona templada. No es la fertilidad absoluta del suelo, sino su diferenciación, la variedad de sus productos naturales, la que constituye la base natural de la división social del trabajo e incentiva al hombre, con el cambio de las circunstancias naturales en que habita, a multiplicar sus propias necesidades, aptitudes, medios y modos de trabajo. La necesidad de controlar social y económicamente una fuerza natural, de apoderarse de ella o dominarla a gran escala mediante obras de la mano humana, desempeña un decisivo papel en la historia de la industria. Así ocurrió, por ejemplo, con la regulación de las aguas en Egipto⁵, Lombardía, Holanda, etc. O en la India, Persia etc., donde la irrigación a través de canales artificiales proporciona al suelo no sólo el agua imprescindible, sino, además, con el fango los abonos minerales de las montañas. El secreto del florecimiento industrial de España y Sicilia bajo la dominación árabe residía en la canalización⁶.

La benignidad de las condiciones naturales proporciona siempre sólo la posibilidad, nunca la realidad, del plusabajo, o sea del plusvalor o del plusproducto. Las diversas condiciones naturales del trabajo conducen a que en países diferentes la misma cantidad de trabajo

⁴ "Por cuanto la primera" (la riqueza natural) "es más noble y ventajosa, hace a la gente despreocupada, orgullosa y entregada a todos los excesos; mientras que la segunda, por el contrario, exige vigilancia, cultura, arte y política" (*England's Treasure by Foreign Trade. Or the Balance of our Foreign Trade is the Rule of our Treasure. Written by Thomas Mun, of London, Merchant, and now published for the common good by his son John Mun.* Londres, 1669, pp. 181, 182). "Tampoco puedo concebir mayor maldición para la totalidad de un pueblo que la de ser lanzado a un pedazo de tierra donde la producción de artículos de subsistencia y alimentos fuera, en gran medida, espontánea, y el clima requiriera o admitiera poca preocupación por la ropa y la vivienda... Es posible, también, el extremo contrario. Un suelo incapaz de dar frutos a pesar del trabajo realizado es tan malo como aquel que produce en abundancia sin trabajo alguno" ([N. Forster.] *An Enquiry into the Causes of the Present High Price of Provisions.* Londres, 1767, p. 10).

⁵ La necesidad de calcular los períodos de flujo y reflujo del Nilo creó la astronomía egipcia y, con ella, el poder de la casta sacerdotal como dirigente de la agricultura. "El solsticio es el momento del año en que empieza a crecer el Nilo, y los egipcios, por ello, debían observarlo con la mayor atención... Para orientarse en labores agrícolas, les era importante marcar ese año equinoccial. Por eso, debían buscar en el cielo una señal manifiesta de su retorno" (Cuvier. *Discours sur les révolutions du globe*, ed. Hoefer, París, 1863, p. 141).

⁶ Una de las bases materiales del poder estatal sobre los pequeños y desvinculados organismos de producción de la India era la regulación del suministro de agua. Los dominadores mahometanos de la India lo entendían mejor que sus sucesores ingleses. Recordemos sólo la hambruna de 1866 que costó la vida a más de un millón de hindúes en el distrito de Orissa de la presidencia de Bengala.

satisfaga masas distintas de necesidades⁷, por consiguiente, a que en circunstancias análogas en otros aspectos el tiempo de trabajo necesario sea distinto. Dichas condiciones operan sobre el plustrabajo únicamente como barreras naturales, o sea, determinando el punto en que puede comenzar el trabajo para otros. En la misma medida en que la industria avanza, retrocede esta barrera natural. En medio de la sociedad europeo-occidental, donde el obrero sólo compra con plustrabajo el permiso de trabajar para su propia existencia, es fácil de imaginar que una propiedad innata del trabajo humano es la de proporcionar plusproducto⁸. Pero, considérese, por ejemplo, el caso de los habitantes de las islas orientales del archipiélago asiático, donde el sagú crece silvestre, en la selva.

"Cuando los habitantes, haciendo un agujero en el árbol, se aseguran de que la médula está madura, derriban el tronco y lo dividen en varias partes; raspando le extraen la médula, la mezclan con agua y la filtran; se ha obtenido, así, harina de sagú plenamente apta para utilizarse. Un árbol da comúnmente 300 libras y puede rendir hasta 500 a 600 libras. Allí, uno va, pues, a la selva y corta su pan, como entre nosotros se recoje la leña."⁹

Supóngase que uno de esos cortadores de pan de Asia Oriental necesite 12 horas de trabajo a la semana para satisfacer todas sus necesidades. Lo que la benignidad de la naturaleza le da directamente es mucho tiempo de ocio. Para que lo emplee de manera productiva para sí, se requiere toda una serie de circunstancias históricas; para que lo gaste en plustrabajo para personas ajenas es imprescindible la coacción exterior. Si se introdujese la producción capitalista, el pobre hombre debería trabajar, tal vez, 6 días a la semana para apropiarse para sí del producto de una jornada laboral. La benignidad de la naturaleza no explica por qué trabaja ahora 6 días a la semana o por qué proporciona 5 días de plustrabajo. Sólo aclara por qué su tiempo de trabajo necesario está limitado a un día a la semana. Pero, en ningún caso su plusproducto proviene de una propiedad innata y oculta del trabajo humano.

Las fuerzas productivas del trabajo —tanto las sociales, desarrolla-

⁷ "No hay dos países que proporcionen igual número de medios de subsistencia necesarios en la misma abundancia y con la misma cantidad de trabajo. Las necesidades de los hombres crecen o disminuyen con la severidad o suavidad del clima en que viven; en consecuencia, no es igual la cantidad relativa de trabajo que están obligados a ejecutar por necesidad los habitantes de países diferentes ni se puede establecer el grado de diversidad de otro modo que no sea según los grados de calor y frío. Puede, por tanto, deducirse esta conclusión general: la cantidad de trabajo requerida para la manutención de un cierto número de personas es mayor en los climas fríos y menor en los climas calurosos, pues en los primeros el hombre necesita no sólo más ropas, sino además cultivar mejor la tierra que en los últimos" (*An Essay on the Governing Causes of the Natural Rate of Interest*, Londres, 1750, p. 59). El autor de este anónimo escrito epocal es J. Massie. De él tomó Hume su teoría del interés.

⁸ "Todo trabajo debe" (parece que es uno de los *droits* [derechos] y *devoirs* *du citoyen* [deberes de los ciudadanos]) "dejar un excedente" (Proudhon) ^[154].

⁹ F. Schouw. *Die Erde, die Pflanze und der Mensch*, 2^a ed., Leipzig, 1854, p. 148.

das históricamente, como las condicionadas por la naturaleza—aparecen como fuerzas productivas del capital al que se incorpora el trabajo.

Ricardo nunca se interesa por el origen del plusvalor. Lo concibe como algo inherente al régimen capitalista de producción, el cual es, a sus ojos, la forma natural de la producción social. Allí donde habla de la productividad del trabajo, no busca en ella la causa de la existencia del plusvalor, sino sólo la causa que determina su magnitud. Por el contrario, su escuela proclamó claramente como causa originaria de la ganancia (léase, plusvalor) la fuerza productiva del trabajo. En todo caso, es un progreso frente a los mercantilistas, quienes, por su parte, derivan del intercambio el excedente en los precios de los productos con respecto a sus costos de producción, de su venta por sobre su valor. Sin embargo, la escuela de Ricardo sólo había eludido el problema, en vez de resolverlo. En realidad, estos economistas burgueses advertían instintiva y correctamente que sería muy peligroso estudiar en profundidad el candente problema del origen del plusvalor. Pero, ¿qué decir, si medio siglo después de Ricardo, el señor John Stuart Mill constata solemnemente su superioridad con respecto a los mercantilistas, repitiendo de mala manera los confusos subterfugios de los primeros vulgarizadores de Ricardo?

Mill dice:

“La causa de la ganancia es que el trabajo produce más de lo necesario para su sustento”.

Hasta aquí, nada más que la vieja canción; pero Mill desea agregar algo propio:

“O, para variar la forma del planteamiento: la causa de por qué el capital rinde una ganancia es que los alimentos, la ropa, las materias primas y los medios de trabajo duran más tiempo del necesario para su producción”.

Mill confunde aquí la duración del tiempo de trabajo con la duración de sus productos. Según este enfoque, un panadero, cuyos productos duran sólo un día, no podría obtener jamás de sus jornaleros la misma ganancia que consigue un fabricante de máquinas, cuyos productos duran 20 años y más. Por otra parte, es muy cierto que si un nido no durara más tiempo del que se requiere para construirlo, los pájaros tendrían que arreglárselas sin nidos.

Habiendo establecido esta verdad básica, Mill constata su superioridad con respecto a los mercantilistas:

“Vemos, pues, que la ganancia no proviene del incidente de los intercambios, sino de la fuerza productiva del trabajo; y la ganancia total de un país está determinada siempre por la fuerza productiva del trabajo, tenga o no lugar el intercambio. Si no hubiese división de las ocupaciones, no habría ni ventas ni compras, pero sí ganancia”.

De modo que el intercambio, la venta y la compra, condiciones generales de la producción capitalista, son un mero incidente; y

aún así hay ganancia, isin la venta y la compra de la fuerza de trabajo!

Y continúa:

“Si los obreros de un país producen en conjunto un 20% por encima de la suma de sus salarios, las ganancias serán del 20%, no importa cuál sea el nivel de los precios de las mercancías”.

Esta es, de una parte, una tautología extremadamente exitosa, pues si los obreros producen para sus capitalistas un plusvalor del 20%, es incuestionable que las ganancias serán al salario total de los obreros como 20:100. De otra parte, es completamente falso que las ganancias “serán del 20%”. Serán siempre menos, pues las ganancias se calculan sobre la suma total del capital adelantado. Supóngase que el capitalista adelantó, por ejemplo, £500, de los cuales £400 se invirtieron en medios de producción y £100 en salario. Sea la tasa de plusvalor, como más arriba, del 20%, entonces, la tasa de la ganancia será 20:500, esto es, del 4% y no del 20%.

A continuación, una brillante prueba de cómo Mill trata las diversas formas históricas de la producción social:

“Doy en todas partes por supuesto el estado actual de cosas, que salvo pocas excepciones predomina universalmente, es decir, que el capitalista hace todos los adelantos, incluyendo la remuneración del obrero”.

¡Extraña ilusión óptica esta de ver en todas partes una situación que, hasta el momento, impera sólo excepcionalmente en el globo terráqueo! Pero, prosigamos. Mill, bondadosamente, reconoce “que no es una necesidad absoluta que eso sea así”*. Por el contrario:

“El obrero podría esperar incluso el pago de todo su salario hasta que el trabajo estuviera completamente consumado, si tuviese los medios necesarios para su sustento en el intertanto. Pero, en este caso, el obrero sería hasta cierto punto un capitalista que invierte capital en el negocio y proporciona una parte de los fondos necesarios para su realización”.

Del mismo modo Mill podría decir que el obrero que se adelanta a sí mismo no sólo los medios de subsistencia, sino también los medios de trabajo es, en realidad, su propio obrero asalariado. O que el campesino norteamericano es su propio esclavo que se hace una prestación personal, en vez de hacerla para un señor ajeno.

* En carta (del 28 de noviembre de 1878) a N. F. Danielsón, Marx propuso la siguiente redacción de este párrafo:

“A continuación, una prueba brillante de cómo Mill trata las diversas formas históricas de la producción social: ‘Doy en todas partes por supuesto’ —dice— ‘el estado actual de cosas que salvo pocas excepciones predomina universalmente allí donde obreros y capitalistas se enfrentan recíprocamente como clases, es decir, que el capitalista hace todos los adelantos, incluyendo la remuneración del obrero’. El señor Mill quisiera creer que no es una necesidad absoluta de que eso sea así, incluso en el sistema económico en el cual obreros y capitalistas se enfrentan recíprocamente como clases”. —Ed.

Mill, después de probarnos de manera tan clara que la producción capitalista, incluso si no existiera, siempre existiría, es lo suficientemente consecuente como para demostrar que ella no existe incluso cuando existe:

“E incluso en el caso anterior” (cuando el capitalista adelanta al obrero asalariado todos sus medios de subsistencia) “el obrero puede ser considerado desde el mismo punto de vista” (esto es, como un capitalista). “Pues al proporcionar su trabajo por debajo del precio de mercado(!), puede considerarse como si adelantase la diferencia(?) a su empresario, etc.”^{9a}

En los hechos reales, el obrero adelanta gratuitamente al capitalista su trabajo por una semana, etc., para obtener al finalizar la misma su precio de mercado, ¡y esto lo convierte, según Mill, en capitalista! En las llanuras, un montículo de tierra parece un cerro; mídase la trivialidad de nuestra burguesía de hoy por el calibre de sus “grandes pensadores”.

^{9a} J. St. Mill. *Principles of Political Economy*, Londres, 1868, pp. 252-253, *passim*. [Los pasajes anteriores han sido traducidos según la edición francesa de *El Capital*. —F. E.]

CAPITULO XV

CAMBIO EN LA MAGNITUD DEL PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO Y DEL PLUSVALOR

El valor de la fuerza de trabajo está determinado por el valor de los medios de subsistencia que usualmente necesita el obrero promedio. La masa de estos medios de subsistencia, aunque cambie su forma, está dada para una época determinada y una sociedad determinada y, por tanto, ha de ser considerada como una magnitud constante. Lo que varía es el valor de esta masa. Otros dos factores entran a determinar el valor de la fuerza de trabajo. De una parte, los costos de su desarrollo, que varían al modificarse el modo de producción; de otra parte, sus diferencias naturales: si es masculina o femenina, madura o inmadura. El consumo de las distintas fuerzas de trabajo, condicionado, a su vez, por el modo de producción, provoca grandes diferencias en los costos de reproducción de la familia obrera y en el valor del obrero varón adulto. Sin embargo, en la investigación siguiente estos factores quedarán sin considerar^{9b}.

Suponemos: 1) que las mercancías se venden a su valor; 2) que el precio de la fuerza de trabajo puede, ocasionalmente, sobrepasar su valor, pero nunca caer por debajo de él.

Una vez efectuadas estas suposiciones, determinamos que las magnitudes relativas del precio de la fuerza de trabajo y del plusvalor están condicionadas por tres circunstancias: 1) la duración de la jornada laboral, o sea, la magnitud extensiva del trabajo; 2) la intensidad normal del trabajo, es decir, su magnitud intensiva, de modo que en cierto lapso se gasta una determinada cantidad de trabajo; 3) y finalmente, la fuerza productiva del trabajo, de manera que, según el grado de desarrollo obtenido en las condiciones de producción, la misma cantidad de trabajo suministra en el mismo lapso un monto mayor o menor de productos. Evidentemente, existe la posibilidad de las más variadas combinaciones, si permanece constante uno de los tres factores y los otros dos varían, o permanecen constantes dos factores y varía uno, o, por último, los tres son variables a la vez. Estas combinaciones se multiplican aún más porque, en

^{9b} El caso tratado en la pag. 281*, queda naturalmente también excluido.
{Nota a la 3ª edición. —F. E.}

* Véase el presente tomo pp. 295-296. —Ed.

caso de una variación simultánea de los diversos factores, las magnitudes y las direcciones de la variación de dichos factores pueden divergir. A continuación sólo se exponen las combinaciones principales.

I. MAGNITUD DE LA JORNADA LABORAL E INTENSIDAD DEL TRABAJO, CONSTANTES (DADAS); FUERZA PRODUCTIVA DEL TRABAJO, VARIABLE

Bajo estas premisas, tres leyes determinan el valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor.

Primera: La jornada laboral de duración dada se representa siempre en el mismo valor producido, por mucho que varíe la productividad del trabajo y con ella la masa de productos y, por tanto, el precio de la mercancía singular.

El valor producido en una jornada laboral de doce horas es, por ejemplo, de 6 chelines, aunque la masa de los valores de uso producidos varíe con la fuerza productiva del trabajo, y el valor de 6 chelines se distribuya entre más o menos mercancías.

Segunda: El valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor varían en direcciones opuestas. Un cambio en la fuerza productiva del trabajo, ya sea que aumente o disminuya, opera en sentido inverso sobre el valor de la fuerza de trabajo y en sentido directo sobre el plusvalor.

El valor producido en la jornada laboral de doce horas es una magnitud constante, por ejemplo, de 6 chelines. Esta magnitud constante equivale a la suma del plusvalor y el valor de la fuerza de trabajo que el obrero sustituye por un equivalente. Es comprensible de por sí que de dos fracciones de una magnitud constante ninguna pueda aumentar sin que disminuya la otra. El valor de la fuerza de trabajo no puede subir de 3 a 4 chelines sin que el plusvalor descienda de 3 a 2 chelines; y el plusvalor no puede aumentar de 3 a 4 chelines sin que el valor de la fuerza de trabajo se reduzca de 3 a 2 chelines. Bajo estas circunstancias, pues, es imposible todo cambio en la magnitud absoluta, ya sea del valor de la fuerza de trabajo o del plusvalor, sin una alteración simultánea de sus magnitudes relativas o proporcionales. Es imposible que disminuyan o aumenten a la vez.

Además, el valor de la fuerza de trabajo no puede disminuir y, por tanto, incrementarse el plusvalor sin que aumente la fuerza productiva del trabajo; así, por ejemplo, en el caso anterior, el valor de la fuerza de trabajo no puede descender de 3 a 2 chelines, si una fuerza productiva mayor del trabajo no permite producir en 4 horas la misma masa de medios de subsistencia que antes requería 6 horas. A la inversa, el valor de la fuerza de trabajo no

puede aumentar de 3 a 4 chelines sin que disminuya la fuerza productiva del trabajo, o sea, que se requieran 8 horas para la producción de la misma masa de medios de subsistencia, para la cual antes bastaban 6. De ello se infiere que el aumento de la productividad del trabajo reduce el valor de la fuerza de trabajo y, con ello, incrementa el plusvalor, mientras que, a la inversa, la disminución de la productividad del trabajo incrementa el valor de la fuerza de trabajo y reduce el plusvalor.

Ricardo, al formular esta ley, pasó por alto una circunstancia: aunque el cambio en la magnitud del plusvalor, o del plustrabajo, presupone una variación inversa en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo, o del trabajo necesario, no se deduce de ello en modo alguno que varíen en la misma proporción. Aumentan o disminuyen en la misma magnitud. Sin embargo, la proporción en que cada parte del valor producido o de la jornada laboral aumenta o disminuye depende de la división que había tenido lugar antes de que se alterase la fuerza productiva del trabajo. Si el valor de la fuerza de trabajo era de 4 chelines, o el tiempo de trabajo necesario de 8 horas, si el plusvalor era de 2 chelines, o el plustrabajo de 4 horas, y a causa de un incremento en la fuerza productiva del trabajo disminuye el valor de la fuerza de trabajo a 3 chelines, o el trabajo necesario a 6 horas, el plusvalor aumentará a 3 chelines, o el plustrabajo a 6 horas. Es la misma magnitud de dos horas o de 1 chelín que acá se suma y allá se resta. Pero la variación proporcional de las magnitudes es distinta en ambos lados. Mientras que el valor de la fuerza de trabajo disminuye de 4 a 3 chelines, o sea en $1/4$ ó 25% , el plusvalor aumenta de 2 a 3 chelines, es decir en $1/2$ ó 50% . De ello se desprende que el aumento o la disminución proporcional del plusvalor, debido a un cierto cambio en la fuerza productiva del trabajo, es tanto mayor cuanto menor era la fracción de la jornada laboral que inicialmente se representaba en plusvalor, y tanto menor cuanto mayor era dicha fracción.

Tercera: El aumento o disminución del plusvalor es siempre consecuencia y nunca causa de la disminución o el aumento correspondientes producidos en el valor de la fuerza de trabajo¹⁰.

Como la jornada laboral es de magnitud constante y se representa en una magnitud de valor también constante; como a cada

¹⁰ MacCulloch cometió, en particular, el desacierto de agregar que el plusvalor puede aumentar sin que disminuya el valor de la fuerza de trabajo, si se suprimen los impuestos que antes el capitalista debía cancelar. La supresión de dichos impuestos no cambia en nada la cantidad de plusvalor que el capitalista industrial succiona directamente del obrero. Sólo altera la proporción en que se echa a sus propios bolsillos el plusvalor o en que debe repartirlo con terceros. No cambia en nada, pues, la proporción entre el valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor. La excepción formulada por MacCulloch sólo prueba su incomprensión de la regla general, un mal que le sucede con tanta frecuencia en la vulgarización de Ricardo, como le ocurre a J. B. Say en la vulgarización de A. Smith.

variación en la magnitud del plusvalor corresponde una modificación inversa en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo, y como este valor sólo puede alterarse al cambiar la fuerza productiva del trabajo, se infiere de estas circunstancias, como es evidente, que toda variación en la magnitud del plusvalor proviene de una variación inversa en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo. Por eso, si hemos establecido que es imposible toda variación absoluta en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo y del plusvalor sin un cambio en sus magnitudes relativas, vemos ahora que tampoco es posible una variación de sus magnitudes relativas de valor sin una variación en la magnitud de valor absoluta de la fuerza de trabajo.

Según la tercera ley, el cambio en la magnitud del plusvalor supone una alteración en el valor de la fuerza de trabajo, causada por una variación en la fuerza productiva del trabajo. El límite de dicho cambio está determinado por el nuevo límite establecido al valor de la fuerza de trabajo. Pero, aun si las circunstancias permiten que la ley opere, pueden darse movimientos intermedios. Por ejemplo, si a causa de un incremento en la fuerza productiva disminuye el valor de la fuerza de trabajo de 4 a 3 chelines, o el tiempo de trabajo necesario de 8 a 6 horas, el precio de la fuerza de trabajo podría reducirse sólo a 3 chelines y 8 peniques, a 3 chelines y 6 peniques, a 3 chelines y 2 peniques, etc., y, por tanto, el plusvalor podría aumentar solamente a 3 chelines y 4 peniques, a 3 chelines y 6 peniques, a 3 chelines y 10 peniques, etc. El grado de disminución en el valor de la fuerza de trabajo, cuyo límite mínimo es de 3 chelines, depende del peso relativo que ejercen sobre los platillos de la balanza, de una parte, la presión del capital y, de otra, la resistencia de los obreros.

El valor de la fuerza de trabajo está determinado por el valor de cierta cantidad de medios de subsistencia. Lo que cambia con la fuerza productiva del trabajo es el valor de estos medios de subsistencia, no su masa. La masa misma, al aumentar la fuerza productiva del trabajo, puede crecer simultáneamente y en la misma proporción para los obreros y el capitalista, sin que se produzca cambio alguno en las magnitudes del precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor. Sea el valor originario de la fuerza de trabajo de 3 chelines, el tiempo de trabajo necesario de 6 horas, y sea, asimismo, de 3 chelines el plusvalor, o el plustrabajo ascienda a 6 horas, la duplicación de la fuerza productiva del trabajo, de permanecer constante la división de la jornada laboral, no produciría cambios en el precio de la fuerza de trabajo y en el plusvalor. Tan sólo ocurriría que cada una de estas categorías se representaría en el doble de valores de uso, los que serían relativamente más baratos. Aunque el precio de la fuerza de trabajo no varíe, habrá crecido por sobre su valor. Si dicho precio descendiera, pero sin alcanzar

el límite inferior de $1\frac{1}{2}$ chelín que le indica el nuevo valor de la fuerza de trabajo, sino a 2 chelines y 10 peniques, 2 chelines y 6 peniques, etc., este precio descendiente, aun así, representaría una masa creciente de medios de subsistencia. De este modo, al aumentar la fuerza productiva, el precio de la fuerza de trabajo podría disminuir constantemente, incrementándose de manera simultánea y constante la masa de medios de subsistencia del obrero. Pero, en términos relativos, esto es, en comparación con el plusvalor, el valor de la fuerza de trabajo disminuiría constantemente y se ensancharía el abismo entre las condiciones de vida del obrero y del capitalista¹¹.

Ricardo fue el primero en formular con exactitud las tres leyes detalladas más arriba. Las deficiencias de su exposición residen: 1) en que concibe las condiciones particulares, en cuyos marcos rigen dichas leyes, como condiciones exclusivas, generales y obvias de la producción capitalista. Para él no hay cambios ni en la duración de la jornada laboral, ni en la intensidad del trabajo, de manera que el único factor variable que reconoce es, de por sí, la productividad del trabajo; 2) pero, y esto falsea su análisis en un grado incomparablemente superior, Ricardo, de igual manera que los demás economistas, jamás investigó el plusvalor como tal, esto es, independientemente de sus formas particulares, como la ganancia, la renta del suelo, etc. Confunde, por consiguiente, las leyes sobre la tasa de plusvalor con las leyes de la tasa de ganancia. Como ya se ha dicho, la tasa de ganancia es la proporción existente entre el plusvalor y el capital total adelantado, mientras que la tasa de plusvalor es la proporción que se da entre el plusvalor y la parte variable de ese capital. Supóngase que un capital de £500 (C) se divide en materias primas, medios de trabajo, etc., por un monto de £400 (c) y £100 de salarios (v); luego que el plusvalor = £100 (p). Entonces, la tasa de plusvalor será $\frac{p}{v} = \frac{£100}{£100} = 100\%$.

En cambio, la tasa de ganancia $\frac{p}{C} = \frac{£100}{£500} = 20\%$. Además, es evidente que la tasa de ganancia puede depender de circunstancias que en modo alguno influyen sobre la tasa de plusvalor. Más adelante, en el Libro III de este escrito, demostraré que la misma tasa de plusvalor puede expresarse en las más diversas tasas de ganancia y que diversas tasas de plusvalor pueden representarse, bajo ciertas circunstancias, en la misma tasa de ganancia.

¹¹ "Si se opera un cambio en la productividad de la industria de tal modo que con una cantidad dada de trabajo y capital se produce una cantidad menor o mayor, evidentemente, puede variar la proporción de los salarios, mientras que la cantidad que esta proporción representa permanece la misma; o puede variar esta cantidad, sin que se altere la proporción" ([J. Cazenove.] *Outlines of Political Economy etc.*, p. 67).

II. JORNADA LABORAL, CONSTANTE; FUERZA PRODUCTIVA DEL TRABAJO, CONSTANTE; INTENSIDAD DEL TRABAJO, VARIABLE

Una intensidad creciente del trabajo presupone gastos incrementados de trabajo en el mismo lapso. La jornada laboral más intensa toma cuerpo, por tanto, en más productos que la jornada menos intensa, pero de igual número de horas. Es cierto también que con una mayor productividad del trabajo la misma jornada laboral proporciona más productos. Pero, en este último caso, disminuye el valor del producto singular, porque cuesta menos trabajo que antes; en el primer caso, en cambio, permanece invariable, porque el producto cuesta igual cantidad de trabajo, tanto antes como después. El número de productos aumenta, en este caso, sin que desciendan sus precios. Con su número aumenta igualmente la suma de sus precios, mientras que en el otro caso la misma suma de valor no hace más que representarse en una masa mayor de productos. Permaneciendo constante el número de horas, una jornada laboral más intensa toma cuerpo, por tanto, en un valor producido más elevado; o sea, con un valor invariable del dinero, en más dinero. Este valor producido varía al desviarse la intensidad del trabajo de su grado social normal. La misma jornada laboral, pues, no se representa como antes en un valor producido constante, sino en uno variable; una jornada laboral más intensa, de doce horas, por ejemplo, en 7 chelines, 8 chelines, etc., en vez de 6 chelines, como la jornada laboral de doce horas, de intensidad habitual. Queda claro: si varía el valor producido en la jornada laboral, digamos, de 6 a 8 chelines, pueden aumentar simultáneamente ambas partes de este valor —el precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor— ya sea en un mismo grado o en grados distintos. El precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor pueden aumentar, a la vez, de 3 a 4 chelines, si el valor producido se incrementa de 6 a 8 chelines. El aumento del precio de la fuerza de trabajo no implica aquí, necesariamente, un incremento de su precio por sobre su valor. Por el contrario, puede verse acompañado de una caída por debajo de su valor. Esto ocurre siempre que el aumento del precio de la fuerza de trabajo no compensa su desgaste acelerado.

Se sabe que, salvo excepciones transitorias, un cambio en la productividad del trabajo sólo conlleva una variación en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, en la magnitud del plusvalor, cuando los productos de las ramas industriales afectadas participan en el consumo usual del obrero. Aquí desaparece este límite. Ya sea que la magnitud del trabajo varíe en extensión o en intensidad, a la alteración de su magnitud corresponde un cambio en la magnitud del valor producido, independientemente de la naturaleza del artículo en que el valor se represente.

Si la intensidad del trabajo aumentara de manera simultánea y pareja en todas las ramas industriales, el nuevo grado de intensidad, más elevado, se convertiría en el grado normal de intensidad social, sería habitual y dejaría de contabilizarse, en consecuencia, como magnitud extensiva. Sin embargo, incluso en un caso así, los grados promedios de intensidad del trabajo entre las diversas naciones seguirían siendo distintos y, por tanto, modificarían la aplicación de la ley del valor a las diferentes jornadas laborales nacionales. La jornada laboral más intensa de una nación se representa en una expresión en dinero superior que la jornada laboral menos intensa de otra nación¹².

III. FUERZA PRODUCTIVA E INTENSIDAD DEL TRABAJO, CONSTANTES; JORNADA LABORAL, VARIABLE

La jornada laboral puede variar en dos direcciones. Puede ser reducida o alargada.

1) La reducción de la jornada laboral, bajo condiciones dadas, esto es, con una fuerza productiva e intensidad del trabajo constantes, no altera el valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, tampoco el tiempo de trabajo necesario. Hace disminuir el plus trabajo y el plusvalor. Junto a la magnitud absoluta de este último, cae también su magnitud relativa, esto es, su magnitud en proporción a la magnitud invariable del valor de la fuerza de trabajo. Sólo mediante la reducción del precio de ésta por debajo de su valor el capitalista podría indemnizarse.

Todas las objeciones presentadas contra la reducción de la jornada laboral parten de que el fenómeno tiene lugar bajo las circunstancias aquí supuestas, mientras que, en la realidad, a la inversa, los cambios en la productividad y en la intensidad del trabajo o bien preceden a la reducción de la jornada laboral, o bien siguen inmediatamente tras ella¹³.

2) Alargamiento de la jornada laboral: Sea el tiempo de trabajo necesario igual a 6 horas, o el valor de la fuerza de trabajo igual a 3 chelines; sea asimismo igual a 6 horas el plus trabajo y a 3 chelines el plusvalor. Entonces, la jornada laboral total ascenderá a

¹² "Si todas las restantes circunstancias permanecen iguales, el fabricante inglés puede extraer un monto de trabajo considerablemente mayor en un lapso dado, que un fabricante extranjero de modo que quedan niveladas las diferencias en las jornadas laborales de 60 horas a la semana aquí, y de 72 ó 80, en cualquier otro lugar" (*Reports of Insp. of Fact, for 31st Oct. 1885*, p. 65). Una mayor reducción legal de la jornada laboral en las fábricas continentales sería el medio infalible de hacer disminuir esta diferencia entre los horarios de trabajo continentales y los ingleses.

¹³ "Hay circunstancias compensatorias... que la aplicación de la ley de las diez horas ha sacado a luz" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct, 1848*, p. 7).

12 horas y se representará en un valor de 6 chelines. Si la jornada laboral se prolonga en dos horas, permaneciendo invariable el precio de la fuerza de trabajo, con la magnitud absoluta del plusvalor aumenta su magnitud relativa. Aunque no varíe en términos absolutos la magnitud del valor de la fuerza de trabajo, disminuirá relativamente. Bajo las premisas formuladas en el sub. I, la magnitud relativa del valor de la fuerza de trabajo no podría variar sin un cambio en su magnitud absoluta. Aquí, por el contrario, la modificación en la magnitud relativa del valor de la fuerza de trabajo es resultado de una variación en la magnitud absoluta del plusvalor.

Como el valor en que se representa la jornada laboral varía con la propia prolongación de ésta, el precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor pueden aumentar simultáneamente, dándose un incremento igual o diferente de cada uno. Este aumento simultáneo es posible, por tanto, en dos casos; con un alargamiento absoluto de la jornada laboral o con una intensidad creciente del trabajo, sin un alargamiento de la jornada laboral.

Con una jornada laboral de mayor duración, el precio de la fuerza de trabajo puede descender por debajo de su valor, aunque nominalmente permanezca inalterado o incluso aumente. Como se recordará, el valor diario de la fuerza de trabajo se calcula, precisamente, sobre la base de su duración normal media, o del período normal de vida del obrero, y de la correspondiente transformación normal, adecuada a la naturaleza humana, de sustancia vital en movimiento¹⁴. Hasta cierto punto, un mayor consumo de fuerza de trabajo, inseparable del alargamiento de la jornada laboral, puede ser compensado con una mayor reposición. Pasado este punto, el desgaste crece en progresión geométrica, destruyéndose simultáneamente todas las condiciones normales de reproducción y acción de la fuerza de trabajo. El precio de la misma y su grado de explotación dejan de ser magnitudes recíprocamente conmensurables.

IV. CAMBIOS SIMULTANEOS EN LA DURACION, LA FUERZA PRODUCTIVA Y LA INTENSIDAD DEL TRABAJO

Es posible aquí, evidentemente, un gran número de combinaciones. Dos factores cualesquiera pueden variar y uno permanecer constante, o alterarse los tres simultáneamente. Pueden cambiar en igual grado o en grados diferentes, en la misma dirección o en

¹⁴ "La cantidad de trabajo que un hombre ha realizado en el transcurso de 24 horas puede ser determinada aproximadamente, al examinarse las alteraciones químicas ocurridas en su cuerpo, indicando las formas modificadas de la materia el ejercicio previo de fuerza dinámica" (Grove. *On the Correlation of Physical Forces*, [pp. 308, 309]).

sentidos opuestos, compensándose, por tanto, parcial o totalmente sus variaciones. Por cierto, el estudio de todos los casos posibles es bastante simple, según los análisis presentados en I, II y III. El resultado de toda posible combinación es fácil de encontrar, suponiendo alternativamente variable un factor tras otro y considerando los demás, por el momento, como magnitudes constantes. Por eso, aquí tomaremos nota sólo de dos casos importantes.

1) Fuerza productiva decreciente del trabajo con una simultánea prolongación de la jornada laboral.

Al referirnos aquí a la fuerza productiva decreciente del trabajo, se trata de ramas laborales, cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo, o sea, por ejemplo, de la disminución de la fuerza productiva del trabajo debido a la menor fertilidad de la tierra y el encarecimiento correspondiente de los productos de la misma. Supóngase que la jornada laboral dura 12 horas y se produce un valor de 6 chelines, reponiendo una mitad el valor de la fuerza de trabajo y constituyendo la otra plusvalor. Es decir, la jornada laboral se divide en 6 horas de trabajo necesario y 6 horas de plustrabajo. Supóngase que, debido al encarecimiento de los productos de la tierra, el valor de la fuerza de trabajo aumenta de 3 a 4 chelines y, por tanto, el tiempo de trabajo necesario de 6 a 8 horas. Si la jornada laboral permanece constante, el plustrabajo disminuye de 6 a 4 horas y el plusvalor de 3 a 2 chelines. Si la jornada laboral se prolonga en 2 horas, o sea de 12 a 14, el plustrabajo sigue siendo de 6 horas y el plusvalor de 3 chelines, pero la magnitud de este último disminuye en comparación con el valor de la fuerza de trabajo, medido por el trabajo necesario. Si la jornada laboral se prolonga en 4 horas, de 12 a 16, las magnitudes proporcionales del plusvalor y del valor de la fuerza de trabajo, del plustrabajo y del trabajo necesario permanecen constantes, pero la magnitud absoluta del plusvalor crece de 3 a 4 chelines, y la del plustrabajo de 6 a 8 horas, o sea en $1/3$ ó $33\frac{1}{3}\%$. Al disminuir la fuerza productiva del trabajo y prolongarse, simultáneamente, la jornada laboral, la magnitud absoluta del plusvalor puede permanecer constante aunque disminuya su magnitud proporcional; puede seguir constante su magnitud proporcional aunque aumente su magnitud absoluta; y, según el grado de prolongación de la jornada laboral, pueden crecer ambas magnitudes.

En Inglaterra, en el lapso de 1799 a 1815, los precios crecientes de los medios de subsistencia provocaron un alza nominal de los salarios, aunque los salarios reales, expresados en medios de subsistencia, disminuyeron. De ello West y Ricardo concluyeron que la disminución de la productividad del trabajo agrícola había provocado un descenso de la tasa del plusvalor, convirtiendo esta suposición, sólo valedera en sus fantasías, en punto de partida de importantes análisis sobre la relación entre las magnitudes del

salario, la ganancia y la renta de la tierra. Gracias a la mayor intensidad del trabajo y a la prolongación forzosa del tiempo de trabajo, sin embargo, el plusvalor había aumentado entonces absoluta y relativamente. Este fue el período en que el alargamiento desmedido de la jornada laboral adquirió derecho de ciudadanía¹⁵, período caracterizado específicamente por el aumento acelerado del capital, en un polo, y del pauperismo en el otro¹⁶.

2. Intensidad y productividad del trabajo crecientes con una simultánea reducción de la jornada laboral.

Una mayor fuerza productiva del trabajo y su creciente intensidad operan, en un sentido, de la misma manera. Ambas multiplican la masa de productos obtenida en cada lapso. Las dos reducen, por tanto, la parte de la jornada laboral que el obrero necesita para producir sus medios de subsistencia o su equivalente. El límite mínimo absoluto de la jornada laboral está constituido, en general, por este componente necesario, también sujeto a contracción. Si toda la jornada laboral se redujera a él, desaparecería el plustrabajo, lo que es imposible bajo el régimen del capital. La supresión de la forma capitalista de producción permite restringir

¹⁵ "El cereal y el trabajo raramente se corresponden plenamente, pero hay un límite obvio a partir del cual no pueden ser separados. Tomando en consideración los esfuerzos inusuales realizados por las clases trabajadoras en períodos de carestía, los cuales producen las reducciones salariales mencionadas en los testimonios" (a saber, los presentados a los comités parlamentarios de investigación de 1814/1815), "los mismos son muy meritorios de parte de algunos individuos y, ciertamente, favorecen el crecimiento del capital. Pero ningún hombre que tenga sentimientos humanitarios podrá desear que sean constantes e ininterrumpidos. Son altamente admirables como expediente temporal; pero si estuvieran constantemente en acción, resultarían de ellos efectos similares a los que se dan si una población es llevada a los últimos extremos con respecto a sus subsistencias" (Malthus, *Inquiry into the Nature and Progress of Rent*, Londres, 1815, p. 48, nota). Le hace gran honor a Malthus el hacer hincapié en la prolongación de la jornada laboral, asunto discutido también en otros pasajes de su panfleto, mientras que Ricardo y otros, pese a la existencia de hechos más escandalosos, basaban todas sus investigaciones en la magnitud constante de la jornada laboral. Pero los intereses conservadores, de los cuales era vasallo Malthus, le impedían ver que el desmedido alargamiento de la jornada laboral, a la par con un extraordinario desarrollo de la maquinaria y la explotación del trabajo femenino e infantil, debía convertir en "excedente" a gran parte de la clase obrera, en particular, tan pronto como desapareciera la demanda de guerra y el monopolio inglés en el mercado mundial. Naturalmente, era mucho más cómodo y correspondía en mayor medida a los intereses de las clases dominantes, que Malthus idolatraba de manera realmente clerical, explicar esa "sobrepoblación" partiendo de las leyes eternas de la naturaleza que de las leyes naturales históricas de la producción capitalista.

¹⁶ "La causa principal del incremento producido en el capital durante la guerra procedía de los mayores esfuerzos, y puede ser también de las mayores privaciones, de las clases trabajadoras, las más numerosas en toda sociedad. Las lamentables circunstancias obligaron a más mujeres y niños a buscar trabajo; y los obreros de antes, por las mismas causas, se vieron obligados a dedicar una proporción mayor de su tiempo a incrementar la producción" (*Essays on Political Econ. in which are illustrated the Principal Causes of the Present National Distress*, Londres, 1830, p. 248).

la jornada laboral al trabajo necesario. Este último, sin embargo, permaneciendo constantes las demás circunstancias, extendería su duración. De una parte, porque las condiciones de vida del obrero serían mejores y mayores sus aspiraciones. De otra parte, debido a que una fracción del plustrabajo actual pasaría a formar parte del trabajo necesario, en particular aquel trabajo que es requerido para crear un fondo social de reserva y acumulación.

Cuanto más crece la fuerza productiva del trabajo tanto más puede reducirse, y tanto más se reduce, la jornada laboral, y tanto más puede incrementarse la intensidad del trabajo. Considerada en términos sociales, la productividad del trabajo aumenta también con su economía. Esto no sólo implica economizar medios de producción, sino evitar todo trabajo inútil. Mientras que el modo de producción capitalista impone la economía en cada empresa individual, su sistema anárquico de competencia provoca el mayor despilfarro de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo sociales, generando un sinnúmero de funciones, por ahora imprescindibles, pero en sí superfluas.

Dadas la intensidad y la fuerza productiva del trabajo, tanto menor será la parte de la jornada social de trabajo dedicada a la producción material y, por tanto, mayor la fracción de tiempo conquistado para la libre actividad espiritual y social de los individuos, cuanto más equitativamente se distribuya el trabajo entre todos los miembros aptos de la sociedad, cuanto menos una capa social pueda desprenderse de la necesidad natural del trabajo y traspasársela a otra. El límite absoluto de la reducción de la jornada laboral consiste, en este sentido, en la generalización del trabajo. En la sociedad capitalista el tiempo libre para una clase se produce transformando la vida entera de las masas en tiempo de trabajo.

CAPITULO XVI

DIVERSAS FORMULAS PARA LA TASA DE PLUSVALOR

Se ha visto que la tasa de plusvalor se representa en las fórmulas:

$$\text{I. } \frac{\text{plusvalor}}{\text{capital variable}} \left(\frac{p}{v} \right) = \frac{\text{plusvalor}}{\text{valor de la fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$$

Las dos primeras fórmulas representan como relación de valores lo que la tercera expresa como relación entre los tiempos en que se producen dichos valores. Estas fórmulas, sustituibles entre sí, son conceptualmente rigurosas. De ahí que ya las encontremos en la economía política clásica en su esencia, aunque no conscientemente desarrolladas. Por el contrario, en ella chocamos con las siguientes fórmulas derivadas:

$$\text{II. } \frac{\text{plustrabajo}^*}{\text{jornada laboral}} = \frac{\text{plusvalor}}{\text{valor del producto}} = \frac{\text{plusproducto}}{\text{producto total}}$$

Una misma proporción se expresa aquí, alternativamente, en la forma de los tiempos de trabajo, de los valores en que estos tiempos toman cuerpo, de los productos en que existen estos valores. Se supone, naturalmente, que por valor del producto sólo se entiende el valor producido en una jornada laboral, excluyéndose así la parte constante del valor del producto.

En todas estas fórmulas, el grado de explotación real del trabajo o la tasa de plusvalor se expresa en términos falsos. Sea la jornada laboral de 12 horas. Considerando los demás supuestos de nuestro ejemplo anterior, el grado de explotación real del trabajo se representa en las proporciones:

$$\frac{6 \text{ horas de plustrabajo}}{6 \text{ horas de trabajo necesario}} = \frac{\text{plusvalor de 3 chelines}}{\text{capital variable de 3 chelines}} = 100\%$$

* En la edición francesa autorizada por él, Marx colocó esta primera fórmula entre paréntesis, porque —según señaló en una nota— “el concepto de plustrabajo no se encuentra explícitamente en la economía política burguesa”. —Ed.

En cambio, según la fórmula II obtendremos:

$$\frac{6 \text{ horas de plustrabajo}}{\text{jornada laboral de 12 horas}} = \frac{\text{plusvalor de 3 chelines}}{\text{nuevo valor de 6 chelines}} = 50\%.$$

Estas fórmulas derivadas expresan, de hecho, la proporción en que la jornada laboral, o su producto de valor, se distribuye entre el capitalista y el obrero. Pero, consideradas como expresiones inmediatas del grado de autovalorización logrado por el capital, regiría la ley falsa: El plustrabajo o el plusvalor nunca alcanzan a 100%¹⁷. Como el plustrabajo siempre es sólo una fracción alicuota de la jornada laboral, o como el plusvalor sólo puede constituir siempre una parte alicuota del nuevo valor producido, el plustrabajo es, necesariamente, siempre menor que la jornada laboral, o el plusvalor siempre menor que el valor producido. Para expresarse entre sí como $\frac{100}{100}$, deberían ser iguales.

Para que el plustrabajo absorba toda la jornada laboral (se trata aquí de la jornada promedia de la semana de trabajo, del año de trabajo, etc.), el trabajo necesario tendría que reducirse a cero. Pero, si desaparece el trabajo necesario, desaparecería también el plustrabajo, por cuanto éste no es más que una función de aquél. La proporción $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{jornada laboral}} = \frac{\text{plusvalor}}{\text{nuevo valor}}$ no puede, por tanto, jamás alcanzar el límite de $\frac{100}{100}$ ni, menos aún, ascender a $\frac{100+x}{100}$. Pero sí lo puede lograr la tasa de plusvalor o el grado real de explotación del trabajo. Tómense, por ejemplo, las eva-

¹⁷ Así, por ejemplo, en *Dritter Brief an v. Kirchmann von Rodbertus. Widerlegung der Ricardo'schen Theorie von der Grundrente und Begründung einer neuen Rententheorie*, Berlín, 1851. Retornaré más adelante a este escrito que, pese a su falsa teoría sobre la renta de la tierra, penetra en la esencia de la producción capitalista. [Agregado a la 3ª edición. Vemos aquí con qué benevolencia juzgaba Marx a sus predecesores tan pronto encontraba en ellos un progreso real, una idea nueva acertada. Entretanto, la publicación de las cartas de Rodbertus a Rudolf Meyer ha limitado, en cierta medida, el reconocimiento expresado por Marx. La carta sostiene: "Hay que salvar al capital no sólo del trabajo, sino de sí mismo, y ello ocurre, en la práctica, de la mejor manera cuando concebimos la actividad del empresario capitalista como funciones económicas nacionales o públicas, que le han sido delegadas por la posesión del capital, y su ganancia como una forma de remuneración, pues no conocemos ninguna otra organización social. Pero, las remuneraciones pueden ser reguladas y también moderadas, si toman demasiado del salario. Del mismo modo, debe rechazarse la irrupción de Marx en la sociedad — así quisiera yo denominar su libro—... En general, el libro de Marx no es tanto una investigación sobre el capital como una polémica contra la forma actual del mismo, que confunde con el concepto de capital como tal; de esta confusión provienen sus errores" (*Briefe etc. von Dr. Rodbertus-Jagetzow*, editadas por Dr. Rud. Meyer, Berlín, 1881, t. 1, p. 111, 48ª carta de Rodbertus). — En tales trivialidades ideológicas se empantanaban los realmente valientes impulsos de las "cartas sociales" de Rodbertus. — F. E.]

luaciones del señor L. de Lavergne, según las cuales el obrero agrícola inglés sólo obtiene $1/4$ del producto¹⁸ o de su valor, mientras que el capitalista (el arrendatario) recibe, en cambio, $3/4$, sea cual fuere la proporción en que el botín se reparta con posterioridad entre el capitalista y el terrateniente, etc. El plustrabajo del obrero agrícola inglés, según esta evaluación, es a su trabajo necesario como 3:1, lo cual da una tasa porcentual de explotación del 300%.

El método escolástico de considerar la jornada laboral como una magnitud constante se afirmó mediante el uso de las fórmulas II, porque de esta manera se compara siempre el plustrabajo con una jornada laboral de magnitud dada. Igual acontece cuando sólo se toma en consideración la distribución del valor producido. La jornada laboral que ya se ha objetivado en un valor es siempre una jornada laboral de límites dados.

La representación del plusvalor y del valor de la fuerza de trabajo como fracciones del valor producido —modo de representación que proviene, por lo demás, del propio régimen de producción capitalista y cuya significación analizaremos más adelante— encubre el carácter específico de la relación capitalista, esto es, el intercambio entre el capital variable y la fuerza de trabajo viva y la correspondiente exclusión a que se somete al obrero respecto del producto. Su lugar lo ocupa la falsa apariencia de una relación de socios en la que el obrero y el capitalista se reparten el producto según la proporción de sus diversos factores constitutivos¹⁹.

Por lo demás, las fórmulas II pueden siempre ser retransformadas en las fórmulas I. Si tenemos, por ejemplo,

$$\frac{\text{plustrabajo de 6 horas}}{\text{jornada laboral de 12 horas}}$$

el tiempo de trabajo necesario será igual a la jornada laboral de 12 horas menos el plustrabajo de 6 horas; y de este modo resulta:

$$\frac{\text{plustrabajo de 6 horas}}{\text{trabajo necesario de 6 horas}} = \frac{100}{100}$$

¹⁸ De este cálculo, naturalmente, está excluida la parte del producto que sólo repone el capital constante desembolsado. El señor L. de Lavergne, ciego admirador de Inglaterra, presenta más bien una proporción menor que superior.

¹⁹ Como todas las formas desarrolladas del proceso capitalista de producción son formas de cooperación, no hay nada más fácil, por supuesto, que hacer abstracción de su carácter específicamente antagónico y transformarlas en una fábula sobre formas de asociación libre, como sucede en la obra del conde A. de Laborde, *De l'Esprit de l'Association dans tous les Intérêts de la Communauté*, Paris, 1818. El yanqui H. Carey realiza este truco con el mismo éxito, incluso a veces con respecto a las relaciones del sistema esclavista.

Una tercera fórmula que ya he anticipado en algunas ocasiones es:

III.

$$\frac{\text{plusvalor}}{\text{valor de la fuerza de trabajo}} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}} = \frac{\text{trabajo impago}}{\text{trabajo pago}}$$

La equivocación que podría provocar la fórmula $\frac{\text{trabajo impago}}{\text{trabajo pago}}$, como si el capitalista pagase el trabajo y no la fuerza de trabajo, queda excluida por la exposición hecha anteriormente. $\frac{\text{Trabajo impago}}{\text{Trabajo pago}}$

es sólo una expresión más popular de $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$. El capitalista paga el valor de la fuerza de trabajo o su precio en caso de ser diferente el valor, y recibe a cambio el derecho de disponer de la fuerza de trabajo viva. Su uso de esta fuerza de trabajo se divide en dos períodos. Durante un período, el obrero sólo produce un valor igual al valor de su fuerza de trabajo, o sea, sólo un equivalente. De este modo, el capitalista obtiene a cambio del precio adelantado de la fuerza de trabajo un producto del mismo precio. Es como si hubiese comprado en el mercado el producto ya listo. En cambio, en el período de plustrabajo, el uso de la fuerza de trabajo crea valor para el capitalista, sin que esto le cueste un equivalente²⁰. Obtiene gratis el funcionamiento de la fuerza de trabajo. En este sentido, el plustrabajo puede denominarse trabajo impago.

El capital, pues, no sólo es disponer de trabajo, como afirma A. Smith. Es esencialmente disponer de trabajo impago. Todo plusvalor, sea cual fuere la imagen peculiar de ganancia, interés, renta, etc., en que luego cristalice, es por su sustancia materialización del tiempo de trabajo impago. El secreto de la autovalorización del capital se reduce a su capacidad de disponer de una determinada cantidad de trabajo ajeno impago.

²⁰ Aunque los fisiócratas no penetraron en el secreto del plusvalor, tenían claro, al menos, que es "una riqueza independiente y disponible, que él" (su propietario) "no ha comprado, pero sí vende" (Turgot. *Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses*, p. 11).

SECCION SEXTA

EL SALARIO

CAPITULO XVII

TRANSFORMACION DEL VALOR O DEL PRECIO DE LA FUERZA DE TRABAJO EN SALARIO

En la superficie de la sociedad burguesa, el salario del obrero se manifiesta como precio del trabajo, como una determinada cantidad de dinero que se paga por una determinada cantidad de trabajo. Se habla aquí del valor del trabajo, y a la expresión en dinero de dicho valor se la denomina precio necesario o natural del trabajo. De otra parte, se habla de precios de mercado del trabajo, esto es, de precios que oscilan por debajo o por encima de su precio necesario.

Pero, ¿qué es el valor de una mercancía? La forma objetivada del trabajo social gastado en su producción. ¿Y cómo medimos la magnitud de su valor? Por la magnitud del trabajo contenido en dicha mercancía. ¿Cómo se determinaría, pues, el valor, digamos, de una jornada laboral de doce horas? Por las doce horas de trabajo contenidas en una jornada laboral de doce horas, lo que es una tautología absurda²¹.

Para poder ser vendido en el mercado como mercancía, el trabajo, en todo caso, debería existir antes de ser vendido. Pero, si el obrero pudiera darle al trabajo una existencia autónoma, vendería mercancía, y no trabajo²².

²¹ "Ricardo, suficientemente ingenioso, evita una dificultad que, a primera vista, parece contradecir su teoría: que el valor depende de la cantidad de trabajo empleado en la producción. Si uno se atiene rigurosamente a este principio, se deduce que el valor del trabajo depende de la cantidad de trabajo empleado en producirlo, lo que evidentemente es absurdo. Por eso, con un hábil viraje, Ricardo hace depender el valor del trabajo de la cantidad de trabajo requerido para la producción del salario; o, para decirlo con sus propias palabras, afirma que el valor del trabajo debe calcularse según la cantidad de trabajo requerida en la producción del salario, por lo cual entiende la cantidad de trabajo necesaria para la producción del dinero o de las mercancías entregadas al obrero. Esto es similar a decir que el valor del paño no se calcula según la cantidad de trabajo empleado en su producción, sino se hace según la cantidad del mismo que se empleó en la producción de la plata, por la cual se cambia el paño" ([S. Bailey.] *A Critical Dissertation on the Nature etc. of Value*, pp. 50, 51).

²² "Si denomináis mercancía al trabajo, no es igual a una mercancía que primero se produce con el objeto de cambiarla y, luego, se lleva al mercado, donde debe cambiarse por otras mercancías de acuerdo a las cantidades respectivas en que cada una de ellas se encuentre en el mercado en un momento dado; el trabajo es creado en el instante en que se lo lleva al mercado, incluso, se lo lleva al mercado antes de ser creado" (*Observations on some Verbal Disputes etc.*, pp. 75, 76).

Prescindiendo de estas contradicciones, un cambio directo de dinero, esto es de trabajo objetivado, por trabajo vivo o bien suprimiría la ley del valor —que se desarrolla de manera libre precisamente sólo sobre la base de la producción capitalista—, o anularía la propia producción capitalista, que se fundamenta en el trabajo asalariado. Consideremos, por ejemplo, que la jornada laboral de 12 horas se representa en un valor en dinero de 6 chelines. O bien se intercambian equivalentes, y el obrero obtiene, entonces, 6 chelines por un trabajo de 12 horas. El precio de su trabajo sería igual al precio de su producto. En ese caso no produciría plusvalor para el comprador de su trabajo, los 6 chelines no se transformarían en capital, la base de la producción capitalista desaparecería; pero, es justamente sobre esta base que el obrero vende su trabajo y que este trabajo es asalariado. O bien, obtiene por las 12 horas de trabajo menos de 6 chelines, es decir, menos de 12 horas de trabajo. Doce horas de trabajo se cambian por 10, 6, etc., horas de trabajo. Esta equiparación de magnitudes desiguales no sólo suprime la determinación del valor; una contradicción tal que se suprime a sí misma no puede, en general, ser expresada o formulada como ley²³.

De nada sirve deducir el intercambio de más trabajo por menos de una diferencia de formas; de que, de una parte, sea trabajo objetivado y, de la otra, trabajo vivo²⁴. Esto es tanto más absurdo por cuanto el valor de una mercancía no es determinado por la cantidad de trabajo realmente objetivado en ella, sino por la cantidad de trabajo vivo necesario para su producción. Supongamos que una mercancía representa 6 horas de trabajo. Si se realizan inventos que permiten producirla en 3 horas, también el valor de la mercancía ya producida disminuye a la mitad. Ahora representa 3 horas en vez de 6 horas de trabajo social necesario, como antes. Por tanto, es la cantidad de trabajo requerida para su producción y no su forma objetivada la que determina su magnitud de valor.

En el mercado, lo que se enfrenta al poseedor de dinero no es, en realidad, el trabajo, sino el obrero. Lo que vende este último es su fuerza de trabajo. Cuando realmente comienza su trabajo,

²³ "Considerando el trabajo como una mercancía y el capital, el producto del trabajo, como otra, entonces, si los valores de estas dos mercancías se regulan por cantidades iguales de trabajo, una cantidad dada de éste... se cambiará por la cantidad de capital que fue producida por la misma cantidad de trabajo; el trabajo pretérito se... cambiará por la misma cantidad de trabajo presente. Pero el valor del trabajo, en relación a otras mercancías... no se determina por cantidades iguales de trabajo" (E. G. Wakefield, en su edición de la obra de A. Smith. *Wealth of Nations*, Londres, 1835, v. 1, pp. 230, 231, nota).

²⁴ "Se debió convenir" (otra edición del *contrat social* [contrato social]) "que siempre que se cambie trabajo realizado por trabajo a efectuar, este último" (*le capitaliste* [el capitalista]) "obtendría un valor superior al primero" (*le travailleur* [el trabajador]) (Simonde (esto es, Sismondi). *De la Richesse Commerciale*, Ginebra, 1803, t. I, p. 37).

éste ya ha dejado de pertenecerle y, en consecuencia, ya no puede venderlo más. El trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero él mismo no tiene valor²⁵.

En la expresión "valor del trabajo", el concepto de valor no sólo se ha borrado completamente, sino que se ha transformado en su contrario. Es una expresión imaginaria, algo así como valor de la tierra. Estas expresiones imaginarias surgen, sin embargo, de las mismas relaciones de producción. Son categorías para las formas de manifestación de relaciones esenciales. Es bastante conocido en todas las ciencias, salvo en la economía política que las cosas suelen representarse en la apariencia de manera invertida²⁶.

La economía política clásica tomó prestada de la vida cotidiana, sin analizarla críticamente, la categoría "precio del trabajo" para, luego, preguntarse: ¿cómo se determina ese precio? Pronto reconoció que el cambio producido en la relación entre la demanda y la oferta nada explica con relación al precio del trabajo, como al de cualquier otra mercancía, salvo su variación, esto es, las oscilaciones de los precios de mercado por debajo o por encima de cierta magnitud. Si la demanda y la oferta coinciden, bajo circunstancias en los demás aspectos constantes, desaparece esta oscilación. Pero, entonces, la demanda y la oferta dejan también de explicar cosa alguna. El precio del trabajo, cuando coinciden la demanda y la oferta, es su precio determinado independientemente de la relación entre la demanda y la oferta, es decir, su precio natural, que aparece así como el objeto propiamente a analizar. O se tomaba un período más largo de oscilaciones en el precio de mercado, por ejemplo un año, y se concluía luego que sus alzas y bajas se nivelaban en una magnitud media, promedial, en una magnitud constante.

²⁵ "El trabajo, la medida exclusiva de los valores... el creador de toda riqueza, no es una mercancía" (Th. Hodgskin. *Popular Political Economy*, p. 186).

²⁶ Declarar, sin embargo, que tales expresiones son una mera licencia poética, no hace más que mostrar la impotencia del análisis. Por eso, contra la frase de Proudhon: "Del trabajo se dice que tiene un valor no en cuanto mercancía propiamente tal, sino en vista del valor que uno supone contenido potencialmente en él. El valor del trabajo es una expresión figurada, etc.", he observado: "En el trabajo-mercancía, que es una espantosa realidad, no ve más que una elipsis gramatical. Conforme a ello, toda la sociedad actual basada en el trabajo-mercancía está fundada desde hoy en una licencia poética, en una expresión figurada. Si la sociedad quiere 'eliminar todos los inconvenientes' que la atormentan, pues bien, que elimine los términos malsonantes, que cambie de lenguaje, y para este fin sólo debe dirigirse a la Academia y exigir una nueva edición de su diccionario" (K. Marx. *Misère de la Philosophie*, pp. 34, 35). Más cómodo aún, por supuesto, es no entender nada por valor. Entonces, se puede sin ceremonias subsumir todo a esa categoría. Así lo hace, por ejemplo, J. B. Say. ¿Qué es *valeur* [valor]? Respuesta: "Es lo que vale una cosa". ¿Qué es *prix* [precio]? Respuesta: "El valor de una cosa expresada en moneda". Y ¿por qué "el trabajo de la tierra" tiene un valor? "Porque se le fija un precio." Por tanto, valor es lo que vale una cosa, y la tierra tiene un "valor", porque su valor se "expresa en dinero". Este es, en todo caso, un método muy simple de explicarse los *why* [por qué] y los *wherefore* [para qué] de las cosas.

Esta última, naturalmente, debía determinarse de otro modo, diferente a sus oscilaciones compensadas entre sí. Este precio, que trasciende y regula los casuales precios en el mercado del trabajo, el "precio necesario" (de los fisiócratas) o el "precio natural" del trabajo (de Adam Smith), sólo puede ser su valor expresado en dinero, como sucede con las demás mercancías. De esta manera, la economía política creyó poder penetrar en su valor a través de los precios casuales del trabajo. Como acontece con las otras mercancías, dicho valor se determinaba, luego, por los costos de producción. Pero, ¿cuáles son los costos de producción del obrero, esto es, los costos para producir o reproducir al obrero mismo? Al hacerse esta pregunta, la economía política sustituyó inconscientemente el problema original, puesto que con relación a los costos de producción del trabajo como tal daba vueltas en redondo y no avanzaba nada. Así pues, lo que la economía política llama valor del trabajo (*value of labour*) es, en efecto, el valor de la fuerza de trabajo que existe en la personalidad del obrero y que difiere tanto de su función, el trabajo, como una máquina de sus operaciones. Ocupados en la diferencia entre los precios de mercado del trabajo y lo que se denomina su valor, con la relación entre este valor y la tasa de ganancia, y entre el valor del trabajo y los valores de mercancías producidas a través del trabajo, etc., los economistas nunca descubrieron que el curso del análisis no sólo los había llevado de los precios de mercado del trabajo a su supuesto valor, sino que los había conducido a disolver ese valor del trabajo nuevamente en el valor de la fuerza de trabajo. La inconsciencia con respecto a este resultado extraído de su propio análisis, la aceptación acrítica de las categorías "valor del trabajo", "precio natural del trabajo", etc., como expresiones últimas y adecuadas de la relación de valor en consideración, sumieron a la economía política clásica, como se verá más tarde, en confusiones y contradicciones sin solución, brindando a la economía vulgar una base segura de operaciones para su superficialidad, que por principio sólo venera las apariencias.

Veamos a continuación cómo el valor y el precio de la fuerza de trabajo se presentan en su forma transmutada como salario.

Como ya sabemos, el valor diario de la fuerza de trabajo se calcula teniendo presente una cierta duración de la vida del obrero, a la que corresponde una cierta duración de la jornada laboral. Supongamos que la jornada laboral usual ascienda a 12 horas y el valor diario de la fuerza de trabajo sea de 3 chelines, expresión en dinero de un valor en el que se representan 6 horas de trabajo. Si el obrero percibe 3 chelines, obtiene el valor de su fuerza de trabajo en funcionamiento durante 12 horas. Ahora bien, si ese valor diario de la fuerza de trabajo se expresa como valor del trabajo realizado en un día, resultará la fórmula: el trabajo de 12 horas tiene un valor de 3 chelines. El valor de la fuerza de

trabajo determina así el valor del trabajo o, expresado en dinero, su precio necesario. En cambio, si el precio de la fuerza de trabajo se desvía de su valor, el precio del trabajo se diferenciará asimismo con respecto a lo que se denomina su valor.

Como el valor del trabajo no es más que una expresión irracional para el valor de la fuerza de trabajo, es evidente que el valor del trabajo siempre será inferior que el nuevo valor producido, dado que el capitalista siempre hace funcionar a la fuerza de trabajo más tiempo del necesario para la reproducción de su propio valor. En el ejemplo anterior, el valor de la fuerza de trabajo en funcionamiento durante 12 horas es de 3 chelines, un valor, para cuya reproducción necesita sólo 6 horas. Su valor producido es, en cambio, de 6 chelines, pues efectivamente funciona durante 12 horas y su valor no depende del valor mismo de la fuerza de trabajo, sino de la duración de su funcionamiento. De este modo, se obtiene el resultado, a primera vista absurdo, de que el trabajo que crea un valor de 6 chelines posee un valor de 3 chelines²⁷.

Vemos además lo siguiente: El valor de 3 chelines en que se representa la fracción remunerada de la jornada laboral, esto es un trabajo de 6 horas, aparece como valor o precio de la jornada laboral total de 12 horas, la cual contiene 6 horas impagas. La forma del salario, por consiguiente, borra toda huella de la división de la jornada laboral entre trabajo necesario y plustrabajo, entre trabajo remunerado e impago. Todo trabajo aparece como trabajo remunerado. En el trabajo servil de prestación personal, el trabajo del siervo para sí mismo y su trabajo obligado para el señor se distinguen de manera tangible tanto espacial como temporalmente. En el trabajo de los esclavos, incluso la fracción de la jornada laboral en la que el esclavo sólo repone el valor de sus propios medios de subsistencia, o sea, en la cual trabaja, de hecho, para sí mismo, aparece como trabajo para su dueño. Todo su trabajo aparece como trabajo impago²⁸. En el trabajo asalariado, en cambio, incluso el plustrabajo o trabajo impago aparece como remunerado. En el caso anterior, la relación de propiedad esconde el trabajo del esclavo para sí mismo; en el último caso, la relación de dinero encubre el trabajo gratuito del obrero asalariado.

²⁷ Cfr. *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, p. 40, donde enunció que el análisis del capital habrá de proporcionar la solución del problema: "¿Cómo la producción sobre la base del valor de cambio, determinado exclusivamente por el tiempo de trabajo, conduce al resultado de que el valor de cambio del trabajo sea menor que el valor de cambio de su producto?"

²⁸ El *Morning Star*, órgano londinense del librecambio, ingenuo hasta el absurdo, afirmaba durante la guerra civil norteamericana una y otra vez, con toda la indignación moral humanamente posible, que los negros de los *Confederate States*^[155] trabajaban en forma completamente gratuita. Debiera haber comparado, por ejemplo, los costos diarios de uno de tales negros con los de un obrero libre en el East End de Londres.

Se entenderá, pues, la importancia decisiva de la transformación del valor y el precio de la fuerza de trabajo en la forma de salario, es decir, en el valor y el precio del trabajo mismo. Sobre esta forma de manifestación, que hace invisible la relación real y muestra precisamente su contrario, descansan todas las concepciones jurídicas tanto del obrero como del capitalista, todas las mistificaciones del régimen capitalista de producción, todas sus ilusiones de libertad, todas las patrañas apoloéticas de la economía vulgar.

Si la historia mundial ha necesitado un largo tiempo para revelar el secreto del salario del trabajo, en cambio, nada es más fácil de entender que la necesidad, las *raisons d'être* [razones de ser] de esa forma de manifestación.

En un comienzo, el intercambio entre el capital y el trabajo se concibe absolutamente igual que la compra y venta de todas las demás mercancías. El comprador entrega cierta suma de dinero, el vendedor, un artículo diferente del dinero. La conciencia jurídica reconoce en este caso, a lo sumo, una diferencia material, que se expresa en las fórmulas jurídicas equivalentes: *Do ut des, do ut facias, facio ut des* y *facio ut facias* [doy para que des, doy para que hagas, hago para que des y hago para que hagas].

Además, como el valor de cambio y el valor de uso son, en sí, magnitudes inconmensurables, las expresiones "valor del trabajo" y "precio del trabajo" no parecen ser más irracionales que las expresiones "valor del algodón" y "precio del algodón". Se agrega a esto que al obrero se le paga después de haber entregado su trabajo. Sin embargo, en su función de medio de pago, el dinero realiza *a posteriori* el valor o el precio del artículo suministrado, o sea, en este caso, el valor o el precio del trabajo suministrado. Por último, el "valor de uso" que el obrero brinda al capitalista no es, de hecho, su fuerza de trabajo, sino su función, un trabajo útil determinado de sastre, de zapatero, de hilandero, etc. Cae fuera del ámbito de la conciencia cotidiana el hecho de que el mismo trabajo sea, en otro aspecto, el elemento general creador de valor, una propiedad por la cual se distingue de todas las demás mercancías.

Si nos situamos en el punto de vista del obrero que obtiene por un trabajo de 12 horas, por ejemplo, el valor de 6 horas de trabajo, digamos, 3 chelines, para él su trabajo de 12 horas es, en efecto, el medio de compra de los 3 chelines. El valor de su fuerza de trabajo puede variar con el valor de sus medios usuales de subsistencia de 3 a 4 chelines, o de 3 a 2 chelines; o, de permanecer constante el valor de su fuerza de trabajo, su precio puede, a causa de una relación variable entre la demanda y la oferta, subir a 4 o caer a 2 chelines; pero él siempre entrega 12 horas de trabajo. De ahí que todo cambio en la magnitud del equivalente que obtiene aparezca para él, necesariamente, como cambio en el valor o precio de sus 12 horas de trabajo. Esta circunstancia condujo a Adam Smith, quien con-

sideraba la jornada laboral como una magnitud constante²⁹, a afirmar lo contrario: que el valor del trabajo será constante aunque cambie el valor de los medios de subsistencia y la misma jornada laboral se represente, por tanto, para el obrero en más o en menos dinero.

De otra parte, si consideramos la situación del capitalista, vemos que desea obtener la mayor cantidad de trabajo posible por la menor cantidad posible de dinero. Por eso, en la práctica, sólo le interesa la diferencia entre el precio de la fuerza de trabajo y el valor que crea su funcionamiento. Trata, empero, de comprar cualquier mercancía lo más barato posible, y se explica su ganancia, en todos los casos, de un simple engaño, de la compra por debajo y la venta por encima del valor. Por consiguiente, nunca toma conciencia de que si existiera realmente algo como el valor del trabajo y pagara realmente ese valor, no habría ningún capital, su dinero no se transformaría en capital.

Además, el movimiento real del salario muestra fenómenos que parecen comprobar que no se paga el valor de la fuerza de trabajo, sino el valor de su función, el trabajo mismo. Podemos reducir dichos fenómenos a dos grandes categorías. Primera: variación del salario cuando varía la duración de la jornada laboral. Del mismo modo se puede llegar a la conclusión que no se paga el valor de la máquina, sino el de su utilización, puesto que cuesta más arrendar una máquina semanalmente que por un día. Segunda: la diferencia individual en los salarios de los distintos obreros que realizan una misma función. Esta diferencia individual se encuentra también, pero sin dar pie a ilusiones, en el sistema esclavista, donde se vende abierta y francamente, sin tapujos, la fuerza de trabajo misma. Sólo que la ventaja de una fuerza de trabajo que supera el promedio y la desventaja de otra que se encuentra por debajo del mismo repercute, en el sistema esclavista, en el propietario de esclavos; en el sistema de trabajo asalariado, en el obrero mismo, porque en un caso él mismo vende su fuerza de trabajo y en el otro, una tercera persona.

Por lo demás, con respecto a la forma de manifestación "valor y precio del trabajo" o "salario" —a diferencia de la relación esencial que se manifiesta, o sea, a diferencia del valor y el precio de la fuerza de trabajo— acontece lo mismo que con todas las formas de manifestación y su trasfondo oculto. Las primeras se reproducen de manera directamente espontánea, como formas comunes y corrientes del pensar, éste debe ser sólo descubierto por la ciencia. La economía política clásica casi llega a comprender el verdadero estado de cosas, pero sin formularlo de manera consciente. No lo puede hacer mientras permanezca en su piel burguesa.

²⁹ Adam Smith, al analizar el caso del pago a destajo, sólo menciona accidentalmente la variación de la jornada laboral.

CAPITULO XVIII

EL SALARIO POR TIEMPO

El salario mismo reviste formas muy diversas, circunstancia que no es constatable en los compendios económicos, los cuales en su burdo interés por lo material no consideran cualquier diferencia de forma. Sin embargo, la exposición de todas esas formas pertenece a la teoría especial del salario y, por consiguiente, no tiene cabida en esta obra. En cambio, aquí vamos a desarrollar brevemente las dos formas básicas.

La venta de la fuerza de trabajo siempre se realiza, como se recordará, por espacios de tiempo determinados. La forma transmutada en que se representa directamente el valor diario, semanal, etc., de la fuerza de trabajo es, por tanto, la del "salario por tiempo", o sea el jornal, etc.

Hemos de señalar, en primer término, que las leyes expuestas en el capítulo XV acerca de la variación de magnitud en el precio de la fuerza de trabajo y en el plusvalor se transforman, debido a una simple alteración formal, en leyes del salario. Asimismo, la diferencia entre el valor de cambio de la fuerza de trabajo y la masa de los medios de subsistencia, en los que se traduce ese valor, aparece ahora como diferencia entre el salario nominal y el real. Sería inútil repetir acerca de la forma de manifestación lo ya expuesto en relación con la forma esencial. Por eso, nos limitaremos a indicar unos pocos aspectos que caracterizan el salario por tiempo.

La suma de dinero³⁰ que obtiene el obrero por su trabajo diario, semanal, etc., constituye el monto de su salario nominal, o sea, del salario calculado según el valor. Pero está claro que según la duración de la jornada laboral, es decir, según la cantidad de trabajo proporcionada diariamente, el mismo jornal, salario semanal, etc., pueden representar un precio muy diferente del trabajo, esto es, muy distintas sumas de dinero por la misma cantidad de trabajo³¹. Por ello,

³⁰ Se presupone aquí siempre el valor del dinero como magnitud constante.

³¹ "El precio del trabajo es la suma pagada por una cantidad dada de trabajo" (Sir Edward West. *Price of Corn and Wages of Labour*, Londres, 1826, p. 67). West es el autor del escrito, publicado como anónimo, *Essay on the Application of Capital to Land*. By a Fellow of Univ. College of Oxford, Londres, 1815, que hizo época en la historia de la economía política.

nuevamente, en el salario por tiempo debemos distinguir entre monto total del salario por tiempo — el jornal, el salario semanal, etc.— y precio del trabajo. Ahora bien, ¿cómo encontrar ese precio, es decir, el valor en dinero de una cantidad dada de trabajo? El precio medio del trabajo se obtiene al dividir el valor promedio diario de la fuerza de trabajo por el número de horas de la jornada media. Si, por ejemplo, el valor diario de la fuerza de trabajo es de 3 chelines —valor producido en 6 horas de trabajo— y si la jornada laboral dura doce horas, el precio de una hora de trabajo será $\frac{3 \text{ chelines}}{12} = 3 \text{ peniques}$.

El precio de la hora de trabajo, determinado de este modo, sirve como unidad de medida respecto al precio del trabajo.

Por tanto, se desprende que el jornal, el salario semanal, etc., puede seguir siendo constante, aunque el precio del trabajo disminuya continuamente. Si, por ejemplo, la jornada laboral usual era de 10 horas y el valor diario de la fuerza de trabajo de 3 chelines, el precio de la hora de trabajo ascendía a $3\frac{3}{5}$ peniques; dicho precio disminuye a 3 peniques tan pronto la jornada laboral aumente a 12 horas, y a $2\frac{2}{5}$ peniques, cuando ésta se eleve a 15 horas. A pesar de ello, el jornal o el salario semanal permanecerán inalterados. Por el contrario, el jornal o el salario semanal pueden aumentar, aunque el precio del trabajo permanezca constante o incluso disminuya. Si, por ejemplo, la jornada laboral era de diez horas y el valor diario de la fuerza de trabajo ascendía a 3 chelines, el precio de una hora de trabajo era de $3\frac{3}{5}$ peniques. Si el obrero trabaja 12 horas, a causa de una ocupación creciente y manteniéndose el precio del trabajo constante, su jornal aumentará, ahora, a 3 chelines y $7\frac{1}{5}$ peniques, sin que varíe el precio del trabajo. Pudiera obtenerse el mismo resultado si en vez de aumentar la magnitud extensiva del trabajo, lo hiciera su magnitud intensiva³². Por eso, los incrementos del jornal o del salario semanal, obtenidos nominalmente, pueden ser acompañados por un precio constante o decreciente del trabajo. Lo mismo es válido respecto a los ingresos de la familia obrera, tan pronto la cantidad de trabajo suministrada por el jefe de familia se ve acrecentada por el trabajo de otros miembros de la misma. Hay métodos, en consecuencia, para reducir el precio del trabajo, sin disminuir el jornal o el salario semanal nominales³³.

³² "Los salarios dependen del precio del trabajo y de la cantidad de trabajo ejecutado... Un incremento de los salarios no implica necesariamente un aumento en el precio del trabajo. Con una ocupación más prolongada y mayores esfuerzos, los salarios pueden incrementarse considerablemente, mientras que el precio del trabajo puede seguir siendo el mismo (West, *l.c.*, pp. 67, 68 y 112). A la pregunta principal —¿cómo se determina el *price of labour*?— West responde con frases banales.

³³ El representante más fanático de la burguesía industrial del siglo XVIII, el autor del *Essay on Trade and Commerce*, citado frecuentemente por nosotros, lo percibía, aunque lo expuso confusamente: "Es la cantidad del trabajo, y no su precio" (por precio entiende el jornal o el salario semanal nominales), "la que se determina

De lo señalado se desprende como ley general lo siguiente: Dada la cantidad de trabajo diario, semanal, etc., el jornal o el salario semanal dependen del precio del trabajo que varía, a su turno, ya sea con el valor de la fuerza de trabajo o con las desviaciones de su precio respecto a su valor. En cambio, si está dado el precio del trabajo, el jornal o el salario semanal dependen de la cantidad del trabajo diario o semanal.

La unidad de medida de salario por tiempo, el precio de la hora de trabajo, es el cociente resultante al dividir el valor diario de la fuerza de trabajo por el número de horas de la jornada laboral usual. Supongamos que ésta ascienda a 12 horas y que el valor diario de la fuerza de trabajo sea de 3 chelines, valor producido en 6 horas de trabajo. En estas circunstancias, el precio de la hora de trabajo es de 3 peniques y el valor que produce es de 6 peniques. Ahora bien, si el obrero trabaja menos de 12 horas diarias (o menos de 6 días a la semana), por ejemplo, sólo 6 ó 8 horas, obtiene de jornal, de persistir tal precio del trabajo, sólo 2 ó $1\frac{1}{2}$ chelines³⁴. Como, según nuestra suposición, debe trabajar en término medio 6 horas diarias para producir un jornal correspondiente al valor de su fuerza de trabajo, y como, según dicha suposición, en cada hora trabaja sólo $1/2$ hora para sí y $1/2$ para el capitalista, es claro que no podrá crear el valor correspondiente a 6 horas si está ocupado menos de 12 horas. Si antes veíamos las consecuencias destructoras del sobretrabajo, aquí descubrimos las fuentes de los sufrimientos que provienen para los obreros de su subocupación.

Si el salario por hora se fija de tal manera que el capitalista no se compromete a pagar un jornal, o un salario semanal, sino sólo a remunerar las horas de trabajo en que decide ocupar al obrero, puede emplearlo menos del tiempo que constituyó, originariamente, la base del cálculo del salario por hora, o sea, de la unidad de medida para el precio del trabajo. Como esa unidad de medida se determina

por el precio de las provisiones y otros medios de subsistencia: reducid fuertemente el precio de dichos medios y reduciréis, por supuesto, proporcionalmente la cantidad de trabajo... Los señores fabricantes saben que hay varios caminos para aumentar y disminuir el precio del trabajo sin alterar su monto nominal" (l.c., pp. 48 y 61). En sus *Three Lectures on the Rate of Wages*, Londres, 1830, donde N. W. Senior utiliza el escrito de West, dice, sin citarlo, entre otras cosas: "El obrero está interesado principalmente en el monto del salario" (p. 15). Es decir, el obrero está interesado principalmente en lo que obtiene, en el monto nominal del salario, no en lo que entrega, en la cantidad de trabajo.

³⁴ El efecto de esa subocupación anormal es completamente diferente del que resulta de una reducción general, impuesta por ley, de la jornada laboral. El primero no tiene nada que ver con la duración absoluta de la jornada laboral y puede tener lugar tanto en una jornada laboral de 15 horas como en una de 6. El precio normal del trabajo está calculado, en el primer caso, sobre la base de que el obrero trabaja en promedio 15 horas al día, en el segundo, de que trabaja 6 horas. El efecto, por tanto, sería el mismo, si en un caso estuviera ocupado sólo $7\frac{1}{2}$ horas y en el otro únicamente 3 horas.

por la proporción $\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada laboral de un número de horas dado}}$, la relación pierde todo sentido no bien la jornada laboral deja de contener un número determinado de horas. Queda abolida la relación entre el trabajo remunerado y el impago. Ahora el capitalista puede extraer del obrero una determinada cantidad de plustrabajo sin concederle el tiempo de trabajo necesario para su propia conservación. Puede eliminar toda regularidad de la ocupación y alternar —según su comodidad, capricho e interés momentáneo— el más terrible sobretrabajo con la desocupación relativa o completa.

Puede, bajo el pretexto de pagar el “precio normal del trabajo”, alargar anormalmente la jornada laboral, sin ninguna compensación correspondiente para el obrero. De ahí, la rebelión (1860), plenamente racional, de los obreros londinenses de la construcción contra el intento de los capitalistas de imponer dicho salario por hora. La restricción legal de la jornada laboral pone fin a tales abusos, aunque no, desde luego, a la subocupación proveniente de la competencia de la maquinaria, los cambios en la calidad de los obreros empleados y las crisis parciales y generales.

Puede acontecer que el precio del trabajo permanezca nominalmente constante, al crecer el jornal o el salario semanal, y, sin embargo, disminuya por debajo de su nivel normal. Esto ocurre toda vez que, permaneciendo constante el precio del trabajo o de la hora de trabajo, se prolonga la jornada laboral por sobre su duración habitual. Cuando en la fracción $\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada laboral}}$ aumenta el denominador, el numerador crece aún más rápido. El valor de la fuerza de trabajo se incrementa, a causa de su desgaste, con la mayor duración de su funcionamiento y en mayor proporción que el incremento de esta duración. Por eso, en muchas ramas industriales donde predomina el salario por tiempo y no hay límites legales del tiempo de trabajo, se ha establecido espontáneamente la costumbre de que la jornada laboral sólo se considere como una jornada laboral normal (*normal working day* [jornada laboral normal], *the day's work* [el trabajo de un día], *the regular hours of work* [las horas regulares de trabajo]) hasta un cierto momento, por ejemplo, hasta finalizar la décima hora. Fuera de este límite, el tiempo de trabajo constituye tiempo extra (*overtime*) y, tomándose como unidad de medida la hora, se paga mejor (*extra pay*) aunque con frecuencia en una proporción irrisoria³⁵. La jornada laboral

³⁵ “La remuneración por el tiempo extra” (en las manufacturas de encajes) “es tan pequeña, $\frac{1}{2}$ penique, etc., por hora, que se encuentra en penoso contraste con la magnitud del daño inferido a la salud y a la fuerza vital de los obreros... Usualmente, por lo demás, el pequeño excedente adquirido de este modo debe gastarse en medios refrescantes extras” (*Children's Employment Commission, II Report*, p. XVI, № 117).

normal existe aquí como fracción de la jornada laboral real, y con frecuencia esta última dura, en el transcurso de todo el año, más que la primera³⁶. En varias ramas industriales británicas, el aumento en el precio del trabajo, al prolongarse la jornada laboral por sobre un cierto límite normal, se establece de tal modo que el bajo precio del trabajo durante el llamado horario normal compele al obrero, si quiere obtener un salario suficiente, a trabajar horas extra mejor remuneradas³⁷. La limitación legal de la jornada laboral pone fin a esta diversión³⁸.

Es un hecho comúnmente conocido que cuanto más larga sea la jornada laboral en una rama industrial tanto menor es el salario³⁹. El inspector fabril A. Redgrave ilustra este hecho con una sinopsis comparativa del período bidecenal que se extiende de 1839 a 1859, la cual evidencia que el salario aumentó en las fábricas sometidas a

³⁶ Por ejemplo, en la impresión de papel de empapelar antes de la reciente introducción de la ley fabril. "Trabajábamos sin pausas para las comidas, de modo que el trabajo de un día, de 10¹/₂ horas de duración, terminaba a las 4¹/₂ de la tarde, y todo lo demás era tiempo extra, que raramente cesaba antes de las 6 de la tarde; de hecho, trabajábamos tiempo extra durante todo el año" (Declaración de Mr. Smith en *Children's Employment Commission, 1 Report*, p. 125).

³⁷ Por ejemplo, en las blanquerías escocesas. "En algunas partes de Escocia, esta industria" (antes de adoptarse la ley fabril de 1862) "funcionaba mediante el sistema de tiempo extra; esto es, 10 horas eran consideradas como la jornada laboral normal. Por ellas, un hombre obtenía 1 chelín y 2 peniques. Pero a esto se agregaba diariamente un tiempo extra de 3 ó 4 horas, las que se pagaban a 3 peniques la hora. La consecuencia de este sistema: un hombre que sólo trabajara durante el tiempo normal podía ganar únicamente 8 chelines de salario semanal. Sin realizar tiempo extra, el salario no era suficiente" (*Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1863*, p. 10). El "pago extra por horas extraordinarias es una tentación a la cual el obrero no puede resistir" (*Rep. of Insp. of Fact. for 30th April 1848*, p. 5). Los talleres de encuadernación en la City de Londres emplean muchísimas jóvenes de 14 ó 15 años, por cierto, bajo un contrato de aprendizaje que prescribe un determinado horario de trabajo. Sin embargo, durante la última semana de cada mes trabajan hasta las 10, las 11, las 12 de la noche o la 1 de la madrugada junto a los obreros de más edad, en una compañía nada selecta. "Los patrones las tientan (*tempt*) con salarios extra y dinero para una buena cena", que ellas consumen en las tabernas vecinas. La gran depravación producida así entre estas *young immortals* [jóvenes inmortales] (*Children's Employment Commission, V Report*, p. 44, №191) encuentra su compensación en el hecho de que ellas encuadernan, entre otras cosas, también muchas Biblias y libros edíficantes.

³⁸ Véase los *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1863*, l.c. Efectuando una crítica absolutamente correcta de este estado de cosas, los obreros londinenses de la construcción declararon, durante la gran *strike* [huelga] y el *lock-out* de 1860, que sólo aceptarían el salario por hora bajo dos condiciones: 1) que con el precio de la hora de trabajo se fijara una jornada laboral normal de 9 horas o, de ser preciso, de 10 horas, y que el precio por la hora de la jornada laboral de 10 horas fuese mayor que el de la jornada de 9 horas; 2) que cualquier hora por sobre la jornada normal fuese remunerada relativamente mejor, como tiempo extra.

³⁹ "Además, es un hecho muy notable que allí donde son una regla los largos horarios, lo sean también los bajos salarios" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1863*, p. 9). "El trabajo que proporciona un salario de hambre es, la mayoría de las veces, excesivamente largo" (*Public Health, 6th Report 1863*, p. 15).

la ley de las 10 horas, mientras que disminuyó en aquellas donde se trabaja diariamente de 14 a 15 horas⁴⁰.

La ley consigna que "con un precio dado del trabajo, el jornal o el salario semanal dependen de la cantidad de trabajo suministrado", lo que quiere decir, ante todo, que cuanto menor es el precio del trabajo tanto mayor debe ser la cantidad de trabajo o tanto más larga la jornada laboral para que el obrero se asegure sólo un pobre salario medio. El bajo nivel del salario actúa aquí como acicate para que se prolongue la jornada laboral⁴¹.

A la inversa, empero, la prolongación del tiempo de trabajo provoca, a su vez, una disminución en el precio del trabajo y, con ello, en el jornal o en el salario semanal.

La determinación del precio del trabajo de acuerdo a la relación $\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada laboral de un número de horas dado}}$ revela que la simple prolongación de la jornada laboral conduce a la reducción en el precio del trabajo, si no se produce ninguna compensación. Pero, las mismas circunstancias que posibilitan al capitalista incrementar la jornada laboral por períodos prolongados, originalmente le posibilitan y, finalmente, lo obligan a reducir también el precio nominal del trabajo hasta que disminuya el precio total del número acrecentado de horas, o sea, el jornal o el salario semanal. Será suficiente aquí hacer referencia a dos circunstancias. Si un hombre ejecuta el trabajo de $1\frac{1}{2}$ o de 2 hombres, aumenta la oferta de trabajo, aunque la oferta de fuerzas de trabajo en el mercado permanezca constante. La competencia, provocada de este modo entre los obreros, le permite al capitalista reducir el precio del trabajo, mientras que el precio decreciente del trabajo le hace posible, a su turno, aumentar aún más el tiempo de trabajo⁴². Sin embargo, esta disposición de cantidades anormales de trabajo impago, es decir, de cantidades que superan el nivel promedio social, se convierte pronto en fuente de competencia entre los propios capitalistas. Una parte de los precios de las mer-

⁴⁰ *Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1860*, pp. 31, 32.

⁴¹ En Inglaterra, los obreros que hacen clavos a mano deben trabajar, por ejemplo, a causa del exiguo precio del trabajo, 15 horas diarias para obtener un paupérrimo salario semanal. "Son muchas horas al día, y durante todo el tiempo debe trabajar duramente para obtener 11 peniques ó 1 chelín, y de esa suma hay que descontar de $2\frac{1}{2}$ a 3 peniques por desgaste de las herramientas, calefacción, desperdicio de hierro" (*Children's Employment Commission, III Report*, p. 136, № 671). Las mujeres perciben, con el mismo tiempo de trabajo, sólo un salario semanal de 5 chelines (l.c., t. 137, № 674).

⁴² Si un obrero fabril, por ejemplo, se negara a trabajar el extenso número de horas acostumbrado, "pronto sería remplazado por otro, decidido a trabajar cualquier cantidad de tiempo, debido a lo cual el primero quedaría desempleado" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1848, Evidence*, p. 39, №58). "Si un hombre ejecuta el trabajo de dos... la tasa de la ganancia aumentará, en general... puesto que esta oferta adicional de trabajo habrá reducido su precio" (Senior. *Three Lectures on the Rate of Wages*. Londres, 1830, p. 15).

cancias se compone del precio del trabajo. La fracción impaga del precio del trabajo no debe ser necesariamente incorporada al precio de la mercancía. Esta fracción puede ser regalada al comprador de la misma. Es este el primer paso a que conduce la competencia. El segundo paso que impone es excluir del precio de venta de la mercancía, a lo menos, una parte del plusvalor anormal producido por la prolongación de la jornada laboral. De este modo se establece primero esporádicamente y luego poco a poco, de manera fija, un precio de venta de la mercancía anormalmente bajo, que se convierte desde ese momento en fundamento constante de un salario mísero con un tiempo de trabajo excesivo, habiendo sido originariamente el producto de esas circunstancias. Nos limitamos, meramente, a mencionar ese movimiento, por cuanto el análisis de la competencia no tiene cabida aquí. Pero dejemos que hable por algunos momentos el capitalista mismo.

“En Birmingham, la competencia entre los patrones es tan grande que algunos de entre nosotros se ven obligados a hacer, en cuanto empleadores de trabajo, cosas de las cuales en otras circunstancias se avergonzarían; y, sin embargo, no se hace más dinero (*and yet no more money is made*), sólo el público obtiene todas las ventajas.”⁴³

Se recordará que en Londres hay dos tipos de panaderos, uno de los cuales vende el pan a precio completo (*the “fullpriced” bakers*) y el otro lo hace bajo su precio normal (*“the underpriced”, “the undersellers”*). Los *fullpriced* denunciaban ante la comisión investigadora del Parlamento a sus competidores, diciendo:

“Ellos existen sólo por cuanto, en primer lugar, engañan al público” (adulterando la mercancía) “y, en segundo lugar, extraen de su personal 18 horas de trabajo por un salario de 12 horas... El trabajo impago (*the unpaid labour*) de los obreros es el medio a través del cual se lleva a cabo la lucha competitiva... La competencia entre los patrones panaderos es la causa que provoca las dificultades en la eliminación del trabajo nocturno. Un *underseller* que vende su pan por debajo del precio de costo, el cual varía con el precio de la harina, se indemniza extrayendo más trabajo de su gente. Si yo extraigo sólo 12 horas de trabajo de mi gente y mi vecino, en cambio, obtiene 18 ó 20 horas, me vencerá necesariamente en el precio de venta. Si los obreros pudieran exigir la remuneración por tiempo extra, pronto se pondría fin a estas maniobras... Un gran número de los empleados por los *undersellers* son extranjeros, jóvenes y otras personas obligadas a contentarse con casi cualquier salario que puedan obtener”⁴⁴.

Esta jeremiada es interesante igualmente porque revela cómo en la conciencia capitalista se refleja sólo la apariencia de las relaciones de producción. El capitalista no sabe que también el precio normal

⁴³ *Children's Employment Commission, III Report, Evidence*, p. 66, № 22.

⁴⁴ *Report etc. relative to the Grievances complained of by the Journeymen Bakers*, Londres, 1862, p. LII y declaraciones №№ 479, 359, 27. Sin embargo, los *fullpriced*, como señalábamos anteriormente y lo reconoce su propio portavoz Bennet, obligan también a su gente a “comenzar el trabajo a las 11 de la noche o antes y lo prolongan frecuentemente hasta las 7 de la tarde siguiente” (l.c., p. 22).

del trabajo incluye una determinada cantidad de trabajo impago y que precisamente dicho trabajo no remunerado es la fuente normal de su ganancia. Para él, en general, no existe la categoría del tiempo de plustrabajo, pues ésta se encuentra implícita en la jornada de trabajo normal, que cree pagar con el jornal. Pero para él existe el tiempo extra, la prolongación de la jornada laboral por sobre los límites correspondientes al precio usual del trabajo. Contraponiéndose a sus competidores, que venden por debajo del precio, exige incluso una remuneración extra (*extra pay*) por esas horas extraordinarias. Pero nuevamente no sabe que esta remuneración extra incluye, asimismo, trabajo impago, de igual forma que el precio de las horas de trabajo usuales. Por ejemplo, el precio de una hora de la jornada laboral de 12 horas es de 3 peniques, es decir es valor producido en $1/2$ hora de trabajo, mientras que el precio de las horas de trabajo extras es de 4 peniques, valor producido en $2/3$ de hora de trabajo. En el primer caso, el capitalista se apropia sin remuneración de la mitad de una hora de trabajo, en el otro de $1/3$.

CAPITULO XIX

EL PAGO A DESTAJO

El pago a destajo no es más que la forma transmutada del salario por tiempo, como el salario por tiempo lo es con respecto al valor o precio de la fuerza de trabajo.

A primera vista, en el pago a destajo parece como si el valor de uso vendido por el obrero no fuera la función de su fuerza de trabajo, el trabajo vivo, sino el trabajo ya materializado en el producto, y como si el precio de este trabajo no se determinara, como acontece en el salario por tiempo, por la fracción

$$\frac{\text{valor diario de la fuerza de trabajo}}{\text{jornada laboral de un número de horas dado}}$$
, sino por la capacidad de rendimiento del productor⁴⁵.

En primer término, la confianza de quienes creen en esta apariencia ya debiera estar fuertemente conmovida por el hecho de que ambas formas del salario coexisten simultáneamente en las mismas ramas industriales. Por ejemplo,

“los cajistas (tipógrafos) de Londres por lo general trabajan a destajo, siendo entre ellos el salario por tiempo una excepción. A la inversa acontece entre los cajistas en las provincias, donde la regla es el salario por tiempo y el pago a destajo la excepción. A los carpinteros de ribera en el puerto de Londres se les paga a destajo, en todos los demás puertos ingleses, se hace por tiempo”⁴⁶.

En las mismas talabarterías de Londres, por el mismo trabajo a los franceses se les paga frecuentemente a destajo y a los ingleses, por tiempo. En las fábricas propiamente dichas, donde predomina en general el pago a destajo, algunas funciones laborales se sustraen

⁴⁵ “El sistema del trabajo a destajo constituye una época en la historia del obrero; se encuentra a medio camino entre la posición del simple jornalero, dependiente de la voluntad del capitalista, y la del artesano cooperativista, quien promete combinar, en un futuro no lejano, en su propia persona al artesano y al capitalista. Los obreros a destajo, de hecho, son sus propios patrones, aunque trabajen con el capital del empleador” (John Watts. *Trade Societies and Strikes, Machinery and Cooperative Societies*, Manchester, 1865, pp. 52, 53). Cito esta obra porque es un verdadero albañal de todos los lugares comunes apologéticos, corrompidos desde hace tiempo. El mismo señor Watts se dedicaba antes al owenismo y publicó en 1842 otro librito titulado *Facts and Fictions of Political Economy*, en el cual, entre otras cosas, declara que la *property* es un *robbery* [la propiedad es un robo]. Esto fue hace mucho tiempo.

⁴⁶ T. J. Dunning. *Trade's Unions and Strikes*, Londres, 1860, p. 22.

por razones técnicas a esta medición y son remuneradas, en consecuencia, por tiempo⁴⁷. Sin embargo, de por sí está claro que la diversidad de forma en el pago del salario no altera en nada su esencia, aunque una de las formas pueda ser más favorable que la otra para el desarrollo de la producción capitalista.

Supongamos que la jornada laboral usual asciende a 12 horas, de las cuales 6 son pagadas y 6 no remuneradas. Sea el valor producido igual a 6 chelines y, por tanto, el de una hora de 6 peniques. Se establece de la práctica que un obrero, trabajando con el grado medio de intensidad y habilidad, empleando, por consiguiente, sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un artículo, proporciona en 12 horas 24 piezas de producto discreto o fracciones medibles de uno continuo. Así, el valor de esas 24 piezas, después de restarse la parte del capital constante que ellas contienen, es de 6 chelines y de 3 peniques el valor de una pieza singular. El obrero recibe $1\frac{1}{2}$ peniques por pieza y obtiene, de este modo, 3 chelines en 12 horas. Así como en el salario por tiempo da lo mismo suponer que el obrero trabaja 6 horas para sí y 6 para el capitalista, o que de cada hora él trabaja una mitad para sí y la otra para el capitalista, lo mismo ocurre aquí: es igual decir que de cada pieza se paga la mitad y la otra no, o que el precio de 12 piezas sólo repone el valor de la fuerza de trabajo, mientras que en las otras 12 toma cuerpo el plusvalor.

La forma del pago a destajo es tan irracional como la del salario por tiempo. Mientras que, por ejemplo, dos piezas mercantiles, después de restarles el valor de los medios de producción desgastados en ellas, valen 6 peniques en cuanto producto de una hora de trabajo, el obrero obtiene por ellas un precio de 3 peniques. De hecho, el pago a destajo no expresa directamente ninguna relación de valor. No se trata de medir el valor de la pieza por el tiempo de trabajo incorporado a ella, sino, al revés, de medir el trabajo que gasta el obrero por el número de piezas por él producidas. En el salario por tiempo, el trabajo se mide por su duración directa, en el pago a destajo, por la cantidad de productos en que se condensa el trabajo durante

⁴⁷ La coexistencia de estas dos formas de salario favorece las maniobras de los fabricantes: "Una fábrica emplea 400 personas, de las cuales la mitad trabaja a destajo y está directamente interesada en trabajar más tiempo. Las 200 restantes son pagadas por día, o sea, trabajan tanto como los otros, pero no obtienen dinero por las horas extras... El trabajo de estas 200 personas durante media hora diaria equivale al trabajo de una persona durante 50 horas o a $\frac{5}{6}$ del rendimiento semanal de ésta y representa una ganancia positiva para el empleador" (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1860*, p. 9). "El trabajo extra prevalece aún en grado considerable, y en la mayoría de los casos con esa seguridad que, contra su descubrimiento y castigo, le brinda la propia ley. En muchos informes anteriores he mostrado... la injusticia que se comete contra todos los obreros que no reciben pago a destajo, sino un salario semanal" (Leonard Horner en *Reports of Insp. of Fact., 30th April 1859*, pp. 8, 9).

un determinado espacio de tiempo⁴⁸. El precio del tiempo mismo de trabajo está determinado, finalmente, por la ecuación: valor del trabajo de un día = valor diario de la fuerza de trabajo. El pago a destajo, por tanto, no es más que una forma modificada del salario por tiempo.

Ahora bien, detengámonos más atentamente en las particularidades que caracterizan el pago a destajo.

La calidad del trabajo está controlada, en este caso, por el producto mismo, que debe poseer la calidad media para ser pagado plenamente el precio de la pieza. En este sentido, el pago a destajo se convierte en la más provechosa fuente de descuentos en el salario y de tropelías capitalistas.

El pago a destajo brinda al capitalista una medida completamente determinada de la intensidad del trabajo. Sólo el tiempo de trabajo que toma cuerpo en una cantidad de mercancías previamente determinada y establecida por la práctica es considerado como tiempo de trabajo socialmente necesario y se remunera como tal. Por eso en los principales talleres de sastrería de Londres una cierta pieza de trabajo, por ejemplo un chaleco, etc., es llamado una hora, media hora, etc., pagándose la hora a 6 peniques. La práctica establece cuál es el producto medio de una hora. En caso de modas nuevas, reparaciones, etc., se entabla una disputa entre el empleador y los obreros acerca de si una determinada pieza de trabajo es = a una hora, etc., hasta que también decide, aquí, la práctica. Algo similar ocurre en las ebanisterías londinenses, etc. Si el obrero no posee la capacidad media de rendimiento y no puede, por tanto, brindar el mínimo determinado de productos diarios, se lo lanza a la calle⁴⁹.

Como la calidad y la intensidad del trabajo están aquí controladas por la forma misma del salario, ésta vuelve superflua gran parte de la vigilancia del trabajo. Constituye, por ello, tanto la base del moderno trabajo domiciliario, descrito más arriba, como la de un sistema de explotación y opresión jerárquicamente estructurado. Dicho sistema reviste dos formas fundamentales. De una parte, el pago a destajo facilita la interposición de personas parásitas entre el capitalista y el obrero asalariado, el subarriendo del trabajo (*subletting of labour*). La ganancia obtenida por los intermediarios fluye exclusivamente de la diferencia entre el precio del trabajo que paga el capitalista y la parte de este precio que dichos intermediarios

⁴⁸ "El salario puede medirse de dos maneras: o por la duración del trabajo, o por su producto" (*Abrégé élémentaire des principes de l'Économie Politique*. París, 1796, p. 32). Autor de este escrito anónimo es G. Garnier.

⁴⁹ Al hilandero "se le entrega un peso determinado de algodón, a cambio del cual debe devolver en un lapso dado una cantidad precisa de hilo de algodón o hilado, de un cierto grado de finura, pagándosele una suma establecida por cada libra que devuelve. Si su trabajo es de calidad defectuosa, es penado; si proporciona menos de la cantidad fijada para un plazo dado, se lo despiden y se emplea a un obrero más hábil" (Ure. *Philosophy of Manufactures*, pp. 316, 317).

entregan realmente al obrero⁵⁰. En Inglaterra, este sistema es llamado "sweating system" (sistema sudorífero). De otra parte, el pago a destajo permite al capitalista firmar con el obrero principal —en la manufactura, con el jefe de un grupo, en las minas, con el picador del carbón, etc., en la fábrica, con el maquinista propiamente dicho— un contrato a razón de tanto por pieza, un precio por el cual el obrero principal mismo se preocupa de enganchar y pagar a los obreros auxiliares. La explotación del obrero por el capital se realiza aquí mediante la explotación del obrero por el obrero⁵¹.

Una vez dado el pago a destajo, naturalmente, el interés personal del obrero reside en emplear su fuerza de trabajo de la manera más intensa posible, lo que facilita al capitalista la elevación del grado normal de intensidad^{51a}. Asimismo, es de interés personal del obrero prolongar la jornada laboral, porque de este modo aumenta su jornal o su salario semanal⁵². Esto provoca la reacción ya descrita en el salario por tiempo, aparte de que la prolongación de la jornada laboral, incluso con un pago a destajo constante, implica de por sí una reducción en el precio del trabajo.

⁵⁰ "Cuando el producto pasa por muchas manos, cada una de las cuales toma una parte de la ganancia, mientras que sólo el último par de ellas realiza el trabajo, sucede entonces que el pago obtenido por la obrera es miserablemente desproporcionado" (*Children's Employment Commission. II Report*, p. LXX, No 424).

⁵¹ Incluso el apologetico Watts señala: "Sería un gran avance en el sistema de pago a destajo, si todos los hombres empleados en un trabajo fueran socios en el contrato, cada uno en correspondencia con sus habilidades, en vez de que un hombre esté interesado en hacer trabajar excesivamente a sus camaradas en su propio beneficio" (l.c., p. 53). Acerca de lo infame de este sistema, cfr. *Children's Employment Commission. III Report*, p. 66, No 22; p. 11, No 124; p. XI, No 13, 53, 59, etc.

^{51a} Frecuentemente este resultado espontáneo se fomenta de manera artificiosa. Por ejemplo, en la *engineering trade* [construcción de máquinas] de Londres se considera un truco tradicional "que el capitalista elija a un hombre de fuerza física y agilidad superiores como jefe de un grupo de obreros. Trimestralmente, o en otros plazos, le paga un salario adicional bajo la condición de que haga todo lo posible por acicatear a sus compañeros, que sólo reciben el sueldo usual, a que realicen los mayores esfuerzos... Sin más comentario, esto explica la queja de los capitalistas acerca de las 'trabas puestas de parte de los *Trade Unions* a la actividad o a la habilidad y fuerza de trabajo superiores (*stinting the action, superior skill and working power*)'" (Dunning, l.c., pp. 22, 23). Como el mismo autor es obrero y secretario de un sindicato, podría esto parecer una exageración. Pero véase, por ejemplo, en la *highly respectable* [respetabilísima] enciclopedia agronómica de J. Ch. Morton, el artículo *Labourer* [trabajador], donde se aconseja este método como muy eficaz a los arrendatarios.

⁵² "Todos los que se pagan a destajo ... se favorecen de la transgresión de los límites legales de la jornada laboral. Esta disposición a efectuar horas extras se observa particularmente entre las mujeres empleadas como tejedoras o devanadoras" (*Rep. of Insp. of Fact., 30th April 1858*, p. 9). "Este sistema de pago a destajo, tan ventajoso para los capitalistas... persigue directamente la finalidad de estimular a los jóvenes alfareros a realizar trabajos extra durante los 4 ó 5 años en que es pagado a destajo, pero a bajo precio. Es una de las principales causas a que se atribuye la degeneración física de los alfareros" (*Children's Employment Commission. I Report*, p. XIII).

En el salario por tiempo, salvo escasas excepciones, predomina un salario igual para las mismas funciones, mientras que en el pago a destajo, aunque el precio del tiempo de trabajo se mida por una determinada cantidad de productos, el jornal o el salario semanal varían con las diferencias individuales de los obreros, uno de los cuales suministra el mínimo de productos en un espacio de tiempo dado, otro el promedio, el tercero por sobre éste. Por tanto, en el ingreso real se manifiestan aquí grandes diferencias, según la habilidad, fuerza, energía, resistencia, etc., del obrero individual⁵³. Esto, naturalmente, no cambia en nada la relación general entre el capital y el trabajo asalariado. En primer lugar, las diferencias individuales se compensan en el taller en su conjunto, de modo que en un espacio de tiempo determinado en éste se suministra el producto medio, y el salario total pagado corresponde al salario medio de la rama industrial. En segundo lugar, la proporción entre el salario y el plusvalor permanece invariable, puesto que al salario individual del obrero le corresponde la masa de plusvalor proporcionada individualmente por él. Sin embargo, el mayor campo de acción que el pago a destajo ofrece al individuo contribuye, de una parte, a desarrollar la individualidad y, con ella, el sentimiento de libertad, la autonomía y el autocontrol del obrero y, de otra parte, atiza la competencia mutua y recíproca. Tiende, pues, al elevar los salarios individuales por encima del nivel medio, a reducir ese mismo nivel. Pero, allí donde se había establecido desde hace tiempo un pago a destajo determinado y su reducción ofrecía, por ello, dificultades especiales, los patronos recurren también, excepcionalmente, a su transformación violenta en salario por tiempo. A ello obedeció, por ejemplo, la gran *strike* de 1860 entre los tejedores de cintas de Coventry⁵⁴. El pago a destajo es, finalmente, uno de los pilares

⁵³ "Allí donde el trabajo en una industria se paga por el número de piezas, a tanto por tarea... los salarios pueden variar sustancialmente en cuanto a su monto... Pero para el jornal diario hay, en general, una tarifa uniforme... reconocida por el empresario y el obrero como salario estándar para el grueso de los obreros en ese sector" (Dunning, L.c., p. 17).

⁵⁴ "El trabajo de los oficiales artesanos se regula por jornadas o por piezas (*à la journée ou à la pièce*)... Los maestros saben aproximadamente cuánto trabajo pueden realizar diariamente los obreros en cada *métier* [oficio] y, por eso, frecuentemente les pagan en proporción al trabajo que ejecutan; así, los oficiales artesanos trabajan cuanto pueden en su propio interés, sin necesidad de vigilancia" (Cantillon. *Essai sur la Nature du Commerce en Général*, Amsterdam, 1756, pp. 185, 202. La primera edición apareció en 1755). Cantillon, en quien se han inspirado grandemente Quesnay, sir James Steuart y Adam Smith, ya presenta aquí el pago a destajo como una simple forma modificada del salario por tiempo. La edición francesa de Cantillon se anuncia en el título como traducción del inglés; pero, la edición inglesa, *The Analysis of Trade, Commerce etc.* by Philip Cantillon, late of the City of London, Merchant, no sólo es de una fecha posterior (1759), sino que por su contenido se revela como una reelaboración posterior. Así, por ejemplo, en la edición francesa aún no se menciona a Hume, mientras que en la inglesa ya Petty apenas figura. La edición inglesa es teóricamente de menor significancia, pero contiene todo

principales en que descansa el sistema de pago por horas, descrito anteriormente⁵⁵.

De la exposición anterior se desprende que el pago a destajo es la forma de salario más apropiada al régimen de producción capitalista. Aunque no es nuevo, ni mucho menos —figura oficialmente junto al salario por tiempo, en particular, en los estatutos laborales franceses e ingleses del siglo XIV—, sólo en el período manufacturero alcanza un mayor campo de acción. En el período de irrupción y avance de la gran industria, o sea de 1797 a 1815, sirve de palanca para prolongar la jornada laboral y reducir el salario. Un material importantísimo sobre el movimiento salarial en aquel período se puede encontrar en los Libros Azules: *Report and Evidence from the Select Committee on Petitions respecting the Corn Laws* (legislatura de 1813-1814) y *Reports from the Lord's Committee, on the state of the Growth, Commerce, and Consumption of Grain, and all Laws relating thereto* (período de sesiones 1814-1815). Encontramos en esos libros las pruebas documentales de la reducción continua registrada en el precio del trabajo desde el comienzo de la guerra anti-jacobina. En la tejeduría, por ejemplo, el pago a destajo había disminuido en tal medida que, a pesar de la prolongadísima jornada laboral, el jornal era menor que antes.

"El ingreso real del tejedor es mucho menor que antes; su superioridad con relación al obrero corriente, que en un principio era muy grande, ha desaparecido casi por completo. En efecto, la diferencia entre los salarios del trabajo calificado y del trabajo corriente ahora reviste mucho menos importancia que en cualquier período anterior."⁵⁶

Qué poco provecho ha reportado al proletariado rural el incremento de la intensidad y duración del trabajo, producido a raíz del pago a destajo, nos lo muestra el siguiente pasaje extraído de un escrito partidario de los terratenientes y arrendatarios:

"La mayor parte de las operaciones agrícolas la realizan personas contratadas por día o a destajo. Su salario semanal asciende, aproximadamente, a 12 chelines; y aunque se puede suponer que un hombre trabajando a destajo, con mayores incentivos, gane 1 chelín o tal vez 2 chelines más que recibiendo un salario semanal, sin embargo, al calcular su ingreso total, se verá que la falta de ocupación en el curso

tipo de datos acerca del comercio inglés, el tráfico de metales preciosos, etc., lo que falta en el texto francés. Las palabras en el título de la edición inglesa, según las cuales el escrito fue "*taken chiefly from the Manuscript of a very ingenious Gentleman deceased, and adapted etc.*" [tomado principalmente del manuscrito de un ingeniosísimo gentilhomme fallecido, y adaptado, etc.], parecen, por eso, más bien una mera ficción, muy usual en aquellos tiempos¹⁵⁶¹.

⁵⁵ "¿Cuántas veces hemos visto que en ciertos talleres se contrataban muchos más obreros que los realmente requeridos para el trabajo? Con frecuencia se admite a obreros en previsión de un trabajo incierto, a veces, sólo imaginario: como se les paga a destajo, se dice, no se corre ningún riesgo, porque todo el tiempo perdido será a cargo del obrero desocupado" (H. Grégoir. *Les Typographes devant le Tribunal Correctionnel de Bruxelles*, Bruselas, 1865, p. 9).

⁵⁶ *Remarks on the Commercial Policy of Great Britain*, Londres, 1815, p. 48.

del año contrapesa claramente ese excedente ... Se observará, además, en general, que los salarios de estos hombres se encuentran en una cierta relación con el precio de los medios de subsistencia necesarios, de manera que un hombre con dos niños está en condiciones de mantener a su familia sin recurrir a la ayuda parroquial⁵⁷.

Malthus señaló entonces respecto a los hechos divulgados por el Parlamento:

"Confieso que veo con desagrado la gran expansión alcanzada por la práctica del pago a destajo. Trabajar de manera realmente dura 12 ó 14 horas al día, durante períodos prolongados, es demasiado para el ser humano⁵⁸.

En los talleres sometidos a la ley fabril, el pago a destajo constituye una regla general, dado que allí el capital sólo puede extender la jornada laboral intensivamente⁵⁹.

Al cambiar la productividad del trabajo, la misma cantidad de productos representa un tiempo de trabajo diferente. Por tanto, también se modifica el pago a destajo, puesto que éste es expresión del precio de un determinado tiempo de trabajo. En nuestro ejemplo anterior se producían en 12 horas 24 piezas, mientras que el valor producido en las 12 horas era de 6 chelines, el valor diario de la fuerza de trabajo de 3 chelines, el precio de la hora de trabajo de 3 peniques, y el pago por pieza de $1\frac{1}{2}$ peniques. Cada pieza había absorbido $\frac{1}{2}$ hora de trabajo. Ahora bien, si a causa de una productividad doble la misma jornada laboral proporciona 48 piezas en vez de 24, y todas las demás circunstancias permanecen inalteradas, el pago a destajo desciende de $1\frac{1}{2}$ peniques a $\frac{3}{4}$ de penique, puesto que cada pieza representa ahora tan sólo $\frac{1}{4}$ de hora de trabajo, en vez de $\frac{1}{2}$ hora. $24 \times 1\frac{1}{2}$ peniques = 3 chelines, del mismo modo que $48 \times \frac{3}{4}$ de penique = 3 chelines. En otras palabras: el pago a destajo disminuye en la misma proporción en que aumenta el número de piezas producidas en el mismo lapso⁶⁰, o sea,

⁵⁷ *A Defence of the Landowners and Farmers of Great Britain*, Londres, 1814, pp. 4, 5.

⁵⁸ Malthus. *Inquiry into the Nature etc. of Rent*, Londres, 1815, [p. 49, nota].

⁵⁹ "Los trabajadores a destajo constituyen, probablemente, los $\frac{4}{5}$ de todos los obreros en las fábricas" (*Reports of Insp. of Fact. for 30th April 1858*, p. 9).

⁶⁰ "La productividad de la máquina de hilar se mide exactamente y se reduce la remuneración del trabajo realizado con ella a medida que aumenta su fuerza productiva, aunque no en la misma proporción" (Ure, l.c., p. 317). El mismo Ure suprime este último giro apoloético. Reconoce, por ejemplo, que cuando se ensancha la *mule*, de dicho ensanchamiento se deriva un trabajo adicional. El trabajo, pues, no se reduce en la medida en que aumenta su productividad. Además: "Este ensanchamiento conduce a que la fuerza productiva de la máquina se incremente en un quinto. En este caso, el hiladero no será ya pagado al mismo precio de antes por trabajo rendido, pero, como este precio no se reduce en la proporción de un quinto, el perfeccionamiento eleva su ingreso en dinero con respecto al número de horas de trabajo dado", no obstante... "la afirmación anterior exige una cierta restricción... El hiladero debe pagar algo de su medio chelín extra a ayudantes jóvenes adicionales, y además se produce un desplazamiento de adultos" (l.c., pp. 320, 321), lo cual no produce, de ningún modo, una tendencia a incrementar los salarios.

en que disminuye el tiempo de trabajo gastado en la misma pieza. Esta variación en el pago a destajo, si bien puramente nominal, provoca luchas constantes entre el capitalista y los obreros. O bien porque el capitalista usa el pretexto para reducir realmente el precio del trabajo, o porque el incremento de la fuerza productiva del trabajo está acompañado por una intensidad más elevada del mismo. O bien, porque el obrero toma en serio la apariencia del pago a destajo, como si se le pagase su producto y no su fuerza de trabajo, y se resiste, por ello, a una reducción del salario que no corresponde a una disminución en el precio de venta de la mercancía.

"Los obreros vigilan cuidadosamente el precio de la materia prima y el precio de los bienes producidos y, de este modo, se encuentran en condiciones de evaluar con exactitud las ganancias de sus patrones."⁶¹

El capital, rechaza con fundamento, tal pretensión*, como un grave error acerca de la naturaleza del trabajo asalariado⁶². Pone el grito en el cielo ante esa pretensión de cargar con gravámenes el progreso de la industria y declara rotundamente que la productividad del trabajo** es algo que no le incumbe en absoluto al obrero⁶³.

⁶¹ H. Fawcett. *The Economic Position of the British Labourer*, Cambridge y Londres, 1865, p. 178.

* En la 3ª y 4ª ediciones: juicio.

⁶² En el *Standard* londinense del 26 de octubre de 1861 pudo verse un informe acerca de un proceso de la firma John Bright et Co., ante los *Rochdale Magistrates* [jueces de Rochdale], "para perseguir, por intimidación, a los representantes del *Trade Union* [sindicato] que agrupa a los tejedores de alfombras. Los socios de Bright habían introducido maquinaria nueva que debía producir 240 yardas de alfombras en el lapso y con el trabajo(!) requerido antes para la producción de 160 yardas. Los obreros no tenían ningún derecho a participar en las ganancias de los empresarios, producidas por la inversión de capital en mejoramientos mecánicos. Por eso, los señores Bright propusieron reducir el salario de 1½ peniques por yarda a uno, con lo cual permanecían iguales los ingresos de los obreros por el mismo trabajo. Pero, era una reducción nominal de la que, según se afirma, los obreros no estaban informados claramente y de antemano.

** En la 4ª edición: de los obreros.

⁶³ "Los *Trade Unions*, en su afán de mantener el nivel del salario, procuran participar de la ganancia que proporciona la maquinaria perfeccionada" (*Quelle horreur!* [¡Qué horror!]). "...exigen salarios más altos, porque el trabajo ha sido reducido... En otras palabras, aspiran a gravar los perfeccionamientos industriales" (*On Combination of Trades*. Nueva edición, Londres, 1834, p. 42).

CAPITULO XX

DIVERSIDAD NACIONAL DE LOS SALARIOS

En el capítulo XV nos ocupamos de las múltiples combinaciones que puede provocar un cambio en la magnitud absoluta o relativa (es decir, en proporción al plusvalor) del valor de la fuerza de trabajo; mientras, de otra parte, la cantidad de medios de subsistencia, en la cual se realiza el precio de la fuerza de trabajo, puede tener movimientos independientes⁶⁴ o distintos de la variación de ese precio. Como ya hemos señalado, la simple traducción del valor y, respectivamente, del precio de la fuerza de trabajo en la forma exotérica del salario conduce a que todas esas leyes se transformen en leyes del movimiento del salario. Lo que dentro de este movimiento aparece como combinación cambiante puede manifestarse, en la situación de países distintos, como diversidad simultánea de los salarios nacionales. Por tanto, al compararse los salarios nacionales deben considerarse todos los elementos que determinan las variaciones en la magnitud del valor de la fuerza de trabajo: el precio y el volumen de las necesidades vitales básicas, naturales e históricamente desarrolladas, los costos de educación del obrero, el papel del trabajo femenino e infantil, la productividad del trabajo, su magnitud intensiva y extensiva. Incluso la comparación más superficial requiere, ante todo, reducir el jornal medio existente en las mismas industrias de los diversos países a jornadas laborales de la misma duración. Después de tal nivelación de los jornales, debe ser nuevamente traducido el salario por tiempo en pago a destajo, puesto que sólo este último mide el nivel tanto de la productividad como de la intensidad del trabajo.

En cualquier país existe una cierta intensidad media del trabajo, por debajo de la cual éste, en la producción de una mercancía, gasta más tiempo del socialmente necesario y, por tanto, no es considerado como trabajo de calidad normal. Sólo un grado de intensidad que se alce por sobre el promedio nacional altera, en un

⁶⁴ "No es exacto decir que los salarios" (aquí se trata de sus precios) "han aumentado, porque con ellos es posible comprar mayor cantidad de un artículo más barato" (David Buchanan en su edición de la obra de A. Smith *Wealth etc.*, 1814 v. 1, p. 417, nota).

país dado, la medida del valor por la mera duración del tiempo de trabajo. No ocurre igual en el mercado mundial, cuyas partes integrantes son los distintos países. La intensidad media del trabajo varía de país a país: aquí es mayor, allá menor. Estos promedios nacionales, por tanto, forman una escala, cuya unidad de medida es la unidad media del trabajo universal. Comparándose, pues, con el trabajo nacional menos intenso, el más intenso produce en el mismo lapso más valor que se expresa en más dinero.

Pero la ley del valor en su aplicación internacional se modifica aún más por el hecho de que en el mercado mundial el trabajo nacional más productivo vale, asimismo, como trabajo más intenso, toda vez que la nación con mayor productividad no se vea obligada por la competencia a reducir a su valor el precio de venta de su mercancía.

En la misma medida en que se desarrolla en un país la producción capitalista, también se elevan en él por sobre el nivel internacional la intensidad y productividad nacionales del trabajo^{64a}. Las diversas cantidades de mercancías del mismo tipo producidas en distintos países en el mismo tiempo de trabajo tienen, por consiguiente, valores internacionales desiguales, los cuales se expresan en precios diferentes, esto es, en sumas de dinero distintas, según los valores internacionales. Por eso el valor relativo del dinero en la nación con el régimen capitalista de producción más desarrollado será menor con relación al de la nación con un régimen capitalista de producción menos desarrollado. Se infiere, por tanto, que el salario nominal, el equivalente de la fuerza de trabajo expresado en dinero, será también superior en la primera nación respecto a la segunda, lo cual en ningún caso quiere decir que esto sea válido en cuanto al salario real, esto es, en lo relativo a los medios de subsistencia puestos a disposición del obrero.

Pero, aun abstrayéndonos de esta diversidad relativa del valor del dinero en los diversos países, se encontrará con frecuencia que el jornal, el salario semanal, etc., serán superiores en la primera nación que en la segunda, mientras que el precio relativo del trabajo, esto es, el precio del trabajo en proporción tanto al plusvalor como al valor del producto, será mayor en la segunda nación con respecto a la primera⁶⁵.

^{64a} En otro lugar investigaremos qué circunstancias, en lo referente a la productividad, pueden modificar esta ley para ciertas ramas de la producción.

⁶⁵ En su polémica contra A. Smith, James Anderson señala: "Asimismo, cabe indicar que aunque el precio aparente del trabajo sea usualmente inferior en los países pobres, donde los productos del suelo y en particular el grano son baratos, en realidad, las más de las veces es superior que en otros países. Pues, no es el salario que percibe cotidianamente el obrero lo que constituye el precio real del trabajo aunque sea su precio aparente. El precio real es lo que al empresario le cuesta realmente una determinada cantidad de trabajo realizado; y, desde este punto de vista, en casi todos los casos el trabajo es más barato en los países ricos que en los pobres, aunque

J. W. Cowell, miembro de la comisión fabril de 1833, después de una minuciosa investigación acerca de las hilanderías, llegó al resultado que

“en Inglaterra, para el fabricante los salarios son virtualmente inferiores que en el continente, aunque para el obrero puedan ser más altos” (Ure. *Philosophy of Manufactures*, p. 314).

El inspector fabril inglés, Alexander Redgrave, demuestra en el informe fabril del 31 de octubre de 1866, por medio de estadísticas comparativas con los países continentales, que a pesar del salario inferior y de la jornada laboral más larga, el trabajo, en proporción al producto, es en el continente más caro que el inglés. Un director (*manager*) inglés de una fábrica algodonera en Oldenburg declara que allí el tiempo de trabajo dura desde las 5.30 de la mañana hasta las 8 de la noche, sábados incluidos, y que los obreros del lugar, cuando trabajan dirigidos por capataces ingleses, no rinden en ese lapso tanto producto como los ingleses en 10 horas; cuando lo hacen bajo capataces alemanes rinden aún menos. El salario es mucho más bajo que en Inglaterra, en muchos casos en un 50%, pero el número de obreros es mucho mayor en proporción a la maquinaria, llegando en muchos departamentos a la razón de 5:3. El señor Redgrave entrega detalles muy exactos sobre las fábricas de algodón rusas. Los datos se los proporcionó un *manager* inglés que hasta hace poco trabajaba en ese país. Sobre ese suelo ruso, tan fecundo en todo tipo de infamias, también florecen plenamente los viejos horrores de la niñez de las *factories* [fábricas] inglesas. Los directores, naturalmente, son ingleses, puesto que el capitalista ruso nativo no sirve para el negocio fabril. A pesar de todo el sobretrabajo, la continuidad del trabajo diurno y nocturno y la paga misérrima a los obreros, los productos fabriles rusos sólo logran subsistir debido a la prohibición de los artículos extranjeros. —Reproduzco, finalmente, una sinopsis comparativa del señor Redgrave sobre el promedio de husos por fábrica y por hiladero en diversos países de Europa. El mismo señor Redgrave observa que reunió estas cifras hace algunos años y que desde entonces ha aumentado en Inglaterra el volumen de las fábricas y el número de husos por obrero. Presupone en los países europeos enumerados un progreso proporcional, de tal manera que los datos mantendrían su valor relativo.

el precio del grano y de otros medios de subsistencia sea comúnmente muy inferior en los últimos con relación a los primeros... El trabajo a jornal es mucho más barato en Escocia que en Inglaterra... El trabajo a destajo es, en general, más barato en Inglaterra” (James Anderson. *Observations on the means of exciting a spirit of National Industry etc.*, Edimburgo, 1777, pp. 350, 351). —A la inversa, el bajo nivel del salario provoca a su vez el encarecimiento del trabajo. “El trabajo es más caro en Irlanda que en Inglaterra... porque los salarios son mucho más bajos” (№ 2074 en *Royal Commission on Railways, Minutes*, 1867).

Promedio de husos por fábrica

Inglaterra	12.600
Suiza	8.000
Austria	7.000
Sajonia	4.500
Bélgica	4.000
Francia	1.500
Prusia	1.500

Promedio de husos per cápita

Francia	14
Rusia	28
Prusia	37
Baviera	46
Austria	49
Bélgica	50
Sajonia	50
Estados alemanes menores	55
Suiza	55
Gran Bretaña	74

“Esta comparación” —dice el señor Redgrave— “es particularmente desfavorable para Inglaterra, además de otras razones, porque en ese país hay un gran número de fábricas en las cuales la tejeduría a máquina se une con la hilandería: en el cálculo, no obstante, no se excluye ninguna de las personas relacionadas con los telares. Las fábricas extranjeras, en cambio, son en su mayoría meras hilanderías. Si pudiéramos comparar antecedentes exactamente iguales, yo podría enumerar muchas hilanderías de algodón en mi distrito en las que *mules* de 2.200 husos están a cargo de un solo hombre (*minder*) y de dos mujeres que lo ayudan y donde fabrican diariamente 220 libras de hilado con un largo de 400 millas (inglesas)” (*Reports of Insp. of Fact. for 31st October 1866*, pp. 31-37, *passim*).

Se sabe que tanto en Europa Oriental como en Asia, compañías inglesas se han hecho cargo de la construcción de ferrocarriles y emplean, junto a trabajadores nativos, un cierto número de obreros ingleses. Están obligadas por la necesidad práctica a tener en cuenta las diferencias nacionales en la intensidad del trabajo, mas ello no les ha causado daño. Su experiencia enseña que, aunque el nivel del salario corresponda más o menos a la intensidad media del trabajo, el precio relativo del trabajo (en proporción al producto) se mueve, en general, en sentido opuesto.

En el *Ensayo sobre la tasa del salario*⁶⁶, uno de sus escritos económicos más tempranos, H. Carey intenta demostrar que los diversos salarios nacionales se encuentran en razón directa al grado de productividad de las jornadas laborales nacionales para deducir de esa relación internacional que el salario, en general, sube y baja con la productividad del trabajo. Todo nuestro análisis relativo a la

⁶⁶ *Essay on the Rate of Wages: with an Examination of the Causes of the Differences in the Conditions of the Labouring Population throughout the World*, Filadelfia, 1835.

producción del plusvalor demuestra lo absurdo de esta conclusión, aunque el mismo Carey hubiera fundamentado sus premisas en vez de presentarnos, según su costumbre, una abigarrada mezcolanza de material estadístico, acumulado de manera acrítica y superficial. Lo mejor es que Carey no afirma que las cosas se comporten realmente como debiera ser según la teoría. La intromisión estatal habría adulterado la relación económica natural. Por eso, los salarios nacionales deben calcularse como si la parte de los mismos que recauda el Estado bajo la forma de impuestos cayera en manos del propio obrero. ¿No debiera además imaginarse el señor Carey que estos "costos estatales" son también "frutos naturales" del desarrollo capitalista? El razonamiento es plenamente digno de ese hombre que declaró, en un principio, que las relaciones capitalistas de producción eran leyes eternas de la naturaleza y la razón, cuyo libre y armónico juego sólo es perturbado por la intromisión del Estado, para descubrir después que la diabólica influencia de Inglaterra en el mercado mundial —influencia que, al parecer, no proviene de las leyes naturales de la producción capitalista— hace necesaria la intromisión estatal, o sea, el respaldo de esas leyes de la naturaleza y la razón por el Estado, alias el sistema proteccionista. Descubre, luego, que los teoremas de Ricardo y otros, en que se formulan los antagonismos y las contradicciones sociales existentes, no son el producto ideal del movimiento económico real, sino que, a la inversa, los antagonismos reales de la producción capitalista en Inglaterra y en otros lugares son el resultado de la teoría ricardiana, etc. Descubrió, finalmente, que en última instancia es el comercio el que destruye las bellezas y armonías innatas del régimen capitalista de producción. Un paso más, y tal vez descubra que el único inconveniente de la producción capitalista es el mismo capital. Sólo un hombre tan espantosamente carente de espíritu crítico y con una erudición de *faux aloi* [de mala ley] merece convertirse, pese a sus herejías proteccionistas, en la fuente oculta de la sabiduría armónica de un Bastiat y de todos los demás optimistas librecambistas de la actualidad.

SECCION SEPTIMA

EL PROCESO DE ACUMULACION DEL CAPITAL

La transformación de una suma de dinero en medios de producción y fuerza de trabajo es el primer movimiento que realiza el valor que debe funcionar como capital. Este movimiento se opera en el mercado, en la esfera de la circulación. La segunda fase del movimiento, el proceso de producción, concluye no bien los medios de producción se hayan transformado en mercancía, cuyo valor supera el valor de sus partes integrantes, esto es, contiene el capital adelantado originariamente más un plusvalor. Entonces, esas mercancías deben ser lanzadas, nuevamente, a la esfera de la circulación; es decir, vendidas, realizado en dinero su valor, transformado este dinero nuevamente en capital, y así una y otra vez. Este ciclo, que recorre siempre las mismas fases sucesivas, constituye la circulación del capital.

La primera condición de la acumulación consiste en que el capitalista logre vender sus mercancías y convertir nuevamente en capital la mayor parte del dinero obtenido de este modo. A continuación, supondremos que el capital recorre su proceso de circulación de manera normal. El análisis más detenido de este proceso corresponde al Libro II.

El capitalista que produce plusvalor, esto es, que directamente succiona de los obreros trabajo impago y lo fija en las mercancías, es, por cierto, el primero en apropiarse de este plusvalor, pero en ningún caso su propietario último. Posteriormente tendrá que repartirlo con capitalistas que desempeñan otras funciones en el conjunto de la producción social, con el terrateniente, etc. Por eso, el plusvalor se divide en diversas partes. Sus fracciones pertenecen a diversas categorías de personas y adquieren formas diferentes, mutuamente autónomas, como la ganancia, el interés, la ganancia comercial, la renta del suelo, etc. Estas formas transmutadas del plusvalor serán tratadas solamente en el Libro III.

Por tanto, suponemos aquí, de una parte, que el capitalista que produce la mercancía la vende a su valor, y no nos detendremos más en su regreso al mercado de mercancías, ya sea en las nuevas formas que adquiere el capital en la esfera de la circulación o en las condiciones concretas de reproducción ocultas en ellas. De otra parte,

consideramos al productor capitalista como propietario de todo el plusvalor o, si se quiere, como representante de todos los participantes en el botín. Examinaremos, pues, en primer lugar, la acumulación de manera abstracta, esto es, como un mero momento del proceso inmediato de producción.

Por lo demás, en la medida en que tiene lugar la acumulación, el capitalista logra vender la mercancía producida y reconvertir en capital el dinero extraído de la misma. El fraccionamiento del plusvalor en diversos componentes no cambia en nada su naturaleza ni las condiciones necesarias en las que se transforma en elemento de la acumulación. Sea cual fuere la proporción de plusvalor que el productor capitalista retenga para sí mismo o ceda a otros, siempre se apropia del plusvalor en primer término. Por tanto, lo que se presupone en nuestra exposición de la acumulación, se da en su transcurso real. De otra parte, la escisión del plusvalor y el movimiento mediador de la circulación velan la forma simple y básica del proceso de acumulación. Su análisis puro, por tanto, requiere que se prescinda temporalmente de todos los fenómenos que encubren el juego interno de su mecanismo.

REPRODUCCION SIMPLE

Sea cual fuere la forma social del proceso de producción, debe ser continuo, es decir, ha de recorrer periódicamente, una y otra vez, los mismos estadios. En la misma medida en que una sociedad no puede dejar de consumir, tampoco puede dejar de producir. Por eso, considerado en una interdependencia estable y en el curso continuo de su renovación, todo proceso social de producción es, simultáneamente, un proceso de reproducción.

Las condiciones de la producción son, al mismo tiempo, condiciones de la reproducción. Ninguna sociedad puede producir continuamente, esto es, reproducir sin convertir una y otra vez una parte de sus productos en medios de producción o elementos de la nueva producción. Bajo condiciones en los demás aspectos estables, una sociedad sólo puede reproducir su riqueza en la misma escala, o sea conservarla, si repone *in natura* [en especie] los medios de producción —esto es, los medios de trabajo, las materias primas y auxiliares consumidas, por ejemplo, en el transcurso de un año— por una cantidad igual de ejemplares nuevos, separados de la masa anual de productos e incorporados nuevamente al proceso de producción. Una determinada cantidad del producto anual pertenece, por consiguiente, a la producción. Destinada desde un principio al consumo productivo, existe en gran parte en formas naturales que excluyen de por sí el consumo individual.

Si la producción reviste una forma capitalista, otro tanto acontece con la reproducción. En el régimen capitalista de producción, el proceso de trabajo sólo aparece como medio del proceso de valorización, de igual modo la reproducción se manifiesta únicamente como un medio para reproducir en calidad de capital el valor adelantado, es decir, como valor que se valoriza. La máscara económica característica del capitalista se adhiere a una persona sólo porque su dinero funciona continuamente como capital. Si, por ejemplo, la suma adelantada de £ 100 se transforma este año en capital y produce un plusvalor de £ 20, deberá repetir la misma operación el próximo año y los siguientes. En calidad de incremento periódico del valor-capital

o fruto periódico del capital en proceso, el plusvalor adquiere la forma de un rédito proveniente del capital¹.

Si al capitalista este rédito sólo le sirve como fondo de consumo, o si lo consume con la misma periodicidad con que lo obtiene, se da, bajo condiciones en los demás aspectos constantes, una reproducción simple. Ahora bien, aunque esta última sea sólo la mera repetición del proceso de producción en la misma escala, dicha simple repetición o continuidad imprime al proceso ciertos caracteres nuevos o, más bien, diluye los caracteres aparentes del proceso cuando únicamente se daba en forma singular.

El inicio del proceso de producción lo constituye la compra de la fuerza de trabajo por un lapso dado, y este prelude se renueva constantemente no bien vena el plazo de venta del trabajo y, con ello, concluya un determinado período de producción, una semana, un mes, etc. Pero el obrero sólo es pagado después de que su fuerza de trabajo haya operado y realizado en mercancías tanto su propio valor como el plusvalor. Ha producido, por consiguiente, tanto el plusvalor, que por el momento sólo consideramos en cuanto fondo de consumo del capitalista, como el fondo de su propia remuneración, el capital variable, antes de que éste retorne a él bajo la forma de salario; y se le da ocupación sólo mientras lo reproduzca constantemente. De ahí surge la fórmula de los economistas, mencionada en el capítulo XVII bajo el número II, la cual representa el salario como parte del producto mismo². Es una parte del producto, reproducido constantemente por el obrero, la que retorna a él constantemente bajo la forma de salario. Por cierto, el capitalista le paga el valor de la mercancía en dinero. Sin embargo, este dinero sólo es la forma transmutada del producto del trabajo. Mientras el obrero transforma una parte de los medios de producción en producto, una parte de su producto anterior se convierte de nuevo en dinero. Es su trabajo de la semana pasada o del medio año último con el cual se paga su trabajo de hoy o del semestre próximo. La ilusión generada por la forma de dinero desaparece de inmediato no bien se considere en vez de un capitalista y un obrero a la clase capitalista y a la clase obrera. La clase capitalista entrega constantemente a la clase obrera, bajo la forma de dinero, un vale por una parte del producto, creado por

¹ "Los ricos, que consumen los productos del trabajo de otros, sólo los obtienen mediante actos de intercambio (compras de mercancías). Parecieran expuestos, pues, a un cercano agotamiento de sus fondos de reserva... Pero, en el orden social, la riqueza ha adquirido la propiedad de reproducirse por el trabajo ajeno... La riqueza, como el trabajo y por el trabajo, brinda un fruto anual que puede ser destruido cada año sin que a consecuencia de ello los ricos se vuelvan más pobres. Este fruto es el rédito que proviene del capital" (Sismondí. *Nouveaux Principes d'Économie Politique*, t. 1, pp. 81, 82).

² "Tanto los salarios como las ganancias han de ser considerados como una fracción del producto acabado" (Ramsay, l.c., p. 142). "La fracción del producto que percibe el obrero bajo la forma de salario" (J. Mill. *Éléments etc.*, en traducción de Parisot, París, 1823, pp. 33, 34).

esta última y apropiado por la primera. Este vale el obrero lo devuelve a la clase capitalista también de manera constante y de este modo retira la parte que le corresponde de su propio producto. La forma de mercancía del producto y la forma de dinero de la mercancía encubren esta transacción.

El capital variable no es, pues, más que una forma histórica particular de manifestación del fondo de medios de subsistencia o fondo de trabajo que el obrero requiere para su autoconservación y reproducción y que en todos los sistemas de producción social debe constantemente producir y reproducir. El fondo de trabajo sólo fluye constantemente al obrero bajo la forma de medios de pago por su trabajo, porque su propio producto se aleja constantemente de él bajo la forma de capital. Pero esta forma de manifestación del fondo de trabajo no altera en nada el hecho de que el capitalista adelanta al obrero su propio trabajo objetivado³. Tomemos el caso de un campesino sujeto a prestaciones en trabajo. El trabaja en su propio campo y con sus propios medios de producción, por ejemplo, 3 días a la semana. Durante los otros tres días de la semana realiza prestaciones en la hacienda señorial. Reproduce constantemente su propio fondo de trabajo, y éste nunca toma frente a él la forma de un medio de pago adelantado por un tercero para cancelar su trabajo. En cambio, su trabajo forzado impago tampoco adquiere nunca la forma de trabajo voluntario y remunerado. Si mañana el terrateniente se apodera del campo, el ganado de labor, las semillas, en pocas palabras, de los medios de producción del campesino sujeto al trabajo de prestación, desde ese momento éste deberá vender su fuerza de trabajo al señor. Bajo circunstancias constantes en los demás aspectos, trabajará, igual que antes, 6 días a la semana; 3 días para sí mismo y 3 para el ex señor feudal, convertido ahora en patrón de asalariados. Como siempre utilizará los medios de producción como tales y traspasará su valor al producto. Como antes, una parte determinada del producto irá a la reproducción. Pero, así como la prestación adquiere la forma de trabajo asalariado, el fondo de trabajo, producido y reproducido como siempre por el campesino sujeto a prestaciones en trabajo, asume la forma de capital adelantado por el señor feudal. El economista burgués, cuyo limitado cerebro no puede distinguir la forma de manifestación de lo que en ella se expresa, cierra los ojos ante el hecho de que incluso hoy en día sólo excepcionalmente el fondo de trabajo aparezca, en el globo terráqueo, bajo la forma de capital⁴.

³ "Cuando se emplea capital en adelantar al obrero su salario, no se añade nada al fondo de manutención del trabajo" (Cazenove en una nota a su edición de Malthus *Definitions in Political Economy*. Londres, 1853, p. 22).

⁴ "Ni siquiera en una cuarta parte de la Tierra los medios de subsistencia de los obreros les son adelantados por los capitalistas" (Richard Jones. *Text-book of Lectures on the Political Economy of Nations*, Hertford, 1852, p. 36).

En todo caso, el capital variable pierde el sentido de un valor adelantado del propio fondo del capitalista^{4a}, no bien observamos el proceso capitalista de producción en el curso constante de su renovación. Pero este proceso debe, sin embargo, haber comenzado alguna vez y en algún lugar. Por eso, desde el punto de vista a que nos hemos atendido hasta el momento, es probable que el capitalista en algún momento se convirtió en poseedor de dinero mediante alguna acumulación originaria, al margen del trabajo ajeno impago, y pudo, en consecuencia, aparecer como comprador en el mercado de trabajo. Con todo, la mera continuidad del proceso capitalista de producción, o sea, la reproducción simple, produce algunos otros cambios peculiares que no sólo abarcan a la parte variable del capital, sino al capital global.

Si el plusvalor producido periódicamente con un capital de £1.000 asciende anualmente, por ejemplo, a £200, y si este plusvalor se consume cada año, es evidente que después de repetirse durante cinco años el mismo proceso la suma de plusvalor consumido será igual a 5×200 , o sea, al valor-capital de £1.000 adelantado originariamente. Si sólo se consumiera una parte del plusvalor anual, por ejemplo sólo la mitad, se obtendría el mismo resultado después de repetirse durante diez años el proceso de producción, pues $10 \times 100 = 1.000$. En general, el valor-capital adelantado, dividido por el plusvalor consumido anualmente, da el número de años o el número de períodos de reproducción al cabo de los cuales el capital originariamente adelantado es consumido por el capitalista y, por tanto, desaparece. El que el capitalista considere que consume el producto del trabajo ajeno impago, el plusvalor, y que conserva el valor-capital originario, no puede cambiar absolutamente en nada los hechos. Después de transcurrir un cierto número de años, el valor-capital que poseía es igual a la suma del plusvalor apropiado sin equivalente durante el mismo número de años, y la suma de valor consumida por él, al valor del capital originario. En todo caso, retiene en sus manos un capital cuya magnitud no ha variado y una parte del cual —los edificios, las máquinas, etc.— ya estaba presente cuando inició su negocio. Pero se trata aquí del valor del capital y no de las partes materiales que lo integran. Si alguien consume toda su propiedad contrayendo deudas equivalentes al valor de ésta, entonces toda su propiedad representará únicamente la suma global de sus deudas. Asimismo, si el capitalista ha consumido el equivalente de su capital adelantado, el valor de este capital sólo representa la suma

^{4a} "Aunque el *manufacturer*" (esto es, el obrero manufacturero) "obtiene del patrón su salario adelantado, en realidad no le provoca a este último ningún gasto, puesto que el valor del salario es recuperado, junto con una ganancia, usualmente en el valor acrecentado del objeto en que se emplea el trabajo" (A. Smith, l.c., libro II, cap. III, p. 311).

global del plusvalor que se apropió gratuitamente. Ningún átomo de valor de su viejo capital sigue existiendo.

Abstrayéndonos completamente de toda acumulación, la mera continuidad del proceso de producción, o sea, la reproducción simple, transforma necesariamente, después de un período más corto o más largo, todo capital en capital acumulado o plusvalor capitalizado. Si incluso al ingresar al proceso de producción dicho capital era propiedad generada personalmente por el empresario, más temprano o más tarde se transformará en valor apropiado sin equivalente o en materialización del trabajo ajeno impago, ya sea en forma de dinero o de otra naturaleza.

En el capítulo IV hemos visto que para convertir dinero en capital no era suficiente la mera existencia de la producción y la circulación mercantiles. Antes, debían enfrentarse recíprocamente como comprador y vendedor, de un lado, el poseedor de valor o dinero y, del otro, el poseedor de la sustancia creadora de valor; de un lado, el poseedor de los medios de producción y de subsistencia y, del otro, el poseedor de nada más que su fuerza de trabajo. La escisión entre el producto del trabajo y el trabajo mismo, entre las condiciones objetivas de trabajo y la fuerza de trabajo subjetiva era, por tanto, la base de hecho dada, el punto de inicio del proceso capitalista de producción.

Pero, lo que en un comienzo era únicamente el punto de inicio, es producido y eternizado siempre de nuevo por la mera continuidad del proceso, de la reproducción simple, como resultado propio de la producción capitalista. De una parte, el proceso de producción transforma constantemente la riqueza material en capital, en medios de valorización y disfrute para el capitalista. De otra parte, el obrero siempre sale de este proceso tal como ingresó a él: como fuente personal de la riqueza, empero, privado de todos los medios de realizarla para sí. Como antes de ingresar al proceso su propio trabajo le es enajenado, apropiado por el capitalista e incorporado al capital, se objetiva siempre durante su transcurso en un producto ajeno. Como el proceso de producción es, simultáneamente, proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista, el producto del obrero no sólo se transforma constantemente en mercancía, sino también en capital, en valor que succiona la fuerza generadora de valor, en medios de subsistencia que compran a personas, en medios de producción que emplean al productor⁵. Por ello, el obrero mismo produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como poder ajeno a él, que lo domina y explota; y el capitalista, del mismo modo, produce constantemente la fuerza de trabajo como fuente subjetiva

⁵ "Es esta una propiedad particularmente remarcable del consumo productivo. Lo consumido productivamente es capital y se convierte en capital por el consumo" (James Mill. *Éléments d'Économie Politique*, p. 242). J. Mill, sin embargo, no dio con esta "propiedad particularmente remarcable".

de riqueza, separada de sus medios de objetivación y realización, abstracta, existente en la mera corporeidad del obrero, en suma, produce al obrero como asalariado⁶. Esta constante reproducción o eternización del obrero es la *conditio sine qua non* [condición indispensable] de la producción capitalista.

El consumo del obrero es de un doble tipo. En la producción misma consume a través de su trabajo medios de producción y los transforma en productos de un valor superior al del capital adelantado. Es este su consumo productivo. Simultáneamente es consumo de su fuerza de trabajo por el capitalista que la ha comprado. De otra parte, el obrero gasta en medios de subsistencia el dinero pagado por la compra de la fuerza de trabajo: es este su consumo individual. Los consumos productivo e individual del obrero son, pues, totalmente distintos. En el primero, el obrero opera como fuerza motriz del capital y pertenece al capitalista; en el segundo, se pertenece a sí mismo y realiza funciones vitales fuera del proceso de producción. El resultado de uno es la vida del capitalista; el del otro, la vida del obrero mismo.

Al observar la "jornada laboral", etc., se mostró de pasada que el obrero se ve obligado frecuentemente a convertir su consumo individual en un simple incidente del proceso de producción. En ese caso se proporciona medios de subsistencia para mantener en movimiento su fuerza de trabajo, de igual modo que se le añade carbón y agua a la máquina de vapor, aceite a la rueda, etc. Sus medios de consumo son, entonces, simples medios de consumo de un medio de producción, y su consumo individual es un consumo directamente productivo. Sin embargo, esto aparece como un abuso insustancial con respecto al proceso capitalista de producción⁷.

El asunto se ve de otro modo si consideramos no a un capitalista y a un obrero, sino a la clase capitalista y a la clase obrera; no el proceso de producción aislado de la mercancía, sino el proceso capitalista de producción en su movimiento y en su dimensión social. Cuando el capitalista transforma una parte de su capital en fuerza de trabajo, valoriza, con ello, su capital total. Mata así dos pájaros de un tiro. No sólo saca provecho de lo que obtiene del obrero, sino también de lo que le entrega. El capital enajenado en el intercambio por la fuerza de trabajo se transforma en medios de subsistencia, cuyo consumo sirve para reproducir los músculos,

⁶ "Es verdad realmente que la primera introducción de una manufactura da empleo a muchos pobres, pero ellos no dejan de serlo, y la extensión de la manufactura genera muchos más" (*Reasons for a limited Exportation of Wool*, Londres, 1677, p. 19). "El arrendatario afirma ahora absurdamente que él mantiene a los pobres. Realmente, son mantenidos en la miseria" (*Reasons for the late Increase of the Poor-Rates: or a comparative View of the Prices of Labour and Provisions*, Londres, 1777, p. 31).

⁷ Rossi no declararía de una manera tan enfática este punto si hubiese penetrado realmente en el secreto del *productive consumption* [consumo productivo].

nervios, huesos, cerebro de los obreros existentes y para generar nuevos. Dentro de las fronteras de lo absolutamente necesario, por tanto, el consumo individual de la clase obrera es la reconversión de los medios de subsistencia, enajenados por el capital a cambio de la fuerza de trabajo, en fuerza de trabajo nuevamente explotable por el capital. Este consumo es producción y reproducción del medio de producción más imprescindible para el capitalista, el obrero mismo. El consumo individual del obrero sigue siendo, pues, un momento de la producción y reproducción del capital, bien se realice dentro o fuera del taller, de la fábrica, etc., dentro o fuera del proceso de trabajo, similar a lo que acontece con la limpieza de la máquina, o bien transcurra durante el proceso de trabajo o en determinadas pausas del mismo. Nada cambia el hecho de que el obrero realice su consumo individual en beneficio de sí mismo y no del capitalista. Del mismo modo, el consumo de la bestia de carga no deja de ser un componente necesario del proceso de producción porque el animal disfrute de lo que come. La conservación y reproducción constantes de la clase obrera siguen siendo una condición permanente de la reproducción del capital. El capitalista puede confiar el cumplimiento de esta función al instinto de conservación y procreación de los obreros. Sólo se preocupa por limitar en lo posible su consumo individual a lo necesario y está absolutamente lejos de aquella rudeza sudamericana que obliga al obrero a ingerir alimentos más nutritivos en vez de otros menos nutritivos⁸.

De ahí que el capitalista y su ideólogo, el economista político, sólo consideren productiva la parte del consumo individual del obrero que se requiere para eternizar a la clase obrera, o sea, la parte que efectivamente debe ser consumida para que el capital consuma la fuerza de trabajo del asalariado; lo que además el obrero pueda consumir para su placer, es consumo improductivo⁹. Si la acumulación del capital provoque una elevación del salario y, por tanto, el incremento de los medios de consumo del obrero, sin consumirse por el capital más fuerza de trabajo, el capital adicional sería consumido de manera improductiva¹⁰. En efecto: el consumo individual del obrero es para él mismo improductivo, pues sólo reproduce

⁸ "Los obreros en las minas sudamericanas, cuya tarea cotidiana (tal vez la más pesada en el mundo) consiste en extraer y subir sobre sus hombros desde una profundidad de 450 pies una carga de mineral de 180 a 200 libras de peso, sólo viven de pan y frijoles; preferirían alimentarse sólo de pan, pero sus patrones han descubierto que si se alimentan únicamente con pan no pueden trabajar tan rudamente y los tratan como a caballos obligándolos a comer frijoles; éstos son relativamente mucho más ricos en fósforo que el pan" (Liebig, l.c., 1ª parte, p. 194, nota).

⁹ James Mill, l.c., pp. 238 y ss.

¹⁰ "Si el precio del trabajo se elevase en tal forma que a pesar del incremento del capital no pudiera emplearse más trabajo, yo diría que tal incremento de capital es consumido de manera improductiva" (Ricardo, *Principles of Political Economy*, 3ª ed., Londres, 1821, p. 163).

al individuo necesitado; es productivo para el capitalista y el Estado, pues es producción de la fuerza productora de la riqueza ajena¹¹.

Desde el punto de vista social, la clase obrera es, por tanto —aun cuando se encuentra fuera del proceso inmediato de trabajo— un accesorio del capital de la misma forma que el instrumento inanimado de trabajo. Incluso su consumo individual no es, dentro de ciertos marcos, más que un momento del proceso de reproducción del capital. Y el proceso se preocupa de que estos instrumentos de producción autoconscientes no huyan, y para ello aleja constantemente su producto de su polo al polo contrario, el del capital. El consumo individual de los obreros, de una parte, vela por su propia manutención y reproducción y, de otra, a través de la aniquilación de los medios de subsistencia, se preocupa por su constante reaparición en el mercado de trabajo. El esclavo romano estaba atado con cadenas a su propietario, el obrero asalariado está atado por hilos invisibles. La apariencia de que el asalariado es independiente se mantiene por el cambio constante de patrón individual y la *fictio juris* [ficción jurídica] del contrato.

Anteriormente, cuando lo estimaba necesario, el capital hizo valer, por medio de leyes coactivas, su derecho de propiedad sobre el obrero libre. Así, por ejemplo, en Inglaterra estuvo prohibida hasta 1815, bajo severas penas, la emigración de los obreros mecánicos.

La reproducción de la clase obrera implica, simultáneamente, el traspaso y la acumulación de habilidad de una generación a otra¹². En qué medida el capitalista contabiliza entre las condiciones de producción que le pertenecen la presencia de tal clase obrera calificada, considerándola, de hecho, como la existencia real de su capital variable, se revela tan pronto una crisis amenaza su existencia. Como se sabe, a causa de la guerra civil norteamericana y la escasez de algodón que le siguió, la mayoría de los obreros algodoneros de Lancashire, etc., fueron lanzados a la calle. Desde el seno de la propia clase obrera, así como de otras capas sociales, se elevó el clamor por un apoyo estatal o colectas nacionales voluntarias que posibilitaran la emigración de los "superfluos" a las colonias inglesas o hacia los Estados Unidos. El *Times* publicó en aquel entonces (24 de marzo de 1863) una carta de Edmund Potter, ex presidente de la Cámara de Comercio de Manchester.

¹¹ "El único consumo productivo en el verdadero sentido de la palabra es el consumo o destrucción de la riqueza" (se refiere al consumo de los medios de producción) "por el capitalista con el fin de reproducir... El obrero... es un consumidor productivo para la persona que lo emplea y para el Estado, pero, en rigor, no lo es para sí mismo" (Malthus. *Definitions in Political Economy*. Londres, 1853, p. 30).

¹² "La única cosa de la que se puede decir que se acumula y prepara de antemano, es la habilidad del obrero... Esa importantísima operación, la acumulación y el almacenamiento de trabajo calificado, se efectúa, en lo que se refiere a la gran mayoría de los obreros, sin capital alguno" (Hodgskin. *Labour Defended etc.*, pp. 12, 13).

Dicha comunicación fue denominada, con razón, en la Cámara de los Comunes como "Manifiesto de los fabricantes"¹³. Reproducimos aquí algunos pasajes típicos, en los cuales se proclama sin rodeos el título de propiedad del capital sobre la fuerza de trabajo.

"A los obreros algodoneros se les puede decir que su oferta es demasiado grande... que debiese reducirse, tal vez, en un tercio, y entonces habría una sana demanda para los dos tercios restantes ...La opinión pública insiste en que se proceda a la emigración... El patrón" (o sea, el fabricante algodonerero) "no puede ver dócilmente cómo se le aleja su reserva de trabajo; puede pensar que ello es tan injusto como incorrecto... Si la emigración es apoyada de fondos públicos, tiene derecho a exigir que se le escuche y, tal vez, a protestar."

El mismo Potter expone a continuación la utilidad de la industria algodонера que opera como "drenaje indudable de la sobrepoblación de Irlanda y los distritos agrícolas ingleses", cuán enormes son sus dimensiones, cómo en 1860 proporcionó los 5/13 del comercio de exportación inglés, cómo dentro de unos pocos años volverá a expandirse mediante el crecimiento del mercado, en particular el de la India, y gracias a la imposición de un suministro suficiente "de algodón a 6 peniques la libra".

Luego, continúa:

"El tiempo —uno, dos, tal vez tres años— producirá la cantidad necesaria... Entonces plantearía la pregunta de si esta industria es digna de ser mantenida, si vale la pena mantener en orden la maquinaria" (o sea, la maquinaria viva de trabajo) "y si no es la mayor estupidez pensar en deshacerse de ella. Creo que lo es. Admito que los obreros no son una propiedad (*I allow that the workers are not a property*), no son propiedad de Lancashire ni de los patrones; pero son la fuerza de ambos; son la fuerza espiritual y adiestrada que no puede reponerse en una generación; en cambio, las demás máquinas con las que trabajan (*the mere machinery which they work*) pueden ser, en su mayor parte, ventajosamente sustituidas y perfeccionadas en doce meses¹⁴. Alentad o permitid (!) la emigración de la fuerza de trabajo, ¿y qué será del capitalista?" (*Encourage or allow the working power to emigrate, and what of the capitalist?*).

Este grito que brota del corazón nos recuerda al mariscal de corte Kalb¹⁵⁷¹.
 "...Quitad la flor y nata de los obreros, y el capital fijo se desvalorizará

¹³ "Esta carta puede ser considerada como el manifiesto de los fabricantes" (Ferrand. Moción sobre la *cotton famine* [hambre de algodón], Sesión de la H. o. C. [Cámara de los Comunes] del 27 de Abril de 1863).

¹⁴ Se recordará que el propio capital interpreta otra cancioncita bajo circunstancias habituales, cuando se trata de reducir el salario. En ese caso, los "patrones" declaran con una sola voz (véase sección cuarta, nota 188, p. 389*): "Los obreros fabriles debieran guardar en su memoria que su trabajo es, en realidad, una especie muy baja de trabajo calificado, y que no existe trabajo más fácil de aprender ni, de acuerdo a su calidad, mejor remunerado, o que pueda lograrse con un breve entrenamiento de los menos expertos con tanta mayor rapidez y en tal abundancia. La maquinaria del patrón" (la cual, como escuchamos ahora, puede ser sustituida ventajosamente y perfeccionada en 12 meses) "desempeña, en efecto, un papel mucho más importante en el negocio de la producción que el trabajo y la calificación de los obreros" (que ahora no puede reponerse en 30 años), "que les proporciona una educación de seis meses y puede ser aprendida por cualquier peón agrícola".

* Véase el presente tomo, p. 391. —Ed.

en alto grado y el capital circulante no se expondrá a la lucha con un suministro reducido de una especie inferior de trabajo... Se nos dice que los obreros mismos desean emigrar. Es muy natural que lo anhelan... Reducid, comprimid el negocio algodonero retirando su fuerza de trabajo (*by taking away its working power*), reduciendo su gasto de salario digamos en 1/3 o sea en 5 millones, ¿y qué pasará entonces con la clase directamente superior a ellos, los pequeños tenderos? ¿Qué será de las rentas de la tierra, del alquiler de las *cottages*? ... ¿Qué pasará con los pequeños arrendatarios, con los propietarios de las mejores casas y con los terratenientes? Decid si hay algún otro plan más suicida para todas las clases del país que éste de debilitar la nación mediante la exportación de sus mejores obreros fabriles y la desvalorización de una parte de su capital y riqueza más productivos." "Sugiero que se emita un empréstito de 5 a 6 millones, distribuido en 2 ó 3 años y administrado por comisarios especiales subordinados a las administraciones de beneficencia en los distritos algodoneros bajo regulaciones legales especiales, con cierto trabajo forzado para mantener elevado el valor moral de los obreros que reciban limosna... ¿Puede haber algo peor para los terratenientes o patronos (*can anything be worse for landowners or masters*) que privarse de sus mejores obreros y desmoralizar y disgustar a los restantes como resultado de una emigración prolongada y devastadora, un vacío del valor y capital en una provincia entera?"

Potter, exponente por excelencia de los fabricantes del algodón, distingue entre dos tipos de "maquinarias", cada una de las cuales pertenece al capitalista, estando una en su fábrica y viviendo la otra por la noche y los domingos fuera de ella, en *cottages*. Una está inanimada, la otra viva. La maquinaria muerta no sólo se deteriora y desvaloriza cada día, sino que una buena parte de su masa envejece permanentemente a causa del progreso técnico, de modo que en pocos meses es sustituible ventajosamente por nueva maquinaria. En cambio, la maquinaria viva es superior mientras más dure, cuanto más acumule en sí la habilidad de generaciones. El *Times* contestó al magnate fabril diciendo, entre otras cosas:

"El señor E. Potter está tan impresionado con la extraordinaria y absoluta importancia de los fabricantes algodoneros que, para conservar esta clase y perpetuar dicha profesión, mantendría confinado a medio millón de miembros de la clase obrera, contra su voluntad, en un gran *workhouse* [hospicio] moral. ¿Es digna de ser mantenida esta industria?, pregunta el señor Potter. Con toda seguridad, respondemos, por todos los medios honestos. ¿Vale la pena mantener en orden la maquinaria?, pregunta nuevamente el señor Potter. Aquí nos quedamos perplejos. El señor Potter por maquinaria comprende la maquinaria humana, pues afirma que no pretende tratarla como propiedad absoluta. Debemos reconocer que no creemos que "valga la pena" ni siquiera sea posible mantener en orden la maquinaria humana, esto es, conservarla y engrasarla hasta que se la necesite. La maquinaria humana tiene la propiedad de herrumbrarse si permanece inactiva, por mucho que se le engrase y frote. Además, la maquinaria humana, como nos enseña la experiencia, está en condiciones de soltar el vapor por decisión propia y estallar o provocar desórdenes en nuestras grandes ciudades. Puede ser, como dice el señor Potter, que se requiera un tiempo más largo para reproducir a los obreros, pero teniendo a mano maquinistas y dinero siempre encontraremos hombres activos, recios e industriosos, con quienes hacer más maestros fabriles de los que podremos necesitar alguna vez... El señor Potter habla de una reactivación de la industria en uno, dos o tres años y exige de nosotros que no alentemos o permitamos la emigración de la fuerza de trabajo. Dice que es natural el deseo de los obreros de emigrar, pero considera que la nación debe encerrar contra su voluntad a ese medio millón de obreros, y a las 700.000 personas que de ellos dependen, en los

distritos algodoneros y, como consecuencia necesaria de ello, reprimir violentamente su descontento, manteniéndolos con limosnas, y todo ello esperando la oportunidad de que los patrones algodoneros los puedan necesitar algún día... Ha llegado el momento en que la gran opinión pública de estas islas realice algo para salvar a 'esa fuerza de trabajo' de quienes pretenden tratarla como lo hacen con el carbón, el hierro y el algodón (*to save this "working power" from those who would deal with it as they deal with iron, coal and cotton*)¹⁵.

El artículo del *Times* no era más que un *jeu d'esprit* [juego de ingenio]. En realidad, la "gran opinión pública" era la del señor Potter de que los obreros fabriles constituían accesorios móviles de las fábricas. Se impidió su emigración¹⁶. Se les encerró en el "workhouse moral" de los distritos algodoneros, e igual que antes siguieron siendo "la fuerza (*the strength*) de los patrones algodoneros de Lancashire".

El proceso capitalista de producción, por tanto, reproduce mediante su propio desenvolvimiento la escisión entre fuerza de trabajo y condiciones de trabajo. Reproduce y eterniza, con ello, las condiciones de explotación del obrero. Lo obliga constantemente a vender su fuerza de trabajo para vivir, y ofrece constantemente al capitalista la posibilidad de comprarla para enriquecerse¹⁷. Ya no es una casualidad la que contrapone en el mercado de mercancías al capitalista y al obrero como comprador y vendedor. Es el mecanismo del mismo proceso el que vuelve continuamente a lanzar al mercado a uno como vendedor de su fuerza de trabajo y transforma siempre su propio producto en el medio de compra del otro. En realidad, el obrero pertenece al capital antes de venderse al capitalista. Su sujeción económica¹⁸ está simultáneamente mediada y

¹⁵ *Times*, 24 de marzo de 1863.

¹⁶ El Parlamento no votó ni un *farthing* para la emigración, sino que aprobó leyes que permitían a las municipalidades mantener a los obreros entre la vida y la muerte o explotarlos sin pagarles salarios normales. En cambio, cuando tres años más tarde cundió la peste bovina, el Parlamento incluso transgredió salvajemente la etiqueta parlamentaria y aprobó, en un abrir y cerrar de ojos, millones para compensar las pérdidas de los millonarios terratenientes, cuyos arrendatarios, por lo demás, se indemnizaron elevando los precios de la carne. Al inaugurarse la actividad parlamentaria de 1866, el bestial bramido de los terratenientes demostró que no se necesita ser hindú para adorar a la vaca Sabala, ni Júpiter para transformarse en toro.

¹⁷ "El obrero demanda medios de subsistencia para vivir, el jefe reclama trabajo para ganar" (Sismondi. *Nouveaux Principes d'Économie Politique*. París, t. 1, p. 91).

¹⁸ Una burda forma campesina de esta sujeción se registra en el condado de Durham. Es este uno de los pocos condados donde las condiciones no aseguran al arrendatario títulos de propiedad indiscutidos sobre los jornaleros agrícolas. La minería les permite a éstos una alternativa. Por eso, el arrendatario, en contra de la regla, sólo arrienda tierras en las que se encuentran *cottages* [chozas] para los obreros. El alquiler de las *cottages* forma parte del salario. Estas *cottages* se llaman *hind's houses* [casas de braceros]. Se entregan en alquiler a los obreros con ciertas obligaciones feudales, bajo un contrato denominado *bondage* [servidumbre] que compromete al obrero, por ejemplo, a poner en su lugar, por el tiempo en que esté ocupado en otro lugar, a su hija, etc. Al obrero mismo se le llama *bondsman*, o sea siervo. Esta relación otra vez muestra en un aspecto completamente nuevo el consumo

velada por la renovación periódica de la venta de sí mismo, por el cambio de su patrón individual y la oscilación que sufre en el mercado el precio del trabajo¹⁹.

El proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia, o sea, en cuanto proceso de reproducción, no sólo produce mercancías, no sólo produce plusvalor, sino que produce y reproduce la relación capitalista misma: de una parte, el capitalista y, de la otra, el obrero asalariado²⁰.

individual del obrero, en cuanto consumo para el capital o consumo productivo: "Es curioso observar cómo incluso los excrementos de ese *bondsman* pertenecen a las regalías eventuales de su calculador señor... El arrendatario no permite en todo el vecindario ninguna otra letrina salvo la suya propia, y no acepta a este respecto ninguna objeción a sus derechos soberanos" (*Public Health, VII Rep. 1864*, p. 188).

¹⁹ Recuérdese que en el trabajo infantil, etc., desaparece incluso la formalidad de la venta de sí mismo.

²⁰ "El capital presupone el trabajo asalariado, el trabajo asalariado presupone el capital. Los dos se condicionan recíprocamente, se generan mutuamente. El obrero en una fábrica de algodón, sólo produce telas de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven nuevamente para que se pueda disponer de su trabajo y crear a través del mismo nuevos valores" (K. Marx. *Lohnarbeit und Kapital* en *N [eue] R [heinische] Z [eitung]* № 266, 7 de abril de 1849). Los artículos publicados bajo ese título en la *N. Rh. Z.* son fragmentos de las conferencias que dictó sobre el tema, en 1847, en la Unión Obrera Alemana en Bruselas^[158], y cuya impresión fue interrumpida por la Revolución de Febrero.

TRANSFORMACION DEL PLUSVALOR EN CAPITAL

I. PROCESO DE PRODUCCION CAPITALISTA EN ESCALA AMPLIADA. TRANSFORMACION DE LAS LEYES DE PROPIEDAD DE LA PRODUCCION MERCANTIL EN LEYES DE LA APROPIACION CAPITALISTA

Anteriormente hemos observado cómo el plusvalor surge del capital, ahora veremos cómo el capital surge del plusvalor. El empleo del plusvalor como capital o la reconversión del plusvalor en capital se denomina acumulación de capital²¹.

Examinemos este proceso, ante todo, desde el punto de vista del capitalista individual. Supongamos, por ejemplo, que un hilandero haya adelantado un capital de £10.000, de este total cuatro quintas partes en algodón, máquinas, etc., y el quinto restante en salario. Consideremos que produce anualmente 240.000 libras de hilado por un valor de £12.000. Si la tasa de plusvalor es del 100%, el plusvalor tomará cuerpo en el plusproducto o producto neto de 40.000 libras de hilado, es decir, en un sexto del producto bruto, con un valor de £2.000, que será realizado en la venta. Un valor de £2.000, es un valor de £2.000. A este dinero no se le huele ni se le ve que es plusvalor. El que un valor sea plusvalor muestra sólo cómo llegó a poder de su propietario, pero no cambia en nada la naturaleza del valor o del dinero.

Por tanto, para transformar en capital la suma recién agregada de £2.000, el hilandero, de permanecer todas las demás circunstancias invariables, adelantará cuatro quintas partes de ella en la compra de algodón, etc., y la otra quinta parte en la compra de nuevos obreros hilanderos, los cuales encontrarán en el mercado los medios de subsistencia, cuyo valor les ha adelantado el capitalista. El nuevo capital de £2.000 funciona, luego, en la rama de hilandería y produce, a su vez, un plusvalor de £400.

El valor-capital fue adelantado primitivamente en forma de dinero; el plusvalor, en cambio, existe desde un comienzo como valor de determinada parte del producto bruto. Si éste se vende, si se transforma en dinero, entonces el valor-capital adquiere nuevamente su forma primitiva, pero el plusvalor transforma su modo originario de existir. Desde ese instante, sin embargo, el valor-capital y el plusvalor son ambas sumas de dinero, y su reconversión en capital se realiza de igual manera. El capitalista invierte tanto la una

²¹ "Acumulación del capital: el empleo de una porción de rédito como capital" (Malthus. *Definitions etc.*, ed Cazenove, p. 11). "Conversión de rédito en capital" (Malthus. *Principles of Political Economy*, 2^a ed., Londres, 1836, p. 320).

como la otra cantidad en la compra de las mercancías que le hacen posible recomenzar la fabricación de sus artículos, y esta vez, por cierto, en escala ampliada. Pero, para comprar esas mercancías, debe encontrarlas de antemano en el mercado.

Su propio hilado sólo circula, porque lleva al mercado su producto anual, tal como hacen todos los demás capitalistas con sus mercancías. Pero, antes de concurrir al mercado, las mercancías ya se encontraban en el fondo de producción anual, esto es, en la masa global de objetos de todo tipo en que se transforma la suma global de los capitales individuales o el capital global social en el curso del año y de la cual cada capitalista singular sólo tiene en sus manos una parte alícuota. Las operaciones en el mercado tienen únicamente como resultado la circulación de las distintas partes constituyentes de la producción anual, las lanzan de unas manos a otras, pero no pueden aumentar la producción anual global ni alterar la naturaleza de los objetos producidos. Por tanto, el uso que se puede sacar del producto global anual depende de su propia composición, pero en ningún caso de la circulación.

Antes que nada, la producción anual debe suministrar todos los objetos (valores de uso), de los cuales han de restituirse los componentes materiales del capital consumidos en el curso del año. Después de restarlos, queda el producto neto o plusproducto en el que se encuentra el plusvalor. Pues bien, ¿de qué se compone ese plusproducto? ¿Tal vez de cosas destinadas a satisfacer demandas y caprichos de la clase capitalista, las que por consiguiente ingresan a su fondo de consumo? Si esto fuese todo, el plusvalor habría sido despilfarrado alegremente, sin dejar rastros, y tendría lugar una mera reproducción simple.

Para acumular, se debe transformar una parte del plusproducto en capital. Pero, sin hacer un milagro, sólo se pueden transformar en capital las cosas que son utilizables en el proceso de trabajo, es decir, los medios de producción, y también los demás objetos con los cuales se mantiene el obrero, es decir, los medios de subsistencia. En consecuencia, una parte del plusproducto anual debe destinarse a la generación de medios de producción y subsistencia adicionales, excediéndose de la suma precisada para reponer el capital adelantado. En suma, el plusvalor es transformable en capital sólo porque el plusproducto, cuyo valor es aquél, contiene ya los componentes materiales de un nuevo capital^{21a}.

Ahora bien, para hacer funcionar realmente como capital estos

^{21a} Se hace abstracción aquí del comercio de exportación, por medio del cual una nación puede convertir artículos de lujo en medios de producción y de subsistencia, y a la inversa. Para concebir el objeto de la investigación en toda su pureza, libre de circunstancias perturbadoras, debemos considerar aquí todo el mundo comercial como una nación y suponer que la producción capitalista se ha establecido en todas partes y se ha apoderado de todas las ramas industriales.

componentes, la clase capitalista requiere de trabajo adicional. Si la explotación de los obreros ya ocupados no se aumenta extensiva o intensivamente, tienen que emplearse fuerzas de trabajo adicionales. El mecanismo de la producción capitalista también se ha ocupado ya de ello al reproducir a la clase obrera como clase dependiente de su salario que no sólo alcanza para asegurar su conservación, sino también su multiplicación. El capital necesita únicamente incorporar estas fuerzas de trabajo adicionales —que anualmente y en todas las edades le brinda la clase obrera— a los medios de producción adicionales ya contenidos en la producción anual para que la transformación de plusvalor en capital esté consumada. Considerada concretamente, la acumulación se disuelve en la reproducción del capital a escala progresiva. El ciclo de la reproducción simple se modifica y se transforma, según la expresión de Sismondi¹⁵⁹¹, en una espiral^{21b}.

Retornemos ahora a nuestro ejemplo. Es la vieja historia: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, etc.⁽¹⁶⁰⁾ El capital originario de £10.000 genera un plusvalor de £2.000, que es capitalizado. El nuevo capital de £2.000 genera un plusvalor de £400; éste, capitalizado nuevamente, o sea, transformado en un segundo capital adicional, genera un nuevo plusvalor de £80, etc.

Prescindimos aquí de la fracción del plusvalor consumida por el capitalista. Tampoco por el momento nos interesa conocer si los capitales adicionales se integran al capital originario o son separados de él para una valorización autónoma; si los utiliza el mismo capitalista que los acumuló, o si los traspasa a otros. No debemos olvidar, empero, que junto a los capitales recién creados el capital originario continúa reproduciéndose y produciendo plusvalor y que lo mismo es válido para todo capital acumulado con respecto al capital adicional generado por él.

El capital originario se constituyó al adelantarse £10.000. ¿De dónde las obtuvo su poseedor? ¡De su propio trabajo y el de sus antepasados!, nos responden al unísono los portavoces de la economía política^{21c}, y su suposición parece ser, realmente, la única concorde con las leyes de la producción mercantil.

Algo completamente diferente ocurre con el capital adicional de £2.000. Conocemos perfectamente su proceso de gestación. Es plusvalor capitalizado. Desde su origen no contiene ni un sólo átomo de valor que no provenga de trabajo ajeno impago. Los medios de producción, a los que se incorpora la fuerza de trabajo adicional, así como los medios de subsistencia, de los cuales ésta se

^{21b} El análisis de la acumulación realizado por Sismondi contiene el gran error de que se da por satisfecho en demasía con la frase "conversión de rédito en capital", sin explicar las condiciones materiales de esta operación.

^{21c} "El trabajo primitivo, al cual su capital debe su nacimiento" (Sismondi, l.c., París, t. 1, p. 109).

sustenta, no son nada más que componentes del plusproducto, del tributo arrancado anualmente a la clase obrera por la clase capitalista. Y si ésta compra, con una parte del tributo, fuerza de trabajo adicional —incluso si lo hace cancelando su precio completo, de modo que se cambie equivalente por equivalente—, su acción sigue siendo el viejo procedimiento del conquistador que compra mercancías a los vencidos con el dinero que les ha robado.

Cuando el capital adicional ocupa a su propio productor, éste debe seguir valorizando el viejo capital y, además, volver a comprar el fruto de su trabajo anterior con más trabajo del que había costado. Considerado como transacción entre la clase capitalista y la clase obrera, en nada cambia los hechos el que se emplee obreros adicionales con el trabajo impago de los obreros ocupados hasta el momento. Tal vez el capitalista convierta el capital adicional en una máquina que lance a la calle a los productores del capital adicional y los remplace por un par de niños. En todos los casos, la clase obrera ha creado con su plustrabajo de este año el capital que el próximo año ocupará trabajo adicional²². Esto es lo que se llama producir capital por capital.

La premisa de la acumulación del primer capital adicional de £2.000 fue una suma de £10.000 adelantada por el capitalista y que le pertenece como fruto de su "trabajo primitivo". La premisa del segundo capital adicional de £400 no es otra que la acumulación obtenida del primero, de las £2.000, cuyo plusvalor capitalizado es. La propiedad sobre el trabajo impago pretérito aparece ahora como la única condición en que se fundamenta la presente apropiación de trabajo impago vivo en un volumen constantemente creciente. Cuanto más ha acumulado el capitalista tanto más puede acumular.

En la medida en que el plusvalor, del cual se compone el capital adicional № 1, es el resultado de la adquisición de la fuerza de trabajo por una parte del capital originario, compra que corresponde a las leyes del intercambio de mercancías y que, considerada legalmente, no supone más que la libre disposición por parte del obrero de sus propias aptitudes y por parte del poseedor de dinero o mercancías, de los valores que le pertenecen; en la medida en que el capital adicional № 2, etc., es mero resultado del capital adicional № 1, o sea, es una consecuencia de aquella primera relación; en la medida en que cada transacción singular corresponde constantemente a la ley del intercambio mercantil, o sea, que el capitalista compra siempre la fuerza de trabajo y el obrero siempre la vende —suponiendo incluso que a su valor real—, la ley de la apropiación o la ley de la propiedad privada, basada en la producción y circulación mercantiles, se transforma, evidentemente, debido a su dialéctica propia,

²² "El trabajo crea el capital antes de que el capital emplee el trabajo" (*Labour creates capital before capital employs labour*) (E. G. Wakefield. *England and America*, Londres, 1833, vol. II, p. 110).

interna e inevitable, en su contrario directo. El intercambio de equivalentes, que parecía ser la operación originaria, se invierte de tal modo que ahora sólo hay un intercambio aparente, ya que, en primer lugar, la fracción de capital intercambiada por fuerza de trabajo no es más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiada sin equivalente y, en segundo lugar, su productor, el obrero, no sólo debe restituirla, sino que debe hacerlo agregando un nuevo excedente. La relación de intercambio entre el capitalista y el obrero se convierte, por consiguiente, sólo en una apariencia perteneciente al proceso de circulación, en una mera forma que resulta ajena al contenido mismo y que sólo lo mistifica. La compra y venta constantes de la fuerza de trabajo es la forma. El contenido proviene de que el capitalista cambia una y otra vez parte del trabajo ajeno ya objetivado, del que se apropia ininterrumpidamente sin equivalente, en una cantidad mayor de trabajo ajeno vivo. Originariamente, el derecho de propiedad se nos apareció como un derecho basado en el trabajo propio. A lo menos, esta suposición debimos aceptarla por cuanto sólo se enfrentaban poseedores de mercancías con los mismos derechos, siendo el único medio de apropiación de la mercancía ajena la enajenación de la propia, y esta última únicamente era producible por el trabajo propio. La propiedad se manifiesta ahora, de parte del capitalista, como el derecho de apropiarse de trabajo ajeno impago o de su producto; de parte del obrero, como la imposibilidad de apropiarse de su propio producto. La escisión entre propiedad y trabajo se convierte en la consecuencia necesaria de una ley que aparentemente partía de su identidad²³.

En consecuencia, por mucho que el modo de apropiación capitalista parezca contradecir las leyes originarias de la producción mercantil, en verdad no proviene, ni mucho menos, de dicha transgresión, sino, por el contrario, de la aplicación de las mismas. Una vez más esto se aclarará echando una breve mirada retrospectiva a la secuencia de las fases del movimiento, cuyo punto final es la acumulación capitalista.

Hemos visto, en primer término, que la transformación originaria de una suma de valor en capital se llevó a cabo en completa conformidad con las leyes del intercambio. Una de las partes contratantes vende su fuerza de trabajo, la otra la compra. La primera obtiene el valor de su mercancía, enajenándose de este modo a la última su valor de uso, el trabajo. Esta transforma ahora los medios de producción que ya le pertenecían —con la ayuda del trabajo

²³ La propiedad del capitalista sobre el producto del trabajo ajeno "es la rigurosa consecuencia de la ley de apropiación, cuyo principio fundamental era, en cambio, el título de propiedad exclusivo de cualquier obrero sobre el producto de su propio trabajo" (Cherbuliez. *Richesse ou Pauvreté*, París, 1841, p. 58, publicación en que, no obstante, esta transformación dialéctica no se desarrolla de manera correcta).

que también le pertenece— en un nuevo producto que asimismo le pertenece por derecho.

El valor de ese producto incluye: primero, el valor de los medios de producción consumidos. El trabajo útil no puede consumir estos medios de producción sin traspasar su valor a un nuevo producto; pero, para ser vendible, la fuerza de trabajo debe estar en condición de proporcionar trabajo útil en la rama industrial en que va a ser empleada.

El valor del nuevo producto incluye, de otra parte, el equivalente del valor de la fuerza de trabajo y un plusvalor. Y ello como consecuencia de que la fuerza de trabajo vendida por un determinado lapso —día, semana, etc.— posee menos valor del que genera su uso durante ese tiempo. El obrero, empero, ha recibido en pago el valor de cambio de su fuerza de trabajo y ha enajenado, con ello, su valor de uso, tal como acontece en toda compra y venta.

El hecho de que esta mercancía peculiar, la fuerza de trabajo, tenga el singular valor de uso de proporcionar trabajo y, por ende, de crear valor no puede alterar la ley general de la producción mercantil. Por eso, cuando la suma de valor adelantada en salario no reaparece simplemente en el producto, sino que lo hace incrementada en un plusvalor, ello no proviene de que se haya engañado al vendedor, pues éste obtuvo el valor de su mercancía, sino del uso que el comprador hace de esta mercancía.

La ley del intercambio sólo presupone igualdad con relación a los valores de cambio de las mercancías que se enajenan recíprocamente. Supone incluso, desde un comienzo, la diversidad de sus valores de uso, y nada tiene que ver con su utilización, que comienza únicamente después de cerrarse y realizarse la transacción.

Por tanto, la transmutación originaria del dinero en capital se opera en la más rigurosa consonancia con las leyes económicas de la producción mercantil y con el derecho de propiedad que de ellas se deriva. Pero, a pesar de eso, tiene como resultado:

- 1) que el producto pertenece al capitalista y no al obrero;
- 2) que el valor de este producto incluye, además del valor del capital adelantado, un plusvalor que al obrero le ha costado trabajo y al capitalista nada le ha costado, pero que sin embargo se convierte en propiedad legítima suya;
- 3) que el obrero ha conservado su fuerza de trabajo y la puede vender de nuevo, si encuentra un comprador.

La reproducción simple no es más que la repetición periódica de esta primera operación; en cada ocasión, el dinero se transforma nuevamente en capital. La ley no se infringe; al contrario, sólo aquí adquiere la oportunidad de funcionar constantemente.

*"Plusieurs échanges successifs n'ont fait du dernier que le représentant du premier"** (Sismondí, l.c., p. 70).

* "Varios intercambios sucesivos no hacen más que convertir al último en representante del primero."

Y, sin embargo, hemos visto que la reproducción simple basta para imprimirle a esta primera operación —en la medida en que era concebida como un proceso aislado— un carácter totalmente modificado.

“Parmi ceux qui se partagent le revenu national, les uns” (los obreros) *“y acquièrent chaque année un nouveau droit par un nouveau travail, les autres”* (los capitalistas) *“y ont acquis antérieurement un droit permanent par un travail primitif”** (Sismondi, l.c., pp. 110, 111).

El terreno del trabajo no es, como se sabe, el único donde la primogenitura realiza milagros.

Tampoco importa en absoluto si la reproducción simple es sustituida por la reproducción en escala ampliada, por la acumulación. En la primera, el capitalista se gasta todo el plusvalor; en la segunda, demuestra su virtud cívica al consumir sólo una parte y transformar el resto en dinero.

El plusvalor es de su propiedad, nunca ha pertenecido a otro individuo. Si lo adelanta en la producción, hace un anticipo de sus fondos propios, exactamente como lo hizo el día en que entró al mercado por primera vez. No cambia en nada el asunto que dicho fondo provenga, en este caso, del trabajo impago de sus obreros. Si el obrero *B* se ocupa con el plusvalor producido por el obrero *A*, hemos de considerar, en primer lugar, que *A* proporcionó ese plusvalor sin que se le haya reducido ni en un céntimo el precio justo de su mercancía y, en segundo lugar, que lo anterior no le incumbe a *B* en absoluto. Lo que *B* exige, y tiene derecho a hacerlo, es que el capitalista le pague el valor de su fuerza de trabajo.

“Tous deux gagnaient encore; l'ouvrier parce qu'on lui avançait les fruits de son travail” (debería decir: *du travail gratuit d'autres ouvriers*) *“avant qu'il fût fait”* (debería decir: *avant que le sien ait porté de fruit*); *“le maître, parce que le travail de cet ouvrier valait plus que le salaire”* (debería decir: *produisait plus de valeur que celle de son salaire*)** (Sismondi, l.c., p. 135).

Por cierto, el asunto cambia completamente si observamos la producción capitalista en el curso ininterrumpido de su renovación y, en lugar del capitalista singular y del obrero singular, consideramos la totalidad, a la clase capitalista y frente a ella a la clase obrera. Pero, de esta manera, aplicaríamos una escala totalmente ajena a la producción mercantil.

* “Entre aquellos que se reparten el ingreso nacional, los unos” (los obreros) “adquieren cada año un nuevo derecho por un nuevo trabajo, los otros” (los capitalistas) “han adquirido anteriormente un derecho permanente por un trabajo primitivo.”

** “Ambos salían ganando; el obrero, porque se le adelantaba los frutos de su trabajo” (debería decir: el trabajo gratuito de otros obreros) “antes de ser realizado” (debería decir: antes de que el suyo entregara sus frutos); “el patrón, porque el trabajo de este obrero vale más que el salario” (debería decir: produce más valor que el de su salario).

En la producción mercantil sólo se contraponen, independientes el uno del otro, el vendedor y el comprador. Sus relaciones recíprocas concluyen el día en que vence el contrato sellado entre ambos. Si se repite el negocio, ello ocurre a causa de un nuevo contrato, el cual no tiene nada que ver con el anterior y que sólo por casualidad reúne nuevamente al mismo comprador con el mismo vendedor.

Por tanto, si se debe juzgar, según sus propias leyes económicas, la producción mercantil o un proceso que la acompañe, tendremos que considerar cada acto de intercambio independientemente, fuera de toda vinculación con el acto de intercambio que le precedió, y el que le sigue. Y ya que las compras y ventas se realizan únicamente entre individuos aislados, es ilícito buscar en ellas relaciones entre clases sociales enteras.

Por muy larga que sea la sucesión de reproducciones periódicas y de acumulaciones precedentes que haya realizado el capital actualmente en función, él siempre conserva su virginidad originaria. Mientras en cualquier acto de intercambio —tomado aisladamente— se respeten las leyes del intercambio, en el modo de apropiación puede operarse una revolución total, sin alterar de modo alguno el derecho de propiedad correspondiente a la producción mercantil. Ese mismo derecho está en vigencia tanto al comienzo, cuando el producto pertenecía al productor y éste, cambiando equivalente por equivalente, sólo podía enriquecerse por su propio trabajo, como en el período capitalista, donde la riqueza social se convierte, en medida constantemente creciente, en propiedad de aquellos que están en condiciones de apropiarse siempre de nuevo del trabajo impago de otros.

Este resultado deviene inevitable no bien el obrero vende la fuerza de trabajo libremente como mercancía. Pero, es también sólo desde ese momento cuando se generaliza la producción mercantil y se convierte en la forma de producción típica; sólo desde ese instante cualquier producto se genera desde un comienzo para la venta y toda la riqueza producida se canaliza a través de la circulación. Sólo en ese momento cuando el trabajo asalariado es su base, la producción mercantil se impone a toda la sociedad y sólo desde ese instante se despliegan todas sus potencias encubiertas. Decir que la intervención del trabajo asalariado falsifica la producción mercantil equivale a decir que la producción mercantil, si no quiere ser falsificada, no debe desarrollarse. En la misma medida en que esa producción, según sus propias leyes inmanentes, deviene en producción capitalista, se transforman las leyes de propiedad de la producción mercantil en leyes de la apropiación capitalista²⁴.

Hemos visto que incluso en la reproducción simple todo capital

²⁴ Admírese, pues, la astucia de Proudhon que pretende suprimir la propiedad capitalista, lcontra poniéndole... la vigencia de las leyes eternas de propiedad, inherentes a la producción mercantil!

adelantado, sin importar cómo fue adquirido, se transforma en capital acumulado o plusvalor capitalizado. Pero en el curso de la producción, todo capital originariamente adelantado se convierte, en general, en una magnitud evanescente (*magnitudo evanescens* en el sentido matemático), en comparación con el capital directamente acumulado, esto es, con el plusvalor o plusproducto convertidos de nuevo en capital, ya funcione en las manos que lo acumularon o en manos ajenas. Por ello, la economía política representa al capital, en general, como "riqueza acumulada" (plusvalor transmutado o rédito), "que se emplea nuevamente en la producción de plusvalor"²⁵, y al capitalista también como "poseedor de plusproducto"²⁶. El mismo modo de concebir las cosas adquiere otra forma en la expresión de que todo el capital existente es interés acumulado o capitalizado, pues el interés no es más que una fracción del plusvalor²⁷.

2. COMPRESION ERRONEA DE LA REPRODUCCION EN ESCALA AMPLIADA POR PARTE DE LA ECONOMIA POLITICA

Antes de que entremos a examinar algunas determinaciones más exactas de la acumulación o reconversión del plusvalor en capital debemos superar un equívoco fabricado por la economía clásica.

Así como las mercancías que el capitalista compra con una parte del plusvalor para su propio consumo no le sirven como medios de producción y valorización, de igual manera el trabajo que compra para satisfacer sus necesidades naturales y sociales tampoco es trabajo productivo. En vez de transformar el plusvalor en capital, con la compra de esas mercancías y trabajos realiza una operación inversa, lo consume o gasta como rédito. En oposición a la concepción de la nobleza antigua que, como acertadamente señala Hegel, "consiste en el consumo de lo existente"¹⁶¹¹ y se manifiesta, en particular, también en el lujo de los servicios personales, para la economía burguesa era decisivamente importante proclamar como primer deber cívico la acumulación del capital y predicar sin descanso: no es factible acumular nada si uno se come todo su rédito en vez de gastar una buena parte de éste en contratar obreros productivos

²⁵ "El capital es la riqueza acumulada que se emplea para obtener ganancia" (Malthus, l.c., [p. 262]). "El capital... consiste de riqueza ahorrada del rédito y usada para producir ganancia" (R. Jones. *Text-book of Lectures on the Political Economy of Nations*, Hertford, 1852, p. 16).

²⁶ "Los poseedores de plusproducto o capital" (*The Source and Remedy of the National Difficulties. A Letter to Lord John Russell*, Londres, 1821, p. 4).

²⁷ "El capital, con el interés compuesto sobre cada parte del capital ahorrado, lo atrae todo a tal punto que toda la riqueza del mundo, de la que se deriva el ingreso, hace mucho se ha convertido en interés de capital" (El *Economist* londinense, 19 de julio de 1851).

adicionales, que rinden más de lo que cuestan. De otra parte, hubo que polemizar con el prejuicio popular que confunde la producción capitalista con el atesoramiento²⁸ y cree que riqueza acumulada es la riqueza que se preserva del deterioro en su forma natural existente, o sea, que se sustrae del consumo o, incluso, se salva de la circulación. Retirar el dinero de la circulación sería precisamente lo contrario a su valorización como capital, y la acumulación de mercancías atesorándolas, una pura tontería^{28a}. La acumulación de mercancías en grandes volúmenes es el resultado de un estancamiento en la circulación o de la sobreproducción²⁹. Es verdad que en la imaginación popular es común, de una parte, el cuadro de los bienes acopiados en los fondos de consumo de los ricos, bienes que se consumen lentamente; y de otra parte, la formación de existencias, fenómeno perteneciente a todos los regímenes de producción y en el que nos detendremos un instante al analizar el proceso de circulación.

Por tanto, la economía clásica está en la razón cuando destaca como elemento característico del proceso de acumulación el consumo del plusproducto por obreros productivos, en lugar de su consumo por trabajadores improductivos. Pero, aquí también comienza su error. A. Smith puso de moda representar la acumulación simplemente como consumo del plusproducto por obreros productivos, o sea, la capitalización del plusvalor como su mera conversión en fuerza de trabajo. Escuchemos, por ejemplo, a Ricardo:

“Se debe entender que todos los productos de un país son consumidos; pero existe la mayor diferencia imaginable si son consumidos por quienes reproducen otro valor o por otros que no lo hacen. Cuando decimos que el rédito se ahorra y se agrega al capital, lo que queremos decir es que la fracción del rédito de la cual se dice que se agrega al capital es consumida por obreros productivos, en vez de serlo por improductivos. No hay mayor error que suponer que el capital se incrementa por el no-consumo”³⁰.

No hay mayor error que el repetido —siguiendo a A. Smith— por Ricardo y todos los autores posteriores de que

“la fracción del rédito, de la cual se dice que se agrega al capital, es consumida por obreros productivos”.

²⁸ “Ningún economista político en la actualidad puede entender por ahorrar sólo atesorar; y, aparte de ese procedimiento limitado e insuficiente*, no puede imaginarse otro uso del término, con respecto a la riqueza nacional, que el proveniente de la diferente aplicación de lo ahorrado, basada en una distinción real entre los diversos tipos de trabajo mantenidos con esos ahorros” (Malthus, l.c., pp. 38, 39).

* En Malthus: ineficiente. —Ed.

^{28a} Así ocurre en Balzac —quien había estudiado con tanta meticulosidad las diferentes tonalidades de la avaricia—, que el viejo usurero Gobseck muestra ya su chochez cuando comienza a formar un tesoro de mercancías acumuladas.

²⁹ “Acumulación de capitales... cese del intercambio ... sobreproducción” (Th. Corbet, l.c., p. 104).

³⁰ Ricardo, l.c., p. 163, nota.

Según esta concepción, todo el plusvalor que se transforma en capital se convertiría en capital variable. En cambio, como acontece con el valor adelantado originariamente, se divide en capital constante y capital variable, en medios de producción y fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo es la forma en que existe el capital variable dentro del proceso de producción. En este proceso es consumida por el capitalista. La fuerza de trabajo consume a través de su función —el trabajo— medios de producción. Simultáneamente, el dinero pagado en la compra de la fuerza de trabajo se transforma en medios de subsistencia que no son consumidos por el “trabajo productivo”, sino por “obreros productivos”. A. Smith, efectuando un análisis totalmente equivocado, llega al resultado absurdo de que, aun cuando cada capital individual se divide en una parte constante y otra variable, el capital social se descompone sólo en capital variable, es decir, se gasta en el pago de salarios. Por ejemplo, supongamos que un fabricante de paño convierte £2.000 en capital. Desembolsa una parte del dinero en la adquisición de tejedores, la otra en hilado de lana, maquinaria, etc. Pero, a su vez, la gente a las que compra el hilado y la maquinaria pagan el trabajo con una parte de esa cantidad, etc., hasta que las £2.000 son gastadas totalmente en el pago de salarios o todo el producto representado por las £2.000 es consumido por obreros productivos. Como se ve, toda la fuerza de este argumento reside en la palabra “etcétera”, que nos lleva de Poncio a Pilatos. En los hechos, A. Smith interrumpe la investigación precisamente allí donde comienzan sus dificultades³¹.

Mientras se tenga en consideración únicamente el fondo de la producción total anual, el proceso de reproducción anual es fácil de comprender. Pero todos los componentes de la reproducción anual deben ser llevados al mercado, y es ahí donde empieza la dificultad. Los movimientos de los capitales singulares y de los réditos personales se entrecruzan, se mezclan, se pierden en un desplazamiento general —en la circulación de la riqueza social—, que confunde la mirada y plantea a la investigación problemas muy difíciles de resolver. En la tercera sección del Libro II realizaré el análisis de la conexión real. El gran mérito de los fisiócratas reside en haber hecho en su *Tableau économique*¹¹⁶³¹ por primera vez el intento de presentar el cuadro de la producción anual en la forma en que sale de la circulación³².

³¹ Pese a su *Lógica*¹¹⁶²¹, el señor J. St. Mill en ninguna parte descubre los errores de sus predecesores, los cuales, incluso dentro del horizonte burgués, exigen corrección desde un simple punto de vista profesional. Registra siempre, con el dogmatismo de un alumno, las ideas confusas de sus maestros. También en este pasaje: “A la larga, el capital mismo se descompone completamente en salarios, y cuando se le repone con la venta del producto, se convierte nuevamente en salario”.

³² En ciertos aspectos de su exposición del proceso de reproducción y, por tanto, de la acumulación, A. Smith, lejos de dar algún paso hacia adelante, dio

Se comprende de suyo que la economía política no ha dejado de explotar, en interés de la clase capitalista, la tesis de A. Smith, según la cual toda la fracción del producto neto transformada en capital es consumida por la clase obrera.

3. DIVISION DEL PLUSVALOR EN CAPITAL Y REDITO. LA TEORIA DE LA ABSTINENCIA

En el capítulo anterior examinamos el plusvalor, o en su caso el plusproducto, únicamente como fondo individual de consumo del capitalista; en este capítulo, hasta el momento, lo hemos examinado sólo como fondo de acumulación. Pero no es ni lo uno, ni lo otro, sino las dos cosas a la vez. Una parte del plusvalor el capitalista la consume como rédito³³, la otra la emplea como capital o acumula.

Con una masa dada de plusvalor, tanto mayor será una de estas partes cuanto menor sea la otra. Considerando invariables todas las demás circunstancias, la proporción en que se realiza esa división determina la magnitud de la acumulación. Pero, quien efectúa dicha división es el propietario del plusvalor, el capitalista. Es, por tanto, un acto de voluntad suya. De la parte que acumula del tributo recaudado por el capitalista se dice que la ahorra, porque no se la come, esto es, porque desempeña su función de capitalista, o sea, la de enriquecerse.

Sólo en la medida en que es capital personificado, el capitalista tiene un valor histórico y aquel derecho histórico a existir que, como dice el ingenioso Lichnowski, "no tiene ninguna fecha"^[164]. Sólo en esa medida su propia necesidad transitoria radica en la necesidad transitoria del modo capitalista de producción. Pero, en la misma medida, su motivo impulsor no es el valor de uso y el disfrute, sino el valor de cambio y su incremento. Siendo un fanático de la valorización del valor, el capitalista obliga a la humanidad, sin ninguna

decididos pasos atrás en relación con sus predecesores, en particular con los fisiócratas. A su ilusión, aludida en el texto, se vincula el dogma realmente fabuloso, legado también por A. Smith a la economía política, de que el precio de las mercancías se compone de salario, ganancia (interés) y renta de la tierra, o sea, sólo de salario y plusvalor. Partiendo de esta base, Storch reconoce, a lo menos ingenuamente: "Es imposible descomponer el precio necesario en sus elementos más simples" (Storch, l.c., Petersburgo, edición de 1815, t. II, p. 141, nota). ¡Admirable ciencia económica ésta que declara imposible descomponer el precio de las mercancías en sus elementos más simples! Expondré con más detalle este asunto en la 3ª sección del Libro II y en la 7ª sección del Libro III.

³³ El lector notará que la palabra "rédito" [*revenue*] se emplea de un modo doble: en primer lugar, para denominar el plusvalor en cuanto fruto que proviene periódicamente del capital y, en segundo lugar, para nombrar la fracción de ese fruto que es periódicamente consumida por el capitalista o añadida a su fondo de consumo. Mantengo ese doble sentido porque armoniza con el uso idiomático de los economistas ingleses y franceses.

consideración, a producir por el gusto de producir y, por tanto, a un desarrollo de las fuerzas productivas sociales y a la creación de condiciones materiales de producción que son las únicas capaces de constituir la base real de una forma social superior, cuyo principio básico es el desarrollo completo y libre de cada individuo. El capitalista sólo es digno de respeto en cuanto personificación del capital. Como tal, comparte con el atesorador el afán absoluto de enriquecerse. Pero, lo que en el último aparece como manía individual, es en el capitalista un efecto del mecanismo social, en el cual éste no es más que una rueda de engranaje. Además, el desarrollo de la producción capitalista convierte en necesidad el incremento constante del capital invertido en una empresa industrial, y la competencia impone a cada capitalista individual, como leyes coactivas externas, las leyes inmanentes al régimen capitalista de producción. La competencia lo obliga a ampliar continuamente su capital para conservarlo, y sólo puede hacerlo por medio de la acumulación progresiva.

Por tanto, en la medida en que su conducta sólo es función del capital dotado de voluntad y conciencia, considera su propio consumo privado como un robo perpetrado contra la acumulación de su capital; así, en la contabilidad italiana los gastos privados figuran en la columna de lo que el capitalista "debe" al capital. La acumulación es la conquista del mundo de la riqueza social. Con la masa del material humano explotado extiende, a la vez, el dominio directo e indirecto del capitalista³⁴.

³⁴ En la forma pasada de moda, si bien siempre renovada del capitalista, la del usurero, Lutero expone muy bien la pasión de dominio como elemento del afán de enriquecerse. "Los paganos pudieron concluir, de la razón, que el usurero es un cuádruple ladrón y asesino. Pero nosotros, los cristianos, les tenemos tal veneración que casi los adoramos por su dinero... Quien chupa, roba y quita a otro su alimento es tan asesino (en lo que de él depende) como aquel que lo tortura con el hambre y lo lleva hasta la muerte o lo arruina por completo. Pero eso es lo que hace el usurero, y no obstante se siente seguro en su silla, aunque debiera ser ahorcado y devorado por tantos cuervos cómo gúldenes ha robado, de tener tanta carne que todos esos cuervos pudieran despedazarla y dividírsela. Entre tanto, se ahorca a los pequeños ladrones... A los ladronzuelos se les pone en el cepo, mientras que los grandes ladrones presumen vestidos de oro y seda... No hay, pues, en la tierra otro enemigo mayor del ser humano (después del diablo) que el avaro y el usurero, por cuanto desea ser Dios sobre todos los hombres. Los turcos, los guerreros y los tiranos también son hombres malvados, pero deben dejar vivir a la gente y reconocer que son malos y enemigos. Y a veces pueden y deben compadecerse de algunos. Pero el usurero o el avaro quiere que todo el mundo padezca de hambre y sed, de pena y de miseria, si por él fuese, para poseerlo todo y que cada uno reciba de él, como de un Dios, y sea siempre su siervo. Vestir suntuosos mantos, ostentar cadenas y anillos de oro, limpiarse el hocico, hacerse pasar por hombre caritativo y piadoso y ser glorificado... El usurero es un monstruo grande y terrible, como un ogro que todo lo devasta, más que ningún Caco, Gerión o Anteo. Y sin embargo se adorna y desea parecer piadoso, anhela que nadie vea adónde van a parar los bueyes que arrastra retrocediendo a su cueva. Pero Hércules habrá de oír el bramido de los bueyes y el grito de los prisioneros y buscará a Caco en las peñas y rocas y liberará nuevamente del malvado a los bueyes.

Pero el pecado original amenaza en todas partes. Con el desarrollo del modo capitalista de producción, al incrementarse la acumulación y la riqueza, el capitalista deja de ser la mera encarnación del capital. Siente una "emoción humana"^[165] por su propio Adán y se vuelve tan culto que se ríe del entusiasmo por el ascetismo como de un prejuicio del atesorador pasado de moda. Mientras que el capitalista clásico estigmatizaba el consumo individual como un pecado perpetrado contra su función y una "abstinencia" de la acumulación, el capitalista modernizado está en condición de concebir la acumulación como "renuncia" de su afán de disfrute. "Dos almas moran, ay, en su pecho, y una quiere separarse de la otra."^[166]

En los inicios históricos del régimen capitalista de producción —y todo capitalista advenedizo pasa individualmente ese estadio histórico— predominan como pasiones absolutas el afán de enriquecerse y la avaricia. Pero el progreso de la producción capitalista no sólo crea un mundo de disfrutes. Inaugura con la especulación y el sistema crediticio mil fuentes de súbito enriquecimiento. A un determinado nivel de desarrollo, el "desdichado" capitalista debe tener, incluso como una necesidad del negocio, un grado convencional de despilfarro que simultáneamente es demostración de riqueza y, por tanto, medio de crédito. El lujo se incorpora de esta manera a los costos de representación del capital. Por lo demás, el capitalista no se enriquece, como el atesorador, en proporción a su trabajo personal y a su no-consumo personal, sino en la medida en que succiona fuerza de trabajo ajena e impone al obrero el renunciamiento a todos los disfrutes de la vida. Por eso, aunque el despilfarro del capitalista nunca adquiera el carácter de *bona fide* [buena fe] que posee el despilfarro del jueguista señor feudal —y en su trasfondo más bien acecha siempre la avaricia más vil y el cálculo más temeroso—, sin embargo, su derroche aumenta con su acumulación, sin que la una perjudique necesariamente a la otra. Con ello, a la vez, se desarrolla en el noble pecho del capitalista un conflicto fáustico entre el afán de acumulación y el de disfrutar.

"La industria de Manchester" —se dice en un escrito publicado en 1795 por el Dr. Aikin— "puede ser dividida en cuatro períodos. En el primero, los fabricantes estaban obligados a trabajar duramente para ganarse su sustento."

Pues Caco se llama el malvado que es un piadoso usurero, que todo lo quita, lo roba y devora. Y pretende no haber hecho nada, y cree que nadie podrá descubrirlo, pues, como arrastró retrocediendo los bueyes a su cueva, por las huellas pareciera que los ha soltado. De la misma manera, el usurero pretende engañar al mundo, como si fuese útil y diera bueyes al mundo, cuando en verdad los agarra sólo para sí y los devora... Y si se somete al suplicio de la rueda y se decapita a los salteadores de camino, a los asesinos y bandidos, cuánto más habría que imponer ese tormento y descuartizar a todos los usureros... echarlos, maldécirlos y decapitarlos" (Martín Lutero, l.c.).

Se enriquecieron, en particular, robando a los padres que les confiaban a sus hijos como *apprentices* [aprendices] y debían por ello pagar grandes sumas, mientras que los aprendices pasaban hambre. De otra parte, las ganancias medias eran bajas, y la acumulación exigía una gran economía. Vivían como atesoradores y no consumían ni siquiera el interés que arrojaba su capital.

“En el segundo período comenzaron a amasar una pequeña fortuna, pero trabajaban tan duro como antes”, pues la explotación directa del trabajo cuesta trabajo, como lo sabe todo capataz de esclavos, “y vivían igual que antes con la misma frugalidad... En el tercer período apareció el lujo, y el negocio se expandió mediante el envío de jinetes” (*commis voyageurs* [viajantes de comercio] montados) “en busca de pedidos a todas las ciudades comerciales existentes en el reino. Es posible que antes de 1690 hubiese pocos o no hubiera capitales de £3.000 a £4.000, adquiridos en la industria. Sin embargo, en esa época o un poco después los industriales ya habían acumulado dinero y comenzaron a construirse casas de piedra, en lugar de las de madera y argamasa... Aun en los primeros decenios del siglo XVIII, un fabricante de Manchester que ofrecía una pinta de vino importado a sus huéspedes se exponía a los comentarios y a la desaprobación de todos sus vecinos.”

Antes del advenimiento de la maquinaria, el consumo vespertino de los fabricantes en las tabernas, donde se reunían, no ascendía nunca a más de 6 peniques por un vaso de ponche y 1 penique por un rollo de tabaco. Sólo en 1758, y este suceso hizo época, se vio “una persona realmente dedicada a los negocios tener su coche propio”. “El cuarto período”, el último tercio del siglo XVIII, “es de gran lujo y derroche, apoyado en la expansión de los negocios”³⁵. ¡Qué diría el bueno del Dr. Aikin si resucitara hoy en día en Manchester!

¡Acumulad, acumulad! ¡Ahí tenéis a Moisés y los profetas!¹⁶⁷¹ “La industria proporciona el material que el ahorro acumula.”³⁶ Por tanto, ¡ahorrad, ahorrad, esto es, reconvertid la mayor parte posible del plusvalor o plusproducto en capital! Acumulación por la acumulación, producción por la producción, la economía clásica promulgó con esta fórmula la misión histórica del período burgués. Ni por un instante se engañaba acerca de los dolores que acompañan el parto de la riqueza³⁷, pero, ¿de qué sirve quejarse frente a la necesidad histórica? Si para la economía clásica el proletario no es más que una máquina de producir plusvalor, también concibe al capitalista como una máquina destinada a transformar este plusvalor en pluscapital. Toma la función histórica del capitalista con gran seriedad. Para liberar su pecho del funesto conflicto entre el afán de disfrute y el de enriquecimiento, Malthus defendió, a

³⁵ Dr. Aikin. *Description of the Country from 30 to 40 miles round Manchester*, Londres, 1795, p. [181], 182 y ss., [188].

³⁶ A. Smith, i.c., libro II, cap. III, p. [367].

³⁷ Incluso J. B. Say dice: “Los ahorros de los ricos se fundan en los gastos de los pobres”^[168]. “El proletario romano vivía casi por completo a costa de la sociedad... Se podría casi decir que la sociedad moderna vive a costa del proletariado, de la parte que resta a la remuneración del trabajo” (Sismondi. *Études etc.*, t. I, p. 24).

comienzos de los años veinte de este siglo, una división del trabajo que asignaba a los capitalistas realmente dedicados a la producción el negocio de la acumulación, y el derroche a los demás participantes del plusvalor, o sea a la aristocracia terrateniente, los dignatarios estatales y eclesiásticos, etc. Es de la mayor importancia, dice, "mantener separadas la pasión por gastar y la pasión por acumular (*the passion for expenditure and the passion for accumulation*)"³⁸. Los señores capitalistas, convertidos desde hace largo tiempo en vividores y hombres de mundo, pusieron el grito en el cielo. ¡Quí! —exclama uno de sus corifeos, un ricardiano—. ¡El señor Malthus predica altas rentas del suelo, elevados impuestos, etc., de manera de acicatear constantemente a los industriales por medio de consumidores improductivos! Por cierto, la consigna dice producir, producir a una escala cada vez mayor, pero

"un tal proceso reprime la producción más de lo que la impulsa. Tampoco es plenamente justo (*nor is it quite fair*) mantener de ese modo en la ociosidad a un número de personas sólo para acicatear a otras de cuyo carácter es dable suponer (*who are likely, from their characters*) que si las podéis obligar a funcionar, lo harían con éxito"³⁹.

Por muy injusto que encuentre el ricardiano acicatear al capitalista industrial para que acumule, sacándole la grasa de la sopa, no menos necesario le parece limitar al obrero, en lo posible, al salario mínimo "para conservarlo trabajador". Tampoco oculta, ni por un instante, que el secreto del plusvalor es la apropiación del trabajo impago.

"Una demanda acrecentada de parte de los obreros no quiere decir nada más que su inclinación a tomar para sí menos de su propio producto y dejar una parte mayor del mismo a sus empleadores; y si se dice que esto, a través de la reducción del consumo" (de parte de los obreros), "produce *glut*" (saturación del mercado, sobreproducción) "sólo puedo responder que *glut* es sinónimo de altas ganancias."⁴⁰

La académica controversia de cómo ha de distribuirse entre el capitalista industrial y el terrateniente ocioso, etc., de la manera más provechosa para la acumulación, el botín succionado de los obreros enmudeció ante la Revolución de Julio. Poco después, en Lyon el proletariado urbano lanzaba las campanas a rebato y en Inglaterra el proletariado rural soltaba el gallo rojo. A este lado del Canal cobraba fuerzas el owenismo, en la otra orilla, el sansimonismo y el furierismo. Había llegado la hora de la economía vulgar. Justo un año antes de descubrir Nassau W. Senior en Manchester que la ganancia (incluido el interés) del capital es producto de la "última, doceava hora" impaga, había anunciado al mundo otro descubrimiento. Dijo con gravedad: "sustituyo la palabra *capital*, considerado

³⁸ Malthus, L.c., pp. 319, 320.

³⁹ *An Inquiry into those Principles respecting the Nature of Demand etc.*, p. 67.

⁴⁰ L.c., p. 59.

como instrumento de producción, por la palabra abstincencia"⁴¹. ¡Insuperado ejemplo éste de los "descubrimientos" de la economía vulgar! Sustituye una categoría económica por una frase característica de sicofantes. *Voilà tout* [eso es todo]. "Cuando el salvaje hace arcos" —doctrina Senior— "ejerce una industria, pero no practica abstincencia." Eso nos explica cómo y por qué, en estadios anteriores de la sociedad, se fabricaban medios de trabajo "sin la abstincencia" del capitalista. "Cuanto más progresa la sociedad, más abstincencia exige"⁴², en particular, de quienes ejercen el oficio de apropiarse del trabajo ajeno y de su producto. Todas las condiciones del proceso de trabajo desde ese momento se transforman en otras tantas prácticas de abstincencia del capitalista. El hecho de que el trigo no sólo se coma, sino que además se siembre, constituye una demostración de abstincencia del capitalista! Si al vino se lo deja el tiempo necesario para que fermente, ¡es abstincencia del capitalista!⁴³ El capitalista despoja a su propio Adán cuando "presta (l) al obrero los instrumentos de producción", es decir, cuando los valoriza en su calidad de capital, mediante la incorporación de fuerza de trabajo, en vez de comerse las máquinas de vapor, el algodón, los ferrocarriles, los fertilizantes, los caballos de tiro, etc., o, como infantilmente se lo imagina el economista vulgar, en lugar de derrochar "su valor" en objetos de lujo y otros medios de consumo"⁴⁴. Cómo podría la clase capitalista realizar esta misión, es un secreto

⁴¹ Senior. *Principes fondamentaux de l'Écon. Pol.*, trad. de Arrivabene, París, 1836, p. 309. No obstante, esta conclusión era demasiado fuerte para los partidarios de la vieja escuela clásica. "El señor Senior sustituye la expresión trabajo y capital por la expresión trabajo y abstincencia... Abstincencia es una simple negación. No es ésta, sino el uso del capital empleado productivamente, lo que constituye la fuente de la ganancia" (John Cazenove, l.c., p. 130, nota). El señor John St. Mill, en cambio, copia en una página la teoría de la ganancia de Ricardo y en la otra, la *remuneration of abstinence* [remuneración por la abstincencia] de Senior. En la misma forma en que para él resulta muy extraña la "contradicción" hegeliana, fuente de toda dialéctica, se siente como en su casa con las contradicciones más superficiales.

Agregado a la 2ª edición. El economista vulgar nunca ha realizado la simple reflexión de que toda acción humana puede ser concebida como "abstincencia" de su contrario. Comer es abstenerse de ayunar; caminar lo es de estar parado; trabajar, de holgazancar; holgazancar, de trabajar, etc. Dichos señores harían bien si meditaran alguna vez sobre la fórmula de Spinoza: *Determinatio est negatio* [determinación es negación] ^[169].

⁴² Senior, l.c., pp. 342.

⁴³ "Nadie sembraría su trigo y lo dejaría durante un año en la tierra, ni guardaría su vino por años en la bodega, en vez de consumir de inmediato esas cosas o sus equivalentes, a menos que esperara adquirir un valor adicional, etc." (Scrope. *Polit. Econ.*, ed. A. Potter, Nueva York, 1841, p. 133) ^[170].

⁴⁴ "La privación que se impone el capitalista al prestar" (este eufemismo se usa, conforme a una probada manera de la economía vulgar, para identificar al obrero asalariado, explotado por el capitalista industrial, con el capitalista mismo, que emplea dinero del capitalista prestamista) "sus instrumentos de producción al trabajador, en lugar de consagrar su valor a su propio uso, transformándolo en objetos de utilidad o de placer" (G. de Molinari, l.c., p. 36).

tenazmente guardado hasta el día de hoy por la economía vulgar. Basta expresar que el mundo vive de la mortificación que se inflige ese moderno penitente de Vishnú, el capitalista. No sólo la acumulación, sino la simple "conservación de un capital exige constante esfuerzo para resistir a la tentación de consumirlo"⁴⁵. El humanismo más elemental exige, evidentemente, que liberemos al capitalista de ese martirio y esas tentaciones, del mismo modo que, al suprimirse la esclavitud, el esclavista de Georgia fue recientemente liberado del doloroso dilema de si derrochaba en champaña todo el plusproducto sacado a latigazos de sus esclavos negros o lo reconvertía, parcialmente, en más negros y más tierras.

En las más diversas formaciones económicas de la sociedad no sólo se realiza la reproducción simple, sino, aunque en diferente grado, también la reproducción en escala ampliada. Progresivamente, se produce más y se consume más y por tanto también se transforma más productos en medios de producción. Sin embargo, este proceso no se manifiesta como acumulación de capital y, por ello, tampoco como función del capitalista, mientras no se contra pongan al obrero sus medios de producción y, por tanto, también su producto y sus medios de subsistencia bajo la forma de capital⁴⁶. Richard Jones, sucesor de Malthus en la cátedra de economía política en el *East Indian College* de Haileybury, fallecido hace algunos años, ilustra este asunto con dos grandes antecedentes. Como la parte más numerosa del pueblo de la India lo constituyen campesinos autónomos, su producto, sus medios de trabajo y de subsistencia nunca revisten "la forma (*the shape*) de un fondo ahorrado de réditos ajenos (*saved from revenue*) y que por tanto ha recorrido un proceso previo de acumulación (*a previous process of accumulation*)"⁴⁷. De otra parte, en las provincias donde el dominio inglés ha disuelto en menor medida el viejo sistema, los trabajadores no agrícolas son empleados directamente por los grandes, quienes perciben una porción del plusproducto rural como tributo o renta de la tierra. Los grandes consumen una parte de este producto en su forma natural, otra porción es transformada, para ellos, por los trabajadores que producen objetos de lujo y otros medios de consumo, mientras que el resto constituye el salario de los trabajadores

⁴⁵ "La conservation d'un capital exige... un effort... constant pour résister à la tentation de le consommer". (Courcelle-Seneuil, l.c., p. 20).

⁴⁶ "Las diferentes clases de ingresos, que contribuyen del modo más abundante al progreso del capital nacional, cambian en los distintos peldaños de su desarrollo y son, por tanto, completamente diferentes en naciones que ocupan posiciones distintas en dicho proceso... Las ganancias... son una fuente de acumulación sin importancia en etapas anteriores de la sociedad, en comparación con los salarios y las rentas... Cuando ha tenido lugar efectivamente un avance considerable en las fuerzas de la industria nacional, las ganancias aumentan en importancia relativa en cuanto fuentes de acumulación" (Richard Jones. *Text-book etc.*, pp. 16, 21).

⁴⁷ L.c., p. 36 y ss.

que son propietarios de sus herramientas de trabajo. La producción y la reproducción en escala ampliada siguen aquí su curso sin intervención alguna de aquel santo maravilloso, de aquel caballero de la triste figura, del capitalista que practica la "abstinencia".

4. CIRCUNSTANCIAS QUE, INDEPENDIEMENTE DE LA DIVISION PROPORCIONAL DEL PLUSVALOR EN CAPITAL Y REDITO, DETERMINAN EL VOLUMEN DE LA ACUMULACION; GRADO DE EXPLOTACION DE LA FUERZA DE TRABAJO; FUERZA PRODUCTIVA DEL TRABAJO; DIFERENCIA CRECIENTE ENTRE EL CAPITAL EMPLEADO Y EL CONSUMIDO; MAGNITUD DEL CAPITAL ADELANTADO

Dada la proporción en que el plusvalor se divide en capital y rédito, evidentemente, la magnitud del capital acumulado depende de la magnitud absoluta del plusvalor. Supongamos que se capitalice el 80% y se consuma el 20%; el capital acumulado ascenderá a £2.400 o £1.200, si el plusvalor total ha sido de £3.000 o de £1.500. Por tanto, en la determinación de la magnitud de la acumulación rigen todas las circunstancias que definen la magnitud del plusvalor. Las resumimos aquí una vez más, pero sólo en la medida en que representan nuevos aspectos en relación a la acumulación.

Se recordará que la tasa del plusvalor depende, en primera instancia, del grado de explotación de la fuerza de trabajo. La economía política aprecia en tal medida este elemento que, ocasionalmente, identifica la aceleración de la acumulación por el incremento de la fuerza de producción del trabajo con su aceleración resultante de una explotación acrecentada del obrero⁴⁶. En las secciones sobre la producción del plusvalor se supuso constantemente que el salario era, a lo menos, igual al valor de la fuerza de trabajo. La reducción violenta del salario por debajo de ese valor, sin embargo, desempeña en el movimiento práctico un papel demasiado importante como para no detenernos en ella un instante. Dentro de ciertos límites, dicha reducción transforma, de hecho, el fondo de consumo necesario del obrero en fondo para la acumulación del capital.

⁴⁶ Ricardo dice: 'En los diversos estadios de la sociedad, la acumulación del capital o los medios de emplear trabajo' (esto es, de explotarlo) 'es más o menos rápida y debe depender, en todos los casos, de las fuerzas productivas del trabajo. Estas son, en general, mayores allí donde hay abundancia de tierras fértiles'. Si 'fuerzas productivas del trabajo' en esta frase significan la pequeñez de la parte alícuota de todo producto que toca a aquellos cuyo trabajo manual lo produce, la frase es tautológica, porque la parte restante es el fondo que se puede acumular como capital, si su propietario quiere (*if the owner believes*). Pero este no es el caso, la mayoría de las veces, allí donde la tierra es más fértil" (*Observations on certain verbal disputes etc.*, p. 74).

“Los salarios” —dice J. St. Mill— “no poseen fuerza productiva, son el precio de una fuerza productiva; los salarios no contribuyen, junto al propio trabajo, en nada a la producción de mercancías, como tampoco lo hace el precio de la maquinaria. Si pudiese adquirirse trabajo sin comprarlo, los salarios serían superfluos.”⁴⁹

Pero si los obreros pudieran vivir del aire, no podrían comprarse a ningún precio. Su gratuidad es, pues, un límite en el sentido matemático, siempre inalcanzable, aunque siempre aproximable. Es una tendencia constante del capital reducir a los obreros a esa situación nihilista. Un escritor del siglo XVIII, que cito frecuentemente, el autor de *Essay on Trade and Commerce*, revela el más profundo secreto existente en el alma del capital inglés cuando declara como tarea histórica vital de Inglaterra reducir el salario inglés al nivel del francés o el holandés⁵⁰. Dice, ingenuamente, entre otras cosas:

“Pero si nuestros pobres” (término empleado por obreros) “desean vivir lujosamente ...su trabajo debe ser, naturalmente, más caro... Préstese atención únicamente a la horripilante masa de superfluidades (*heap of superfluities*) que nuestros obreros manufactureros consumen, tales como aguardiente, ginebra, té, azúcar, frutas importadas, cerveza fuerte, lienzos estampados, rapé y tabaco, etc.”⁵¹.

El autor cita el escrito de un fabricante de Northamptonshire que, mirando al cielo de reojo, se lamenta:

“El trabajo es en todo un tercio más barato en Francia que en Inglaterra, pues los pobres franceses trabajan duro y subsisten con un mínimo de comida y ropa; su consumo principal son pan, frutas, verduras, raíces y pescado seco; comen raramente carne y, cuando el cereal está caro, muy poco pan”⁵². “Además —prosigue el autor del ensayo— su bebida consiste de agua o de licores ligeros semejantes, de tal modo que gastan sorprendentemente poco dinero... Un tal estado de cosas es, seguro, difícil de lograr, pero no es inalcanzable, como lo demuestra en forma contundente su existencia tanto en Francia como en Holanda.”⁵³

⁴⁹ J. St. Mill. *Essays on some unsettled Questions of Polit. Economy*, Londres, 1844, pp. 90, 91.

⁵⁰ *An Essay on Trade and Commerce*, Londres, 1770, p. 44. De manera análoga, el *Times* de diciembre de 1866 y enero de 1867 publicó las manifestaciones sentimentales de algunos propietarios ingleses de minas en las que se describía el feliz estado de los mineros belgas, los cuales no exigían ni recibían más de lo exactamente necesario para vivir para sus “patrones”. Los obreros belgas resisten mucho, ipero de ahí a figurar en el *Times* como obreros ejemplares!... A comienzos de febrero de 1867, la huelga de los mineros belgas (en Marchienne), reprimida con pólvora y plomo, proporcionó una respuesta.

⁵¹ L.c., pp. 44, 46.

⁵² El fabricante de Northamptonshire comete un *pia fraus* [fraude piadoso], perdonable considerando los impulsos de su corazón. Aparenta comparar la vida de los obreros manufactureros ingleses y franceses, pero describe con las palabras recién citadas —como él mismo reconoce más tarde— la los obreros agrícolas franceses!

⁵³ L.c., pp. 70, 71. *Nota a la 3ª edición*. Gracias a la competencia establecida desde entonces en el mercado mundial, hemos avanzado un buen trecho en este sentido. “Si China se convirtiera en un gran país industrial —explica el parlamentario Stapleton a sus electores—, no veo cómo la población obrera europea podría enfrentar ese desafío sin descender al nivel de sus competidores” (*Times*, 3 de septiembre de 1873). Ya no los salarios continentales, sino los chinos, constituyen la meta anhelada del capital inglés.

Dos decenios después, un impostor norteamericano, el yanqui baronizado Benjamin Thompson (alias conde de Rumford), continuó con la misma línea filantrópica, granjeándose la complacencia de Dios y de los hombres. Sus *Essays* son un libro de cocina con recetas de todo tipo para remplazar por sucedáneos las comidas usuales más caras del obrero. Una receta particularmente lograda de este "maravilloso" filósofo es la siguiente:

"Cinco libras de cebada, cinco libras de maíz, 3 peniques de arenques, 1 penique de sal, 1 penique de vinagre, 2 peniques de pimienta y hierbas, en suma $20\frac{3}{4}$ peniques, permiten preparar una sopa para 64 personas; considerando los precios medios del trigo, el costo puede reducirse a $\frac{1}{4}$ de penique por cabeza"⁵⁴.

Con el progreso de la producción capitalista, la adulteración de mercancías ha vuelto superfluos los ideales de Thompson⁵⁵.

A fines del siglo XVIII y durante los primeros decenios del XIX, los arrendatarios y terratenientes ingleses impusieron el salario mínimo absoluto, al pagar a los jornaleros agrícolas menos del mínimo en forma de salario y el resto como subsidio parroquial. He aquí un ejemplo del espíritu bufonesco con que procedían los Dogberries ingleses al fijar "legalmente" las tarifas salariales:

"A la hora de fijar los salarios para Speenhamland, en 1795, los *squires* [nobles] ya habían almorzado, pero, evidentemente, pensaban que los obreros no necesitaban hacer lo mismo... Decidieron que el salario semanal fuese de 3 chelines por hombre, mientras el pan de 8 libras y 11 onzas costase 1 chelín, y creciese regularmente hasta que el pan costase 1 chelín y 5 peniques. No bien superase ese precio, el salario debía disminuir proporcionalmente, hasta que el precio del pan ascendiese a 2 chelines; entonces, la alimentación del obrero se reduciría en $\frac{1}{5}$ "⁵⁶.

⁵⁴ Benjamin Thompson. *Essays political, economical and philosophical etc.*, en tres volúmenes, Londres, 1796-1802, vol. I, p. 294. En su obra *The State of the Poor, or an History of the Labouring Classes in England etc.*, sir. F. M. Eden recomienda encarecidamente la miserable sopa rumfordiana a los directores de los *workhouses* [hospicios] y reprocha a los obreros ingleses que "entre los escoceses hay muchas familias que en lugar de alimentarse de trigo, centeno y carne, viven de papilla de avena y harina de cebada, mezcladas sólo con sal y agua, y a pesar de todo, esto es muy comfortable (*and that very comfortable too*)" (i.e., vol. I, libro II, cap. II, p. 503). "Indicaciones" similares se dieron en el siglo XIX. "Los obreros agrícolas ingleses" —se dice, por ejemplo— "no desean comer mezclas de cereales de calidad inferior. En Escocia, donde la educación es mejor, este prejuicio es, por lo visto, desconocido" (Charles H. Parry, M. D. *The Question of the Necessity of the existing Cornlaws considered*, Londres, 1816, p. 69). Sin embargo, el mismo Parry lamenta que el obrero inglés degradado (1815) mucho en comparación con los tiempos de Eden (1797).

⁵⁵ De los informes de la última comisión parlamentaria encargada de investigar la falsificación de las provisiones se ve que incluso la falsificación de los medicamentos no constituye en Inglaterra una excepción, sino la regla. Por ejemplo, el examen de 34 muestras de opio, compradas en otras tantas farmacias londinenses, dio el resultado de que 31 habían sido adulteradas con cabezas de adormidera, harina de trigo, mucílago de goma, arcilla, arena, etc. Muchas no contenían ni un átomo de morfina.

⁵⁶ G. L. Newnham (*barrister at law*): *A Review of the Evidence before the Committees of the two Houses of Parliament on the Cornlaws*, Londres, 1815, p. 20 nota.

Ante la Comisión investigadora de la *House of Lords* [Cámara de los Lores], en 1814, se interrogó a un tal A. Bennett, gran arrendatario, juez de paz, director de un hospicio y regulador de salarios:

"¿Existe alguna proporción entre el valor del trabajo de un día y el socorro parroquial a los obreros?" Respuesta: "Sí. El ingreso semanal de cada familia se completa por sobre su salario nominal hasta alcanzar el precio de un galón (8 libras y 11 onzas) de pan y 3 peniques por cabeza... Partimos del supuesto que el pan de un galón es suficiente para la manutención de todas las personas de la familia durante la semana; los tres peniques son para ropa; y si la parroquia misma proporciona la ropa, se restan los tres peniques. Esta práctica no sólo impera en todo el occidente de Wiltshire, sino, me parece, en todo el país"⁵⁷. "De este modo" —exclama un autor burgués de aquella época— "los arrendatarios degradaron durante años a una clase respetable de sus coterráneos, obligándolos a buscar refugio en el *workhouse*... El arrendatario ha incrementado sus propias ganancias, impidiendo al obrero incluso acumular el fondo de consumo más imprescindible."⁵⁸

El papel que desempeña hoy en día en la creación del plusvalor y, por tanto, del fondo de acumulación del capital el robo directo perpetrado contra el fondo de consumo necesario del obrero, lo ha evidenciado, por ejemplo, el llamado trabajo domiciliario (véase cap. XIII, 8, d). Más antecedentes se expondrán en el curso de esta sección.

Aunque en todas las ramas industriales la parte del capital constante compuesta de medios de trabajo debe bastar para emplear a un cierto número de obreros, determinado por el volumen de la planta, sin embargo, no necesita en ningún caso crecer en la misma proporción que la cantidad de obreros ocupados. En una planta fabril, 100 obreros pueden proporcionar, trabajando 8 horas, 800 horas de trabajo. Si el capitalista quiere incrementar en la mitad esta suma, puede emplear 50 nuevos obreros; pero, entonces, deberá adelantar también un nuevo capital, no sólo para los salarios, sino además para adquirir medios de trabajo. Pero puede igualmente hacer trabajar a los 100 obreros antiguos 12 horas en vez de 8, y en ese caso le serán suficientes los medios de trabajo ya existentes, los cuales en tal caso se desgastarán con mayor rapidez. De esta manera, el trabajo adicional, proporcionado mediante una tensión superior de la fuerza de trabajo, puede incrementar el plusproducto y el plusvalor, es decir, la sustancia de la acumulación, sin un aumento proporcional de la fracción constante del capital.

En la industria extractiva, por ejemplo en las minas, las materias primas no constituyen un componente del capital adelantado. El

⁵⁷ L.c., pp. 19, 20.

⁵⁸ Ch. H. Parry, l.c., pp. 77, 69. Los señores terratenientes, a su vez, no sólo se "indemnizaron" por la guerra antijacobina que realizaron a nombre de Inglaterra, sino que se enriquecieron enormemente. "Sus rentas se duplicaron, triplicaron, cuadruplicaron, y en casos excepcionales se sextuplicaron en 18 años" (l.c., pp. 100, 101).

objeto de trabajo no es aquí producto del trabajo anterior, sino un regalo gratuito de la naturaleza. Así acontece con el metal, los minerales, la hulla, las piedras, etc. En este caso, el capital constante está constituido casi exclusivamente de medios de trabajo que soporan muy bien una cantidad de trabajo incrementada (turno diurno y nocturno de los obreros, por ejemplo). Suponiendo iguales todas las demás circunstancias, la masa y el valor del producto crecerán en razón directa al trabajo ocupado. Como en el primer día de la producción, se unen aquí el hombre y la naturaleza, los creadores originarios de productos y por tanto también los creadores de los elementos materiales del capital. Gracias a la elasticidad de la fuerza de trabajo, el espacio de la acumulación se ha ampliado sin que se produjese un aumento previo del capital constante.

En la agricultura no se puede extender la tierra cultivada sin adelantar semillas y abono adicionales. Pero, una vez realizado ese adelanto, incluso el simple cultivo mecánico de la tierra ejerce un efecto maravilloso sobre la masa del producto. Así, una cantidad mayor de trabajo, realizada por el mismo número de obreros que antes, incrementa la fertilidad sin requerir un nuevo adelanto de medios de trabajo. Es, nuevamente, la acción directa del hombre sobre la naturaleza que se convierte en fuente inmediata de una acumulación acrecentada, sin intervención de un nuevo capital.

Por último, en la industria propiamente dicha todo gasto adicional de trabajo presupone el correspondiente gasto adicional en materias primas, pero no necesariamente en medios de trabajo. Y como la industria extractiva y la agricultura proporcionan a la industria fabril sus propias materias primas y las de sus medios de trabajo, ésta también se favorece con el suplemento de productos creados por aquéllas, sin requerirse un gasto de capital adicional.

Resultado general: el capital, al incorporarse las dos fuentes originarias de la riqueza —la fuerza de trabajo y la tierra— adquiere una fuerza de expansión que le permite extender los elementos de su acumulación más allá de los límites aparentemente establecidos por su propia magnitud, es decir, por el valor y la masa de los medios de producción ya creados, en los que el capital existe.

Otro factor importante en la acumulación del capital es el grado de productividad del trabajo social.

Junto a la fuerza productiva del trabajo crece igualmente la masa de productos en que se representa un determinado valor, o sea también un plusvalor de determinada magnitud. Siendo la tasa de plusvalor constante e incluso decreciente, siempre que disminuya más lento de lo que aumenta la fuerza productiva del trabajo, crece la masa del plusproducto. Con una división constante de éste entre rédito y capital adicional puede, por consiguiente, aumentar el consumo del capitalista sin que se reduzca el fondo de acumulación. La magnitud proporcional del fondo de acumulación, incluso,

puede crecer a costa del fondo de consumo, mientras que el abaratamiento de las mercancías pone a disposición del capitalista tantos o más medios de disfrute que antes. Pero, como se ha visto, la creciente productividad del trabajo abarata al obrero y, por ende, aumenta la tasa de plusvalor, incluso cuando crece el salario real. Este nunca aumenta proporcionalmente a la productividad del trabajo. Un capital variable del mismo valor pone en movimiento, pues, más fuerza de trabajo y, por tanto, más trabajo. El mismo valor-capital constante se presenta en más medios de producción, esto es, en más medios de trabajo, material de trabajo y materias auxiliares; proporciona, pues, más elementos creadores de producto y asimismo más elementos formadores de valor o absorbedores de trabajo. Por tanto, con un valor constante e incluso decreciente del capital adicional se opera una acumulación acelerada. No sólo se amplía materialmente la escala de la reproducción, sino también la producción de plusvalor crece más rápido que el valor del capital adicional.

El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo actúa igualmente sobre el capital original, o sea, sobre el capital que se encuentra ya en el proceso de producción. Una parte del capital constante en funcionamiento se compone de medios de trabajo, como maquinaria, etc., que sólo se consumen y, por tanto, se reproducen —o se sustituyen por nuevos ejemplares del mismo tipo— en períodos prolongados. Pero cada año fenece, o alcanza la meta final de su función productiva, una parte de esos medios de trabajo. Dicha parte, pues, se encuentra cada año en la etapa de su reproducción periódica o de su reposición por nuevos ejemplares del mismo tipo. Si en las ramas de nacimiento de esos medios de trabajo se ha extendido la fuerza productiva del trabajo —y lo hace constantemente debido al concurso ininterrumpido de la ciencia y la técnica—, máquinas, herramientas, aparatos, etc., más efectivos y, considerando el volumen de su rendimiento, más baratos ocupan el lugar de los viejos. El capital antiguo se reproduce en una forma más productiva, aun prescindiendo de las continuas variaciones de detalle en los medios de trabajo existentes. La otra parte del capital constante, las materias primas y los materiales auxiliares, es continuamente reproducida en el transcurso del año; aquellas que provienen de la agricultura, la mayoría de las veces lo hacen anualmente. Por consiguiente, toda introducción de métodos, etc., superiores opera aquí casi simultáneamente sobre el capital adicional y el que ya se encuentra en funcionamiento. Todo adelanto de la química no sólo multiplica el número de las materias útiles y las aplicaciones útiles de las ya conocidas, y extiende, por tanto, con el crecimiento del capital, sus esferas de inversión. Enseña, a la vez, a arrojar de nuevo al ciclo del proceso de reproducción los excrementos del proceso de producción y consumo, generando, pues, sin desembolso

previo de capital, nueva materia del capital. Tal como la explotación multiplicada de la riqueza natural se logra a través de la mera tensión superior de la fuerza de trabajo, la ciencia y la técnica constituyen una potencia de expansión del capital en funcionamiento, independiente de su magnitud dada. Esta potencia actúa simultáneamente sobre la parte del capital original que ha ingresado a su etapa de renovación. En su nueva forma, el capital incorpora gratis el progreso social, realizado a espaldas de su forma antigua. Desde luego, este desarrollo de la fuerza productiva está acompañado, a la vez, de la depreciación parcial de los capitales en funcionamiento. En la medida en que esa depreciación se vuelve tangible en extremo por el efecto de la competencia, su peso principal cae sobre el obrero, con cuya explotación incrementada el capitalista busca reponer sus pérdidas.

El trabajo traspasa al producto el valor de los medios de producción que ha consumido. De otra parte, crece el valor y la masa de los medios de producción puestos en movimiento por una cantidad de trabajo dada a medida que el trabajo se vuelve más productivo. Por ello, aunque la misma cantidad de trabajo agregue a sus productos siempre sólo la misma suma de valor nuevo, con una productividad creciente del trabajo, no obstante, aumenta el valor-capital que les traspasa simultáneamente.

Si un hilandero inglés y uno chino, por ejemplo, trabajasen el mismo número de horas y con la misma intensidad, ambos producirían valores iguales en una semana. Pese a esta igualdad, hay una diferencia enorme entre el valor del producto semanal del inglés, que cuenta con un potente autómatas, y el del chino, que sólo posee un torno de hilar. En el mismo lapso en que el chino hila una libra de algodón, el inglés produce varios cientos de libras. Una suma de valores precedentes varios cientos de veces mayor infla el valor del producto del hilandero inglés, en el cual revestirán una nueva forma útil y podrán, así, funcionar de nuevo como capital. "En 1782 —nos indica F. Engels—, toda la recolección de lana de los tres años anteriores no había sido todavía elaborada" (en Inglaterra) "por carencia de trabajadores, y habría seguido en ese estado si no hubiese acudido en su ayuda la maquinaria recién inventada, con cuyo concurso se pudo hilarla toda."⁵⁹ El trabajo objetivado en la forma de maquinaria, por supuesto, no sacó directamente hombres de debajo de la tierra, pero permitió a un número reducido de obreros no sólo consumir de manera productiva la lana y añadirle un nuevo valor, mediante la adición de relativamente poco trabajo vivo, sino mantener en la forma de hilado, etc., su viejo valor. Con ello brindó a la vez un medio y un incentivo para la reproducción ampliada de la lana. Es un don natural del trabajo

⁵⁹ Friedrich Engels. *Lage der arbeitenden Klasse in England*, p. 20.

vivo mantener el valor viejo mientras crea uno nuevo. Con el aumento de la efectividad, el volumen y el valor de sus medios de producción, o sea, con la acumulación que acompaña el desarrollo de su fuerza productiva, el trabajo conserva y eterniza, por tanto, en una forma siempre nueva un valor-capital en incesante crecimiento⁶⁰. Esta

⁶⁰ La economía clásica nunca comprendió como es debido este importante componente de la reproducción, a causa del análisis deficiente del proceso de trabajo y de valorización, como se puede ver, por ejemplo, en Ricardo. Dice Ricardo v.gr.: sean cuales fueren los cambios registrados en la fuerza productiva, "un millón de personas siempre produce en las fábricas el mismo valor". Esto es correcto, si están dados la extensión y el grado de intensidad de su trabajo. Pero, ello no impide —y Ricardo lo pasa por alto en ciertas conclusiones suyas— que un millón de personas transforme en producto masas muy diversas de medios de producción, si tiene su trabajo diversa fuerza productiva; que conserve en su producto, por tanto, masas de valor muy diferentes y que sean muy distintos los valores de los productos proporcionados. Dicho sea de paso, Ricardo trató en vano de explicarle con ese ejemplo a J. B. Say la diferencia entre valor de uso (que llama aquí *wealth*, riqueza material) y valor de cambio. Say responde: "En cuanto a la dificultad señalada por Ricardo al manifestar que con un procedimiento mejor un millón de personas puede producir dos, tres veces más riquezas, sin producir más valor, esta dificultad desaparece si se considera, como es debido, la producción como un intercambio, en el cual se entregan los servicios productivos de su trabajo, su tierra y sus capitales para obtener productos. Precisamente mediante estos servicios productivos adquirimos todos los productos que hay en el mundo... Por consiguiente... somos tanto más ricos, nuestros servicios productivos tienen tanto más valor cuanto mayor cantidad de cosas útiles nos proporcionan en el intercambio llamado producción" (J. B. Say. *Lettres à M. Malthus*, París, 1820, pp. 168, 169). La *difficulté* —existente para él, no para Ricardo—, que Say debe explicar es la siguiente: ¿Por qué no aumenta el valor de los valores de uso cuando crece su cantidad a causa de una fuerza productiva incrementada del trabajo? Respuesta: La dificultad se soluciona al llamar, gentilmente, valor de cambio al valor de uso. El valor de cambio es una cosa que *one way or another* [de una u otra forma] está vinculada al intercambio. Llámese, pues, a la producción "intercambio" de trabajo y medios de producción por el producto, y queda claro como el agua que se obtendrá tanto más valor de cambio cuanto más valores de uso proporciona a uno la producción. En otras palabras: cuantos más valores de uso, por ejemplo medias, le proporciona al fabricante una jornada laboral tanto más rico será en medias. Sin embargo, a Say se le ocurre, súbitamente, que "con la mayor cantidad" de medias cae su "precio" (que naturalmente no tiene nada que ver con el valor de cambio), "porque la competencia lo obliga" (a los productores) "a entregar los productos por lo que cuestan". Pero, ¿de dónde procede la ganancia si el capitalista vende las mercancías por el precio que le cuestan? *Never mind* [no importa]. Say explica que, a causa de la productividad incrementada, ahora cada uno obtiene, en compensación por el mismo equivalente, dos pares de medias en vez de uno como antes, etc. El resultado al que llega es precisamente la tesis de Ricardo que deseaba refutar. Después de este enorme esfuerzo mental, Say apostrofa triunfante a Malthus diciendo: "Tal es, señor mío, la doctrina bien fundada sin la cual es imposible, declaro, explicar las más grandes dificultades de la economía política y, en particular, cómo puede acontecer que una nación se vuelva más rica mientras sus productos disminuyen de valor, aunque la riqueza represente valor" (l.c., p. 170). Un economista inglés señala, con respecto de los artificios similares en las *Lettres* de Say: "Esa manera afectada de hablar (*those affected ways of talking*) constituye, en su conjunto, lo que el señor Say gusta en denominar su doctrina, la cual recomienda a Malthus enseñar en Hartford, como ya se hace *dans plusieurs parties de l'Europe* [en muchas partes de Europa]. Dice Say: 'Si usted encuentra un aspecto paradójico en todas esas proposiciones, examine las cosas que representan, y me atrevo a creer que le parecerán muy simples y razona-

fuerza natural del trabajo aparece como facultad de autoconservación del capital al que está incorporada, del mismo modo que las fuerzas productivas sociales del trabajo se manifiestan como propiedad del capital, y la constante apropiación del plustrabajo por el capitalista, como continua autovalorización del capital. Todas las fuerzas del trabajo se proyectan como fuerzas del capital. Así como todas las formas de valor de la mercancía lo hacen como formas de dinero.

Al crecer el capital aumenta la diferencia entre el capital empleado y el consumido. Dicho en otras palabras, aumenta la masa de valor y la masa material de los medios de trabajo —edificios, maquinaria, tubos de drenaje, animales de labor, aparatos de todo tipo— que durante períodos más prolongados o más breves, en procesos de producción constantemente repetidos, funcionan en todo su volumen o sirven para alcanzar determinados efectos útiles, mientras que se desgastan sólo paulatinamente y, por tanto, pierden su valor sólo parcialmente, o sea, lo traspasan al producto sólo por partes. En la medida en que esos medios de trabajo sirven como creadores de producto, sin agregarle valor —es decir, allí donde se los emplea en su totalidad, pero son consumidos sólo parcialmente—, proporcionan el mismo servicio gratuito, como se decía más arriba, que las fuerzas naturales: el agua, el vapor, el aire, la electricidad, etc. Este servicio gratuito del trabajo pretérito, cuando el trabajo vivo se apodera de él y le infunde un alma, se acumula a medida que se amplía la escala de la acumulación.

Como el trabajo pretérito se reviste siempre de capital, esto es, como el pasivo del trabajo de *A, B, C*, etc., se convierte en activo del no-trabajador *X*, los burgueses y los economistas políticos están llenos de alabanzas acerca de los méritos del trabajo pretérito, el cual, según el genio escocés MacCulloch, debe incluso recibir un sueldo (interés, ganancia, etc.)⁶¹. El peso siempre creciente del trabajo pretérito, que participa en el proceso vivo del trabajo bajo la forma de medios de producción, se atribuye, pues, a su imagen enajenada al propio obrero, aunque sea su trabajo anterior no retribuido, a su imagen de capital. Los agentes prácticos de la producción capitalista y sus charlatanes ideológicos son tan incapaces de imaginarse los medios de producción fuera de su máscara social antagónica que hoy se les adhiere como un esclavista de representarse al trabajador mismo fuera de su máscara de esclavo.

Con un grado de explotación dado de la fuerza de trabajo, la masa de plusvalor está determinada por el número de obreros explotados simultáneamente, el cual corresponde, aunque en proporción

bles'. Sin duda, y a consecuencia del mismo proceso, parecerán todo lo que se quiera, pero nunca originales o importantes" (*An Inquiry into those Principles respecting the Nature of Demand etc.*, p. 110).

⁶¹ MacCulloch patentó su *wages of past labour* [salario del trabajo pretérito] mucho antes que Senior obtuviera la patente por el *wages of abstinence* [salario de la abstinencia].

cambiante, a la magnitud del capital. Por consiguiente, cuanto más crezca el capital mediante acumulaciones sucesivas tanto más crecerá la suma de valor que se divide en fondo de consumo y fondo de acumulación. El capitalista puede vivir, en consecuencia, con más abundancia y, a la vez, "abstenerse" más. Y por último, todos los resortes de la producción se desempeñan en forma más enérgica cuanto más se amplía su escala al crecer la masa de capital adelantado.

5. EL LLAMADO FONDO DE TRABAJO

En el curso de esta investigación hemos concluido que el capital no es una magnitud fija, sino una fracción elástica de la riqueza social que con la división del plusvalor en rédito y capital adicional siempre fluctúa. Se vio luego que incluso con una magnitud dada del capital en funcionamiento, la fuerza de trabajo, la ciencia y la tierra (por la que en economía se entiende todos los objetos de trabajo existentes por acción de la naturaleza, sin participación del ser humano), incorporadas a él, constituyen potencias elásticas del mismo, que le proporcionan dentro de ciertos límites un campo de acción independiente de su propia magnitud. Se ha hecho abstracción aquí de todas las relaciones del proceso de circulación, como consecuencia de las cuales las mismas masas de capital operan con grados de eficiencia muy diversos. Y como partimos de los marcos de la producción capitalista, o sea, de una forma puramente espontánea del proceso de producción social, se prescindió de toda combinación racional alcanzable directa y planificadamente con los medios de producción y fuerzas de trabajo existentes. La economía clásica gustó desde siempre de concebir el capital social como una magnitud fija con un grado de eficacia también fijo. Pero, el prejuicio sólo se expresó como dogma en las obras del archifilósofo Jeremías Bentham, ese oráculo prosaicamente pedante y charlatanesco del sentido común burgués del siglo XIX⁶². Bentham es entre los filósofos lo que Martin Tupper es entre los poetas. Ambos sólo podían fabricarse en Inglaterra⁶³. Con el dogma de Bentham se vuelven

⁶² Cfr., por ejemplo, J. Bentham. *Théorie des Peines et des Récompenses*, trad. de Et. Dumont, 3ª edición, París, 1826, t. II, libro IV, cap. II.

⁶³ Jeremías Bentham es un fenómeno puramente inglés. Nadie, sin excluir a nuestro filósofo Christian Wolf, en ninguna época ni en ningún país se ha hecho alarde, y con tanta vanidad, del lugar común más trivial. El principio de la utilidad no fue un invento de Bentham. Sólo reprodujo del modo más insípido lo que Helvecio y otros franceses en el siglo XVIII ya habían dicho ingeniosamente. Si se quiere saber, por ejemplo, qué es útil para un perro, se debe estudiar la naturaleza canina. Esta naturaleza no es dable construir a partir del "principio de la utilidad". Aplicado al ser humano, si se desea juzgar según el principio de la utilidad cualquier acción, movimiento y relación, etc., humanos, debe considerarse en un comienzo la naturaleza humana en general y luego la naturaleza humana históricamente modificada en cada época. Bentham no pierde tiempo en estas pequeñeces. Del modo más tajante e ingenuo

completamente incomprensibles los fenómenos más usuales del proceso de producción, como por ejemplo sus expansiones y contracciones súbitas, e incluso la acumulación⁶⁴. Tanto Bentham mismo como Malthus, James Mill, MacCulloch, etc., emplearon el dogma con fines apologeticos y, en particular, para presentar como cantidad fija una parte del capital, el capital variable o el que se cambia por fuerza de trabajo. Se escribió la patraña de que la existencia material del capital variable, esto es, de la masa de medios de subsistencia que ese capital representa para el obrero, o el llamado fondo de trabajo, era una fracción especial de la riqueza social circunscrita a límites naturales infranqueables. Para poner en movimiento la parte de la riqueza social que debe funcionar como capital constante o, expresado materialmente, como medios de producción, se requiere una masa determinada de trabajo vivo. La mencionada masa está tecnológicamente dada. Pero, lo que no está dado es el número de obreros requeridos para poner en funcionamiento esa masa de trabajo, pues ésta cambia con el grado de explotación de la fuerza de trabajo individual ni tampoco está dado el precio de la fuerza de trabajo, sino sólo su límite mínimo, por lo demás muy elástico. Los hechos en que se basa el dogma son: de una parte, el obrero no tiene derecho a voz al distribuirse la riqueza social entre los medios de disfrute de los no-obreros y los medios de producción. De otra parte, sólo en caso de excepciones favorables puede ampliar el llamado "fondo de trabajo" a costa del "rédito" de los ricos⁶⁵.

presupone que el pequeño burgués moderno, y en especial el pequeño burgués inglés, es el hombre normal. Lo que es útil para este hombre raro y su mundo, es útil de por sí. En correspondencia con esta escala, Bentham juzga el pasado, el presente y el futuro. Por ejemplo, la religión cristiana es "útil", porque repudia religiosamente las mismas fechorías que el código penal condena jurídicamente. La crítica del arte es "nociva", porque a las personas honestas no les permite disfrutar de Martin Tupper, etc. Nuestro buen hombre, cuyo lema es *nulla dies sine linea*^[171] [ni un día sin una línea], ha llenado con tales baratijas pilas de libros. Si yo tuviese el coraje de mi amigo H. Heine, denominaría al señor Jeremías de genio de la estupidez burguesa.

⁶⁴ "Los economistas políticos se inclinan demasiado a considerar una determinada cantidad de capital y un determinado número de obreros como si constituyeran instrumentos de producción de una fuerza invariable y operaran con una cierta intensidad uniforme. Quienes afirman que las mercancías son los únicos elementos de la producción, pretenden probar que la producción no puede nunca ampliarse, pues para que esto ocurra con anterioridad deberían incrementarse los medios de subsistencia, las materias primas y las herramientas, lo que en los hechos conduce a afirmar que no puede darse un aumento de la producción sin su aumento previo, o dicho en otras palabras, que todo aumento es imposible" (S. Bailey. *Money and its Vicissitudes*, pp. 58 y 70). Bailey critica el dogma, principalmente, desde el punto de vista del proceso de circulación.

⁶⁵ J. St. Mill, en sus *Principles of Polit. Economy* [libro II, cap. I, § 3] señala: "Actualmente, el producto del trabajo es distribuido en razón inversa al trabajo: la mayor parte la reciben quienes nunca trabajan, la parte que por su tamaño viene a continuación, aquellos cuyo trabajo es sólo casi nominal, y así, en escala descendente, la remuneración va reduciéndose a la medida en que el trabajo se vuelve más pesado y desagradable, hasta llegar al trabajo físico más repulsivo y extenuante, el cual ni siquiera da la seguridad de poder satisfacer las necesidades vitales". Para evitar

A qué insípida tautología conduce transformar los límites capitalistas del fondo de trabajo en sus límites sociales naturales nos lo muestra, entre otros, el profesor Fawcett:

“El capital circulante⁶⁶ de un país” —dice— “es su fondo de trabajo. Por tanto, para calcular el salario medio en dinero que percibe un obrero, simplemente tenemos que dividir la suma de ese capital por el número de la población obrera”⁶⁷.

Es decir, primero sumamos los salarios individuales realmente pagados y después afirmamos que esta adición constituye la suma de valor del “fondo de trabajo” establecido por Dios y la naturaleza. Finalmente, dividimos la suma de este modo obtenida por el número de obreros para descubrir nuevamente cuánto puede corresponder, en término medio, a cada obrero individual. Es un procedimiento sumamente astuto. Pero ello no le impide al señor Fawcett decir, sin detenerse a tomar aliento:

“La riqueza global acumulada anualmente en Inglaterra es dividida en dos partes. Una parte se emplea en Inglaterra para mantener nuestra propia industria. La segunda se exporta a otros países... La parte empleada en nuestra industria no constituye una fracción significativa de la riqueza acumulada anualmente en este país”⁶⁸.

La mayor parte del plusproducto anualmente incrementado, sustraído sin equivalente a los obreros ingleses, no se capitaliza, pues, en Inglaterra, sino en países extranjeros. Pero con el capital adicional exportado de esta manera se exporta también una parte del “fondo de trabajo” inventado por Dios y Bentham⁶⁹.

las malas interpretaciones, señalaré que si bien hombres como J. St. Mill y otros deben ser reprobados por la contradicción entre sus viejos dogmas económicos y sus tendencias modernas, sería en extremo injusto confundirlos en un solo montón con la tropa de los apologistas económicos vulgares.

⁶⁶ Hago recordar al lector que he sido el primero en emplear las categorías de *capital variable* y *capital constante*. La economía política desde A. Smith confunde las determinaciones contenidas en ellas con las diferencias de forma existentes entre el capital circulante y el fijo, provenientes del proceso de circulación. Más al respecto en el Libro II, sección segunda.

⁶⁷ H. Fawcett, profesor de economía política en Cambridge: *The Economic Position on the British Labourer*, Londres, 1865, p. 120.

⁶⁸ Fawcett, l.c., pp. 123, 122.

⁶⁹ Se podría decir que de Inglaterra anualmente se exporta no sólo capital, sino también obreros bajo la forma de emigración. Sin embargo, en el texto no se considera el peculio^[172] de los emigrantes, que en su mayoría no son obreros. Una gran parte la componen los hijos de los arrendatarios. Los capitales adicionales ingleses, remitidos anualmente a interés al extranjero, se encuentran en una razón incomparablemente mayor con la acumulación anual que la emigración anual con el incremento anual registrado en la población.

CAPITULO XXIII

LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACION CAPITALISTA

I. DEMANDA CRECIENTE DE FUERZA DE TRABAJO CON EL DESARROLLO DE LA ACUMULACION, PERMANECIENDO INVARIABLE LA COMPOSICION DEL CAPITAL

En este capítulo investigamos la influencia que ejerce el crecimiento del capital sobre la suerte de la clase obrera. El factor más importante en esta investigación es la composición del capital y las variaciones que sufre en el curso del proceso de acumulación.

La composición del capital debe concebirse en un doble sentido. En cuanto al valor, está determinada por la relación en que el capital se divide en capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable, o valor de la fuerza de trabajo, suma total de los salarios. En cuanto a la materia que funciona en el proceso de producción, todo capital se divide en medios de producción y fuerza de trabajo viva; esta composición se determina por la relación existente entre la masa de los medios de producción empleados, de una parte, y la cantidad de trabajo requerido para su utilización, de la otra. La primera la llamo composición de valor, la segunda, composición técnica del capital. Entre las dos existe una estrecha interrelación. Para expresarla, denomino la composición de valor del capital composición orgánica del mismo, en la medida en que está determinada por su composición técnica y refleja las variaciones de ésta. Cuando se hable simplemente de la composición del capital, ha de entenderse su composición orgánica.

Los numerosos capitales individuales, invertidos en una determinada rama de la producción, tienen una composición más o menos diferente. El promedio de sus composiciones individuales nos da la composición del capital global de esta rama de la producción. Por último, el promedio total de las composiciones medias de las diversas ramas de la producción nos proporciona la composición del capital social de un país, y a continuación se tratará, en última instancia, sólo de ésta.

El crecimiento del capital implica el aumento de su componente variable, o sea, de la parte que se convierte en fuerza de trabajo. Una parte del plusvalor transformado en capital adicional debe reconvertirse siempre en capital variable o en fondo de trabajo adicional. Supongamos que, permaneciendo las otras circunstancias iguales, se mantiene invariable la composición del capital, esto es, que para ser puesta en movimiento una determinada masa de medios

de producción o capital constante se requiere siempre la misma masa de fuerza de trabajo; por consiguiente, la demanda de trabajo y el fondo de subsistencias de los obreros aumenta, como se ve, proporcionalmente al capital, y tanto más rápido cuanto más velozmente crezca éste. Como el capital produce anualmente un plusvalor, parte del cual se agrega cada año al capital originario; como este incremento aumenta cada año con el volumen creciente del capital que ya se encuentra en funcionamiento, y como, por último, bajo el incentivo especial del afán de enriquecimiento —por ejemplo, apertura de nuevos mercados, esferas nuevas de aplicación del capital debido a necesidades sociales recién desarrolladas, etc.— la escala de la acumulación es ampliable súbitamente mediante un simple cambio en la distribución del plusvalor o plusproducto en capital y rédito, las necesidades de acumulación del capital pueden sobrepasar el crecimiento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, la demanda de trabajo, su oferta y, por tanto, pueden aumentar los salarios. Este debe ser precisamente el caso de perdurar inalteradas las premisas anteriores. Como cada año se emplea más obreros que en el anterior, más temprano o más tarde debe llegar el momento en que las necesidades de la acumulación comienzan a superar la oferta usual de trabajo, o sea, en que se opera un incremento de los salarios. En Inglaterra resonaron quejas sobre este particular durante todo el siglo XV y la primera mitad del XVIII. Las circunstancias más o menos favorables bajo las cuales los obreros subsisten y se multiplican no cambian, empero, en nada el carácter básico de la producción capitalista. Así como la reproducción simple reproduce constantemente la relación capitalista misma (capitalistas, de una parte, obreros asalariados, de la otra), la reproducción en escala ampliada, o acumulación, reproduce la relación capitalista en escala ampliada: más capitalistas o capitalistas más grandes en este polo y más obreros asalariados en aquél. La reproducción de la fuerza de trabajo, que debe ininterrumpidamente incorporarse al capital en cuanto medio de valorización sin poder librarse de él y cuya pertenencia al capital sólo es encubierta por el cambio de los capitalistas individuales a los que se vende, constituye, en los hechos, un momento de la reproducción del capital mismo. Acumulación del capital es, pues, aumento del proletariado⁷⁰.

⁷⁰ Karl Marx. *Lohnarbeit und Kapital*. —“A igual opresión de las masas, un país es tanto más rico cuanto más proletarios tenga” (Colins. *L'Économie Politique, Source des Révolutions et des Utopies prétendues Socialistes*, París, 1857, t. III, p. 331). Por “proletario” ha de entenderse, en el sentido económico, el obrero asalariado que produce y valoriza “capital”, y que es lanzado a la calle no bien se vuelve superfluo para las necesidades de valorización de “*Monsieur Capital*”, como denomina Pecquer a ese personaje. “El enfermizo proletario de la selva virgen” es una gentil fantasía del señor Roscher. El habitante de la selva virgen es propietario de ésta y la trata como su propiedad, de la misma manera despreocupada como lo hace el orangután. No es,

La economía clásica comprendió tan bien esta tesis que A. Smith, Ricardo, etc. —como se ha mencionado más arriba—, identificaron, incluso, la acumulación erróneamente con el consumo de toda la parte capitalizada del plusproducto por obreros productivos, o sea, con su transformación en asalariados adicionales. Ya en 1696 decía John Bellers:

"Si alguien tuviese 100.000 acres y otras tantas libras en dinero y otras tantas cabezas de ganado, ¿qué sería ese hombre rico sin el obrero sino un trabajador? Y como los trabajadores hacen ricos a los hombres, cuanto más trabajadores tanto más ricos... El trabajo del pobre es la mina del rico"⁷¹.

Del mismo modo se expresaba Bernard de Mandeville a comienzos del siglo XVIII:

"Donde la propiedad está suficientemente resguardada, sería más fácil vivir sin dinero que sin pobres, pues, ¿quién haría el trabajo?... Los obreros deben ser preservados de padecer hambre, pero tampoco debieran recibir nada que valga la pena ahorrar. Si de vez en cuando un individuo de la clase más baja se alza por sobre la situación en que creció, debido a su laboriosidad inusual y el apretarse el cinturón, nadie debe impedirselo, pues es innegable que el plan más sabio para cualquier particular, para cada familia en la sociedad reside en ser frugal; pero, el interés de toda nación rica consiste en que la mayor parte de los pobres nunca esté desocupada y, sin embargo, gaste siempre lo que obtiene... Para quienes se ganan la vida con su trabajo diario no hay nada que los impulse a ser serviciales salvo sus necesidades; aliviarlas sería inteligente, pero curarlas constituiría una estupidez. La única cosa que puede hacer diligente a un trabajador es un salario moderado. Uno demasiado pequeño lo desalentaría o, según su temperamento, lo haría caer en la desesperación; uno demasiado grande, lo volvería insolente y flojo... De lo expuesto hasta el momento se infiere que en una nación libre, donde no se permite la esclavitud, la riqueza más segura consiste en contar con una cantidad de pobres laboriosos. Además de ser la fuente inagotable para la flota y el ejército, sin ellos no habría consumo, y el producto de ningún país sería valorizable. Para que la sociedad" (compuesta, naturalmente, de no-obreros) "sea feliz y el pueblo esté satisfecho a pesar de sus condiciones miserables, es necesario que la gran mayoría permanezca siendo ignorante y pobre. El conocimiento amplía y multiplica nuestros deseos, y cuanto menos deseé un hombre con tanta mayor facilidad pueden satisfacerse sus necesidades"⁷².

Lo que Mandeville, hombre honesto y de clara conciencia, aún no entiende es que el mismo mecanismo del proceso de acumulación

pues, proletario. Este sería el caso sólo si la selva virgen lo explotase, en vez de explotarla él. En lo que se refiere a su estado de salud, por lo visto no sólo admite la comparación con el del proletario moderno, sino también con el de "personas honorables", sífilíticas y escrofulosas. Sin embargo, es probable que el señor Wilhelm Roscher entienda por selva virgen sus eriales natales de Luneburgo.

⁷¹ "As the Labourers make men rich, so the more Labourers, there will be the more rich men... the Labour of the Poor being the Mines of the Rich" (John Bellers, l.c., p. 2).

⁷² B. de Mandeville (*The Fable of the Bees*, 5ª ed., Londres, 1728, notas, pp. 212, 213, 328). "Vida moderada y trabajo constante son para los pobres el camino de la felicidad material" (por la cual Mandeville entiende la jornada laboral más larga posible y la menor cantidad posible de medios de subsistencia) "y la vía de la riqueza para el Estado" (a saber, los terratenientes, capitalistas y sus dignatarios y agentes políticos) (*An Essay on Trade and Commerce*, Londres, 1770, p. 54).

incrementa, junto al capital, la masa de los "pobres laboriosos", esto es, de los asalariados que deben transformar su fuerza de trabajo en fuerza creciente de valorización del creciente capital y, precisamente por ello, eternizar su relación de dependencia respecto a su propio producto, personificado en el capitalista. En cuanto a esa relación de dependencia, señala sir F. M. Eden en su *Situación de los pobres o historia de la clase trabajadora de Inglaterra*:

"Nuestra zona exige trabajo para satisfacer las necesidades, y por eso, a lo menos, se requiere que una parte de la sociedad deba trabajar incansablemente... Algunos que no trabajan tienen, sin embargo, a su disposición los productos de la laboriosidad. Dichos propietarios se lo deben agradecer también, exclusivamente, a la civilización y al orden; son criaturas netas de las instituciones civiles⁷³. Estas han reconocido que uno puede apropiarse de los frutos del trabajo por un medio distinto al trabajo. Las personas poseedoras de un patrimonio independiente lo deben casi completamente al trabajo de otros, no a su capacidad propia, que en absoluto es mejor que la de los demás; no es la posesión de tierras y dinero, sino el mando sobre el trabajo (*the command of labour*) lo que distingue a los ricos de los pobres... Lo que conviene a los pobres no es una situación abyecta y servil, sino un estado de dependencia ligera y liberal (*a state of easy and liberal dependence*), y a los propietarios, la influencia y autoridad suficientes sobre quienes trabajan para ellos... Tal estado de dependencia —como lo sabe todo conocedor de la naturaleza humana— es necesario para la comodidad de los obreros mismos"⁷⁴.

Sir F. M. Eden, dicho sea de paso, es el único discípulo de Adam Smith que produjo algo significativo durante el siglo XVIII⁷⁵.

⁷³ Eden debería haber preguntado: ¿criatura de quién son las "instituciones civiles"? Desde el punto de vista de la ilusión jurídica, no considera la ley como producto de las relaciones materiales de producción, sino, a la inversa, las relaciones de producción como producto de las leyes. Linguet arrojó por la borda, con una sola palabra, el ilusorio *Esprit des Lois* [Espíritu de las leyes] de Montesquieu; "*L'esprit des lois, c'est la propriété*" [El espíritu de las leyes es la propiedad]^[173].

⁷⁴ Eden, l.c., v. I, l. 1, cap. 1, pp. 1, 2 y Prefacio, p. XX.

⁷⁵ Si el lector trajera a colación a Malthus, cuyo *Essay on Population* apareciera en 1798, le recordaría que ese escrito, en su primera forma, no es más que un plagio escolarmente superficial y clericalmente declamatorio de Defoe, sir James Steuart, Townsend, Franklin, Wallace, etc., y no contiene ni una sola proposición original. La gran repercusión producida por este panfleto se debió exclusivamente a intereses partidistas. La Revolución Francesa había encontrado defensores apasionados en el Reino británico; el "principio de la población", elaborado lentamente en el siglo XVIII y luego, en medio de una gran crisis social, dado a conocer con bombos y platillos como el antídoto infalible contra las doctrinas de Condorcet, entre otros, fue saludado jubilosamente por la oligarquía inglesa como el gran exterminador de todas las aspiraciones de un mayor progreso humano. Malthus, atónito ante su propio éxito, se dedicó entonces a rellenar el viejo esquema con materiales reunidos superficialmente y agregar materiales nuevos, pero no descubiertos, sino sólo anexados, por él. Señalemos de paso que aunque Malthus era un cura anglicano, profesaba el voto monacal del celibato. Esta es una de las condiciones para formar parte de la *fellowship* de la Universidad protestante de Cambridge. "No permitimos que los miembros del colegio estén casados, y tan pronto alguno tome mujer, dejará por ello de ser miembro del colegio" (*Reports of Cambridge University Commission*, p. 172). Esta circunstancia distingue favorablemente a Malthus de los demás curas protestantes, los cuales se liberaron del precepto católico del celibato sacerdotal y reivindicaron hasta tal punto el "Creced y multiplicaos", como su misión bíblica específica, que contribuyeron en

Bajo las condiciones de acumulación supuestas hasta el momento, las más favorables para el obrero, su relación de dependencia respecto del capital reviste formas soportables o, como dice Eden, "cómodas y liberales". En vez de ser más intensa al acrecentarse el capital, sólo se hace más extensiva; esto es, la esfera de explotación y dominación del capital sólo se expande con el aumento de su dimensión y del número de sus súbditos. Una parte mayor de su propio plusproducto, que aumenta en proporciones crecientes y se transforma progresivamente en capital adicional, retorna a ellos en la forma de medios de pago, de modo que pueden ampliar el círculo de sus disfrutes, dotar mejor su fondo de consumo de vestimenta, muebles, etc., y crear un pequeño fondo de reserva de dinero. Pero, de la misma manera en que una mejora en la vestimenta, la alimentación, el trato o un peculio mayor no suprimen la relación de dependencia y explotación de los esclavos, tampoco la eliminan en el caso del obrero asalariado. En efecto, el incremento en el precio del trabajo, a causa de la acumulación del capital, sólo

todas partes de una manera realmente indecorosa al aumento de la población, mientras predicaban simultáneamente a los obreros el "principio de la población". Es característico que el pecado original en su parodia económica, la manzana de Adán, el *urgent appetite, the checks which tend to blunt the shafts of Cupid* [los obstáculos que tienden a mellar las flechas de Cupido], como dice alegremente el cura Townsend, ese punto tan delicado haya sido y sea monopolizado por los señores de la teología o, más bien, de la Iglesia Protestante. Exceptuando al monje veneciano Ortes, autor original e ingenioso, la mayoría de los doctrinarios del principio de la población son curas protestantes. Así, por ejemplo, Bruckner: *Théorie du Système animal*, Leyden, 1767, obra en que se agota toda la teoría moderna de la población y a la que brindó ideas la querrela pasajera referente al mismo tema entre Quesnay y su discípulo Mirabeau *père* [padre]; luego, el cura Wallace, el cura Townsend, el cura Malthus y su discípulo, el archicura Th. Chalmers, para no hablar de escribanos clericales menores en *this line* [en esta línea]. Originariamente, la economía política fue desarrollada por filósofos —como Hobbes, Locke, Hume—, hombres de negocios y estadistas —como Tomás Moro, Temple, Sully, de Witt, North, Law, Vanderlint, Cantillon, Franklin— y, en especial, en el plano teórico y con el mayor éxito, por médicos como Petty, Barbon, Mandeville, Quesnay. Aún a mediados del siglo XVIII, el reverendo señor Tucker, economista importante para su época, se disculpaba por ocuparse de Mamón. Posteriormente, y precisamente con el "principio de la población", llegó la hora de los curas protestantes. Como si hubiese presentado la aparición de estos chapuceros del oficio, Petty, que considera a la población como base de la riqueza y que como Adam Smith era enemigo jurado de los curas, dice: "La religión florece mejor allí donde más mortificados son los sacerdotes, de la misma manera que el Derecho lo consigue allí donde los abogados se mueren de hambre". Por eso Petty aconseja a los curas protestantes, si no desean seguir al apóstol Pablo y "mortificarse" con el celibato, que "a lo menos, no engendren más curas (*not to breed more Churchmen*) de lo que pueden absorber las prebendas (*benefices*) existentes; esto es, si hay sólo 12.000 prebendas en Inglaterra y Gales, no sería sensato engendrar 24.000 curas (*it will not be safe to breed 24.000 ministers*), pues los 12.000 desamparados tratarán de ganarse un sustento de cualquier manera, ¿y cómo podrían hacerlo más fácilmente que dirigiéndose a la población para convencerla de que los 12.000 prebendados envenenan las almas, las hacen padecer hambre y les muestran un camino errado para llegar al Cielo?" (Petty. *A Treatise on Taxes and Contributions*, Londres, 1667, p. 57). La actitud tomada por Adam Smith con relación al clero protestante de su época se caracteriza por lo siguiente. En *A Letter to A. Smith*,

expresa que el largo y la firmeza de las cadenas de oro que el obrero asalariado se ha forjado ya para sí mismo permiten aflojar su tensión. En la controversia sobre esta materia, la mayoría de las veces se ha pasado por alto el hecho principal, a saber, la *differentia specifica* [diferencia específica] de la producción capitalista. La fuerza de trabajo no se adquiere aquí para satisfacer, a través de su servicio o su producto, las necesidades personales del comprador. El objetivo que busca este último es la valorización de su capital, la producción de mercancías que contienen más trabajo del que paga, o sea, una fracción de valor que nada le cuesta y que, sin embargo, es realizada a través de la venta de la mercancía. La producción de plusvalor o la obtención de ganancias constituye la ley absoluta de este modo de producción. Sólo es vendible la fuerza de trabajo en la medida en que conserva en cuanto capital los medios de producción, reproduce como capital su propio valor y proporciona con el trabajo impago una fuente de capital adicional⁷⁶. Las condiciones de su venta, ya sean más o menos favorables para

L. L. D. *On the Life, Death and Philosophy of his Friend David Hume*. By one of the People called Christians, 4^a ed., Oxford, 1784, el Dr. Horne, obispo anglicano de Norwich, predica contra Adam Smith, porque éste en una carta pública enviada al señor Strahan "embalsama" a su "amigo David" (es decir, a Hume) al relatarle al público cómo "Hume se divertía en su lecho de muerte con Luciano y el *whist*" y tuvo incluso la insolencia de escribir: "Siempre consideré a Hume, tanto durante su vida como después de su muerte, tan cercano al ideal de un hombre absolutamente sabio y lleno de virtudes como sólo lo permite la debilidad de la naturaleza humana". El obispo exclama, indignado: "¿Es justo, acaso, de su parte, señor mío, describirnos como algo absolutamente sabio y lleno de virtudes el carácter y el modo de vida de un hombre, poseído de una antipatía incurable contra todo lo que lleva el nombre de religión y que ponía en tensión cada uno de sus nervios para, en la medida de sus posibilidades, borrar incluso su nombre de la memoria de los hombres?" (I.c., p. 8). "Pero no perdáis el aliento, amantes de la verdad, el ateísmo es de corta vida" (p. 17). Adam Smith tiene la "atroz desconsideración (*the atrocious wickedness*) de propagar el ateísmo por el país" (a través de su *Theory of moral sentiments*). "...¡Conocemos vuestras tretas, señor Doctor! Sacó bien las cuentas, pero esta vez usted no contó con la huésped. Mediante el ejemplo de David Hume, esq., quiere hacernos creer que el ateísmo es el único reconfortante (*cordial*) para un alma abatida y que no existe otro antídoto contra el miedo a la muerte... ¡Reños de Babilonia en ruinas y felicidad al empedernido y malvado Faraón!" (I.c., pp. 21, 22). Una cabeza otodoxa entre quienes asistían a los cursos de A. Smith escribió después de su muerte: "La amistad que sentía Smith por Hume le impedía ser un cristiano... Le creía a Hume todo lo que decía. Si Hume le hubiera dicho que la luna era un queso verde, lo hubiera creído. Por eso, le creyó también que no existían Dios ni los milagros... Sus principios políticos rayaban en el republicanismo" (*The Bee* por James Anderson, 18 vols., Edimburgo, 1791-1793, vol. 3, pp. 166, 165). El cura Th. Chalmers sospecha que A. Smith inventó maliciosamente la categoría de los "obreros improductivos", en particular, para considerar en ella a los curas protestantes, a pesar de su bendito trabajo en la viña del Señor.

⁷⁶ Nota a la 2^a edición. "Sin embargo, el límite en la ocupación de obreros tanto industriales como agrícolas es el mismo: a saber, la posibilidad para el empresario de conseguir una ganancia del producto del trabajo efectuado por aquéllos. Si la tasa del salario aumenta hasta tal punto que la ganancia del patrón cae por debajo de la ganancia media, éste dejará de emplearlos o los empleará sólo bajo la condición de que admitan una reducción del salario" (John Wade, I.c., p. 240).

el obrero, implican, pues, la necesidad constante de volver a venderla y la reproducción constantemente ampliada de la riqueza en cuanto capital. Como se ve, el salario presupone, por su naturaleza, un continuo suministro por parte del obrero de una determinada cantidad de trabajo impago. Abstrayéndonos completamente del incremento del salario unido a un precio decreciente del trabajo, etc., su aumento denota, en el mejor de los casos, la reducción cuantitativa del trabajo impago que debe efectuar el obrero. Dicha reducción nunca puede alcanzar el punto en que amenace al sistema mismo. Prescindiendo de los violentos conflictos con relación a la tasa del salario —y Adam Smith ya ha mostrado que en ellos el patrón, en términos globales, siempre sigue siendo el patrón—, un incremento del precio del trabajo proveniente de la acumulación del capital presupone la siguiente alternativa.

O bien el precio del trabajo sigue creciendo, porque su incremento no estorba el desarrollo de la acumulación, y en ello no hay nada de maravilloso dado que, dice A. Smith,

“incluso con una ganancia reducida los capitales se multiplican; crecen aún más rápido que antes... Un capital grande, hasta con una ganancia inferior, en general, crece más rápido que un capital pequeño cuya ganancia sea grande” (l.c., t. 1, p. 189).

En este caso es evidente que una reducción del trabajo impago no contrarresta en modo alguno la expansión del dominio del capital. O bien —y este es el otro lado de la alternativa— la acumulación se afloja a causa del creciente precio del trabajo, porque se mella el agujero de la ganancia. La acumulación decrece. Pero, al reducirse, desaparece la causa de su descenso, a saber, la desproporción entre el capital y la fuerza de trabajo explotable. El mismo mecanismo del proceso de producción capitalista deja, pues, a un lado los obstáculos pasajeros que él crea. El precio del trabajo cae nuevamente a un nivel aceptable para las necesidades de valorización del capital, ya se encuentre su nivel debajo, encima o sea igual al considerado como normal antes de que se produjera el incremento salarial. Vemos que en el primer caso no es la reducción en el crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo, o de la población obrera, lo que vuelve excesivo al capital, sino que, a la inversa, es el incremento del capital el que hace insuficiente la fuerza de trabajo explotable. En el segundo caso, no es el incremento en el crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo, o de la población obrera, lo que transforma en insuficiente al capital, sino que, a la inversa, es la reducción del capital lo que vuelve excesiva la fuerza de trabajo explotable, o más bien su precio. Son estos movimientos absolutos en la acumulación del capital los que se reflejan como movimientos relativos en la masa de la fuerza de trabajo explotable y, por tanto, aparecen como si se debieran al movimiento propio de la última. Para emplear expresiones matemáticas: la magnitud de la

acumulación es la variable independiente, la magnitud del salario, la dependiente, y no al revés. Del mismo modo, en la fase de crisis del ciclo industrial, la caída general de los precios de las mercancías se expresa como aumento del valor relativo del dinero, y en la fase de prosperidad, el aumento general de los precios de las mercancías se manifiesta como caída del valor relativo del dinero. De esto infiere la llamada *currency school* [escuela monetaria] que con precios altos circula dinero en demasía y con precios bajos escasea*. Su ignorancia y comprensión plenamente errada de los hechos⁷⁷ encuentra un digno paralelo en aquellos economistas que explican estos fenómenos de la acumulación señalando que en una situación escasean los obreros asalariados y en la otra existen asalariados en demasía.

La ley de la acumulación capitalista, que sirve de base a la supuesta "ley natural de la población", se reduce simplemente a lo siguiente: la relación entre capital, acumulación y tasa salarial no es otra cosa que la relación entre el trabajo impago, convertido en capital, y el trabajo suplementario requerido para poner en movimiento el capital adicional. No es, pues, de modo alguno una relación entre dos magnitudes independientes entre sí —de una parte, la magnitud del capital, de la otra, el número de la población obrera—, sólo es, en última instancia, la proporción entre el trabajo impago y el trabajo remunerado de la misma población obrera. Si la cantidad de trabajo impago proporcionado por la clase obrera y acumulado por la clase capitalista crece con rapidez suficiente como para poder transformarse en capital sólo mediante un suplemento extraordinario de trabajo remunerado, aumentará el salario y, suponiendo invariables todas las demás circunstancias, se reducirá proporcionalmente el trabajo impago. Pero, no bien esta reducción llega al punto en que el plustrabajo que alimenta al capital no se ofrece en la cantidad normal, se produce una reacción: se capitaliza una parte menor del rédito, la acumulación decae y el movimiento ascendente de los salarios recibe un contragolpe. Por tanto, el incremento en el precio del trabajo permanece retenido dentro de los límites que no sólo dejan intacta la base del sistema capitalista, sino que también aseguran su reproducción en escala creciente. La ley de la acumulación capitalista, mistificada como ley natural, sólo expresa, de hecho, que su naturaleza excluye toda reducción en el grado de explotación del trabajo o todo incremento del precio del mismo que pudieran poner en serio peligro la reproducción constante de la relación capitalista, su reproducción en una escala constantemente ampliada. No puede ser diferente en un régimen de producción en que el obrero existe para las necesidades de valoriza-

* En el original: "Con precios altos el dinero escasea y con precios bajos circula en demasía". Corregido según el texto de la edición francesa autorizada por el autor.
—Ed.

⁷⁷ Cfr. Karl Marx. *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, pp. 165 y ss.

ción de valores ya existentes, en vez de existir, a la inversa, la riqueza material para las necesidades de desarrollo del obrero. Así como en la religión el hombre es dominado por el producto de su propia cabeza, en la producción capitalista lo es por el producto de su propia mano^{77a}.

2. REDUCCION RELATIVA DE LA PARTE VARIABLE DEL CAPITAL CON EL PROGRESO DE LA ACUMULACION Y DE LA CONCENTRACION QUE LA ACOMPAÑA

Según los propios economistas, no es el volumen existente de la riqueza social ni la magnitud del capital ya adquirido lo que conduce al incremento de los salarios, sino solamente el continuo crecimiento de la acumulación y el grado de velocidad de este aumento (A. Smith, libro I, cap. 8). Hasta el momento hemos examinado únicamente una fase particular de este proceso: aquella en que el incremento del capital se realiza permaneciendo invariable la composición técnica del capital. Pero el proceso va más allá de esta fase.

Una vez dadas las bases generales del sistema capitalista, en el curso de la acumulación se llega invariablemente a un punto en que el desarrollo de la productividad del trabajo social se transforma en la palanca más poderosa de la acumulación.

"La misma causa que eleva los salarios" —dice A. Smith— "es decir el aumento del capital, conduce al incremento de las capacidades productivas del trabajo y lleva a que una cantidad menor de trabajo esté en condiciones de producir una cantidad mayor de productos."^{77a}

Abstrayéndonos de las condiciones naturales, como la fertilidad del suelo, etc., y de la habilidad de los productores independientes que trabajan por cuenta propia, la cual se manifiesta más bien en términos cualitativos que cuantitativos, más en la calidad del producto que en su cantidad, el grado social productivo del trabajo se expresa en el volumen relativo de los medios de producción que en un lapso dado y empleando la misma tensión de la fuerza de trabajo un obrero transforma en producto. La masa de medios de producción con que este obrero funciona crece junto a la productividad de su trabajo. Dichos medios de producción desempeñan en ello un doble papel. El aumento de unos es consecuencia de la creciente productividad del trabajo, el de otros, su condición. Por ejemplo, con la división

^{77a} "Ahora bien, si retornamos a nuestra primera investigación, donde se demostró... que el capital mismo sólo es producto del trabajo humano... parecerá completamente incomprensible que el hombre se haya dejado dominar por su propio producto, el capital, y se halle sometido a él; y dado que éste es en realidad un hecho innegable, surge involuntariamente la pregunta: ¿cómo ha podido el trabajador convertirse de señor del capital —en cuanto creador del mismo— en su esclavo?" (Von Thünen. *Der isolirte Staat*, segunda parte, segunda sección, Rostock, 1863, pp. 5, 6). Es un mérito de Thünen haber formulado la pregunta. Su respuesta es simplemente infantil.

manufacturera del trabajo y el empleo de maquinaria se elaboran en el mismo lapso más materias primas y entran en el proceso de trabajo, por consiguiente, masas mayores de materias primas y materiales auxiliares. Esto es consecuencia de la creciente productividad del trabajo. De otra parte, la masa de maquinaria empleada, de animales de labor, abonos minerales, tubos de drenaje, etc., es condición de la creciente productividad del trabajo. Lo mismo acontece con los medios de producción concentrados en edificios, altos hornos, medios de transporte, etc. Pero, ya sea condición o consecuencia, el volumen creciente de los medios de producción, en comparación con la fuerza de trabajo incorporada a ellos, expresa la creciente productividad del trabajo. El aumento de ésta se manifiesta, por tanto, en la reducción de la masa de trabajo en relación a la masa de medios de producción que ella pone en movimiento o en la reducción de la magnitud del factor subjetivo del proceso de trabajo con respecto a sus factores objetivos.

Esta variación en la composición técnica del capital —el aumento producido en la masa de los medios de producción, en comparación con la masa de fuerza de trabajo que les infunde vida— se refleja en su composición de valor, en el incremento del componente constante del valor-capital en detrimento de su componente variable. Por ejemplo, de un capital calculado en términos porcentuales se desembolsan, originariamente, 50% en medios de producción y 50% en fuerza de trabajo; luego, con el desarrollo del grado de productividad del trabajo, 80% se invierte en medios de producción y 20% en fuerza de trabajo, etc. Esta ley del aumento creciente de la fracción constante del capital con respecto a la variable se confirma a cada paso (como se exponía más arriba) mediante el análisis comparativo de los precios de las mercancías, ya sea que comparemos diversas épocas económicas de una sola nación o diversas naciones en una misma época. La magnitud relativa del elemento del precio que sólo representa el valor de los medios de producción consumidos o, dicho de otra manera, la fracción constante del capital, se encontrará generalmente en relación directa al progreso de la acumulación; la magnitud relativa del otro elemento del precio, de aquel que paga el trabajo, o sea representa la fracción variable del capital, evolucionará, en general, en relación inversa a dicho progreso.

Sin embargo, la reducción de la parte variable del capital con respecto a la parte constante, o sea, la composición modificada de valor del capital, sólo denota aproximadamente el cambio registrado en la composición de sus elementos materiales. Por ejemplo, hoy $\frac{7}{8}$ del valor-capital invertido en la hilandería es constante y $\frac{1}{8}$ variable, mientras que a comienzos del siglo XVIII $\frac{1}{2}$ era constante y otro $\frac{1}{2}$ variable, en cambio, tenemos que la masa de materias primas, medios de trabajo, etc., consumida productivamente por una determinada cantidad de trabajo de hilandería es

cientos de veces mayor que a comienzos del siglo pasado. La razón consiste sencillamente en que con la productividad creciente del trabajo no sólo aumenta el volumen de los medios de producción utilizados, sino que además disminuye su valor, en comparación con su volumen. Su valor aumenta, pues, en términos absolutos, pero no proporcionalmente a su volumen. El incremento de la diferencia entre capital constante y variable es, por ello, mucho menor que el que se produce con la diferencia existente entre la masa de medios de producción en que se transforma el capital constante y la masa de fuerza de trabajo en que se convierte el capital variable. La primera diferencia aumenta con la última, pero en menor grado.

Por lo demás, si el progreso de la acumulación reduce la magnitud relativa de la fracción variable del capital, no excluye con ello, ni mucho menos, el incremento de su magnitud absoluta. Supóngase que un valor-capital se divida, en un comienzo, en 50% de capital constante y 50 % de capital variable; posteriormente, en 80% de capital constante y 20% de variable. Si en el intertanto el capital originario, digamos de £ 6.000, creció a £ 18.000, su componente variable también habrá aumentado en 1/5. Era de £ 3.000, ahora asciende a £ 3.600. Pero, mientras que antes un aumento del capital de 20% era suficiente para incrementar en 20% la demanda de trabajo, ahora se requiere para conseguirlo triplicar el capital originario.

En la sección cuarta se mostró cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo presupone la cooperación a gran escala; cómo, pues, sólo bajo este supuesto pueden organizarse la división y combinación del trabajo, ahorrarse medios de producción mediante la concentración masiva, crearse medios de trabajo aplicables físicamente sólo de conjunto —por ejemplo, sistemas de maquinaria, etc.—, dominarse enormes fuerzas naturales poniéndolas al servicio de la producción, y realizarse la transformación del proceso de producción en aplicación tecnológica de la ciencia. Sobre la base de la producción mercantil —donde los medios de producción son propiedad de particulares y donde el obrero manual, por consiguiente, o bien produce mercancías en forma aislada y autónoma, o bien vende su fuerza de trabajo como mercancía, porque le faltan los medios para trabajar por cuenta propia—, aquel supuesto sólo se realiza mediante el crecimiento de los capitales individuales, o sea, en la medida en que los medios sociales de producción y subsistencia son transformados en propiedad privada de capitalistas. El terreno de la producción mercantil sólo tolera la producción a gran escala bajo su forma capitalista. Cierta acumulación de capital en manos de productores individuales de mercancías constituye, por ende, la premisa del modo de producción específicamente capitalista. Por eso, debimos presuponerla al estudiar el paso de la artesanía a la

producción capitalista. Podemos denominarla acumulación originaria, porque en vez de ser resultado histórico es la base histórica de la producción específicamente capitalista. Aquí no necesitamos aún investigar cómo ella surge. Es suficiente con señalar que constituye el punto de partida. Pero todos los métodos para incrementar la fuerza productiva social del trabajo, surgidos sobre esa base, son simultáneamente métodos para incrementar la producción de plusvalor o de plusproducto, que a la vez forma el elemento constitutivo de la acumulación. Son, pues, simultáneamente métodos de producción de capital por el capital, o sea, métodos para su acumulación acelerada. La continua reconversión de plusvalor en capital se representa como magnitud creciente del capital que ingresa al proceso de producción. Esta magnitud, por su parte, se convierte en fundamento de una escala ampliada de producción, de los métodos correspondientes que la acompañan para incrementar la fuerza productiva del trabajo y acelerar la producción de plusvalor. Por tanto, si cierto grado de acumulación de capital aparece como condición del modo de producción específicamente capitalista, este último provoca, como efecto retroactivo, la acumulación acelerada del capital. Con la acumulación del capital se desarrolla, por tanto, el modo de producción específicamente capitalista, y con éste, la acumulación de capital. Estos dos factores económicos producen, a causa de la compleja relación con que estimulan recíprocamente sus impulsos, una variación en la composición técnica del capital, por medio de la cual el componente variable se vuelve siempre más pequeño, en comparación con el constante.

Todo capital individual es una concentración mayor o menor de medios de producción, con el mando correspondiente sobre un ejército mayor o menor de obreros. Toda acumulación se convierte en el medio para una nueva acumulación. Con la masa incrementada de riqueza que funciona como capital, amplía su concentración en las manos de capitalistas individuales y, por tanto, la base de la producción en gran escala y los métodos de producción específicamente capitalistas. El crecimiento del capital social se realiza por medio del aumento de muchos capitales individuales. Presuponiendo invariables todas las demás circunstancias, los capitales individuales —y con ellos la concentración de los medios de producción— crecen en la proporción en que constituyen fracciones alicuotas del capital global social. Simultáneamente, de los capitales originales se desprenden ramificaciones que funcionan como nuevos capitales autónomos. En ello desempeña un gran papel, entre otras causas, la división del patrimonio dentro de las familias capitalistas. Con la acumulación del capital crece, por tanto, en mayor o menor medida el número de capitalistas. Dos momentos caracterizan este tipo de concentración, basada directamente en la acumulación o que incluso es idéntica a ella. Primero: la concentración creciente de los

medios de producción sociales en manos de capitalistas individuales está limitada, bajo circunstancias invariables en los demás aspectos, por el grado de crecimiento de la riqueza social. Segundo: la fracción del capital social establecida en cada esfera particular de la producción está dividida entre muchos capitalistas que se enfrentan como productores independientes de mercancías y que compiten entre sí. La acumulación y la concentración que la acompaña no sólo están, pues, fraccionadas en muchos puntos, sino que el crecimiento de los capitales en funcionamiento se entrecruza con la creación de nuevos y la división de viejos capitales. Por eso, si la acumulación se presenta, de una parte, como concentración creciente de los medios de producción y de mando sobre el trabajo, de la otra, se revela como repulsión de muchos capitales individuales entre sí.

Este fraccionamiento del capital social global en muchos capitales individuales, o la repulsión de sus fracciones, es contrarrestada por su atracción. Ya no es una concentración simple de medios de producción y de mando sobre el trabajo, idéntica a la acumulación. Es una concentración de capitales ya formados, la supresión de su autonomía individual, la expropiación de un capitalista por otro, la conversión de muchos pequeños capitales en unos pocos grandes. Este proceso se distingue del primero en que sólo presupone la distribución modificada de los capitales ya existentes y en funcionamiento; por tanto, su campo de acción no está limitado por el crecimiento absoluto de la riqueza social, o por los límites absolutos de la acumulación. Si el capital se reúne aquí en una mano, hasta constituir grandes masas, es porque allí lo pierden muchas otras. Esta es la centralización propiamente dicha, a diferencia de la acumulación y la concentración.

No podemos desarrollar aquí las leyes de esta centralización de capitales, o atracción de un capital por otro. Bastará con que nos refiramos brevemente a los hechos. La lucha de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de las mercancías depende, *caeteris paribus* [bajo circunstancias constantes en los demás aspectos], de la productividad del trabajo: ésta, a su vez, de la escala de la producción. Por consiguiente, los capitales grandes vencen a los más pequeños. Se recordará, además, que al desarrollarse el modo capitalista de producción crece el volumen mínimo de capital individual requerido para tener un negocio en condiciones normales. Los capitales pequeños se vuelcan, pues, a las esferas de producción de las que la gran industria, por el momento, sólo se ha apoderado de manera esporádica o incompleta. La competencia prolifera aquí en proporción directa al número y en razón inversa a la magnitud de los capitales que rivalizan. Ella concluye siempre con la ruina de muchos pequeños capitalistas, cuyos capitales pasan, en parte, a manos del vencedor, y en parte, perecen. Además, con la producción capitalista se forma

un poder completamente nuevo, el sistema crediticio, el cual en sus comienzos se introduce furtivamente, como modesto ayuda a la acumulación, y que atrae, por senderos invisibles, a las manos de capitalistas individuales o asociados masas mayores o menores de medios monetarios, fraccionadas por la superficie de la sociedad, pero que pronto se convierte en una nueva y terrible arma en la lucha competitiva, llegando a ser, finalmente, enorme mecanismo social de centralización de capitales.

En la misma medida en que se desarrollan la producción y la acumulación capitalistas, se desenvuelven también la competencia y el crédito, las dos palancas más poderosas de la centralización. A la par, el progreso de la acumulación incrementa el material centralizable, esto es, los capitales individuales, mientras que la ampliación de la producción capitalista crea, de una parte, la necesidad social, de la otra, los medios técnicos de esas formidables empresas industriales cuya concreción está atada a una previa centralización de capital. Por tanto, hoy en día, la fuerza de atracción mutua de los capitales individuales y la tendencia centralizadora son más fuertes que nunca. Pero, si bien la expansión y la energía relativas del movimiento centralizador están determinadas, en cierto grado, por la magnitud ya alcanzada de la riqueza capitalista y por la superioridad del mecanismo económico, de ninguna manera el progreso de la centralización depende del crecimiento positivo registrado por la magnitud del capital social. Y esto distingue, de manera especial, la centralización de la concentración, que sólo es otra expresión de la reproducción en escala ampliada. La centralización puede efectuarse por la mera distribución modificada de capitales ya existentes, a través de la simple alteración de la agrupación cuantitativa de los componentes del capital social. Si el capital puede incrementarse aquí hasta constituir una enorme masa en poder de una mano, es porque allí es sustraído de muchas otras. En una rama industrial dada, la centralización alcanzaría su límite extremo si todos los capitales invertidos en ella se fusionasen en un capital singular^{77b}. En una sociedad determinada, ese límite sólo sería alcanzado en el instante en que todo el capital social estuviese unido en una mano, ya sea de un capitalista individual o de una sola sociedad de capitalistas.

La centralización complementa la obra de la acumulación, por cuanto da a los capitalistas industriales la posibilidad de ampliar la escala de sus operaciones. Ya sea este último resultado consecuencia de la acumulación o de la centralización; bien se efectúe la centralización por el medio violento de la anexión —cuando ciertos capitales se convierten en centros de gravitación tan preponderantes

^{77b} [A la 4ª edición. Los novísimos "trusts" ingleses y norteamericanos persiguen ya ese fin, pues pretenden unificar, a lo menos, las diversas grandes industrias de una rama en una gran sociedad anónima con monopolio efectivo. —F. E.]

con respecto a otros que quiebran su cohesión individual y, luego, atraen hacia sí las partes dispersas—, o se produzca la fusión de una cantidad de capitales ya formados o en proceso de formación mediante el simple procedimiento de crear sociedades anónimas, el efecto económico sigue siendo el mismo. El volumen acrecentado de los establecimientos industriales constituye en todas partes el punto de partida para una organización más completa del trabajo total de muchas personas, para un desarrollo más amplio de sus fuerzas impulsoras materiales, esto es, para la transformación progresiva de procesos de producción aislados y ejecutados de manera tradicional en procesos de producción combinados socialmente y científicamente dirigidos.

Sin embargo, está claro que la acumulación, o sea, el incremento paulatino del capital por medio de la reproducción, la cual pasa de la forma circular a la de espiral, es un procedimiento lento en extremo si se compara con la centralización, que sólo necesita modificar la agrupación cuantitativa de las partes integrantes del capital social. El mundo carecería aún de ferrocarriles si hubiese debido esperar hasta que la acumulación pusiera a algunos capitales individuales en condiciones de construir un ferrocarril. La centralización, en cambio, mediante las sociedades anónimas, lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. Y mientras la centralización eleva y acelera de esa manera el efecto de la acumulación, hace otro tanto, simultáneamente, con las transformaciones en la composición técnica del capital, las cuales incrementan su parte constante a costa de la variable y reducen, con ello, la demanda relativa de fuerza de trabajo.

Las masas de capital, reunidas de la noche a la mañana en un todo por medio de la centralización, se reproducen e incrementan como las demás, sólo que más rápidamente, convirtiéndose de esta forma en nuevas y poderosas palancas de la acumulación social. Por tanto, cuando se habla del progreso de la acumulación social, están incluidos implícitamente, hoy en día, los efectos de la centralización.

Los capitales adicionales creados en el curso de la acumulación normal (véase el capítulo XXII, 1) sirven preferentemente como vehículos para la explotación de nuevos inventos y descubrimientos, y de perfeccionamientos industriales en general. Pero, con el correr del tiempo, el viejo capital también llega al momento de su renovación de pies a cabeza, en que cambia de piel y nace de nuevo en una figura técnicamente perfeccionada, en la cual una masa más reducida de trabajo basta para poner en movimiento una masa mayor de maquinaria y materias primas. La reducción absoluta de la demanda de trabajo, que de lo señalado se infiere necesariamente, será tanto mayor cuanto más capitales que recorren este proceso de renovación, por efecto del movimiento centralizador, hayan sido unificados en masas.

Por tanto, de una parte, el capital adicional creado en el curso de la acumulación atrae, en proporción con su magnitud, cada vez menos obreros. De otra parte, el viejo capital, periódicamente reproducido con una nueva composición, repele más y más obreros que antes empleaba.

3. PRODUCCION PROGRESIVA DE UNA SOBREPoblACION RELATIVA O DEL EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA

La acumulación del capital, que originariamente nos pareció ser sólo su ampliación cuantitativa, se realiza, como vimos, en el curso de un continuo cambio cualitativo de su composición, en un constante incremento de su componente constante a costa del variable^{77c}.

El modo de producción específicamente capitalista, el correspondiente desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, el cambio originado por este desarrollo en la composición orgánica del capital, no sólo van al mismo ritmo con la acumulación o el crecimiento de la riqueza social. Marchan incomparablemente más rápido, pues la simple acumulación, o la expansión absoluta del capital total van acompañadas de la centralización de sus elementos individuales, y la renovación técnica del capital adicional, de la renovación técnica del capital originario. Con el progreso de la acumulación varía, por consiguiente, la proporción entre la parte constante del capital y la variable; si era en un comienzo de 1 : 1, cambia a 2 : 1, 3 : 1, 4 : 1, 5 : 1, 7 : 1, etc., de modo que, en la medida en que crece el capital, en vez de transformarse en fuerza de trabajo $1/2$ de su valor total, sólo lo hace, progresivamente, $1/3$, $1/4$, $1/5$, $1/6$, $1/8$, etc.; en cambio, en medios de producción, $2/3$, $3/4$, $4/5$, $5/6$, $7/8$, etc. Como la demanda de trabajo no está determinada por el volumen del capital total, sino por el de su componente variable, ésta decae, pues, progresivamente con el crecimiento del capital total, en vez de aumentar, como suponíamos antes, en la misma proporción en que éste aumenta. Disminuye en relación a la magnitud del capital total, y en progresión acelerada al crecer dicha magnitud. Con el aumento del capital global crece también, por cierto, su componente variable, o sea la fuerza de trabajo que se incorpora, pero en una proporción constantemente decreciente. Se reducen las pausas en las que la acumulación se opera como simple

^{77c} [Nota a la 3ª edición. En el ejemplar personal de Marx figura a esta altura la siguiente nota al margen: "Señalar aquí, para utilizar más adelante: Si la ampliación es sólo cuantitativa, la ganancia de un capital grande es a la ganancia de uno pequeño en la misma rama industrial como las magnitudes de los respectivos capitales adelantados. Si la ampliación cuantitativa conduce a un cambio cualitativo, aumentará, a la vez, la tasa de la ganancia para el capital mayor". —F. E.]

ensanchamiento de la producción sobre una base técnica dada. Se requiere una acumulación del capital total, acelerada en progresión creciente, pero no sólo para absorber un determinado número adicional de obreros o —a causa de las constantes metamorfosis del capital antiguo— para brindar ocupación a los que ya se desempeñaban como tales. Esta acumulación y centralización crecientes se convierten, a su vez, en fuente de nuevos cambios en la composición del capital o promueven nuevas reducciones aceleradas de su componente variable, en comparación con el constante. Esta reducción relativa de su componente variable, acelerada con el crecimiento del capital total y en proporción mayor que el propio crecimiento de éste, se manifiesta, de otro lado, a la inversa, como un crecimiento absoluto de la población obrera cada vez más rápido con respecto al crecimiento del capital variable, o sea de los recursos que permiten su ocupación. Pero la acumulación capitalista produce constantemente —y por cierto en relación a su energía y a su volumen— una población obrera adicional relativa, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y, por tanto, superflua.

Considerando el capital social global, vemos que el movimiento de su acumulación provoca ora cambios periódicos, ora sus momentos se distribuyen simultáneamente entre las diversas esferas de la producción. En algunas de éstas se produce un cambio en la composición del capital, sin que crezca su magnitud absoluta, debido a la mera centralización*; en otras, el crecimiento absoluto del capital está ligado a la reducción absoluta de su componente variable, o sea, de la fuerza de trabajo absorbida por él; en otras, ya crece el capital sobre su base técnica dada y atrae fuerza de trabajo adicional en proporción a su incremento, ya se produce un cambio orgánico y se contrae su componente variable; en todas las esferas, el crecimiento del componente variable del capital y, por tanto, del número de obreros ocupados va siempre unido a violentas fluctuaciones y a la producción provisoria de sobrepoblación, bien sea que adopte la forma más ostensiva de repulsión de los obreros ya ocupados o la menos notoria, pero no menos efectiva, consistente en la absorción dificultosa de la población obrera adicional a través de sus canales usuales de drenaje⁷⁸. Con la magnitud del capital social que

* En el original: "concentración"; la corrección en el sentido se realiza según el texto de la edición inglesa, redactada por Engels. —Ed.

⁷⁸ El censo de Inglaterra y Gales arroja, entre otros, los siguientes resultados: Total de personas empleadas en la agricultura (incluidos los propietarios, arrendatarios, horticultores, pastores, etc.): 1851, 2.011.447; 1861, 1.924.110; disminución, 87.337. Manufactura de *worsted* [estambre]: 1851, 102.714; 1861, 79.242 personas; fábricas de seda: 1851, 111.940; 1861, 101.678; estampado de algodón: 1851, 12.098; 1861, 12.556; un exiguuo incremento que, pese a la enorme ampliación de la producción, representa una gran reducción proporcional en el número de obreros ocupados. Sombrereros: 1851, 15.957; 1861, 13.814; fabricación de sombreros de paja y bonetes:

se encuentra ya en funcionamiento y el grado de su crecimiento, con la expansión de la escala de producción y la masa de los obreros puestos en movimiento, con el desarrollo de la fuerza productiva de su trabajo, con el ensanchamiento y el incremento de todas las fuentes de riqueza, se amplía también la escala en que la mayor atracción de obreros por el capital se une a una mayor repulsión de los mismos, aumenta la rapidez con que varía la composición orgánica del capital y su forma técnica, y aumenta el ámbito de las esferas de producción que simultánea o alternativamente se ven presas de esta variación. Por tanto, con la acumulación del capital que ella misma produce, la población obrera crea en volumen creciente los medios que hacen posible su propia conversión en población relativamente excesiva⁷⁹. Es esta una ley de población propia del modo

1851, 20.393; 1861, 18.176; cervecedores: 1851, 10.566; 1861, 10.677; productores de velas: 1851, 4.949; 1861, 4.686. Esta reducción se debe, entre otras razones, a la difusión del alumbrado de gas. Fabricadores de peines: 1851, 2.038; 1861, 1.478; aserradores de madera: 1851, 30.552; 1861, 31.647, reducido incremento debido al auge de las máquinas aserradoras; productores de clavos: 1851, 26.940; 1861, 26.130, disminución debida a la competencia de la maquinaria; obreros ocupados en minas de estaño y cobre: 1851, 31.360; 1861, 32.041. En cambio, hilanderías y tejedurías de algodón: 1851, 371.777; 1861, 456.646; minas de carbón: 1851, 183.389; 1861, 246.613. "Desde 1851, el aumento en la cantidad de obreros es, en general, mayor en las ramas en que la maquinaria no ha sido hasta el momento empleada con éxito" (*Census of England and Wales for 1861*, vol. III, Londres, 1863, pp. 35-39).

⁷⁹ La ley referida a la progresiva reducción de la magnitud relativa del capital variable, junto a sus efectos sobre la situación de la clase de los obreros asalariados, ha sido más presentida que comprendida por parte de algunos economistas destacados de la escuela clásica. El mayor mérito pertenece aquí a John Barton, aunque como todos los demás confunde el capital constante con el fijo y el variable con el circulante. Barton dice: "La demanda de trabajo depende del incremento del capital circulante, y no del fijo. Si fuera verdad que la proporción entre esos dos tipos de capital es la misma en todas las épocas y en todas las circunstancias, se inferiría, efectivamente, que el número de obreros ocupados es proporcional a la riqueza del país. Pero tal afirmación no contiene siquiera una apariencia de veracidad. En la medida en que se cultivan las ciencias naturales y se extiende la civilización, el capital fijo crece más y más en relación al capital circulante. El monto de capital fijo empleado en la producción de una pieza de muselina británica es, a lo menos, cien y, probablemente, mil veces mayor que el empleado en la producción de una pieza similar de muselina de la India. Y la proporción de capital circulante es cien o mil veces menor... Si se añadiese al capital fijo la totalidad de los ahorros anuales, ello no se reflejaría en una demanda más elevada de trabajo" (John Barton, *Observations on the Circumstances which Influence the Condition of the Labouring Classes of Society*, Londres, 1817, pp. 16, 17). "Las mismas causas que pueden incrementar el ingreso neto del país, pueden simultáneamente producir un excedente de población y deteriorar las condiciones de vida de los trabajadores" (Ricardo, l.c., p. 469). Al aumentar el capital, "la demanda" (de trabajo) "estará en proporción decreciente" (l.c., p. 480, nota). "El monto del capital destinado a la manutención del trabajo puede variar, independientemente de cualquier cambio en el monto total del capital... Grandes fluctuaciones en el número de obreros ocupados y grandes privaciones pueden hacerse más frecuentes en la medida en que se vuelve más abundante el capital mismo" (Richard Jones, *An Introductory Lecture on Pol. Econ.*, Londres, 1833, p. 12). "La demanda" (de trabajo) "no crecerá... en pro-

de producción capitalista, ya que, en los hechos, todo régimen de producción histórico particular posee sus leyes de población particulares, históricamente válidas. Una ley abstracta de población sólo existe para las plantas y los animales, en la medida en que el hombre no interfiere históricamente en esos terrenos.

Pero, si la sobrepoblación obrera es un producto necesario de la acumulación, o sea, del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su turno, en palanca de la acumulación capitalista, incluso en condición de existencia del modo de producción capitalista. Constituye un ejército industrial de reserva disponible que pertenece al capital de una manera tan absoluta como si lo hubiese criado a sus expensas. Dicha sobrepoblación proporciona a las cambiantes necesidades de valorización del capital el material humano siempre listo para la explotación, independientemente de las restricciones que establece el incremento real de la población. Con la acumulación y el correspondiente desarrollo de la fuerza productiva del trabajo que la acompaña, crece la súbita fuerza de expansión del capital, no sólo porque aumenta la elasticidad del capital en funcionamiento y la riqueza absoluta, de la cual el capital sólo constituye una fracción elástica; y no sólo porque el crédito pone en un instante a disposición de la producción, bajo todo tipo de estímulos especiales, una parte descomunal de esta riqueza en calidad de capital adicional. Las mismas condiciones técnicas del proceso de producción —la maquinaria, los medios de transporte, etc.— hacen posible, en la más grande escala, la transformación rapidísima del plusproducto en medios de producción adicionales. La masa de la riqueza social, en aumento con el progreso de la acumulación y transformable en capital adicional, se precipita frenéticamente a las viejas ramas de producción, cuyo mercado se amplía de súbito, o a ramas recién abiertas —como el ferrocarril, etc.—, cuya necesidad proviene del desarrollo de las viejas. En todos estos casos, grandes masas de personas deben estar disponibles para ser lanzadas repentinamente a los puntos decisivos sin que al actuar así se produzcan rupturas en la escala de producción de otras esferas. Esas masas las proporciona la sobrepoblación. El curso de vida característico de la industria moderna, la forma de un ciclo decenal —interrumpido por pequeñas oscilaciones— de períodos de actividad media, producción a toda presión, crisis y estancamiento, se basa en la constante creación, absorción mayor o menor y reconstitución del ejército industrial de reserva o sobrepoblación. De su parte, las vicisitudes del ciclo industrial reclutan la sobrepoblación y se convierten en uno de sus factores de reproducción más enérgicos.

porción a la acumulación del capital global... Por ello, todo aumento del capital nacional destinado a la reproducción tiene, con el progreso de la sociedad, una influencia decreciente sobre la situación de los trabajadores" (Ramsay, l.c., pp. 90, 91).

Este peculiar curso vital de la industria moderna que no encontramos en ninguna época anterior de la humanidad tampoco fue posible en la infancia de la producción capitalista. La composición del capital sólo se alteraba muy paulatinamente. A su acumulación correspondía, pues, en total un aumento proporcional de la demanda de trabajo. Lentamente, como el progreso de su acumulación comparado con el de la época moderna, el capital chocaba con los límites naturales de la población obrera explotable, los cuales sólo podían ser superados por medios violentos, a mencionar posteriormente. La expansión súbita e intermitente de la escala de producción es la premisa de su contracción repentina; esta última provoca, a su vez, la primera, pero la primera es imposible sin contar con el material humano disponible, sin un incremento de la cantidad de obreros independiente del crecimiento absoluto de la población. Este incremento se logra mediante el sencillo proceso que "libera" constantemente una parte de los obreros, empleando métodos que reducen en proporción a la producción acrecentada el número de obreros ocupados. Por tanto, toda la forma de moverse de la industria moderna proviene de la transformación constante de una parte de la población obrera en mano de obra desocupada o semioocupada. La superficialidad de la economía política se revela, entre otras cosas, en el hecho de que convierte la expansión y contracción del crédito, mero síntoma de los períodos alternos del ciclo industrial, en sus causas. Los cuerpos celestes, una vez lanzados a un movimiento determinado, lo repiten siempre, otro tanto ocurre con la producción social no bien haya sido arrojada a aquel movimiento de expansión y contracción alternativas. Los efectos, a su vez, se convierten en causas, y las vicisitudes de todo el proceso, que reproduce continuamente sus propias premisas, adoptan la forma de la periodicidad*. Una vez consolidada esta forma, incluso la economía política concibe la producción de una sobrepoblación relativa, esto es, excesiva con respecto a las necesidades medias de valorización del capital, como condición vital de la industria moderna.

"Supongamos" —dice H. Merivale, ex profesor de economía política en Oxford y funcionario luego del Ministerio de Colonias inglés— "que en caso de una de esas

* En la edición francesa autorizada por Marx se intercala aquí el siguiente pasaje: "Pero sólo desde la época en que la industria mecánica se hubo enraizado profundamente, desempeñando una influencia predominante sobre toda la producción nacional; cuando, debido a ello, el comercio exterior empezó a prevalecer sobre el comercio interior; cuando el mercado mundial se apoderó sucesivamente de amplios territorios en el Nuevo Mundo, Asia y Australia; cuando, por último, las naciones industriales que entraron a la liza fueron lo bastante numerosas, sólo desde esa época datan los ciclos que renacen constantemente y cuyas fases consecutivas abarcan años, conduciendo siempre a una crisis general, la cual constituye el término de un ciclo y el comienzo de otro. Hasta ahora, la duración periódica de esos ciclos es de diez a once años, pero no hay razón alguna para considerar constante este número. Por el contrario, de las leyes de la producción capitalista, tal como acabamos de exponerlas, debemos inferir que es variable y que el período de los ciclos se reducirá gradualmente". —Ed.

crisis, la nación realice un esfuerzo por liberarse, mediante la emigración, de algunos cientos de miles de brazos superfluos; ¿cuál sería la consecuencia? Que en la primera recuperación de la demanda de trabajo se manifestaría su carencia. Por muy rápida que sea la reproducción de los hombres, en todo caso necesita el plazo de una generación para remplazar a los obreros adultos. Ahora bien, las ganancias de nuestros fabricantes dependen, principalmente, de tener la capacidad de explotar los momentos favorables de demanda intensa y poder resarcirse de los períodos de paralización. Esta posibilidad sólo les está asegurada con el mando sobre la maquinaria y el trabajo manual. Deben encontrar brazos disponibles; deben estar en condiciones, cuando sea necesario, de aumentar o reducir la intensidad de sus operaciones, según lo exija la situación en el mercado, de otra manera no podrán preservar en la encarnizada carrera competitiva el predominio, en que descansa la riqueza de este país.⁸⁰

El propio Malthus reconoce en la sobrepoblación —que con su óptica limitada explica por un acrecentamiento excesivo absoluto de la población obrera y no como resultado de su exceso relativo— una necesidad de la industria moderna. Dice:

“Si los hábitos prudentes en lo que respecta al matrimonio son llevados a un determinado nivel por la clase obrera de un país dependiente principalmente de las manufacturas y el comercio, ello podría perjudicarlo... Conforme a la naturaleza de la población, no puede llevarse al mercado un incremento de obreros a consecuencia de una demanda especial hasta transcurrir un lapso de 16 ó 18 años, y la conversión de rédito en capital mediante el ahorro puede darse mucho más rápido; un país está siempre expuesto a un crecimiento más rápido de su fondo de trabajo que de la población.”⁸¹

Después de que la economía política declara de esa manera —y por cierto precisamente en la figura de una vieja solterona— que la producción constante de una sobrepoblación relativa de obreros es una necesidad de la acumulación capitalista, pone en boca del “*beau idéal*” [bello ideal], de su capitalista, las siguientes palabras, dirigidas a los “supernumerarios” lanzados a la calle por su propia criatura, el capital adicional:

“Nosotros, los fabricantes, hacemos por vosotros lo que podemos al multiplicar el capital del que debéis subsistir; y vosotros tenéis que hacer lo demás, adecuando vuestro número a los medios de subsistencia.”⁸²

⁸⁰ H. Merivale. *Lectures on Colonization and Colonies*, Londres, 1841 y 1842, vol. I, p. 146.

⁸¹ “Prudential habits with regard to marriage, carried to a considerable extent among the labouring class of a country mainly depending upon manufactures and commerce, might injure it... From the nature of a population, an increase of labourers cannot be brought into market, in consequence of a particular demand, till after the lapse of 16 or 18 years, and the conversion of revenue into capital, by saving, may take place much more rapidly; a country is always liable to an increase in the quantity of the funds for the maintenance of labour faster than the increase of population” (Malthus. *Princ. of Pol. Econ.*, pp. 215, 319, 320). En esta obra Malthus por fin descubre a través de Sismondi la bella trinidad de la producción capitalista: sobrepoblación — sobrepoblación — sobreconsumo, *three very delicate monsters, indeed!* [realmente, tres monstruos muy delicados]. Cfr. F. Engels. *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, l.c., p. 107 y ss.

⁸² Harriet Martineau. *The Manchester Strike*, 1832, p. 101.

A la producción capitalista no le es suficiente, ni mucho menos, la cantidad de fuerza de trabajo disponible que le proporciona el incremento natural de la población. Necesita para su libre juego un ejército industrial de reserva, independiente de este límite natural.

Hasta el momento suponíamos que al aumento o a la reducción del capital variable correspondía, exactamente, el aumento o la reducción del número de obreros ocupados.

Sin embargo, manteniéndose o incluso reduciéndose el número de obreros que dirige, el capital variable crece si el obrero individual brinda más trabajo y, por tanto, crece su salario, aunque el precio del trabajo permanezca el mismo o incluso decrezca pero más lentamente de lo que aumenta la masa de trabajo. El incremento del capital variable se vuelve, entonces, un índice de más trabajo, pero no de más obreros empleados. Todo capitalista tiene interés absoluto en exprimir una determinada cantidad de trabajo de un número menor de obreros que —de una manera tan barata o más barata aún— de un número mayor. En este último caso, aumenta el desembolso de capital constante en relación a la masa de trabajo puesta en movimiento; en el primero, dicho aumento es mucho más lento. Cuanto mayor sea la escala de producción tanto más decisivo será este motivo. Su fuerza crece con la acumulación del capital.

Se ha visto que el desarrollo del modo capitalista de producción y de la fuerza productiva del trabajo —causa y efecto a la vez de la acumulación— coloca al capitalista en condiciones de poner en acción, con el mismo gasto de capital variable, más trabajo mediante una explotación mayor de los obreros individuales tanto en términos extensivos como intensivos. Se vio, además, que con el mismo valor-capital compra más fuerza de trabajo al desplazar progresivamente a los obreros calificados por los no calificados, los maduros por los inmaduros, los hombres por las mujeres, la fuerza de trabajo adulta por la juvenil e infantil.

Por tanto, de una parte, en el curso progresivo de la acumulación un capital variable mayor pone en acción más trabajo sin requerir contratar más obreros; de otra, un capital variable de la misma magnitud y con la misma masa de fuerza de trabajo moviliza más trabajo; y, por último, pone en movimiento más fuerzas de trabajo inferiores al desplazar a las superiores.

La producción de una sobrepoblación relativa, o sea el desplazamiento de obreros, avanza, por ende, aún más rápido que la transformación técnica del proceso de producción, aceleramiento ya dado con el progreso de la acumulación y la correspondiente reducción proporcional de la parte variable del capital con respecto a la constante. Si los medios de producción, al aumentar en volumen y efectividad, se convierten en menor medida en medios de ocupación de los obreros, esta relación misma se modifica, a su vez, por el hecho

de que en la medida en que crece la fuerza productiva del trabajo el capital eleva más rápido su oferta de trabajo que su demanda de obreros. El sobretrabajo de la parte ocupada de la clase obrera engruesa las filas de su reserva, mientras que, a la inversa, la presión incrementada que esta última a través de su competencia ejerce sobre la primera obliga a ésta al trabajo excesivo y a someterse al dictado del capital. La condena de una parte de la clase obrera a la ociosidad obligada por el sobretrabajo de la otra parte, y viceversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista individual⁸³ y acelera, a la vez, la producción de un ejército industrial de reserva en la escala adecuada al progreso de la acumulación social. Cuán importante es este elemento en la formación de la sobrepoblación relativa nos lo demuestra, por ejemplo, Inglaterra. Sus medios técnicos para "ahorrar" trabajo son colosales. Sin embargo, si mañana se restringiese en todas partes el trabajo a una medida racional y fuese graduado de acuerdo a las diversas capas de la clase obrera según edad y sexo, la población obrera existente sería absolutamente insuficiente para continuar la producción nacional en la escala actual. Deberían ser transformados en "productivos" la gran mayoría de los obreros hoy "improductivos".

En suma, los movimientos generales del salario están regulados exclusivamente por la expansión y contracción del ejército industrial de reserva, que corresponden a los diferentes períodos del ciclo industrial. Ellos no están determinados, pues, por el número absoluto

⁸³ Incluso durante la escasez de algodón en 1863, encontramos en un panfleto de los hilanderos del algodón de Blackburn denuncias vehementes contra el trabajo excesivo, que por la yigencia de la ley fabril, naturalmente, sólo afectaba a los obreros adultos varones. "En estas fábricas se les exige a los obreros adultos que trabajen de 12 a 13 horas al día, al tiempo que hay cientos de condenados a la ociosidad que gustosamente trabajarían una parte del horario para mantener a sus familias y salvar a sus hermanos obreros de una muerte prematura por efecto del trabajo excesivo." Dice, luego: "Queremos preguntar, ¿esta práctica de trabajar tiempo extra hace posible de algún modo que las relaciones entre el patrón y los 'sirvientes' sean soportables? Las víctimas del sobretrabajo sienten la injusticia de la misma manera que los condenados a la ociosidad forzada (*condemned to forced idleness*). En este distrito, el trabajo a realizar es suficiente para brindar ocupación, de manera parcial, a todas las personas, si el trabajo se distribuyese justamente. Exigimos sólo nuestro derecho cuando llamamos a los patronos a que se trabaje, en general, sólo jornadas cortas, a lo menos mientras dure el actual estado de cosas, en vez de hacer trabajar de manera excesiva a una parte de los trabajadores, mientras que la otra se ve obligada a vivir de la caridad" (*Reports of Insp. of Fact., 31st Oct. 1863, p. 8*). El autor del *Essay on Trade and Commerce*, con su acostumbrado e infalible instinto burgués, comprende el efecto que ejerce la sobrepoblación relativa sobre los obreros ocupados. "Otra causa de la ociosidad (*idleness*) en este reino es la falta de un número suficiente de brazos que trabajen. Cada vez que por causa de una demanda inusual de productos fabriles la masa de trabajo se vuelve insuficiente, los obreros perciben su propia importancia y quieren hacérsela sentir también a sus patronos; es asombroso, pero el ánimo de estos sujetos es tan depravado que en tales ocasiones se combinaban grupos de obreros para poner en un apuro a sus patronos, holgazaneando un día entero" (*Essay etc., pp. 27, 28*). Los sujetos exigían precisamente un alza salarial.

de la población obrera, sino por la relación cambiante en que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, por el aumento y la reducción del volumen relativo de la sobrepoblación, por el grado en que ésta es absorbida o despedida nuevamente. Para la industria moderna, con su ciclo decenal y sus fases periódicas —que, además, en el curso de la acumulación son interferidas por oscilaciones irregulares, que se suceden de una manera cada vez más rápida—, sería realmente una hermosa ley la que no regulase la demanda y la oferta de trabajo por la expansión y contracción del capital, o sea según sus necesidades ocasionales de valorización, de tal modo que el mercado de trabajo aparece relativamente semidesocupado cuando el capital se expande, o nuevamente repleto en el momento en que se contrae, sino que, al revés, hiciese depender el capital del movimiento absoluto del número de la población. Este es, empero, el dogma económico. Según el mismo, el salario aumenta a causa de la acumulación de capital. El salario incrementado incentiva la más rápida multiplicación de la población obrera, situación que perdura hasta que el mercado de trabajo se repleta, o sea, hasta cuando el capital se vuelve insuficiente en relación a la oferta de obreros. El salario disminuye, y ahora, pues, se da la otra cara de la medalla. El salario decreciente diezma paulatinamente a la población obrera, de modo que, en proporción a ella, el capital se vuelve de nuevo superabundante; o, como otros autores lo explican, el salario decreciente y la correspondiente explotación acrecentada del obrero aceleran nuevamente la acumulación, mientras que los bajos salarios mantienen en jaque el crecimiento de la clase obrera. Así, se restablece la relación en la cual la oferta de trabajo es inferior a su demanda, aumentando los salarios, etc. ¡Este es un bello método de movimiento para la producción capitalista desarrollada! Antes de que pudiese darse, a causa del incremento del salario, cierto crecimiento positivo de la población realmente apta para el trabajo, ya se habría vencido muchas veces el plazo en que debía realizarse la campaña industrial, darse y ganarse la batalla.

Entre 1849 y 1859, en los distritos agrícolas ingleses tuvo lugar, junto a la caída en los precios cerealeros, un aumento salarial, que si lo examinamos en términos prácticos fue sólo nominal; por ejemplo, en Wiltshire, el salario semanal aumentó de 7 a 8 chelines, en Dorsetshire, de 7 u 8 a 9 chelines, etc. Fue a consecuencia del reflujo inusual de la sobrepoblación agrícola provocada por la demanda de la guerra¹⁷⁵¹, la ampliación masiva en la construcción de líneas férreas, fábricas, minas, etc. Cuanto menor sea el salario tanto más alto será en términos porcentuales todo incremento del mismo, por muy insignificante que sea. Si el salario semanal es, por ejemplo, de 20 chelines y aumenta a 22, el aumento es de un 10%; en cambio, si sólo es de 7 chelines y sube a 9, crece en un 28⁴/₇%, porcentaje que suena muy significativo. De cualquier manera, los

arrendatarios se lamentaban y el *London Economist*⁸⁴ incluso peroraba con toda seriedad de *a general and substantial advance* [un incremento general y sustancial], refiriéndose a estos salarios de hambre. ¿Qué hicieron en ese instante los arrendatarios? ¿Esperaron hasta que los obreros rurales, animados por esta deslumbrante paga, se hubiesen multiplicado a tal punto que su salario disminuyera de nuevo, tal cual se representan las cosas en el cerebro dogmático de un economista? Introdujeron más maquinaria, y en un abrir y cerrar de ojos los obreros eran nuevamente "superfluos" en una proporción satisfactoria para los arrendatarios. Ahora, en la agricultura se invertía "más capital" que antes, y en una forma más productiva. Con ello decayó la demanda de trabajo no sólo de manera relativa, sino también en términos absolutos.

Dicha ficción económica confunde las leyes que regulan el movimiento general del salario, o sea, la proporción entre la clase obrera, esto es, la fuerza de trabajo total, y el capital social global con las leyes que distribuyen la población obrera entre las esferas particulares de la producción. Si, por ejemplo, a causa de una coyuntura favorable, la acumulación es particularmente activa en una esfera determinada de la producción, si las ganancias son aquí mayores a las ganancias medias, precipitándose a ella capital adicional, naturalmente aumentará la demanda de trabajo y el salario. La mejor remuneración atraerá a la esfera favorecida una parte mayor de la población obrera hasta que quede saturada de fuerza de trabajo y el salario descienda, a la larga, nuevamente a su nivel medio anterior o debajo del mismo, en caso de que la afluencia haya sido demasiado grande. Entonces, no sólo cesa la inmigración de obreros a la rama industrial en referencia, sino que se produce la emigración. El economista político cree ver aquí "dónde y cómo", con el aumento del salario, hay un crecimiento absoluto de los obreros, y con este crecimiento absoluto un descenso de los salarios, pero en los hechos sólo ve la oscilación local del mercado de trabajo en una esfera particular de producción, ve únicamente fenómenos de la distribución de la población obrera en las diversas esferas de inversión de capital según sus necesidades cambiantes.

Durante los períodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva presiona sobre el ejército de trabajo activo y pone frenos a sus exigencias durante los períodos de sobreproducción y de paroxismo. La sobrepoblación relativa, pues, es el trasfondo sobre el cual se mueve la ley de la demanda y la oferta del trabajo. Comprime el campo de acción de esta ley a los límites absolutamente convenientes a las ansias de explotación y dominio del capital. Es este el momento de retornar a una de las grandes hazañas de la apologetica económica. Se recordará que

⁸⁴ *Economist*, 21 de enero de 1860.

cuando una fracción del capital variable se transforma en capital constante, mediante la introducción de maquinaria nueva o la ampliación de la vieja, el apologista económico concibe esta operación, que "ata" capital y precisamente por ello "libera" trabajo como si, a la inversa, liberase capital para los obreros. Sólo ahora podemos apreciar plenamente la desvergüenza de los apologistas. Se libera no sólo a los obreros directamente desplazados por la máquina, sino asimismo a su personal de remplazo y al contingente adicional que, en el curso de la habitual ampliación del negocio sobre su vieja base, sería absorbido regularmente. Ahora todos ellos han sido "liberados", y cualquier nuevo capital con ansias de entrar en funciones puede disponer de ellos. Ya atraiga a esos obreros o a otros, el efecto sobre la demanda general de trabajo será igual a cero, mientras el capital sea suficiente exactamente para liberar el mercado de tantos obreros como han desplazado las máquinas. Si da ocupación a un número menor, aumenta el número de los excedentarios; si emplea uno mayor, la demanda general de trabajo sólo aumenta en el excedente de los ocupados con relación a los "liberados". El impulso que los capitales adicionales en busca de inversión hubiesen dado, de lo contrario, a la demanda general de trabajo, queda neutralizado, en todo caso, en la medida en que dicha demanda es cubierta por los obreros arrojados a la calle por las máquinas. Así, pues, el mecanismo de la producción capitalista cuida de que el crecimiento absoluto del capital no esté acompañado de un aumento correspondiente en la demanda general de trabajo. ¡Y el apologista llama a esto una compensación por la miseria, los sufrimientos y la posible muerte de los obreros desplazados durante el período de transición que los proscriben al ejército industrial de reserva! La demanda de trabajo no es idéntica al incremento del capital; la oferta de trabajo tampoco lo es al crecimiento de la clase obrera, por tanto no son dos potencias independientes entre sí que se influyen recíprocamente. *Les dés sont pipés.* [Los dados están cargados.] El capital actúa de dos lados a la vez. Si su acumulación, de una parte, acrecienta la demanda de trabajo, de la otra, incrementa la oferta de obreros mediante su "liberación", mientras que simultáneamente la presión de los desocupados obliga a los ocupados a poner en movimiento más trabajo, o sea, hace la oferta de trabajo en cierto grado independiente de la oferta de obreros. El movimiento de la ley de la demanda y la oferta de trabajo sobre esta base completa el despotismo del capital. Por tanto, no bien los obreros descifran el secreto de cómo es posible que mientras más trabajan, producen más riqueza ajena y mientras más crece la fuerza productiva de su trabajo, se vuelve más precaria incluso su función como medio de valorización del capital; no bien descubren que el grado de intensidad de la competencia producida entre ellos mismos depende plenamente de la presión recibida de la sobrepoblación relativa;

no bien, por tanto, intentan mediante los *Trade Unions* [sindicatos], etc., organizar una acción conjunta y planificada de ocupados y desocupados para impedir o debilitar las ruinosas consecuencias de esa ley natural de la producción capitalista sobre su clase, el capital y su sicofante, el economista político, claman contra la transgresión de la ley "eterna" y, por así decirlo, "sagrada" de la demanda y la oferta. Toda cooperación entre los ocupados y los desocupados perturba el "libre" juego de esta ley. De otra parte, no bien en las colonias, por ejemplo, circunstancias adversas impiden la creación del ejército industrial de reserva y, con ello, la dependencia absoluta de la clase obrera con respecto a la clase capitalista, el capital, junto a su trivial Sancho Panza, se rebela contra la ley "sagrada" de la demanda y la oferta e intenta interferir en su acción a través de medios coactivos.

4. DIVERSAS FORMAS DE EXISTENCIA DE LA SOBREPoblACION RELATIVA. LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACION CAPITALISTA

La sobrepoblación relativa existe en todos los matices posibles. Todo obrero pertenece a ella mientras esté semiocupado o carezca completamente de empleo. Prescindiendo de las grandes formas, de retorno periódico que le imprime el cambio de fases del ciclo industrial, de tal modo que aparece ya sea de manera aguda, en las crisis, o crónica en los tiempos de negocios flojos, la sobrepoblación relativa reviste, continuamente, tres formas: fluctuante, latente y estancada.

En los centros de la industria moderna —fábricas, manufacturas, fundiciones y minas, etc.—, los obreros son en un momento repelidos, en otros de nuevo atraídos en cantidades más grandes, de tal modo que, en suma, aumenta el número de los ocupados, aunque en proporción constantemente decreciente con respecto a la escala de la producción. La sobrepoblación existe aquí en una forma fluctuante.

Tanto en las fábricas propiamente dichas como en todos los grandes talleres, en que la maquinaria entra como un factor o, a lo menos, se implementa la división moderna del trabajo, se necesita masivamente a obreros varones en edad joven. Una vez alcanzada la edad madura, sólo muy pocos son empleados en las mismas ramas industriales, mientras que la mayoría de ellos es despedida regularmente. Constituyen un elemento de la sobrepoblación fluctuante que crece con el incremento de la industria. Parte de esos obreros emigra y en los hechos lo que hace es sólo seguir al capital emigrado. Una de las consecuencias es que la población femenina crece más rápido que la masculina, como ocurre en Inglaterra. El hecho de que el incremento natural de la masa obrera no satisfaga las necesidades de acumulación del capital y que, sin embargo, a la vez, las supere, es una contradicción del propio movimiento del capital. Este necesita masas

más grandes de obreros en edad temprana y menores en edad adulta. La contradicción no es más flagrante que aquella otra en que se clama contra la falta de brazos al tiempo que muchos miles están en la calle porque la división del trabajo los encadena a una determinada rama industrial⁸⁵. Además, el consumo de la fuerza de trabajo por el capital es tan rápido que el obrero en edad media la mayoría de las veces ya es una persona más o menos envejecida. Pasa a las filas de los excedentarios o es desplazado de un escalón superior a otro inferior. Es precisamente entre los obreros de la gran industria donde se da la menor duración de vida.

"El Dr. Lee, funcionario de sanidad en Manchester, ha establecido que en esa ciudad la duración media de vida en la clase acomodada es de 38 años y en la clase obrera sólo de 17 años. En Liverpool, asciende a 35 años para la primera y a 15 para la segunda. De ello se infiere, pues, que la clase privilegiada tiene una esperanza de vida (*have a lease of life*) más de dos veces superior que la de sus conciudadanos menos favorecidos."^{85a}

Bajo estas circunstancias, el crecimiento absoluto de esta fracción del proletariado debe adoptar una forma que incremente su número, aunque sus elementos se desgasten rápidamente. Por tanto, tiene lugar un rápido relevo de las generaciones obreras. (La misma ley no rige para las demás clases de la población.) Este requerimiento social es satisfecho mediante matrimonios tempranos, consecuencia necesaria de las condiciones en que viven los obreros de la gran industria, y a través del premio que establece la explotación de los niños obreros a su producción.

No bien la producción capitalista se apodera de la agricultura, total o parcialmente, con la acumulación del capital que funciona en esta esfera disminuye en términos absolutos la demanda de población obrera rural, sin que su repulsión se complemente, como es el caso de la industria no agrícola, por una mayor atracción. Por eso, una parte de la población rural se encuentra continuamente en vías de transformarse en proletariado urbano o manufacturero y en espera de que se produzcan circunstancias favorables para esta transición. (Manufactura se emplea aquí en el sentido de toda la industria no agrícola⁸⁶.) Esta fuente de sobrepoblación relativa

⁸⁵ Mientras que en el segundo semestre de 1866 fueron arrojados de su trabajo en Londres de 80 a 90 mil obreros, el informe fabril del mismo semestre sostiene: "No parece absolutamente correcto afirmar que la demanda siempre produce oferta justo en el momento necesario. Es desacertado con respecto al trabajo, pues mucha maquinaria estuvo parada el último año por carencia de mano de obra" (*Report of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1866*, p. 81).

^{85a} Discurso de inauguración de la Conferencia de Sanidad, Birmingham, 14 de enero de 1875, pronunciado por J. Chamberlain, entonces alcalde de la ciudad, (ahora (1883) ministro del Comercio —F. E.).

⁸⁶ En el censo de 1861 de Inglaterra y Gales se enumera: "781 ciudades con 10.960.998 habitantes, mientras que los pueblos y parroquias rurales sólo cuentan con 9.105.226 habitantes... En 1851, en el censo sólo figuraban 580 ciudades, cuya población era aproximadamente igual a la población de los distritos rurales circundan-

fluye constantemente. Pero su flujo continuo a las ciudades presupone, en el campo, la existencia de una sobrepoblación permanentemente latente, cuya magnitud sólo se vuelve visible cuando los canales de drenaje se abren excepcionalmente en toda su amplitud. El salario del obrero rural se reduce, por consiguiente, a su mínimo y se encuentra constantemente con un pie sumergido en el pantano del pauperismo.

La tercera categoría de la sobrepoblación relativa, la estancada, constituye una parte del ejército obrero activo, pero con ocupaciones en extremo irregulares. De este modo, proporciona al capital un fondo inagotable de fuerza de trabajo disponible. Su nivel de vida cae por debajo del nivel normal medio de la clase trabajadora, y esto precisamente convierte esa categoría en amplia base para ciertas ramas de particular explotación del capital. La caracterizan el máximo de jornada laboral y el mínimo de salario. Ya hemos conocido su figura principal bajo el rubro de trabajo domiciliario. Recluta constantemente a sus miembros entre los supernumerarios de la gran industria y la agricultura y, en particular, de las ramas industriales en ruina, en donde la industria artesanal es derrotada por la industria manufacturera y ésta, a su vez, por la industria maquinizada. Su volumen se extiende en la medida en que, con la magnitud y la intensidad de la acumulación, progresa la producción de sobrepoblación. Sin embargo, esta categoría simultáneamente constituye un elemento de la clase obrera que se reproduce y perpetúa a sí mismo y al que corresponde una participación relativamente mayor en el crecimiento total de dicha clase con respecto a los elementos restantes. En efecto, no sólo la masa de los nacimientos y muertes, sino también la magnitud absoluta de las familias se encuentran en razón inversa al nivel del salario, o sea, a la masa de medios de subsistencia de que disponen las diversas categorías de obreros. Esta ley de la sociedad capitalista parecería absurda entre los salvajes o incluso entre los colonos civilizados. Recuerda la reproducción masiva de tipos de animales individualmente débiles y perseguidos con encarnizamiento⁸⁷.

tes. Pero, mientras en estos últimos la población creció, en los 10 años siguientes, sólo en medio millón, en las 580 ciudades el incremento fue de 1.554.067. El aumento poblacional en las parroquias rurales fue de 6,5%, en las ciudades de 17,3%. La diferencia en la tasa de crecimiento se debe a la migración del campo a la ciudad. Tres cuartas partes del incremento total de la población corresponde a las ciudades" (*Census etc.*, vol. III, pp. 11, 12).

⁸⁷ "La pobreza parece favorecer la procreación" (A. Smith). Según el galante e ingenioso abate Galiani, este es un orden divino particularmente sabio: "Dios hace que los hombres que ejercen los oficios de primera utilidad nazcan abundantemente" (Galiani, l.c., p. 78). "La miseria, cuando llega al punto extremo del hambre y la pestilencia, en vez de obstaculizar, tiende a acrecentar la población" (S. Laing, *National Distress*, 1844, p. 69). Laing, después de ilustrar sus argumentaciones con datos estadísticos, prosigue: "Si toda la gente estuviese en una situación acomodada, el mundo pronto estaría despoblado" ("*If the people were all in easy circumstances, the world would soon be depopulated*").

El residuo más profundo de la sobrepoblación relativa mora, finalmente, en la esfera del pauperismo. Si prescindimos de vagabundos, criminales, prostitutas o, brevemente, del lumpenproletariado propiamente dicho, este estrato social se compone de tres categorías. La primera la forman personas aptas para el trabajo. Sólo se necesita echar una mirada superficial a la estadística del pauperismo inglés para encontrar que su masa aumenta con cada crisis y se reduce con cada reanimación de los negocios. La segunda, huérfanos e hijos de indigentes. Son candidatos al ejército industrial de reserva; en tiempos de gran auge, como por ejemplo en 1860, son enrolados rápida y masivamente al ejército activo de obreros. La tercera, personas degradadas, encanallecidas, ineptas para trabajar. Se trata, en particular, de individuos que sucumben por su inmovilidad, causada por la división del trabajo, de personas que viven más de la edad normal de un obrero y, finalmente, de las víctimas de la industria, cuyo número crece al aumentar la maquinaria peligrosa, la minería, las fábricas químicas, etc.: mutilados, enfermos, viudas, etc. El pauperismo constituye el hospicio de inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva. Su producción va implícita en la producción de sobrepoblación relativa, su necesidad, en la necesidad de ésta; con ella conforma una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza. El pauperismo pertenece a los *faux frais* [gastos improductivos] de la producción capitalista, pero el capital sabe sacudirlos en su mayor parte de sus hombros y cargarlos sobre los de la clase obrera y la pequeña clase media.

Cuanto mayores sean la riqueza social, el capital en funcionamiento, el volumen y la energía de su crecimiento y, por tanto, también la magnitud absoluta del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor será el ejército industrial de reserva. La fuerza productiva disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital. La magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece, pues, simultáneamente con las potencias de la riqueza. Pero, cuanto mayor sea este ejército de reserva en proporción al ejército obrero activo tanto más abundante será la sobrepoblación consolidada, cuya miseria se encuentra en razón directa al tormento de su trabajo*. Por último, cuanto mayores sean las capas de la clase obrera constituidas por menesterosos y el ejército industrial de reserva tanto mayor será el pauperismo oficial. *Esta es la ley general y absoluta de la acumulación capitalista.* Como todas las demás leyes, en su concreción se ve modificada por múltiples circunstancias, cuyo análisis no corresponde efectuar aquí.

Se comprende la insensatez de la sabiduría económica que predica

* En el original dice: "se encuentra en razón inversa al tormento de su trabajo"; fue corregido según el texto de la edición francesa autorizada por el autor. —Ed.

a los obreros la necesidad de adecuar su número a las necesidades de valorización del capital. El mecanismo de la producción y acumulación capitalista ajusta constantemente ese número a las necesidades de valorización. La primera palabra de dicha adecuación es la creación de una sobrepoblación relativa o un ejército industrial de reserva; la última palabra, la miseria de estratos cada vez más extensos del ejército obrero activo y el peso muerto del pauperismo.

La ley —según la cual, gracias al progreso de la productividad del trabajo social, una masa siempre creciente de medios de producción puede ser puesta en movimiento con un gasto progresivamente descendiente de fuerza de trabajo humana— se manifiesta en la base capitalista, donde no es el obrero quien emplea los medios de trabajo, sino éstos a aquél, en que cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto mayor será la presión que los obreros ejercen sobre sus medios de ocupación y tanto más precaria, pues, será la condición de su existencia: la venta de su fuerza propia para incrementar la riqueza ajena, o sea, para que el capital pueda autovalorizarse. Por tanto, un crecimiento más rápido de los medios de producción y de la productividad del trabajo respecto al de la población productiva se expresa en términos capitalistas, a la inversa, en que la población obrera aumenta siempre más rápido que la necesidad de valorización del capital.

En la cuarta sección, al analizar la producción de plusvalor relativo, hemos visto que dentro del sistema capitalista todos los métodos de incrementar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a costa del obrero individual; todos los medios que contribuyen al desarrollo de la producción se trastocan en medios de dominación y explotación del productor, mutilan al obrero, convirtiéndolo en un hombre parcial [Teilmensch]; lo degradan, reduciéndolo a la calidad de un apéndice de la máquina; aniquilan con el tormento de su trabajo el contenido del mismo; enajenan del obrero las potencias espirituales del proceso de trabajo en la misma medida en que se incorpora a éste la ciencia en cuanto potencia autónoma; desfiguran las condiciones en cuyos marcos trabaja; lo someten durante el proceso de trabajo a un despotismo mezquino y hostil; convierten su tiempo de vida en tiempo de trabajo; arrojan a su mujer y a sus niños bajo la rueda de Juggernaut¹⁷⁶¹ del capital. Pero todos los métodos de producción del plusvalor son, a la vez, métodos de acumulación, y toda ampliación de la acumulación se convierte, a su turno, en medio de desarrollo de aquellos métodos. De ello se infiere que en la medida en que se acumula capital, la situación del obrero debe empeorar, sea cual fuere, alta o baja, su remuneración. Por último, la ley que mantiene un equilibrio constante entre la sobrepoblación relativa, o ejército industrial de reserva, y el volumen y la intensidad de la acumulación, encadena

al obrero al capital con grilletes más firmes que la cuña con que Hefesto sujetara a Prometeo en la roca. Esta ley condiciona una acumulación de miseria en correspondencia a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza en un polo es, pues, simultáneamente acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo contrario, esto es, en la clase que crea su propio producto como capital.

Este carácter antagónico de la acumulación capitalista⁸⁸ ha sido expuesto de diversas formas por los economistas políticos, aunque lo confunden con fenómenos, por cierto análogos pero sin embargo sustancialmente distintos, propios de modos precapitalistas de producción.

El monje veneciano Ortes, uno de los grandes autores económicos del siglo XVIII, concibe el antagonismo de la producción capitalista como ley natural y universal de la riqueza social.

"El bien económico y el mal económico se equilibran siempre en una nación (*il bene ed il male economico in una nazione sempre all'istessa misura*), la plenitud de bienes para unos se iguala siempre a la carencia de los mismos para otros (*la copia dei beni in alcuni sempre eguale alla mancanza di essi in altri*). La gran riqueza de unos va siempre acompañada del robo absoluto de lo necesario en muchos otros. La riqueza de una nación corresponde a su población, y su miseria corresponde a su riqueza. La laboriosidad de unos impone la ociosidad en otros. Los pobres y los ociosos son un fruto necesario de los ricos y los activos", etc.⁸⁹

Aproximadamente 10 años después de Ortes, el cura anglicano protestante Townsend glorificó muy burdamente la pobreza como condición necesaria de la riqueza.

"La coerción legal al trabajo está vinculada a demasiados quebrantos, violencia y ruido, mientras que el hambre no sólo ejerce una presión pacífica, silenciosa e incesante, sino que, siendo el motivo más natural para la industria y el trabajo, provoca los mayores esfuerzos."

Por tanto, lo determinante es convertir el hambre en la clase obrera en una constante, y de ello cuida, según Townsend, el principio de la población, que es particularmente activo entre los pobres.

⁸⁸ "De día en día se vuelve más claro, con ello, que las relaciones de producción en que se mueve la burguesía no tienen un carácter único, simple, sino uno doble; que en las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce, también, la miseria; que en las mismas relaciones en que se da el desarrollo de las fuerzas productivas, se desarrolla una fuerza represiva; que dichas relaciones sólo producen la riqueza burguesa, esto es, la riqueza de la clase burguesa, con la destrucción continua de la riqueza de algunos miembros integrantes de esta clase y la creación de un proletariado en permanente crecimiento" (Karl Marx. *Misère de la Philosophie*, p. 116).

⁸⁹ G. Ortes. *Della Economia Nazionale*. Libro VI, 1774, en Custodi, Parte Moderna, t. XXI, pp. 6, 9, 22, 25, etc. Ortes dice, l.c., p. 32: "En lugar de proyectar sistemas inútiles para la felicidad de los pueblos, me limitaré a investigar las razones de su infelicidad".

"Parece ser una ley natural que los pobres sean en cierto grado poco previsores (*improvident*)" (en verdad, tan poco previsores que vienen al mundo sin una cuchara de oro en la boca), "de modo que siempre hay algunos (*that there always may be some*) para cumplir las funciones más serviles, sucias y bajas de la comunidad. El fondo de felicidad humana (*the fund of human happiness*) se incrementa mucho con ello, los individuos más delicados (*the more delicate*) son liberados de trabajos pesados y pueden dedicarse sin impedimento a funciones más elevadas... La ley de beneficencia tiende a destruir la armonía y la belleza, la simetría y el orden de este sistema, creado en el mundo por Dios y la naturaleza."⁹⁰

Si el monje veneciano encontraba, en el destino fatal que eterniza la miseria, la razón de ser de la beneficencia cristiana, el celibato, los conventos y las instituciones pías, el prebendado protestante veía en él, por el contrario, el pretexto para condenar las leyes por las cuales el pobre tenía el derecho a un magro apoyo público.

"El progreso de la riqueza social" —dice Storch— "produce aquella clase útil de la sociedad... que desempeña las más aburridas, bajas y repugnantes ocupaciones, en pocas palabras, la que echa sobre sus hombros todo lo que la vida tiene de desagradable y esclavizante, proporcionando con ello a las otras clases el tiempo, la serenidad de espíritu y la dignidad convencional del carácter (*c'est bon!* [¡excelente!]) etc."⁹¹

Storch se pregunta: ¿cuál será, en realidad, la ventaja propiamente tal que esta civilización capitalista, con su miseria y su degradación de las masas, tiene con respecto a la barbarie? Sólo encuentra una respuesta: ¡la seguridad!

"Debido al progreso de la industria y de la ciencia" —dice Sismondi— "todo obrero puede producir cada día más de lo que necesita para su consumo. Pero, al mismo tiempo que su trabajo produce riqueza, esta última lo haría poco apropiado para el trabajo si él mismo estuviera llamado a consumirla." Según Sismondi, "los hombres" (esto es, los no-trabajadores) "prescindirían, probablemente, de todo perfeccionamiento de las artes, así como de todos los disfrutes que nos proporciona la industria, si debieran adquirirlos con un trabajo tan pesado como el que ejecutan los obreros... Los esfuerzos están actualmente divorciados de su recompensa; no es el mismo hombre quien primero trabaja y luego descansa; por el contrario, precisamente porque uno trabaja, el otro debe descansar... La infinita multiplicación de las fuerzas productivas del

⁹⁰ *A Dissertation on the Poor Laws. By a Wellwisher of Mankind* (the Reverend Mr. J. Townsend), 1786, reeditado en Londres, 1817, pp. 15, 39, 41. Este cura "delicado", de cuya obra recién citada, así como de sus *Viajes a través de España*, Malthus suele copiar páginas enteras, tomó la mayor parte de su doctrina de sir J. Steuart, a quien sin embargo tergiversa. Por ejemplo, cuando J. Steuart dice: "Aquí, en la esclavitud, existía un método violento de hacer trabajar a las personas" (en provecho del no-trabajador). "...En aquel entonces, los hombres eran forzados a trabajar" (es decir, a trabajar gratis para otros), "porque eran esclavos de otros; ahora, los hombres son forzados a trabajar" (o sea, a trabajar gratis para los no-trabajadores), "porque son esclavos de sus propias necesidades"^[177], no llega por ello a concluir, como sí lo hace el obeso prebendado, que el obrero asalariado deba siempre pasar hambre. Desea, a la inversa, multiplicar sus necesidades y convertir el creciente número de éstas en acicate que lo estimule a trabajar para "los delicados".

⁹¹ Storch, l.c., t. III, p. 223.

trabajo no puede, por tanto, arrojar otro resultado que el aumento del lujo y el disfrute de los ricos ociosos"⁹².

Por último, Destutt de Tracy, ese doctrinario burgués frío, formula brutalmente:

"Las naciones pobres son aquellas en las cuales el pueblo se encuentra a sus anchas; y las naciones ricas, aquellas en que es por regla general pobre"⁹³

5. ILUSTRACION DE LA LEY GENERAL DE LA ACUMULACION CAPITALISTA

a) Inglaterra de 1846 a 1866

Ningún período de la sociedad moderna es tan favorable para el estudio de la acumulación capitalista como el transcurrido en los últimos veinte años. Es como si hubiera dado con la bolsa de Fortunato. De todos los países es Inglaterra, nuevamente, la que ofrece el ejemplo clásico, porque ocupa el primer lugar en el mercado mundial, porque sólo aquí el modo de producción capitalista está plenamente desarrollado y, finalmente, porque la implantación desde 1846 del reino milenario del librecambio privó a la economía vulgar de su último refugio. En la cuarta sección ya destacamos de manera suficiente el progreso titánico de la producción que en la segunda mitad de este período de veinte años supera con holgura al alcanzado en la primera.

Aunque el crecimiento absoluto de la población inglesa fue muy grande en el último medio siglo, su crecimiento relativo o su tasa de incremento fue reduciéndose constantemente, como lo muestra el cuadro siguiente, tomado del censo oficial:

Incremento porcentual anual de la población de Inglaterra y Gales, por decenios

1811—1821	1,533%
1821—1831	1,446%
1831—1841	1,326%
1841—1851	1,216%
1851—1861	1,141%

Examinemos ahora, de otra parte, el aumento de la riqueza. La evolución de las ganancias, de las rentas de la tierra, etc., sujetas al impuesto a los ingresos, ofrecen aquí el punto de referencia más seguro. El aumento de las ganancias gravables (sin incluir a los arrendatarios y otras categorías) fue en Gran Bretaña, entre 1853

⁹² Sismondi, l.c., t. I, pp. 79, 80, 85.

⁹³ Destutt de Tracy, l.c., p. 231. "Les nations pauvres, c'est là où le peuple est à son aise; et les nations riches, c'est là où il est ordinairement pauvre."

y 1864, de 50,47% (o 4,58% en promedio anual)⁹⁴; el de la población, durante el mismo periodo, alcanzó 12%, aproximadamente. El aumento en las rentas gravables de la tierra (incluyendo casas, ferrocarriles, minas, pesquerías, etc.) ascendió de 1853 a 1864 a un 38% ó 3⁵/₁₂% anuales, debiéndose en gran proporción este crecimiento a los siguientes rubros⁹⁵:

	Excedente del ingreso anual de 1864 con relación al de 1853	Incremento anual
Casas	38,60%	3,50%
Canteras	84,76%	7,70%
Minas	68,85%	6,26%
Fundiciones	39,92%	3,63%
Pesquerías	57,37%	5,21%
Fábricas de gas	126,02%	11,45%
Ferrocarriles	83,29%	7,57%

Si se compara de cuatro en cuatro los años en el periodo 1853-1864, el grado de aumento de los ingresos crece continuamente. Por ejemplo, los ingresos provenientes de las ganancias lo hacen entre 1853 y 1857 en 1,73% anuales, entre 1857 y 1861, en 2,74% anuales, y 9,30% anuales para el lapso 1861-1864. En el Reino Unido, la suma total de los ingresos sujetos al impuesto correspondiente alcanzó en 1856 a £307.068.898; en 1859, a £328.127.416; en 1862, a £351.745.241; en 1863, a £359.142.897; en 1864, a £362.462.279, en 1865, a £385.530.020⁹⁶.

La acumulación de capital iba acompañada de su concentración y centralización. Aunque no existía ninguna estadística agrícola oficial para Inglaterra (pero, sí para Irlanda), 10 condados la proporcionaron voluntariamente. Arrojó el resultado de que desde 1851 a 1861 los predios arrendados de menos de 100 acres se redujeron de 31.583 a 26.567, o sea, 5.016 fueron incorporados a

⁹⁴ *Tenth Report of the Commissioners of H. M's Inland Revenue*, Londres, 1866, p. 38.

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ Estas cifras son suficientes para fines de comparación, pero si se consideran en términos absolutos son falsas, pues se "silencian" anualmente, tal vez, ingresos del orden de los £100 millones. Las quejas de los *commissioners of Inland Revenue* [miembros de la comisión sobre impuestos internos] contra los fraudes sistemáticos, en particular los realizados de parte de los comerciantes e industriales, se repiten en todos sus informes. Así, por ejemplo, se dice: "Una sociedad anónima declaró que sus ganancias gravables ascendían a £6.000, sin embargo el tasador las evaluó en £88.000, y finalmente se canceló el impuesto por esta suma. Otra compañía declaró una suma de £190.000, pero se vio obligada a reconocer que el monto real era de £250.000" (i.e., p. 42).

predios arrendados más grandes⁹⁷. De 1815 a 1825, el impuesto a la herencia no afectó ningún patrimonio mobiliario de más de un millón de libras esterlinas; de 1825 a 1855, en cambio, a ocho; de 1855 a junio de 1859, esto es, durante cuatro años y medio, a cuatro⁹⁸. Sin embargo, el progreso de la centralización se inferirá mejor de un breve análisis del impuesto a los ingresos para el rubro D (ganancias, exceptuando los arrendatarios, etc.) en los años 1864 y 1865. Señalaré, de antemano, que los ingresos provenientes de esta fuente cancelan *income tax* [impuesto al ingreso] a partir de £60. En Inglaterra, Gales y Escocia, en 1864, estos ingresos gravables sumaron £95.844.222 y en 1865, £105.435.787⁹⁹; el número de personas gravadas fue en 1864 de 308.416 sobre una población total de 23.891.009 personas, y en 1865, de 332.431 sobre una población total de 24.127.003 personas. El cuadro siguiente muestra la distribución de estos ingresos en ambos años:

	Año que concluye el 5 de abril de 1864		Año que concluye el 5 de abril de 1865	
	Ingresos por ganancias	Personas	Ingresos por ganancias	Personas
Ingresos totales,	£95.844.222	308.416	£105.435.787	332.431
de los cuales	£57.028.290	22.334	£64.554.297	24.075
— " —	£36.415.225	3.619	£42.535.576	4.021
— " —	£22.809.781	822	£27.555.313	973
— " —	£8.744.762	91	£11.077.238	107

En el Reino Unido, en 1855, se produjeron 61.453.079 toneladas de carbón por un valor de £16.113.267; en 1864, 92.787.873 toneladas por un valor de £23.197.968; en 1855, 3.218.154 toneladas de arrabio por un valor de £8.045.385; en 1864, 4.767.951 toneladas por un valor de £11.919.877. En 1854, la extensión de las vías férreas explotadas en el Reino Unido ascendía a 8.054 millas, con una inversión de capital de £286.068.794; en 1864, la extensión era de 12.789 millas con un capital invertido de £425.719.613. En 1854, las exportaciones e importaciones globales del Reino Unido sumaron £268.210.145, y en 1865, £489.923.285. El cuadro siguiente muestra la dinámica de las exportaciones¹⁰⁰:

⁹⁷ *Census etc.*, l.c., p. 29. La afirmación de John Bright de que 150 terratenientes poseen la mitad de la tierra de Inglaterra y 12 la mitad de la de Escocia, no ha sido refutada.

⁹⁸ *Fourth Report etc. of Inland Revenue*, Londres, 1860, p. 17.

⁹⁹ Son ingresos netos, o sea, después de efectuarse los descuentos establecidos por la ley.

¹⁰⁰ En este momento, marzo de 1867, el mercado indio y el chino están de nuevo saturados de consignaciones de los fabricantes de algodón británicos. En 1866 se inició un descenso salarial de 5% entre los obreros algodoneros, en 1867, una operación similar condujo a una *strike* [huelga] de 20.000 personas en Preston. [Era este el preludio de la crisis que sobrevino inmediatamente después. — F. E.]

1847	£58.842.377
1849	£63.596.052
1856	£115.826.948
1860	£135.842.817
1865	£165.862.402
1866	£188.917.563

De estos escasos datos es posible comprender el grito de victoria lanzado por el director del Registro Civil [178] británico:

"Por rápido que haya crecido la población, no se mantuvo a la par del progreso logrado por la industria y la riqueza"¹⁰¹.

Dirijámonos ahora a los agentes directos de esta industria o a los productores de esta riqueza, a la clase obrera.

"Uno de los rasgos más tristes del estado social de este país" —dice Gladstone— "es que simultáneamente con una reducción del poder de consumo del pueblo y un aumento de las privaciones y la miseria de la clase obrera, se efectúa una constante acumulación de riqueza en las clases superiores y un continuo incremento del capital."¹⁰²

Así hablaba este suntuoso ministro en la Cámara de los Comunes el 13 de febrero de 1843. El 16 de abril de 1863, veinte años después, en el discurso en que exponía su presupuesto, manifestó:

"De 1842 a 1852, el ingreso gravable en este país aumentó en un 6%... En los 8 años que transcurren de 1853 a 1861 creció, si tomamos como base el año 1853, en un 20%. El hecho es tan sorprendente que es casi increíble... Este aumento embriagante de la riqueza y el poder... confinado enteramente a clases poseedoras... debe ser de beneficio indirecto para la población trabajadora, porque abarata las mercancías de consumo general; mientras los ricos se vuelven más ricos, los pobres se vuelven en todo caso menos pobres. En todo caso, no me atrevería a decir que se han reducido los extremos de la pobreza"¹⁰³.

¡Qué flojo anticlímax! Si la clase obrera sigue siendo "pobre", sólo que "menos pobre" en la medida en que producía un "aumento embriagante de riqueza y poder" para la clase poseedora, entonces

¹⁰¹ *Census etc.*, l.c., p. 11.

¹⁰² Gladstone en la Cámara de los Comunes, el 13 de febrero de 1843: "It is one of the most melancholy features in the social state of this country that we see, beyond the possibility of denial, that while there is at this moment a decrease in the consuming powers of the people, an increase of the pressure of privations and distress; there is at the same time a constant accumulation of wealth in the upper classes, an increase in the luxuriousness of their habits, and of their means of enjoyment" (*Times*, 14 de febrero de 1843. —Hansard, 13 de febrero).

¹⁰³ "From 1842 to 1852 the taxable income of the country increased by 6 per cent... In the 8 years from 1853 to 1861, it had increased from the basis taken in 1853, 20 per cent! The fact is so astonishing as to be almost incredible... this intoxicating augmentation of wealth and power... entirely confined to classes of property... must be of indirect benefit to the labouring population, because it cheapens the commodities of general consumption; while the rich have been growing richer, the poor have been growing less poor! At any rate, whether the extremes of poverty are less, I do not presume to say" (Gladstone en la *H. o. C.* [Cámara de los Comunes], 16 de abril de 1863. *Morning Star*, 17 de abril).

ella sigue siendo, en términos relativos, tan pobre como antes. Si los extremos de la pobreza no se han reducido, se han acrecentado, dado que lo han hecho los extremos de la riqueza. En lo que se refiere al abaratamiento de los medios de subsistencia, las estadísticas oficiales, por ejemplo los datos del *London Orphan Asylum* [orfanato de Londres], muestran para el promedio de los tres años que van de 1860 a 1862 un encarecimiento del 20%, comparado con los años 1851-1853. En los tres años siguientes, de 1863 a 1865, tuvo lugar un encarecimiento progresivo de la carne, la mantequilla, la leche, el azúcar, la sal, el carbón y numerosos otros medios de subsistencia imprescindibles¹⁰⁴. El siguiente discurso gladstoniano relativo al presupuesto, pronunciado el 7 de abril de 1864, es un elogio pindárico del progreso de la producción de plusvalor y de la felicidad del pueblo, moderada por la "pobreza". Habla de masas "al borde del pauperismo", de ramas industriales "en las cuales el salario no ha aumentado" y resume, finalmente, la felicidad del pueblo con estas palabras:

"En nueve casos de diez, la vida humana es una simple lucha por la existencia"¹⁰⁵.

El profesor Fawcett, no dependiente de consideraciones oficiales a diferencia de Gladstone, declara llanamente:

"No niego, naturalmente, que el salario en dinero aumentó" (en los últimos decenios) "con este incremento del capital, pero esta ventaja aparente se pierde, en gran parte, porque muchos artículos vitales constantemente se vuelven más caros" (cree que a causa de la caída en el valor de los metales preciosos). "...Los ricos se hacen rápidamente más ricos (*the rich grow rapidly richer*), sin que se perciba una mejora en el bienestar de las clases trabajadoras... Los obreros se transforman casi en esclavos de los tenderos, de los cuales son deudores."¹⁰⁶

¹⁰⁴ Véase los datos oficiales en el Libro Azul: *Miscellaneous Statistics of the Un. Kingdom*. Parte VI, Londres, 1866, pp. 260-273, *passim*. En remplazo de la estadística de los orfanatos, etc., pueden servir igualmente como prueba las declaraciones de los boletines ministeriales, al propiciar el aumento en la dote a los niños de la familia real. En tales casos, nunca olvidan de constatar el encarecimiento de los medios de subsistencia.

¹⁰⁵ "Think of those who are on the border of that region" (pauperism), "wages... in others not increased... human life is but, in nine cases out of ten, a struggle for existence" (Gladstone, *H. o. C.*, 7 de abril de 1864). La versión del Hansard dice así: "Again; and yet more at large, what is human life but, in the majority of cases, a struggle for existence". Un escritor inglés caracterizó las continuas y evidentes contradicciones en los discursos gladstonianos, entregando los presupuestos de 1863 y 1864 con la siguiente cita de Boileau:

"He aquí al hombre en efecto.

Va del blanco al negro.

Condena de mañana sus sentimientos de la tarde.

Importuno para todos los otros, es incómodo a sí mismo;

Cambia de ánimo como de moda"^{179]}.

(Citado por H. Roy) *The Theory of Exchanges etc.*, Londres, 1864, p. 135.)

¹⁰⁶ H. Fawcett, *l.c.*, pp. 67, 82. En cuanto a la ascendiente dependencia de los obreros con respecto a los tenderos, es consecuencia de las crecientes oscilaciones e interrupciones en sus empleos.

En las secciones sobre la jornada laboral y la maquinaria se revelaron las circunstancias bajo las cuales la clase obrera británica creó un "aumento embriagante de riqueza y poder" en beneficio de las clases poseedoras. Sin embargo, entonces nos interesaba preferentemente el obrero en su función social. Para esclarecer plenamente las leyes de la acumulación es necesario considerar también su situación fuera del taller, su estado alimentario y habitacional. Los límites de este libro nos obligan a considerar aquí antes que nada a la parte peor remunerada del proletariado industrial y agrícola, esto es, a la mayoría de la clase obrera.

Pero antes diremos unas palabras más sobre el pauperismo oficial, o sea, acerca de la parte de la clase obrera que ha perdido su condición de existencia, la venta de la fuerza de trabajo, y vegeta a expensas de la limosna pública. El censo oficial de indigentes registraba en Inglaterra¹⁰⁷, en 1855, a 851.369 personas; en 1856, a 877.767 personas; en 1865, a 971.433 personas. A causa de la carencia de algodón, se elevó en los años 1863 y 1864 a 1.079.382 y 1.014.978 personas, respectivamente. La crisis de 1866, que afectó con mayor rudeza a Londres, provocó en este centro del mercado mundial, más poblado que el reino de Escocia, un aumento de los indigentes de un 19,5%, si se compara con 1865, y de 24,4%, con relación a 1864; en los primeros meses de 1867, en relación a 1866, se dio un incremento aún mayor. Al analizar la estadística de indigencia hay que destacar dos momentos. De una parte, el movimiento de ascenso y descenso de la masa de indigentes refleja los cambios periódicos del ciclo industrial. De otra parte, la estadística oficial encubre más y más el volumen real del pauperismo en la medida en que, con la acumulación del capital, se desarrolla la lucha de clases y, por tanto, la autoconsciencia de los obreros. Por ejemplo, la barbarie en el trato dado a los indigentes —acerca de lo cual ha clamado con tanta fuerza la prensa inglesa (*Times*, *Pall Mall Gazette*, etc.) durante los últimos dos años— es de antigua existencia. F. Engels constataba en 1844 la misma barbarie e iguales vociferaciones pasajeras e hipócritas, tan propias de la "literatura sensacionalista"^[180]. Pero el terrible aumento de las muertes por inanición (*deaths by starvation*) en Londres, en el transcurso del último decenio, demuestra inobjetablemente la aversión creciente que sienten los obreros por la esclavitud del *workhouse* [hospicio]¹⁰⁸, ese correctivo de la miseria.

¹⁰⁷ En Inglaterra siempre se incluye Gales; en Gran Bretaña, Inglaterra, Gales y Escocia; en el Reino Unido, aquellos tres países e Irlanda.

¹⁰⁸ Da una visión muy peculiar del progreso efectuado desde los tiempos de A. Smith el que la palabra *workhouse* haya sido para él, en ocasiones, aún equivalente a *manufactory* [manufactura]. Por ejemplo, dice en el comienzo de su capítulo referente a la división del trabajo: "Con frecuencia se puede reunir en el mismo *workhouse* a los ocupados en las diversas ramas del trabajo"^[181].

b) Los estratos peor remunerados de la clase obrera industrial británica

Examinemos ahora los estratos peor remunerados de la clase obrera industrial. Durante la escasez de algodón, en 1862, el *Privy Council*⁽¹⁸²⁾ encargó al Dr. Smith realizar una investigación sobre el estado alimentario existente entre los desmedrados obreros algodoneros de Lancashire y Cheshire. Estudios anteriores, realizados durante muchos años, le habían conducido a la conclusión de que, "para evitar las enfermedades provocadas por la inanición (*starvation diseases*)", el alimento diario de una mujer debía contener a lo menos 3.900 granos de carbono y 180 granos de nitrógeno, y el alimento diario de un hombre, a lo menos, 4.300 granos de carbono y 200 granos de nitrógeno; para una mujer la alimentación por día debía incluir casi tantas materias nutritivas como dos libras de buen pan de trigo, en el caso de un hombre, 1/9 más; el promedio semanal para hombres y mujeres adultos debería sumar, a lo menos, 28.600 granos de carbono y 1.330 granos de nitrógeno. Sus cálculos fueron comprobados en la práctica de manera sorprendente por su coincidencia con las ínfimas cantidades de alimentos a las que la miseria había reducido el consumo de los obreros algodoneros. En diciembre de 1862 percibían semanalmente 29.211 granos de carbono y 1.295 granos de nitrógeno.

En 1863, el *Privy Council* dispuso que se efectuara una investigación acerca de la precaria situación en que se hallaba la parte peor alimentada de la clase obrera inglesa. El Dr. Simon, funcionario médico del *Privy Council*, eligió para este trabajo al ya mencionado Dr. Smith. Su investigación se extiende, de una parte, a los obreros agrícolas y, de otra, a los tejedores de seda, costureras, guanteros en cuero, calceteros, tejedores de guantes y zapateros. Las últimas categorías, excepción hecha de los calceteros, son exclusivamente urbanas. Como regla de la investigación se estableció la de escoger en cada categoría a las familias más sanas y que se encontraban relativamente en mejor situación.

Se obtuvo, como resultado general, que

"sólo en una de las clases de obreros urbanos estudiadas el suministro de nitrógeno superaba ligeramente el nivel mínimo absoluto, bajo el cual comienzan las enfermedades ocasionadas por inanición; que en dos clases había una insuficiencia —y en una de ellas una insuficiencia muy relevante— tanto de alimentación nitrogenada como la de carbono; que de las familias agrícolas investigadas, más de una quinta parte recibía menos de la cantidad imprescindible de alimentación consistente en carbono, más de 1/3 de las familias menos de la cantidad imprescindible de alimentación nitrogenada, y que en tres condados (Berkshire, Oxfordshire y Somersetshire) era predominante, por término medio, una deficiencia con respecto al mínimo de la alimentación nitrogenada"¹⁰⁹.

¹⁰⁹ *Public Health. Sixth Report etc. for 1863*, Londres, 1864, p. 13.

Entre los obreros agrícolas, eran los de Inglaterra, la región más rica del Reino Unido, los peor alimentados¹¹⁰. En cuanto a los obreros rurales, la desnutrición era más frecuente, en general, entre las mujeres y los niños, pues "el hombre debe comer para poder ejecutar su trabajo". Deficiencias aún mayores imperaban entre las categorías de obreros urbanos investigados. "Están tan mal alimentados que se dan muchos casos de cruel privación que arruina la salud."¹¹¹ (i"Abnegación" del capitalista es todo esto!, es decir, negarse a pagar los medios de subsistencia imprescindibles para la mera vegetación de su mano de obra.)

El cuadro siguiente muestra la relación existente entre el estado alimentario de las categorías obreras puramente urbanas, mencionadas más arriba, y la dosis mínima supuesta por el Dr. Smith, de una parte, y la medida alimentaria de los obreros algodoneros durante la época de su mayor pobreza, de la otra¹¹²:

Ambos sexos	Promedio semanal de carbono (granos)	Promedio semanal de nitrógeno (granos)
Cinco ramas industriales urbanas	28.876	1.192
Obreros fabriles desocupados de Lancashire	29.211	1.295
Cantidad mínima propuesta para los obreros de Lancashire, a igual número de mujeres y varones	28.600	1.330

Cerca de la mitad, 60/125, de las categorías de obreros industriales investigadas no consumió en absoluto cerveza, 28% no consumió leche. En las familias, el promedio semanal de los alimentos líquidos oscilaba de 7 onzas, en el caso de las costureras, a $24\frac{3}{4}$ en el de los calceteros. La mayoría de los trabajadores que no consumieron leche eran costureras de Londres. La cantidad de pan o alimentos similares consumidos semanalmente variaba de $7\frac{3}{4}$ libras, en el caso de las costureras, a $11\frac{1}{4}$ libras, en el de los zapateros, arrojando un promedio global de 9,9 libras semanales por adulto. La cantidad de azúcar (melaza, etc.) fluctuaba de 4 onzas semanales, en el caso de los guanteros en cuero, a 11 onzas, en el de los calceteros; el promedio semanal para todas las categorías era de 8 onzas por adulto. El promedio semanal de mantequilla (grasa, etc.) era de 5 onzas por adulto. El promedio semanal de carne por adulto (tocino, etc.) oscilaba de $7\frac{1}{4}$ onzas, en el caso de los tejedores de sedas, a $18\frac{1}{4}$ onzas, en el de los guanteros en cuero; el promedio total para las

¹¹⁰ L.c., p. 17.

¹¹¹ L.c., p. 13

¹¹² L.c., Apéndice, p. 232.

diversas categorías era de 13,6 onzas. El costo semanal de la alimentación por persona adulta arrojaba las siguientes cifras medias generales: tejedores de sedas, 2 chelines y $2\frac{1}{2}$ peniques; costureras, 2 chelines y 7 peniques; guanteros en cuero, 2 chelines y $9\frac{1}{2}$ peniques; zapateros, 2 chelines y $7\frac{3}{4}$ peniques; calceteros, 2 chelines y $6\frac{1}{4}$ peniques. Para los tejedores de seda de Macclesfield el promedio semanal ascendía sólo a 1 chelín y $8\frac{1}{2}$ peniques. Las categorías peor alimentadas eran las costureras, los tejedores de sedas y los guanteros en cuero¹¹³.

En su informe general sobre la salud, el Dr. Simon manifestó con respecto a esta situación alimentaria:

"Todo quien esté familiarizado con la atención médica a pobres o a los pacientes de los hospitales, ya estén internados o vivan fuera del establecimiento, confirmará que son innumerables los casos en que la desnutrición provoca o agudiza las enfermedades... Sin embargo, desde el punto de vista sanitario se añade aquí otra circunstancia muy decisiva... Es preciso recordar que la deficiencia de alimentación se tolera sólo con mucha renuencia y que, como regla, una gran exigüidad de la dieta sólo se presenta si otras privaciones la han precedido. Mucho antes de que la desnutrición grave en el terreno sanitario, mucho antes de que el fisiólogo piense en contar los granos de nitrógeno y carbono, entre los cuales se balancean la vida y la muerte por inanición, la casa se verá privada plenamente de todo confort material. La vestimenta y la calefacción se habrán reducido más que la comida. No existirá protección alguna contra la severidad del clima; la estrechez habitacional habrá llegado a un nivel en que provoca o agudiza las enfermedades; apenas se encontrarán algunos rastros de enseres domésticos o muebles; la limpieza misma se habrá vuelto cara o dificultosa. Y si, por un sentimiento de dignidad personal, se hacen esfuerzos por mantenerla, cada uno de esos intentos representará nuevos suplicios de hambre. Se buscará la vivienda más barata, en barrios donde la policía sanitaria recoge los frutos más escasos, donde el alcantarillado es más deplorable, la menor recogida de basura, la mayor dimensión de la inmundicia colectiva, el más miserable o pésimo suministro de agua y, en las ciudades, la mayor deficiencia de aire y luz. Estos son los peligros sanitarios a los que está expuesta inevitablemente la pobreza, cuando implica desnutrición. Si la suma de estos males es un peligro de terrible magnitud para la vida, la mera desnutrición es de por sí espantosa... Estos son pensamientos dolorosos, en particular si se recuerda que la pobreza, de la que hablamos, no es un resultado bien merecido de la ociosidad. Es la pobreza de los asalariados. Con respecto a los obreros urbanos, el trabajo con que adquieren el mezuino bocado de alimento se prolonga más allá de toda medida. Y, sin embargo, sólo en un sentido muy relativo podemos decir que este trabajo mantiene a quien lo efectúa... En una escala muy grande, la automanutenición nominal sólo puede ser un rodeo, más o menos largo, que conduce al pauperismo"¹¹⁴.

El vínculo interno existente entre los suplicios del hambre en los estratos obreros más laboriosos y el grosero o refinado consumo derrochador de los ricos, fundado en la acumulación capitalista, sólo se revela con el conocimiento de las leyes económicas. No acontece lo mismo con la situación habitacional. Todo observador imparcial ve que mientras más masiva es la centralización de los medios de producción, por consiguiente, mayor es el correspondiente hacina-

¹¹³ L.c., pp. 232, 233.

¹¹⁴ L.c., pp. 14, 15.

miento de obreros en el mismo espacio, y que, por tanto, cuanto más rápida es la acumulación capitalista tanto más miserable es la situación habitacional de los obreros. El mejoramiento (*improvements*) de las ciudades, que acompaña al progreso de la riqueza y que se lleva a cabo mediante la demolición de barrios mal contruidos, la construcción de palacios para bancos, grandes tiendas, etc., el ensanchamiento de las calles destinadas al tráfico comercial y a las carrozas de lujo, la introducción de tranvías a caballo, etc., evidentemente, lanza a los pobres a escondrijos cada vez peores y más densamente poblados. De otra parte, todos saben que la carestía de las viviendas se encuentra en razón inversa a su calidad y que las minas de la miseria son explotadas por los especuladores de vivienda con más ganancias y menos costos que en otros tiempos las minas de Potosí. El carácter antagónico de la acumulación capitalista y, por consiguiente, de las relaciones capitalistas de propiedad en general¹¹⁵, se vuelve aquí tan evidente que incluso en los informes oficiales ingleses sobre la materia pululan los heterodoxos ataques contra “la propiedad y sus derechos”. Con el desarrollo de la industria, la acumulación de capital, el crecimiento y el “embellecimiento” de las ciudades, el mal cundió tanto que el mero temor a las enfermedades infecciosas —el cual tampoco perdona a las “personas respetables”— obligó a promulgar, entre 1847 y 1864, no menos de 10 leyes parlamentarias relativas a la policía sanitaria, y la aterrorizada burguesía de algunas ciudades, como Liverpool, Glasgow, etc., tomó cartas en el asunto a través de sus municipalidades. Sin embargo, en su informe de 1865, el Dr. Simon exclama: “Hablando en términos generales, los males no han sido controlados en Inglaterra”. Por orden del *Privy Council*, en 1864 se efectuó una investigación sobre las condiciones habitacionales de los obreros rurales; en 1865, otra sobre la situación de las clases más pobres de las ciudades. En el séptimo y octavo informes sobre *Public Health* [salud pública] se encuentran los magistrales trabajos del Dr. Julian Hunter. A los obreros rurales me referiré más adelante. En cuanto al estado habitacional urbano, anticiparé una observación general del Dr. Simon:

“Aunque mi punto de vista oficial” —dice— “es exclusivamente médico, las consideraciones humanas más comunes no me permiten ignorar el otro lado de este mal. En su grado más alto, dicho hacinamiento condiciona casi necesariamente tal negación de cualquier delicadeza, una confusión tan repudiable de cuerpos y funciones corporales, tal exposición de desnudez sexual que más que humanas son propias de bestias. Estar sometido a estas influencias constituye una humillación que se acentúa mientras más se prolongue. Para los niños nacidos bajo esta maldición, es un bautizo

¹¹⁵ “En ninguna otra esfera los derechos de la persona han sido ofrendados de una manera tan abierta y tan desvergonzada al derecho de propiedad como sucede con las condiciones habitacionales de la clase trabajadora. Toda gran ciudad es un lugar dedicado a los sacrificios humanos, un altar en el que anualmente se inmola a miles de personas al Moloc de la avaricia” (S. Laing, l.c., p. 150).

en la infamia (*baptism into infamy*). Y carece de cualquier base la esperanza de que las personas ubicadas en estas circunstancias aspiren, en otros sentidos, a esa atmósfera de civilización cuya esencia reside en la pureza física y moral¹¹⁶.

El primer lugar en cuanto a viviendas atestadas o absolutamente inservibles como morada humana lo ocupa Londres.

"Hay dos hechos seguros" —dice el Dr. Hunter—: "primero, en Londres hay aproximadamente 20 grandes colonias, cada una formada por cerca de 10.000 personas, cuya miserable situación supera —como resultado casi exclusivo de sus malos alojamientos— todo lo que alguna vez se haya visto en ningún otro lugar de Inglaterra; segundo, el hacinamiento y el estado deplorable de las casas en estas colonias son mucho peores que hace 20 años atrás."¹¹⁷ "No exageraríamos si dijéramos que la vida es infernal en muchas partes de Londres y Newcastle."¹¹⁸

Incluso en Londres, la parte mejor establecida de la clase obrera, junto a pequeños tenderos y otros elementos de la pequeña clase media, cae cada vez más bajo la maldición de esas indignas condiciones habitacionales en la medida en que progresa el "mejoramiento" y, con él, la demolición de calles y casas viejas, crecen las fábricas y aumenta el flujo humano hacia la metrópoli y, finalmente, aumentan los alquileres a la par con la renta urbana de la tierra.

"Los alquileres se han vuelto tan desmesurados que pocos obreros pueden pagar más de una pieza."¹¹⁹

Casi no hay en Londres ninguna propiedad de una casa que no esté recargada por un sinnúmero de "middlemen" [intermediarios]. En esta ciudad, el precio de la tierra siempre es muy elevado en comparación con los ingresos anuales que proporciona, en especial dado que cada comprador especula con la posibilidad de desembarazarse de ella a un *jury price* (tasa establecida por un jurado, en casos de expropiación) o conseguir, debido a la cercanía de alguna gran empresa, una elevación extraordinaria de su precio. Consecuencia de ello es un tráfico regular de compra de contratos de alquiler próximos a vencer.

"En este negocio, de los *gentlemen* se puede esperar que actúen como lo hacen, extrayendo lo más posible de los moradores y dejando la casa en el estado más deplorable posible a sus sucesores."¹²⁰

Los alquileres son semanales, y estos señores no corren ningún riesgo. A causa de la construcción de ferrocarriles dentro de la ciudad

¹¹⁶ *Public Health, Eighth Report*, Londres, 1866, p. 14, nota.

¹¹⁷ L.c., p. 89. Respecto a los niños en estas colonias, el Dr. Hunter expresa: "No sabemos cómo crecían los niños antes de esta época de densa aglomeración de los pobres, y sería un valiente profeta quien predijera qué comportamiento puede esperarse de niños que, bajo condiciones sin paralelo en este país, se educan actualmente para su práctica futura como clases peligrosas, al pasar media noche con personas de todas las edades, ebrias, obscenas y pendencieras" (l.c., p. 56).

¹¹⁸ L.c., p. 62.

¹¹⁹ *Report of the Officer of Health of St. Martin's-in-the-Fields*, 1865.

¹²⁰ *Public Health. Eighth Report*, Londres, 1866, p. 91.

"se vio hace poco, en el este de Londres, a muchas familias que, desalojadas de sus viejas viviendas, vagaban un sábado por la noche con sus pocas pertenencias terrenales al hombro y sin ningún otro paradero alcanzable salvo el *workhouse* [hospicio]"¹²¹.

Los *workhouses* están ya atestados, mientras que los "mejoramientos" acordados por el Parlamento sólo están comenzando a ser realizados. Si se desahucia a los obreros por la demolición de sus viejas casas, éstos no se retiran de su parroquia o, a lo sumo, se establecen en su frontera, en la proximidad.

"Procuran, naturalmente, residir en lo posible en las cercanías de sus lugares de trabajo. Como consecuencia de ello, la familia, en vez de arrendar dos piezas, debe darse por satisfecha con una. Incluso pagando un alquiler más alto, la vivienda será peor que aquella, ya mala, de la cual se los desaloja. La mitad de los obreros del Strand ya necesita recorrer dos millas para llegar a su lugar de trabajo."

Este Strand, cuya avenida principal causa entre los extranjeros una gran impresión por la riqueza de Londres, puede servir como ejemplo del hacinamiento humano en esa ciudad. En una parroquia del mismo, el funcionario de sanidad contó 581 personas por acre, y eso que en el área se incluía la mitad del Támesis. Se comprende de suyo que toda medida sanitaria policial —que, como hasta aquí ha sido el caso en Londres, desaloja a los obreros de un barrio demoliendo las casas inservibles— sólo contribuye a hacinarlos con mayor densidad en otro.

"O bien" —dice el Dr. Hunter— "debe suspenderse todo este procedimiento por absurdo, o bien tendrá que aumentar la simpatía (l) pública para lograr lo que sin exageración puede llamarse un deber nacional, a saber: proporcionar techo a personas que por carencia de capital no puedan procurárselo por sí mismas, aunque podrían indemnizar al alquilador mediante pagos periódicos."¹²²

¡Admiremos la justicia capitalista! El propietario de terrenos, el dueño de viviendas, el hombre de negocios, si es expropiado por efectos de *improvements* [perfeccionamientos], como son los ferrocarriles, la construcción de nuevas calles, etc., no sólo es indemnizado completamente, sino que además, por su "abnegación" forzosa, Dios y el Derecho deben compensarlo con una pingüe ganancia. El obrero, con su mujer, sus hijos y sus enseres es lanzado a la calle, y si afluyen en cantidades consideradas excesivas a los barrios urbanos en que la municipalidad vigila la decencia, son perseguidos por la policía sanitaria!

A comienzos del siglo XIX, excepto Londres, no había ni una ciudad en Inglaterra que contara con 100.000 habitantes. Sólo cinco superaban los 50.000. Ahora, hay más de 28 ciudades con más de 50.000 habitantes.

¹²¹ L.c., p. 88.

¹²² L.c., p. 89.

“El resultado de este cambio no sólo ha sido un enorme incremento de la población urbana, sino también el que las antiguas y pequeñas ciudades, densamente pobladas, se han convertido en centros rodeados por todos lados de edificios, sin libre acceso de aire de ninguna parte. Como ya no les son agradables a los ricos, éstos las abandonan mudándose a los suburbios más atractivos. Los sucesores de estos ricos se alojan en las grandes casas, a razón de una familia —a menudo con subinquilinos— en cada pieza. De este modo, se hacina a una población en casas no destinadas para ella y que son absolutamente inadecuadas para este propósito, con un entorno realmente humillante para los adultos y ruinoso para los niños.”¹²³

Cuanto más rápido se acumule el capital en una ciudad industrial o comercial tanto más veloz será el flujo de material humano explotable y tanto más miserables las improvisadas viviendas de los obreros. Por eso, Newcastle-upon-Tyne, en cuanto centro de un distrito carbonífero y minero cada vez más productivo, ocupa el segundo lugar, después de Londres, en el infierno habitacional. No menos de 34.000 personas moran allí en viviendas de un solo cuarto. Debido a que constituían un peligro extremo para la comunidad, la policía hace poco demolió un número significativo de casas en Newcastle y Gateshead. La construcción de nuevas casas avanza muy lentamente; en cambio, los negocios lo hacen muy rápido. Por esta razón, en 1865 la ciudad estaba atestada como nunca antes. Apenas se podía alquilar aunque fuera un solo cuarto. El Dr. Embleton, del hospital de Newcastle, afirma:

“Sin duda alguna, la causa de que continúe y se expanda el tífus reside en el hacinamiento excesivo de seres humanos y la suciedad de sus viviendas. Las casas en que suelen vivir los obreros se encuentran en callejones y patios cerrados. En cuanto a luz, aire, espacio y limpieza, dichas viviendas constituyen un verdadero modelo de deficiencia e insalubridad, una vergüenza para cualquier país civilizado. De noche, hombres, mujeres y niños yacen entremezclados. En lo que se refiere a los hombres, el turno nocturno sucede al diurno en una carrera ininterrumpida, de tal manera que las camas apenas alcanzan a enfriarse. Las casas están mal provistas de agua y peor todavía de letrinas, son inmundas, mal ventiladas y pestilentes”¹²⁴.

El precio semanal de tales cuchitriles asciende de 8 peniques a 3 chelines.

“Newcastle-upon-Tyne” —dice el Dr. Hunter— “brinda el ejemplo de una de las más bellas estirpes de nuestra gente, sumidas a menudo en una degradación casi salvaje por las circunstancias exteriores de la vivienda y la calle.”¹²⁵

A causa de los flujos y reflujos del capital y el trabajo, la situación habitacional de una ciudad puede ser hoy aceptable y mañana horrible. O bien puede darse que los ediles de la ciudad se animan, por fin, a superar los peores abusos. Pero mañana se ve infestada por irlandeses empobrecidos o degradados obreros agrícolas ingleses que sobrevienen cual una plaga de langostas. Se los recluye en sótanos y desvanes o se transforma el hospicio, antes respetable, en un aloja-

¹²³ L.c., p. 56.

¹²⁴ L.c., p. 149.

¹²⁵ L.c., p. 50.

miento que cambia tan rápido de inquilinos como los acuartelamientos durante la guerra de los Treinta Años. Un ejemplo: Bradford. Allí, el filisteo municipal estaba precisamente ocupado de efectuar la reforma urbana. Además, en 1861 había en dicho lugar 1.751 casas deshabitadas. Pero llegó el momento de los buenos negocios, tan cacareados recientemente por el señor Forster, ese delicado y tierno liberal, amigo de los negros. Con los buenos negocios sobrevino la inundación, oleada tras oleada, del fluctuante "ejército de reserva" o "sobrepoblación relativa". Las horrendas viviendas en los sótanos y cuartuchos registrados en la lista (véase la nota¹²⁶), que el Dr. Hunter obtuvo del agente de una sociedad de seguros, estaban habitados en su mayoría por obreros bien remunerados. Estos declaraban que gustosamente arrendarían viviendas mejores si las hubiera disponibles. Entretanto, ellos y sus familias degradaban y se enfermaban, mientras que el delicado parlamentario liberal Forster vertía lágrimas por los beneficios del librecambio y las ganancias que las eminentes figuras de Bradford alcanzaban en la producción de *worsted* [estambre]. En informe del 5 de septiembre de 1865, el Dr. Bell, uno de los médicos

¹²⁶ Lista del agente de una Sociedad Obrera de Seguros en Bradford:

Vulcan Street, No 122	1 pieza	16 personas
Lumley Street, No 13	1 —"—	11 —"—
Bower Street, No 41.	1 —"—	11 —"—
Portland Street, No 112	1 —"—	10 —"—
Hardy Street, No 17	1 —"—	10 —"—
North Street, No 18	1 —"—	16 —"—
North Street, No 17	1 —"—	13 —"—
Wymer Street, No 19	1 —"—	8 adultos
Jowett Street, No 56	1 —"—	12 personas
George Street, No 150	1 —"—	3 familias
Rifle Court, Marygate, No 11	1 —"—	11 personas
Marshall Street, No 28	1 —"—	10 —"—
Marshall Street, No 49	3 —"—	3 familias
George Street, No 128	1 —"—	18 personas
George Street, No 130	1 —"—	16 —"—
Edward Street, No 4	1 —"—	17 —"—
George Street, No 49	1 —"—	2 familias
York Street, No 34	1 —"—	2 —"—
Salt Pie Street	2 piezas	26 personas

Sótanos

Regent Square	1 sótano	8 —"—
Acre Street	1	7 —"—
Robert's Court, No 33	1 —"—	7 —"—
Back Pratt Street, empleado como taller de forja en cobre	1 —"—	7 —"—
Ebenezer Street, No 27	1 —"—	6 —"—

(ni un solo hombre mayor de 18 años) (l.c., p. 111).

de indigentes en Bradford, atribuyó la horrenda mortalidad registrada entre los enfermos de fiebre de su distrito a sus condiciones de vida:

"En un sótano de 1.500 pies cúbicos viven 10 personas... En la Vincent Street, el Green Air Place y the Leys hay 223 casas con 1.450 inquilinos, 435 camas y 36 letrinas... Las camas —y por ellas entiendo todo rollo de trapos sucios o montón de virutas— albergan en término medio a 3,3 personas, algunas alcanzan a 4 ó 6 personas. Muchos duermen sin cama, sobre el suelo pelado, con su ropa del día: jóvenes, hombres y mujeres, casados y solteros, todos mezclados. ¿Es necesario añadir que estas moradas son a menudo cuevas fétidas, oscuras, húmedas y sucias, completamente inapropiadas como viviendas humanas? ¿Son estos los centros de donde se expanden las enfermedades y la muerte, las cuales también encuentran a sus víctimas entre personas de buena situación (*of good circumstances*), que han permitido que esos tumores pestilentes supuren en nuestro medio?"¹²⁷

Bristol ocupa el tercer puesto, después de Londres, en lo referente a miseria habitacional.

"Aquí, en una de las ciudades más ricas de Europa, [se dan] el más descarado exceso de pobreza (*blankest poverty*) y la miseria habitacional."¹²⁸

c) La población nómada

Nos detendremos ahora en una capa de la población de origen rural pero cuya ocupación es la mayoría de las veces industrial. Esta capa constituye la infantería ligera del capital, el cual según sus necesidades ya la lanza a este punto, ya a otro. Si no están marchando, "acampan". El trabajo nómada se emplea en distintas operaciones de construcción y drenaje, en la fabricación de ladrillos, la calcinación de cal, la construcción de líneas férreas, etc. Esta columna ambulante de la pestilencia importa viruela, tífus, cólera, escarlatina, etc., a los lugares en cuya cercanía despliega sus campamentos¹²⁹. En empresas donde se producen desembolsos significativos de capital —como la construcción ferroviaria, etc.—, es el mismo empresario quien suele proporcionar a su ejército chozas de madera o similares, surgiendo así improvisadas aldeas carentes de toda instalación sanitaria, al margen del control de las autoridades locales y muy rentables para el señor contratista, el cual explota doblemente a los obreros: como soldados industriales y como inquilinos. Según la cantidad de cuchitriles que tenga cada una de esas chozas —1, 2 ó 3— los habitantes, terraplenadores, etc., tienen que pagar 2, 3 ó 4 chelines semanales¹³⁰. Baste un ejemplo. En septiembre de 1864, informa el Dr. Simon, el ministro del Interior, sir George Grey, recibió de parte del presidente del *Nuisance Removal Committee* [Comité para la Erradicación de las Pestes] de la parroquia de Sevenoaks la siguiente denuncia:

¹²⁷ L.c., p. 114.

¹²⁸ L.c., p. 50.

¹²⁹ *Public Health. Seventh Report*, Londres, 1865, p. 18.

¹³⁰ L.c., p. 165.

"Esta parroquia desconocía completamente la viruela hasta hace menos de 12 meses. Poco antes de ese momento habían comenzado las faenas del tendido de una línea férrea entre Lewisham y Tunbridge. Además de ejecutarse los trabajos principales en la inmediata cercanía de esta ciudad, se había erigido en ella el depósito central de toda la obra. Por eso, se empleó aquí una cantidad grande de personas. Como fue imposible alojarlos a todos en *cottages*, el contratista, el señor Jay, mandó a construir chozas en diversos puntos, a lo largo de la línea férrea, como moradas para los obreros. Estas chozas carecían de ventilación y de alcantarillado; además, estaban atestadas, dado que cada inquilino debía aceptar otros huéspedes, por muy numerosa que fuera su propia familia y aunque cada casucha tenía sólo dos piezas. Según el informe médico que recibimos, la consecuencia fue que estos pobres hombres debían soportar de noche todas las torturas de la asfixia, para evitar las evaporaciones pestilentes provenientes del agua sucia estancada y de las letrinas próximas a las ventanas. Finalmente, un médico que tuvo ocasión de visitar esas chozas presentó sus quejas a nuestro comité. Se refirió con las expresiones más amargas acerca del estado de esas llamadas viviendas y temía las peores consecuencias, de no adoptarse algunas medidas sanitarias. Hace casi un año, el mencionado Jay se comprometió a construir una casa para que en casos de enfermedades infecciosas se aislasen en seguida las personas ocupadas por él. Reiteró dicha promesa a fines de julio último, pero no hizo el menor paso por cumplirla, aunque desde esa fecha se han dado diferentes casos de viruela y, debido a ello, se han registrado dos fallecimientos. El 9 de septiembre, el doctor Kelson me informó que se habían producido nuevos casos de viruela en las mismas chozas y calificó de horrenda la situación existente en ellas. Para información Vuestra" (del ministro) "debo agregar que nuestra parroquia posee una casa aislada, llamada casa de las pestes, en la cual se asiste a los miembros de la parroquia afectados por enfermedades infecciosas. Desde hace meses la casa está continuamente abarrotada de pacientes. En una familia murieron cinco niños de viruela y fiebre. Desde el 1 de abril al 1 de septiembre hubo, por lo menos, 10 casos fatales de viruela, 4 de ellos en las mencionadas casuchas, que constituyen las fuentes de la peste. Es imposible señalar el número de los casos de enfermedad, pues las familias afectadas lo mantienen en el mayor secreto posible"¹³¹.

Los obreros en las minas de carbón y otros minerales pertenecen a las categorías mejor remuneradas del proletariado británico. En un pasaje anterior ya mostráramos a qué precio adquieren su salario¹³². Echaré aquí una rápida mirada a sus condiciones habitacionales. Por regla general, el explotador de la mina, ya sea el propietario o su arrendatario, construye un número de *cottages* para su mano de obra. Estos reciben "gratis" la *cottage* y el carbón para la calefacción, es decir, ambos constituyen parte del salario, proporcionado en especie. Quienes no son alojados de este modo reciben £4 anuales

¹³¹ L.c., p. 18, nota. El inspector de pobres en la Chapel-en-le-Frith-Union informa al *Registrar General* [director del Registro Civil]: "En Doveholes se han hecho algunas pequeñas cavidades en una gran colina calcárea. Estas cuevas sirven de vivienda a los terraplenadores y otros obreros empleados en la construcción del ferrocarril. Las cuevas son estrechas, húmedas, carecen de alcantarillas para las aguas servidas y de letrinas. No cuentan con ningún medio de ventilación, excepto un agujero en el techo, que sirve al mismo tiempo de chimenea. Prolifera la viruela y ya se han dado numerosos casos fatales (entre los trogloditas)" (L.c., nota 2).

¹³² Las particularidades indicadas en la pág. 460 y ss.* se refieren precisamente a los obreros del carbón. Acerca de la situación, aún peor, existente en las minas de metal, véase el escrupuloso informe de la *Royal Commission* de 1864.

* Véase el presente tomo pp. 518 y ss. —Ed.

como compensación. Los distritos mineros atraen velozmente una gran población compuesta de obreros mineros y de artesanos, tenderos, etc., que se agrupan en torno de aquéllos. Como en todas partes donde es considerable la densidad de la población, la renta de la tierra es aquí alta. Por eso, el empresario minero procura levantar en un espacio de construcción lo más estrecho posible, situado junto a la bocamina, las *cottages* exactamente necesarias para enlatar a sus obreros y a sus familias. De abrirse en las cercanías nuevas minas o reiniciarse las faenas en las antiguas, aumenta el hacinamiento. En la construcción de las *cottages* vale sólo un punto de vista, la "abnegación" del capitalista en cuanto a cualesquiera desembolsos en efectivo que no sean absolutamente imprescindibles.

"Las viviendas de los mineros y de otros obreros ligados a las minas de Northumberland y Durham —señala el Dr. Julian Hunter— "son tal vez, en término medio, lo peor y más caro de este tipo que ofrece Inglaterra en gran escala, excepción hecha de distritos similares en Monmouthshire. La precariedad extrema reside en el gran número de personas por cada pieza, en la estrechez del terreno en que se sitúa una gran cantidad de casas, en la escasez de agua y la carencia de letrinas y en el método, empleado a menudo de levantar una casa sobre otra o de repartirlas en *flats*" (de tal modo que las diversas *cottages* constituyan pisos situados verticalmente unos sobre los otros)... El empresario trata a la colonia entera como si ésta sólo acampara en el lugar y no residiera allí."¹³³ "En cumplimiento de las instrucciones" —dice el Dr. Stevens— "visité la mayoría de las grandes aldeas mineras de la Durham Union... Salvo muy pocas excepciones, de todas ellas se puede decir que se descuida cualquier medio requerido para asegurar la salud de los vecinos... Todos los mineros están ligados" ("*bound*", término que al igual que *bondage* proviene de la época de la servidumbre de la gleba) "por 12 meses al arrendatario (*lessee*) o propietario de la mina. Si los trabajadores hacen visible su insatisfacción o importunan de algún modo al capataz (*viewer*), éste pone una señal o una nota frente a sus nombres en el libro de vigilancia y los despide cuando llega el momento de renovarles el contrato anual... Me parece que ningún tipo de *truck-system* [sistema de pago en bonos] puede ser peor que el imperante en estos distritos densamente poblados. El obrero está obligado a recibir, como parte de su salario, una casa rodeada de emanaciones pestilentes. No puede ayudarse a sí mismo. En todos los aspectos es un siervo (*he is to all intents and purposes a serf*). Parece dudoso que alguien pueda ayudarle, salvo su propietario, pero éste consulta ante todo su balance, y el resultado es prácticamente seguro. El obrero también recibe del propietario su abastecimiento de agua. Sea buena o mala, se le suministre o no, debe pagar por ella, o más bien aceptar que se la descuente de su salario."¹³⁴

En su conflicto con la "opinión pública" o con la policía sanitaria, el capital no tiene reparo alguno en "justificar" las condiciones, en parte peligrosas, en parte degradantes, a que confina la vida laboral y doméstica del obrero, aseverando que son necesarias para explotarlo más lucrativamente. Este es el caso cuando renuncia a instalar aparatos de protección contra la maquinaria peligrosa en la fábrica, medios de ventilación y dispositivos de seguridad en las minas, etc. Lo mismo ocurre aquí con la vivienda de los mineros.

¹³³ L.c., pp. 180, 182.

¹³⁴ L.c., pp. 515, 517.

“Como excusa por las indignas instalaciones habitacionales” —señala el Dr. Simon, funcionario médico del *Privy Council*, en su informe oficial— “se sostiene que las minas suelen ser explotadas bajo arriendo, que la duración del contrato (en minas de carbón, generalmente, de 21 años) es demasiado corto para que el arrendatario de la mina considere que vale la pena proporcionar buenas viviendas a los obreros y a los artesanos, etc., atraídos por la obra; pero, incluso si tuviese la intención de proceder liberalmente en este aspecto, la frustraría el terrateniente. Este exigiría de inmediato exorbitantes rentas adicionales por el privilegio de tener una aldea decente y confortable, para que habitasen los obreros de la propiedad subterránea. Ese precio prohibitivo, cuando no una prohibición directa, asimismo haría desistir a otros que desearan construir... No seguiré investigando el valor de esta justificación ni analizando tampoco sobre quién recaería, en último término, el desembolso adicional en viviendas decentes, si hubiera de realizarse: sobre el terrateniente, el arrendatario de la mina, los obreros o el público... Sin embargo, en presencia de hechos tan vergonzosos como los que revelan los informes” (los de los Drs. Hunter, Stevens, etc.), “debe aplicarse realmente un remedio... Los títulos de la propiedad de la tierra se emplean de esta manera para cometer una gran injusticia pública. En su calidad de dueño de la mina, el terrateniente invita a una colonia industrial a trabajar en sus dominios y, luego, en su calidad de propietario de la superficie, impide a los obreros reunidos por él les sea posible encontrar una vivienda apropiada. El arrendatario de la mina” (el explotador capitalista) “no tiene intereses pecuniarios en oponerse a esta división del negocio, pues sabe que si bien las últimas pretensiones son exorbitantes, las consecuencias no recaen sobre él; sabe de igual manera que los obreros, sobre quienes éstas repercuten, no tienen la educación suficiente como para conocer sus derechos sanitarios y que ni las viviendas más promiscuas, ni el agua potable más corrompida serán pretexto para una huelga.”¹³⁵

d) Efecto de las crisis sobre la parte mejor remunerada de la clase obrera

Antes de pasar a los obreros agrícolas propiamente dichos, mostraré con un ejemplo más cómo las crisis afectan incluso a la parte de la clase obrera mejor remunerada, a su aristocracia. Se recordará que el año 1857 fue acompañado de una de esas grandes crisis con las que siempre concluye el ciclo industrial. El plazo siguiente venció en 1866. Precedida en los distritos propiamente fabriles por la escasez de algodón, la cual había desplazado muchos capitales de sus esferas usuales de inversión a los grandes centros del mercado dinerario, la crisis revistió en esta oportunidad un carácter predominantemente financiero. Su desencadenamiento, en mayo de 1866, estuvo señalado por la bancarrota de un gigante banco londinense, a la que siguió, de inmediato, la ruina de innumerables sociedades financieras, dedicadas a la especulación. Una de las grandes ramas industriales de Londres afectada por la catástrofe fue la destinada a la construcción de barcos de hierro. En la época de auge, los magnates de esta industria no sólo habían sobreproducido desmesuradamente, sino que además habían suscrito enormes contratos de suministro, especulando con que las fuentes crediticias seguirían manando con la misma abundancia de antes. Pero sobrevino una reacción terrible que hasta

¹³⁵ L.c., p. 16.

este instante, fines de marzo de 1867, repercute también en otras industrias londinenses¹³⁶. Contribuirá a caracterizar la situación de los obreros el pasaje siguiente que consignamos del detallado informe redactado por un corresponsal del *Morning Star*, que visitó a comienzos de 1867 los centros más afectados por la calamidad:

"Al este de Londres, en los distritos de Poplar, Millwall, Greenwich, Deptford, Limehouse y Canning Town, 15.000 obreros y sus familias, a lo menos, se encuentran en un estado de extrema estrechez; entre ellos más de 3.000 mecánicos calificados. Sus fondos de reserva están agotados a consecuencia de una cesantía de seis u ocho meses... Debí hacer grandes esfuerzos para acercarme a la entrada del *workhouse* (de Poplar), pues estaba copado por una multitud hambrienta. Esperaban bonos para el pan, pero no había llegado aún la hora de repartirlos. El patio tiene la forma de un gran cuadrado, con un alero que corre a lo largo de los muros. Compactos montones de nieve cubrían los adoquines en el centro del patio. Pequeños espacios estaban cercados con varas de mimbre, como si fueran corrales de ovejas, en los cuales trabajan los hombres cuando hace mejor tiempo. El día de mi visita los corrales estaban tan nevados que nadie podía sentarse en ellos. Los hombres, sin embargo, protegidos por el alero, se dedicaban a macadamizar adoquines. Cada uno tenía un grueso adoquín como asiento y con un martillo pesado machacaba el granito cubierto de hielo, hasta picar 5 *bushels*. Con ello estaba terminada su tarea del día y obtenía tres peniques y un bono para pan. En otra parte del patio había una pequeña y desvencijada casa de madera. Al abrir la puerta, la encontramos llena de hombres, apretados unos a otros, para calentarse. Deshilachaban maromas y discutían acerca de quién de ellos podría trabajar más tiempo con un mínimo de alimentos, dado que la resistencia era *point d'honneur* [motivo de honor]. Sólo en este *workhouse* recibían socorro 7.000 personas, entre ellas muchos cientos que seis u ocho meses atrás percibían los salarios más altos que se pagan en este país por trabajo calificado. Su número sería dos veces mayor si no fueran tantos los que, pese a habérseles agotado completamente sus reservas de dinero, rehúyen sin embargo solicitar el socorro parroquial mientras tienen algo que empeñar... Al salir del *workhouse* di una vuelta por las calles, principalmente de casas de un piso, que son tan numerosas en Poplar. Mi guía era miembro del comité de cesantes. La primera casa a la que entramos era de un obrero metalúrgico, que estaba desde hace 27 semanas sin ocupación. Encontré al hombre y toda su familia sentados en una pieza del fondo. En el cuarto quedaban aún algunos muebles y el hogar estaba encendido. Esto era necesario para proteger a los niños pequeños de helarse los pies descalzos, pues hacía un frío terrible. En una bandeja, frente al fuego, había un montón de estopa que la mujer y los niños deshilachaban a cambio del pan que recibían en el *workhouse*. El hombre trabajaba en uno de los patios descritos anteriormente por un bono de pan y 3 peniques diarios. Acababa de venir a la casa para almorzar —con mucha hambre, como nos dijo con una sonrisa amarga—, y su almuerzo consistía de algunas escasas rebanadas de pan con manteca y una taza de té sin leche... La puerta siguiente en la que golpeamos la abrió una mujer

¹³⁶ "¡Hambuna masiva de los londinenses pobres! (*Wholesale starvation of the London Poor!*) ...Durante los últimos días, en los muros de Londres se fijaron grandes carteles conteniendo el siguiente curioso aviso: '¡Bueyes gordos, hombres hambrientos! Los bueyes gordos han salido de sus palacios de cristal para ir a cebar a los ricos en sus viviendas de lujo, mientras que los hombres hambrientos degeneran y mueren en sus agujeros miserables'. Los carteles con estas ominosas palabras son constantemente renovados. Apenas se saca o tapa una partida de ellos, de inmediato aparece una nueva en el mismo o en otro lugar público... Esto recuerda los *omina* [malos augurios] que preparaban al pueblo francés para los sucesos de 1789... En este instante, cuando mueren de frío y de hambre los obreros ingleses con sus mujeres e hijos, se invierten millones de dinero inglés, producto del trabajo inglés, en empresas rusas, españolas, italianas y de otros países" (*Reynolds' Newspaper*, 20 de enero de 1867).

de edad media, la cual, sin decirnos una palabra, nos condujo a una pequeña pieza del fondo, donde estaba toda su familia en silencio, con los ojos puestos en un fuego que se consumía rápidamente. Había tanta desolación y desesperación en esta gente y en su pequeño cuarto, que no quisiera volver a ver una escena similar. 'No han ganado nada, señor —dijo la mujer señalando a sus hijos,— nada en 26 semanas, y hemos gastado todo nuestro dinero, todo el dinero que yo y su padre reunimos en tiempos mejores, en la ilusión de asegurarnos el sustento cuando los negocios anduviesen mal. ¡Mire!', gritó, casi fuera de sí, sacando una libreta de ahorros con todas las anotaciones de dinero depositado y retirado para que pudiésemos ver cómo comenzó el pequeño patrimonio con un depósito de 5 chelines, cómo había crecido paulatinamente hasta llegar a £20 y cómo se había diluido, luego, de libras a chelines, hasta que la última anotación hacía la libreta tan carente de valor como lo es un pedazo de papel. Esta familia recibía diariamente del *workhouse* una comida deficiente... Nuestra visita siguiente fue a la mujer de un irlandés, el cual había trabajado en los astilleros. La encontramos enferma por falta de alimentación, tirada en un colchón, con sus vestidos puestos, apenas cubierta con un pedazo de alfombra, pues toda la ropa de cama había sido empeñada. Sus macilentos hijos la atendían, aunque parecía que eran ellos quienes necesitaban del cuidado materno. Diecinueve semanas de ociosidad obligada la habían hecho caer tan bajo, y mientras nos relataba la historia de su amargo pasado, gemía como si hubiera perdido toda esperanza en un futuro mejor... Al salir de la casa, se nos acercó corriendo un joven, pidiéndonos que fuéramos a su casa y viéramos si se podía hacer algo por él. Una mujer joven, dos bellos niños, un fajo de boletas de empeño y un cuarto completamente vacío fue todo lo que nos pudo mostrar."

Sobre los padecimientos posteriores a la crisis de 1866 tomamos el siguiente extracto de un diario tory. No debe olvidarse que la parte oriental de Londres, de la que aquí se trata, no es sólo el lugar de residencia de los constructores de barcos de hierro, ya mencionados en el texto del capítulo, sino también de un llamado "trabajo domiciliario", pagado siempre por debajo del mínimo.

"Un horrible espectáculo pudo apreciarse ayer en una parte de la metrópoli. Aunque los miles de cesantes del East End no desfilaron en masa con banderas negras, la corriente humana fue bastante imponente. Recordemos lo que sufre esta población. Se muere de hambre. Este es el hecho real y terrible. Son 40.000... En nuestro tiempo, en uno de los barrios de esta metrópoli maravillosa, junto a la más grande acumulación de riqueza vista en el mundo, 40.000 desamparados se mueren de hambre. Estos miles invaden ahora otros barrios; ellos, siempre semihambrientos, gritan su dolor en nuestros oídos, claman al cielo, nos hablan de sus miserables viviendas, de que les es imposible encontrar trabajo e inútil pedir limosnas. Los propios contribuyentes locales, obligados a pagar el impuesto de beneficencia, se encuentran próximos al pauperismo por las exigencias de las parroquias" (*Standard*, 5 de abril de 1867).

Dado que entre los capitalistas ingleses está de moda describir a Bélgica como el paraíso de los obreros, porque allí "la libertad del trabajo" o, lo que es lo mismo, "la libertad del capital" no es perturbada ni por el despotismo de los *Trade Union* [sindicatos], ni por las leyes fabriles, mencionaremos aquí algunas palabras sobre la "felicidad" de los obreros belgas. Seguramente nadie estaba más al tanto de los misterios de esa felicidad que el fallecido señor Ducpétiaux, inspector general de las cárceles e instituciones de beneficencia belgas y miembro de la Comisión Central de Estadística de ese país. Tomemos su obra *Budgets économiques des classes ouvrières en*

Belgique, Bruselas, 1855. Encontraremos aquí, entre otras cosas, a una familia obrera belga media, cuyos egresos e ingresos anuales han sido calculados según datos muy exactos y cuya situación alimentaria ha sido comparada luego con las de los soldados, marineros de la armada y presidiarios. La familia "se compone del padre, la madre y cuatro hijos". De estas seis personas, "cuatro pueden ser empleadas durante todo el año productivamente"; se presupone "que entre ellos no hay enfermos ni incapacitados para el trabajo", y que no realizan "gastos en fines religiosos, morales e intelectuales, excepto una cantidad muy exigua por concepto de asientos en la iglesia" ni pagan "cuotas a cajas de ahorro o cajas previsionales", o efectúan "desembolsos" de lujo u otros gastos superfluos". Pero, el padre y el hijo mayor fuman tabaco y van los domingos a la taberna, para lo cual disponen de 86 céntimos a la semana.

"Del resumen total de salarios pagados a los obreros en las diversas ramas de la industria se desprende... que el promedio más elevado de jornal es de 1,56 francos para los hombres, 89 céntimos para las mujeres, 56 céntimos para los jóvenes y 55 céntimos para las muchachas. Calculándose según estos datos, los ingresos de la familia ascenderían, a lo sumo, a 1.068 francos anuales... En el presupuesto familiar que consideramos como típico, hemos sumado todos los ingresos posibles. Pero, al asignarle un salario a la madre, privamos al hogar de su labor: ¿quién se ocupará de la casa, de los niños pequeños? ¿Quién coserá, lavará, surcirá la ropa? Este dilema se presenta ante los obreros cada día."

El presupuesto de la familia es, por consiguiente:

El padre	300 jornadas laborales	a 1,56 fr....	468 fr.
La madre	" "	" 0,89 fr....	267 fr.
El joven	" "	" 0,56 fr....	168 fr.
La muchacha	" "	" 0,55 fr....	165 fr.

Total... 1.068 fr.

Los gastos anuales de la familia y sus déficit serían, en caso de que el obrero recibiera la alimentación:

de un marinero de la Armada	1.828 fr. — Déficit	760 fr.
de un soldado	1.473 fr. — Déficit	405 fr.
de un presidiario	1.112 fr. — Déficit	44 fr.

"Como se ve, pocas familias obreras pueden procurarse los alimentos obtenidos por el marinero o el soldado, y ni siquiera los que recibe el presidiario. En Bélgica, en 1847-1849, cada presidiario costaba por término medio 63 centavos diarios, lo que arroja una diferencia de 13 centavos en relación a los costos diarios de manutención del obrero. Los costos de dirección y vigilancia se compensan, pues el presidiario no paga alquiler... Pero, ¿cómo es posible que un gran número, y podríamos decir la gran mayoría de los obreros, vivan en condiciones aún más estrechas? Lo logran recurriendo a expedientes cuyo secreto sólo el obrero conoce: reduciendo la ración diaria; comiendo pan de centeno en vez de pan de trigo; consumiendo menos o nada de carne; haciendo lo mismo con la mantequilla y las especias; enlatando a la familia en una o dos piezas, donde muchachas y jóvenes duermen juntos, frecuentemente en el mismo saco de paja; ahorrando en vestidos, ropa interior y en los medios de

limpieza; renunciando a los placeres dominicales; brevemente, sometiéndose a las privaciones más dolorosas. Una vez alcanzado este límite extremo, cualquier aumento, por mínimo que sea, en los precios de los medios de subsistencia, una paralización de las faenas o una enfermedad, multiplican las miserias del obrero, arruinándolo totalmente. Se acumulan las deudas, se le niegan créditos, la ropa y los muebles más imprescindibles van a parar a la casa de empeños, y finalmente la familia pide su inscripción en la lista de indigentes.”¹³⁷

En efecto, en este “paraíso de los capitalistas”, la más mínima alteración en los precios de los medios de subsistencia más necesarios sigue una modificación en el número de las defunciones y los delitos! (Véase *Manifest der Maatschappij: De Vlamingen Vooruit!*, Bruselas, 1860, p. 12.) Toda Bélgica cuenta 930.000 familias, de ellas, según estadísticas oficiales. 90.000 son ricas (electores) = 450.000 personas; 390.000 familias pertenecen a la pequeña clase media de la ciudad y el campo, la gran mayoría de las cuales van engrosando constantemente las filas del proletariado = 1.950.000 personas; finalmente, 450.000 familias de obreros = 2.250.000 personas, entre las cuales las familias modelo disfrutan de la felicidad descrita por Ducpétiaux. ¡De las 450.000 familias obreras más de 200.000 figuran en la lista de los indigentes!

e) El proletariado agrícola británico

El carácter antagónico de la producción y acumulación capitalistas en ninguna otra parte se revela de manera más brutal que en el progreso de la agricultura inglesa (incluyendo la ganadería) y la regresión del obrero rural inglés. Antes de referirnos a su situación actual, echemos rápidamente una mirada hacia atrás. En Inglaterra, la agricultura moderna data desde mediados del siglo XVIII, aunque tiene una fecha muy anterior la revolución en las relaciones de propiedad de la tierra, de la cual parte, como de su base, el modo de producción modificado.

Si tomamos los datos de Arthur Young —observador riguroso, aunque pensador superficial— relativos al obrero agrícola de 1771, vemos que éste desempeña un papel muy miserable, comparado con su predecesor de fines del siglo XIV, “cuando podía vivir a plenitud y acumular riqueza”¹³⁸, para no hablar del siglo XV, “la edad de oro de los obreros ingleses en la ciudad y el campo”. Sin embargo, no necesitamos remontarnos tan atrás. En un escrito de 1774, muy rico en contenido, leemos:

¹³⁷ Ducpétiaux, l.c., pp. 151, 154, 155, 156.

¹³⁸ James E. Th. Rogers (profesor de economía política en la Universidad de Oxford). *A History of Agriculture and Prices in England*, Oxford, 1866, v. I, p. 690. Esta obra, preparada con laboriosidad, abarca en sus dos primeros tomos publicados hasta el momento sólo el período de 1259 a 1400. El segundo tomo sólo contiene material estadístico. Es la primera *history of prices* [historia de los precios] auténtica que tenemos de aquel tiempo.

"El gran arrendatario se ha elevado casi al nivel del *gentleman*, mientras que el obrero rural pobre ha sido aplastado casi hasta el suelo. Su infeliz estado se revela claramente realizando una sinopsis comparativa de su situación de hoy y la de hace 40 años... Los terratenientes y arrendatarios se apoyan mutuamente para oprimir al obrero"¹³⁹.

Luego, se demuestra detalladamente que el salario real cayó en el agro desde 1737 a 1777 casi en 1/4, es decir en un 25%.

"La política moderna" —señaló en ese mismo tiempo el Dr. Richard Price— "favorece a las clases superiores de la población, y la consecuencia será que, tarde o temprano, el reino entero se compondrá exclusivamente de *gentlemen* y mendigos, de grandes y esclavos."¹⁴⁰

Sin embargo, la situación de los obreros agrícolas ingleses de 1770 a 1780 es, tanto en lo que se refiere a sus condiciones de alimentación y de vivienda como a su estado de ánimo, diversiones, etc., un ideal nunca alcanzado después. Expresado en pintas* de trigo, su salario promedio entre 1770 y 1771 ascendía a 90, en los tiempos de Eden (1797), sólo a 65, y en 1808 bajó a 60¹⁴¹.

Ya hemos mencionado la situación de los obreros rurales a fines de la guerra antijacobina, en la cual se enriquecieron tan extraordinariamente los terratenientes, arrendatarios, fabricantes, comerciantes, banqueros, caballeros de la Bolsa, proveedores del ejército, etc. El salario nominal aumentó, en parte, a causa de la depreciación de los billetes y, en parte, debido a un incremento, independiente de la señalada depreciación, registrado en los precios de los medios de subsistencia de primera necesidad. El movimiento salarial real es, sin embargo, muy fácil de constatar, sin considerar detalles aquí innecesarios. La ley de beneficencia y su administración eran las mismas en 1795 y en 1814. Se recordará cómo era manipulada esta ley en el campo: la parroquia completaba, bajo la forma de limosnas, el salario nominal hasta alcanzar la suma requerida para permitir la mera vegetación de los obreros. La proporción existente entre el salario pagado por el arrendatario y el déficit salarial cubierto por la parroquia nos muestra dos cosas: primero, la reducción del salario por debajo de su mínimo; segundo, el grado en que el obrero agrícola era una combinación de asalariado y de indigente, o el grado en que lo habían convertido en un siervo de su parroquia. Consi-

¹³⁹ *Reasons for the late Increase of the Poor-Rates: or, a comparative view of the price of labour and provisions*, Londres, 1777, pp. 5, 11.

¹⁴⁰ Dr. Richard Price. *Observations on Reversionary Payments*, 6a edición preparada por W. Morgan, Londres, 1803, v. II, pp. 158, 159. Price señala en la pág. 159: "El precio nominal por el trabajo del jornalero no es, actualmente, más de cuatro o máximo cinco veces superior al del año 1514. Pero el precio de los cereales es siete veces mayor, el de la carne y la ropa, unas quince veces superior. Por tanto, el precio del trabajo se ha quedado tan rezagado del aumento de los costos de subsistencia que, en relación a estos costos, no parece ascender ni siquiera a la mitad de lo que antes sumaba".

* 1 pinta equivale a 0,568 litros. —Ed.

¹⁴¹ Barton, l.c., p. 26. Para fines del siglo XVIII, cfr. Eden, l.c.

deremos un condado que representa el término medio de todos los demás. En 1795, en Northamptonshire, el salario promedio semanal ascendía a 7 chelines y 6 peniques; los desembolsos totales de una familia de seis personas sumaban £36 con 12 chelines y 5 peniques al año; sus ingresos totales eran de £29 y 18 chelines y el déficit cubierto por la parroquia, de £6 con 14 chelines y 5 peniques. En el mismo condado, el salario semanal ascendía, en 1814, a 12 chelines y 2 peniques; los desembolsos totales al año de una familia de 5 personas, a £54 con 18 chelines y 4 peniques; sus ingresos totales a £36 y 2 chelines, el déficit cubierto por la parroquia, a £18 con 6 chelines y 4 peniques¹⁴²; en 1795, el déficit era inferior a 1/4 del salario, en 1814, superaba la mitad. Se entiende de por sí que en estas circunstancias, en 1814 habían desaparecido las pocas comodidades que Eden encontraba en la *cottage* del obrero rural¹⁴³. De todos los animales que tiene el arrendatario, desde ese entonces era el obrero, el *instrumentum vocale* [instrumento dotado de voz], el más atormentado, el peor alimentado y al que se trataba del modo más brutal.

El mismo estado de cosas perduró tranquilamente hasta que

"en 1830 las insurrecciones de Swing¹⁸²¹ nos revelaron", (es decir, mostraron a las clases dominantes) "a la luz de las parvas en llamas, que la miseria y el sombrío y sedicioso descontento ardían bajo la superficie de la Inglaterra agrícola tan incontrolablemente como en la Inglaterra industrial"¹⁴⁴.

En la Cámara de los Comunes, en aquel entonces Sadler bautizó a los obreros rurales de "esclavos blancos" (*white slaves*), y un obispo hizo eco al epíteto en la Cámara de los Lores. El economista político más significativo de aquella época, E.G. Wakefield, observa:

"El obrero agrícola del sur de Inglaterra no es un esclavo ni un hombre libre, sino un indigente"¹⁴⁵.

El período inmediatamente anterior a la abolición de las leyes cerealeras arrojó nueva luz sobre la situación de los obreros rurales. De una parte, los agitadores burgueses estaban interesados en demostrar lo poco que aquellas leyes de protección amparaban al verdadero productor de cereales. De otra parte, la burguesía industrial echaba espumarajos de rabia ante las denuncias, efectuadas por la aristocracia terrateniente, de las condiciones fabriles, ante la afectada simpatía de esos distinguidos holgazanes archicorrompidos e insensibles por los sufrimientos de los obreros fabriles y su "celo diplomático" a favor de la legislación fabril. Un viejo refrán inglés dice: cuando dos ladrones se agarran de los pelos, siempre ocurre algo bueno. Y, en efecto, la bulliciosa y apasionada pelea entre las dos fracciones de la clase dominante con respecto al asunto de cuál

¹⁴² Parry, l.c., p. 80.

¹⁴³ Ibid., p. 213.

¹⁴⁴ S. Laing, l.c., p. 62.

¹⁴⁵ *England and America*, Londres, 1833, v. I, p. 47.

de ellas explotaba a los obreros más desvergonzadamente, fue de un lado y del otro la partera de la verdad. El conde de Shaftesbury, alias lord Ashley, era el paladín de la campaña aristocrático-filantrópica contra las fábricas. Se convirtió por eso, en 1844 y 1845, en el blanco preferido de las revelaciones que efectuaba el *Morning Chronicle* sobre la situación de los obreros agrícolas. Este periódico, órgano liberal más significativo de aquella época, enviaba a los distritos rurales a sus corresponsales especiales que en modo alguno se contentaban con descripciones generales y datos estadísticos, sino que publicaban los nombres tanto de las familias obreras investigadas como de los terratenientes. La lista que sigue¹⁴⁶ presenta los salarios

Niños	Número de miembros de la familia	Salario semanal de los hombres	Salario semanal de los niños	Ingreso semanal de toda la familia	Alquiler semanal	Salario semanal total descontando el alquiler	Salario semanal por cabeza
a	b	c	d	e	f	g	h
primera aldea							
		ch.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.
2	4	8	— —	8 —	2 —	6 —	1 6
3	5	8	— —	8 —	1 6	6 6	1 3 ¹ / ₂
2	4	8	— —	8 —	1 —	7 —	1 9
2	4	8	— —	8 —	1 —	7 —	1 9
6	8	7	1 6	10 6	2 —	8 6	1 3 ³ / ₄
3	5	7	2 —	7 —	1 4	5 8	1 1 ¹ / ₂
segunda aldea							
		ch.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.
6	8	7	1 6	10 —	1 6	8 6	1 3 ³ / ₄
6	8	7	1 6	7 —	1 3 ¹ / ₂	5 8 ¹ / ₂	— 8 ¹ / ₂
8	10	7	— —	7 —	1 3 ¹ / ₂	5 8 ¹ / ₂	— 7
4	6	7	— —	7 —	1 6 ¹ / ₂	5 5 ¹ / ₂	— 11
3	5	7	— —	7 —	1 6 ¹ / ₂	5 5 ¹ / ₂	1 1
tercera aldea							
		ch.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.	ch. pen.
4	6	7	— —	7 —	1 —	6 —	1 —
3	5	7	2 —	11 6	— 10	10 8	2 1 ¹ / ₂
0	2	5	2 6	5 —	1 —	4 —	2 —

pagados en tres aldeas, en las cercanías de Blandford, Wimbourne y Poole. Las aldeas son propiedad del señor G. Bankes y del conde de Shaftesbury. Se observará que este sumo pontífice de la *Low Church*^[183], este corifeo de los pietistas ingleses, así como su cofrade

¹⁴⁶ *London Economist*, 29 de marzo de 1845, p. 290.

Banks se vuelven a echar a los bolsillos por concepto de alquilar una parte significativa de los miserables salarios de los obreros.

La abolición de las leyes cerealeras proporcionó a la agricultura inglesa un tremendo impulso. Caracterizan esta época el drenaje en mayor escala¹⁴⁷, un nuevo sistema de alimentación del ganado en establos y de hierbas forrajeras sembradas, la introducción de aparatos mecánicos para abonar, un nuevo tratamiento de los suelos arcillosos, el uso acrecentado de abonos minerales, la utilización de máquinas de vapor y de todo tipo de nueva maquinaria de trabajo, etc, en general el cultivo más intenso. El presidente de la Real Sociedad de Agricultura, el señor Pusey, sostiene que, gracias a la maquinaria recientemente introducida, los costos (relativos) de explotación se han reducido casi a la mitad. De otra parte, se elevó rápidamente el rendimiento positivo del suelo. Mayores desembolsos de capital por acre y en consecuencia también la acelerada concentración de los predios arrendados constituyeron la condición básica del nuevo método¹⁴⁸. Simultáneamente, de 1846 a 1856, el área cultivada se expandió en 464.119 acres, sin mencionar siquiera las grandes superficies de los condados orientales, que por arte de magia se transformaron de cotos para conejos y miseros pastizales en exuberantes campos cerealeros. Ya sabemos que al mismo tiempo se redujo el número total de las personas ocupadas en la agricultura. En lo que se refiere a los agricultores propiamente dichos, de ambos sexos y de todas las edades, su número descendió de 1.241.269 en 1851 a 1.163.217 en 1861¹⁴⁹. Por eso, si el director del Registro Civil inglés^[184] señala con toda razón que "el aumento de los arrendatarios y los obreros rurales, desde 1801, no se encuentra en proporción alguna con el incremento del producto agrícola"¹⁵⁰, esta desproporción vale aún más en el último período, durante el cual la reducción absoluta de la población obrera rural iba de la mano con la ampliación del área cultivada, el cultivo más intenso, la acumulación

¹⁴⁷ Con este fin, la aristocracia terrateniente se adelantó para sí fondos del erario público, naturalmente por vía parlamentaria, a un interés bajísimo que los arrendatarios debían devolvérselo duplicado.

¹⁴⁸ La reducción del número de arrendatarios medianos se aprecia, en particular, de los siguientes rubros del censo: "hijo, nieto, hermano, sobrino, hija, nieta, hermana, sobrina del arrendatario", es decir, los miembros de su propia familia empleados por el arrendatario. En 1851, bajo este rubro figuraban 216.851 personas; en 1861, sólo 176.151. De 1851 a 1871, los predios arrendados de menos de 20 acres se reducen en más de 900; los predios entre 50 y 75 acres disminuyen de 8.253 a 6.370; algo parecido acontece con todos los predios menores a 100 acres. Por el contrario, durante los mismos 20 años aumentó el número de los grandes predios arrendados: los de 300 a 500 acres crecieron de 7.771 a 8.410; los de más de 500 acres, de 2.755 a 3.914; los mayores a los 1.000 acres, de 492 a 582.

¹⁴⁹ El número de pastores de ovejas aumentó de 12.517 a 25.559.

¹⁵⁰ *Census etc.*, l.c., p. 36.

inaudita de capital incorporado al suelo e invertido en su laboreo, los aumentos del producto del suelo sin paralelo en la historia de la agronomía inglesa, un rebosante registro de rentas de los terratenientes y una riqueza creciente de los arrendatarios capitalistas. Si esto se relaciona a la rápida e ininterrumpida expansión de los mercados urbanos de venta y al imperio del librecambio, obtenemos que por fin se había colocado al obrero rural, *post tot discrimina rerum* [después de tantas vueltas] en una situación que *secundum artem* [según las reglas de la profesión] debería haberlo embriagado de felicidad.

El profesor Rogers, en cambio, llega al resultado de que hoy la situación del obrero rural inglés ha empeorado extraordinariamente —comparándolo sólo con sus antecesores de 1770 a 1780, para no hacerlo con sus predecesores en la primera mitad del siglo XIV y en el siglo XV— y que “se ha convertido nuevamente en siervo”, precisamente en un siervo mal alimentado y mal alojado¹⁵¹. El Dr. Julian Hunter, en su informe epocal sobre la vivienda de los obreros rurales, señala:

“Los costos de existencia del *hind*” (nombre dado al trabajador rural en los tiempos de la servidumbre) “se fijan en el monto más bajo posible con que puede vivir... Su salario y su alojamiento no se calculan sobre la ganancia a extraerse de él. Es un cero en los cálculos del arrendatario¹⁵²... Sus medios de subsistencia son considerados siempre como una cantidad fija”¹⁵³. “Por lo que se refiere a cualquier reducción adicional de sus ingresos, puede decir: *nihil habeo, nihil curo* [nada tengo, nada me preocupa]. El *hind* no tiene temor al futuro, porque no dispone de nada más que de lo absolutamente imprescindible para su existencia. Ha alcanzado el punto de congelación, punto del cual arrancan los cálculos del arrendatario. Venga lo que viniera, la dicha o la desdicha le tiene sin cuidado.”¹⁵⁴

En 1863 se realizó una investigación oficial acerca de las condiciones de alimentación y ocupación de delincuentes condenados a deportación y trabajos forzados. Los resultados se exponen en dos gruesos Libros Azules.

“Una comparación meticulosa” —dicen los Libros entre otras cosas— “de la dieta de los delincuentes en las cárceles de Inglaterra con la de los indigentes en los *workhouses* y la de los obreros rurales libres del país, muestra indiscutiblemente que los primeros son mucho mejor alimentados que cualquiera de las otras dos clases”¹⁵⁵,

¹⁵¹ Rogers, l.c., p. 693. “The peasant has again become a serf.” l.c., p. 10. El señor Rogers pertenece a la escuela liberal, es amigo personal de Cobden y Bright, no es por tanto un *laudator temporis acti* [panegirista del tiempo pasado]^[185].

¹⁵² *Public Health. Seventh Report*, Londres, 1865, p. 242. “The cost of the hind is fixed at the lowest possible amount on which he can live... the supplies of wages or shelter are not calculated on the profit to be derived from him. His is a zero in farming calculations.” No es inusual, por tanto, que el casero aumente el alquiler del obrero no bien éste gana algo más, o el arrendatario reduzca su salario, “porque su mujer ha encontrado empleo” (l. c.).

¹⁵³ l.c., p. 135.

¹⁵⁴ l.c., p. 134.

¹⁵⁵ *Report of the Commissioners... relating to Transportation and Penal Servitude*, Londres, 1863, p. 42, Nº 50.

mientras que "la masa de trabajo exigida de un condenado a trabajos públicos forzados alcanza aproximadamente a la mitad de la que realiza un obrero rural común"¹⁵⁶.

A continuación entregamos algunas declaraciones características de testigos: John Smith, director de la cárcel de Edimburgo:

Nº 5056: "La dieta en las cárceles inglesas es mucho mejor que la del obrero rural común". Nº 5057: "Es un hecho que los obreros rurales comunes de Escocia muy raras veces consumen algo de carne". Nº 3047: "¿Conoce Ud. de alguna razón que haga necesario alimentar a los delincuentes mucho mejor (*much better*) que a los obreros rurales comunes? —Por supuesto, no". Nº 3048: "¿Considera Ud. acertado realizar nuevos experimentos para que la dieta de los presidiarios condenados a trabajos públicos forzados se asemeje más a la de los obreros rurales libres?"¹⁵⁷ "El obrero rural —se sostiene— podría decir: Trabajo duramente y no tengo lo suficiente para comer. Cuando estaba en la cárcel, no trabajaba tan duro y tenía comida en abundancia, y en consecuencia es mejor para mí estar en la cárcel que en libertad."¹⁵⁸

De los cuadros anexados al primer tomo del informe se ha compuesto la siguiente sinopsis comparativa.

Monto alimentario semanal^{158a}
(onzas)

	Componentes que contienen nitrógeno	Componentes libres de nitrógeno	Componentes minerales	Suma total
Delincuentes en la cárcel de Portland	28,95	150,06	4,68	183,69
Marinero de la Armada Real	29,63	152,91	4,52	187,06
Soldado	25,55	114,49	3,94	143,98
Constructor de carrozas (obrero)	24,53	162,06	4,23	190,82
Tipógrafo	21,24	100,83	3,12	125,19
Obrero rural	17,73	118,06	3,29	138,08

El lector ya conoce los resultados generales obtenidos por la Comisión Investigadora Médica de 1863 sobre el estado alimentario de las clases populares peor alimentadas. Recordará que la dieta de una gran parte de las familias de los obreros rurales se encuentra por debajo del mínimo necesario "para evitar enfermedades ocasionadas por el hambre". Este es el caso, en particular, de todos los distritos puramente agrícolas de Cornwall, Devon, Somerset, Wilts, Stafford, Oxford, Berks y Herts.

¹⁵⁶ L.c., p. 77. *Memorandum by the Lord Chief Justice.*

¹⁵⁷ L.c., v. II, *Evidence.*

¹⁵⁸ L.c., v. I., Apéndice, p. 280.

^{158a} L.c., pp. 274, 275.

"La alimentación que recibe el obrero rural" —declara el Dr. Smith— "es mayor de lo que indica la cantidad media, pues él obtiene una parte mucho mayor de las provisiones imprescindibles para su labor que los restantes miembros de su familia; en los distritos más pobres consume casi toda la carne y el tocino. La cantidad de alimentos que recibe la mujer y, también, los niños en el período de su crecimiento rápido es en muchos casos —y en casi todos los condados— deficiente, principalmente en nitrógeno."¹⁵⁹

Los criados y las sirvientas, que viven en las mismas casas de los arrendatarios, son alimentados en abundancia. Su número descendió de 288.277 en 1851 a 204.962 en 1861.

"La labor de las mujeres en los campos —afirma el Dr. Smith—, sean cuales fueren los inconvenientes que la acompañan, es en las circunstancias actuales una gran ventaja para la familia, pues le proporciona los medios para calzarse, vestirse, pagar el alquiler y, de este modo, comer mejor."¹⁶⁰

Uno de los resultados más curiosos de esta investigación fue que el obrero rural se alimenta mucho peor en Inglaterra que en las demás partes del Reino Unido (*is considerably the worst fed*), como lo evidencia el siguiente cuadro.

Consumo semanal de carbono y nitrógeno por el obrero rural promedio¹⁶¹

	Carbono (granos)	Nitrógeno (granos)
Inglaterra	40.673	1.594
Gales	48.354	2.031
Escocia	48.980	2.348
Irlanda	43.366	2.434

¹⁵⁹ *Public Health. Sixth Report, 1863*, pp. 238, 249, 261, 262.

¹⁶⁰ *L.c.*, p. 262.

¹⁶¹ *L.c.*, p. 17. El obrero rural inglés consume sólo 1/4 de la leche y 1/2 del pan que recibe el irlandés. Ya A. Young destacó a comienzos de siglo, en su *Tour through Ireland*, el mejor estado alimenticio de este último. La razón consiste sencillamente en que el arrendatario irlandés, que vive en la pobreza, es incomparablemente más humano que el rico arrendatario inglés. Con respecto a Gales, los datos presentados en el texto no son válidos para su región sudoccidental. "Todos los médicos del lugar coinciden en que el incremento de la tasa de mortalidad por tuberculosis, escrofulosis, etc., se intensifica al empeorar el estado físico de la población, y todos atribuyen este hecho a la pobreza. El sustento diario de un obrero rural se estima allí en 5 peniques; en muchos distritos el arrendatario" (también en la miseria) "paga aún menos. Un bocado de carne salada, secada hasta llegar al grado de dureza de la caoba y casi sin valor de ser sometida al difícil proceso de la digestión, o un pedazo de tocino, sirven de condimento a una gran cantidad de caldo, de harina y puerro, o de papilla de avena, y día tras día este es el almuerzo del obrero agrícola... El progreso de la industria tuvo como consecuencia para él, en este clima severo y húmedo, sustituir el sólido paño hilado en casa por géneros de algodón más baratos, y las bebidas más fuertes por un té 'nominal'... Después de estar expuesto muchas horas al viento y a la lluvia, el campesino regresa a su *cottage* para sentarse al fuego de turba o de bolas compuestas de arcilla y de desperdicios de carbón, el cual lanza nubes de humo de monóxido de carbono y ácido sulfúrico. Las paredes de la choza son de arcilla y piedras; el piso es de tierra, igual que antes de construirse la choza; el techo, una masa de paja suelta

"Cada página del informe del Dr. Hunter"— señala el Dr. Simon en su informe oficial de salud— "da testimonio de la insuficiente cantidad y de la miserable calidad de las viviendas de nuestro obrero rural. Y desde hace muchos años que su situación, en este sentido, viene empeorando progresivamente. Ahora, le es mucho más difícil encontrar un techo que en los siglos anteriores, y si lo encuentra, corresponde mucho menos a sus necesidades. En particular, durante los últimos 20 ó 30 años, el mal se ha extendido con rapidéz, y las condiciones habitacionales del campesino son ahora sumamente miserables. En este aspecto se encuentra completamente desamparado, excepto cuando aquellos a quienes enriquece su trabajo consideran que vale la pena tratarlo con cierta piadosa indulgencia. El que disponga de una vivienda en la tierra que trabaja, ya sea adecuada para un hombre o un animal, que tenga o no un pequeño huerto para aliviar la presión de la pobreza: todo esto no depende de su disposición o posibilidad de pagar un alquiler conveniente, sino del uso que otros quieran hacer 'del derecho a disponer de su propiedad como se les antoje'. Por muy grande que sea el predio arrendado, ninguna ley establece que en él deba haber un determinado número de viviendas para los obreros, y menos habla de viviendas decentes; la ley tampoco reserva al obrero el mínimo derecho a la tierra, para la cual su trabajo es tan imprescindible como la lluvia y la luz del sol... Una circunstancia notoria carga además los platillos de la balanza con un gran peso en su contra... la influencia de la ley de beneficencia, con sus disposiciones sobre domicilio y los gravámenes correspondientes¹⁶². Bajo su influencia, toda parroquia tiene interés pecuniario en restringir al mínimo el número de obreros rurales residentes en ella, pues, infelizmente, el trabajo agrícola, en lugar de garantizar una independencia segura y permanente del

amontonada. Toda rendija está tapada para mantener el calor, y en esta atmósfera de hedor diabólico, con un piso de lodo y a menudo con su única ropa secándose sobre su cuerpo, el obrero rural consume su cena junto a su mujer e hijos. Parteras, que han debido pasar parte de la noche en estas chozas, describen cómo sus pies se hundían en el fango del piso y cómo se veían obligadas, ifácil tarel, a hacer un agujero en la pared para procurarse un poco de respiración. Numerosos testigos de distinto rango declaran que el campesino subalimentado (*underfed*) está expuesto cada noche a éstas y otras influencias nocivas para la salud, y no faltan, realmente, pruebas de que el resultado es una población debilitada y escrofulosa... Los antecedentes proporcionados por los funcionarios parroquiales de Caermarthenshire y Cardiganshire muestran palmariamente el mismo estado de cosas. A esto se añade una plaga aún mayor: la proliferación del idiotismo. Además, se suman las condiciones climáticas. Fuertes vientos sudoccidentales soplan en todo el país durante 8 ó 9 meses al año, tras ellos vienen lluvias torrenciales que se descargan principalmente en las laderas occidentales de los montes. Son raros los árboles, salvo en lugares protegidos; allí donde carecen de protección son destruidos por el viento. Las chozas se agazapan bajo cualquier saliente de los montes, a menudo en un barranco o en una cantera; sólo las ovejas más pequeñas y el ganado bovino local pueden vivir en las praderas... Los jóvenes emigran a los distritos mineros orientales de Glamorgan y Monmouth... Caermarthenshire es el semillero de la población minera y su asilo de inválidos... La población conserva su número dificultosamente. Así, por ejemplo, acontece en Cardiganshire:

	1851	1861
Sexo masculino	45.155	44.446
Sexo femenino	52.459	52.955

97.614 97.401."

(Informe del Dr. Hunter en *Public Health. Seventh Report, 1864*, Londres, 1865, pp. 498 a 502, *passim*.)

¹⁶² En 1865, esa ley fue perfeccionada en cierta medida. Pronto la experiencia nos enseñará que remiendos de este tipo no ayudan en nada.

obrero que trabaja duramente y de su familia, conduce a través de rodeos más largos o más cortos al pauperismo —un pauperismo que en todo momento está tan cerca que cualquier enfermedad o carencia temporal de empleo hace necesario buscar inmediatamente la ayuda parroquial—, y por eso todo establecimiento de una población agrícola en la parroquia equivale, evidentemente, a un incremento adicional en sus impuestos de beneficencia... Basta con que los grandes terratenientes¹⁶³ decidan que en sus haciendas no debe haber viviendas de obreros, y se liberan de inmediato de la mitad de su responsabilidad por los pobres. Hasta qué punto la Constitución y las leyes inglesas han querido establecer este tipo de propiedad absoluta del suelo, que permite al terrateniente 'hacer con lo suyo lo que quiere', pudiendo tratar como extraños a los labradores y expulsarlos de su territorio, es un asunto cuya discusión no me incumbe... Este poder de desalojo no es una mera teoría. Se realiza en la práctica y en gran escala. Es una de las circunstancias que dominan las condiciones habitacionales de los obreros rurales... La extensión del mal puede apreciarse del último censo, según el cual la demolición de casas durante los últimos 10 años, pese al aumento de la demanda local, prosiguió en 821 distritos de Inglaterra, de modo que, prescindiendo de las personas obligadas a convertirse en no residentes (es decir, a no residir en la parroquia en que trabajan) y comparándose 1861 con 1851, una población superior en 5 1/2% hubo de acomodarse en un espacio habitacional menor en 4 1/2%... Cuando el proceso de despoblamiento alcanza su meta —dice el Dr. Hunter— se tiene como resultado una aldea de exhibición (*show-village*), donde sólo quedan unas pocas *cottages* en las cuales nadie puede vivir salvo los pastores de ovejas, jardineros y guardabosques, criados regulares que reciben de los magnánimos señores el buen trato usualmente dispensado a esta clase¹⁶⁴. Pero la tierra debe ser cultivada, y resulta que los trabajadores no son inquilinos del terrateniente, sino que provienen de una aldea abierta, quizá a 3 millas de distancia, donde los recibió una numerosa clase de pequeños propietarios domiciliarios, después de la destrucción de sus *cottages* en las aldeas cerradas. Allí donde las cosas se acercan a este resultado, las *cottages* confirman con su miserable apariencia el destino al que fueron condenadas. Se encuentran en los diversos peldaños del deterioro natural. Mientras se conserve el techo, se le permite al obrero pagar alquiler, y él está frecuentemente muy feliz de poder hacerlo, incluso aunque deba pagar el precio de una buena vivienda. Pero, ninguna reparación, ninguna mejora, excepto las que pueda efectuar el insolvente habitante. Cuando, por último, se vuelve completamente inhabitable, se tiene una *cottage* destruida más y futuros impuestos de beneficencia menos. Mientras los grandes propietarios se liberan así del impuesto de beneficencia —despoblando la tierra que controlan—, la pequeña ciudad o aldea abierta más próximas acogen a los obreros expulsados; digo la más próxima, pero esta 'más próxima' puede encontrarse a 3 ó 4 millas de la granja donde el obrero debe realizar diariamente su faena. De esta manera, a su jornada laboral, como si fuera poco, se agrega la necesidad de una marcha diaria de 6 u 8 millas para ganarse el pan de cada día. Todo el trabajo agrícola ejecutado por su mujer y sus hijos se realiza también bajo estas circunstancias empeoradas. Y no finaliza aquí el mal causado por la distancia. En las aldeas abiertas,

¹⁶³ Para la comprensión de lo que sigue: se denominan *close villages* [aldeas cerradas] aquellas en que los propietarios del suelo son uno o dos grandes terratenientes; *open villages* [aldeas abiertas] aquellas cuyo suelo pertenece a muchos pequeños propietarios. Las últimas son los lugares donde los especuladores de la construcción pueden levantar *cottages* y casas de alquiler.

¹⁶⁴ Una aldea así parece muy atractiva, pero es tan irreal como las que veía Catalina II en su viaje a Crimea. El último tiempo también los pastores son expulsados de estas *show-villages*. Por ejemplo, cerca de Market Harborough, hay un criadero de ovejas de 500 acres que sólo requiere del trabajo de un hombre. Para reducir las largas marchas por estas vastas extensiones —los bellos campos de Leicester y Northampton—, el pastor solía recibir una *cottage* en la granja. Ahora, se le entrega un decimotercer chelín para alojamiento, que debe buscar en alguna lejana aldea abierta.

los especuladores de la construcción compran pedazos de tierra y los siembran lo más densamente posible con los más baratos cuchitriles. Y en estas miserables moradas, que aunque lindan con campos abiertos comparten los rasgos más repelentes de las peores viviendas urbanas, es donde se hacinan los obreros agrícolas de Inglaterra¹⁶⁵... De otra parte, no se debe pensar que el obrero alojado en la tierra que trabaja encuentra la vivienda merecida por su vida productiva e industriosa. Incluso en las haciendas más principescas, su *cottage* es a menudo sumamente deplorable. Hay terratenientes que consideran el establo como algo suficientemente bueno para los obreros y sus familias, y no desdénan extraer de su alquiler todo el dinero posible¹⁶⁶. Aunque sólo sea una choza en ruinas, con un único dormitorio, sin hogar, sin retrete, sin ventanas que se puedan abrir, sin otro suministro de agua salvo el proveniente de la acequia, sin huerto, el obrero está desamparado ante la injusticia. Y nuestras leyes de policía sanitaria (*the Nuisances Removal Acts*) son letra muerta. Se ha encomendado su cumplimiento precisamente a los propietarios que alquilan esos agujeros... No debemos dejarnos deslumbrar por escenas luminosas, de tipo excepcional, y poner en duda el predominio abrumador de hechos que constituyen una vergüenza para la civilización inglesa. El estado de cosas debe ser en verdad horrible si, a pesar de la situación monstruosa de la vivienda actual, observadores competentes llegan unánimemente a la conclusión de que la misma sordidez general de las viviendas es incluso un mal infinitamente menor que su mera insuficiencia numérica. Desde hace años, el hacina-

¹⁶⁵ "Las casas de los obreros" (en las aldeas abiertas que, naturalmente, están siempre atestadas) "se suelen construir en hileras, con la pared trasera mirando al borde exterior del retazo de tierra que el especulador llama suyo. Por eso, no tienen otro acceso de luz y aire, sino de frente" (informe del Dr. Hunter, l.c., p. 135). "Muy a menudo, el dueño de la cervcería o de la tienda del pueblo es al mismo tiempo dueño de las casas arrendadas. En este caso, el obrero rural encuentra en él a un segundo patrón, además del arrendatario. Debe ser también su cliente. Con sus 10 chelines semanales, menos un alquiler anual de £4, está obligado a adquirir su *modicum* [modesta porción] de té, azúcar, harina, jabón, velas y cerveza, a los precios que el tendero determine" (l.c., p. 132). Estas aldeas abiertas son de hecho, "colonias penitenciarias" del proletariado rural inglés. Muchas de las *cottages* son simples albergues por los que pasa toda la chusma de vagabundos del contorno. El labrador y su familia, que, a pesar de vivir en las peores condiciones, habían conservado milagrosamente su laboriosidad y pureza de carácter, terminan corrompiéndose. Entre los distinguidos Shylocks está, por cierto, de moda encogerse farisaicamente de hombros frente a los especuladores de la construcción y los pequeños propietarios en las aldeas abiertas. Saben muy bien que sus "aldeas cerradas y aldeas de exhibición" son la cuna de las "aldeas abiertas", y que sin éstas no pueden existir. "Sin los pequeños propietarios de las aldeas abiertas, la mayor parte de los obreros rurales debería dormir bajo los árboles de las haciendas en que trabajan" (l.c., p. 135). El sistema de aldeas "abiertas" y "cerradas" impera en todos los *midlands* [condados centrales] y en todo el este de Inglaterra.

¹⁶⁶ "El dueño de casas de alquiler" (arrendatario o terrateniente) "se enriquece directa o indirectamente con el trabajo de un hombre, al cual paga 10 chelines a la semana, y luego arranca de este pobre diablo £4 ó 5 de alquiler al año por casas que no valen ni £20 en mercados abiertos, pero que mantienen este precio artificial gracias al poder del terrateniente de decir: 'Acepta mi casa o márchate y busca en algún otro lugar una morada, pero sin un certificado mío de trabajo...' Si un hombre desea mejorar su situación y conseguir trabajo en el ferrocarril como colocador de rieles, o en una cantera, el mismo poder lo persigue: 'Trabaja para mí por este bajo salario o márchate de la casa en una semana; llévate tu cerdo, si lo tienes, y mira lo que puedes conseguir de las papas sembradas en tu huerto'. Sin embargo, si el interés le indica otra cosa, el propietario (o el arrendatario) exige 'a veces un alquiler más alto como castigo por haber desertado de sus servicios'" (Dr. Hunter, l.c., p. 132).

miento en las viviendas de los obreros rurales es objeto de profunda preocupación no sólo para las personas interesadas por la salud, sino para todas las que están por la decencia y la moralidad de la vida. Pues, una y otra vez, en expresiones tan uniformes que parecen estereotipadas, los autores de los informes sobre la proliferación de epidemias en los distritos rurales denuncian el hacinamiento habitacional como condicionante que frustra por entero todo intento de contener la propagación de una epidemia ya declarada. Se demostró una y otra vez que, pese a las influencias saludables de distintos aspectos de la vida rural, la aglomeración, que tanto acelera la proliferación de las enfermedades infecciosas, impulsa también la aparición de enfermedades no infecciosas. Y las personas que han denunciado esta situación no ocultan los otros males. Incluso en las ocasiones cuando su tema originario sólo concernía a la higiene, estaban casi obligados a referirse a las otras aristas del problema. Al indicar cuán usual es el hecho de que adultos de ambos sexos, casados y solteros, deban yacer amontonados (*huddled*) en estrechos dormitorios, sus informes tenían indiscutiblemente que suscitar la convicción de que en las circunstancias descritas se ultrajan de la manera más grosera el sentimiento de pudor y la decencia, arruinándose casi necesariamente toda moralidad¹⁶⁷... Por ejemplo, en el Apéndice a mi último informe, el Dr. Ord, en su relación sobre el estallido de fiebre en Wing, Buckinghamshire, menciona el caso de un joven de Wingrave que llegó a dicho lugar con fiebre. En los primeros días de su enfermedad durmió en el mismo cuarto con otras nueve personas. En dos semanas fueron contagiadas varias de ellas, en el curso de pocas semanas 5 de las 9 personas habían contraído la fiebre, y una falleció. Al mismo tiempo, el Dr. Harvey, del hospital de San Jorge, quien por razones de su práctica privada se encontraba en Wing durante la epidemia, me informó, en igual sentido: "Una joven, enferma de fiebre, dormía en la noche en el mismo cuarto con su padre, la madre, su hijo bastardo, dos hombres jóvenes (sus hermanos) y sus dos hermanas, cada una con un bastardo; en suma, 10 personas. Pocas semanas antes, 13 niños durmieron en la misma pieza"¹⁶⁸.

El Dr. Hunter investigó 5.375 *cottages* de obreros rurales no sólo en distritos netamente agrícolas, sino en todos los condados de Inglaterra. De éstas, 2.195 sólo tenían un dormitorio (a menudo también la pieza de estar); 2.930, sólo 2 y 250, más de 2. Presentaré aquí una breve sinopsis de una docena de condados.

1. Bedfordshire

Wrestlingworth: dormitorios de cerca de 12 pies de largo y 10 de ancho, aunque muchos son aún menores. La pequeña choza de un piso se divide frecuentemente con tablas en dos dormitorios; a menudo hay una cama en la cocina de 5 pies y 6 pulgadas de alto. El alquiler es de £ 3. Los inquilinos deben construir su propio retrete;

¹⁶⁷ "Parejas de recién casados no son un hecho edificante para hermanos y hermanas adultos que se encuentran en el mismo dormitorio; y aunque los ejemplos no puedan ser registrados, hay suficientes antecedentes para sacar la conclusión de que grandes sufrimientos o la muerte son la suerte de la mujer que participa en el delito de incesto" (Dr. Hunter, Lc., p. 137). Un inspector rural de la policía, que durante muchos años trabajó como detective en los peores barrios de Londres, sostiene de las muchachas de su pueblo: "Durante mi vida de policía en los peores barrios de Londres, nunca llegué a ver tanta grosera inmoralidad en edad tan temprana, tanta insolencia e impudicia... Viven como cerdos, muchachos y muchachas mayores, madres y padres, todos duermen juntos en el mismo cuarto" (*Child. Empl. Comm., Sixth Report*, Londres, 1867, Apéndice, p. 77, № 155).

¹⁶⁸ *Public Health, Seventh Report, 1864*, pp. 9-14, *passim*.

el propietario de la casa sólo cava un pozo. No bien alguien construya un retrete, lo usa todo el vecindario. Una casa, llamada Richardson, es de una belleza sin par. Sus muros de argamasa se hinchan como el vestido de una señora al efectuar una reverencia. Un extremo del tejado es convexo, el otro cóncavo, y sobre éste se alza desaliñadamente una chimenea, un tubo torcido de barro y madera, igual a la trompa de un elefante. Un palo largo servía de soporte, impidiendo el derrumbe de la chimenea. La puerta y las ventanas son romboidales. De 17 casas visitadas sólo 4 tenían más de un dormitorio, y las cuatro estaban atestadas. *Cots* [chozas de un piso] de una habitación albergaban 3 adultos con 3 niños, una pareja con 6 niños, etc.

Dunton: Alquileres altos de £4 a £5, salario semanal de los hombres de 10 chelines. Esperan pagar el alquiler con el dinero que gana la familia trenzando paja. Cuanto más alto es el alquiler tanto mayor es el número de personas que debe juntarse para cancelarlo. Seis adultos, que duermen con cuatro niños en una alcoba, pagan por ella £3 y 10 chelines. La casa más barata en Dunton, cuyas medidas exteriores son 15 pies de largo y 10 de ancho, se alquilaba por £3. Sólo una de las 14 casas investigadas tenía dos dormitorios. Algo apartada de la aldea se encuentra una casa cuyos moradores han embadurnado las paredes exteriores con sus excrementos; las 9 pulgadas inferiores de la puerta han desaparecido a causa del proceso natural de putrefacción; de noche, al cerrar, se tapa ingeniosamente el agujero desde dentro con unos ladrillos cubiertos con pedazos de esterillas. Media ventana, con el vidrio y el marco, ha caído en la eternidad. Aquí yacían amontonados, sin muebles, 3 adultos y 5 niños. Dunton no es peor que el resto de la Biggleswade Union.

2. Berkshire

Beenham: En junio de 1864, vivían en una *cot* (*cottage* de un piso) un hombre, su mujer y cuatro niños. Una de las hijas llegó de trabajar en el servicio doméstico con escarlatina. Murió. Un niño se enfermó y murió. La madre y un hijo padecían de tifus cuando se llamó al Dr. Hunter. El padre y un hijo dormían en la calle, pero la dificultad de asegurar el aislamiento se mostraba aquí en el hecho de que en la atestada plaza del mercado de la mísera aldea se amontonaba esperando ser lavada la ropa de la familia atacada por la fiebre. El alquiler de la casa de H. es de 1 chelín semanal; tiene un dormitorio para una pareja y 6 niños. Una casa, alquilada por 8 peniques (semanales), es de 14 pies y 6 pulgadas de largo y 7 pies de ancho, la cocina es de 6 pies de altura; el dormitorio sin ventana ni fogón, ni puertas, ni aberturas, salvo sólo la de la entrada; ninguna huerta. Hace poco en ella vivía un hombre con dos hijas adultas y un hijo adolescente; el padre y el hijo dormían en la cama, las muchachas en el pasillo. Mientras la familia vivió aquí, cada una tuvo un hijo; una fue a dar a luz a la *workhouse*, y luego regresó a la casa.

3. *Buckinghamshire*

30 *cottages* —sobre 1.000 acres de tierra— alojan aproximadamente a 130-140 personas. La parroquia de Bradenham abarca mil acres; en 1851 tenía 36 casas con una población de 84 hombres y 54 mujeres. Esta disparidad entre los sexos fue superada en 1861, contabilizándose 98 hombres y 87 mujeres, en 10 años se produjo un incremento de 14 hombres y 33 mujeres. Entretanto, el número de casas se redujo en una.

Winslow: Gran parte de la aldea fue construida recientemente, en buen estilo; la demanda de casas parece significativa, pues *cots* muy pobres se alquilan a 1 chelín ó 1 chelín y 3 peniques semanales.

Water Eaton: En vista del crecimiento de la población, los propietarios han destruido casi un 20% de las casas existentes. Un pobre obrero, que debía recorrer cerca de 4 millas para ir a su trabajo, respondió a la pregunta de si no podía encontrar una *cot* más cercana: "No, ellos se cuidan mucho de alquilarle una casa a un hombre con una familia tan grande como la mía".

Tinker's End, cerca de Winslow: Un dormitorio, donde yacían 4 adultos y 5 niños, de 11 pies de largo, 9 de ancho y 6 pies y 5 pulgadas de altura en el punto más elevado; otro dormitorio, de 11 pies y 7 pulgadas de largo, 9 pies de ancho, 5 pies y 10 pulgadas de altura, albergaba a seis personas. Estas familias disponían de menos espacio de lo establecido para un presidiario en las galeras. Ninguna casa tenía más de un dormitorio; ninguna tenía una puerta trasera. Había muy raramente agua. El alquiler semanal era de 1 chelín y 4 peniques hasta 2 chelines. En 16 casas investigadas sólo había un hombre que ganaba 10 chelines por semana. En el caso anteriormente mencionado, la reserva de aire a disposición de cada persona corresponde a la que tendría si se le encerrase durante la noche en una caja de 4 pies cúbicos. Por cierto, las chozas viejas ofrecen gran ventilación natural.

4. *Cambridgeshire*

Gamblingay pertenece a diversos propietarios; aquí se alzan las *cots* más miserables que se pueda encontrar en lugar alguno. Se practica mucho el trenzado de paja. Imperan en Gamblingay una languidez mortal, una resignación desesperada a la mugre. El descuido en el centro de la aldea se vuelve un tormento en los extremos norte y sur, donde las casas se derrumban a pedazos. Los terratenientes ausentistas exprimen todos los jugos del pobre nido. Los alquileres son altísimos; 8 a 9 personas hacinadas en un dormitorio; en dos casos, 6 adultos con 1 ó 2 niños cada uno se amontonaban en una pequeña alcoba.

5. Essex

En muchas parroquias de este condado, van de la mano la reducción en la cantidad de personas y de las *cottages*. Sin embargo, en no menos de 22 parroquias la demolición de casas no ha contenido el incremento poblacional o, dicho de otra manera, no ha provocado la expulsión que se opera en todas partes bajo el nombre de "migración a las ciudades". En Fingringhoe, parroquia de 3.443 acres, había en 1851 145 casas; en 1861, sólo 110, pero la población no deseaba emigrar y se las ingenió para aumentar, a pesar de estas circunstancias. En Ramsden Crays, 252 personas habitaban, en 1851, en 61 casas; pero, en 1861, 262 personas se hacinaban en 49 casas. En Basildon, de 1.827 acres, en 1851 vivían 157 personas en 35 casas; a fines del decenio, 180 personas en 27 casas. En las parroquias de Fingringhoe, South Fambridge, Wildford, Basildon y Ramsden Crays, vivían en 1851 en 8.449 acres 1.392 personas, en 316 casas; en 1861, en la misma área, habitaban 1.473 personas en 249 casas.

6. Herefordshire

Este pequeño condado ha sufrido del "espíritu de desalojo" más que cualquier otro en Inglaterra. En Madley, las atestadas *cottages*, la mayoría de dos dormitorios, pertenecen principalmente a los arrendatarios. ¡Las alquilan fácilmente a £ 3 ó 4 anuales y pagan salarios semanales de 9 chelines!

7. Huntingdonshire

En 1851, Hartford tenía 87 casas, poco después 19 *cottages* fueron demolidas en esta parroquia de 1.720 acres; habitantes: en 1831, 452 personas; en 1851, 382 personas y en 1861, 341 personas. Fueron investigadas 14 *cots* de un dormitorio. En una vivían una pareja, 3 hijos adultos, 1 hija adulta, 4 niños, en total 10 personas; en otra habitaban 3 adultos y 6 niños. Uno de estos cuartos, en el cual dormían 8 personas, era de 12 pies y 10 pulgadas de largo, 12 pies y 2 pulgadas de ancho y 6 pies y 9 pulgadas de alto; el volumen promedio por persona, sin restar las salientes, era de 130 pies cúbicos. En los 14 dormitorios yacían 34 adultos y 33 niños. Estas *cottages* raramente tenían huertos, pero muchos de los inquilinos podían arrendar pequeños retazos de tierra, a razón de 10 ó 12 chelines por *rood* (1/4 de acre). Estos *allotments* [lotes] están alejados de las casas, carentes de retretes. O bien la familia debe ir a su parcela y depositar allí sus excrementos, o bien, como ocurre aquí y, con perdón sea dicho, llenar con ellos un cajón del ropero. Cuando se llena, lo sacan y vacían allí donde su contenido es necesario. En Japón, el ciclo de las condiciones de vida transcurre de un modo más aseado.

8. *Lincolnshire*

Langtoft: Un hombre vive aquí en la casa de Wright, con su mujer, suegra y 5 niños; la casa tiene cocina a la entrada, lavadero, un dormitorio sobre la cocina; ésta y el dormitorio tienen 12 pies y 2 pulgadas de largo por 9 pies y 5 pulgadas de ancho; la superficie total es de 21 pies y 3 pulgadas de largo y 9 pies y 5 pulgadas de ancho. El dormitorio es una buhardilla. Las paredes se juntan en el techo, a la manera de un pilón de azúcar, y un tragaluz se abre en la fachada. ¿Por qué vivía aquí? ¿Por el huerto? No, éste era extraordinariamente pequeño. ¿Por el alquiler? Era alto, 1 chelín y 3 peniques a la semana. ¿Por hallarse cerca de su trabajo? No, estaba a 6 millas de distancia, de tal modo que debía recorrer diariamente 12 millas de ida y vuelta. Vivía ahí porque era una *cot* entregada en alquiler, y él quería tener una *cot* para sí sólo, en algún lugar, a cualquier precio, en el estado en que se encontrase. Lo que sigue es la estadística de 12 casas de Langtoft, con 12 dormitorios, donde vivían 38 adultos y 36 niños:

12 casas en Langtoft

Casas	Dormitorios	Adultos	Niños	Número de personas
1	1	3	5	8
1	1	4	3	7
1	1	4	4	8
1	1	5	4	9
1	1	2	2	4
1	1	5	3	8
1	1	3	3	6
1	1	3	2	5
1	1	2	0	2
1	1	2	3	5
1	1	3	3	6
1	1	2	4	6

9. *Kent*

Kennington, atestada de manera excesiva en 1859, momento en que se declarara la difteria y el médico de la parroquia propiciara una investigación oficial sobre la situación de las clases populares más pobres. Se estableció que en esta aldea, donde hay tanta demanda de trabajo, se habían demolido numerosas *cots*, sin construirse otras nuevas. En un distrito se alzaban 4 casas, llamadas *birdcages* [jaulas de pájaros]; cada una tenía 4 piezas con las siguientes dimensiones, en pies y pulgadas:

Cocina	9,5 × 8,11 × 6,6
Lavadero	8,6 × 4,6 × 6,6
Dormitorio	8,5 × 5,10 × 6,3
Dormitorio	8,3 × 8,4 × 6,3

10. Northamptonshire

Brixworth, Pitsford y Floore: en estas aldeas vagabundean en invierno por las calles entre 20 y 30 hombres por falta de trabajo. Los arrendatarios no siempre cultivan lo suficiente las tierras cerealeras y las de hortalizas, y el terrateniente consideró adecuado reunir en 2 ó 3 todos sus predios arrendados. De ahí la escasez de empleo. Mientras que de un lado del foso el campo clama por trabajo, del otro los obreros cesantes le lanzan miradas ansiosas. Con un sobretabajo febril en el verano y medio muertos de hambre en el invierno, no es sorprendente que digan, en su propio dialecto, que "*the parson and gentlefolks seem frit to death at them*"^{168a}.

En Floore se dan ejemplos de parejas con 4, 5 ó 6 hijos durmiendo en un cuarto de miniatura; o bien 3 adultos con 5 niños; o una pareja junto al abuelo y 6 niños con escarlatina, etc.; en 2 casas con dos dormitorios viven 2 familias de 8 y 9 adultos cada una.

11. Wiltshire

Stratton: 31 casas investigadas, 8 con sólo un dormitorio; Penhill en la misma parroquia: una *cot*, entregada en alquiler por 1 chelín y 3 peniques semanales para 4 adultos y 4 niños, no tenía en sí nada de bueno —salvo las paredes— desde el piso de piedras toscamente labradas hasta el techo de paja podrida.

12. Worcestershire

La demolición de casas no es tan intensa aquí; sin embargo, de 1851 a 1861 la cantidad de personas por casa aumentó de 4,2 a 4,6 individuos.

Badsey: Muchas *cots* y huertos. Algunos arrendatarios declaran que las *cots* son "*a great nuisance here, because they bring the poor*" [un gran inconveniente, porque atraen a los pobres]. Ante la declaración de un gentleman, según el cual

"los pobres no ganan nada con ello; si se construyen 500 *cots*, se reparten como pan caliente; en los hechos, cuanto más *cots* se construyen, tanto más se necesitan",

o sea, las casas son las que crean a los habitantes, quienes pre-

^{168a} "El cura y el gentilhomme parecen haberse conjurado para acosarlo hasta la muerte." —Ed.

sionan, de acuerdo a una ley natural, sobre "los medios habitacionales", el Dr. Hunter observa:

"Ahora bien, esos pobres tienen que venir de alguna parte, y como en Badsey no hay ninguna atracción especial, socorros caritativos por ejemplo, debe ser una repulsión causada por un lugar aún más incómodo la que los conduce hacia acá. Si cada uno pudiera encontrar una *cot* y un pedacito de terreno cerca de su lugar de trabajo, seguramente lo preferiría a Badsey, donde por su puñado de tierra paga dos veces más de lo que el arrendatario cancela por el suyo".

La migración continua a las ciudades, la constante producción de población "supernumeraria" en el campo —debido a la concentración de los predios arrendados, a la transformación de tierras de labranza en pastizales, a la maquinaria, etc.— y el desalojo permanente de la población rural, a causa de la demolición de las *cotages*, son procesos que corren paralelos. Cuanto más despoblado esté el distrito tanto mayor es su "sobrepoblación relativa", tanto más fuerte la presión de ésta sobre los medios de empleo, tanto mayor el excedente absoluto de población rural con relación a sus medios habitacionales y, por consiguiente, tanto mayor la sobrepoblación local y el pestilente hacinamiento humano en las aldeas. La concentración de la masa humana en pequeñas aldeas y pueblecitos desperdigados corresponde a la violenta despoblación en las superficies agrarias. La ininterrumpida transformación de los obreros rurales en "supernumerarios", pese a su número decreciente y gracias al aumento en la masa de su producto, es la cuna del pauperismo en el campo. El eventual pauperismo es motivo de su desalojamiento y fuente principal de su miseria habitacional, la cual vence su última capacidad de resistencia y los convierte en meros esclavos del terrateniente¹⁶⁹ y del arrendatario, de tal modo que el mínimo de salario se consolida entre ellos como si fuese una ley natural. De otra parte, pese a su permanente "sobrepoblación relativa", el campo está a la vez subpoblado. Esto no sólo se revela como fenómeno local en los puntos donde el éxodo humano hacia

¹⁶⁹ "El trabajo tradicional del obrero rural le brinda dignidad incluso a su posición. No es un esclavo sino un soldado de la paz, y merece una vivienda propia de hombres casados, que debe ser proporcionada por el terrateniente, quien ha demandado el derecho de hacerlo trabajar de manera similar a como procede el país con respecto al soldado. El obrero rural no recibe por su trabajo el precio de mercado, como no lo obtiene el soldado. Igual que a éste, se le recluta siendo joven, ignorante, sólo conociendo su propio oficio y localidad. El matrimonio prematuro y la acción de diversas leyes de asentamiento afectan al uno como el reclutamiento y la ley penal militar al otro" (Dr. Hunter, l.c., p. 132). A veces, un terrateniente excepcionalmente pusilánime se lamenta ante el resultado del desierto que ha creado. "Produce melancolía estar sólo en sus tierras," expresó el conde de Leicester, al felicitarle por haber terminado la construcción de Holkham. "Miro a mi alrededor y no veo otra casa que la mía. Soy el ogro de la torre y he devorado a todos mis vecinos."

las ciudades, minas, ferrocarriles en construcción, etc., avanza demasiado rápido, sino que se observa en todas partes, tanto en la época de cosecha como en primavera y verano, en los numerosos momentos cuando la muy esmerada e intensiva agricultura inglesa necesita brazos extra. Los obreros rurales son siempre excesivos en relación a las necesidades medias de la agricultura y constantemente insuficientes para sus exigencias excepcionales o temporales¹⁷⁰. De ahí que en los documentos oficiales se registren las quejas más contradictorias de la misma aldea contra la simultánea escasez y el exceso de trabajo. La carencia temporal o local de trabajo no provoca ningún crecimiento salarial, sino que empuja a las mujeres y a los niños a realizar trabajos agrícolas, descendiendo cada vez en estos últimos a edades inferiores. No bien gana un espacio mayor la explotación de mujeres y niños, se convierte a su vez en un nuevo medio de convertir en excedentarios a los obreros rurales varones y de mantener bajos sus salarios. Al este de Inglaterra florece un bello fruto de este *cercle vicieux* [círculo vicioso]: el llamado *gang system* [sistema de cuadrillas o de bandas], asunto sobre el cual volvemos brevemente aquí¹⁷¹.

El sistema de cuadrillas se encuentra casi exclusivamente en Lincolnshire, Huntingdonshire, Cambridgeshire, Norfolk, Suffolk y Nottinghamshire; esporádicamente se presenta en los condados vecinos de Northampton, Bledford y Rutland. Tomemos a Lincolnshire como ejemplo. Una gran parte de este condado está constituida por tierras nuevas, pantanos desecados o, como en otros de los condados orientales mencionados, terrenos recién ganados al mar. La máquina de vapor ha hecho maravillas en el drenaje de la tierra. Superficies que antes eran marismas o tierras arenosas están cubiertas ahora de abundantes trigales y arrojan las más altas rentas de la tierra. Lo mismo es válido para tierras aluviales

¹⁷⁰ Un movimiento similar se da desde los últimos decenios en Francia, en la medida en que la producción capitalista se apodera allí de la agricultura y empuja a la población "supernumeraria" del campo a las ciudades. Asimismo, se observa aquí un empeoramiento de las condiciones habitacionales y demás condiciones en la fuente del surgimiento de los "supernumerarios". Sobre el *prolétariat foncier* [proletariado rural], creado por el sistema de parcelas, véase, entre otros, el escrito anteriormente citado de Colins, y Karl Marx: *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, 2ª edición, Hamburgo, 1869, pp. 88 y ss. En 1846, la población urbana ascendía en Francia a 24,42% y la rural, a 75,58%; en 1861, la urbana, a 28,86 y la rural, a 71,14%. En los últimos cinco años, la reducción en el porcentaje de la población rural es aún mayor. Ya en 1846 cantaba Pierre Dupont en su *Chant des ouvriers*:

"Mal vestidos, habitando en cuchitriles,
en las buhardillas, entre los escambros,
vivimos como los buhos y los ladrones,
amigos de las sombras".

¹⁷¹ El sexto y último *Report* de la *Child. Empl. Comm.*, publicado a fines de marzo de 1867, se refiere exclusivamente al *gang system* agrícola.

ganadas artificialmente, como sucede en la isla de Axholme y las demás parroquias a orillas del Trent. A medida que surgían los nuevos predios, no sólo dejaban de construir nuevas *cottages*, sino que se demolían varias de las antiguas. El suministro de trabajo, sin embargo, se aseguraba desde las aldeas abiertas, situadas a varias millas a lo largo de caminos que serpentean por las crestas de las colinas. Antes, sólo en éstas encontraba refugio la población durante las prolongadas inundaciones invernales. En los predios arrendados de 400 a 1.000 acres, los obreros sedentarios (llamados aquí *confined labourers*) eran utilizados únicamente en faenas agrícolas pesadas y permanentes, efectuadas con caballos. Por cada 100 acres hay, en término medio, apenas una *cottage*. Un arrendatario de *fenland* [tierra ganada a los pantanos] declaró ante la comisión investigadora:

"Mi predio abarca 320 acres, todos de tierras de labranza. No hay ninguna *cottage*. Un obrero vive actualmente en mi casa. Tengo cuatro hombres, alojados en los alrededores, que cuidan de mis caballos. Las faenas livianas, para las que se requieren numerosos brazos, se realizan por cuadrillas"¹⁷².

El suelo exige muchas faenas livianas, como arrancar la maleza, azadonar, ciertas operaciones de abonado, sacar las piedras, etc. Estas actividades son realizadas por cuadrillas o bandas organizadas, cuyas viviendas se encuentran en las aldeas abiertas.

La cuadrilla se compone de 10 a 40 ó 50 personas, principalmente mujeres, jóvenes de ambos sexos (de 13 a 18 años), aunque los muchachos habitualmente se retiran a los 13, y, finalmente, de niños y niñas (de 6 a 13 años). A la cabeza está el *gangmaster* [jefe de cuadrilla], que es siempre un obrero rural común y, a menudo, lo que se llama un mal tipo, libertino, inconstante, borrachín, pero dotado siempre de cierto espíritu de empresa y *savoir-faire* [habilidad]. Engancha la cuadrilla que trabaja bajo su mando, y no a las órdenes del arrendatario. Con éste establece, las más de las veces, un contrato de pago a destajo, y su ingreso —que en término medio no se eleva mucho por sobre el de un obrero rural común y corriente¹⁷³— depende casi por completo de la habilidad con que sepa hacer que su cuadrilla realice, en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de trabajo. Los arrendatarios han descubierto que las mujeres sólo trabajan ordenadamente bajo la dictadura masculina, pero que ellas y los niños una vez en movimiento desgastan sus fuerzas vitales con verdadera fogosidad —como ya lo sabía Fourier—, mientras que el obrero varón adulto es tan mañoso que las economiza lo más que puede. El jefe de cuadrilla

¹⁷² Child, *Empl. Comm., VI Report, Evidence*, p. 37, № 173.

¹⁷³ Sin embargo, algunos jefes de cuadrilla se han convertido en arrendatarios de 500 acres o en propietarios de filas enteras de casas.

pasa de una finca a la otra, brindando de este modo a su banda ocupación por 6 a 8 meses al año. Ser cliente suyo es, por tanto, mucho más beneficioso y seguro para las familias obreras que serlo de un arrendatario individual, quien sólo ocasionalmente da ocupación a los niños. Este hecho consolida hasta tal punto su influencia en las aldeas abiertas que comúnmente sólo con su mediación pueden contratarse niños. La expoliación individual de éstos, fuera de la cuadrilla, constituye su negocio accesorio.

Los "lados oscuros" del sistema residen en el sobretrabajo de los niños y de los jóvenes, en las terribles marchas que deben realizar diariamente para ir y volver de fincas ubicadas a 5, 6 y a veces a 7 millas de distancia y, finalmente, la desmoralización de la "cuadrilla". Aunque el jefe de cuadrilla, que en algunas comarcas es llamado *the driver* [el arriero], está dotado de un palo largo, sólo raras veces lo emplea y las quejas sobre tratos brutales constituyen una excepción. Es un emperador democrático o una especie de flautista de Hamelín. Requiere, pues, contar con popularidad entre sus súbditos y los atrae por medio de la bohemia que florece bajo su auspicio. Un grosero libertinaje, un placentero desenfreno y la más obscena desenvoltura dan alas a la cuadrilla. El jefe de cuadrilla la mayoría de las veces paga las remuneraciones en una taberna y regresa a casa tambaleándose, apoyado de cada lado en una robusta mujer, a la cabeza de una columna de niños y jóvenes que van detrás alborotando y cantando canciones burlescas y obscenas. En el camino de regreso está a la orden del día lo que Fourier llama la *fanerogamia*¹⁷⁴. Es frecuente que muchachas de trece y catorce años queden encintas por compañeros de la misma edad. Las aldeas abiertas, que suministran el contingente de las cuadrillas, se convierten en Sodomias y Gomorras¹⁷⁴ y registran dos veces más nacimientos ilegítimos que el resto del reino. Ya hemos señalado lo que aportan a la moralidad, al casarse, las muchachas criadas en esta escuela. Sus hijos, si el opio no les da el golpe de gracia, son reclutas natos de la cuadrilla.

La cuadrilla, en su forma clásica recientemente descrita, se denomina cuadrilla púbilca, común o ambulante (*public, common or tramping gang*). Pues existen también cuadrillas privadas (*private gangs*). Se componen del mismo modo que la cuadrilla común, pero cuentan con menos personas y, en vez de trabajar bajo la dirección del jefe de cuadrilla, lo hacen a las órdenes de un peón viejo al que el arrendatario no sabe emplear de mejor manera. Desaparece aquí el espíritu bohemio, pero, según todas las declaraciones de testigos, empeoran tanto el pago como el trato de los niños.

¹⁷⁴ "La cuadrilla ha echado a perder a la mitad de las muchachas de Ludford." (l.c., Apéndice, p. 6, № 32).

El sistema de cuadrillas, que en los últimos años¹⁷⁵ se expande constantemente, no existe, evidentemente, para complacer al jefe de cuadrilla. Existe para el enriquecimiento de los grandes arrendatarios¹⁷⁶ o de los terratenientes¹⁷⁷. Para el arrendatario no hay otro método más razonable de mantener su personal obrero bastante por debajo del nivel normal y, sin embargo, tener siempre a su disposición la mano de obra extra necesaria para todo trabajo adicional e igualmente poder extraer el mayor trabajo posible con la menor cantidad de dinero¹⁷⁸ y transformar en "supernumerarios" a los obreros varones adultos. Después de la exposición anterior se comprenderá que, de una parte, se reconozca la mayor o menor desocupación del trabajador rural y, de otra, se declare, simultáneamente, "necesario" el sistema de cuadrillas a causa de la escasez de trabajo masculino y de su éxodo a las ciudades¹⁷⁹. Los campos desmalezados y las malezas humanas de Lincolnshire, etc., constituyen los polos opuestos de la producción capitalista¹⁸⁰.

¹⁷⁵ El sistema se ha incrementado considerablemente en los últimos años. En algunos lugares fue introducido hace poco; en otros, donde lleva más tiempo, se incorporan más niños, y de menor edad, a la cuadrilla" (l.c., p. 79, № 174).

¹⁷⁶ "Los pequeños arrendatarios no emplean el trabajo de cuadrillas." "No se emplea en tierras pobres, sino en aquellos predios que arrojan de £2 a £2 y 10 chelines de renta por acre" (l.c., pp. 17 y 14).

¹⁷⁷ "A uno de estos señores tanto le satisfacen sus rentas que declaró indignado a la comisión investigadora que todo el griterío contra el sistema sólo se debe a su nombre. Todo estaría *all right*, si en vez de llamarlo *gang system* se lo bautizara, en cambio, de "asociación juvenil cooperativo-agrícola-industrial de automanutenición".

¹⁷⁸ "El trabajo de la cuadrilla es más barato que el de otras formas, siendo ésta la causa de que se emplee", dice un ex jefe de cuadrilla (l.c., p. 17, № 14). "El sistema de cuadrillas es, decididamente, el más barato para el arrendatario y también, decididamente, el más pernicioso para los niños", afirma un arrendatario (l.c., p. 16, № 3).

¹⁷⁹ "Sin lugar a dudas, muchos de los trabajos ejecutados ahora por niños en las cuadrillas se realizaban antes por hombres y mujeres. Allí donde se emplean mujeres y niños hay actualmente más hombres cesantes" (l.c., p. 43, № 202). En cambio, entre otras cosas: "El problema laboral (*labour question*) en muchos distritos agrícolas, especialmente en los cerealeros, se vuelve tan agudo debido al éxodo y a las facilidades que ofrecen los ferrocarriles para trasladarse a las grandes ciudades, que yo" (el "yo" pertenece al agente agrícola de un gran patrón) "considero absolutamente imprescindibles los servicios de los niños" (l.c., p. 80, № 180). *The labour question* [el problema laboral] en los distritos agrícolas ingleses significa, a diferencia del resto del mundo civilizado, *the landlords and farmers question* [el problema de los terratenientes y arrendatarios]: ¿cómo eternizar en el campo, pese al creciente éxodo de la población rural, una "sobrepoblación relativa" suficiente y, por este medio, el "mínimo de salario" para el obrero rural?

¹⁸⁰ El *Public Health Report*, citado anteriormente, en el cual al referirse a la mortalidad infantil se trata, de paso, del sistema de cuadrillas, permaneció ignorado por la prensa y, en consecuencia, por la opinión pública inglesa. En cambio, el último informe de la *Child. Empl. Comm.* brindó a la prensa el tan esperado

f) Irlanda

Para concluir esta sección precisamos trasladarnos por un momento a Irlanda. Antes que nada, haremos referencia a los hechos que nos interesan.

La población de Irlanda había aumentado en 1841 a 8.222.664 personas; en 1851 se había reducido a 6.623.985, en 1861 a 5.850.309 y en 1866 a 5¹/₂ millones, es decir aproximadamente a su nivel de 1801. La reducción comenzó en el año de hambruna de 1846, perdiendo Irlanda en menos de 20 años más de 5/16 de su población¹⁸¹. Su emigración total, desde mayo de 1851 a julio de 1865, alcanzó a 1.591.487 personas; la emigración durante los últimos cinco años, 1861-1865, fue de más de medio millón. El número de casas habitadas se redujo, entre 1851 y 1861, en 52.990. Desde 1851 a 1861, el número de predios arrendados con una superficie de 15 a 30 acres aumentó en 61.000, el de los predios de más de 30 acres aascendió en 109.000, mientras que el número total de predios arrendados descendió en 120.000, reducción debida, por tanto, exclusivamente a la liquidación de los predios menores a 15 acres, dicho de otro modo, a su centralización.

pienso "*sensational*". Mientras la prensa liberal preguntaba cómo era posible que los delicados *gentlemen* y *ladies*, y los prebendados de la Iglesia oficial, personajes todos que pululan en Lincolnshire y que despachan a los antípodas sus propias "misiones para el perfeccionamiento moral de los salvajes del mar del Sur", permitiesen que se desarrollase tal sistema ante sus ojos y en sus propias fincas, la prensa más refinada hacía observaciones exclusivamente sobre la vil depravación de la población rural, incapaz de vender a sus hijos para esa clase de esclavitud! En aquellas condenables condiciones, en que "los más delicados" han confinado a vivir al campesino, sería explicable que éste se comiese a sus propios niños. Lo realmente sorprendente es la integridad de carácter que, en gran parte, ese campesino ha conseguido conservar. Los autores del informe oficial demuestran que, incluso en los distritos donde impera el sistema de cuadrillas, los padres lo aborrecen. "En los testimonios que hemos recogido se encuentran pruebas abundantes de que en muchos casos los padres agradecerían la promulgación de una ley obligatoria que les permitiera resistir las tentaciones y presiones a que usualmente se los somete. A veces, el funcionario parroquial, en otras ocasiones el patrón, amenazándoles con su propio despido, los apremia para que manden a sus hijos al servicio, en vez de enviarlos a la escuela... Todo el despilfarro de tiempo y fuerza, todo el dolor que produce en el campesino y su familia la extraordinaria e inútil fatiga, todos los casos en que los padres deducen la ruina moral de sus hijos del hacinamiento en las *cottages* o de las influencias malsanas del sistema de cuadrillas, despiertan en el pecho de los trabajadores pobres sentimientos plenamente comprensibles, siendo innecesario detallarlos. Tienen consciencia de que muchos de sus males corporales y espirituales se deben a circunstancias de las que en modo alguno son responsables, las cuales —si estuviera en su poder— nunca hubiesen aprobado y contra las cuales son impotentes para luchar" (l.c., p. XX, Nº 82, y p. XXIII, Nº 96).

¹⁸¹ Población de Irlanda: 5.319.867 personas en 1801; 6.084.996, en 1811; 6.869.544, en 1821; 7.828.347, en 1831; 8.222.664, en 1841.

La reducción de la población estuvo acompañada en general, naturalmente, por un decrecimiento de la masa de productos. Para nuestro fin bastará con examinar los cinco años transcurridos entre 1861 y 1865, durante los cuales emigró más de medio millón de personas y la cantidad absoluta de habitantes se redujo en más de 1/3 de millón (véase el cuadro A).

Cuadro A
Existencias de ganado¹⁸²

Año	Equinos		Vacunos		
	Número total	Disminución	Número total	Disminución	Aumento
1860	619.811	—	3.606.374	—	—
1861	614.232	5.579	3.471.688	134.686	—
1862	602.894	11.338	3.254.890	216.798	—
1863	579.978	22.916	3.144.231	110.659	—
1864	562.158	17.820	3.262.294	—	118.063
1865	547.867	14.291	3.493.414	—	231.120

Año	Ovinos			Porcinos		
	Número total	Disminución	Aumento	Número total	Disminución	Aumento
1860	3.542.080	—	—	1.271.072	—	—
1861	3.556.050	—	13.970	1.102.042	169.030	—
1862	3.456.132	99.918	—	1.154.324	—	52.282
1863	3.308.204	147.928	—	1.067.458	86.866	—
1864	3.366.941	—	58.737	1.058.480	8.978	—
1865	3.688.742	—	321.801	1.299.893	—	241.413

Del cuadro anterior se desprende:

Equinos	Vacunos	Ovinos	Porcinos
Disminución absoluta	Disminución absoluta	Aumento absoluto	Aumento absoluto
71.944	112.960	146.662	28.821

Detengámonos ahora en la agricultura, que proporciona los medios de subsistencia para el hombre y el ganado. En el siguiente cuadro se calcula la disminución o el aumento en cada año con relación al precedente. Los granos incluyen trigo, avena, cebada,

¹⁸² El resultado sería todavía peor si nos remitiéramos aún más atrás. Así, por ejemplo, ovinos, en 1865, 3.688.742, pero en 1856, 3.694.294; porcinos, en 1865, 1.299.893, pero en 1858, 1.409.883.

centeno, frijoles y garbanzos; las hortalizas: papas, nabos, remolacha azucarera y forrajera, coles, zanahorias, pastinacas, arvejas, etc.

Cuadro B

Aumento o disminución del área dedicada al cultivo y a praderas (o campos de pastoreo), en acres

Año	Granos	Hortalizas	Pastizales y trébol		
	Disminución	Disminución	Aumento	Disminución	Aumento
1861	15.701	36.974	—	47.969	—
1862	72.734	74.785	—	—	6.623
1863	144.719	19.358	—	—	7.724
1864	122.437	2.317	—	—	47.486
1865	72.450	—	25.421	—	68.970
1861-1865	428.041	108.013	—	—	82.834

Año	Lino		Total de tierras dedicadas a la agricultura y la ganadería	
	Disminución	Aumento	Disminución	Aumento
1861	—	19.271	81.373	—
1862	—	2.055	138.841	—
1863	—	63.922	92.431	—
1864	—	87.761	—	10.493
1865	50.159	—	28.218	—
1861-1865	—	122.850	330.370	—

En 1865 se sumaron al rubro "pastizales" 127.470 acres, principalmente porque disminuyó el área bajo el rubro de "tierra yerma, no utilizada y bog [turberas]" en 101.543 acres. Si comparamos 1865 con 1864, la disminución en granos es de 246.667 *quarters*, de los cuales 48.999 corresponden a trigo, 166.605 a avena, 29.892 a cebada, etc.; la reducción en el rubro papas, aunque el área de su cultivo aumentara en 1865, sumó 446.398 toneladas, etc. (véase el cuadro C).

Del movimiento de la población y la producción agropecuaria de Irlanda pasaremos ahora a la evolución en la bolsa de los terratenientes, grandes arrendatarios y capitalistas industriales. Dicho movimiento se refleja en el aumento y la disminución de los impuestos al ingreso. Obsérvese, para la comprensión del cuadro siguiente, que el rubro D (ganancias, excepto las de los arrendatarios) incluye también las llamadas ganancias "profesionales", es decir, los ingresos de abogados, médicos, etc., y que los rubros C y E —que no incluimos por separado— contienen los ingresos de funcionarios, oficiales, sinecuristas del Estado, acreedores estatales, etc.

El aumento del ingreso promedio anual bajo el rubro D alcanzó, entre 1853 y 1864, sólo a 0,93%, mientras que en Gran Bretaña

Cuadro C

Aumento o disminución del área cultivada, el producto por acre y el producto total.
1865 comparado con 1864¹⁸³

Producto	Acres de tierra cultivada		Aumento o disminución en 1865		Producto por acre		Aumento o disminución en 1865		Producto total		Aumento o disminución en 1865	
	1864	1865	+	-	1864 quintales	1865 quintales	+	-	1864 quarters	1865 quarters	+	-
Trigo	276.483	266.989	-	9.494	13,3	13,0	-	0,3	875.782	826.783	-	48.999
Avena	1.814.886	1.745.228	-	65.658	12,1	12,3	0,2	0,2	7.826.332	7.659.727	-	166.605
Cebada	172.700	177.102	4.402	-	15,9	14,9	-	1,0	761.909	732.017	-	29.892
Bere	8.894	10.091	1.197	-	16,4	14,8	-	1,6	15.160	13.989	-	1.171
Centeno					8,5	10,4	1,9	1,6	12.680	18.364	5.684	toneladas
Papas	1.039.724	1.066.260	26.536	-	4,1	3,6	-	0,5	4.312.388	3.865.990	-	446.398
Nabos	337.355	334.212	-	3.143	10,3	9,9	-	0,4	3.467.659	3.301.683	-	165.976
Remolacha	14.073	14.389	316	-	10,5	13,3	2,8	-	147.284	191.937	44.653	-
Coles	31.821	33.622	1.801	-	9,3	10,4	1,1	-	297.375	350.252	52.877	-
Lino	301.693	251.433	-	50.260	34,2*	25,2*	-	9,0*	64.506	39.561	-	24.945
Heno	1.609.569	1.678.493	68.924	-	1,6	1,8	0,2	-	2.607.153	3.068.707	461.554	-

* Stones de 14 libras

¹⁸³ Los datos del texto fueron reunidos de los materiales existentes en las *Agricultural Statistics, Ireland. General Abstracts, Dublin, para los años 1860 y ss.*, y *Agricultural Statistics, Ireland. Tables Showing the Estimated Average Produce etc.*, Dublin, 1867. Es conocido que esta estadística tiene carácter oficial y se presenta anualmente al Parlamento.

Agregado a la 2ª edición. La estadística oficial muestra para 1872 una disminución en el área de tierra cultivada —en comparación con la de 1871— de 134,915 acres. Hubo un "aumento" en el cultivo de hortalizas: nabos, remolacha azucarera y similares; "disminución" en el área de tierra cultivada: trigo (16.000 acres), avena (14.000 acres), cebada y centeno (4.000 acres), papas (66.632 acres), lino (34.667) y 30.000 acres menos de praderas, trébol, arvejas y colzas. La superficie dedicada al cultivo de trigo muestra en los últimos 5 años la siguiente escala descendente: 285.000 acres en 1868; 280.000 acres en 1869; 259.000 acres en 1870; 244.000 acres en 1871; 228.000 acres en 1872. El mismo año se registró, en números redondos, un aumento de 2.600 equinos, 80.000 vacunos, 68.600 ovinos y una disminución de 236.000 porcinos.

Cuadro D

Ingresos sujetos al impuesto a los ingresos, en libras esterlinas¹⁸⁴

	1860	1861	1862	1863	1864	1865
<i>Rubro A</i>						
Renta de la tierra	12.893.829	13.003.554	13.398.938	13.494.091	13.470.700	13.801.616
<i>Rubro B</i>						
Ganancias de los arrendatarios	2.765.387	2.773.644	2.937.899	2.938.823	2.930.874	2.946.072
<i>Rubro D</i>						
Ganancias industriales, etc.	4.891.652	4.836.203	4.858.800	4.846.497	4.546.147	4.850.199
Todos los rubros de A a E	22.962.885	22.998.394	23.597.574	23.658.631	23.236.298	23.930.340

Cuadro E

Rubro D. Ingresos por ganancias (de más de £60) en Irlanda¹⁸⁵

	1864		1865	
	Libras esterlinas	Número de personas entre las que se distribuyen	Libras esterlinas	Número de personas entre las que se distribuyen
Ingreso total anual	4.368.610	17.467	4.669.979	18.081
Ingresos anuales de más de £60 y menos de £100	238.726	5.015	222.575	4.703
Del ingreso total anual	1.979.066	11.321	2.028.571	12.184
Resto del ingreso total anual	2.150.818	1.131	2.418.833	1.194
Desglosado así	1.073.906	1.010	1.097.927	1.044
	1.076.912	121	1.320.906	150
	430.535	95	584.458	122
	646.377	26	736.448	28
	262.819	3	274.528	3

¹⁸⁴ *Tenth Report of the Commissioners of Ireland Revenue*, Londres, 1866.

¹⁸⁵ A causa de ciertos descuentos aceptados por la ley, el ingreso total anual registrado bajo el rubro D difiere aquí del registrado en el cuadro anterior.

sumó en el mismo período 4,58%. El cuadro siguiente revela la distribución de las ganancias (sin incluir las de los arrendatarios) en los años 1864 y 1865.

Inglaterra, país de producción capitalista desarrollada y predominantemente industrial, hubiese quedado exangüe si hubiera padecido una sangría poblacional similar a la sufrida por Irlanda. Pero, actualmente, Irlanda no es otra cosa que un distrito agrícola de Inglaterra, cercado por un ancho foso, a la cual suministra granos, lana, ganado y reclutas industriales y militares.

La despoblación ha dejado mucha tierra sin cultivar, ha disminuido notablemente el producto agrícola¹⁸⁶ y, pese a la expansión de las áreas ganaderas, ha provocado en algunas de sus ramas una disminución absoluta y en otras un progreso insignificante interrumpido por constantes retrocesos, que apenas vale la pena mencionar. Pese al descenso en la masa de la población, aumentan continuamente las rentas del suelo y las ganancias de los arrendatarios, aunque las últimas no lo hacen de un modo tan constante como las primeras. La razón es fácilmente comprensible. De una parte, con la fusión de los predios arrendados y la transformación de tierras de cultivo en pastizales ganaderos, una parte mayor del producto total se convirtió en plusproducto. Este aumentó, aunque el producto total, del cual constituye una fracción, disminuyó. De otra parte, el valor en dinero de este plusproducto crecía aún más rápido que su masa, debido al incremento en los precios en el mercado inglés de la carne, la lana, etc., durante los últimos 20 años, y en particular desde la última década.

Los medios de producción desperdigados que sirven a los productores mismos como medios de ocupación y de subsistencia, sin valorizarse como consecuencia de la incorporación de trabajo ajeno, no son capital como no es mercancía el producto consumido por su propio productor. Si bien con la masa de población disminuía la masa de los medios de producción empleados en la agricultura, creció, no obstante, la masa de capital invertido en esa rama, porque una parte de los medios de producción antes dispersos se había convertido en capital.

El capital total de Irlanda invertido fuera de la agricultura, en la industria y el comercio, se acumuló lentamente durante los últimos dos decenios y sufrió de constantes fluctuaciones. Tanto más rápido se desarrolló, en cambio, la concentración de sus componentes individuales. Finalmente, por muy reducido que haya sido su incremento absoluto, en términos relativos, o sea, en proporción a la contracción de la población, dicho capital aumentó.

¹⁸⁶ Si el producto también disminuye proporcionalmente por acre, no debe olvidarse que Inglaterra exporta indirectamente, desde hace un siglo y medio, el suelo de Irlanda, sin conceder a los cultivadores ni siquiera los medios necesarios para reemplazar sus componentes.

Por tanto, ante nuestros ojos se despliega en gran escala un proceso como la economía ortodoxa no podría anhelar otro mejor para confirmar su dogma, según el cual la miseria proviene de la sobrepoblación absoluta y el equilibrio se restablece gracias a la despoblación. Es este un experimento mucho más importante que la peste de mediados del siglo XIV, tan glorificada por los malthusianos¹¹⁸⁷¹. De paso sea dicho. Si ya de por sí era pedante e ingenuo aplicar a las relaciones de producción y a las correspondientes relaciones de población del siglo XIX las normas del siglo XIV, esta ingenuidad pasaba además por alto que a este lado del Canal, en Inglaterra, a dicha peste y a la mortandad que la acompañó siguieron la liberación y el enriquecimiento de la población rural; para el otro lado, en Francia, le pisaban los talones una mayor esclavitud y un acrecentamiento de la miseria^{186a}.

En Irlanda, en 1846, la hambruna liquidó a más de un millón de personas, pero sólo se trataba de pobres diablos. No causó ningún perjuicio a la riqueza del país. El éxodo ulterior, de veinte años, que aún sigue creciendo, no diezmó —como tal vez aconteció en la Guerra de los Treinta Años— la población junto con sus medios de producción. El genio irlandés inventó un método completamente nuevo para trasladar, como por arte de encantamiento, a un pueblo pobre a miles de millas del escenario de su miseria. Los emigrantes establecidos en Estados Unidos envían anualmente sumas de dinero a casa, que constituyen medios de viaje para los rezagados. Cada tropel que emigra en un año, atrae en el próximo otro tropel de personas. La emigración, en vez de costar algo a Irlanda, es una de las ramas más lucrativas de sus negocios de exportación. Por último, es un proceso sistemático que no abre solamente un boquete transitorio en la masa de la población, sino que saca de ésta anualmente más hombres de los que repone el incremento natural, de modo que el nivel absoluto de la población desciende año tras año^{186b}.

¿Cuáles fueron las consecuencias para los obreros irlandeses que quedaron en el país, liberados de la sobrepoblación? Que la sobrepoblación relativa es hoy tan grande como antes de 1846, que el salario permanece al mismo bajo nivel, que el tormento del trabajo aumentó, que la miseria en el campo conduce a una nueva crisis. Las causas son simples. La revolución en la agricultura va a la par con la emigración. La producción de sobrepoblación relativa superó

^{1186a} Dado que Irlanda se considera la tierra prometida del "principio de la población", Th. Sadler, antes de que apareciera su obra sobre la población, publicó su famoso libro *Ireland, its Evils and their Remedies*, 2ª edición, Londres, 1829, donde demuestra, comparando estadísticas de las diversas provincias, y en cada provincia las de distintos condados, que la miseria impera allí no como sostiene Malthus, en proporción a la cantidad de la población, sino en razón inversa a ésta.

^{186b} Para el lapso que transcurre entre 1851 y 1874, el número total de emigrantes asciende a 2.325.922.

la velocidad de la despoblación absoluta. Una mirada al cuadro B nos muestra cómo la transformación de tierras de cultivo en pastizales para el ganado debe repercutir en Irlanda de un modo aún más agudo que en Inglaterra. En esta última, junto a la ganadería, aumenta el cultivo de hortalizas; en la primera, disminuye. Mientras que grandes extensiones de tierras antes cultivadas quedan en barbecho o se transforman en pastizales permanentes, gran parte de la tierra baldía y las turberas sirven hoy para la expansión de la ganadería. Los pequeños y medianos arrendatarios —incluyo entre ellos a todos los que no cultivan más de 100 acres— constituyen todavía cerca de 8/10 partes del total^{186c}. Son aplastados progresivamente, en un grado mucho mayor que antes, por la competencia de la agricultura capitalista y proporcionan, por ello, constantemente nuevos reclutas a la clase de los obreros asalariados. La única gran industria de Irlanda, la del lino, necesita relativamente pocos hombres adultos y, en general, pese a la expansión que registró desde el encarecimiento del algodón en el lapso 1861-1866, da ocupación a una parte relativamente insignificante de la población. Como cualquier otra gran industria, debido a fluctuaciones constantes, produce permanentemente, en su propio ámbito, una sobrepoblación relativa, aun cuando se produzca un aumento absoluto de la masa humana que absorbe. La miseria de la población rural constituye el pedestal de inmensas fábricas de camisas, etc., cuyo ejército de trabajo está desperdigado en su mayor parte por las aldeas. Nos enfrentamos aquí nuevamente con el sistema ya descrito del trabajo domiciliario, el cual posee dos métodos para producir "supernumerarios": pagar menos y hacer trabajar más. Finalmente, aunque la despoblación no tiene en este caso consecuencias tan destructivas como las que se hubieran dado en un país de producción capitalista desarrollada, no puede producirse sin repercusiones constantes en el mercado interno. Las brechas que abre aquí la emigración no sólo reducen la demanda local de trabajo, sino también los ingresos de los tenderos pequeños, los artesanos, los pequeños industriales en general. De ahí el descenso de los ingresos en el estrato entre £60 y £100 que puede observarse en el cuadro E.

Una exposición transparente sobre la situación de los jornaleros rurales en Irlanda se encuentra en los informes de los inspectores de la Dirección de Beneficencia irlandesa (1870)^{186d}. Siendo funcionarios de un gobierno que sólo se mantiene por la fuerza de las bayonetas y un estado de sitio ora abierto, ora encubierto, los

^{186c} Nota a la 2ª edición. Según un cuadro estadístico del libro de Murphy. *Ireland, Industrial, Political and Social*, 1870, el 94,6% de la tierra se encuentra en predios arrendados de hasta 100 acres de extensión, y el 5,4%, en predios mayores a los 100 acres.

^{186d} *Reports from the Poor Law Inspectors on the Wages of Agricultural Labourers in Ireland*, Dublín, 1870. Véase también *Agricultural Labourers (Ireland). Return etc.*, 8 de marzo de 1861.

inspectores deben guardar las apariencias en la exposición, despreciadas por sus colegas en Inglaterra; sin embargo, no le permiten a su gobierno vivir de ilusiones. Según ellos, la tarifa salarial en el campo, aún muy baja, ha aumentado, sin embargo, en los últimos 20 años de 50 a 60% y se encuentra ahora, término medio, a 6-9 chelines a la semana. Pero, tras este incremento aparente se esconde una disminución real del salario, pues su alza ni siquiera compensa el aumento registrado entretanto en los precios de los medios fundamentales de subsistencia; tal como lo revela el siguiente extracto de los cálculos oficiales de un *workhouse* irlandés:

Promedio semanal de los costos de manutención per cápita

Año	Alimentación	Vestimenta	Total
29 de septiembre de 1848 a 29 de septiembre de 1849	1 ch. 3 ¹ / ₄ p.	0 ch. 3 p.	1 ch. 6 ¹ / ₄ p.
29 de septiembre de 1868 a 29 de septiembre de 1869	2 ch. 7 ¹ / ₄ p.	0 ch. 6 p.	3 ch. 1 ¹ / ₄ p.

El precio de los medios de subsistencia imprescindibles es, pues, casi dos veces mayor y el de la vestimenta exactamente duplica los de hace 20 años.

Aun prescindiendo de esta desproporción, la mera comparación de las tasas salariales expresadas en dinero no arrojaría, ni siquiera aproximadamente, un resultado correcto. Antes de la hambruna, la gran masa de los salarios agrícolas se pagaban *in natura* [en especie], y en dinero sólo la menor parte; hoy, el pago en dinero es la regla. Ya de ello se desprende que, sea cual fuere el movimiento del salario real, su proporción en dinero debería crecer.

"Antes de la hambruna, el jornalero agrícola poseía un pedazo de tierra, en el cual cultivaba papas y criaba cerdos y aves. Hoy en día, no sólo debe comprar todos sus medios de subsistencia, sino que pierde también los ingresos obtenidos por la venta de cerdos, aves y huevos."¹⁸⁷

En los hechos, antes los trabajadores rurales se confundían con los pequeños arrendatarios y sólo constituían, la mayoría de las veces, la retaguardia de las fincas de los arrendatarios medios y grandes, en las que encontraban ocupación. Sólo desde la catástrofe de 1846 comenzaron a ser una fracción de la clase de los obreros asalariados puros, un estrato peculiar ligado a sus patrones exclusivamente mediante relaciones monetarias.

Sabemos ya cuáles eran sus condiciones habitacionales en 1846. Desde entonces han empeorado aún más. Una parte de los jornaleros rurales, que disminuye día a día, vive todavía en las fincas de los arrendatarios, en chozas atestadas, cuyas atrocidades superan en

¹⁸⁷ L.c., pp. 29, 1.

mucho lo peor de lo que en este terreno muestran los distritos agrícolas ingleses. Y esto tiene validez general, excepción hecha de algunas comarcas de Ulster: en el sur, en los condados de Cork, Limerick, Kilkenny, etc.; al este, en Wicklow, Wexford, etc.; en el centro, en King's and Queen's Country, Dublin, etc.; al norte, en Down, Antrim, Tyrone, etc.; en el oeste, en Sligo, Roscommon, Mayo, Galway, etc. "Es" —exclama uno de los inspectores— "una vergüenza para la religión y la civilización de este país." Por lo visto, para hacer más tolerables a los jornaleros las condiciones habitacionales en sus cuchitriles, se les confisca sistemáticamente los pedacitos de tierra que les pertenecen desde tiempos inmemoriales.

"La conciencia de esta suerte de proscripción en que los mantienen los terratenientes y sus administradores ha provocado entre los jornaleros rurales los correspondientes sentimientos de antagonismo y de odio contra quienes los tratan como a una raza carente de derechos."^{187a}

El primer acto de la revolución agraria, realizado en la mayor escala y como si respondiese a una consigna impartida desde arriba, fue el de derribar las chozas ubicadas en las tierras de labor. De este modo, muchos obreros fueron obligados a buscar refugio en las aldeas y ciudades. Como si se tratara de trastos viejos, se los arrojó allí en buhardillas, cuchitriles, sótanos y en los tugurios de los peores barrios. Miles de familias irlandesas que se distinguían —según incluso testimonios de ingleses imbuidos en prejuicios nacionales— por su singular apego al hogar, su despreocupada alegría y la pureza de sus costumbres domésticas, se encontraron súbitamente transplantados a los semilleros del vicio. Los hombres deben ahora buscar trabajo entre los arrendatarios vecinos, siendo sólo contratados por el día, es decir, en la forma más precaria de salario; además,

"ahora deben recorrer largas distancias para ir y volver del predio, a menudo mojados como ratas y expuestos a otras inclemencias del tiempo, lo cual suele producir debilitamiento, enfermedades y, por ende, privaciones"^{187b}.

"Las ciudades debían absorber año tras año lo que era considerado un excedente de obreros en los distritos rurales"^{187c}, y después hay quienes se sorprenden "de que en las ciudades y aldeas haya exceso, y en los campos escasez de obreros"^{187d}! La verdad es que esta escasez sólo se vuelve perceptible "en las temporadas de faenas agrícolas urgentes, en primavera y otoño, mientras que durante el resto del año muchos brazos se mantienen ociosos"^{187e}; que "después de la cosecha, de octubre hasta la primavera, apenas hay trabajo para ellos"^{187f}, y que incluso durante la temporada en que están ocupados "suelen perder días enteros y están expuestos

^{187a} L.c., p. 12.

^{187b} L.c., p. 25.

^{187c} L.c., p. 27.

^{187d} L.c., p. 26.

^{187e} L.c., p. 1.

^{187f} L.c., p. 32.

a todo tipo de interrupciones en el trabajo"^{187g}.

Estas consecuencias de la revolución agrícola —esto es, de la transformación de tierra de labranza en pastizales para el ganado, la aplicación de maquinarias, la más rígida economía de trabajo, etc.— las agudizan aún más los terratenientes ejemplares que, en vez de consumir sus rentas en el extranjero, se dignan a vivir en sus dominios en Irlanda. Para que la ley de la oferta y la demanda permanezca completamente imperturbable, estos señores extraen

"ahora casi toda su necesidad de trabajo de sus pequeños arrendatarios, los cuales están obligados, de este modo, a trabajar para sus terratenientes por un salario en general inferior al de los jornaleros comunes, y esto sin considerar las incomodidades y pérdidas que supone para ellos desatender sus propios campos en los momentos críticos, de la siembra o la cosecha"^{187h}.

La inseguridad e irregularidad de la ocupación, los frecuentes y prolongados períodos de desempleo, todos estos síntomas de una sobrepoblación relativa, figuran, por tanto, en los informes de los inspectores de la administración de beneficencia, como otros tantos tormentos del proletariado agrícola irlandés. Se recordará que el proletariado rural inglés nos había mostrado fenómenos similares. Pero la diferencia consiste en que en Inglaterra, país industrial, la reserva industrial se recluta en el campo, mientras que en Irlanda, país agrario, la reserva agrícola se recluta en las ciudades, los refugios de los obreros rurales desplazados. Allá, los supernumerarios de la agricultura se transforman en obreros fabriles; acá, los desplazados hacia las ciudades, presionando simultáneamente sobre los salarios urbanos, siguen siendo obreros rurales y son constantemente empujados al campo, en busca de trabajo.

Los autores del informe oficial resumen de la siguiente manera la situación material de los jornaleros agrícolas:

"Aunque viven con la frugalidad más extrema, su salario apenas les alcanza para la comida y el alquiler de una vivienda para ellos y sus familias; para comprar ropa necesitan ingresos extras... La atmósfera de sus viviendas, junto a otras privaciones, expone a esta clase en proporción muy marcada al tifus y la tuberculosis"¹⁸⁷ⁱ.

De ahí que no sea sorprendente que —según la declaración unánime de los informantes— un sombrío descontento impregne las filas de esta clase, que desee el retorno al pasado, aborrezca el presente y desespere del futuro, "se entregue a reprobables influencias de demagogos" y sólo tenga una idea fija: emigrar a Norteamérica. ¡Es esta la Jauja en que la gran panacea malthusiana, la despoblación, ha transformado a la verde Erin!^{(188)!}

Baste un ejemplo para precisar cuál es la buena vida que llevan los obreros manufactureros irlandeses:

^{187g} L.c., p. 25.

^{187h} L.c., p. 30.

¹⁸⁷ⁱ L.c., pp. 22, 13.

"En mi reciente inspección al norte de Irlanda" —observa el inspector fabril inglés Robert Baker— "me sorprendió el esfuerzo efectuado por un obrero calificado irlandés para procurarle educación a sus hijos, pese a sus escasísimos recursos. Reproduzco textualmente sus declaraciones, tal como las recogí de su boca. Su calidad de obrero fabril calificado se reconoce en el hecho de que se le emplee en la producción de artículos para el mercado de Manchester. Johnson: Soy *beetler* [agramador] y trabajo desde las 6 de la mañana hasta las 11 de la noche, de lunes a viernes; los sábados terminamos a las 6 de la tarde y disponemos de 3 horas para comer y descansar. Tengo 5 hijos. Por este trabajo recibo 10 chelines y 6 peniques a la semana; mi mujer también trabaja y gana 5 chelines semanales. La niña mayor, de doce años, atiende la casa. Es nuestra cocinera y única ayudante. Prepara a los menores para que vayan a la escuela. Mi mujer se levanta y se marcha conmigo. Una muchacha que pasa cerca de nuestra casa me despierta a las cinco y media de la mañana. No comemos nada antes de ir al trabajo. La niña de doce años atiende a los menores durante todo el día. Desayunamos a las 8 y para hacerlo vamos a casa. Tenemos té una vez a la semana; los demás días comemos una papilla (*stirabout*) a veces de harina de avena, otras de harina de maíz, según lo que seamos capaces de procurarnos. En invierno agregamos un poco de azúcar y agua a la harina de maíz. En verano cosechamos algunas papas, que nosotros mismos sembramos en un pedazo de tierra, y cuando se acaban volvemos a la papilla. Así van las cosas, un día tras otro, los domingos y los días hábiles, durante todo el año. Siempre estoy muy cansado por la tarde, después de la faena realizada. Excepcionalmente tenemos un bocado de carne, pero muy raras veces. Tres de nuestros niños van a la escuela, por la que pagamos 1 penique a la semana por cabeza. Nuestro alquiler es de 9 peniques semanales, la turba para la calefacción nos cuesta por lo menos 1 chelín y 6 peniques cada 14 días"¹⁸⁸.

¡Estos son los salarios irlandeses, esta es la vida irlandesa!

En realidad, la miseria de Irlanda es de nuevo un tema actual en Inglaterra. A fines de 1866 y comienzos de 1867, uno de los magnates irlandeses de la tierra, lord Dufferin, se ocupó en el *Times* de dar solución al problema. "¡Qué humano es el gesto de este gran señor!"^[189]

Del cuadro E se deduce que durante 1864, de las £4.368.610 de ganancia total sólo 3 capitalistas obtuvieron £262.819, y que en 1865, de las ganancias totales de £4.669.979, los mismos 3 virtuosos de la "abstinencia" se apropiaron, en cambio, de £274.528; en 1864, 26 capitalistas obtuvieron £646.377 y en 1865, a 28 capitalistas les correspondió £736.448; en 1864, 121 capitalistas se apropiaron de £1.076.912 y en 1865 son 150 los que reciben £1.320.906; en 1864, 1.131 capitalistas se quedan con £2.150.818, casi la mitad de la ganancia anual total, y en 1865, 1.194 capitalistas, con £2.418.833, más de la mitad de la ganancia anual total. Ahora bien, la fracción leonina de la renta nacional anual, absorbida por un ínfimo número de magnates de la tierra en Inglaterra, Escocia e Irlanda, es tan monstruosa que la sabiduría estatal inglesa encuentra inadecuado entregar con respecto a la distribución de la renta agrícola el mismo material estadístico que en el caso de la distribución de la ganancia. Lord Dufferin es uno de estos magnates de la tierra. La idea

¹⁸⁸ *Reports of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1866*, p. 96.

de que los registros de rentas y las ganancias sean alguna vez "excesivos", o que su plétora esté en cierto modo ligada a la plétora de la miseria popular es, naturalmente, una idea tan "irrespetuosa" como "malsana" (*unsound*). El se atiene a los hechos. Y éstos consisten en que a medida que disminuye la población irlandesa, se abultan los registros de rentas irlandesas; que la despoblación "beneficia" a los terratenientes, o sea, también al suelo, y por consiguiente también al pueblo que no es más que un simple accesorio de la tierra. Lord Dufferin declara, pues, que Irlanda sigue sobrepoblada y que la corriente emigratoria es aún muy lenta. Para ser completamente feliz, Irlanda debiera despedirse a lo menos del 1/3 de millón de obreros más. No se debe pensar que este lord, además de ser poético, es un médico de la escuela de Sangrado, el cual toda vez que un enfermo no experimentaba mejoría, le recetaba una sangría, luego otra, hasta que el paciente perdía junto con su sangre también su enfermedad. Lord Dufferin exige una nueva sangría de sólo 1/3 de millón, en vez de reclamar una de aproximadamente dos millones, sin la cual no podrá implantarse el reino milenario en Erin. La prueba es fácil de suministrar.

Número y extensión de los predios arrendados en Irlanda, 1864

1		2		3	
Predios de 1 acre y menos		Predios de más de 1 acre y hasta 5		Predios de más de 5 acres y hasta 15	
Número	Acres	Número	Acres	Número	Acres
48.653	25.394	82.037	288.916	176.368	1.836.310
4		5		6	
Predios de más de 15 y hasta 30		Predios de más de 30 y hasta 50		Predios de más de 50 y hasta 100	
Número	Acres	Número	Acres	Número	Acres
136.578	3.051.343	71.961	2.906.274	54.247	3.983.880
7		8			
Predios de más de 100 acres		Area total			
Número	Acres	Acres			
31.927	8.227.807	20.319.924 ^{188a}			

De 1851 a 1861, la centralización ha eliminado principalmente predios arrendados de las tres primeras categorías, los de menos de 1 acre y no más de 15 acres. Ellos deben desaparecer ante todo. Esto proporciona 307.058 arrendatarios "supernumerarios" y, de calcular la familia con el bajo promedio de 4 cabezas por cada una, nos da 1.228.232 personas. Haciendo la suposición extravagante de que

^{188a} El área total incluye también "turberas y tierras yermas".

1/4 de ellos sea absorbido después de realizarse la revolución agrícola, restan 921.174 que deberían emigrar. Las categorías 4, 5 y 6, de más de 15 acres y hasta 100, son —como se sabe desde hace mucho en Inglaterra— demasiado pequeñas para el cultivo capitalista del grano, y magnitudes ínfimas para la producción ovina. Partiendo de la misma suposición anterior, otras 788.761 personas deberían emigrar. La suma total: 1.709.532. Y, *comme l'appétit vient en mangeant* [como el apetito viene al comer], los ojos de los registros de rentas pronto descubrirán que Irlanda, aún con 3¹/₂ millones de personas, es un país de miseria, y lo es porque está sobrepoblada y, por tanto, su desdoblación necesita ir mucho más allá para que cumpla su real cometido: ser un cercado de ovejas y pasto de ganado para Inglaterra^{188b}.

Este lucrativo método, como todo lo bueno en el mundo, tiene sus inconvenientes. Al paso de la acumulación de la renta del suelo en Irlanda avanza la acumulación de irlandeses en Norteamérica. El irlandés, desplazado por ovejas y bueyes, resucita allende el océano como feniano¹¹⁹⁰. Y frente a la vieja reina de los mares se alza más y más amenazante la joven república gigante.

Acerba fata Romanos agunt
Scelusque fraternae necis¹¹⁹¹.

^{188b} En el Libro III de este escrito, en la sección sobre la propiedad de la tierra, mostraré con mayor detenimiento de qué modo tanto los terratenientes individuales como la legislación inglesa explotaron planificadamente la hambruna y las circunstancias provocadas por ella para imponer violentamente la revolución agrícola y reducir la población de Irlanda a la medida deseada por los señores de la tierra. Allí mismo retornaré a la situación de los pequeños arrendatarios y obreros rurales. Aquí sólo daremos una cita. Nassau W. Senior, en su escrito póstumo *Journals, Conversations and Essays relating to Ireland*, 2 vols., Londres, 1868, vol. II, p. 282, entre otras cosas señala: "Acertadamente manifestó el Dr. G. que en nuestra ley de beneficencia tenemos un gran instrumento para entregarle la victoria a los terratenientes; otro es la emigración. Ningún amigo de Irlanda puede desear que la guerra" (entre los terratenientes y los pequeños arrendatarios celtas) "se prolongue ni menos aún que finalice con la victoria de los arrendatarios... Mientras más rápido termine" (esta guerra), "cuanto más rápido Irlanda se convierta en un país de pastizales (*grazing country*), con la población relativamente reducida que requiere un país así, tanto mejor será para todas las clases". Las leyes cerealeras inglesas de 1815 le aseguraban a Irlanda el monopolio de la libre importación de trigo a Gran Bretaña. Favorecían, por tanto, artificialmente el cultivo del grano. En 1846, con la abolición de las leyes cerealeras, repentinamente se eliminó este monopolio. Prescindiendo de todas las demás circunstancias, este solo suceso bastó para dar un enorme impulso a la transformación en Irlanda de las tierras de labranza en pastizales, a la concentración de las fincas arrendadas y a la expulsión de los pequeños campesinos. Después de que, de 1815 a 1846, se alabara tanto la fertilidad del suelo irlandés y se proclamara ruidosamente que estaba destinado por la naturaleza misma para el cultivo del trigo, súbitamente, los agrónomos, economistas y políticos ingleses descubrieron, ¡que no servía más que para producir forraje! El señor Léonce de Lavergne se apresuró a repetir lo mismo al otro lado del Canal. Corresponde a un hombre "serio" a la Lavergne dejarse arrastrar por esas niferías.

CAPITULO XXIV

LA ASI LLAMADA ACUMULACION ORIGINARIA

1. EL SECRETO DE LA ACUMULACION ORIGINARIA

Hemos visto cómo el dinero se transforma en capital, cómo gracias al capital se produce plusvalor y del plusvalor más capital. Sin embargo, la acumulación de capital presupone el plusvalor, el plusvalor, la producción capitalista, y ésta, a su vez, la existencia de grandes masas de capital y fuerza de trabajo en manos de los productores de mercancías. Por tanto, todo este movimiento pareciera girar en un círculo vicioso, del cual sólo salimos si suponemos una acumulación "originaria", previa a la acumulación capitalista ("*previous accumulation*" como dice Adam Smith), una acumulación que no es resultado del modo de producción capitalista, sino su punto de partida.

Esta acumulación originaria desempeña en la economía política más o menos el mismo papel que el pecado original en la teología. Adán mordió la manzana, y con ello el pecado se apoderó del género humano. Se explica su origen, contándolo como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos había, de un lado, una élite laboriosa, inteligente y ante todo ahorrativa y, del otro, una pandilla de descamisados y holgazanes que dilapidaban todo lo que tenían y aún más. Es cierto que la leyenda del pecado original teológico nos cuenta cómo el hombre se vio condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente; en cambio, la historia del pecado original económico nos revela cómo hay gente que no necesita sudar para lograrlo. Pero da lo mismo. Resultó así que los primeros acumularon riqueza, y los últimos no tuvieron finalmente nada que vender salvo su propia piel. Y de este pecado original data la pobreza de las grandes masas que aún hoy, pese a todo su trabajo, no tienen nada que vender salvo a sí mismas, y la riqueza de unos pocos, que crece constantemente, aunque éstos hacen mucho que han dejado de trabajar. El señor Thiers predica, por ejemplo, en defensa de la *propriété* [propiedad] esas insulsas niñerías a los otrora tan ingeniosos franceses, haciéndolo además con la seriedad y solemnidad del estadista. Pues, no bien entra en juego la cuestión de la propiedad, es una obligación sagrada atenerse al punto de vista de la fábula infantil como la única correcta para todas las edades y niveles de desarrollo. Como se sabe, en la historia real el gran papel lo desem-

peñan la conquista, la subyugación, el despojo, en una palabra, la violencia. En la economía política, tan apacible, desde siempre imperó el idilio. El derecho y el "trabajo" fueron permanentemente los únicos medios de enriquecimiento, por supuesto, siempre a excepción de "este año". En los hechos, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos.

El dinero y la mercancía no son capital desde un comienzo, como tampoco lo son los medios de producción y subsistencia. Requieren ser transformados en capital. Pero esta transformación misma sólo puede transcurrir bajo determinadas circunstancias que se reducen a lo siguiente: deben enfrentarse y entrar en contacto dos especies muy distintas de poseedores de mercancías, de una parte, los propietarios de dinero, de medios de producción y de subsistencias, quienes pretenden valorizar la suma de valor de la que se han apropiado mediante la compra de fuerza de trabajo ajena; de otra parte, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, vendedores de trabajo. Obreros libres en el doble sentido de que ni ellos mismos pertenecen directamente a los medios de producción, como los esclavos, siervos, etc., ni tampoco los medios de producción a ellos, como en el caso del campesino que produce de manera autónoma, etc., hallándose en cambio libres y desembarazados de esos medios. Con esta polarización del mercado de mercancías están dadas las condiciones básicas de la producción capitalista. La relación capitalista presupone la escisión entre los obreros y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo. No bien ya esté parada sobre sus propios pies la producción capitalista, no sólo conserva aquella escisión, sino que la reproduce en escala cada vez mayor. El proceso que crea la relación capitalista no puede ser, pues, otra cosa que el proceso de separación del obrero con respecto a la propiedad de sus condiciones de trabajo; proceso que, de una parte, transforma en capital los medios de subsistencia y producción sociales y, de otra, convierte a los productores directos en obreros asalariados. La llamada acumulación originaria no es, por tanto, otra cosa que el proceso histórico de escisión del productor y los medios de producción. Aparece como "originaria", porque constituye la prehistoria del capital y del modo de producción correspondiente.

La estructura económica de la sociedad capitalista surge de la estructura económica de la sociedad feudal. La disolución de ésta ha liberado los elementos de aquélla.

El productor directo, el obrero, sólo pudo disponer de su persona cuando dejó de estar atado a la gleba y de ser siervo o vasallo de otra persona. Para convertirse en vendedor libre de su fuerza de trabajo, que lleva consigo su mercancía a todas partes donde ésta encuentra mercado, debió además emanciparse del dominio de los gremios, de sus ordenanzas sobre aprendices y oficiales y de las prescripciones

laborales restrictivas. Con ello, el movimiento histórico que transforma al productor en obrero asalariado aparece, de una parte, como su liberación de la servidumbre y de la coerción gremial; y es sólo este aspecto el que existe para nuestro historiógrafo burgués. Pero, de otra parte, estas personas recién liberadas sólo se convierten en vendedores de sí mismas después de haberseles arrebatado todos sus medios de producción y todas las garantías de existencia que les ofrecían las viejas instituciones feudales. La historia de esta expropiación ha sido escrita en los anales de la humanidad con caracteres de sangre y fuego.

Los capitalistas industriales, estos nuevos potentados, debieron, por su parte, desplazar no sólo a los maestros de los gremios, sino también a los señores feudales, quienes se encontraban en posesión de las fuentes de la riqueza. En este aspecto, su surgimiento se representa como el fruto de una lucha victoriosa contra el poder feudal y sus indignantes privilegios, así como contra los gremios y las ataduras que éstos habían puesto al desarrollo libre de la producción y a la explotación libre del hombre por el hombre. Sin embargo, los caballeros de la industria lograron desplazar a los caballeros de la espada sólo explotando sucesos en los cuales no les cabía participación alguna. Ascendieron a través de medios tan innobles como aquellos que otrora permitieron al liberto romano convertirse en señor de su *patronus*.

El punto de partida del desarrollo que creó tanto al obrero asalariado como al capitalista fue la servidumbre del trabajador. El avance consistió en un cambio de forma de esta servidumbre, en la transformación de la explotación feudal en capitalista. Para comprender su curso no necesitamos remontarnos muy atrás. Aunque en los siglos XIV y XV, en algunas ciudades del Mediterráneo encontramos ya, esporádicamente, los primeros inicios de la producción capitalista, la era capitalista sólo data del siglo XVI. Allí donde aparece hace ya tiempo que se ha abolido la servidumbre y que se ha eclipsado el aspecto más brillante del medioevo, la existencia de ciudades soberanas.

En la historia de la acumulación originaria hacen época todos los cambios empleados como palancas por la clase capitalista en formación y, sobre todo, aquellos momentos en que grandes masas humanas son arrancadas súbita y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas —como proletarios plenamente libres— al mercado de trabajo. La expropiación que despoja de la tierra al productor rural, al campesino, constituye la base de todo el proceso. Su historia adopta distintos matices en países diferentes y recorre diversas etapas en secuencias y épocas históricas distintas. Sólo en Inglaterra, y es por eso que la tomamos como ejemplo, reviste la forma clásica¹⁸⁹.

¹⁸⁹ En Italia, donde la producción capitalista se desarrolla más tempranamente, es también donde primero tiene lugar la disolución de la servidumbre de la gleba. El siervo se emancipa aquí antes de asegurarse algún derecho de antigüedad sobre la tierra. Su emancipación lo convierte de inmediato en proletario plenamente

2. EXPROPIACION DE LA POBLACION RURAL

En Inglaterra, la servidumbre de hecho había desaparecido a fines del siglo XIV. La inmensa mayoría de la población¹⁹⁰ se componía entonces, y aún más en el siglo XV, de campesinos libres, económicamente autónomos, sean cuales fueren los rótulos feudales que encubrían su propiedad. En las grandes haciendas señoriales, el arrendatario libre había desplazado al *bailiff* [baile], siervo él mismo en otros tiempos. Los asalariados agrícolas se componían, en parte, de campesinos que valorizaban su tiempo libre trabajando para los grandes propietarios de la tierra, en parte, de una clase independiente, relativa y absolutamente poco numerosa, de obreros asalariados. Pero también estos últimos eran, de hecho, al mismo tiempo, campesinos económicamente autónomos, pues además de su salario recibían tierras de labor con una extensión de 4 y más acres, y una *cottage*. Disfrutaban también, junto a los campesinos propiamente tales, del usufructo de las tierras de la comunidad, en las que pastaba su ganado y que les proporcionaban a la vez el combustible: leña, turba, etc.¹⁹¹. En todos los países europeos, la producción feudal se caracteriza por la repartición de la tierra entre el mayor número posible de campesinos vasallos. El poder del señor feudal, como el de todo soberano, no se fundaba en la longitud de su registro de rentas, sino en el número de sus súbditos, y éste dependía de la cantidad de campesinos económicamente autóno-

libre, que además encuentra ya listos a sus nuevos amos en las ciudades procedentes, en su mayor parte, de la época romana. Cuando la revolución en el mercado mundial^[192] destruyera, a fines del siglo XV, la supremacía comercial del Norte de Italia, surgió un movimiento en sentido opuesto. Los obreros de las ciudades fueron empujados masivamente al campo y dieron allí un impulso nunca visto a la agricultura en pequeña escala, practicada según las normas de la horticultura.

¹⁹⁰ "Los pequeños propietarios, que labraban sus campos con sus propias manos y disfrutaban de un modesto bienestar... constituían entonces una parte de la nación mucho más importante que ahora... No menos de 160.000 propietarios agrícolas, que con sus familias debían haber conformado más de 1/7 de la población total, vivían del cultivo de sus pequeñas fincas *freehold*" (*freehold* significa propiedad plenamente libre de la tierra). "El ingreso medio de estos pequeños propietarios agrícolas... se evalúa en £60 a £70. Se calculó que el número de personas que cultivaban su propia tierra era superior al de los arrendatarios de tierras ajenas" (Macaulay. *History of England*, 10ª edición, Londres, 1854, t.I, pp. 333, 334). Aun en el último tercio del siglo XVII, 4/5 de la población inglesa era agrícola (l.c., p. 413). Cito a Macaulay porque, en su calidad de falsificador sistemático de la historia, procura "podar" los hechos de esta naturaleza.

¹⁹¹ Nunca se debe olvidar que incluso el siervo no sólo era propietario —si bien sujeto al pago de tributo— de la parcela perteneciente a su casa, sino también copropietario de la tierra comunal. "El campesino es" (en Silesia) "siervo". Sin embargo, estos *serfs* [siervos] poseen tierras comunales. "Hasta el momento no se ha podido inducir a los silesianos a repartir la tierra comunal, mientras que en la Nueva Marca apenas hay aldea en que esta partición no se haya ejecutado con el mayor éxito" (Mirabeau. *De la Monarchie Prussienne*, Londres, 1788, t.II, pp. 125, 126).

mos¹⁹². Por eso, aunque después de la conquista normanda se dividió el suelo inglés en inmensas baronías, una sola de las cuales abarcaba a menudo 900 de los viejos señoríos anglosajones, estaba sembrado de pequeñas parcelas campesinas, interrumpidas sólo aquí o allá por grandes haciendas señoriales. Tales relaciones, junto al florecimiento simultáneo de las ciudades, característico del siglo XV, permitían esa riqueza popular, tan elocuentemente descrita por el canciller Fortescue en su *Landibus Legum Angliae*, pero excluían la riqueza capitalista.

El preludio del cambio que estableció las bases del modo de producción capitalista tuvo lugar en el último tercio del siglo XV y los primeros decenios del siglo XVI. Una masa de proletarios plenamente libres fue lanzada al mercado de trabajo por la disolución de las mesnadas feudales que, como señalara acertadamente sir James Steuart, “en todas partes colmaban inútilmente casas y castillos”¹⁹³. Aunque el poder real —producto del desarrollo burgués— en su aspiración de alcanzar la soberanía absoluta aceleró violentamente la disolución de esas mesnadas, no fue en modo alguno la causa única de ésta. Más bien, el gran señor feudal, en obstinado conflicto con el rey y el Parlamento, creó un proletariado incomparablemente mayor, al expulsar violentamente al campesinado de la tierra pobre sobre la cual éste poseía el mismo título legal feudal que aquél y usurpar las tierras comunales. En Inglaterra, el impulso directo para ello lo dio el auge de la manufactura lanera flamenca y el correspondiente aumento de los precios de la lana. La vieja aristocracia feudal había sido devorada por las grandes guerras feudales; la nueva aristocracia era hija de su época, para la cual el dinero era el poder de todos los poderes. Transformar la tierra de labor en pastizales era, pues, su consigna. Harrison en su *Description of England. Prefixed to Holinshed's Chronicles* reseña cómo arruinaba al país la expropiación de los pequeños campesinos. “*What care our great incroachers!*” [¡Qué les importa a nuestros grandes usurpadores!] Las viviendas de los campesinos y las *cottages* de los obreros eran demolidas violentamente o entregadas a la ruina.

“Si se comparan” —dice Harrison— “los más viejos inventarios de cualquier finca señorial, se descubrirá que han desaparecido innumerables casas y pequeñas parcelas campesinas, que la tierra alimenta a mucho menos gente, que numerosas ciudades se han arruinado, aunque florecen algunas nuevas ... Podría contarles de ciudades y aldeas destruidas para convertir las en pastizales para ovejas y donde sólo quedan las casas señoriales.”

¹⁹² Japón, con su organización puramente feudal de la propiedad de la tierra y su desarrollada economía de pequeños campesinos, proporciona un cuadro mucho más fiel del medioevo europeo que todos nuestros libros de historia, dictados la mayoría de las veces por prejuicios burgueses. Es demasiado cómodo, sin duda, ser “liberal” a costa de la Edad Media.

Las quejas de aquellas viejas crónicas son siempre exageradas, pero describen con exactitud la impresión causada en los hombres de la época por la revolución en las relaciones de producción. Una comparación entre los escritos del canciller Fortescue y los de Tomás Moro ilustra el abismo entre el siglo XV y el XVI. La clase trabajadora inglesa se precipitó, sin transición alguna, como acertadamente dice Thornton, de su edad de oro a la de hierro.

La legislación se aterrorizó ante esa transformación. No se encontraba aún a esa altura de la civilización, en la cual la *wealth of the nation* [riqueza de la nación], o sea, la formación de capital y la brutal explotación y el empobrecimiento de las masas populares se considera como la última Thule de toda sabiduría política. En su historia de Enrique VII, Bacon señala:

"En aquel tiempo" (1489) "aumentaron las quejas contra la transformación de la tierra de labor en pastizales" (para cría de ovejas, etc.), "fácilmente vigilables por unos pocos pastores; y los predios arrendados temporal, vitalicia y anualmente" (de los que vivía gran parte de los *yeomen*) "eran convertidos en dominios señoriales. Esto condujo a una decadencia del pueblo y, como causa de ello, a la decadencia de ciudades, iglesias, diezmos... Fue sorprendente la sabiduría mostrada en aquella época por el rey y el Parlamento en la cura de esos males... Tomaron medidas contra esas usurpaciones despobladoras de las tierras comunales (*depopulating inclosures*) y contra los pastizales despobladores (*depopulating pasture*) que les seguían de cerca".

Un acta de Enrique VII, 1489, cap. 19*, prohibió la demolición de toda casa campesina a la que pertenecieran por lo menos 20 acres de tierra. En un acta 25 Enrique VIII** se reitera la misma ley. Se establece, entre otras cosas, que

"muchos predios arrendados y grandes rebaños de ganado, principalmente ovejas, se acumulan en pocas manos, por lo que han aumentado considerablemente las rentas y disminuido mucho los cultivos (*tillage*), se han demolido iglesias y casas, y enormes masas populares han sido privadas de los medios para mantenerse a sí y a sus familias".

La ley ordena, por eso, la reconstrucción de las fincas deterioradas, establece cuál debe ser la proporción entre la tierra cerealera y la de pastos, etc. Un acta de 1533 se queja de que algunos propietarios poseen 24.000 ovejas y restringe su número a 2.000¹⁹³. Tanto las quejas populares como la legislación promulgada desde Enrique VII contra la expropiación de los pequeños arrendatarios y los campesinos, que perduró durante 150 años, fueron igualmente inútiles. El secreto de su ineficiencia nos lo revela, sin saberlo, Bacon.

* O sea, se refiere al acta promulgada en 1489. —Ed.

** O sea, un acta promulgada en el vigésimo quinto año del reinado de Enrique VIII. —Ed.

¹⁹³ En su *Utopía*, Tomás Moro habla de un extraño país en donde "las ovejas devoran a los hombres" (*Utopía*, traducción de Robinson, ed. Arber, Londres, 1869, p. 41).

"El acta de Enrique VII" —sostiene en sus *Essays, civil and moral*, sección 29— "era profunda y digna de admiración, pues establecía la existencia de fincas y casas rurales de determinada medida normal, esto es, les asignaba una proporción de tierra que les permitía traer al mundo súbditos en una plenitud satisfactoria, y no en condición servil, y conservar el arado en manos de propietarios y no de jornaleros (*to keep the plough in the hand of the owners and not hirelings*)."^{193a}

Lo que requería el sistema capitalista era, inversamente, un estado servil de las masas populares, su transformación en jornaleros y la conversión de sus medios de trabajo en capital. Durante este período de transición, la legislación procuró también mantener los 4 acres de tierra junto a las *cottages* del asalariado rural, y le prohibió a éste que recibiera a inquilinos en su *cottage*. Aún en 1627, bajo Carlos I, Roger Crocker de Fontmill fue condenado por haber construido una *cottage* en su finca de Fontmill sin asignarle los 4 acres de tierra como anexo permanente; y en 1638, bajo Carlos I, se nombró una comisión real con la misión de imponer el cumplimiento de las viejas leyes y, en particular, la ley de los 4 acres; incluso Cromwell prohibió la construcción de casas en 4 millas a la redonda de Londres si no se las dotaba de 4 acres de tierra. Todavía en la primera mitad del siglo XVIII se formulaban quejas si la *cottage* del obrero rural no tenía una dependencia de 1 a 2 acres. En la actualidad, el obrero rural se considera afortunado si su casa está dotada de una huertecilla o si, lejos de ella, puede alquilar un par de varas de tierra.

"Los terratenientes y los arrendatarios" —dice el Dr. Hunter— "actúan aquí conjuntamente. Unos pocos acres junto a la *cottage* convertirían al trabajador en una persona demasiado independiente."¹⁹⁴

^{193a} Bacon expone el vínculo existente entre un campesino libre y acomodado y una buena infantería. "Era extremadamente importante para el poderío y la solidez del reino tener fincas arrendadas de una extensión suficiente para mantener a todos los hombres hábiles exentos de penurias y relacionar gran parte de las tierras del reino a su posesión por la *yeomanry*, es decir, por personas de situación intermedia entre los nobles y los *cottagers* y peones... Pues la opinión general entre las personas más competentes en las artes de la guerra... es que la fuerza principal de un ejército consiste en la infantería o soldados de a pie. Y para conformar una buena infantería se requiere gente que no haya crecido en condiciones serviles o indigentes, sino libres y acomodadas. Por eso, cuando un Estado se distingue más que nada por sus nobles y gentilhombres, mientras que los campesinos y labradores quedan reducidos a simple mano de obra o braceros agrícolas, o incluso a *cottagers*, esto es, a mendigos hospedados, ese Estado podrá tener una buena caballería, pero nunca una buena infantería... Ello se ve en Francia, en Italia y en algunas otras comarcas extranjeras donde en los hechos todos son o nobles o campesinos pobres... hasta tal punto que esos países se ven obligados a emplear bandas mercenarias de suizos o similares para constituir sus batallones de infantería: de donde se desprende también que estas naciones cuentan con mucha población, pero con pocos soldados" (*The Reign of Henry VII etc. Verbatim Reprint from Kennet's England, edited 1719*, Londres, 1870, p. 308).

¹⁹⁴ Dr. Hunter, l.c., p. 134. "La cantidad de tierra asignada" (por las viejas leyes), "sería considerada hoy como excesiva para el trabajador y serviría más bien para convertirlo en pequeño arrendatario" (George Roberts. *The Social History of the People of the Southern Counties of England in Past Centuries*, Londres, 1856, p. 184).

En el siglo XVI, la Reforma y, como consecuencia de ella, el colosal despojo de los bienes eclesiásticos, brindaron un nuevo y terrible impulso al violento proceso de expropiación de las masas populares. En la época de la Reforma, la Iglesia Católica era propietaria feudal de una gran parte de las tierras inglesas. La supresión de los monasterios, etc., lanzó a sus habitantes al proletariado. Las propias fincas eclesiásticas fueron, en su mayor parte, regaladas a los rapaces favoritos del rey o vendidas por un precio irrisorio a arrendatarios y especuladores urbanos, los cuales expulsaban masivamente a los antiguos usufructuarios de subtenencias hereditarias, unificando sus predios. Fue abolido tácitamente el derecho, legalmente garantizado, de los campesinos empobrecidos a una parte del diezmo eclesiástico¹⁹⁵. "*Pauper ubique jacet*"⁽¹⁹⁴⁾, exclamó la reina Isabel al concluir una gira por Inglaterra. En el cuadragésimo tercer año de su gobierno, finalmente, se impuso la necesidad de reconocer oficialmente el pauperismo, introduciéndose el impuesto de beneficencia.

"Los autores de esta ley estaban avergonzados de formular sus motivos por lo cual, en contra de toda tradición, fue promulgada sin *preamble* [preámbulo] alguno."¹⁹⁶

Por 16 Carlos I, 4*, se estableció la perpetuidad de dicha ley y, en los hechos, sólo en 1834 se adoptó una nueva forma aún más rígida¹⁹⁷. Estos efectos directos de la Reforma no fueron los

¹⁹⁵ "El derecho de los pobres a participar del diezmo eclesiástico está establecido por los antiguos estatutos" (Tuckett, l.c., v. II, pp. 804, 805).

¹⁹⁶ William Cobbett. *A History of the Protestant Reformation*, § 471.

* O sea, la cuarta de las actas promulgadas en el decimosexto año del reinado de Carlos I. —Ed.

¹⁹⁷ El "espíritu" protestante se infiere, entre otras cosas, de lo siguiente. En el sur de Inglaterra, terratenientes y arrendatarios acomodados realizaron un conciliábulo y formularon 10 preguntas acerca de la interpretación correcta de la ley de beneficencia de Isabel, interrogantes que sometieron al dictamen de un renombrado jurista de la época, Sergeant Snigge (luego juez, bajo Jacobo I). "Novena pregunta: algunos de los arrendatarios más acomodados de la parroquia han elaborado un inteligente plan de cómo evitar toda confusión en la ejecución de la ley. Proponen la construcción de una prisión en la parroquia. A todos los pobres que se opongan a dejarse recluir en dicha prisión se les debe negar el socorro. Luego, se anunciará al vecindario para que cualquier persona dispuesta a tomar en arriendo a pobres de esta parroquia presente en determinada fecha una oferta sellada, al precio más bajo por el cual los retiraría de nuestras manos. Los autores de este plan suponen que en los condados vecinos hay personas reacias a trabajar y carentes de fortuna o crédito como para tomar en arriendo un predio o adquirir un barco, pudiendo así vivir sin trabajar (*so as to live without labour*). Estas personas debieran ser inclinadas a efectuar proposiciones muy ventajosas a la parroquia. Si, ocasionalmente, un pobre pereciera bajo la tutela del contratista, el pecado recaería sobre éste, pues la parroquia habría cumplido su deber con respecto de los pobres. Sin embargo, tememos que el acta actual no permite tomar medidas prudentes (*prudential measures*) de este tipo; pero usted debe saber que el resto de los *freeholders* [propietarios libres] de este condado y de los condados vecinos se unirá a nosotros para incitar a sus representantes en la Cámara de los Comunes a presentar un

más importantes. La propiedad eclesiástica constituía el bastión religioso de las relaciones tradicionales de propiedad de la tierra. Con el derrumbe de aquélla, éstas ya no podían mantenerse en pie¹⁹⁸.

Aún en los últimos decenios del siglo XVII, la *yeomanry*, el campesinado independiente, era más numerosa que la clase de los arrendatarios. Habían constituido la fuerza principal de Cromwell y se distinguían ventajosamente, como reconoce el propio Macaulay, de los merdosos hidalgos borrachos y sus sirvientes, los curas rurales, que debían casar a la "moza favorita" del señor. Aun los asalariados rurales mismos eran copropietarios del dominio comunal. En 1750, aproximadamente, la *yeomanry*¹⁹⁹ había desaparecido, y en los últimos decenios del siglo XVIII se habían eliminado las últimas huellas de la propiedad comunal de los campesinos. Prescindimos aquí de los resortes puramente económicos de la revolución agrícola. Consideramos sólo sus medios violentos.

Bajo la restauración de los Estuardos, los terratenientes ejecutaron de manera legal una usurpación que en el continente se realizó, por todas partes, sin formalidades legales. Suprimieron el régimen feudal de tenencia de la tierra, es decir, abolieron sus deberes

proyecto de ley que permita aplicar la reclusión y los trabajos forzados a los pobres, de modo que cada persona que se oponga a la reclusión sea privada del derecho de recibir el socorro. Esto —así esperamos— hará desistir a personas en la miseria a reclamar socorros (*will prevent persons in distress from wanting relief*)" (R. Blakey. *The History of Political Literature from the Earliest Times*, Londres, 1855, v. II, pp. 84, 85). —En Escocia, la abolición de la servidumbre tuvo lugar varios siglos después que en Inglaterra. Todavía en 1698, Fletcher de Salton declaraba en el Parlamento escocés: "El número de los mendigos se calcula en Escocia en no menos de 200.000. El único remedio que yo, republicano por principio, puedo proponer consiste en restaurar el antiguo régimen de servidumbre convirtiendo en esclavos a todos aquellos que sean incapaces de proveerse su propia subsistencia". Algo similar sostiene Eden, l.c., libro I, cap. I, pp. 60, 61: "Desde la liberación de los campesinos data el pauperismo... Las manufacturas y el comercio son los verdaderos padres de los pobres nacionales". Eden, como aquel escocés, republicano por principio, sólo se equivoca en que no fue la abolición de la servidumbre, sino la abolición de la propiedad del campesino sobre la tierra la que lo convirtió en proletario y, dado el caso, en indigente—. A las leyes de beneficencia en Inglaterra corresponde en Francia, donde la expropiación se realizó de otra manera, la ordenanza de Moulins, 1566, y el edicto de 1656.

¹⁹⁸ "El señor Rogers, aunque era en aquel entonces profesor de economía política en la Universidad de Oxford, sede de la ortodoxia protestante, destaca en su introducción a la *History of Agriculture* la pauperización de las masas populares como consecuencia de la Reforma.

¹⁹⁹ *A Letter to Sir T. C. Bunbury, Bt.: On the High Price of Provisions*. By a Suffolk Gentleman, Ipswich, 1795, p. 4. Incluso el fanático defensor del sistema de arrendamiento de grandes fincas, el autor [J. Arbuthnot] de la *Inquiry into the Connection of Large Farms etc.*, Londres, 1773, p. 139, observa: "Lo que más deploro es la pérdida de nuestra *yeomanry*, de ese conjunto de hombres que realmente mantenía en pie la independencia de esta nación; y lamento ver que sus fincas —hoy en manos de lores monopolizadores— se arriendan a pequeños granjeros, quienes mantienen sus predios en condiciones tales que son poco menos que vasallos listos para comparecer a la primera orden en cualquier circunstancia adversa.

tributarios para con el Estado, "indemnizaron" a éste mediante impuestos sobre el campesinado y las demás masas populares, reivindicaron la propiedad moderna sobre fincas de las que sólo poseían un título feudal y; finalmente, impusieron esas leyes de asentamiento (*laws of settlement*) que, *mutatis mutandis* [con los cambios correspondientes], operaron sobre los campesinos ingleses como el edicto del tártaro Borís Godunov sobre el campesinado ruso^[195].

La "*Glorious Revolution*" (Revolución Gloriosa)^[196] llevó al poder, con Guillermo III de Orange²⁰⁰, a los terratenientes y capitalistas productores de plusvalor. Ellos consagraron la nueva era realizando en escala colosal el robo de dominios fiscales, perpetrado hasta el momento en dimensiones modestas. Estas tierras eran regaladas, vendidas a precios irrisorios o bien anexadas por usurpación directa a fincas privadas²⁰¹. Todo esto ocurría sin que se observaran en lo más mínimo las formas legales. El patrimonio estatal, apropiado de manera tan fraudulenta, más el despojo de las tierras eclesiásticas, en la medida en que éstas no se habían perdido nuevamente durante la revolución republicana, constituyen las bases de los actuales dominios principescos de la oligarquía inglesa²⁰². Los capitalistas burgueses favorecieron las operaciones, entre otras razones, para convertir la tierra en un artículo puramente comercial, expandir el territorio de la gran producción agrícola, incrementar la afluencia de proletarios plenamente libres del campo, etc. Además, la nueva aristocracia terrateniente era aliada natural de la nueva bancocracia, de las altas finanzas acabadas de salir del huevo, y de los grandes manufactureros, apoyados en aquella época en los aranceles proteccionistas. La burguesía inglesa actuaba en defensa de sus intereses tan correctamente como los ciudadanos suecos, los cuales, a la inversa, lo hacían mano a mano con su aliado econó-

²⁰⁰ Acerca de la moral privada de este héroe burgués préstese atención, entre otras cosas, a lo siguiente: "La gran donación de tierras a Lady Orkney en Irlanda, en 1695, es una prueba pública del afecto del rey y de la influencia de la dama... Los preciosos servicios de Lady Orkney, según se supone, consistían en *foeda laborum ministeria* [sucios servicios labiales]", (En la *Sloane Manuscript Collection*, que se conserva en el Museo Británico, N.º 4224. El manuscrito se titula *The character and behaviour of King William, Sunderland etc. as represented in Original Letters to the Duke of Shrewsbury from Somers, Halifax, Oxford, Secretary Vernon, etc.* Está lleno de datos curiosos.)

²⁰¹ "La ilegal alienación de fincas de la Corona, en parte vendidas y en parte regaladas, constituye un capítulo escandaloso de la historia inglesa... un fraude gigantesco a la nación (*gigantic fraud on the nation*)" (F. W. Newman. *Lectures on Political Economy*. Londres, 1851, pp. 129, 130). [Véase detalladamente en [N. H. Evans.] *Our old Nobility*. By Noblesse Oblige, Londres, 1879 cómo tomaron el control de sus propiedades los grandes terratenientes ingleses de la actualidad. —F.E.]

²⁰² Léase, por ejemplo, el panfleto de E. Burke^[197] sobre la casa ducal de Bedford, cuyo vástago es lord John Russell, "*the tomtit of liberalism*" [el reyzeuelo del liberalismo].

mico, el campesinado, ayudando a los reyes a recuperar por la violencia, del control de la oligarquía, las fincas de la Corona (desde 1604, y luego bajo los reinados de Carlos X y Carlos XI).

La propiedad comunal —absolutamente distinta de la propiedad estatal que acabamos de examinar— era una institución germánica antigua que subsistía bajo el alero de la feudalidad. Hemos visto cómo la violenta usurpación de la misma, la mayoría de las veces acompañada por la transformación de tierras de labor en pastizales, se inicia a fines del siglo XV y se prolonga en el XVI. Pero en ese lapso el proceso se realizó como acciones de violencia individuales contra las cuales la legislación luchó en vano durante 150 años. El progreso obtenido en el siglo XVIII se revela en que la ley misma se convierte en vehículo del robo de las tierras del pueblo, aunque los grandes arrendatarios empleen, a la par, sus métodos privados menores e independientes²⁰³. La forma parlamentaria que adquiere el despojo es la de las *Bills for Inclosures of Commons* [Leyes para el cercamiento de la tierra comunal], en otras palabras, decretos por medio de los cuales los terratenientes se regalaban a sí mismos, como propiedad privada, las tierras del pueblo, decretos expropiatorios del pueblo. Sir F. M. Eden refuta su propio y astuto alegato abogadil —en que procura presentar la propiedad comunal como propiedad privada de los grandes terratenientes que han ocupado el lugar de los feudales— al exigir una “ley general parlamentaria para el cercamiento de las tierras comunales”, o sea, reconoce que se requiere un golpe de Estado parlamentario para convertir dichas tierras en propiedad privada; y de otra parte, empero, demanda de los legisladores una “indemnización de pérdidas” para los pobres expropiados²⁰⁴.

Cuando el lugar de los *yeomen* independientes fue ocupado por *tenants-at-will*, pequeños arrendatarios que podían ser desalojados al cabo de un año, ese grupo servil y dependiente de la arbitrariedad del terrateniente, el despojo sistemático realizado contra la propiedad comunal, junto al robo de los dominios estatales, ayudó a formar, en particular, los grandes predios arrendados que en el siglo XVIII se denominaban fincas de capital²⁰⁵ o fincas de comerciantes²⁰⁶ y a convertir a la población rural en proletariado disponible para la industria.

²⁰³ “Los arrendatarios prohíben a los *cottagers* [inquilinos] mantener ninguna criatura viva, excepto ellos mismos, bajo el pretexto de que si criasen ganado o aves robarían forraje de los graneros. Dicen, también: mantened pobres a los *cottagers* y los mantendréis laboriosos. La razón real consiste, sin embargo, en que así los arrendatarios usurpan plenamente el derecho sobre las tierras comunales” (*A Political Inquiry into the Consequences of Enclosing Waste Lands*, Londres, 1785, p. 75).

²⁰⁴ Eden. l.c. Prefacio, [pp. XVII, XIX].

²⁰⁵ *Capital farms (Two Letters on the Flour Trade and the Dearness of Corn. By a Person in Business*, Londres, 1767, pp. 19, 20).

²⁰⁶ *Merchant farms (An Inquiry into the Present High Prices of Provisions*, Londres, 1767, p. 111, nota). El autor de este buen escrito, publicado anónimamente, fue el Reverendo Nathaniel Forster.

Sin embargo, el siglo XVIII todavía no comprendió tan bien como el XIX la identidad existente entre riqueza nacional y pobreza del pueblo. De ahí la virulenta polémica desarrollada en la literatura económica de aquella época sobre el *inclosure of commons* [cercaamiento de tierras comunales]. Del inmenso material que tengo ante mí, presentaré algunos pocos pasajes en los que se ilustra de una manera muy viva la situación.

"En muchas parroquias de Hertfordshire" — escribe una pluma indignada— "24 predios arrendados, los que contaban en promedio 50-150 acres, han sido reducidos a tres."²⁰⁷ "En Northamptonshire y Lincolnshire, el cercaamiento de las tierras comunales se ha efectuado en gran escala, y la mayoría de los nuevos señoríos surgidos de los cercaamientos se han transformado en praderas; a causa de ello, muchos señoríos que antes cultivaban 1.500 acres ni siquiera tienen 50 acres arados... Ruinas de viviendas, graneros, establos, etc." son las huellas únicas de los habitantes de antaño. "Cien casas y familias se han reducido, en algunos lugares... a 8 ó 10... En la mayoría de las parroquias donde el cercaamiento sólo tuvo lugar hace 15 ó 20 años, los terratenientes son muy pocos en comparación con el número de los que cultivaban la tierra en el régimen de campo abierto. No es nada extraordinario ver como 4 ó 5 ricos ganaderos usurpan señoríos recién cercados, que antes se encontraban en manos de 20 a 30 arrendatarios y de otros tantos pequeños propietarios e inquilinos. Todos ellos y sus familias han sido expulsados de su propiedad, junto a muchas otras familias a las que daban ocupación y mantenían."²⁰⁸

Los terratenientes vecinos no sólo anexaban tierras baldías bajo el pretexto de cercaamiento, sino, a menudo, tierras arrendadas por un cierto pago a la comuna o cultivadas comunalmente.

"Hablo aquí del cercaamiento de campos y tierras abiertos ya cultivados. Incluso los autores que defienden los *inclosures* reconocen que éstos incrementan el monopolio de las grandes fincas, elevan el precio de los medios de vida y producen despoblación... y aun el cercaamiento de tierras baldías, como el que se efectúa en la actualidad, arrebata a los pobres una parte de sus medios de subsistencia y acrecienta fincas que ya son demasiado grandes."²⁰⁹ "Cuando la tierra" —dice el Dr. Price— "cae en manos de unos pocos grandes arrendatarios, los pequeños" (denominados por él antes como "una multitud de pequeños propietarios y arrendatarios, que se mantienen a sí mismos y a sus familias con el producto de la tierra que cultivan y con las ovejas, aves, cerdos, etc. que apacientan en las tierras comunales, de tal modo que casi no tienen necesidad de comprar medios de subsistencia") "se convierten en personas que deben ganarse el sustento trabajando para otros y están obligados a recurrir al mercado en procura de todo lo que necesitan... Tal vez se realice más trabajo, porque hay más compulsión en tal sentido... Crecerán las ciudades y las manufacturas porque más gente, en busca de ocupación, se verá empujada hacia ellas. Esta es la dirección en que opera, en forma natural, la concentración de las fincas y en que efectivamente ha operado, desde hace muchos años, en este reino."²¹⁰

²⁰⁷ Thomas Wright. *A Short Address to the Public on the Monopoly of Large Farms*, 1779, pp. 2, 3.

²⁰⁸ Reverendo Addington. *Enquiry into the Reasons for or against Enclosing Open Fields*, Londres, 1772, pp. 37-43 *passim*.

²⁰⁹ Dr. R. Price, l.c., v. II, pp. 155, 156. Léase a Forster, Addington, Kent, Price y James Anderson y compárese con la pobre charlatanería, propia de un sicofante, de MacCulloch en su catálogo *The Literature of Political Economy*, Londres, 1845.

²¹⁰ L.c., pp. 147, 148.

El citado autor resume así los efectos generales de los *inclosures*:

"En suma, la situación de las clases populares inferiores ha empeorado en casi todos los aspectos; los pequeños propietarios agrícolas y arrendatarios han sido reducidos a la situación de jornaleros e inquilinos; y al mismo tiempo se ha vuelto más difícil la subsistencia en esa condición"²¹¹.

En la práctica, la usurpación de las tierras comunales y la revolución en la agricultura que la acompañó tuvieron un efecto tan agudo sobre los trabajadores agrícolas que, según el mismo Eden, entre 1765 y 1780 su salario comenzó a caer por debajo del mínimo y debió ser complementado por el socorro oficial de beneficencia. Su salario, dice Eden, "sólo alcanzaba para satisfacer las necesidades vitales más imperiosas".

Escuchemos un instante a un defensor de los *inclosures* y enemigo del Dr. Price.

"No es correcto concluir que existe despoblación porque no se vea más gente desperdiciando su trabajo en campos abiertos... Si al convertir a los pequeños campesinos en personas que deben trabajar para otros se produce más trabajo, ésta es una ventaja que la nación" (a la cual no pertenecen, naturalmente, quienes son "convertidos") "debe desear... El producto será mayor si se emplea su trabajo combinado en una sola finca, de este modo habrá un plusproducto para las manufacturas, y así éstas —una de las minas auríferas de la nación— aumentarán en proporción a la cantidad de grano producido."²¹²

La imperturbabilidad estoica con que el economista político observa la violación más desvergonzada del "sagrado derecho de propiedad" y los actos de violencia más burdos contra las personas, cuando son requeridos para echar las bases del régimen capitalista de

²¹¹ L.c., pp. 159, 160. Recuérdense lo que acaecía en la Roma Antigua. "Los ricos se habían apropiado de la mayor parte de las tierras indivisas. Confiaban en las circunstancias de la época, consideraban que no les serían confiscadas y por eso compraban las parcelas circundantes de los pobres, en parte con el consentimiento de ellos y, en parte, se las arrebataban por la fuerza, de tal modo que cultivaban sólo dominios muy extensos, en vez de campos aislados. En la agricultura y en la ganadería empleaban esclavos, porque los hombres libres eran llamados al servicio militar. La posesión de esclavos les traía otra gran ganancia, ya que éstos, liberados del servicio militar, podían multiplicarse sin obstáculos y criar una multitud de niños. De este modo, los poderosos acapararon absolutamente toda la riqueza y en todo el país pululaban los esclavos. En cambio, la cantidad de los itálicos era cada vez menor, consumidos por la pobreza, los tributos y el servicio militar. Pero, además, cuando advenían épocas de paz, estaban condenados a una inactividad completa, pues la tierra estaba en posesión de los ricos, y éstos en vez de hombres libres empleaban esclavos en la agricultura" (Appian. *Römische Bürgerkriege*, I, 7). Este pasaje se refiere a la época anterior a la ley licinia^[198]. El servicio militar, que tanto aceleró la ruina de los plebeyos romanos, fue también un método por medio del cual Carlomagno fomentó, como en invernadero, la conversión de los campesinos alemanes libres en vasallos y siervos.

²¹² [J. Arbuthnot.] *An Inquiry into the Connection between the Present Prices of Provisions etc.*, pp. 124, 129. Algo similar, pero en una tendencia opuesta: "Los trabajadores son expulsados de sus *cottages* y obligados a buscar ocupación en las ciudades; pero, entonces, se obtiene un excedente superior, y así aumenta el capital" ([R. B. Seeley.] *The Perils of the Nation*, 2ª ed., Londres, 1843, p. XIV).

producción, nos la muestra, entre otros, el "filantrópico" sir F. M. Eden, que además es de tendencia tory. Toda la serie de robos, crueldades y miserias populares que acompañaron a la expropiación violenta del pueblo desde el último tercio del siglo XV hasta fines del XVIII, no hace más que llevarle a esta "confortable" conclusión:

"La proporción acertada (*due*) entre tierra arada y pastizales tenía que ser establecida. Durante todo el siglo XIV y gran parte del XV, por cada acre de pastizales correspondían 2, 3 e incluso 4 acres de tierras de labor. A mediados del siglo XVI, la proporción varió a 2 acres de pastizales por 2 de tierras laborables, luego a 2 acres de pastizales por 1 de tierra arada, hasta que finalmente se estableció la proporción correcta de 3 acres de pastizales por 1 acre de tierra arada".

En el siglo XIX, naturalmente, se perdió hasta el recuerdo de la conexión existente antiguamente entre los campesinos y la propiedad comunal. Para no hablar de épocas posteriores, ¿cuántos *farthings* de indemnización obtuvo la población rural por los 3.511.770 acres de tierras comunales que le fueron robados entre 1810 y 1831 y que los terratenientes se regalaron a través del Parlamento?

El último gran proceso expropiatorio de los campesinos, que los despoja de la tierra, es el llamado *clearing of estates* (despejamiento de fincas, consistente, en la práctica, en barrer de ellas a la gente). Todos los métodos ingleses examinados hasta aquí culminan en el "despejamiento". Como se ha visto en la sección anterior, al describir la situación actual, por cuanto ya no hay más campesinos independientes que expulsar, se trata de "despejar" la tierra de *cottages*, de modo que los obreros agrícolas ya no encuentren el espacio necesario para una vivienda ni siquiera en la tierra que trabajan. El significado de "*clearing of estates*", en el sentido propio del término, sólo lo averiguaremos en la tierra prometida de la literatura novelesca moderna, en los *Highlands* (Tierras Altas) de Escocia. El proceso se distingue allí por su carácter sistemático, por la magnitud de la escala en que se aplica de un solo golpe (en Irlanda, los terratenientes llegaron al extremo de barrer simultáneamente varias aldeas; en los *Highlands* de Escocia se trata de territorios con la superficie de los ducados alemanes) y, finalmente, por la forma particular de la propiedad agrícola incautada.

Los celtas de los *Highlands* escoceses estaban organizados en clanes, cada uno de los cuales era propietario de la tierra que habitaba. El representante del clan, su jefe o "gran hombre", sólo era propietario titular de dicho territorio, del mismo modo que la reina de Inglaterra es propietaria titular de la totalidad de las tierras de la nación. Cuando el gobierno inglés logró reprimir las guerras entre estos "grandes hombres" y sus constantes ataques a las llanuras de la Baja Escocia, los jefes de los clanes no abandonaron, ni mucho menos, su antiguo oficio de bandoleros; sólo cambiaron la forma. Basándose en su autoridad personal, convirtieron su derecho titular

de propiedad en derecho de propiedad privada y, como los miembros de los clanes opusieron resistencia, decidieron expulsarlos haciendo uso abierto de la fuerza.

"Con igual derecho, un rey de Inglaterra puede adjudicarse la autoridad de arrojar a sus súbditos al mar",

dice el profesor Newman²¹³. Esta revolución, que comenzó en Escocia después del último levantamiento del Pretendiente^[199], puede seguirse en sus primeras fases por los escritos de sir James Steuart²¹⁴ y James Anderson²¹⁵. En el siglo XVIII, a los gaeles^[201] expulsados de la tierra se les prohibió además emigrar, con el fin de empujarlos por la fuerza a Glasgow y otras ciudades fabriles²¹⁶. Como ejemplo de los métodos imperantes en el siglo XIX²¹⁷ baste con señalar aquí los "despejamientos" de la duquesa de Sutherland. Esta dama, versada en economía, apenas tomó el poder resolvió aplicar una cura económica radical y transformar en pastizales de ovejas todo el condado, cuya población ya había sido reducida por procesos anteriores similares a 15.000 personas. De 1814 a 1820, esos 15.000 habitantes, cerca de 3.000 familias, fueron sistemáticamente expulsadas y desarraigadas. Todas sus aldeas fueron destruidas y quemadas; todas sus tierras fueron transformadas en praderas. Soldados británicos, a los que se dio la orden de apoyar esta empresa, se enfrentaron con los naturales. Una anciana murió quemada en una choza que se negó a abandonar. De este modo, la duquesa se apoderó de 794,000 acres que desde tiempos inmemoriales pertenecían al clan. A los naturales desplazados les asignó cerca de 6.000 acres a orillas del mar, a razón de 2 acres por familia. Hasta el momento, los 6.000 acres eran tierras baldías y no

²¹³ "A king of England might as well claim to drive his subjects into the sea" (F. W. Newman, l.c., p. 132).

²¹⁴ Steuart dice: "Si comparáis la renta de esas tierras" (erróneamente incluye en esta categoría económica el tributo que cancelaban los *taksmen*^[200] al jefe del clan) "con su territorio, ella parece muy pequeña. Pero si la comparáis con el número de personas que habitan en ellas, encontraréis que una parcela en los *Highlands* de Escocia alimenta diez veces más personas que una del mismo valor en las provincias más ricas" (l.c., vol. I, cap. XVI, p. 104).

²¹⁵ James Anderson. *Observations on the means of exciting a spirit of National Industry etc.*, Edimburgo, 1777.

²¹⁶ En 1860, las personas violentamente expropiadas fueron exportadas bajo falsas promesas a Canadá. Algunos huyeron a los montes e islas vecinas. Perseguidos por la policía, lucharon con ella a brazo partido y lograron escapar.

²¹⁷ "En los *Highlands*" —señaló Buchanan, comentarista de A. Smith, en 1814— "cada día se revoluciona violentamente el antiguo régimen de propiedad... El terrateniente, sin consideraciones por el arrendatario hereditario" (también esta es una categoría empleada aquí erróneamente) "ofrece la tierra al mejor postor, y éste, cuando es un mejorador (*improver*), introduce directamente un nuevo sistema de cultivo. La tierra en la que antes pululaban los pequeños campesinos estaba poblada en proporción a su producto; bajo el nuevo sistema de cultivo mejorado y de rentas acrecentadas se obtiene el mayor producto posible con los menores costos posibles, y con esta finalidad se prescinde de la mano de obra que se ha vuelto inservible... Los expulsados de su tierra natal buscan su sustento en las ciudades

arrojaban ingreso alguno a sus propietarios. En sus nobles sentimientos, la duquesa fue tan lejos que arrendó el acre por una renta media de 2 chelines y 6 peniques a la gente del clan, que desde hacía siglos vertía su sangre por la familia Sutherland. Dividió toda la tierra robada al clan en 29 grandes fincas, destinadas a la cría de ovejas, cada una de ellas habitada por una sola familia, la mayoría de las veces braceros ingleses. En 1825, los 15.000 gaeles habían sido ya remplazados por 131.000 ovejas. La parte de los aborígenes arrojada a la orilla del mar procuró vivir de la pesca. Se convirtieron en anfibios y vivían, como dice un autor inglés, a medias en tierra y a medias en el agua, subsistiendo, con todo, sólo a medias²¹⁸.

Pero los bravos gaeles debían expiar aún más duramente su romántica idolatría de montañeses por los "grandes hombres" del clan. El olor a pescado llegó a las narices de los grandes hombres. Estos husmearon la posibilidad de beneficiarse con el asunto y arrendaron la orilla del mar a los grandes comerciantes londinenses de pescado. Los gaeles fueron desalojados por segunda vez²¹⁹.

Finalmente, una parte de los pastizales para ovejas se convirtió, a su vez, en cotos de caza. En Inglaterra, como es conocido, no hay bosques propiamente tales. Los venados, en los cotos de los grandes señores, son animales inquestionablemente domésticos, gordos como los *aldermen* [regidores] de Londres. Por tanto, Escocia es el último asilo de la "noble pasión".

"En los *Highlands* de Escocia" —señala Somers en 1848— "los bosques se han extendido mucho. Aquí, a un lado de Gaick, tenéis el nuevo bosque de Glenfeshie y allá, del otro lado, el nuevo bosque de Ardverrickie. En la misma dirección, está la

fabriles" (David Buchanan. *Observations on etc. A. Smith's Wealth of Nations*, Edimburgo, 1814, vol. IV, p. 144). "Los grandes de Escocia expropian a las familias como si desmalezaran; han tratado a aldeas completas y a su población como los indios, en su venganza, lo hacen con las cuevas de las bestias salvajes... El hombre se trueca por un cuero de oveja o una pata de carnero, y hasta por menos... Cuando la invasión de las provincias chinas septentrionales, en el Consejo de los Mongoles se propuso exterminar a los habitantes y convertir sus tierras en praderas. Muchos terratenientes de los *Highlands* de Escocia han aplicado esta propuesta en su propio país y contra sus propios compatriotas" (George Ensor. *An Inquiry concerning the Population of Nations*, Londres, 1818, pp. 215, 216).

²¹⁸ Cuando la actual duquesa de Sutherland recibió en Londres con mucha pompa a Mrs. Beecher-Stowe, la autora de *Uncle Tom's Cabin* [La Cabaña del Tío Tom], para evidenciar sus simpatías por los esclavos negros de la república norteamericana —simpatía que junto a otras aristócratas, prudentemente olvidó de expresar durante la guerra civil, cuando todo corazón inglés "noble" latía por los esclavistas—, expuse en el *New York Tribune* ^[202] las condiciones de existencia de los esclavos de Sutherland. (Artículo citado parcialmente por Carey en *The Slave Trade*, Filadelfia, 1853, pp. 202, 203.) Mi artículo fue reproducido en un periódico escocés y suscitó una polémica entre éste y los sicofantes de los Sutherland.

²¹⁹ Datos interesantes sobre el comercio del pescado se puede encontrar en la obra del señor David Urquhart. *Portfolio, News Series*. Nassau W. Senior, en su escrito póstumo anteriormente citado, caracteriza "el procedimiento en Sutherlandshire como uno de los despejamiento (*clearings*) más caritativos que guarda la memoria humana" (l.c., [p. 282]).

Bleak-Mount, un yermo inmenso, recientemente inaugurado. De oriente a occidente, desde las vecindades de Aberdeen hasta las rocas de Oban, tenéis ahora una línea ininterrumpida de bosques, mientras que en otras regiones de los *Highlands* se encuentran los nuevos bosques de Loch Archaig, Glengarry, Glenmoriston, etc. La transformación de sus tierras en pastizales de ovejas ... arrojó a los gaeles a tierras estériles. Ahora, el venado comienza a remplazar a las ovejas y empuja a aquéllos a una miseria aún más espantosa... Los cotos de caza^{219a} y el pueblo no pueden coexistir. Uno de los dos debe invariablemente desaparecer. Dejad que durante el próximo cuarto de siglo los cotos aumenten en número y extensión, como lo han hecho en los últimos 25 años, y no encontraréis más a ningún gael en sus tierras natales. Este movimiento entre los propietarios de los *Highlands* se debe, de una parte, a la moda, a la ambición aristocrática, a la afición a la caza, etc.; pero, de otra parte, ejercen el negocio de la caza con los ojos puestos exclusivamente en las ganancias. Es un hecho que un lote de tierra montañosa convertido en vedado de caza es en muchos casos incomparablemente más lucrativo que praderas para ovejas... El cazador que busca un coto de caza sólo limita su oferta al volumen de su bolsa... En los *Highlands* se han infligido sufrimientos no menos crueles que los causados en Inglaterra por la política de los reyes normandos. El venado disfruta de amplias extensiones, mientras que los hombres son reclusos en círculos cada vez más pequeños... Una tras otra son confiscadas las libertades del pueblo... Y la opresión aumenta día tras día. Los propietarios practican los despejamientos y la expulsión de la gente como si fuesen principios establecidos, como una necesidad de la agricultura, tal como se despejan las planicies de América y Australia de árboles y arbustos, y la operación transcurre de manera tranquila y rutinaria.¹²²⁰

^{219a} Los *deer forests* [bosques de venado] de Escocia no tienen ni un sólo árbol. Se quita de en medio a las ovejas y se introduce a los ciervos en los montes pelados, y a eso se le llama un *deer forest*. ¡Ni siquiera forestación!

²²⁰ Robert Somers. *Letters from the Highlands; or, the Famine of 1847*, Londres, 1848, pp. 12-28 *passim*. Estas cartas aparecieron originariamente en el *Times*. Los economistas ingleses explicaban la hambruna de 1847 entre los gaeles, naturalmente, como debida a su ... sobrepoblación. En todo caso, éstos "presionaban" sobre sus alimentos. El *clearing of estates* o, como se denomina en Alemania, *Bauernlegen* [expulsión de los campesinos] se hizo en este país particularmente patente después de la Guerra de los Treinta Años, y aún en 1790 provocaba levantamientos campesinos en el electorado de Sajonia. Imperaba particularmente en Alemania Oriental. En la mayoría de las provincias de Prusia, Federico II aseguró por primera vez el derecho de propiedad a los campesinos. Después de la conquista de Silesia, obligó a los terratenientes a restituir las chozas, graneros, etc., y a proveer de ganado y aperos de labranza a las fincas campesinas. Necesitaba soldados para el ejército y contribuyentes para el erario público. La apacible vida que, con todo, llevaba el campesino bajo el caótico sistema financiero de Federico II y su mezcla gubernamental de despotismo, burocracia y feudalismo, se infiere del siguiente pasaje de Mirabeau, uno de sus admiradores: "El lino constituye una de las mayores riquezas de los campesinos de Alemania del Norte. Desgraciadamente para la especie humana, es sólo un recurso contra la miseria, mas en absoluto un camino hacia el bienestar. Los impuestos directos, las prestaciones personales, las servidumbres de todo género arruinan al campesino alemán, que además paga impuestos indirectos por todo lo que compra... Y para completar su ruina, no osa vender sus productos dónde o cómo quiera; no se atreve tampoco a comprar lo que necesita a los mercaderes que podrían suministrárselo a precios más baratos. Todas estas causas lo arruinan lenta pero seguramente; y no estaría en condiciones de cancelar los impuestos directos al vencer el plazo si no hilara; la hilandería es para él una fuente auxiliar, ocupando útilmente a su mujer, sus hijos, sus sirvientes, sus criados y a él mismo. Pero, pese a este socorro, ¡qué penosa es su vida! En verano trabaja como un condenado en la labranza y en la cosecha; se acuesta a las nueve de la noche y se levanta a las dos de la madrugada para dar abasto en su trabajo; en invierno debiera reparar

El despojo de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras estatales, el robo de las propiedades comunales, la transformación usurpatoria de la propiedad feudal y la de los clanes en propiedad privada moderna, realizada apoyándose en el terrorismo más brutal, fueron diferentes métodos idílicos de la acumulación originaria. Dichos métodos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron la tierra al capital y crearon para la industria urbana el necesario suministro de un proletariado plenamente libre.

sus fuerzas dándose un reposo más largo; pero si se deshiciere de los productos que tiene que vender para poder pagar los impuestos, le faltaría el grano para el pan y las semillas. Para llenar esta brecha, debe hilar... y, por cierto, con la mayor asiduidad. Así, en invierno el campesino se acuesta a medianoche o a la una y se levanta a las cinco o a las seis; o bien se acuesta a las nueve y se levanta a las dos, y así todos los días de su vida, menos los domingos. Este exceso de vela y de trabajo desgasta la naturaleza humana, y de allí proviene que hombres y mujeres envejezcan más rápido en el campo que en las ciudades" (Mirabeau, l.c., t. III, pp. 212 y ss.).

Agregado a la 2ª edición. En abril de 1866, 18 años después de publicarse el escrito citado de Robert Somers, el profesor Leone Levi dictó una conferencia en la *Society of Arts*^[203] sobre la transformación de los pastizales de ovejas en cotos de caza; en ella describió el progreso de la devastación en los *Highlands* escoceses. Señala, entre otras cosas: "La despoblación y la transformación en pastizales eran los medios más convenientes para obtener un ingreso sin realizar gastos... Un coto de caza, en lugar de los pastizales, era un cambio común en los *Highlands*. Las ovejas fueron desplazadas por animales salvajes, lo mismo que antes se había desplazado a los hombres para dejar espacio a las ovejas... Se puede caminar desde las fincas del conde de Dalhousie en Forfarshire hasta John o'Groats sin salir en ningún instante del bosque. En muchos" (de estos bosques) "se han naturalizado el zorro, el gato salvaje, la marta, el hurón, la comadreja y la liebre alpina, mientras que el conejo, la ardilla y la rata desde hace poco se han abierto camino hacia la región. Inmensas comarcas, que en las estadísticas de Escocia figuraban como praderas de fertilidad y extensión excepcionales, están privadas ahora de todo cultivo y mejoramiento, y sirven solamente al placer cinagético de unas pocas personas durante un breve período del año".

El *Economist* londinense del 2 de junio de 1866 escribe: "Entre las novedades de la última semana publicadas por un periódico escocés leemos... 'Una de las mejores fincas ovejeras en Sutherlandshire, por la cual se ofrecía recientemente una renta de £1.200 anuales, al expirar este año el contrato existente, será convertida en un *deer forest*'. Los instintos feudales actúan... como en los tiempos cuando los conquistadores normandos... destruyeron 36 aldeas para crear el New Forest... Dos millones de acres, que incluyen algunas de las tierras más fértiles de Escocia, son ahora eriales totalmente abandonados. Los pastos naturales de Glen Tilt eran considerados entre los más nutritivos del condado de Perth; el *deer forest* de Ben Alder era el mejor suelo para pastos en el extenso distrito de Badenoch; una parte del Black Mount Forest era la mejor pradera escocesa para las ovejas caramoras. Nos podemos formar una idea de las tierras que han quedado abandonadas por la afición a la caza, partiendo del hecho de que éstas abarcan una superficie mucho mayor que la de todo el condado de Perth. Se puede calcular cuánto pierde el país en fuentes de producción a causa de esta desolación forzada. Consideramos que las tierras del *forest* (bosque) de Ben Alder podían alimentar a 15.000 ovejas y que éste sólo constituye 1/30 de los cotos de caza de Escocia... Todos estos bosques son totalmente improductivos... del mismo modo que si se hubiesen sumergido en las aguas del mar del Norte. La decidida interferencia de la ley debiera poner fin a tales páramos o desiertos improvisados".

3. LEGISLACION SANGRIENTA CONTRA LOS EXPROPIADOS, DESDE FINES DEL SIGLO XV. LEYES REDUCTORAS DEL SALARIO

Los expulsados por la disolución de las mesnadas feudales y por las violentas y reiteradas expropiaciones de la tierra, ese proletariado plenamente libre, no podían ser absorbidos por la naciente manufactura con la misma rapidez con que eran lanzados al mundo. De otra parte, estos hombres, súbitamente arrojados fuera del curso habitual de sus vidas, no podían adaptarse de repente a la disciplina de su nueva situación. Se convirtieron masivamente en mendigos, ladrones, vagabundos, algunos por inclinación, pero en la mayoría de los casos por la fuerza de las circunstancias. De ahí que a fines del siglo XV y durante todo el siglo XVI proliferara en toda Europa Occidental una legislación sangrienta contra la vagancia. Los padres de la actual clase obrera fueron castigados, en primer lugar, por haber sido convertidos en vagabundos e indigentes. La legislación los trataba como a criminales "voluntarios", suponiendo que dependía de su buena voluntad continuar trabajando en condiciones antiguas ya inexistentes.

En Inglaterra, esa legislación se inició bajo el reinado de Enrique VII.

Enrique VIII, 1530: los mendigos viejos e incapaces de trabajar reciben una licencia de mendicidad. En cambio, son condenados a azotes y reclusión los vagabundos fuertes. Deberán ser atados a una carreta y azotados hasta que la sangre corra por sus cuerpos, luego prestarán juramento de regresar a su lugar de nacimiento o allí donde vivieron durante los últimos tres años y "ponerse a trabajar" (*to put himself to labour*). ¡Qué ironía más cruel! En 27 Enrique VIII* se repite el Estatuto anterior, reforzado con nuevos agregados. En caso de una segunda detención por vagancia, se repetirán los azotes y se le cortará al detenido media oreja y, si reincide por tercera vez, el reo será ejecutado como criminal inveterado y enemigo de la comunidad.

Eduardo VI: un Estatuto del primer año de su reinado, 1547, dispone que si alguien se niega a trabajar será condenado a servir como esclavo de la persona que lo denuncie como vago. El patrón alimentará a sus esclavos con pan y agua, caldos poco sustanciosos y los desperdicios de la carne que le parezcan convenientes. Tiene derecho de obligarlos, a través de látigos y cadenas, a realizar cualquier trabajo por repugnante que sea. Si el esclavo se escapa y permanece ausente por 14 días, se le condenará a la esclavitud de por vida y se le marcará con hierro candente una letra S [de *slave*, esclavo] en la frente o la mejilla; si se fuga tres veces, será ejecutado como reo de alta traición. El patrón lo puede vender, legar o alquilar como esclavo,

* O sea, por ley del vigésimo séptimo año del reinado de Enrique VIII. En las referencias posteriores el número que precede al nombre indica el año de reinado en que se promulgó la ley correspondiente. —Ed.

exactamente igual que otro bien mueble o un animal doméstico. Si los esclavos emprenden alguna acción contra sus señores, deberán también ser ejecutados. Los jueces de paz, a petición de los señores, buscarán a los fugitivos. Si se establece que un vagabundo ha estado holgazaneando durante tres días, debe ser conducido a su lugar natal y marcársele con hierro candente la letra V, sobre el pecho, utilizándolo encadenado en trabajos callejeros u otros servicios. Si un vagabundo indica un falso lugar de nacimiento, se le impondrá como castigo ser esclavo vitalicio de ese lugar, de los habitantes o de la corporación, marcándosele con hierro candente una S. Todas las personas tienen el derecho de quitarles a los vagabundos sus hijos y a tenerlos como aprendices; a los muchachos hasta los 24 años y a las jóvenes hasta los 20. Si escapan, se convertirán en esclavos de sus patrones hasta la edad señalada, pudiendo éstos encadenarlos, azotarlos, etc., según sea su voluntad. Cada patrón tiene la atribución de poner a su esclavo un anillo de hierro en el cuello, los brazos o las piernas, para reconocerlo mejor y estar seguro de él²²¹. La última parte de este Estatuto establece que ciertos pobres pueden ser empleados por la localidad o los individuos que les den de comer y beber y que deseen encontrar trabajo para ellos. Este tipo de esclavos de parroquia se conservó en Inglaterra hasta bien entrado el siglo XIX bajo el nombre de *roundsmen*.

Isabel, 1572: los mendigos sin licencia, mayores de 14 años, deberán ser azotados rigurosamente y marcados con hierro candente en la oreja izquierda, en caso de que nadie quiera tomarlos a su servicio por el plazo de dos años; si reinciden, siendo mayores de 18 años, serán ejecutados, en caso de que nadie quiera tomarlos por dos años a su servicio; en una tercera reincidencia serán ejecutados sin compasión como por delito de alta traición. Estatutos similares: 18 Isabel cap. 13 y 1597^{221a}.

²²¹ El autor del *Essay on Trade etc.*, 1770, afirma: "Bajo el reinado de Eduardo VI, los ingleses parecen haberse dedicado realmente y con toda seriedad a alentar las manufacturas y a darles ocupación a los pobres. Esto se infiere de un Estatuto notable, el cual dice que todos los vagabundos deben ser marcados con hierro candente", (l.c., p. 5).

^{221a} Tomás Moro señala en su *Utopía* [pp. 41, 42]: "Ocurre así que un glotón ávido e insaciable, peste efectiva de su país natal, puede reunir en sus manos miles de acres y cercarlos con una empalizada o un seto, o por la fuerza y el fraude acosar tanto a sus propietarios que éstos se sientan obligados a venderlo todo. Por un medio o por otro, a todo trance, son compelidos a partir, ¡pobres almas sencillas y desdichadas! Hombres, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, madres quejumbrosas con sus niños de pecho, toda la familia; escasos en recursos pero numerosos, ya que la agricultura reclama muchos brazos. Se alejan arrastrándose, digo, de sus lugares conocidos y acostumbrados, sin encontrar un sitio donde descansar. La venta de todos sus bienes domésticos, aunque no son de mucho valor, en otras circunstancias les arrojaría algún ingreso; pero al ser puestos súbitamente en la calle, se ven constreñidos a venderlos a precios irrisorios. Y cuando han vagabundeado hasta gastar el último centavo, ¿qué otra cosa pueden hacer sino robar?, y entonces, ¡oh, Dios!, ser ahorcados con

Jacobo I: toda persona que ande vagando y mendigando de un lado para otro será declarada vagabundo. Los jueces de paz en las *Petty Sessions*^[204] están autorizados para mandarlos a azotar y condenarlos a prisión, la primera vez por 6 meses y la segunda, por 2 años. Estando reclusos serán azotados con la frecuencia y en el número de veces que el juez de paz considere necesario... A los vagabundos incorregibles y peligrosos se les marcará con hierro candente una R en el hombro izquierdo, enviándoseles a trabajos forzados, y si se les vuelve a sorprender mendigando serán ejecutados sin compasión. Estas disposiciones, en vigor hasta los inicios del siglo XVIII, fueron revocadas sólo por 12 Ana, cap. 23.

Leyes similares se promulgaron en Francia, donde a mediados del siglo XVII, en París, se había establecido un reino de los vagabundos (*royaume des truands*). Aún en los primeros tiempos del reinado de Luis XVI (ordenanza del 13 de julio de 1777), se estableció que todo hombre de constitución saludable, desde los 16 a los 60 años, privado de medios de existencia y sin desempeñar profesión alguna, debía ser enviado a las galeras. Similares son el Estatuto de Carlos V para los Países Bajos, fechado en octubre de 1537; el primer edicto de los estados y ciudades de Holanda del 19 de marzo de 1614; el bando de las Provincias Unidas del 25 de junio de 1649, etc.

De este modo, la población rural, expropiada de la tierra violentamente, expulsada de ella y convertida en vagabundos, fue sometida, mediante leyes grotescas y terroristas y a fuerza de latigazos, hierro candente y tormentos, a la disciplina requerida por el sistema del trabajo asalariado.

No basta con que en un polo se presenten las condiciones de trabajo como capital y en el otro se encuentren seres humanos que no tienen otra cosa que vender sino su fuerza de trabajo. Tampoco es suficiente que se los obligue a venderse voluntariamente. En el curso de la producción capitalista se desarrolla una clase obrera que, por

todas las de la ley, ¿o dedicarse a pedir limosnas? Pero también en este caso son arrojados a prisión como vagabundos, porque holgazanean y no trabajan; ellos a quienes nadie proporciona trabajo por mucho que lo quieran". De estos pobres fugitivos, de quienes Tomás Moro dice que son obligados a robar, "fueron ejecutados 72.000 ladrones mayores y menores bajo el reinado de Enrique VIII" (Holinshead, *Description of England*, vol. I, p. 186). En tiempos de Isabel, "a los vagabundos se los ahorcaba en hileras; y no pasaba un año, usualmente, sin que se llevara a la horca a 300 ó 400 en un lugar o en otro" (Strype, *Annals of the Reformation and Establishment of Religion, and other Various Occurrences in the Church of England during Queen Elisabeth's Happy Reign*, 2ª edición, 1725, vol. II). Según el mismo Strype, en Somersetshire, en un sólo año fueron ejecutadas 40 personas, 35 marcadas con hierro candente, 37 azotadas y 183 "malhechores incorregibles" puestos en libertad. Sin embargo, agrega, "el gran número de los acusados no incluye ni siquiera una quinta parte de los criminales, lo cual se debe a la negligencia de los jueces y a la necia compasión de la gente". Strype añade: "Los demás condados de Inglaterra no estaban en mejor situación que Somersetshire y muchos estaban incluso todavía en un estado peor".

educación, tradición y costumbre, reconoce las exigencias de dicho modo de producción como leyes naturales comprensibles por sí mismas. La organización del proceso capitalista de producción ya formado vence toda resistencia; la constante generación de una sobrepoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo, y por tanto el salario, en los marcos que corresponden a las necesidades de valorización del capital; y la muda compulsión de las relaciones económicas completa el dominio del capitalista sobre el obrero. Es empleada aun, por cierto, la violencia directa, extraeconómica, pero sólo excepcionalmente. Si las cosas siguen su curso normal, el obrero puede ser confiado a las "leyes naturales de la producción", es decir, a su dependencia del capital, la cual surge de las condiciones de producción mismas, siendo garantizada y eternizada por éstas. De otra forma ocurrían las cosas durante la génesis histórica de la producción capitalista. La burguesía naciente necesita y emplea el poder del Estado para "regular" el salario, esto es, para comprimirlo a los marcos que se avienen a la producción de plusvalor, para prolongar la jornada laboral y mantener al propio obrero en el grado normal de dependencia. Es este un momento esencial de la llamada acumulación originaria.

La clase de los obreros asalariados, surgida en la segunda mitad del siglo XIV, sólo constituía entonces, y en el curso del siglo siguiente, una fracción muy reducida de la población; su situación estaba fuertemente protegida por la economía campesina independiente en el campo y la organización gremial en la ciudad. En la ciudad y el campo, el patrón y el obrero estaban cerca, socialmente, el uno del otro. La subordinación del trabajo al capital sólo era formal, esto es, el modo de producción mismo no revestía aún un carácter específicamente capitalista. El elemento variable del capital era muy preponderante sobre el constante. Por eso, la demanda de trabajo asalariado crecía con rapidez al acumularse capital, mientras que la oferta de trabajo seguía lentamente este crecimiento. Una gran parte del producto nacional, transformado luego en fondo de acumulación de capital, todavía formaba entonces parte del fondo de consumo del obrero.

La legislación relativa al trabajo asalariado —orientada desde un comienzo a la explotación del obrero y siempre enemiga de éste en su desarrollo²²²— se inaugura en Inglaterra por el *Statute of Labourers* [Estatuto de trabajadores] de Eduardo III, en 1349. En Francia, es concordante con ella la ordenanza de 1350, promulgada en nombre del rey Juan. Las legislaciones inglesa y francesa se desarrollan de manera paralela y son idénticas en cuanto a su contenido. En la medida en que los Estatutos de trabajadores procuran imponer la prolongación de la jornada laboral, no me detendré en ellos,

²²² "Siempre que los legisladores procuran regular las diferencias entre los patronos y sus obreros, sus consejeros son los primeros", señala A. Smith^[205]. "El espíritu de las leyes es la propiedad", dice Linguet^[206].

pues este punto ya fue expuesto anteriormente (capítulo VIII, 5).

El *Statute of Labourers* fue promulgado a causa de las quejas constantes de la Cámara de los Comunes.

"Antes" —observa un tory ingenuo—, "los pobres exigían un salario tan alto que amenazaban a la industria y a la riqueza. Ahora, su salario está tan bajo que amenaza igualmente a la industria y a la riqueza, pero, tal vez, de un modo mucho más peligroso que antes."²²³

Se estableció una tarifa salarial legal para la ciudad y el campo, para el pago a destajo y por jornada. Los obreros rurales debían contratarse de por año; los obreros urbanos, "en mercados abiertos". Se prohibía, so pena de cárcel, pagar salarios superiores a los establecidos en los Estatutos, pero la percepción de salarios mayores se castigaba más vigorosamente que su pago. De este modo, aun en las secciones 18 y 19 del Estatuto de aprendices de Isabel se establecía una pena de diez días de reclusión para quien pagara un salario superior al legal y de 21 días, en cambio, para quien lo recibiera. El Estatuto de 1360 extremó las penas y autorizaba al patrón incluso arrancar trabajo a la tarifa legal, empleando la violencia física. Todas las combinaciones, acuerdos, pactos, etc., por medio de los cuales se vinculaban entre sí los albañiles y carpinteros, fueron declarados nulos y sin ningún valor. Desde el siglo XIV hasta 1825, año en que fueron revocadas las leyes contra las coaliciones^[207], las coaliciones obreras eran consideradas un delito grave. El espíritu del Estatuto de trabajadores de 1349 y los Estatutos posteriores se visualiza del hecho de que el Estado establece un máximo salarial, pero, por nada del mundo, un mínimo.

Como es conocido, en el siglo XVI la situación de los obreros empeoró notablemente. El salario en dinero aumentó, pero no en relación a la depreciación del dinero y a la correspondiente subida de los precios de las mercancías. Por tanto, en los hechos, el salario disminuyó. Sin embargo, perduraron las leyes referentes a su reducción, junto al corte de oreja y al señalamiento con hierros candentes de aquellos a quienes "nadie quería tomar a su servicio". El Estatuto de aprendices (5 Isabel, cap. 3) autorizó a los jueces de paz a fijar determinados salarios y a modificarlos según los precios de las mercancías y las épocas del año. Jacobo I extendió dicha regulación laboral a los tejedores, hilanderos y a todas las categorías posibles de obreros²²⁴; Jorge II extendió la aplicación de las leyes contra las coaliciones obreras a todas las manufacturas.

²²³ [J. B. Byles.] *Sophism of Free Trade*. By a Barrister, Londres, 1850, p. 206. Maliciosamente añade: "Siempre estuvimos dispuestos a intervenir a favor de los empleadores. ¿No se podrá hacer nada por los obreros?"

²²⁴ De una cláusula del Estatuto 2 Jacobo I, cap. 6 se infiere que determinados fabricantes de paños se permitían ellos mismos, en calidad de jueces de paz, dictar oficialmente en sus propios talleres las tarifas salariales. En Alemania, sobre todo después de la Guerra de los Treinta Años, fueron frecuentes los Estatutos que mantenían bajos los salarios. "Era muy molesto para los terratenientes,

En el período manufacturero propiamente dicho, el modo de producción capitalista había cobrado fuerza suficiente para hacer tan incumplible como superflua la regulación legal del salario, pero no se quería prescindir, en casos de necesidad, de las armas del viejo arsenal. Todavía 8 Jorge II prohíbe, en Londres y sus alrededores, que a los oficiales de sastrería se les pague un jornal mayor de 2 cheelines y 7¹/₂ peniques, salvo en casos de duelo general; aún 13 Jorge III, cap. 68 asigna a los jueces de paz la regulación del salario de los tejedores de sedas; todavía en 1796 fueron necesarios dos fallos de los tribunales superiores para decidir si las órdenes de los jueces de paz referentes al salario eran válidas también para los obreros no agrícolas; aún en 1799 una ley parlamentaria confirma que el salario de los mineros de Escocia estaba regulado por un Estatuto del período de Isabel y dos leyes escocesas de 1661 y 1671. Hasta qué punto, entre tanto, habían cambiado las circunstancias, nos lo demuestra un suceso inaudito ocurrido en la Cámara de los Comunes inglesa. Aquí, donde desde hacía más de 400 años se fabricaban leyes sobre el máximo que, lisa y llanamente, no podía superar el salario, Whitbread propuso, en 1796, que se estableciera un mínimo salarial para los jornaleros agrícolas. Si bien Pitt se opuso, reconoció que "la situación de los pobres es cruel". Finalmente, en 1813 se revocaron las leyes sobre la regulación salarial. Constituían una anomalía absurda desde que el capitalista regulaba la fábrica a través de su legislación privada, haciendo completar el salario del obrero rural por medio del impuesto de beneficencia, hasta alcanzar su mínimo indispensable. Las disposiciones de los Estatutos de trabajadores sobre contratos entre patrones y asalariados, sobre los términos de rescisión y similares, las cuales permiten demandar sólo por lo civil al patrón que viola el contrato, pero por lo criminal al obrero que hace otro tanto, están en plena vigencia hasta hoy.

Las crueles leyes contra las coaliciones fueron derogadas en 1825, ante la actitud amenazadora del proletariado. A pesar de ello, sólo

dueños de tierras despobladas, la falta de sirvientes y obreros. A todos los habitantes de las aldeas se les prohibió alquilar cuartos a hombres y mujeres solteros; todos los inquilinos en esta condición debían ser dados a conocer a las autoridades y encerrados en prisión en caso de que no quisieran convertirse en sirvientes, aun en el caso de vivir de otra actividad, por ejemplo sembrándoles a los campesinos por un jornal, o incluso si comerciaban con dinero y granos (*Kaiserliche Privilegien und Sanctionen für Schlesien*, I, 125). Durante todo un siglo, en las ordenanzas de los príncipes se repiten una y otra vez amargas quejas contra la chusma malvada e insolente que no quiere someterse a sus duras condiciones ni darse por satisfecha con el salario legal; al terrateniente individual se le prohíbe pagar más de lo que ha establecido la autoridad en una tarifa para toda la región. Y sin embargo, después de la guerra, las condiciones del servicio eran a veces mejores de lo que fueron 100 años después; en Silesia, aún en 1652, los criados recibían carne dos veces a la semana, mientras que en nuestro siglo en esa misma región hay lugares donde los sirvientes comen carne tres veces al año. También el salario era, después de la guerra, más alto que en los siglos posteriores" (G. Freytag, [*Neue Bilder aus dem Leben des deutschen Volkes*, Leipzig, 1862, pp. 35, 36]).

fueron revocadas parcialmente. Algunas bellas reminiscencias de los viejos Estatutos no desaparecieron hasta 1859. Por último, la ley parlamentaria del 29 de junio de 1871 pretendió erradicar las últimas huellas de esta legislación de clase a través del reconocimiento legal de los *Trade Unions* [sindicatos]. Pero una ley de la misma fecha (*An act to amend the criminal law relating to violence, threats and molestation*) [Acta de enmienda de la ley penal sobre la violencia, las amenazas y los hostigamientos]) restableció, de hecho, bajo nueva forma, el antiguo estado de cosas. A consecuencia de ese escamoteo parlamentario, los medios de que se podían servir los obreros en una *strike* [huelga] o *lock-out* (*strike* de los fabricantes unidos, realizada mediante el cierre simultáneo de sus fábricas) fueron sustraídos al derecho común y sometidos a una legislación penal de excepción, cuya interpretación compete a los mismos fabricantes, en su calidad de jueces de paz. Dos años antes, la misma Cámara de los Comunes y el mismo señor Gladstone, con la conocida honradez que los distingue, habían presentado un proyecto destinado a abolir todas las leyes penales de excepción contra la clase obrera. Pero nunca se le dejó ir más allá de la segunda lectura, dándose de este modo largas al asunto hasta que finalmente "el gran Partido Liberal", gracias a una alianza con los tories, cobró el valor necesario para volverse decididamente contra el mismo proletariado que lo había llevado al poder. No estando satisfecho con esta traición, el "gran Partido Liberal" permitió a los jueces ingleses, que constantemente menean la cola al servicio de las clases dominantes, desenterrar nuevamente las añejas leyes sobre "conspiraciones"²⁰⁸ y aplicarlas contra las coaliciones obreras. Como se ve, el Parlamento inglés sólo a disgusto y bajo la presión de las masas prescindió de las leyes contra las *strikes* y los *Trade Unions*, después de haber desempeñado con desvergonzado egoísmo, durante cinco siglos, el papel de un sindicato permanente de los capitalistas contra los obreros.

En los mismos comienzos de la tormenta revolucionaria, la burguesía francesa se atrevió a despojar nuevamente a los obreros del recién conquistado derecho de asociación. Por decreto del 14 de junio de 1791, toda coalición obrera fue calificada de "atentado contra la libertad y la Declaración de los Derechos del Hombre", punible con una multa de 500 libras más la privación de los derechos civiles activos por un año²²⁵. Esta ley, que reduce con métodos estatal-policíacos la lucha competitiva entre el capital y el trabajo a los marcos cómodos para el primero, sobrevivió a revoluciones y cambios de dinastías. Incluso el régimen del Terror²⁰⁹ la dejó intacta.

²²⁵ El artículo primero de esta ley señala: "Siendo una de las bases fundamentales de la Constitución francesa el aniquilamiento de las corporaciones de ciudadanos del mismo estado y profesión de cualquier naturaleza, se prohíbe restablecerlas bajo cualquier pretexto y bajo cualquier forma". El artículo IV declara que si "los ciudadanos pertenecientes a una misma profesión, arte y oficio efectúan

Sólo hace muy poco se la borró del *Code Pénal*. Nada más caracterizador que el pretexto de este golpe de Estado burgués. “Aunque es deseable” —dice Le Chapelier, autor del informe— “que el salario aumente algo por sobre su nivel actual para que de esta manera quien lo perciba se encuentre fuera de la dependencia absoluta causada por la carencia de los medios de subsistencia necesarios, dependencia casi equivalente a la de la esclavitud”, los obreros no deben, sin embargo, llegar a acuerdos con respecto a sus intereses, ni actuar en común ni moderar, por este medio, su “dependencia absoluta, que casi equivale a la esclavitud”, porque así coartan la “libertad de sus *ci-devant maîtres* [antiguos maestros], de los empresarios actuales” (¡la libertad de mantener a los obreros en la esclavitud!), y porque la coalición contra el despotismo de los antiguos maestros de las corporaciones constituiría —¡adivínese!— ¡el restablecimiento de las corporaciones abolidas por la Constitución francesa²²⁶!

4. GENESIS DEL ARRENDATARIO CAPITALISTA

Después de haber examinado la creación violenta de proletarios plenamente libres, la disciplina sangrienta que los transforma en obreros asalariados, la sucia acción estatal que incrementa policíacamente, junto al grado de explotación del trabajo, la acumulación del capital, surge la pregunta: ¿de dónde provienen originariamente los capitalistas? Pues la expropiación de la población rural crea, directamente, sólo a grandes terratenientes. En lo que se refiere a la génesis del arrendatario, la podemos palpar con la mano, por así decirlo, porque constituye un proceso lento, que ha evolucionado en el transcurso de muchos siglos. Los mismos siervos, y junto a ellos los pequeños propietarios de la tierra libres, se encontraban enfrentados a condiciones de propiedad muy diferentes y, por tanto, fueron emancipados bajo condiciones económicas muy diversas.

En Inglaterra, la primera forma del arrendatario es la del *bailiff* [baile], también un siervo. Su posición es similar a la del *villicus* de la Roma antigua, sólo que su campo de acción es menor. Durante la segunda mitad del siglo XIV es sustituido por un arrendatario que el terrateniente provee de semillas, ganado y herramientas agrícolas. Su situación no difiere mucho de la del campesino. Sólo que explota más trabajo asalariado. Pronto se convierte en *métayer*, mediero. El proporciona una parte del capital agrícola, el terrateniente la

deliberaciones, adoptan convenciones tendientes a rehusar en conjunto a prestar los servicios de su industria o de sus trabajos o a no concederlos más que a un precio determinado, dichas deliberaciones y convenciones... serán declaradas inconstitucionales, atentatorias a la libertad y a la Declaración de los Derechos del Hombre”, etc., o sea delitos de Estado, como en los antiguos Estatutos (*Révolutions de Paris*, París, 1791, t. III, p. 523).

²²⁶ Buzeh et Roux. *Histoire Parlementaire*, t. X, pp. 193-195, *passim*.

otra. Ambos se distribuyen el producto global en una proporción determinada por contrato. En Inglaterra, esta forma desaparece pronto, para ceder el lugar al arrendatario propiamente dicho, el cual valoriza su capital propio empleando obreros asalariados y pagando al terrateniente una parte del plusproducto, en dinero o *in natura* [en especie], en calidad de renta del suelo.

Durante el siglo XV, mientras se enriquecían con su propio trabajo el campesino independiente y el bracero —que además de trabajar por salario producían de manera autónoma—, tanto las condiciones de vida del arrendatario como su campo de producción no pasaban de mediocres. La revolución agrícola, que tiene lugar en el último tercio del siglo XV y que se prolonga durante todo el siglo XVI (salvo sus últimos decenios), lo enriquece con la misma rapidez con que empobrece a la población rural²²⁷. La usurpación de las praderas comunales, etc., le permite incrementar grandemente y casi sin gastos sus ganados, al mismo tiempo que éstos le proporcionan ricos abonos para el cultivo de la tierra.

En el siglo XVI se añade un factor de importancia decisiva. En aquella época, los contratos de arrendamiento se concertaban por períodos largos, a menudo de 99 años. La continua desvalorización de los metales preciosos y, por tanto, del dinero, reportó a los arrendatarios frutos de oro. Redujo, prescindiendo de todas las demás circunstancias expuestas anteriormente, el nivel salarial. Una fracción de éste se agregó a la ganancia del arrendatario. El incremento constante de los precios del grano, la lana, la carne, brevemente, de todos los productos agrícolas, engrosó el capital-dinero del arrendatario sin su concurso, mientras que la renta de la tierra, que debía cancelar, estaba concertada en el valor antiguo del dinero²²⁸. Así, el

²²⁷ "Los arrendatarios" —afirma Harrison en su *Description of England*—, "a quienes antes costaba cancelar una renta de £4, pagan ahora £40, 50 ó 100 e inclusive consideran que han hecho un mal negocio si al finalizar su contrato de arrendamiento no se han reservado 6 ó 7 rentas anuales."

²²⁸ Acerca de la influencia de la depreciación del dinero en el siglo XVI sobre diversas clases sociales véase *A Compendious or Brief Examination of Certain Ordinary Complaints of Diverse of our Countrymen in these our Days*. By W. S. Gentleman (Londres, 1581). La forma de diálogo en que está escrita la obra llevó a que por mucho tiempo se atribuyese a Shakespeare, e incluso se reeditase en 1751 bajo su nombre. Su autor es William Stafford. En un pasaje, el Caballero (*Knight*) razona del modo siguiente:

Caballero: "Vos, mi vecino, el labrador, vos, señor tendero, y vos, mi buen forjador de cobre, así como los demás artesanos, os las arregláis perfectamente bien. Pues, en igual medida en que todas las cosas son más caras de lo que eran, aumentáis otras tantas veces los precios de vuestras mercancías y servicios, que vendéis nuevamente. Pero nosotros no tenemos nada que vender, cuyo precio pudiéramos elevar, para contrapesar las cosas que debemos volver a comprar". En otro pasaje, el Caballero pregunta al Doctor: "Os ruego, decidme, ¿qué grupos de hombres son los que tenéis en cuenta? Y en primer lugar, ¿cuáles de ellos, en vuestra opinión, no sufrirán pérdidas?" —Doctor: "Me refiero a todos los que viven de la compra y de la venta, pues aunque compran más caro, más caro

arrendatario se enriquecía, simultáneamente, a costa de sus obreros asalariados y de su terrateniente. No tiene nada de extraño, pues, que Inglaterra poseyese, a fines del siglo XVI, una clase de "arrendatarios capitalistas" sumamente ricos para las condiciones de aquel entonces²²⁹.

5. REPERCUSIÓN DE LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA SOBRE LA INDUSTRIA. CREACIÓN DEL MERCADO INTERNO PARA EL CAPITAL INDUSTRIAL

La expropiación y expulsión de la población rural, intermitentes pero siempre renovadas, proporcionaron constantemente a la

venden después". —Caballero: "¿Cuál es el grupo siguiente que, a Vuestro parecer, saldrá ganando?" —Doctor: "Pues bien, todos los que tienen arriendos o granjas para su propio *manurance*" (eso es, cultivo) "por una renta antigua, pues mientras cancelan según la tasa de antes, venden de acuerdo a la nueva; es decir, pagan relativamente poco por su tierra y venden caro todo lo que crece en ella..." —Caballero: "¿Qué grupo es el que, según Vuestra opinión, sufrirá una pérdida mayor a consecuencia de lo que éstos ganan?" —Doctor: "Todos los nobles, gentilhombres, y todos los demás que viven de una renta o de un estipendio fijos, o que no *manure*" [cultivan] "su tierra ellos mismos, o no se dedican a comprar y vender".

²²⁹ En Francia, el *régisseur*, el administrador y recolector del tributo destinado al señor feudal durante la temprana Edad Media, pronto se convierte en *homme d'affaires* [hombre de negocios], que por la extorsión, el fraude, etc., se eleva a capitalista. Estos *régisseurs* eran a veces ellos mismos nobles. Por ejemplo: "Esta es la cuenta que el señor Jacques de Thoraisse, caballero castellano de Besançon, entrega al señor que en Dijon lleva las cuentas para monseñor el duque y conde de Borgoña de las rentas pertenecientes a dicho señorío, desde el XXV día de diciembre de MCCCLIX hasta el XXVIII día de diciembre de MCCCLX" (Alexis Monteil. *Histoire des Matériaux manuscrits etc.*, pp. 234, 235). Ya se ve aquí cómo en todas las esferas de la vida social le corresponde al intermediario la parte del león. En el terreno económico, por ejemplo, son los financistas, bolsistas, comerciantes, tenderos, los que se quedan con la crema del negocio; en los pleitos civiles es el abogado quien despluma a las partes; en la política, el representante significa más que los electores, el ministro más que el soberano; en la religión, Dios es desplazado a un plano secundario por el "intercesor", y éste es eclipsado, a su vez, por los curas, que son, por su parte, intermediarios imprescindibles entre el Buen Pastor y sus ovejas. Así como en Inglaterra, en Francia los grandes territorios feudales también fueron divididos en un número infinito de pequeñas fincas, pero en condiciones incomparablemente menos favorables para la población rural. En el siglo XIV surgieron las fincas arrendadas, denominadas *fermes* o *terriers*. Su número creció constantemente, superando con creces las 100.000. Dichas fincas cancelaban, en dinero o *in natura* una renta agrícola fluctuante de la doceava a la quinta parte del producto. Los *terriers* eran feudos, retrofeudos, etc. (*fiefs*, *arrière-fiefs*), según el valor y la extensión de los dominios, algunos de los cuales contaban sólo con unas pocas *arpents* [yugadas]. Todos ellos poseían, en cierto grado, jurisdicción sobre los habitantes; había cuatro grados. Se comprenderá la dimensión de la opresión de la población rural bajo todos estos pequeños tiranos. Monteil señala que había entonces en Francia 160.000 tribunales, donde hoy hay sólo 4.000 (incluyendo los juzgados de paz).

industria urbana, como se ha visto, masas de proletarios completamente ajenos a las relaciones gremiales; sabia circunstancia que hizo creer al viejo A. Anderson (no confundir con James Anderson), en su historia del comercio^[210] que se trataba de una intervención directa de la Providencia. Debemos detenernos un instante más en este elemento de la acumulación originaria. Al enrarecimiento de la población agrícola, independiente y económicamente autónoma, no sólo correspondía la condensación del proletariado industrial, tal como Geoffroy Saint-Hilaire explica la condensación de la materia en un punto por su enrarecimiento en otro²³⁰. A pesar del número menor de labradores, la tierra daba igual cantidad de productos que antes o más, porque la revolución en las relaciones de propiedad iba acompañada de mejores métodos de cultivo, mayor cooperación, concentración de los medios de producción, etc., y porque a los asalariados rurales no sólo se les obligaba a trabajar más intensivamente²³¹, sino que también se contraía más y más la esfera de producción en que trabajaban para sí mismos. Al tiempo que se libera parte de la población rural quedan disponibles también sus alimentos anteriores. Estos se convierten ahora en elementos materiales del capital variable. El campesino desposeído debe adquirir de su nuevo amo, el capitalista industrial, el valor de sus alimentos ya en la forma de salario. Lo mismo que con los medios de subsistencia acontece con las materias primas industriales producidas por la agricultura. Se transforman en elementos del capital constante.

Imaginémonos, por ejemplo, que una parte de los campesinos de Westfalia, quienes en tiempos de Federico II hilaban todos lino, son expropiados violentamente y expulsados de la tierra, y la parte restante se queda convertida en jornaleros de los grandes arrendatarios. Simultáneamente se construyen grandes hilanderías y tejedurías de lino, donde los "liberados" trabajan por un salario. El lino es exactamente igual al de antes. No ha cambiado ni una fibra, pero se le ha incorporado una nueva alma social. Constituye ahora parte del capital constante del señor manufacturero. Antes estaba distribuido entre una inmensa masa de pequeños productores, que lo cultivaban ellos mismos y lo hilaban en pequeñas proporciones con sus familias; ahora está concentrado en manos de un capitalista que hace a otros hilar y tejer para él. Antes el trabajo extra gastado en hilar el lino se realizaba en ingresos extras de innumerables familias campesinas, o si no, en tiempos de Federico II, en impuestos *pour le roi de Prusse* [para el rey de Prusia]. Ahora se realiza en las ganancias de unos pocos capitalistas. Los husos y telares —esparcidos antes por los campos— están concentrados ahora en unos pocos grandes cuarteles de trabajo del mismo modo que los obreros y la materia prima.

²³⁰ En su *Notions de Philosophie Naturelle*, París, 1838.

²³¹ Momento destacado por sir James Stuart^[211].

Tanto los husos y los telares como la materia prima se convierten, desde ese momento, de medios que permitían la existencia independiente de los hilanderos y tejedores en medios que permiten comandar a éstos²³² y exprimir de ellos trabajo impago. Ni las grandes manufacturas, ni las grandes fincas arrendadas parecen provenir de la fusión de muchos pequeños centros de producción, mediante la expropiación de numerosos pequeños productores autónomos. Sin embargo, la mirada imparcial no se deja engañar. En los tiempos de Mirabeau, el león de la revolución, las grandes manufacturas aún eran llamadas *manufactures réunies*, talleres reunidos, del mismo modo que nosotros hablamos de campos reunidos.

“Sólo se presta atención” —observa Mirabeau— “a las grandes manufacturas, donde cientos de personas trabajan bajo la orden de un director y a las que usualmente se les denomina manufacturas reunidas (*manufactures réunies*). En cambio, aquellas en que trabaja un gran número de obreros separadamente y cada uno por cuenta propia son apenas consideradas; se las pone a infinita distancia de las otras. Es este un gran error, pues sólo ellas constituyen un componente de la prosperidad nacional realmente importante... La fábrica reunida (*fabrique réunie*) enriquecerá maravillosamente a uno o dos empresarios, pero los obreros no serán más que jornaleros mejor o peor remunerados y no tendrán participación alguna en el bienestar del empresario. En la fábrica separada (*fabrique séparée*), en cambio, nadie será rico, pero muchos trabajadores vivirán desahogadamente... El número de los obreros ahorrativos e industriosos crecerá, porque ellos verán en la buena conducta y en la diligencia un medio de mejorar esencialmente su situación, en lugar de lograr un pequeño aumento salarial que nunca será algo de importancia para el futuro y cuyo único resultado será, a lo sumo, que los hombres vivan un poco mejor, pero siempre al día. Las manufacturas individuales separadas, la mayoría de las veces ligadas a la pequeña agricultura, son las únicas libres.”²³³

La expropiación y expulsión de una parte de la población rural no sólo ponen a disposición del capital industrial, junto a los obreros, sus medios de subsistencia y su material de trabajo, sino que además crean el mercado interno.

En los hechos, los sucesos que transforman al pequeño campesino en obrero asalariado y sus medios de subsistencia y de trabajo en elementos materiales del capital crean, simultáneamente, para este último su mercado interno. Antes, la familia campesina producía y elaboraba medios de subsistencia y materias primas que posteriormente ella misma consumía en su mayor parte. Estas materias primas y medios de subsistencia se han convertido ahora en mercancías; el gran arrendatario las vende y encuentra su mercado en las ma-

²³² “Permettre” —dice el capitalista— “que tengáis el honor de servirme, a condición de que me donéis lo poco que os resta por el trabajo que me tomo de mandaros” (J. J. Rousseau. *Discours sur l'Économie Politique* [Ginebra, 1760, p. 70]).

²³³ Mirabeau, l.c., t. III, pp. 20-109 *passim*. Si Mirabeau considera que los talleres separados son más económicos y productivos que los “reunidos”, percibiendo en estos últimos sólo plantas de invernadero artificiales al cuidado del gobierno, ello se explica del estado en que se encontraba una gran parte de las manufacturas continentales en aquella época.

nufacturadas. El hilado, el lienzo, los burdos artículos de lana —cuyas materias primas se encontraban al alcance de toda familia campesina y que ésta hilaba y tejía para su autoconsumo— se transforman ahora en artículos manufactureros, cuyo mercado lo constituyen precisamente los distritos rurales. La numerosa y desperdigada clientela, atendida hasta el momento por la gran cantidad de pequeños productores que trabajaban por cuenta propia, se concentra ahora en un gran mercado abastecido por el capital industrial²³⁴. Así, simultáneamente, junto a la expropiación de campesinos que antes producían de manera autónoma y que ahora son separados de sus medios de producción, avanza la destrucción de la industria rural subsidiaria, el proceso de escisión entre la manufactura y la agricultura. Pues, sólo el aniquilamiento de la industria domiciliaria rural puede proporcionarle al mercado interno de un país la extensión y la firmeza que requiere el régimen capitalista de producción.

Sin embargo, el período manufacturero propiamente tal no conlleva ninguna transformación radical. Se recordará que la manufactura se apodera sólo de manera muy parcial de la producción nacional, basándose siempre ampliamente en la artesanía urbana y la industria domiciliaria rural con carácter subsidiario. Si destruye a estas últimas bajo alguna forma y en ciertos puntos, en determinadas ramas industriales, las hace reaparecer en otras, pues requiere de ellas para elaborar hasta cierto punto la materia prima. Produce, por tanto, una nueva clase de pequeños productores rurales, que cultivan la tierra como ocupación subsidiaria y efectúan, como ocupación principal, un trabajo industrial destinado a vender sus productos a la manufactura, ya sea directamente, o dando un rodeo, a través de un comerciante. Es esta la razón, aunque no la principal, de un fenómeno que, en un comienzo, confunde a los investigadores de la historia inglesa. Desde el último tercio del siglo XV se encuentran con quejas continuas —interrumpidas tan sólo durante ciertos intervalos— contra la expansión de la economía capitalista en el agro y la progresiva destrucción del campesinado. De otra parte, se encuentran siempre con este campesinado que reaparece una y otra vez, aunque en menor número y bajo condiciones siempre peores²³⁵.

²³⁴ "No tiene nada de particular que veinte libras de lana sean convertidas poco a poco en la ropa requerida durante un año por una familia trabajadora, gracias a su propia industriiosidad, en el tiempo libre entre los otros trabajos. Pero traed la lana al mercado, mandadla a la fábrica, de allí al corredor, luego al tendero, y tendréis grandes operaciones comerciales y un capital empleado de un monto nominal veinte veces superior al valor de la lana... La clase obrera es explotada así para conservar una población fabril empobrecida, una clase parasitaria de tenderos y un sistema comercial, monetario y financiero totalmente ficticio" (David Urquhart, l.c., p. 120).

²³⁵ La época de Cromwell constituye una excepción. Mientras se mantuvo la república, todas las capas populares inglesas superaron la degradación en que se habían sumido bajo los Tudores.

La razón principal consiste en lo siguiente: Inglaterra es, preponderantemente, ora productora de cereales, ora criadora de ganado, alternándose los períodos, y con éstos oscila el volumen de la producción campesina. Sólo la gran industria proporciona, con la maquinaria, la base constante para la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población rural y da cima a la escisión entre la agricultura y la industria domiciliaria rural, arrancando sus raíces, la hilandería y la tejeduría²³⁶. De esta manera, conquista por primera vez para el capital industrial todo el mercado interno²³⁷.

6. GENESIS DEL CAPITALISTA INDUSTRIAL

La génesis del capitalista industrial²³⁸ no se efectuó de la misma manera paulatina como la del arrendatario. Indudablemente, algunos pequeños maestros gremiales y, aún más, pequeños artesanos autónomos e, incluso, obreros asalariados se convirtieron primero en pequeños capitalistas y después, mediante la explotación cada vez mayor de trabajo asalariado y la acumulación correspondiente, en capitalistas *sans phrase* [sin más especificación]. En la infancia de la producción capitalista, muchas veces ocurría como en la infancia del sistema urbano medieval, cuando el asunto de quién de los siervos

²³⁶ Tuckett sabe que la gran industria lanera proviene de la manufactura propiamente dicha y de la destrucción, al introducirse la maquinaria, de la manufactura rural o domiciliaria (Tuckett, l.c., vol. I, pp. 139-144). "El arado y el yugo fueron inventos de dioses y ocupación de héroes; el telar, el huso y la rueca, ¿son de origen menos noble? Separad la rueca del arado, el huso del yugo, y obtendréis fábricas y hospicios, el crédito y los pánicos, dos naciones enemigas, una agrícola y otra comercial" (David Urquhart, l.c., p. 122). Pero llega Carey y acusa a Inglaterra, seguramente sin faltarle razón, de querer convertir a todos los demás países en simples naciones agrícolas, cuyo fabricante sea Inglaterra. Afirma que de ese modo se arruinó a Turquía, porque "a los propietarios y cultivadores del suelo nunca se les permitió" (por parte de Inglaterra) "fortalecerse por medio de esa alianza natural existente entre el arado y el telar, el martillo y la rastra" (*The Slave Trade*, p. 125). A su parecer, el propio Urquhart es uno de los agentes principales de la ruina de Turquía, donde hubo realizado propaganda libre-cambista en interés de Inglaterra. Lo mejor del caso es que Carey —dicho sea de paso, gran lacayo de los rusos— quiere impedir ese proceso de escisión mediante el sistema proteccionista, que lo acelera.

²³⁷ Los economistas ingleses filantrópicos, como Mill, Rogers, Goldwin Smith, Fawcett, etc., y los fabricantes liberales, como John Bright y consortes, preguntan a los aristócratas rurales ingleses como Dios a Caín por su hermano Abel: ¿qué se ha hecho de nuestros miles de *freeholders* [pequeños propietarios libres]? Pero, ¿de dónde procedéis vosotros mismos? De la destrucción de aquellos *freeholders*. ¿Por qué no seguís más allá y preguntáis qué se ha hecho de los tejedores, hilanderos y artesanos independientes?

²³⁸ Industrial se utiliza aquí en oposición a agrícola. En el sentido de categoría económica el arrendatario es un capitalista industrial, del mismo modo que lo es el fabricante.

de la gleba fugitivos sería el maestro y cuál el sirviente se decidía frecuentemente por la fecha más temprana o más tardía de su fuga. Sin embargo, el paso de tortuga propio de este método en modo alguno correspondía a las necesidades comerciales del nuevo mercado mundial, creado por los grandes descubrimientos de fines del siglo XV. Pero la Edad Media había dejado en herencia dos formas distintas de capital, que maduran en las más diversas formaciones económicas de la sociedad y que son consideradas —antes de la era del régimen capitalista de producción— como capital *quand même* [en general]: el capital usurario y el capital comercial.

“Actualmente, toda la riqueza de la sociedad va a parar inicialmente a manos del capitalista... El paga al terrateniente su renta, al obrero su salario, al recaudador de impuestos y de diezmos lo que éstos reclaman y retiene para sí una gran parte —que en los hechos es la más grande y, además, aumenta día a día— del producto anual del trabajo. El capitalista ahora puede ser considerado como el primer propietario de toda la riqueza de la comunidad, aunque ninguna ley le haya conferido el derecho a esa propiedad... Dicha alteración en la propiedad se ha efectuado a través de la usura... y no es menos curioso que todos los legisladores de Europa procuraran impedirlo por medio de leyes contra la usura... El poder del capitalista sobre toda la riqueza del país es una revolución completa en el derecho de propiedad, ¿y por medio de qué ley o cuál serie de leyes se ha efectuado esta revolución?”²³⁹

El autor debiera haber tenido en cuenta que las revoluciones no se hacen por medio de leyes.

El régimen feudal en el campo y el gremial en las ciudades impedían que el capital-dinero, formado a través de la usura y el comercio, se transformara en capital industrial²⁴⁰. Estas barreras cayeron con la disolución de las mesnadas feudales y con la expropiación y la parcial expulsión de la población rural. La nueva manufactura se estableció en puertos marítimos de exportación o en ciertos sitios del interior, fuera del control del antiguo sistema urbano y su régimen gremial. De ahí que en Inglaterra las *corporate towns* [ciudades corporativas] desatasen una rabiosa lucha contra esos nuevos semilleros industriales.

El descubrimiento de tierras auríferas y argentíferas en América, el exterminio, la esclavización y el soterramiento en las minas de la población nativa, la incipiente conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto para la caza comercial de pieles negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos son elementos principales de la acumulación originaria. Los sigue la guerra comercial entre naciones europeas, con el globo terráqueo como escenario.

²³⁹ *The Natural and Artificial Rights of Property Contrasted*, Londres, 1832, pp. 98, 99. El autor de este anónimo escrito es Th. Hodgskin.

²⁴⁰ Incluso en 1794, los pequeños productores de paños de Leeds enviaron al Parlamento una delegación para pedir se adoptara una ley que prohibiera a los comerciantes convertirse en fabricantes (Dr. Aikin, l.c.).

Estalla con la separación de los Países Bajos de España, adquiere caracteres gigantescos en la guerra antijacobina de Inglaterra y continúa todavía en las guerras del opio contra China, etc.

Los diversos elementos de la acumulación originaria se distribuyen en una secuencia más o menos cronológica entre España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. En esta última, a fines del siglo XVII, dichos factores se resumen sistemáticamente en el sistema colonial, en el de la deuda pública, en el moderno sistema de impuestos y en el sistema proteccionista. Estos métodos, como es el caso del sistema colonial, se basan, en parte, en la violencia más brutal. Pero todos ellos emplean el poder estatal, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para impulsar a su amparo el proceso de transformación del modo de producción feudal en régimen capitalista y abreviar el período de transición. La violencia es la partera de toda vieja sociedad, preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica.

W. Howitt, hombre que hizo del cristianismo una especialidad, dice del sistema colonial cristiano:

“Las barbaridades y atrocidades execrables cometidas por las razas llamadas cristianas en todas las regiones del mundo y contra cada pueblo que pudieron subyugar, no encuentran paralelo en ninguna era de la historia universal y en ninguna raza, por salvaje e inculta, despiadada e impúdica que ésta fuera”²⁴¹.

La historia de la economía colonial holandesa —y Holanda era la nación capitalista modelo del siglo XVII— “revela ante nosotros un cuadro insuperable de traiciones, sobornos, asesinatos e infamias”²⁴². Nada es más característico que su sistema de robo de hombres en Célebes para exportarlos como esclavos a Java. Con este fin se adiestraba a los ladrones de hombres. El ladrón, el traductor y el vendedor eran los agentes principales en ese comercio, los príncipes nativos eran los principales vendedores. Los jóvenes secuestrados eran recluidos en prisiones secretas de Célebes hasta que estuvieran lo suficientemente maduros para ser despachados en los barcos de esclavos. Un informe oficial señala:

“Esta ciudad de Macasar, por ejemplo, está llena de prisiones secretas, cada cual más espantosa, atestadas de infortunados, víctimas de la codicia y la tiranía, cargados de cadenas y arrancados de sus familias a la fuerza”.

Para apoderarse de Malaca, los holandeses sobornaron al gobernador portugués. En 1641, éste los dejó entrar a la ciudad. De inmedia-

²⁴¹ William Howitt. *Colonization and Christianity. A Popular History of the Treatment of the Natives by the Europeans in all their Colonies*, Londres, 1838, p. 9. Sobre el trato concedido a los esclavos existe una buena recopilación preparada por Charles Comte: *Traité de la Législation*, 3ª edición, Bruselas, 1837. Debe estudiarse este asunto en detalle para ver en qué se convierte el burgués y en qué convierte al obrero allí donde puede, sin mayores miramientos, modelar el mundo a su imagen y semejanza.

²⁴² Thomas Stamford Raffles, late Lieut. Gov. of that island. *The History of Java*, Londres, 1817 [v. II, pp. CXC, CXCII].

to, los atacantes se dirigieron a su casa y lo asesinaron para "abstenerse" de pagar las £21.875 que le habían prometido. Donde pisaran sus pies, los seguían la asolación y la despoblación. Banjuwangi, una provincia de Java, tenía en 1750 más de 80.000 habitantes; en 1811, sólo 8.000. Este es el *doux commerce* [grato comercio].

Es sabido que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales^[212] obtuvo, además del dominio político en las Indias Orientales, el monopolio exclusivo del comercio del té, así como del comercio chino en general y del transporte de bienes desde y hacia Europa. Pero, la navegación de cabotaje en la India y entre las islas, así como el comercio interno de la India se convirtieron en monopolio de los altos funcionarios de la compañía. Los monopolios de la sal, del opio, del betel y de otras mercancías eran fuentes inagotables de riqueza. Los funcionarios mismos fijaban los precios y expoliaban a su antojo al infortunado hindú. El gobernador general tomaba parte en ese comercio privado. Sus favoritos obtenían contratos en tales condiciones que, más inteligentes que los alquimistas, hacían oro de la nada. Grandes fortunas crecían como los hongos de un día para otro, la acumulación originaria se operaba sin que se adelantase ni un chelín. El proceso contra Warren Hasting está cuajado de tales ejemplos. He aquí un caso. Se adjudica un contrato de suministro de opio a un tal Sullivan en el momento en que debía partir —con una misión oficial— a una zona de la India situada muy lejos de los distritos productores de opio. Sullivan vende su contrato por £40.000 a un tal Binn, quien lo vende, a su vez, ese mismo día en £60.000, y todavía el último comprador y ejecutor del contrato declara que obtuvo, a pesar de lo anterior, enormes ganancias. Según una lista presentada ante el Parlamento, la Compañía y sus funcionarios se hicieron regalar por los indios, de 1757 a 1766, 16 millones de libras esterlinas! Entre 1769 y 1770, los ingleses provocaron una hambruna, comprando todo el arroz y negándose a venderlo nuevamente salvo que fuese a precios fabulosos²⁴³.

El trato dado a los nativos era particularmente terrible, desde luego, en las plantaciones destinadas exclusivamente al comercio de exportación, como las Indias Occidentales, y en los países ricos y densamente poblados, sometidos al robo y al homicidio, como México y las Indias Orientales. Sin embargo, tampoco en las colonias propiamente dichas se negaba el carácter cristiano de la acumulación originaria. Aquellos austeros virtuosos del protestantismo, los puritanos de Nueva Inglaterra, fijaron en 1703, por resolución de su *Assembly* [Asamblea], un premio de £40 por cada cuero cabelludo de indio y por cada piel roja capturado; en 1720, un premio de £100 por cuero cabelludo; y en 1744, luego que la Massachusetts Bay

²⁴³ En 1866, sólo en la provincia de Orisa murieron de hambre más de un millón de hindúes. No obstante, se procuraba enriquecer el erario indio con los precios a que se vendían los alimentos a los hambrientos.

hubo declarado rebelde a cierta tribu, establecieron los siguientes precios: por un cuero cabelludo de hombre, de 12 años o más, £100 de nuevo curso; por un varón capturado, £105; por mujeres o niños hechos prisioneros, £55; ipor cueros cabelludos de mujeres y niños, £50! Algunos decenios después, el sistema colonial se vengó en los descendientes, que entre tanto se habían vuelto rebeldes, de los devotos *pilgrim fathers* [padres peregrinos]. Fueron tomahawqueados por agentes que actuaron bajo instancia y a sueldo de Inglaterra. El Parlamento británico declaró que los sabuesos entrenados en la caza de hombres y el escarpado eran "medios que Dios y la naturaleza habían puesto en sus manos".

El sistema colonial fomentó, como en un invernadero, el comercio y la navegación. Las "sociedades Monopolia" (Lutero) constituían poderosas palancas de concentración de capital. Las colonias aseguraban a las incipientes manufacturas un mercado donde efectuar sus ventas y una acumulación potenciada por el monopolio del mercado. Los tesoros arrebatados fuera de Europa mediante el pillaje, la esclavización y el homicidio, volvían a la metrópoli y allí se transformaban en capital. Holanda, la primera en desarrollar plenamente el sistema colonial, se encontraba ya en 1648 en el apogeo de su grandeza comercial. Se hallaba

"en posesión casi exclusiva del comercio de las Indias Orientales y de las comunicaciones entre el sudoeste y el nordeste de Europa. Sus pesquerías, sus flotas y sus manufacturas superaban a las de cualquier otro país. Los capitales de la república eran tal vez más considerables que los de todo el resto de Europa"¹²³.

Gülich se olvidó de añadir: la masa del pueblo holandés en 1648 ya sufría más del sobretrabajo, estaba más empobrecida y era explotada de manera más brutal que las masas populares de todo el resto de Europa.

En la actualidad, la supremacía industrial conduce a la supremacía comercial. En el período manufacturero propiamente tal, en cambio, es la supremacía comercial la que confiere el predominio industrial. De ahí el papel preponderante que desempeñara en aquel entonces el sistema colonial. Era "el Dios extraño" que se encaramó en el altar, junto a los antiguos ídolos de Europa, y que un buen día los derribó a todos. Ese sistema proclamó el lucro como finalidad última y única de la humanidad.

El sistema del crédito público, esto es, de la deuda del Estado, cuyos orígenes encontramos en Génova y Venecia en la Edad Media, se apoderó de toda Europa durante el período manufacturero. El sistema colonial, con su comercio marítimo y sus guerras comerciales, le sirvió de invernadero. De este modo, se estableció primeramente en Holanda. La deuda estatal, o sea, la enajenación del Estado —ya sea despótico, constitucional o republicano— imprime su sello a la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que realmente se encuentra en posesión colectiva de los pueblos modernos

es... su deuda pública^{243a}. Por tanto, es plenamente consecuente la doctrina moderna de que un pueblo se vuelve tanto más rico cuanto más se endeuda. El crédito público se convierte en credo del capital. Y al surgir el endeudamiento del Estado, el pecado contra el Espíritu Santo, para el que no existe perdón, deja su lugar a la falta de confianza en la deuda pública.

La deuda pública se convierte en una de las más eficaces palancas de la acumulación originaria. Como con un toque de la varita mágica imprime fuerza creadora al dinero improductivo, transformándolo de este modo en capital, sin haber tenido que exponerse para alcanzarlo a los esfuerzos y peligros inseparables de la inversión industrial e incluso de la usuraria. Los acreedores del Estado, en realidad, nada entregan, pues la suma prestada se transforma en títulos de deuda pública, fácilmente transferibles, que en sus manos siguen funcionando tal como si fuesen la misma cantidad de dinero en efectivo. Pero, aun prescindiendo de la clase de rentistas ociosos creada de esta manera y de la riqueza improvisada de los financistas que desempeñan el papel de intermediarios entre el gobierno y la nación —así como también de la riqueza de arrendadores de contribuciones, comerciantes y fabricantes privados, a quienes una buena proporción de todo empréstito estatal les brinda el servicio de un capital caído del cielo—, la deuda del Estado fomentó las sociedades anónimas, el comercio de todo tipo de títulos negociables, la especulación; en una palabra: el juego de la bolsa y la moderna bancocracia.

Desde su nacimiento, los grandes bancos, revestidos de títulos nacionales, no eran sino sociedades de especuladores privados, que se colocaban al lado de los gobiernos y, gracias a los privilegios obtenidos, estaban en condiciones de adelantarles dinero. Por eso, la acumulación de la deuda del Estado no tiene un barómetro más perfecto que el crecimiento sucesivo de las acciones de estos bancos, cuyo despliegue pleno data desde la fundación del Banco de Inglaterra (1694). El Banco de Inglaterra comenzó prestando su dinero al gobierno, a una tasa del 8%; simultáneamente, obtuvo autorización parlamentaria para amonedar dinero sobre la base del mismo capital, prestandoselo al público nuevamente bajo la forma de billetes de banco. Con estos billetes podía descontar letras, hacer préstamos sobre mercancías y adquirir metales preciosos. No pasó mucho tiempo hasta que ese dinero de crédito, fabricado por el propio banco, se convirtiera en la moneda con la que el Banco de Inglaterra le concedía préstamos al Estado y pagaba, por su cuenta, los intereses de la deuda pública. No bastaba que diera con una mano para recibir de vuelta más con la otra; el banco seguía siendo, mientras recibía, el acreedor eterno de la nación hasta el último penique

^{243a} William Cobbett recalca que en Inglaterra todas las instituciones públicas son denominadas "reales", pero que, en cambio, existe la deuda "nacional" (*national debt*).

adelantado. Paulatinamente, se convirtió en el depósito inevitable de los tesoros metálicos del país y en el centro de gravitación del crédito comercial global. En la misma época en que Inglaterra dejó de quemar brujas, comenzó a ahorcar a los falsificadores de billetes de banco. En los escritos de aquellos tiempos, por ejemplo, los de Bolingbroke^{243b}, se revela el efecto producido en sus contemporáneos por el repentino surgimiento de ese tipo de bancócratas, financistas, rentistas, corredores, *stockjobbers* [especuladores] y tiburones de la bolsa.

Con la deuda pública surgió un sistema crediticio internacional, que a menudo ocultaba una de las fuentes de la acumulación originaria en tal o cual pueblo. Así, por ejemplo, las infamias del sistema veneciano de despojo constituyen una de las fuentes secretas de la riqueza capitalista de Holanda, a la cual la decadente Venecia prestaba grandes sumas de dinero. Lo mismo acontece entre Holanda e Inglaterra. Ya a comienzos del siglo XVIII, las manufacturas de Holanda habían sido superadas con holgura y dicho país había dejado de ser la nación comercial e industrial dominante. De ahí que, entre 1701 y 1776, se transforma en uno de sus negocios principales el préstamo de elevados capitales, en especial a su poderoso rival, a Inglaterra. Algo similar es válido actualmente para la relación entre Inglaterra y Estados Unidos. No pocos capitales, que se incorporan hoy a Estados Unidos sin certificado de nacimiento, son sangre de niños sólo ayer capitalizada en Inglaterra.

Como la deuda pública tiene su soporte en los ingresos del Estado, que deben cubrir los pagos anuales de intereses, etc., el moderno sistema de impuestos se convirtió en un complemento imprescindible del sistema de empréstitos nacionales. Los préstamos le permiten al gobierno cubrir gastos extraordinarios sin que el contribuyente lo perciba de inmediato; pero, al fin y al cabo, exigen impuestos más elevados para enfrentar las consecuencias. De otra parte, el aumento de los impuestos, provocado por la acumulación de deudas contraídas sucesivamente, obliga al gobierno —al efectuar nuevos gastos extraordinarios— a recurrir a nuevos créditos. El sistema fiscal moderno, cuyo eje lo constituyen los impuestos sobre los medios de subsistencia más imprescindibles (o sea, su encarecimiento), lleva en sí, por tanto, el germen de su progresión automática. Los impuestos excesivos no son un hecho pasajero, sino más bien un principio. En Holanda, donde este sistema fue inaugurado, el gran patriota de Witt lo celebró en sus máximas¹²¹⁴¹ como el mejor sistema para conseguir que el obrero sea sumiso, frugal, industrioso y... esté sobrecargado de trabajo. Pero la influencia destructora que este sistema ejerce sobre la situación de los asalariados nos importa

^{243b} "Si los tártaros invadiesen hoy Europa, sería muy difícil hacerles entender qué es, para nosotros, un financista" (Montesquieu, *Esprit des lois*, t. IV, p. 33, Londres, 1769).

menos que la expropiación violenta que provoca de los campesinos, artesanos, en una palabra, de todos los sectores de la pequeña clase media. Al respecto no hay dos opiniones ni siquiera entre los mismos economistas burgueses. Su efecto expropiador se refuerza, además, por el sistema proteccionista, el cual constituye una de sus partes integrantes.

La gran participación que toca a la deuda pública, así como también al sistema fiscal correspondiente, en la capitalización de la riqueza y la expropiación de las masas ha conducido a varios autores, como Cobbett, Doubleday y otros, a considerarla injustamente como la causa principal de la miseria de los pueblos modernos.

El sistema proteccionista era un medio artificial de fabricar fabricantes, de expropiar a trabajadores independientes, de capitalizar los medios de producción y de subsistencia de la nación y de reducir por medio de la violencia el tránsito entre el régimen de producción antiguo y el moderno. Los Estados europeos se disputaron vehementemente la patente de este invento, y una vez que hubieron entrado al servicio de los fabricantes de plusvalor, no sólo saquearon tras este fin a su propio pueblo —indirectamente, a través de aranceles proteccionistas y, directamente, mediante primas a la exportación, etc.—, sino que en los países vecinos dependientes desolaron usando la violencia toda la industria, como sucedió por ejemplo con la manufactura lanera irlandesa, devastada por Inglaterra. En el continente europeo, utilizando el método de Colbert, este proceso se simplificó significativamente. Aquí el capital originario del industrial fluye, en parte, directamente del erario público. Mirabeau exclama:

“¿Por qué buscar tan lejos la causa del auge manufacturero de Sajonia antes de la Guerra de los Siete Años? 1180 millones de deuda pública!”²⁴⁴

El sistema colonial, la deuda estatal, el peso de los impuestos, el proteccionismo, las guerras comerciales, etc., todos estos vástagos del período manufacturero propiamente dicho registraron una expansión inmensa durante el período infantil de la gran industria. El nacimiento de ésta se celebra con el gran secuestro herodiano de niños. La industria reclutaba a su personal como la flota real, recurriendo a la fuerza. Sir F. M. Eden, tan indolente con respecto a los horrores causados por la expropiación de la población rural despojada de la tierra desde el último tercio del siglo XV hasta su época, las postrimerías del siglo XVIII; tan vanidoso al saludar este proceso “necesario” para crear la agricultura capitalista y “establecer la debida proporción entre las tierras de labor y las praderas”, no denota, en cambio, la misma comprensión económica frente a la necesidad del secuestro de niños y de la esclavitud infantil para

²⁴⁴ “Pourquoi aller chercher si loin la cause de l'éclat manufacturier de la Saxe avant la guerre? Cent quatre-vingt millions de dettes faites par les souverains!” (Mirabeau, l.c., t. VI, p. 101).

transformar la producción manufacturera en fabril y fijar la verdadera proporción entre el capital y la fuerza de trabajo. Dice:

“Tal vez sea digno de atención pública considerar si una manufactura cualquiera que para funcionar exitosamente requiere que se saqueen *cottages* y *workhouses* con tal de obtener niños pobres y hacer que éstos se releven por turnos, trabajando gran parte de la noche, privándolos del descanso; si una manufactura que mezcla, además, una multitud de personas de ambos sexos, de diversas edades e inclinaciones, de manera que el contagio del ejemplo no pueda más que llevar a la depravación y a la vida licenciosa; ¿puede acaso tal manufactura acrecentar la suma de la felicidad colectiva e individual?”²⁴⁵ “En Derbyshire, Nottinghamshire y, en particular, en Lancashire” —sostiene Fielden— “la maquinaria recientemente inventada fue empleada en grandes fábricas levantadas a orillas de los ríos capaces de hacer girar la rueda hidráulica. Miles de brazos fueron requeridos súbitamente en estos lugares, situados lejos de las ciudades; y precisamente Lancashire, hasta aquel entonces relativamente poco poblada y estéril, necesitó ante todo de población. Más que nada se necesitaron dedos pequeños y ágiles. De inmediato surgió la costumbre de procurarse aprendices (1) de los *workhouses* de las diversas parroquias de Londres, Birmingham y otros lugares. De tal modo, fueron despachadas hacia el norte miles y miles de esas pequeñas criaturas indefensas, cuyas edades fluctuaban entre los 7 y los 13 ó 14 años. Era costumbre que el patrón” (esto es, el ladrón de niños) “vistiera, alimentara y alojara a los niños en una ‘casa de aprendices’, en las cercanías de la fábrica. Fueron designados inspectores para vigilar el trabajo infantil. Estos capataces de esclavos estaban interesados en hacer trabajar a los niños al máximo, pues su paga se encontraba en proporción a la cantidad de productos obtenida de ellos. La crueldad era una consecuencia natural... En muchos distritos fabriles, particularmente en Lancashire, se cometían las torturas más desgarradoras sobre esas criaturas inofensivas y desvalidas, consignadas a los señores fabricantes. Eran martirizadas por exceso de trabajo... se les azotaba, encadenaba y flagelaba con los refinamientos de crueldad más exquisitos; en muchos casos quedaban en los huesos a consecuencia del hambre, mientras el látigo las mantenía en su puesto de trabajo... le incluso en algunas oportunidades eran empujadas al suicidio... Los bellos y románticos valles de Derbyshire, Nottinghamshire y Lancashire —ocultos a las miradas del público— se convirtieron en crueles páramos de la tortura y a menudo... ide la muerte... Las ganancias de los fabricantes eran enormes. Ello sólo conducía a acicatear sus apetitos insaciables. Iniciaron la práctica del trabajo nocturno, esto es, habiendo fatigado a un turno de mano de obra, haciéndolos trabajar en el día, tenían otro turno listo para trabajar en la noche; los miembros del turno diurno se acostaban en las camas que acababa de desocupar el grupo nocturno y viceversa. Es tradición popular en Lancashire que las camas nunca se enfríen.”²⁴⁶

²⁴⁵ Eden, l.c., libro II, cap. I, p. 421.

²⁴⁶ John Fielden. l.c., pp. 5, 6. Sobre las infamias en los orígenes del sistema fabril, cfr. Dr. Aikin (1795), l.c., p. 219 y Gisbone. *Enquiry into the Duties of Men*, 1795, v. II. Como la máquina de vapor transplantó las fábricas desde las caídas de agua rurales al centro de las ciudades, el “abnegado” productor de plusvalor encontró a mano el material infantil, sin tener ya que recurrir al suministro forzado de esclavos de los *workhouses*. Cuando sir R. Peel (padre del “ministro de la plausibilidad”) presentó, en 1815, su proyecto de ley de protección a la infancia, F. Horner (*lumen* [lumberera] del Comité de Metales Preciosos y amigo íntimo de Ricardo) declaró en la Cámara de los Comunes: “Es notorio que entre los efectos de un fabricante quebrado como parte de su propiedad fue anunciada y realmente vendida en subasta pública una banda —si se está permitido usar esa expresión— de niños fabriles. Hace dos años” (1813) “se presentó al *King’s Bench* [Tribunal Superior] un caso atroz. Se trataba de un grupo de adolescentes. Una parroquia de Londres los había enviado a un fabricante, éste los remitió a otro. Finalmente, ciertas personas

Con el desarrollo de la producción capitalista durante el período manufacturero la opinión pública de Europa perdió los últimos restos de vergüenza y de conciencia. Las naciones se jactaban cínicamente de cada infamia que constituyera un medio para la acumulación capitalista. Léanse, por ejemplo, los ingenuos anales comerciales del benemérito A. Anderson^[215]. En dichos anales se celebra, como un triunfo de la sabiduría política inglesa, el hecho de que en la paz de Utrecht Inglaterra arrancara a España, por el Tratado de Asiento^[216], el privilegio de practicar también la trata de negros entre Africa y la América española, que antes sólo se realizaba entre Africa y las Indias Occidentales inglesas. Inglaterra obtuvo el derecho de proveer a la América española anualmente, hasta 1743, con 4.800 negros. Al mismo tiempo, este tráfico brindaba un velo oficial al contrabando inglés. Liverpool creció notablemente sobre la base de la trata de esclavos. Esta constituyó su método de acumulación originaria. Y hasta el día de hoy, la alta sociedad de Liverpool sigue siendo el Píndaro del tráfico de esclavos, el cual —cfr. el escrito citado del Dr. Aikin dado a conocer en 1795— “acrecentó hasta la pasión el espíritu comercial de empresa, creó famosos marineros y trajo mucho dinero”. Liverpool empleaba en la trata de esclavos 15 barcos, en 1730; 53, en 1751; 74, en 1760; 96, en 1770 y 132, en 1792.

La industria algodonera, al tiempo que introducía la esclavitud infantil en Inglaterra, dio un impulso a la transformación de la economía esclavista de Estados Unidos, hasta entonces más o menos patriarcal, en un sistema de explotación comercial. En general, la esclavitud velada de los obreros asalariados en Europa necesitaba como pedestal la esclavitud *sans phrase* en el Nuevo Mundo²⁴⁷.

Tantae molis erat [tantos esfuerzos se requirieron]^[217] para despejar el camino a las “leyes naturales eternas”, propias del régimen capitalista de producción, para culminar el proceso de divorcio entre los obreros y las condiciones del trabajo, transformando en un polo en capital los medios sociales de producción y de subsistencia y, en el otro, las masas populares en obreros asalariados, en “pobres laboriosos” libres, esa obra maestra de la historia moderna²⁴⁸. Si el

benevolentes los hallaron en un estado de inanición absoluta (*absolute famine*). Otro caso, aún más abominable, llegó a su conocimiento, en su calidad de miembro de la comisión investigadora del Parlamento. No hace muchos años, cerraron un contrato una parroquia de Londres y un fabricante de Lancashire, según el cual éste se comprometía a adquirir por cada 20 niños sanos a un idiota”.

²⁴⁷ En 1790, en las Indias Occidentales inglesas había 10 esclavos por cada hombre libre; en las Antillas francesas, 14; en las holandesas, 23 (Henry Brougham. *An Inquiry into the Colonial Policy of the European Powers*, Edimburgo, 1803, v. II, p. 74).

²⁴⁸ La expresión *labouring poor* [pobre laborioso] se encuentra en las leyes inglesas desde el instante en que la clase de obreros asalariados se vuelve digna de consideración. *Labouring poor* se emplea en oposición, de una parte, a los *idle poor* [pobres ociosos], mendigos, etc.; de otra parte, a los trabajadores que todavía

dinero, según Augier, “viene al mundo con manchas naturales de sangre en una mejilla”²⁴⁹, el capital lo hace chorreando sangre y lodo por todos los poros, de los pies a la cabeza²⁵⁰.

7. TENDENCIA HISTORICA DE LA ACUMULACION CAPITALISTA

¿A qué se reduce la acumulación originaria del capital, esto es, su génesis histórica? En tanto no es transformación directa de esclavos y siervos de la gleba en obreros asalariados, o sea, mero cambio de forma, sólo significa la expropiación de los productores directos, es decir, la disolución de la propiedad privada basada en el trabajo propio.

La propiedad privada, en oposición a la propiedad social, colectiva, sólo existe allí donde los medios de trabajo y las condiciones externas del mismo pertenecen a particulares. Pero, según dichas personas sean trabajadores o no-trabajadores, la propiedad privada reviste un carácter distinto. Los infinitos matices que presenta a primera vista no hacen más que reflejar las condiciones intermedias situadas entre esos dos extremos.

La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción constituye el fundamento de la pequeña industria; y ésta es una condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de

no son “gallinas desplumadas”, sino propietarios de sus medios de trabajo. De la ley, la expresión *labouring poor* pasó a la economía política, desde Culpeper, J. Child, etc., hasta A. Smith y Eden. En este contexto, júzguese la *bonne foi* [buena fe] del “*execrable political cantmonger*” [execrable hipócrita político] Edmund Burke, cuando declara que la expresión *labouring poor* es “*execrable political cant*” [execrable hipocresía política]. Este sicofante, que a sueldo de la oligarquía inglesa desempeñaba el papel de romántico con respecto a la Revolución Francesa, del mismo modo que al comienzo de los disturbios en América, estando a sueldo de las colonias norteamericanas, desempeñaba el papel de liberal frente a la oligarquía inglesa, era simplemente un burgués ordinario: “Las leyes del comercio son las leyes de la naturaleza y, por tanto, las leyes de Dios” (E. Burke, l.c., pp. 31, 32). No es sorprendente que siendo fiel a las leyes de Dios y de la naturaleza, se haya vendido en cada ocasión al mejor postor! En los escritos del Reverendo Tucker —cura y tory, pero por lo demás hombre decente y competente economista político— encontramos una muy buena caracterización de Edmund Burke en sus tiempos de liberal. Considerando la infame falta de principios que impera en la actualidad y que cree devotamente en las “leyes del comercio”, es un deber estigmatizar una y otra vez a los Burke, que sólo se distinguen de sus continuadores por una cualidad: ¡el talento!

²⁴⁹ Marie Augier. *Du Crédit Public*, [París, 1842, p. 265.]

²⁵⁰ “El capital” —señala el *Quarterly Reviewer*— “evita los tumultos y las querellas y es de naturaleza tímida. Esto es muy cierto, pero no constituye toda la verdad. El capital le tiene horror a la ausencia de ganancias o a ganancias muy pequeñas, tal como la naturaleza experimenta horror ante el vacío. Con una ganancia adecuada, el capital se vuelve audaz. Un 10% asegurará su empleo en cualquier parte; 20% lo hará impulsivo; 50%, y llegará a los límites de la temeridad; 100%, y estará dispuesto a trasgredir todas las leyes humanas; 300%, y no habrá crimen que lo detenga, incluso si corre el riesgo de que lo ahorquen. Si los tumultos y las querellas producen ganancias, fomentará los unos y las otras. Lo prueban el contrabando y la trata de esclavos” (T. J. Dunning, l.c., pp. 35, 36).

la libre individualidad del obrero mismo. Es cierto, este modo de producción existe también en los marcos de la esclavitud, de la servidumbre y de otras relaciones de dependencia. Pero sólo florece, sólo despliega toda su energía, sólo conquista su forma clásica adecuada allí donde el trabajador es propietario privado libre de sus condiciones de trabajo manipuladas por él mismo: el campesino, de la parcela que cultiva, el artesano, de la herramienta que emplea como un virtuoso.

Este modo de producción supone el fraccionamiento de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye tanto la concentración de éstos como también la cooperación, la división del trabajo dentro del mismo proceso de producción, el dominio y la regulación sociales de la naturaleza, el libre desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Sólo es compatible con límites estrechos, primitivos, de la producción y de la sociedad. Querer eternizarlo equivaldría, como afirma acertadamente Pecqueur, a "decretar la mediocridad general"²⁵¹. Al llegar a cierto grado de su desarrollo, trae al mundo los medios materiales de su propia destrucción. Desde ese instante, en el seno de la sociedad se ponen en movimiento fuerzas y pasiones que se sienten constreñidas por dicho modo de producción. El debe ser aniquilado, y es aniquilado. Su aniquilamiento, la transformación de los medios de producción individuales y dispersos en medios de producción socialmente concentrados y, por tanto, la conversión de la propiedad minúscula de muchos en propiedad inmensa de unos pocos y, por consiguiente, la expropiación de la gran masa del pueblo despojada de la tierra, los medios de subsistencia y los instrumentos de trabajo, esa expropiación terrible y difícil de la masa del pueblo constituye la prehistoria del capital. Comprende una serie de métodos violentos, de los cuales hemos pasado revista sólo a aquellos que hicieron época por ser métodos de la acumulación originaria de capital. La expropiación de los productores directos se efectúa con un vandalismo despiadado y bajo el impulso de las pasiones más infames, sucias y odiosamente mezquinas. La propiedad privada —resultado del trabajo propio— basada, por así decirlo, en la fusión del individuo laborante independiente, aislado, y sus condiciones de trabajo es desplazada por la propiedad privada capitalista, fundada en la explotación de trabajo ajeno, aunque formalmente libre²⁵¹.

Tan pronto este proceso transformador ha descompuesto suficientemente, en profundidad y en amplitud, la vieja sociedad; tan pronto los trabajadores han sido convertidos en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; tan pronto el régimen capitalista de producción se levanta sobre sus propios pies, adoptan una forma

²⁵¹ "Nos hallamos en una situación completamente nueva para la sociedad... Tendemos a separar toda especie de propiedad de todo tipo de trabajo" (Sismondi. *Nouveaux Principes de l'Écon. Polit.*, t. II, p. 434).

nueva la socialización ulterior del trabajo y la transformación ulterior de la tierra y de otros medios de producción en medios de producción socialmente explotados, o sea, en medios de producción colectivos, y por tanto reviste igualmente una nueva forma la ulterior expropiación de los propietarios privados. Ya no debe expropiarse más al trabajador que produce de manera autónoma, sino al capitalista que explota a muchos obreros.

Esta expropiación se realiza mediante el juego de las leyes immanentes de la propia producción capitalista, a través de la centralización de los capitales. Cada capitalista aplasta a muchos otros. Simultáneamente a esta centralización, o a la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en escala siempre creciente la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia, la explotación planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo empleables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al emplearlos como medios de producción del trabajo social, combinado, la incorporación de todos los pueblos en la red del mercado mundial y, con ello, el carácter internacional del régimen capitalista. Con la constante reducción en la cantidad de magnates del capital, los cuales usurpan y monopolizan todos los privilegios de este proceso de transformación, aumenta la masa de miseria, opresión, esclavitud, degradación, explotación, pero asciende también la indignación de la clase obrera, cuyo número crece continuamente y que es educada, unida y organizada por el mecanismo del propio proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en traba del modo de producción que prosperó con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que resultan incompatibles con su envoltura capitalista. Se la hace saltar. Suena la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

El modo capitalista de apropiación, proveniente del modo capitalista de producción, es decir, la propiedad capitalista es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el trabajo propio. Pero la producción capitalista crea, con la necesidad de un proceso natural, su propia negación. Es la negación de la negación. Esta no restituye nuevamente la propiedad privada, sino la propiedad individual, pero sobre el fundamento de los logros de la era capitalista: la cooperación y la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción creados por el trabajo mismo.

La transformación de la propiedad privada dispersa, basada en el trabajo propio de los individuos, en propiedad privada capitalista constituye, desde luego, un proceso incomparablemente más largo, duro y dificultoso que la transformación de la propiedad capitalista, en la práctica ya basada en el proceso social de la producción, en

propiedad social. Antes, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos pocos usurpadores; ahora, de la expropiación de unos pocos usurpadores por la masa del pueblo²⁵².

²⁵² "El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz le oponersele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables... De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más auténtico. Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios... Son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia" (K. Marx, F. Engels. *Manifest der Kommunistischen Partei*, Londres, 1848, pp. 11, 9).

CAPITULO XXV

LA TEORIA MODERNA DE LA COLONIZACION²⁵³

La economía política confunde, por principio, dos géneros muy distintos de propiedad privada, uno de los cuales se basa en el trabajo propio del productor, en tanto que el otro, en la explotación del trabajo ajeno. Olvida que el último no sólo constituye la antítesis directa del primero, sino que además crece únicamente sobre su tumba.

En Europa Occidental, patria de la economía política, el proceso de acumulación originaria está concluido, en mayor o menor medida. En dicha zona el régimen capitalista o bien ha sometido directamente toda la producción nacional, o bien, allí donde las condiciones todavía no están tan desarrolladas, a lo menos, controla indirectamente las capas sociales en declinación, pertenecientes a modos de producción anticuados que continúan existiendo junto a él. El economista político aplica a este mundo consumado del capital las concepciones jurídicas y de propiedad inherentes al mundo precapitalista, y lo hace con un celo tanto más temeroso y con tanta mayor unción cuanto más escandalosa es la confrontación entre los hechos y su ideología.

Otra cosa ocurre en las colonias. Allí, el régimen capitalista choca en todas partes con el obstáculo del productor, el cual, en calidad de poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo con su trabajo, en vez de enriquecer al capitalista. La contradicción entre estos dos sistemas económicos, diametralmente opuestos, se manifiesta prácticamente, en este caso, en la lucha entablada entre ambos. Si el capitalista se ve respaldado por el poder de la metrópoli, procura barrer violentamente de su camino el modo de producción y de apropiación fundado en el trabajo propio del productor. El mismo interés que en la metrópoli conduce a que el sicofante del capital, el economista político, declare teóricamente el modo de producción capitalista por su antítesis, lo incita en las

²⁵³ Se trata aquí de verdaderas colonias, de tierras vírgenes colonizadas por inmigrantes libres. Estados Unidos sigue siendo aún, en términos económicos, una colonia de Europa. Por lo demás, también pertenecen a esta categoría aquellas viejas plantaciones en que la abolición de la esclavitud modificó completamente la situación.

colonias "to make a clean breast of it" [a ser sincero] y proclamar abiertamente la contradicción entre ambos regímenes de producción. Con este fin, intenta demostrar cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, el empleo de la maquinaria en gran escala, etc., son imposibles sin la expropiación de los trabajadores y la correspondiente transformación de sus medios de producción en capital. En interés de la llamada riqueza nacional busca medios artificiales que creen la pobreza del pueblo. Su coraza apologética se despedaza como yesca vieja.

El gran mérito de E. G. Wakefield consiste no en haber descubierto algo nuevo sobre las colonias²⁵⁴, sino en haber encontrado en éstas la verdad acerca de las relaciones capitalistas en la metrópoli. Del mismo modo que el sistema proteccionista estaba dirigido, en sus orígenes²⁵⁵, a fabricar capitalistas en la metrópoli, la teoría de la colonización de Wakefield, que Inglaterra por un tiempo procuró implementar legalmente, pretendía producir en las colonias obreros asalariados. Es lo que Wakefield llama "systematic colonization" [colonización sistemática].

Antes que nada, Wakefield descubrió en las colonias que la propiedad sobre el dinero, los medios de subsistencia, las máquinas y otros medios de producción, no convierte todavía a una persona en capitalista si le falta el complemento, el obrero asalariado, la otra persona obligada a venderse voluntariamente a sí misma. Descubrió que el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas mediada por cosas²⁵⁶. El señor Peel —se lamenta Wakefield— llevó consigo de Inglaterra al río Swan, en Nueva Holanda, medios de subsistencia y de producción por un importe de £50.000. El señor Peel fue tan precavido que transportó además a 3.000 personas de la clase obrera: hombres, mujeres y niños. Apenas llegaron al punto de destino, "el señor Peel se quedó sin un criado que le hiciera la cama o que le trajera agua del río"²⁵⁷. Infortunado señor Peel, que todo lo previó, menos exportar las relaciones de producción inglesas al río Swan!

Para facilitar la comprensión de los siguientes descubrimientos

²⁵⁴ Las pocas ideas luminosas de Wakefield sobre la esencia de las colonias habían sido anticipadas íntegramente por Mirabeau père [padre], el fisiócrata, y mucho antes aún por economistas ingleses.

²⁵⁵ Posteriormente, este sistema se convierte en una necesidad temporal de la lucha competitiva internacional. Pero, sea cual fuere su motivo, las consecuencias siguen siendo las mismas.

²⁵⁶ "Un negro es un negro. Sólo colocado en determinadas circunstancias se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina de hilar algodón. Sólo en determinadas circunstancias se convierte en capital. Fuera de estas circunstancias dista tanto de ser capital como el oro en sí de constituir dinero o el azúcar de ser el precio del azúcar... El capital es una relación social de producción. Es una relación histórica de producción" (Karl Marx. *Lohnarbeit und Kapital*, N[eue] Rh[einische] Z[eitung], № 266, 7 de abril de 1849).

²⁵⁷ E. G. Wakefield. *England and America*, v. II, p. 33.

de Wakefield, haré dos observaciones previas. Como se sabe, los medios de producción y de subsistencia, en su calidad de propiedad del productor directo, no son capital. Sólo se convierten en capital cuando sirven, simultáneamente, como medios de explotación y de dominación del obrero. Pero en la cabeza del economista político, esta alma capitalista de dichos medios está tan ligada con su sustancia material que los denomina capital en cualquier circunstancia, incluso allí donde son su antítesis directa. Así acontece con Wakefield. Además, la dispersión de los medios de producción, en su condición de propiedad individual de muchos trabajadores independientes que trabajan por cuenta propia, Wakefield la denomina división igualitaria del capital. Al economista político le sucede lo mismo que al jurista feudal. Este último adhería incluso a relaciones dinerarias puras sus etiquetas jurídicas feudales.

"Si el capital" —sostiene Wakefield— "estuviera distribuido en proporciones iguales entre todos los miembros de la sociedad, ninguna persona tendría interés en acumular más capital del que pudiera emplear con sus propias manos. Hasta cierto grado este es el caso en las nuevas colonias norteamericanas, donde la pasión por la propiedad de la tierra impide la existencia de una clase de obreros asalariados."²⁵⁸

Por tanto, mientras el trabajador pueda acumular para sí mismo —y puede hacerlo mientras siga siendo propietario de sus medios de producción—, la acumulación capitalista y el modo de producción capitalista son imposibles. Falta la clase de los obreros asalariados, imprescindible para ello. Ahora bien, ¿cómo se produjo en la vieja Europa la expropiación del obrero, al que se despojó de sus condiciones de trabajo y, por tanto, cómo se creó el capital y el trabajo asalariado? Por medio de un *contrat social* de naturaleza muy original.

"La humanidad adoptó... un método muy simple de fomentar la acumulación de capital", objetivo que, naturalmente, desde los tiempos de Adán flotaba ante ella como fin último y único de su existencia; "se dividió en propietarios de capital y propietarios de trabajo... Esta división fue el resultado de un convenio y combinación voluntarios"²⁵⁹.

Dicho en pocas palabras: la masa de la humanidad se expropió a sí misma en aras de la "acumulación de capital". En tal caso, habría que creer que el instinto de este fanático renunciamiento debería manifestarse a plenitud precisamente en las colonias, pues son éstas el único lugar donde existen hombres y están dadas las condiciones que podrían trasladar el *contrat social* del mundo de los sueños al de la realidad. Pero, entonces, ¿para qué en general la "colonización sistemática", en oposición a la espontánea? Pero, pero

"en los estados septentrionales de la Unión norteamericana es dudoso que un décimo de la población pertenezca a la categoría de obreros asalariados... En Inglaterra... la gran mayoría de la población está compuesta de asalariados"²⁶⁰.

²⁵⁸ L.c., v. I, p. 17.

²⁵⁹ L.c., p. 18.

²⁶⁰ L.c., pp. 42, 43, 44.

Pues bien, el impulso de autoexpropiación de la humanidad laboriosa en aras del capital es tan mínimo que la esclavitud, según el mismo Wakefield, constituye la única base natural de la riqueza de las colonias. Su colonización sistemática no es más que un *pis aller* [recurso extremo], por tener que vérselas con personas libres en vez de esclavos.

"Los primeros colonos españoles en Santo Domingo no trajeron trabajadores desde España. Pero, sin trabajadores" (esto es, sin esclavitud), "el capital habría perecido o, a lo menos, habría disminuido rápidamente a los pequeños montos que cada individuo puede utilizar con sus propias manos. Esto ocurrió realmente en la última colonia fundada por los ingleses, donde un gran capital en semillas, ganado y herramientas pereció ante la carencia de asalariados que lo usaran y donde no hay ni un colono que posea más capital del que puede emplear con sus propias manos."²⁶¹

La expropiación de la masa del pueblo despojada de la tierra constituye evidentemente el fundamento del modo capitalista de producción. La esencia de una colonia libre consiste, inversamente, en que la masa de la tierra es aún propiedad del pueblo y, por tanto, cada colono puede convertir una parte de ésta en su propiedad privada y en medio individual de producción, sin que esto impida a los colonistas posteriores efectuar la misma operación²⁶². Este es el secreto tanto del auge de las colonias como del cáncer que las carcome: su resistencia al establecimiento del capital.

"Allí donde la tierra es muy barata y todos los hombres son libres; donde todo aquel que lo desee puede obtener para sí un pedazo de tierra, no sólo es muy caro el trabajo con relación a la participación del obrero en el producto, sino que la dificultad reside en obtener trabajo combinado a cualquier precio."²⁶³

Como en las colonias todavía no se produce la separación entre el trabajador y las condiciones de su trabajo y la raíz de éstas, la tierra, o como sólo se da esporádicamente o en escala restringida, tampoco se registra aún la separación entre la agricultura y la industria ni tiene lugar todavía la destrucción de la industria domiciliaria rural; entonces, ¿de dónde debe surgir el mercado interno para el capital?

"Ninguna parte de la población de Norteamérica es exclusivamente agrícola, a excepción de los esclavos y de sus amos que combinan el trabajo y el capital en grandes empresas. Los norteamericanos libres, que cultivan el suelo, efectúan al mismo tiempo muchas otras ocupaciones. Una parte de los muebles y de las herramientas que usan, comúnmente, es confeccionada por ellos mismos. Frecuentemente construyen sus propias casas y llevan al mercado, sea cual fuere la distancia, la producción de su propia industria. Son hilanderos y tejedores, fabrican jabón y velas,

²⁶¹ L.c., v. II, p. 5.

²⁶² "La tierra, para constituirse en elemento de la colonización, no sólo debe ser tierra baldía, sino también propiedad pública, transformable en propiedad privada" (l.c., v. II, p. 125).

²⁶³ L.c., v. I, p. 247.

zapatos y ropa para su propio uso. En Norteamérica, el cultivo de la tierra es, a menudo, un negocio subsidiario del herrero, el molinero o el tendero."²⁶⁴

¿Dónde queda, entre estos seres tan extraños, el "campo de abstinencia" para el capitalista?

La gran belleza de la producción capitalista no sólo consiste en que reproduce constantemente al obrero asalariado como tal, sino en que produce siempre, en relación a la acumulación del capital, una sobreproducción relativa de obreros asalariados. De este modo, se mantiene en la vía anhelada la ley de la oferta y la demanda de trabajo, la oscilación del salario queda constreñida dentro de los marcos adecuados a la explotación capitalista y, por último, se garantiza la tan imprescindible dependencia social del obrero respecto al capitalista, esa relación de dependencia absoluta que el economista, en su casa, en la metrópoli, puede transformar falazmente en una relación contractual libre entre comprador y vendedor, entre dos poseedores de mercancías igualmente independientes: el de la mercancía capital y el de la mercancía trabajo. Pero en las colonias, esta bella ilusión se desvanece. La población absoluta aumenta aquí mucho más rápido que en la metrópoli, dado que muchos obreros vienen al mundo siendo adultos y, sin embargo, el mercado de trabajo no está nunca saturado. La ley de la oferta y la demanda de trabajo se desmorona. De una parte, el viejo mundo invierte constantemente capital ávido de explotación y afanoso de abstinencia; de otra parte, la reproducción regular de los obreros asalariados como tales choca con los obstáculos más burdos y, en parte, insuperables. ¡Y no hablemos de la producción de asalariados, excedentes en proporción a la acumulación del capital! El obrero asalariado de hoy se convierte mañana en campesino o artesano independiente, que trabaja por cuenta propia. Desaparece del mercado de trabajo, pero... no va a parar al *workhouse*. Esta constante transformación de los asalariados en productores independientes, que en lugar de trabajar para el capital lo hacen para sí mismos, y en vez de enriquecer al señor capitalista se enriquecen a sí mismos, repercute, a su vez, de manera altamente nociva sobre la situación del mercado de trabajo. No es sólo que el grado de explotación del asalariado permanezca indecorosamente bajo, sino que éste pierde, además de la relación de dependencia, también el sentido de dependencia con respecto al capitalista sumido en el renunciamento. De ahí brotan todos los inconvenientes que nuestro E. G. Wakefield describe con tanta gallardía, elocuencia y en forma tan conmovedora.

La oferta de trabajo asalariado —se queja Wakefield— no es ni constante, ni regular, ni suficiente. "Es siempre no sólo demasiado exigua, sino también insegura"²⁶⁵.

²⁶⁴ L.c., pp. 21, 22.

²⁶⁵ L.c., v. II, p. 116.

"Aunque el producto a dividir entre el obrero y el capitalista sea grande, el obrero hace suya una porción tan significativa que pronto se convierte en capitalista... Pocos, sin embargo, incluso entre aquellos cuya vida sea demasiado larga, pueden acumular grandes masas de riqueza."²⁶⁶

Los obreros, lisa y llanamente, no permiten a los capitalistas abstenerse de pagarles la mayor parte de su trabajo. De nada le ayuda al capitalista el actuar con astucia e importar de Europa, con su propio capital, a sus propios obreros.

"Pronto dejan de ser obreros asalariados; se convierten en campesinos independientes o incluso en competidores de sus antiguos patrones en el mercado mismo del trabajo asalariado."²⁶⁷

¡Imagínese usted qué horror! ¡El bueno del capitalista importó él mismo de Europa con su propio dinero a sus competidores! ¡Este es el fin del mundo! No es sorprendente que Wakefield se lamenta de que entre los asalariados de las colonias falte la relación de dependencia y el sentido de dependencia.

"A causa de los salarios elevados" —observa su discípulo Merivale— "en las colonias existe un ansia apasionada de trabajo más barato y más sumiso, de una clase a la que el capitalista pueda dictar las condiciones, en vez de que le sean dictadas a él... En los países de antigua civilización, el obrero, aunque sea libre, depende del capitalista por leyes naturales; en las colonias, debe crearse esta dependencia por medios artificiales."²⁶⁸

Ahora bien, ¿cuáles son, según Wakefield, las consecuencias de esta lamentable situación en las colonias? Un "sistema bárbaro de dispersión" de los productores y del patrimonio nacional²⁶⁹. La

²⁶⁶ L.c., v. I, p. 131.

²⁶⁷ L.c., v. II, p. 5.

²⁶⁸ Merivale, l.c., v. II, pp. 235-314, *passim*. Incluso el plácido economista vulgar, el librecambista Molinari, afirma: "En las colonias, en que ha sido abolida la esclavitud sin remplazar el trabajo forzado por una cantidad equivalente de trabajo libre, vemos operar la contrapartida de lo que sucede todos los días ante nuestros ojos. Se ve cómo los simples trabajadores explotan a los empresarios de la industria, exigiendo de ellos salarios desproporcionados con la parte legítima que les corresponde del producto. Los plantadores, no pudiendo obtener por su azúcar un precio suficiente para cubrir el alza salarial, se vieron forzados a cubrir el excedente, en primer término, de sus ganancias y, luego, de sus capitales. De tal modo, muchos plantadores se arruinaron, mientras que otros cerraban sus empresas para escapar de una ruina inminente... Sin duda, es mejor ver perecer acumulaciones de capital que generaciones de hombres" (¡qué generoso es el señor Molinari!); "pero, ¿no sería mejor que no perecieran ni las unas ni las otras?" (Molinari, l.c., pp. 51, 52). ¡Señor Molinari, señor Molinari! ¿Qué será de los diez mandamientos, de Moisés y los profetas^[219], de la ley de la oferta y la demanda, si en Europa, el *entrepreneur* [empresario] puede recortarle al obrero y en las Indias Occidentales el obrero al *entrepreneur* su *part légitime* [parte legítima]? ¿Y cuál es, háganos el favor, esa *part légitime* que, según su afirmación, el capitalista en Europa no paga diariamente? Allí, en las colonias, donde los obreros son tan "simples" que "explotan" a los capitalistas, el señor Molinari se muere de ganas de encarrilar debidamente, por métodos policiales, la ley de la oferta y la demanda, que en todas las demás partes opera automáticamente.

²⁶⁹ Wakefield, l.c., v. II, p. 52.

diseminación de los medios de producción entre innumerables productores que trabajan por cuenta propia destruye tanto la centralización del capital como todo fundamento del trabajo combinado. Toda empresa de largo aliento, que se prolonga por años e implica desembolsos de capital fijo, enfrenta obstáculos en su realización. En Europa, el capital no vacila ni un instante, pues la clase obrera constituye su accesorio vivo, siempre presente en abundancia, siempre a disposición. Pero, ¡en las colonias! Wakefield relata una anécdota que hiere en lo vivo. Estuvo conversando con algunos capitalistas de Canadá y del estado de Nueva York, donde los flujos de inmigrantes suelen retrasarse dejando un sedimento de obreros "excedentes".

"Nuestro capital" —suspira uno de los personajes del melodrama— "estaba listo para realizar muchas operaciones que requieren un lapso considerable para completarse; pero, ¿podíamos iniciar tales operaciones disponiendo de obreros que, como sabíamos, pronto nos dejarían? Si estuviésemos seguros de poder retener el trabajo de esos inmigrantes, nos habríamos apresurado a contratarlos gustosamente y a un precio elevado. Y los habríamos contratado, pese a la seguridad de perderles, si estuviésemos seguros de poder contar con una nueva oferta fresca, de acuerdo a nuestras necesidades."²⁷⁰

Wakefield, después de haber contrastado ostentadamente la agricultura capitalista inglesa y su trabajo "combinado" con la agricultura dispersa de los campesinos norteamericanos, nos deja ver, en un desliz, la otra cara de la medalla. Nos describe a la masa del pueblo norteamericano como acomodada, independiente, emprendedora y relativamente instruida, mientras que

"el obrero agrícola inglés es un miserable pobretón (*a miserable wretch*), un indigente... ¿En qué otro país, excepto Norteamérica y algunas nuevas colonias, los salarios del trabajador libre empleado en el campo superan en algo lo requerido para adquirir los medios de subsistencia más imprescindibles del obrero?... Sin duda alguna, los caballos de labor, por cuanto constituyen una propiedad valiosa, son mejor alimentados en Inglaterra que los braceros"²⁷¹.

Pero, *never mind* [que más da], la riqueza nacional es idéntica ahora, por su propia naturaleza, a la miseria del pueblo.

¿Cómo curar, pues, el cáncer anticapitalista de las colonias? Si se pretende convertir, de un solo golpe, la propiedad que es actualmente pública de toda la tierra en propiedad privada, se eliminarían, por cierto, las raíces del mal, pero se destruirían también... las colonias. El arte consiste en matar dos pájaros de un mismo tiro. El gobierno debe fijar a la tierra virgen un precio artificial, independiente de la ley de la oferta y la demandada, que obligue al inmigrante a trabajar como obrero asalariado durante más tiempo, antes de que pueda ganar el dinero necesario para comprar²⁷² tierra y convertirse

²⁷⁰ L.c., pp. 191, 192.

²⁷¹ L.c., v. I, pp. 47, 246.

²⁷² "Agregáis que, gracias a la apropiación del suelo y de los capitales, el hombre que no posee más que sus brazos encuentra ocupación y se asegura un ingreso...

en un campesino independiente. El fondo que surge de la venta de las tierras a un precio relativamente prohibitivo para los asalariados, o sea, el fondo monetario extraído del salario mediante la transgresión de la ley sagrada de la oferta y la demanda, el gobierno lo emplea, a su vez, a medida que crece, en importar pobres diablos de Europa a las colonias y mantener así saturado para los señores capitalistas el mercado de trabajo asalariado. Bajo estas circunstancias, *tout sera pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles* [todo será para mejor en el mejor de los mundos posibles]^[220]. Este es el gran secreto de la "colonización sistemática".

"Aplicándose este plan" —exclama Wakefield triunfante—, "la oferta de trabajo debe ser constante y regular, porque, primero, como ningún obrero podrá procurarse un pedazo de tierra antes de haber trabajado por dinero, todos los obreros inmigrantes, al trabajar un tiempo combinadamente por salarios, producirán capital a sus patronos para emplear a más obreros; segundo, porque cada obrero que deje de trabajar por un salario y se convierta en propietario de un pedazo de tierra, al comprarla asegurará un fondo destinado precisamente a suministrar trabajo fresco a las colonias."²⁷³

El precio del suelo impuesto por el Estado, desde luego, debe ser suficiente (*sufficient price*), esto es, tan elevado que "impida a los obreros convertirse en campesinos independientes antes de que otros hayan ocupado sus lugares en el mercado de trabajo asalariado"²⁷⁴. Este "precio suficiente del suelo" no es más que una designación eufemística con la que se denomina el rescate pagado al capitalista por el obrero con el fin de lograr el permiso para retirarse del mercado de trabajo asalariado y radicarse en el campo. Primero debe crearle "capital" al señor capitalista, para que éste pueda explotar más obreros, y luego poner en el mercado de trabajo un "sustituto", que el gobierno, a expensas del obrero independizado, habrá de remitir a través de los océanos a su antiguo señor capitalista.

Es altamente característico que el gobierno inglés haya practicado durante años este método de "acumulación originaria" prescrito explícitamente por el señor Wakefield para su uso exclusivo en las colonias. El fracaso fue tan completo, por supuesto, como el de la ley bancaria de Peel^[221]. La única consecuencia consistió en desviar la corriente emigratoria de las colonias inglesas hacia Estados Unidos. Entretanto, los avances de la producción capitalista en Europa, acompañados de la creciente presión gubernamental, hicieron superflua la receta de Wakefield. De una parte, la inmensa y continua corriente humana que fluye año tras año a Norteamérica deja un

Por el contrario, es debido a la apropiación individual del suelo que se encuentra a hombres que no poseen más que sus brazos... Cuando colocáis a un hombre en el vacío, lo priváis de la atmósfera. Del mismo modo actuáis cuando os apropiáis del suelo... Esto equivale a colocarlo en el vacío de riqueza, para que no pueda vivir más que sometido a vuestra voluntad" (Colins, l.c., t. III, pp. 267-271, *passim*).

²⁷³ Wakefield, l.c., v. II, p. 192.

²⁷⁴ L.c., p. 45.

sedimento estancado en el Este de Estados Unidos, pues la ola emigratoria desde Europa los lanza allí más rápido al mercado de trabajo de lo que puede barrerlos la ola emigratoria que los impulsa hacia el Oeste. De otra parte, la guerra civil norteamericana tuvo como consecuencia una colosal deuda pública, y con ella una sobrecarga tributaria, la aparición de la más ordinaria de las aristocracias financieras, la donación de una parte inmensa de las tierras públicas a sociedades de especuladores dedicadas a la explotación de ferrocarriles, minas, etc.; dicho en pocas palabras, la más acelerada centralización del capital. La gran república dejó de ser, pues, la tierra prometida de los obreros inmigrantes. La producción capitalista avanza en ella a pasos gigantescos, aunque la disminución del salario y la dependencia del obrero asalariado están lejos aún de llegar al nivel normal europeo. El desvergonzado despilfarro de tierras vírgenes coloniales regaladas por el gobierno inglés a aristócratas y capitalistas, y tan enérgicamente denunciado por el mismo Wakefield, ha provocado, en particular en Australia²⁷⁵ —apoyándose también en la corriente humana atraída por los *diggins* [yacimientos auríferos] y la competencia que la importación de mercancías inglesas les hace incluso a los más pequeños artesanos— una “sobrepoblación relativa” suficiente de modo que casi cada vapor correo trae la desalentadora novedad de que el mercado laboral australiano está abarrotado —*glut of the Australian labour market*— y que la prostitución florece en algunos lugares de ese país con tanta opulencia como en el Haymarket londinense.

No obstante, no corresponde tratar aquí del estado de cosas en las colonias. Lo único que nos interesa es el secreto que la economía política del viejo continente ha descubierto en el Nuevo Mundo y proclamado en voz alta: el modo capitalista de producción y de acumulación y, por tanto, la propiedad privada capitalista implican el aniquilamiento de la propiedad privada fundada en el trabajo personal, esto es, la expropiación del trabajador.

²⁷⁵ Cuando Australia se convirtió en su propio legislador, promulgó, naturalmente, leyes favorables a los colonos, pero se mantiene el obstáculo del despilfarro de tierras ya consumado por los ingleses. “El primer y más importante objetivo que persigue la nueva ley agraria de 1862 consiste en conceder mayores facilidades para el asentamiento del pueblo” (*The Land Law of Victoria*, by the Hon. G. Duffy, Minister of Public Lands, Londres, 1862, [p. 3]).

NOTAS

INDICES

NOTAS

El Capital es la obra principal de Carlos Marx, quien trabajó en ella durante cuatro decenios, desde comienzos de la década del 40 del siglo XIX hasta su muerte. "Una vez hubo comprobado que el régimen económico es la base sobre la que se alza la superestructura política, Marx se entregó sobre todo al estudio atento de este régimen económico" (V. I. Lenin. *Obras Completas*, Moscú, Ed. Progreso, t. 23, p.46).

Marx inició su estudio sistemático de la economía política a fines de 1843, en París, imponiéndose la tarea de escribir una obra extensa con la crítica del orden existente y de la economía política burguesa. Sus primeras investigaciones en este terreno fueron reflejadas en trabajos como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *La ideología alemana*, *La miseria de la filosofía*, *Trabajo asalariado y capital*, *Manifiesto del Partido Comunista*, etc. Ya en estas obras se revelaban las bases de la explotación capitalista, la contradicción irreconciliable entre los intereses de los capitalistas y de los obreros asalariados, el carácter antagónico y transitorio de todas las relaciones económicas capitalistas.

Después de una interrupción en sus investigaciones provocada por los tormentosos sucesos de la revolución de 1848-1849, Marx reanudó sus estudios económicos en Londres, adonde debió emigrar en agosto de 1849. En la capital inglesa, estudia profunda y globalmente la historia económica y la economía contemporánea de diversos países, en particular de Inglaterra, en aquel entonces país capitalista clásico. En este período se interesa por profundizar en la historia de la propiedad y de la renta de la tierra, en la historia y la teoría de la circulación del dinero y los precios, en las crisis económicas, en la historia de la técnica y la tecnología, y en algunos problemas de la agronomía y la agroquímica.

La labor de Marx transcurrió en condiciones extremadamente difíciles. Debió enfrentar constantemente la miseria y a menudo se vio en la necesidad de suspender sus investigaciones para ganarse el sustento. Los prolongados y extenuantes esfuerzos, efectuados en condiciones de marcada privación material, tuvieron graves consecuencias: Marx enfermó seriamente. No obstante, hacia 1857 había efectuado ya un gran trabajo preparatorio, que le permitió entrar a la etapa final de su investigación, consistente en sistematizar y generalizar los materiales reunidos.

Desde agosto de 1857 a junio de 1858, Marx preparó un manuscrito de -alrededor de 50 pliegos de imprenta, el cual constituyó, en cierta medida, el borrador de *El Capital*. Dicho manuscrito fue publicado bajo el título de *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie* (Fundamentos de la Crítica a la economía política). En noviembre de 1857, Marx confeccionó, además, el plan de su obra, el cual fue posteriormente detallado y precisado sustancialmente.

Este estudio, dedicado a la crítica de las categorías económicas, se divide en seis libros:

1) Del capital (con varios capítulos introductorios); 2) De la propiedad de la tierra; 3) Del trabajo asalariado; 4) Del Estado; 5) Comercio internacional; 6) Mercado mundial. El primer libro estaría compuesto de cuatro secciones: a) El capital en general; b) La competencia o la interacción de muchos capitales;

c) El crédito; d) El capital accionario. La primera sección se subdividiría, a su vez, en tres partes: 1) El proceso de producción del capital; 2) El proceso de circulación del capital y 3) La unidad de lo uno y lo otro, o el capital y la ganancia, el interés. Es importante destacar que esta última división constituyó, luego, la base de la estructuración de toda la obra, en tres tomos, de *El Capital*. Marx concibió que la historia de la economía política y del socialismo sería el objeto de un trabajo especial.

Al mismo tiempo, Marx decidió que la obra a escribir aparecería por entregas, representando la primera de ellas necesariamente un conjunto más o menos totalizador, que abarcaría sólo la primera sección del primer libro, compuesta de tres capítulos: 1) La mercancía; 2) El dinero o la circulación simple y 3) El capital. Sin embargo, por motivos políticos, en la versión final de la primera entrega —*Contribución a la crítica de la economía política*— no entró el tercer capítulo. Marx señaló que, precisamente, en este capítulo “comienza una verdadera batalla” y, a su parecer, en la situación existente de censura oficial, persecuciones policiales y todo tipo de acoso de aquellos autores considerados indeseables para las clases dominantes, era insensato que un capítulo de ese carácter se publicara en el comienzo, es decir, antes de que la opinión pública conociese algo de la nueva obra. Para la “primera entrega” Marx escribió especialmente un capítulo sobre la mercancía y reelaboró en forma sustancial el capítulo referente al dinero del manuscrito de 1857-1858.

La *Contribución a la crítica de la economía política* vio la luz en 1859. Fue intención del autor publicar, a continuación, la “segunda entrega”, o sea, el capítulo ya mencionado sobre el capital, el cual constituía el contenido principal del manuscrito de 1857-1858. Marx, para ello, reanudó en el Museo Británico sus investigaciones sistemáticas de economía política. Sin embargo, pronto hubo de posponer esta labor durante un año y medio, debido a la necesidad de desenmascarar en la prensa los ataques calumniosos del agente bonapartista K. Vogt y a causa también de la necesidad de atender otros asuntos urgentes. Sólo en agosto de 1861 empieza a escribir un manuscrito voluminoso, que finaliza a mediados de 1863. Dicho manuscrito, de cerca de 200 pliegos de imprenta, que llena 23 cuadernos, lleva el mismo título del libro publicado en 1859, *Contribución a la crítica de la economía política*. La mayor parte del manuscrito (los cuadernos VI-XV y XVIII) trata de la historia de las doctrinas económicas. Esta parte fue publicada con el título de *Teorías del plusvalor* (IV tomo de *El Capital*). En los primeros cinco cuadernos y, en parte, en los cuadernos XIX-XXIII se exponen temas tratados en el primer tomo de *El Capital*. Marx analiza en ellos la transformación del dinero en capital, desarrolla la doctrina del plusvalor absoluto y relativo y responde además a una serie de otras interrogantes. En particular, los cuadernos XIX y XX contienen un sólido fundamento del capítulo XIII del primer tomo de *El Capital*, *Maquinaria y gran industria*; en ellos se expone un riquísimo material sobre la historia de la técnica y se realiza un detenido análisis económico del empleo de la maquinaria en la industria capitalista. En los cuadernos XXI-XXIII se examinan problemas específicos enfocados en distintos tomos de *El Capital*, entre ellos algunos asuntos tratados en el segundo tomo. Los cuadernos XVI-XVII se ocupan por entero de problemas considerados en el tercer tomo. De este modo, el manuscrito de 1861-1863 contenía, en mayor o menor medida, materias de los cuatro tomos de *El Capital*.

En el curso posterior del trabajo, Marx decidió estructurar toda su obra siguiendo el plan que inicialmente se concibió para la sección *El capital en general*, con su división en tres partes. En lo que se refiere a la parte histórico-crítica del manuscrito, ella debería constituir el cuarto y último eslabón. “Toda la obra” —escribía Marx en su carta a Kugelmann del 13 de octubre de 1866— “se divide en las siguientes partes: Libro I: Proceso de producción del capital. Libro II: Proceso de circulación del capital. Libro III: Formas del proceso en su conjunto. Libro IV: Contribución a la historia de la teoría.” Marx renunció igualmente a su anterior plan de publicar la obra en entregas y se propuso efectuar primero en lo fundamental el conjunto del trabajo, y sólo después publicarlo.

En consonancia con estas decisiones. Marx continuó trabajando intensamente, en particular, profundizando en aquellas partes que no fueron desarrolladas suficientemente en el manuscrito de 1861-1863. Adicionalmente, estudia una gran cantidad de literatura económica y técnica, entre otras cosas, temas sobre la agricultura, problemas del crédito y la circulación del dinero, analiza materiales estadísticos, diversos documentos parlamentarios, informes oficiales referidos al trabajo infantil en la industria, las condiciones de vivienda del proletariado inglés, etc. Luego, Marx preparó en dos años y medio (desde agosto de 1863 hasta fines de 1865) un nuevo manuscrito, muy extenso, el cual constituye la primera versión detallada de los tres tomos teóricos de *El Capital*. Sólo después de que estuviera escrita en lo fundamental la obra en su conjunto (en enero de 1866), Marx inició su elaboración definitiva para la impresión; siguiendo un consejo de Engels, resolvió no preparar toda la obra de una vez, sino comenzar con el primer tomo de *El Capital*. Marx efectuó la elaboración definitiva con el mayor esmero y realizó, en esencia, una nueva reelaboración de todo el primer tomo. En procura de una mayor unidad, integridad y claridad, Marx consideró que era necesario reproducir al comienzo del primer tomo de *El Capital*, en forma relativamente breve, los principales temas tratados en 1859 en la *Contribución a la crítica de la economía política*. Por eso, encontramos ahora en la primera sección (*Mercancía y dinero*) —y en la primera edición en el primer capítulo (*Mercancía y dinero*)— el contenido de aquella obra.

Después de publicarse el primer tomo de *El Capital* (septiembre de 1867), Marx continuó trabajando en su texto, al preparar nuevas ediciones en alemán y realizarse traducciones a otros idiomas. En la segunda edición (1872) introduce numerosos cambios, hace indicaciones sustanciales para la edición rusa, que aparece en Petersburgo en 1872 y constituye la primera versión en una lengua extranjera de *El Capital*; reelabora en medida significativa y redacta la traducción francesa, publicada por entregas entre 1872 y 1875.

Luego de aparecer el primer tomo de *El Capital*, Marx siguió trabajando en los otros tomos, pues pretendía concluir rápidamente toda la obra. Pero no pudo lograrlo. Su actividad multifacética en el Consejo General de la I Internacional requería de mucho tiempo. Tuvo que interrumpir su trabajo en forma cada vez más frecuente, debido al mal estado de su salud. Al mismo tiempo, su extraordinaria exactitud científica y escrupulosidad, la rigurosa autocrítica con que procuraba, como dice Engels, "elaborar hasta la máxima perfección sus grandes descubrimientos económicos, antes de publicarlos", lo llevan, al considerar tal o cual problema, a efectuar una y otra vez investigaciones adicionales. En el curso de ese trabajo creador surgían además, necesariamente, nuevas preguntas.

Los dos tomos siguientes de *El Capital* fueron preparados para la impresión y publicados por Engels sólo después de la muerte de Marx: el tomo II, en 1885 y el tomo III, en 1894. De esta manera, Engels hizo una contribución inapreciable al acervo del comunismo científico.

Luego del deceso de Marx, Engels redactó la traducción inglesa del primer tomo de *El Capital* (aparecida en 1887), preparó la tercera (1883) y cuarta (1890) ediciones alemanas del primer tomo. Además, después de morir Marx, pero todavía en vida de Engels, se efectuaron las siguientes publicaciones del primer tomo de *El Capital*: tres ediciones inglesas en Londres (1888, 1889 y 1891); otras tres ediciones en inglés aparecidas en Nueva York (1887, 1889 y 1890); una francesa en París (1885), una danesa en Copenhague (1885), una española en Madrid (1886), una italiana en Turín (1886), una polaca en Leipzig (1884-1889), una holandesa en Amsterdam (1894), así como una serie de otras publicaciones incompletas. —9.

Engels, en la cuarta edición alemana de *El Capital* (1890), basándose en indicaciones personales de Marx, realizó la redacción definitiva del texto y las notas del primer tomo de *El Capital*. —9.

² Se refiere al primer capítulo del primer tomo de *El Capital*, en la primera edición alemana de 1867, que figuraba bajo el título *Mercancía y dinero*. Marx, al preparar la segunda edición, relaboró el texto e introdujo, en particular, modificaciones

- importantes en su estructura. En base de los epígrafes del anterior primer capítulo y el apéndice, Marx escribió tres capítulos independientes, que en su conjunto constituyen la primera sección del libro. —9.
- ³ Se refiere al capítulo III de la obra de F. Lassalle *Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch, der ökonomische Julian, oder: Capital und Arbeit*, Berlín, 1864. —9.
- ⁴ *Mutatio nomine de te fabula narratur!* (¡Bajo otro nombre, a ti se refiere la historia!): palabras de Horacio en sus *Sátiras*, libro I, sátira I. —10.
- ⁵ Libros Azules (*Blue Books*): denominación utilizada para las publicaciones que contienen materiales del Parlamento inglés y documentos diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Recibieron el nombre por el color de las tapas. Estos libros se publican en Inglaterra desde el siglo XVII, constituyendo la fuente oficial principal para el estudio de la historia económica y diplomática de ese país. —14.
- ⁶ *Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!* (¡Sigue tu camino, y deja que la gente hable!): Cita modificada de Dante, *La divina comedia*, “El purgatorio”, canto V. —14.
- ⁷ S. Mayer. *Die sociale Frage in Wien. Studie eines “Arbeitgebers”*, Viena, 1871. —16.
- ⁸ En la cuarta edición alemana del primer tomo de *El Capital* (1890), no figuran los cuatro primeros párrafos de estas palabras finales. En la presente edición se reproducen íntegramente. —16.
- ⁹ *Anti-Corn-Law-League* (Liga contra las leyes cerealeras): organización fundada en 1838 por los fabricantes de Manchester, Cobden y Bright. Defendía los intereses de la burguesía industrial. La Liga procuraba la abolición de las llamadas leyes cerealeras, las cuales colocaban trabas a la importación de grano en favor de la aristocracia terrateniente. La ley cerealera de 1815 prohibió la importación de grano mientras, en Inglaterra, su precio se mantuviera por debajo de 80 chelines el *quarter*. En 1822, esta ley fue modificada en cierto grado; en 1828 se estableció una escala flotante, de acuerdo a la cual se elevaban los aranceles de los granos al disminuir su precio en el mercado interno y, viceversa, descendían al subir el precio. La Liga, en su lucha por la abolición de las leyes cerealeras y el libre comercio de grano, perseguía el objetivo de disminuir sus precios internos, y de esta manera reducir los salarios. La Liga utilizó ampliamente la consigna del libre comercio en sus formulaciones demagógicas sobre una supuesta unidad de intereses entre los obreros y los industriales. Las leyes cerealeras fueron abolidas en 1846. —17.
- ¹⁰ Hace referencia al artículo de J. Dietzgen *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie von Karl Marx*, Hamburgo, 1867, publicado en los números 31, 34, 35 y 36 de 1868 del periódico *Demokratisches Wochenblatt*. Este periódico, en 1869-1876, apareció bajo otro nombre: *Der Volksstaat*. —18.
- ¹¹ *La philosophie positive. Revue*: revista publicada en París, de 1867 a 1883. En su tercer número, de noviembre-diciembre de 1868, se insertó una breve reseña sobre el primer tomo de *El Capital*, redactada por E. V. De Roberty, partidario de la filosofía positivista de A. Comte. —21.
- ¹² N. Sieber. Теория ценности и капитала Д. Рикардо в связи с позднейшими дополнениями и разъяснениями. Кíев, 1871, p. 170. —21.
- ¹³ El autor de este artículo, Точка зрения политико-экономической критики и Маркса, es I. I. Kaufman, economista ruso. —21.
- ¹⁴ Véase Carlos Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. —22.
- ¹⁵ Hace referencia a los filósofos burgueses alemanes L. Büchner, F. Lange, E. Dühring, G. T. Fechner y otros. —23.
- ¹⁶ Moneda de plata, cuyo valor nominal correspondía a 2/3 de tálero. Circuló desde fines del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX en distintos Estados alemanes. —30.
- ¹⁷ En la edición inglesa, la numeración de los capítulos no concuerda con la de las ediciones alemanas. —32.
- ¹⁸ *Proslavery rebellion* (rebelión a favor de la esclavitud): sublevación de los esclavistas del sur de los EE. UU., que condujo a la guerra civil de 1861-1865. —35.
- ¹⁹ En realidad, aquí no hay ninguna inexactitud de Marx. —37.

- ²⁰ Engels escribió un trabajo especial dedicado a desenmascarar los repetidos ataques de representantes de la burguesía, que acusaban a Marx de haber falsificado premeditadamente una cita en el discurso de Gladstone del 16 de abril de 1863. Véase *In Sachen Brentano contra Marx wegen angeblicher Citatfälschung. Geschichtszählung und Dokumente*, Hamburgo, 1891. —37.
- ²¹ Marx, al hablar de la "invención del pequeño Lasker contra Bebel", tiene en consideración el hecho siguiente. En la sesión del Reichstag del 8 de noviembre de 1871, E. Lasker, diputado burgués, liberal-nacionalista, declaró polemizando con A. Bebel que si a los obreros socialdemócratas alemanes se les ocurría seguir el ejemplo de los comuneros de París, "el ciudadano honesto y acomodado los mataría a palos". Sin embargo, el orador no se atrevió a publicar estas palabras en las actas de las sesiones y en lugar de la expresión "los mataría a palos" figura "los mantendría sumisos con sus propias fuerzas". Bebel dejó al descubierto esta falsificación. Lasker se convirtió entre los obreros en objeto de burla. Recibió el apodo irónico de "pequeño Lasker" por su escasa estatura. —38.
- ²² Engels parafrasea aquí las fanfarronas palabras con que Falstaff relata cómo él solo había luchado contra cincuenta personas (Shakespeare. *Enrique IV*, parte I, acto II, escena 4). —39.
- ²³ Palabras modificadas del poema de S. Buttler, *Hudibras*, parte II, canto I. —46.
- ²⁴ Véase W. Jacob. *An Historical Inquiry into the Production and Consumption of the Precious Metals*. En dos volúmenes, Londres, 1831. —49.
- ²⁵ [W. Petty.] *A Treatise of Taxes and Contributions*, Londres, 1667, p. 47. —52.
- ²⁶ Marx hace alusión a la crónica histórica de Shakespeare, *Enrique IV*, parte I. En la tercera escena del acto III, Falstaff dice a la viuda Vivaz: "un hombre no sabe por dónde cogerla". —56.
- ²⁷ Enrique IV pronunció esta frase en 1593 con motivo de la promesa de los habitantes de París de reconocerlo como rey si se convertía del protestantismo al catolicismo. —61.
- ²⁸ Marx cita la obra de Aristóteles *Etica a Nicómaco*, según *Aristotelis opera ex recensione Immanuelis Bekkeri*, tomo IX, Oxford, 1837, pp. 99, 100. —67.
- ²⁹ Calle donde se encuentran varios grandes bancos londinenses; sinónimo de mercado monetario o de la banca londinense. —69.
- ³⁰ Carlos Marx. *Misère de la philosophie. Réponse à la "Philosophie de la misère" de M. Proudhon*, París, Bruselas, 1847, cap. 1. —75.
- ³¹ Cita ligeramente modificada de Goethe, *Fausto*, parte I, escena 4 ("Estudio"). —75.
- ³² En Europa, después de la derrota de la revolución de 1848-1849, comenzó un período de sombría reacción política. En los círculos aristocráticos de los países europeos aumentó el interés por el espiritismo, en especial por las mesas parlantes. Al mismo tiempo, en China se desplegó un movimiento de liberación antifeudal, que adquirió el carácter de guerra campesina (la revolución de los tai-ping). —78.
- ³³ Los paralelogramos de Owen son mencionados por Ricardo en su trabajo *On Protection to Agriculture*, 4ª edición, Londres, 1822, p. 21. Owen, al desarrollar su proyecto utópico de transformaciones sociales, intentó probar que era más práctico, tanto desde el punto de vista económico como de la comodidad de la vida doméstica, construir las aldeas en forma de paralelogramos o cuadrados. —82.
- ³⁴ Según las concepciones de Epicuro, filósofo en lo fundamental materialista y ateísta de la Grecia Antigua, existe un número infinito de mundos. Estos surgen y se rigen por sus propias leyes naturales. Los dioses moran fuera de estos mundos, en el espacio entre ellos, y no ejercen ninguna influencia en el desarrollo del universo ni sobre la vida humana. —85.
- ³⁵ Shakespeare. *Mucho ruido para nada*, acto III, escena 3. —88.
- ³⁶ Gran feria organizada en las cercanías de París, del siglo XII al XIX. —89.
- ³⁷ Goethe. *Fausto*, parte I, escena 3 ("Estudio"). —91.
- ³⁸ *Apocalipsis*: último libro del *Nuevo Testamento* (*Biblia*. Revelación de San

- Juan). Fue escrito en el siglo I. Su autor expresa el odio general contra el imperio Romano al que da el hombre de "bestia" y considera encarnación del diablo. —91.
- ³⁹ Estado inca: Estado esclavista, con significativas reminiscencias de la comunidad primitiva, que existió en el territorio actual de Perú desde comienzos del siglo XV hasta mediados del siglo XVI. Los incas, la tribu dominante, se dividían en 100 comunidades gentilicias (*ayllu*) que se transformaron paulatinamente en comunidades campesinas (vecinales). —92.
- ⁴⁰ Denominación griega del *Digesto*, parte fundamental del Derecho Civil Romano (*Corpus juris civilis*). El *Digesto* constituye una recopilación de pasajes de las obras de los juristas romanos, que reflejan los intereses de los esclavistas. Fue publicado en el año 533 durante el emperador bizantino Justiniano. —95.
- ⁴¹ [W. E. Parry.] *Journal of a Voyage for the Discovery of a North-West Passage from the Atlantic to the Pacific; performed in the Years 1819-1820, in His Majesty's Ships Hecla and Griper, under the Orders of William Edward Parry*, 2^a ed., Londres, 1821, pp. 277, 278. —98.
- ⁴² De acuerdo a la mitología antigua, la historia de la humanidad se dividía en cinco edades. Las primeras dos de las cinco eran las edades de oro y de plata. En la edad de oro, la más feliz, los hombres vivían sin preocupaciones y su vida cambió sólo en las edades posteriores. La última edad —la de hierro— está llena de injusticias, abusos y homicidios. La leyenda de las cinco edades se reproduce en las obras de los poetas Hesíodo, griego, y Ovidio, romano. —102.
- ⁴³ En 1707 se produce la fusión total de Escocia e Inglaterra. La Unión de 1707 disolvió el Parlamento escocés y liquidó todas las barreras económicas existentes entre los dos países. —102.
- ⁴⁴ Se cita la *Carta de San Jerónimo a Santa Eustoquia. Sobre las excelencias de la virginidad*. —105.
- ⁴⁵ Dante. *La Divina Comedia*, "El paraíso", canto XXIV. —105.
- ⁴⁶ C. Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. —107.
- ⁴⁷ *The course of true love never does run smooth* (Nunca es manso y sereno el curso del verdadero amor). — W. Shakespeare. *Sueño de una noche de verano*, acto I, escena 1. —109.
- ⁴⁸ *Disjecta membra poetae* (miembros dispersos del poeta): palabras de las *Sátiras* de Horacio, libro I, sátira 4. —109.
- ⁴⁹ Marx cita según el trabajo de Dupont de Nemours *Maximes du docteur Quesnay, ou Résumé de ses principes d'économie sociale*, publicado en "*Physiocrates*". *Avec une introduction et des commentatres par E. Daire*, parte I, París, 1846, p. 392. —110.
- ⁵⁰ Palabras pronunciadas por el emperador romano Vespasiano (69-79) a su hijo, cuando éste le reprochó la fijación de un impuesto especial a las letrinas. —111.
- ⁵¹ A. H. Müller. *Die Elemente der Staatskunst*, Parte II, Berlín, 1809, p. 280. —125.
- ⁵² P. Boisguillebert. *Le détail de la France*, en *Economistes financiers du XVIII^e siècle*, París, 1843, p. 213. —129.
- ⁵³ D. Diderot. *Salón de 1767*. —132.
- ⁵⁴ Compañía comercial inglesa que existió de 1600 a 1858. Constituyó un instrumento de la política colonial de Inglaterra hacia India, China y otros países de Asia. La Compañía, desde mediados del siglo XVIII, al disponer de ejército y armada, se convirtió en una importante fuerza militar. Bajo su bandera, los colonizadores ingleses conquistaron la India. Durante un largo tiempo, la Compañía tuvo el monopolio del comercio con India y las funciones principales de dirección de este país. La insurrección de liberación nacional de la India, de 1857 a 1859, obligó a los ingleses a modificar las formas de su dominación colonial. La India fue declarada posesión de la Corona británica y la Compañía liquidada. —133.
- ⁵⁵ *East-India (Bullion). Return to an Address of the Honourable the House of Commons, dated 8 february 1864*. —133.
- ⁵⁶ Marx cita la obra de W. Petty, *Verbum Sapienti*, publicada como apéndice de otro libro suyo, mencionado por Marx, *The Political Anatomy of Ireland*. 1672, Londres, 1691. —140.

- ⁵⁷ Marx cita el libro de D. Ricardo, *The High Price of Bullion a Proof of the Depreciation of Bank Notes*, 4ª edición, corregida, Londres, 1811. —142.
- ⁵⁸ *Currency principle* (principio de la circulación monetaria) o *currency school* (escuela monetaria): Es una de las versiones de la teoría cuantitativa del dinero. Sus partidarios sostenían que la cantidad de dinero en circulación determina el valor y el precio de las mercancías. Se proponían mantener la estabilidad de la circulación monetaria y veían el único medio de lograrlo en sustentar con oro los billetes de banco y regular la emisión de éstos de acuerdo a la importación y exportación de metales preciosos. La *currency school*, a partir de sus fundamentos básicos, consideraba como causa decisiva de las crisis económicas de sobreproducción la transgresión de las leyes de la circulación monetaria. La teoría de la *currency school* fue popular en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, los intentos del gobierno inglés de apoyarse en esta teoría (ley bancaria de 1844) no tuvieron éxito y sólo vinieron a confirmar su total inconsistencia científica y su absoluta inaplicabilidad con fines prácticos. (Véase C. Marx. *Contribución a la crítica de la economía política.*) —142.
- ⁵⁹ Véase la nota 56. —143.
- ⁶⁰ Se refiere al Instituto de Francia, existente desde 1795, cuerpo científico superior constituido por secciones o academias. Destutt de Tracy era miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. —159.
- ⁶¹ *Hic Rhodus, hic salta!* (¡Esta es Rodas, salta aquí!). En sentido figurado, ¡Aquí muestra de lo que eres capaz!: Palabras dirigidas a un fanfarrón (de la fábula *El fanfarrón de Esopo*) que sostenía haber efectuado en la isla de Rodas saltos gigantescos. —161.
- ⁶² Las "transformaciones de Cuza" constituyen un acontecimiento importante en la historia de Rumania. En enero de 1859, Alexandru Cuza fue elegido *hospodar* (príncipe) de Moldavia y, más tarde, de Valaquia. La unificación de estos dos principados del Danubio, que durante largo tiempo permanecieron sometidos al Imperio Otomano, sentó las bases de un Estado rumano único. Al llegar al poder, Cuza se propuso realizar una serie de reformas democrático-burguesas. Sin embargo, su política tropezó con la fuerte resistencia de los terratenientes y parte de la burguesía. Después de que la Asamblea Nacional, en la que predominaban los representantes de los terratenientes (boyardos), rechazara el proyecto de reforma agraria presentado por el gobierno, Cuza dio un golpe de Estado que condujo a la disolución de esa reaccionaria institución, la promulgación de una nueva Constitución, la ampliación del círculo de electores y al fortalecimiento del papel del Estado. La reforma agraria, aprobada en este nuevo contexto político, estableció la abolición de la servidumbre y la asignación de tierra a los campesinos sobre la base de su rescate. —163.
- ⁶³ H. Storch. *Course d'économie politique, ou Exposition des principes, que déterminent la prospérité des nations*, tomo I, San Petersburgo, 1815, p. 288. —175.
- ⁶⁴ A. Cherbuliez. *Richesse ou pauvreté. Exposition des causes et des effets de la distribution actuelle des richesses sociales*, París, 1841, p. 14. —175.
- ⁶⁵ Cita modificada de Fausto, de la tragedia de Goethe del mismo nombre, parte I, escena 3 ("Estudio"). —186.
- ⁶⁶ *Tout pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles* (Todo va para mejor en el mejor de los mundos posibles): aforismo de la novela de Voltaire *Cándido*. —187.
- ⁶⁷ Goethe. *Fausto*, parte I, escena 5 ("Taberna de Auerbach en Leipzig"). —187.
- ⁶⁸ Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*, libro I, versos 155-156. —205.
- ⁶⁹ Hace referencia al escritor y crítico literario alemán J. Ch. Gottsched, quien desempeñó un cierto papel positivo en la literatura, pero que, a la vez, se distinguía por su intolerancia absoluta contra toda nueva corriente literaria. Su nombre se convirtió, por ello, en sinónimo de altanería literaria y estupidez. —206.
- ⁷⁰ Marx denomina irónicamente como Wilhelm Tucídides Roscher a Wilhelm Roscher. Tucídides fue un historiador de la Grecia Antigua. Roscher, economista vulgar, en la introducción a la primera edición de su obra *Die Grundlagen der*

Nationalökonomie, como señaló Marx, "se declaró modestamente el Tucídides de la economía política". Citando a este, Roscher expresó: "Como aquel historiador antiguo, yo también quisiera que mi obra fuese útil para quienes...", etc. —206.

- ⁷¹ W. Jacob. *A Letter to S. Whitbread, being a Sequel to Considerations on the Protection Required by British Agriculture*, Londres, 1815, p. 33. —209.
- ⁷² Ley fabril de 1833. Al respecto véase el presente tomo, p. 260, 261. —212.
- ⁷³ *Quilistas* (del griego *chilioi*, mil): Predicadores de una doctrina místico-religiosa que esperaba la segunda aparición de Jesús y el advenimiento del "reino milenarista" de la justicia, la igualdad general y el bienestar. Las creencias quilistas surgieron en el período de la disolución del régimen esclavista, teniendo como causa la opresión inaguantable y los sufrimientos de los trabajadores, que buscaban una salida a su situación en sueños fantásticos de redención. Estas creencias tuvieron amplia difusión, resurgiendo posteriormente en las doctrinas de diversas sectas medievales. —215.
- ⁷⁴ Andrew Ure. *The Philosophy of Manufactures: or, An Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*, Londres, 1835, p. 406. —215.
- ⁷⁵ *Little shilling men* (partidarios de los chelines pequeños) o escuela de Birmingham: Escuela económica formada en la primera mitad del siglo XIX. Sus partidarios proclamaron la teoría de la unidad monetaria ideal y, por tanto, consideraban el dinero como "nombres de cálculo". Representantes de esta escuela, los hermanos Thomas y Mathias Attwood, Spooner y otros, presentaron un proyecto dirigido a reducir el contenido de oro de la unidad monetaria en Inglaterra, conocido como "proyecto de los chelines pequeños". De ello proviene el nombre de la escuela. Al mismo tiempo, los "partidarios de los chelines pequeños" se oponían a las medidas del gobierno destinadas a reducir la masa de dinero en circulación. En opinión de esta escuela, la realización de su teoría, al provocar un alza artificial de los precios, reanimaría la industria y aseguraría el auge general en el país. Sin embargo, en realidad, la devaluación proyectada sólo podía crear las condiciones para que la deuda pública y las privadas se cubriesen con un dinero desvalorizado, y por tanto, concedía ventajas indudables al erario y a los grandes empresarios, los cuales eran los deudores principales. En *Contribución a la crítica de la economía política* Marx se refiere a esta escuela. —219.
- ⁷⁶ Véase la nota 62. —223.
- ⁷⁷ *Règlement organique*: Primera Constitución de los principados del Danubio (Moldavia y Valaquia), impuesta por P. D. Kiselev, gobernador ruso de estos principados, en 1831. Moldavia y Valaquia fueron ocupadas por el ejército ruso al finalizar la guerra ruso-otomana de 1828 a 1829. Según el Reglamento orgánico, el poder legislativo en cada principado radicaba en una asamblea elegida por los grandes terratenientes; el poder ejecutivo se concentraba en los *hospodares* (príncipes), elegidos de manera vitalicia por representantes de los terratenientes, clérigos y burgueses. El Reglamento confirmaba el dominio de los grandes boyardos y del clero superior al conservar el orden feudal anterior y, en particular, el trabajo de prestación personal. El campesinado respondió a esta "Constitución" con numerosas sublevaciones. Simultáneamente, el Reglamento orgánico preveía transformaciones de carácter burgués: la abolición de las barreras aduaneras internas, la libertad de comercio, la separación de atribuciones entre los tribunales y la administración, etc. —224.
- ⁷⁸ J. Dryden. *The cock and the fox: or, the tale of the nun's priest*. —228.
- ⁷⁹ *Privy Council* (Consejo privado): Órgano asesor del rey de Inglaterra, compuesto de ministros y de otros altos funcionarios, así como de clérigos. Fue constituido en el siglo XIII. Durante mucho tiempo poseyó derechos legislativos. Debía rendir cuentas solamente al rey, no al Parlamento. En los siglos XVIII y XIX decayó considerablemente su significación. En la actualidad, el Consejo privado no desempeña ningún papel relevante. —230.
- ⁸⁰ *Ecce iterum Crispinus!* (¡He aquí de nuevo a Crispín!): Así comienza la cuarta sátira de Juvenal, en cuya primera parte el autor fustiga a Crispín, cortesano del

emperador Domiciano. Esta frase se utiliza en el sentido de "otra vez la misma persona" o "de nuevo la misma cosa". —233.

⁸¹ *Eleáticos*: Escuela filosófica idealista de Grecia Antigua. Tuvo su momento de auge en las postrimerías del siglo VI y durante el siglo V a.n.e. Jenófanes de Colofón, Parménides y Zenón fueron sus representantes más destacados. Sostenían que el movimiento y la diversidad de los fenómenos no poseen existencia real, sino que sólo existen en el pensamiento. —234.

⁸² El *Grand Jury*: Cuerpo compuesto en Inglaterra, hasta 1933, de 12 a 23 jurados, elegidos por el *sheriff* entre "personas buenas y fieles" del condado. Su función era adoptar decisiones previas sobre los casos y resolver si elevaban la acusación al tribunal o absolvían al inculpado. —236.

⁸³ Marx se refiere a su reseña del libro de Th. Carlyle *Latter-Day Pamphlets*. —240.

⁸⁴ W. Strange. *The Seven Sources of Health*, Londres, 1864, p. 84. —242.

⁸⁵ "*Britons never, never shall be slaves!*" ("¡Los británicos nunca jamás serán esclavos!"); Estribillo de una famosa canción patriótica inglesa. —247.

⁸⁶ *Exeter Hall*: Edificio en Londres, utilizado como lugar de reunión de asociaciones religiosas y filantrópicas. —248.

⁸⁷ Véase la nota 4. —249.

⁸⁸ *Après nous le déluge!* (¡Después de nosotros el diluvio!): Esta frase habrá sido pronunciada por el rey de Francia Luis XV, respondiendo así a la observación de sus cortesanos de que los opulentos festines que solía dar amenazaban con incrementar fuertemente la deuda pública. —252.

⁸⁹ Según la *Biblia*, Esaú hambriento vendió la primogenitura a su hermano Jacob a ese precio. —253.

⁹⁰ *La gran peste o Peste Negra*: En 1347-1350, una terrible peste bubónica asoló Europa Occidental. La peste aniquiló aproximadamente a 25 millones de personas, cerca de 1/4 de toda la población de Europa Occidental. —254.

⁹¹ Véase la nota 56. —255.

⁹² *Factories Inquiry Commission. First Report of the Central Board of His Majesty's Commissioners. Ordered, by the House of Commons to be printed, 28 June 1833*, p. 53. —260.

⁹³ *Periculum in mora* (Peligro en la demora): Palabras del escrito del historiador romano Tito Livio *Ab urbe condita*, libro XXXVIII, cap. 25. —261.

⁹⁴ *Report from the Committee on the "Bill to regulate the Labour of Children in the Mills and Factories of the United Kingdom": with the Minutes of Evidence. Ordered, by the House of Commons to be printed, 8 August 1832*. —261.

⁹⁵ Durante el festival tradicional en honor a Juggernaut (o Zhaganat) —uno de los avatares del dios hinduista Vishnú—, era frecuente que algunos fieles, atacados de un fanatismo religioso extremo, se lanzaran bajo las ruedas del carro en que se paseaba la imagen de Vishnú. —261.

⁹⁶ *People's Charter* (Carta del Pueblo): Documento que contenía las exigencias de los *cartistas*. Fue publicada el 8 de mayo de 1838 en calidad de proyecto de ley que debería ser presentado al Parlamento. Se componía de seis puntos: sufragio universal (para los varones mayores de 21 años), elecciones anuales al Parlamento, voto secreto, equiparación de las circunscripciones electorales, abolición del censo de propiedad para los candidatos a diputado, dietas para los diputados. —262.

⁹⁷ Los partidarios de la Liga contra las leyes cerealeras (véase la nota 9) aseguraban a los obreros, demagógicamente, que al establecerse el libre comercio aumentaría su salario real y tendrían un tamaño del pan dos veces mayor (*big loaf*). Por las calles se mostraba, con las correspondientes inscripciones, dos panes —uno grande y otro pequeño—, como forma de propaganda gráfica. La práctica demostró la falsedad de estas promesas. El capital industrial de Inglaterra, fortalecido con la abolición de las leyes cerealeras, acrecentó su ofensiva contra los intereses vitales de la clase obrera. —262.

⁹⁸ *Comisarios de la Convención*: Durante la Revolución francesa, eran los representantes plenipotenciarios de la Convención (o Asamblea Nacional de la República Francesa, entre 1792 y 1795) en los departamentos y entre las tropas. —265.

- ⁹⁹ *Loi des suspects* (Ley de sospechosos): Ley aprobada por el cuerpo legislativo francés el 19 de febrero de 1858. Concedió al emperador y al gobierno plenos poderes para relegar a diversos lugares de Francia y Argelia o desterrar del territorio francés a toda persona sospechosa de tener una actitud opositora frente al régimen del Segundo Imperio. —266.
- ¹⁰⁰ Véase la nota 18. —266.
- ¹⁰¹ W. Shakespeare. *El mercader de Venecia*, acto IV, escena 1. —268.
- ¹⁰² *Ibid.* —268.
- ¹⁰³ *Ley de las diez tablas*: Versión primitiva de la "Ley de las doce tablas", documento legislativo antiquísimo de la Roma esclavista. Estaba destinado a defender la propiedad privada; establecía el encarcelamiento del deudor moroso, su esclavitud o la mutilación de su cuerpo. —268.
- ¹⁰⁴ El historiador francés Linguet formuló esta hipótesis en su trabajo *Théorie des lois civiles, ou Principes fondamentaux de la société*, tomo II, Londres, 1767, libro V, cap. XX. —268.
- ¹⁰⁵ El filósofo alemán Daumer afirmó en su escrito *Die Geheimnisse des christlichen Alterthums* que los primeros cristianos practicaban la antropofagia en la eucaristía. —268.
- ¹⁰⁶ Fourier sostenía que en la sociedad futura cada hombre en el curso de un día se ocuparía de muchos trabajos, o sea, la jornada laboral estaría compuesta de varias sesiones breves, cada una de las cuales no duraría más de una hora y media o dos horas. Fourier estimaba que, gracias a esto, la productividad del trabajo aumentaría hasta tal punto que el trabajador más pobre estaría en condiciones de satisfacer sus necesidades en mayor medida que otrora cualquier capitalista. —271.
- ¹⁰⁷ El Congreso General de Obreros norteamericanos se efectuó en Baltimore del 20 al 25 de agosto de 1866. En la reunión participaron 60 delegados, en representación de más de 60 mil obreros afiliados. El congreso deliberó acerca de los siguientes asuntos: implantación legal de la jornada de ocho horas, actividad política de los obreros, asociaciones cooperativas, sindicalización de todos los trabajadores. El congreso decidió, además, fundar la *National Labor Union* (Unión Nacional del Trabajo), organización política de la clase obrera. —280.
- ¹⁰⁸ El Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, reunido en Ginebra en 1866, redactó su Resolución en base a la *Instrucción a los delegados del Consejo Central Provisional sobre varios asuntos*, escrita por Marx. En este pasaje, la resolución reproduce exactamente el texto de la *Instrucción*. —280.
- ¹⁰⁹ "Culebra de sus tormentos": Palabras modificadas del poema de H. Heine, *Enrique* (del ciclo *Poemas contemporáneos*). —281.
- ¹¹⁰ *Magna Charta* (*Magna Charta Libertatum*): Documento firmado, en 1215, por el rey inglés Juan sin Tierra. La *Magna Charta* le fue impuesta por los grandes señores feudales sublevados, los cuales contaron con el apoyo de los nobles y burgueses. Estableció cierta restricción del poder real, conservó una serie de libertades feudales y cierta, eso sí, algunas concesiones a los caballeros y a las ciudades. En este pasaje, Marx se refiere a las leyes de restricción de la jornada laboral, conquistadas por la clase obrera de Inglaterra tras una prolongada y obstinada lucha contra el capital. —281.
- ¹¹¹ *Quantum mutatus ab illo!* (¡Qué gran transformación!): Expresión del poema de Virgilio *Eneida*, libro II, verso 274. —281.
- ¹¹² Difundida frase que figura en una de las cartas del almirante francés de Pana. Se atribuye también a Talleyrand. Se refiere a los realistas que no fueron capaces de sacar enseñanza alguna de la Revolución Francesa del siglo XVIII. —286.
- ¹¹³ En la *Ética* (parte I, apéndice), Spinoza sostiene que la ignorancia no es razón suficiente, oponiéndose a la visión teleológica de los sacerdotes con respecto a la naturaleza, según la cual se consideraba la "voluntad de Dios" como causa última de todos los fenómenos. Su único argumento consistía en apelar al desconocimiento de otras causas. —286.

- ¹¹⁴ Véase A. Quetelet. *Sur l'homme et le développement de ses facultés, ou Essai de physique sociale*, tomos I y II, París, 1835. —301.
- ¹¹⁵ W. Roscher. *System der Volkswirtschaft*, tomo I: "Die Grundlagen der Nationalökonomie". Tercera edición, aumentada y mejorada, Stuttgart y Augsburg, 1858, pp. 88-89. —302.
- ¹¹⁶ Los obreros de Rochdale (distrito industrial de Manchester), bajo la influencia de las ideas de los socialistas utópicos, organizaron en 1844 una cooperativa de consumo llamada *Society of Equitable Pioneers* (Sociedad de Pioneros Igualitarios), la cual constituyó el germen del movimiento cooperativista de los obreros en Inglaterra y otros países. —309.
- ¹¹⁷ Véase la nota 48. —319.
- ¹¹⁸ *Bellum omnium contra omnes* (Guerra de todos contra todos): Expresión del filósofo inglés Thomas Hobbes, *Leviathan*. —331.
- ¹¹⁹ Según la leyenda, Menenio Agripa, patricio romano, convenció a los plebeyos sublevados en 494 a.n.e. de que se rindiesen, relatándoles una fábula sobre los miembros del cuerpo humano que se habían sublevado contra el estómago. Menenio Agripa representaba a la sociedad como un organismo vivo, cuyas manos eran los plebeyos, las cuales alimentaban el estómago de este organismo, los patricios. Al negarse las manos a alimentar al estómago, ello conduce a la muerte inevitable del organismo. Análogamente, la negación de los plebeyos de cumplir con sus obligaciones conduciría a la muerte de la Roma Antigua. —335.
- ¹²⁰ *Society of Arts and Trades* (Sociedad de Artes y Oficios): Sociedad filantrópica fundada en 1754, en Londres, cercana a la Ilustración burguesa. La sociedad proclamaba como finalidad "fomentar las artes, los oficios y el comercio" y apoyar a todos aquellos que contribuyeran a "brindar ocupación a los pobres, ampliar el comercio, enriquecer al país", etc. Procuraba actuar en calidad de mediador entre los obreros y los empresarios. Marx llamaba a esta institución *Society of Arts and Tricks* (Sociedad de Artes y Trucos). —337.
- ¹²¹ Hegel. *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, en *Werke*, 2ª ed., t. VIII, Berlín, 1840, p. 247. —338.
- ¹²² Véase la nota 48. —338.
- ¹²³ Inexactitud de Marx. El autor de la obra *Concerning Happiness. A Dialogue* no es el diplomático James Harris (1746-1820), quien publicara el libro *Diaries and Correspondence*, sino su padre del mismo nombre (1709-1780). —339.
- ¹²⁴ Marx reproduce esta expresión de Arquíloco según el escrito de Sexto Empírico *Adversus mathematicos*, libro XI, p. 44. —339.
- ¹²⁵ Período de restitución de la democracia esclavista en la Atenas Antigua, a fines del siglo V a.n.e., que suplantaría el régimen terrorista de treinta oligarcas. Fue un período de desarrollo del capital comercial y usurero de Atenas. —340.
- ¹²⁶ *La república de Platón*: Tipo ideal de Estado esclavista, descrita en las obras de Platón, filósofo de la Grecia Antigua. Su principio fundamental era una rígida división del trabajo entre las diferentes gradaciones de ciudadanos libres. Así, por ejemplo, a los filósofos se les asignaba la función de dirigir el Estado; a los guerreros, la de participar en las guerras, defender la vida y el patrimonio de los ciudadanos; a los labradores, artesanos y mercaderes, producir y suministrar al pueblo los medios de subsistencia. —340.
- ¹²⁷ La cita corresponde a la obra de A. Ure, p. 21 (véase la nota 74). —342.
- ¹²⁸ Máquina fundada en el principio de la dilatación y contracción del aire por calentamiento y enfriamiento. En comparación con la máquina de vapor era muy inferior y poseía un coeficiente de efecto útil muy reducido. Fue inventada a comienzos del siglo XX, pero ya a fines de ese siglo había perdido toda importancia práctica. —344.
- ¹²⁹ Máquina de hilar inventada por James Hargreaves entre 1764 y 1767. Le dio ese nombre en honor de su hija Jenny. —346.
- ¹³⁰ *Biblia, Moisés*, V libro, cap. 25. —346.

- ¹³¹ Baynes. *The Cotton Trade. Two Lectures on the above Subject, Delivered before the Members of the Blackburn Literary, Scientific and Mechanics' Institution*, Blackburn — Londres, 1857, p. 48. —359.
- ¹³² Véase la nota 79. —369.
- ¹³³ Schiller. *Canción de la campana*. —375.
- ¹³⁴ La cita corresponde a la pág. 22 del escrito de A. Ure (véase la nota 74). —388.
- ¹³⁵ Véase el presente tomo, p. 260 y ss. —389.
- ¹³⁶ Fourier. *La fausse industrie morcelée, répugnante, mensongère, et l'antidote, l'industrie naturelle, combinée, attrayante, veridique, donnant quadruple produit*, París, 1835, p. 59. El término "bagues mitigés" quiere decir que las fábricas son poco menos que un presidio. —394.
- ¹³⁷ Marx cita el escrito de C. Lancellotti, *L'Hoggi di overo gl'ingegni non inferiori ai passati*, por el libro de J. Beckmann. *Beiträge zur Geschichte der Erfindungen*, tomo I, Leipzig, 1786, p. 125-126. Marx toma los restantes datos de la obra de Lancellotti también del libro de Beckmann. —395.
- ¹³⁸ El cuadro está confeccionado con antecedentes de tres documentos parlamentarios, publicados bajo el título común de *Factories: Return to an Address of the Honourable the House of Commons, dated 15 April 1856; Return to an Address of the Honourable the House of Commons, dated 24 April 1861; Return to an Address of the Honourable the House of Commons, dated 5 December 1867*. —400.
- ¹³⁹ *Tenth Report of the Commissioners appointed to Inquire into the Organization and Rules of Trades Unions and other Associations: together with Minutes of Evidence*, Londres, 1868, pp. 63, 64. —402.
- ¹⁴⁰ *Nominibus mollire licet mala* (Es lícito atenuar con palabras el mal): Expresión de Ovidio, *Arte de amar*, libro II, verso 657. —405.
- ¹⁴¹ Marx extrajo los datos del documento parlamentario *Corn, Grain and Meal. Return to an Order of the Honourable the House of Commons, dated 18 February 1867*. —417.
- ¹⁴² *Leyes de coalición*: Leyes aprobadas por el Parlamento inglés en 1799 y 1800, según las cuales se prohibía la creación y el funcionamiento de cualquier organización obrera. Fueron abolidas en 1824, confirmando el Parlamento al año siguiente su decisión. Sin embargo, aun después de dar ese paso, las autoridades limitaban significativamente la actividad de las uniones obreras. La mera agitación a ingresar a un sindicato y participar en huelgas era considerada como "coacción" y "violencia". Estos actos se castigaban como delitos comunes. —418.
- ¹⁴³ Véase la nota 97. —420.
- ¹⁴⁴ Marx se refiere a la activa penetración de comerciantes privados ingleses al mercado chino después de ser eliminado el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales en el comercio con dicho país (1833). El contrabando de opio adquirió particular dimensión, al contar con todo el apoyo del gobierno inglés, el cual pisoteaba conscientemente las leyes y los intereses estatales de China, contribuyendo a la intoxicación masiva y quebrantando la salud de la población. En respuesta a las decididas acciones de las autoridades chinas, dirigidas contra el contrabando del narcótico, los ingleses desencadenaron la Primera Guerra del Opio (1839-1842), cuyos resultados quedaron reflejados en un tratado gravoso e injusto para China. —423.
- ¹⁴⁵ Véase la nota 128. —424.
- ¹⁴⁶ Véase la nota 79. —428.
- ¹⁴⁷ Véase la nota 48. —434.
- ¹⁴⁸ Título del funcionario que encabezaba el Registro Civil inglés. Además de sus funciones usuales, una vez cada 10 años, el Registro efectuaba un censo de población. —435.
- ¹⁴⁹ Se refiere al documento parlamentario *Factories. Return to an Address of the Honourable the House of Commons, dated 24 April 1861*, p. 9. —437.
- ¹⁵⁰ W. Shakespeare. *El mercader de Venecia*, acto IV, escena 1. —448.
- ¹⁵¹ *Ne sutor ultra crepidam!* (¡Zapatero, a tus zapatos!): El gran pintor griego Apelles pronunció esta frase en respuesta a la crítica de un zapatero que no

- entendía de pintura y sólo había podido encontrar algunas deficiencias en la imagen de una sandalia en uno de sus cuadros. —449.
- ¹⁵² Véase la nota 5. —455.
- ¹⁵³ Cita modificada del poema *An die Natur* (A la naturaleza) de Friedrich Leopold Stolberg, poeta alemán de fines del siglo XVIII. —470.
- ¹⁵⁴ P. J. Proudhon. *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère*, t. I, París, 1846, p. 73. —471.
- ¹⁵⁵ *Confederate States of America*: Confederación de once estados esclavistas del sur de los EE. UU. (1861-1865), formada como resultado de la sublevación de los esclavistas. Al proclamar el Estado independiente, se proponían conservar la esclavitud y establecerla en todo el territorio de los EE. UU. La Confederación dejó de existir en 1865, después de ser derrotados los esclavistas en la guerra civil. —494.
- ¹⁵⁶ El autor del libro *Essai sur la nature du commerce en général* es Richard Cantillon. La edición inglesa de esta obra fue reelaborada por su pariente Philip Cantillon. —510.
- ¹⁵⁷ Marx hace alusión al comportamiento del mariscal de corte Kalb, en la tragedia de Schiller *Cábala y amor*. En el acto III (escena 2), Kalb se niega en un principio a tomar parte en una intriga, fraguada por el presidente de la Corte de un príncipe alemán. El presidente amenaza con dimitir, lo que conllevaría la caída automática de Kalb. Este, espantado, pregunta: "¿Y yo?... ¡Usted es un hombre de estudios! Pero yo... *mon Dieu!* ¿Qué será de mí si su Alteza me deja cesante?" —528.
- ¹⁵⁸ La Unión Obrera Alemana en Bruselas fue fundada por Marx y Engels a fines de agosto de 1847. Su objetivo era la educación política de los obreros alemanes que vivían en Bélgica y la propagación entre ellos de las ideas del comunismo científico. Bajo la dirección de Marx, Engels y sus compañeros, la Unión se convirtió en un centro legal de las fuerzas proletarias revolucionarias de Bélgica. Sus mejores elementos integraban la comunidad en Bruselas de la Liga de los Comunistas. La Unión Obrera Alemana en Bruselas dejó de existir poco tiempo después de la revolución burguesa en Francia de febrero de 1848, debido a la detención y expatriación de sus miembros por la policía belga. —531.
- ¹⁵⁹ Simonde de Sismondi. *Nouveaux principes d'économie politique, ou De la richesse dans ses rapports avec la population*, tomo I, París, 1819, p. 119. —534.
- ¹⁶⁰ *Biblia (Evangelio de Mateo, cap.1)* describe cómo creció paulatinamente la descendencia de Abraham, progenitor de los hebreos, y cómo de ésta surgió dicho pueblo. —534.
- ¹⁶¹ Hegel. *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, en *Werke*, 2ª ed., t. VIII, Berlín, 1840, p. 259. —540.
- ¹⁶² Se refiere a la obra de J. St. Mill, *A System of Logic, ratiocinative and inductive being a connected View of the Principles of Evidence, and the Methods of Scientific Investigation*, en dos volúmenes. La primera edición apareció en Londres en 1843. Marx destaca el hecho de que J. St. Mill, que pretendía haber expuesto "el sistema de la lógica", era superficial como economista y no observaba las exigencias más elementales del análisis lógico. —542.
- ¹⁶³ Primer esquema en la economía política de la reproducción y circulación del capital social global, elaborado por el fisiócrata Quesnay. Marx habla más detenidamente de esta Tabla en las *Teorías del plusvalor* (parte I, cap. 6), en el capítulo X que él escribió para la segunda sección del libro de Engels *Anti-Dühring*, así como en el segundo tomo de *El Capital* (capítulo XIX). —542.
- ¹⁶⁴ Lichnowski empleó varias veces la expresión "ninguna fecha no tiene" al intervenir en la Asamblea Nacional de Francfort, el 31 de agosto de 1848, pronunciándose contra el derecho histórico de Polonia a la independencia. En vez de "*keinen Datum hat*", decía "*keinen Datum nicht hat*", cometiendo un serio error gramatical al emplear dos negaciones una tras otra. Por esta razón su intervención fue acompañada de risas del público. Véase más detalles al respecto en F. Engels *Debates sobre la cuestión polaca en Francfort*. —543.
- ¹⁶⁵ Schiller. Balada *La flanza*. —544.

- ¹⁶⁶ Cita modificada de Goethe, *Fausto*, parte I, escena 2 ("Ante la puerta"). —545.
- ¹⁶⁷ Según la religión cristiana, Moisés y los profetas escribieron los libros del *Viejo Testamento* de la *Biblia*. Marx emplea la expresión "¡He ahí a Moisés y los profetas!" en el sentido de "he ahí lo principal", "tal es el primer mandamiento". —546.
- ¹⁶⁸ J. B. Say. *Traité d'économie politique*, 5ª ed., tomo I, París, 1826, pp. 130-131. —546.
- ¹⁶⁹ *Determinatio est negatio* (Determinación es negación): Marx cita esta fórmula de Spinoza en la comprensión de Hegel, que tuvo gran difusión. Spinoza emplea esta expresión con el sentido de "delimitación es negación" (véase la correspondencia de Spinoza, carta 50). —548.
- ¹⁷⁰ Se cita el libro de A. Potter *Political Economy: its Objects, Uses, and Principles: considered with Reference to the Condition of the American People*, Nueva York, 1841. Como se desprende de la introducción, la mayor parte del libro es, en lo esencial, una reimpresión (con modificaciones de A. Potter) de los primeros diez capítulos del libro de G. Scrope *The Principles of Political Economy*, publicado en Inglaterra en 1833. —548.
- ¹⁷¹ *Nulla dies sine linea* (Ningún día sin un trazo): Estas palabras son atribuidas al pintor griego Apeles, cuya norma consistía en trabajar, aunque fuera un poco, todos los días. —560.
- ¹⁷² En Roma Antigua se daba este nombre a la parte de la propiedad que el jefe de familia permitía administrar a una persona libre o a un esclavo. La posesión de un peculio no eliminaba la dependencia real del esclavo con respecto a su amo. Este último seguía siendo el propietario jurídico del peculio. Por ejemplo, al poseedor de un peculio se le permitía tratar con otras personas, pero sólo hasta el límite de que no adquiriese una suma de dinero suficiente que le permitiese terminar con su esclavitud, pagando el rescate. La realización de contratos particularmente ventajosos y otras actividades que prometiesen un aumento significativo del peculio, eran privilegio del jefe de familia. —561.
- ¹⁷³ Linguet. *Théorie des lois civiles, ou Principes fondamentaux de la société*, tomo I, Londres, 1767, p. 236. —565.
- ¹⁷⁴ A. Smith. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. I, Edimburgo, 1814, p. 142. —570.
- ¹⁷⁵ Inglaterra, de 1849 a 1859, participó en varias guerras: la de Crimea (1853-1856), contra China (1856-1858 y 1859-1860) y contra Irán (1856-1857). Además, en 1857-1859 sus ejércitos fueron enviados a aplastar la sublevación de liberación nacional en India. —585.
- ¹⁷⁶ Véase la nota 95. —592.
- ¹⁷⁷ J. Steuart. *An Inquiry into the Principles of Political Oeconomy*, vol. I, Dublín, 1770, pp. 39, 40. —594.
- ¹⁷⁸ Véase la nota 148. —598.
- ¹⁷⁹ N. Boileau. *Sátira VIII*. —599.
- ¹⁸⁰ Se refiere a la obra de F. Engels. *Situación de la clase obrera en Inglaterra*. —600.
- ¹⁸¹ A. Smith. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. I, Edimburgo, 1814, p. 6. —600.
- ¹⁸² Movimiento de los obreros rurales ingleses en 1830-1833, dirigido contra las trilladoras y por salarios más elevados. Pretendían lograr sus fines mediante cartas con amenazas que despachaban a arrendatarios y terratenientes en nombre de un supuesto capitán Swing, así como incendiando los tresnales y rompiendo las trilladoras. —618.
- ¹⁸³ *Low Church* (Iglesia Baja): Sector de la Iglesia Anglicana, cuyos integrantes eran, esencialmente, miembros de la burguesía y del clero inferior. Predicaba la moral burguesa-cristiana y se dedicaba a actividades filantrópicas. El conde Shaftesbury (lord Ashley), debido a estas actividades, poseía gran influencia en los círculos de la "Iglesia Baja", por eso Marx lo llama irónicamente "sumo pontífice" de esta Iglesia. —620.

- ¹⁸⁴ Véase la nota 148. —620.
- ¹⁸⁵ Horacio. *Arte Poética*, verso 173. —621.
- ¹⁸⁶ *Fanerogamia* (del griego *fanerós* (visible, evidente) y *gamos, gamia* (unión sexual): Expresión empleada por Fourier en su obra *Le nouveau monde industriel et sociétaire*, sección quinta, complementos al cap. XXXVI, sección sexta, resumen. —636.
- ¹⁸⁷ Véase la nota 90. —644.
- ¹⁸⁸ Denominación antigua de Irlanda. —648.
- ¹⁸⁹ Cita modificada de Mefistófeles de la tragedia de Goethe *Fausto* ("Prólogo en el cielo"). —649.
- ¹⁹⁰ Revolucionarios pequeñoburgueses irlandeses. Las primeras organizaciones fenianas surgieron en Irlanda en 1857 y en los EE. UU., en donde agrupaban a los emigrantes de origen irlandés. El programa y la actividad de los fenianos expresaban la protesta de la masas populares de Irlanda contra el yugo colonial inglés. Los fenianos exigían la independencia nacional de Irlanda, el establecimiento de una república democrática, la transformación de los campesinos-arrendatarios en propietarios de la tierra que trabajaban, etc.; se proponían llevar a la práctica su programa político por medio de la insurrección armada. Sin embargo, su actividad conspirativa no tuvo éxito. A fines de los años 60 fueron sometidos a represiones masivas. En los años 70, el movimiento decayó. —651.
- ¹⁹¹ *Acerba fata Romanos agunt scelusque fraternae necis* (Acerbo destino atormenta a los romanos, y el crimen del fratricidio).— Horacio, *Epodos*, epodo 7. —651.
- ¹⁹² Marx se refiere a las consecuencias económicas de los grandes descubrimientos geográficos de fines del siglo XV. El descubrimiento de la ruta marítima hacia la India, de las Indias Occidentales y del continente americano condujo a un cambio profundo en las rutas comerciales. Las ciudades comerciales del norte de Italia (Génova, Venecia, entre otras) perdieron su papel predominante. —655.
- ¹⁹³ J. Steuart. *An Inquiry into the Principles of Political Oeconomy*, vol. I., Dublín 1770, p. 52. —656.
- ¹⁹⁴ *Pauper ubique jacet* (El pobre en todas partes está sojuzgado): Ovidio. *Fastos*, libro I, verso 218. —659.
- ¹⁹⁵ Por lo visto, se refiere al edicto que estableció la persecución de los campesinos prófugos, promulgado durante el reinado de Fiódor Ivánovich, en 1597. De hecho, el soberano de Rusia era Boris Godunov. Según el edicto, los campesinos que huían del yugo insostenible y de la sumisión a los terratenientes debían ser perseguidos durante cinco años para devolverlos por la fuerza a sus antiguos amos. —661.
- ¹⁹⁶ Denominación dada por la historiografía burguesa inglesa al golpe de Estado de 1688, que condujo al establecimiento de la monarquía constitucional, como resultado de un compromiso entre la aristocracia terrateniente y la gran burguesía. —661.
- ¹⁹⁷ Se refiere al panfleto *A Letter from the Right Honourable Edmund Burke to a Noble Lord, on the Attacks made upon him and his Pensión, in the House of Lords, by the Duke of Bedford, and the Earl of Lauderdale, Early in the present Sessions of Parliament*, publicado en Londres en 1796. —661.
- ¹⁹⁸ Ley aprobada en la Roma Antigua en el año 367 a.n.e. Estableció ciertos límites al traspaso de tierras públicas en usufructo individual y la casación parcial de las deudas. Reflejaba determinado fortalecimiento en las posiciones políticas y económicas de la plebe, al estar orientada contra el crecimiento de la gran tenencia de la tierra y los privilegios de la nobleza patricia. La tradición romana considera a los tribunos populares Licinio y Sixtio como los autores de esta ley. —664.
- ¹⁹⁹ Sublevación de 1745-1746 de los partidarios de la dinastía real de los Estuardos, exigía la coronación del llamado "joven pretendiente", Carlos Eduardo. Simultáneamente, la insurrección reflejaba la protesta de las masas populares de Escocia e Inglaterra contra la explotación de parte de los terratenientes y la expropiación masiva de los campesinos que eran despojados de la tierra. Después de reprimida la sublevación por las tropas regulares inglesas, el sistema

de clanes en la Escocia montañosa comenzó a desintegrarse rápidamente, y la expulsión de los campesinos de la tierra adquirió un carácter aún más intenso. —666.

- ²⁰⁰ Categoría de dignatarios, analizada por Marx en su artículo *De las elecciones — las complicaciones financieras — la duquesa de Sutherland y la esclavitud*. Era constituida, dentro del clan escocés, por los ancianos subordinados directamente al jefe del clan o *laird* (el "gran hombre"). Este distribuía entre los ancianos la tierra (*tak*), la cual seguía siendo propiedad de todo el clan. Al *laird*, los *taksmen* le ofrendaban un pagueño tributo, simbolizando así el reconocimiento de su poder, y, a su vez, repartían parcelas entre sus vasallos. Al disolverse el sistema de clanes, el *laird* se convirtió en terrateniente y los *taksmen* en arrendatarios capitalistas. Con ello, el tributo que los *taksmen* antes ofrendaban al *laird* se transforma en renta de la tierra. —666.
- ²⁰¹ Población nativa de los *Highlands* de la Escocia septentrional y occidental, descendientes de los celtas antiguos. —666.
- ²⁰² Marx se refiere a su artículo *De las elecciones — las complicaciones financieras — la duquesa de Sutherland y la esclavitud*, publicado en el *New York Daily Tribune* del 9 de febrero de 1853. —667.
- ²⁰³ Véase la nota 120. —669.
- ²⁰⁴ *Petty Sessions* (sesiones breves): Sesiones de los tribunales de paz en Inglaterra; consideran casos menores según un procedimiento judicial simplificado. —672.
- ²⁰⁵ A. Smith. *An Inquiry into the Nature and the Causes of the Wealth of Nations*, vol. I, Edimburgo, 1814, p. 237. —673.
- ²⁰⁶ Véase la nota 173. —673.
- ²⁰⁷ Véase la nota 142. —674.
- ²⁰⁸ Ley contra las "conspiraciones": su origen data desde la Edad Media. Prohibía todo tipo de acción "conspirativa", aunque tuviese fundamento legal. Basándose en esta ley, eran reprimidas las organizaciones y la lucha de los obreros, tanto antes de ser aprobadas las leyes de coalición (véase la nota 142), como después de su derogación. —676.
- ²⁰⁹ Se refiere a la dictadura jacobina en Francia, de junio de 1793 a junio de 1794. —676.
- ²¹⁰ A. Anderson. *An Historical and Chronological Deduction of the Origin of Commerce, from the Earliest Accounts to the present Time*. La primera edición vio la luz en Londres, en 1764. —680.
- ²¹¹ J. Steuart. *An Inquiry into the Principles of Political Oeconomy*, vol. I, Dublín, 1770, libro primero, cap. XVI. —680.
- ²¹² Véase la nota 54. —686.
- ²¹³ G. Gülich. *Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe und des Ackerbaus der bedeutendsten handeltreibenden Staaten unserer Zeit*, t. I, Jena, 1830, p. 371. —687.
- ²¹⁴ Marx cita aquí, por lo visto, la edición inglesa del libro *Aanwysing der heilsame politike Gronden en Maximen van de Republike van Holland en West-Friesland*, atribuido a Jan de Witt y publicado por primera vez en Leyden en 1662. Como se estableció posteriormente, su autor, excepción hecha de dos capítulos escritos efectivamente por Jan de Witt, era Piter van der Hore, economista y empresario holandés. —689.
- ²¹⁵ Véase la nota 210. —692.
- ²¹⁶ *Tratados de Asiento*: Convenios por los cuales España, en los siglos XVI-XVIII, otorgaba a gobiernos extranjeros y a particulares el privilegio de la trata de esclavos negros en sus dominios americanos. —692.
- ²¹⁷ Expresión del poema de Virgilio *Eneida*, libro I, verso 33. —692.
- ²¹⁸ C. Pecqueur. *Théorie nouvelle d'économie sociale et politique, ou Etudes sur l'organisation des sociétés*, París, 1842, p. 435. —694.
- ²¹⁹ Véase la nota 167. —702.
- ²²⁰ Véase la nota 66. —704.
- ²²¹ En 1844, por iniciativa de R. Peel, se aprobó una ley de reforma del Banco de Inglaterra, destinada a evitar las dificultades en el cambio por oro de los billetes

de banco. Según la ley, el banco se dividía en dos departamentos autónomos: uno de operaciones bancarias y otro de emisión; además, se establecía una tasa fija de respaldo áureo a los billetes de banco. Se limitaba a 14 millones de libras esterlinas la emisión de billetes no cubiertos por el fondo metálico. Sin embargo, en la realidad, al margen de esta ley, el monto de billetes de banco en circulación no dependía, de hecho, del fondo en metálico, sino de la demanda de billetes en la esfera circulatoria. En los períodos de crisis económicas, cuando la demanda de dinero se hacía sentir de manera extremadamente aguda, el gobierno inglés suspendía por un cierto tiempo la vigencia de esta ley y aumentaba la suma de billetes no respaldados en metálico. —704.

INDICE DE NOMBRES

A

- Addington, Stephen** (1729-1796): teólogo inglés, autor de varios manuales. — 663.
- Aikin, John** (1747-1822): médico inglés, historiador y publicista radical. — 545, 546, 684, 691, 692.
- Alexandra** (1844-1925): hija del rey danés Cristián IX, casada en 1863 con el entonces príncipe de Gales y luego rey inglés Eduardo VII. — 243.
- Anacarsis** (siglo VI a.n.e.): filósofo escita. — 103.
- Anderson, Adam** (1692-1765): economista escocés, autor de una obra sobre la historia del comercio. — 680, 692.
- Anderson, James** (1739-1808): economista escocés, predecesor de Ricardo en la teoría de la renta. — 464, 514, 515, 567, 663, 666, 680.
- Ana** (Estuardo) (1665-1714): reina de Inglaterra (1702-1714); bajo su reinado, Inglaterra y Escocia se unieron constituyendo Gran Bretaña (1707). — 158, 672.
- Antipatro** de Tesalónica (¿siglo I a.n.e.): poeta griego. — 377.
- Apiano** de Alejandría (fines del siglo I a 170?): historiador romano, autor de una detallada *Historia Romana*. — 664.
- Arbutnot, John**: arrendatario inglés, autor de un anónimo escrito publicado en Londres en 1773 sobre el vínculo existente entre los precios de los medios de subsistencia y la magnitud de los predios arrendados. — 287, 304, 306, 660, 664.
- Arquíloco** (siglo VII a.n.e.): lírico griego. — 339.
- Arquímedes** (287?-212 a.n.e.): matemático y físico griego. — 284.
- Ariosto, Lodovico** (1474-1533): poeta italiano del Renacimiento, su obra principal es *L'Orlando furioso*. — 39.
- Aristóteles** (384-322 a.n.e.): gran pensador de la Antigüedad, entre los "viejos filósofos griegos... el cerebro más universal", que "ya había investigado las formas más esenciales del pensamiento dialéctico" (Engels). En sus concepciones económicas defendía la economía natural de la sociedad esclavista; analizaba ya la forma del valor y las dos formas primitivas del capital (el capital comercial y el capital usurario). — 67, 68, 87, 90, 149, 150, 160, 304, 377.
- Arkwright, sir Richard** (1732-1792): empresario e inventor inglés. Organizó (desde 1771) las primeras hilanderías. — 342, 348, 353, 391, 395, 450.
- Arrivabene, Jean** (Giovanni), conde de (hijo) (1787-1881): emigrado político italiano, le pertenece la iniciativa del congreso económico en Bruselas (1847); traducía obras económicas al francés. — 548.
- Ashley**, lord: véase Shaftesbury, Antony Ashley Cooper, conde de. — 619.
- Ashworth, Henry** (1794-1880): fabricante algodonero inglés, partidario de Cobden y cofundador de la Liga contra las leyes cerealeras. — 268, 374.
- Aveling, Edward**, (1851-1898): socialista inglés, escritor y médico; marido 375.
- Ateneo** (fines del siglo II y comienzos del siglo III): retórico y gramático griego. — 103, 131.
- Augier, Marie**: periodista francesa, autora de trabajos sobre asuntos económicos. — 693.
- Aveling, Edward**, (1851-1898): socialista inglés, escritor y médico; marido de E. Marx. Trabajó en la traducción al inglés del primer tomo de *El Capital*. Miembro de la *Social Democratic Federation* y luego de la *Socialist League*. — 32.

B

- Babbage**, Charles (1792-1871): matemático, mecánico y economista inglés.—322, 325, 347, 361, 374.
- Bacon**, Francis, vizconde de Saint Albans y barón de Verulam (1561-1626): político, filósofo, naturalista e historiador inglés. "El verdadero progenitor del materialismo inglés y de toda la ciencia experimental moderna es Bacon" (Marx).—360, 361, 657, 658.
- Bailey**, Samuel (1791-1870): filósofo y economista inglés; criticó la teoría del valor-trabajo de Ricardo desde el punto de vista de la economía vulgar; no obstante, señaló acertadamente algunas contradicciones en las concepciones económicas de ésta.—58, 70, 88, 490, 560.
- Baker**, Robert: inspector fabril inglés de los años 50 y 60 del siglo XIX.—280, 393, 649.
- Ballard**, Edward (1820-1897): médico inglés, funcionario de sanidad londinense.—432.
- Balzac**, Honoré de (1799-1850): gran escritor francés.—541.
- Bankes**, George (1788-1856): jurista y político inglés.—619.
- Barbon**, Nicholas (1640-1698): economista inglés, representaba el punto de vista de que el valor de una mercancía se determina por su utilidad.—45, 46, 47, 128, 142, 566.
- Barton**, John (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX): economista inglés, representante de la economía política burguesa clásica.—579, 580, 617.
- Basedow**, Johann Bernhard (1724-1790): pedagogo alemán.—450.
- Bastiat**, Frédéric (1801-1850): economista francés, predicaba la armonía de los intereses de clase en la sociedad capitalista; "el más superficial y, por eso, el más logrado representante de la apologetica de la economía vulgar" (Marx).—68, 87, 185, 377.
- Baynes**, John: miembro de la municipalidad de Blackburn; en 1857 publicó dos tratados acerca del comercio algodonero.—359.
- Belbel**, August (1840-1913): socialista, cofundador y uno de los más importantes dirigentes de la socialdemocracia alemana; amigo y discípulo de Marx y Engels.—38.
- Beccaria**, Cesare Bonesana, marqués de (1738-1794): jurista, publicista y economista italiano, representante de la Ilustración burguesa del siglo XVIII.—339.
- Beckmann**, Johann (1739-1811): científico alemán, autor de trabajos sobre tecnología y economía.—395.
- Bedford**: familia aristocrática inglesa.—661.
- Beecher-Stowe**, Harriet Elizabeth (1811-1896): escritora norteamericana, autora de *La cabaña del tío Tom*; activa luchadora por la liberación de los esclavos en los EE.UU.—667.
- Bekker**, Immanuel (1785-1871): filólogo, preparó varias ediciones de los escritos de Platón, Aristóteles, Aristófanes y otros.—150.
- Bell**, sir Charles (1774-1842): cirujano y fisiólogo escocés.—261, 608.
- Bellers**, John (1654-1725): economista inglés, autor de escritos socialreformistas; destacaba la importancia del trabajo en la creación de la riqueza.—130, 137, 143, 304, 324, 394, 442, 450, 564.
- Bentham**, Jeremy (1748-1832): sociólogo inglés, teórico de la filosofía del utilitarismo. "Un genio de la estupidez burguesa" (Marx).—559-561.
- Berkeley**, George (1685-1753): filósofo irlandés, representante del idealismo subjetivo; teólogo, economista, crítico del mercantilismo, representante de la teoría nominalista del dinero; señalaba que el trabajo era la fuente principal de la riqueza.—312, 329.
- Bidaud**, J.N. (1ª mitad del siglo XIX): funcionario público francés, escribía sobre temas económicos.—298.
- Biese**, Franz (1803-1895): pedagogo y filólogo alemán, autor de una obra sobre la filosofía de Aristóteles.—377.
- Blaise**, Adolphe-Gustave (1811-1886): economista francés, editor de las obras de Jérôme-Adolphe Blanqui.—314.
- Blakey**, Robert (1795-1878): filósofo inglés.—660.
- Blanqui**, Jérôme-Adolphe (1798-1854): economista e historiador francés, hermano de Louis-Auguste Blanqui.—258, 314.
- Blanqui**, Louis-Auguste (1805-1881): destacado revolucionario francés, comunista utópico; organizador de diferentes sociedades secretas y conspirativas, participante activo de las revo-

- luciones de 1830 y 1848; sostenía la idea de tomar el poder por medio de la violencia y el establecimiento de una dictadura revolucionaria; estuvo 36 años en la cárcel. —258.
- Block, Maurice** (1816-1901): estadístico y economista francés. —21.
- Baileau, Étienne** (1200-1269): magistrado real de la ciudad de París, autor del *Libro de oficios*, en el cual se reúnen las disposiciones legales sobre los gremios franceses. —447.
- Boileau-Despréaux, Nicolas** (1636-1711): poeta francés, crítico literario. —599.
- Boisguillebert, Pierre de** (1646-1714): economista francés, desarrolló elementos de la economía política burguesa clásica en los marcos de una concepción global feudal. —129, 139.
- Bollingbroke, Henry Saint-John, vizconde** (1678-1751): estadista y político inglés, filósofo. —689.
- Bonaparte:** véase Napoleón III.
- Boulton, Matthew** (1728-1809): fabricante e ingeniero inglés. —349, 359.
- Boxhorn, Marcus Zuerius** (1612-1653): historiador y filólogo holandés. —395.
- Bray, John Francis** (1809-1895): economista inglés, socialista utópico, desarrolló la teoría del "dinero-trabajo". —75.
- Brentano, Lujo** (Ludwig Joseph) (1844-1931): economista de la joven escuela histórica alemana, reformista burgués, cofundador de la Unión para Política Social. —39, 41.
- Bright, John** (1811-1889): fabricante inglés, político liberal, librecambista, cofundador de la Liga contra las leyes cerealeras. —17, 239, 264, 597, 621, 683.
- Brindley, James** (1716-1772): mecánico e inventor inglés. —324.
- Broadhurst, J.:** economista vulgar inglés de mediados del siglo XIX. —63.
- Brodie, sir Benjamin Collins** (1783-1862): médico inglés. —261.
- Brougham, Henry Peter** (Lord Brougham and Vaux) (1778-1868): jurista, escritor y estadista inglés. —692.
- Bruckner, John** (1726-1804): clérigo protestante inglés, autor de escritos filosóficos. —566.
- Buchanan, David** (1779-1848): publicista y economista inglés, discípulo y comentarista de Adam Smith. —125, 513, 666, 667.
- Buchez, Philippe-Joseph-Benjamin** (1796-1865): político e historiador francés, republicano burgués, ideólogo del socialismo cristiano, discípulo de Saint-Simon; conjuntamente con P.-C. Roux-Lavergne editó la colección de fuentes *Histoire parlementaire de la révolution française*. —677.
- Burke, Edmund** (1729-1779): publicista y político inglés, autor de trabajos sobre problemas económicos; miembro del Parlamento; en un comienzo se inclinaba por el liberalismo, posteriormente defendía medidas reaccionarias, enemigo acérrimo de la revolución francesa. —197, 222, 301, 661, 693.
- Butler, Samuel** (1612-1680): poeta satírico inglés; autor del poema *Hudibras*. —46.
- Byles, sir John Barnard** (1801-1884): jurista inglés, autor de obras de economía y derecho. —254, 674.

C

- Cairnes, John Elliot** (1823-1875): economista y publicista inglés; enemigo de la esclavitud en los estados del sur de los EE.UU. —188, 249, 309.
- Campbell, sir George** (1824-1892): funcionario colonial inglés en la India, autor de varios trabajos sobre este país; miembro del Parlamento. —333.
- Cantillon, Philip:** economista inglés, preparó y publicó en 1759 la edición inglesa de la obra de Richard Cantillon *Essai sur la nature du commerce en général...* —566.
- Cantillon, Richard** (1680-1734): economista y comerciante inglés. —509.
- Carey, Henry Charles** (1793-1879): economista norteamericano, defensor de la teoría de la armonía de las clases en la sociedad burguesa. —488, 516, 517, 667, 683.
- Carli, Giovanni Rinaldo, conde** (1720-1795): científico italiano, autor de trabajos sobre el dinero y el comercio de granos; enemigo del mercantilismo. —307.
- Carlisle, sir Anthony** (1768-1840): médico inglés. —261, 366.
- Carlomagno** (cerca de 742-814): rey de los francos (768-800) y emperador de Occidente (800-814). —664.
- Carlos I** (1600-1649): rey de Inglaterra (1625-1649), ejecutado durante la re-

- volución burguesa inglesa del siglo XVII. — 658, 659.
- Carlos II* (1630-1685): rey de Inglaterra (1660-1685). — 125.
- Carlos V* (1500-1558): emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1519-1556) y rey de España (1516-1556) bajo el nombre de Carlos I. — 672.
- Carlos VI* (1685-1740): emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1711-1740). — 395.
- Carlos X* (1622-1660): rey de Suecia (1654-1660). — 662.
- Carlos XI* (1655-1697): rey de Suecia (1660-1697). — 662.
- Carlos Eduardo* (1720-1788), pretendiente al trono inglés, conocido como "el joven pretendiente". — 666.
- Carlyle*, Thomas (1795-1881): escritor, historiador y filósofo idealista inglés. — 240.
- Castlereagh*, Henry Robert Stewart, marqués de Londonderry, vizconde (1769-1822): estadista inglés; ministro de Guerra y Colonias (1805-1806, 1807-1809), ministro del Exterior (1812-1822). — 395.
- Catalina II* (1729-1796): emperatriz de Rusia (1762-1796). — 625.
- Cazenove*, John: economista inglés, partidario de Malthus. — 190, 296, 479, 522, 548.
- Cervantes Saavedra*, Miguel de (1547-1616): gran escritor español. — 87, 90, 558.
- Cicerón* (Marco Tulio) (106-43 a.n.e.): estadista romano, escritor y orador, filósofo ecléctico. — 377.
- Cincinato* (Lucio Quinto) (siglo V a.n.e.): patricio romano, consul (460 a.n.e.), dictador (458 y 439 a.n.e.); según la leyenda llevaba una vida austera y él mismo labraba su tierra. — 177.
- Clauren*, Heinrich (pseudónimo de Carl Heun) (1771-1854): escritor alemán, autor de novelas sentimentales. — 212.
- Claussen*, Pieter: inventor belga, perfeccionó el telar circular. — 344.
- Clement*, Simon: comerciante inglés. — 94.
- Cobbett*, William (1762-1835): político y publicista inglés de procedencia campesina, luchaba por la democratización del orden político en Inglaterra. — 269, 659, 688, 690.
- Cobden*, Richard (1804-1865): fabricante de Manchester, librecambista, político, cofundador de la Liga contra las leyes cereales, parlamentario. — 17, 239, 264, 621.
- Cobert*, Jean-Baptiste, marqués de Seignelay (1619-1683): estadista francés, contralor general de Hacienda durante el reinado de Luis XIV; su política económica mercantilista estaba orientada a reforzar la monarquía feudal-absolutista. — 288, 690.
- Colins*, Jean-Guillaume Hippolyte (1783-1859): economista pequeñoburgués francés, de origen belga; defendía la apropiación de la renta de la tierra por el Estado, como el medio adecuado para resolver las contradicciones del sistema capitalista. — 563, 634, 704.
- Colón*, Cristóbal (1451-1506): navegante italiano a las órdenes de los reyes españoles, descubridor de América. — 130.
- Comte*, François Charles (1782-1837): publicista liberal y economista francés. — 685.
- Comte*, Auguste (1798-1857): matemático, filósofo y sociólogo francés, fundador del positivismo. — 310.
- Condillac*, Etienne Bonnot de (1715-1780): economista y filósofo deísta francés, sensualista; defendía la idea de que el valor de la mercancía se determina por su utilidad. — 155.
- Condorcet*, Marie-Jean-Antoine Caritat, marqués de (1743-1794): sociólogo francés, representante de la Ilustración; fue el primero en elaborar la teoría idealista del progreso histórico, según la cual su fuente era el perfeccionamiento de la razón humana. — 565.
- Corbet*, Thomas: economista inglés del siglo XIX, partidario de Ricardo. — 147, 541.
- Corben* Claude Anthime (1808-1891): obrero francés, posteriormente fue diputado, republicano burgués. — 449.
- Courcelle-Seneuil*, Jean-Gustave (1813-1892): economista y comerciante francés. — 220, 549.
- Cromwell*, Oliver (1599-1658): estadista inglés, dirigente de la burguesía y de la nobleza aburguesada en la revolución burguesa del siglo XVII; de 1653 a 1658 lord Protector (jefe de Estado) de Inglaterra, Escocia e Irlanda. — 658, 660, 682.

- Culpeper*, sir Thomas (1578-1662): economista inglés, mercantilista. —693.
- Custodi*, Pietro (1771-1842): economista italiano, editor de las principales obras de los economistas italianos. —52, 95, 150, 154, 339, 593.
- Cuvier*, Georges, barón de (1769-1832): naturalista francés, zoólogo y paleontólogo. Engels caracterizó su teoría de los cataclismos como "revolucionaria en la frase y reaccionaria en los hechos. En lugar de una creación divina su teoría pone una serie de actos repetidos de creación, convirtiendo el milagro en una palanca esencial de la naturaleza". —470.
- Cuza*, Alexandru (1820-1873): político rumano, en 1859-1866 fue *hospodar* (príncipe) de Moldavia y Valaquia que en 1862 constituyeron el Estado rumano (véase la nota 62). —163.

Ch

- Chalmers*, Thomas (1780-1847), teólogo y economista escocés, "uno de los malthusianos más fanáticos" (Marx). —150, 158, 566, 567.
- Chamberlain*, Joseph (1836-1914), estadista británico, alcalde de Birmingham en 1873-1875, fue ministro en diferentes ocasiones. —589.
- Cherbuliez*, Antoine-Elisée (1797-1869): economista suizo, partidario de Sismondi, unió la teoría de éste con elementos de la doctrina ricardiana. —175, 179, 536.
- Chernishevski*, Nikolái Gavrilovich (1828-1889): revolucionario demócrata ruso, científico, escritor y crítico literario; uno de los predecesores de la socialdemocracia rusa. —18.
- Chevallier*, Jean-Baptiste Alphonse (1793-1879): químico y farmacéutico francés. —234.
- Child*, sir Josiah (1630-1699): comerciante y economista inglés, mercantilista, "paladín del capital industrial y comercial" (Marx) contra el capital usurario. —94, 693.

D

- Daire*, Louis François Eugène (1798-1847): economista francés, editor de obras de economía política. —94, 110, 139, 155, 292.
- Dante* Alighieri (1265-1321): gran poeta italiano; en su obra principal, la *Divina Comedia*, describe al hombre y el mundo de la Edad Media. —14, 105, 232.
- Darwin*, Charles Robert (1809-1882): naturalista inglés, fundador de la teoría del surgimiento y el desarrollo de las especies de plantas y animales. —318, 344.
- Daumer*, Georg Friedrich (1800-1875): escritor alemán, autor de obras sobre historia de la religión. —268.
- De Caus*, Salomon (1576-1626): constructor e ingeniero francés. —348.
- Defoe*, Daniel (¿1660?-1731): escritor y publicista inglés, escribía sobre economía, historia, política y religión; autor de la novela *Robinson Crusoe*. —83 - 85, 139, 269, 565.
- De Quincey*, Thomas (1785-1859): escritor y economista inglés, comentarista de Ricardo. —366.
- Derby*, Edward George Geoffrey Smith Stanley (desde 1851) conde de (1799-1869): estadista inglés. —420.
- De Roberti*, Evgueni Valentínovich (1843-1915): filósofo positivista ruso; economista burgués. —21.
- Descartes*, René (1596-1650): filósofo dualista francés, matemático y naturalista. —360, 361.
- Destutt de Tracy*, Antoine Louis Claude, conde de (1754-1836): economista francés, filósofo sensualista; partidario de la monarquía constitucional. —85, 86, 153, 159, 303, 305, 595.
- Dickens*, Charles (1812-1870): gran escritor inglés. —407.
- Diderot*, Denis (1713-1784): filósofo francés, representante del materialismo mecanicista, ateo; uno de los ideólogos de la burguesía revolucionaria francesa, representante de la Ilustración, figura máxima de los enciclopedistas. —132.
- Dietzgen*, Joseph (1828-1888): obrero curtidor, socialdemócrata, filósofo alemán; descubrió a su modo el materialismo dialéctico. —18.
- Diodoro de Sicilia* (¿80?-29 a.n.e.): historiador griego. —141, 222, 341, 469.
- Doubleday*, Thomas (1790-1870): publicista y economista inglés, enemigo del malthusianismo. —690.
- Dryden*, John (1631-1700): poeta inglés, representante del clasicismo. —228.

Ducpétiaux, Edouard (1804-1868): publicista y estadístico belga, filántropo burgués; inspector general de cárceles e instituciones de beneficencia. —614, 616.

Dufferin, Frederick, Temple Hamilton, Temple Blackwood, marqués de (1826-1902): estadista y diplomático inglés; terrateniente en Irlanda, gobernador general de Canadá (1872-1878), virrey de la India (1884-1888). —649, 650.

Duffy, Charles Gavan (1816-1903): político y publicista irlandés, en 1855 emigró a Australia donde desempeñó una serie de cargos públicos. —705.

Dunntng, Thomas Joseph (1799-1873): funcionario del movimiento sindical inglés, publicista. —505, 508, 509, 693.

Dupont, Pierre (1821-1870): poeta francés, autor de canciones que gozaban de gran popularidad entre los obreros. —634.

Dupont de Nemours, Pierre-Samuel (1739-1817): político y economista francés, fisiócrata. —110.

E

Eden, sir Frederic Morton (1766-1809): economista inglés, discípulo de Adam Smith. —229, 552, 565, 617, 660, 662, 665, 690, 691, 693.

Eduardo III (1312-1377): rey de Inglaterra (1327-1377). —99, 673.

Eduardo VI (1537-1553): rey de Inglaterra (1547-1553). —670, 671.

Emery, Charles Edward (n. 1838): inventor norteamericano. —355.

Engels, Federico (1820-1895). —6, 31, 35, 81, 149, 159, 226, 227, 281, 369, 390, 392, 410, 448, 556, 582, 696.

Enrique III (1551-1589): rey de Francia (1574-1589). —131.

Enrique VII (1457-1509): rey de Inglaterra (1485-1509). —254, 657, 658, 670.

Enrique VIII (1491-1547): rey de Inglaterra (1509-1547). —657, 670, 672.

Ensor, George (1769-1843): publicista inglés, abversario de Malthus. —667.

Epicuro (¿341-270? a.n.e.): filósofo materialista griego, ateaista. —85.

Eschwege, Wilhelm Ludwig von (1777-1855): ingeniero de minas y geólogo alemán. —49.

Esturado: dinastía que reinó en Escocia (1371-1714) e Inglaterra (1603-1714). —660.

Everet: inventor inglés del siglo XVIII. —395.

F

Fahrenheit, Gabriel Daniel (1686-1736): físico alemán, construyó un termómetro perfeccionado. —235, 243, 276.

Fairbairn, sir William (1789-1874): fabricante inglés, ingeniero e inventor. —402.

Farre, John Richard (1774-1862): médico inglés. —261.

Faulhaber, Johann (1580-1653): matemático e ingeniero alemán. —348.

Fawcett, Henry (1833-1884): economista inglés, discípulo de John Stuart Mill; político. —512, 561, 599, 683.

Federico II (1712-1786): rey de Prusia (1740-1786). —668, 680.

Felipe VI (1293-1350): rey de Francia (1328-1350). —259, 260.

Ferguson, Adam (1723-1816): historiador, filósofo y sociólogo escocés; maestro de Adam Smith. —123, 329, 336, 337.

Ferrand, William Bushfield; terrateniente inglés, miembro del Parlamento. —249, 384, 528.

Ferrier, François Louis Auguste (1777-1861): economista francés, proteccionista, funcionario público. —68.

Fichte, Johann Gottlieb (1762-1814): filósofo alemán, idealista subjetivo. —61.

Fielden, John (1784-1849): fabricante inglés, partidario de la legislación fabril. —372, 373, 381, 691.

Fleetwood, William (1656-1723): obispo inglés, autor de un libro sobre historia de los precios en Inglaterra. —254.

Fletcher, Andrew (1655-1716): político, parlamentario, terrateniente escocés; partidario de la independencia de Escocia. —660.

Fonteret, Antoine-Louis: médico francés, en la segunda mitad del siglo XIX escribió varios trabajos sobre higiene social. —337.

Forbes: inventor inglés. —362.

Forbonnais, François Véron Duverger de (1722-1800): economista francés, partidario de la teoría cuantitativa del dinero. —95.

- Forster*, Nathaniel (¿1726?-1790): clérigo inglés, autor de varios trabajos sobre temas económicos, defendía los intereses de los obreros. —256, 394, 470, 662.
- Forster*, William Edward (1818-1886): fabricante y político inglés, miembro del Parlamento. —608, 609.
- Fortescue*, sir John (¿1394-1476?): jurista inglés, autor de varios trabajos sobre la estructura estatal de Inglaterra. —656.
- Fourier*, Charles (1772-1837): destacado socialista utópico francés. —271, 394, 636.
- Franklin*, Benjamin (1706-1790): estadista, naturalista y economista norteamericano; activo luchador por la independencia de su país, coautor de la Declaración de la Independencia de los EE.UU. "Uno de los primeros economistas que penetró, después de William Petty, en la naturaleza del valor" (Marx). —59, 159, 173, 304, 565, 566.
- Freytag*, Gustav (1816-1895): escritor y periodista alemán. —675.
- Fullarton*, John (1780-1849): economista inglés, autor de trabajos sobre la circulación monetaria y el crédito, adversario de la teoría cuantitativa del dinero. —128, 140, 142.
- Fulton*, Robert (1765-1815): ingeniero e inventor norteamericano; en 1803 construyó el primer barco utilizable a vapor. —450.
- G**
- Gales*, princesa de: véase Alexandra. —239, 243.
- Galiani*, Ferdinando (1728-1787): economista italiano, adversario de los fisiócratas; sostenía que el valor de la mercancía se determina por su utilidad, expresó al mismo tiempo algunas afirmaciones correctas acerca de la naturaleza de las mercancías y el dinero. —80, 94, 102, 150, 154, 293.
- Ganilh*, Charles (1758-1836): político y economista burgués francés, epígono del mercantilismo. —68, 86, 96, 168, 173, 413.
- Garnier*, Germain, conde de (1754-1821): economista y político francés, monarquista; epígono de los fisiócratas, traductor y comentarista de Adam Smith. —337, 507.
- Gaskell*, Peter: médico y publicista inglés de la 1ª mitad del siglo XIX. —401, 402, 409.
- Genovesi*, Antonio (1712-1769): filósofo idealista y economista italiano, mercantilista. —150.
- Geoffroy Saint-Hilaire*, Étienne (1772-1844): zoólogo francés, uno de los precursores de Darwin en la teoría evolucionista. —680.
- Gerhardt*, Charles Frédéric (1816-1856): químico francés. —287, 288.
- Gillott*, Joseph (1799-1873), fabricante de resortes de hierro en Birmingham. —425.
- Gisborne*, Thomas (1758-1846): teólogo inglés, autor de una serie de trabajos sobre moral cristiana. —691.
- Gladstone*, William Ewart (1809-1898): estadista inglés. —37, 38, 39, 41, 598, 599, 676.
- Godunov*, Boris Fiódorovich (¿1551?-1605): zar de Rusia (1598-1605). —661.
- Goethe*, Johann Wolfgang (1749-1832): gran escritor y pensador alemán. —39, 75, 91, 186, 187, 545, 649.
- Gordon*, sir John William (1814-1870): oficial inglés, ingeniero militar, luego general. —168.
- Gottsched*, Johann Christoph (1700-1766): escritor y crítico alemán, representante en Alemania de la temprana Ilustración (siglo XVIII). —206.
- Gray*, John: escritor inglés de fines del siglo XVIII, escribió varios trabajos sobre problemas de política y economía. —156.
- Gray*, John (1798-1850): economista y socialista utopista inglés, owenista, uno de los autores de la teoría del "dinero-trabajo". —75.
- Greenhow*, Edward Headlam (1814-1888): médico inglés dedicado a la higiene social. —230, 231, 273, 385.
- Greg*, Robert Hyde (1795-1875): fabricante inglés, librecambista. —271.
- Gregoir*, H.: secretario de la Unión de los obreros de imprentas en Bruselas. —510.
- Grey*, sir George (1799-1882), estadista inglés. —269, 609.
- Grove*, sir William Robert (1811-1896), físico y jurista inglés. —482.
- Güllich*, Gustav von (1791-1847), economista y comerciante alemán, autor de una serie de trabajos sobre historia de la economía. —16, 687.

- Guillermo III**, príncipe de Orange (1650-1702): estatúder de Holanda (1672-1702), rey de Inglaterra (1689-1702).—661.
- Guillermo IV** (1765-1837): rey de Inglaterra (1830-1837).—270.
- Guthrie, George James** (1785-1856): cirujano londinense.—261.
- H**
- Hall, Christopher Newman** (1816-1902): sacerdote inglés, representante del alto clero.—240.
- Haller, Carl Ludwig von** (1768-1854): historiador y jurista suizo, apologista de la servidumbre y del absolutismo.—360.
- Hamilton, sir William** (1788-1856): filósofo escocés, editor de las obras de Dugald Stewart.—298.
- Hamm, Wilhelm von** (1820-1880): agrónomo alemán, autor de varios trabajos sobre temas agrícolas.—462.
- Hansen, Georg** (1809-1894): economista alemán, autor de varios trabajos sobre la agricultura y las relaciones agrícolas en Alemania.—224.
- Harris, James** (1709-1780): filósofo, filólogo y estadista inglés.—339.
- Harris, James**: véase Malmesbery, James Harris.—339.
- Harrison, William** (1534-1593): sacerdote inglés, autor de importantes obras que sirven como fuente para el estudio de la historia de Inglaterra en el siglo XVI.—656, 678.
- Hassall, Arthur Hill** (1817-1894): médico inglés, autor de varios trabajos sobre higiene social.—168, 234.
- Hastings, Warren** (1732-1818): político inglés, primer gobernador general de la India (1774-1785), implementó una cruenta política colonial. En 1788, fue llevado a los tribunales por prevaricato, sin embargo el juicio fue frandulento y terminó con su absolución.—686.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich** (1770-1831): el más importante representante de la filosofía clásica alemana, idealista objetivo, elaboró de la manera más completa la dialéctica idealista.—23, 53, 95, 163, 172, 287, 338, 540.
- Heine, Hainrich** (1797-1856): gran poeta alemán, paladín de la literatura democrática alemana; amigo cercano de la familia Marx.—281, 560.
- Helvetius, Claude Adrien** (1715-1771): filósofo francés, representante del materialismo mecanicista.—559.
- Heráclito de Efeso** (¿540-480? a.n.e.): filósofo materialista griego, uno de los fundadores de la dialéctica.—107.
- Herodes el Grande** (¿62?-4 a.n.e.): rey de Palestina (37-4 a.n.e.); según Mateo 2, 16, hizo degollar en Belén a todos los niños menores de dos años.—372.
- Herrenschwand, Jean** (1728-1812): economista suizo.—121.
- Hobbes, Thomas** (1588-1679): filósofo inglés, representante del materialismo mecanicista; sus concepciones socio-políticas se distinguían por contener elementos claramente antidemocráticos.—165, 361, 566.
- Hobhouse, John Cam, barón Broughton de Gyfford** (1786-1869): estadista inglés. A su iniciativa se debe la ley fabril de 1831.—270.
- Hodgskin, Thomas** (1787-1869): economista y publicista inglés; defendía los intereses del proletariado, criticaba el capitalismo desde posiciones del socialismo utópico, empleando para ello la teoría de Ricardo.—316, 328, 330, 492, 527, 684.
- Holinshead, Raphael** (m. ¿1580?): historiador inglés, autor de una crónica de Inglaterra, Escocia e Irlanda desde dos tiempos remotos hasta los años 70 del siglo XVI.—672.
- Homero**: legendario poeta épico de la Antigüedad griega, se le atribuyen la *Iliada* y la *Odisea*.—70, 238, 339.
- Hopkins, Thomas**: economista inglés de comienzos del siglo XIX.—217.
- Horacio** (Quinto Horacio Flaco) (65-8 a.n.e.): destacado poeta romano.—10, 109, 250, 319, 338, 434, 621, 651.
- Horne, George** (1730-1792): obispo inglés, autor de varios panfletos dirigidos contra Newton, Hume, Adam Smith y otros.—567.
- Horner, Francis** (1778-1817): economista y político inglés, partidario de la teoría ricardiana del dinero.—262, 691.
- Horner, Leonard** (1785-1864): geólogo inglés, inspector fabril (1833-1859), defendía los intereses de los obreros.—213, 227, 259, 265, 266, 268, 270, 370, 371, 382, 394, 506.

- Houghton**, John (m. en 1705): comerciante inglés, autor de escritos sobre temas del comercio, la industria y la agricultura. —394.
- Howard** de Walden, Charles Augustus Ellis, barón (1799-1868): diplomático inglés. —258.
- Howell**: inspector fabril inglés. —227, 271.
- Howitt**, William (1792-1879): escritor inglés, autor de libros sobre historia del cristianismo. —685.
- Hume**, David (1711-1776): filósofo, historiador y economista inglés, adversario del mercantilismo, uno de los primeros representantes de la teoría cuantitativa del dinero; amigo y consejero de Adam Smith. —471, 566, 567.
- Hunter**, Henry Julian: médico inglés, autor de varios informes sobre las malas condiciones de vida de los obreros. —604-607, 611, 612, 621, 624-628, 632, 658.
- Hutton**, Charles (1737-1823): matemático inglés. —638.
- Huxley**, Thomas Henry (1825-1895): naturalista inglés, colaborador de Ch. Darwin y popularizador de su doctrina. —444.

I

- Isabel I** (1533-1603): reina de Inglaterra (1558-1603). —254, 659, 671, 674, 675.
- Isócrates** (436-338 a.n.e.): escritor, político y orador griego; elaboró importantes elementos de la doctrina de la división del trabajo. —341.

J

- Jacob**, William (¿1762?-1851): comerciante, viajero y escritor inglés, autor de varios trabajos económicos. —49, 208.
- Jacobo I** (1566-1625): rey de Inglaterra e Irlanda (1603-1625), y como Jacobo VI rey de Escocia (1567-1625). —659, 672, 674.
- Jenofonte** (¿430-354? a.n.e.), historiador y filósofo griego. —340.
- Jerónimo** (San) (¿340?-420): teólogo oriundo de Dalmacia, traductor al latín de la *Biblia*. —105, 106.

- Jones**, Richard (1790-1855): economista inglés, sus trabajos reflejan el decaimiento de la escuela clásica de la economía política, a pesar de ello superó a Ricardo en algunos aspectos. —37, 287, 298, 306, 311, 522, 540, 549, 580.
- Jorge II** (1683-1760): rey de Gran Bretaña (1727-1760). —99, 674, 675.
- Jorge III** (1738-1820): rey de Gran Bretaña (1760-1820). —675.
- Juan II el Bueno** (1319-1364): rey de Francia (1350-1364). —673.
- Juárez**, Benito Pablo (1806-1872): gran estadista mexicano, luchador por la independencia nacional de su país. —163.

K

- Kars von Kars**, Williams: véase Williams, sir William Fenwick.
- Kaufman**, Illarión Ignátievich (1848-1916): economista ruso, profesor de la Universidad de Petersburgo, autor de trabajos sobre la circulación del dinero y el crédito. —21-23.
- Kennet**, White (1660-1728): obispo e historiador inglés. —658.
- Kent**, Nathaniel (1737-1810): agrónomo inglés, autor de algunos trabajos sobre agricultura. —663.
- Kincaid**, sir John (1787-1862): funcionario inglés, desde 1850 inspector de cárceles y fábricas en Escocia. —370, 371.
- Kirchmann**, Julius Hermann von (1802-1884): jurista, publicista y filósofo alemán. —487.
- Kiselev**, Pavel Dmitrievich, conde (1788-1872): estadista y diplomático ruso, general, en 1829-1834, jefe de la administración rusa en Moldavia y Valaquia. —224.
- Kopp**, Hermann Franz Moritz (1817-1892): químico, escribió sobre historia de la química. —288.
- Krupp**, Alfred (1812-1887): gran industrial alemán, propietario de una fábrica de acero y armamento que abastecía a muchos países de Europa. —369.
- Kugelmann**, Ludwig (1830-1902): médico alemán, participante de la revolución alemana de 1848-1849, miembro de la I Internacional; amigo de Marx y Engels. —15.

L

- Laborde**, Alexandre, marqués de (1774-1842): argueólogo francés, político y economista. —488.
- Lachâtre** (La Châtre), Maurice (1814-1900): periodista progresista francés, participó en la Comuna de París, editor en francés del primer tomo de *El Capital*.—27, 29, 33.
- Laing**, Samuel (1810-1897): político y publicista inglés, miembro del Parlamento, desempeñó una serie de altos cargos administrativos en los ferrocarriles ingleses.—190, 590, 604, 618.
- Lancellotti**, Secondo (1575-1643): abad italiano, arqueólogo, historiador. —394.
- Lasker**, Eduard (1829-1884): político alemán, miembro del Reichstag, uno de los fundadores y dirigentes del Partido Nacional-Liberal que apoyaba la política reaccionaria de Bismarck. —38.
- Lassalle**, Ferdinand (1825-1864): publicista alemán, uno de los fundadores de la Unión General Obrera Alemana (1863); apoyaba la política de unificación "desde arriba" de Alemania, bajo la hegemonía de Prusia; dio comienzo a la tendencia oportunista en el movimiento obrero alemán.—9, 107.
- Lauderdale**, James Maitland, conde de (1759-1839): economista y político inglés, adversario de Adam Smith. —324.
- Laurent**, Auguste (1807-1853): químico francés. —287, 288.
- Lavergne**, Léonce de (1809-1880): político y economista francés, autor de varios trabajos sobre agricultura. —462, 488, 651.
- Law**, John of Lauriston (1671-1729): economista y financista inglés, ministro de Hacienda francés (1719-1720); conocido por especular con la emisión de papel moneda, la cual al fracasar sumió en crisis a la economía francesa.—94, 566.
- Le Chapelier**, Isaac (1754-1794): político reaccionario francés, autor de la ley contra las coaliciones obreras, aprobada el 14 de junio de 1791.—677.
- Lemontey**, Pierre Édouard (1762-1826): historiador, economista y político francés. —337.
- Lesage**, Alain René (1668-1747): escritor francés, autor de la célebre novela *Gil Blas de Santillana*.—649.
- Lessing**, Gotthold Ephraim (1729-1781): escritor, crítico y filósofo alemán, uno de los mayores representantes de la Ilustración del siglo XVIII.—23.
- Letheby**, Henry (1816-1876): médico y químico inglés.—239.
- Le Trosne**, Guillaume François (1728-1780): economista francés, fisiócrata.—95, 112, 116, 119, 143, 154, 155, 157, 200.
- Levi**, Leone (1821-1888): economista, estadístico y jurista inglés.—669.
- Lichnowski**, Felix Maria, príncipe de (1814-1848): oficial prusiano, diputado de la Asamblea Nacional de Frankfurt, murió en esta ciudad durante la insurrección de septiembre (1848). —543.
- Licinio** (primera mitad del siglo IV a.n.e.): estadista romano.—664.
- Licurgo**, legislador de Esparta, según la leyenda vivió en los siglos IX-VIII a.n.e.—391.
- Liebig**, Justus, barón de (1803-1873): científico alemán, uno de los fundadores de la agroquímica.—226, 306, 357, 463, 464, 526.
- Linguet**, Simon Nicolas Henri (1736-1794): abogado, publicista, historiador y economista francés, adversario de los fisiócratas; analizó críticamente las libertades burguesas y las relaciones de propiedad capitalistas.—220, 268, 311, 565, 673.
- Livio**, Tito (59 a.n.e.—17 n.e.): destacado historiador romano, autor de *Ab urbe condita*.—261.
- Locke**, John (1632-1704): gran filósofo inglés, economista burgués.—94, 103, 124, 361, 566.
- Luciano** (¿120-180?): escritor satírico griego.—567.
- Lucrecio** (Tito Lucrecio Caro) (¿99-55? a.n.e.): filósofo y poeta romano, materialista, atea.—205.
- Luis XIV** (1638-1715): rey de Francia (1643-1715).—139.
- Luis XVI** (1754-1793): rey de Francia (1774-1792), ejecutado durante la Revolución francesa.—672.
- Luis Bonaparte**: véase Napoleón III.
- Luis Felipe**, duque de Orleans (1773-1850): rey de los franceses (1830-1848).—260.

Lutero, Martín (1483-1546): destacado reformador religioso alemán, fundador del protestantismo (luteranismo) en Alemania. —134, 185, 288, 545.

M

Macaulay, Thomas Babington (1800-1859): historiador y político inglés. —255, 258, 655, 660.

MacCulloch, John Ramsay (1789-1864): economista escocés, vulgarizó la doctrina económica de Ricardo. —142, 148, 150, 184, 256, 299, 377, 403, 407, 477, 558, 560, 663.

MacGregor, John (1797-1857): estadístico inglés, librecambista, parlamentario, fundador y uno de los directores del Banco Real Británico (1848-1856). —256.

Maclaren, James: economista inglés del siglo XIX, investigador de la historia de la circulación del dinero. —100.

Macleod, Henry Dunning (1821-1902): economista inglés, estudioso de la teoría del crédito. —69, 151.

Malmesbury, James Harris, conde de (1746-1820): diplomático y estadista inglés, embajador en San Petersburgo (1777-1782). —339.

Malthus, Thomas Robert (1766-1834): sacerdote y economista inglés, predicador de una teoría de la población. —158, 203, 292, 328, 464, 484, 511, 522, 527, 532, 540, 541, 546, 549, 557, 558, 560, 566, 582, 594, 644.

Mandeville, Bernard de (1670-1733): escritor satírico inglés, médico y economista. —330, 564, 566.

Martineau, Harriet (1802-1876): escritora inglesa, predicaba el malthusianismo. —582.

Marx, Carlos (1818-1883). —7, 11, 15, 16, 22-24, 27-34, 35-41, 208-209.

Marx-Aveling, Eleanor (1855-1898): hija menor de Marx, activista del movimiento obrero inglés e internacional, casada con Edward Aveling en 1884. —32, 36, 39.

Massie, Joseph (m. en 1784): economista inglés, representante de la economía política burguesa clásica. —471.

Maudslay, Henry (1771-1831): fabricante, ingeniero e inventor inglés. —355.

Maurer, George Ludwig (1790-1872): historiador alemán, investigó la estructura social de la Antigüedad y el Medioevo alemán. —78, 224.

Maximiliano de Habsburgo (1832-1867): archiduque de Austria, gobernador general de las posesiones austríacas en Italia (1857-1859), fue declarado emperador de México (1864-1867) durante la intervención anglo-franco-española en ese país. —163.

Mayer, Sigmund: fabricante vienés. —16.

Meitzen, August (1822-1910): estadístico e historiador económico alemán, autor de una serie de trabajos sobre historia de las relaciones agrarias en Alemania y otros países de Europa. —224.

Mendelssohn, Moses (1729-1786): filósofo deísta alemán. —23.

Menenio Agripa (n. en 493 a.n.e.): patricio romano. —335.

Mercier de la Rivière, Paul Pierre (1720-1793): economista francés, fisiócrata. —110, 111, 129, 145, 147, 153, 154, 157, 184.

Merivale, Herman (1806-1874): economista y estadista inglés, autor de trabajos sobre los principios de la colonización. —581, 582, 702.

Meyer, Rudolf Hermann (1839-1899): economista alemán, adversario de Bismarck. —226, 487.

Mill, James (1773-1836): economista, historiador y filósofo inglés. —114, 124, 151, 179, 190, 328, 403, 464, 521, 524, 526, 560.

Mill, John Stuart (1806-1873): economista burgués inglés, filósofo positivista y hombre público. —18, 124, 133, 343, 403, 464, 472, 474, 542, 548, 551, 561, 683.

Mirabeau, Honoré Riqueti, conde de (1749-1791): político de la revolución francesa de fines del siglo XVIII. —566, 698.

Mirabeau, Victor Riqueti, marqués de (1715-1789): economista fisiócrata francés. —440, 655, 668, 681, 690, 698.

Molesworth, sir William (1810-1855): estadista inglés, miembro del Parlamento. —165.

Molinari, Gustave de (1819-1912): economista belga, librecambista. —390, 548, 702.

- Mommsen**, Theodor (1817-1903): historiador alemán de la Roma antigua. — 162, 165.
- Montalembert**, Charles Forbes de Tryon, conde de (1810-1870): político y publicista francés. — 433.
- Monteil**, Amans Alexis (1769-1850): historiador francés. — 679.
- Montesquieu**, Charles de (1689-1755): destacado sociólogo, economista y escritor francés, representante de la ilustración burguesa del siglo XVIII; partidario de la teoría cuantitativa del dinero. — 95, 124, 565, 689.
- Moore**, Samuel (1830-1912): jurista inglés, miembro de la I Internacional; tradujo al inglés el *Manifiesto del Partido Comunista* y (en colaboración con Aveling) el primer tomo de *El Capital*; amigo de Marx y Engels. — 32.
- Moro**, Tomás (1478-1535): político inglés, escritor humanista, uno de los primeros representantes del comunismo utópico, autor de *Utopía*. — 566, 657, 671, 672.
- Morton**, John Chalmers (1821-1888): agrónomo inglés, autor de una serie de trabajos sobre temas agrícolas. — 348, 508.
- Müller**, Adam Heinrich (1779-1829): publicista y economista alemán, representante de la llamada escuela romántica, adversario de la doctrina económica de Adam Smith. — 125.
- Mun**, John: hijo de Thomas Mun y editor de sus obras. — 470.
- Mun**, Thomas (1571-1641): comerciante y economista inglés, mercantilista, autor de la teoría del balance comercial, desde 1615 uno de los directores de la Compañía de las Indias Orientales. — 470.
- Murphy**, John Nicholas: publicista inglés, autor del libro *Irlanda, su industria y sus relaciones políticas y sociales*, publicado en Londres en 1870. — 645.
- Murray**, Hugh (1779-1846): geógrafo inglés. — 317.
- Nasmyth**, James (1808-1890): ingeniero inglés, inventor del martinete de vapor. — 382, 402.
- Newman**, Francis William (1805-1897): filólogo y publicista inglés, autor de una serie de trabajos sobre religión, política y economía. — 661, 666.
- Newman**, Samuel Philips (1797-1842): filósofo y economista norteamericano. — 155, 198.
- Newmarch**, William (1820-1882): economista y estadístico inglés. — 275.
- Newnham**, G.L.: abogado inglés. — 552.
- Niebuhr**, Barthold Georg (1776-1831): historiador alemán, investigaba el mundo antiguo. — 222.
- North**, sir Dudley (1641-1691): economista inglés, uno de los primeros representantes de la economía política burguesa clásica. — 103, 121, 125, 133, 361.

O

- Olmsted**, Frederick Law (1822-1903): arquitecto norteamericano, planeador de parques, autor de libros sobre Inglaterra y EE.UU. — 188.
- Opdyke**, George (1805-1880): empresario y economista norteamericano. — 159.
- Orkney**, Elizabeth Villiers, lady (1657-1733): amada de Guillermo de Orange. — 661.
- Ortes**, Giammaria (1713-1790): monje veneciano, "uno de los grandes autores económicos del siglo XVIII" (Marx). — 593.
- Overstone**, Samuel Jones Loyd, lord (desde 1860), barón (1796-1883): banquero y economista inglés, representante del "currency principle" (principio monetario). — 124, 142.
- Ovidio** (Publio Ovidio Nasón) (43 a.n.e.—¿17? n.e.): destacado poeta romano. — 405.
- Owen**, Robert (1771-1858): gran socialista utópico inglés. — 97, 279, 372, 445, 461.

N

Napoleón III (Luis Napoleón Bonaparte) (1808-1873): sobrino de Napoleón I, presidente de la Segunda República (1848-1852), emperador de Francia (1852-1870). — 634.

P

Pagnini, Giovanni Francesco (1715-1789): economista italiano, autor de una serie de trabajos sobre el dinero. — 95.

- Palmerston, Henry John Temple**, vizconde (1784-1865): estadista inglés. —420.
- Papillon, Thomas** (1623-1702): comerciante y político inglés, uno de los directores de la Compañía de las Indias Orientales. —94.
- Pariset, Jacques Théodore** (n. en 1783): traductor al francés de la obra de James Mill *Elements of Political Economy*. —521.
- Parry, Charles Henry** (1779-1860): médico inglés. —552, 553, 618.
- Parry, sir William Edward** (1790-1855): viajero inglés, explorador del Artico. —98.
- Pecqueur, Constantin** (1801-1887): economista y socialista utópico francés. —563, 694.
- Peel, sir Robert** (1750-1830): fabricante algodónero inglés, parlamentario. —691, 698.
- Peel, sir Robert** (1788-1850): estadista inglés, implementó la abolición de las leyes cerealeras (1846). —17, 141, 219, 704.
- Pericles** (¿490?-429 a.n.e.): estadista ateniense, contribuyó al fortalecimiento de la democracia esclavista. —339.
- Peto, sir Samuel Morton** (1809-1889): empresario inglés dedicado a la construcción de líneas férreas, miembro del Parlamento, quebró en 1866. —221.
- Petty, sir William** (1623-1687): destacado economista y estadístico inglés, fundador de la economía política burguesa clásica en Inglaterra. —59, 86, 95, 103, 123, 140, 143, 166, 254, 255, 292, 324, 339, 566.
- Pilato, Poncio** (m. en ¿37?): procurador romano de Judea (26-36). —542.
- Píndaro** (¿522-442? a.n.e.): lírico griego. —147, 387, 692.
- Pinto, Isaac** (1715-1787): comerciante al por mayor y bolsista holandés, autor de obras económicas. —148.
- Pitt, William** (hijo) (1759-1806): estadista inglés. —675.
- Platón** (¿427-347? a.n.e.): filósofo idealista griego, defensor de la economía natural. —339, 340.
- Poncio**: véase *Pilato*, Poncio.
- Postlethwayt, Malachy** (1707-1767): economista inglés, autor del *Universal Dictionary of Trade and Commerce* y otros escritos. —257.
- Potter, Alonzo** (1800-1865): obispo norteamericano, profesor de teología en diversos centros docentes, editor del libro de G. Scrope sobre economía política. —548.
- Potter, Edmund**: fabricante y político inglés, librecambista. —275, 527-529.
- Price, Richard** (1723-1791): publicista, economista y filósofo moralista inglés. —256, 617, 663, 664.
- Protágoras de Abdera** (¿480-411? a.n.e.): filósofo sofista griego. —234.
- Proudhon, Pierre Joseph** (1809-1865): publicista, economista y sociólogo francés, ideólogo de la pequeña burguesía, uno de los fundadores teóricos del anarquismo. —75, 87, 471, 539.
- Pusey, Philipp** (1799-1855): político inglés, terrateniente. —619.

Q

Quesnay, François (1694-1774): gran economista francés, fundador de la escuela fisiócrata. Su *Tableau économique* fue —y ello “en el segundo tercio del siglo XVIII, en la niñez de la economía política— una ocurrencia sumamente genial, indiscutiblemente la más genial que se ha debido a la economía política hasta el momento” (Marx). —17, 110, 298, 509, 566.

Quételet, Lambert-Adolphe Jacques (1796-1874): científico belga, estadístico, matemático y astrónomo; autor de la teoría del “individuo medio”. —301.

Quincey, Thomas: véase *De Quincey*, Thomas.

R

Raffles, sir Thomas Stamford (1781-1826): funcionario colonial inglés, gobernador de Java (1811-1816), autor de la *Historia de Java*. —333, 685.

Ramazzini, Bernardino (1633-1714): médico italiano, reunió y sistematizó los datos sobre enfermedades profesionales. —337.

Ramsay, sir George (1800-1871): economista inglés, uno de los últimos representantes de la economía política burguesa clásica. —157, 160, 294, 468, 580.

- Ravenstone*, Piercy (m. en 1830): economista inglés, ricardiano, representaba los intereses de la pequeña burguesía, adversario del malthusianismo. —396, 468.
- Redgrave*, Alexander: inspector fabril inglés. —250, 251, 349, 366, 371, 384, 400, 420-422, 501, 515, 516.
- Regnault*, Elias (1801-1868): historiador y publicista francés, funcionario público. —225.
- Reich*, Eduard (1836-1919): médico alemán, autor de varios escritos sobre sanidad pública e higiene. —337.
- Ricardo*, David (1772-1823): economista inglés, uno de los principales representantes de la economía política burguesa clásica. —16, 17, 21, 63, 70, 82, 85, 88, 124, 141, 142, 161, 162, 180, 196, 197, 217, 359, 363, 364, 376, 396, 403, 464, 472, 477, 483, 517, 548, 557, 580, 691.
- Richardson*, Benjamin (1828-1896): médico inglés, autor de varios escritos sobre sanidad pública e higiene. —239, 240.
- Roberts*, sir George (m. en 1860): historiador inglés, autor de trabajos sobre los condados meridionales de Inglaterra. —658.
- Rodbertus* (—*Jagetzow*), Johann Karl (1805-1875): terrateniente prusiano, economista y político, predicaba la idea reaccionaria del "socialismo estatal" prusiano. —487.
- Rogers*, James Edwin Thorold (1823-1890): economista inglés, autor de trabajos sobre la historia económica de Inglaterra. —616, 621, 660, 683.
- Rogier*, Charles Latour (1800-1885): estadista belga. —258.
- Roscher*, Wilhelm Georg Friedrich (1817-1894): economista alemán, fundador de la llamada escuela histórica de la economía política. —96, 155, 197, 206, 216, 246, 302, 338, 563, 564.
- Rossi*, Pellegrino Luigi Edoardo, conde (1787-1848): economista, jurista y político italiano, vivió mucho tiempo en Francia. —167, 525.
- Rouard de Card*, Pie-Marie: eclesiástico francés. —234.
- Rousseau*, Jean-Jacques (1712-1778): gran representante de la Ilustración francesa. —681.
- Roux-Lavergne*, Pierre Célestin (1802-1874): historiador y filósofo idealista francés. —677.
- Roy*, Henry: médico y economista inglés. —33, 137, 599.
- Roy*, Joseph: traductor al francés del primer tomo de *El Capital* y de las *Obras* de Feuerbach. —27, 33.
- Rubens*, Peter Paul (1577-1640): pintor flamenco. —277.
- Ruge*, Arnold (1802-1880): publicista alemán, en los años 50 uno de los líderes de la emigración pequeñoburguesa alemana en Inglaterra. —81, 149.
- Rumford*: véase Thompson, sir Benjamin.
- Russell*, lord John (1792-1878): estadista inglés. —540, 661.

S

- Sadler*, Michael Thomas (1780-1835): economista y político inglés, adversario del malthusianismo. —618, 644.
- Saint-Simon*, Claude Henri de Rouvroy, conde de (1760-1825): socialista utópico francés. —547.
- Saunders*, Robert John: inspector fabril inglés en los años 40 del siglo XIX. —271, 281, 373.
- Say*, Jean-Baptiste (1767-1832): economista francés, fue el primero en exponer la teoría de los "tres factores de la producción". —86, 115, 150, 159, 185, 197, 337, 359, 477, 492, 546, 557, 558.
- Schiller*, Friedrich (1759-1805): gran escritor alemán. —375, 528, 545.
- Schorlemmer*, Carl (1834-1892): químico alemán, profesor en Manchester, miembro del Partido Socialdemócrata alemán, amigo de Marx y Engels. —288.
- Schoww*, Joakim Frederik (1789-1852): botánico danés. —471.
- Schulz*, Wilhelm (1797-1860): publicista alemán, participante de la revolución de 1848-1849. —344.
- Schulze-Delitzsch*, Hermann Franz (1808-1883): economista y político alemán, llamaba a la organización de cooperativas. —9.
- Scrope*, George Julius Poulett (1797-1876): economista y geólogo inglés, adversario del malthusianismo, parlamentario. —548.
- Seeley*, Robert Benton (1798-1886): editor y publicista inglés. —664.
- Senior*, Nassau William (1790-1864): economista inglés, se expresaba contra la reducción de la jornada laboral. —

- 212, 213, 215, 246, 299, 374, 375, 403, 445, 453, 502, 547, 548, 558, 651, 667.
- Sexto Empírico* (¿siglo II?): filósofo griego, representante del escepticismo. —334.
- Shaftesbury*, Anthony Ashley Cooper, conde de (1801-1885): político inglés, en los años 40 dirigente del movimiento aristocrático-filantrópico por la ley de la jornada de diez horas. —371, 372, 381, 619.
- Shakespeare*, William (1564-1616): gran escritor inglés. —131, 448, 678.
- Shee*, William (1804-1868): jurista y político irlandés, miembro del Parlamento y del Tribunal Real. —392.
- Shrewsbury*: véase Talbot, Charles.
- Sidmouth*, Henry Addington, vizconde (1757-1844): estadista inglés, aplicó medidas represivas contra el movimiento obrero. —395.
- Sieber*, Nikolái Ivánovich (1844-1888): conocido economista ruso, uno de los primeros divulgadores de la teoría de Marx en Rusia. —21.
- Simon*, sir John (1816-1904): médico e inspector sanitario inglés, redactaba informes sobre *Public Health* (salud pública). —369, 428, 429, 601-602, 604-608, 612, 624.
- Sismondi*, Jean-Charles Simonde de (1773-1842): economista e historiador suizo, crítico pequeñoburgués del capitalismo, conocido representante del romanticismo económico. —17, 168, 222, 293, 491, 521, 530, 534, 537, 538, 546, 594, 694.
- Skarbek*, Fryderyk, conde de (1792-1866): economista polaco, partidario de Adam Smith. —305, 327.
- Sloane*, Hans (1660-1753): médico y naturalista inglés, coleccionaba libros y manuscritos. En 1753, como resultado de la fusión de su colección con otras dos colecciones privadas, fue fundado el Museo Británico. —661.
- Smith*, Adam (1723-1790): economista inglés, uno de los principales representantes de la economía política burguesa clásica. —55, 56, 86, 123, 124, 161, 255, 324, 329, 330, 336, 337, 339, 359, 379, 424, 464, 477, 489, 491-496, 501, 509, 513, 523, 540-543, 561, 600, 652, 666, 693.
- Smith*, Edward (¿1818?-1874): médico inglés, estudió el estado de salud y la alimentación de la población en los sectores obreros, miembro del Consejo de Beneficencia. —365, 601, 623.
- Smith*, Goldwin (1823-1910): historiador, publicista y economista inglés, vivió en Canadá desde 1871. —683.
- Snigge*: jurista y juez inglés en el reinado de Jacobo I. —659.
- Soetbeer*, George Adolf (1814-1892): economista y estadístico alemán. —30.
- Sófocles* (¿497-406? a.n.e.): destacado dramaturgo de la Grecia Antigua, autor de tragedias clásicas. —131.
- Somers*, Robert (1822-1891): publicista y periodista inglés. —667-669.
- Sorge*, Friedrich Adolf (1828-1906): destacado activista del movimiento obrero y socialista norteamericano y mundial, miembro de la I Internacional; propagandista del marxismo, amigo y compañero de Marx y Engels; de procedencia alemana, desde 1852 vivió en EE.UU. —33.
- Sparks*, Jared (1789-1866): historiador y educador norteamericano, editor de las obras de Benjamin Franklin. —59.
- Spinoza*, Baruch (Benedicto) de (1632-1677): filósofo materialista holandés, ateaista. —23, 548.
- Stafford*, William (1554-1612): economista inglés, representante del mercantilismo temprano. —678.
- Stapleton*: político inglés. —551.
- Steuart* (Stewart), sir James (1712-1780): economista inglés, uno de los últimos representantes del mercantilismo, adversario de la teoría cuantitativa del dinero. —310, 328, 396, 509, 565, 594, 656, 666, 680.
- Steuart*, sir James: general británico, editor de las obras de su padre sir James Steuart. —37, 123, 142, 146, 172.
- Stewart*, Dugald (1753-1828): economista y filósofo idealista escocés; representante de la llamada filosofía del sentido común. —298, 321, 335, 447.
- Stolberg*, Christian conde de (1748-1821): poeta y traductor alemán. —377.
- Stolberg*, Friedrich Leopold conde (1750-1819): poeta alemán, representante de la Ilustración. —470.
- Storch*, Andréi (Heinrich, Henri) Kárlovich (1766-1835): economista, estadístico e historiador ruso, miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. —168, 175, 326, 334, 335, 543, 594.

- Strahan*, William (1715-1785): editor inglés de las obras de David Hume y Adam Smith. —567.
- Strousberg*, Bethel Henry (1823-1884): gran empresario alemán en los ferrocarriles, quebró en 1873. —221.
- Strype*, John (1643-1737): sacerdote e historiador inglés, juntó una colección de documentos sobre la historia de Inglaterra en la época de Tudor. —672.
- Stuart*, James (1775-1849): médico y publicista inglés, inspector fabril. —269, 289.
- Sully*, Maximilien de Béthune, duque de (1559-1641): estadista y economista francés, consejero del rey francés Enrique IV. —566.
- Sutherland*, Elisabeth Leveson-Gower, marquesa Stafford, condesa, desde 1833 duquesa (1765-1839): terrateniente escocesa. —667.
- Sutherland*, Harriet Elisabeth Georgina Leveson-Gower, duquesa (1806-1868): terrateniente escocesa. —667.
- T
- Talbot*, Charles, duque de Shrewsbury (1660-1718): estadista británico. —661.
- Taylor*, Sedley (2ª mitad del siglo XIX a comienzos del XX): propagandista del cooperativismo en Inglaterra, predicaba la participación de los obreros en las ganancias de los capitalistas. —39, 40, 41.
- Temple*, sir William (1628-1699): diplomático y político inglés, autor de una serie de trabajos sobre economía y política, mercantilista. —566.
- Thiers*, Louis-Adolphe (1797-1877): historiador y estadista francés, vergu de la Comuna de París. —407, 652.
- Thompson*, sir Benjamin, conde de Rumford (1753-1814): físico inglés, un tiempo estuvo al servicio del gobierno de Baviera, organizó hospicios para los pobres en Inglaterra, nació en América del Norte. —552.
- Thompson*, William (¿1785?-1833): economista irlandés, socialista utópico, partidario de Owen, sacó conclusiones socialistas de la teoría de Ricardo. —336.
- Thornton*, William Thomas (1813-1880): economista inglés, partidario de John Stuart Mill. —166, 252, 657.
- Thünen*, Johann Heinrich von (1783-1850): economista alemán, se dedicaba a la economía agraria. —570.
- Timur* (Tamerlán) (1336-1405): conquistador mongol, fundó un extenso imperio en Asia. —246.
- Tito Flavio Vespasiano* (41-81): emperador romano (79-81). —366.
- Tooke*, Thomas (1774-1858): economista inglés, adhirió a la economía política burguesa, criticó la teoría del dinero de Ricardo. —276.
- Torrens*, Robert (1780-1864): economista inglés, partidario del "currency principle" (principio de la circulación monetaria). —157, 166, 177, 374, 403.
- Townsend*, Joseph (1739-1816): sacerdote, geólogo y sociólogo inglés, autor de una teoría de la población de la cual se sirvió Malthus. —328, 565, 566, 593, 594.
- Tremenheere*, Hugh Seymour (1804-1893): funcionario y publicista inglés, participó numerosas veces en comisiones gubernamentales para la investigación de las condiciones laborales de los obreros. —168, 169, 234, 247.
- Tucidides* (¿460-395? a.a.n.e.): historiador griego; autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* inconclusa. —206, 339, 340.
- Tucker*, Josiah (1712-1799): eclesiástico y economista inglés, sus concepciones constituyeron una de las fuentes de la teoría de Adam Smith. —256, 566, 693.
- Tuckett*, John Debell (m. en 1864): publicista inglés; autor de la *Historia de la situación de la población trabajadora en el pasado y el presente*, Londres, 1846, en dos tomos. —336, 659, 683.
- Tudor*: dinastía inglesa (1485-1603). —682.
- Tupper*, Martin (1810-1889): poeta inglés, autor de poesías moralistas y de poco contenido. —559, 560.
- Turgot*, Anne-Robert-Jacques, barón de l'Aulne (1727-1781): estadista y economista francés; uno de los principales representantes de la escuela fisiócrata; contralor general de Hacienda (1774-1776). —173, 292, 489.

U

- Ure*, Andrew (1778-1857): químico y economista inglés, autor de varios trabajos sobre economía industrial. — 37, 215, 246, 255, 299, 324-326, 342, 357, 373, 387, 391, 398, 399, 402, 403, 507, 511, 515.
- Urquhart*, David (1805-1877): diplomático, publicista y político inglés. — 102, 338, 463, 667, 682, 683.

V

- Valentin*, Gabriel Gustav (1810-1883): fisiólogo alemán. — 444.
- Vanderlint*, Jacob (m. en 1740): economista inglés, predecesor de los fisiócratas, uno de los primeros representantes de la teoría cuntitativa del dineero. — 123, 129, 143, 256, 257, 292, 308, 324, 566.
- Vauban*, Sébastien le Prêtre, marqués de (1633-1707): mariscal francés, ingeniero militar, expresó críticas al sistema de tributación francés. — 139.
- Vaucanson*, Jacques de (1709-1782): mecánico e inventor francés, perfeccionó la construcción del telar mecánico, creó ingeniosos juegos-autómatas. — 353.
- Verri*, Pietro (1728-1797): economista italiano, uno de los primeros críticos de la doctrina fisiocrática. — 52, 94, 132, 307.
- Vico*, Giovanni Battista (1668-1744): destacado filósofo y sociólogo italiano, trató de establecer las regularidades objetivas del desarrollo social. — 344.
- Victoria* (1819-1901): reina de Gran Bretaña e Irlanda (1837-1901). — 271.
- Villiers*, Charles Pelham (1802-1898): político y jurista inglés, librecambista. — 250.
- Virgilio*, Marón (Publio) (70-19 a.n.e.): destacado poeta romano. — 281, 692.
- Vissering*, Simon (1818-1888): economista y estadístico holandés. — 461.
- Voltaire*, François Marie (1694-1778): filósofo deísta, escritor satírico e historiador francés, destacado representante de la Ilustración del siglo XVIII, luchó contra el absolutismo y el catolicismo. — 187, 704.

W

- Wade*, Benjamin Franklin (1800-1878): político norteamericano, se declaró contra el esclavismo en el sur de EE.UU. — 14.
- Wade*, John (1788-1875): publicista, economista e historiador inglés. — 14, 229, 254, 567.
- Wakefield*, Edward Gibbon (1796-1862): estadista británico, economista, autor de una teoría de la colonización. — 251, 303, 491, 535, 618, 698-705.
- Wallace*, Robert (1697-1771): teólogo y estadístico inglés, autor de una teoría de la población de la cual se sirvió Malthus. — 328, 565, 566.
- Ward*, John: historiador inglés. — 249.
- Watson*, John Forbes (1827-1892): médico inglés, autor de obras sobre la agricultura india y la fabricación de textiles. — 362.
- Watt*, James (1736-1819): destacado inventor inglés, construyó una máquina de vapor universal. — 347, 349, 353, 356, 359.
- Watts*, John (1818-1887): publicista inglés, primero socialista utópico, partidario de Robert Owen, luego liberal y apologista del capitalismo. — 505, 508.
- Wayland*, Francis (1796-1865): autor de populares manuales de ética, economía política y otras materias, presidente de la universidad de la ciudad norteamericana de Providence, sacerdote. — 159, 198.
- Wedgwood*, Josiah (1730-1795): fabricante inglés, perfeccionó la producción de cerámica en Inglaterra. — 249, 280.
- Wellington*, Arthur Wellesley, duque de (1769-1852): militar y estadista inglés. — 124.
- West*, sir Edward (1782-1828): economista inglés, representante de la economía política burguesa clásica, elaboró una teoría de la renta del suelo. — 464, 483, 497, 498.
- Whitbread*, Samuel (1758-1815): político inglés. — 675.
- Whitney*, Eli (1765-1825): inventor norteamericano, creó la desmotadora de algodón. — 354, 362.
- Wilks*, Mark (¿1760?-1831): oficial del ejército colonial inglés; vivió largamente en la India, autor de varios libros sobre este país. — 333.

- Williams*, sir William Fenwick, baronet de Kars (1800-1883): general inglés, durante la guerra de Crimea (en 1855) dirigió la defensa de Kars. — 124.
- Wilson*, James (1805-1860): político y economista inglés, fundador y redactor de la revista *Economist*, librecambista, adversario de la teoría cuantitativa del dinero. — 216, 317.
- Wirth*, Max (1822-1900): economista y publicista alemán. — 83.
- Witt*, Johan de (1625-1672): estadista de los Países Bajos; de hecho el gobernador de la provincia de Holanda (1653-1672); representante de los intereses de la gran burguesía comercial. — 566, 689.
- Wolff*, Christian (1679-1754): filósofo idealista alemán, metafísico. — 559.
- Wolff*, Wilhelm (1809-1864): revolucionario proletario alemán, de profesión maestro, hijo de un campesino siervo de Silesia; en 1846-1847, miembro del comité de correspondencia comunista de Bruselas, desde marzo de 1848 miembro del comité central de la Liga de los Comunistas, en 1848-1849, uno de los redactores de *Neue Rheinische Zeitung*; amigo y compañero de Marx y Engels. — 8.
- Wright*, Thomas (1711-1786): naturalista inglés. — 663.
- Wyatt*, John (1700-1766): inventor inglés, creó la máquina de hilar. — 344.

Y

- Yarranton*, Andrew (1616-¿1684?): economista y mecánico inglés. — 324.
- Young*, Arthur (1741-1820): agrónomo y economista inglés, partidario de la teoría cuantitativa del dinero. — 123, 217, 256, 616, 623.

INDICE DE PERSONAJES LITERARIOS, BIBLICOS Y MITOLOGICOS

- Abel*: según la *Biblia*, hijo de Adán, a quien dio muerte por envidia a su hermano mayor Caín. — 683.
- Adán*: según la *Biblia*, el primer hombre; la expresión "desembarazarse del viejo Adán" significa renovarse espiritualmente, desprenderse de vicios. — 105, 566, 652, 699.
- Busiris*: rey de Egipto, en la mitología griega. — 341.
- Caín*: según la *Biblia*, primer hijo de Adán, mató por envidia a su hermano Abel. — 683.
- Cíclope*: en la mitología griega, gigante monstruoso, con un ojo en medio de la frente. — 224.
- Dogberry*: personaje de la comedia de Shakespeare *Mucho ruido para nada*, personifica la altanería e incapacidad de los burócratas. — 88, 392, 552.
- Don Quijote*: protagonista de la obra de Cervantes del mismo nombre. — 88.
- Eckart*: héroe de leyendas medievales alemanas, personifica al hombre leal y al fiel guardián. — 257.
- Fausto*: personaje principal de la tragedia de Goethe del mismo nombre. — 91.
- El flautista de Hamelin*: personaje de un cuento popular alemán. — 636.
- Fortunato*: héroe de una leyenda popular alemana, poseía una bolsa inagotable y una varita mágica. — 422.
- Gobseck*: protagonista de la novela de Balzac del mismo nombre. — 541.
- Hefestos*: dios del Fuego y del Metal, en la mitología griega. — 593.
- Jehová*: dios supremo en la religión judía. — 335.
- Jorge (San)*: santo representado a caballo blanco, matando con su lanza a un dragón. — 39, 40.
- Juggernaut*: uno de los avatares del dios hinduista Vishnú. — 261, 592.
- Júpiter (Júpiter tronante)*: en la mitología romana, padre de los dioses, corresponde al dios griego Zeus. — 338, 530.
- Kalb*: mariscal de corte de la tragedia de Schiller *Cábala y amor*. — 528.
- Maritornes*: personaje femenino de la novela de Cervantes *Don Quijote*. — 90.
- Medusa*: en la mitología griega, un monstruo cuyos ojos convertían en piedra a cuantos la miraban. — 13.

- Moisés:** según la *Biblia*, profeta que liberó a los hebreos antiguos de la persecución por parte de los faraones egipcios. — 346, 546, 702.
- Odiseo:** héroe de la poesía épica griega, rey de Itaca, famoso por sus hazañas, su inteligencia y astucia. — 238.
- Pablo (San):** según la *Biblia*, uno de los apóstoles cristianos. — 566.
- Perseo:** héroe de la mitología griega, hijo de Zeus y de Dánae. — 13.
- Pedro (San):** apóstol cristiano, personaje de la *Divina Comedia* de Dante. — 105.
- Pluto:** en la mitología griega, dios de las riquezas. — 131.
- Polonio:** personaje de la tragedia de Shakespeare *Hamlet*, representa al cortesano astuto y hablador. — 256.
- Prometeo:** en la mitología griega, uno de los titanes, le robó el fuego a los dioses y se lo dio a los hombres; por eso fue castigado; por orden de Zeus, Hefesto lo encadenó a las rocas, donde un águila picaba su hígado. — 593.
- Robinson Crusoe:** protagonista de la novela de Defoe del mismo nombre. — 82, 84, 269.
- Sabala:** deidad en la religión hinduista, es representada como una vaca. — 530.
- Sancho Panza:** personaje de la novela *Don Quijote* de Cervantes. — 588.
- Sangrado:** personaje de la novela de Lesage *Gil Blas de Santillana*; médico que recetaba a sus pacientes, para todas las enfermedades, sangrías y beber agua tibia. — 650.
- Seacoal:** personaje de la obra de Shakespeare *Mucho ruido para nada*. — 88.
- Shylock:** personaje de la obra de Shakespeare *El mercader de Venecia*. — 268, 626.
- Sikes, Bill:** personaje de la novela de Dickens *Oliver Twist*, un bandido. — 407.
- Sisifo:** en la mitología griega, rey de Corinto; por engañar a los dioses, fue condenado para siempre a subir una enorme piedra a la cima de una montaña, de donde ésta volvía a caer sin cesar. De ahí la expresión "labor de Sisifo", labor pesada e inútil. — 132, 390.
- Tor:** en la mitología escandinava, dios tronante, se le representa con un martillo en la mano. — 356.
- Viernes:** personaje de la novela de Defoe *Robinson Crusoe*. — 269.
- Vishnú:** deidad suprema en la religión hinduista. — 549.
- Viuda Vivaz:** personaje de la crónica histórica de Shakespeare *Enrique IV*. — 56.

INDICE BIBLIOGRAFICO*

I. LIBROS Y ARTICULOS

- Addington, Stephen*: An inquiry into the reasons for and against inclosing open-fields. 2nd ed. Coventry, London, 1772. — 663.
- The advantages of the East-India trade to England. London, 1720. — 297, 316, 320, 321, 324, 339, 394, 468.
- Aikin, J[ohn]*: A description of the country from thirty to forty miles round Manchester. London, 1795. — 545, 546, 684, 691, 692
- [*Anderson, Adam*]: An historical and chronological deduction of the origin of commerce, from the earliest accounts to the present time. Containing, an history of the great commercial interests of the British Empire. With an appendix. Vol. 1-2. London, 1764. — 680, 692.
- Anderson, James*: The bee, or literary weekly intelligencer. Vol. 3rd. Edinburgh, 1791. — 567.
- Observations on the means of exciting a spirit of national industry; chiefly intended to promote the agriculture, commerce, manufactures, and fisheries of Scotland. In a series of letters to a friend. Written in the year 1775. Edinburgh, 1777. — 514, 666.
- Appian von Alexandrien*: Römische Geschichten. Übers. von Ferdinand L. J. Dillenius. 7. Bdch. Stuttgart, 1830. — 664.
- [*Arbuthnot, John*]: An inquiry into the connection between the present price of provisions, and the size of farms. With remarks on population as affected thereby. To which are added, proposals for preventing future scarcity. By a farmer. London, 1773. — 287, 304, 306, 660, 664.
- Aristóteles*: Ethica Nicomachea. En: Opera ex recensione Immanuelis Bekkeri. T. 9. Oxonii, 1837. — 67.
- De republica libri VIII. Idem. T. 10. Oxonii, 1837.—90, 149, 160.
- Ashley, [Anthony]*: Ten hours' factory bill. The speech in the House of Commons, on Friday, March 15th, 1844. London, 1844. — 372, 381.
- Athenaeus*: Deipnosophistarum libri quindecim. T. 2. ... emendav, ac supplev ... illustrav. commodisque indicibus instrux. Johannes Schweighaeuser. Argentorati, 1802. — 103, 131.
- Augier, Marie*: Du crédit public et de son histoire depuis les temps anciens jusqu'a nos jours. Paris, 1842. — 693.
- Babbage, Charles*: On the economy of machinery and manufactures. London, 1832. — 322, 325, 347, 361, 374.
- Bacon, Francis*: The essays or counsels civil and moral. [London, 1625.] — 658.
- The reign of Henry VII. Verbatim reprint from Kennet's England, ed. 1719. London, 1870. — 658-659.
- [*Bailey, Samuel*]: A critical dissertation on the nature, measures, and causes of value; chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers. By the author of essays on the

* En aquellos casos en que no se logró establecer con precisión la edición de tal o cual trabajo utilizada por Marx, figura la primera de ellas, o la fecha y el lugar en que apareció dicha edición.

Entre corchetes figuran los nombres de los autores de libros que aparecieron anónimamente.

- formation and publication of opinions. London, 1825. — 70, 88, 490.
 — (anónimo) Money and its vicissitudes in value; as they affect national industry and pecuniary contracts: with a postscript on joint-stock banks. London, 1837. — 58.
- Barbon, Nicholas:** A discourse concerning coining the new money lighter. In answer to Mr. Lock's considerations about raising the value of money. London, 1696. — 45-47, 128, 142, 143.
- Barton, John:** Observations on the circumstances which influence the condition of the labouring classes of society. London, 1817. — 579, 617.
- Baynes, [John]:** The cotton trade. Two lectures on the above subject, delivered before the members of the Blackburn Literary, Scientific and Mechanics' Institution. Blackburn, London, 1857. — 359.
- Beccaria, Cesare:** Elementi di economia pubblica. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 11. Milano, 1804. — 339.
- Beckmann, Johann:** Beiträge zur Geschichte der Erfindungen. Bd. 1. Leipzig, 1786. — 394.
- Bellers, John:** Essays about the poor, manufactures, trade, plantations, and immorality. London 1699. — 130, 143, 442.
 — Proposals for raising a colledge of industry of all useful and husbandry, with profit for the rich, a plentiful living for the poor, and good education for youth. London, 1696. — 137, 304, 394, 450, 564.
- Bentham, Jérémie:** Théorie des peines et des récompenses, ouvrage extrait des manuscrits de M. Jérémie Bentham. Par Et[inne] Dumont. 3^e éd. T. 2. Paris, 1826. — 559.
- Berkeley, George:** The querist, containing several queries, proposed to the consideration of the public. London, 1750. — 312, 329.
- Bidaud, J. N.:** Du monopole qui s'établit dans les arts industriels et le commerce, au moyen des grands appareils de fabrication. 2^e livraison. Du monopole de la fabrication et de la vente. Paris, 1828. — 298.
- Biese, Franz:** Die Philosophie des Aristoteles, in ihrem inneren Zusammenhange, mit besonderer Berücksichtigung des philosophischen Sprachgebrauchs, aus dessen Schriften entwickelt. Bd. 2. Die besonderen Wissenschaften. Berlin, 1842. — 377.
- Blakey, Robert:** The history of political literature from the earliest time. Vol. 2. London, 1855. — 660.
- Blanqui, [Jérôme-Adolphe]:** Cours d'économie industrielle. Recueilli et annoté par Ad[olphe Gustave] Blaise, Paris, 1838-1839. — 314.
- Des classes ouvrières en France, pendant l'année 1848.** P. 1-2. Paris, 1849. — 258.
- Block, Maurice:** Les théoriciens du socialisme en Allemagne, Extrait du Journal des Économistes (numéros de juillet et d'août 1872). Paris, 1872. — 21.
- Boileau, Étienne:** Règlements sur les arts et métiers de Paris, rédigés au XIII^e siècle, et connus sous le nom du Livre des Métiers... Avec des notes et une introd. par G.-B. Depping. Paris, 1837. — 447.
- Boisguillebert, [Pierre Le Pesant]:** Le détail de la France, En: Économistes financiers du XVIII^e siècle. Précédés de notices historiques sur chaque auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives, par Eugène Daire. Paris, 1843. — 129.
 — Dissertation sur la nature des richesses, de l'argent et des tributs où l'on découvre la fausse idée qui règne dans le monde à l'égard de ces trois articles. Idem. — 139.
- Boxhorn, Marcus Zuerii:** Marie Zuerii Boxhornii institutionum politicarum liber primus. En: Marci Zuerii Boxhornii: Varii tractatus politici. Amstelodami, 1663. — 395.
- [Brentano, Lujó]:** Wie Karl Marx citirt. En: Concordia. Zeitschrift für die Arbeiterfrage. Berlin. Nr. 10, vom. 7, März 1872. — 36-39.
- (anónimo) Wie Karl Marx sich vertheidigt. Idem, Nr. 27, vom. 4. Juli 1872 und Nr. 28, vom. 11. Juli 1872. — 38.
- Broadhurst, J.:** Political economy. London, 1842. — 63.
- Brougham, Henry:** An inquiry into the colonial policy of the European powers. In 2 vols. Vol. 2. Edinburgh, 1803. — 692.
- [Bruckner, John]:** Théorie du système animal. Leide, 1767. — 566.
- Buchanan, David:** Inquiry into the taxation and commercial policy of Great Britain; with observations on the

- principles of currency, and of exchange value. Edinburgh, 1844. — 126. — Observations on the subjects treated of in Dr. Smith's inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. Edinburgh, 1814. — 66, 667. — véase también *Smith, Adam*: An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations... With notes, and an add. vol. by David Buchanan. Vol. I Edinburgh, 1814.—513.
- Buchez, P[hilippe]-J[oseph]-B[enjamin]* et *P[ierre]-C[élestin] Roux* [-Lavergne]: Histoire parlementaire de la révolution française, ou journal des assemblées nationales, depuis 1789 jusqu'en 1815. T. 10. Paris, 1834. — 677.
- Burke, Edmund*: A letter from the Right Honourable Edmund Burke to a Noble Lord, on the attacks made upon him and his pension, in the House of Lords, by the Duke of Bedford and the Earl of Lauderdale, early in the present session of Parliament. London, 1796. — 661.
- Burke, Edmund*: Thoughts and details on scarcity, originally presented to the Right Hon. William Pitt, in the month of November, 1795. London, 1800. — 197, 222, 301, 693.
- [*Byles, John Barnard*]: Sophisms of free-trade and popular political economy examined. By a barrister. 7th ed. With corr. and add. London, 1850. — 254, 674.
- Cairnes, J[ohn] E[lliott]*: The slave power: its character, career and probable designs: being an attempt to explain the real issues involved in the American contest. London, 1862. — 188, 249, 309.
- Campbell, George*: Modern India: a sketch of the system of civil government. To which is prefixed, some account of the natives and native institutions. London, 1852. — 333.
- Cantillon, Philip*: The analysis of trade, commerce, coin, bullion, banks and foreign exchanges. Wherein the true principles of this useful knowledge are fully but briefly laid down and explained, to give a clear idea of their happy consequences to society, when well regulated. Taken chiefly from a manuscript of a very ingenious gentleman deceas'd, and adapted to the present situation of our trade and commerce. London 1759 (véase también nota 156). — 509.
- [*Cantillon, Richard*]: Essai sur la nature du commerce en général. Trad. de l'Anglois. En: Discours politiques. T. 3^e. Amsterdam, 1756 (véase también nota 156). — 509.
- Carey, H[enry] C[harles]*: Essay on the rate of wages: with an examination of the causes of the differences in the condition of the labouring population throughout the world. Philadelphia-London, 1835.) — 516. — The slave trade, domestic and foreign: why it exists, and how it may be extinguished. Philadelphia, 1853. — 667, 683.
- Carlyle, Thomas*: Ilias (Americana) in nuce. En: Macmillan's Magazine. Ed. by David Masson. London, Cambridge. August 1863. — 240.
- [*Cazenove, John*]: Outlines of political economy; being a plain and short view of the laws relating to the production, distribution, and consumption of wealth. London, 1832. — 190, 296, 479. — véase también *Malthus, Thomas Robert*: Definitions in political economy... A new ed., with a preface, notes, and supplementary remarks by John Cazenove. London, 1853. — 522, 548.
- Chalmers, Thomas*: On political economy in connexion with the moral state and moral prospects of society. 2nd ed. Glasgow 1832. — 150.
- Chamberlain, Joseph*: [Discurso de inauguración de la conferencia sanitaria, Birmingham, 14 de enero de 1875]. En: The Manchester Guardian del 15 de enero de 1875. — 589. The character and behaviour of King William, Sunderland, Somers etc. as represented in original letters to the Duke of Shrewsbury, from Somers, Halifax, Oxford, secretary Vernon etc. [El manuscrito figura en la Sloane Manuscript Collection del Museo Británico Nº 4224.] — 661.
- Cherbuliez, A[ntoine]*: Richesse ou pauvreté. Exposition des causes et des effets de la distribution actuelle des richesses sociales. Paris, 1841. — 175, 179, 536.
- [*Chernishevski N[ikolái] G[avrilo-vich]*: Очерки из политической

- экономии (по Миллю) — En: Современник (Sovremennik), San Petersburgo, 1861. — 18.
- [*Child, Josiah*]: A discourse concerning trade, and that in particular of the East-Indies. [London, 1689.] — 94.
- [*Clement, Simon*]: A discourse of the general notions of money, trade and exchanges, as they stand in relation each to other. By a merchant. London, 1695. — 94.
- Cobbett, William*: A history of the protestant "Reformation", in England and Ireland. Showing how that event has impoverished and degraded the main body of the people in those countries. In a series of letters, addressed to all sensible and just Englishmen. London, 1824. — 659.
- Code pénal, ou code de délits et des peines. Cologne, 1810. — 677.
- Colins*, [Jean-Guillaume Hippolyte]: L'économie politique. Source des révolutions et des utopies prétendues socialistes, T. 3e. Paris, 1857. — 563, 634, 704.
- Colón, Cristobal*: [Carta desde Jamaica véase Navarrete, M [artin] F [ernández de]]: Die Reisen des Christof Columbus... — 130.
- Comte, Charles*: Traité de législation au exposition des lois générales, suivant lesquelles les peuples prospèrent, dépérissent, ou restent stationnaires. 3e éd. Revue et corr. Bruxelles, 1837. — 685.
- Condillac*, [Étienne-Bonnot de]: Le commerce et le gouvernement. En: Mélanges d'économie politique. T. 1. Précédés de notices historiques sur chaque auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives, par Eugène Daire et G [ustave] de Molinari. Paris, 1847. — 155.
- Considerations concerning taking off the bounty on corn exported: in some letters to a friend. To which is added, a postscript, shewing that the price of corn is no rule to judge of the value of land. [London, 1753.] — 298.
- Considerations on taxes, as they are supposed to affect the price of labour in our manufactories. In a letter to a friend. London, 1765. — 256.
- Corbet, Thomas*: An inquiry into the causes and modes of the wealth of individuals; or the principles of trade and speculation explained. In 2 parts. London, 1841. — 147, 541.
- Corbon*, [Claude] -A [nthime]: De l'enseignement professionnel. 2nde éd. Paris, 1860. — 449.
- Courcelle-Seneuil*, J [ean] -G [ustave]: Traité théorique et pratique des entreprises industrielles, commerciales et agricoles ou manuel des affaires. 2^e éd., revue et augm. Paris, 1857. — 220, 549.
- The currency theorie reviewed; in a letter to the Scottish people on the menaced interference by government with the existing system of banking in Scotland. By a banker in England. Edinburgh, 1845. — 138.
- Cuvier*, [Georges]: Discours sur les révolutions du globe avec des notes et un appendice d'après les travaux récents de MM. de Humboldt, Flourens, Lyell, Lindley, etc. Réd. par Hoefler. Paris, 1863. — 522.
- Darwin, Charles*: Über die Entstehung der Arten im Thier- und Pflanzen-Reich durch natürliche Züchtung, oder Erhaltung der vervollkommenen Rassen im Kampfe um's Dasein. Nach der 3. engl. Ausg. ... aus dem Engl. übers. und mit Anmerkungen vers. von H. G. Bronn. 2. verb. und sehr verm. Aufl. Stuttgart, 1863. — 318.
- Daumer, Georg Friedrich*: Die Geheimnisse des christlichen Alterthums. Bd. 1-2. Hamburg, 1847. — 268.
- De Caus, Salomon* véase *Hero Alexandrinus*: Buch von Lufft- und Wasser-künsten...
- A defence of the land-owners and farmers of Great Britain; and an exposition of the heavy parliamentary and parochial taxation under which they labour; combined with a general view of the internal and external policy of the country: in familiar letters from an agricultural gentleman in Yorkshire to a friend in Parliament, London, 1814. — 511.
- [*Defoe, Daniel*]: An essay upon publick credit... [3rd ed.] London, 1710. — 139.
- De Quincey, Thomas*: The logic of political economy. Edinburgh, London, 1844. — 366.
- De Roberty*, [Jewgeni Walentinowitsch]: Marx, Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. (Vol. 1.) Ham-

- bourg, 1867. En: La Philosophie Positive. Paris Nr. 3, novembre-décembre, 1868. — 21.
- Descartes, René*: Discours de la méthode pour bien conduire sa raison, et chercher la vérité dans les sciences. Paris, 1668. — 360, 361.
- Destutt de Tracy, [Antoine-Louis-Claude] comte de*: Éléments d'idéologie. IVe et Ve parties. Traité de la volonté et de ses effets. Paris, 1826. — 153, 159, 303, 305, 595. — Traité d'économie politique. Paris, 1823. —
- Dietzen, Joseph*: Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie von Karl Marx. Hamburg, 1867. En: Demokratisches Wochenblatt. Leipzig, del 1^o, 22, 29 de agosto y el 5 de septiembre, 1868. — 18.
- Diodoro de Sicilia*: Historische Bibliothek, übers. von Julius Friedrich Wurm. Bdch. 1-19. Stuttgart, 1828-1840. 1. und 3. Buch. — 141, 222, 316, 341, 469.
- A discourse of the necessity of encouraging mechanic industry. London, 1690. — 255.
- Ducpétiaux, Ed[ouard]*: Budgets économiques des classes ouvrières en Belgique. Substances, salaires, population. Bruxelles, 1855. — 614, 616.
- Duffy, [Charles] Gavan*: Guide to the land law of Victoria. London, 1862. — 705.
- Dunning, T[homas] J[oseph]*: Trades Unions and strikes: their philosophy and intention. London, 1860. — 505, 508, 693.
- Dupont de Nemours, [Pierre-Samuel]*: Maximes du docteur Quesnay, ou résumé de ses principes d'économie sociale. En: Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques, par Eugène Daire. 1e partie. Paris, 1846. — 110.
- Eden, Frederic Morton*: The state of the poor: or, an history of the labouring classes in England, from the conquest to the present period;... with a large appendix. Vol. 1-3. London, 1797. — 229, 552, 565, 617, 660, 690, 691.
- Encyclopédie des sciences médicales; ou traité général, méthodique et complet des diverses branches de l'art de guérir. 7e div. Auteurs classiques. Paris, 1841. —
- Engels, Friedrich*: Die englische Zehntundenbill. En: Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue, red. von Karl Marx. London, Hamburg, New York. № 4, April 1850. — 272, 281. — Die Lage der arbeitenden Klasse in England. Nach eigener Anschauung und authentischen Quellen. Leipzig, 1845. — 226, 230, 238, 250, 369, 390, 392, 410, 556. — Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie. En: Deutsch-Französische Jahrbücher. Hrsg. von Arnold Ruge und Karl Marx. 1. und 2. Lfg. Paris, 1844. — 81, 149, 159, 582.
- Ensor, George*: An inquiry concerning the population of nations: containing a refutation of Mr. Malthus's essay on population. London, 1818. — 667. An essay on credit and the bankrupt act. London, 1707. — 134. An essay on the political economy of nations: or, a view of the intercourse of countries, as influencing their wealth. London, 1821. — 191, 286. An essay on trade and commerce: containing observations on taxes, as they are supposed to affect the price of labour in our manufactories: together with some interesting reflections on the importance of our trade to America... By the author of "Considerations on taxes". London, 1770. — 219, 220, 256, 257, 342, 551, 564, 584, 671.
- Essays on political economy: in which are illustrated the principal causes of the present national distress; with appropriate remedies. London, 1830. — 484.
- [*Evans, N. H.*]: Our old nobility. By noblesse oblige. 2nd ed. London, 1879. — 661.
- Faulhaber, Johann*: Mechanische Verbesserung einer Alten Roszmühlen, welche vor diesem der Königliche Ingenieur Augustinus Ramellus an tag geben... Ulm, 1625. — 348.
- Fawcett, Henry*: The economic position of the British labourer. Cambridge, London, 1865. — 512, 561, 599.

- Ferguson, Adam*: An essay on the history of civil society. Edinburgh, 1767. — 329, 336, 337.
- Ferrand*: véase *Hansard's Parliamentary Debates...* Vol. 170.
- Ferrier, François-Louis-Auguste*: Du gouvernement considéré dans ses rapports avec le commerce. Paris, 1805. — 68.
- Fielden, John*: The curse of the factory system; or, a short account of the origin of factory cruelties. London, 1836. — 372, 381, 691.
- [*Fleetwood, William*]: Chronicon preciosum: or, an account of English money, the price of corn, and other commodities, for the last 600 years. London, 1707. — 254.
- Chronicon preciosum: or, an account of English gold and silver money; the price of corn and other commodities, for six hundred years last past. London, 1745. — 254.
- Fonteret A[ntoine]-L[ouis]*: Hygiène physique et morale de l'ouvrier dans les grandes villes en général et dans la ville de Lyon en particulier. Paris, 1858. — 337.
- [*Forbonnais, François-Veron de*]: Éléments du commerce. Nouv. éd. 2^{nde} partie. Leyde, 1766. — 95.
- [*Forster, Nathaniel*]: An enquiry into the causes of the present high price of provisions. In 2 parts. London, 1767. — 256, 394, 470, 662.
- Fortescue, John*: De laudibus legum Angliae. London, 1537. — 656.
- Fourier, Ch[arles]*: La fausse industrie morcelée, répugnante, mensongère, et l'antidote, l'industrie naturelle, combinée, attrayante, véridique, donnant quadruple produit. Paris, 1835-1836. — 394.
- Le nouveau monde industriel et sociétaire, ou invention du procédé d'industrie attrayante et naturelle distribuée en séries passionnées. Paris, 1829. — 636.
- Franklin, Benjamin*: A modest inquiry into the nature and necessity of a paper currency. En: The works of Benjamin Franklin. By Jared Sparks. Vol. 2. Boston, 1836. — 59.
- Positions to be examined, concerning national wealth. Idem. — 159.
- Freytag, Gustav*: Neue Bilder aus dem Leben des deutschen Volkes. Leipzig. 1862. — 674, 675.
- Fullarton, John*: On the regulation of currencies; being an examination of the principles, on which it is proposed to restrict, within certain fixed-limits, the future issues on credit of the Bank of England, and of the other banking establishments throughout the country. 2nd ed., with corr. and add. London, 1845. — 128, 140, 142.
- Galiani, Ferdinando*: Della moneta. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 3-4. Milano, 1803. — 80, 100, 102, 150, 154, 293, 590.
- Ganilh, Ch[arles]*: Des systèmes d'économie politique, de la valeur comparative de leurs doctrines, et de celle que paraît la plus favorable aux progrès de la richesse. 2^{nde} éd. T. 1-2. Paris, 1821. — 68, 168, 412.
- La théorie de l'économie politique. T. 1-2, Paris, 1815. — 173.
- [*Garnier, Germain*]: Abrégé élémentaire des principes de l'économie politique. Paris, 1796. — 507.
- véase también *Smith, Adam*: Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations... avec des notes et observations par Germain Garnier. T. 5. Paris, 1802. — 337.
- Gaskell, P[eter]*: The manufacturing population of England, its moral, social, and physical conditions, and the changes which have arisen from the use of steam machinery; with an examination of infant labour. London, 1833. — 402, 409.
- Genovesi, Antonio*: Lezioni di economia civile. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 7-9. Milano, 1803. — 150.
- Geoffroy Saint-Hilaire, [Etienne]*: Notions synthétiques, historiques et physiologiques de philosophie naturelle. Paris, 1838. — 680.
- Gisborne, Thomas*: An enquiry into the duties of men in the higher and middle classes of society in Great Britain. 2nd ed., corr. Vol. 2. London, 1795. — 691.
- [*Gray, John*]: The essential principles of the wealth of nations, illustrated, in opposition to some false doctrines of Dr. Adam Smith, and others. London, 1797. — 156.
- [*Gred, Robert Hyde*]: The factory question, considered in relation to its

- effects on the health and morals of those employed in factories. And the "Ten Hours Bill", in relation to its effects upon the manufactures of England, and those of foreign countries. London, 1837. — 271.
- Gregoir, Henri*: Les typographes devant le Tribunal correctionnel de Bruxelles. Bruxelles, 1865. — 510.
- Grove, W[illiam] R[obert]*: The correlation of physical forces. 5th ed. Followed by a discourse on continuity. London, 1867. — 482.
- Gülich, Gustav von*: Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe und des Ackerbaus der bedeutendsten handeltreibenden Staaten unsrer Zeit. Bd. 1-2. Jena, 1830. — 687.
- Haller, Ludwig von*: Restauration der Staats-Wissenschaft oder Theorie des natürlich-geselligen Zustands; der Chimäre des künstlich-bürgerlichen entgegengesetzt. Bd. 1-4. Winterthur, 1816-1820. — 360.
- Hamm, Wilhelm*: Die landwirthschaftlichen Geräte und Maschinen Englands. Ein Handbuch der landwirthschaftlichen Mechanik und Maschinenkunde, mit einer Schilderung der britischen Agriculture. 2, gänzl. umgearb. u. bedeutend verm. Aufl. Braunschweig, 1856. — 462.
- Hanssen, Georg*: Die Aufhebung der Leibeigenschaft und die Umgestaltung der gutsherrlichbäuerlichen Verhältnisse überhaupt in den Herzogthümern Schleswig und Holstein. St. Petersburg. 1861. — 224.
- Harris, James*: Dialogue concerning happiness. En: *Harris, James*: Three treatises. 3rd ed. rev. and corr. London, 1772. — 339.
- Harris, James, Earl of Malmesbury*: Diaries and correspondence of James Harris, First Earl of Malmesbury; containing an account of his missions to the courts of Madrid, Frederick the Great, Catherine the Second, and the Hague; and his special Missions to Berlin, Brunswick, and the French Republic. Ed. by his grandson, the Third Earl. Vol. 1-4. London, 1844. — 339.
- Harrison, William*: The description of England. En: The first and second volumes of chronicles... First collect. and publ. by Raphael Holinshed, William Harrison, and others. [London, 1587]. — 656, 678.
- Hassall, A[rthur] H[ill]*: Adulterations detected or plain instructions for the discovery of frauds in food and medicine. 2nd ed. London, 1861. — 168, 234.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich*: Encyclopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse. 1. Th. Die Logik. Hrsg. von Leopold von Hennig. En: Werke. Vollst. Ausg. durch einen Verein von Freunden des Verewigten. Bd. 6. Berlin, 1840. — 245.
- Grundlinien der Philosophie des Rechts, oder Naturrecht und Staatswissenschaft im Grundrisse. Hrsg. von Eduard Gans. Idem, 2. Ausg. Bd. 8. Berlin, 1840. — 53, 95, 163, 338, 540.
- Wissenschaft der Logik. Hrsg. von Leopold von Hennig. Idem, Bd. 3-5. Berlin, 1833 a 1834. — 287.
- Hero Alexandrinus*: Buch von Luft- Wasser-Künsten, welche von Friderich Commandino von Urbino aus dem Griechischen in das Lateinische übersetzt... Und mit einem Anhang von allerhand Mühl-, Wasser- und Grotten-Wercken aus Salomon de Caus... auch anderen berühm- und erfahrenen Autoribus zusammen getragen... Frankfurt, 1688. — 348.
- Hobbes, Thomas*: Leviathan, or the matter, form, and power of a commonwealth, ecclesiastical and civil. En: The English works of Thomas Hobbes; now first collect. and ed. by William Molesworth. Vol. 3. London, 1839. — 165.
- [*Hodgskin, Thomas*]: Labour defended against the claims of capital; or, the unproductiveness of capital proved. With reference to the present combinations amongst journeymen. By a labourer. London, 1825. — 330, 527.
- (anónimo) The natural and artificial right of property contrasted. London, 1832. — 684.
- Popular political economy. Four lectures delivered at the London Mechanics' Institution. London, 1827. — 316, 328, 492.
- Holinshed, Raphael*. Véase *Harrison, William*: The description of England...
Hopkins, Thomas: On rent of land, and its influence on subsistence and popu-

- lation: with observations on the operating causes of the condition of the labouring classes in various countries. London, 1828. — 217.
- [*Horne, George*]: A letter to Adam Smith on the life, death, and philosophy of his friend David Hume. By one of the people called christians. 4th ed. Oxford, 1784. — 567.
- Horner, Leonard*: Letter to Mr: Senior. *Véase Senior, Nassau William*: Letters on the factory act... — 213.
- Suggestions for amending the factory acts to enable the inspectors to prevent illegal working, now become very prevalent. En: Factories regulation acts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 9 August 1859. — 227, 275.
- Houghton, John*: Husbandry and trade improv'd: being a collection of many valuable materials relating to corn, cattle, coals, hops, wool, etc. Vol. 1-4. London, 1727-1728. — 394.
- Howitt, William*: Colonization and christianity: a popular history of the treatment of the natives by the Europeans in all their colonies. London, 1838. — 685.
- Hume, David*: Essays and treatises on several subjects. A new ed. In 4 vols. London, 1770. — 123.
- Hutton, Charles*: A course of mathematics. 12th ed. In 2 vols. London, 1841-1843. — 343.
- Huxley, Thomas H[enry]*: Lessons in elementary physiology. London, 1866. — 444.
- The industry of nations, part II. A survey of the existing state of arts, machines, and manufactures. London, 1855. — 320, 356.
- An inquiry into those principles, respecting the nature of demand and the necessity of consumption, lately advocated by Mr. Malthus, from which it is concluded, that taxation and the maintenance of unproductive consumers can be conducive to the progress of wealth. London, 1821. — 158, 168, 406, 547, 558.
- Isocrates*: Busiris. En: Isocratis Orationes et epistolae. Recognovit J. G. Baiter. Graece et Latine. Paris, 1846. — 341.
- Jacob, William*: An historical inquiry into the production and consumption of the precious metals. In 2 vols. London, 1831. — 49.
- A letter to Samuel Whitbread, being a sequel to considerations on the protection required by British agriculture. London, 1815. — 208.
- Jenofonte*: La Ciropedia. — 340.
- Jones, Richard*: An essay on the distribution of wealth, and on the sources of taxation. London, 1831. — 306.
- An introductory lecture on political economy, delivered at King's College. London, 27th February 1833. To which is added a syllabus of a course of lectures on the wages of labor. London, 1833. — 579.
- Text-book of lectures on the political economy of nations. Hertford. 1852. — 287, 298, 311, 522, 540, 549.
- [*Kaufman, Illarión Ignátievich*]: Точка зрения политико-экономической критики у Карла Маркса. En: Вестник Европы (Véstnik Evropy)... Т. 3, San Petersburgo, 1872. — 21.
- Kopp, Hermann*: Entwicklung der Chemie. En: Geschichte der Wissenschaften in Deutschland. Neuere Zeit. Bd. 10. 3. Abth. München, 1873. — 288.
- Laborde, Alexandre-[Louis-Joseph] de*: De l'esprit d'association dans tous les intérêts de la communauté, ou essai sur le complément du bien-être et de la richesse en France par le complément des institutions. Paris, 1818. — 488.
- Laing, Samuel*: National distress; its causes and remedies. London, 1844. — 190, 590, 604, 618.
- Lancellotti, Secondo*: L'Hoggidi overo gl'ingegni non inferiori ai passati. Parte 2. Venetia, 1658. — 394.
- Lassalle, Ferdinand*: Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch, der ökonomische Julian, oder: Capital und Arbeit. Berlin, 1864. — 107.
- Die Philosophie Herakleitos des Dunklen von Ephesos. Nach einer neuen Sammlung seiner Bruchstücke und der Zeugnisse der Alten dargestellt. Bd. 1. Berlin, 1858. — 9.
- Law, Jean*: Considérations sur le numéraire et le commerce. En: Economistes financiers du XVIII^e siècle. Précédés de notices historiques sur chaque

- auteur, et accompagnés de commentaires et de notes explicatives, par Eugène Daire. Paris, 1843. — 94.
- Le Trosne, [Guillaume-François]:* De l'intérêt social par rapport à la valeur, à la circulation, à l'industrie et au commerce intérieur et extérieur. En: Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques, par Eugène Daire. 2^e partie. Paris, 1846. — 46, 49, 95, 103, 112, 116, 119, 154, 155, 159, 201.
- A letter to Sir T. C. Bunbury on the poor rates, and the high price of provisions, with some proposals for reducing both. By a Suffolk gentleman. Ipswich, 1795. — 660.
- Levi, Leone:* On deer forests and Highlands. agriculture in relation to the supply of food. En: Journal of the Society of Arts, vom. 23, March London, 1866. — 669.
- Liebig, Justus von:* Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agricultur und Physiologie. 7. Aufl. Th. 1, Braunschweig. 1862. — 226, 463, 526.
- Über Theorie und Praxis in der Landwirtschaft. Braunschweig, 1856. — 306.
- [Linguet, Simon-Nicolas-Henri]:* Théorie des lois civiles, ou principes fondamentaux de la société. T. 1-2. Londres, 1767. — 220, 268, 311, 565, 673.
- Livio [Tito]:* Ab urbe condita. — 261.
- Locke, John:* Some considerations of the consequences of the lowering of interest, and raising the value of money (1691). En: The works, 8th ed. In 4 vols. Vol. 2. London, 1777. — 45, 94, 124.
- Lucrecio:* De rerum natura. — 205.
- Luther, Martin:* An die Pfarrherrn wider den Wucher zu predigen. Vermanung. Wittemberg, 1540. — 134, 185, 544, 545.
- Macaulay, Thomas Babington:* The history of England from the accession of James the Second. 10th ed. Vol. 1. London, 1854. — 255, 655.
- MacCulloch, J[ohn] R[amsay]:* A dictionary, practical, theoretical, and historical, of commerce and commercial navigation. London, 1847. — 148.
- The literature of political economy: a classified catalogue of select publications in the different departments of that science, with historical, critical, and biographical notices. London, 1845. — 142, 663.
- The principles of political economy: with a sketch of the rise and progress of the science. 2nd ed. London, 1830. — 407.
- Maclaren, James:* A sketch of the history of the currency: comprising a brief review of the opinions of the most eminent writers on the subject. London, 1858. — 100.
- Macleod, Henry Dunning:* The theory and practice of banking: with the elementary principles of currency; prices; credit; and exchanges. Vol. 1. London, 1855. — 151.
- Malthus, T[homas] R[obert]:* Definitions in political economy, preceded by an inquiry into the rules which ought to guide political economists in the definition and use of their terms; with remarks on the deviation from these rules in their writings. A new ed., with a preface, notes, and supplementary remarks by John Cazenove. London, 1853. — 522, 527, 541, 565.
- (anónimo) An essay on the principle of population, as it affects the future improvement, of society, with remarks on the speculations of Mr. Godwin, M. Condorcet, and other writers. London, 1798. — 328, 629.
- An inquiry into the nature and progress of rent, and the principles by which it is regulated. London, 1815. — 292, 484.
- Principles of political economy considered with a view to their practical application. 2nd ed., with considerable add. from the author's own manuscript and an original memoir. London, 1836. — 203, 532, 540, 541, 547, 582.
- [*Mandeville, Bernard de*]: The fable of the bees; or, private vices, publick benefits. London, 1714. — 330.
- The fable of the bees; or, private vices, publick benefits. 5th ed. London, 1728. — 564.
- Martineau, Harriet:* Illustrations of political economy. In 9 vols. Vol. 3, N^o 7; A Manchester strike. A tale. London, 1832. — 582.

- Marx, Karl*: Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte. 2. Ausg. Hamburg, 1869. — 634.
- (anónimo) Address and provisional rules of the Working Men's International Association, established September 28, 1864, at a public meeting held at St. Martin's Hall, Long Acre, London. [London], 1864. — 37.
- An die Redaktion des "Volksstaat". En: Der Volksstaat. Leipzig, del 1 de junio de 1872. — 37.
- An die Redaktion des "Volksstaat". En: Der Volksstaat. Leipzig, del 7 de agosto de 1872. — 38.
- Elections — Financial clouds — The Duchess of Sutherland and slavery. En: New York Daily Tribune, del 9 de febrero de 1853. — 667.
- Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. Bd. 1. Buch 1: Der Produktionsprocess des Kapitals. Hamburg, 1867. — 15, 30, 208.
- Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. Bd. 2. Buch 2; Der Circulationsprocess des Kapitals. Hrsg. von Friedrich Engels. Hamburg, 1885. — 37.
- Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. Bd. 1. Buch 1: Der Produktionsprocess des Kapitals. 2. verb. Aufl. Hamburg. 1872. — 28, 31, 32.
- Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. Bd. 1. Buch 1: Der Produktionsprocess des Kapitals. 3. verm. Aufl. Hamburg, 1883. — 32, 36, 37, 40.
- Capital: a critical analysis of capitalist production. Transl. from the 3rd German ed., by Samuel Moore and Edward Aveling and ed. by Frederick Engels. Vol. 1. London, 1887. — 36, 56.
- Le Capital. Trad. de J. Roy, entièrement rev. par l'auteur. Paris, [1872-1875]. — 15, 19, 33, 36, 474.
- Капитал. Критика политической экономии. Перевод с немецкого — Т. 1. Кн. 1. Процесс производства капитала. San Petersburgo, 1872.—19, 473.
- (anónimo) Lohnarbeit und Kapital. En: Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie. Köln, del 5, 6, 7, 8 y 11 de abril de 1849. — 531, 563, 698.
- Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon. Paris, Bruxelles, 1847. — 87, 345, 387, 492, 593.
- Zur Kritik der Politischen Oekonomie. 1. Heft. Berlin, 1859. — 9, 15, 17, 22, 49, 83, 88, 93, 98, 103, 114, 123, 135, 185, 494, 569.
- [*Marx, Karl, und Friedrich Engels*]: Latter-Day Pamphlets, edited by Thomas Carlyle. London, 1850. En: Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue. red. von Karl Marx. London, Hamburg, New York. H. 4. April 1850. — 240.
- [*Marx, Karl und Friedrich Engels*]: Manifest der Kommunistischen Partei. London, 1848. — 448, 696.
- [*Massie, Joseph*]: A essay on the governing causes of the natural rate of interest; wherein the sentiments of Sir William Petty and Mr. Locke, on that head, are considered. London, 1750. — 471.
- Maurer, Georg Ludwig von*: Einleitung zur Geschichte der Mark-, Hof-, Dorf- und Stadt-Verfassung und der öffentlichen Gewalt. München, 1854. — 78.
- Geschichte der Fronhöfe, der Bauernhöfe und der Hofverfassung in Deutschland. Bd. 4. Erlangen, 1863. — 224.
- Mayer Stigmund*: Die sociale Frage in Wien. Studie eines "Arbeitgebers". Dem Niederösterreichischen Gewerbeverein gewidmet. Wien, 1871. — 16.
- Meltzen, August*: Der Boden und die landwirthschaftlichen Verhältnisse des Preußischen Staates nach dem Gebietsumfange vor 1866. Bd. 1-4. Berlin. 1868-1871. — 224.
- Mercier de la Rivière, [Paul-Pierre]*: L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques. In: Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques, par Eugène Daire. 2^e partie. Paris, 1846. — 110, 111, 129, 145, 153, 157, 184.
- Merivale, Herman*: Lectures on colonization and colonies. Delivered before the University of Oxford in 1839, 1840, and 1841. Vol. 1-2. London, 1841-1842. — 582, 702.
- [*Mill, James*]: Colony. En: Supplement

- to the Encyclopaedia Britannica. 1831. — 190.
- *Éléments d'économie politique*. Trad. de l'anglais par Parisot. Paris, 1823. — 521, 524, 526.
- Elements of political economy. London. 1821. — 151, 179, 328.
- Mill, John Stuart*: Essays on some unsettled questions of political economy. London. 1844. — 124, 551.
- Principles of political economy with some of their applications to social philosophy. In 2 vols. London, 1848. — 124, 343, 464, 560.
- Principles of political economy with some of their applications to social philosophy. People's ed. London, 1868. — 472, 474.
- A system of logic, ratiocinative and inductive, being a connected view of the principles of evidence, and the methods of scientific investigation. In 2 vols. London, 1843. — 542.
- Mirabeau, [Gabriel-Victor-Honoré Riqueti]*: De la monarchie prussienne, sous Frédéric le Grand; avec un appendice. Contenant des recherches sur la situation actuelle des principales contrées de l'Allemagne. T. 2, 3, 6. Londres, 1788. — 655, 669, 681, 690.
- Molinari, Gustave de*: Études économiques. Paris, 1846. — 390, 548, 702.
- Mommsen, Theodor*: Römische Geschichte. 2. Aufl. Bd. 1-3. Berlin, 1856-1857. — 162, 165.
- Monteil, Amans-Alexis*: Traité de matériaux manuscrits de divers genres d'histoire. T. 1. Paris, 1835. — 679.
- Montesquieu, Charles-Louis de*: De l'esprit des lois. En: Oeuvres. T. 2-4. Londres, 1767-1769. — 95, 124, 689.
- More, Thomas*: Utopia. Originally printed in Latin, 1516. Transl. into English by Ralph Robinson... Carefully ed. by Edward Arber. London, 1869. — 657, 671.
- Morton, John C[halmers]*: A cyclopaedia of agriculture, practical and scientific; in which the theory, the art, and the business of farming, are thoroughly and practically treated. By upwards of fifty of the most eminent practical and scientific men of the day. Ed. by John C[halmers] Morton. Vol. 2. Glasgow, Edinburgh, London, 1855. — 508.
- On the forces used in agriculture. En: Journal of the Society of Arts. London, del 9 de diciembre 1859. — 348.
- Müller, Adam H[einrich]*: Die Elemente der Staatskunst. Öffentliche Vorlesungen, vor Sr. Durchlaucht dem Prinzen Bernhard von Sachsen-Weimar und einer Versammlung von Staatsmännern und Diplomaten, im Winter von 1808 auf 1809, zu Dresden, gehalten. Th. 2. Berlin. 1809. — 125.
- Mun, Thomas*: England's treasure by forraign trade. Or, the ballance of our forraign trade in the rule of our treasure. Written by Thomas Mun of Lond[on], merchant, and now publ. for the common good by his son John Mun. London, 1669. — 470.
- Murphy, John Nicholas*: Ireland industrial, political, and social. London, 1870. — 645.
- Murray, Hagh, James Wilson*: Historical and descriptive account of British India, from the most remote period to the present time. In 3 vols. Vol. 2. Edinburgh, 1832. — 317.
- Navarrete, M[artín] F[ernández de]*: Die Reisen des Christof Columbus 1492-1504. Nach seinen eigenen Briefen und Berichten veröffentlicht 1536 von Bischof Las Casas seinem Freunde und Fernando Columbus seinem Sohne. Aufgefunden 1791 und veröffentlicht 1826. In das Deutsche übertr. von F. Pr[essel]. Leipzig. [1890]. — 130.
- Newman, Francis William*: Lectures on political economy. London. 1851. — 661, 666.
- Newman, Samuel P[hilips]*: Elements of political economy. Andover, New York, 1835. — 155.
- Newnham, G. L.*: A review of the evidence before the committees of the two Houses of Parliament, on the corn laws London, 1815. — 552.
- Niebuhr, B[arthold] G[eorg]*: Römische Geschichte. Berichtigte Ausg. in 1 Bd. Berlin, 1853. — 222.
- [*North, Sir Dudley*]: Discourses upon trade; principally directed to the cases of the interest, coynage, clipping, increase of money. London, 1691. — 121, 125, 133, 361.
- Observations on certain verbal disputes in political economy, particularly re-

- lating to value, and to demand and supply. London, 1821. —88, 196, 490, 550.
- Olmsted, Frederick Law*: A journey in the seaboard slave states, with remarks on their economy. New York, 1856. —188.
- On combination on trades. New ed. London, 1834. —512.
- Opdyke, George*: A treatise on political economy. New York, 1851. —159.
- Ortes, Giammaria*: Della economia nazionale. Lib. 6. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 21. Milano, 1804. —593.
- Otway, J.H.*: Judgment of J.H. Otway, chairman of county sessions. — Belfast, hiliary sessions, 1860, En: Reports of the inspectors of factories... for the half year ending 30th April 1860. London, 1860. —259.
- Owen, Robert*: Observations on the effect of the manufacturing system: with hints for the improvement of those parts of it which are most injurious to health and morals. 2nd ed. London, 1817. —372.
- Pagnini, Gio[vanni] Francesco*: Saggio sopra il giusto pregio delle cose, la giusta valuta della moneta e sopra il commercio dei romani. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 2. Milano, 1803. —95.
- [*Papillon, Thomas*]: The East-India-trade a most profitable trade to the Kingdom. And best secured and improved in a company and a joint-stock. London, 1677. —94.
- Parry, Charles Henry*: The question of the necessity of the existing corn laws, considered, in their relation to the agricultural labourer, the tenantry, the landholder, and the country. London, 1816. —552, 553, 618.
- [*Parry, William Edward*]: Journal of a voyage for the discovery of a north-west passage from the Atlantic to the Pacific; performed in the years 1819-20, in His Majesty's ships Hecla and Griper, under the orders of William Edward Parry. 2nd ed. London, 1821. —98.
- Pecqueur, C[onstantin]*: Théorie nouvelle d'économie sociale et politique, ou études sur l'organisation des sociétés. Paris, 1842. —563, 694.
- Petty, William*: The political anatomy of Ireland... To which is added verbum sapientium... London, 1691. —140, 143, 255, 292.
- *Quantulumcunque concerning money*. 1682. To the Lord Marquess of Halyfax. London, 1695. —103, 143.
- (anónimo) *A treatise of taxes and contributions*. London, 1667. —52, 95, 123, 566.
- [*Pinto, Isaac*]: Traité de la circulation et du crédit. Amsterdam, 1771. —148.
- Platón*: De republica. En: Opera quae feruntur omnia. Recognoverunt Georgius Baierus, Caspar Orellius, Aug[ustus] Guilielmus Winckelmannus. Vol. 13. Turici, 1840. —340.
- A political enquiry into the consequences of enclosing waste lands, and the causes of the present high price of butchers meat. Being the sentiments of a society of farmers in-shire. [London], 1785. —662.
- Postlethwayt, Malachy*: Great Britain's commercial interest explained and improved: in a series of dissertations on the most important branches of her trade and lauded interest. 2nd ed. In 2 vols. London, 1759. —257.
- The universal dictionary of trade and commerce: with large add. and improvements, adapting the same to the present state of British affairs in America, since the last treaty of peace made in the year 1763. 4th ed. Vol. 1. London, 1774. —257.
- Potter, A[lonzo]*: Political economy: its objects, uses, and principles: considered with reference to the condition of the American people. New York, 1841. Véase también nota 170. —548.
- Price, Richard*: Observations on reversionary payments; on schemes for providing annuities for widows, and for persons in old age; on the method of calculating the values of assurances on lives; and on the national debt. 6th ed. By William Morgan. Vol. 2. London, 1803. —617, 663, 664.
- A prize essay on the comparative merits of competition and cooperation. London, 1834. —298, 362.
- Proudhon, P[ierre]-J[oseph]*: Système des contradictions économiques, ou philosophie de la misère. T. I. Paris, 1846. —471.
- Public economy concentrated; or a connected view of currency, agriculture,

- and manufactures. Carlisle, 1833. — 366.
- Quesnay, [François]:* Analyse du tableau économique. In: Physiocrates. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercier de la Rivière, Baudeau, Le Trosne, avec une introd. sur la doctrine des physiocrates, des commentaires et des notices historiques, par Eugène Daire. Paris, 1846.—110, 298.
- Dialogues sur le commerce et sur les travaux des artisans Idem. — 110, 298.
- Tableau économique. Remarques sur les variations de la distribution des revenus annuels d'une nation. Versailles, 1758.—542.
- Quételet, A[adolphe-Lambert-Jacques]:* Sur l'homme et le développement de ses facultés, ou essai de physique sociale. T.1-2. Paris. 1835.—301.
- Raffles, Thomas Stamford:* The history of Java. With a map and plates. In 2 vols. London, 1817.—333, 685.
- Ramazini, Bernardino:* De morbis artificum diatriba. Mutinae, 1700.—337.
- Essai sur les maladies des artisans, trad. du latin, Paris, 1777.—337.
- Ramsay, George:* An Essay on the distribution of wealth. Edinburgh, 1836.—157, 160, 294, 468, 521, 580.
- Ravenstone, Percy:* Thoughts on the funding system, and its effects. London, 1824.—396, 468.
- Read, George:* The history of baking. London, 1848.—236.
- Reasons for the late increase of the poor-rates: or, a comparative view of the price of labour and provisions. Humbly addressed to the consideration of the Legislature. London, 1777.—525, 617.
- Reasons for a limited exportation of wool. [London], 1677.—525.
- Regnault, Elias:* Histoire politique et sociale des principautés Danubiennes. Paris, 1855.—225.
- Reich, Eduard:* Ueber die Entartung des Menschen. Ihre Ursachen und Verhütung. Erlangen, 1868.—337.
- Remarks on the commercial policy of Great Britain, principally as it relates to the corn trade. London, 1815.—510.
- Ricardo, David:* The high price of bullion on a proof of the depreciation of bank notes. 4th ed. London, 1811.—141.
- On the principles of political economy, and taxation. 3rd ed. London, 1821.—85, 161, 180, 217, 358, 363, 364, 398, 541, 557, 580.
- On protection to agriculture. 4th ed. London, 1822.—82.
- Richardson, [Benjamin]:* Work and overwork. En: The Social Science Review, London, del 18 de julio 1863.—239, 240.
- Roberts, George:* The social history of the people of the southern counties of England in past centuries; illustrated in regard to their habits, municipal bye-laws, civil progress, etc., from the researches. London, 1856.—658.
- Rodbertus-Jagetzow, [Johann Karl]:* Briefe und Socialpolitische Aufsätze. Hrsg. von Rudolph Meyer. Bd. I [Berlin, 1881].—487.
- Sociale Briefe an von Kirchmann, Dritter Brief: Widerlegung der Ricardo'schen Lehre von der Grundrente und Begründung einer neuen Rententheorie. Berlin, 1851.—487.
- Rogers, James E. Thorold:* A history of agriculture and prices in England from the year after the Oxford Parliament (1259) to the commencement of the continental war (1793). Compiled entirely from original and contemporaneous records. Vol. 1-2. Oxford, 1866.—616, 621, 660.
- Rohatsch, R.H.:* Die Krankheiten, welche verschiedenen Ständen, Altern und Geschlechtern eigenthümlich sind. 6 Bdchn. Ulm, 1840.—337.
- Roscher, Wilhelm:* Die Grundlagen der Nationalökonomie. Ein Hand- und Lehrbuch für Geschäftsmänner und Studierende. 3., verm. und verb. Aufl. Stuttgart, Augsburg, 1858.—96, 155, 206, 302.
- Rossi, P[ellegrino Luigi Edoardo, conde]:* Cours d'économie politique. Bruxelles, 1843.—167.
- Rouard de Card, Pie-Marie:* De la falsification des substances sacramentelles. Paris, 1856.—234.
- Rousseau, Jean-Jacques:* Discours sur l'économie politique. Nouv. éd. Genève, 1760.—681.
- [*Roy, Henry*]: The theory of the exchanges. The bank charter act of 1844. London, 1864.—599.
- Rumford, Benjamin:* véase Thompson,

Sir Benjamin, Count of Rumford

Sadler, Michael Thomas: Ireland; its evils, and their remedies: being a refutation of the errors of the emigration committee and others, touching that country. To which is prefixed, a synopsis of an original treatise about to be published on the law of population; developing the real principle on which it is universally regulated. 2nd ed. London, 1829. —644.

— Law of population. Vol. 1-2. London, 1830. —644.

Say, Jean-Baptiste: Lettres a M. Malthus, sur différents sujets d'économie politique, notamment sur les causes de la stagnation générale du commerce. Paris, 1820. —557, 558.

— Traité d'économie politique, ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses. 3e éd. T. 1-2. Paris, 1817. —150, 159, 197.

— Traité d'économie politique, ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses. 5e éd. ... T. 1. Paris, 1826. —546.

Schorlemmer, C[arl]: The rise and development of organic chemistry. London, 1879. —288.

Schouw, Joakim Frederik: Die Erde, die Pflanzen und der Mensch. Naturschilderungen. Aus dem Dän. unter Mitwirkung des Verf. von H. Zeise... 2. Aufl. Leipzig, 1854. —471.

Schulz, Wilhelm: Die Bewegung der Production. Eine geschichtlich-statistische Abhandlung zur Grundlegung einer neuen Wissenschaft des Staats und der Gesellschaft. Zürich, Winterthur, 1843. —344.

Scrope: The principles of political economy; véase *Potter, Alonzo*: Political economy...

[*Seeley, Robert Benton*]: The perils of the nation. An appeal to the legislature, the clergy, and the higher and middle classes. 2^{cd} ed. rev. London, 1843. —664.

Senior, Nassau William: Journals, conversations and essays relating to Ireland. In 2 vols. Vol. 2. London, 1868. —651, 667.

— Letters on the factory act, as it affects the cotton manufacture... To

which are appended, a letter to Mr. Senior from Leonard Horner, and minutes of a conversation between Mr. Edmund Ashworth, Mr. Thompson and Mr. Senior. London, 1837. —213, 216, 375.

— An outline of the science of political economy. London, 1836. —216.

— Principes fondamentaux de l'économie politique, tirés de leçons édités et inédites de Mr. Senior. Par Jean Arrivabene. Paris, 1836. —548.

— Social Science Congress; véase: The national association for the promotion of social science...

— Three lectures on the rate of wages, delivered before the University of Oxford, in eastern term, 1830. With a preface on the causes and remedies of the present disturbances. London, 1830. —499, 502.

Sexto Empirico: Adversus mathematicos. —339.

[*Sieber, N[ikolái Ivánovich]*]: Теория ценности и капитала Д. Рикардо в связи с позднейшими дополнениями и разъяснениями. Опыт критико-экономического исследования. Киев, 1871. —19, 21.

[*Sismondi, J[ean]-C[harles]-L[éonard] Simonde [de]*]: De la richesse commerciale, ou principes d'économie politique, appliqués a la législation du commerce. T.1. Genève, 1803. —491.

— Études sur l'économie politique. T.1. Bruxelles, 1837. —293, 546.

— Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population. T. 1-2. Paris, 1819. —152, 168, 521, 530, 537, 538, 594.

— Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population. 2nd éd. T. 1-2. Paris, 1827. —530, 594, 694.

Skarbek, Frédéric: Théorie des richesses sociales. Suivie d'une bibliographie de l'économie politique. 2nde éd. T. 1. Paris, 1839. —305, 327.

Smith, Adam: An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. In 2 vols, London, 1776. —328.

— An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. In 3 vols. With notes, and an add. vol., by David Buchanan. Vol. 1.

- Edinburgh, 1814. —513, 570, 601, 673.
- An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. With a commentary, by the author of "England and America" [d.i. Edward Gibbon Wakefield]. In 6 vols. London, 1835-1839. —55, 123, 328, 330, 336, 491, 513, 523, 546, 568, 590, 600, 673.
- Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations. Trad. nouv., avec des notes et observations, par Germain Garnier. T. 5. Paris, 1802. —568.
- The theory of moral sentiments. London, 1759. —566, 567.
- Somers, Robert*: Letters from the Highlands; or, the famine of 1847. London, 1848. —668, 669.
- Some thoughts on the interest of money in general, and particularly in the publick funds. London, s.f. —49, 56.
- The source and remedy of the national difficulties, deduced from principles of political economy, in a letter to Lord John Russell. London, 1821. —540.
- Spinoza, Baruch de*: Epistolario —548. — Etica —286.
- S[tafford], W[illiam]*: A compendious or briefe examination of certayne ordinary complaints, of divers of our country men in these our days... London, 1581. —678.
- Steuart, James*: An inquiry into the principles of political oeconomy. In 2 vols. Vol. 1. London, 1767. —310, 666.
- An inquiry into the principles of political oeconomy; being an essay on the science of domestic policy in free nations. In 3 vols. Vol. 1. Dublin, 1770. —172, 594, 656, 680.
- An inquiry into the principles of political oeconomy. En: The works, political, metaphysical, and chronological... Now first collect. by General Sir James Steuart, his son, from his father's corr. copies, to which are subjoined anecdotes of the author. In 6 vols. Vol. 1. London, 1805. —146.
- Recherche des principes de l'économie politique, ou essai sur la science de la police intérieure des nations libres. T. 1. Paris, 1789. —396.
- Stewart, Dugold*: Lectures on political economy. En: The collected works. Ed by Sir William Hamilton. Vol. 8. Edinburgh, 1855. —298, 320, 335, 447.
- Storch, Henri*: Cours d'économie politique, ou exposition des principes qui déterminent la prospérité des nations. T. 1-3. St.-Pétersbourg, 1815. —168, 175, 335, 543, 594.
- Cours d'économie politique, ou exposition des principes qui déterminent la prospérité des nations. Avec des notes explicatives et critiques par J[ean]-B[aptiste] Say. T. 1. Paris, 1823. —326, 327, 334.
- Strange, William*: The seven sources of health. London, 1864. —241, 242.
- Strype, John*: Annals of the reformation and establishment of religion, and other various occurrences in the Church of England, during Queen Elizabeth's happy reign. 2nd ed. Vol. 2. [London], 1725. —672.
- Thiers, A[dolphe]*: De la propriété. Paris, 1848. —407.
- [Thompson, Sir] Benjamin, [Count of] Rumford*: Essays, political, economical, and philosophical. Vol. 1-3. London, 1796-1802. —552.
- Thompson, William*: An inquiry into the principles of the distribution of wealth most conducive to human happiness; applied to the newly proposed system of voluntary equality of wealth. London, 1824. —336.
- Thornton, William Thomas*: Over-population and its remedy; or, an inquiry into the extent and causes of the distress prevailing among the labouring classes of the British islands, and into the means of remedying it. London, 1846. —166, 252.
- [Thünen, Johann Heinrich von]*: Der isolirte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie. 2. Th. 2. Abth. Rostock, 1863. —570.
- Tooke, Thomas, and William Newmarch*: A history of prices, and of the state of the circulation, during the nine years 1848-1856. In 2 vols.; forming the 5th und 6th vols. of the "History of prices from 1792 to the present time". London, 1857. —257.
- Torrens, R[obert]*: An essay on the external corn trade. London, 1815. —166.
- An essay on the production of wealth; with an appendix, in which the principles of political economy are applied to the actual circum-

- tances of this country. London, 1821. —157, 177.
- On wages and combination. London, 1834. —374.
- [*Townsend, Joseph*]: A dissertation on the poor laws. By a well-wisher to mankind. 1786. Republished London, 1817. —594.
- Journey through Spain. London, 1791. —594.
- Tucidides*: Historia de la guerra del Peloponeso. —
- Tuckett, John D[ebell]*: A history of the past and present state of the labouring population, including the progress of agriculture, manufactures, and commerce. In 2 vols. London, 1846. —336, 660, 683.
- Turgot, [Anne-Robert-Jacques, de l'Aulne]*: Réflexions sur la formation et la distribution des richesses. In: Oeuvres, Nouv. éd... par Eugène Daire. T. 1. Paris, 1844. —173, 292, 489.
- Two letters on the flour trade, and dearthness of corn... By a person in business. London, [1767]. —662.
- Ure, Andrew*: The philosophy of manufactures: or, an exposition of the scientific, moral and commercial economy of the factory system of Great Britain. London, 1835. —215, 325, 326, 341, 342, 351, 373, 387, 399, 402, 403, 507, 511, 515.
- Philosophie des manufactures ou économie industrielle de la fabrication du coton, de la laine, du lin et la soie. Trad. sous les yeux de l'auteur. T. 2. Paris, 1836. —279.
- Urquhart, David*: Familiar words as affecting England and the English. London, 1855. —102, 338, 463, 682.
- Vanderlint, Jacob*: Money answers all things: or, an essay to make money sufficiently plentiful amongst all ranks of people. London, 1734. —123, 130, 143, 256, 292, 308.
- Verri, Pietro*: Meditazioni sulla economia politica. En: Scrittori classici italiani di economia politica. Parte moderna. T. 15. Milano, 1804. —52, 94, 132, 307.
- Vissering, S[imon]*: Handboek van praktische staathuishoudkunde. Delen 1-3. Amsterdam, 1860-1862. —461.
- Wade, John*: History of the middle and working classes... 3rd ed. London, 1835. —229, 254, 567.
- [*Wakefield, Edward Gibbon*]: England and America. A comparison of the social and political state of both nations. Vol. 1-2. London, 1833. —251, 535, 618, 698-704.
- A view of the art of colonization, with present reference to the British Empire; in letters between a statesman and a colonist. London, 1849. —304.
- véase también *Smith, Adam*: An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. With a commentary, by the author of "England and America" [d.i. Edward Gibbon Wakefield]. In 6 vols. London. 1835-1839. —491.
- Ward, John*: The borough of Stoke-upon-Trent, in the commencement of the reign of Her Most Gracious Majesty Queen Victoria. London, 1843. —249.
- Watson, John Forbes*: [Paper read before the Society of Arts.] En: Journal of the Society of Arts. London, 17 April, 1860. —362.
- Watts, John*: The facts and fictions of political economists: being a review of the principles of the science, separating the true from the false. Manchester, 1842. —505.
- Trade societies and strikes: their good and evil influences on the members of Trades Unions, and on society at large. Machinery; its influences on work and wages, and cooperative societies, productive and distributive, past, present, and future. Manchester, [1865]. —505, 508.
- Wayland, Francis*: The elements of political economy. Boston, 1843. —159, 198.
- [*West, Edward*]: Essay on the application of capital to land, with observations shewing the impolicy of any great restriction of the importation of corn, and that the bounty of 1688 did not lower the price of it. By a fellow of university college, Oxford. London, 1815. —497, 498.
- Price of corn and wages of labour, with observations upon Dr. Smith's, Mr. Ricardo's, and Mr. Malthus's doctrines upon those subjects; and an attempt at an exposition of

the causes of the fluctuation of the price of corn during the last thirty years. London, 1826. —497.

Wilks, Mark: Historical sketches of the South of India, in an attempt to trace the history of Mysoor; from the Hindoo Government of that state, to the extinction of the Mohammedan Dynasty in 1799. Vol. 1. London, 1810. —333.

Witt, Johan de: Aanwysing der heilsame politike gronden en maximen van de Republike van Holland en West-Friesland. Leyden, 1669. —689.

Wright, Thomas: A short address to the public on the monopoly of large farms. London, 1779. —663.

Young, Arthur: Political arithmetic. Containing observations on the present state of Great Britain; and the principles of her policy in the encouragement of agriculture. London, 1774. —123, 217.

— A tour in Ireland: with general observations on the present state of that kingdom... 2nd ed. In 2 vols. London, 1780. —623.

II. INFORMES PARLAMENTARIOS Y OTRAS PUBLICACIONES OFICIALES

An act for regulating the hours of labour for children, young persons, and women employed in workshops, 21st August 1867. —454.

An act to limit the hours of labour, and to prevent the employment of children in factories under ten years of age. Approved March 18, 1851. En: Acts of the seventy-fifth legislature of the state of New Jersey. Trenton, 1851. —253.

Agricultural labourers (Ireland). Return to an order of the Honourable the House of Commons, dated 8 March 1861. —645.

Agricultural statistics, Ireland. General abstracts showing the acreage under the several crops, and the number of live stock, in each county and province, for the year 1860. Also the emigration from Irish ports from 1st January to 1st September, 1860. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. Dublin, 1860. —641.

Agricultural statistics, Ireland. Tables showing the estimated average produce of the crops for the year 1866; and the emigration from the Irish ports, from 1st January to 31st December, 1866; also the number of mills for scutching flax in each county and province. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. Dublin, 1867. —641.

Arbeiten der Kaiserlich Russischen Gesandtschaft zu Peking über China, sein Volk, seine Religion, seine Institutionen, sozialen Verhältnisse, etc. Aus dem Russ. nach dem in St. Petersburg 1852-

57 veröffentlichten Original von Dr. Carl Abel und F. A. Mecklenburg. Bd. 1. Berlin. 1858. —126-127.

Cambridge university commission. Report of Her Majesty's commissioners appointed to inquire into the state, discipline, studies, and revenues of the university and colleges of Cambridge: together with the evidence, and an appendix. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1852. —565.

The case of our English wool. As also the presentment of the Grand Jury of the county of Somerset thereon. Humbly offered to the High Court of Parliament. London, 1685. —236.

Census of England and Wales for the year 1861. London, 1863. —408-409, 578-579, 589, 597, 598, 620.

Children's employment commission (1862). Reports. — 226, 278, 366, 392, 437.

— First report of the commissioners. With appendix. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1863. — 229-233, 252, 276, 433, 508.

— Second report... London, 1864. — 367, 426, 430-435, 508.

— Third report ... London, 1864. — 169, 241, 424, 428, 429, 442, 452, 503, 508.

— Fourth report ... London, 1865. — 241-249, 371, 401, 441.

— Fifth report ... London, 1866. — 243, 367, 399, 418, 427-428, 442, 452.

— Sixth report ... London, 1867. —

- 627, 635, 637-638.
- Compte rendu de la deuxième session du congrès international de statistique réuni à Paris les 10, 12, 13, 14 et 15 Septembre 1855. Publié par les ordres de S. E. M. Rouher. Paris, 1856. — 279.
- Corn, grain, and meal. Return to an order of the Honourable the House of Commons, dated 18 February 1867. — 416-419.
- Correspondence with Her Majesty's missions abroad, regarding industrial questions and trades unions. London, 1867. — 14.
- East India (Bullion). Return to an address of the Honourable the House of Commons dated 8 February 1864. — 133.
- Factories inquiry commission. First report of the central board of His Majesty's commissioners. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 28 June 1833. — 260.
- Factories regulation acts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 9 August 1859. — 227, 275.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 15 April 1856. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 4 February 1857. — 400.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 24 April 1861. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 11 February 1862. — 400, 437.
- Factories. Return to an address of the Honourable the House of Commons, dated 5 December 1867. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 22 July 1868. — 400.
- First report from the select committee on adulteration of food, etc.; with the minutes of evidence, and appendix. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 27 July 1855. — 168-169, 552.
- Fourth report of the commissioners of Her Majesty's inland revenue. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1860. — 597.
- General Laws of the Commonwealth of Massachusetts, passed subsequently to the revised statutes. Vol. I. Boston, 1854. — 253.
- Grievances complained of ... véase: Report addressed to...
- Hansard's Parliamentary Debates: 3rd series, commencing with the accession of William IV. Vol. 66. Comprising the period from the second day of February, to the twenty-seventh day of February. 1843. London, 1843. — 598. — ...Vol. 170. Comprising the period from the twenty-seventh day of March, to the twenty-eighth day of May, 1863. London, 1863. — 37-41, 249, 528. — ...Vol. 174. Comprising the period from the fifteenth day of March, to the third day of May, 1864. London, 1864. — 599.
- House of Lord's committee. 1848. Véase: Report from the select committee of the House of Lords...
- Jahresbericht der Handelskammer für Essen, Werden und Kettwig pro 1862. Essen, 1863. — 361.
- Manifest der Maatschappij De Vlamingen Vooruit! Gerigt tot alle de voorstanders van de eerlijke en regtzinnige uitvoering der Belgische Grondwet, gestemd, door het Nationaal Congres van 1830. Brussel, 1860. — 616.
- The master spinners and manufacturers' defence fund. Report of the committee appointed for the receipt and apportionment of this fund, to the central association of master spinners and manufacturers. Manchester, 1854. — 391, 528.
- Miscellaneous statistics of the United Kingdom (Part VI). Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1866. — 599.
- The national association for the promotion of social science. Report of proceedings at the seventh annual congress, held in Edinburgh, October 1863. Edinburgh, London, 1863. — 364, 445, 453.
- Parliamentary Return véase: Factories. Return to an address...
- Public Health. Reports. — 13, 366, 368, 637. — Third report of the medical officer of the Privy Council. 1860. Orde-

- red, by the House of Commons, to be printed, 15 April 1861. —231.
- Fourth report ... with appendix. 1861. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 11 April 1862. —429.
- Sixth report ... with appendix. 1863. Presented pursuant to act of Parliament. London, 1864. —169, 251, 368, 429, 501, 601.
- Seventh report ... with appendix. 1864. Presented pursuant to act of Parliament. London, 1865. —98, 531, 609, 621, 627.
- Eighth report ... with appendix. 1865. Presented pursuant to act of Parliament. London, 1866. —427, 604-609.
- Report addressed to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department, relative to the grievances complained of by the journeymen bakers; with appendix of evidence. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1862. —168, 233-236, 503.
- Report from the committee on the "Bill to regulate the labour of children in the mills and factories of the United Kingdom"; with the minutes of evidence. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 8 August 1832. —261.
- Report from the secret committee of the House of Lords appointed to inquire into the causes of the distress which has for some time prevailed among the commercial classes, and how far it has been affected by the laws for regulating the issue of bank notes payable on demand. Together with the minutes of evidence, and an appendix. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 28 July 1848. (Reprinted 1857). —126-127.
- Report from the select committee on bank acts; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, appendix and index. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 30 July 1857. —133.
- Report from the select committee on the bank acts; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, appendix and index. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 1 July 1858. —138.
- Report from the select committee on mines; together with the proceedings of the committee, minutes of evidence, and appendix. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 23 July 1866. —455-460.
- Report from the select committee on petitions relating to the corn laws of this Kingdom: together with the minutes of evidence, and an appendix of accounts. Ordered, by the House of Commons, to be printed, 26 July 1814. —510.
- Report of proceedings... véase: The national association for the promotion of social science...
- Report of the commissioners appointed to inquire into the operation of the acts (16 & 17 Vict. c. 99. and 20 & 21 Vict. c. 3.) relating to transportation and penal servitude. Vol. 1. Report and appendix. Vol. 2. Minutes of evidence presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1863. —621.
- Report of the commissioners appointed to inquire into the condition of all mines in Great Britain to which the provisions of the act 23 & 24 Vict. cap. 151. Do not apply. With reference to the health and safety of persons employed in such mines, with appendices. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, London, 1864. —622.
- Report of the committee on the baking trade in Ireland for 1861. —237.
- Report of the officer of health of St. Martin's-in-the-Fields. 1865.—605.
- Report of the Social Science Congress at Edinburgh. Octob. 1863 véase: The national association for the promotion of social science ...
- Reports by Her Majesty's secretaries of embassy and legation, on the manufactures, commerce etc., of the countries, in which they reside. Nr. 6. London, 1863. —319.
- Reports from poor law inspectors on the wages of agricultural labourers in Ireland. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. Dublin, 1870. —645.
- Reports from the Lord committee, on the state of the growth ... véase: Reports respecting grain, and the corn laws...
- Reports of the inspectors of factories to Her Majesty's Principal Secretary of

- State for the Home Department. — 215, 226, 366, 451.
- for the half year ending the 31st December 1841: also, the joint report of inspectors of factories for the same period. (Presented by command of Her Majesty.) Ordered, by the House of Commons, to be printed, 16 February 1842. — 259.
 - for the quarter ending 30th September, 1844, to 30th April, 1845. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1845. — 263, 273, 379, 380, 382.
 - for the half year ending 31st October 1846... London, 1847. — 273.
 - for the half year ending 30th April 1848... London, 1848. — 267, 268, 501.
 - for the half year ending 31st October 1848... London, 1849. — 262, 264, 266, 267, 278, 281, 502.
 - for the half year ending 30th April 1849... London, 1849. — 268-271, 289.
 - for the half year ending 31st October 1849... London, 1850. — 262, 270.
 - for the half year ending 30th April 1850... London, 1850. — 272, 281.
 - for the half year ending 31st October 1850... London, 1851. — 268.
 - for the half year ending 30th April 1852... London, 18852. — 272.
 - for the half year ending 30th April 1853... London, 1853. — 274.
 - for the half year ending 31st October 1853... London, 1854. — 169, 251.
 - for the half year ending 30th April 1855... London, 1855. — 215.
 - for the half year ending 31st October 1855... London, 1856. — 251, 258, 370, 394, 481.
 - for the half year ending 31st October 1856... London, 1857. — 227, 228, 371, 383, 399, 414, 415.
- Reports... for the half year ending 30th April 1857... London, 1857. — 370, 371.
- for the half year ending 31st October 1857... London, 1857. — 275, 371.
 - for the half year ending 30th April 1858... London, 1858. — 227, 508, 511.
 - for the half year ending 31st October 1858... London, 1859. — 366, 370, 383, 398.
 - for the half year ending 30th April 1859... London, 1859. — 506.
 - for the half year ending 31st October 1859... London, 1860. — 262, 281.
 - for the half year ending 31st April 1860... London, 1860. — 229, 251, 260, 275, 383, 502.
 - for the half year ending 31st October 1860... London, 1860. — 228, 506.
 - for the half year ending 30th April 1861... London, 1861. — 228.
 - for the half year ending 31st October 1861... London, 1862. — 228, 280, 385.
 - for the half year ending 31st October 1862... London, 1863. — 275, 276, 280, 369, 382, 384, 386, 413, 420, 441.
 - for the half year ending 30th April 1863... London, 1863. — 277, 282, 393, 423, 501.
 - for the half year ending 31st October 1863... London, 1864. — 228, 389, 394, 400, 421, 422, 501, 584.
 - for the half year ending 30th April 1864... London, 1864. — 422.
 - for the half year ending 31st October 1864... London, 1865. — 278, 281.
 - for the half year ending 31st October 1865... London, 1866. — 379, 413, 423, 424, 438, 439, 444, 451.
 - for the half year ending 31st October 1866... London, 1867. — 389, 393, 516, 589, 648.
- Reports respecting grain, and the corn laws: viz: First and second reports from the Lords committees, appointed to enquire into the state of the growth, commerce, and consumption of grain, and all laws relating thereto;... Ordered, by the House of Commons, to be printed, 23 November 1814. — 510.
- The revised statutes of the state of Rhode Island and Providence plantations: to which are prefixed, the constitutions of the United States and of the state. Providence, 1857. — 253.
- Royal commission on railways. Report

- of the commissioners. Presented both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1867. — 399, 515.
- Second report addressed to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department, relative to the grievances complained of by journeyman bakers. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1863. — 234.
- Statistical abstract for the United Kingdom in each of the last fifteen years, from 1846 to 1860. Nr. 8. London, 1861. — 386.
- Statistical abstract for the United Kingdom in each of the last fifteen years, from 1851 to 1865. Nr. 13. London, 1866. — 386.
- Tenth report of the commissioners appointed to inquire into the organization and rules of Trades Unions and other associations: together with minutes of evidence. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty, 28th July 1868. London, 1868. — 402.
- Tenth report of the commissioners of Her Majesty's inland revenue on the inland revenue. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1866. — 596, 642.
- Twenty-second annual report of the registrar-general of births, deaths, and marriages in England. Presented to both Houses of Parliament by command of Her Majesty. London, 1861. 252.
- Workshops' regulation act véase: An act for regulating the hours of labour for children...

III. EDICIONES PERIODICAS

- The Bengal Hurkaru*, Calcuta, 22 de julio de 1861. — 306.
- Bury Guardian*, Bury, 12 de mayo de 1860. — 250.
- Concordia. Zeitschrift für die Arbeiterfrage*, Berlín.
— № 10, 7 de marzo de 1872. — 37.
— № 27, 4 de julio de 1872. — 38.
— № 28, 11 de julio de 1872. — 38.
- The Daily Telegraph*, Londres, 17 de enero de 1860. — 230.
- Demokratisches Wochenblatt*, Leipzig.
— № 31, 1 de agosto de 1868. — 18.
— № 34, 22 de agosto de 1868. — 18.
— № 35, 29 de agosto de 1868. — 18.
— № 36, 5 de septiembre de 1868. — 18.
- Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844. — 81, 149, 159, 582.
- The Economist*, Londres, t.III, 29 de marzo de 1845. — 619.
— t. VI, 15 de abril de 1848. — 217.
— t. IX, 19 de julio de 1851. — 540.
— t. XVIII, 21 de enero de 1860. — 586.
— t. XXIV, 2 de junio de 1866. — 669.
- The Evening Standard*, Londres, 1° de noviembre de 1886. — 35.
- The Glasgow Daily Mail*. 25 de abril de 1849. — 289.
- Journal des Economistes*, París, julio y agosto de 1872. — 21.
- The Journal of the Society of Arts*, Londres, t. VII, 9 de diciembre de 1859. — 348.
— t. VIII, abril de 1860. — 362.
— t. XIV, abril de 1866. — 669.
— t. XX, 5 de enero de 1872. — 384.
- Macmillan's Magazine*, Londres y Cambridge, t. VIII, agosto de 1863. — 240.
- The Morning Advertiser*, Londres. 17 de abril de 1863. — 38.
- The Morning Chronicle*. Londres. — 619.
- The Morning Star*, Londres. — 494.
— 17 de abril de 1863. — 38, 598.
— 23 de junio de 1863. — 239.
— 7 de enero de 1867. — 613.
- Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie*, Colonia, № 266, 7 de abril de 1849. — 531.
- Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, Londres — Hamburgo. № 4, 1850. — 272, 281.
- New York Daily Tribune*, 9 de febrero de 1853. — 667.
- The Observer*, Londres, 24 de abril de 1864. — 137.
- The Pall Mall Gazette*, Londres. — 600.
- La Philosophie positive. Revue*, París, № 3, noviembre-diciembre de 1868. — 21.
- The Portfolio. Diplomatic review* (New

- series), Londres. —667.
Révolutions de Paris, № 101, 1791. —667.
Reynold's Newspaper, Londres, 21 de enero de 1866. —238.
 — 4 de febrero de 1866. —238.
 — 20 de enero de 1867. —613.
 Санкт-Петербургскіе ведомости. (Sankt-Peterbúrgskie védomosti) 8(20) de abril de 1872. —21.
The Saturday Review of Politics, Literature, Science and Art, Londres, 18 de enero de 1868. —21.
The Social Science Review, Londres, t. II, 18 de julio de 1863. —239-240.
The Spectator, Londres, 26 de mayo de 1866. —308.
The Standard, Londres, 15 de agosto de 1863. —240.
 — 26 de octubre de 1861. —512.
 — 5 de abril de 1867. —614.
The Times, Londres. —600, 668.
 — 14 de febrero de 1843. —598.
 — 5 de noviembre de 1861. —252.
 — 26 de noviembre de 1862. —198, 373.
 — 24 de marzo de 1863. —275, 529-530.
 — 17 de abril de 1863. —37, 38.
 — 2 de julio de 1863. —240.
 — 25 de febrero de 1864. —435.
 — fines de 1866. —551, 649.
 — comienzos de 1867. —551, 649.
 — 26 de enero de 1867. —460.
 — 3 de septiembre de 1873. —551.
 — 29 de noviembre de 1883. —39.
To-Day, Londres, № 2, febrero de 1884. —40.
 — № 3, marzo de 1884. —40.
 Вестник Европы (Véstnik Evropi), San Petersburgo, 1872, t. III. —21-22.
Der Volksstaat, Leipzig, 1 de junio de 1872. —37.
 — 7 de agosto de 1872. —38.
The Westminster Review, Londres. —70.
The Workman's Advocate, Londres, 13 de enero de 1866. —237.

IV. OBRAS LITERARIAS

- Antipatro de Tesalónica*. El invento del molino de agua. —377.
Balzac, Honoré de. Gobseck. —541.
Beecher-Stowe, Harriet. La cabaña del tío Tom. —667.
Boileau-Despréaux, Nicolas. Sátira VIII. —599.
Butler, Samuel. Hudibras. —46.
Cervantes Saavedra, Miguel de. El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. —87, 90, 588.
Dante, Alighieri. Divina Comedia. —14, 105, 232.
Defoe, Daniel. Robinson Crusoe. —82-84, 269.
Dickens, Charles. Las aventuras de Oliver Twist. —407.
Diderot, Denis. Salón de 1767. —132.
Dryden, John. El gallo y la zorra. —228.
Dupont, Pierre. Canto de los obreros. —634.
Goethe, Johann Wolfgang von. Fausto. —75, 91, 187, 271, 545, 649.
Heine, Heinrich. Enrique. —281.
Homero. Iliada. —70.
Homero. Odisea. —238, 339.
Horacio. Arte poética. —621.
Horacio. Sátiras. Libro primero. —10, 109, 249, 319, 338, 434.
Horacio. Epodo. VII. —651.
Juvenal. Sátira IV. —233.
Lesage, Alain-René. Gil Blas de Santillana. —650.
Ovidio. Arte de amar. —405.
Ovidio. Fastos. —659.
Schiller, Friedrich von. Cábala y amor. —528.
Schiller, Friedrich von. La canción de campana. —375.
Schiller, Friedrich von. La fianza. —544.
Shakespeare, William. El mercader de Venecia. —268, 448, 626.
Shakespeare, William. Hamlet. —256.
Shakespeare, William. Enrique IV. —39, 56.
Shakespeare, William. Mucho ruido para nada. —88.
Shakespeare, William. Sueño de una noche de verano. —109.
Shakespeare, William. La vida de Timón de Atenas. —131.
Sófocles. Antígona. —131.
Stolberg, Friedrich Leopold. A la naturaleza. —470.
Virgilio. La Eneida. —281, 692.
Voltaire, François-Marie. Cándido. —187, 704.
 La Biblia. —91, 253, 346, 534, 546, 683.
Jerónimo (San). Carta a Santa Eustaquia. Sobre las excelencias de la virginidad. —105.

INDICE DE MATERIAS

A

Abstracción

- su significación en el análisis de las formas económicas — 10;
- ejemplos concretos — 153-154.

Acumulación del capital

- caracterización general — 532, 533-535, 537-540, 543-546, 563, 565, 566, 572-574, 592-594, 604;
- condiciones generales, fuentes y factores — 518-519, 533-535, 549-551, 553-559, 570, 575;
- resultados y consecuencias — 573-574, 577-580, 583, 592-593;
- en la agricultura — 554;
- y la situación de la clase obrera — 553, 562-569, 578-580, 583-585, 592-593, 604;
- y las leyes de la producción mercantil — 537-539;
- su tendencia histórica — 693-696. Véase también: *Concentración del capital*.

Acumulación originaria del capital

- caracterización general — 552-523, 572-573, 652-654, 692-696, 705;
- factores y momentos principales — 653-654, 658-659, 673, 684, 687-690;
- expropiación de los campesinos — 396, 655-669, 699-700;
- usurpación de la propiedad comunitaria por los terratenientes — 661-665;
- caracterización general de sus métodos — 669-670, 684-685, 692-693, 704-705.

Adulación de los medios de subsistencia — 168-169, 233-236, 551-552.

Africa — 684.

Agricultura — 589, 616, 651.

Alemania — 10, 14-16, 18, 30, 34, 223-224, 283, 288, 346, 352, 363, 394, 397, 427, 668, 674.

Anarquía de la producción capitalista —

180, 331-332, 440, 461, 485.

Antigüedad — 67, 84-87, 95, 109, 130-131, 134-135, 149, 162, 166, 189, 268, 311-312, 324, 339-341, 469, 664.

Argentina — 335.

Aristocracia — 17, 547, 618, 661, 705.

Arrendamiento — 677-680.

Arrendatario — 654-656, 662, 678-680, 683.

Asia — 139, 158, 311, 333.

Asociación Internacional de Trabajadores — 37, 280.

Atenas (antigua) — 88, 130-131, 339-341.

Australia — 416, 705.

Austria — 258.

B

Bancos — 126, 135-136, 140-143, 688.

Base y superestructura — 10-11, 83, 87-89, 445-448, 543-544, 564-565.

Bélgica — 34, 258, 279, 551, 614-615.

Billetes de banco — 126, 137, 138, 141.

Bimetalismo — 99-100, 141.

Bolsa — 136, 184, 679, 688.

C

Campesinado — 50, 83, 255-256, 311.

- expropiación del campesinado en el período de la acumulación originaria del capital — 655-670, 689-690, 693;
- el campesinado de la Edad Media — 50;
- el campesinado que realiza prestaciones en trabajo — 223-224, 522-523;

- transformación de los pequeños campesinos en asalariados al desarrollarse el capitalismo en el campo 681-683;

- campesinos-vasallos en los países de Europa — 655;

- campesinos independientes en la Inglaterra del siglo XV —678;
- el campesinado independiente en Inglaterra en la época de Cromwell —660;
- el campesinado ruso a fines del siglo XVI —661.
- Campo* —327-328, 462-463, 589-590, 625-626, 632-634, 681-683.
- "El Capital" de C. Marx*
 - objeto y método —9-10, 13-14, 21-24, 27, 45, 53, 81-82, 87, 144, 160, 164;
 - significación para la clase obrera —34-35;
 - actitud de la burguesía —18;
 - traducciones a lenguas extranjeras —21, 27-29, 32-33, 36;
 - su historia —4, 9, 15-16, 18-21, 27-30, 32-33, 36-37.
- Capital*
 - definición —149-150, 152, 158-159, 220, 247-249, 251-252, 288, 289, 524, 611, 693, 698;
 - su historia —144, 159-161, 163-165, 178, 308-309, 469, 683-684, 688-689, 693-695;
 - fórmula general del capital y su contradicción —144-161;
 - flujo del capital de una rama a otra —579-581, 586;
 - su movimiento y sus contradicciones —308-311, 406-407, 426, 461, 518, 588-589;
 - y salario —550-554;
 - capital empleado y capital consumido —557-558.
- Capital circulante* —561.
- Capital comercial* —147-148, 152, 159-160, 467.
- Capital constante*
 - definición —199-205, 285;
 - como categoría formulada por primera vez por Marx —561;
 - su forma de existencia en el proceso de producción —213-214, 294, 334, 341-342, 357, 374, 376, 560, 572;
 - como condición del funcionamiento del capital variable —204;
 - traspaso del valor de distintas partes del capital constante al producto —180-182, 194-198, 202-204, 357-358, 360;
 - su papel en el proceso de valorización —240;
 - relación entre el gasto en el capital constante y la masa de trabajo puesto en movimiento —583;
 - y la acumulación del capital —554-557.
- Capital fijo* —561.
- Capital industrial*
 - caracterización general —150, 158-159, 693-696;
 - su génesis —653-654, 683-693;
 - transformación del capital dinero en capital industrial —152, 160-162, 179-190, 287-289, 307, 684, 687-690, 703-704;
 - su concentración y centralización —288, 573-557, 686-690, 694-696, 705.
- Capital a interés* —144, 152, 159-160, 683-684.
- Capital usurario* —144, 159-160, 467, 683-684.
- Capital variable*
 - definición —198-202, 204-205, 211, 282, 285, 376, 403-404, 521-523, 541-542, 563, 578;
 - como categoría formulada por primera vez por Marx —561;
 - su forma de existencia en el proceso de producción —205-207, 234, 334, 587-588, 541-542, 560, 563, 572, 578;
 - condición necesaria de su funcionamiento —204-205;
 - relación de dependencia entre la magnitud del capital variable adelantado y la masa de plusvalor —282-286;
 - su magnitud y el número de obreros —282-287, 577, 673-674;
 - transformación de los medios de subsistencia de una parte de la población rural en elementos materiales del capital variable —673-674, 679-680;
 - y la acumulación del capital —572, 583-584.
- Cartismo* —261-266.
- Cartas* —315-317, 470.
- Centralización de la producción y del capital* —288, 310, 311, 574-578, 688-689, 694-695, 705.
- Cercamiento de las tierras comunitarias* —662-665.
- Ciclo industrial*
 - la crisis de 1825 como comienzo del desarrollo cíclico de la industria capitalista —16-17, 35;
 - caracterización general —23-24, 34-35, 417-418, 440-441, 566-570, 581-582, 584-585, 681-682;

- alternancia de las fases del ciclo y la situación de los trabajadores — 417-423, 568-569, 581, 600, 681-685;
- desarrollo cíclico de la industria inglesa — 417-421, 423, 681.
- Ciencia** — 27, 32-33, 174, 357, 559;
 - su aplicación y su papel en la producción — 356-357, 390-391, 425-426, 447-448, 463, 554-555, 572-573, 692-693;
 - aplicación capitalista de la ciencia — 336-357, 559, 695.
 Véase también: *química*.
- Circulación de mercancías** — 129-131, 134-135, 143-150, 156-161, 164, 187, 535-536;
 - y las metamorfosis de la mercancía — 107-108, 109-113;
 - intercambio simple de mercancías — 152-153;
 - su diferencia del intercambio directo de productos — 112-114;
 - identidad de la compra y la venta — 113-114;
 - y el capitalismo — 114, 328;
 - y la circulación del dinero — 115-117, 120, 133, 134, 137.
- Circulación mercantil**
Véase: *Circulación de mercancías*.
- Ciudad** — 328, 462, 589, 604-609, 655.
- Clan** — 666-667, 669.
- Clase obrera**
 - situación de los obreros en el capitalismo — 168-169, 279-280, 391, 398-399, 417, 420, 466-467, 525-527, 555-556, 566, 608, 611, 672-674;
 - la competencia entre los obreros en el capitalismo — 500, 502, 584, 588;
 - el obrero como el medio de producción más imprescindible para el capitalista — 525, 570, 699;
 - su reproducción — 165-168, 198-199, 206, 524-527, 530-531, 533;
 - consumo individual de los obreros — 525-526;
 - consumo productivo de los obreros — 525.
 Véase también: *Proletariado, Obrero agrícola*.
- Colonización** — 697-705.
- Comercio** — 146-148, 155;
 - de intercambio (trueque) — 95-96, 164;
 - detallista — 138;
 - mundial — 140-144, 534, 686-688;
 - y los cálculos de las operaciones comerciales propiamente tales — 138;
 - trata de esclavos — 249-250, 692;
 - y la industria — 687.
- Compañía de las Indias Orientales** — 133, 418, 686.
- Competencia** — 252, 294-295, 297, 321, 331, 363, 417, 502-503, 544, 555, 574.
- Composición orgánica del capital** — 284-285, 408, 414, 562-563, 571, 572, 577-580, 673.
- Composición técnica del capital** — 562, 571-574, 576.
- Comunidad** — 83, 92;
 - en la India — 50-51, 83, 92, 311, 331-333;
 - en los principados del Danubio — 223-224;
 - intercambio de mercancías entre las comunidades — 91, 92, 327.
- Comunismo** — 84-85;
 - formas de propiedad — 84-85, 695-696;
 - distribución — 84-85;
 - condiciones y organización del trabajo — 85, 585;
 - trabajo necesario — 485;
 - base material y técnica — 363, 544;
 - el desarrollo del individuo — 445, 449-452, 544, 570.
- Concentración del capital** — 288, 311, 440, 461, 573-576, 687.
Véase también: *Acumulación del capital*.
- Concentración de la producción** — 306, 334, 572-573, 604.
- Concepción materialista de la historia** — 10-14, 86, 173, 278, 344, 448-449, 543, 559, 564-565.
- Consumo**
 - individual — 176-177, 525-527, 560;
 - productivo — 188-189, 197-198, 301, 303, 525-527, 541-542;
 - en la producción — 176-177, 525;
 - de la fuerza de trabajo por el capitalista — 177-179, 525-527, 340-342.
- Cooperación**
 - definición — 303-304, 359, 694;
 - su punto inicial — 307, 311, 334;
 - su significado y sus ventajas frente a la forma individual del trabajo — 303-309;
 - factores que determinan su escala — 307-309;
 - resultados de su desarrollo — 307-309, 335;
 - sus formas tempranas — 311;

- simple —312, 335-336, 356;
 - capitalista —311-313, 465-466, 572;
 - la necesidad de la regulación social del proceso del trabajo en la cooperación a gran escala —309, 391;
 - como factor de grandes revoluciones en la agricultura —396.
 - Costos de producción* —306, 319, 320, 363, 380, 493.
 - Crédito*
 - condiciones de su surgimiento y desarrollo —133-136, 138-140, 545, 574-575;
 - dinero crediticio —126, 138, 688;
 - público —687-690;
 - internacional —688-690;
 - en la Roma antigua —134;
 - en la Edad Media —134, 136;
 - como factor de la acumulación originaria de capital —687-689;
 - en el proceso de producción capitalista —167-169, 574-576, 579-581;
 - el obrero como acreedor del capitalista —164-169, 474.
 - Crisis monetaria* —136.
 - Crisis económicas* —16-17, 24, 35, 122, 150, 227, 612;
 - esencia y causas —113-114, 136-137, 197-198, 640-641;
 - condiciones de transformación de las crisis potenciales en crisis reales —113-114;
 - y la crisis monetaria —136-137;
 - su influencia sobre la situación de la clase obrera —500, 590-591, 600, 612-615.
 - Crisis de sobreproducción*
Véase: *Crisis económicas*.
 - Curso del cambio* —143.
- Ch
- China* —78, 126, 130, 353, 685, 686.
- D
- Darwinismo* —251, 318-319, 344.
 - Derecho*
 - romano —95, 268, 664;
 - en la Edad Media —95, 678-680;
 - burgués —89-90, 162, 170, 220-222, 269-270, 272, 276, 278, 279, 281, 366-368, 391-394, 535-539, 552.
 - Desempleo*
Véase: *Sobrepoblación relativa*.
 - Desgaste físico de los medios de trabajo* —176, 196, 373-374, 555, 557-558.
 - Desgaste moral de los medios de trabajo* —373, 528-529, 554-555.
 - Deuda pública* —687-690.
 - Dialéctica* —535-536;
 - idealista —22-24;
 - materialista —22-24;
 - contradicciones —10, 18, 23-24, 102-106, 113-114, 120-121, 136, 170, 308-310, 406-411, 427-440, 449, 460-461, 465, 485, 547, 592, 604, 694-696;
 - unidad y lucha de los contrarios —57-58, 69, 74-75, 91-92, 106-107, 113-114, 137, 146, 328, 462-463, 465;
 - transición de la cantidad a la calidad —286-288, 300, 302-304;
 - negación de la negación —695;
 - posibilidad y realidad —114;
 - necesidad y casualidad —10, 71, 81, 160-161, 331;
 - causa y efecto —580-582;
 - contenido y forma —46-47, 81-82, 85-87, 97, 103-105, 535-536;
 - esencia y fenómeno —46-47, 56-57, 61, 64-66, 68, 285-286, 294-295, 491-496, 503-504, 522-523.
Véase también: *Método de la economía política marxista*.
 - Dictadura del proletariado* —18, 449, 694-696.
 - Diezmo* —50, 84, 85.
 - Dinero*
 - definición —9-10, 66, 68, 76, 94, 96, 110, 129, 132, 136, 144, 150;
 - historia —92-94, 96, 101-102, 124-126, 129-131, 138-139;
 - como medida de valores —97-105, 110, 118;
 - como patrón de precios —100-102;
 - como medio de circulación —115-129;
 - como medio de atesoramiento —129-133;
 - como medio de pago —133-140;
 - dinero mundial —140-143;
 - papel-moneda —126-129;
 - dinero crediticio —126, 138;
 - circulación del dinero —115-129, 133, 135, 137, 139, 140;
 - transformación del dinero en capital —144-170, 185-187, 286-288, 518, 523-524, 537-538, 653;
 - la ilusión creada por la forma de dinero de salario —490-495, 521, 522;
 - su carácter fetichista —36.

Véase también: *Equivalente general*, *Oro*, *Moneda*.

Dinero-trabajo —97.

Distribución

- condiciones determinantes del tipo de distribución —85;
- distribución del trabajo entre los miembros de la familia patriarcal campesina —84;
- en la sociedad comunista —84, 85;
- del plusvalor —447, 478, 489, 518, 519.

División del trabajo —108-110, 164, 328, 329, 332-334, 337-342, 388-390, 445-446, 572, 589;

- natural —83, 84, 326, 327;
- en la manufactura (y en la fábrica) —313-316, 320, 322, 323, 326-334, 336-340;
- internacional —416;
- social —50-52, 79-81, 108, 109, 326, 327, 329-332, 339-341, 410, 470;
- territorial —329.

E

Eclecticismo —124.

Economía

- en los medios de producción —178, 181-182, 188-189, 302-304, 307, 358-359, 378, 379, 394, 426, 428-429, 485, 572, 695.

Economía natural —83, 84, 129, 130, 681.

Economía política

- su historia —338, 339, 565, 566;
- su objeto —10, 13;
- método de la economía política marxista —9, 10, 15, 22-24, 27, 45, 51, 53, 56, 57, 81-83, 87, 144, 160, 164;
- caracterización general de la economía política burguesa —16, 17, 18, 559-561, 565, 566, 581, 697, 698.

Economía política burguesa clásica

- caracterización general —16, 85-87, 404, 488, 492-494, 496, 517, 561, 565, 566;
- particularidades del análisis que hace de las categorías y de los procesos económicos aislados —33, 55, 56, 85-87, 141, 142, 146, 161, 165, 196, 285, 286, 324, 330, 358, 471, 472, 476-480, 492-494, 540-542, 556, 559, 564, 570, 579.

Economía política burguesa vulgar —68, 147, 150, 151, 153, 154, 157, 183-185, 283, 403-411, 516, 517,

539-541, 558-561, 568, 569, 698-700; — caracterización general —18, 19, 63, 86, 114, 154, 170, 177, 179, 286, 492, 494, 584-588, 652, 653; — sus teorías del plusvalor —154-159, 183-185, 197, 198, 206, 212, 217, 478, 543-550, 556-558.

Véase también: *Malthusianismo*.

Economización del trabajo —168, 169, 188, 298, 299, 485, 647.

Edad Media —83, 84, 134-136, 287, 300, 311, 316, 317, 333, 360, 395, 396, 467, 653, 679, 683, 684, 687.

Egipto —310, 311, 427, 469, 470.

Ejército industrial de reserva.

Véase: *Sobrepoblación relativa*.

Empobrecimiento de la clase obrera (momentos generales —566, 567, 569-570, 599;

- absoluto —397, 398, 444, 448, 462, 463, 550-553, 564-566, 587, 588, 592, 593, 603, 604, 695;
- relativo —563-565, 592, 593, 603, 604.

Véase también: *Ley general de la acumulación capitalista*, *Adulteración de los medios de subsistencia*.

Empréstito —689.

Equivalente general —74-77, 91-94, 96, 108.

Véase también: *Dinero*.

Esclavismo

- momentos generales —93, 189, 206, 222, 249, 311, 468, 494, 496, 566;
- en la Roma antigua —268, 527;
- en la isla de Java —685;
- en América —162, 163, 222, 249, 250, 268, 280, 692.

Escuela monetaria de la economía política burguesa —568, 569.

Escuelas politécnicas —449.

España —34, 470, 685, 692.

Especulación —147, 184, 200, 252, 545, 612, 613, 688, 705.

Estadística burguesa —254, 387-389.

Estado (en la sociedad explotadora)

- como instrumento del capital —252, 253, 266, 267, 288, 337, 565, 595, 673-677, 685;
- "regulación" estatal de la vida económica —224-226, 252-255, 259-277, 279, 451-455, 459-462, 516-517.

Véase también: *Legislación fabril*.

Estado primitivo de la humanidad —84, 171-174, 327, 468, 469, 564.

Estados Unidos de América —10-14, 222, 240, 253, 280, 355, 363, 365, 389,

409, 424, 462, 527, 651, 686, 689, 692, 697, 704.

Estatutos laborales —252-254, 509, 673-676.

Europa —655.

Explotación por el capital de la fuerza de trabajo —466, 467;

— esencia económica —308, 309;

— su incremento intensivo y extensivo —566, 567;

— expresión de su grado —205-208, 486-489, 550, 551, 555;

— y la anarquía de la producción —440;

Exportación de capital —561, 701.

Expropiación

— expropiación de los productores directos —654, 656, 658-660, 662-673, 682, 694-695, 705;

— efecto expropiador del sistema fiscal sobre la pequeña burguesía —689;

— expropiación de los expropiadores —695, 696.

F

Fábrica

— caracterización general —10, 258, 259, 386-388, 415, 416, 424, 425;

— división del trabajo en la fábrica —51, 387-390;

— obrero fabril —258, 259, 386-403, 417.

Familia y tribu —84, 85, 327, 450, 451, 681.

Fenianos —651.

Fertilidad del suelo

— como factor de la productividad del trabajo —468, 469, 483, 570;

— su devastación en el capitalismo —225, 248, 463, 464.

Fetichismo mercantil —77-78, 570;

— definición —79, 87;

— sus premisas —78-80;

— condiciones imprescindibles para su comprensión —81;

— su carácter histórico —85, 86;

— manifestaciones particulares —87, 88.

Feudalismo

— caracterización general —83, 84, 310, 312, 545, 653-657, 683, 684;

— en India —549;

— en Inglaterra —656, 657, 659, 660, 678;

— en Alemania —668, 669;

— en Francia —679, 680;

— su disolución —395, 396, 653-659, 661, 668, 669.

Feudo —655, 679.

Fisiócratas —87, 159, 184, 297, 298, 466, 489, 542, 698.

Fondo de trabajo —522, 523, 559-561, 563.

Forma de equivalente

— como encarnación del valor —59, 60, 64-66;

— como forma de intercambiabilidad directa —64, 66, 73-75;

— sus tres peculiaridades —64-67;

— su misterio —65;

— en comparación con la forma relativa de valor —57, 58;

— relación de su desarrollo y el desarrollo de la forma relativa de valor —61, 64, 73-76, 92, 93.

Forma relativa de valor

— su esencia —57, 61;

— su determinación cuantitativa —61;

— impacto de los cambios en la magnitud del valor de las mercancías sobre la magnitud del valor relativo —61-63;

— y la forma de equivalente —57, 58, 61, 64, 73-76, 92, 93.

Forma de valor —57, 67, 68, 150, 151, 537;

— sus dos polos —57, 58, 74-76;

— su evolución al desarrollarse el intercambio —72;

— forma simple de valor —57, 68-70, 72-74, 77, 98;

— forma total de valor —70-73, 75, 98;

— forma general de valor —72-77, 91, 98, 109;

— forma de dinero —57, 76, 77, 82, 97-143, 557.

Véase también: *Valor de cambio*, *Forma relativa de valor*, *Forma de equivalente*.

Formación económica de la sociedad

— el carácter de su desarrollo —13;

— la división del trabajo en las diversas formaciones —334, 335;

— la reproducción simple y ampliada en las diversas formaciones —549;

— la forma del plustrabajo como rasgo distintivo de las formaciones antagónicas —207, 222, 223;

— la relación capitalista como producto de la destrucción de formaciones anteriores —164, 165;

— importancia de los medios de trabajo para el estudio de las formaciones extinguidas —173, 174;

— los medios de trabajo como rasgo

- distintivo de las formaciones —173, 174.
- Francia* —13, 17, 18, 34, 139, 142, 253, 259-260, 279, 288, 329, 363, 427, 634, 660, 672, 673, 676-677, 679.
- Fuerzas productivas*
- sus elementos —171-178, 334, 335, 463, 464, 525;
 - importancia decisiva de los medios de trabajo para la caracterización de una sociedad determinada —173, 174;
 - en el capitalismo —448, 463, 485, 593, 594.
- Véase también: *Medios de producción. Ser humano.*
- Fuerza de trabajo*
- definición —161, 162, 168, 169, 193, 194, 205, 475, 525-527, 542, 554, 559;
 - condiciones de su venta como una mercancía —162, 163, 168-169, 310-311, 535, 567-569;
 - su valor —165-168, 169, 198-199, 204-206, 218, 249, 282, 292-294, 326, 365-366, 475, 482, 513, 550-551, 567-568, 614-616, 675-676.
 - el proceso de su consumo —169, 178, 179, 310, 311, 475;
 - el carácter específico de su valor de uso —161-162, 178-179, 185, 219-221; 334-335, 475, 495, 528-529, 537;
 - límites de su abaratamiento —167, 168, 326, 433, 434, 550, 551;
 - su reproducción —166-168, 198, 199, 206, 389, 524-528, 530, 531, 534, 563, 567, 568.
- G
- Ganancia* —33, 149, 204, 479, 489, 518, 519, 586, 693.
- Ganancia comercial* —518.
- Ganancia media* —577, 586.
- Gran industria* —351, 352, 355, 357, 410, 424, 451, 452;
- su historia —16, 17, 174, 175, 343, 364, 415-417, 690;
 - su importancia —343, 364, 447-451;
 - su base técnica —447, 448;
 - y la división del trabajo —446;
 - su influencia sobre la agricultura —462-464, 682, 683;
 - y el mercado interno —682, 683.
- Grecia (antigua)* —67, 86, 87, 130, 131.
- Guerra antijacobina* —617, 685.
- Guerra campesina en Alemania* —223, 224.
- Guerra civil en los EE.UU.* —13, 268, 272, 280, 389, 390, 400, 527, 705.
- Guerras comerciales* —684, 687, 690.
- Guerra franco-prusiana (1870-1871)* —142.
- Guerra de Independencia Norteamericana* —13.
- Guerras del Opio* —685.
- Guerra del Peloponeso* —339.
- Guerra de los Treinta Años* —668, 674, 675.
- H
- Holanda* —253, 255, 346, 352, 363, 427, 470, 672, 685-687, 689.
- Hospicios (en Inglaterra)* —258, 259, 600.
- I
- Identidad* —114, 536.
- Idioma* —80.
- Igualdad burguesa* —154, 162, 170, 272, 280, 281, 535, 536.
- Ilustración en el siglo XVIII* —95, 559.
- Impuestos* —517;
- sus formas —139, 140;
 - como instrumento de la acumulación originaria del capital —685, 689, 690;
 - y el plusvalor —477;
 - en el Imperio Romano —139, 140;
 - en Asia —139;
 - en Francia —139;
 - en Inglaterra —659;
 - en EE.UU. —705.
- India* —51, 130, 133, 204, 306, 311, 328, 353, 362, 398, 416, 470, 549, 684, 686, 687.
- Inglaterra*
- caracterización general —10, 16-18, 34-35, 225-227, 259, 263-265, 278, 279, 345-346, 348, 351, 595-596;
 - acumulación originaria del capital —396, 654-679, 684-693;
 - sistema monetario y bancario —100, 102, 141, 688;
 - industria —256, 259, 278, 348, 399-401, 417-423, 429-432;
 - ciudades —605-609
 - agricultura y relaciones agrarias —396, 397, 617, 619-621, 625-627, 654-656, 660, 677, 678, 682;
 - comercio exterior —416-420, 423, 686;

- trata de esclavos —692;
- exportación de capital —561;
- sistema colonial —471, 685-688, 690;
- población —408-409, 411, 412, 579, 595;
- situación de los trabajadores —168-169, 225-246, 259-277, 365-371, 378-385, 397-398, 417-423, 429-436, 527-530, 550-553, 600, 603-651, 674;
- movimiento obrero —169, 259, 262, 263-266, 271-272, 278-280, 394-396;
- legislación —225, 226, 252-254, 259-279, 391, 450-455, 460-461, 617, 659, 660, 670-677.

Instrumentos de trabajo —328, 338, 344, 345;

- caracterización general —173, 188, 189;
- como factor de la productividad del trabajo —317, 318;
- en el proceso de creación de valor —357-365.

Intensificación del trabajo —317, 318, 378-385, 479-485, 588, 589.

Intercambio

- como condición imprescindible de la transformación del producto en mercancía — 45, 79;
- intercambio directo de productos —91-93, 112-114;
- entre comunidades —92, 93, 327;
- y el surgimiento del dinero —106, 107.

Interés —489, 518, 519, 540, 547.

Internacional (I).

Véase: *Asociación Internacional de Trabajadores.*

Irán —470.

Irlanda —237, 250, 386, 638-651, 665, 690.

Italia —34, 427, 470, 654.

J

Japón —139, 656.

Jornada laboral

- sus componentes —218, 219, 484, 485, 487-489, 494;
- su límite máximo —219, 500;
- duración de la jornada laboral y magnitud del plusvalor —475-485, 502;
- y las economías a costa del trabajo en la producción capitalista —299, 443, 444;
- y la intensificación del trabajo — 377-381, 479-485, 508, 509;

- restricción coercitiva de la jornada laboral —224-225, 253, 259-264, 266-268, 272-273, 280-281, 377-378, 502;
- aspiración del capital a trasgredir los límites morales y meramente físicos de la jornada laboral —248, 252, 259, 261, 262, 264-265, 268, 270, 272, 278, 375-377;
- lucha de los obreros por la reducción de la jornada laboral —169, 221, 236, 237, 253, 260, 264, 278-281, 378;
- y el salario —501-504;
- en el socialismo y el comunismo —485.

L

Legislación fabril

- momentos generales —10, 225, 226, 261, 262, 271, 272, 275, 278-281, 391, 443, 445, 461;
- en Inglaterra —10, 225, 226, 253, 258-281, 391, 392, 450-455;
- en Francia —258-260, 279;
- en Bélgica —258.

"Ley" de la fertilidad decreciente de la tierra —463, 464.

Ley general de la acumulación capitalista —564-565, 567-570, 577-578, 587-588, 591, 592, 600, 603, 607, 633-634.

Véase también: *Intensificación del trabajo, Acumulación del capital, Sobreproducción relativa, Pauperismo. Ley de la población* —578-580.

Ley del valor —81, 104, 160, 161, 285, 296, 297, 331, 491, 514, 536, 537.

Leyes de beneficencia (en Inglaterra) —397, 418, 594, 617, 624-626, 659.

Leyes cerealeras en Inglaterra —262, 263, 271, 420, 423, 618, 619, 651.

Leyes de coalición —418, 674, 675.

Leyes contra el vagabundeo —670-673.

Leyes de cercamiento de las tierras comunales —662.

Leyes de la producción capitalista (momentos generales) —10, 294, 297, 535-538, 539, 544, 567, 586, 590-592, 672-673.

Libertad burguesa —75, 162-163, 165, 170, 367, 494-495, 535-536, 676-677.

Librecambio —17, 35, 69, 170, 226, 239, 261-265, 271-272, 274, 443, 618, 683.

Liga contra las leyes cerealeras —17.

Lucha de clase de los obreros —17, 18, 263, 264, 511, 512;

- por la reducción de la jornada laboral —169, 221, 236-237, 253,

- 263-264, 272, 275, 278, 279, 281, 378;
- por la restricción del trabajo femenino e infantil — 262, 263, 272, 366, 367;
 - cartismo — 261-266;
 - acciones de los obreros contra las máquinas — 394, 395;
 - aumento de la indignación y organización de los obreros al desarrollarse el capitalismo — 600, 695;
 - mérito particular de los obreros fabriles ingleses en el movimiento obrero internacional — 278, 279;
 - lucha de los obreros agrícolas — 237, 238, 463.
- Luditas* — 394, 395.
- M**
- Malthusianismo* — 158, 328, 464, 484, 565, 566, 582, 594, 643, 648.
- Manufactura*
- su esencia — 34, 300, 313, 321, 324-326, 341, 342, 395, 681, 682;
 - su punto inicial — 334, 343;
 - modos de su surgimiento — 313-316, 338, 342, 680, 681, 684;
 - su carácter capitalista — 334-342;
 - sus formas principales — 318-326;
 - y la división del trabajo — 313-315, 320-323, 326-334, 336-340, 349, 350, 352;
 - y el empleo de las máquinas — 318, 323, 324, 348, 349, 352, 355;
 - y la productividad del trabajo — 317;
 - obrero parcial manufacturero — 314-326, 330-332, 334-339, 342, 353, 387, 388;
 - como punto inicial de la fábrica — 353, 690, 691.
- Máquinas*
- caracterización general — 318, 343-346, 356, 357, 426;
 - de la historia de la maquinaria — 323, 324, 344-350, 353-355, 357;
 - base material del modo capitalista de producción — 343, 354, 355, 357, 375, 376, 380, 381, 394, 415;
 - como elemento de la creación del valor y elemento de la creación del producto — 195, 196, 358;
 - límites de su aplicación — 363;
 - consecuencias de su aplicación capitalista — 362-385, 386-394, 396-403, 406, 407, 410, 417, 426, 587, 592;
 - medición de la productividad de la maquinaria — 360;
 - medios de incrementar la productividad del trabajo — 372;
 - desgaste físico y moral — 194-196, 373, 528, 555, 557, 558;
 - y la estructura del producto social — 410, 411;
 - diferencia entre la cooperación de muchas máquinas similares y el sistema de máquinas — 349-353;
 - sistema automático de máquinas — 352, 398, 399, 402;
 - acciones de los obreros contra las máquinas — 394, 395, 398;
 - su utilización en la sociedad comunista — 363.
- Materias auxiliares* — 175, 194, 199, 520, 555, 571.
- Materias primas* — 172-176, 182, 194, 199, 334, 409.
- Materialismo francés del siglo XVIII* — 95, 559.
- Medios de producción* — 290, 294, 302, 673;
- definición y composición — 163, 173-178, 199, 555, 653;
 - como factor material del trabajo vivo y elemento material de la creación de un nuevo producto — 172-177, 197, 288, 289, 520;
 - y el proceso de trabajo — 195-197;
 - y el proceso de creación de valor — 179-184, 191-193, 195-199, 537, 556;
 - como medio y material de la actividad productiva útil — 288, 289, 465;
 - como factor de la fuerza productiva del trabajo — 48, 557, 571;
 - su transformación en capital — 164, 165, 288, 289, 653, 699;
 - límites sociales al desarrollo de los medios de producción — 695.
- Medios de trabajo* — 171-177, 194, 195, 307, 389-391, 550, 511.
- Mercado interno* — 645, 680-683.
- Mercado de mercancías* — 144.
- Véase también: *Mercado interno*, *Mercado mundial*, *Mercado de trabajo*.
- Mercado mundial* — 124, 140-142, 144, 222, 329, 355, 417, 420, 514, 551, 595, 600, 655, 684, 695.
- Mercado de trabajo*
- condiciones necesarias para la formación del mercado de fuerza de trabajo — 161-165, 461, 653;

- y el ciclo industrial —461, 584, 586;
 - en una "colonia libre" —701-702, 704-705.
- Mercancía**
- momentos generales —9-10, 45, 49, 77-78, 79-80, 87;
 - su doble carácter —45-51, 56, 68, 80, 91, 106-107, 114, 179;
 - doble naturaleza del trabajo representado en la mercancía —50-56, 80-81, 85, 191-193; condiciones y premisas de la transformación del producto en mercancía —49-51, 56, 69, 78-81, 91-93, 164;
 - su valor —46-49, 54-56, 59, 65-66, 68, 70-71, 87, 104-105, 193, 490, 555-557;
 - su carácter fetichista —77-79, 81, 87;
 - su carácter histórico —69, 80-82, 86.
- Véase también: *Circulación de mercancías*, *Producción mercantil*.
- Mercantilismo** —68-69, 86, 87, 141, 152, 472.
- Método de la economía política marxista**
- caracterización general —22-24, 27;
 - procedimientos metodológicos varios —9-10, 15, 45, 51, 53, 56-57, 81-82, 87, 144, 159-160, 164.
- Véase también: *Abstracción*, *Dialéctica*.
- México** —163, 188, 686.
- Modo capitalista de producción**
- caracterización general —16, 18, 45, 67-68, 86, 96, 104, 131, 143, 158-160, 169-170, 189-190, 206, 211, 297-299, 309-311, 389-391, 448, 465-466, 488, 495, 538, 567, 570, 573, 577, 583, 591, 604, 695, 700;
 - su finalidad determinante —148-151, 179, 183-188, 206, 217, 219-220, 277, 287, 308, 543-544, 546, 567, 570;
 - su punto inicial y sus premisas —144, 164-165, 300, 311, 328, 524, 572, 653, 694-695, 705;
 - sus antagonismos y contradicciones —10, 18, 23-24, 113-114, 170, 272, 308-310, 332, 376, 398, 406-407, 409-412, 426, 440, 449, 460-462, 465, 485, 592-593, 695-696;
 - y el feudalismo —654;
 - su necesidad histórica —311-312, 463;
 - su carácter históricamente pasajero —14, 16, 33-34, 449, 450, 535-536, 543, 695-696.
- Modo de producción**
Véase: *Formación económica de la sociedad*.
- Moneda** —124-129, 138.
- Movimiento obrero**
Véase: *Lucha de clase de los obreros*.
- Multas** —391-392.
- N
- Naturaleza** (como factor primario de la creación del producto y de los elementos materiales del capital) —171-174, 177, 348-349, 357, 463-465, 554, 555.
- O
- Objeto de trabajo** —172-176, 182, 191, 194, 196, 294, 465, 554.
- Obrero agrícola** —237, 256, 462-464, 510, 552, 589, 602, 616-637, 645-651, 654-655, 675, 678.
- Oro** (y plata)
- como mercancía dinero —76-77, 93, 101-103, 110, 116-119, 130;
 - cualidades naturales particulares del oro y de la plata —93;
 - duplicación del valor del oro y de la plata —94;
 - su valor —94-95, 117-119;
 - funcionamiento paralelo del oro y de la plata en calidad de dinero —99-100;
 - correlación entre el valor del oro y el de la plata —99, 141-142;
 - variación del valor del oro y su influencia sobre las funciones del oro como dinero —101, 117;
 - aumento del poder del oro con el desarrollo de la producción mercantil —130, 131.
- P
- Pago a destajo** —505-512;
- caracterización general —506-507, 510, 513;
 - irracionalidad de su forma —506;
 - su historia —510-511;
 - como medio de intensificar el trabajo y alargar la jornada laboral —506-511;
 - como medio de reducir el nivel medio del salario —510;
 - y el salario por tiempo —505-507, 509;

- y la productividad del trabajo — 511-513;
 - y las diferencias individuales de los obreros — 508-510.
 - Pauperismo* — 397, 398, 498, 589-592, 600, 633, 634, 659.
 - Paz de Utrecht* — 692.
 - Peonaje* — 162-163.
 - Plusproducto* — 33, 217, 533-535, 549, 566, 580, 643.
 - Plustrabajo*
 - definición — 206, 217, 487-489, 569;
 - como rasgo distintivo de las formaciones económicas de la sociedad — 206, 221-225;
 - condiciones, medios y modos de extraer plustrabajo — 232, 291-293, 295-298, 326, 467-471, 554-555;
 - determinación de su magnitud — 291-294;
 - formas tempranas de plustrabajo — 223, 466-467;
 - como fuente de ganancia — 504;
 - límite de su reducción en el capitalismo — 568.
 - Plusvalor* — 150-152, 520-521;
 - definición — 147-148, 198-200, 202, 203, 206-207;
 - su origen — 160-161, 198-199, 204-205, 375-376, 532-533, 546-547;
 - teorías vulgares sobre su origen — 154-159, 183-185, 196-197, 198-199, 207, 212-217, 478-479, 543-550, 556-559;
 - como rasgo distintivo de las formaciones económicas de la sociedad explotadora — 206-207;
 - su producción como fin determinante del capitalismo — 148-150, 151, 179, 184-188, 206, 217, 220, 222-223, 308, 375, 465, 543-544, 567-568;
 - dependencia de su magnitud con respecto al valor de la fuerza de trabajo — 475-485;
 - tasa de plusvalor — 205, 207-208, 217, 219, 282-286, 376, 467, 479, 486-489, 550-551, 554-555, 558-559;
 - su masa — 282-286, 376, 554-555, 558-559;
 - sus formas modificadas — 33, 87, 149, 207, 221-225, 466, 479, 489, 540-543, 547-548, 644, 693;
 - su capitalización — 532-535, 537-543, 592.
- Véase también: *Plusvalor absoluto*, *Plusvalor adicional*, *Plusvalor relativo*, *Plusvalor absoluto*
- definición — 293-294;
 - su producción — 247-248, 288-289, 467;
 - su diferencia del plusvalor relativo — 467.
- Plusvalor adicional* — 295-297, 375.
- Plusvalor relativo*
 - definición — 291-292, 294;
 - métodos de su producción — 291-292, 293, 294, 295, 299, 378-379, 467;
 - y el plusvalor absoluto — 467;
 - influencia de su producción sobre los procesos técnicos del trabajo — 466;
 - y la fuerza productiva del trabajo — 292-294, 297, 378-379;
 - y la correlación entre trabajo necesario y sobretabajo — 291-294, 296, 299, 466-467;
 - y la división manufacturera del trabajo — 338-339.
- Portugal* — 685.
- Precio* (momentos generales) — 98, 101-105, 106, 108-109, 117-118, 152-155, 156-159, 160-161, 167, 183.
- Prestación en trabajo* — 83, 222-225, 494, 522.
- Producción* (caracterización general) — 171-177, 300, 331, 465-466, 491, 520-522, 694.
- Véase también: *Reproducción*.
- Producción artesanal* — 278, 300, 311, 314-326, 331-334, 338, 341-342, 352-355, 390, 415, 429-434, 436, 451, 460-461.
- Producción mercantil* — 144, 189, 326, 572-573;
 - condiciones de su existencia — 49-52, 56, 69, 77-81, 91-93, 164;
 - su presencia en diversos modos de producción — 114, 164;
 - simple — 164;
 - y el capitalismo — 67-68, 179-190, 328, 539, 572-573;
 - rasgos comunes y diferencias entre la producción mercantil simple y la producción mercantil capitalista — 114;
 - su carácter anárquico y contradictorio — 107-110;
 - transformación de las leyes de propiedad de la producción mercantil en leyes de la apropiación capitalista — 535-540.
- Productividad del trabajo*

- momentos generales — 55, 293, 469, 554-555, 570-573, 592;
 - condiciones que determinan su nivel — 49-50, 304, 307, 309-312, 317, 468-469, 485, 513, 572-573;
 - impacto de sus variaciones sobre el valor de la mercancía — 47-50, 54-55, 192-193, 298, 555-556;
 - impacto de sus variaciones sobre la magnitud del valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor — 293, 477;
 - como factor de la acumulación de capital — 554-555, 570, 573.
- Producto intermedio** — 176.
- Proletariado**
- su papel histórico como sepulturero del capitalismo — 18, 695-696;
 - incremento del proletariado con la acumulación de capital — 418, 463, 564-565, 566, 572, 633-634, 695-696;
 - sentido económico del concepto de proletario — 564;
 - lumpen proletariado — 591.
- Véase también: *Lucha de clase de los obreros, Empobrecimiento de la clase obrera, Clase obrera, Obrero agrícola.*
- Propiedad**
- comunitaria — 83, 223-224, 311, 332-334, 655-656, 662;
 - propiedad privada basada en el trabajo propio del productor — 83-84, 655-656, 693-694, 695-697, 705;
 - propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno — 178-179, 536-538, 604, 652-654, 654-657, 660, 693-697, 705;
 - social — 693, 695-696;
 - en la sociedad comunista — 84, 695-696.
- Véase también: *Propiedad agraria.*
- Propiedad agraria** — 13, 17, 87, 144, 339-341, 518-519, 547, 617-619, 649-651, 655-656, 677, 679-680.
- Proteccionismo** — 34-35, 517, 683, 685, 690, 698.
- Q**
- Química** — 33, 172, 175, 287-288, 555.
- R**
- Reforma** — 659-661.
- Relaciones de producción** — 113, 565;
- en la antigüedad — 85, 162-163;
 - en el esclavismo — 311, 693-694;
 - en el feudalismo — 83-84, 139, 311, 655-656, 693-694;
 - en el capitalismo — 83, 86-87, 96, 162-163, 259, 281, 307-312, 391, 448, 503-504, 566-569, 592-593, 653, 692-696, 698;
 - en el comunismo — 84-86, 695-696;
 - su reproducción — 524-525, 563, 569-570.
- Religión** — 79, 84-87, 247-248, 344, 565-566, 570, 679.
- Renta de la tierra** — 33, 87, 139, 223, 248, 479, 489, 518-519, 549, 678.
- Reproducción** — 139, 520, 549, 555-556;
- su particularidad específica en el capitalismo — 520-521, 581;
 - de las relaciones de producción — 139, 518, 524-526, 530-531, 533-534, 563, 569-570, 653;
 - de la fuerza de trabajo — 165-168, 199, 205-206, 294, 326, 524-528, 530-531, 533-534, 563-565, 567-568;
 - sus particularidades en las diversas ramas de la economía — 554-556.
- Véase también: *Reproducción simple, Reproducción ampliada.*
- Reproducción ampliada**
- su esencia — 533-534, 538, 544, 549, 562-563, 567-568;
 - su diferencia de la reproducción simple — 538;
 - en las diversas formaciones económicas de la sociedad — 549;
 - de las relaciones de producción — 562-563, 569-570;
 - del capital constante — 555-556;
 - y la tasa de explotación del trabajo — 569-570;
 - y la concentración del capital — 575.
- Reproducción simple**
- su esencia — 520-521, 522-525, 532-534, 537-538, 539-540;
 - su diferencia de la reproducción ampliada — 537-538;
 - de las relaciones de producción — 524-525;
 - y el capital variable — 522-523;
 - y el plusvalor — 522-524.
- Revolución de los años 1848-1849** — 16, 18, 266, 279.
- Revolución burguesa en Francia a fines del siglo XVIII** — 93, 565, 676-677.
- Revolución burguesa en Inglaterra en el siglo XVII** — 659, 660, 682.
- "Revolución Gloriosa" de 1688-1689** — 661.

- Revolución industrial del siglo XVIII* — 278, 344-349, 352-357, 394-395, 436-438.
- Revolución socialista* — 18, 35, 449, 461-463, 695-696.
- Riqueza material*
— sus fuentes — 52, 463-464, 524-525, 554;
— sus elementos — 132-133, 163-164, 173-178, 199-200, 554-555, 653;
— su expresión social — 129-130, 132, 141-142;
— su apropiación — 149-150;
— su transformación en capital — 524-525;
— condiciones de su reproducción — 520;
— nacional — 687-688.
- Roma* (antigua) — 87, 101, 134, 139, 158,
- Rusia* — 224, 515-516, 625, 660.
- S
- Salario* — 164-169, 178, 490-496, 567-568;
— definición — 494-496, 513, 550-551;
— diferencias nacionales en su nivel — 166, 513-517;
— y la tendencia del capital — 550-551;
— sus límites — 167, 568-569;
— y la acumulación del capital — 562-563, 568-569;
— y el ciclo industrial — 584-585;
— y la jornada laboral — 495, 501-504;
— y los precios de las mercancías — 502-503;
— su "regulación" legal — 673-677.
Véase también: *Salario nominal*, *Pago a destajo*, *Salario por tiempo*, *Salario real*.
- Salario nominal* — 497-500, 514.
- Salario real* — 483, 514.
- Salario por tiempo* — 497-504;
— caracterización general — 497-498, 505-507, 509, 647;
— condiciones que determinan su magnitud — 498-499, 501-502, 513-514;
— unidades de medición — 498-499;
— su conveniencia para el capitalista — 500.
- Santa Alianza* — 17.
- Ser humano* (como fuerza productiva de la sociedad) — 52, 77-78, 171-172, 177, 194, 304, 344, 466, 554.
- Servidumbre*
— relaciones de producción — 83-84, 494, 522, 653-656;
— formas peculiares de plustrabajo — 494, 522;
— en Inglaterra — 654-657, 660;
— en Italia — 654;
— en Rusia — 661;
— en los principados del Danubio — 223-224.
- Sindicatos* — 237, 279-281, 587-588, 674-677.
- Sistema colonial* — 416, 470, 685-688, 690.
- Sistema fiscal* — 689-690.
- Sistema de gremios* — 287, 300, 316, 333-334, 338, 653-654, 683-684.
- Sistema monetario* — 87.
- Sobrepoblación relativa* — 499-500;
— esencia y causas — 251, 397, 416, 484, 578-580, 582, 583-585, 700;
— formas — 588-592;
— su papel — 416, 449, 579-584, 586-588;
— y las fases del ciclo industrial — 581, 584-585, 588.
- Socialismo*
Véase: *Comunismo*.
- Socialismo pequeñoburgués* — 75, 89, 91, 539-540.
- Socialismo utópico* — 82, 97, 279, 445-446, 461, 547, 671-672.
- Sociedades de seguros* — 195.
- Sociedades anónimas* — 288, 310-311, 575-576, 688.
- Suecia* — 661-662.
- Suiza* — 34.
- Sumisión formal del trabajo al capital* — 307-310, 466-468, 673.
- Sumisión real del trabajo al capital* — 280-281, 288-289, 308, 467, 570, 672-673, 701.
- T
- Tasa (grado) de explotación*
Véase: *Tasa de plusvalor*.
- Tasa de plusvalor*
— definición — 205, 207, 487-488;
— sus diversas fórmulas — 486-489;
— método de cálculo — 207-208, 217.
— condiciones de su incremento — 207, 550, 554-555;
— y masa de plusvalor — 282-286;
- Técnica y tecnología* (momentos gene-

- rales) —344, 447-448, 554-555, 560, 576, 580.
- Terminología científica* —33, 206, 543.
- Teoría cuantitativa del dinero* —123.
- Tiempo de trabajo socialmente necesario*
- definición —48, 78, 200, 302, 506-507;
 - como sustancia del valor —48-49, 54, 77-79, 179-180, 182, 188-189, 200, 295-296;
 - y la competencia —321-322.
- Tierra*
- objeto general del trabajo humano —172, 559;
 - medio de trabajo —172-174;
 - fuente de toda riqueza —52, 463-464, 554.
- Trabajo (momentos generales)* —50-53, 74, 171-178, 187-189, 191-193, 194, 289, 492, 495, 520, 556-557.
- Trabajo abstracto* —47-49, 52-55, 56, 59-66, 70-74, 80, 85, 93-94, 191-193.
- Trabajo asalariado*
- como particularidad característica de la época capitalista —165, 539-540;
 - relación general entre el capital y el trabajo asalariado en los diversos niveles de ingreso de los obreros —509.
- Trabajo complejo* —53, 166, 189.
- Trabajo concreto* —47-48, 51-52, 55, 56, 66, 71, 187-188, 191-193, 198.
- Trabajo directamente social* —66, 84-85, 97.
- Trabajo domiciliario*
- como ámbito de la explotación capitalista —278, 319-320, 429-434, 436-437, 441, 450-451, 462, 467, 645;
 - carácter y situación de los obreros —319-320;
 - sistema de remuneración del trabajo —507-508, 613-614, 645;
 - influencia de la fábrica —425-426, 436-437, 451;
 - influencia de la legislación fabril —460-461.
- Trabajo femenino*
- caracterización general —365, 433-434, 435, 484, 583, 633-634;
 - de la historia de la explotación del trabajo femenino —341, 364-366;
 - consecuencias de la explotación del trabajo femenino —367-372;
 - como una de las causas de la sobrepoblación relativa —484;
 - en la manufactura —425;
 - en la industria domiciliaria —429-433;
 - en Inglaterra —367-369, 426-430, 433-434;
 - su regulación legal —263, 268, 272, 274, 275.
- Trabajo infantil*
- caracterización general —341, 365, 425-426, 430-433, 583, 634;
 - consecuencias de la explotación de los niños —367-372, 432-433;
 - como una de las causas de la sobrepoblación relativa —484, 583;
 - en Inglaterra —228-233, 241, 245-247, 255, 260-261, 270, 366-368, 426-433, 450-457;
 - su regulación legal —260-263, 267-268, 272-280, 366-367, 370, 437-438.
- Trabajo intelectual y manual* —172, 390, 444-445, 465-466.
- Trabajo necesario*
- definición —206, 217, 247;
 - y la jornada laboral —219, 291-292;
 - en las condiciones del capitalismo y en las condiciones de la prestación en trabajo —223-225, 293-294;
 - el plustrabajo como su función —487-488;
 - en la sociedad comunista —485.
- Trabajo privado* —51-52, 66, 74, 79-81, 97, 114.
- Trabajo productivo*
- en el proceso simple de trabajo —174, 192, 197, 465-466;
 - desde el punto de vista de los fisiócratas —466;
 - en el sentido capitalista —174, 465-466, 540-541.
- Trabajo simple* —53, 190.
- Transporte* —355, 415, 441, 686.
- Trata de esclavos* —249, 685, 692.
- Tribu y familia* —84-85, 327, 450-451.
- Trusts* —575.
- Turquia* —139, 427.

U

Unión Obrera Alemana de Bruselas —531.

V

Valor

— definición —47-48, 54, 59, 70, 88, 490;

- como relación social —56, 65, 88;
 - como la forma más general del modo de producción burgués —86;
 - y el valor de cambio —46-48, 68;
 - y el valor de uso —54-55, 194;
 - determinación de su magnitud —48-50, 54, 71, 104, 180, 490;
 - variación de su magnitud con la alteración de la productividad del trabajo —49-50, 54-55, 555-556.
- Véase: *Valor individual*, *Valor de cambio*, *Valor relativo*, *Forma de valor*, *Forma de equivalente*.
- Valor de cambio* —46-48, 50, 56-57, 68, 86-88, 92, 105, 106, 153, 156, 164.
- Valor de uso* —45, 46, 47-48, 50-52, 54-56, 90-93, 149-150, 153, 155-156, 174-176, 181, 185, 187-188, 197, 533;
- de la mercancía dinero —94;
 - de la fuerza de trabajo —161-163, 167-172, 178, 186, 188, 301-302;
 - y valor —46, 54-55, 187-188, 193-195, 196, 197, 200.
- Valor individual* —188, 295-297, 375.
- Violencia* —378, 653, 684-685, 690.
- Véase también: *Expropiación*.

INDICE

De la Editorial	6
Prólogo a la primera edición	9
Palabras finales a la segunda edición	15
Prólogo y nota final a la edición francesa	27
Prólogo a la tercera edición	29
Prólogo a la edición inglesa	32
Prólogo a la cuarta edición	36

LIBRO PRIMERO

Proceso de producción del capital

Sección primera. Mercancía y dinero	45
<i>Capítulo I.</i> La mercancía	45
1. Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (sustancia de valor, magnitud de valor)	45
2. Doble carácter del trabajo representado en las mercancías	51
3. La forma de valor o valor de cambio	56
A) Forma simple, singular o fortuita de valor	57
1) Los dos polos de la expresión de valor: forma relativa de valor y forma de equivalente	57
2) Forma relativa de valor	58
a) Contenido de la forma relativa de valor	58
b) Determinación cuantitativa de la forma relativa de valor.	61
3) La forma de equivalente	63
4) La forma simple de valor, en su conjunto	68
B) Forma total o desplegada de valor	70
1) La forma relativa desplegada de valor	70
2) La forma particular de equivalente	71
3) Deficiencias de la forma total o desplegada de valor	71
C) Forma general de valor	72
1) Carácter modificado de la forma de valor	72
2) Relación de desarrollo entre la forma relativa de valor y la forma de equivalente	74
3) Transición de la forma general de valor a la forma de dinero	76
D) Forma de dinero	76
4. El carácter fetichista de la mercancía y su secreto	77
<i>Capítulo II.</i> El proceso de cambio	89
<i>Capítulo III.</i> El dinero o la circulación de mercancías	97

I. Medida de valores	97
(El precio. El patrón de precios. Incremento o disminución general de los precios. Nombres de cálculo de dinero, dinero de cálculo. Incongruencia cuantitativa entre la magnitud de valor y el precio. Su incongruencia cualitativa. El precio como mera forma de valor ideal de la mercancía.)	
2. Medio de circulación	105
a) La metamorfosis de las mercancías	105
(El ciclo de la rotación M—D—M. La venta: M—D. La compra: D—M. La metamorfosis de la mercancía en su conjunto. La circulación mercantil. La diferencia entre la circulación mercantil y el intercambio de productos.)	
b) El curso del dinero	115
(La metamorfosis de la mercancía y el curso del dinero. Doble desplazamiento del dinero. La cantidad del dinero en circulación. Velocidad de circulación del dinero. Mayor y menor celeridad en el curso del dinero. Factores que determinan la masa de dinero en circulación.)	
c) La moneda. El signo de valor	124
(La moneda y los lingotes, el desgaste de la moneda. El signo de valor. Signos de plata y cobre. El papel moneda. Ley de la circulación del papel moneda con curso forzoso.)	
3. Dinero	129
a) Atesoramiento	129
b) Medio de pago	133
c) Dinero mundial	140
Sección segunda. La transformación del dinero en capital	144
<i>Capítulo IV. Transformación del dinero en capital</i>	144
1. La fórmula general del capital	144
2. Contradicciones de la fórmula general	152
3. Compra y venta de la fuerza de trabajo	161
("El obrero libre". El valor de la fuerza de trabajo. Peculiar naturaleza de la mercancía "fuerza de trabajo".)	
Sección tercera. La producción de plusvalor absoluto	171
<i>Capítulo V. Proceso de trabajo y proceso de valorización</i>	171
(El proceso de trabajo. El objeto de trabajo, la materia prima, el medio de trabajo. Los medios de producción. El consumo productivo. El proceso de trabajo como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista. El proceso de la creación de valor. El valor de la fuerza de trabajo y el valor que ella crea en el proceso de trabajo son magnitudes diferentes. El proceso de valorización. La génesis del capital.)	
1. Proceso de trabajo	171
2. Proceso de valorización	179
<i>Capítulo VI. Capital constante y capital variable</i>	191
<i>Capítulo VII. La tasa de plusvalor</i>	202
1. El grado de explotación de la fuerza de trabajo	202
2. Representación del valor del producto en partes proporcionales de éste.	209
3. La "última hora" de Senior	212
4. El plusproducto	217

<i>Capítulo VIII. La jornada de trabajo</i>	218
1. Los límites de la jornada laboral	218
2. Avidéz de plustrabajo. Fabricante y boyardo	222
3. Ramas industriales inglesas sin límites legales a la explotación (La fabricación de encajes. La alfarería. La producción de fósforos. La fabricación de papel de empapelar. La panificación. El transporte ferroviario. Las modistas. Los herreros.)	229
4. Trabajo diurno y nocturno. El sistema de relevos (Industria metalúrgica y producción de metal.)	240
5. La lucha por la jornada normal de trabajo. Leyes coercitivas para la prolongación del día de trabajo, de mediados del siglo XIV a fines del siglo XVII (Actitud despiadada del capital con respecto a la salud y la vida de los obreros. Los estatutos laborales ingleses. Límites de la jornada laboral desde el siglo XVII hasta la época de la gran industria.)	247
6. La lucha por la jornada normal de trabajo. Restricción por leyes coer- citivas del día de trabajo. Legislación fabril inglesa de 1833 a 1864 (Las leyes de 1833, 1844, 1847, 1850. Las fábricas de sedas. Fábricas de estampados de percal. Tintorerías y blanquerías.)	259
7. La lucha por la jornada normal de trabajo. Repercusión de la legislación fabril inglesa en otros países	277
<i>Capítulo IX. Tasa y masa de plusvalor</i>	282
Sección cuarta. La producción de plusvalor relativo	291
<i>Capítulo X. Concepto de plusvalor relativo</i>	291
<i>Capítulo XI. Cooperación</i>	300
(Punto inicial de la producción capitalista. Su diferencia cuantitativa de la producción gremial. Trabajo medio social. Economía de medios de pro- ducción. Las fuerzas de producción sociales del trabajo cooperativo. Formas anteriores de la cooperación. Su forma capitalista.)	
<i>Capítulo XII. División del trabajo y manufactura</i>	313
1. Doble origen de la manufactura	313
2. El obrero parcial y su instrumento	315
3. Las dos formas básicas de la manufactura: manufactura heterogénea y manufactura orgánica	318
4. División del trabajo dentro de la manufactura y la división del trabajo dentro de la sociedad	326
5. El carácter capitalista de la manufactura	334
<i>Capítulo XIII. Maquinaria y gran industria</i>	343
1. Desarrollo de la maquinaria	343
2. Transferencia del valor de la maquinaria al producto	357
3. Efectos inmediatos que la producción maquinizada ejerce sobre el obrero.	364
a) Apropiación de fuerzas de trabajo adicionales por el capital. Trabajo femenino e infantil	365
b) Prolongación de la jornada laboral	372
c) Intensificación del trabajo	377
4. La fábrica	386
5. Lucha entre el obrero y la máquina	394

6. La teoría de la compensación respecto a los obreros desplazados por la maquinaria	403
7. Repulsión y atracción de obreros con el desarrollo de la producción maquinizada. Crisis de la industria algodonera	412
8. Revolución operada por la gran industria en la manufactura, la artesanía y el trabajo domiciliario	424
a) Supresión de la cooperación basada en la artesanía y la división del trabajo	424
b) Repercusión del sistema fabril sobre la manufactura y el trabajo domiciliario	425
c) La manufactura moderna	426
d) La industria domiciliaria moderna	429
(La producción de encajes. El trenzado de paja.)	
e) Transición de la manufactura moderna y del trabajo domiciliario a la gran industria. Aceleramiento de esta revolución al aplicarse las leyes fabriles a estos modos de producción. (La máquina de coser).	433
9. Legislación fabril. (Cláusulas sanitarias y educacionales.)	
Su generalización en Inglaterra. (La minería)	443
10. Gran industria y agricultura	462
Sección quinta. La producción de plusvalor absoluto y relativo	465
<i>Capítulo XIV. Plusvalor absoluto y relativo</i>	<i>465</i>
<i>Capítulo XV. Cambio en la magnitud del precio de la fuerza de trabajo y del plusvalor</i>	<i>475</i>
1. Magnitud de la jornada laboral e intensidad del trabajo, constantes (dadas); fuerza productiva del trabajo, variable	476
2. Jornada laboral, constante; fuerza productiva del trabajo, constante; intensidad del trabajo, variable	480
3. Fuerza productiva e intensidad del trabajo, constantes; jornada laboral, variable	481
4. Cambios simultáneos en la duración, la fuerza productiva y la intensidad del trabajo	482
<i>Capítulo XVI. Diversas fórmulas para la tasa de plusvalor</i>	<i>486</i>
Sección sexta. El salario	490
<i>Capítulo XVII. Transformación del valor o del precio de la fuerza de trabajo en salario</i>	<i>490</i>
<i>Capítulo XVIII. El salario por tiempo</i>	<i>497</i>
<i>Capítulo XIX. El pago a destajo</i>	<i>505</i>
<i>Capítulo XX. Diversidad nacional de los salarios</i>	<i>513</i>
Sección séptima. El proceso de acumulación del capital	518
<i>Capítulo XXI. Reproducción simple</i>	<i>520</i>
(La clase obrera como pertenencia del capital. La relación entre el capitalista y el obrero se reproduce en el proceso de producción capitalista.)	
<i>Capítulo XXII. Transformación del plusvalor en capital</i>	<i>532</i>

1. Proceso de producción capitalista en escala ampliada. Transformación de las leyes de propiedad de la producción mercantil en leyes de la apropiación capitalista	532
2. Comprensión errónea de la reproducción en escala ampliada por parte de la economía política	540
3. División del plusvalor en capital y rédito. La teoría de la abstinencia	543
4. Circunstancias que, independientemente de la división proporcional del plusvalor en capital y rédito, determinan el volumen de la acumulación; grado de explotación de la fuerza de trabajo; fuerza productiva del trabajo; diferencia creciente entre el capital empleado y el consumido; magnitud del capital adelantado	550
5. El llamado fondo de trabajo	559
<i>Capítulo XXIII. La ley general de la acumulación capitalista</i>	<i>562</i>
1. Demanda creciente de la fuerza de trabajo con el desarrollo de la acumulación, permaneciendo invariable la composición del capital	562
2. Reducción relativa de la parte variable del capital con el progreso de la acumulación y la concentración que la acompaña	570
3. Producción progresiva de una sobrepoblación relativa o del ejército industrial de reserva	577
4. Diversas formas de existencia de la sobrepoblación relativa. La ley general de la acumulación capitalista	588
5. Ilustración de la ley general de la acumulación capitalista	595
a) Inglaterra de 1846 a 1866	595
b) Los estratos peor remunerados de la clase obrera industrial británica. (Las condiciones de alimentación. El estado de las viviendas. Londres. Newcastle-upon-Tyne. Bradford. Bristol.)	601
c) La población nómada	609
(Las condiciones habitacionales. Los obreros ferroviarios. Los mineros del carbón y otros.)	
d) Efecto de las crisis sobre la parte mejor remunerada de la clase obrera. (Los constructores de barcos de hierro en el East-End de Londres.)	612
e) El proletariado agrícola británico	616
(El sistema de cuadrillas.)	
f) Irlanda	638
<i>Capítulo XXIV. La así llamada acumulación originaria</i>	<i>652</i>
1. El secreto de la acumulación originaria	652
2. Expropiación de la población rural	655
(Transformación de la tierra arable en pastizales durante el último tercio del siglo XV y los primeros decenios del XVI. La Reforma y el despojo de las tierras eclesiásticas. Transformación de la propiedad feudal en propiedad burguesa. La Restauración y la "Revolución Gloriosa". El robo de los dominios fiscales. La usurpación de la propiedad comunal. El despojo de fincas, transformación de la tierra arable en pastizales para ovejas y de los pastizales en cotos de caza en los <i>Highlands</i> escoceses.)	
3. Legislación sangrienta contra los expropiados desde fines del siglo XV. Leyes reductoras del salario	670
4. Génesis del arrendatario capitalista	677
5. Repercusión de la revolución agrícola sobre la industria. Creación del mercado interno para el capital industrial	679
6. Génesis del capitalista industrial	683
(El sistema colonial. El sistema de la deuda pública. El sistema tributario moderno y el sistema del proteccionismo. Robo de niños en los inicios de la gran industria.)	

7. Tendencia histórica de la acumulación capitalista	693
<i>Capítulo XXV. La teoría moderna de la colonización</i>	<i>697</i>
Notas	709
Índice de nombres	727
Índice bibliográfico	747
Índice de materias	769

Ilustraciones

Retrato de C. Marx, 1867	3
Carta de Marx a Engels del 16 de agosto de 1867	7
Portada de la primera edición alemana del primer tomo de <i>El Capital</i>	11
Portada de la primera edición rusa del primer tomo de <i>El Capital</i>	19
Carta de Marx a La Châtre, editor de la traducción francesa del primer tomo de <i>El Capital</i>	25

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

**Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS**

Классики марксизма-ленинизма

К. МАРКС

КАПИТАЛ

Том I

На испанском языке

ИБ № 16527

Редактор русского текста *В. А. Дементьев*

Контрольный редактор *Н. Т. Шалаев*

Художник *А. Е. Смирнов*

Художественный редактор *Я. А. Маликов*

Технические редакторы *Н. И. Касаткина, В. А. Юрченко*

Корректра *Е. Д. Бурдина*

Сдано в набор 04.01.89. Подписано в печать 23.01.90. Формат 60×90_{1/16}

Бумага офсетная. Гарнитура тшп. таймс. Печать офсетная

Условн. печ. л. 49,5 + 0,1 печ. л. вклсек Усл. кр.-отт. 51,25

Уч.-изд. л. 65,26 Тираж 15585 экз. Заказ № 0625 Цена 2 р. 70 к.

Изд. № 42699

Ордена Трудового Красного Знамени издательство «Прогресс»

Государственного комитета СССР по печати

119847, ГСП, Москва, Г-21, Зубовский бульвар, 17.

Ордена Трудового Красного Знамени Московская типография № 7

«Искра революции» В/О «Совэкспорткинига» Государственного комитета

СССР по печати. 103001, Москва, Трехпрудный пер., 9.

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Se debe leer
49	12 desde arriba	de valor. El valor de una mercancía es al valor de cualquier otra
